

Juan Sagredo

Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos, que escribió en lengua toscana Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos; traducidas en castellano por don Francisco de Olivares Murillo, teniente de conductor de embaxadores, cavallerizo de la reyna madre, nuestra señora, doña Mariana de Austria. Dedicadas a Su Magestad. Año 1684. Con privilegio. En Madrid, por Juan García Infanzón.

Edic. y presentación de Fernando Fernández Lanza

fernando.fernandez@uah.es

Colección: Bibliografía recomendada. Grandes Fuentes,
Fecha de Publicación: 17/06/2025 y 08/09/2025
Número de páginas: 819
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

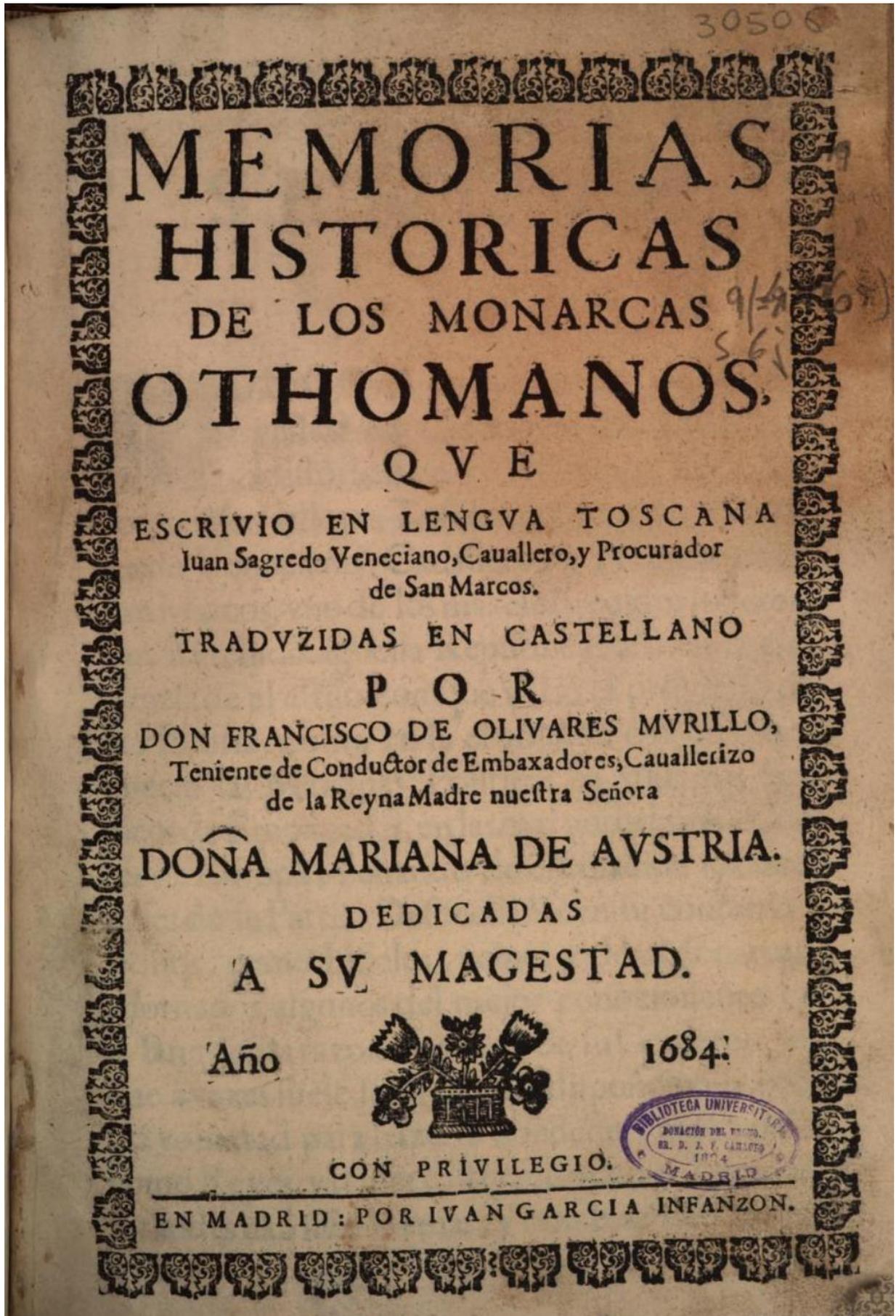


Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu



Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos, que escribió en lengua toscana Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos; traduzidas en castellano por don Francisco de Olivares Murillo, teniente de conductor de embaxadores, cavallerizo de la reyna madre, nuestra señora, doña Mariana de Austria. Dedicadas a Su Magestad. Año 1684. Con privilegio. En Madrid, por Juan García Infanzón.

Fernando Fernández Lanza
Fundación Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales. FCEDCS
Universidad de Alcalá

A Özlem Kumrular,
audaz y valerosa arráez de galeota corsaria
en las espumas del Archivo de la Frontera,
siempre en nuestro recuerdo.

PRESENTACIÓN

1.- Giovanni Sagredo, Francisco de Olivares Murillo y Juan García Infanzón. Autor, traductor e impresor de las *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*.

En 1684, en las prensas del taller madrileño de Juan García Infanzón, vio la luz la primera -y única- edición en español de *Memorie Istoriche de Monarchi Ottomani di Giovanni Sagredo* (Venecia, presso Combi & La Nouè, 1673. Reimpreso seis veces antes de finalizar el siglo). Estas *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos, que escribió en lengua toscana Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos; traduzidas en castellano por don Francisco de Olivares Murillo...*, conforman una historia del periodo del imperio otomano comprendido entre el año 1300 y 1644, veintidós los monarcas biografiados, siendo mucho más detallada a partir de la exaltación de Süleyman Kanuni hasta el reinado de Ibrahim I (1640-1648).

Su autor, Giovanni Sagredo (Venecia, 1617-1682), caballero y procurador de San Marcos¹, fue un destacado y hábil diplomático que sirvió a la Señoría como embajador ante las cortes francesa, inglesa y habsburga a mediados del siglo XVII, demostrando gran astucia y resolución en unos tiempos tormentosos y difíciles. Además, ejerció significativamente como historiador, novelista y poeta. Comenzó sus estudios en Padua con su tío paterno Pietro, que era capitán en esta plaza. Estudiante durante cuatro años en el colegio Clementino de Roma², comenzó desde muy joven a servir a la república de Venecia, ya que su ascendencia familiar lo requería. En 1637 se casó con Lisetta Longo, con quien tuvo dos hijos: Pietro y Agostino. El primero fue primicerio³ en San Marcos.

¹ Los procuradores de San Marcos constituían la segunda dignidad de la Señoría de Venecia, tan solo por detrás de la del propio dux o dogo. Desde 1453 se les concedió el derecho a sentarse en el senado sin necesidad de ser confirmados anualmente por elección, como era el caso de otros senadores o *pregadi* (ciudadanos de la clase principal y de reconocida honradez). Al igual que el dux, los procuradores ocupaban el cargo de modo vitalicio. Llegar a ser procurador no era nada fácil. Se requería un largo y meritorio currículum político, diplomático o militar y disfrutaban de honores especiales, además del disfrute de un alojamiento gratuito de por vida en los apartamentos de las *procuratie* en la plaza de San Marcos. Los procuradores vestían una toga rojo púrpura con las mangas muy abiertas, como el dux, y la estola era de terciopelo, que se ponía sobre el hombro izquierdo, pero si el elegido había sido embajador, la estola era entonces de paño de oro. La dignidad de procurador de San Marcos parece remontarse al siglo IX y tenía como finalidad la custodia y gobierno de la nueva iglesia dedicada a San Marcos, después del robo de los restos del santo en el año 828. Inicialmente solo hubo un procurador. A partir de 1231 dos, y en 1259 tres, hasta que en 1442 hubo nueve procuradores, que eran elegidos por el Maggior Consiglio. En el siglo XIV, los procuradores se dividieron en tres *Procuratie*: procuradores de *citra*, responsables de los *sestieri* (barrios) al este del Gran Canal (San Marco, Castello y Cannaregio); procuradores de *ultra*, para los *sestieri* al oeste del Gran Canal (Dorsoduro, Santa Croce y San Paolo); y procuradores de *supra*, los más importantes de todos, eran responsables de la mayoría de los edificios de la plaza de San Marcos. A partir de 1269, sus funciones se ampliaron a la protección de bienes de los huérfanos, los discapacitados mentales, las viudas y a la ejecución de testamentos. Las celebraciones por el nombramiento de un procurador de San Marcos eran casi tan fastuosas como para el nombramiento de un nuevo dux. Aunque parezca increíble, los procuradores no desaparecieron con el fin de la república de Venecia (1797). Aún hoy existe una magistratura llamada *Procuratoria di San Marco*, compuesta por siete funcionarios, que se encarga de la protección y mantenimiento de la basílica de San Marcos.

² El colegio Clementino de Roma es una institución educativa fundada en 1595, dirigida por la orden de los Clérigos Regulares de Somasca (Ordo Clericorum Regularium a Somascha). Debe su nombre al papa Clemente VIII (de nacimiento Ippolito Aldobrandini), que lo instituyó con la bula “Ubi Primum a Summi Apostolatum Apicem”, de 5 de octubre de 1595. La sede original estaba en la ciudad de Roma, en la actual Piazza Nicosia. El objetivo del colegio era la educación de los jóvenes en las costumbres romanas y extranjeras y el estudio de las Bellas Artes y las Artes Liberales.

³ Primicerio es el término que en la época romana posterior se aplicaba al jefe de alguna administración. En el uso eclesiástico, el término se aplicaba a los jefes de los colegios de *Notarii* y *Defensores*, que ocupaban un lugar tan importante en la administración de la iglesia Romana en la antigüedad tardía y en la primera Edad Media. Cuando los clérigos se reunían en las escuelas para adiestramiento en el servicio eclesiástico en los diferentes distritos de la iglesia Latina (desde el siglo V al VI), a los directores de estas escuelas usualmente se les daba este título. De esta posición el primicerio también derivaba ciertos poderes en la dirección de las funciones litúrgicas. En la regulación de la vida común del clero en las colegiadas y catedrales, de acuerdo con la regla de San Crodegango y los estatutos de Amalario de Metz, el primicerio aparece como el primer capitular después del archidiacono y el arcipreste, que controla al clero inferior y dirige las funciones y el canto. El primicerio se convirtió así en un dignatario especial de muchos capítulos por un desarrollo gradual de la posición del antiguo primicerio de la schola cantorum o lectorum.

Giovanni Sagredo entró en el Gran Consejo (Maggior Consiglio o Mazor Consejo)⁴ en 1638 y, a la edad de veinticinco años, fue nombrado sabio de las Órdenes. En 1643 estuvo en Francia formando parte del séquito de Giovanni Grimani y Angelo Contarini, embajadores extraordinarios enviados para la ascensión al trono de Luis XIV. En ese mismo año, en Venecia, se distinguió por la ayuda prestada con motivo del incendio del Arsenal. Regresó a Francia más tarde, en medio de la guerra de la Fronda, como embajador ordinario (1652-1655). El informe de esta embajada aparece impreso en un volumen monográfico dedicado al país galo, sobre la documentación de los Estados europeos leída en el senado por los embajadores venecianos en el siglo XIX (“Relazione di Francia di Giovanni Sagredo, ambasciatore ordinario a Luigi XIV dall’anno 1652 al 1655”, en *Relazioni degli Stati europei lette al Senato dagli ambasciatori veneti, II. Francia*. Venezia, P. Nataovich, 1859).

De allí fue a la Inglaterra de Oliver Cromwell, en octubre de 1655, donde permaneció once meses para restablecer relaciones regulares entre los dos países; el informe producido en esa ocasión fue publicado en el siglo XIX por Agostino Sagredo (*Relazione di messer Giovanni Sagredo, cavaliere e procuratore di S. Marco ritornato dall’ambasciata straordinaria d’Inghilterra nell’anno 1656*, Venezia 1844)⁵. Tuvo la oportunidad de mostrarse, en condiciones particularmente complicadas, como un diplomático astuto y decidido, dejando satisfechas a las cortes en las que había velado por los intereses venecianos (Luis XIV lo nombró caballero y le permitió agregar los lirios de Francia al escudo de armas de la familia).

⁴ El Gran Consejo fue un órgano político de la república de Venecia entre 1172 y 1797. Era la principal asamblea política, responsable de la elección de muchos cargos políticos y de los consejos superiores que dirigían la República, de la aprobación de las leyes y del control judicial. Tras la *Serrata*, una reforma aprobada el 28 de febrero de 1297 por el Maggior Consiglio, se hizo temporalmente hereditario el cargo de miembro del Consejo, exclusivo de las familias patricias inscritas en el *Libro de oro de la nobleza veneciana*. Los orígenes exactos del Gran Consejo no están claros. La tradición sitúa su creación en 1172, pero es probable que tenga su origen en un Consejo de sabios (Consilium Sapientium) documentado en 1141. Se trataba de un consejo establecido para limitar y controlar el poder del dux de Venecia y dominado por la nobleza veneciana. A lo largo de los siglos XV y XVI, el senado se convirtió también en el órgano legislativo de facto, reduciéndose el Gran Consejo a discutir o aprobar medidas ya decididas en el senado, pero conservando su poder judicial y la autoridad para elegir oficiales. En algunos casos, ante graves dificultades económicas y peligros, se abrió el acceso al Gran Consejo a nuevas familias. Este fue el caso de la guerra de Chioggia y de la guerra de Candia, en las que, para sufragar el enorme coste de las guerras, se admitió a nuevas familias adineradas. Otra peculiaridad fue la creación con el tiempo de una división dentro de la propia nobleza, es decir, las familias que con el tiempo pudieron mantener intacta o aumentar su capacidad económica, y las pobres (los llamados barnabitas). Estos últimos podían haber perdido su riqueza de forma gradual o repentina, pero seguían manteniendo el derecho hereditario a sentarse en el Gran Consejo. Esto llevó a menudo a los dos bandos de la nobleza a enfrentarse y abrió la posibilidad a casos de compra de votos. Fue el Gran Consejo, el 12 de mayo de 1797, el que declaró el fin de la república de Venecia, al decidir -ante la invasión napoleónica- aceptar la abdicación del último dux Ludovico Manin y disolver la asamblea aristocrática. A pesar de carecer del quorum requerido de 600 miembros, el Consejo votó abrumadoramente (512 votos a favor, 30 en contra, 5 abstenciones) el fin de la república veneciana y la transferencia de poderes a un gobierno provisional indefinido.

⁵ Véase también Nicolo Barozzi y Guglielmo Berchet (eds.). *Relazioni degli Stati europei lette al Senato dagli ambasciatori veneti, IV. Inghilterra*. Venezia, 1863. Págs. 363-400.

Al regreso a su tierra natal, fue enviado primero como superintendente general de Friuli (1659) a Palmanova, donde se reunieron las tropas extranjeras alistadas para la guerra de Candia. Y luego a Padua, como gobernador (15 de agosto - 29 de octubre de 1660). De octubre de 1660 a diciembre de 1664 fue embajador ordinario en Viena, en la corte del emperador Leopoldo I, aliado de Venecia en la guerra contra los turcos, que habían ocupado parte de Hungría. Pero la tregua de Vasvár de 10 de agosto de 1664, que en septiembre tomó la forma de un tratado de paz entre el Imperio y la Puerta, puso fin a su estancia en Viena. El informe de esta embajada apareció poco después impreso en francés (*Relation de la cour impériale faite au Doge de Venise par le sieur Sacredo, après son retour d'Allemagne à Venise*, Paris, 1670) y en inglés (*A relation, or an account of the Imperial Court, by Sacredo, a noble Venetian-Senator. Given in an oration made by him to the Doge of Venice in the Venetian Senate-House, of what things happened during the last war of the Emperor with the Turks, and during his embassy to the Emperor, at his return out of Germany to Venice*. Done into English by T.G. Esq. London, printed for W. Crooke and G. Wells, 1685). Si para documentar su actividad diplomática se encuentran impresos estos tres informes sobre las embajadas en París, Londres y Viena, hacemos constar que numerosos despachos relativos a ellos permanecen inéditos.

Entre 1665 y 1666 en su villa de Stra, en la Riviera del Brenta, el embajador de la Serenísima recuperó fuerzas tras regresar de la corte de Viena exhausto ("se convirtió en un esqueleto, sólo tenía su espíritu", dice su biografía) de las penurias y riesgos de la última guerra con los turcos, así como de la de ilusiones de una acción diplomática infructuosa. Durante su convalecencia en Stra redactó un libro ingenioso e irónico con un título autorreferencial y programático, *L'Arcadia in Brenta*, es decir, la melancolía desterrada, que imprimirá en 1667. Pero también pergeñó una obra de gran compromiso historiográfico y político, las *Memorias Históricas de los Monarcas Otomanos*, una grandiosa obra política sobre el mayor enemigo de la república de Venecia.

Después de su recuperación, reanudó sus actividades públicas y fue nombrado Corrector de las Leyes (1667) y Procurador de San Marcos (1676). Unos años antes, en 1670, Giovanni Sagredo había asumido en el Gran Consejo la defensa de Francesco Morosini, acusado por insubordinación, apropiación indebida y de haber abandonado Candia (Creta) a los otomanos en 1669 sin el permiso de las autoridades venecianas. En este proceso, Morosini, general de las fuerzas terrestres y futuro dux (entre el 3 de abril de 1688 y el 6 de enero de 1694), fue absuelto. El discurso de su defensa fue impreso por Gregorio Leti en *L'Italia regnante, o vero Nona descrizione dello stato presente di tutti prencipati, e republiche d'Italia. Dedicata al Re Christianissimo, IV*, Geneva, Guglielmo e Pietro de la Pietra, 1676 y recogido posteriormente en *Orazioni da Antonio Corraro e da Giovanni*

Sagredo dette nel Gran Consiglio di Venezia nell'anno MDCLXX, Per le bene auspicate nozze di Michele Zoccoletti di Treviso con Antonietta Acqua di Venezia, Venezia 1833.

En 1676, en un enfrentamiento con Giovanni Battista Nani⁶, presentó su candidatura para suceder a Nicolò Sagredo como dux, con quien no estaba emparentado, como erróneamente afirmaron algunos historiadores del siglo XIX (Pierre Antoine Noël Bruno, Comte de Daru, en su *Histoire de la république de Venise, VIII*. Paris, Chez Firmin Didot, 1821). Estuvo muy cerca de la obtención de la victoria, pero el pueblo, incitado por los adversarios de Giovanni Sagredo, apelando a un antiguo privilegio que de hecho había caído en desuso, se opuso a él con tumulto y Alvise Contarini fue elegido en su lugar. Parece que hubo algunas irregularidades en la votación, aunque el pueblo criticó ásperamente a Giovanni Sagredo por sus escasas donaciones con motivo de su nombramiento en la fiscalía y por sus cuestionables hábitos de vida. Después de su fracaso en esta elección, se le ofreció por segunda vez el cargo de Corrector de las Leyes (1677) y luego el de Sabio del Consejo. En agosto de 1682, falleció en Venecia.

Paralelamente a su actividad política y diplomática, como se ha recogido más arriba, Giovanni Sagredo también desarrolló una interesante producción literaria e histórica. Entre la primera, destaca la famosa colección de cuarenta y cinco cuentos y cuatrocientos lemas ingeniosos, muy agradables en su lectura siguiendo el modelo del *Decamerón*, ambientados en las villas palladianas de la Riviera del Brenta, llenos de refranes, dichos misóginos y cortésmente licenciosos, titulada *L'Arcadia in Brenta overo la Melanconia Sbandita, di Ginnesio Gavardo Vacalerio* (nombre anagramático de Giovanni Sagredo, es decir G. S. caballero), publicada en Bologna, por Giovanni Recaldini, en 1667 y dedicada al senador y filántropo boloñés Cesare Bianchetti Gambalunga. El argumento gira en torno a las galantes aventuras de una pareja de jóvenes italianos, los

⁶ Giovanni Battista Nani nació en Venecia, en 1616, en el seno de una familia patricia. Fue embajador de la república de Venecia en Francia entre 1643 y 1668, donde era conocido como Jean Baptiste Felix Gaspard Nani. Desempeñó también diversas comisiones en Alemania y llegó a ser, por último, Procurador de San Marcos. Fue además un acreditado historiador, bibliotecario y archivero de la República. Su padre fue también Procurador de San Marcos y embajador de Venecia en Roma ante Urbano VIII, a quien acompañó iniciando su cuidadosa formación. En 1641, Nani fue admitido en el colegio de Senadores y poco después fue nombrado embajador en Francia. Era muy estimado por el cardenal Mazarino, que le consultaba a menudo sobre asuntos públicos. En 1648 regresó a Venecia, después de haber obtenido de la corte de Francia una considerable ayuda en hombres y dinero para la defensa de Candia contra el imperio otomano. Se le confió entonces la supervisión de los asuntos de guerra y de las finanzas y, en 1664, fue enviado embajador al Sacro Imperio Romano Germánico, que visitó nuevamente tras el ascenso del emperador Leopoldo. En 1670, realizó una segunda embajada en la corte de Francia. A su regreso fue nombrado Procurador de San Marcos y, poco después, fue ascendido al puesto de capitán general del Mar. Murió en Venecia en 1678. El 17 de marzo de 1652, Nani fue designado por el senado para escribir la *Historia de Venecia* (Venecia, 2 vols., 1662 y 1679), que fue traducida al francés por François Tallemant (Paris, 1679) y Masclary (Ámsterdam, 1702), y continuada por Michele Foscarini y Piero Garzoni.

Arcadi, que huyen del aburrimiento y la melancolía. La comedia ofrece un retrato divertido y animado de la vida social de la época. Por su extraordinaria ambientación en uno de los centros turísticos más renombrados y, sobre todo, por la inversión de este marco en el contenido narrativo, es un libro que se sitúa en la importante crisis de la novela y la ficción barroca, quizás en los orígenes de nuestra novela y comedia costumbrista del siglo XVIII. El relato no es más que un pretexto para que la conversación destelle melancolía con chistes, ocurrencias ingeniosas y refranes mientras que los "bischizzi", es decir los juegos de palabras que se practican en sociedad, denuncian la crisis de la palabra barroca, ahora desmitificada y reducida a un uso lúdico-conversacional. *La Arcadia in Brenta* pronto se convirtió en un éxito de ventas de literatura de entretenimiento y fue reimpressa en más de veinticinco ediciones, a menudo clandestinas, hasta principios del siglo XIX.

Y entre su producción histórica ya hemos destacado con anterioridad diversos informes y relaciones de embajadas sustanciosas. Un tratado sobre el gobierno veneciano, escrito de manera franca y detallada, no obtuvo permiso para su impresión y una colección de cartas también quedó inédita, aunque una selección de ellas fue publicada en el siglo XIX por Agostino Sagredo (*Lettere inedite di messer Giovanni Sagredo, cavaliere procuratore di San Marco*. Venecia, 1839). Pero el trabajo que disfrutó de un éxito considerable tanto en Italia como en Europa, razón de esta breve presentación, fue, sin duda, sus *Memorias Históricas de los Monarcas Otomanos*. Un éxito y notoriedad que forman parte de la rica historiografía de las relaciones diplomáticas, económicas, comerciales y hostilidades entre Venecia y la Sublime Puerta y que se justifica en el contexto de las guerras que involucraron a los dos bandos durante el siglo XVII. En esta dirección, Giovanni Sagredo muestra admiración por la predisposición innata del islam a la conquista y por la tendencia al absolutismo de los distintos monarcas otomanos: características que habrían proporcionado esencialidad en la cadena de mando y rapidez en las decisiones. “Dizen estos bárbaros que embió Dios solamente a la tierra tres profetas, que fueron Moysés, Christo y Mahoma. Que al primero dio la Ley para enseñarla. Al segundo, los milagros para convertir y, al tercero, la zimitarra para destruir”⁷. Al contenido de este sólido e impresionante trabajo nos referiremos más adelante.

Entre tanto, destinaremos unas páginas a Francisco de Olivares Murillo, traductor al castellano de las *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, que dedica la obra a Su Majestad Carlos II⁸. De Francisco de Olivares Murillo

⁷ *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*... Libro Primero. Pág. 11.

⁸ Momentos muy complejos y de gran dificultad para la monarquía hispánica, antesala del ocaso y cambio dinástico. Hijo de Felipe IV y de su sobrina doña Mariana de Austria, la muerte del primero, en 1665, planteó el problema de la regencia, pues su heredero, el futuro Carlos II, apenas contaba cuatro años. Las disposiciones testamentarias del difunto rey entregaban la gobernación del reino a doña Mariana de Austria, asesorada por una Junta de Gobierno integrada por los presidentes de los Consejos de Castilla y Aragón, el Inquisidor General,

sabemos realmente poco, por no decir apenas nada. Él mismo, en la cubierta de la obra, se intitula teniente de conductor de embajadores y caballero de la reina madre, doña Mariana de Austria. Respecto al primer cargo, introductor de embajadores, se trata de uno de los cargos más antiguos de la administración civil española, siendo creado en tiempos de Felipe IV, inicialmente con el nombre de conductor de embajadores, que sería cambiado después por Carlos III. Precisamente, durante el reinado de Felipe IV, se produjeron los cambios más intensos en este campo mediante reformas de carácter administrativo orientadas a financiar los gastos cortesanos y la concreción de los ceremoniales de la casa de Austria, que comprendían las entradas de reyes y reinas, bautizos, exequias, autos de fe y también las ceremonias de recepción de soberanos y de embajadores extranjeros: el protocolo y el ceremonial alcanzaban su cénit como expresión del poder de un imperio, tanto más necesarios cuanto más languidecía este.

En esta dirección, el ceremonial diplomático fue evolucionando y provocando una mayor especialización de los empleos; así fue como nació la figura del conductor de embajadores, con funciones independientes de las del mayordomo de palacio e importancia creciente desde su creación en el primer tercio del siglo XVII hasta el primer cuarto del siglo XXI. El empleo fue concebido y creado en torno al mes de junio de 1625, habiendo pedido Felipe IV a su embajador en París, el marqués de Mirabel, que se informara al respecto para después asesorarle. Desde los inicios se definió su perfil institucional: personas prudentes con experiencia en materia de negocios y que dominaran lenguas extranjeras, en cuya provisión tenía un papel muy importante el Consejo

el arzobispo de Toledo y un grande de España. Esta solución apartaba del poder a don Juan José de Austria, el hijo natural que Felipe IV había tenido con la famosa actriz de comedia María Calderón, la Calderona. Mariana de Austria, mujer poco avezada a los asuntos de Estado, se apoyó desde el inicio de su regencia en su confesor, el jesuita alemán Everardo Nithard, a quien la reina encumbró hasta el puesto de Inquisidor General y miembro de la Junta de Gobierno desde 1666. Caído este, un nuevo privado de la reina, Valenzuela, inició entonces una fulgurante carrera política que le convirtió en el personaje más influyente de la corte. El testamento de Felipe IV establecía que Carlos II tomaría las riendas del poder al cumplir los 14 años, es decir, en 1675. Llegado este momento, la regente presentó a su hijo un escrito en el que explicaba que, dado el retraso de su educación y su debilidad física, era preciso mantener la regencia aún durante dos años. Sorprendentemente para doña Mariana, su hijo se negó a aceptar tal enmienda y reclamó sus derechos como rey, al parecer por instigación de su camarilla más cercana, dirigida por su confesor, Montenegro, y por su hermano don Juan José, al que se había avisado que se preparara en las cercanías de Madrid. La reina madre ejerció nuevamente su ascendiente sobre el rey y consiguió que este aceptara alejar a don Juan José de Madrid, y lo enviara a Aragón. Doña Mariana y su valido Valenzuela hallaron una solución de compromiso: la Junta de Gobierno se prorrogó durante dos años, pero en sus reuniones participarían tanto la reina gobernadora como su hijo. Sin embargo, la Junta se encontraba reducida a dos miembros: Villambrosa y Navarra, que pretendieron alejar del poder a Valenzuela, sin que la reina madre lo permitiera más que momentáneamente. Esta vía intermedia se rompió en septiembre de 1676, cuando el favorito de la reina, tras una temporada como capitán general de Granada, fue nombrado primer ministro y disolvió la Junta de Gobierno. La alta nobleza acogió muy mal el nombramiento del que consideraba un advenedizo y reclamó el regreso de don Juan José de Austria, moción que apoyaban el Consejo de Estado y el de Castilla. Carlos II, por su parte, deseaba también la vuelta de su hermano, por el que sentía gran afecto. Ante esto, Valenzuela huyó de Madrid y don Juan hizo su entrada triunfal en la capital en enero de 1677. Valenzuela fue detenido y la reina madre alejada de la corte. Don Juan José pudo entonces hacerse cargo del gobierno de la monarquía durante casi tres años, hasta su muerte el 17 de septiembre de 1679.

de Estado. Tras el nombramiento, se procedía a la intitulación real, que se notificaba a los oficiales de palacio y a los agentes extranjeros residentes en la corte. Se trataba de un oficio mal remunerado pues, hasta comienzos del siglo XVIII, las retribuciones tenían la consideración de ayuda de costa, con apenas variaciones en su cuantía. En cuanto a las funciones, fueron descritas con claridad en 1626: guiar a los embajadores hasta la corte, recibirlos, organizar sus audiencias y proveer todo lo necesario para su atención, entre otras⁹. Francisco de Olivares ha demostrado, acometiendo la ardua empresa de la traducción de las *Memorias Históricas...*, que cumplía holgadamente el perfil institucional y, con creces, estar a la altura en el conocimiento de la lengua italiana, quizá entre otras lenguas de uso en las cortes europeas.

Sin embargo, y a pesar de ello, no hemos hallado su nombre, ni alguna documentación adicional que facilitara al menos su identificación o semblanza, en las relaciones de personas titulares o interinas consultadas que ocuparon este cargo para el periodo que nos ocupa, salvo en el apéndice I la *Historia de la Diplomacia Española*, de Miguel Ángel Ochoa Brun, que sencillamente enumera los Conductores, luego Introdutores de embajadores: “... Alonso Antonio de Paz y Guzmán, -1667. Francisco de Lira, 1667-8. Manuel de Lira 1668-71. Fernando de Valenzuela, 1671-4. Pedro de Rivera, 1674-7. Juan de Isasi Idiáquez, 1677-86. Francisco de Oliveras y Murillo, 1686. Carlos Francisco del Castillo, 1686-1708...”¹⁰.

La Aprobación de las *Memorias Históricas...* de Francisco de Olivares Murillo está firmada por Juan Idiáquez Ysasi, caballero de la orden de Santiago, gentilhombre de la boca de su Majestad y conductor de embajadores, en quince de diciembre de 1683 (en la relación facilitada por Ochoa Brun el conductor figura como Juan de Isasi Idiáquez). La obra ve la luz en la imprenta en 1684. Francisco de Olivares firma el trabajo en estos momentos como teniente de conductor de embajadores y, según la relación aportada por Ochoa Brun, incluso él mismo ocuparía el empleo titular de conductor de embajadores, a continuación de Idiáquez Ysasi, durante un brevísimo espacio, escasos meses, de 1686 hasta que lo ocupara con cartas Carlos Francisco del Castillo (1686-1708). Lo curioso es que, en la relación de ocupantes del cargo, nuestro traductor figura como Francisco de Oliveras y Murillo. Esta misma Aprobación recoge en su último párrafo: “Y don Francisco ha conseguido (disputa bien reñida hasta ahora) que son iguales la pluma y la espada pues, con el crédito que sirvió a Su Magestad tantos años en la guerra, ha traducido y mejorado algunos términos militares que en el idioma italiano estaban confusos”. Ante tales

⁹ Véase Ana María Lobeto Álvarez. “La ceremonia de entrega de cartas credenciales en España y otros ejemplos en algunos países del espacio panibérico”, en *Revista de Estudios Institucionales*, vol. 9. N° 17. UNED. 2022. Págs. 25-58.

¹⁰ Miguel Ángel Ochoa Brun. *Historia de la Diplomacia Española. Apéndice I. Repertorio Diplomático. Listas cronológicas de representantes*. Ministerio de Asuntos Exteriores. Unión Europea y Cooperación. Madrid, 2023. Pág. 300.

elogios, ninguna información del ensalzado, ni en la ocupación de estos empleos como en los servicios militares de crédito al rey. Situación que se repite constantemente en la bibliografía general y específica, pues no encontramos tan siquiera una reseña particular, por exigua que fuere, de nuestro traductor¹¹.

En la misma dirección, la Censura de la obra, realizada por Juan del Castillo y Sotomayor, sostiene “Aunque suele ser peligroso y generalmente desagradecido el oficio de traductor, pues hasta los ignorantes alaban el original que no entienden y condenan la traducción por parecer entendidos, don Francisco de Olivares Murillo, ... ha formado tan ayrosa y puntual la traducción de las *Memorias Históricas Othomanas* que... el que fuere dueño de ambas lenguas reconocerá que esta traducción española pleytea ventajas de primera con el original toscano, pues en lo peynado de las cláusulas, en lo sentencioso de los períodos, en lo juizioso de las noticias, en la pureza de las voces castellanas, haze demostración que corren más puras estas noticias históricas que nacieron de su fuente sin otra diferencia que el metal del vaso o de la voz. El autor veneciano, ya sea por la inclinación natural a su república, que con oculta simpatía arrastra los dictámenes y las plumas, ya por no aver comprendido las razones de Estado, políticas y christianas, de los príncipes confinantes al imperio othomano, habla en su original toscano con más licencia de estilo de la que permiten las leyes de la modestia de testas coronadas y aún ungidas. Y el traductor, como buen cavallero español, omite cuydadosamente la traducción de estos descuydos historiales, queriendo antes faltar a las leyes de traductor que a las del respeto y reverencia que se debe a personas Reales y ungidas. Siendo en don Francisco de más aprecio este reparo por ser cavallero de capa y espada, cuya profesión hiziera más tolerables estas licencias históricas de estilo menos reverente...”. De nuevo texto *institucional* de exigido cumplimiento, y de ensalzamiento a nuestro traductor puesto al servicio de la corona y la religión, pero impermeable a un conocimiento biobibliográfico de su persona.

Por último, en la Insinuación a quien leyere, inmediatamente previa al inicio del Libro Primero de las *Memorias Históricas...*, el traductor manifiesta: “En las vidas de veinte y dos monarcas (que ilustran esta Historia) se observan notables excessos de barbaridad como sobresalientes acciones en la experiencia militar y política, adornadas de una sólida razón de Estado encaminada (aunque por errados senderos) al acierto y ampliación de la monarquía, en cuya escuela ay mucho que admirar y no menos que aprender, si permitiese nuestra christiana obligación aplicaciones de estudio a los exemplos de tan infiel magisterio, que ajusta sus dictámenes al fin de una ejecución sin principios de piedad. La voz religión, y otras de que uso algunas vezes mencionando su secta, las trato como ambiguas, siendo mi ánimo explicar sin contravenir a lo que

¹¹ Isabel Martínez Navas. “El introductor de embajadores en los siglos XVII y XVIII”, en *Historia Iuris: estudios dedicados al profesor Santos M. Coronas González*, Vol. 2, 2014. Págs. 939-956.

disponen los sagrados cánones en nuestra santa ley, y declaro como no dicho, ni imaginado, lo que se apartare de este respecto”. Una declaración contundente sobre la intención y objetivo del trabajo y, probablemente, sobre el punto de vista real del traductor acerca del entorno circundante, que nos permite un mejor entendimiento acerca de su forma de pensar y estar, pero no nos aporta datos concretos acerca de su trayectoria vital.

Pasamos, a continuación, a la segunda dignidad con la que firma nuestro traductor. En cuanto a caballerizo de la reina madre, doña Mariana de Austria (1634-1696), cabe señalar que esta era hija del emperador Fernando III y María de Austria, reina de Hungría, y estaba destinada a casarse con su primo el príncipe Baltasar Carlos. Sin embargo, al morir este, contrajo matrimonio en 1649 con su tío Felipe IV en segundas nupcias. Al fallecer su esposo, el rey, en 1665, Mariana pasó de reina consorte a regente del reino durante la minoría de edad de su hijo.

Por entonces, y hasta comienzos del siglo XVIII, la vida en la corte de España se organizaba sobre tres servicios principales que atendían las necesidades materiales del monarca: al mayordomo mayor le correspondía todo lo relacionado con la alimentación, alojamiento, salud y diversión del monarca; el sumiller de corps organizaba su servicio personal y el caballerizo mayor se ocupaba del transporte y del cuidado de las caballerizas. Los tres cargos eran muy ambicionados, por cuanto garantizaban una gran proximidad del que los ocupaba con el rey y, por tanto, se convertían en fuente de poder y de influencias políticas¹². Sobre ellos escribía el duque de Saint-Simon: “Entre los cargos de corte hay tres que están desproporcionadamente por encima de los demás y, aunque iguales entre sí, no se puede negar a uno de ellos cierta idea de superioridad. En España se llega a designarlos con el nombre colectivo de *los tres cargos*... Nada mejor, para definir estos tres puestos, que la elección que de ellos se haría. Un hombre más pagado del rango, del fausto y de la autoridad exterior, preferiría el primero, que constantemente se desenvuelve entre ellos. Este cargo es el de mayordomo mayor. Quien con el esplendor quisiera también algo de privanza, elegiría el cargo de caballerizo mayor. Pero el que solo pusiera sus miras en el favor y en los medios de conquistarle por entero, se dedicaría al cargo de sumiller de corps”¹³.

Las reales caballerizas se inscribían dentro de la Casa Real constituyéndose como una de las tres grandes dependencias sobre las que se articulaba. Cumplían la función de servir de transporte al monarca en sus

¹² Elena Serrano García. “Los empleados en la caballeriza de la reina durante el reinado de Carlos II. Mecanismos de transmisión”, en *Anuario de Historia del Derecho Español*. Vol. LXIII – LXIV. Centro de publicaciones del Ministerio de Justicia. Madrid, 1993-1994. Págs. 1041-1064.

¹³ Louis de Rouvroy, duque de Saint Simon. “Cuadro de la Corte de España en 1722”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 101, (1932). Págs. 198-259.

desplazamientos, para lo cual disponían de un número considerable de cabezas de ganado, guarniciones para los caballos y carruajes de diversos tipos. Y, por supuesto, una plantilla que atendía el servicio que ello conllevaba, que para la caballeriza de la reina madre en el periodo que estudiamos podía oscilar entre 160 y 200 personas. Hablamos en plural de reales caballerizas porque existían varias caballerizas. Durante el reinado de Carlos II existieron dos y a veces tres caballerizas: la del rey, la de la reina madre Mariana de Austria y la de las dos esposas del monarca, María Luisa de Orleans y María Ana de Neoburgo. Eran completamente independientes unas de las otras y cada una tenía su propio personal y sus propios coches y caballos.

El número de criados de las reales caballerizas estaba establecido por decretos y ordenanzas, así como los sueldos percibidos por cada uno de ellos. Esto es lo que se llama *planta*, y todo criado que esté dentro del número establecido por la planta se dice que es numerario¹⁴. Existe, además, otra categoría de oficio llamada supernumerario, que existió en todos los sectores de la administración y que designa a aquel empleado que está fuera del número establecido. En principio, el empleado supernumerario no tiene derecho a percibir sueldo y permanece en tal situación a la espera de que se produzca alguna vacante que le permita llegar a ser numerario. Aunque teóricamente un supernumerario no tiene sueldo, se dan multitud de casos en los que se perciben gratificaciones (ayudas de costa) o incluso sueldos enteros¹⁵. Además de los empleados numerarios y supernumerarios existían los honorarios, es decir los que tenían los honores de un empleo, lo cual no conlleva ni la propiedad ni el ejercicio del empleo, ni están remunerados, pero dan prestigio al que lo tiene. En cuanto a la percepción de salario sucede lo mismo que con los numerarios, siendo frecuente encontrar honorarios cobrando el total o una parte del sueldo correspondiente a la plaza¹⁶.

La provisión de los oficios de la caballeriza es doble: el rey se reserva la designación de aquellos que se encuentran en los niveles superiores de la jerarquía, pudiendo ser consultado en ello por el caballerizo mayor. Los documentos llaman a estos oficios “jurados”, porque quien los ocupa debe realizar un juramento antes de la toma de posesión. Son oficios jurados el caballerizo mayor, primer caballerizo, caballerizos de campo y todos los oficiales mayores y sus tenientes. El caballerizo mayor tiene la regalía de poder nombrar todos los oficios que no son jurados, que son el resto. La designación

¹⁴ Archivo General de Palacio (AGP), *Carlos II, Caballerizas*, leg. 16, exp. 2 (16/2). Plantas establecidas por los Reales Decretos de 13 de diciembre de 1687, 13 de junio de 1693 y 16 de enero de 1696.

¹⁵ Véase Janine Fayard. *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*. Madrid, 1982. La autora define la existencia de supernumerarios como una de las plagas de la España del Antiguo Régimen. Pág. 93.

¹⁶ En el Diccionario de la Real Academia encontramos la siguiente definición de honores: “Concesión gratuita que se hace en favor de uno para que use el título y preeminencias de un cargo o empleo como si realmente lo tuviera, aunque le falte el ejercicio y no goce gajes algunos”.

y nombramiento de estos oficios jurados es siempre una merced real y el modo más habitual de ser nombrado para el ejercicio de este tipo de oficios es, salvo alguna excepción como veremos más adelante, la relación de parentesco: generaciones de las mismas familias van ocupando los mismos empleos en la real caballeriza. El rey paga de este modo el trabajo, el servilismo, los favores y se asegura la fidelidad y la confianza¹⁷.

El cargo de caballero mayor es el primero de designación real. Como jefe de la caballeriza a él corresponde su gobierno y dirección y todos los individuos que la componen están a sus órdenes. Bajo su responsabilidad está el buen cuidado de las bestias; procura que la provisión de paja, cebada y verde para el ganado se haga con periodicidad y a los precios más moderados; se preocupa de que los gastos se hagan con la mayor moderación posible y que los oficiales lleven correctamente sus libros de ingresos y gastos. La relación del caballero mayor con el monarca suele ser directa, no mediando entre ellos intermediario alguno, ni siquiera el mayordomo mayor. El caballero mayor recibe las órdenes del rey y solo rinde cuentas ante él. La etiqueta de palacio establece que el empleo de caballero mayor lo ocupe siempre un Grande de España de primera clase¹⁸. No es un cargo transmisible de padres a hijos, ni se vincula a lo largo del siglo XVII a ningún linaje nobiliario, como sí ocurre con oficios de la relevancia de almirante de Castilla, el condestable y el adelantado.

Respecto al empleo de caballero de campo, es uno de los más apetecidos en este periodo histórico y hallamos multitud de memoriales elevados al rey, o a la reina, para recibir esta merced. La razón de ello no parece que fuera de naturaleza económica, pues su salario no es cuantioso comparado con el de otros empleos de la misma caballeriza¹⁹. El número de caballeros de campo está fijado por los diferentes decretos, aunque variará a lo largo del reinado. En 1668 solo tres caballeros aparecen en las nóminas de gajes del furriel²⁰. En la reforma de diciembre de 1687, efectuada por el marqués de los Balbases, se establecen cuatro y el número aumenta a seis en la reforma de 1693, siendo caballero mayor el duque de Híjar. La concesión de la merced del puesto de caballero de la reina supone el acceso a la categoría de supernumerario -en 1696 hay seis caballeros de número y treinta supernumerarios²¹- y únicamente se entra en las plazas de número cuando se produce alguna vacante en estas. El orden de acceso desde la categoría de supernumerario a numerario sigue un orden de antigüedad respecto a la fecha

¹⁷ Elena Serrano García. *Op. Cit.*, págs. 1044-1045.

¹⁸ Archivo General de Palacio, *Administrativa, Empleos*, leg. 627.

¹⁹ “En 1696, un caballero de campo percibía anualmente 4.411 reales y 26 maravedíes en gajes, aproximadamente la mitad del salario del veedor y contador y menos que el furriel...”, en Archivo General de Palacio, *Carlos II, Caballerizas*, legajo 16/2.

²⁰ Archivo General de Palacio, *Carlos II, Caballerizas*, legajo 1/2.

²¹ Archivo General de Palacio, *Carlos II, Caballerizas*, legajo 16/2.

del nombramiento y solo los de número perciben los gajes correspondientes a la plaza de caballerizo -200 ducados al año en 1668, 400 en 1688 y 1696-, aunque no parezca que esta norma se siguiera de forma estricta, al menos antes de las reformas de 1687 y 1696.

El acceso a una plaza de caballerizo de la reina es siempre una merced real que, en ocasiones, requiere la consulta del caballerizo mayor y en otras no. El monarca recompensa con la concesión de la plaza los servicios prestados por el beneficiario del empleo o por un pariente. A menudo se recompensa un servicio de tipo económico prestado por regidores de ayuntamientos, produciéndose situaciones cercanas a la venta del oficio. Muy frecuentemente se concede la plaza como gratificación de servicios prestados por antepasados o familiares del nombrado. También, a menudo, los servicios recompensados son los de criadas de la reina y los servicios militares prestados a la monarquía. Es muy frecuente -y ocurre en la mayoría de los oficios de las reales caballerizas- que el monarca permita que la plaza ocupada por un caballerizo pueda ser traspasada a un hijo, de modo que una plaza se convierte en parte del patrimonio familiar. Todas estas situaciones confirman el hecho de que se está produciendo una situación de reproducción familiar en los empleos considerada normal por sus contemporáneos y que es muy significativa de una mentalidad.

Al empleo de caballerizo no se accede generalmente desde otro empleo cualquiera de la caballeriza. Sin embargo, existe un oficio, el de caballerizo de los cuartagos -oficial responsable del cuidado de este tipo de caballos, que son los usados por la persona de la reina²²-, desde el cual se produce en ocasiones el ascenso a la plaza de caballerizo de campo.

Habiendo contrastado la identidad y responsabilidades de los cargos de caballerizo mayor, primer caballerizo y caballerizos de campo de la caballeriza de la reina y sin pormenorizar en el resto de oficios (oficiales mayores, tenientes de oficiales mayores, mozos de oficio, oficiales de manos y criados), hemos podido comprobar que el acceso a los empleos de la caballeriza sucede por una relación de parentesco y que ello produce una situación de reproducción familiar dentro de la institución que supera en el tiempo el periodo que estamos tratando. Es significativo el modo de respetar la propiedad de las plazas, poniendo interinos cuando son menores de edad los titulares. Es precisamente la permanencia en el tiempo de individuos emparentados entre sí lo que sirve de justificación a las peticiones de estos, convirtiendo en mérito personal el buen servicio y fidelidad a la monarquía mantenido por sus antepasados. Como ya dijimos más arriba, la fidelidad, los buenos servicios, la lealtad se convierten en valores reguladores de relaciones entre rey-reina y criados de su casa. La consideración del oficio como merced dotal o como algo sencillamente

²² Ordenanzas y etiquetas de la Casa de la Reina de 1575, en Archivo General de Palacio, *Histórica*, C^a 49.

transmisibles a un familiar, viene a confirmar el papel que juegan las relaciones personales en la organización social. Son relaciones de solidaridad no exclusivas del ámbito de la casa real, sino extensibles al ámbito de la casa nobiliaria y al conjunto de la sociedad jerarquizada del Antiguo Régimen²³.

Sirva de ejemplo, sencillamente como expresión gráfica de lo escrito hasta aquí acerca de las reales caballerizas, una enumeración jerárquica de los oficios de la caballeriza de la reina María Luisa de Orleans²⁴, según la planta establecida por Real Decreto de 13 de diciembre de 1687, que es la siguiente.

Organigrama de la caballeriza de la reina:

- Caballerizo mayor. Primer caballerizo y caballerizos de campo.
- Oficiales mayores (veedor y contador, oficial mayor de la veeduría y contaduría, caballerizo de los cuartagos, furriel, guadarnés, sobrestante de literas o literero mayor, presentante de tablas, sobrestante de coches o cochero mayor y librador).
- Tenientes de oficiales mayores (ayuda de furriel, ayuda de guadarnés, teniente de sobrestante de coches, correo y palafrenero).
- Mozos de oficio (mozo de oficio de guadarnés, ayudante de palafrenero, mozo de oficio de librador, guardacoches y portero).
- Oficiales de manos (albéitar y herrador, oficial de guarnicionero, empedrador).
- Criados (lacayos, cocheros, litereros, mozos de silla, mozos de caballos, mozos de litera, mozos de coche).

Durante los años de regencia de Mariana de Austria (1666-1675), el gasto de la casa real descendió cerca de dos millones de reales con respecto al quinquenio anterior. Este descenso tan significativo se debió a que la casa del rey difunto se había reducido al máximo, pues el rey niño era servido por la familia de la reina. A partir de 1675, y durante todo el reinado de Carlos II, el gasto de la casa fue creciendo progresivamente, en parte debido al acceso al trono del nuevo rey, a los esponsales con dos reinas (a lo que hay que sumar los gastos de sus jornadas), y a la formación de sus dos casas. Otro de los motivos fue la aparición, a partir de 1676, de una nueva casa: la de la reina-madre, que costaba a la hacienda real unos tres millones de reales anuales. Perduraría casi un siglo y, aunque contaba con menos criados, mantuvo siempre una estructura similar a la de la reina efectiva. Desde el 1 de abril de 1677 hasta el 27 de septiembre de 1679, Mariana permaneció desterrada en la ciudad de Toledo por iniciativa de don Juan José de Austria, alegando que el testamento de su padre así lo disponía. El servicio que la reina tuvo en Toledo en 1679 constaba de 101 personas (de las que 36 eran mujeres), cifra que se triplicó al retornar a la corte.

²³ Elena Serrano García. *Op. Cit.*, pág. 1064.

²⁴ *Ibidem*, pág. 1043.

En 1696, tras la muerte de Mariana de Austria, la mayor parte de su familia pasó a la casa de Mariana de Neoburgo, con lo que el número de criados aumentó en ella considerablemente, llegando casi a doblar la cifra de 1620. En 1696 había un total de 606 empleados, de los cuales 135 pertenecían a la cámara, 270 a la casa y 201 a la caballeriza, mientras que en el servicio de la reina-madre había durante este año 327 criados. El 1 de noviembre de 1700 fallecía Carlos II, y a su viuda, Mariana de Neoburgo, le esperaba un futuro incierto. Su presencia en la corte, molesta para el nuevo monarca Felipe V, provocó que, al igual que su suegra, fuera enviada al Alcázar de Toledo. La composición de la casa de la reina madre, Mariana de Austria, durante su destierro en la misma ciudad, sirvió de modelo para el nuevo servicio de su nuera. El 3 de junio de 1701 confirmó la reina-viuda las etiquetas redactadas por Felipe III para su esposa Margarita, en cuanto no contrarioran un decreto de 20 de abril del mismo año, en donde daba algunas pautas para su nueva casa, siempre y cuando fueran aprobadas por el nuevo rey.

Monográfico sobre la casa de la reina Mariana de Austria, desde 1649 a 1696, es el trabajo de José Rufino Novo Zaballos²⁵. Un análisis muy exhaustivo y completo de la casa de la reina madre y, aun así, no hemos hallado presente, ni referencia alguna, a nuestro traductor en la extensa relación de ocupaciones y oficios de la casa de la reina, incluida la caballeriza personal, en la que incluye los nombres de sus numerarios y buena parte de los supernumerarios. Tal vez se tratase de un cargo honorario, precisamente por su trabajo de traducción o por otro tipo de servicio. Tampoco lo hallamos en el amplio informe de criados al servicio de la reina madre, ni en la dilatada memoria de mercedes -y beneficiados- que hizo la reina gobernando.

Por último, en esta breve presentación, nos referiremos al impresor de las *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*: Juan García Infanzón. Este impresor madrileño era hijo de Diego García Infanzón, de oficio tabernero -y quizá originario del Concejo de Coaña, de la estirpe de hijosdalgo de los “infanzones de Navia y Montaña del Río Negro”-, y de Ana Hernández,

²⁵ *Las casas reales en tiempos de Carlos II. La casa de la reina Mariana de Austria*. 2 vols. Tesis doctoral dirigida por José Martínez Millán. Departamento de Historia Moderna. Universidad Autónoma de Madrid, 2016. Vol. II: Apéndice I. Oficiales de la casa de Mariana de Austria: Introducción a los listados y a las fuentes y tabla de asientos y gajes (págs. 1-16), Casa de Mariana de Austria por oficios, 1649-1696 (págs. 17-70), Listado alfabético de los criados de Mariana de Austria, 1649-1696 (págs. 71-758). Apéndice II. Documentos. Anexo 6: Relación del gasto que se ha aumentado en la casa de la reina, nuestra señora, desde el mes de octubre del año de 1665 después del fallecimiento del rey nuestro señor, don Phelipe cuarto, que está en gloria, hasta fin de octubre de este año de 1666 (págs. 785-789). Anexo 7: Mercedes que hizo la reina nuestra señora gobernando (págs. 790-793). Anexo 8: Observaciones presentadas por el contralor de la casa de la reina que pasó a serlo de la infanta sobre las reformas y ahorros que podían hacerse en la servidumbre y gastos de dicha casa en la menor edad del rey (págs. 794-801). Anexo 12: Sumario General de lo que importa lo que gozan en md. los criados y criadas de su Majestad contenidos en esta relación, que están sirviendo en Toledo, así de raciones y otros emolumentos por la Despensa, como de gajes, con separación de lo que monta cada oficio y lo que todo junto suma (pág. 825) y Anexo 13: Memoria de lo que gozaban en Toledo las criadas y criados de la reina nuestra señora, y lo que pertenece a cada uno en Madrid por la plaza que sirve (págs. 826-835).

también asturiana, siendo sus hermanas María y Ana García Infanzón. En 1658 contrajo matrimonio con Ana María Larios, quien fue criada por el regente de la Imprenta Real, el impresor Mateo Fernández. Es posible que fuese precisamente en la Imprenta Real donde aprendiese el oficio y es en ella donde se encuentran sus primeros trabajos. Gracias a la partida de defunción de su padre, sabemos con certeza que en 1670 trabajaba en la Imprenta Real, si bien parece que desde 1664 ya se encontraba en ella desempeñando distintas tareas²⁶.

Tras el fallecimiento de Mateo Fernández en 1672, su viuda, Catalina Blondiel, le sucede en el negocio como tutora de Tomás Fernández de la Peña, su hijo menor de edad. Parece que empieza a trabajar en la Imprenta Real, aunque no figura su nombre en los impresos. Entonces, Catalina Blondiel tuvo un pleito con la cofradía del Santísimo de la parroquia de San Andrés, heredera de Bernardo Junta, con motivo del local que ocupaba la imprenta, al que pretendía la cofradía. Blondiel se defendió mediante un memorial, en el que señalaba que la casa iba unida a la Imprenta Real y no se podía separar una de otra. Problemas económicos, sin embargo, la obligaron a arrendar la imprenta a Juan García Infanzón entre 1676 y 1678. Eso, al menos, parece indicar el hecho de que en esas fechas alquilase unas casas junto a las que fueron de Mateo Fernández, en la carrera de San Jerónimo. Pero la confirmación de este arriendo no se tiene hasta 1677, en un documento en el que Catalina declara tener arrendada la imprenta a Juan García Infanzón, que ya era impresor real, por valor de 4.000 reales al año. Actuó, efectivamente, como regente y encargado de la Imprenta Real entre 1676 y 1678. No tuvo alquilada, sin embargo, la imprenta durante mucho más tiempo después de esta declaración. En 1680, Catalina Blondiel arrendó el taller a Juan Sierra de la Cerda durante algo más de un año y, acto seguido, vendió al impresor Mateo de Llanos y Guzmán las letras y enseres de la imprenta, quien al año siguiente se establece como impresor independiente y que en 1689 vivía todavía, pero con sus bienes embargados. Tras dejar la Imprenta Real Juan García Infanzón, debió de instalarse por su cuenta. En 1680, se le encuentra en la calle Calatrava; posteriormente, entre 1691 y 1694, tuvo taller en la calle de Juanelo y, desde 1694, se le sitúa otra vez en la calle Calatrava, donde debió renovar el material pasando a utilizar tipos de Pedro Disses. Juan García Infanzón se convirtió durante estas décadas en uno de los impresores más prolíficos e importantes de la ciudad²⁷.

No se sabe con exactitud en qué fecha falleció su primera esposa, Ana María Larios, pero en 1697, el 14 de octubre, recibió carta de dote de su segunda

²⁶ Juan Delgado Casado. *Diccionario de Impresores Españoles (siglos XV -XVII)*. 2 vols. Madrid, Arco Libros, 1996. Págs. 216 y 217, 259-261 y 342-344.

²⁷ Michael F. Suarez y H. R. Woudhuysen (edit.). *The Book: A Global History*. Oxford University Press. Oxford (UK), 2013, 748 págs. ISBN: 9780199679416.

mujer, Isabel de Arroyo, hija de Agustín de Arroyo y Clemencia María, ambos vecinos de Madrid²⁸.

Juan García Infanzón fue un impresor activo y con una producción muy intensa. La primera obra en la que figura como impresor data de 1672, *Instrucción de ordenantes: compendio de las cosas, que deven guardar, y saber en sus Órdenes y se les preguntan en los exámenes, desde la primera Tonsura hasta el Sacerdocio, con un apendix del examen de confesores y predicadores*, de Antonio de Quintanadueñas, escritor jesuita, hagiógrafo y moralista. Efectivamente, a partir de 1676, su nombre empieza a aparecer en la documentación como regente de la Imprenta Real y entre sus trabajos encontramos los *Tratados históricos, políticos, éticos y religiosos de la monarchia de China. Descripción breve de aquel imperio y exemplos raros de emperadores y magistrados dél, con narracion difusa de varios sucessos y cosas singulares de otros reynos. Añádense los decretos pontificios y proposiciones calificadas en Roma para la misión Chinica y una Bula de Clemente X* (1676), del dominico y gran traductor del chino al castellano, catedrático de Prima de la universidad de Santo Tomás de Manila y procurador general de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, Domingo Fernández Navarrete; *Los Anales eclesiásticos y seculares de la muy Noble y muy Leal Ciudad de Sevilla, Metrópoli de Andalucía, que contienen sus más principales memorias desde el año de 1246 hasta el de 1671* (1677), de Diego Ortiz de Zúñiga, veinticuatro de Sevilla, caballero de la Orden de Santiago e historiador prestigioso; *Símbolos selectos y parábolas históricas del P. Nicolás Causino, de la Compañía de Jesús* (1677); y *Vida, favores y mercedes que Nuestro Señor hizo a la Venerable Hermana Mariana de Jesus, de la tercera orden de San Francisco...* (1678), del licenciado Luis de Mesa, su confesor.

Desde 1678 trabaja como impresor independiente con una producción muy abundante, variada y, en general, bastante interesante por los autores y temas que imprime. Entre sus trabajos destacan *Breve relación de la peregrinación que ha hecho de la mayor parte del mundo don Pedro Cubero Sebastián...* (1680); *Crónica de los príncipes de Asturias y Cantabria* (1681), de Francisco Sota; *Examen de la potestad y iurisdicción de los señores obispos, assí en común como de los obispos regulares y titulares con algunas consultas concernientes a la materia* (1682), de Martín de Torrecilla; *El fiel compañero nuestro ángel custodio* (1683), de Francisco García, de la Compañía de Jesús; *Chronica seraphica, segunda parte...* (1684), de Fr. Damián Cornejo; nuestra obra protagonista *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos, que escribió en lengua toscana Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos...* (1684), de Giovanni Sagredo²⁹; *Historia de Yucatán* (1688), de Diego López de

²⁸ Mercedes Agulló y Cobo. "Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, I (1966), págs. 169-208 y II (1967), págs. 81-116. De la misma autora, *La imprenta y el comercio de libros en Madrid en los siglos XVI-XVIII*. Tesis doctoral. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

²⁹ Sorprendentemente Las *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos* no están recogidas, como trabajo impreso por Juan García Infanzón, en los repertorios de obras impresas y diccionarios de impresores españoles y madrileños de Juan Delgado Casado, Mercedes Agulló y Cobo, Jaime Moll y Cristóbal Pérez Pastor. Tampoco en la extensa relación de obras del impresor en la Biblioteca virtual Miguel de Cervantes.

Cogolludo, padre perpetuo de esta provincia franciscana e historiador alcalaíno; *Controversias pharmacopales, adonde se explican las preparaciones y elecciones de Mesue ...* (1688), de Miguel Martínez de Leache; la primera edición de *Inundación Castálida* (1689), de sor Juana Inés de la Cruz; *Poemas de la única poetisa americana musa décima Soror Juana Inés de la Cruz, que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios assumptos con elegantes, sutiles, claros versos para enseñanza recreo y admiración* (1690), sacados a luz por Juan Camacho Gayna; *Academias morales de las musas...* (1690), de Antonio Enríquez Gómez; *Autos sacramentales alegóricos y historiales* (1690), de Calderón de la Barca; *Compendio del Despertador christiano de sermones doctrinales* (1690, 1691, 1692 y 1697), de Joseph de Barcia y Zambrana; *Panegyrico funeral en las magestuosas exequias del príncipe elector Phelippe Guillermo, Conde Palatino del Rhin, padre de la reyna Maria Ana de Neoburg, que celebraron en su Real Capilla a ocho y nueve de Noviembre de 1690* (1691), de Joseph de Barcia y Zambrana; *Historia y magia natural o ciencia de filosofía oculta, con nuevas noticias de los más profundos mysterios y secretos del universo visible, en que se trata de animales, pezes, aves, montes y valles, donde trata de los secretos que pertenecen a las partes de la tierra* (1692), de Hernando Castrillo, de la Compañía de Jesús; *El confessor instruido: obra en que se le muestra al confessor nuevo la práctica de administrar con fruto el sacramento de la penitencia, dada a luz en lengua toscana por Paolo Segneri y traducida en nuestro idioma por Juan de Espinola Baeza Echaburu* (1695); *Ferías mayores de Quaresma* (1695), de Jacinto de Pareja; *Apología por la controversia dogmática por el espíritu y perfección de la ley de Gracia, contra el verdadero estado religioso evangélico del Nuevo Testamento, manifiesto de las singulares doctrinas con que se defiende el monachato eliano en la synagoga...* (1696), de fray Francisco Galiano Espuche; *Testamento político del cardenal duque de Richelieu. Primera y segunda parte traducidas de la quarta impresión, revista, corregida, aumentada con observaciones históricas, que salió en lengua francesa en Amsterdam el año de 1691* (1696), de Juan de Espinola Baeza Echaburu; *Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial* (1698), de Francisco de los Santos; *Monasterio de El Escorial. Panteón Real. Sección con las tumbas y el altar* (1698), de Pedro Villafranca Malagón; *La gran comedia, Amado y aborrecido: fiesta que se representó a sus Magestades en el Salón Real de Palacio* (1698), de Calderón de la Barca; *Retrato de Felipe IV, Rey de España* (1698), de Pedro Villafranca Malagón; *Theatro monarchico de España, que contiene las más puras como cathólicas máximas de estado, por las quales, assí los príncipes como las repúblicas aumentan y mantienen sus dominios, y las causas que motivan su ruyna* (1700), de Pedro de Portocarrero y Guzmán; *Copia del testamento cerrado, que en dos de Octubre de mil y setecientos, y del codicilo, que en cinco del mismo mes, y año hizo la Magestad del Señor Rey D. Carlos II (que está en gloria) debaxo de cuya disposición falleció en primero de Noviembre siguiente, y también copia del papel que cita el testamento* (1700); *Epicedio sacro que en las solemnes y afectuosas exequias que consagró a la Católica Magestad del Rey difunto D. Carlos II en su Iglesia de esta corte dixo el Padre Fray Josef de Madrid, religioso capuchino* (1701); *Oración fúnebre y panegírica en las exequias de nuestro Rey Carlos II que celebró el Real Convento de Franciscos Descalços de esta Corte en la Real Capilla de S. Gil* (1701), predicada por Fray Alonso de Tarazona; *Testamento de paz del Rey Carlos II.*

Sermón que predicó a sus honras en la Capilla Real el día quatro de noviembre de este año de 1702 el Padre Gabriel Faxardo, de la Compañía de Jesús (1702); *Successión del Rey D. Phelipe V nuestro señor en la corona de España, diario de sus viages desde Versailles a Madrid, el que executó para su feliz casamiento, jornada a Nápoles a Milán y a su ejército, sucesos de la campaña y su buelta a Madrid* (1704), de Antonio de Vbilla y Medina, Marqués de Ribas; y *Compendio annual de los sucesos principales de la Europa en el año de 1705* (1706), de Juan de la Cruz. A todo ello habría que añadir bastantes sermones, de Jacinto Barrasa, Domingo Pérez Urbano, Juan Francisco Zorrilla, Pascual Ranzón y Pedro de Quirós, así como numerosos villancicos.

La última obra impresa por Juan García Infanzón lo fue en 1707. Previamente, con el pie de imprenta “impresor de la Santa Cruzada”, edita diversas obras: *Talentos logrados, en el buen uso de los cinco sentidos* (1700), de Diego Calleja, de la Compañía de Jesús; *Palestra pharmacéutica, chymico-galénica, en la qual se trata de la elección de los simples, sus preparaciones chymicas y galénicas y de las más selectas composiciones antiguas y modernas, usuales tanto en Madrid como en toda Europa, descritas por los Antiguos y Modernos con las anotaciones necesarias y más nuevas que hasta lo presente se han descrito, tocantes a su perfecta elavoracion, virtudes y mejor aplicación en los enfermos* (1706), de Félix Palacios; y *Opúsculos de oro, virtudes morales christianas, que dedica a María Santísima...* (1707), de Luis Francisco Calderón. En 30 de octubre de 1707, estando gravemente enfermo, otorgó testamento dejando como heredera a María García Infanzón, hija de su primer matrimonio con Ana María Larios, y a su segunda esposa, Isabel de Arroyo, a quien mejoró en un quinto, y quien siguió con el taller. Falleció poco después, aunque su nombre se mantuvo en impresiones posteriores realizadas por sus sucesores.

Su viuda, como acabamos de decir, continuó con el negocio familiar y también lo hicieron sus herederos hasta 1758, como así consta en los pies de imprenta. Isabel de Arroyo tuvo a su cargo la impresión del rezo para santos nuevos y misas añadidas y, debido a esto, la práctica totalidad de su numerosa producción es de temática religiosa. Entre todas ellas destacan, *Hippocrates vindicado y reflexiones medicas sobre el Hippocrates defendido* (1713), del doctor Antonio Álvarez del Corral; *Theología moral sacramental para el uso más fácil de las conferencias que se tienen en el Oratorio del Salvador del Mundo, en esta corte...* (1714), de Juan de las Ebas y Casado; *Práctica de la administración y cobranza de las rentas reales y visitas de los ministros que se ocupan en ellas* (1715), de Juan de la Ripia; *Sermones morales que predicó en Lima...* (1716), de Francisco Xauier Zalduendo, de la Compañía de Jesús; *Corona de flores que los esclavos de María Santísima, le consagran como a su reyna y señora en todas sus festividades...* (1717), de Juan Antonio de Oviedo, de la Compañía de Jesús; *La heroyca vida, virtudes y milagros del grande S. Francisco de Borja...* (1717), de Alvaro Cienfuegos; *Manual del Orden de la Hospitalidad de Nuestro Padre S. Juan de Dios, conforme al missal, ceremonial y ritual romano, reformado por el Paulo Quinto...* (1718), de Fr. Agustín de Victoria; *Theologia moralis a sede apostolica*

per decreta Alexandri VII atque Innocentii XI castigata, ad sanum ex communi doctorum sensum exposita ac restituta...(1718), de R.P. Gutierre Ildephonso Hurtado; *Gritos del infierno para despertar al mundo* (1718), de Joseph Boneta; varias ediciones de *Suma de la Theologia Moral, su materia, los tratados principales de los casos de su conciencia, su forma, unas conferencias practicas...* (1718), de Fr. Jayme de Corella y de su continuador Francisco José de Cintruenigo (1723); *Chronica seraphica ...* (Quinta parte, 1719; Sexta parte, 1725 y Séptima parte, 1729), de Fr. Eusebio Gonzalez de Torres; *Historia sagrada del compendio de las ocho maravillas del mundo... de la Santísima Cruz de Caravaca...* (1722), de Martín de Cuenca Fernández Piñero; *Tractatus theologicus iuxta D. Thomae, et Cursus salmanticensis FF. Discalceatorum B. Mariae de Monte Carmeli Primitivae Observantiae doctrinam, tomus primus* (1722), de R.P.F. Pablo de la Concepción; *Tractatus theologicus iuxta miram D. Thomae et Cursus salmannicensis FF. discalceatorum B. Mariae de Monte Carmeli primitivae observantiae doctrinam, tomus secundus sex complectens tractatus* (1722), de Pablo de la Concepción; *Despertador christiano quadragesimal de sermones doctrinales para todos los días de la quaresma...* (1724), de Josep de Barcia y Zambrana (también en la imprenta de los Herederos de la Viuda de Juan García Infanzón, 1748 y 1758); *Tractatus theologicus iuxta miram D. Thomae et Cursus Salmanticensis FF. Discalceatorum B. Mariae de Monte Carmeli, Tomus tertius. Tres complectens tractatus, quorum I. De peccatis. II. De gratia Dei. III. De Effectibus gratiae...* (1724), de Pablo de la Concepción; *Observaciones selectas de los modos de oraciones latinas conforme se enseñan en los estudios de la Compañía de Jesús...* (1725), de Thomas García de Olarte; *El museo pictórico y escala óptica. Tomo segundo. Práctica de la pintura, en que se trata de el modo de pintar à el olio, temple y fresco...* (1727), de Antonio Palomino Velasco; *Disceptaciones sobre los privilegios en lo espiritual y temporal del Real Monasterio del Escorial...* (1727), de José de Santa María; *Discurso sobre la Historia universal para explicar la continuación de la religión, y las mudanzas de los imperios. Primera parte desde el principio del mundo hasta el Imperio de Carlo Magno, escrito en lengua francesa por Jacobo Benigno Bossuet, Obispo de Meaux, y traducido en idioma español por Andrés de Salcedo, tomo primero* (1728); *Tomo segundo de las Leyes de Recopilación, que contiene los libros sexto, séptimo, octavo i nono* (en la imprenta de los herederos de la viuda de Juan Garcia Infanzón, 1745); *Curia philipica, primero y segundo tomo. El primero dividido en cinco partes trata de los juicios civiles, y criminales, eclesiásticos y seculares... El segundo tomo distribuido en tres libros trata de la mercancía y contratación de tierra y mar...* (en la imprenta de los Herederos de la Viuda de Juan García Infanzón, 1747), de Juan de Hevia Bolaños; y *Justa repulsa de iniquas acusaciones. Carta, en que manifestando las imposturas que contra el Theatro crítico, y su autor... dio al público Fr. Francisco Soto Marne...* (en la imprenta de los Herederos de la Viuda de Juan García Infanzón, 1757).

Concluimos la primera parte de esta presentación con cierta extrañeza y nuevas incertidumbres al comprobar que, estando frente a la primera y única edición en castellano de *Memorie Istoriche de Monarchi Ottomani* di Giovanni Sagredo, un extraordinario trabajo que gozó de significativo éxito y gran

notoriedad tras su publicación, que fue reimpreso hasta seis veces antes de finalizar el siglo y que fue traducido más adelante también a las lenguas francesa e inglesa, seguimos desconociendo prácticamente todo acerca de su traductor al castellano, Francisco de Olivares Murillo, y que, ni siquiera, hemos podido confirmar como quisiéramos los empleos y dignidades con los que firma la edición matritense. Y del mismo modo, a pesar de la excepcional complejidad del periodo, estamos sorprendidos por la omisión de esta impresionante edición entre los trabajos de su impresor, Juan García Infanzón, en distintos diccionarios, catálogos y repertorios de impresores y librerías actuales. Esclarecer estos puntos oscuros obliga a un nuevo análisis que, lamentablemente, supera el modesto objetivo inicial de esta presentación, aunque todo se andará.

2.- *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, una historia del imperio otomano comprendida entre 1300 y 1644. Las fuentes diplomáticas, cimiento primordial en la construcción de la crónica.

En 1684, como se ha recogido más arriba, en la imprenta de Juan García Infanzón, vio la luz la primera y única edición en español de *Memorie Istoriche de Monarchi Ottomani* di Giovanni Sagredo (Venecia, presso Combi & La Noù, 1673). *Estas Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos, que escribió en lengua toscana Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos; traduzidas en castellano por don Francisco de Olivares Murillo...*, constituyen una historia del imperio otomano comprendida entre el año 1300 y 1644, con veintidós monarcas biografiados, siendo mucho más detallada desde la exaltación de Süleyman Kanuni hasta el reinado de Ibrahim I (1640-1648). La obra reconstruye los acontecimientos de Oriente sobre la base de los autores occidentales más famosos, pero con una gran cantidad de detalles para los tiempos más cercanos, especialmente cuando se refiere a las relaciones diplomáticas entre la Señoría y la Sublime Puerta, basándose para ello precisamente en la correspondencia originada entre los dos Estados.

Las *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, grandiosa obra cargada de compromiso historiográfico y político -dirigida al rey Carlos II-, está dividida en trece libros. Los libros no están divididos en capítulos como usualmente sucede en las crónicas contemporáneas. Y como dicta el propio título de la obra, la división interna del contenido está marcada por el catálogo de los veintidós monarcas otomanos, cuyas vidas y empresas -memorias- contiene: Othomano (pág. 9), Orcano (pág. 9), Solimán (pág. 11), Amurates (pág. 12), Bayaceto (pág. 14), Josué (pág. 20), Musulmano (pág. 20), Moysés (pág. 20), Mehemed (pág. 21), Amurates Segundo (pág. 24), Mehemed Segundo (pág. 36), Bayaceto

Segundo (pág. 75), Selín Primero (pág. 92), Solimán Segundo (pág. 108), Selín Segundo (pág. 252), Amurates Tercero (pág. 310), Mehemed Tercero (pág. 353), Acomad (pág. 407), Mustafá (pág. 428), Osmán (pág. 432), Amurates Cuarto (pág. 459) y Ebraín (pág. 523).

El Libro Primero (570-1461) comienza exponiendo, a modo de introducción general, los orígenes de la nación turca, de su profeta y religión - incorporada con los intereses de Estado-, sus preceptos, las diferentes interpretaciones de la religión mahometana³⁰ y la extraordinaria expansión territorial, que en menos de tres siglos “después de la potencia romana, ninguna otra ha estendido sus confines más ampliamente, y aunque la primera ocupó provincias que los turcos no poseen, la segunda señorea naciones que los romanos no conocieron. Y en el círculo de poco más de trescientos años, sujetó los imperios de Constantinopla, Trapisonda y Babilonia, metrópoli del imperio caldeo; quarenta reynos como infinitas provincias... Y es tan sumamente dilatado el país que posee la monarquía othomana que no ha auido quien con cierta medida le aya comprendido. Y los más modernos dizen que de poniente a levante, que es desde los Estados venecianos hasta Persia, se estiende novecientas leguas y mil desde mediodía al septentrión, que es desde Arabia a la Jeorjia. Es nación fiera y sobervia como indomable en las prosperidades, y en los infortunios manejada y tratable, teniendo solamente la confiança en la multitud y es más fácil de vencer con el oro que con las armas”³¹.

A continuación, argumenta los motivos de su elección de tipo de Estado-gobierno. “Por lo que toca a la política, siendo los dominios como los hombres, unos más robustos que otros, creyeron los mahometanos que el gobierno monárquico fuese el más perfecto y de más duración, porque es el más absoluto y tiene mayor semejança con Dios, que es supremo y universal monarca de cielo y tierra. Y assí establecieron un arbitrio entre infinitas voluntades, un señor entre muchos esclavos, queriendo que exercitasse la autoridad de una deidad terrena, siendo absoluto dueño, sin reserva de la vida, del honor y de la hazienda. Y assí, lo que ordena es superior a qualquiera ley, siendo estas muy pocas y se reducen a materias tocantes a las armas como a la exaltación del dominio, creyendo los súbditos que la voluntad del monarca sea la de Dios y que perder la vida en su servicio es martyrio con que se consigue la gloria, como señal cierta de condenación eterna la inobediencia”³². Y para complementar este modelo de Estado: “Concurre principalmente para la grandeza y conservación de él un arcano político, disignio de finíssimo entendimiento, que es poner las armas y

³⁰ “Professan la mahometana secta los sarracenos, los mamalucos, siguiéndola en este tiempo los moros, los árabes y los tártaros. Y tiene también cismáticos, que son los persas, azimios, chiurdios y otros, en tanto número, que llegan a sesenta y siete las religiones cismáticas de los turcos que siguen el *Alcorán*, pero variando en la interpretación”. *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos...* Libro Primero. Pág. 14.

³¹ *Ibidem*. Libro Primero. Págs. 8-9.

³² *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 15.

las fuerças políticas en las manos de unos hombres que nacieron en la fe de Christo, arrebatados de agenos payses, sin apoyo ni seguridad de nacimiento, levantados a estas dignidades sin embidia, cuya fortuna, siendo inseparable de la del monarca, es interessada en la ampliación de su mayor grandeza. Sin duda alguna embió Dios al mundo esta nación para flagelo de la christiandad, pues desarmada supo vencer a los fuertes y, no maestra en la náutica, ha conseguido ser tan poderosa en la mar como sabemos”³³.

Una vez definidos los caracteres generales de la religión mahometana y, como es preciso, en palabras del propio autor, “buscar el principio de la encadenada serie de las ocasiones, hasta las más apartadas y remotas y, conociendo ser necessario buscar las primeras fuentes de donde nace el río de esta Historia (los sarracenos, que primero arbolaron las insignias de tan malvada religión, inundaron como impetuoso diluvio las grandes provincias de Assia, toda la África y parte de la Europa, brumando no menos las ondas de leños que las campañas de exércitos, igualmente felizes en las empresas marítimas como terrestres), para poder después comprehender el curso de su caudal, pondré brevemente los principios de este grande imperio, los quales son de la misma edad que el siglo dezimoquarto de nuestra salud y después successivamente, a proporción de su aumento, dexaré más ampliamente correr el estilo y la narración”³⁴. Así, siguiendo escrupulosamente esta máxima, a partir de este momento, comienza la narración de los hechos más notables (militares: marítimos y terrestres, diplomáticos y políticos, económicos y comerciales, sociales y culturales...) de cada uno de los grandes sultanes, desde los orígenes de imperio hasta la fecha de edición de las *Memorias Históricas*, iniciando el relato con Othomano -Osmán I- (1300), fundador de la dinastía y primer rey de los turcos, su sucesor Orcano -Orhan I- (1327), Solimán -Süleyman I- (1349), Amurates -Murad I- (1383), Bayaceto -Bayezid I- (1389), Josué (1402), Musulmano (1408), Moysés³⁵ (1412), Mehemed³⁶ -Mehemed I- (1413), Amurates II (1421) y Mehemed II (1451) hasta la muerte de Juan Uniades. En este punto concluye el Libro Primero.

A partir de Mehemed I el relato es algo más extenso y minucioso. El autor lo presenta como restaurador de aquella monarquía, poniendo en obediencia al príncipe de Caramania y dominando la Serbia y la Valaquia, así como primer monarca otomano que desplegó las banderas en daño de la

³³ *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 16.

³⁴ *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 16.

³⁵ “[Saidino, historiador turco] Los historiadores turcos no llaman a Josué, sexto, ni a Musulmano, séptimo, ni a Moysés, octavo, monarcas de turcos, aunque se ciñeron la diadema, uno después de otro. Y ponen solamente en el registro de sus emperadores a Mehemed Primero, y penúltimo de los hermanos, mencionándole el quinto monarca -eliminando también de esta serie a Solimán-, restaurador de su abatido dominio, hablando de los dichos Josué, Musulmano y Moysés como de príncipes de la sangre rebeldes.”. *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 32.

³⁶ “Y fue, como quieren los turcos, el quinto y, como dizen los griegos, el noveno monarca de los turcos”. *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 34.

República de Venecia. Murad II, su sucesor, dilató y engrandeció el Estado, siendo uno de los más voraces conquistadores otomanos, “profesando el culto a las armas y el ejercicio militar que consigue las victorias y es el más seguro medio para predominar”. Murad II, asistido de los beylerbeys de Europa y Asia, deseoso de vengarse de los griegos que fomentaron a Mustafá (su tío, quinto hermano de su padre), puso sitio a Constantinopla, aunque se vio obligado a tratar proposiciones de paz y abandonar la expugnación. Asegurado el sultán, poco más tarde, de sediciones domésticas se aplicó a las numerosas conquistas externas “y no solo asistió a muchas en persona, sino que en el mismo tiempo dividió los generales en diferentes empresas, dándose las manos para enlazar las operaciones y eslabonar la cadena que intentava fabricar para poner en mísera esclavitud a los confinantes payses cristianos”³⁷. Fue Murad II quien redujo la infantería jenízara a la más ajustada disciplina ordenando que se formase toda de hijos de cristianos, “por lo qual, ordenó que extraviassen de la christiana prosapia los muchachos más nervosos y bien dispuestos, arrebatándolos a sus genitores en tierna edad porque, olvidados fácilmente de la religión, no conociesen otro padre que el sultán y por esso le llaman en idioma turco Palensabá (que es lo mismo que padre nuestro), como aquel que los viste, sustenta y acomoda en los serrallos para que los adiestren en las armas”³⁸. Redujo también Murad II a proporcionada y justa regla la caballería de espahís, “desposseyendo de los timares, o repartimientos, a los que no concurrían bien armados en las ocasiones, como también a los que gozavan encomiendas y no comparecían en persona, contentándose de embiar en su lugar criados y otra gente inútil, a quienes condenava a exemplares castigos, arrancando por este medio de raíz todos los fraudes militares mal introducidos. Y purificando en esta forma el ejército, vigilante en la execución de las órdenes, se acreditó de invencible no aviendo obstáculo que no venciesse ni mal enquntro que no atropellasse”³⁹. En numerosas empresas se acompañó de su primogénito Mehemed para instruirlo en las disposiciones militares y refrenar los ardores de los enemigos. “Y aviéndose passado cinco meses después de aver entrado en la Albania sin aver logrado sus armas interés alguno, le mortificava mucho (después de aver sujetado la Grecia y domado la Ungría) el mirarse abatido y despreciado en los últimos términos de su vida de un sobervio joven de Epiro. Acabando de expressar estos sentimientos con incendio rabioso, se inflamó de manera que le sobrevino una calentura tan ardiente que le conquistó la vida, mas no el corazón pues, aunque agonizando, no dexó de aspirar a las conquistas. Murió de ochenta y cinco años, después de aver reynado treinta y uno. Y en la asistencia que le tuvo el hijo del muftí hasta la hora última de su tránsito, le asseguró que por la mucha edad que tenía y por las molestias que le

³⁷ *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 39.

³⁸ *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 40.

³⁹ *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 41.

circunvalaban en la vejez, estava cansado de vivir, pero no de vencer, y que hallava más facilidad en desasirse del mundo que en apartarse de las victorias”⁴⁰.

“Si Amurates Segundo inundó la christiandad como río que ha salido de madre, Mehemed Segundo, su hijo, undécimo monarca othomano, fue un mar desatado de la prisión de las márgenes. Fue su madre la mencionada Miliça, hija del soberano de Servia, de quien Amurates estuvo altamente enamorado. Destiló esta princesa en el ánimo de su hijo, en la más tierna edad, algunas claras como dulces memorias de la católica religión, pero aviendo llegado a la edad madura, poco aplicado a la turca, ni creció en la una ni se adelantó en la otra. Fueron sus ídolos el interés y la ambición, reputando por justo qualquiera sacrilegio como fuesse en ampliación del imperio. En edad de treinta y un años empuñó el cetro y, bien disciplinado en las armas y en la escuela del padre, no solo presumió superar al maestro, sino que avía de conseguir todas las empresas que no pudieron lograr sus antecessores. Quexávase como Alexandro de que el mundo tuviesse tan estrecho recinto que no llenasse la anchurosa capacidad de sus disignios. La primera sangre que derramó fue la de sus tiernos inocentes hermanos, uno de año y medio y otro de seis meses, ahogados en su presencia con la cuerda del arco, porque los príncipes de la sangre othomana (que pueden aspirar al imperio) siendo discordes siempre con la cuerda los conciertan”⁴¹.

Animoso Mehemed en los ejércitos y ensangrentado con los sucesos, meditó y condujo a buen fin las más arduas empresas y más importantes conquistas. Y así, colocó sobre lo más elevado de la gloria y del poder a la monarquía otomana. “Teniendo dominada casi la Grecia, consideró necessaria, como precisa, la empresa de Constantinopla como metrópoli de aquel imperio y corazón del oriente. Y llamando a su presencia los cabos y los más veteranos soldados y, aviéndoles preguntado las dificultades que se opusieron por lo passado a tan importante conquista (para facilitar el tránsito de las milicias assiáticas por el estrecho de Galípoli, donde las armadas de poniente ordinariamente se le estorvan y para quitarles también a los griegos la comodidad de la embarcación al mar Negro), deliberó fabricar un fuerte en el Bósforo tracio, donde es más breve el tránsito para passar a la Europa. Y aviendo prevenido lo necessario para esta fábrica y encargado el logro de esta resolución a los principales cabos del ejército, le reduxo casi a perfecta defensa con la fábrica de tres eminentes torres en término de tres meses, poniéndole por nombre Lemocopia. Qualquiera obstáculo es de sumo embaraço para los príncipes de menores fuerças y, los grandes, con la prevención de eficaces medios para la resistencia, con facilidad se preservan del escrúpulo”⁴².

⁴⁰ *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 53.

⁴¹ *Ibidem*. Libro Primero. Págs. 53-54.

⁴² *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 59.

Tras durísimos y constantes enfrentamientos y combates, asaltos, refriegas y embestidas narradas exhaustivamente y con formidable daño de griegos, genoveses y venecianos principalmente, Constantinopla sucumbía ante las armas del conquistador. “Animava el sultán a los suyos con la esperanza del saco (declarado por tres días), que es el más efectivo estímulo para animar a la milicia, y no es ponderable el efecto que hizo esta publicación en el ánimo de los soldados, pues a porfía logravan extraordinarias pruebas de valor combatiendo de noche a la luz de los fuegos artificiales y de día entre las tinieblas densas de la obscuridad del humo, adelantándose sin resguardarse cautelados, cantando en su presunción el triunfo primero que la victoria”⁴³. El estremecedor relato hace hincapié en los insuperables daños humanos y patrimoniales de los intereses de la Señoría en Constantinopla y en la desolación de sus moradores. Domada Constantinopla, creyó Mehemed poder deshacer cualquier obstáculo que le embarazase para sujetar con igual fortuna también a Belgrado. Sin embargo, la encomiable resistencia de los sitiados y la experiencia militar y dirección de Juan de Uniades frustró el intento y obligó a Mehemed a levantar el sitio.

El Libro Segundo (1461-1512) da comienzo con la firma de capitulaciones de la entrega de Trapisonda a Mehemed, la marcha de tropas otomanas a la Morea para su sujeción y, con Pío II en el pontificado, la publicación de la aclamada liga entre su Santidad, el dux de Venecia y el duque de Borgoña. Liga, por otro lado, enfriada por su sucesor en la silla, Paulo II. La línea principal del relato sitúa a la Señoría de Venecia, junto a sus intereses comerciales y territoriales, como columna vertebradora de los acontecimientos. Cerca siempre en la narración, el coyuntural rumbo de las conversaciones e intereses con los sucesivos pontífices y subsiguientes ligas. Así sucede con la deliberación y detallada consumación de la conquista de Negroponte, tras cuya victoria entraron los turcos sin oposición en la Morea. A continuación, estrategia habitual, apertura del camino de las negociaciones de paz y suspensión de las disposiciones de guerra para evitar una liga cristiana de poderosa unión. Ocupando la silla papal Sixto IV, y dominando las aguas del mar la reforzada armada veneciana, se suceden las conquistas de Setelia y Esmirna; de Sigino, Curco y Seleucia en la Caramania; de Miera en las riberas de la Licia. Mehemed, para vengarse de estos insultos ejecutados en Asia, ordena el avance de las tropas otomanas a los territorios del Friuli. Estando la armada cristiana lista para entrar en el estrecho de Galípoli, llega el aviso de la muerte del rey de Chipre. Más adelante, se recibe en Venecia con universal alegría el aviso de la retirada del enemigo de Escutari, tras cruentos combates; la recuperación del Estado a los príncipes de Caramania y haber asegurado a la reina de Chipre aquel dominio. Obsérvese siempre la alternancia entre los frentes de guerra europeos

⁴³ *Ibidem*. Libro Primero. Pág. 63.

y orientales. En este sentido, persianos y turcos se preparan para batalla campal en las márgenes del Éufrates. Mehemed se encamina a Persia con doscientos mil combatientes en compañía de sus hijos Bayezid y Mustafá, a fin de que aprendan el arte militar con la experiencia. La falta de artillería en el ejército persa, principalmente, ocasionó su mal suceso. Ganaron los turcos la batalla, los alojamientos reales y tres mil prisioneros, aunque con reconocida y grande pérdida humana. En Europa, a continuación, si gimió la Albania los estragos de las huestes de Mehemed, también suspiró la Italia en el Friuli. Creta es sitiada durante un año y conquistada.

Cansada la Señoría ante tantos frentes de guerra, enflaquecido el erario, empeñadas las rentas y entorpecidas las asistencias cristianas, dio atención a manejos de paz con duras condiciones y cesiones territoriales. Los turcos, aprovechando esta gran debilidad, arrebataron la isla de Santa Maura y la de Cefalonia a algunos príncipes de Grecia y se dispusieron a lograr la del Zante. No quedando Mehemed satisfecho de conquistas, aunque se hallaba rico de victorias, animó sus deseos de conquistar Rodas. Después de noventa y nueve días de asedio, se retiraron los turcos maltratados y corridos. La tempestad de las iras de Mehemed se minoró con la conquista de Otranto por Acmad bajá. “Mas en quanto disponía Mehemed (para bolver a sitiar la isla de Rodas, conseguir en persona lo que no avían podido lograr los suyos, aviéndolos imputado de cobardes ministros) salir con trecientos mil hombres por tierra y dozientas galeras por mar para hazer temblar el mundo y, después de aver sujetado al soldán de El Cayro, passar también a dessolar la Italia, acometido de un dolor de tripas (quizá ocasionado de aver comido mucho de lo ageno) se rindió el invencible a las violencias del mal, aviendo sido fortuna de la Christiandad que la muerte triunfasse de tan sangriento indomable bárbaro”⁴⁴. Expiró de cincuenta y tres años, habiendo reinado treinta y dos. Sujetó dos imperios, conquistó doce reinos y doscientas ciudades. “Dexó Mehemed tan amplios Estados, que tenían bien en qué satisfacer el deseo de dominar Baiaceto y Zizimo, sus hijos (por aver muerto Mustafá, primogénito, poco después de la mencionada victoria en Persia), haziendo la naturaleza que naciessen hermanos y la ambición enemigos... Pretendía de justicia, como mayor, el imperio Baiaceto y Zizimo le competía por merecimientos. Y no aviendo medios términos para el acuerdo, eligieron a Marte por juez absoluto de este litigio, comprometiendo la razón de su justicia al medio círculo de una zimitarra. Assistían a Baiaceto las milicias de Europa y el valeroso Acmad (que ganó a Otranto) y Mehemed, primer visir, a Zizimo, con las tropas asiáticas. Assistía este en Soria, haziendo oposición con las tropas (de orden de su padre) a las fuerças del soldán de Egypto (con quien tenía guerra), por cuya razón passó

⁴⁴ *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 100.

Baiaceto a Constantinopla asistido de los genízaros, que le reconocieron y saludaron como a emperador.”⁴⁵.

Zizimo pasó voluntariamente a manos del gran Maestre de Rodas, que lo encaminó a Francia, donde estuvo hasta que el rey le remitió a Inocencio VIII, quien le señaló habitación en el palacio en Roma. Bayezid pidió a su Santidad que le tuviese en segura custodia, cuya gracia satisfaría con el cambio de no infestar la cristiandad, dejándola gozar pacífica y alegre calma con real seguridad, acompañando esta correspondencia con treinta mil sultaminos cada año. Zizimo se dolía en los últimos suspiros de su vida de haber cambiado país y no fortuna, cuando había hallado en los cristianos la misma crueldad que había experimentado en los turcos. Establecido en el solio Bayezid, una vez se hubo deshecho por celosa desconfianza de quien le había puesto allí: Acmad baxá, se aplicó siguiendo las máximas de la ambiciosa monarquía a su dilatación. La primera empresa fue destruir al caramano y, habiéndosele humillado la Cilicia, la Armenia y la Capadocia hasta el monte Tauro, les impuso sus leyes, gozando los otomanos con plena seguridad todas las provincias. Eslabonando una empresa con otra, pasó el Danubio y cercó y rindió Moncastro. De este modo aseguró las riberas del mar Euxino y, mientras hacía reparar las murallas, el beylerbey de Grecia conquistó Licóstomo. Satisfecho de presas y conquistas, Bayezid se retiró a Andrinópolis para descansar el invierno y diseñar nueva empresa en la siguiente campaña a daño del soldán de Egipto. En este punto, el autor de las *Memorias* hace una parada en el relato cronológico para ahondar en los orígenes de los mamelucos, “nación armígera y poderosa, atacada de Bayaceto y destruida de Selín, su hijo”⁴⁶. No habían recibido hasta entonces mayor estrago los turcos, después de la rota que dio el gran Tamorlán en Persia al precedente Bayezid. Sin embargo, este suceso no impidió que la armada otomana, reclutada de nuevas tropas, pasase a la Valaquia para estrechar a aquel príncipe y obligarle a pagar el tributo correspondiente.

En las campañas siguientes, ya fallecido el rey Matías, Bayezid apuntó con éxito al corazón de Hungría y Croacia. Satisfecho de las empresas terrestres, quiso obtener la misma fortuna con las marítimas. “El othomano general, no permitiendo que se entibiase el ardor de las armas, assaltó a Lepanto por mar y por tierra y no siendo esta plaça de las assistidas de presidio militar, sino de las que fían la defensa a los habitantes, amedrentados de la fuerza y reputación de las armas enemigas, con facilidad la rindieron”⁴⁷. Una campaña más tarde, Modón corrió la misma fortuna. “Y conociendo sin gente el recinto, arrimando las escalas sin oposición, ganaron la plaça sin sangre vertiendo solamente la que acaloravan las venas de los incautos christianos que, infelizmente avassallados,

⁴⁵ *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 101.

⁴⁶ *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 107.

⁴⁷ *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 114.

fueron miserable y cruel despojo de los victoriosos. Murieron en el sacrificio, atormentados de las sedientas zimitarras, los más principales cabos, Luis Miguel y otros capitanes, como también la chusma de las galeras que avían introducido el socorro. Murió también Antonio Contarine, gobernador de la ciudad, y Andrea Falco, su obispo, prelado de santa vida, quedando en un momento rendida, abrasada y sepultada entre sus propias ruynas, después de tan llorosa pérdida para los christianos y feliz empresa para los infieles”⁴⁸. A continuación, la armada turca se dirigió a Corón, donde atemorizados con el suceso de Modón y no habiendo en la ciudad presidio militar, perdiendo el respeto a los magistrados, el pueblo resolvió reconocer las leyes del vencedor con favorables condiciones.

Las piezas del tablero mediterráneo estaban en constante movimiento. Y habiéndose juntado en este tiempo las armadas española y veneciana, no sin dificultades, tomaron la Cefalonia, el Junco y Santa Maura. “Y es cierto que quien no pelea con los turcos en la mar, tampoco lo hará (aun con ventaja) en la tierra, porque no son tan diestros y experimentados en la disposición de la náutica como en la terrestre, exceptuando los cossarios habituados en la marinería por el continuado exercicio, si bien estos suelen atender más a la aplicación de la presa que a la de la batalla porque hazen la guerra más para el provecho que para el riesgo. El más fuerte nervio de la milicia othomana es la cavallería (incapaz de asistir a las funciones marítimas) y donde toma su lugar el sultán quando sigue en persona las conquistas, cuya presencia ordinariamente destierra qualquiera obstáculo que se opone y, assí, jamás se embarca por la contingencia de exponerse a varios peligros y porque dizen que llevan atadas las manos porque no ponen seguros los pies, a que se junta la calidad de nuestras embarcaciones, ventajosas en lo manejable a las enemigas, cuya desigualdad combida al deseo para solicitar la batalla con esperanças de segura victoria”⁴⁹. De nuevo estaban los erarios venecianos con gran descaecimiento porque, siendo la guerra naval, era preciso que estuviesen cansados los súbditos, así de las contribuciones como de la vertida sangre en servicio de la patria, a que se agregaba la tibieza de los socorros cristianos y las diversiones de Italia. Y así, de nuevo, se dispusieron envíos de embajadores y ajustes de tratados. Las *Memorias* contienen un ir y venir ininterrumpido de embajadas y de ajustes económicos, comerciales y territoriales; una interminable demostración de negociaciones diplomáticas. Sin duda, la fortaleza más sobresaliente de este amplio y extraordinario trabajo. Y de primerísima mano.

Y una vez más, a los ajustes de paz en occidente le sigue la intervención militar en oriente, donde Arduele, rey de Persia, (que supo sustentar su religión mucho más con las exhortaciones y con la elocuencia que con las armas), quedó

⁴⁸ *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 116.

⁴⁹ *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 115.

desbaratado nuevamente de Janus bey. Y pareciéndole más conveniente mantener la defensa (internado en sus dominios), abandonó la campaña, como también los turcos la victoria por falta de bastimentos en la suma esterilidad de aquel país. “No era tratable que Baiaceto suspendiese la carrera de sus progressos si el insufrible freno de la gota no le hubiese detenido el impulso, porque (aunque vigoroso de ánimo) le faltaban las fuerças del cuerpo con las indisposiciones y, envejecido en las fatigas, no podía resistir los ásperos cuydados de la guerra, por cuya razón se aplicó a los intereses de la economía”⁵⁰. Restauró entonces las ruinas de los muros de Constantinopla ocasionadas por un terremoto y, poco después, falleció en su reposo en la Corte. Fue superior en muchas externas guerras y pereció por la doméstica desunión, no en abierta campaña, sino en oculta insidia, siendo sus más allegados sus mayores enemigos. Su tercer hijo, Selim, fue el primero en desear la herencia del imperio frente a sus dos hermanos Acmad y Corcut y no dudó en intentar ocupar Constantinopla con toda celeridad, ni en atacar en Chiorlu a su propio padre (impedido de gota y recostado en un catre portátil). No obstante, en esta ocasión Selim fue roto, aunque ayudado en su huida a Caffa al encuentro con su suegro, el rey de los tártaros. “Pero Selín, pródigamente esparciendo dineros entre los soldados, los estableció en su partido. De modo que no solamente fue aclamado general de las armas contra Acmad, sino también emperador, pues Mustafá baxá, autor principal de esta plática, passó a participar a Baiaceto que era imposible reparar la universal resolución de las milicias, empeñadas en la exaltación de Selín, cuyo aviso dexó a Baiaceto oprimido y sin aliento para más que dezir que se hallava vendido entre sus más amados y domésticos criados. Y haziéndose llevar a un mirador, oyó el ruydo universal de los genízaros que, en altas voces, dezían viva Selín, con cuyo desengaño procuró acomodarse a las leyes de la necessidad que destrubuyen las órdenes con más dominio que los emperadores y, buscando al hijo, le pidió permissão para retirarse a Demotico, ciudad deliciosa en las riberas del mar Mayor”⁵¹. Los motivos más ciertos que ocasionaron la sublevación de las milicias contra Bayezid (en la exaltación de Selim) nacieron de hallarse por la indisposición de la gota, no solo aprisionada la persona, sino cansada también la fortuna de haber sustentado su vacilante autoridad tanto tiempo. Y por eso aborrecen los otomanos sumamente la ociosidad (como carcoma que roye insensiblemente lo más vivo del corazón de la monarquía), prohibida enteramente de las leyes del fundador. “Los ejércitos que no tienen ocasión de pelear con otros ejércitos combaten entre sí mismos. Y cuando falta la guerra externa, facilitan las internas turbaciones, siendo las grandes monarquías como los grandes ríos, que se conservan con el movimiento, y quien les detiene a las aguas el curso, las deja estañadas y corruptibles y en lugar de producir grandes peces, crían con fecundidad

⁵⁰ *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 120.

⁵¹ *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 123.

solamente ranas y otras sabandijas”⁵². Oprimido el ánimo de Bayezid y sobreviniendo una calentura, Amón Hebreo, su médico, sobornado del hijo, le recetó un medicamento para que avivase más la carrera y alcanzase la muerte, teniéndola tan cerca, pues andaba pisando los setenta y cuatro años, después de haber reinado treinta y uno.

El Libro Tercero (1512-1526) comienza, tras la exaltación de Selim I, con la desgarradora descripción de la extinción de casi toda su prosapia. Tener sangre de Selim era delito de muerte y decía, a menudo, que para reinar con satisfacción no convenía vivir con sospechas. Incluso a Mustafá bajá, responsable de su encumbramiento, le fue dado garrote en Bursa. Alcanzó también la desdicha a su hermano Corcut. “Aplaudido de los soldados y saludado de todos, se dexó ver a cavallo Selín por la Corte, donde (después de su entrada) se aplicó a juntar tesoros. Y ciñéndose en los dispendios como también al acrecentamiento de las tropas, ambicioso en los aprestos militares, se dispuso ardientemente cuidadoso a emprender con las armas la ruyna de su hermano Acmad, que se avía refugiado en Angori”⁵³, a quien tras cruenta batalla hizo prisionero y quitó la vida. Estas discordias internas le precisaron momentáneamente a enviar embajadores a la Señoría y a Hungría, tanto en cuanto meditaba próximas campañas de castigo en Anatolia, la Suria, Persia e incluso Egipto.

Ante la inminente ofensiva y enfrentamiento contra el rey de Persia, Ismael, el relato se detiene en la descripción de los antecedentes de su constante enemistad. “Fue esta batalla en las campañas de Caldarán a Coy, en donde murieron diez y seis mil persas con cinquenta mil turcos, siete sangiacos y otros muchos oficiales de conseqüencia. Siempre ha sido la monarquía othomana una fiera que, acometida de un contrario solo, ha quedado casi siempre victoriosa y despedaçado el enemigo. Y assí por desunidos los príncipes confinantes, son eternamente pasto fácil y gustoso de sus hambrientas resoluciones y mal se puede destrozarse tan grande enemigo, desenlaçadas las correspondencias de eficaz unión entre los interessados en su ruyna”⁵⁴. Selim entró soberbiamente triunfante en Tauris (Tabriz) permitiendo el saco a las milicias y, apenas ejecutado, llegó la noticia de que, unidos otra vez los persas, se movían para la recuperación. Pero Selim, despojando la plaza de los artífices más excelentes en la fábrica de las armas, como también de la nobleza persa (que una parte fue víctima sangrienta del cuchillo y la otra de la esclavitud), la abandonó. Es política otomana desmembrar los nuevos dominios conquistados porque, en el futuro, les falten las fuerzas para sacudir el yugo de la resignación y deshaciendo la nobleza se persuaden de que destruyen las sublevaciones. “Acosado el ejército

⁵² *Ibidem*. Libro Segundo. Pág. 123.

⁵³ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 125.

⁵⁴ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 130.

othomano de la falta de lo necesario para sustentarse, fue preciso que abandonasse Selín la Persia, en cuya retirada recargándole Ismael por la retaguardia, le obligó a dexar desabrigados como indefensos a los heridos y achacosos con parte del bagage, perdiendo también en el tránsito del Éufrates muchos soldados y algunas piezas de campaña que recogieron los persas, contentos de ver que se alexava de su país enemigo tan poderoso”⁵⁵. No obstante, con esta campaña Selim consiguió gran reputación porque ninguno de sus antecesores se había introducido tanto en Persia. Atribuía, sin embargo, Selim los efectos de su penuria al rey Aladulo, a quien tras persistente persecución y combate acabó cortando la cabeza. Trofeo que mostró por toda Asia y remitió después a Venecia participando la ostentación de sus triunfos.

Ante el estruendo de las victorias otomanas, se resolvió una liga en que se interesaban Alemania, Hungría y Polonia en la defensa común. “Pero aviendo penetrado Selín que por algunos motivos se avía desacordado la unión, libre de rezelo alguno en esta materia, dexando a Solimán, su heredero (joven de grandes esperanças) en Andrinópolis con muchas tropas que cubriessen la Grecia y la Bulgaria, passó a continuar la dessolación de la Ungría, dexando encargada la dirección de Constantinopla a Pirri baxá (de nación caramano, hombre de clara experiencia)”⁵⁶. Más adelante, despachó un embajador “de entretenimiento” al soldán de El Cairo Causanciauri en las campiñas de Alepo, cuyas comisiones consistían en quejarse por la artillería y los socorros que había facilitado al rey de Persia. Selim estaba decidido a castigarle con las armas. Quedo destrozada en la campaña la mayor parte de la infantería mameluca y mil quinientos caballos, consiguiendo el sultán esta victoria el mismo día que logró la del persa en las campañas de Caldarán. Fallecieron en la batalla el soldán, el gobernador de Damasco y el barón de Trípoli, entre otros muchos combatientes de cuenta. En este contexto, fue elegido por nuevo soldán el circasiano Tomombejio, mientras Selim se apoderaba de Alepo y, a continuación, paulatinamente, de Damasco, Trípoli, Baruti, Sidone, Antioquía y Gaza, deseoso de sujetar enteramente Egipto. Después de sucesivos enfrentamientos sangrientos, con la victoria siempre del lado otomano, el soldán se redujo a El Cairo que, inmediatamente, fue sitiada. “La noche, madre universal del reposo, era teatro fatal en que se representaban tragedias infelizes sin que se percibiessen los afectos, pues los ahullidos de los turcos entre los lamentos de los sitiados, como los gemidos de los que agonizaban entre los suspiros de los que morían, y las demostraciones llorosas de las madres y los hijos componían una discorde Babel desconsolada. Alternaban los genízaros la ambición con el odio, las muertes con el estupro, la crueldad con la avaricia e, infatigables en la ofensa, se cebaban igualmente en la sangre y en la sustancia de los miserables afligidos. Passavan los victoriosos poniendo los pies sobre los cadáveres, que les servían

⁵⁵ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 131.

⁵⁶ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 132.

de puentes, para no anegarse en los corrientes arroyos de sangre que inundaban las calles, cuyos manantiales aumentaban las lluvias de las flechas que obscurecían el ayre”⁵⁷. Tomombejio, recogiendo en algunas barcas la gente que pudo, se encaminó con celeridad a la opuesta margen del Nilo, donde se dispuso con tres mil mamelucos que le habían llegado de socorro de Alejandría y algunos moros africanos y árabes para intentar la recuperación de El Cairo. Deshechos y oprimidos los infelices mamelucos se retiraron en descompuesta fuga, en tanto que el soldán era preso, torturado, escarniado y ejecutado. “Con la muerte de Tomombejio, la ciudad de Alexandría (no queriendo correr el mismo infelice fin) suspendió con la obediencia el golpe con que la amenaçavan las armas othomanas. Y a esta imitación, lo restante del país sujetó su libertad a las leyes del vencedor”⁵⁸.

En el discurso de cuatro años Selim desoló a los mamelucos, la Suria y la Palestina, también las ciudades marítimas del mar Rojo, una gran porción de Arabia y todo el Egipto. “Y soberviamente victorioso con los progressos de tantas conquistas, hizo restaurar la fábrica de los taraçanales ordenando que se labrasen ducientas galeras, con deliberación de passar a la conquista de Rodas. Y después de grandes dispendios para la disposición de la armada, passando a Andrinópolis, improvisamente assaltado de grave enfermedad acompañada de supresión de orina, con intensos dolores que le ocasionó una piedra, murió, aviendo sido un león indomable de la Turquía”⁵⁹. Vivió cuarenta y seis años, reinando ocho y, si hubiera vivido más tiempo, se revelaría estrecho círculo el mundo para ceñir sus victorias.

A Selim sucedió Süleyman, que ciñó la cimitarra el mismo año que el emperador Carlos V se coronó en Aquisgrán. León X, entendida la desolación de Egipto y que este suceso abría el camino para nuevos progresos en Europa, intentó infructuosamente mover a los príncipes cristianos para la defensa común. Las primeras empresas de Süleyman se encaminaron a sujetar la Suria y Egipto, que se habían rebelado, creyendo con la muerte de Selim sepultada la arrogancia otomana. Con Süleyman dejó de observarse la costumbre de criar a los príncipes herederos sin conocimiento del estado del imperio, porque no aspirasen ambiciosos antes de tiempo a la monarquía. “Caminava ambicioso por las huellas de su padre, con ánimo de no quedarse atrás en la carrera de las victorias de sus mayores, haziendo que le representassen sus memorables hazañas y sabiendo que la ciudad de Belgrado, como la isla de Rodas (con la garvosa defensa se avían preservado de las iras de Amurates Primero y de Mehemed Segundo), deliberó assistir en persona a las dos conquistas. Y porque Selín con prodigiosos sucessos (como diximos) dilató los confines del Assia,

⁵⁷ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 142.

⁵⁸ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 144.

⁵⁹ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 145.

siguiendo Solimán otro parecer, se aplicó a estender los de Europa. Y para conseguirlo, conoció ser necesario abrir el passo por la Ungría, gobernándose por los consejos de Pirri baxá, su ayo, persona cuerda, madura y experimentada”⁶⁰.

Después de más de dos meses de trabajo inmenso en las labores, enfrentamientos y combates de asedio, los cristianos capitularon la rendición de Belgrado con las condiciones no respetadas de salvar las vidas y el bagaje, entrando a poseer en aquella plaza los turcos la llave de Hungría y el propugnáculo de la cristiandad, tres veces intentado por los otomanos y no conseguido hasta esta ocasión. A continuación, Süleyman resolvió la invasión de la isla de Rodas. “Y aviendo passado muestra a las milicias, se hallaron efectivamente en Rodas seiscientos cavalleros y cinco mil soldados de facción, sin otros muchos ciudadanos hábiles al manejo de las armas. Reservó el maestre para su guardia cien soldados escogidos, en cuyo tiempo llegó la noticia de aver salido a la mar la armada othomana, que se componía de trecientas belas, ciento y cinquenta galeras, sesenta fustas, con doze navíos y el restante de diversas embarcaciones de menos porte, en que iban ducientos mil hombres de guerra y quarenta mil gastadores. Y aviendo, con este aviso, despachado el maestre en algunos cayques bien reforçados diferentes cavalleros a noticiar a los príncipes christianos el peligro en que estava la Religión, y a pedir assistencias para la preservación de tan poderoso enemigo, passó a Roma Fr. Antonio Bossio y, a Carlos Quinto, Ludovico Anduco, como también al rey de Francia Claudio Ducembilo. Y después de muchas exageraciones y súplicas, no lograron siquiera la esperança de la oferta”⁶¹.

“Entró el aga de los genízaros en Rodas con quatrocientos soldados, llegando al mismo tiempo de Soria Ferut baxá con catorze mil combatientes para reforçar las tropas, creyendo que duraría más el sitio. Y después de su llegada, el quinto de los doze días señalados para la entrega de la plaça, se introduxeron los turcos por fuerça en ella (con desaprobación de Solimán, según se entendió después), donde executaron violencias, sacrilegios, estupro y robos. Este fue el mal incurable de Rodas, ocasionado de las innumerables presas que los cavalleros avían executado en el corazón de la Turquía, a cuya vengança se movieron las armas de aquella gran potencia... Habló en la brecha Acmad baxá con el gran maestre y le dixo que el sultán deseava verle y, poniendo en execución la visita, le admitió el día de San Estevan con toda cortesía insinuándole que podía partir assegurado de que no recibiría violencia alguna. Y aviéndole mandado subministrar lo necessario para el viage, como también el amplio passaporte de seguridad, salieron los christianos de la plaça al cabo de seis meses de obstinada opugnación, aviéndose rendido a Solimán y

⁶⁰ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 149.

⁶¹ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 159.

resistido anteriormente a Mehemed, su antecesor. Murieron en la conquista (por declaración de Acmad) quarenta mil turcos y salió la Religión (arrojada de su propio nido) con cinquenta embarcaciones, en que iban cinco mil personas, aviendo dominado aquella isla ducientos y diez y seis años y, aviendo zarpado, pusieron las proas a Sicilia. Y desembarcando en Candia (para repararse), los recibieron en aquellos pueblos con tiernas lágrimas por mirar retratada (con vivos colores en la presente tragedia) la imagen de la futura representación de sus desdichas. Entró Solimán triunfante en Rodas y dio orden para la restauración de las murallas. Y viendo adormecidos a los christianos en profundo letargo de un sueño desayrado, meditó lograr nuevas conquistas antes que despertassen para el reparo de tantas pérdidas. Y dando la buelta a Constantinopla cargado de aplausos y despojos, se discurría en aquella Corte que, aviendo conseguido felizmente la empresa de Rodas (aún no bien cicatrizadas las antecedentes heridas de la Ungría), afilaría la zimitarra para executar nuevos estragos en aquel reyno, donde aquellos naturales, pereçosos en el ocio como también divertidos en opuestas facciones, no atendían a la común defensa.”⁶².

El enfrentamiento entre el dividido ejército reunido por el plácido monarca húngaro Luis II Jagellón y las tropas turcas se saldó con una abrumadora victoria de las fuerzas otomanas en Mohács y la muerte del joven rey cristiano. A partir de este momento se introduce en la narración de la crónica diversa documentación, cartas e informes diplomáticos, supuestamente literales de protagonistas en el relato. Así ocurre, por ejemplo, en las desavenencias del ejército húngaro antes de la batalla con las enfrentadas intervenciones de fray Pablo Tomoreo, general de las tropas, y el obispo de Varadino. “Parecióle a Solimán imposible aver conseguido la palma de la victoria antes de pelear y vencido en tan breve espacio, por lo qual mandó hazer alto a las tropas (temiendo alguna celada) hasta la noche, que minoró el precio de la victoria a los turcos y fue la salud de los fugitivos. Quedó la artillería y el bagage en poder de los turcos, que se componía de ochenta piezas gruesas y sesenta de menor porte con cinco mil carros, aviendo muerto doze mil hombres con sus oficiales y, quedado prisioneros, mil y quinientos. Y entre ellos algunos de los primeros del reyno, con cuya sangre quiso apagar Solimán la sed de la crueldad, haziéndoles quitar las cabeças en su presencia. Murieron en lo más caliente de la batalla también el arzobispo de Estrigonia, Jorge Zapullano, el obispo de Bosna, y otros cinquenta Varones de suposición, y Fray Pablo Tomoreo, general de las tropas, que pereció a los principios peleando valerosamente. Y aviéndole separado del cuerpo los turcos la cabeça, la pusieron a la vista de todos en una lança como triunfo. El cuerpo del rey pareció (vestido de todas armas) dos meses después de la batalla en el mencionado estaño, donde se sumergió con él también la prosperidad del infelize reyno. Recorrieron los turcos toda la

⁶² *Ibidem*. Libro Tercero. Págs. 171-172.

Hungría tras la victoria y con crueldad tan atroz que no perdonaron el sexo, ni la edad, inundando la campaña con avenidas de sangre”⁶³. A continuación, Süleyman marchó la vuelta de Buda y, encontrándola sin defensa (por averse retirado al castillo la guarnición), después de haberla saqueado la puso fuego llevando consigo a Constantinopla tres columnas de metal labradas con insigne artificio: una de Apolo, otra de Diana y la tercera de Hércules, que mandó colocar en la plaza del Hipódromo en memoria del estrago de la cristiandad. Importó la pérdida en el reino de Hungría, con los que perecieron después de la batalla en las correrías (incluyendo los esclavos), cien mil almas.

Era tan grande el espanto y el abandono en que se hallaban las plazas, que ninguna se hubiera sabido resistir dos días si los enemigos hubiesen intentado su conquista, naciendo esta inadvertencia de algunas rebeliones que se movieron en la Anatolia, cuyo motivo precisó a Süleyman a que abandonase Buda y otros lugares murados, sacando los presidios, que importaban veinte y cinco mil soldados para acudir al remedio.

El Libro Cuarto (1526-1536) comienza con el recibimiento de la corona del reino de Hungría por parte de Juan Zapullano y sus partidarios, ante el desacuerdo de Esteban Batori, palatino del reino, la reina viuda y otros barones de suposición defensores del archiduque Fernando y la casa de Austria que, con considerables tropas alemanas y húngaras, lograron echarle de Buda, recobrándose en Polonia a la sombra del rey, su cuñado. En esta compleja situación, el relato reproduce numerosas cartas, disertaciones y alegatos, supuestamente originales, de los principales protagonistas de ambas facciones defendiendo sus posturas, y arremetiendo contra las contrarias, para situarse bajo la protección de los Habsburgo unos y de Süleyman otros para, sin duda alguna, servir a sus propios intereses. “Aviendo admitido el sultán la humillación del rey Zapullano a la sombra de su amparo y, despedido a los ministros de Ferdinando, les dixo con arrogancia que la generosidad de Solimán no podía dexar sin protección a un rey fugitivo, injustamente despojado del propio reyno, y sin castigo a Ferdinando, ambicioso usurpador de lo ageno y que, muy aprisa, con los filos de su zimitarra, desharia todas las controversias que enlaçavan y oprimían a su ahijado. Y aviendo llamado después el visir a su presencia al embaxador Lasqui, le notició cómo el sultán, inclinado al alivio del oprimido rey, passaría en persona con poderoso ejército a la Ungría para recobrar el cetro y que podría bolverse luego a llevar el aviso a su príncipe para que, de su parte, cooperasse también para el buen logro de la empresa”⁶⁴. De este modo, puso el sultán la ciudad de Buda y su castillo en poder del rey Juan, restituyéndole en el solio. Después, Süleyman marchó con la armada por las riberas del Danubio, acometió Novigrad y Comorrá, que se rindieron sin pelear. Asaltó Altemburg

⁶³ *Ibidem*. Libro Tercero. Pág. 177.

⁶⁴ *Ibidem*. Libro Cuarto. Pág. 188.

y, no hallando resistencia alguna, puso sitio a Viena. Atormentó el sultán la plaza treinta días con setenta piezas de artillería de mediana munición, habiendo multiplicado los esfuerzos de la violencia con veinte asaltos en que perdió más de veinte mil soldados. Persistiendo en el asedio, reconoció Süleyman el progresivo estrago de sus tropas, por cuya causa, como también por lo riguroso del tiempo, levantó el sitio abandonando con gran mortificación la empresa, retirándose a Buda, donde públicamente restituyó el cetro a Juan Zapullano. De allí partió a Constantinopla, dejando en Buda a Ludovico Griti con tres mil turcos para su defensa. El presidio de Viena (que con tanto brío la defendió) junto a las tropas de socorro enviadas por Carlos V, bajo el mando de Juan Rojiendorf, intentaron infructuosamente asaltar Buda a fuerza de armas. No obstante, antes de disolverse las fuerzas terrestres cristianas, recuperaron numerosas plazas pequeñas anteriormente saqueadas y la campiña. Entre tanto, la armada cristiana (española y veneciana), al mando del príncipe Doria, consiguió la entrega de Corón y Patrasso, así como los Dardanelos.

Llegó Süleyman a Constantinopla con la armada disminuida por el dilatado viaje y por las actuaciones de las fuerzas cristianas. En este tiempo sucedieron diversos accidentes en Asia, particularmente en Persia, que apartaron al sultán de la guerra de Hungría y de la protección del rey Juan, exigiéndole el primero que ajustase paces con Fernando porque necesitaba las tropas en oriente. “Poco después llegó un correo de Constantinopla, despachado a Ferdinando, con tratados concluyentes de paz entre Ebraín y el Griti, a quien recibió con agrado al entregarle una carta de Solimán que contenía la siguiente expresión: *Que tenía a Carlos y a Ferdinando por sus hermanos y que avía mandado a Ludovico Griti, dixesse al rey Juan, que dexasse a Ferdinando en la possessión de aquella parte de la Ungría; que gozava consintiendo en ajustes razonables de paz.* Y no siendo esta exposición disonante a la inclinación de Carlos Quinto, ni de los úngaros, ni de aquello que antecederamente se avía discurrido, bolvió el chaus o correo a Constantinopla, regalado de diferentes alhajas y con respuesta de aver admitido la interposición del sultán”⁶⁵.

Conseguida la paz en Hungría, Süleyman intentó a un mismo tiempo dilatar sus dominios haciendo guerra al persa Atamás (Tahmasp I) como también al África por mar, ocasionando esta deliberación las discordias del emperador Carlos V con los franceses, siendo el protagonista de este empeño Ariadeno (Jeireddín) Barbarroja. “Recibió Barbarroja a Sinan con grande estimación y honor cariñoso y, resignado a la voluntad del gran señor, le dixo que después de la audiencia que esperaba tener con Solimán, le avía de dibujar planta segura (en demostración real) para conquistar toda la África por hallarse

⁶⁵ *Ibidem*. Libro Cuarto. Pág. 204.

discordes los christianos, flacos de espíritu y sin gobierno los árabes y los moros”⁶⁶.

El visir Ebraín, cuyas recomendaciones tenían tanta fuerza con el sultán que eran leyes inviolables en su estimación para ejecutarlas, hacía instancias a Süleyman diciéndole que era superfluo gastar las armas y fuerzas de la monarquía con los infieles cristianos cuando estaban tan perseverantes en sus discordias y se consumían entre sí mismos. Y que, imitando a sus progenitores (que habían desolado enteramente a los mamelucos), debía ponerse en el paraje de conseguir la gloria de abatir a los persas (autores de la superstición destructora de la ley de su profeta Mahoma). No deseaban esta guerra la madre y la favorecida de Süleyman. La una porque le amaba como a hijo y la otra porque no le quería ausente de sus confianzas estrechas. Y, así, le insinuaban que eran las guerras orientales poco favorables a los otomanos por lo difícil del viaje como por el mal temperamento del aire, ocasionado a perder la salud. “Passó Solimán con el ejército a Licaonia y Agogña por camino diferente y más breve del que hizo Selín, su padre. Y aviendo entrado en la provincia de Diarbec, ordenó a Ulamano (como práctico del país) que con los aventureros se adelantasse para asegurar la marcha encaminada a la Persia y, con poderosas tropas al cabo de cinquenta y quatro jornadas, se acampó Solimán a la vista de Tauris. Y aviendo hallado esta plaça mal guarnecida de presidio, como no resguardada de fortificaciones, la sujetó sin ultrajar a los habitantes por conciliarse el afecto de la nación”⁶⁷. A Tauris le siguió Babilonia y, habiendo granjeado con liberalidad no solo a los magistrados, sino también a los del pueblo, se dejó coronar con las insignias reales a imitación de la antigua costumbre de los reyes persas. De regreso a Tauris, Süleyman despojó la ciudad de las cosas más notables, de artesanos y especialistas profesionales con sus familias e hizo muchos esclavos de ambos sexos y de todas edades y, entre ellos, muchos de la primitiva nobleza. Atamás, ofendido sobre manera por la magnitud del saqueo, deliberó seguirle y atacarle y, llevando algunos hombres prácticos del país, siguió con gran celeridad al ejército enemigo y alcanzó la retaguardia en Betalli, no lejos de las raíces del monte Tauro. Ganaron los persas la artillería y la mayor porción de las tiendas y pabellones de campaña, dos mil caballos y mil y ochocientos camellos vivos, sin grande cantidad que mataron, ofendidos de las opresiones turcas. Sintió Süleyman sumamente la desgracia, porque no estaba acostumbrado a las pérdidas, haciendo memoria del pronóstico prevenido antes por su madre y su favorecida, que le adivinaron el mal suceso mejor que los astrólogos y, tomando notable aborrecimiento a Persia, dio la vuelta a Constantinopla. De nuevo, se hacía realidad la máxima de que las guerras en Persia fueron siempre azarosas y acompañadas de malos sucesos, o por mala disposición del viaje o por la falta de mantenimientos, que

⁶⁶ *Ibidem*. Libro Cuarto. Pág. 208.

⁶⁷ *Ibidem*. Libro Cuarto. Pág. 215.

enflaquecieron siempre las armadas otomanas. Esta tremenda derrota y las intrigas de Roxelana para situar a su hijo como heredero del imperio, provocaron la apresurada ejecución de Ebraín.

La conquista en breve espacio de tiempo de Túnez, La Goleta, Bona, Bizerta y buena parte de sus dependencias por parte de Barbarroja decidieron al emperador intervenir personalmente sobre el terreno y, habiendo recibido a un embajador del desposeído Mulease (Muley Hasan), y concertado con Su Santidad y Andrea Doria, deliberó la empresa del reino de Túnez. “Consiguió, el emperador, esta empresa en veinte y seis días y, bolviendo a poner en el solio a Mulease (con obligación de reconocerle el alto dominio con toda fidelidad y de pagarle de anual tributo dosalcones y dos cavallos), entregó la custodia de La Goleta a don Bernardino de Mendoça y, poniendo las proas a Sicilia, desembarcó en aquella isla, passando después a Nápoles, en cuyos reynos le aclamaron con pompa solemne como triunfante”⁶⁸. Barbarroja pudo escapar a Argel e Hipona y, en venganza por la jornada de Túnez, entró por la bahía de Mahón, arrasó la isla y se llevó ochocientos rehenes de Menorca a Constantinopla para venderlos como esclavos. Al otro extremo del Mediterráneo, también la Arabia feliz (o fértil) y la ruta entre India y Europa, con excusa de haber ayudado a Persia en la anterior guerra, padecieron el azote de las armas otomanas. Cierra este libro la descripción de la difícil y tensa situación entre el rey de Hungría y los barones, divididos en las facciones de apoyo a él mismo y a Fernando de Habsburgo; el asedio del rey a la plaza de Forqatz, la noticia del parto de la reina Isabela y la propia muerte del soberano. “Ocultaron a los sitiados su muerte porque no se deshiziessen los tratados de la entrega empeçados a manejar que, finalmente, se concluyeron. Nombró el rey en su testamento por tutor del único hijo a Solimán, monarca de los turcos, dexando encomendado el tierno corderillo al lobo de oriente, arriesgándole al peligro de su voracidad”⁶⁹.

El Libro Quinto (1536-1540), en su inicio, relata cómo, en opinión de su autor, las inflamadas y sangrientas guerras entre el emperador y el rey de Francia (grandes potentados en la cristiandad) eran la mayor lisonja de los otomanos, porque lograban una victoria más (con cualquier pérdida de los dos) sin sacar la espada. Venecia que, intentaba extinguir el incendio, acababa de nuevo cubierta de llamas. La República ordenó que se armasen cien galeras: las cuarenta que navegasen los mares de Corfú y sesenta los de levante, debajo de las órdenes de Gerónimo Pesaro, para defender los propios Estados de los insultos del turco, que ya había salido de la Velona con trescientas embarcaciones para asolar con avenidas de milicias las campañas de la Pulla. El senado despachó embajadores a Roma para atraerse al papa y al emperador, representándoles lo dañina que

⁶⁸ *Ibidem*. Libro Cuarto. Pág. 230.

⁶⁹ *Ibidem*. Libro Cuarto. Pág. 235.

sería la pérdida de Corfú para Nápoles, Sicilia y toda Italia. También hubo invitación a Francia para formar parte de esta coalición. En Roma se aclamó la liga de la armada católica y la veneciana para el socorro de la isla, pero en el momento de la ejecución Andrea Doria se eximió de ejecutar las órdenes del emperador. “Raras veces se unen los christianos y, si acaso se congregan, jamás se concuerdan para la mejor ejecución. Los turcos resfriados con el desengaño, aviendo comprehendido la gran dificultad que se venía a los ojos en la expugnación de la plaça, assí por la ardiente defensa como por los daños que avían experimentado en la continuación de tantos días, movieron tratados de ajuste en que pedían resarcimiento de daños, ofreciendo levantar el sitio, y todo tuvo composición”⁷⁰. Corfú quedo libre de la opresión turca, pero las armadas de Süleyman no dejaron de causar daños y estragos con hostilidades y correrías en otros dominios venecianos: sitios de Nápoles de Romania, Malbasia, de las islas de Escio, Patmo, Egena y Tine, entre otros.

Los firmes deseos de Francia de pretender el Estado de Milán, y los del emperador en no consentirlo, desvanecieron las pocas esperanzas de paz entre las dos coronas. En esta situación, el senado de la República se propuso estudiar y votar o la paz con los turcos o la liga con los cristianos. Así, los que deseaban la liga y la guerra se expresan en sustancia en sendos textos recogidos en la narración. Finalmente se abrazó y ajustó liga defensiva y ofensiva entre el papa, el emperador y la Señoría contra el enemigo común de la cristiandad por diez años en la mar y en la tierra, soportando la República, en buena medida sola, el peso de las armas otomanas.

Poco después del abandono del sitio de Corfú, Süleyman volvió a Constantinopla y, en injuria de la paz ajustada en Hungría entre los reyes Ferdinando y Juan, mandó hacer en aquel reino una improvisa entrada para atormentarle con las acostumbradas violencias y frecuentes desolaciones. En menos de un año, se apoderó de más de treinta castillos y poblaciones húngaras, agregándolas al sanjacato de Bosnia. Fernando, en respuesta, recogió un considerable ejército para recuperar lo perdido, e incluso disputar a los turcos posesiones propias, pero la campaña fue un gran fracaso. Por otro lado, no fueron menos trágicos los sucesos marítimos. La armada cristiana, al mando de Andrea Doria, fue puesta en fuga en la bahía de Préveza por la turca, al mando de Barbarroja, a pesar de su superioridad numérica y técnica. La historiografía de la batalla se ha basado en gran medida en fuentes venecianas, que especulan con que Andrea Doria no pretendía ganar la contienda, sino perjudicar al contingente veneciano bajo su mando, al que era hostil debido a la enemistad entre Génova y Venecia, y salvaguardar las naves hispano-genovesas, quizá con vistas a negociaciones secretas que estaban teniendo lugar con Barbarroja para pasarse al servicio del emperador. Préveza supuso el afianzamiento de la

⁷⁰ *Ibidem*. Libro Quinto. Pág. 243.

supremacía marítima turca en el Mediterráneo oriental y dio testimonio de la desunión de las potencias cristianas. A continuación, Castelnuovo fue sitiada por tierra y mar por un poderoso ejército otomano dirigido de nuevo por Barbarroja, que ofreció una rendición honorable a las tropas defensoras. Sin embargo, esta fue rechazada por el comandante español Francisco de Sarmiento y por sus capitanes a pesar de que eran concedores de que la flota cristiana, derrotada en la batalla de Préveza, no podría acudir en su auxilio. Después de tres semanas de continuos asaltos, Castelnuovo cayó ante los sitiadores y casi todos los españoles, incluido Sarmiento, murieron defendiéndola. La pérdida de esta plaza fuerte puso fin al intento de los poderes cristianos de retomar el control del Mediterráneo oriental.

“Llegaron en este tiempo a Venecia por embaxadores extraordinarios del césar y del christianíssimo. el marqués del Basto, governador de Milán, y el mariscal de Anibau, governador de la Provença, quienes introducidos en el colegio expressaron (porque el senado quedasse noticiado por modo de comunicación) que los coloquios que passaron entre el castellano y el francés en el passage de Carlos para Flandes tuvieron por único objeto el servicio de la christiandad y las assistencias de la República. Y que la recíproca correspondencia de estos príncipes recargaría el mayor peso en la balança christiana y que, en su nombre, deseavan saber de la República a qué interpressas se inclinava el senado para disponer los aprestos a la igualdad de los disignios”⁷¹. Tomó el senado quince días de término para responder, meditando con maduro juicio la deliberación antes de resolverla, en cuyo tiempo llegó de vuelta de Constantinopla Tomás Contarini, que representó la respuesta y el ánimo de los turcos a la proposición de la paz persuadiendo a la expedición de otro ministro para concluirla. Se lamentó con vivas frases de la opresión de Albania, de Corfú, del Zante y de la Cefalonia, como de la privación de tantos súbditos aprisionados en dura esclavitud de la pérdida de Nadino, de Vrana y de las catorce islas del archipiélago, representando también el peligro que amenazaba a Nápoles y Malbasia asegurando que, a las robustas fuerzas otomanas, no podían hacer oposición las fatigadas resistencias de la República acaloradas solamente con la dilación de la liga. Creían los venecianos inciertos los fines y oscuros los procedimientos de estos dos monarcas y, finalmente, resolvieron despachar como ministro público a Alvise Badoaro para participar a los embajadores que la República se hallaba sin assistencias suficientes para mantenerse, por lo cual estaba resuelta a suspender el ímpetu de las armas otomanas con el reparo de unas treguas generales.

Da comienzo el Libro Sexto (1541-1566) con el cese de la guerra con los venecianos y el inicio de la contienda con los húngaros. “Y así, terminaron la guerra con los venecianos para encenderla en la Ungría, siendo máxima

⁷¹ *Ibidem*. Libro Quinto. Pág. 269.

fundamental no dexar expuestas las milicias a los peligros del ocio, cuyo achaque aumenta en las monarquías, como en los cuerpos humanos, destemplança de humores indigestos que ocasionan las enfermedades. No suelen empeñarse (por documento de su instituto) en un mismo tiempo en más que una guerra quando no es con príncipes de pocas fuerças, que en tal caso glossan el texto a favor de las propias ventajas. Tampoco la hazen dilatada (si la constancia del enemigo no les precisa a ello), por no acrecentarle el coraje con el exercicio y porque con el ocio se desmaye el valor, manteniéndose ellos siempre en el trabajo. No rompen con los más distantes enemigos en quanto no han ajustado las diferencias con los confinantes y, quando passan a la Persia, ajustan primero sus intereses en Europa por no dexar por alguna parte descubiertos sus dominios⁷².

Establecidas ya las treguas entre el César y Francisco I, volvía Antonio Rincón, ministro de Francia, de Constantinopla y, pasando por Venecia, dio parte a la República de los grandes aparatos de Süleyman para daño del emperador, expresando en audiencia pública de cuánto alivio sería al senado unirse con su rey para ponerse con seguridad debajo de cubierto, defendido así de los turcos como de la ambición de los príncipes cristianos. Y pasando inmediatamente a París, comunicó al rey sus negociaciones y la disposición del sultán a favor de Francia y, recibiendo nuevas comisiones pertenecientes a confirmar la correspondencia con la Porta, volvía otra vez a Venecia, en compañía de César Fragoso y otros caballeros, para pasar a la Albania con segura navegación. En esta misión y a manos de españoles, Rincón, Fragoso y el capitán Boniforte, fueron degollados. La respuesta del rey de Francia fue estrechar más tenazmente la correspondencia con Süleyman, incluso promoviendo la unión de armadas que tendría lugar en Marsella con el posterior asedio de Niza, e intentar seducir a la República en su favor deseando su mayor exaltación para tenerla por compañera en las glorias y ofreciéndole ampliación de sus Estados. Venecia, sin embargo, estaba exhausta y consumida. En este sentido se incluyen textos del senado y del embajador francés Polino.

Dominada Buda por los otomanos, no pudiendo vencerlos Fernando con las armas, envió por embajadores a la Porta al conde de Solm y a Segismundo Dietresteim con suntuosos regalos. La respuesta de Süleyman fue tajante. Hungría le pertenecía y, si Fernando se la cedía retirándose a los confines de Austria pagándole decente tributo, le concedería la paz. Despedidos los embajadores con tan escabrosa respuesta, entraron los turcos en Austria, Moravia y Silesia. Todos los húngaros que fomentaron las victorias otomanas tuvieron infausto fin, muriendo también Jerónimo Laski, no sin claras sospechas de veneno. Fernando convocó la dieta de Spira y, con los escasos recursos que logró, puso sitio a Pest que, defendida notablemente, obligó a la

⁷² *Ibidem*. Libro Sexto. Pág. 274.

retirada del ejército y de la empresa. Süleyman, más adelante, rendía Estrigonia (Esztergom), Tata, Alba Regia y otras plazas y, feliz por las conquistas, regresaba a Constantinopla. “La felicidad de las antecedentes conquistas se originó del empeño del emperador con el francés, de cuya dolencia no convalecerá la christiandad en quanto la aplicación del remedio no siguiere la común sentencia: Que los contrarios con los contrarios se curan. Y pues la desunión ha motivado el achaque, nazca la curación de la conformidad para recobrar la salud perdida, a que se junta (según lo apassionado de este autor) que Carlos Quinto no aplicó el genio con la eficacia que debía a la defensa de la Ungría (aunque estuviese de por medio su hermano), anteponiendo a esta obligación otros respetos de menor consecuencia, siendo assí que era más justa la defensa de tan grande reyno que no la conquista de Argel en que se perdió tanto y, más, quando se viene a los ojos ser más preciso defender lo propio que conquistar lo ageno, y era de más utilidad defender la Ungría que sujetar el África, cuyas memorias aún no han preservado los ojos de la christiandad de las lágrimas tiernas de aquel successo”⁷³. El emperador estaba firmemente empeñado en la conquista del África y la empresa de Argel fue realmente catastrófica y fatal para sus intereses. Esta adversidad fue motivo para que los ministros alemanes abriesen en Constantinopla camino para manejos de paz. A continuación, se recogen las capitulaciones copiadas del original que, en buena medida, sirvieron para acrecentar la soberbia de los turcos. En este tiempo, también, llegó a la capital un embajador del rey de Assis de Indias pidiendo ayuda para resistir al rey de Portugal. Tuvo audiencia pública y se le ofreció la protección que solicitaba.

Ofendido Süleyman de la violencia ejecutada con la reina Isabela en la deposición de Transilvania por parte del arzobispo de Estrigonia, fray Jorge Martinucio -tutor de su hijo-, no obstante que se hallase en Persia, hizo apresar a Juan María Malveci, embajador de Ferdinando, en las Siete Torres, denunciando la violación de las condiciones de las treguas. Así mismo, ordenó a Mehemed bajá que marchase con poderoso ejército a Transilvania para restituir a la desposeída reina en el dominio de la provincia. Cayeron ante las tropas turcas Lippa, Temisvar, Trequel, Salonoc y varias plazas húngaras, poniendo sitio a Agria (Eger), aunque sin éxito, que provocaron el envío de embajadores extraordinarios de Fernando. “Engañanse los que piensan que en los bárbaros falta la política apadrinada de buena razón de Estado y, si no hazen ostentación de ella como los christianos, no es porque la entiendan menos. Poco después despachó un correo a Transilvania, el sultán, a protestar a los barones que si no repudiavan a Ferdinando y colocavan en el dominio a Juan Segismundo, iría en persona a destruirlos y abrasar su patria. Estas amenazas, acompañadas de secretas negociaciones que tenía Isabela con los magnates de la provincia y la natural antipatía entre los alemanes y los úngaros, y el deseo de sujetarse a príncipe de su propia nación y la militar licencia que todo lo destruye,

⁷³ *Ibidem*. Libro Sexto. Págs. 292 y 293.

obraron de modo que, en nombre del reyno, embiaron embaxadores a Isabela pidiendo que, con el hijo, bolviesse a la provincia, que la juraría obediencia y fidelidad. Y por facilitar Solimán el intento y divertir las armas alemanas, ordenó a Alí baxá que con cien mil combatientes pusiesse sitio a Ziguet (Szeget), como se puso en execución (sin fruto por entonces) porque la constancia de los defensores les hizo abandonar la empresa⁷⁴. Festejaron entonces a la reina y a su hijo con la mayor demostración de aplauso y de cariño que se puede imaginar y, con la escolta de los otomanos, consiguió recuperar a Alba Julia, contenta de haberla vuelto a incorporar en aquel dominio al cabo de cuatro años de separada. Pero en medio de este entusiasmo, murió antes de cumplir cuarenta años. Un año antes había fallecido el emperador Carlos, después de haber reinado treinta y nueve años, cediendo el imperio a su hermano Fernando y los dominios españoles a su hijo Felipe.

Congregados los electores en Francfurt, adornaron a Fernando con la imperial diadema, quien reinó con aplauso de sus vasallos hasta que, agravado de los años y abatido de flaca complexión, declaró por sucesor en la corona a su hijo Maximiliano, enviándole a la dieta de Hungría a fin de que en ella recibiese la exaltación. En estos años cabe destacar, entre las desgracias cristianas, la jornada de los Gelves, gobernada por Dragut (por muerte de Barbarroja), que representó la cima del dominio naval otomano en aguas mediterráneas, que venía creciendo desde la victoria en la batalla de Préveza, veintidós años antes. Nada más conocerse la derrota, cundió el pánico en España e Italia, especialmente en Orán, que estuvo cerca de ser desalojada. El texto recoge la arenga de Álvaro de Sande a los soldados de la plaza en momentos de tremenda necesidad.

Tras hacerse cargo del reino de Hungría, Maximiliano tuvo diferentes conferencias con los barones sobre cultivar la paz o emprender la guerra con los turcos. Así, se incorpora al texto el meditado parecer del caballero Nicolás de Esdrino. "... Cultive vuestra Magestad solamente la paz de la christiandad con fin de emprender la guerra con los infieles. Unamos a nuestras fuerças las externas, pues con setenta u ochenta mil hombres experimentados, aunque los turcos nos hazen en el número considerables ventajas, no las logran en la calidad, pues sus tropas se componen de tártaros (más amantes del robo que de la batalla), valaquios y moldabos christianos, después de las milicias genízaras y de la cavallería de los espais y, si llega a declararse por nosotros el trance de la batalla, los mismos moldabos se bolverán contra ellos. Y, después de vencidos, se nos multiplicarán las assistencias de sus mismos súbditos christianos con el deseo de romper los eslabones de las cadenas de la esclavitud para ponerse en libertad. Pero si sucediesse al contrario el declararse por nosotros, sería lograr la seguridad del martyrio. Entremos, señor, en sus payses. Con intrépido

⁷⁴ *Ibidem*. Libro Sexto. Pág. 309.

corazón encendamos el fuego en su casa y troquemos el método de guerrear. Abancemos una vez sin retirarnos desayrados, pues sabemos que las pérdidas y las retiradas nacieron iguales. No es otra cosa el ceder que abandonar lo poseído y, si perdemos la Moldavia, es preciso retirarnos a la Valaquia y, abandonada esta, el recobrarlos en la Ungría, de quien con tanta ambición solicitan los turcos su conquista y, expugnado este reyno, solo queda el abrigo del Austria. Y si continuamos por este camino, saldremos del mundo obligados a buscar otro que nos ampare”⁷⁵. Estos argumentos, sin embargo, no fueron eficaces a persuadir la guerra. Por otro lado, Juan Segismundo, príncipe de Transilvania (pupilo de Süleyman), habiendo muerto Fernando, volvió a ocupar el reino y, siguiendo las huellas de su padre, aspiraba a elevar más su fortuna, para cuyo efecto intentó con las armas apoderarse del condado de Zacmar. Y habiéndolo conseguido, ocupó otros castillos intentando después el sitio de Casobia (aunque sin fruto), porque los rigores del invierno le obligaron a desamparar la campaña. Y Maximiliano, ofendido de la injuria, dispuso sus tropas para castigarle ordenando que marchasen a la Hungría superior, obedeciendo las órdenes del general Lázaro Suendi. Y después de haber conquistado algunos castillos, puso sitio y rindió a Tocay, plaza muy acomodada para abrir camino a la conquista de la Transilvania. Juan Segismundo, abandonando y poniendo fuego a sus antecedentes conquistas, se retiró a Transilvania, desde donde pidió ayuda a Süleyman que, ocupado en el sitio de Malta, no pudo mandarle prontas asistencias. Por ello, viéndose perdido ante las armas del emperador, resolvió enviar al embajador Esteban Batori para entablar aparentes manejos de paz hasta que Süleyman le enviase socorro.

Süleyman, por la misma razón que había expelido la Religión de Rodas, deseaba arrojarla de Malta. Y, para ello, mandó aprestar las armadas marítima y terrestre debajo del gobierno de Piali y Mustafá para cumplir su objetivo. El asedio de Malta es uno de los episodios más notables, para los Estados cristianos, de la historia militar de la edad moderna y uno de los episodios más desgraciados para los turcos. El texto describe exhaustivamente su ejecución y conclusión. “Y aviendo llegado a Constantinopla el aviso de la inútil experiencia en la no lograda sujeción de la isla (numerada en el ambicioso sentir de Solimán como término incorporado a sus dominios, por averla creído conquistada de sus armas), cuya desagradable noticia descompuso tanto su soberanía que, después de aver leído el suceso, dexó caer en el suelo la carta con tanto disgusto que no se atrevieron los baxaes, que le assistían, a ponersele delante porque no desfogasse en ellos la ira de su apasionado enojo, que se le descubría en el mirar de los ojos. Y desabrido hasta con la vianda, exageró que no hallava en los cabos ni en los soldados seguro zelo para el aumento de su gloria, y que precipitavan las empresas quando él no las acalorava con su presencia. Y aviéndose divulgado por la ciudad su desazonado afecto, se abstuvieron los habitantes

⁷⁵ *Ibidem*. Libro Sexto. Pág. 323.

christianos de salir de casa temiendo cayesse sobre su inocencia la vengança”⁷⁶. Y habiéndole salido mal a Süleyman el antecedente empeño, para resarcir la reputación de las armas, deseaba romper la guerra a Maximiliano (diferida hasta allí por atender al fin del sitio de Malta) con el pretexto de haber socorrido al transilvano. El muftí hizo publicar, en esta ocasión, un decreto en que perdonaba cualesquiera pecados a los que en esta ocasión siguiesen a su monarca, en cuya consonancia ordenó a los bajás de Buda y de Temisvar (a quienes remitió seis mil genízaros) que atacasen algunos castillos en la cercanía de Alba Julia. Divulgados los designios y aparatos de los turcos contra dicha plaza y la de Szeged, dispuso Maximiliano la dieta en Augusta para conseguir algunos socorros (de los más principales barones) capaces de frenar el precipitado curso de los progresos otomanos. El príncipe de Transilvania, habiendo incitado a los húngaros para que se revelasen al emperador y se uniesen con él, salió a encontrar a Süleyman para regalarle y cortejarle con obsequiosa obediencia.

“No se vio en todo el sitio [de Szeged] choque más sangriento que este, donde los sitiados, por abançarse al peligro, se embaraçavan unos a otros deseando todos fulminar primero a los enemigos a costa de sus vidas, siendo tan considerable el estrago que abandonaron la interpresa retirándose infamemente amedrentados y descompuestos. Hizo Solimán arrojar con una flecha un papel en el castillo en que exortava al conde a que se rindiesse, ofreciéndole el principado de la Croacia y otras más altas recompensas. Y, después de averle leído en público, dixo que serviría aquella carta para atacar las balas del arcabuz. Y viendo el sultán que no avían hecho efecto alguno sus ofertas, llamó a los cabos de los genízaros a su alojamiento, donde ásperamente les afeó la cobardía diziéndoles que, si no conquistavan sin dilación el castillo, llenaría los fosos de él con sus propias cabeças, expressando estas razones con tanta ira que, alterada la complexión con el ardor y agravada con la mucha edad, cayó en el suelo acometido de un accidente de apoplegía que le quitó aquella noche la vida”⁷⁷. Murieron en este sitio veinte mil jenízaros y diez mil espahís, como también Süleyman en edad de setenta años, envejecido en la guerra y consumado en las conquistas, sin haber sobrevivido para complacerse con la expugnación que se logró tres días después de su muerte. Reinó cuarenta y seis años y dilató por todas partes prodigiosamente los confines de su imperio. Después de haber reparado las brechas de Szeged los otomanos, abasteciendo la plaza de lo necesario y con gruesas tropas guarnecida, pasaron a Belgrado y de allí a Constantinopla cargados de despojos y de esclavos, como de desvanecimiento y de soberbia.

⁷⁶ *Ibidem*. Libro Sexto. Pág. 328.

⁷⁷ *Ibidem*. Libro Sexto. Pág. 332.

Comienza el Libro Séptimo (1543-1576) con la exaltación de Selim II y, para ponerla en contexto, los propósitos familiares antecedentes entre la Circasa y la Rosa y las muertes de todos sus hermanos con la correspondiente prole: Mehemed, Mustafá (con la cuerda del arco), muy amado de los jenízaros, Giangor (con sospechas de veneno) y Bayezid (abatido con las armas y refugiado en Persia, con funesto fin). “Llegó inmediatamente otro correo a Persia con orden que el embaxador, con nuevas amenazas, bolviesse a duplicar las instancias en caso de que aquel rey se resistiesse a lo representado, porque se hallava Solimán tan movido de la ira que prorumpiría en qualquiera exceso, despreciando la mayor efusión de sangre y de oro por conseguir la muerte de su hijo. Puesta pues en consulta esta materia entre los sátrapas persianos, salió resuelto (no obstante la fee pública de la palabra del rey) anteponer los intereses de Estado a otro qualquiera respeto, como que se asegurasse en buena custodia la persona de Baiaceto (como se executó), permitiendo que le visitasse el embaxador para que pudiesse noticiar a la Porta la prompta novedad, siguiéndose a esta circunstancia la demostración de la muerte de los que le avían acompañado, como también perder Baiaceto los últimos alientos de la respiración a las violencias de un laço. Y para dissimilar que esta sinrazón se avía executado por dinero y la crueldad por temor, publicaron que el infeliz Baiaceto huviesse conspirado con otros seqüazes contra la vida del rey”⁷⁸. Cumplidas las solemnidades de la coronación, Selim se encaminó a Belgrado, así porque le saludase el ejército como a emperador, como también por encontrar el cadáver de su padre y honrarle con su asistencia, mandando entregarle a Acmad bajá que asistiese a la función de la sepultura, que se ejecutó en la forma acostumbrada.

En el retorno de Selim a Constantinopla, los jenízaros y espahís, cansados y consumidos de la dilatada guerra de Hungría y del sitio de Szeged (donde pereció infinita cantidad de caballos y camellos) y porque faltaban bastantes jenízaros para hacer con solemnidad la entrada, mandaron desembarcar de las galeras a los asapes para que suplieran la falta, de que se comprendió que no se continuaría la guerra con el emperador y que antes se darían oídos a las negociaciones de la paz. “Empezaron a tumultuar las milicias, diciendo que el sultán se avía puesto en el solio antes de su llegada por defraudarles el donativo acostumbrado y, ocupando la calle cercana del serrallo, intentaron impedirle el passo en quanto no lo desembolsava, durando la sublevación desde la mañana hasta essotro día, dos horas después de aver salido el sol, de cuyo movimiento nació retirarse Mehemed, primer visir, como también que, atemorizado el sultán, diesse orden les pagassen, aunque no se avía cumplido el mes, con cuyo socorro calmó la sedición el movimiento de tan alteradas olas”⁷⁹.

⁷⁸ *Ibidem*. Libro Séptimo. Pág. 343.

⁷⁹ *Ibidem*. Libro Séptimo. Pág. 345.

El rey de Polonia persuadió al príncipe transilvano a que abandonase las engañosas lisonjas de Selim y se ajustase con Maximiliano, como se logró con unas nuevas capitulaciones. Sin embargo, acometido de antiguas indisposiciones, en breves semanas falleció sin sucesión. Por otro lado, los embajadores imperiales consiguieron sin dificultad las treguas porque, maquinando Selim la rotura con Venecia y la invasión de Chipre, no se aplicaba a las conquistas terrestres. Se concluyeron las treguas por ocho años. Por otro lado, la abundante población morisca del reino de Granada se alzó en armas en las Alpujarras en protesta contra la Pragmática Sanción de 1567, que limitaba sus libertades culturales, y despachó un enviado a Constantinopla para solicitar la ayuda de Selim. Mustafá bajá y Piali fueron opuestos a la pretensión de los moriscos y del gran visir Mehemed y, en estrecha confianza de concierto, persuadieron al monarca para que rompiese con los venecianos. Se incluyen discursos supuestamente originales de todos estos protagonistas dando sus puntos de vista e intentando persuadir al sultán. Venecia ante los sucesivos avisos que aseguraban declarada la guerra, empezó a disponer dineros y milicias, así como enviados al papa, al rey católico y a Persia. Se suceden cartas y escritos del enviado del visir Mehemed y de Selim a Venecia, del ministro veneciano en Constantinopla y del senado en torno a la posible invasión de Chipre, que se trasladan al papa y al rey católico. En tanto que la armada turca desembarcaba en Bafo, burlando toda prevención, la conclusión de la liga cristiana caminaba perezosamente. “No dexava el invierno (aunque en clima templado) de hazerse sentir de los agressores, por cuya causa procurava Mustafá adelantar la conquista, como también porque andava esparcida la voz de que la armada christiana se disponía para socorrer la plaça y, assí, se valía de todo género de medios para lograrla con la misma prosperidad que avía conseguido a Nicosia”⁸⁰.

Su Santidad se vio obligado a mover con particular aplicación a los españoles para que no se perdiese tiempo en la conclusión de la liga. En este contexto, se suceden cartas del papa, de Antonio Colona y del senado. “Fluctuaron, en el piélagos del temor, los ánimos de algunos senadores desconfiados por los exemplos antecedentes en la inconstante deliberación de los coligados y de la frialdad de los consejos, como de la tardança de las execuciones y, por otra parte, deseavan los negociados de Constantinopla (en caso que la infidelidad de los turcos y sus eladas pretensiones no desauciassen la materia) y, después de varios discursos y opiniones encontradas, la persuasión de su Santidad y los bien movidos oficios del Colona, dispusieron la conclusión de la liga, que se juró en Roma (en público consistorio) por los embaxadores, con las calidades apretadas de que se unirían dozientas galeras, cien navíos y cinquenta mil infantes, quatro mil y quinientos cavallos, con todo lo necessario para su conservación, dirigiendo este cuerpo de armada a daño del común

⁸⁰ *Ibidem*. Libro Séptimo. Pág. 371.

enemigo en las empresas de Argel, Túnez y Tripol, pudiéndose alterar las deliberaciones a medida de los sucesos y de las coyunturas. Señalóse la ciudad de Otranto para la unión de la armada y navegar de allí a los mares de levante. El rey católico avía de contribuir la justa mitad de los gastos, dividiendo lo demás en tres porciones; las dos avían de pertenecer a Venecia y la otra al pontífice, a quien se le avían de subministrar doze cuerpos de galeras aprestadas para que Su Santidad las armasse, y que cada príncipe dispusiese lo necesario de lo preciso para el apresto (en sus dominios) avisando el gasto para el repartimiento del cómputo”⁸¹. Suspendidos los ataques de Famagusta por los rigores del invierno, al empezar la campaña se renovaron con exponenciales fuerzas. “Estavan las materias reducidas a término desesperado porque cada día se aumentavan las fuerças de los sitiadores (con nuevos socorros), como también la fatalidad en los christianos, assí en las muertes como en el descaecimiento, porque faltava todo. Y lo que más se llorava era el deseado socorro que no acabava de llegar, teniendo agonizando la esperança, manteniéndose de carnes de cavallos y de otros inmundos animales, a que se agregava la falta del vino, que es el reparador de los abatidos miembros de los hombres. Y avían llegado a tal estado, que cada soldado era un esqueleto que no tenía de viviente más que el corazón”⁸². Y por la falta que había de todo y carecer de socorros, recordando los ejemplos de Rodas y de otras plazas en Hungría, a quienes los enemigos guardaron la palabra en las capitulaciones, comenzaron las dudas y las conversaciones de una posible rendición. Famagusta cayó en agosto de 1571, tras un asedio de once meses. Concluidos los tratados, se estableció el transporte de los sitiados con armas y bagaje, cinco piezas y navíos para que desembarcasen en Candia dejando libertad a las familias de los habitantes de irse o quedarse, con reserva de la religión, de la vida, de la hacienda y de la honra. Concluyó y firmó Mustafá las capitulaciones, en cuya consonancia mandó llegar al puerto algunos navíos en que empezaron a embarcarse los enfermos. Sin embargo, la realidad cambió inmediatamente. Se cometieron enormes excesos por parte de las tropas turcas y se exigieron más barcos para embarcar a la gente. La respuesta de Mustafá fue privar de la vida a capitanes, caballeros y gobernantes, haciendo que Marcantonio Bragadino, rector de Famagusta, fuese testigo de la tragedia, si bien por entonces solo le cortaron las orejas hasta que, poco más tarde y tras sucesivas humillaciones, fue desollado vivo, relleno de paja y trasladado a Constantinopla. Y los que anticipadamente se habían embarcado, quedaron despojados de sus bienes y puestos al remo.

Después de tantas dilaciones, por fin, se unieron los generales cristianos a últimos de agosto y, a primeros de septiembre, salieron del puerto de Mesina. El objetivo específico de la armada combinada era la destrucción de la flota turca de Alí bajá, aunque no faltaron tensas disputas acerca de la conquista de

⁸¹ *Ibidem*. Libro Séptimo. Pág. 373.

⁸² *Ibidem*. Libro Séptimo. Pág. 382.

diversas plazas hasta el encuentro de las escuadras. A finales de septiembre la armada cristiana fondeaba en Corfú y Gomeriza. De allí pasó a la Cefalonia y, unos días más tarde, el 7 de octubre de 1571 tuvo lugar, en aguas del golfo de Lepanto, entre el Peloponeso y Epiro, “la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros”, en palabras de Miguel de Cervantes. La batalla de Lepanto marcó un punto de inflexión en la guerra entre el Imperio Otomano y las potencias cristianas. Apresaron los católicos ciento sesenta y una galeras, doce galeotas, sin treinta galeras que, encalladas en la arena, se hicieron pedazos; como también ciento diez y siete piezas de artillería gruesa, doscientas cincuenta y seis de menor porte, con diez y ocho pedreros, y se consumieron quince días en repartir la presa, en cuya ocasión representó Andrea Doria a Su Alteza que, como general de la liga, debía percibir considerable porción, como lo consiguió. No se abstuvo el Colona en escribir al pontífice que no avía sido el menor milagro que, después de la batalla con los turcos, no hubiese sucedido otra tan sangrienta entre los cristianos sobre el repartimiento de los despojos. “Fue celebrada la victoria con alegría universal en toda la christiandad, como suspirada con desconsuelo entre los turcos, por aver sido el mayor destrozo que han recibido después de la rota que dio el Tamorlán a Bayaceto, motivando el aviso en Constantinopla un amargo llanto general que entorpecía las palabras con los solloços para que no pudiesen pronunciar el sentimiento las lenguas, remitiendo al silencio la ponderación del desastre. No acertava a sossegar el muftí con la aflicción y, movido el pueblo en inquieta turbación, alterado, caminava sin saber adónde, llorando unos el pariente, al passo que otros solicitavan noticias del amigo, sin tener modo de saberlo. Y en medio de tan turbadas demostraciones, juzgándose los infieles oprimidos de los christianos, fabricaron en veinte y cinco días un fuerte para defenderse junto a los Dardanelos, en que trabajavan tres mil personas, para oponerse a la armada en caso de que intentasse llegar más adelante”⁸³.

Deliberaron los generales cristianos, aprovechando el momento y la buena fortuna, reforzar las mejores galeras para la expugnación de Santa Maura, correr la Morea y conquistar alguna plaza. Pero este calor se entibió con facilidad porque los consejeros de Su Alteza, interponiendo diferentes obstáculos, hicieron mudar el propósito y, dejando a la armada veneciana en los puertos de Corfú, pasó don Juan de Austria a Mesina y el Colona a Nápoles. Poco después moría Pío V, a quien sucedió Gregorio XIII que, aunque confirmó la liga, no la fomentó con el calor de su antecesor. Y, por otro lado, tal como respondió el gran visir Mehemed al embajador veneciano tras preguntarle cómo habían recibido el contratiempo de Lepanto: “avéis de saber que, de vuestras desventuras a las nuestras, ay notable diferencia porque nosotros, con quitaros un reyno, os cortamos el braço derecho y este no puede bolver a crecer. Y vosotros, con aver destruido nuestra armada, nos avéis raído

⁸³ *Ibidem*. Libro Séptimo. Pág. 394.

la barba y esta se dexa ver crecida en pocos días. Y mientras no faltaren enteramente los bosques, es cierto que tendremos leños para echar a la mar y, si no se acaba el género humano precisamente, nos han de sobrar hombres para las armas, con lo qual es preciso que llegue la ocasión de resarcir nuestra pérdida con castigo vuestro en la más ayrosa vengança”⁸⁴, Uluj Alí capitán bajá del mar, salió de Constantinopla la siguiente campaña en forma pomposa con más de cien galeras a unirse con otras cincuenta, que gobernaba Carazali. No obstante, así las cosas, la escuadra cristiana combinada consiguió Navarino, aunque no pudo hacerse con Modón, tras lo cual Uluj Alí regresó a Constantinopla, Juan de Austria a Mesina y los venecianos a Corfú. En tierra, los pueblos de la Morea y Brazo de Mayna rebelados a los turcos tras Lepanto, viendo los escasos progresos de la armada cristiana, reducidos a casi humo, se vieron obligados a doblar nuevamente el cuello a la autoridad otomana. Lepanto, en definitiva, no tuvo la fuerza suficiente para obligar a los turcos a una paz forzosa y poco conveniente y la situación de Venecia era muy complicada y de necesidad. Ambos trabajaban, en tanto que la liga se tambaleaba, para el establecimiento de la quietud en el Mediterráneo y para ello firmaron capitulaciones de paz, aunque con numerosas diferencias por la determinación de algunas plazas en los confines, sin la aprobación del pontífice y sin el agrado del emperador y el rey católico. Y, sin embargo, “en pocos años de quietud, aplicados los ciudadanos a la fertilidad de los terrenos, cultivaron de modo aquel dominio que le lograron abundante de granos, con que cessó la penuria de mendigarlo en otra parte y, particularmente, en los Estados del enemigo común. Y, por momentos, se vieron llenos de oro los erarios, vigoroso el tاراچانال, restaurado el tráfigo y restituida la ciudad a su primera grandeza floreciente”⁸⁵.

El Libro Octavo (1574-1594) da comienzo con el envío de la armada de Felipe II a La Goleta y la inclinación de las plazas de Túnez y Bizerta al católico, entronizando a Mehemed, sobrino del expelido rey Amidas. Estas conquistas irritaron a Selim y provocaron diferentes consultas en el diván, llegando a decir que era más sensible esta pérdida y más considerable que la conquista de Chipre, conviniendo urgentemente su recuperación. Y, así, se resolvió encargar las armas terrestres para su conquista a Sinan bajá y las marítimas a Uluj Alí. En término de dos meses, acabaron los turcos de conquistar el África, pero no sin pérdida pues el estrago llegó a veinte mil turcos. Ambos generales regresaron a Constantinopla con ostentosa muestra de despojos y prisioneros, entre los que destacaban el conde Gabriel Cerbellón, encargado del gobierno general de Túnez, y Pedro Portocarrero, del gobierno de La Goleta.

La prosperidad del suceso sirvió para hinchar más la vanidad de Selim que, para el año venidero, empezó a disponer nuevos aparatos para otras

⁸⁴ *Ibidem*. Libro Séptimo. Pág. 397.

⁸⁵ *Ibidem*. Libro Séptimo. Pág. 407.

empresas en Europa, por estar en la inteligencia de que las armas de Felipe II (centradas en Flandes) no podían, con fuerzas iguales, hacer oposición a sus tropas y que la República, cansada de las anteriores agitaciones, solo atendía a su reposo, a cuya consideración agregaba la confianza de que los demás príncipes estaban faltos de fuerzas marítimas para oponerse a sus deliberaciones. Sin embargo, una enfermedad repentina acabó con su vida a la edad de cuarenta y ocho años, habiendo reinado ocho. No salió jamás de la Corte aprisionado de los amores del serrallo y de Baco. A su muerte, la corona imperial pasó a Murad III.

El visir Mehemed, siguiendo el estilo practicado en la muerte de Süleyman, tuvo oculta la de Selim por escusar algún movimiento en la insolencia militar, enviando con diligencia el aviso a Murad, que estaba en Amasia, para que a toda prisa se pudiese en viaje pasando a ocupar el imperial solio. El mismo día de su exaltación sacrificó a cinco hermanos como víctimas ofrecidas a su seguridad. Y disculpan los otomanos estas horrorosas ejecuciones con decir que por este medio se extinguen las guerras civiles, siendo para ellos necesarias para la quietud de la monarquía y sosiego del Estado. Conformaban entonces el diván seis bajás: Mehemed primer visir, Piali, Acmad, Maamud, Mustafá y Sinan. Y apenas se puso la corona, comenzó a discurrir en nuevas guerras, centrando su objetivo en Persia, de quien había recibido algunas afrentas. Ismael II, que profesaba manifiesto odio hacia los turcos y, exaltado tras haber vencido con las armas a su hermano menor Caydar, pidió ayuda a los príncipes cristianos sin éxito. Entre tanto, los propios barones persas congregándose secretamente deliberaron la muerte de su rey con veneno. Ejecutada esta, ascendió al trono Codabonda “el Ciego”. Este cambio alentó más el ánimo de Murad a emprender la guerra ante las supuestas flaquezas de este rey y para ello dispuso poderoso ejército al mando de Mustafá, que inició sus operaciones en los confines de Georgia conquistando diversas plazas (Tifis, Chars y parte del reino de Servan). Sin embargo, y como en anteriores ediciones, a medida que se introducía en tierras persas surgieron numerosos problemas (hambre y peste), que menguaron el ejército y crearon serias dudas en la consecución de la empresa. En estos tiempos moría asesinado en Constantinopla el gran visir Mehemed, al que sucedió en la dignidad Acmad bajá. Poco después Sinan sustituía a Mustafá en la dirección de las armas. El soberano persa había perdido mucho país y conocía que, no recuperándolo con las armas, mucho menos lo conseguiría con la negociación, por lo cual intentó hacer a los turcos una guerra de negocio y entretenimiento y, así, hizo pasar voz a la Porta que, criando pensamientos de paz, enviaría ministro para facilitar el intento. Esta proposición facilitó la vuelta de Sinan a Constantinopla, que había obtenido el sello imperial en detrimento de Mustafá, dejando encomendada la dirección de las armas en Persia a Osmán. Una vez en Constantinopla Sinan, llegaron casi a un tiempo cuatro embajadores: polaco, portugués, persa y del reino de Fez. “Y es que la Porta othomana en los

recursos de los príncipes es árbitro de todas las dificultades. Los flacos y los caydos la llaman en su auxilio. Los fuertes, en correspondencia y en liga. Y así, no es maravilla que cada día se eleve más con este conocimiento”⁸⁶. Ninguno de ellos consiguió su pretensión en los términos planteados.

A continuación, el texto describe los fastos y demostraciones públicas y solemnes en torno a la circuncisión del primogénito del sultán, a las que fueron invitados los príncipes cristianos a fin de que, con extraordinarias embajadas, concurriesen a la solemnidad, enviando ministros de gran suposición el emperador, el rey de Francia, el de Polonia y Venecia. Al año siguiente (1583), Constantinopla recibió al primer embajador de Inglaterra, solicitando principalmente que sus bajeles navegasen el mar libremente con las propias banderas para comerciar. Hubo protestas enérgicas por parte de los embajadores de Francia y Venecia. “Y produziendo cada día este comercio más fruto en las dependencias, creció también la mañosa aplicación de la reyna Isabel hasta que, sagazmente, usurpó esta sustancia a las ciudades asiáticas (que solamente comerciaban en el septentrion) y, estableciendo compañía de negocio con essenciones y privilegios, impidió la extracción de las lanas e instituyó la fábrica de los paños, con los quales atrasó el despacho a los venecianos. Y aplicando también la negociación en el África, permitió la compañía para la Guinea y las Canarias, sin apartarse de las Indias. Y por aver faltado en las escalas de levante los cónsules venecianos (por el embaraço de la guerra), se introduxeron los ingleses y, particularmente, en las de Constantinopla, Esmirna, Alepo y Alexandreta, por donde introduxeron plomo, estaño, azero y herramientas en concurrencia de olandeses, a fin de interessarse en el provecho, quedando los othomanos abastecidos de materiales para fabricar todo género de armas y municiones para daño de la christiandad”⁸⁷.

No duró mucho tiempo la violenta ferocidad de Sinan en la Corte, pues el sultán le ordenó que renovase y dispusiese la guerra en Persia. Sinan procuró con diversas excusas eximirse del viaje, principalmente exigiendo que el sultán debía encabezar al ejército para garantizar el éxito de una empresa que siempre era extremadamente dificultosa (sin exageración se podía llamar la sepultura de la Turquía⁸⁸), lo que fue interpretado como un manejo para, en su ausencia, exaltar a su hijo Mehemed y supuso su deposición del visirato. Entretanto Osmán había ocupado muchos castillos en Persia, pero apenas se alejaban las tropas cuando, por la penuria de los víveres y otras dificultades, se veían precisadas a abandonar lo conquistado. Esta constante dificultad obligó a Osmán a pedir sucesor, pasando a sustituirle Ferad bajá. Ante cualquier mal circunstancia, Murad cambiaba los generales, persuadido de que también

⁸⁶ *Ibidem*. Libro Octavo. Pág. 426.

⁸⁷ *Ibidem*. Libro Octavo. Pág. 432.

⁸⁸ *Ibidem*. Libro Octavo. Pág. 438.

mudaba la fortuna, pero le sucedió al contrario porque, faltándoles las tablas a los menos experimentados, cada día crecían más los errores. Tan pronto llegó Ferad a Persia, tuvo que enfrentarse a los mismos obstáculos que su predecesor: a la tala y destrucción de los campos, a la falta de forrajes y alimentos, a los que se sumó el amotinamiento de los jenízaros. Ferad recibió orden de regresar a Constantinopla y Osmán, por segunda vez, de hacerse con el gobierno de las armas en Persia en una guerra tan sangrienta y dilatada. Osmán tomó sin muchos problemas Tauris y, dejando a Giafer bajá con diez mil hombres en el presidio, salió al encuentro del rey de Persia. Entablaron atroz batalla, donde Osmán recibió una herida que le quitó la vida. Los turcos perdieron cuarenta mil soldados, cuatro bajás y dieciocho sanjacos, así como la esclavitud de numerosos oficiales y militares de la tropa. Sin embargo, esta victoria se pudrió rápidamente entre las discordias de la casa real persa, pues Amsa, gran vencedor de la pasada batalla y segundogénito de Codabonda, perdió la vida a manos de unos conjurados. El rey, anciano y muy deteriorado de la vista, renunció en Abbas Mirsen, tercer y último hijo, que carecía de formación y experiencia militar y, ante las dificultades, no pudo lograr la recuperación de Tauris, que quedó a merced de sucesivos asaltos.

En este lapso murió Uluj Alí, general de la armada, a quien sucedió Ebraín bajá, cuñado de Murad, más por el favor de su esposa que por alguna experiencia en la náutica, aunque le duró poco la ocupación por habérsela quitado el sultán conociendo que era más capaz para confundir que para gobernar. Por otro lado, los ministros católicos habían vuelto a resucitar los manejos de treguas y ajustado la suspensión de armas por dos años, pero los embajadores de Francia e Inglaterra consiguieron desbaratarla. Entre tanto, Ferad y el bajá de Diarberquir, obedeciendo la voluntad de Murad, volvieron con numerosas tropas a apoyar al presidio para no perder la plaza de Tauris. Continuaba la guerra con estragos recíprocos y la imposibilidad de introducir socorros en Tauris, lo que llevó al sultán a autorizar conversaciones de paz que, más adelante, tuvieron lugar en Constantinopla con el protagonismo del príncipe Catagar, hijo del fallecido Amsa y sobrino del rey, que quedó rehén en poder de la Porta. Se acordó la suspensión de armas deseada con impaciencia del rey persa y, con el ajuste de treguas, Sinan amenazó de nuevo a todos los príncipes cristianos, particularmente a Polonia, Hungría y a la Señoría (por el papel corsario de los uscoques). La guerra con Persia había durado doce años, había costado ciento cincuenta mil soldados y muchos millones de zequíes. Tauris quedó en manos turcas, así como Cars, Tifis, ciudades de la Armenia menor y otras muchas de Servan y Revan.

Imputaron a Ferad bajá, con querella secreta, de que había robado en Persia tres millones de zequíes y era universal la opinión de ser cierta la queja, substancial y justificada la acusación, pero, con una gran suma de zequíes que

presentó al sultán, igual a la que le podían pedir en la querella, consiguió quedar en Constantinopla en calidad de bajá de la orden inferior. Ocupó el visirato después Eschaus no muy seguro de la duración, porque Sinan, aspirando por tercera vez a la dignidad, ofreció trecientos mil escudos de oro por desposeerle. Y Eschaus, por mantenerse en la gracia del sultán, hacía de cualquier cosa dinero (corrompiendo la justicia) por aumentarle los intereses. Hubo en el serrallo una gran sublevación que finalizó con el encumbramiento de Sinan al visirato. “El visir Sinan, altamente representava que convenía dar alimento a este gran cuerpo militar y conduzirle adonde apagasase el hambre de verter humana sangre en los payses christianos porque no deborasse la Turquía y, en secreta conferencia, intentó persuadir al sultán a la guerra marítima, poniéndole en la consideración los exemplos de sus progenitores, representándole que avía hecho suficientes conquistas en Persia con las armas terrestres y que convenía casar estas con las marítimas. Y después de la proposición, hizo Amurates llamar a Cicala, capitán del mar, para oír su sentir. Quien fue del parecer del visir, pero quando se quiso llegar a la ejecución de dar los medios para disponer una armada considerable, se assombró el avariento Amurates y dixo que las empresas marítimas eran de mucho gasto y que se aplicassen a las de tierra”⁸⁹.

Sucedió a Maximiliano en el imperio Rodolfo, habiéndose coronado anticipadamente rey de Hungría y de Bohemia. A Juan Segismundo, príncipe de Transilvania, había sucedido Esteban Batori, quien envió embajadores al emperador y al sultán, quedando confirmada de uno y de otro la elección. Después de la muerte de Maximiliano, continuaron las treguas sin que llegase a romperse la paz por las incursiones de Asán bajá, que habiendo recibido orden secreta de la Porta para entrar en la Croacia y ocupar la mayor parte que pudiese sin que pareciese precepto superior, sino arbitrio propio, se dispuso a la invasión con veinte mil soldados escogidos de la gente de los presidios de Europa. No obstante, los alemanes derrotaron a los turcos, quedando anegados Asán y Mehemed, sobrino de Murad y bajá de Herzegovina, pereciendo diez mil turcos, diez beys y treinta capitanes de espahís, con cuyos despojos se enriquecieron los victoriosos. Esta derrota provocó la declaración de la guerra, que se publicó rápidamente en Constantinopla y en Buda, y puso a Sinan camino de Buda, junto a su hijo, juntando cien mil combatientes además de muchos voluntarios que se agregaron por ganar los timares por actos de servicio, llegando a conquistar Sisak. Los alemanes, por otro lado, juntaron considerable armada y marcharon hacia Alba Regia, que tomaron junto al bagaje y la artillería. A continuación, señorearon Filec, Novigrad y varios castillos en la Croacia, proponiéndose la empresa de Estrigonia que, ante la llegada de poderoso ejército al mando de Sinan, hubieron de retirarse con gran daño. Encendida ya la guerra de este modo, Rodolfo envió embajadores a Polonia, sin éxito, y, al príncipe de Transilvania, con quien se ligó a través de la firma de diversas

⁸⁹ *Ibidem*. Libro Octavo. Pág. 455.

condiciones. Hizo insinuar el emperador a la República la mala consecuencia de la guerra, como también que cuanto más conquistaban los turcos en la Croacia, tanto más se aproximaban al Friuli, internándose en sus Estados. En este tiempo, tras arduos debates en el senado -cuyos argumentos se recogen en el texto-, Venecia resolvió construir la fortaleza de Palma como fuerte propugnáculo contra los turcos, pues en años anteriores Follianico y Gradisca, fortalezas de la República en las riberas del río Isonzo, se habían perdido a manos de los otomanos.

En este ínterin falleció el sultán. “Fue Amurates incontinente, en la juventud dissoluto y obsceno después, y se aniquiló a sí mismo por hazer a otros. Tuvo cinquenta hijos y una de sus favorecidas dixo que, con gran daño, se fatigava mientras no hazía los hombres para habitar el mundo, sino para poblar los sepulcros. Vivió cinquenta y siete años, reynó veinte, murió de apoplegía, fue infecto a los persianos, infausto a los úngaros, amó la guerra sin verla, degeneró de la valentía de sus antepassados. Fue instable, tímido, desconfiado y no resuelto, pero obstinado en lo que deseava conseguir y tan observante en la religión que se abstuvo siempre del vino. Y fue tan interessado, que hazía vender las flores de los propios jardines para sacar fruto de ellas, haciendo poco caso de otras letras que de las de cambio. Fue cruel y avariento (pecados originales de los príncipes de esta casa) y remuneró los beneficios con ingraticudes, siendo tantos sus vicios que no dexaron lugar adonde cupiesse la virtud”⁹⁰.

Comienza el Libro Nono (1595-1600) con la exaltación de Mehemed III y las correspondientes visitas de embajadores. Para confirmar capitulaciones de paz, Sinan bajá exigió al embajador veneciano que en Candia, Zante y Cefalonia se demoliesen las fortalezas que impedían hacer aguada a la armada turca y que atasen en corto y redujesen a los uscoques, verdadera pesadilla para la navegación, el comercio y los súbditos otomanos. La negociación del embajador extraordinario Leonardo Donato tuvo algún efecto y se confirmó la paz. A continuación, se informa de la llegada de tres moriscos españoles con cartas de Antonio Pérez, a la Porta a pedir ayuda militar al sultán. Informado Mehemed de los tratados del transilvano con el emperador, envió correos para recordarle los beneficios que habían recibido sus antecesores de la Porta y la exención del tributo, como también a ofrecerle la corona de Hungría para que se apartase de la unión ajustada con el César. Pero viendo su perseverancia en la firmeza de la liga cristiana, propuso para el gobierno de su armada a Ferad bajá, en lugar de Sinan, que se dirigió a Nicópoli con poderoso ejército para destrozar con la fuerza a Segismundo. La armada turca fue puesta en fuga, perdiendo artillería, bagaje y dieciocho mil combatientes. En este tiempo falleció el príncipe persa rehén en el serrallo, con sospecha de veneno, ministrado de la razón de Estado

⁹⁰ *Ibidem*. Libro Octavo. Págs. 468 y 469.

de esa nación. Entre tanto, el emperador nombró general de sus tropas al conde de Mansfelt, a las que se unieron las escuadras húngaras, los socorros de Clemente VIII y los de los duques de Mantua y Toscana, acampando a la vista de Estrigonia y asediando la plaza. Noticiados por algunos espías en Buda, supieron que Asán bajá marchaba con veinte mil turcos con ánimo de forzar el asedio e introducir refuerzos en la ciudad. Se sucedieron los enfrentamientos, de que resultó finalmente la huida de estos últimos con desamparo de treinta y siete banderas, pérdida de artillería, mil quinientas tiendas de campaña, sin muchos camellos y otros animales de carga, siendo la mortandad, según los cadáveres que ocupaban el terreno, de excesivo número. Paradójicamente, tras esta gran victoria, Mansfelt falleció. Entonces llegó al campo el archiduque Matías con nuevas tropas, consiguiendo la recuperación de la ciudad cincuenta años después de haberla conquistado Süleyman. En este tiempo se solemnizaron las bodas de Segismundo, en Alba Julia, con Christina de Austria con pompa real en consecuencia de las capitulaciones anteriormente mencionadas.

Tras esta derrota, el sultán volvió a nombrar a Sinan general de la armada, y lo encaminó, con designio de conquista, hacia la Valaquia, pero sufrió primero un gran revés con la pérdida de Tergovist, plaza cercana a Bucarest, presidida de los otomanos y, después, con la aniquilación total de su ejército. Sinan endulzó el desastre a Mehemed culpando al transilvano y al valaco en unión de armas al emperador, jurando venganza en la siguiente campaña. Sin embargo, ante tal estrago, el visir Ebraín fue desposeído por no haber socorrido a la armada con dinero y vituallas y Sinan privado del gobierno de las armas. “Hallábase en este tiempo la Corte othomana escasa de sugetos para el gobierno político, como también para el militar. Y como en el monarca faltava esta última profesión, no ostentavan los soldados aquella natural vanidad que adorna el espíritu marcial y, entregados más al lucro de la mercancía que al empeño de aquella obligación, olvidavan la más ayrosa profesión por la más desaliñada ganancia. Los espais atendían solo a la cultura de los timaris, o repartimientos, y en ocasión de guerra embiavan en su lugar a los criados”⁹¹. Estuvo el puesto de visir sin proveerse más de dos meses con grave daño de las dependencias tocantes a este ministerio, pues en él consisten las mayores negociaciones. La reina madre, que adquirió extraordinaria autoridad en las deliberaciones importantes, convenció al sultán de la restitución de la dignidad a Sinan (con ochenta años de edad). Acto seguido, Mehemed, exhortado del nuevo visir, mandó quitar la vida a Ferad, cuyos bienes como es costumbre pasaron al serrallo. “No tuvo larga complacencia Sinan de la muerte de su competidor, porque mientras andava ordenando los medios para salir a campaña con nuevas fuerças, la muerte arrojó sus disignios en la sepultura para que siguiesse el alcance de su enemigo, si bien, antes de morir dexó escritos algunos avisos para

⁹¹ *Ibidem*. Libro Nono. Pág. 481.

el monarca, siendo el uno que saliese personalmente a campaña con sus tropas para exercitar el valor y la disciplina militar, y que la dignidad de primer visir no la dicesse sino a persona inteligente en el ministerio de las armas. Y le propuso a Cicala baxá, pero Mehemed, despreciando el consejo, nombró a Ebraín favorecido de la reyna madre”⁹².

Segismundo, en estos momentos, se aplicó al sitio de Temisvar, pero habiendo encontrado fuerte resistencia y noticiado de que Hamán, sultán de los tártaros, junto con los otomanos, se encaminaba a socorrer la plaza, deliberó salirle a recibir a la campaña que se explaya entre Belgrado y Temisvar y, habiéndole presentado la batalla, le derrotó con muerte de tres mil enemigos, poniendo en fuga a los demás. Por otro lado, los daños de los uscoques cada día eran más graves para los turcos, por lo cual pasaban amargas quejas al embajador de la República de parte de la Porta, como a quien tocaba el remedio, y se acrecentaron después mucho más por su ocupación de Clisa, que fue recuperada poco después por el bajá de Bosnia. Y así, para oponerse a tantas vejaciones, eligió el senado por general de las armas a Domingo Tiépolo con poco gusto de los uscoques, porque dos años antes les había destruido desde los fundamentos algunas de sus guaridas, obligándolos a retirarse a los montes albaneses. Sin embargo, los uscoques gozaban de la amistad encubierta, o descarada, del emperador y de la corte española: realizaban un trabajo extraordinario contra los turcos y comprometían a la Señoría para que se uniera a la liga en los frentes de Hungría.

Contentos en Constantinopla con la recuperación de Clisa, aunque muy sentidos de las sucesivas pérdidas en Hungría, se alentaban las murmuraciones desacreditando al sultán, viéndole sumergido en las aguas turbias del serrallo sin atender a los remedios que afligían el imperio. Y como eran tan ruidosas estas en los sentimientos de los súbditos y las exclamaciones de los ministros, se resolvió finalmente el sultán a salir a campaña. Y puesto al frente de sus tropas, pasó a Hungría con gran ejército, que pasaría de doscientos mil combatientes (ochenta mil de tropas experimentadas y el resto de gente de poca consecuencia) en compañía de los embajadores de Inglaterra y Francia, a instancias suyas, corriéndose la voz de que el objetivo era Agria. La ciudad húngara cayó en manos turcas esperando el socorro imperial de Maximiliano, a quien se unieron las tropas del príncipe Segismundo y, juntas, buscaron la inexcusable batalla campal. La victoria favoreció contundentemente a las tropas cristianas que, de forma lamentable, se cebaron ciegamente con los despojos, trocándose en un momento el valor de los cristianos en cobarde ceguedad, la disciplina militar en inobediencia infiel y la antecedente victoria en pérdida tan afrentosa como desairada. “Y si huviessen acosado a los infieles sin dexarse vencer de la ambición, hubieran logrado enteramente el alibio de aquel afligido reyno,

⁹² *Ibidem*. Libro Nono. Pág. 483.

mientras la pérdida sirvió solamente de aumentar la opresión. Admirado Mehemed de la accidental victoria de sus armas, hizo demostraciones de públicas alegrías confessando su obligación al Cicala por aver recuperado la perdida batalla y, quitando del propio turbante un ayrón de diamantes, se le dio con afabilidad. Y desposeyendo del visiriato a Ebraín (con ser hechura de su madre), nombró en él a Cicala en atención al mérito de la batalla.”⁹³, aunque valiéndose de artificiosos testimonios, le obligó a que restituyese el puesto a Ebraín, consintiendo con cortesía el Cicala en el cambio por no quedar en desgracia de la reina madre.

En este tiempo, ya en el rigor del invierno, llegó de Persia un embajador extraordinario con monumental pompa para exigir la restitución de Tauris. Fue tratado con gran estimación, pero no correspondió la urbanidad con la negociación por la dureza en que fue respondido. “Y aviendo observado el embajador la grande autoridad de la madre, y que con el medio de sus hechuras governava la monarquía, dixo que el dominio que dependía de la dirección de las mugeres, assí como era propicio para su rey, sería dañoso para los othomanos. Y, con proverbio persiano con fisgona doblez, dixo que era mal agüero quando la gallina cantava en casa como gallo”⁹⁴. También llegó un embajador de Usbec, rey de los tártaros asiáticos, ofreciendo sus servicios a daño del persa, diciendo que su rey tenía a la obediencia otros treinta reinos y que juntaba en sus ejércitos doscientos mil caballos y cien mil infantes, queriendo pasar previamente a La Meca. Y sacando el turco gran desconfianza de la oferta, le despidieron sin concluir lo uno ni lo otro.

Después de la última victoria cristiana, el transilvano pretendió recuperar Giabarino y Temisvar, tras cuarenta días de asedio, sin éxito y, levantado el sitio, “Segismundo pasó a Praga (a la entrada del invierno) a recibir el Toisón que le avía embiado Felipe Segundo y, con resolución repentina, propuso ceder a Rodulfo el dominio de la Transilvania y retirarse a vivir pacíficamente a otro principado de menor embaraço. No dexó el emperador de divertir el intento previniendo las consecuencias, pero insistiendo en la resolución de restituir la provinvia al reyno de Ungría (al qual estuvo en otros tiempos incorporada), porque no cayesse en poder de los infieles, resolvió acetarla con las siguientes condiciones: Que el César cedería a Segismundo el principado de Oppelen y Ratibor, en Silepsia (otras vezes renunciado a la reyna Isabela), contribuyéndole cinquenta mil úngaros para su luzimiento cada año. Que consentiría en el divorcio de su muger o nulidad del matrimonio y, queriendo aplicarse al Estado eclesiástico, le procuraría negociar el capelo. Que bolviendo a Transilvania, convocaría la dieta para que aprobassen los Estados la elección con la asistencia de los embaxadores del César y que passaría el archiduque Maximiliano al

⁹³ *Ibidem*. Libro Nono. Pág. 494.

⁹⁴ *Ibidem*. Libro Nono. Pág. 496.

gobierno de la provincia”⁹⁵. No obstante, este mismo año, los alemanes ganaron Giabarino y pretendieron sin éxito la restitución de Agria. “Estava el gobierno reduzido a una suma confusión porque faltava la obediencia y sobrava la ambición, porque todo lo dominava el interés, sin que de este vassallage huviesse persona essenta en qualquiera grado, de cuyo embrión nació la monstruosidad de una sublevada alteración que puso en cuydado la Corte expressando que, si no sacudía el imperio de los ombros la opresión del gobierno femeníl que le desacreditava, llamarían para entregarle la corona othomana al tártaro”⁹⁶. En ese ínterin llegó a la Porta Gabriel Buenaventura, portugués hebreo, para encaminar tratados de tregua entre españoles y turcos. Por otro lado, Enrique IV de Francia firmó el tratado de Vervins en 1598, que puso paz en el largo conflicto con España, y Clemente VIII entró triunfante en Ferrara tras haber incorporado este Estado a la iglesia. “Navegavan las galeras florentinas el archipiélago no menos armadas y ligeras que las de Malta, por aver instituido el gran duque de la orden de cavallería de San Estevan, a imitación de la del gran precursor San Juan Bautista, con obligación de perseguir a los mahometanos y tener libres los mares, assegurando el tránsito a los christianos, pero tuvo después algunos azarosos inconvenientes porque el buen zelo de algunos terminó en maldades de otros, y lo que debía ser tormento de los infieles se equivocó, siendo daño de los christianos, algunas veces”⁹⁷. Todo ello llenó de dudas a la Porta, temiendo una universal cruzada, al tiempo que al Cicala, almirante del mar, le crecieron los enemigos con sospechas de favorecer a los españoles, llegando incluso a salvar la cabeza por la intercesión de la reina madre y defensa del sultán. Simultáneamente se produjeron algunas sediciones de gran importancia en Asia y Caramania, que fueron apagadas cruel y despiadadamente, especialmente extensa la del Escribano, que se proclamó absoluto rey. En Constantinopla, al tiempo, los espahís provocaron graves tumultos al ser desposeídos de sus timares y beneficios en Asia por los sediciosos, llegando incluso a cuestionar la capacidad del sultán para continuar a la cabeza del imperio y obligando a deponer importantes cargos de la administración. De este modo se expresaron en el diván, nunca visto antes, ante el sultán: “Postrados pues algunos, se expresó por todos el que llevaba la voz en esta forma: que la segura fee de su obligación les motivava a representar a su Magestad claramente el deplorable estado de la monarquía, ocultándole los lisongeros los daños que padecía, haziéndole saber los sucessos prósperos, callando los más infelizes, siendo especie de trayción la cortesanía que no llega a los pies del soberano apadrinada de la verdad, siendo infelicidad del solio conseguirla disfraçada para no conocerla: que en Assia dominavan los rebeldes y en la Europa los úngaros; que el erario estava descaecido por los grandes dispendios del serrallo; afeminado el gobierno por la autoridad de las mugeres;

⁹⁵ *Ibidem*. Libro Nono. Págs. 497 y 498.

⁹⁶ *Ibidem*. Libro Nono. Págs. 499 y 500.

⁹⁷ *Ibidem*. Libro Nono. Pág. 504.

enfermo el dominio por la abaricia del capi aga, que convertía en propio interés la mayor parte de los tesoros del imperio y que ya avían olvidado el triunfar de sus enemigos las armas othomanas, pues solo se dexavan vencer de la necesidad, de la escasez y de la angustia. Y que era necessario para atajar los passos a tantos desórdenes, quitar las cabeças a la reyna madre y al capi aga, su favorecido”⁹⁸. Finalmente, el capi aga -cuyas prendas habían conseguido la gracia de tres emperadores, como también la voluntad del rey y la reina- murió a manos de la sangrienta milicia. El pesar del sultán fue enorme, pero sus inmensas riquezas, transportadas al serrallo, fueron eficaz remedio para superar el sufrimiento, siendo argumento de su convalecencia haberle visto en el turbante algunas preciosas joyas del favorecido. Estas turbaciones ocasionaron que el Escribano señorease con más seguridad Asia, hasta los confines de la Persia, pero en la mayor altura de sus felicidades una enfermedad acabó con su vida. Las tropas rebeldes lo sustituyeron por su hermano Asán Beg, que desbarató en varias ocasiones a las fuerzas turcas. Sin perder tiempo, acampó a vista de la ciudad de Ankara y por cien mil zequíes la preservó del saco y del incendio y, avanzando a Bursa, puso el país en contribución aumentando cada día más sus tropas, llegando incluso a los contornos de Constantinopla.

Apenas volvió Segismundo a la posesión del principado, destinó nuevos embajadores para renovar la confederación con el César. Y en el mismo tiempo que en Praga se trataban las condiciones entre unos y otros ministros, alterando la deliberación, llamó al cardenal Batori -que estaba en Polonia- y le cedió la provincia. “Y aviendo entrado el cardenal al dominio de la Transilvania (oprimido de angustias y accidentes no tan fáciles de vencer con la enemistad del César y la desconfianza de los turcos, por las antecedentes ligas de Segismundo con el emperador), despachó embaxadores al César para aplacarle, y a los turcos para ablandarlos, con ánimo de que no consiguiendo moderar el enfado del primero, pudiesse conciliarse la protección del segundo. El emperador, no dando atención a sus proposiciones, ordenó a Jorge Basta, su general, que moviese las tropas contra la Transilvania”⁹⁹. Miguel, vaivoda, príncipe de Valaquia de la facción cristiana, ofreció al César expulsar al cardenal de la provincia con las propias armas y con su fomento. El combate se produjo, inclinándose la victoria del lado del valaco, en tanto que el cardenal, huido y oculto en una caverna de las montañas, fue localizado y decapitado. El vaivoda, continuando esta victoria, se apoderó de Alba Real, Claudiópolis y Ust. Avisado el emperador de estos sucesos, envió dos plenipotenciarios para que recibiesen la Transilvania debajo de su dominio y Jorge Basta dispuso también que siguiesen este ejemplo Ust, Lippa y otras plazas. “Sujetó el balaquio la Moldavia y obligó a los pueblos a que jurasen fidelidad al emperador, que la dio en gobierno a su primogénito. Y después pasó él a la Transilvania, donde halló al

⁹⁸ *Ibidem*. Libro Nono. Pág. 511.

⁹⁹ *Ibidem*. Libro Nono. Pág. 514.

dotor Penz, comissario imperial, que le intimó consignasse la provincia al general Basta, de orden de Rodulfo. Pero con varios pretextos dilatava poner en execución la orden cesárea y ganar con la dilación algún tiempo para tomar sus medidas. Por lo qual el Basta (valiéndose de la oportunidad), deliberó desposeerle con la fuerça y, aviendole encontrado junto a Claudiópolis, sin darle lugar a que se pusiesse en ordenança, le atacó de improviso con tanto furor que le degolló cinco mil hombres (más en el acto de fuga que en el de la oposición), dexando en su poder el bagage y doze piezas de artillería. Y quando iba a recobrarse en la Balaquia con las maltratadas reliquias de sus tropas, acometido de Segismundo, quedó en segundo trance enteramente derrotado. Y no pudiendo resistir a tan duplicados infortunios, solicitó con el Basta que abriessse camino para bolver a la gracia del emperador, ofreciendo en rehenes de seguridad a su muger y a sus hijos. Y admitido otra vez a la unión, passó a Viena a avocarse con el archiduque y, de allí, a Praga a humillarse al César¹⁰⁰.

Deseosa la Porta de lograr alguna empresa de consideración, deliberó el sitio de Canisa, plaza importante en la Croacia y asiento de los archiduques, a cuya conquista asistió Ebraín visir. Los transilvanos, siempre opuestos al dominio alemán, convocaron una dieta en Claudiópolis en que deliberó la mayoría negar la obediencia al emperador (nombrando por tercera vez a Segismundo su príncipe, que estaba en Moldavia retirado y fugitivo) y, oponiéndose Jorge Basta a su resolución, enviaron embajadores al César para justificar aquel movimiento, pero no quiso admitirlos por la frecuencia de tantos actos de infidelidad ejecutados. Entretanto, supo el valaco manejar también los intereses propios, como acreditar su celo en la consideración del César, que volvió a la gracia (aunque los malos oficios del Basta procuraban deslucir sus operaciones) y consiguió un principado en Silesia y el entretenimiento de su hijo primogénito en la Corte en calidad de príncipe. Y dejando a su mujer como rehén, le suministraron milicias y dineros para que, unidamente con los imperiales, desposeyese a Segismundo de la Transilvania. El valaco y Basta acamparon con el ejército a la vista de Moitir para frenar sus movimientos, pero faltándole el vigor, el dinero, el crédito y las milicias a Segismundo para oponerse a las fuerzas imperiales, se volvió a retirar a la montaña. Los turcos, junto a los tártaros y moldavos, se movieron para socorrerle, pero fueron desbaratados y Segismundo, una vez más, se refugió en las montañas. El daño de los alemanes fue mínimo, pero entre el valaco y Basta se acrecentaron las diferencias abonando una manifiesta enemistad, quedando el primero imputado de relaciones secretas con los turcos y, poco después, muerto y decapitado de las manos de un oficial del segundo. Le sustituyó en el principado Rodul. Fomentado otra vez Segismundo de los turcos y tártaros, dispuso el sitio de Claudiópolis, pero faltándole la artillería y rechazándole las operaciones el presidio, como temiendo el próximo socorro de Basta (que poco antes le había

¹⁰⁰ *Ibidem*. Libro Nono. Pág. 517.

desbaratado un convoy de mil turcos), abandonó el sitio y se retiró a Fort, donde hacía vida de forajido más que de príncipe. “Y quando poseía la Transilvania tuvo la moderación para despojarse de ella voluntariamente y, después de averla cedido, mendigava socorros para recobrarla (efecto de la humana inestabilidad, que no estima lo que goza, sino después que se ha ido de la mano).”¹⁰¹.

El Libro Décimo (1601-1615) comienza con la llegada de Persia de dos embajadores a diversos países de la cristiandad, iniciando su periplo por la Corte imperial tras diecisiete complejos meses de viaje. “Y remataron la audiencia pidiendo artilleros y maestros de fuegos artificiales, expressando también que tenían orden de su rey de passar a hazer esta representación al pontífice, al rey christianíssimo y a la república veneciana; y que su rey estava disponiendo amistad con el moscovita y los príncipes giorgianos, a efectos de engrossar su partido”¹⁰². Respondió el emperador que, estando en guerra con el otomano, no tenía necesidad de estímulos, sino de efectivas asistencias. En Roma, la respuesta del pontífice fue que Su Santidad deseaba guerra irreconciliable con los otomanos, por cuya causa enviaba sus ejércitos en socorro del emperador, alabando el deseo de la unión de las armas cristianas con las persas. A continuación, viajaron a Francia y a España. No llegaron los embajadores a Venecia, pero remitieron una carta de su rey al senado. El senado les respondió que, cuando de estos movimientos se hubiesen visto los efectos, mostraría su celo, no inferior al de otro cualquier interesado en prevenirse contra los grandes designios del otomano.

En este mismo tiempo llegó a Roma el cardenal Dietrestain, enviado del emperador a representar a Su Santidad las penurias por las que atravesaba, falto de dinero, para responder a las continuas invasiones turcas. Una de las comisiones principales era disuadir al papa de la recuperación de Canisa. El pontífice intentó la leva de diez mil infantes infructuosamente, por lo que pretendió la unión de los príncipes cristianos para concurrir contra los turcos. Así, trasladó esta situación de necesidad al rey de Francia, que le respondió que consentiría en levas de soldados en su territorio, pero que no resolvería otra cosa sin saber primero la intención de los españoles. Venecia, por su lado, respondió al pontífice que siendo los más ensangrentados de la cristiandad en la lucha con los turcos y siendo frontera de tan poderoso enemigo, no debía ser la primera en exponerse a él, como tampoco la última en disponerse para anticiparse al empeño. Entretanto Rodolfo sustentaba tres ejércitos en daño de los turcos. El uno gobernado del duque de Mercurio en el corazón de Hungría, derrotando a los turcos y dejando gran presidio en Alba Real; otro, gobernado de Basta, en Transilvania y el tercero sobre Canisa, componiéndose este de veinte y dos mil infantes y siete mil caballos y que, junto a los refuerzos llegados

¹⁰¹ *Ibidem*. Libro Nono. Págs. 521 y 522.

¹⁰² *Ibidem*. Libro Décimo. Pág. 524.

del duque de Mercurio, no solo no fueron capaces de tomar la ciudad, sino que, por segunda vez, perdieron la flor de las milicias, muchos dineros, el tiempo y la reputación.

Entre tanto, para ejecutar alguna empresa marítima en alivio de la guerra de Hungría, se unieron las escuadras de Italia y del rey católico, Saboya, Florencia, Malta y Génova. A primeros de agosto, zarpó la armada de Mesina rumbo a Argel. “Y dispuesta la prevención para el desembarco a los primeros de septiembre, a vista de la plaza, y hecho algunas demostraciones y señas (en virtud de lo pactado), no correspondieron a ellas, por cuya razón, desvanecidas las esperanças de conseguir el tentativo, mandando el Doria encender fanal improvisamente, se hizo a la mar, dexando la empresa. Y con inexplicable maravilla de todos, cada escuadra puso las proas a la parte de donde avía salido. No tuvo este golpe otra cosa de notable que un estruendoso movimiento que puso en aprehensión la Albania, la Bosna y el África, sirviendo la demostración de aviso para poner en vigilancia a los infieles, sin alivio del emperador, ni de la Ungría, y solo de gasto considerable en inútil desperdicio al rey católico”¹⁰³.

Segismundo Batori, juntando algunos polacos y refuerzos turcos, tomó dos ciudades de sajones, en cuanto el general Basta conseguía la expugnación de Bistrica, poniéndose después en marcha los alemanes en busca de Segismundo, a quien encontraron en Cronstat descarnado de fuerzas, de asistencias y de crédito por los pasados trances. Y comprendiendo Segismundo el crédito de las armas imperiales en los ventajosos sucesos que habían logrado, deliberó (por mano del general Basta) implorar la clemencia del César e, inmediatamente, pasó Istvan Quiacqui para concluir los ajustes. Y mientras se trataba esta materia, Zequel Moysés con otros nobles de la nación opuestos a la quietud, se acampó con cuatro mil hombres a vista de Alba Julia. El general Basta le derrotó en batalla, aunque logro huir y refugiarse en Temisvar para solicitar socorro a los turcos. Protestó Segismundo a Basta que no había tenido parte en el sucedido accidente y quedó capitulado entre los dos que, después de haber hecho una fiel cesión al emperador de la Transilvania con la entrega de Lippa y Geona en manos de sus ministros, podría pasar a Praga a reconciliarse con el emperador. En este ínterin falleció el duque de Mercurio. El archiduque Matías, habiendo recogido las tropas alemanas, sorprendió a Pest y cercó Buda, donde sin esperanzas de progreso, levantó el sitio. Zequel Moysés, con el fomento de los turcos y con el apoyo de los varones transilvanos, ocupó Alba Julia intitulándose príncipe de la provincia y Basta, mal provisto de fuerzas y con la aversión de los pueblos (opuestos al dominio alemán), se vio precisado a retirarse a Zacmar, por lo cual animado el rebelde consiguió sujetar a Claudiópolis, embistiendo después a Cronstat. Rodul, príncipe de Valaquia del

¹⁰³ *Ibidem*. Libro Décimo. Pág. 531.

partido del emperador, habiendo juntado un ejército razonable, atacó de noche las tropas de Moysés dejándole muerto en campaña con cuatro mil de los suyos, acompañando esta pérdida el bagaje y ciento y cincuenta banderas que certificaron en Praga la victoria. Basta, animado con este suceso, marchando a la cabeza de sus tropas volvió a Transilvania. Y después de haber desbaratado algunas escuadras de tártaros y turcos (residuo del destrozado ejército rebelde), recobró todas las plazas enajenadas y redujo nuevamente la provincia a la obediencia del emperador.

Entretanto, crecían más los daños de los uscoques a los turcos (tormento de los venecianos y sangriento azote de los turcos), que se traducían en dolorosas quejas en Constantinopla al embajador veneciano, a las que respondió el senado “que tenía irreconciliable enemistad con ladrones y no con los austriacos, con quienes se correspondía amigablemente, como con la Porta. Y que estaban en ánimo de perseguir a los corsarios y maltratarlos como merecían sus malvados procedimientos hasta fenecer en ellos”¹⁰⁴. En esta ocasión, venecianos y alemanes destruyeron a los corsarios y los nidos en que vivían y apartaron lejos de Segña al Barbo, su gobernador, pero siendo preciso (en atención a la guerra de Hungría) retirar las tropas alemanas de Segña, se arruinó todo lo ganado.

Estaba la monarquía turca, en este espacio de tiempo, reducida a la mayor angustia, pues corría el persa con sus tropas hasta donde quería su ambición y el hermano del Escribano aumentaba su autoridad defraudando el erario público, en cuyos excesos le imitaban los principales bajás en perjuicio de las rentas del sultán. El primer visir no sabía cómo sustentar la guerra en Hungría con la falta de recursos. Y en medio de estas perturbaciones falleció el sultán. “Murió el octavo año de su reinado, siendo su pérdida dañosa a la cristiandad porque gobernava con gran flaqueza y, teniéndole predominado las mugeres, le precisavan a que obedeciese las órdenes a su arbitrio sin acordarse de los empeños de la campaña, donde no huyó de la guerra, pero peleando, huyó de la batalla. Fue lascivo y cruel sobre manera. Avía Mehemed antecedentemente hecho morir (por zelos de razón de Estado) al sultán Mahamud, su primogénito, porque fomentava de concierto con la madre los malos humores de la monarquía para que, la aversión que tenían los genizaros a su padre, le arrebatase la corona de las sienas y se la anticipase al hijo la negociación”¹⁰⁵.

A la muerte de Mehemed III ocupó el solio su segundogénito Ahmed I, de trece años de edad. El primer decreto, que se publicó a instancias del primer visir (anteriormente bajá de El Cairo), fue que saliese del serrallo la reina madre de Mehemed. En un intento de dar un vuelco a la situación “aconsejó el muftí

¹⁰⁴ *Ibidem*. Libro Décimo. Pág. 536.

¹⁰⁵ *Ibidem*. Libro Décimo. Pág. 541.

al sultán que convocase a los procuradores de las mezquitas y se hiziese prestar el dinero contante que avía en las arcas destinado para obras pías, siendo permitido valerse de las partes quando faltava lo necessario para el todo y que, como en las ruynas de una ciudad entera se comprehenden los demás edificios, es preciso que no puedan subsistir las mezquitas, ni la ley, en llegando a perecer la monarquía. Y no fue dificultoso poner por decreto este parecer para hazer pública la declaración”¹⁰⁶. De este modo, dio orden a Cicala bajá (hijo del renegado siciliano del mismo nombre) para que pasase a Persia a gobernar aquellas armas, el cual hizo grandes esfuerzos para excusarse de la comisión por lo espinoso de la materia. También pasó Asán bajá a Hungría y sin contradicción conquistó algunos castillos y puso sitio a Estrigonia, que hubo de levantar ante la presencia de Basta que, por orden del emperador, se había trasladado de Transilvania a Hungría. Retirados los turcos, las tropas alemanas desolaron la campiña húngara, lo que acrecentó el odio y enfrentamiento entre estas dos naciones siempre en beneficio de los primeros, a los que se acudía en busca de ayuda y protección. Buena parte de Hungría siguió el partido de los rebeldes, quienes poseyendo varios castillos en Transilvania convocaron una dieta en la que aclamaron a Boscay, teniente general esas tropas, como príncipe, hallándose en esta deliberación un chاوز turco que le presentó, de parte del sultán, una cimitarra, una maza herrada y un estandarte, prometiéndole asistencias y protección que no fueron vanas porque, sacando del tesoro cien mil sultaminos, los remitieron al general de Hungría para que los aplicase al fomento de aquellas turbaciones. Conocedor el emperador de estos movimientos, ordenó a Basta que marchase a Transilvania para reducir a los sediciosos, que sitió Casobia infructuosamente, retirándose a continuación a la alta Austria. En estos términos, intentó el emperador reconciliarse con Boscay, pero sabido del turco, envió a Mehemed bajá con gran ejército ofreciéndole el reino de Transilvania. Y poniendo en ejecución el ofrecimiento, en la campaña de Rocas, el visir le puso una corona que anteriormente había sido de los príncipes de Serbia y Bosnia, aclamándole rey de Hungría y Transilvania.

Mientras acaecían estos hechos, llegaron de Persia avisos mencionando la derrota que el persa había infringido a Cicala bajá a tres leguas de Tauris (en cuyo trance murieron nueve beylerbeys, treinta sanjacos y treinta mil turcos y, entre ellos, el bajá de Damasco, quedando prisionero Mustafá bajá), en cuya batalla se perdió la antigua prosperidad otomana. “No avía sugeto a quien poder encargar aquellas armas por el descrédito de aquella guerra y porque todos temían perder en ella la reputación y la vida, continuándose de día y de noche, sobre este punto, las juntas en el dibano como en la posada del visir, cuya avocación (como inusitada) dava mayores motivos para que la curiosidad cortesana de los ministros de príncipes christianos aplicasse mayor observación al examen de este punto. Y después de varios debates y consultas, salió

¹⁰⁶ *Ibidem*. Libro Décimo. Págs. 544 y 545.

deliberado que convenía ajustar la paz con el emperador para remedio eficaz de los graves males que afligían aquella monarquía, sin la qual no se podía esperar sino estrechas dessoluciones en aquel imperio”¹⁰⁷.

Mehemed bajá, que anteriormente rindió a los cristianos la plaza de Estrigonia, deseoso de recuperar la ciudad y la reputación, juntó en Belgrado las tropas y, puesto sobre la marcha, acampó a vista de ella, la sitió y la rindió. Consiguieron los otomanos, diez años después de haberla recuperado los cristianos, volver a dominar una de las plazas de mayor importancia de aquel reino. Esta victoria tuvo por recompensa nuevos y sucesivos desastres en otra parte, pues Nasuf bajá quedó desbaratado de los rebeldes en Asia. Y consecutivamente Cusaín, bajá de Alepo, le imitó en la desgracia prisionero de los sublevados. Debilitado el ejército otomano en Persia con la continuación de la guerra, disminuido con el estrago de la peste, sitiado de la carestía y falta de bastimentos, se avía reducido a la mayor miseria, por lo cual aquel rey predominaba a su arbitrio aquellas grandes campañas.

Llegaban cada día a Constantinopla infaustos avisos y, entre ellos, la noticia de que Juan Polach, otro rebelde, había ocupado con independiente dominio toda la Suria y que el bajá de Babilonia secretamente se correspondía con él para unirse y dividir el tributo entre los dos. No es fácil poder escribir los desórdenes en que estaba sumergida en este tiempo la monarquía, pues internamente la despedazaban los turcos rebeldes y externamente la maltrataban los persas y los alemanes. “En este tiempo un baxá principal, confidente del embaxador veneciano, representando la postura infeliz de los intereses de aquel imperio, exageró con lágrimas en los ojos que si el emperador no hazía la paz con el sultán, se precipitaría la monarquía en el abismo de la última ruyna. Y bolviendo a hazer instancias, duplicaron las comissionses al Boscay, como a instrumento de su quietud, manifestándole la impossibilidad de asistirle estando divertidos con las domésticas necessidades, pero él, ocultando con destreza las angustias othomanas, hizo penetrar en la Corte del César su disposición para la paz”¹⁰⁸. Y después de varios contrastes, se resolvieron las treguas, a pesar del contundente razonamiento de Basta al emperador. “No permitamos, señor, que a su arbitrio nos hagan hazer la paz y la guerra, siendo un principio de dependencia que terminará en desayre. La necessidad, y no la elección (en sus privadas angustias), les aprieta para la conclusión de los tratados y no nuestros intereses”¹⁰⁹. Algunos barones de Hungría quejosos del César, con negociación secreta ofrecieron vasallaje al sultán, pero atendiendo la Porta a lo más esencial, despreció la insinuación para no empeñar el ejército en más de una empresa. Entre tanto llegó un correo de Persia con el aviso de la derrota de

¹⁰⁷ *Ibidem*. Libro Décimo. Pág. 547.

¹⁰⁸ *Ibidem*. Libro Décimo. Págs. 550 y 551.

¹⁰⁹ *Ibidem*. Libro Décimo. Pág. 553.

Acmad bajá, general de las armas, con pérdida del bagaje, aunque con preservación de la artillería, a que se añadió el decreto del rey católico ordenando la expulsión de los moriscos de España, asunto sobre el que se exponen diversas opiniones de gran consecuencia.

“Estaba en este tiempo la monarquía othomana como un cuerpo de desmesurado gigante (que, predominado de malos humores como mal acomplejado), tenía debilitadas las fuerzas de modo que necesitava de grandes fomentos para la convalecencia, porque se gastavan los tesoros sin razón sobresaliendo la avaricia en los ministros, como también la flaqueza en el sultán por la edad y por el genio, a que acompañava la enfermedad del Consejo, de que nacían imperfectas las execuciones, arrogantes las milicias y adulterada la moneda. Vendíanse los puestos porque estava la justicia en almoneda y solo atendía cada uno al fin particular, con abandono de los comunes intereses. Los príncipes christianos (con observar esta monarquía vacilante, sin atender a su ruyna) eran ociosos mirones de su descaecimiento, contentándose con ver el mal juego, sin valerse de la coyuntura para fomentar su perdición”¹¹⁰. La reina dio a luz el tercer hijo y el sultán, aplicado a la fábrica de una mezquita, no remediaba las ruinas de su imperio, atendiendo solamente a que la fábrica excediese en magnificencia a las de sus antecesores. Y habiendo elegido un amplio sitio cerca de la plaza del Hipódromo, ocupó un gran número de artífices, en el cual consumió cinco millones de oro. Al mismo tiempo, cuanto más crecía Mustafá, hermano del sultán, tanto más asombraba las desconfianzas de Acmad. Y, por ello, ordenó dos veces a dos mudos que le quitasen la vida con el cordel, sin llegarse a ejecutar la sentencia. Así, ejemplo único en la historia del imperio otomano, lo declaró por sucesor del imperio, anteponiéndole a sus propios hijos.

El persa, más abundante de dominio que de dinero (raíz fuerte de la guerra), deseaba la paz y, Acmad bajá, general de aquellas tropas, hallando en aquel país los obstáculos de hambre y peste, como la enajenación de las milicias, representaba con vivas instancias a la Porta que se tomase algún temperamento en el ajuste. Esta paz era deseada por casi todos los bajás, pero no por el sultán, aunque Acmad bajá no pudo conocer la comisión de este al sorprenderle la muerte. Le sucedió en el generalato Nasuf, casado con una hija del sultán. Sitiaron los otomanos en Persia la plaza de Revan, a cuyo socorro salió el rey, quedando reforzada la plaza y destrozado el ejército turco. “La asistencia de dos tan poderosas armadas tenían consumido el oriente y, el no aver los christianos cultivado y fomentado al rey de Persia con algunas assistencias (en tan dilatada guerra), facilitó la paz, que se concluyó con Abas reynante (después de muerto Codabonda, que dio a los othomanos las mencionadas y sangrientas rotas y resarció las pérdidas de sus antecesores), reduziéndose las

¹¹⁰ *Ibidem*. Libro Décimo. Págs. 559 y 560.

capitulaciones a dominar cada uno lo que poseía. Encaminó después el persa sus armas a daño del tártaro asiático y el othomano, aviendo cessado aquella diversión, se dispuso a inundar los territorios christianos con las corrientes llamas de un incendio, que tenía su manantial en la sangrienta aversión de su voracidad, dexando en quietud la Persia hasta el reynado de Amurates Quarto, por la rebelión de Babilonia, que recuperó con felicidad, con la qual sujetó a aquel rey de modo que, de allí adelante, no tuvo aliento para moverse”¹¹¹. Nasuf, primer visir, dirigía la monarquía con orgullosa independendia y con particular odio de los demás bajás, que le acusaron de no comunicar al sultán los sucesos como ocurrían, pues le ocultaba los infaustos avisos y ensalzaba los afortunados, además de imputarle de avariento y temerario, razones por las que el sultán mandó se le quitase la vida. Casi inmediata fue la muerte del sultán. “Mantuvo a los vassallos (en la entrada de su exaltación) con grandes esperanças, meditando enfrenar los cosacos, encadenar los úngaros y reprimir al persiano, pero las rebeliones de Assia y las derrotas de Persia, con el consumo de ciento y sesenta mil soldados veteranos, ciento y cinquenta piezas de artillería, con la pérdida de diversas plaças y, entre ellas, Tauris, Giangie, Servan y Reban, pusieron término a su ambición y la muerte con improvisa pincelada fatal borró en el papel de la vida el dibuxo de sus mayores disignios”¹¹². Con la muerte de Ahmed, salió de la prisión donde estaba encerrado por celos de Estado su hermano Mustafá.

Comienza el Libro Undécimo (1617-1630) con la singular exaltación de Mustafá I. “Divulgóse en aquella Corte averle antepuesto Acmad en el gobierno a su primogénito Osmán en atención a no tener más de doze años, considerando que con mano tan tierna no podría regir con actividad la baqueta del imperio, necessitando (por descaecido) del movimiento de más robusto impulso, prefiriendo (con demostración tan generosa, no practicada) los intereses de Estado a los de su propia sangre comprehendiéndose muy inmediatamente que, con la mudança de príncipe, no se avía mejorado de talento porque Mustafá se hazía conocer cada día más incapaz, más loco, más assombrado y más desabrido. Entró en el visiriato Alil baxá, de cuya autoridad dependía (por la insuficiencia del sultán) dispóticamente el gobierno, siendo el monarca una sombra de aquel cuerpo”¹¹³.

El senado veneciano cultivaba la paz con los turcos, aunque algunas actuaciones se oponían, capaces de alterar la pacífica calma. Después de rotos los iniciados manejos de ajuste con los uscoques (por el asesinato ejecutado en la persona de Rabata, gobernador de Segña), volvieron a continuar las crueldades por su parte y las hostilidades por la República, cuyas incesantes

¹¹¹ *Ibidem*. Libro Décimo. Pág. 565.

¹¹² *Ibidem*. Libro Décimo. Pág. 566.

¹¹³ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 569.

infestaciones causaban frecuentes quejas a la Porta ocasionando no pequeño disturbio a los embajadores venecianos. Estas actividades condujeron al sitio de Segña, Bucari y otros lugares austriacos de la marina, pero tales remedios daban más tiempo para que creciese el mal que medicina suficiente para curarle. “El sitio de Gradisca fue muy dilatado porque, en las proposiciones de ajustes, se entibiava el calor de la expugnación con notable risa de los infieles, que no perdían de vista los motivos de la más mínima negociación, pero finalmente reducida la plaça a los últimos descaecimientos, cerrados por todas partes los tránsitos de los socorros, y acometidos los cesáreos por las fronteras de la Croacia de las turquescas invasiones, consintieron en los ajustes de paz, que se ratificaron en Viena en la forma que se establecieron en París y facilitaron también en Madrid. Salieron desterrados de Segña ciento y treinta cabos de los usquoques con sus familias, aviéndoles quemado las embarcaciones y extinguido, por este camino, su nominación. Y passando la mayor parte de esta gente a Carlistot, y a otras fronteras (desamparando lo ocupado con libertad de los prisioneros y otras formalidades practicadas en semejantes reconciliaciones), quedó olvidada enteramente entre los alemanes y la República la controversia que avía tenido por muchos años en turbación al senado, infestado los mares, interrumpido el comercio con daño de todos y con provecho de pocos executores, que fomentavan las antecedentes detestables bexaciones”¹¹⁴.

Repentinamente hubo mudanza de monarca y Mustafá, después de haber reinado tres meses y tres días, por orden del muftí y del cameycan, volvió a bajar precipitado desde el trono a la reclusión. “Imputávanle varias ligerezas y, entre ellas, fue la mayor averse dexado despojar de la monarquía, a que añadían que, por capricho, rompía las joyas más ricas y las arrojaba por la ventana y que, siguiendo con la zimitarra a los pobres azemogilanos del serrallo, mortalmente los acuchillava. Y aseguravan también que a un pobre que le pidió limosna, le dixo que quería darle un villete que llevase al emperador de los christianos (como en efecto se le dio), cuyo contenido mencionava combidarle que passasse a Constantinopla para renunciar en él el imperio othomano, por cuya causa pusieron la silla a Osmán”¹¹⁵. Osmán, primogénito de Ahmed I, ascendió al trono a la edad de trece años con la solemnidad acostumbrada. A la muerte de Boscaj, príncipe de Transilvania, que revelándose al emperador se apoderó de aquel dominio, le sucedió -con la protección otomana- Betlen Gabor. Al emperador Rodolfo, muerto a los cincuenta y nueve años, le sucedió Matías y a este príncipe, Ferdinando II, a quien inquietaron rebeliones internas a las que se agregó Betlen Gabor, que aspiraba con el fomento otomano al reino de Hungría y así separarlo de la protección de la casa de Austria, aunque se vio obligado a negociar la paz con el emperador, abandonar el título de rey de Hungría y retirarse a Transilvania. Sin embargo, muy poco después, estimulado

¹¹⁴ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 573.

¹¹⁵ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 575.

de los turcos e incitado de los enemigos de la casa de Austria, volvió a tomar las armas con el refuerzo de diez mil tártaros y otomanos que, agregados a sus tropas, componían un ejército de cincuenta mil combatientes, con el cual marchó hacia Austria y, penetrando las campañas de la Moravia, devastó la mayor parte del país. Llegado el invierno, turcos y tártaros se retiraron a sus cuarteles y las tropas de Gabor fueron vencidas, replegándose a Casobia donde, persuadido de los húngaros, despachó embajadores al emperador con propósitos de paz. Y aunque se iniciaron las conversaciones, no se concluyeron por entonces.

Por otro lado, para reprimir las frecuentes injurias de los cosacos, el sultán envió a Memin bajá con gruesa escuadra de galeras al mar Negro, pero sufrieron un grave descalabro. Este suceso provocó asombro a los turcos, de modo que no se creían seguros en Constantinopla, culpando Osmán al príncipe polaco, activando un ardiente deseo de recobrar el crédito perdido de la monarquía. En esta dirección, “acordaron todos los baxaes la grande necesidad de reparar la reputación maltratada (siguiendo las fundamentales máximas de no dexar corromper los corvos filos de los azeros con la dañosa superchería del ocio, en que imprimía el orín señas desayradas de tanto descaecimiento), realçando con alguna notable interpressa la fama del nuevo monarca y puesta la mira en la dessolación de uno de quatro monarcas para oprimirle (siendo los contenidos el emperador, el rey de España, el polaco y la República)¹¹⁶. A continuación, el texto recoge los lúcidos razonamientos de diversas autoridades de la monarquía al respecto. Calil, bajá del mar, defendía ser más oportuno invadir al católico que a los venecianos. Cusaín bajá y Alil, primer visir, defendían como más seguro continuar las conquistas de Hungría. Coza, preceptor y ministro de la ley, defendía que no habían de perturbar al emperador esperando a que se consumiesen combatiendo entre sí las armas alemanas, conocedor de que Osmán se inclinaba a la guerra con Polonia. Todos los bajás, y en particular el primer visir, se opusieron a esta proposición, provocando la ira de sultán. Estos últimos razonamientos dan pie a una exhaustiva descripción geográfica, histórica, económica, institucional, social, religiosa y militar de Polonia y, aprovechando la circunstancia, ampliarla proporcionadamente a las tres Rusias, Moscovia y regiones del entorno.

En este impase murió el gran visir Alil, pasando Calil, bajá del mar, a sustituirle. Estos hechos supusieron un importante aumento de las rentas reales. “Y, por este camino, se vestía el príncipe de los despojos de los súbditos para adornar el erario de cantidades considerables”¹¹⁷. Los anteriores monarcas otomanos acostumbraban, antes que saliesen a cualquier interpresa, hacer sacrificio de animales degollados para implorar la protección de su profeta,

¹¹⁶ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 578.

¹¹⁷ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 587.

conforme el rito de su superstición, pero Osmán, para salir sin sospecha contra la Polonia, escogió una víctima humana sacrificando a la propia seguridad a Mehemed, su hermano (que fue el primero que estrenó la nueva mezquita), dando orden al visir y al muftí que le acompañasen al sepulcro, autorizando la crueldad con la presencia del intérprete de la ley. Fue el pretexto de su muerte el acostumbrado en las razones de Estado, que condena ordinariamente a la inocencia y destierra a la justicia por lisonjear a la política.

Salió Osmán a campaña asistido de una corte de personas escogidas, como visires, bajás, agas y otros cabos ricamente vestidos, con caballos soberbiamente aderezados, cuyo número llegaba a ocho mil y, según el lucimiento, parecía más propiamente función de pública festividad que demostración de salir a campaña. “La gente de la armada con artífices de todos géneros, vivanderos y milicias numeraban quatrocientas mil plaças, sin sesenta mil tártaros, cuyo acampamento cubría quatro leguas de país, en que armaron sesenta mil tiendas de campaña, aviendo consumido todo un año en recoger aprestos de todas suertes para tan formidable movimiento, que dexó la Turquía exausta de hombres y a Constantinopla tan desproveída de guardias (que, por aprehensión de una correría de cosacos en el mar Negro), obligaron los turcos a los franceses a cubrir unidamente con ellos algunos puestos más peligrosos de la ciudad”¹¹⁸. El rey Segismundo de Polonia y el príncipe Vladislao se dispusieron a la defensa, aprestando las propias como las fuerzas extranjeras, pero si no es del pontífice y del emperador, no consiguieron más que palabras. Eligieron los polacos por cabo supremo de su armada al general de Lituania Codkiviesqui, palatino de Vilna, hombre grande en el valor, en la experiencia y magisterio en la disciplina militar, destinando a Lubomisqui para la tenencia general. Cantemir, príncipe tártaro, de orden del sultán, con cincuenta mil de su nación, se arrojó a reconocer la disposición del campo cristiano, pero habiéndole recibido con valor, cediendo con maña, le metieron en una emboscada. Hubo varios encuentros en las primeras jornadas, todos favorables a los polacos. Rabiaba de ira el sultán, no pudiendo conseguir que saliesen los polacos a campaña abierta para atropellarlos con la superioridad de la multitud. Estos continuados destrozos entibiaron mucha parte del ardor otomano y el sultán no podía tolerar la dilación de conseguir el fin de la empresa, en la cual estaba empeñado con todas las fuerzas del imperio. Y reprehendiendo con ardiente ajamiento a los cabos, ejecutaba crueldades en los inocentes, mostrándose intolerable como impaciente a los domésticos por la constancia de la resistencia de los polacos. Dentro de los pabellones reales desacreditaban la poca experiencia de Osmán, diciendo que le habían conducido a tan espinoso tentativo la guía de un ciego capricho y no la clara razón de un verdadero conocimiento. Y que nacía el obstáculo de su grande ignorancia y no de las operaciones jenízaras. Intentaron los cabos, con ofertas de donativos, apaciguar

¹¹⁸ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 588.

el movimiento de las milicias y, habiéndose incorporado con las tropas turcas Kirakas, bajá de Damasco, con grande refuerzo, ordenó Osmán que volviesen a embestir con resolución el cuartel de Lubomisqui, donde fue tan vivamente airoso la resistencia, que experimentaron los otomanos su destrucción. Mortificado Osmán con este y los demás accidentes, depuso del visirato a Usaín, substituyendo en él a Dilabert, bajá de Mesopotamia. Enfermó en este tiempo, con sentimiento de todo el ejército cristiano, el palatino de Vilna, supremo comandante de las armas polacas y autor de tan famosa defensa. Ocupó Lubomisqui el puesto de general y Osmán ordenó, contra la opinión de sus cabos, que el día de San Vladislao, rey de Bohemia, se ejecutase por todas partes un asalto general a las trincheras cristianas. Tres veces embistieron al cuartel del príncipe polaco, guarnecido de escogidos barones, que rechazaron siempre con gran mortandad a los enemigos, siguiendo este ejemplo los demás puestos, en que perdió el turco más de veinte mil combatientes. Se agregaba a tan desconsolado descaecimiento la escasez de bastimentos por las talas de aquel país, ejecutadas por los tártaros, siendo necesario transportarlos de Valaquia, en cuyos tránsitos los cosacos y usares atacaban los convoyes enemigos, asegurándose de aquellos bastimentos y municiones con su derrota. “Mortificado el sultán de ver insuperable la constancia christiana, dexándose arrebatado por fuerza de las expresiones del visir, como de la alteración de los genízaros y de la fama de un poderoso socorro que de todas partes se movía (conducido del rey Segismundo), como también de la necesidad (a la qual obedecen los mismos monarcas), dio atención a tratados de paz”¹¹⁹. Caminaba la vuelta de Constantinopla, en esta forma, acompañado de quince mil jenízaros mal armados, cansados y desnudos, siguiéndole también quinientos espahís montados y los demás a pie, por haberse muerto los caballos. Continuaba el sultán las quejas contra las milicias y, estas, las suyas contra Osmán.

Por las tardanzas en las pagas, los jenízaros empezaron a ejecutar violencias en los habitantes y comerciantes de la capital. Todo ello ocasionó la reforma de dos mil jenízaros y otros tantos espahís. En este tiempo, se publicó el viaje de Osmán a La Meca, diciendo que iba a cumplir un voto y a rogar al profeta. Sin embargo, los soldados lo interpretaron como deseo de cancelar las veteranas milicias y renovarlas en Damasco, poniendo allí la silla del imperio. Apenas había embarcado las tiendas de campaña, en tres galeras, “quando se esparció la voz de que Osmán encaxonava el tesoro de los casnaes para llevarle consigo entre las demás recámaras, a cuyo rumor se movieron los genízaros en repentina sublevación que, emprendida como en materia árida y combustible, no tardó en levantar la llama, diciendo que el viage no le motivava el voto supuesto, sino el mudar la habitación a otra parte para dexar a Constantinopla en poder de los christianos, y que llevaba todo el oro para proveerse de otra milicia. Y uniéndose a los militares el pueblo mal contento (por la carestía),

¹¹⁹ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 594.

saquearon la casa del Coza, como autor de la pasada guerra, pasando después a la del primer visir, que defendieron valientemente sus criados con bocas de fuego¹²⁰. Ordenaron los sediciosos que se alargasen las galeras del serrallo voluntariamente si no querían hacerlo a fuerza de cañonazos. Y habiéndolo ejecutado, echaron en tierra las puertas y, pasando a la habitación de Osmán, degollaron al quislar aga (eunuco moro, guardián de las mujeres) con quince eunucos porque no quisieron declarar la parte donde estaba aprisionado el sultán Mustafá, su tío, para colocarle en el solio en cuanto durase la menor edad del tierno Amurates, hermano menor. Intentó el nuevo primer visir Dilaber sosegar el tumulto, pero le costó la vida. Osmán fue encerrado en las Siete Torres y el dos veces desaprisionado Mustafá para subir al imperial solio, si cambió fortuna, no alteró costumbres, pues más soñoliento que antes y más torpemente loco, se daba a conocer en la demencia. Sosegada la tempestad sediciosa, declaró primer visir a Daut, su cuñado, que (por la insuficiencia del sultán) era el alma que movía la máquina del gobierno absolutamente. Y por gozar sin aprehensión más despótica la dignidad, dispuso un decreto (en apariencia del sultán, siendo suyo en substancia) que ordenaba la muerte de Osmán. Temiendo Daut visir que la incapacidad de Mustafá fuese asunto para alguna mala novedad contra la dignidad imperial, dispuso mañosamente que muriese Amurates, hermano menor de Osmán, aunque sin éxito. Además, el erario quedó reducido sustancialmente por haber dado en poco tiempo tres donativos, a causa de las exaltaciones de los tres monarcas y, sin embargo, no cesaban los desórdenes de las milicias. Y todo a vista de los embajadores y ministros de los príncipes cristianos que, teniendo tan oportuna coyuntura para conseguir su ruina, entretenidos en sus distracciones particulares, perdieron tan evidentes ventajas. “Hizieron los othomanos (sobre la experimentada enfermedad del gobierno) una dilatada junta y, aviéndole tomado el pulso, le hallaron tan débil que no tenía fuerças para resistir el empellón de qualquiera vigor estrangero, por estar combatido de humores complicados en las propias entrañas y concluyeron: Que no se cambiassen los vassallages distantes por no aumentar la rebelión. Que no se concediessen más cabeças de baxaes, aunque las pidiessen las milicias, por no hazerlas más atrevidas, y que se alexassen de Constantinopla para dividir las y enflaquecerlas por este medio. Y que se ajustassen con los príncipes christianos todas las oposiciones hasta que la enflaquecida monarquía bolviessse a cobrar (en la convalecencia) la salud perdida¹²¹. A pesar de estas medidas, la sedición entre los soldados aumentaba cada hora y la dignidad de visir se convirtió en una elección de riesgo extremo.

Además, Biquir, bajá de Babilonia, se levantó con la ciudad y negó el reconocimiento a la soberanía turca, solicitando para ello ayuda al rey de Persia, a cuya noticia se movieron las armas en Constantinopla para su recuperación.

¹²⁰ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 597.

¹²¹ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 602.

Sin embargo, asegurada la plaza por el hijo de Biquir, puso considerable presidio en la ciudad y la conservó hasta que la recuperó Murad IV. Otra sublevación tuvo lugar en Asia, donde Gianoglli, cabo de espahís, puesto a la cabeza de diez mil rebeldes corrió el país alcanzando este temor a la ciudad de Esmirna, donde muchos mercaderes se dispusieron a embarcar los capitales para asegurarse en otros dominios. Entre tanto, ante esta situación de desconcierto en la corte otomana de la que podrían obtener buena ventaja los estados cristianos, el emperador acordó una suspensión de armas con Betlen Gabor y otros príncipes cristianos solo atendían a pacificarse con la Porta a través de sus embajadores. El primero fue el persa, dejándose ver a continuación el moscovita y el polaco, con quien se concluyeron escrituras de paz. La situación en el serrallo se complicaba por momentos, a un chaparrón seguía una tormenta, jenízaros y espahís forzaron huidas, dimisiones y ejecuciones. Entonces empezaron a moverse algunas conversaciones sobre poner en la silla del imperio al tierno Amurates, difiriendo hasta entonces esta resolución por tres impedimentos: el primero, y más fuerte, por la firmeza de Cusaín visir que, por gobernar absolutamente, resistía el deseo común, con cuyo descaecimiento quedó esta dificultad superada. El segundo, el recelo del ánimo militar, porque habiendo con tanta resolución exaltado a Mustafá, se dudó si con igual constancia le querrían mantener. El tercero, el donativo que se acostumbra a dar a las milicias en la colocación de nuevos sultanes, impracticable en la corriente penuria por la escaseza de los medios. La crítica situación sirvió de argumento al muftí, al visir y al aga de los jenízaros para alentar la exaltación de Amurates. “Respondióse a la insinuación de los genízaros que estaban prompts a todo, pero que la incapacidad del reynante se oponía no solo a los remedios presentes, sino que para lo venidero causaría daños mayores. Y aviéndose congregado las milicias en la mezquita de Solimán, hizieron la junta en pie, dando a entender el grande aprieto en que estava todo. Y consintieron y establecieron los de la ley que, por estar el erario sin medios, se desistiese por esta vez de la pretensión del acostumbrado donativo de las milicias, que consintieron por ser público beneficio”¹²². Hizo el muftí una oración mencionando los graves daños que había padecido el imperio otomano por la insuficiencia de Mustafá, cuyo defecto había desconcertado el reloj de la monarquía de calidad que no podía caminar regularmente. Y consintiendo con aplauso universal su degradación, determinaron que la diadema ciñese las sienes de Murad IV a la edad de doce años.

Murad fue el tercero de los hermanos de Osmán (que hizo morir al segundo por celos de Estado, antes de emprender la guerra de Polonia). Tenía dos hermanas, la una casada con Cafis bajá y la otra con el capitán del mar. Casar a las princesas de la sangre con los más graduados vasallos es un honor que obliga y empeña a interesarse en las glorias del monarca con más obligación.

¹²² *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 610.

Murad pasó con gran acompañamiento a la gran mezquita, donde el muftí le ciñó la cimitarra con la acostumbrada pompa. Gobernaba el serrallo su madre y el resto Mehemed eunuco, primer visir, pero con su participación. “Las rebeliones de Biquir, baxá de Babilonia, y de Abasá de Arcerun obligaron a que se dispusiese la armada para passar al Assia, tan débil de número y calidad que no llegava a cinquenta mil soldados, la mayor parte visoños. Y conociendo el visir no ser capaz de oprimir a Abasá, porque no estava odiado de los turcos de más autoridad (y atendía con ambición a extinguir el incendio del orgullo militar insufrible), introduxo con él tratados de composición, ofreciéndole la continuación del gobierno con calidad que empeñasse las armas a daño del persiano”¹²³.

Se hallaban los otomanos con otro empeño poco gustoso en la guerra civil de Tartaria por el depuesto rey, en ofensa de la autoridad del sultán. Jiangiray tártaro (protegido de los turcos) era el más débil y Mehemed rey, admitido y deseado de los tártaros, y Salil, su hermano (destituidos de la protección otomana), estaban acalorados del mayor y más fuerte nervio de aquella nación, gozando aura popular. Estos últimos desbarataron una artimaña turca, causando un estrago enorme en la armada. “Murieron Ebraín y Cusaín visires, el checaya y el capigi bassi del serrallo, cuyos cadáveres conduxeron en una galera. Perecieron también seiscientos genízaros, con otros tantos marineros, quedando prisioneros mil y quinientos turcos, que lograron la libertad a muy baxo precio por ser de una misma religión”¹²⁴. La armada turca se retiró maltratada a Varna, a sesenta y seis leguas de Constantinopla donde, por haber llegado esta infeliz nueva, se congregaron los visires a medianoche, exagerando Calil la importancia de excusar esta guerra y que sería de grande conveniencia el ajustarla, aunque fuese con algún descaecimiento de reputación, encontrándose con la satisfacción de los tártaros, aunque hagan repugnancia de concurrir con la deliberación otomana. Y así, se resolvió que el sultán escribiese una carta a Mehemed can llena de cortesías y lisonjas con persona de autoridad, acompañando esta demostración con una cimitarra y una veste. Atendían empeñados cinco visires a sosegar el movimiento de los tártaros y los cosacos.

Por otro lado, Gianoglli, rebelde en la Anatolia, padeció muerte violenta con toda su familia, cuyas cabezas en número de sesenta fueron guarnición que adornó el diván, sin otras seiscientas de persas, cuyos campales arneses aseguraron en la Corte el afortunado suceso. El empeño de Babilonia, dominada del persa por la rebelión de Biquir, era inevitable. Dispuso el persa para defensa de su reino cuatro ejércitos. El primero en la Mesopotamia, a su disposición. El segundo en Palestina. El tercero, con orden de infestar las costas del mar Negro. Y el cuarto para hacer la misma operación en las del mar Bermejo, habiéndose

¹²³ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 612.

¹²⁴ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 613.

manejado la guerra hasta entonces en favor de los persas. Alí bajá, cuñado del sultán (que se opuso al rey en Mesopotamia), quedó muerto, como también destrozadas sus tropas, y en poder del persa aquella provincia. El segundo, en la Palestina, tuvo poca diferencia en el progreso por la revolución de la plaza de Damasco. El tercero, habiendo pasado el Éufrates, damnificó las costas del mar Negro. Y el cuarto, poniendo sitio a Balsará, se apoderó de la plaza por la poca resistencia de los que la presidiaban. El visir avanzó, para reparar estos infaustos sucesos, con poderosas tropas a Babilonia, pero los tumultos de las milicias entibiaron la operación, así por la constancia del presidio que, en continuas salidas, hacía considerable daño a las escuadras otomanas, como porque en la fuga de los soldados se comprendía la poca esperanza de la conquista, cuyas circunstancias le obligaron a levantar el sitio. No obstante, tratando de ponerse a cubierto el persa, despachó embajador al sultán, que le admitió proponiendo en su negociación varios motivos enderezados a no restituir a Babilonia, con el fundamento del anterior inútil esfuerzo de las tropas otomanas. Y pareciéndole a Calil bajá, que entró en el visirato, que dar oídos a las negociaciones, sin la restitución de la plaza, era desaire que ofendía la dignidad real, despidiendo al embajador dispuso un ejército de cincuenta mil combatientes y, pasando a Persia, conquistó a Tauris con poca fatiga por la débil fuerza de su defensa. Y dirigiéndose después a Babilonia, la halló otro tanto más bien guarnecida de milicias, cuanto él estaba falto de soldados por haberse disminuido aquel cuerpo con la fuga en tan dilatadas marchas y, después de varias escaramuzas con igual suerte, abandonó la conquista. El año siguiente, intentando por tercera vez mejorarse en los sucesos, volvió con nuevo refuerzo a entrar en aquel reino, donde desbarató a los turcomanos que intentaron disputarle el pasaje, como también a los georgianos, que se entendían con el persa. El sofí, a la cabeza de cuarenta mil caballos escogidos, infestaba el ejército turco y, deshaciendo los convoyes, impedía el pasaje de los víveres perturbando la comodidad de las tropas. Y, no obstante que Calil era su cuñado, le desposeyó del generalato de Persia y, con su llegada a la Corte, participó la rota que había dado el persa a Pervis, bajá de El Cairo, en el pasaje del Éufrates.

Si caminaba la guerra de Persia con lentas esperanzas, la de Arcerum ganaba el tiempo con desesperados pasos. Y no hallando Abasá seguridad en el visir para la negociación de ajustes, caminó de concierto con secreta inteligencia con el persa, de quien recibió considerables fomentos para dar más vigor a su defensa. Los jenízaros, que le deseaban muerto porque no se cansaba de quitarles las vidas a cuantos llegaban a sus manos, estimulando al primer visir a todas horas, le obligaron a poner estrecho sitio a la plaza. La principal esperanza consistía en domar a los rebeldes por hambre, pero Abasá con providente industria tenía pertrechada la plaza de todo lo necesario para mucho tiempo y, por último, los otomanos abandonaron la expugnación con tanto desorden que dejaron alguna artillería en los puestos y, siguiendo Abasá el alcance con algunas

tropas, atacó la retaguardia, en cuyo trance degolló muchos jenízaros y algunos con sus propias manos.

Entre tanto se movió nueva turbación en la Tartaria que privó del cetro a Mehemed can, logrando los turcos particular complacencia por la posible exaltación de su favorito, recogido en Rodas, al que trasladaron a Caffa. Los tártaros resolvieron resistir esta decisión y vencieron a Cantenir, cabeza del partido turco. A continuación, sitiaron, sujetaron y saquearon Caffa. Ante esta situación, temiendo el sultán arreglos de los tártaros con príncipes cristianos o con el sofí, deliberó que pasase un turco a Caffa para que, encubriendo el interno disgusto del sultán, diese a entender que estaba la Porta maravillada de los pasados empeños y solicitase sin amenazas, con diestras insinuaciones, la restitución de la plaza. A lo cual se ajustaron los tártaros con calidad de que no insistiese la Porta en que admitiese el reino al can de su protección y tolerase el asalto sucedido.

Ordenó el sultán que Mustafá, bajá de Asia, su cuñado, imputado de grandes extorsiones, perdiese la vida en el suplicio, no habiendo bastado la autoridad de la reina madre, ni las lágrimas de la hermana, para templar el rigor de la sentencia, cuyo ejemplo sirvió para que la mayor parte de los ministros extraviados de su obligación (en atender a sus fines particulares más que al bien común de los vasallos) siguiesen el camino de la razón, teniendo origen esta resolución del parecer de Jiosul visir, hombre severamente ajustado, a quien ordenó el rey que saliese a campaña a sujetar los rebeldes. Así, se encaminó el visir la vuelta de Arcerum para oprimir a Abasá que, pronto y bien reforzado, le esperaba sin temor alguno. El visir, dadas las circunstancias, resolvió apretar la ciudad con ofertas y expugnarla con la negociación. De este modo, se entregó la ciudad rindiéndola al arbitrio real. Admitió después el sultán a Abasá con distinta demostración y le regaló con tres vestes, honor excesivo y desusado, declarándole bajá de Bosnia. El visir detestaba el uso de la blandura con las milicias contumaces y, últimamente, en virtud del rigor de un hombre solo, mudó Constantinopla de semblante y no bastó su buen gobierno para hacerle bien visto en la Corte, porque la severidad era odiosa a los de mal vivir y estaban los bajás acostumbrados a la libertad, a la avaricia y a los excesos, por lo cual aborrecían al reformador de las costumbres Pero, temerosa la reina madre de que su absoluto gobierno se encontrase con la autoridad del visir, en apariencia de honrarle, pero en substancia para apartarle del lado del sultán, le destinó para el gobierno de las armas en Persia. El rey de Persia, después de haberse apaciguado con el gran mogol y reforzado de todo lo necesario a Babilonia, salió a campaña bien dispuesto para la defensa. Atacó el persa un convoy de diez mil turcos que conducían la artillería contra Babilonia y, fue el choque tan ardiente, que estuvo a pique de perderse, pero los turcos le compraron a precio de mucha sangre.

Gabor, príncipe de Transilvania, que siempre realzó la propia fortuna con el apoyo otomano infestando a la cristiandad, solicitó permiso para unirse con el moscovita y embestir de concierto a Polonia, pero el turco se lo negó. Poco después de la estipulación de la paz con los imperiales, falleció. “Destinó para la sucesión de la provincia, con beneplácito de los Estados (antes de su tránsito), a su muger Catalina de Brandenburg, de cuyos sucessos dio esta princesa distinta noticia a la Porta, implorando su acostumbrada protección, pasando Sulficar aga a cumplimentarla de parte del sultán, que la animó mucho para que viviese dependiente de Constantinopla siguiendo las huellas de su marido”¹²⁵. Reinó Gabor diez y ocho años, príncipe de gran talento, si no le hubiera siempre empleado en daño de los cristianos. Estéfano Betlen era primo carnal del difunto príncipe, gobernador de aquel dominio, y quien solicitaba el descrédito en el dominio de la princesa. Estas voces obligaron a los Estados, por otro lado, a congregarse en Claudiópolis para insinuar a la princesa la deposición del gobierno, como también su retirada a los dominios particulares de su jurisdicción, como se consiguió. Y así, pusieron los ojos en Jorge Ragozi. Y por evitar mayores escándalos, se abrazó entre los transilvanos el medio término de convocar los Estados Generales, que se unieron inmediatamente en Salzburgo, para decidir cuál de las dos elecciones debía ser más legítima. La princesa viuda, escribiendo su deposición contra el Betlen, dio motivo a que toda la asamblea le diese la exclusiva, como la confirmación a Ragozi, que estaba en Varadino esperando el suceso, donde con universal concurso fue aclamado y recibido, pasando después a hacer el acostumbrado juramento a Alba Julia, donde con magnificencia espléndida regaló a Estéfano y a Solomé, repartiendo también grande cantidad de dinero entre otros muchos.

Comienza el Libro Duodécimo (1630-1640) con el relato a Murad de las necesidades urgentes y estrecheces del visir turco en Persia. Es la rebelión una fértil semilla que produce y se dilata mucho, y la de Persia se derramó en la Anatolia sublevándose Efes baja, que hizo sentir, con exclamación de los súbditos, los primeros efectos de su insaciable aplicación a los robos y a las tiranías, de cuyos desórdenes nació la deposición del visir, cayendo, como es costumbre, sobre la cabeza la pena y el odio por los adversos sucesos de las armas otomanas. Voló al puesto encumbrado de visir, más con las alas de la fortuna que del merecimiento, Cafis Acmad, cuñado del rey, a instancias de la madre y rápidamente se convirtió en blanco del odio de las milicias, sublevándose jenízaros y espahís. “Congregáronse después las milicias en la plaza del Hipódromo y remitieron un memorial al sultán pidiendo la cabeza del visir y de otros del serrallo, pero negada la demanda, protextaron que arrojarían del solio al sultán y colocarían en él a su hermano Ebraín, a cuya expresión, atemorizado, escribió un papel a su madre en que la decía ser preciso consentir

¹²⁵ *Ibidem*. Libro Undécimo. Pág. 625.

en la muerte de su cuñado por no aventurar a un trance de poco respeto la autoridad imperial. Y arrojándole del serrallo, le hizieron pedaços a sus ojos los amotinados, cuya demostración temeraria assombró al sultán comprehendiendo la violencia militar, siendo principio este lance a deliberar oprimirla y aborrecerla”¹²⁶. Y pasando a la dignidad del visirato Recep bajá, no pudo evitar que continuase el tumulto en pedir con vehemencia la cabeza del aga de los jenízaros y del tesorero, buenos amigos y defensores del sultán, que acabaron con trágico fin, apagando con estas muertes por entonces las insolencias de las milicias. La siguiente víctima del lazo estaba escrita, de nuevo el gran visir Recep. “Sospechava el sultán que, conociendo las milicias ser merecedoras de considerable castigo por los excessos antecedentes, procurarían preservarse con poner en el solio al hermano y, previniendo esta resolución, se armó en el serrallo introduziendo de noche sin ruydo varias suertes de armas y personas escogidas (de quienes tenía seguridad) para su guardia. Y queriendo quitar la vida al hermano (como sospechoso fomento de las ameneças de los soldados), los empeños passados con las milicias lo embaraçaron”¹²⁷. Pasó el sultán a Andrinópolis y, en atención a los anteriores sucesos, hizo morir a muchos espahís de los más sediciosos, separando artificiosamente las milicias para que estuviesen menos fuertes. A cuya disposición se siguió la muerte de un cabo principal de las seis escuadras de espahís, dejando también debilitada en extremo la cámara de los jenízaros, con quitarles las vidas de noche y con hacerles marchar a los últimos confines de la Persia. “Veíanse por los canales de Constantinopla infinidad de cadáveres destroçados y, según las señas, parecían ser espais, pudiendo dezirse que la mucha sangre apagó el fuego de la sedición, quedando la autoridad del soberano más superior y más fuerte que la potencia militar”¹²⁸. Apenas llegó un enviado persa a Constantinopla, cuando le despidieron inmediatamente porque no comprendiese aquellos desórdenes que perturbaban con descrédito la quietud de la monarquía. Elis bajá, rebelde reducido a la obediencia con cierta satisfacción, volvió a Constantinopla debajo de la seguridad de la palabra real. Y no obstante el salvoconducto, le quitaron la vida. Mandó cortar la cabeza en pleno diván al caballero polaco Bermosqui, sospechoso de sublevar la Moldavia. Mandó empalar a Baltasar Armenio, primer intérprete de Francia. Continuaba el sultán las ejecuciones crueles para hacerse formidable y, mandando quitar las vidas a Ferdún efendi y a Saluc aga (el más autorizado cabo de los espahís) con otros ocho principales jenízaros, receloso que de esta severidad naciese alguna conmoción, se retiró a Escutari. Se encendió la guerra en Persia y Murad mandó que pasase a ella el visir y el aga de los jenízaros, a fin de apartarlo de la Corte. Mandó degradar a cuatro visires y relegarlos a Chipre, secuestrándoles sus haciendas y, principalmente, las caballerizas por haber negado al visir unos mulos y camellos para el viaje. Quería

¹²⁶ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 630.

¹²⁷ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 632.

¹²⁸ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 632.

Murad que le profesasen mucha obediencia, diciendo que había de ser ciega y muda. Y con semejantes formas severas, volvió a poner en disciplina ajustada las insolentes milicias, estableciendo en ellas la puntualidad y el orden. “Domadas, pues, las milicias y ajada con estrapaço su falsa religión, elevó (con el terror universal) su autoridad a la más sublime altura, mandando demoler desde los fundamentos todas las tabernas, como fomento de la embriaguez y la inobediencia, castigando con severidad a los borrachos”¹²⁹.

Tuvo en aquel tiempo Murad de una esclava llamada Estrella Luziente, la séptima hija, con notable disgusto porque deseaba un varón que asegurase la línea masculina. Y aunque tienen poco aplauso las que paren mujeres, amándola tiernamente quería declararla reina, a que se opuso la madre representando que, para conseguir la dignidad, sería bien que pariese primero un rey. Poco después nació el segundo hijo del sultán, si bien, de poca complexión como el primero, prometiendo corta vida, a cuyo natal se quemaron muchos fuegos artificiales en la Corte, acompañando a esta demostración luminarias en mar y tierra. Murad salió de Constantinopla solo por hacer una entrada solemne, a fin de asombrar con tan numerosa comitiva al embajador polaco y, por la falta de milicias, mandó que tomasen las armas los gremios. “El sultán (sin observar la costumbre en semejantes funciones) le preguntó la causa de su venida y él respondió: A dar parte a Vuestra Magestad de la coronación de mi rey, como a establecer la paz, siendo del agrado de Vuestra Magestad. A que respondió Amurates que los príncipes christianos debían o recibir la ley othomana, o pagar el tributo, o experimentar la espada. Y tomando una zimitarra que tenía cerca, desnudándola un poco, dixo que con aquella sabría domar a sus enemigos y que, en medio de la continuación de la guerra de Persia, emprendería también la de Polonia”¹³⁰. Y aunque consideraba la dificultad de manejar las armas en duplicada guerra contra potentados tan grandes, dio orden a Mortassa bajá que, con ochenta mil soldados (cuando no se allanasen los polacos a tratados de paz ventajosos), entrase en aquel reino a sangre y fuego sin perdonar a criatura alguna. Advertidos los polacos de esta deliberación, volvieron a enviar, para remediar la materia, nuevo embajador. Y concluidos los ajustes con Polonia, a fin de acalorar nuevamente la guerra de Persia, aplaudida de la reina madre y las demás sultanas, en atención a los desgraciados sucesos antecedentes con Osmán en Polonia, se dispuso la materia a satisfacción de las partes.

Odiaba Murad los conventículos y conversaciones, por lo cual ordenó que en las barberías no pudiese entrar más que uno cada vez y, encrudeciendo el odio también con las mujeres, mandó que después de hora y media de noche se apagasen las luces y los fuegos, ocasionando universal descomodidad a los súbditos como también irremediable murmuración.

¹²⁹ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 635.

¹³⁰ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Págs. 636 y 637.

Habiendo vuelto de Escutari, se dispuso a la guerra de Persia y, haciendo arbolar el estandarte de la cola de caballo, pasó a visitar los sepulcros de sus mayores, donde hizo sacrificios y limosnas por la prosperidad del suceso, compitiéndose los ministros en regalarle, unos con tiendas de campaña y otros con escogidas y ricas armas. Entretanto, en la frontera occidental, Murad ordenó que entrase en la Transilvania el bajá de Buda con tropas proporcionadas a desposeer al Ragozi y colocar en el dominio de ella al Betlen, como también que pasase un chاوز al emperador a honestar el movimiento de las armas y participarle cómo su fin no era alterar las treguas con la casa de Austria, sino desposeer de aquel principado a un hombre infecto, colocando otro príncipe que cultivase mejor la quietud para bien común de los Estados. Aníbal Gonzaga, director de las armas imperiales, expresaba al respecto, en carta al emperador, que el objeto más verdadero del adversario común era sujetar al transilvano, al valaco y moldavo para incorporar estas provincias a otras infinitas que posee y que debían de asistir y dar socorro al Ragozi. “Demos socorro al Ragozi porque es mejor defender el Austria en Transilbania, teniendo más lexos del corazón el mal, y supongamos que el Ragozi sea el más sangriento hombre del mundo y que, después de acalorado de nuestras armas, vuelva las suyas contra nosotros, no puede hazernos gran mal, siendo tan cortas; y es más seguro tenerle por vezino, (aunque sea enemigo), que a los turcos, aunque sean nuestros amigos, porque el primero no puede dar más que zelos y, los segundos, destruirnos. El primero ocasionar una calentura que se curará con qualquiera pequeña evacuación y, los segundos, una peste que se dilata y abrasa sin remedio quanto más se difunde en el universo. Además, que no tiene riesgo por esta causa la rotura de los turcos, porque disponiendo mañosamente el socorro sin estruendo, se consigue la intención sin llegar a los extremos, quedando engañados aquellos que se dexan encantar de las blandas palabras de los ministros que emprenden una mañosa negociación disfrazada”¹³¹. Sin embargo, prevaleció la opinión de los más y, aunque el Ragozi se sustentó por sí mismo infringiendo una severa derrota al bajá de Buda, finalmente, la provincia cayó en manos de los turcos.

Llegó Murad a la plaza de Arcerun, donde mandó quitar la cabeza al bajá por extorsiones que hacía a los súbditos y, siguiendo la marcha, tomó los puestos sobre Revan, que se entregó rápidamente a las pocas ofertas de remuneración al gobernador persa. “Por este infeliz suceso, mandó que se hiziessen fiestas en Constantinopla, concurriendo a estas celebridades públicas los embajadores. Siguióse a esta demostración la muerte de los dos hermanos mayores de Amurates, sacrificados (con orden suya) a la propia seguridad en desprecio del empeño (ya mencionado) de las milicias y de la palabra empeñada en su preservación, pero el interés de Estado no atiende a otro respeto que al

¹³¹ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 642.

de su conveniencia”¹³². Prosiguió la guerra de Persia destruyendo el país y el sultán dio orden que entrasen las milicias en Tauris y atormentasen la ciudad con el saco, el acero y el fuego. Despachó el sofí un embajador a tratar de ajustes, pero ensoberbecido Murad, levantó de punto las pretensiones, con que no se puso en plática la negociación. Y dando la vuelta a la Corte, hizo su entrada solemne con muchos esclavos persas, restituyendo después al tesoro mayores sumas de dinero de aquellas con que se avía socorrido anteriormente. Sin embargo, después de la retirada el persa había recuperado todo su país, o la mayor parte, pasando a solicitar que Mortasa bajá le entregase a Revan. Y no teniendo efecto la instancia, se dispuso a tomarla con la fuerza. Cada día estaba Murad más postrado de los efectos del vino y porque Zagut, médico hebreo, se lo quiso prohibir como dañoso a su complexión, desdeñosamente airado lo arrojó de su presencia, concibiendo de allí adelante tal rencor con aquella nación, que ordenó les registrasen las casas y desposeyesen de las joyas que encontrasen, si bien, prevenidos del caymecán, tuvieron tiempo de ponerlas en salvo. Más inflamado que nunca en las disposiciones de la guerra, entró Murad en la fundición de la artillería a observar la labor de los cañones y, descubriendo que hacían repugnancia los jenízaros en ir a socorrer a Revan, hizo atar por el cuello a un árbol al canciller y cortar la cabeza a otro cabo principal de aquella milicia de la cual, sembrados muchos cadáveres por Constantinopla, ocasionaron infinito horror. El sofí volvió a recuperar Revan y, después de guarnecida de escogidas tropas como de todo lo necesario para su conservación, recibió al sueldo dos mil jenízaros de aquel presidio que, temiendo el castigo de Murad, siguieron sus banderas. “Después de aver conseguido el rey de Persia la plaça de Reban, intituyó (a usança de Constantinopla) nueva forma de milicias (en cámaras militares) con el desembolso de las mismas pagas, ofreciendo también doze ásperos cada día a los espais que tomassen servicio en sus tropas con la disculpa de ser una la propia secta y sin diferencia en la estimación, circunstancia que divulgava para acrecentar su partido. Noticiado Amurates de estas negociaciones, hizo morir al canciller y a otros cabos militares para enfrenar aquel movimiento, publicando su retorno a Persia como que, teniendo aquel rey poco dinero, cessarían brevemente sus liberalidades con los genízaros y, por divertirlos de mayor enagenación, desvaneció el rigor con el dinero”¹³³.

Con los años, se acrecentaban los defectos en Murad. “La avaricia y la crueldad hinchaban, pero no satisfacían sus insaciables apetitos. Mandava quitar las vidas a los más ricos baxaes para apropiarse sus haziendas, siendo mirón ambicioso no solo de las muertes de los reos, para acostumbrarse a los estragos, sino verdugo de los inocentes con barbaridades crueles e inexorables. No hacía jamás gracia alguna sin ponerla primero sobre la balança, contrapesando el mérito de la súplica con el desembolso, haziéndose todo ojos (como la esponja)

¹³² *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 645.

¹³³ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 645.

para chupar el jugo solamente”¹³⁴. Era, por entonces, Murad gran bebedor de vino, de modo que corría su salud evidente peligro de zozobrar porque, embriagado casi todos los días, se vio precisado a ordenar al caymecán que no obedeciese sus comisiones después de haber comido porque corresponderían a la destemplanza del ánimo y del cuerpo. Cuando salía a caballo por la ciudad, los jenízaros con bastones y piedras hacían huir al pueblo por apartarle de la presencia del tirano, conociendo su extravagante y cruel capricho.

Por los desgraciados sucesos de la guerra de Persia, despojó del visirato a Mehemed, substituyéndole en la dignidad Bayran cameycán, que de mala gana aceptó por librar la cabeza de las bizarrías caprichosas de Murad, y le dio orden que hiciese alto en Alepo y recogiese lo necesario para sustentar el ejército, como para engrosar las milicias, y esperarle allí, porque estaba resuelto (después de ajustada la paz con el transilvano) hallarse en persona en el sitio de Babilonia. En este tiempo, llegó el molesto aviso de que los cosacos y los moscovitas tenían puesto sitio a Asac (o la Tana) y que, con gran facilidad, la habían rendido (el relato, en este punto, abre un amplio paréntesis para describir los orígenes y los caracteres de los cosacos, así como sus mayores empresas). Las correrías aumentaron y el sultán ordenó al gran can de Tartaria que, en resarcimiento de esta pérdida, fomentada del moscovita, talase aquel dominio con sus tropas y, poniéndolo en ejecución, cautivaron cuatro mil personas, de cuya presa tuvo su porción Murad.

El rey persa, deseando reparar las disposiciones que se prevenían para inundar su reino a sangre y fuego, envió embajador con preciosos regalos al sultán, que tuvo resuelto, si no le entregaba Babilonia, que le cortasen las orejas y las narices. “La representación consistió en proponer lo siguiente: Que su rey no poseía un palmo de tierra que pudiese pertenecer al sultán. Que Babilonia fue herencia de su padre. Que la plaça de Reban (recuperada) era propia. Que ya era tiempo (después de tanta sangre vertida de una misma religión) que se curasen las heridas y cicatrizasen las venas. Que uno y otro rey estaban obligados a dar cuenta a Dios de tantos estragos, que excitaban la divina vengança entre naciones que militaban debaxo del estandarte de Mahoma. Que en quanto a Babilonia, se hiziesse cuenta que era un árbol y que el rey persiano se contentava de cultivarlo, participando el fruto al sultán, aludiendo que las rentas las exhibiría a la Porta”¹³⁵. En respuesta, el sultán revocó el decreto anterior en que prohibía el aumento de los jenízaros y, para engrosar las tropas, dispuso la leva de seis mil, para cuyo efecto envió seis coroneles a recoger la décima de los muchachos cristianos de Europa. Asistió personalmente a reconocer el libro de los timaros para que cada soldado de a caballo se hallase pronto en campaña sin escusarse del peligro. Remitió al primer visir, que estaba

¹³⁴ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 647.

¹³⁵ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 655.

en Asia para la disposición de su recibimiento, cuatrocientos mil escudos, dejando encargado a los confinantes que, durante su ausencia, se manejasen bien con los cristianos sin darles ocasión para la rotura, ordenando también al bajá de Silistria que compusiese algunas diferencias que tenían el príncipe de Valaquia y el de Moldavia, porque no resultase alguna novedad en los confines. Hizo arbolar la cola de caballo delante del diván, y enfrente de las casas de los más graduados, como señal de marcha militar. Regaló con cimitarra y veste al can de Tartaria para que, después de haber recuperado de concierto la plaza de Asac, le siguiese en la guerra de Persia con sus tropas. Obligó al muftí que decretase que, a los prisioneros persas, se les pusiese en cadena como esclavos, aunque fuesen de la propia religión. Mandó también que se hiciese una junta universal de todas las tropas, como de lo que tocaba a la milicia, para formar el cuerpo de su armada, y que los espahís de paga y de timar, como la caballería feudataria (que llegaban a doscientos mil) asistiesen de guardia a sus pabellones. Y, así, continuó disponiendo todo para la guerra. En estos momentos, el príncipe sultán Casún, hermano de Murad, joven de veinte y dos años y de altas esperanzas, por celos y desconfianzas del sultán, fue condenado al lazo. De este modo, solo quedó en la real estirpe Ebraín, último hermano, corcovado y contrahecho que padecía mal caduco (epilepsia), circunstancias que le habrían preservado de los sangrientos designios de Murad. Por último, se ordenó el viaje compartiendo el itinerario desde Escutari a Babilonia en ciento y veinte días de marcha, y sesenta de suspensión para descanso de las tropas, haciendo el viaje hasta los confines de la plaza en cortas jornadas por dar tiempo a la incorporación de tan gran ejército, en que iban quinientas mil almas (sin los tártaros), las trescientas mil de armas y las demás de gastadores, vivanderos y sirvientes. Antes de marchar de Escutari, encomendó el serrallo al bustangi bassi y al caymecán el gobierno de la Corte, como al capitán bajá la custodia de los mares Blanco y Negro.

Llegó en este tiempo un enviado de Moscovia con gran regalo de cebellinas, y se expresó de esta forma: “Que aquel gran duque no avía tenido en la interpresa de Asac parte alguna y que, si alguno de los expugnadores eran súbditos suyos, estando forajidos de sus dominios por delitos, no era capaz de castigarles el atentado, de que no avía sido cómplice, y que deseaba vivir y obrar como buen amigo de la Porta, rogándola que no permitiese desolases más sus territorios los tártaros”¹³⁶.

El suceso de un accidente marítimo pudo ocasionar nueva guerra con los venecianos, a no hallarse en aquella ocasión el sultán internado en Persia. “Y habiendo llamado el caymecán a Luis Contarini, ministro en aquella Corte, le recibió con alteración: Exagerando los procedimientos de hostilidad contra una armada, no de cosarios, sino formada del gran señor en virtud de sus órdenes,

¹³⁶ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 658.

con las cuales avía mandado que passassen a defender el mar Blanco y el archipiélago de los insultos de los piratas christianos y que, casualmente transportada de una borrasca, se avía salvado en el puerto de la Belona, donde no respetando los venecianos la fortaleza, la avían fulminado con más de quinientos cañonazos violando (con términos descortesés) la inmunidad de aquel sitio con declarada obstilidad y aparente rotura. Y que, si la avían fabricado sobre la ausencia de Amurates, la executavan con un príncipe tan hombre que, por tomar satisfacción del exceso y castigar el insulto, no temía los viages ni los azares, como tampoco las descomodidades. Y que si avía sido disignio de divertir las operaciones de la Persia, el caudaloso río de las armas othomanas inundaría (con avenidas de sangre) los Estados de la República, y que no estava el sultán tan distante que no pudiesse retroceder el curso de las fuerças poderosas que, también como a cosarios (si se quisiessen glossar las capitulaciones), convenía atacarlos en alta mar y pelear con ellos, y no en la Turquía, porque las fortalezas eran semejantes a las mugeres del sultán, que no se podían violar sin ofender la honra del marido¹³⁷. Y sobre este accidente se suceden intervenciones literales de varios embajadores venecianos, del senado de la República, de sendos caymecanes, del bajá del mar e, incluso, del propio sultán para, finalmente, recelando este último de que sus ministros podrían aprovecharse en esta materia con daño suyo, difirió la conclusión con varios pretextos hasta su retorno a la Corte, donde el año siguiente se dio la última mano a la negociación, firmando paces, con importante suma de dinero. “Esta máxima de evitar la guerra y desvanecer los turbados ánimos de los ministros de la Porta con el contante (quando se puede), fue siempre practicada de la madura prudente sabiduría de los antiguos senadores venecianos, porque el oro nunca tiene más alto precio que quando, con él, se compra la quietud y generosamente se contribuye para el establecimiento de la paz, porque es la piedra imán que guía en Constantinopla qualquiera navío cargado de negociaciones, sin la qual o se yerra el camino o se navega sin hazer viage¹³⁸.”

Murió de repente Bayran, primer visir, habilidoso ministro que moderaba los ardores del sultán, al que sucedió Mehemed, bajá de Diarberquir, hombre de provecho y consumado en el ejercicio de las armas y, particularmente, con los árabes y persas, tras la renuncia de Mustafá bajá, capitán del mar. “Ya se avía internado Amurates en aquel reyno con sus tropas (Persia), donde las enfermedades y las fugas frecuentes de los soldados eran considerables por la falta y carestía de los bastimentos, ocasionada de la esterilidad del país como también de la multitud de la gente. Y para remediar el abandono de los militares, ordenó el sultán que se pusiessen guardias de los más seguros genízaros en los tránsitos y avenidas de las fugas, para que hiziessen pedaços a los que cogiessen sin licencia por escrito del visir y, después de muchas descomodidades, llegó el

¹³⁷ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 663.

¹³⁸ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 669.

ejército a tomar los puestos sobre Babilonia, a nueve de noviembre¹³⁹. Guarnecían la plaza ochenta mil defensores, los cuarenta mil presidiarios y los otros capaces de manejar las armas, llegando el sofí con un socorro de ciento y sesenta mil combatientes. Después de cuarenta días de sitio se arboló en la ciudad el estandarte real otomano. “Assombróse el embajador persiano (que seguía como preso el ejército) al horroroso espectáculo, pues de quantos habitaban la ciudad solo quedaron con vida veinte y siete de los más graduados y, entre ellos, Emir Feta, su gobernador, para conduzirlos como señas de la victoria en triunfo a Constantinopla. Perecieron en el sitio quarenta mil turcos, diez mil heridos y otros veinte mil, que murieron de enfermedad y de hambre. Fue dañosísima esta pérdida al christianismo, mientras la guerra de Persia era una llaga encancerada que enflaquecía el gran cuerpo de la monarquía othomana, porque se consumían en ella innumerables esquadras, como también en las descomodidades de tan dilatadas marchas, necessitando hazerlas por payses deshabitados donde, faltando los bastimentos, se multiplicavan los tormentos en el continuado padecer, de cuya diversión nacía el daño para la Persia y la quietud para la christiandad¹⁴⁰”.

Conseguida, pues, la interpresa de Babilonia, volvieron las armas los turcos a daño del emperador y de la República, trayendo su origen las últimas guerras que sucedieron después de la paz de Persia, siendo las expugnaciones de Transilvania y Candia el alimento de esta voraz fiera sangrienta que, no hallando ya más cebo a su gusto en Asia, pasó a satisfacer su apetito a los fértiles y abundantes territorios de Europa. Sin embargo, apenas se alargaron las tropas otomanas de Persia, cuando aquel rey volvió a recuperar parte de la campaña porque, en desprecio de cualquier acordado ajuste, suelen los persas siempre atender a su conveniencia y, más en particular, cuando los turcos no pueden asegurar la posesión de aquellos países por la gran distancia y desierta soledad, si no es el tiempo que actualmente los mantienen con las armas. Acometido el sultán por el viaje de un agudo dolor de cabeza, se juntaron los médicos para tratar de su curación y, habiéndole el día siguiente asaltado algunos temblores, se creyeron efectos de la calentura, pero con la continuación de los movimientos se conoció ser principios de perlesía con recelos de apoplejía. Y era tal el temor que se avía apoderado de los domésticos, que ninguno tenía ánimo para declarar la enfermedad y, así, la disfrazaban con decir que eran resultas de las pasadas descomodidades. En la entrada de Constantinopla, se dejó ver el sultán en el último lugar vestido a la moda persa con veinte y dos esclavos de los más principales de aquella nación. Y desembarcando el tesoro, que conducían diez galeras, se verificó ser mayor la cantidad de dinero que traía que la que avía sacado del erario. Son de más fruto las guerras a los otomanos que las paces, porque consiguen las substancias de los bajás más ricos que pródigamente

¹³⁹ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 673.

¹⁴⁰ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Pág. 677.

derraman en donativos por conservar la cabeza, a que se sigue el despojo de los países ajenos que desuellan con la preservación de los propios.

Poco después, se halló el caymecán embarazado, por dinero, en un desleal asunto entre los intereses de los príncipes de Valaquia y Moldavia. A la noticia del suceso se juntaron las consideraciones y las consecuencias de la pérdida, como también el desaire, que recibieron las armas otomanas de la resistencia de un atrevido feudatario que tuvo aliento de oponerse al soberano sacando la espada, en cuya representación insinuó el bajá que convenía o disimular o vengarse, o volver la ira contra el caymecán, que dio el consejo, o contra el moldavo, que motivó el empeño con la oferta. Y que lo primero era fácil y lo segundo azaroso, porque la prosperidad de los sucesos suele hacer a los hombres más temerarios y, así, dio orden Murad prontamente que llevasen al caymecán a las Siete Torres y la noche siguiente le quitasen la vida. “Era Mehemed caymecán una de las mejores cabeças del gobierno y, con sus disposiciones, llenó de dinero los tesoros del sultán y concluyó la paz con los venecianos, y quien enseñó al sultán a cortar las más erguidas papaveres militares para debelar aquel formidable monstruo de tantas cabeças, pero de tan resueltos consejos no llegó a preservarse quien los dio a luz. Fue esta muerte alivio para los christianos porque no avía turco más informado de las divisiones, como de las flaquezas y defectos del christianismo”¹⁴¹. Y por suplir con otro autorizado ministro el gobierno de la monarquía, escribió a Mustafá, gran visir, que dejando la guerra de Persia volviese a la Corte con toda brevedad, por ser hombre celoso del real servicio, desinteresado y atrevido, y que supo con sus acertadas resoluciones contribuir para que se lograra la interpresa de Babilonia, adelantándose a todos en estrecharla con los ataques. “El día de Bayran se hizo un solemne sacrificio a la gula y al vino y, aviendo perdido la razón entre sus efectos, sin acordarse de la autoridad, empezaron primero con la disolución, passando después a la alegría e, inmediatamente, a llenarse de modo con los brindis que fue preciso llevarlos a las camas. Cayó (con este desorden) enfermo el sultán de una calentura sin intermisión y, asistiéndole los médicos, tuvieron más temor de sí mismos que del achaque, porque hazían aprehensión de que, si no le sanavan con los remedios, les ocasionarían la propia muerte. Y, finalmente, instados de la madre y del favorecido para que resolviessen algún positivo reparo, acordaron sangrarle, que hizo contrario efecto a lo que se deseava, pues le aceleró la muerte aumentando con más continuación los parasismos que, al cabo de quatro días, le quitaron la vida, a ocho de febrero, después de aver reynado quinze años, en el mayor vigor de la edad y de los desórdenes. Y fue gran fortuna de la christiandad que muriessen (si se puede dezir en la cuna) sus grandes y altivos disignios, pues tenía jurado que, concluida la paz con el persiano, avía de obligar a los príncipes, sus confinantes, a que

¹⁴¹ *Ibidem*. Libro Duodécimo. Págs. 688 y 689.

admitiessen la ley mahometana”¹⁴². Fue el más absoluto monarca de sus predecesores y el primero que haciendo morir al muftí, cabeza de aquella secta, se declaró vice-Dios. Hacía burla de los santones y no ayunaba el ramadán, y declaró muchas veces en público que deseaba ver extinta la línea otomana con su muerte. Y en efecto, para que sucediese así, no le faltó malicia ni fiereza, pues hizo morir a tres hermanos suyos con Mustafá, su tío, ordenando también tres veces la muerte de Ebraín, el último de los siete varones del sultán Ahmed, divertida siempre con arte de la reina madre con el pretexto de ser inhábil para reinar, como para la procreación. Dejó en el tesoro de adentro quince millones de oro, habiendo entrado en su poder consumido y debilitado el erario por los grandes gastos y haber satisfecho con el dinero la sed implacable de la ambiciosa milicia. Reprimió a los cristianos y robó a los persas, oprimiendo a todos.

Comienza el Libro Decimotercero (1640-1644) con el singular ascenso al solio de Ibrahim: de las cadenas en la mazmorra y el temor al lazo a ceñirle las sienes con la diadema. “Y temiendo fuesse artificio de Amurates, a fin de especular la demostración que hacía el aviso de elevación tan sublime como al de la libertad (que es de mayor estimación que todos los dominios del universo), respondió que, estando separado del mundo, no quería comercio con los mortales y que no le interrumpiesen con sus palabras el agradable silencio de aquella pacífica soledad, pues no hacía caso de cetros ni de coronas y que no deseava más súbditos que algunos canoros paxarillos que alimentava en las jaulas, como compañeros suyos en la prisión. Y que si iban para anunciarle la muerte (hallándose avezindado en los horrores de aquella infelice habitación), estaba bastantemente domesticado con ella en la anticipada sepultura. Y aviendo comprendido el baxá su rezelo, hizo avisar a la madre, que concurrió después en persona, y le rogó que abriese la puerta para recibir la libertad y los abrazos maternos, las postraciones de los súbditos y el omenage de sus reynos, a cuyas razones (conociendo a la madre) serenó la desconfianza, aunque no se aseguró enteramente hasta que le mostraron el cadáver de Amurates y, entonces, exalando un gran suspiro, dixo: Ya es muerto un gran tyrano y desde oy he buuelto a renacer. Era la reyna madre muger de gran sesso y capacidad, venerada de los turcos como muger del difunto Acmad y madre de tres emperadores consecutivos: Osmán, Mustafá y Ebraín. Y hallándose en edad de setenta años, era consistente, capaz y robusta”¹⁴³. Era Ibrahim menor que de estatura común, algo corcovado, manchado de viruelas, pelo castaño, rostro pálido y macilento, con pasiones de hipocóndrico y expuesto al mal caduco. El protocolo de ceñirle la cimitarra se retrasó porque nunca se había puesto a caballo y se tuvo por conveniente adiestrarlo primero, siendo su maestro el gran visir por no dar lugar a que alguno, familiarizándose con el monarca, le compitiese la privanza, por cuya razón prohibió la entrada en el serrallo a todos los que no eran de su

¹⁴² *Ibidem*. Libro Duodécimo. Págs. 690 y 691.

¹⁴³ *Ibidem*. Libro Decimotercero. Pág. 694.

confianza, a fin de que el sultán no penetrase más de aquello que quería el visir que supiese. Dominaban autoritariamente, por la flaqueza del sultán, la reina madre en el serrallo y el visir, Mehemed, fuera de él, aunque ambos hacían lo posible por desacreditar al otro. No obstante, era cosa admirable ver cómo este ministro sustentaba con ligereza la pesada carga de la monarquía, siendo tan feroz en la guerra, y con cuánta economía, en la paz, autorizó la justicia en los tribunales cuando andaba vagabunda sin estimación y, desterrando los abusos, destruyó los desórdenes al paso que, enflaqueciendo ministros avaros, enriqueció los erarios gobernando mejor que otros, sin saber leer ni escribir. Rápidamente se dispuso para la recuperación de Asac y se aplicó a disponer medios para facilitar la conquista. Y ciñendo los gastos superfluos, resolvió el más insoportable, que fue minorar hábilmente el acostumbrado donativo de las milicias en la exaltación de nuevo monarca sin tumulto de las milicias.

A continuación, el texto interrumpe la narración de hechos del nuevo sultán y abre un paréntesis más institucional y describe ampliamente todas las particularidades físicas y funcionales del serrallo: las grandes personalidades, los cargos administrativos y de justicia, las milicias y la servidumbre que lo habitan y visitan; las habitaciones reales, el harén, las estancias de autoridades y del servicio; los claustros, baños, fuentes y el lago; el tesoro (casná), los tributos que se ingresan en el erario, los despojos de guerra y el guardarropa; las caballerizas, armerías, hospitales y cocinas; el diván o consejo, la sala de audiencias públicas, el fisco y las estancias de verano; las ceremonias protocolarias y la recepción de embajadores... “Los que asisten en la tercera puerta, que llaman Real, en el más interno y secreto servicio del serrallo, son cerca de cinco mil y las mugeres tres mil, viejas que açotan, moças que crían, esclavas que sirven y las demás, de gentil garbo, reservadas para los placeres del sultán. No ay país de su dominio que no contribuya peregrinas hermosuras y si, entre los despojos de los conquistados términos, se encuentran algunas de sobresaliente habilidad, como de perfecta hermosura, se aplican para el serrallo y, en pisando las líneas del ocaso de la hermosura, passan (sin la luz de los primeros albores) a vivir entre las sombras del desconuelo lo que les falta al serrallo viejo y, cediendo las maduras, suceden las más frescas, como en los jardines se practica con las flores, que las mustias de la noche dan lugar a las que fragrantas asquas de nácar encienden con la hermosura, hechizan con el color e inflaman con el asejo y suspenden con el aliento, siendo la admiración quien cultiva el deseo para aumentar el desassossiego”¹⁴⁴.

El texto, seguidamente, describe monográfica y exhaustivamente el papel de las mujeres en el serrallo, su jerarquía y el aprendizaje de costumbres, lenguas, labores e industriosos entretenimientos, para continuar con el de los hombres. “De las estériles no se haze caso alguno y de las fecundas mucho aprecio,

¹⁴⁴ *Ibidem*. Libro Decimotercero. Pág. 702.

honrándolas con el nombre asequi sultana, que significa reyna. Y siendo el parto de varón, la aplauden, la exaltan e introducen para que viva en el quarto que llaman de la reyna, no siendo gran señora en Turquía la que no sabe hazer hombres y le conviene, para obstentarse más de lo que fue, engendrar lo que no es, porque en Turquía no estiman la gran sangre ni los antiguos nobles ascendientes, sino la posteridad. Las que paren hembras no llegan a tan alto grado ni tienen más título que de sultanas, aunque las señalen viviendas distintas y renta proporcionada a sustentar con decoro la dignidad, quedando sus hijas destinadas a casamientos de los más principales baxaes que, emparentados con el rey, mezclan la sangre servil con la real, logrando por este respeto los más calificados gobiernos. Y assí, viven estas princesas sumamente veneradas de los maridos, reconociéndose indignos de merecerlas, y no se acercan a ellas si no es con sumo respeto reverente y profunda sumisión. Y para diferenciarse de las otras (en señal de mayoría), llevan en la cinta el ganzar (que es un puñal guarnecido de diamantes) y observan con los maridos gran decoro y gravedad, haziendo ellos particular estudio en agradarlas para conseguir la gracia del rey (que es el más rico tesoro), de donde depende toda su fortuna... Tienen oposición las sultanas, unas con otras, sobre grangear la voluntad del rey si bien, en lo exterior, muestran inseparable amistad por no dar qué dezir en el serrallo. Si muere el príncipe, no teniendo otro varón, queda la reyna solo con la estimación de sultana y la que después da a luz el primer varón, passa a la dignidad real, naciendo también su fortuna hermana del feliz parto.”¹⁴⁵. No faltó alguno de los antiguos monarcas que, enamorado de la favorecida, la declarase por esposa (por honrarla más que a otras) en presencia del muftí con instrumentos públicos para perpetua memoria, cuya costumbre no se observa por escusar el dote, que importa medio millón de zequíes cada año, instituido por decreto de Selim I como decoroso entretenimiento a las sultanas, sus mujeres, a fin de fabricar mezquitas, hospitales y otras obras de piedad. Y cuando son fecundas de varones, estén o no desposadas, las reconocen como a reinas reverenciándolas y regalándolas todos con universal respeto. “El mismo rigor con que enfrenan sus formidables exércitos, conserva también en obediencia la excessiva tropa de mugeres en el serrallo, por lo qual no se inclinan a la clemencia diziendo que es un deliquio desayrado de la desmayada justicia y, assí, sus órdenes caminan siempre atadas al rudo y fuerte tronco de la severidad, por cuya razón no pueden vacilar. Por hechiceras y por echar las habas, o por otros notables delitos, metidas en unos sacos, las echan al mar para alimento de los pezes”¹⁴⁶. Las mujeres que pasaron de la juventud a la senectud pasan al serrallo viejo, como también las repudiadas de los monarcas y las viejas negligentes, y aquellas a quienes por accidente alguno les ha faltado la gracia de los sultanes, viviendo todas en obediencia advertida a los preceptos de una matrona anciana. Las reinas o sultanas habitan separadas estancias sin mezclarse

¹⁴⁵ *Ibidem*. Libro Decimotercero. Págs. 702 y 703.

¹⁴⁶ *Ibidem*. Libro Decimotercero. Pág. 705.

con las de menos estimación, si bien, a todas se les asiste con mucho cuidado para que no las falte de nada. Los desposorios de los otomanos consisten en instrumento de concierto en la presencia del cadí, en que se registra la voluntad de los contrayentes, como también la dote, con asistencia de testigos de madura edad y buena opinión en la observancia de la secta mahometana. Seguidamente describe los tipos de matrimonio con esposas y concubinas, las obligaciones de cada cual, las distintas situaciones de reparo y la de los hijos.

Como dijimos más arriba, a continuación, el texto repasa la calidad y cantidad de hombres que habitan en el serrallo, entreteniéndose inicialmente en los azamogllanos, sus maestros y, más adelante, en la totalidad de miembros de la Corte. “El serrallo es como una clausura y, los que entran en él, viven resignados y hazen el noviciado, siendo el primer voto la obediencia. Y en esta se crían los jóvenes de más estimación (hijos de christianos), educados en la ley mahometana y en el ejercicio militar destinado para calificados manejos”¹⁴⁷. Cuando llegan a edad sosegada los ocupan en gobiernos donde procuran obrar con justificación y, según el talento, el sultán los levanta sin medida de merecimientos o los oprime sin compasión a su voluntad. No pueden ser jenízaros, azamogllanos y agalaris (azamogllanos seleccionados para el servicio real) los que no son hijos de cristianos renegados sacados del tributo según la antigua constitución, si bien, de algún tiempo a esta parte, han logrado este ministerio algunos turcos naturales, que el dinero y el favor han tenido fuerza para corromper las leyes. Son maestros severos de esta tierna juventud los eunucos blancos, enseñándolos a obedecer como a tolerar los preceptos de la enseñanza. No tienen número fijo y hacen elección de los que prometen esperanzas de habilidad (que entran en el primer seminario, de donde salen para el servicio personal del monarca y los tratan con agrado) y suele haber cuatrocientos. “El nombre y la patria de estos muchachos agalaris quedan registrados en las listas, y el estipendio que se les da es de dos hasta cinco áspers cada día. Y un eunuco blanco tiene la superintendencia y los enseña a leer, escribir y hablar turco. Y ordinariamente continúan en esta escuela seis años, quando la incapacidad no los detiene más. De esta escuela passan a otra, donde se aprende la lengua persiana, como la árabe y la de los tártaros, en cuya aplicación se habla y escribe con elegancia. Y aquí también aprenden otros ejercicios como armar el arco, luchar, arrojar la azagaya, manejar la zimitarra, correr y saltar, en cuyas habilidades se entretienen continuadamente por espacio de cinco años. Y estando fortalecidos y robustos, passan a la tercera escuela donde, confirmándose con el uso continuado en los estudiados manejos, aprenden el arte de andar a cavallo con fortaleza executando varias demostraciones para afirmarse mejor. Y también aprenden artes para exercer en el servicio del rey como quitar la barba, hazer turbantes, doblar vestidos, amaestrar perros para la caça, conocer y criar con magisterio losalcones,

¹⁴⁷ *Ibidem*. Libro Decimotercero. Pág. 706.

fabricar arcos y flechas y acomodar los arcabuzes, servir de moços de cámara, trinchar. Y a estos se les da de vestir con más decencia que a los otros, como sugetos destinados a más honroso empleo de la Corte. Y si caen en algún acto deshonesto, los castigan con grandes golpes en las plantas de los pies y, es con tanta crueldad, que a veces quedan medio muertos¹⁴⁸. Los bajás procuran la amistad de estos agalaris, haciendo gran estimación de ellos. Y de este seminario salen a los puestos más notables, según la gracia del sultán, quedando escritos en el asiento de los oficiales más graduados de la Corte y no salen a semejantes ocupaciones sino de maduro juicio y habiendo pasado de treinta años.

Además de las personas mencionadas, habitan en el serrallo sirvientes de varias suertes como luchadores, bailarines, bufones, sonadores de instrumentos y mudos. Suceden los eunucos blancos, destinados para la guardia de la puerta del sultán, como los negros para la del interior serrallo de las mujeres, siendo el más estimado el capi aga, superior a todos los eunucos blancos. El segundo es el casnadar bassi, tesorero mayor. El tercero, quilergi bassi, dispenser mayor. El cuarto es el serrai aga, guarda mayor del serrallo. A estos ministros se les permite llevar turbante y los veneran y regalan todos por la cercanía del rey. Son poco menos de cien estos eunucos, que llaman espadones, escogidos en edad tierna entre los renegados, contentándose de perder la virilidad por conseguir este grado. Los sultanes se sirven de los eunucos blancos para la asistencia de los demás serrallos, y llegan a conseguir algunas veces puestos muy sublimes como el de bajá de El Cairo, gobernadores de provincias y visires, reputándolos por fieles en sumo grado, por cuya razón les encargan lo que es de más celosa consecuencia, como el oro y las mujeres. Los eunucos moros, que sirven a las sultanas, vienen de El Cairo y tienen estipendio proporcionado sin faltarles comodidad para vivir honradamente. Los eunucos negros hablan algunas veces al rey llevando recados de las favorecidas y no salen del serrallo sin licencia de la reina. Más adelante, describe la crianza y educación de los hijos del sultán. Continúa el texto con la exposición detallada de los oficios de la cocina y las principales viandas y platos que se preparan para las comidas reales, para los ministros, para los oficiales de la Corte y la turba inferior, así como la procedencia de los alimentos y las provisiones en los amplios territorios vasallos del imperio. Acto seguido, el texto discurre por la disposición de otras actividades protagonizadas por el sultán: oración en la mezquita, recogida de memoriales y súplicas entregadas por el pueblo, navegación de placer o caza, entre otras, dando pie esta última a la descripción de las caballerizas reales.

Finalizado este extenso paréntesis acerca de los caracteres del serrallo, da comienzo la narración sobre el reinado de Ibrahim con la llegada de los embajadores venecianos Luis Contarini y Pedro Foscarini para su exaltación y suceder a Gerónimo Trivijiano, respectivamente, para la renovación de las

¹⁴⁸ *Ibidem*. Libro Decimotercero. Pág. 708.

paces, así como la puesta en ejecución de la empresa de Asac, que hubo de abandonarse vergonzosamente, aunque con el compromiso del visir de retomarla la campaña siguiente para garantizar su recuperación. En este tiempo llegó embajador de Persia, a quien recibió el visir con gran alegría porque deseaba la paz con aquella corona. Satisfecho, el sultán, envió ministro que pasase con el embajador a Persia para cerrar los ajustes de paz. Tal como estaba previsto, la nueva campaña se inició con la empresa de Asac que, de nuevo, fue un fracaso. El disgusto que ocasionó este accidente quedó desvanecido con el nacimiento de un hijo del sultán, porque en la opinión del vulgo había terminado la esperanza de que se extinguía la línea otomana con desolación de la monarquía. Dio a luz la circasiana un príncipe que se llamó Mehemed IV. Sin embargo, poco más tarde y de acuerdo con Lúpulo, príncipe de Moldavia, los turcos consiguieron con la negociación y el dinero lo que no habían podido con las armas. “Salieron de Asac nueve mil cosacos, con las mugeres y los hijos llorosos todos, deseando que algún día recibiesen la penitencia de tan grave pecado los príncipes que avían facilitado tan desconsolado accidente, siendo la plaça de Asac una arista que ofendía vivamente los ojos de la monarquía, molestando el corazón de la Corte como calentura lenta interior que, en ardientes avisos, anunciava un mal sin remedio”¹⁴⁹. Se estableció en el diván que se conservase y mantuviese tan importante plaza con el mayor cuidado, para cuyo efecto encargaron su gobierno a Recep aga y un considerable presidio de milicias escogidas. Llegó en este tiempo, de nuevo, embajador de Persia a perfeccionar los ajustes de las capitulaciones, que se concluyeron sin problema con la condición de que se demoliese un fuerte en el territorio de Ian, llamado Muchic, con que terminaron las diferencias y los confines. Entre tanto, hubo algunos problemas en las aguas del Mediterráneo por la disputa de diversas embarcaciones, de que resultó la petición del visir al embajador veneciano de restituir navíos y forzados o romper la paz. Circunstancia aprovechada por el nuevo favorito del sultán, que provocó importantes cambios en el gobierno, así como la persecución y muerte de Mustafá, gran visir, favorecido de dos monarcas, habiendo gobernado cinco años más como soberano que como súbdito, en el final del reinado Murad IV y en el principio del de Ibrahim, aumentando los intereses del imperio en la recuperación de Babilonia y Asac.

Con la muerte del visir quedaron suspendidas las desavenencias de la República con la Porta y, para evitar futuros males similares, se resolvió en el diván, como conveniente al crédito y autoridad del gran señor, que se reforzasen las escuadras navales, echando a la mar considerables leños para extinguir el ardor de los cosarios cristianos. La elección de nuevo visir recayó en Mehemed, bajá de Damasco, protegido de la reina madre, tanto en cuanto Piali bajá, capitán del mar, acusado por sus detractores, fue ejecutado, cuya muerte ocasionó universal sentimiento por ser el más importante conocedor de la náutica

¹⁴⁹ *Ibidem*. Libro Decimotercero. Pág. 725.

otomana. A Piali le siguió en la dignidad Biquir bajá, al tiempo que el príncipe de Transilvania, Ragozi, soberbio del éxito de obtenido con los turcos, apartado del emperador, se unió con Tortensone, general de Suecia, como también con franceses, de quienes recibió oferta de protección todas las veces que recibiese algún daño. Con esta noticia, mandó el emperador al general Puquen que con algunos regimientos marchase a oponerse a estas decisiones. “El príncipe Ragozi, anteriormente atacando a Casobia, se le rindió por acuerdo, consiguiendo también ocupar otros castillos en la Ungría superior. Y aviendo ganado con dinero al baxá de Buda para que le hiziese espaldas con aquellas tropas, los ministros del emperador, noticiados de esta circunstancia, representaron a la Porta no ser de alivio alguno a los turcos el fomento del Ragozi, hombre de espíritu turbado como de genio inquieto, con que se troncó el hilo del progreso (en sus deliberaciones) resolviendo no asistirle ni fomentarle, ofreciendo también no mezclarse por entonces en las discordias christianas. Y porque tenían, los turcos, diseñado salir a la mar, les pareció no convenirles perturbar los terrestres confines”¹⁵⁰. Los malos sucesos en Transilvania obligaron al príncipe a retirarse de los países vecinos para defender los territorios propios, mayormente habiéndole exigido de parte del sultán que depusiese las armas y no alterase las disposiciones en Hungría con sus movimientos. Y así, le obligaron a que se ajustase con el César por medio del palatino de Hungría. Y en este punto finalizan las *Memorias Históricas de los Monarcas Otomanos*, augurando una segunda parte.

Hasta aquí llega esta presentación de las *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, que escribió en lengua toscana Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos; traducidas en castellano por don Francisco de Olivares Murillo, teniente de conductor de embaxadores, cavallerizo de la Reyna madre, nuestra Señora, Doña Mariana de Austria. Una presentación sencilla que plantea dudas, y que irán desapareciendo en la medida en que se vaya avanzando en la investigación tanto de la obra como de los protagonistas en su materialización. Entre tanto, están invitados a la lectura de esta excelente y singular obra, una grandiosa obra política sobre el mayor enemigo de la república de Venecia -y de la cristiandad-, y a deleitarse de uno de los tesoros más relevantes de la literatura histórica del siglo XVII para el mundo mediterráneo. Ojalá la disfruten tanto como lo hemos hecho nosotros. Vale.

¹⁵⁰ *Ibidem*. Libro Decimotercero. Pág. 731.

Fuentes y Bibliografía.

- AGULLÓ Y COBO, Mercedes. “Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, I (1966), págs. 169-208 y II (1967), págs. 81-116.
- AGULLÓ Y COBO, Mercedes. *La imprenta y el comercio de libros en Madrid en los siglos XVI-XVIII*. Tesis doctoral. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2009.
- ALBÈRI, Eugenio. *Le relazioni degli ambasciatori veneti al Senato durante il secolo decimosesto*. Firenze, All’insegna di Clio, 1840-1863. Serie III: Stati ottomani. 3 vols.
- BAROZZI, Nicolo y BERCHET, Guglielmo (eds.). *Relazioni degli Stati europei lette al Senato dagli ambasciatori veneti, II. Francia*. Venezia, P. Nataovich, 1859. Págs. 525-555. *IV. Inghilterra*. Venezia, 1863. Págs. 363-400.
- BENZONI, Gino. *I Dogi*. Milano, Electa, 1982.
- BENZONI, Gino. “A proposito dei baili veneziani a Costantinopoli”, en Bartolomé Barrassar et R. Sauzet. *Chrétiens et Musulmans à la Renaissance*. 37e colloque du CESR. Paris, Champion, 1998. Págs. 53-60.
- BERCHET, Guglielmo. *Cromwell e la Repubblica veneta*. Venezia, 1864. Págs. 65-88.
- BOSCHINI, Roberto. *Gli ambasciatori veneziani da Solimano il Magnifico*. Venezia, Edizioni del Leone, 1998.
- CLEMENTE-RUIZ, Aurélie. *Venise et l’Orient*. Paris, Gallimard, coll. Découvertes, 2006.
- COCO, Angela. *Baili veneziani alla Sublime Porta: storia e caratteristiche dell’ambasciata veneta a Costantinopoli*. Venezia, Comune di Venezia-Università degli studi di Venezia, 1985.

- COCO, Carla. *Venezia levantina*. Venezia, Corbo e Fiore, 1993.
- CONCINA, Ennio. *Dell'arabico: A Venezia tra Rinascimento e Oriente*. Venezia, Marsilio, 1994.
- CONCINA, Ennio. *Il doge e il sultano: mercurata, arte e relazioni nel primo '500*. Roma, Logart, 1994.
- CONIGLIANI, Nerina. "Un ambasciatore veneto alla corte di Leopoldo I", en *Archivio Veneto*, VII. 1930. Págs. 192-200.
- CONIGLIANI, Nerina. *Giovanni Sagredo*. Venezia, Librería Emiliana Editrice, 1934.
- DARU, Pierre. *Histoire de la République de Venise*, [1ª ed., 1819. 7 vols.] VIII. Paris, 1821. Págs. 628-649.
- DELGADO CASADO, Juan. *Diccionario de Impresores Españoles (siglos XV - XVII)*. 2 vols. Madrid, Arco Libros, 1996.
- FASSÓ, Luigi. "Giovanni Sagredo", en *Enciclopedia Italiana*. Istituto dell'Enciclopedia italiana, 1936.
- FIRPO, Luigi (ed.). *Relazioni di ambasciatori veneti al Senato. Tratte dalle migliori edizioni disponibili e ordinate cronologicamente, I (Inghilterra)*. Torino, Rottega d'Erasmus, 1965. XIII (*Costantinopoli 1590-1793*). Torino, 1984.
- FOSCARINI, Michele. *Historia della Republica Veneta di Michele Foscarini senatore*. Venetia, Combi & La Noù, 1696. Págs. 17y ss., 83-98.
- INALCIK, Halil. *The Ottoman Empire. The classical Age, 1300-1600*. London, Weidenfeld and Nicolson, 1973.
- LETI, Gregorio. *L'Italia regnante, o vero Nona descrizione dello stato presente di tutti prencipati, e repubbliche d'Italia. Dedicata al Re Christianissimo, IV*. Geneva, Guglielmo e Pietro de la Pietra, 1676. Págs.123-136.
- LOBETO ÁLVAREZ, Ana María. "La ceremonia de entrega de cartas credenciales en España y otros ejemplos en algunos países del espacio panibérico", en *Revista de Estudios Institucionales*, vol. 9. N° 17. UNED. 2022. Págs. 25-58.

- MARINI, Quinto. “Immagini di capitali europee dell’età barocca nei “Bischizzi” di un ambasciatore della Serenissima”, en *Italianistica: Rivista di letteratura italiana*, Vol. 38, No. 2. Maggio-agosto 2009. Págs. 315-329.

- MARTÍNEZ NAVAS, Isabel. “El introductor de embajadores en los siglos XVII y XVIII”, en *Historia Iuris: estudios dedicados al profesor Santos M. Coronas González*, Vol. 2, 2014. Págs. 939-956.

- MOLL, Jaime. “Tres notas sobre la Imprenta Real”, en *De la imprenta al lector: Estudios sobre el libro español en lo siglos XVI al XVIII*. Madrid, Arco Libros, 1994. Págs. 132-158.

- NANI, Giovan Battista. *Historia della Republica Veneta di Battista Nani Cavaliere, e Procurator di S. Marco*. Bologna, Nella Stampa di Gioseffo Longhi, 1680.

- NEGRUZZO, Simona. *Europa 1656. Memorie dalla corte di Francia*. Milano, 2015. Págs. 38-41.

- NEGRUZZO, Simona. “Giovanni Sagredo”, en *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 89. Istituto dell’Enciclopedia italiana, 2017.

- NOVO ZABALLOS, José Rufino. “Relaciones entre las cortes de Madrid y Viena durante el siglo XVII a través de los servidores de las reinas”, en *La Dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. José Martínez Millán y Rubén González Cuerva (coord.). 3 vols. Madrid, eds. Polifemo, 2011. Págs. 701-758.

- NOVO ZABALLOS, José Rufino. *La casa de la reina Mariana de Austria durante el reinado de Felipe IV y el periodo de regencia*. Madrid, Servicio de Publicaciones UAM, 2014.

- NOVO ZABALLOS, José Rufino. *Las casas reales en tiempos de Carlos II. La casa de la reina Mariana de Austria*. Tesis doctoral dirigida por José Martínez Millán. Universidad Autónoma de Madrid, 2016.

- OCHOA BRUN, Miguel Ángel. *Historia de la Diplomacia Española. Apéndice I. Repertorio diplomático. Listas cronológicas de representantes desde la alta Edad Media hasta el año 2000*. Biblioteca Diplomática Española. Ministerio de Asuntos Exteriores. Unión Europea y Cooperación. Madrid, (2ª ed.) 2023.

- ORSI, Pietro. “Mazzarino e Cromwell nei dispacci dell’ambasciatore veneto Giovanni Sagredo”, en *Atti del Reale Istituto veneto di Scienze, Lettere ed Arti*, XCIV,

parte prima (1934-1935). Venezia, Premiate officine Grafiche Carlo Ferrari, 1935. Págs. 1-32.

- PEDANI FABRIS, Maria Pia. *In nome del Gran Signore. Inviati ottomani a Venezia dalla caduta di Costantinopoli alla guerra di Candia*. Venezia, Deputazione Editrice, 1994.

- PEDANI FABRIS, Maria Pia (ed.). *Relazioni di ambasciatori veneti al Senato Vol. XIV. Costantinopoli relazioni inedite 1512-1789*. Torino, Bottega d'Erasmus, 1996.

- PEDANI FABRIS, Maria Pia. *Elenco degli inviati diplomatici veneziani presso i sovrani ottomani*. Venezia, [s.n], 2000.

- PRETO, Paolo. *Venezia e i Turchi*. Firenze, Sansoni, 1975.

- PRETO, Paolo. “I turchi e la cultura veneziana del Seicento”, en *Storia della cultura veneta*, a cura di G. Folena, IV, 2. Vicenza, 1984. Págs. 313-341.

- REYES GÓMEZ, Fermín de los. “Con privilegio: la exclusiva de edición del libro antiguo español”, en *Revista General de Información y Documentación ll. 2* (2001). Págs. 163-200.

- SAGREDO, Giovanni. *L'Arcadia in Brenta, ovvero la melanconia sbandita di Ginnesio Gavardo Vacalerio*. Colonia, Francesco Kinchio, 1667 [ed. de Quinto Marini. Roma, Salerno Editrice, 2004].

- SAGREDO, Giovanni. *Relation de la cour impériale faite au Doge de Venise, par le sieur Sagredo, après son retour d'Allemagne à Venise*. Paris, Cottin, 1670.

- SAGREDO, Giovanni. *A relation, or an account of the Imperial Court, by Sacredo, a noble Venetian-Senator. Given in an oration made by him to the Doge of Venice in the Venetian Senate-House, of what things happened during the last war of the Emperor with the Turks, and during his embassy to the Emperor, at his return out of Germany to Venice*. Done into English by T.G. Esq. London, printed for W. Crooke at the Green Dragon without Temple-bar, and G. Wells at the Sun in St. Paul's Church-yard, 1685. [In The digital collection Early English Books Online 2. <https://name.umdl.umich.edu/A93025.0001.001>. University of Michigan Library Digital Collections. Accessed October 29, 2024].

- SAGREDO, Giovanni. *Memorie istoriche de' Monarchi Ottomani*. Venezia, Combi & La Noù, 1673 [sucesivas ediciones Combi & La Noù, 1677, 1679 y 1688. Bologna, Giovanni Recaldini, 1674, 1681 y 1686. Bologna, Giovanni Boffini, 1681. Venezia, Antonio Tivani, 1697].

- SAGREDO, Giovanni. *Histoire de l'empire Ottoman. Traduite de l'italien par Monsieur Laurent*. A Amsterdam, chez de Coup; a Paris, chez Nyon Didot, 1730-1732. 7 vols.

- SAGREDO, Giovanni. *Relazione di Messer Giovanni Sagredo, Cavaliere e Procuratore di San Marco, ritornato dall'ambasciata straordinaria d'Inghilterra nell'anno 1656*. Ed. Agostino Sagredo. Venezia, 1844.

- SAGREDO, Giovanni. "Relazione di Francia di Giovanni Sagredo, ambasciatore ordinario a Luigi XIV dall'anno 1652 al 1655", en *Relazioni degli Stati europei lette al Senato dagli ambasciatori veneti, II. Francia*. Venezia, P. Nataovich, 1859. Págs. 525-555.

- SAGREDO, Giovanni y CORRARO, Antonio. *Orazioni da Antonio Corraro e da Giovanni Sagredo dette nel Gran Consiglio di Venezia nell'anno MDCLXX. Per le bene auspicate nozze di Michele Zoccoletti di Treviso con Antonietta Acqua di Venezia*. Venezia, 1833.

- SERRANO GARCÍA, Elena. "Los empleados en la caballeriza de la reina durante el reinado de Carlos II. Mecanismos de transmisión", en *Anuario de Historia del Derecho Español. Vol. LXIII – LXIV*. Centro de publicaciones del Ministerio de Justicia. Madrid, 1993-1994.

- SETTON, K. H. *Venice, Austria and the Turks in the Seventeenth century*. Philadelphia, The American Philosophical Society, 1992. Págs. 190-198.

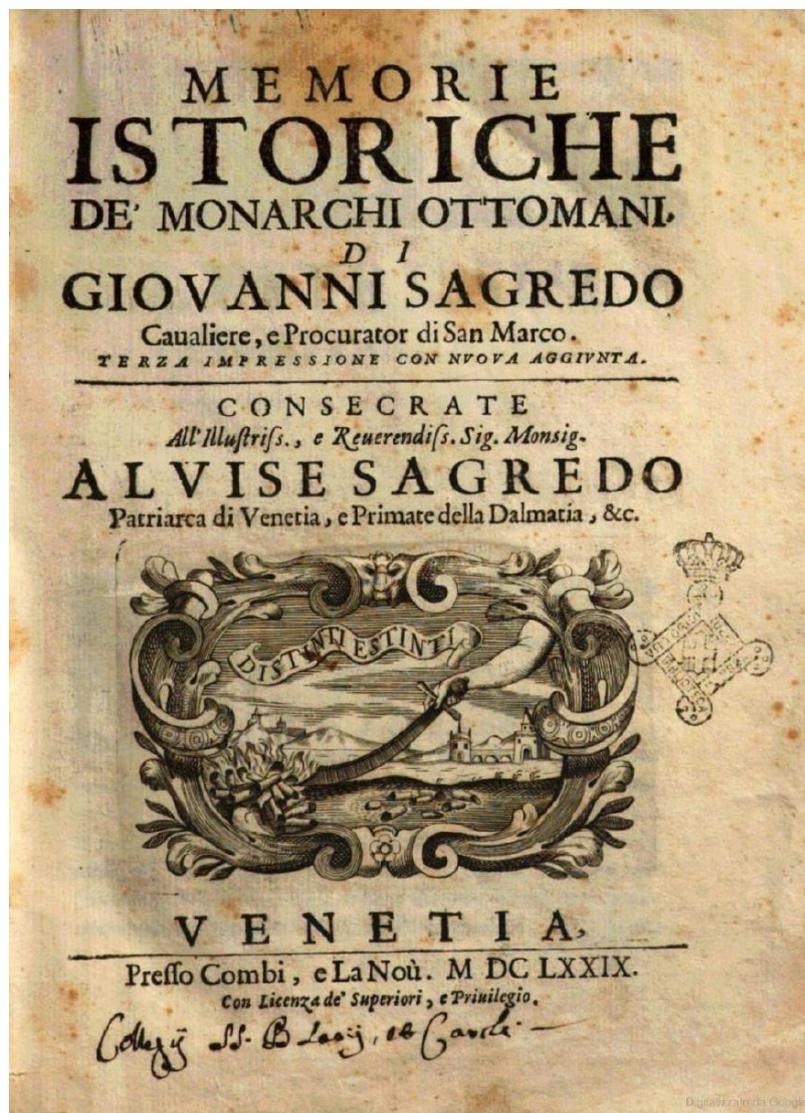
- SUÁREZ, Michael y WOULDHUYSEN, Henry R. (eds.). "Juan García Infanzón". The Oxford Companion to the book. Oxford, Oxford University Press, 2010.

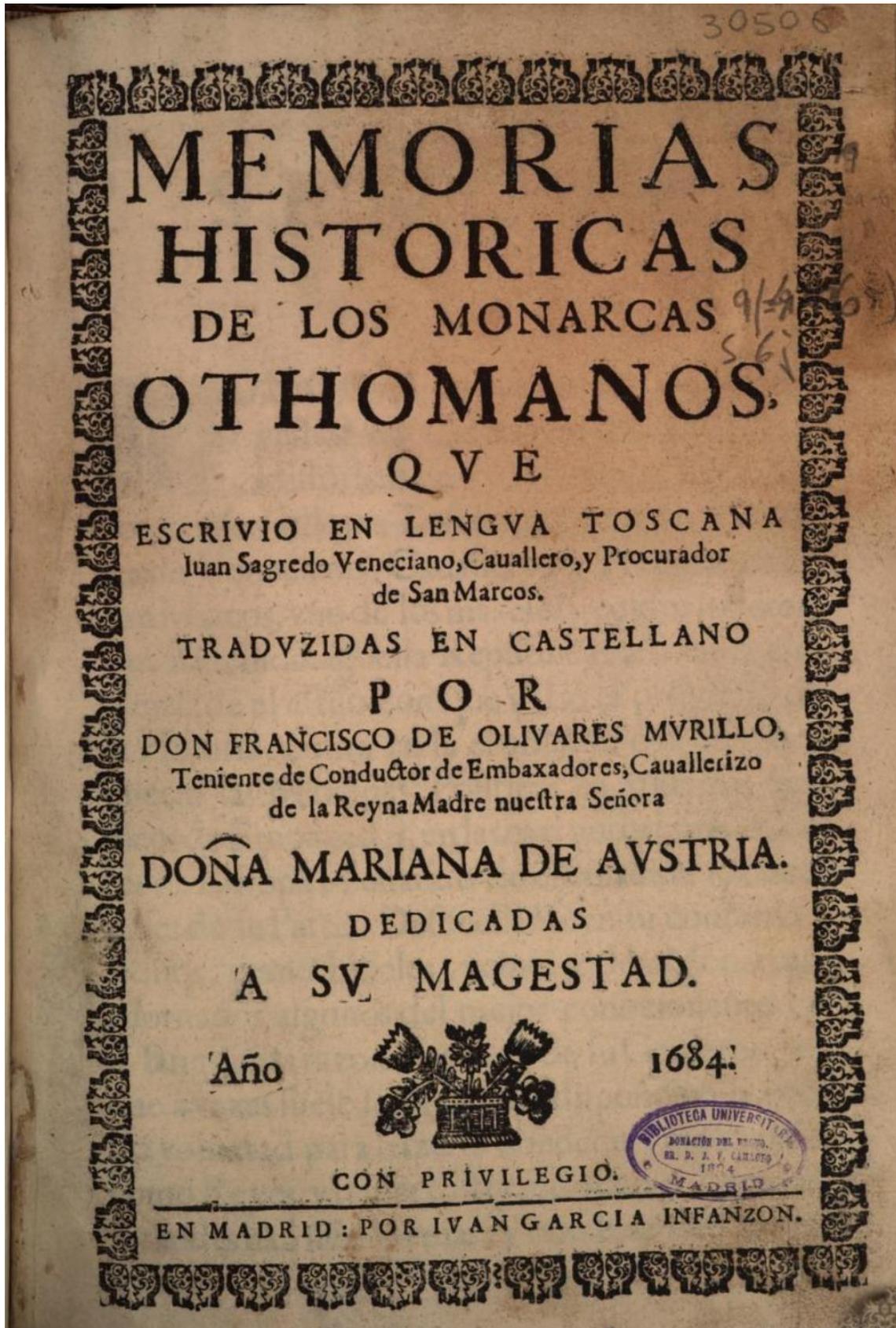
- VALENSI, Lucette. *Venise et la Sublime Porte. La naissance du despote*. Paris, Hachette, 2005.

- VALIERO, Andrea. *Historia della guerra di Candia*. Venetia, Presso Paolo Baglioni, 1679.

- 'Venice: May 1655', in *Calendar of State Papers Relating To English Affairs in the Archives of Venice, Volume 30*. 1655-1656. Ed. Allen B. Hinds (London, 1930). British History Online <https://www.british-history.ac.uk/cal-state-papers/venice/vol30/pp52-61> [accessed 23 July 2024].

- VIALLON, Marie Françoise. *Venise et la Porte ottomane: 1453-1566. Un siècle de relations vénéto-ottomanes de la prise de Constantinople à la mort de Soliman*. Paris, Economica, 1998.
- VIALLON, Marie Françoise. *Venezia ottomana nel Cinquecento*. Epirotica chronica Ioannina, 2008.
- WOLF, Adam. "Drei diplomatische Relationen aus der Zeit Kaiser Leopold's I", in *Archiv für Kunde oesterreichischen Geschichtsquellen*, XX. 1859. Págs. 305-320.





Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos, que escribió en lengua toscana Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos; traduzidas en castellano por don Francisco de Olivares Murillo, teniente de conductor de embaxadores, cavallerizo de la reyna madre, nuestra señora, doña Mariana de Austria. Dedicadas a Su Magestad. Año 1684. Con privilegio. En Madrid, por Juan García Infanzón.

SEÑORA

Pongo a los reales pies de Vuestra Magestad, en castellano, las *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, que (en idioma toscano) compuso Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos, uno de los más esclarecidos sugetos que ha tenido aquella República, assí en la elegancia del estilo con que vistió el progreso de la Historia como en la erudición con que enriqueció las máximas políticas en diversos empleos de embaxadas en las más autorizadas cortes de Europa, llenando de estimación los intereses de su patria. Descuéllanse en su contenido, altivos como infieles, veinte y dos monarcas, adornados algunos del mejor conocimiento en la sangrienta razón de Estado de su gobierno, en que a veces suele ser generosa disposición la propia voluntad para hazerse obedecer, mandando como reyes y temer castigando como tyranos. Grandes han sido los más, y huvieran sido mayores, a no aver encontrado su ruyna en el católico soberano, escollo de la augustíssima casa recintada de tan ínclitos progenitores de Vuestra Magestad, que destroçaron en el borrascoso mar de tan sacrílegos insultos las alteradas olas de tanta zimitarra, cuya fresca memoria rubricada (a rasgos ensangrentados) en el cristal del Danubio ilumina vencimientos, escarmentando delitos. Guarde Dios la C.R.P. de Vuestra Magestad, como sus criados y la christiandad han menester.

D. Francisco de Olivares Murillo

APROBACIÓN DE DON JUAN IDIÁQUEZ YSASI, cavallero de la orden de Santiago, gentilhombre de la boca de Su Magestad y conductor de embaxadores.

Por comisión del señor don Antonio Pasqual, arcediano de las Selvas, dignidad y canónigo en la santa iglesia de Girona, vicario de esta villa y auditor de Rota, he visto un libro intitulado: *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, que escribió en lengua toscana Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos, traducidas en castellano por don Francisco de Olivares Murillo, cavallerizo de la reyna madre, nuestra señora, y teniente conductor de embaxadores. Y aviéndolas leído con atención, no solo he reparado en la propiedad de la traducción sino en los términos con que mejora la mayor inteligencia de sucessos tan memorables en mar y tierra como han passado para que, de principios bien pequeños, aya subido a tanta grandeza la monarquía othomana, haziéndose formidable a la christiandad.

La política de los turcos en su gobierno, que hasta aora la han tenido por bárbara, muestra que para su conservación es la que deben observar los príncipes, manteniendo las máximas con que empezaron y aumentaron las monarquías. Y, en esta parte, merecen tanta alabança como vituperio y odio común en lo demás.

En la variedad de lances, sucessos memorables, batallas perdidas y ganadas, mostrando la causa de que procedieron, ninguna Historia se le puede aventajar; y en la descripción de las provincias y reynos de que trata, ni los más célebres escritores le hazen ventaja para la enseñanza.

Libro es plausible y digno de que salga a la luz, y merecedor don Francisco de mucho premio por averle traduzido en tiempo que la guerra entre la christiandad y los turcos está tan sangrienta, porque sus noticias, reparos y advertencias pueden ayudar mucho para conocer las ventajas con que pueden ser ofendidos.

No hallo en esta Historia cosa que contradiga a nuestra santa fe católica romana, ni sea contra las buenas costumbres. Y don Francisco ha conseguido (disputa bien reñida hasta aora) que son iguales la pluma y la espada pues, con el crédito que sirvió a Su Magestad tantos años en la guerra, ha traduzido y mejorado algunos términos militares que en el idioma italiano estavan confusos. Merece la licencia que pide para imprimirla y V.S. puede servirse de dársela. Madrid, quinze de diziembre de 1683.

Don Juan de Idiáquez Ysasi.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos, el doctor don Antonio Pasqual, auditor de la sacra Rota y vicario de esta villa de Madrid y su partido, por el eminentíssimo señor cardenal arçobispo de Toledo, mi señor. Por la presente damos licencia para que, por lo que a nos toca, se pueda imprimir e imprima el libro intitulado: *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, escrito en lengua toscana por Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos; traduzido en idioma castellano por don Francisco de Olivares Murillo, cavallerizo de la reyna madre, nuestra señora;

atento por la censura de don Juan Idiáquez Ysasi, cavallero de la orden de Santiago y conductor de embaxadores, consta no aver en él cosa contra nuestra santa fe católica, buenas y loables costumbres. Dado en Madrid, a veinte y dos de diziembre de mil y seiscientos y ochenta y tres años.

D. Antonio Pasqual.

Por su mandado:
Lucas de Cabañas.

CENSURA DEL REVERENDÍSSIMO P.M. D. JUAN del Castillo y Sotomayor, monge del orden de San Basilio y predicador mayor de su monasterio.

M. P. S.

Aunque suele ser peligroso y generalmente desagradecido el oficio de traductor, pues hasta los ignorantes alaban el original que no entienden y condenan la traducción por parecer entendidos, don Francisco de Olivares Murillo, cavallerizo de la reyna madre, nuestra Señora, y teniente conductor de embaxadores, ha formado tan ayrosa y puntual la traducción de las *Memorias Históricas Othomanas* que en lengua toscana escribió Juan Sagredo, cavallero veneciano, que el que fuere dueño de ambas lenguas reconocerá que esta traducción española pleytea ventajas de primera con el original toscano, pues en lo peynado de las cláusulas, en lo sentencioso de los períodos, en lo juizioso de las noticias, en la pureza de las voces castellanas, haze demonstración que corren más puras estas noticias históricas que nacieron de su fuente sin otra diferencia que el metal del vaso o de la voz. El autor veneciano, ya sea por la inclinación natural a su república, que con oculta simpatía arrastra los dictámenes y las plumas, ya por no aver comprehendido las razones de Estado, políticas y christianas, de los príncipes confinantes al imperio othomano, habla en su original toscano con más licencia de estilo de la que permiten las leyes de la modestia de testas coronadas y aún ungidas. Y el traductor, como buen cavallero español, omite cuidadosamente la traducción de estos descuydos historiales, queriendo antes faltar a las leyes de traductor que a las del respeto y reverencia que se debe a personas Reales y ungidas. Siendo en don Francisco de más aprecio este reparo por ser cavallero de capa y espada, cuya profesión hiziera más tolerables estas licencias históricas de estilo menos reverente. Y tengo por indubitable que, si el autor viviera, embidiara la obra que compuso en toscano, viéndola firmada y vaciada en el molde de nuestro idioma español. Estas razones juntas, con no tener la obra proposición alguna que desentone la armonía de nuestra fe, ni que contradiga los sagrados cánones, oráculos pontificios, ni a la regalía del rey, nuestro señor, me precisan a suplicar a V. A.

se sirva no solo de concederle la licencia que pide a don Francisco de Olivares Murillo, sino de mandarle también acalore la segunda parte de esta obra, que está trabajando, para alimento de la curiosidad y para beneficio del bien público. Assí lo siento, salvo meliori, en este venerable monasterio de mi gran Basilio. Madrid, y enero 29, de 1684.

M. D. Juan del Castillo y Sotomayor.

SUMA DEL PRIVILEGIO.

Tiene privilegio de Su Magestad don Francisco de Olivares Murillo, cavallerizo de la reyna madre, nuestra señora, y teniente de conductor de embaxadores, por tiempo de diez años para poder imprimir este libro intitulado: *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, sin que otra persona alguna le pueda imprimir sin su consentimiento so las penas impuestas en dicho privilegio contra los que contravinieren en ello, como más largamente consta de su original, despachado en el oficio de Manuel de Moxica, escrivano de cámara del Consejo, su fecha en 12 de febrero de 1684.

FEE DE ERRATAS

Pág. 1, col. 2: Arraguta, lee Arragusa. Pág. 1, col. 2: posen, lee poseen. Pág. 1, col. 2: Balaqua, lee Balaquia. Pág. 9, col. 1: deliberando, lee deliberado. Pág. 10, col. 2: desembaraçado, lee desembaraçando. Pág. 11, col. 1: suprovivamente, lee improvisamente. Pág. 12, col. 2: Gracia, lee Grecia. Pág. 13, col. 1: el, lee a él. Pág. 46, col. 2: le, lee la. Pág. 51, col. 2: bolviendo, lee bolvieron. Pág. 93, col. 2: Matolia, lee Natolia. Pág. 95, col. 2: aludió, lee ayudó. Pág. 114, col. 1: Othomanonismo, lee Othomanismo. Pág. 132, col.1: dexarlos, lee dexarlas. Lín. inmediata, por sí mismos, lee por sí mismas. Pág. 203, col. 2: temural, lee antemural. Pág. 203, col. 2: despreció Amurates, lee despreció el Sultán. Pág. 235, col. 1: Vleicali, lee Vluzali. Pág. 248, col. 2: no eran, lee eran. Pág. 303, col. 2: consuma, lee consume. Pág. 314, col. 1: el no, lee en no. Pág. 321, col. 1: abondonava, lee abandonava. Pág. 362, col. 1: exalan, lee exaltan. Pág. 401, col. 1: talassen, lee talasse. Pág. 403: superarlo, lee supurarlo. Pág. 445, col.2: pertinaia, lee pertinacia. Pág. 494, col.2: embaraçado, lee embarcado. Pág. 549, col. 2: Buzos, lee Brujos.

Este libro intitulado *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, compuesto por don Francisco de Olivares Murillo, advirtiendo estas erratas, concuerda con su original. Madrid, y julio tres, de mil seiscientos y ochenta y quatro años.

Lic. D. Francisco Murcia de la Llana.

Corrector general por Su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

Tassarón los señores del Consejo Real este libro intitulado *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos* a seis maravedís cada pliego, como más largamente

consta de la certificación que de ella dio Manuel de Moxica, escrivano de cámara de dicho Consejo. En Madrid, a tres de julio de 1684.

CATÁLOGO DE LOS MONARCAS OTHOMANOS, cuyas vidas y empresas contiene este volumen.

Othomano	Pág. 9.
Orcano	Pág. 9.
Solimán	Pág. 11.
Amurates	Pág. 12.
Baiaceto	Pág. 14.
Josué	Pág. 20.
Musulmiano	Pág. 20.
Moisés	Pág. 20.
Mehemed	Pág. 21.
Amurates Segundo	Pág. 24.
Mehemed Segundo	Pág. 36.
Baiaceto Segundo	Pág. 75.
Selín Primero	Pág. 92.
Solimán Segundo	Pág. 108.
Selín Segundo	Pág. 252.
Amurates Tercero	Pág. 310.
Mehemed Tercero	Pág. 353.
Acmad	Pág. 407.
Mustafá	Pág. 428.
Osmán	Pág. 432.
Amurates Quarto	Pág. 459.
Ebraín	Pág. 523.

Declaración y valor de las monedas:

Zequí, vale 20 reales de plata.

Úngaro, un escudo, con poca diferencia.

Cada ciento y diez Ásperos hazen un real de a ocho.

Sultanino, un escudo.

Talar, lo mismo.

INSINUACIÓN AL QUE LEYERE.

A las violencias soberanas de un alto precepto (que sabe hazerse obedecer favoreciendo), mal puede resistir resignaciones quien estudia en obediencias de buena ley preceptos de una obligación adeudada con particulares empeños y, no hallando camino para encontrar la esencia de esta circunstancia, puse la pluma en el papel de mi desconfianza falto de luz para el acierto de traduzir (tropezando escrúpulos a cada passo) las *Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos*, que escribió con tanta erudición (en idioma toscano) el no imitado en la comprensión de máximas políticas como elegancia de estilo Juan Sagredo, veneciano, cavallero y procurador de San Marcos. Y solo he conseguido (en borriones) algunos lunares que afean como testigos mi desaliñada tarea, bien que en su contenido dexo en silencio (sin adulterar la Historia) circunstancias poco reverentes a las acciones de algunas testas coronadas, y aún unguidas, contentándome de faltar a la rigurosa ley de traductor, por no abandonar la modestia debida a la veneración de tan sagrados respetos, siendo menor inconveniente permitirme a esta objeción que atreverme a duplicar con el corte de la pluma las heridas que los agudos sentimientos de una quejosa, como apasionada, razón de Estado imprimieron en la reputación de tal elevados héroes.

En las vidas de veinte y dos monarcas (que ilustran esta Historia) se observan notables excessos de barbaridad como sobresalientes acciones en la experiencia militar y política, adornadas de una sólida razón de Estado encaminada (aunque por errados senderos) al acierto y ampliación de la monarquía, en cuya escuela ay mucho que admirar y no menos que aprender, si permitiesse nuestra christiana obligación aplicaciones de estudio a los exemplos de tan infiel magisterio, que ajusta sus dictámenes al fin de una ejecución sin principios de piedad.

La voz religión, y otras de que uso algunas vezes mencionando su secta, las trato como ambiguas, siendo mi ánimo explicar sin contravenir a lo que disponen los sagrados cánones en nuestra santa ley, y declaro como no dicho, ni imaginado, lo que se apartare de este respecto.

Sub correctione.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO PRIMERO.

La nación turquesca trae su origen de principio obscuro, a quien hizieron famosa las atrevidas acciones de la guerra. Y aunque aseguran algunos su descendencia de los tártaros del monte Cáucaso, y otros de los partos, que en su antigua potencia señorearon a los persas, no falta quien diga que descienden de algunos escitas o tártaros numadios (pastores errantes) que dominaron entre la Sarmacia y el río Tanais. Y después de aver corrido el Assia, se apoderaron del país Turhestán, de donde tomaron el nombre de turcos que significa en lengua hebrea bagabundos o foragidos y, en la othomana, rústico o pastor. Por lo qual, quando hablan mencionándose a sí mismos, abandonan con cuydado semejante palabra, por no elevada, y así se valen de la de musulmanos, que significa fieles. Después de la potencia romana, ninguna otra ha estendido sus confines más ampliamente, y aunque la primera ocupó provincias que los turcos no poseen, la segunda señorea naciones que los romanos no conocieron. Y en el círculo de poco más de trecientos años, sujetó los imperios de Constantinopla, Trapisonda y Babilonia, metrópoli del imperio caldeo, quarenta reynos, como infinitas provincias. Confina por levante con la parte del mar Caspio, río Tigris y el seno Pérsico y su reyno. Ay también mezclados entre ellos algunos príncipes que ocupan porción de las riberas del mar Índico y seno Pérsico, como el rey de Fartac y de Ormuz. Y por el poniente, con el reyno de Fez en África y con algunas plaças que poseen los españoles y portugueses en aquellas costas; como también en Europa con los Estados venecianos, tanto inmediatamente a las islas quanto a la Dalmacia y golfo Adriático, que dominan.

Estiéndese también por este lado hasta Arragusa, de quien recibe tributo anual. Por la parte de mediodía confina con el reyno de Adalet, pueblos avisinios de la Numidia, Etiopía y Libia en África meridional, como también con el mar Roxo y Índico en el Assia. Al septentrión haze vezindad a la Ungría austríaca, Transilbania, Balaquia y Moldabia, sus tributarias o, por mejor dezir, sus esclavas. Confina con la Polonia, río Tanais, tártaros crimenses o Precopites, mar o laguna Meótide. Posee en Europa la mayor parte de la Esclavonia, Croacia, Ungría con un pedaço de la Dalmacia, toda la Bosnasethia, Rusia, Bulgaria y Barsabia. Manda también a los tártaros europeos y la mayor porción de la Táurica Quersoneso, dispuesta a sujetar gran parte de la Ucrania como de los cosacos. Señorea la Grecia con la Acaia, Peloponeso o Morea, Epiro,

Macedonia, Tesalia, Tracia o Romania; el Archipiélago con todas las islas, a las quales se juntó con el tiempo Candia. En África tiene el reyno de Argel, en que se incluye el de Tremecén, a quien contribuyen los de Couque, Labes, Friurte y Herguela; el reyno de Túnez a quien obedece el de Carpaoan y el de Tripol con la isla de los Jelbes y país de Barca. Señorea también la Cirenaica, Marmarica, Egipto, Arabia, Traglodítica y otros Estados circunvezinos. En el Assia domina la Natolia, que contiene los reynos del Ponto, Bitinia, Frijia, Misia, Jonia, Caria, Lidia, Licia, Galacia, Paflagonia, Panfilia, Licaonia, Capadocia, donde es el imperio de Trapisonda, Cilicia y Armenia menor. Ocupa también la Syria, que comprehende la Comajena, Celesiria y la Syria damascena, la Fenicia, la Palestina, Judea, Galilea, Samaria, Idumea, Iturea y Tracontide. Y, finalmente, tiene debaxo del yugo la mayor porción de la Arabia, como también de la mayor Armenia, la Aladulia, toda la Mesopotamia y parte de la Asiria, como de la Caldea, sujetada con Babilonia no ha mucho tiempo. Y es tan sumamente dilatado el país que posee la monarquía othomana que no ha auido quien con cierta medida le aya comprehendido. Y los más modernos dizen que de poniente a levante, que es desde los Estados venecianos hasta Persia, se estiende novecientas leguas y mil desde mediodía al septentrión, que es desde Arabia a la Jeorgia. Es nación fiera y sobervia, como indomable en las prosperidades, y en los infortunios manejada y tratable, teniendo solamente la confiança en la multitud y es más fácil de vencer con el oro que con las armas.

Los peores habitantes de la Turquía son los renegados y los hebreos, y los mejores los turcos naturales. Visten trage grave en ropa larga y aborrecen el adorno de muchas piezas. Las primeras rayzes de tan elevada planta (que ha dilatado por todas partes sus frondosas ramas, tanto que casi assombran el christiano mundo) debieron su cultura a Mahoma [570], árabe de nación, hijo de Abdalá y Ismia, idólatras, habitantes en la Meca. Y, aviendo quedado huérfano y manchado también de la idolatría, se aplicó al servicio de un rico mercader que le encargó el cuydado de sus camellos en el comercio. Y caminando por el Egipto y otras provincias, aprendió varias lenguas necessarias para su ocupación, como también distintas costumbres en la comunicación de tantas naciones con quien comerciava en las dependencias de su amo. Y assí hubo de tratar con los que professavan distintas religiones, aviendo estrechado más que con otros la comunicación con Sergio, discípulo de Nestorio, que le dio la errada noticia y llevó de la mano a la composición de sus dogmas. Y no siendo capaz con perfección en alguna ciencia, tuvo alguna noticia de todas y, con sagaz aplicación como con infinita malicia, supo emplear su malignidad con fruto en la simpleza de un pueblo incapaz, sirviéndose de los efectos de la Piedra Imán y de otros naturales para imprimir en el pueblo por milagro lo que era virtud secreta de sus calidades. Y domesticando con el hambre y el ayuno a los más fieros animales, acostumbrió a una paloma de modo que, poniéndose el grano en la oreja, freqüentemente se le llegava por aquella parte a tomar la porción del cebo, diziendo él que era el Espíritu Santo, que le inspirava por este

secreto medio la profecía. Tuvo algunas contradicciones en el principio de su vana y perniciosa doctrina, pues le obligaron a huirse a Medina Elnibi, su lugar. Pero nunca abandonado de la fortuna y siempre asistido de la prudencia, fortificó sus leyes con las armas valiéndose de los más poderosos para acalorar la ley mahometana, que sus secuaces en varias partes avían publicado con sus escritos. Y aviendo llegado a las manos del rey de Damasco, los favoreció. Y unidos en dozientos y onze capítulos (que registrados en un libro) llamó *Alcorán*, que quiere dezir Escritura excelente o Libro glorioso. En el qual dize que el Creador es ingenerable, incorruptible e imperscrutable, gran premiador de los buenos y castigador de los malos, que agradece las oraciones y las mortificaciones del cuerpo. Y que durará la ley de Mahoma hasta el día del juicio y que después, no solo los elegidos sino también los condenados, por su intercessión, hallarán abierta la entrada para la celestial salud y que la vida eterna consiste en el uso de las cosas naturales en perfección, como en la desfogación del apetito, prometiendo también en la otra vida el uso de los más suzios placeres para toda la eternidad y que las mugeres tendrán un parayso separado de los hombres, con otras disonantes y contradictorias impropiedades. Léese en el *Alcorán* el capítulo de la Batalla, en que se persuaden tener por único objeto de su religión, el dilatarla con todos los medios posibles, persuadiéndola con la predicación y esforçándola en los obstinados con las armas, con los quales no exercitan clemencia alguna, adelantando la inexorable crueldad con los christianos quando no pagan voluntariamente el tributo y no llevan con paciencia la servidumbre.

Publican los othomanos que Mahoma es el mayor de los profetas, descendiente de Caidar, hijo de Ismael, y que el padre de éste fabricasse el templo de la Meca, que nació idólatra. Y, aviendo tenido inspiración del cielo, vivió penitente retirado en la soledad de una cueva y aplicándose a la abstinencia perdía el sentido muchas vezes. Y sobre este particular se difunden en la narración varias como insulsas visiones y que después, abjurando la idolatría, avía adorado al Dios verdadero, aviendo recibido de quarenta años el don de profecía anunciado del ángel San Gabriel, que le dio el primer capítulo del *Alcorán*. Y que después, passando por las calles, se le inclinavan las cimas de los árboles y que terminó la vida finalmente de sesenta y dos años, a diez y siete de junio, y los milagros, o más propiamente las ilusiones, en Almedin, ocho jornadas de la Meca.

No se puede negar que este embustero fuesse un sagaz arquitecto en levantar un edificio tan grande que ocupa y señorea la más bella, la más fértil y la más templada parte del mundo, aviendo afirmado su fábrica sobre tres principales columnas que la sustentan que son religión, obediencia y disciplina militar. La primera está incorporada con los intereses de Estado, ajustándose a esto enteramente de modo que, la una como el otro, contribuyen concordemente a la ampliación del dominio. El primer disignio fue buscar el aplauso en la novedad y secuaces, apartándolos de otras credulidades, para

agregarlos a su sentir, valiéndose para facilitar el passage de un mixto de todas las religiones como obra mosayca de varias piezas. Y assí, el que se haze turco, encontrando algún dogma en que se crió tanto menos se opondrá a la mutación, haziéndosele menos estraño el trueque. Recogió lo más de la hebrea, porque andava en aquel tiempo peregrinando bagabunda y con facilidad podría seguir sus vanderas y, para grangearlas a todas con benevolencia, tomó de los étnicos los agüeros y sacrificios de los animales vivos que, repartidos después de muertos entre los pobres, concilian el aplauso del pueblo. Imitó a los hebreos en la circuncisión como en no dar adoración a las imágenes y hazer oración en el campo, a imitación de Moysés, combidando a los más graduados para dar exemplo a la plebe común. De los christianos tomó el día del juicio, la veneración de los difuntos, el ayuno, la peregrinación de Lugares Santos, no apartándose de las opiniones de Arrio y Nestorio, que estavan con notable estimación en aquel tiempo. Y, por no desobligar, compusieron los legisladores turcos la propia de los ingredientes de todas, en atención a que, exaltando ellos su fundador, conociessen que no desaprobaban los autores de las otras religiones. Dizen estos bárbaros que embió Dios solamente a la tierra tres profetas, que fueron Moysés, Christo y Mahoma. Que al primero dio la Ley para enseñarla. Al segundo, los milagros para convertir y, al tercero, la zimitarra para destruir. Adoran un solo Dios, renunciando la distinción de las tres personas y el mysterio de la encarnación, para acomodarse mejor a la plebeya capacidad, eligiendo no solo lo más fácil sino también lo menos pesado, porque cada uno ofreciese más voluntariamente el ombro a la más ligera carga. Desaprobó la confesión por la verguença que motiva el descubrir desnudamente los defectos más desayrados de la conciencia a otro hombre, disponiendo que hiziesse el mismo efecto el baño, pretendiendo sacar las manchas del alma con labrar el cuerpo, poniendo la mira esta cláusula en la conservación de la milicia, que con labarse freqüentemente se preserva de las inmundicias como de algunas enfermedades de que abundan los soldados christianos que olvidan esta policia.

Deseoso de gente que siguiesse su religión, andava con el discurso a caça de los más plausibles entretenimientos, para ponerlos como preceptos de ella, y comprehendiendo quanto sea deleznable el humano genio y frágil la humana naturaleza como aplaudido el comercio y la libertad (no difinida con las mugeres), llenó el serrallo de carne humana para que el hambre de la sensualidad se cebasse bastantemente en la vianda suzia de tan deshonestos apetitos.

Seis son los preceptos de la mahometana superstición: privación del vino, circuncisión, ayuno, oración, limosna y peregrinación. La circuncisión es el rito principal de aquesta secta, pretendiendo que haga en ellos el efecto que haze en los christianos el bautismo, sin el qual consideran cerrada la puerta para la eterna salud. Y por esta razón se executa en forma solemne con extraordinarias muestras de alegría, banquetes y fiestas, como practican los christianos en los matrimonios, en los quales los turcos no usan singular apariencia. Las oraciones son breves y freqüentes, recitadas cinco vezes al día, a las quales llamó Mahoma

columnas de la religión y llaves del paraíso. Y consisten en postraciones, humillaciones y gestos rebolviéndose al oriente y mucho más al mediodía, donde tiene la sepultura su Profeta, executándolas con tanta reverencia y profundo silencio como humilde respeto, que no se moverán, estando en ellas, aunque se les queme la casa menos que el Sultán se lo mande. Atribuyen al mérito de sus oraciones todos los desórdenes que suceden en la christiandad y ruegan en ellas por la prosperidad de su monarca, por el bien del imperio y por la división de los príncipes christianos. El viernes es el más solemne día de la semana y distinto de los demás por tener el rezo más dilatado; y no pueden entrar en las mezquitas sin averse primero mundificado en el baño, donde exercitan con religioso silencio los actos de mayor humildad, conociéndose en el semblante la modestia de tan respetosa ceremonia.

El ayuno se observa principalmente en el Ramadán (que es su Quaresma) y empieza al despuntar de la luna nueva. Y por ver sus primeros rayos, suelen muchos esperar sobre los texados para dar con su descubrimiento aviso al pueblo. Y no comen ni beben, si no es de noche, el tiempo que dura, absteniéndose de sus vicios como del uso del tabaco, tan habituado en ellos. Y si alguno viola el ayuno, le costaría la vida. Quando viene el Ramadán en el verano (que muchas vezes cae en un mismo tiempo en todos los meses) se ven los artífices sentados, sin atreverse a mover (aunque los atormente el calor) para refrigerarse con una gota de agua. Frequentan de día y de noche las mezquitas, sin dexarse ver bagabundos por las calles, resignados con aparente devoción, como retirados de las conversaciones, con aborrecimiento general a las blasfemias.

En el tiempo que dura el Ramadán están impresionados de que las puertas del cielo están abiertas para ellos, como cerradas las del infierno. Síguese después el Bairán (que es la Pasqua), cuya publicación se haze en Constantinopla con la salva de toda la artillería, celebrándose tres días con festivas demostraciones, assistiendo los baxaes más graduados al serrallo de gala, banqueteados de orden del gran señor en el diván, que es la sala del Consejo, assistiendo también a esta función algunos derbís o religiosos que hazen vida penitente y solitaria con abandono del mundo, defendiendo que es aquella secta antigua que les permitió vivir debaxo de la disciplina y obediencia de uno que los governasse.

Son estos santones rigurosos observadores del silencio y de la humildad. Y andan descalços, ceñido el cuerpo de correas de cuero, metiendo entre ellas piedras para mortificarse, a que añaden hierros abrasando con que se cauterizan por penitencia. Son los turcos liberales en las limosnas y gastan con largueza en las obras pías, como en el mantenimiento de los pobres en los hospitales que construyen y en las fábricas de las mezquitas con gasto generoso, sin límite, aplicando por obligación todos uno por ciento de sus haziendas, importando las rentas de ellas un tercio de lo que vale el imperio, cuya limosna se llama zagat. Aplícanse con gran resignación a las peregrinaciones de la Meca,

consintiendo que vayan en comitiva hasta cincuenta mil, para cuyo efecto nombra el sultán un cabo de peregrinos que camina con ellos porque no sucedan desórdenes. Y lleva un *Alcorán* cubierto de tela de oro sobre un camello, a quien a la buelta del viage cubren de flores y le essentan por toda la vida del trabajo para que están destinados estos animales. Pónese, cada año, cubierta nueva en el sepulcro de Mahoma, repartiendo como reliquia la vieja entre los peregrinos, que dexan al falso profeta dineros y joyas con actos reverentes de fingida religión, passando muchos a visitar los Santos Lugares de Gerusalén, más por curiosidad que por devoción, atendiendo a la fama de los milagros que haze nuestro Redemptor creyendo que no aya muerto. Veneran al valle de Ioasafat, como campo de batalla donde el día del juicio han de perecer los pecadores.

Los preceptos del *Alcorán* (como diximos) vedan el uso del vino, y se cree que el sagaz legislador midiesse con humana prudencia la absoluta prohibición del vino, por quanto el poco es bálsamo saludable y, el mucho, toca en veneno. Y assí lo vedó enteramente, sabiendo que bebido sin consideración ofusca las potencias del alma, obscurece las luzes de la prudencia, haze hablar mucho y considerar poco, sin escusarse de manifestar más el corazón que el juicio. Y porque la moderación difícilmente se encuentra en los hombres, que tienen esclavo el sentido, puso este precepto para que se observasse inviolablemente como dañoso a la profesión de las armas por el riesgo de que los soldados no perdiessen el respeto a los oficiales, ni olvidassen su obligación en las funciones de las centinelas, que siempre han sido enemigas del sueño, con las cuales se guardan no solamente las plaças, sino también los exércitos.

También dexó escrito Mahoma que la yerva nacida de terreno en que se huviesse vertido vino sería impura y que, comida de los animales, tendría aquel defecto y, assí, ordenó que no la comiessen. El muftí es el pontífice de los turcos y vive en libertad, no dessemejante a otros hombres, con hábito distinto, contentando el deseo en todo género de obscenidad con las mugeres que le parece bien. Y fuera amplíssima su autoridad a no avérsela limitado la suprema del rey, que lo realça, lo aparta y lo precipita quando se le antoja. Creen aquellos engañados bárbaros que se mantienen en su pecho los arcanos más escondidos de la Ley, y le llaman el espíritu vivificante de la religión, que aclara las dudas, como oráculo, y no se le haze proposición alguna, aunque sea la más ardua, que no la decida interpretando a su beneplácito las obscuras cláusulas del *Alcorán*, quitándose todos sin escrúpulo a sus difiniciones, dependiendo las acciones del común de sus pareceres, quedando permitidas y justificadas sin que los juezes de las decisiones se opongan a las suyas, de cuyas sentencias aún no estuvieron essentos los monarcas, aviendo deliberado alguno sobre sus vidas y, especialmente, en las de los sultanes Osmán y Ebraín.

No se escapó el grado de tan alta dignidad del mayor infortunio reynando Amurates Quarto, pues pisando la autoridad de aquel falso sacerdocio le condenó a un laço.

Professan la mahometana secta los sarracenos, los mamalucos, siguiéndola en este tiempo los moros, los árabes y los tártaros. Y tiene también cismáticos, que son los persas, azimios, chiurdios y otros, en tanto número, que llegan a sesenta y siete las religiones cismáticas de los turcos que siguen el *Alcorán*, pero variando en la interpretación.

Esta diferencia de opiniones fomentó la guerra entre los persas y los turcos y se mantienen en Babilonia los entierros de los dos más nombrados sequazes de Mahoma, que son Alí y Omer. Al primero siguen los persianos, en cuyo sepulcro se ciñen el azero los reyes, que es la primera función de reynar, como entre los monarcas christianos la coronación. Y quando Babilonia obedece a los persas, componen con gran cantidad de lámparas y alhajas de plata el entierro de Alí, sembrándolo muy continuamente de flores y de otras fragancias como de sumptuosos adornos y, no haziendo caso del de Omer, le dexan sin culto alguno con desprecio, desamparado y suzio. Pero quando predominan esta plaça los turcos, colocan a Omer en la mayor altura de veneración, dexando a Alí en desayrado desprecio.

Entre tantas sectas, que ay muchas que no observan alguna y, entre ellas, la de los ateístas (infección sembrada de los renegados), en cuya secta corresponden contribuyendo con lo que poseen los más acomodados a los que les faltan los medios para sustentarse. Y se tuvo creído que Amurates Quarto los favoreciesse en secreto.

Por lo que toca a la política, siendo los dominios como los hombres, unos más robustos que otros, creyeron los mahometanos que el gobierno monárquico fuese el más perfecto y de más duración, porque es el más absoluto y tiene mayor semejança con Dios, que es supremo y universal monarca de cielo y tierra. Y assí establecieron un arbitrio entre infinitas voluntades, un señor entre muchos esclavos, queriendo que exercitasse la autoridad de una deidad terrena, siendo absoluto dueño, sin reserva de la vida, del honor y de la hazienda. Y assí, lo que ordena es superior a qualquiera ley, siendo estas muy pocas y se reducen a materias tocantes a las armas como a la exaltación del dominio, creyendo los súbditos que la voluntad del monarca sea la de Dios y que perder la vida en su servicio es martyrio con que se consigue la gloria, como señal cierta de condenación eterna la inobediencia.

Quien especulare esta falsa secta reconocerá que, aunque en la realidad es toda ella un engaño, es para la conservación y aumento de su monarquía, fina política quando de una independiente orden nace una ciega y precisa execución, instrumentos fuertes para conducir a felice fin las más arduas empresas. Es amado el sultán, pero más temido, porque se mantiene armado y, assí, ordinariamente nace el temor de los súbditos, como el amor, de las operaciones del príncipe. Y por esso estiman más los monarcas othomanos depender de sí mismos que de otros. Son universales herederos de todas las haziendas y no pueden passar a la posteridad sin su beneplácito, impidiendo con esta política que el agua de los caudales se aumente. Y si, tal vez, quitando las haziendas a

los súbditos enriquecen los ministros (como practicamos nosotros con los animales inmundos), los engorda para matarlos después, viniendo a ser su tesoro su propio delito. Y así, las haciendas de todos aumentan el caudal del real erario, pasando a mantener los grandes ejércitos y ministros, como las aguas en el flujo y reflujo de la mar que, sin perder el caudal, vuelven otra vez a incorporarse a la parte de donde salieron. Freno universal de este imperio es una justicia cruel, atendida con tanta veneración (quando dimana del monarca) que aquellos que la padecen pretenden aver ganado la eterna felicidad con la tolerancia.

Los primeros rudimentos de las armas se estudian en la escuela del serrallo, perfeccionándose en los ejércitos, muchas veces en presencia de los sultanes, en cuya destreza se esmera la regular maestría acompañada del corazón y la fe de los soldados que, con pruebas señaladas de valor, se hazen tremendos a los enemigos dexando (quando salen a la campaña en la ciudad) todos los vicios y con la fuerza y la buena disposición dilatan los confines de su imperio, imitando las falanges de los macedones y las legiones de los romanos, como la disciplina de los antiguos Alexandros, Pirros y Césares, en señal de que los othomanos son los árbitros de la tierra, pues en ella no ay imperio más unido, más temido, ni más fuerte.

Concorre principalmente para la grandeza y conservación de él un arcano político, disignio de finísimo entendimiento, que es poner las armas y las fuerzas políticas en las manos de unos hombres que nacieron en la fe de Christo, arrebatados de agenos payses, sin apoyo ni seguridad de nacimiento, levantados a estas dignidades sin embidia, cuya fortuna, siendo inseparable de la del monarca, es interessada en la ampliación de su mayor grandeza. Sin duda alguna embió Dios al mundo esta nación para flagelo de la christiandad, pues desarmada supo vencer a los fuertes y, no maestra en la náutica, ha conseguido ser tan poderosa en la mar como sabemos.

Porfiaron en seguir con bizzaría el próspero y no interrumpido ensalçamiento los othomanos con fortuna, a vista de la discordia y de los descuydos de los potentados christianos. Por lo qual, mi principal intento será escribir los últimos más celebrados sucessos de la guerra y de la paz entre esta monarquía y los príncipes christianos. Y como es preciso (assí en las materias políticas como en las cosas naturales, para penetrar mejor el conocimiento de los efectos que yazen a la vista de los ojos) buscar el principio de la encadenada serie de las ocasiones, hasta las más apartadas y remotas y, conociendo ser necessario buscar las primeras fuentes de donde nace el río de esta Historia, para poder después comprehender el curso de su caudal, pondré brevemente los principios de este grande imperio, los quales son de la misma edad que el siglo dezimoquarto de nuestra salud y después successivamente, a proporción de su aumento, dexaré más ampliamente correr el estilo y la narración.

Como fue extravagante la Ley de la secta mahometana, fueron assí también los adelantamientos, pues apenas hubo nacido quando se levantó a la

mayor estatura. Sus años se contaron por números de continuadas conquistas y cada momento de su crecer fue un triunfo. Y quien cuenta las victorias, cree cansadas partes de los siglos lo que fue prodigioso buelo en tan breve edad. Los sarracenos, que primero arbolaron las insignias de tan malvada religión, inundaron como impetuoso diluvio las grandes provincias del Assia, toda la África y parte de la Europa, brumando no menos las ondas de leños que las campañas de exércitos, igualmente felizes en las empresas marítimas como terrestres.

[633] Desechas las armadas del emperador, ocupó Haumar, segundo sucessor de Mahoma, rey de sarracenos, en menos de veinte años el Egipto, Damasco, la Soria, Gerusalén, Antioquía y toda la Persia. Y de allí passó al África y tomó a Chipre y a Rodas, donde arruinó el famoso Coloso del Sol, como la Licia, la Cilicia. Y aviendo passado el Mediterráneo, puso la infeliz cadena a España, con memoria siempre funesta como ignominiosa para nuestras armas. Y en el siglo siguiente (más formidable en la mar) dominó la ciudad de Candia, la Sicilia y la Calabria y, saqueando con infinito daño, assombró los pueblos de Italia hasta las entrañas de Roma. En el portentoso progresso de aquestas armas salieron los turcos (que primero vivían sin nombre, como sin determinada Ley) de las puertas Caspias y dessolaron la Armenia hasta el año de setecientos y sesenta y tres. Y aviendo corrido la Iberia (llamada oy Jiorjia y Mingrelia) combatieron en Persia a los sarracenos y algún tiempo después de exaltada la Tracia, Constantino y Romano emperadores de Oriente, no pudiendo echarlos con las armas, lo consiguieron con el oro. Y estableciendo finalmente su asiento en el país Turquestán, empezaron a dilatar la fama de su nombre más ampliamente con el terror de las armas y, aviéndolos llamado en su socorro los sarracenos, y considerándolos viles y flacos, como desarmados, moviendo alguna discordia con ellos, quedaron vencedores los Turcos, que sujetaron también la Persia y Babilonia, quedando despojados de los jiorjianos y armenios christianos después, en tiempo que las francesas armas se apoderaron de la Tierra Santa.

En el mismo año, aviendo hecho invasión en la Media y Armenia, los encontró Ambusto, general del emperador de oriente y, más con la estratagemata que con el valor, los desbarató haziendo grande estrago en ellos. Y queriéndose vengar los turcos el año siguiente, bolvieron a la Armenia con cien mil combatientes (que obedecían a Abraham) y, aviéndose retirado los christianos, avassallaron las mismas fortalezas degollando cinquenta mil personas. Y logrando diversas conquistas en oriente, llegaron a las puertas de Constantinopla y precisaron a Alesio, emperador con los christianos de Palestina, a solicitar el celebrado movimiento para la Tierra Santa, deliberando en el concilio de Claramonte que fue por la copia grande de armas y por el zelo porfiado la única y última liga, manejada con unión concorde, por medio de la qual quedó con aplauso inmortal el nombre francés después de recobrada Gerusalén, donde se estableció por aquella nación un nuevo reyno.

Sucedieron (con la funesta pérdida de aquella famosa ciudad, ochenta años después de su recuperación) otros expedientes de príncipes occidentales, que fue la última experiencia de los christianos consagrada a la muerte del santo rey Luis (no menos santa que llorada), en cuyas memorables revoluciones se mezclaron muchas vezes los turcos, y especialmente debaxo de la obediencia de Jerife, cabo de los voluntarios, que unido con el soldán de El Cayro venció y hizo prisionero a Balduino Quinto, rey de Gerusalén.

Estos insignes sucessos de ocho siglos que han fatigado las plumas de graves escritores no son el asunto de nuestra obligación para referirlos distintamente. Y assí, bastará aver dado señas que conduzcan la serie ordenada, assí de los tiempos como del necessario conocimiento hasta el año de nuestra salud de mil y trecientos, célebre para los christianos (por la institución del jubileo concedido de Bonifacio Octavo) y amargo por el principio de la monarquía othomana, a quien dio el más sólido fundamento como también el nombre

OTHOMANO

[1300] Primero rey de los turcos. Hijo de Erdagrul (que quiere dezir hombre justo), que nació el año de 1247 en el burgo de Sogut, cuyos habitantes gozan varias essenciones por la veneración que conservan al lugar de donde empezó su primera potencia. Fue astuto, vivo, armígero y aplicado, pues supo unir al valor la hipocresía, practicando mucho con los santones de la ley mahometana, profesando grande ostentación de piadoso para conseguir el aplauso universal.

Aladino, señor de Alepo y de Damasco, persuadido de la fama del valor de este, le nombró por su teniente general entregándole el gobierno de un aventajado ejército. Y aviendo muerto Aladino, fue uno de los siete potentados que dividieron entre sí aquel Estado, aviéndole tocado la Bitinia con el país que cubre el monte Olimpo.

En el descaecimiento del imperio de oriente, como sobre ruynas de cada una grandeza, reedificaron los turcos su potencia. Y valiéndose Othomano de las discordias de los Andrónicos, emperadores de Constantinopla, dilató su dominio y, después de varias conquistas, murió de mucha edad el año veinte y ocho de su reynado en Bursia, metrópoli de la Bitinia, primera ciudad que conquistó y la más antigua del othomano dominio. Atribuía a gracia del cielo la prosperidad de sus armas para conciliarse con esta devoción, aplauso universal en la tierra. Supo moderar la licencia militar, divirtiéndola del saco como de ultrajar la campaña y de ofender a los habitantes, a fin de lograr universales bendiciones del vulgo. Fue liberal con los pobres, espléndido con las fábricas de lugares píos. Fue atrevido y popular. Heredóle en el imperio, en los artes y las máximas

ORCANO

[1327] Su primogénito, segundo emperador de los turcos que, con duplicados buenos sucessos en la campaña, derrotó las tropas de los dos hermanos que le competían el solio y, después de las domésticas victorias, se aplicó a las externas conquistas siguiendo las huellas de su padre en la división de los griegos y, abançándose a la Tracia, corrió la Bulgaria, internándose en la Capadocia y dilatándose en la Bitinia. Sitió a Nicea **[1329]**, en cuyo assedio llegó a las armas con Andrónico, emperador griego, que intentó socorrerla manteniéndose neutral la fortuna en el sucesso, hasta que Orcano llegó a medirse en el trance cuerpo a cuerpo con el emperador (que salió herido), cuya circunstancia desalentó a los suyos de calidad que, en descaecida defensa, cedieron cobardemente en el empeño, comprendiendo también a la plaça este desastre, pues por falta de protección y esperanças de socorro se rindió al vencedor, que mandó demoler los templos christianos reservando algunos para el uso de sus mezquitas, como también la escuela donde se amaestrava la juventud christiana (cautiva en tierna edad) por toda la Natolia, para emplearla después en el servicio de la dominante nación. Engrandeció Orcano, a imitación de su padre, el othomano dominio para oponerse al cielo con engañadas sobervias esperanças, fomentadas de sus ardientes errores.

Conmovido el pontífice Benedicto Duodézimo del próspero curso de los sucessos infieles, solicitó a la República veneciana para oponer alguna eficaz defensa a los riesgos con que amenaçava a toda la christiandad lo altivo de un imperio, que pretendía fulminar con ruynas y esclavitudes aun a los más distantes dominios. Y hallando en el generoso aliento de los venecianos correspondencia justa a tan christiano zelo, con cien galeras (que obedecían a Pedro Zeno) dexaron libre el Archipiélago, apagando la llama injusta de la tyranía othomana con su propia sangre, cuyas líquidas roxas asquas debieron de abrasar sus propios leños, impelidas del ayroso espíritu de los christianos, pues cada soplo era un rayo en la ofensa que gemía la bárbara canalla sin que para el privilegio de la defensa bastasse el sagrado de la fuga.

[1334] Derrotados pues los turcos (aviendo perdido la mayor parte de sus embarcaciones y desembaraçado aquellos mares) passarán a cevarse las tropas venecianas en las marinas de la Natolia, siguiéndose después la expugnación de Nicomedia, en cuyo tiempo se encaminaron los turcos con veinte y quatro navíos la buelta de la Tracia con ánimo de sujetarla. Hallávase el emperador Andrónico tan falto de milicias que apenas pudo juntar quinientos infantes, que embarcó en tres navíos y, aviendo con despecho animoso (en tanta desigualdad) atacado al enemigo, tuvo la milagrosa fortuna de apressar los catorze, poniendo en fuga a los demás.

[1338] Por las continuadas y peligrosas incursiones de los infieles, se vieron precisadas las mercantiles naves venecianas a seguir más dilatado viage, con descomodidad, para el Helesponto y el dux Andrea Dandolo obtuvo del

soldán (por medio de un embajador) permissão de encaminar el tráfago por la Syria y por el Egipto. El Zeno, siempre animoso como aplicado, adelantava las ofensas y los daños en los infieles y, unida y confederada nuevamente la República con Clemente Sexto, bolvió a poner en la mar cien velas para buscar la armada enemiga, juntamente con el legado de Su Santidad y con sus tropas, a que se avían agregado las fuerças auxiliares de Chipre, Rodas y patriarca de Constantinopla, con cuyo aparato passaron al Assia y conquistaron a Esmirnia. Pero no contentos con las victorias marítimas (donde la experiencia sujetava la fortuna de las infieles armas) tomando tierra el ejército christiano, marchó por aquellas campañas donde perecieron los más a la violencia de unas emboscadas prevenidas de los turcos, para ruyna de los christianos (que es muy usado mudar la cara la felicidad en los sucessos que abandona la experiencia por una dudosa esperança que engendra casi siempre una fatalidad) en que murieron el legado pontificio, Arrigo de Asti, patriarca de Gerusalén y el Zeno. Los quales, estando oyendo missa (sin alterar aquella santa acción), acometidos improvisamente de los turcos, murieron para unir al sacrificio de ella la oblación de sus vidas.

En este tiempo usurpó Catacucene, tutor de Andrónico, su pupilo, el imperio griego y dio por muger una hija suya, de rara belleza, a Orcano para estrechar segura confiança con él. Erigió el sultán en Bursia una gran mezquita y un sumptuoso hospital, siguiendo las máximas de su padre en disfrazar la violencia con el traje de la religión, siendo el primero que instituyó la milicia genízara, reduzida después a más perfecta ordenança por Amurates Segundo a imitación de los soldanes de Egipto que, (anteriormente a los othomanos) para hazer frente a los de Europa, compravan a los circasos muchachos christianos bien dispuestos que (instruidos en la secta mahometana como en las armas) sirviessen en la guerra en lugar de los egypcios (pueblos sin tolerancia para las fatigas de la campaña como incapaces para el manejo de la militar tarea) y con este género de soldados vencieron a los mismos christianos, sujetando el Egipto y la Soria, a quien llamaron mamalucos.

Señaló Orcano a cada caporal, o cabo de esquadra, diez soldados y ciento a cada caporión o capitán, y a cada tribuno mil, ordenando que truxessen unos virretones grandes para distinguirse de los demás. Los baxaes y las personas de mayor graduación de color blanco y la milicia popular roxo, porque hasta la conquista de Constantinopla no se avían usado turbantes y Mehmed Segundo por señal de seguridad, queriendo significar que con tan gran conquista avía asegurado el imperio, les ciñó las cabeças con tal insignia en forma rotunda demostrando que avía de circunvalar en aquella forma con las armas toda la tierra para conseguir la corona universal del mundo. Y después de aver sujetado la mayor parte de la Natolia, murió Orcano envejecido de años (pero no de corazón) en la banguardia de poderoso ejército con intención de sujetar el África. Reynó veinte y un años, valiente, cauto, soldado y político, dexando dos hijos: Solimán y Amurates.

SOLIMÁN

[1349] Subió al solio como primogénito y fue (siguiendo la opinión de los historiadores griegos) el tercero monarca de los othomanos. Si bien, varían los escritores turcos en la representación de la vida y de la muerte de Solimán sustentando que las interpresas subsecuentes fueron executadas de orden de Orcano, su padre, que vivía en aquel tiempo y que antes de suceder en la monarquía, mientras iba siguiendo una fiera, le mató un cavallo de una cayda.

Hizo Solimán algunos progressos en el Assia y después en Europa. Conquistó diversas plaças en el Quersoneso y, amedrantado con tan formidables disposiciones, Juan Paleólogo, emperador de Constantinopla, se coligó con Solimán y, deseando dominar a los búlgaros que le infestaban los confines, le pidió socorro y le asistió con ocho mil turcos que, incorporados con los griegos, passaron a la Bulgaria [1352] donde, en una batalla que perdió el emperador griego, se entibiaron los ardientes progressos que esperañavan su confianza. Y aviendo buelto los turcos a la obediencia de su monarca, le noticiaron la fresca y hermosa amenidad de la Grecia, cuya representación le solicitó ambicioso para tomar pie en aquel país. Y disponiendo sus tropas, sitió inmediatamente a Filípoli. Y si bien se esforçaron los búlgaros para embaraçarle el disignio desbaratando el socorro, se apoderó de la plaça. Y no contento con esta función, desplegó las vanderas victoriosas a la vista de Andrinópolis, ciudad rica y de gran comercio. Y aviendo observado que un pastor salía de la plaça por una quebradura de la muralla, apressándole, le obligaron a que manifestasse la flaqueza de aquella parte indefensa que facilitó la interpresa.

La fama de las acciones resueltas de Solimán, como la felicidad de las interpresas, le concliliaron el aplauso de manera que voluntariamente los pueblos ambiciosos de obedecerle se le sujetavan a porfía. Y otros, temiendo el ardiente filo de su zimitarra, se retiravan adonde no pudiesse ofenderlos el ruydo del golpe de la amenaza de su resolución. Pero la muerte (que no sufre essento a ningún monarca de su estrago) le quitó la vida en los verdores de su mayor lozanía, separándole el aliento de su mayor ambición, pues solo reynó (según los griegos) dos años.

AMURATES

[1360] Primero le sucedió (quarto conquistador) colocando la silla de su imperio en la ciudad de Andrinópolis, empeçando su gobierno a experimentar accidentes que reparó en los primeros movimientos de una sublebación (en el Assia), cuyas undosas corrientes, resistidas del fuerte dique de las armas, no tuvieron bastante vigor para inundar el sossiego de la possession, encontrándose solamente con el castigo el delito.

Empeñado en seguir su fortuna Amurates, deseava lograr algunos progressos en la Grecia su aplicación, para cuyo efecto embió a tomar lengua

del país (en una barca de pescadores) algunos turcos en hábito de mercaderes para sujetarle. Después de lo qual, aviendo fletado dos caravelas ginovesas llamadas La Intercana y La Esquarchasica, passaron sesenta mil turcos en ellas por el precio de un escudo de oro por soldado, teniendo en esta ocasión mejor lugar la avaricia que la religión y el interés que el bien público.

Transportados pues los turcos en Europa, suprendieron a Galípoli con destrozo de los búlgaros, que intentaron socorrerla, obligando este successo a rendirse otras plaças cercanas al Helesponto por no tener forma de defenderse. El passage mencionado fue origen de la opressión de la Grecia, por quanto abrieron entonces los ojos para aprender la formación de las saicas y continuar el tránsito la milicia assiática. Instituyó Amurates la cavallería de espais, dividiendo los países conquistados en timaris, que son porciones de terreno señaladas a cada cavallero para su entretenimiento, el qual queda obligado (en virtud de este repartimiento) a salir a campaña a la primera orden. Y según las conquistas, crece el número de la cavallería y ha llegado algunas veces el pie de lista a ciento y quarenta y cinco mil cavallos, los ochenta mil repartidos en las guarniciones de Europa y los demás en el Assia.

Por esta razón deben los payses defenderse y no rendirse voluntariamente a los turcos porque, acrecentados de fuerças, cada día ganan a la christiandad lo que ella pierde, haziéndose inconquistables manteniendo la milicia sin gasto porque el país christiano la sustenta. Y lo que es más ventajoso es que los soldados, en mantener lo conquistado, defienden lo propio. Y por este camino, mezclándose los intereses del rey con los de los combatientes, manejan las armas con útil recíproco caminando con igual prosperidad.

Nombró Amurates un juez castrense, con nombre calidesquier, para que decidiese las controversias de los soldados en la paz como en la guerra. **[1361]** Y por no perder de vista (a imitación de sus mayores) el aumento de la superstición señaló a la misma la dezimaquinta parte de los despojos enemigos (que por las freqüentes correrías en los payses christianos, como por las victorias, ha llegado a innumerables cantidades). Expugnó la ciudad de Sagara fabricando un puente sobre el Ebro para passar de la otra parte y, aunque los príncipes circunvezinos (zelosos de tantas conquistas), juntaron considerables tropas de servianos, balaquios, úngaros y bosineses para atravesar sus disposiciones, quedaron desechas de los turcos en las campañas de Andrinópolis. Cinco años continuos se entretuvo en Grecia para sujetarla y, después, conquistó las ciudades de Apolonia, Siros y Nissa. Saqueó la Albania y la Bosnia siendo el primero que, con pomposa solemnidad, llenó el precepto de la circuncisión y el que instituyó el visiriato, nombrando en él a Timurtas baxá como autor de diversas victorias y de una en particular, en la qual quedó derrotado el príncipe de Caramania (constante enemigo de los turcos) abatiendo también a Cracovisio, señor de la Bulgaria.

El visir (primer ministro o valido) es cabeça del Consejo y lugarteniente del sultán y vicario general del imperio. Y no tiene esta dignidad más ceremonia

en la exaltación que recibir el sello real, que traen pendiente del cuello por asegurar la cabeza, pues si por desgracia se le perdiese, quien le encontrase podría valerse de él para una falsedad con riego del visir. Su amistad la desean todos y, aunque sea para su ruyna, la solicitan al más caro precio. Para ser rico, basta que sea avaro. Y es más peligroso y menos autorizado quanto más arroja sobre sus ombros el sultán el peso del gobierno para aliviarse, pues cae sobre él el odio de las malas operaciones, consiguiendo el alabança de las buenas el sultán. Y en qualquiera frangente, con sacrificarle al pueblo, tienen fin las sublevaciones y la mormuración, a que se junta ser más fácil tomar las cuentas a uno que a muchos. Decide todos los litigios recibiendo las súplicas y es árbitro de la paz y de la guerra, teniendo en él, las negociaciones de los embaxadores, absoluta deliberación. No es capaz su autoridad de hazer cortar la cabeza a los baxaes sin orden por escrito del sultán, ni castigar los soldados sin participación de sus generales. Y son, los primeros visires, principales solicitadores de los sultanes para las conquistas por hazerse más necesarios, por quanto viven más expuestos a las assechanças de los émulos en la ociosidad de la Corte, donde hazen mayor batería los impulsos de la mala voluntad que en el inquieto bullicio de la campaña. Es el puesto más sublime de la monarquía, y el más arriesgado, porque su elevación es confinante del precipicio y de la cercanía de su Júpiter nace estar más expuesto a los incendios del rayo.

[1367] En lo más vivo de la guerra, tomó las armas contra su padre Saulex, primogénito de Amurates, confederándose con Andrónico, hijo mayor del emperador griego, consistiendo el empeño de los dos en procurar quitar a los padres los imperios, fabricando su grandeza sobre las ruynas de quien los avía dado el ser. Estava Amurates ocupado en las mencionadas conquistas y, sin embargo, abandonando lo menos por lo que importava más, marchó la buelta de la parte adonde estava acampado su hijo, a quien encontró cerca de Constantinopla y, amedrentados los que le seguían al ver la feroz presencia del belicoso padre, abandonaron al hijo que, desamparado de los suyos, se encerró en la plaça de Demotico donde, sitiado y preso de Amurates, le hizo sacar los ojos porque no se dexasse anticipadamente deslumbrar del esplendor de los rayos del solio.

Coliano emperador, ministro de la crueldad de Amurates, por no desobligarle, consintió (a las instancias repetidas) que padeciese Andrónico la misma pena puesto que avía incurrido en el propio delito, executándose con salpicarle los ojos con azeyte hirviendo, quitándole aquella luz que le avía dado quando le engendró. Si bien, reparó el triste con prompts remedios su desventura en algún modo pues, aunque le dexaron entre las tinieblas, no dexó de conseguir algún crepúsculo para su consuelo.

Los soldados griegos, que siguieron el partido del rebelde Andrónico, hallaron precipitados la pena de su delito entre las ondas de un río. Y los que siguieron a Saulex murieron degollados a las manos de sus propios padres de orden violenta del inexorable bárbaro monarca, que los precisó a ensangrentarse

en sus propias entrañas. Vertida la propia, no menos que la agena sangre, después de aver pisado a los humildes y degollado a los sobervios, formidable a los confinantes como terrible a los christianos, con la vanidad de tantas victorias, pretendía poner leyes absolutas en todos. Por lo qual Lázaro, despoto de Servia (que es lo mismo que soberano), viéndose no lexos de seguir forçado el carro triunfal de sus conquistas, uniendo las fuerças que pudo de los circunvezinos príncipes, marchó con tropas considerables en busca de Amurates para darle la batalla. Y aviéndose afrontado los exércitos, hizo Amurates que montassen algunos soldados en los camellos considerando que semejante disposición en la vista, como no acostumbrada de los cavallos en las batallas, sería causa de alterarlos con la novedad para vencerlos después, desbaratados más fácilmente, cuya máxima logró Amurates. Pues amedrantada la cavallería christiana, descompuso la formación de modo que lograron los infieles la victoria, quedando derrotado el campo christiano y muerto en la campaña, entre los demás, Lázaro de Servia, salvando la vida con la fuga Marcos, príncipe de Bulgaria. En cuyo trance un criado fiel de Lázaro, llamado Milo (mirando muerto a su amo), embistió con Amurates y le quitó la vida de una lançada, después de aver reynado veinte años, acabando primero de vivir que de vencer. Y aviendo expugnado infinitas plaças y conseguido treinta y siete batallas, prisionero (para una eternidad) le depositó la muerte en el estrecho calabozo de una sepultura en Bursia dexando dos hijos: Jiacup y

BAIACETO

[1383] Que fue el quinto monarca y sucedió en los dominios del imperio, a quien llamaron Hildris (que significa rayo), cuya primera ira cebó el incendio de su crueldad en el único hermano haziéndole morir ahogado con la cuerda del arco. El zeloso amor del reyno no sufre competidores y los turcos, por no poblar de esperanças el trono, dexan deshabitada la real estirpe de sujetos.

Vengó Baiaceto la muerte de su padre, con destrozo de los búlgaros, quitando la vida con sus propias manos a Eliazar, su príncipe. Y apoderándose de aquel dominio, lo distribuyó en timaris, para entretenimiento de la cavallería, no siendo menos cortés con el de Macedonia, pues acabó su vida a los filos de su zimitarra **[1385]**.

Aunque casi ciego Andrónico, no dexó de tener alguna luz para ver las gradas del solio, intentando subir a él, porque no podía tolerar que Emanuel (segundo hermano suyo) fuesse preferido en la exaltación. Por cuya causa se retiró al abrigo de Baiaceto **[1390]**, a quien prometió a Filadelfa, ciudad fortísima en Lidia, permitiendo que en Constantinopla un prefecto othomano dicesse las controversias de los turcos, como también le ofreció anual tributo en recompensa de su favor, por lo qual consiguió un socorro de quatro mil cavallos que, agregado al apoyo de sus faccionistas, fue bastante para asegurarse del padre y del hermano, como también de Constantinopla. **[1392]**

Y aviendo ocupado el cetro fue para él de yelo, pues poco después se le resvaló de las manos y, escapándose el padre y el hermano, consiguieron el auxilio de Baiaceto también, a quien separaron de la amistad de Andrónico con la oferta de treinta mil ducados al año de tributo y con la de entregarle a Filadelfa, que no avía podido conseguir porque los habitantes de ella negaron el sujetar el cuello al yugo othomano. Y así los griegos mencionados, artífices de su propia cadena, conquistaron esta plaça para entregarla a los turcos obligándola por fuerça a que se humillasse y reconociesse el bárbaro dominio en conformidad de lo capitulado. Por lo qual bolvió (con el fomento de Baiaceto) a ocupar segunda vez la silla del imperio griego Emanuel, quedando Andrónico desposeído y tan necessitado que, con una pequeña pensión que le dieron los turcos, se reduxo a vivir en aquella Corte. ¡O miserable fatalidad de los christianos que, siempre acometidos de la discordia y siempre concordados en parecer esclavos, permiten que los turcos logren entre el agua turbia de las dissensiones pescar la libertad de la patria!

La ferocidad del espíritu de Baiaceto, atenta siempre a las armas, no le apartó jamás del gobierno político, pues señaló a los jueces de justicia en sus erarios los estipendios necesarios para mantenerse, siendo así que antes se sacaban de la sustancia de los litigantes, y ordenó que se les pagasse con puntualidad por no dar fomento a los pleytos, eximiendo a los súbditos de la opresión de la avaricia [1393]. Recorrió toda la Capadocia, dessoló la Frigia y, acometiendo al rey de Armenia (uno de los más acreditados capitanes de aquel siglo), le venció más con el engaño que con la fuerça, siendo cómplice su propia muger en la destrucción del príncipe y del imperio. Y deshaziendo las fuerças del caramano passó a Europa, saqueó a Macedonia, atormentó la Albania y, obligando por fuerça a que pagasse el tributo el príncipe de Balaquia, no pedonó a la Tesalia, convirtiendo en sí mismo el fuego de sus armas aquellas provincias, como llamas que le aumentavan con la materia de las conquistas. La viuda princesa de Delfos le dio por muger a una hija suya de rara belleza por asegurarse en el Estado como en la libertad.

Segismundo, rey de Ungría (que en Roma esperaba recibir la corona imperial de mano del sumo pontífice), le propuso una liga entre los christianos para oponerse a las inundaciones de las corrientes iras othomanas que destruían sin resistencia a todos. Y aviendo agrado a Su Santidad el zelo de la proposición, combidó para ejecutarla a Carlos Sexto, rey de Francia; a Filipo, duque de Borgoña, llamado “el atrevido”; a quienes se agregaron el emperador de Constantinopla, la república de Venecia, el gran maestre de Rodas y muchos príncipes italianos [1396].

Divulgada pues la fama de este armamento en Francia, persuadida aquella generosa nación del justo zelo christiano de su propia reputación, concurrió uniéndose a la armada christiana, passando en aquellas tropas el duque de Nibers, el condestable de Francia, Guillermo señor de la Trimogle, el grande

Almirante y Buchardo, famoso mariscal, sin otros cavalleros de la primera nobleza cuyo número llegó a ocho mil cavallos.

[Saidino, historiador Turco] Baiaceto, que entonces corría el Egipto, marchó azia la parte donde hazían mayor estruendo las tropas christianas, en cuyo viage cogió a un correo despachado del rey de Ungría con cartas para el emperador de Constantinopla, de quien supo los premeditados armamentos de los coligados; con que se aprestó para la resistencia aviendo penetrado que las armas christianas solicitaron la recuperación de Nicópoli, que defendió Dogambeg, su governador, con la numerosa guarnición del presidio othomano, quedando sumamente damnificados los agressores.

Embió el sultán al hijo de Timurtas baxá a reconocer al enemigo y, no aviendo tenido relación a su gusto, esforçando la marcha todo lo possible, llegó de noche a la frente de las tropas francesas y, reconociéndolas personalmente al amanecer, fue su llegada antes vista, que creída de los christianos, pues los ojos les anticiparon la noticia primero que los oídos. El duque de Nibers dispuso con gran magisterio sus tropas para el trance de la batalla y, aviendo observado la prevención y conocido el intento Segismundo, le hizo dezir por medio del mariscal úngaro que sería más seguro y puesto en razón atender a la unión de las otras milicias, por no sujetarse al perjuizio de la desproporción, teniendo entero conocimiento de las fuerças del enemigo, a que respondió el condestable que no era ya tiempo de Consejo sino de obrar con la espada. Eran los combatientes christianos ochenta mil, pero el número de los turcos de tan gran conseqüencia que para cada christiano avía quatro o cinco turcos.

Movíanse los grandes esquadrones de momento en momento y, de lo embaraçada que estava la campaña, se comprehendía que era doblada la ventaja de los infieles, pero viendo la resolución del condestable, se dio la batalla en la vigilia de San Miguel. Atacaron los franceses con generosidad ayrosa el trance mezclándose con los enemigos en el primer choque, en que perecieron más turcos que christianos, aviéndose mantenido el successo en equilibrio hasta que Baiaceto en persona, acompañado de la inmensa turba, con la multitud más que con el valor, destrozó los esquadrones christianos. En medio de lo qual, los franceses sin temor que los desmayasse, con valiente resolución, emprehendían la defensa pereciendo en ella intrépidos, pero no rendidos. Y aunque los othomanos vencieron, no fue a poca costa, que no despediciassen mucha sangre.

[Saidino, historiador turco] Cayó Baiaceto del cavallo, pero socorrido de los suyos, aviendo buuelto a montar en él con liberalidad, animó con más furor que nunca el empeçado combate, en que murió el señor de Viena sin abandonar jamás el estandarte real, reservando los turcos solamente las vidas de aquellos que, con el trage y adorno, demonstravan superior calidad y autoridad sobresaliente. El destrozo de los franceses llevó tras sí todo el ejército, pues no observando las órdenes proporcionadas a la mejor defensa, prorumpieron desmandadas cobardemente las filas en la formación de los esquadrones en una

declarada como infame fuga. Y arrojando las armas, como si las manos fuesen inútiles, se encomendaron a los pies.

Segismundo y el gran maestre de San Juan apenas pudieron salvarse (sobre el Danubio en una pequeña barquilla) de la tempestad de las saetas turcas que, hasta la propia margen, bolavan para anegarlos en su propia sangre. Transportados pues de la corriente hasta el Euxino, encontraron a Tomás Mocenigo, general de la República (que con quarenta y quatro galeras, unido a los confederados, guardava las espaldas al ejército). Y aviendo penetrado hasta las bocas del Danubio, los recogió sobre la armada hasta que el rey desembarcó en Dalmacia para conducirse a Ungría, restituyéndose también el gran maestre a Rodas.

Perdióse la antecedente batalla porque faltó la obediencia en las órdenes militares, desamparando la observación el arte enteramente a vista de tan poderoso y armado enemigo, pues mandando muchos y obedeciendo pocos era preciso terminar en confuso desorden el sucesso, siendo la ceguedad la que encontrasse el despeño para aumentar la ruyna. Baiaceto, advertido de la calidad soberana del duque de Nibers, renuevo generoso de la sangre real francesa, no solo le dio la vida sino también a cinco de los nombrados, en cuya presencia hizo (con horroroso espectáculo) cortar las cabeças a los demás franceses y borgoñones, assegurando en Bursia a los seis prisioneros, a quienes después dio libertad con el desembolso de cantidades muy considerables, aviendo sido el infeliz estrago una nube que, desatada en lluvia de sangre, inundó la campaña llevándose en los raudales los cuerpos vivos y los cuerpos muertos para sepultarlos en el undoso panteón del Danubio. A este respeto fueron los prisioneros muchos, pues solo en el quartel de Timurtas baxá se numeraron dos mil, aviendo quedado el bagage y la campaña a disposición de los infieles que jamás reusan llegar a las manos con los christianos, antes bien buscan con impaciencia los abiertos combates en la campaña, fiados en la multitud. Y por essa razón debieran los christianos no llegar a la batalla con ellos sin aver hecho reflexión de los accidentes primero, valiéndose también de los sitios más ventajosos para proporcionar la desigualdad y deshazer la fuerça con el arte, remediando la superchería con la aplicación y la industria, como lo hizieron los polacos assaltados de Osmán en los tiempos venideros, como referiremos en su lugar [1396].

Los othomanos (que fundan, como diximos, sus victorias en la innumerable suma de milicias más que en la fortuna) aborrecen la defensa de las fortificaciones diziendo que es acción desayrada y propia de pocos cobardes por eximirse de llegar a las armas, temiendo que los fuerçen al combate como también el que los deguellen.

Después de la victoria, Baiaceto (pisando arrogantemente sobervio en su idea los elevados escollos de su desvanecimiento, con ánimo de avassallar a todo el mundo) taló los amenos jardines de Constantinopla. Y poniendo fuego a los sumptuosos edificios de tantas casas de placer, trocó en infierno el agradable

parayso de los griegos, en pena de averlos afeminado y envilecido el corage las delicias de tan hermoso recreo.

Tuvo orden Alí baxá del sultán para intentar (con ofertas) que el emperador Emanuel le cediese la metrópoli del imperio griego. Y no aviendo admitido la proposición, resolvió ponerla sitio, donde se mantuvo diez años continuos sin dexar, por este respecto, de inquietar los circunvezinos payses, aunque con pérdidas innumerables de gente. Por lo qual, se vio precisado el emperador a passar a Venecia a representar con viva voz la mala consecuencia de acrecentarse tanto las fuerças othomanas, como también el peligro de Constantinopla y su imposibilidad para hazer frente a tan desiguales armas. Después de lo qual passó a Francia a mendigar socorros, pero la fresca memoria del antecedente estrago y lo maltratado y divertido de Carlos Sexto, en la continuación de sus achaques, perturbaron la atención en sus ruegos dexándole desvanecida la confiança, que siempre sobran razones de Estado para divertir el zelo christiano de los príncipes que, aplicados al bien común de la religión, desean contribuir con lo que deben. Y siendo opuestas a él las más vezes, y otras a la católica observancia, dexando de concurrir a lo más piadoso y justo por atender a la política de las máximas los unos y por falta de voluntad los otros, y los menos porque no pueden, consiguiendo successivamente el perecer después todos.

[1398] Oprimidos los potentados del Assia, como de Europa, solicitaron la protección de Temir, o Tamorlán, emperador de los tártaros que, aunque también estava assombrado con la repentina prosperidad de los turcos, dispuso la más formidable armada que en la memoria de los hombres ha tenido más estimación en la tierra.

Nació este famoso bárbaro en Samarcanda, ciudad situada en la margen del río Laxarte, en el país de Zagatai confinante de los partos. Hombre de áspero como turbado aspecto, ceñudo, severo y arrogante. El primero de todos en flechar con la saeta el blanco, como el de más obscuro linage entre ellos. Y guiando sus passos por la vereda de su condición, y de sus máximas, llegó a dominar tanta multitud de gente que avassalló la Escitia, la Sarmacia asiática, la Media, la Mesopotamia, la Asiria y otros reynos como el de Persia y también a Babilonia **[1399]**. Y aviendo aumentado el ejército con innumerables esquadras de tártaros, passó el río Bolja y el Éufrates con seiscientos mil combatientes y, descendiendo a la Assia menor, oy llamada la Natolia, obligó a Baiaceto (con tan estruendoso aparato) a perder de vista sus dictámenes en la idea de sus conquistas, para oponerse a los progressos de tan formidable enemigo. Y antes de afrontarse los ejércitos, passaron entre estos famosos bárbaros varias embaxadas, queriendo Tamorlán que restituyesse Baiaceto a los griegos los payses conquistados. Pero maltrató a los embaxadores que le hizieron semejante propuesta, por ser dissonante a su desmesurada ambición. Y aunque se interpusieron algunos mahometanos de crédito y gran suposición, deseando persuadirles de cuánto daño sería a la secta común que rompiessen la

guerra entre sí las dos columnas fundamentales del mahometismo, siendo los más firmes escollos en que podía naufragar más fácilmente la nave de la cristiandad, no hallando modo de ajustarlos, se acamparon las dos armadas a la vista del monte Estela, donde se explaya una grande y dilatada campaña (en cuyo terreno combatió Pompeyo con Mitrídates).

Moviéronse los campos frente a frente, reduziendo todo el valor a la disposición de una regular ordenança sin desmandar en los preceptos de la observación el más leve descuydo (aviendo precedido que un impetuoso viento despedaçasse la tienda de Baiaceto, agüero que pronosticó su ruyna) y, atacando la batalla en las primeras escaramuças, se abançó el Tamorlán en persona para reconocer la disposición de la armada enemiga, después de aver guarnecido los costados de la suya con los carros del bagage para que no le precisassen a combatir con la zimitarra, sino a su gusto, a fin de valerse de las flechas, en cuyo manejo eran más diestros los tártaros. Y aviendo caydo en sus manos un hijo de Baiaceto antecedentemente (con gran sentimiento de su padre), le condenó a muerte ignominiosa.

Encendidas las esquadras al soplo violento de las vengativas iras, era un caos de confusión el sangriento laberinto de las armas, en donde solo encontrava la salida el que tenía por guía la muerte. Obscurecieron el día las nubes de las bolantes flechas de los tártaros que, en densa lluvia de horrores, granizaron peligros innumerables sobre los othomanos, por estar envenenadas. Y aviendo dividido Baiaceto en dos medios orbes sus esquadras, encargando el diestro a los beglerbeyes del Assia (que es como virreyes y capitanes generales) y el siniestro a los de Europa, ocupando él la batalla, se abançó a mezclarse con las armas blancas con los tártaros, persuadido a que los desordenaría más fácilmente. Pero el Tamorlán, superior en el número de las tropas, reforçando siempre con gente fresca el combate, no solo resistió los esfuerzos enemigos, sino que les obligó primero a descomponerse y, después con turbación, a retirarse en abierta fuga, donde la confusión medrosa se precipitava en los abismos del riesgo. Y mirando Baiaceto desesperada la materia, sin aver podido incorporar a los fugitivos para repararse y rehazerse en algún modo para bolver a la batalla, no teniendo efecto lo que pretendía su disposición (aviendo mantenido el puesto y quedando de los últimos tan aventurado) procuró salvarse con pocos oficiales que le siguieron. Pero cayendo el cavallo herido de un flechazo, alcançándole las tropas tártaras que le seguían, quedó prisionero de Tamorlán que mandó le encerrassen en una jaula de hierro, tratándole no como a rey abatido de la fortuna, sino como al más desvalido esclavo de la Turquía.

Los historiadores othomanos deslumbran con diferente expresión el suceso de esta tragedia diziendo que le conduxeron en litera y no en jaula, pero la verdad fue que, por mayor desprecio, quando montava a cavallo Tamorlán, le servía Baiaceto de banquillo, experimentando tan costosamente los efectos de los humanos trofeos, pues a fácil despeño suelen reducirse las más

encumbradas altivezes. Dígalo el exemplo de este monarca que, aviendo pisado el mundo con las armas victoriosas, se mira condenado a estar debaxo de los pies de su enemigo sin más aliento que el que podía lograr (atadas las manos) debaxo de la mesa de Tamorlán, con permissão de los canes (que viven de los desperdicios de ella). Y para mayor ignominia, hazía que su muger (hija de Lázaro de Servia) sirviesse a la mesa en presencia del marido desnuda y le subministrasse la bebida, pero faltándole la constancia a Baiaceto para tolerar las injurias del vencedor sobervio, dando continuamente con la cabeça en los hierros de la jaula, consiguió a pesar de la esclavitud del cuerpo, la infeliz libertad del alma, terminando con la vida la esclavitud y la miseria. Fue atrevido, solícito, infatigable, ardiente y si su desgracia no le huviesse suspendido el curso de las victorias, no tuvieran limitación, porque su espíritu pretendía no caber en todo el mundo sin estrecharse, impaciente al desayre de ceñido.

Salváronse con la fuga sus hijos Musulmano, Moysés y Mustafá. Y procuraron recoger las desbaratadas reliquias de sus tropas, a quienes arrojó (a la margen del salvamento) la resaca piadosa del terreno naufragio que los conduxo a lograr la fortuna del puerto de la vida. [1403] Eran los disignios de Tamorlán atravesar la Europa, llegando a las más remotas porciones de España y, navegando el estrecho para passar al África (con círculo entero maravilloso de victorias) bolverse al Assia. Pero llamado del riesgo de su país, a quien (en la ausencia de Tamorlán amenaçavan las armas del emperador de la China) bolvió a resistir los progressos que logró el chino solo en amagos. Y después de infinitas conquistas, avassallado del ocio, se dexó vencer de la gula y de la floxedad y, dividiendo entre sí los sucessores los Estados, con amistad mal correspondida, faltó la concordancia para sustentar la máquina, con que por último se arruynó el edificio. Sucedió a Baiaceto

JOSUÉ

Su primogénito, sexto monarca (según los griegos) y recuperó después de la muerte de su padre a Prusia, dando principio a la conquista del perdido país, como Musulmano, a competirle el imperio con la disputa de las armas.

La nación griega, viéndose desproveída de armas como de fortificaciones (por la concordia) para hazer resistencia a los turcos, fomentó quanto pudo la discordia entre los príncipes de la sangre othomana, acalorando el emperador las pretensiones de Musulmano, en que también se interessó el príncipe de Sinope. Y uniéndose estos socorros a las gruessas tropas de genízaros que seguían su partido, le alentaron para que passasse al Assia. [1408] Y penetrando la Capadocia, se encontró con su hermano que, assistido de luzidas tropas, le presentó la batalla, en cuyo sangriento trance quedó vencido y muerto Josué, sirviéndose Musulmano del cadáver de su hermano, como de escalón, para subir al solio. Reynó quatro años después de la muerte del padre, si es reynar litigar, perder y contrastar el imperio, antes de posseerle.

[Saidino, historiador turco] Los historiadores turcos no llaman a Josué, sexto, ni a Musulmano, séptimo, ni a Moysés, octavo, monarcas de turcos, aunque se ciñeron la diadema, uno después de otro. Y ponen solamente en el registro de sus emperadores a Mehemed Primero, y penúltimo de los hermanos, mencionándole el quinto monarca, restaurador de su abatido dominio, hablando de los dichos Josué, Musulmano y Moysés como de príncipes de la sangre rebeldes. Y, sin embargo, diremos que colocado en el trono

MUSULMANO

Séptimo rey de los turcos. Halló que Moysés, hermano tercero suyo (fomentado de los Balaquios) le insidiava la possessión, quien, por apartar al emperador griego de su competidor, se casó con una sobrina suya restituyéndole a Tesalónica y algunas costas del Assia más baxas. Y viéndose con el apoyo del emperador, como con las propias fuerças bien armado, llegó a pelear con su enemigo. Y aunque es verdad que Moysés se portó con gran valor, cedió a la fortuna de las armas de su hermano, como más inferior en las fuerças. Y con la fuga se passó a la Balaquia. Y creyéndose invencible con el successo, Musulmano no trató de resistirse a los assaltos del ocio y del vino y, passando a cruel como sangriento su gobierno, tocó los límites de la tyranía. Son los tyranos como los nublados en el verano, que ocasionan naufragios, hazen mucho daño y duran poco.

Desobligados los baxaes de su mal proceder, y en particular Brenez, general de Europa, con todas las milicias genízaras tomaron el partido de Moysés. Y mientras Musulmano intentava salvarse en Constantinopla, le hizieron prisionero en el camino las tropas de su hermano, que le hizo morir sacrificado al laço de un dogal, después de aver reynado, o por mejor dezir tyranizado, quatro años.

MOYSÉS

[1412] Vencedor, octavo rey de los turcos, encaminó sus armas contra el emperador griego por aver fomentado el partido de su hermano. Y poniendo sitio a Esperendovia, la avassalló. Y huviera conseguido a Tesalónica si Emanuel, hijo bastardo del emperador, no huviesse derrotado sus tropas. Este (por escarmentar a su enemigo) fomentó (en su oposición animándole) a Mehemed, otro hijo segundo de Baiaceto, criado pobremente en la casa de un fabricante de cuerdas de viguela donde aprendía el ministerio. Y apenas le empezaron a tocar las cuerdas de la ambición, quando movido a la dulce inflamación del estruendo armonioso de dominar, despertó los espíritus generosos adormecidos y, puesto a la frente de sus tropas, asistido de los griegos y balaquios, incorporó con ofertas a su partido las milicias assiáticas. Y saliendo a campaña con fuerças considerables, resolvió ducidir con el azero qualquiera

dificultad que se le opusiese y, prevaleciendo en el primer rencuentro los europeos, quedó destrozado el ejército de Mehemed, pero muy entero su corage. Y aviéndose recobrado en Constantinopla con el auxilio de Emanuel emperador, recogió las reliquias de sus derrotadas tropas y, con frescas assistencias del griego, bolvió otra vez a ponerse en campaña. Y aviendo passado el estrecho de Galípoli sobre embarcaciones griegas, se bolvieron a dar vista entrambos ejércitos.

Brenez, general de la cavallería, y Casán, aga de los genízaros del partido de Mehemed, aviéndose abançado a las primeras filas del ejército de Moysés, injuriaron a los soldados de aquella facción porque fomentavan al menos digno del imperio, ocasionando el desperdicio de la sangre othomana entre los sequazes de una misma religión. Y Moysés por castigar la temeridad de Casán, que solicitava desacreditar su partido, metiendo las espuelas al cavallo y levantada la zimitarra para herirle en la cabeça, un soldado, embaraçando el golpe, le cortó la mano derecha. Y viéndose herido y sin aplauso, observando la disposición de las milicias de su hermano movidas para atacar a las suyas, temiendo desconfiado que le avían de abandonar en el trance, encomendó a la velocidad del cavallo la fuga en el inmediato riesgo, en que no dexó de alcanzarle la muerte, que le sacrificó a la fortuna del vencedor al cabo de tres años de combatido dominio.

MEHEMED

Victorioso, viendo abatidos a los hermanos que le disputavan el imperio (menos a Mustafá, a quien tenían oculto y amparado los griegos para hazerle el juego en más oportuna ocasión), consiguió con la generosidad el aplauso, assegurando con la maña en su partido agregadas las tropas que seguían a su hermano Moysés, con que se fixó la diadema en su cabeça. Y fue, como quieren los turcos, el quinto y, como dizen los griegos, el noveno monarca de los turcos. Y entre otras prendas que le adornavan, fue la del agradecimiento que mostró siempre reconocido al emperador griego, su confederado, a quien permitió cerrar la garganta del istmo de Corinto con amplíssima muralla, sin dexar de favorecerle en todas las ocasiones. Y al passo que fue afable y cortés con su amigo, no dexó de ostentar severidad ardiente con los demás christianos sus enemigos.

Fue restaurador de aquella monarquía, sujetando al príncipe de Caramania. Y poniendo en obediencia a la Capadocia, dominó la Servia y la Balaquia, imprimiendo en su reconocimiento los caracteres de la soberanía. Fueron directores de sus empresas el baxá Brenez y Turacán, invencibles militares de aquellos tiempos, de quienes dizen los historiadores que no hubo laurel humano que resistiese las inflamadas y arrogantes iras de sus corvos rayos de azero, despedidas de las obscuras nubes de su ceño y executadas de sus altivos impulsos.

[1418] Fue Mehemed el primero monarca othomano que desplegó las vanderas en daño de la República veneciana, la qual poseyendo grandes Estados dominava toda el Assia menor marítima y, con línea no interrumpida, caminava desde cabo de Istria hasta cerca de Constantinopla, con que la paz con los turcos era de suma conveniencia por la navegación y por el comercio. Y assí, embió el senado por embaxador al sultán a Francisco Foscarí, que no solamente la concluyó, sino que, manejando unidamente los intereses del emperador griego, le reduxo a quedar con entera satisfacción después de varias controversias. Pero mientras se fundava la quietud sobre esta tranquilidad, los infieles othomanos la quebrantaron sorprendiendo las galeras de mercancía que bolvían de Trapisonda, como otras que navegavan las aguas de Constantinopla, cuya no esperada demonstración ocasionó que, disgustado el senado, armasse quinze galeras a la obediencia del general Pedro Loredano, nombrando por proveedores de ellas a Andrea Foscolo y a Delfino Veniero, a quienes encargó la comisión de que desembarcassen de la armada y passassen como embaxadores a dar las quejas de la repressalia a Mehemed, procurando la restitución para evitar la rotura quando, sin descrédito, quisiessen los othomanos dar lugar a más seguros y puntuales tratados que los antecedentes. Y poniendo las proas al Archipiélago y tocando las espumas del estrecho de Galípoli, los recibieron los turcos como a enemigos disparándoles un diluvio de flechas, a que correspondieron los venecianos con ballestas y otras armas de aquel tiempo, porque aún no se avía empezado a practicar la invención de la artillería y demás bocas de fuego, salida de los infiernos al mundo, para la común ruyna de los hombres. Y el general Loredano para executar las órdenes que llevaba, deseando escusar que passasse a más ensangrentado el empeño, hizo que de su galera passasse Tomás Bragadino, su secretario, con vanderas blancas a insinuar a los turcos que se hallavan en aquella armada embaxadores, que iban destinados para tratar con el sultán manejos de quietud y amistad, dándole también comisión para que observasse la cantidad y calidad de las embarcaciones enemigas para executar, con madura consideración, lo que conviniesse después.

Recibieron al secretario con apariencia ociosa y cautela dissimulada, de que comprehendió la mala disposición, refiriendo después al general que los turcos tenían bien pertrechadas sus embarcaciones, como dispuestas de todo lo necesario, circunstancias que les inclinavan más al mal tratamiento que a la buena cortesía, y a la guerra más que a la paz. Y apenas acabó el secretario la relación de lo que avía observado, quando empezó a salir del estrecho la armada turquesca en ordenança. Y teniendo el Loredano la suya en buena disposición por aver ganado el barlovento y la ventaja del sol, dexándole a las espaldas para que el resplandor hiriesse los ojos de los enemigos, hizo el oficio de ayroso capitán, como el de valiente soldado y, persuadiendo a los suyos a que le imitassen, lançándose con la propia galera en lo más espeso de la bárbara armada, se dio principio al sangriento combate. Y abordando las galeras

venecianas a las embarcaciones turquescas, atacaron el empeño con el denuedo más prompto y, despreciando el general una herida que recibió en la cara y otras en el cuerpo, se negó a las instancias que le hizieron los suyos para que se retirasse a curarlas, persistiendo (ensangrentado con no imitado valor) en la batalla hasta que vio enteramente derrotado al enemigo. **[1418]** Y aviendo muerto tres mil turcos, y entre ellos el general, apresó seis galeras y veinte fustas, salvándose las demás con la fuga en Galípoli. Después de lo qual, embió el Loredano un intérprete suyo a condolerse con el governador de aquella plaça, de que passando como ministro de paz le huviessen tratado con tanta hostilidad que le obligassen a manejar armas para defenderse.

Los turcos, cuya dureza es como la del diamante que solo se dexa labrar con la sangre, echando la culpa a la poca experiencia del comandante de su armada, mostraron no solo complacencia de la embaxada, sino que les ofrecieron toda seguridad a los embaxadores. Y recibéndolos en Galípoli con toda urbanidad y cortesía, propusieron sus negociados consiguiendo la restitución del castillo de Lamfac, perteneciente a un noble veneciano de la casa Zorzi, con calidad de que cada año pagasse cierta cantidad de dinero. Y con la remisión de los prisioneros se bolvió a establecer la paz, en la qual (floreciendo la República en la mar) se obligaron los turcos a no salir del estrecho con baxeles armados, declarando en las condiciones de las treguas que, en el caso que la operación fuesse contraria a lo ajustado, pudiesen los leños venecianos tratarlos como a enemigos.

Contento el senado con este sucesso, hizo demonstraciones de alegría en la ciudad participando la prosperidad de él a los príncipes christianos. Y llegando poco después a Venecia un ministro de la Porta, quedaron ratificados los ajustes, no impidiendo este lance que los turcos se moviessen con passos solícitos a la expugnación de las empressas terrestres para fabricar su potencia sobre la flaqueza y las discordias de los príncipes de la Grecia.

Los príncipes de la Morea, incapaces de defenderse (por sus cortos Estados) de tan grande enemigo, pusieron en manos del senado voluntariamente quatro lugares marítimos, cuyo exemplar no quiso seguir la muger de Jorge Estrusimero, pues su avaricia no la avergonçó de aver vendido a los turcos la importante plaça de la Belona.

[1419] Mustafá, hermano de Mehemed, aviéndose salvado con la fuga del riesgo de la batalla (como diximos), se recobró al auxilio del príncipe de Sinope, consiguiendo que se declarasse en su favor el príncipe de la Balaquia, si bien no siguieron este parecer los otros príncipes griegos, amedrentados del ruydo de tantas victorias y conquistas logradas del othomano.

El emperador griego (por complacer a Mehemed) prendió a Mustafá, su hermano, refugiado en aquel dominio, recompensando esta fineza con la restitución de las plaças que sus antecessores le avían ocupado en el Peloponeso. Y prevaleciendo Mehemed, assí en las guerras internas con los hermanos como en las exteriores con los circunvezinos, reestableció con prodigioso curso de

victorias y con el valor la tyranía, bolviendo a fixar más permanentemente (con seguras y dilatadas rayzes) la desplantada monarquía.

[1420] De las comunes pérdidas de los christianos tuvo su parte también la República, conviniéndole resentirse a los ultrajes de las victoriosas armas porque pretendía el infiel que la paz marítima ajustada no impedía los progressos terrestres. Por lo qual se aplicó a la expugnación de la antigua Tesalónica, llamada modernamente Salónica, cuya situación en la Macedonia cubre la isla Termacia, que boja de circunferencia dos leguas castellanas, componiéndose de habitantes y comercio una población de grande importancia, y no de menor consecuencia, por el sitio y por las fábricas de muchos templos que la hermean. Compónese la muralla (casamuro antiguo) de quarenta torres que la defienden. Y aviendo comprehendido el emperador Andrónico Paleólogo que dicha plaza (estando circunvalada de los dominios othomanos) no se podía preservar, ni mantener, sin gran dificultad de tan poderoso enemigo, tuvo por más acertado entregarla (siete años antes) a la República para assegurar su amistad y correspondencia en los peligrosos accidentes que podían suceder con los turcos. Y aviendo recibido, el senado, dicha plaza destinó propios gobernadores para regirla y mantenerla en justicia.

La gran distancia de la metrópoli y, mucho más, las distracciones de la Lombardia, como la confederación con florentines a daño del duque de Milán Vizconti, contribuyeron a esta pérdida, además de la negligencia de Andrea Dandolo y Pablo Contarini, que correspondiendo mal a las esperanças que se tenía de sus personas en que sabrían pertrecharla y defenderla, la perdieron infelizmente cediéndola a los turcos, parando en una cárcel donde (a instancias de su mal proceder) les disputaron la culpa. Este desgraciado aviso concitó el ánimo del senado a elegir por su capitán general a Fantín Miguel, sugeto de aprobada virtud, experiencia y valor. Y aviendo passado a levante, hizo que se sintiesse el estruendo de sus operaciones (con aumento de su reputación) en las entrañas de aquellos comarcanos payses por aver conquistado las ciudades de Crisópolis, Ersén, Casandra y Platemone, como también destruido en diferentes ocasiones (con afortunadas victorias) a los cosarios, dexando aquellos mares preservados de sus bárbaras infestaciones.

Aviendo buuelto Mehemed después de las mencionadas conquistas a Andrinópolis, no se huviera contentado con tanta prosperidad solamente si la muerte no huviesse rendido al vencedor, después de aver reynado, o por mejor dezir combatido, ocho años. Y la fortuna propicia al othomano imperio quiso que la cytara de la monarquía quedasse de nuevas cuerdas templada y levantada de punto por la mano de

AMURATES SEGUNDO

[1421] Y si Mehemed reduxo el imperio a su primer estado, Amurates, no solo lo dilató, sino que le engrandeció a la mayor altura, siendo uno de los

más vorazes conquistadores que ha tenido aquella corona. Tuvo por competidor en el dominio a Mustafá, su tío (quinto hermano de su padre), a quien el emperador griego (que no sabía defenderse de los turcos, si no es con la máxima de aumentar dissensiones en la real estirpe) dio libertad, permitiéndole la salida de la cárcel en que le tenía asegurado en la isla de Lemnos. Y aviendo intentado Amurates ganar la voluntad del emperador griego con alhagos e intereses (que son los más eficaces medianeros con los ambiciosos) para que le entregasse a Mustafá, no tuvo el efecto que deseava la pretensión.

Prevalecían en Grecia las letras (que imprimen universalmente en los que las professan, quietud inalterable y pacífica templança) y, por el contrario, las armas encienden con dulces violencias altivas el espíritu de quien las cursa, animando el corazón al uso de los empeños como vistosa gala del valor que funda su buen parecer en los peligros marciales, siendo la pica y la coraçca escalas resplandecientes para subir a lograr los aplausos de una inmortalidad en ayrones permanentes, que tremola la constancia al ayre de una entereza para ensangrentarlo todo. Por lo qual, los turcos (en los principios que empezaron a dar caudal a los raudales de su potencia) olvidaron no solo toda enseñança, sino también las artes ingeniosas, professando solamente el de las armas en el exercicio militar que consigue las victorias y es el más seguro medio de predominar.

No sabían los turcos en los principios de su grandeza leer ni escribir y para señalar algún acuerdo, en lugar de firma, ensuciándose parte de la mano con la tinta, imprimían aquellos borrones sobre el papel, durando hasta oy en los archivos aquellas señales de los primeros emperadores Othomano y Orcano, que conservan con notable veneración como si fuesen reliquias u otra más sagrada y religiosa memoria.

[1422] Mustafá assistido de los griegos sujetó a Galípoli y, coronándose en Andrinópolis, hizo destroçar a Baiaceto (que governava aquella plaça en nombre de Amurates), que con pronto ejército se movió para extinguir aquel incendio antes que pudiesse aumentarse la materia para levantar más la llama. Y tomando los puestos circunvaló la plaça apretadamente, cuyo frangente desconsoló de manera a Mustafá que salió de ella a buscar modo de esconderse en la montaña, pero aviendo caído en las manos de sus enemigos, sacrificada su vida, sirvió de víctima a los intereses de Estado, que son los ídolos más reverentes de los monarcas. Y deseando Amurates vengarse de los griegos que fomentaron a Mustafá, assistido de los beglerbeies de Assia y Europa, puso sitio a Constantinopla, no obstante que su padre (en memoria de las assistencias que le dieron aquellos emperadores para mantener su partido contra los hermanos) **[1424]** le persuadió muchas vezes, antes de su tránsito, que viviesse con agradecimiento reconocido y mantuviesse la paz inviolablemente entre las dos coronas. Pero él, haziendo poco aprecio de las advertencias del padre, juzgándose ofendido, atacó la plaça con ardiente obstinación, no siendo la

defensa menos valerosa en los sitiados, cuya gallarda resistencia obligó a los turcos (después de mucha pérdida) a tratar de proposiciones de paz abandonando la expugnación. Y aviendo faltado después a la fee y a la palabra de lo ajustado, haziendo irrisión de las promessas, puso en precisión de que intentassen el emperador y príncipe de Caramania buscar otra diversión que fuese capaz de hazerle cejar en el curso de tan precipitadas violencias. Y aviendo fomentado para la oposición a otro Mustafá, hijo suyo bastardo de treze años (que disgustado del padre se avía retirado a Constantinopla), passó con las assistencias griegas al Assia. Y mientras distribuía las órdenes para dar principio a la guerra en Nicea, corrompió Amurates con dádivas y con ofertas al governador de aquella plaça, que le participava secretamente las disposiciones del hijo. Y aviéndole preso inmediatamente, le hizo ahogar en su presencia, con lo qual, asegurado el sultán de las domésticas sediciones, se aplicó (con ambicioso ardor) a las conquistas externas. Y no solo assistió a muchas en persona, sino que en el mismo tiempo dividió los generales en diferentes empresas, dándose las manos para enlaçar las operaciones y eslabonar la cadena que intentava fabricar para poner en mísera esclavitud a los confinantes payses christianos.

Caraz, beglierbei de Europa, sujetó las plaças de Casiope y Jianina y puso en obediencia las más cercanas regiones. Y discurriendo la Albania, Turacán maltrató (en algunos requentros) las tropas de aquella nación haziendo cortar las cabeças a dos mil prisioneros de guerra, construyendo una memoria en forma de pirámide que mencionasse el inhumano triunfo de la crueldad executada para atemorizar lo altivo de aquellos naturales, no perdonando al Peloponeso (poseído de venecianos) y, aunque después del sitio de Constantinopla, estableció la paz con los griegos, fueron iniquas las condiciones y la más principal la de demoler el istmo, cuyo distrito tenía dos leguas de latitud, fabricado de Emanuel emperador con permission de Mehemed, su padre (como diximos). La memoria de los beneficios en los soberanos siempre fue de nieve, porque se deshaze a la llama del menor desdén. Los príncipes griegos, temerosos de experimentar su dessolación, lisongeavan al sultán (o con la sangre viva de sus propios hijos en rehenes, o con la propia substancia de sus haciendas en tributo) por conservarse en su Estados, como lo hizieron el de Sinope y el de Bulgaria. Y, no obstante, la prenda de seguridad en el hijo del búlgaro descubrió que meditava Amurates la interpressa de Esperendovia, cabeça de su dominio, por cuya razón solicitó con instancias secretas al rey de Ungría para que le socorriesse y confederasse con él, poniendo en la plaça a Jorge, su primogénito, para que la defendiesse. Pero advertido el sultán de toda la negociación, anticipando la marcha, la puso sitio con todo aprieto y Jorge, amedrentado del estruendo de tan numerosas tropas, faltándole el corazón para la defensa y sobrándole las municiones como los víveres para resistirse, pactó la rendida infamemente con el bárbaro, a quien entregó la plaça sobre el seguro de lo capitulado. Y, no dando cumplimiento a lo dispuesto, solo ordenó que a

Jorge como a su hermano segundo, le extinguiessen la luz de los ojos con un instrumento abrasando y que a una hermana suya (de notable hermosura) la conduxessen al serrallo para incorporarla a las demás destinadas al uso de su hedionda obscenidad.

[1425] Quedaron estos dos infelizes príncipes como talpas sin tierra, por averla cedido a los turcos infamemente y no es dudable que eran muy cortos de vista antes de perder los ojos, pues no alcançaron a ver las engañosas promessas del tyrano como la obligación de defenderse hasta perder la última gota de sangre.

Fue Amurates Segundo quien reduxo la infantería genízara a la más ajustada disciplina ordenando que se formasse toda de hijos de christianos. Si bien, después se introduxeron los de los turcos, haziendo abuso dissonante de su primera institución. Y conociendo que en mezclar los othomanos en esta milicia no se conseguía puntual seguridad, por quanto prevalecían las protecciones de los padres, en cuyo fomentado calor imprimía el Consejo la disposición con más facilidad en las sublevaciones. Por lo qual, ordenó que extraviassen (de la christiana prosapia los muchachos más nervosos y bien dispuestos) arrebatándolos a sus genitores en tierna edad porque, olvidados fácilmente de la religión, no conociessen otro padre que el sultán y por esso le llaman en idioma turco Palensabá (que es lo mismo que padre nuestro), como aquel que los viste, sustenta y acomoda en los serrallos para que los adiestren en las armas.

Por este camino los cría el monarca para que le conserven temido, manteniéndose ellos en su grandeza, acalorados con el interés recíproco que sirve de instrumento principal para fabricar las victorias. Llamáronlos genízaros de la voz *Janua* (que significa puerta) y, aviéndose llamado así la Corte de Constantinopla, los destinaron para su guardia. El primer número no passó de doze mil en la institución, consiguiendo con esta cantidad las más difíciles interpressas sin aver crecido el valor en el aumento de la milicia. Antes bien, la multitud puso en descaecimiento la disciplina y la aplicación y quando se avía de hazer la elección, assistía el governador de la tierra y, en presencia de un cabo de genízaros y un escrivano, exponiendo a la vista de ellos los muchachos que no passavan de doze años, escogían de cada casa uno quedando solamente essento el único en esta leva.

Destinava el sultán para esta función a los turcos más desinteresados porque los pobres christianos, por eximir a los hijos de este trabajo, se descarnavan de lo más precioso de sus caudales. Tenían privilegio y perdón general los genízaros del primer delito, pero experimentavan en el segundo el castigo con gran severidad. Numéranse divididos en esquadras debaxo de la obediencia de distintos cabos inferiores. Y según lo aprovechados y robustos en la profesión militar, los subliman por sus grados en los puestos mayores. Si bien, basta solo el impulso del real favor, que puede hazer sinrazón a la virtud en todos los casos (no premiando al benemérito), pero no a la sangre porque

todos son esclavos levantados del polvo de la tierra. Y no está obligado el sultán a reconocer el nacimiento, sino la habilidad y el valor. Y aunque muchas veces suceden algunos motines que engendra el cuerpo de la milicia, nacen para morir luego, porque duran poco a causa de que la severidad de la justicia sacrifica (al reposo de todo el cuerpo) los principales movedores del exceso con que se apaga el más ardiente hervor de la sedición con grande facilidad.

Reduxo también Amurates a proporcionada y justa regla la cavallería de espais, desposseyendo de los timaris, o repartimientos, a los que no concurrían bien armados en las ocasiones, como también a los que gozavan encomiendas y no comparecían en persona, contentándose de embiar en su lugar criados y otra gente inútil, a quienes condenava a exemplares castigos, arrancando por este medio de raíz todos los fraudes militares mal introducidos. Y purificando en esta forma el ejército, vigilante en la ejecución de las órdenes, se acreditó de invencible no aviendo obstáculo que no venciesse ni mal enqüentro que no atropellasse.

Los socorros del rey de Ungría suministrados al búlgaro motivaron que se desplomasse sobre aquel florido reyno la vengativa rabia de Amurates, que puso sitio a Belgrado, antemural de aquel dominio. Y aviendo tomado los puestos, dividió en dos troços el ejército corriendo por su cuydado mandar el primero, y por el de Alí baxá, hijo de Brenez, el segundo. Y aunque estrechó la plaça quanto cabe en lo possible, no bastó para conseguirla porque los sitiados se defendieron con tan entera constancia que le obligaron a desamparar la empresa (aviéndose debido tan ayrosa oposición al valor y gobierno de Juan de Uniades, padre del rey Matías), [1442] retirándose ensangrentado y abatido a vista de su bárbara altivez el inexorable sultán, quien sin olvidar (con este accidente) su vengança, abrasado entre las llamas de su satisfacción, renovó el año siguiente las invasiones más vivas en aquel reyno. Pero Uniades, siempre altivo, con aplicación puesto a la testa de las tropas úngaras, le disputó los lances de modo en dos ocasiones que lloraron destroçados dos ejércitos que obedecían a los cabos más afamados de aquella nación.

[1443] Marcharon con aparato mayor los infieles el año siguiente con deseo de sujetar aquel propugnáculo de la christiandad, pero Uniades, acampado siempre en sitios ventajosos, les obligó a que (por falta de víveres) abandonassen el disignio. Y no contento con esto, conduxo sus tropas cerca de Sofía, ciudad de la Tracia, donde se acampó a la vista de Mesichec, general de Amurates, que con cinquenta mil hombres ocupava aquella campaña, pero Juan Uniades, que deseava las ocasiones para grangear aplausos como el alivio de sus vasallos, dio la orden de embestir al enemigo que, desbaratado en pocas horas de combate, perdió la batalla y más de treinta mil turcos la vida, sin otros muchos que quedaron sin libertad y muy pocos los que se asseguraron con la fuga.

Experimentó también en otro enqüentro el açote Carembegio, general turco, quedando desbaratado y preso, cuyo accidente fue causa de que Amurates

enfrenasse su ferocidad abriendo el camino con la negociación para ajustar la paz, que los sucessos (más que las palabras) persuaden y convencen fácilmente a los othomanos. [1443] Estos impedimentos no estorvaron que bolviesse a crecer la inundación de sus tropas, pues anegaron la Bosnia obligando que ofreciesse aquel príncipe el pie a la cadena del tributo, importando el valor de los eslabones veinte y cinco mil escudos cada año.

Imprimió también en la Morea la mayor esclavitud, porque dominando una parte Demetrio y Tomás, hermanos de Constantino Paleólogo, último emperador de Constantinopla, tuvieron algunas discordias con los súbditos que después fomentaron entre los dos ensangrentados disgustos y obligaron a Demetrio a valerse del favor del othomano. Pero uno y otro abandonaron el Estado y la libertad, dexándolo todo al arbitrio de los infieles, passando Tomás, después de corta resistencia, a Roma llevando consigo la cabeça de San Andrés apóstol, cuya reliquia recibió Su Santidad con solemne processión. Y por reprimir tan ensangrentados progressos y tan eminentes ruynas, se ajustó una famosa liga capaz de oponer defensas (en sus más vivas crecientes) al rápido curso de las victorias turquescas.

Eran los coligados la Polonia, la Ungría, la Transilbania, la Servia y la Bulgaria y dispusieron fuerças proporcionadas, como formidables en el empeño, para que respirasse la afligida christiandad, atacando al enemigo común en sus dominios (por librar de la bexación los propios), avivando el incendio en las entrañas de ellos con la materia que podían subministrar los súbditos christianos a espaldas de esta invasión, deseando romper los fuertes eslabones de la cadena que oprimía su libertad. Pero tan justa y provechosa resolución se desvaneció a impulsos de Jorge, príncipe de la Bulgaria (fundador de la católica ruyna), pues, separándose de la unión, consiguió particular ajuste con Amurates. Y rompiendo las templadas cuerdas de este concierto, en la dulce música de la unión, logró que dissonassen las voces de este instrumento y lo que antes era lisonja de la estimación se convirtió en confuso, como desabrido estruendo, que amedrentó a los demás y, por no quedar expuestos al peligro, procuraron ajustarse con los othomanos, concurriendo también Vladislao, rey de Ungría, violentado más del exemplo de los otros que de su propia voluntad.

La mala conseqüencia de esta paz ocasionó la ruyna del príncipe de Caramania que, por no perder la ocasión de la oportunidad y lograr el tiempo en sus conveniencias, avía juntado poderosas tropas a fin de dar la mano a la empresa de la concertada liga para eximirse de la sujeción othomana y, con las armas, sacudir de los ombros aquella opresión quedando en libertad desahogada. Pero desvanecido el mencionado concierto, quedó desabrigado haziendo frente a las más poderosas fuerças, sin fomento alguno que le acalorasse contra tanto enemigo, en cuyo empeño se perdió infelizmente porque supo Amurates grangear con la negociación a los más principales comandantes, acompañando con mucho dinero la aplicación, de donde nació enteramente la destrucción del Estado, pues consiguió sujetar la metrópoli de su

dominio agregando también a las sultanas que le sufrían incontinente en el serrallo una hija muy hermosa de este príncipe [1443]. La qual intentó con el sultán (en medio de los progressos) que suspendiese la ira contra su padre, recibiendo uno de sus hermanos en rehenes de su fee como prenda que afiançasse la seguridad de su reconocimiento. Y no huvieran sido bastantes los ruegos de esta dama a templar el rigor de la ardiente zimitarra (que adorava las operaciones de Marte más que las lisonjas de Venus) si el movimiento de los christianos (que le precisó a la defensa de lo proprio) no le obligasse a abandonar lo ageno.

Conocieron los príncipes de la liga el error de averla dissuelto, como el de averse compuesto con el enemigo, pues solo fomentaron con el ajuste una desayrada sujeción mal cautelada, comprehendiendo también que la cayda del caramano era un antecedente pronóstico de la de Ungría y Polonia. Avía ajustado pazes con Amurates el úngaro (por averlas facilitado las victorias de Juan de Uniades) a quien el pontífice Eugenio y los príncipes christianos advirtieron que no se fiasse del sueño que se logra a la sombra de la oliva y de que sería más conveniente empuñar generosamente las armas antes que el altivo sultán (ensobervecido con las frescas victorias) tuviesse tiempo de reforçar sus tropas, no solo para la defensa sino para hazerse insuperable.

El cardenal Juliano Cessarini (legado pontificio en Ungría), prelado de profunda doctrina y discreta eloqüencia, fue el móvil de aquesta resolución aviendo representado al rey, que no estava obligado a guardar la palabra a los infieles que la quebrantan cada día como se les antoja y que no cessan de hazer la guerra si no es con la máxima de descansar para bolver a tomar las armas quando los christianos las tienen ociosas, poniendo también en su consideración que, destruido el caramano, no perdonarían al más amigo.

[1444] Persuadido Vladislao, y ambicioso de gloria, congregó un ejército considerable a la disposición de Juan de Uniades y, encaminándose a la Balaquia, se acampó a la vista de Barna, ciudad de conseqüencia, aviendo antecedentemente ajustado la paz con el rey de Boemia, como también despachado embaxadores a Francia, al pontífice, a la República y al duque de Borgoña. Armó la iglesia ocho galeras subministradas de la República, siendo su general Juan Condulmero, obispo de Verona, sobrino de Su Santidad. El duque de Borgoña embió a Venecia treinta y cinco mil ducados, a la disposición de monsiur de Ver, para el armamento de otras quatro, cuyo gobierno se encargó a nobles venecianos, como el de las pontificias. Todas estas prevenciones llegaron a la noticia de Amurates, por avérselas participado el búlgaro y el caramano, para convalecer por este medio del eminente precipicio que amenaçava sus fortunas, contentándose con firmar las desayradas condiciones de una paz iniqua.

La christiana armada marítima, bien que passasse obedeciendo las insignias pontificias y del duque de Borgoña, se componía la mayor parte de leños venecianos, consignada a la experiencia y valor de Luis Loredano,

mientras no le convenía a la República por algunos respetos tremolar las propias vanderas contra la Porta (assí se llama el Consejo). Fue disignio del Loredano y de los coligados navegar a las gargantas del Elesponto para embaraçar a los turcos el passo del estrecho de Galípoli, pero sin fruto porque Amurates, despreciando el obstáculo y haziendo irrisión de la liga de los christianos, passó (con cien mil turcos assiáticos) a la Europa, donde se le incorporaron las tropas más experimentadas y bien dispuestas de aquella parte. Y aviendo puesto en ordenança su ejército en las campañas de Barna como experimentado capitán, quiso reconocer las fuerças de los christianos y, después de aver refrescado la gente con el descanso de quatro días y dividido en dos grandes cuerpos la cavallería, encargó el primero al denuedo de Caraz y el segundo al ardor de Bitagi, ambos sobresalientes y bizarros cabos en la estimación de los infieles.

Ocupó Amurates la batalla, assistido de numerosas esquadras de genízaros, bien dispuesto, esperando el trance de las armas. Y aviendo ordenado Uniades con gran magisterio la disposición que avía de observar el ejército christiano, y abrigando la retaguardia con la frente de un elevado monte, guarneció un costado con el carruage encadenado y, prolongando el otro en la margen de una ribera, se dispuso a pelear solamente con la banguardia a fin de que la multitud enemiga no le pudiesse circunvalar, dexándole incapaz de defenderse. Y aviendo persuadido al rey que no se moviesse con el grueso hasta que él se lo previniesse, embistió Caraz, beglerbei de Assia, con gran corazón, pero con gran infelicidad, pues murió inmediatamente, cuyo accidente desordenó todo el querno izquierdo poniéndose en precipitada fuga los assiáticos. Y viendo Amurates desesperada la materia, dissenava seguir las huellas de los fugitivos para salvarse, quando los obispos de Estrigonia y de Baradino, magnates úngaros, con otros varones polacos embidiosos de la gloria de Juan de Uniades, queriendo más perecer a su modo que vencer por la disposición de otro, deseando obscurecerle la gloria que podía conseguir con tan señalada victoria, incitaron al rey (mancebo ambicioso de gloria) a que saliesse del puesto ventajoso y atacasse el querno derecho de los europeos que governava Amurates assistido de las más escogidas esquadras genízaras. Y aviéndose movido el rey acompañado de gruesas tropas de nobleza polaca y úngara más unidas que concordés, animando con breve persuasión a los suyos para que le imitassen correspondiendo a las palabras con las obras, atacó ardentemente a los enemigos que empezaron a ceder hasta que Alí baxá, esforçando al sultán al empeño (que por el destroço de los assiáticos estava con algún desmayo), le hizo memoria de las glorias de la nación como de las victorias de los genízaros, cuyo estímulo le dispuso arriesgado como ardiente en el trance. Y viéndole empeñado los suyos, pelearon desesperadamente (que en semejantes ocasiones suele quitar la fuerça de las manos el arbitrio de la fortuna).

No solo eran superiores las tropas othomanas a las católicas en la multitud sino también en la calidad y si avía oposición era solo en la cavallería úngara y polaca. En lo más ardiente de la batalla, infelizmente cayó el rey del

cavallo y, observando los suyos el accidente, faltaron todos a su obligación dexándole despeñar de la violencia de una infame fuga que atropelló la honra y la vida del monarca que pereció entre los pies de sus vasallos, motivando esta desgracia la última ruyna de las esquadras christianas. Un soldado llamado Cozza, separando la cabeça del cadáver de [Segismundo] Vladislao, la presentó al sultán que galardonó con liberalidad el regalo.

Daud, beglierbei de Europa, siguió el alcance de los fugitivos hasta el Danubio, en cuyas aguas se anegaron muchos, aviendo sido tan grande el destroço de la infantería que aumentó el caudal del río con los raudales de sangre que corrían de los manantiales de las fuentes de los cuerpos de los infelices christianos, aviendo perecido en esta ocasión la mayor parte de la nobleza polaca y úngara.

Juan de Uniades, viendo desbaratada la ala siniestra de sus tropas por no aver observado su disposición, como impossible de enmendar el desorden (porque la confusión solo sabe aumentar el desconcierto, para ostentarle más ciego), hizo el mayor esfuerço para recuperar el cadáver de su rey (aunque sin fruto) aventurando su persona (que estuvo muy a riesgo de quedar prisionero) y, en medio del ensangrentado empeño, recogiendo algunos esquadrones de sus infelices tropas, con la disposición y con la espada abrió camino (entre las mayores dificultades) para hazer su retirada con toda buena ordenança.

Amurates, desdeñoso con la victoria, caminava con sobervios passos ajando con los pies a los cadáveres y, después de averles bebido la sangre con hidrópicos ojos de crueldad (que con aver sido tanta, no fue bastante a repararle la ardiente sed de su malignidad), bolviendo la cara a Astambeg, le dixo que se admirava de que entre tantos cadáveres christianos se distinguiesen tan pocos viejos. A que respondió que, si huviera avido entre ellos muchos hombres de juizio y ancianidad, no huvieran salido de tan ventajosos puestos ni huvieran precipitado el buen sucesso de una victoria conseguida. Y aviendo ordenado Amurates que pusiesen la cabeça del rey en una pica, a la vista de todos, para assombrar a los christianos con tan horroroso espectáculo, como también para lisonjear a los infieles con tal demonstración, mandó que la entrassen en un odre lleno de miel para que llegasse más conservada y fresca a Bursia a los ojos de aquellos pueblos para que solemnizassen la victoria y para que llegasse a todas partes la noticia de la derrota christiana. Presentó al soldán de Egipto veinte y cinco coraças de los despojos para que, como rey de la propia religion, se lisongeasse con la memoria del sucesso. Y después hizo poner una columna con una descripción que asegurasse con las letras aver sido verdad la victoria y, amontonando después los huessos de los cadáveres christianos en un terreno, se conservaron mucho para funesto recuerdo de tanto estrago, aviendo sucedido tal fatalidad en la festividad de San Martín, tanto más infeliz por no aver observado las órdenes del general con que los que avían empeçado a hazer los papeles de vencedores representaron después los de vencidos.

Concurrieron (además de los mencionados lances en esta grave dessolación) dos accidentes. El uno fue la malignidad de Bucobiquio, soberano de Servia, que no solo sujetó su libertad al sultán sino también la honra, poniendo en sus manos a Milza, su hija (dama de singular hermosura), para divertimento de sus fogosos excessos, en cuyas llanezas pudiesse la comunicación ganarle la voluntad y preservarle del peligro de sus ambiciosas conquistas. Y teniendo noticia que el valiente Escanderbeg marchava con diez mil albaneses a incorporarse con la armada christiana, (por lisongear al bárbaro Amurates) ocupó el serviano los passos más estrechos, ocasionando con esta demonstración que no consiguiesse Escanderbeg unirse con los christianos, de cuya obscura como infame acción nació que este socorro no llegasse a divertir la tragedia (que es muy antigua fatalidad de los christianos el ser ellos mismos los autores de sus propias infidelidades).

El segundo fue que, si bien los úngaros y los polacos militavan debaxo de una misma insignia, no estavan concordés ni unidos. Y aunque los católicos tengan igual valor a los turcos, no basta para conseguir ser vencedores porque entre diferentes naciones suelen reynar distintos interesses, opiniones y fines (cosa que no sucede entre los turcos), cuya única potencia no depende de agenos socorros y, atendiendo a exaltarse a sí misma (sobre las ruynas de la christiandad), fabrica sus mayores fortunas.

La corriente del raudal de las othomanas prosperidades se detuvo enteramente a la oposición de un fuerte obstáculo, que fue el alto ardid de Jorge que, aviéndose hecho turco, se llamó Escanderbeg. La voz *veg* significa señor y la de Escander, Alejandro, mostrándose como tal en los hechos, como en el nombre.

Juan Castrioto, su padre, fue príncipe de Epiro (porción valerosa de la Albania, pero no capaz de resistir la fuerza del othomano), por cuya razón le fue preciso, imitando el exemplo de los demás soberanos, doblarse a la paz y consentir el tributo dándole al sultán en rehenes quatro hijos varones de tierna edad. Fue Jorge el último en el nacimiento y el primero en la viveza y el espíritu. Y assí que llegó a humillarse en Andrinópolis a los pies del sultán (admirado de su desemboltura), mandó que le circuncidassen y amaestrassen en la religión mahometana como también en el arte militar uno de sus primeros capitanes, sin considerar que criava una fiera capaz de enseñarle los dientes, algunas vezes. Y como iba creciendo en los años, lo iba logrando también en la robustez del cuerpo, en la generosidad del espíritu y en las fuerzas de su brazo, sin que huviesse entre sus contemporáneos quien no le reconociesse superioridad en los exércitos, pues conseguía en disparar la flecha como en arrojar la lança fulminar el blanco con mayor acierto, aventajándose a todos en el arte militar [1444].

Tenía naturalmente sobre la piel del brazo derecho dibuxada una espada, cuya impresión parece que denotava la valentía de este héroe, acompañando esta demonstración el soñar su madre (antes de engendrarle) que avía parido

una indomable fiera. No passava de ocho años quando le obligaron a mudar de religión, pero tenía tan profundamente arraigada la católica que no halló la turquesca en su ánimo disposición para criar rayzes que la assegurassen. Llevávale Amurates consigo a la guerra, en cuyos empeños sobresalían las operaciones de su espíritu con exceso, de que nació entregarle considerables tropas de cavallería para que las governasse. Y aviendo llegado en esta ocasión a Andrinópolis un tártaro de estatura gigantesca que afectava valentía con desprecio de quantos avía en aquella ciudad, ocasionando con arrogancias y desafíos a todos, cansado de sus demonstraciones Escanderbeg, hizo instancias con el sultán para que le permitiesse pelear con él cuerpo a cuerpo. Y negándole más de una vez esta licencia por reservarle para más relevantes empeños, importunado de las solicitudes, le permitió finalmente lo que pretendía. Y aviendo llegado a las manos en porfiada batalla, triunfó del tártaro quitándole la vida. Siguióse después de aver llegado a Bursia, aver concurrido allí dos persianos que professavan la vanidad de invencibles. A los quales dixo Escanderbeg que los tendría por tales después de averlos experimentado. Y picados de semejantes palabras, le desafiaron. [1444] El primero batallando a pie, que se llamava Laia, y el segundo a cavallo con lança, zimitarra y escudo. Y aviéndose afrontado con el primero, de una cuchillada que le dio en la cabeça le dexó medio muerto. Y queriendo Zanisa (que era el segundo) socorrerle con superchería, sin alterarse con la sinrazón, logró con la muerte de entrambos el famoso albanés aplaudida la victoria, triunfando de dos monstruos, a imitación de Alcides, aprendiendo en su juventud a destroz ar serpientes para vencer después con la edad la othomana hidra, aunque las troncadas testas brotassen avenenados renuevos (como en su lugar se dirá).

En las guerras con infieles hizo notables estragos, pero con las de los christianos usava templadamente de la victoria por no ensangrentarse en ellos.

Después de la muerte de Juan, su padre, ordenó Amurates al baxá de Macedonia que ocupasse la Albania. Y aviéndose apoderado de Croia, o Creta (metrópoli de aquel dominio, con gran facilidad), dio a entender a los pueblos que la reservava como en depósito el sultán para entregarla después a uno de los quatro hermanos rehenes que tenía consigo.

Alimentava Amurates por todos caminos (a costa de sus aplicados iniquos pensamientos) máximas diversas y, assí, resolvió que passasse el baxá de Romania a oponerse a las tropas de Juan de Uniades (empeñadas en assistir a los insidiados príncipes) como que le acompañasse también Escanderbeg para disputarle la resolución, en cuya ausencia murieron avenenados sus tres hermanos de orden del sultán, persuadiéndose que en el espíritu altivo de Escanderbeg llevaba inmediato el peligro, pues sin escándalo le podría quitar la vida en sus arroj os para quedar sin aquel embaraço, siendo dueño de la Albania. Y aviendo llegado a las manos con los búlgaros, quedaron derrotados los turcos y prisionero el baxá, y Escanderbeg (que internamente gustava de aqueste estrago, bien que en lo exterior lo dissimulasse) se retiró entre los fugitivos de

la batalla. Y viéndose absoluto director de aquellas tropas derrotadas, llamó a su tienda al canciller del baxá prisionero y con extorsión violenta le hizo escribir una carta al gobernador de Creta dándole cuenta de la derrota del ejército othomano y orden que entregase aquella plaza a Escanderbeg (que de orden del sultán passava a gobernarla y defenderla). Y de tal suerte dispuso la trama de esta ingeniosa tela que el gobernador baxá, noticiado del grande crédito que tenía Escanderbeg en la Corte como del aprecio que hacía Amurates de su persona, no puso dificultad en obedecer y, aviendo tomado possession de la ciudad con aplauso universal de los súbditos, en pocos días recuperó el usurpado dominio, a los treinta años de su edad, después de aver degollado a los turcos que, esparcidos por el Epiro, no pudieron comprar con la fuga la seguridad.

Dio parte a los príncipes confinantes de su exaltación y, particularmente, a la república de Venecia que, ocultamente (por no romper la paz ajustada con Amurates), le socorrió con dineros para que se armase y resistiese en el empeño que le amenazava. Noticiado el sultán de la mañosa atrevida demostración del albanés, sin dilación alguna, mandó que marchassen quarenta mil cavallos (a orden de Alí baxá) para castigarle.

Hallávase Escanderbeg con ocho mil cavallos y siete mil infantes solamente, acampado cerca de Dibra en sitio ventajoso y, aviendo ocupado un bosque inmediato con tres mil cavallos, dio orden que, después de atacada la escaramuça, embistiessen por la retaguardia enemiga. Sirvióse Escanderbeg (en este lance) de Moysés y el conde de Vrana, albaneses. Y después de aver formado en buena disposición las tropas, se atacó el combate con los turcos que, despreciando el número inferior de los christianos, tenían por indubitable el conseguir la victoria pero, al primer enqüentro, rompieron los albaneses la vanguardia othomana, en cuya sazón, saliendo los tres mil cavallos del bosque, atacaron a los turcos admirablemente con que más encendido el choque a este impulso como al aliento que inspirava en los suyos Escanderbeg, más con las obras que con las exortaciones. Puestos en fuga los enemigos, cedieron la campaña a los albaneses dexando en ella más de veinte mil cadáveres, sin dos mil prisioneros y veinte y quatro insignias, como las tiendas, el bagage y las armas, aviendo durado quatro horas el trance de la batalla. Salvóse Alí fiando su retirada de la velocidad del cavallo, y lo más admirable fue que hubo muy pocos muertos y heridos de los albaneses que, sin intermisión de tiempo, se internaron en el país turquesco destruyendo como amedrantando a quantos se le opusieron, imprimiendo una memoria horrorosa de sí Escanderbeg en todos los que le atendieron vencedor.

Llegó el aviso de la derrota de Alí a los oídos del sultán que, ardentemente rabioso, aumentó el deseo de la vengança contra el albanés y, si entonces los potentados christianos huviessen despertado del letargo de su mala disposición, con el ruydo de este aviso (que Dios les embió con semejante successo) y socorrido al vencedor, hubiera logrado la christiandad afligida

animosas respiraciones de valor con la destrucción del enemigo común, no aviendo quien solicitasse el fomento de una llama difícil de apagarse si no hubiese faltado la materia para conservarla, pues no concurrieron a este beneficio más que Alfonso, rey de Aragón, Venecia y algunos príncipes confinantes de pocas fuerças. Y siendo estos por naturaleza flacos de espíritu, fácilmente ceden a qualquiera estruendo y, si algunos tienen ánimo de mostrar espíritu varonil, no logran la fortuna de que los assistan en el empeño. Por lo qual, aplicados los enemigos a dilatar su potencia, encuentran el camino llano, como la puerta abierta, para lograr qualquiera insulto.

Ordenó Amurates a Feresbeg, uno de los más ardientes capitanes de las tropas de aquel confín, que entrasse improvisamente en el Epiro con los más atrevidos soldados y procurasse sorprender y destroçar a Escanderbeg, ofreciéndole (si lo conseguía) sobresalientes recompensas. Y aviéndolo puesto en ejecución de noche (no sin que Escanderbeg lo penetrasse, avisado de seguras espías), moviendo sus tropas y acampado en sitio ventajoso, atacó al enemigo improvisamente sobre la marcha, sin darle lugar para formarse, siendo casi una misma acción embestirle y derrotarle. Y aviéndose encontrado en la batalla con Feresbeg, cuerpo a cuerpo, le quitó la vida ganando la batalla y la gloria del triunfo como también los soldados innumerables despojos.

[1445] El mismo desastre padeció Mustafá baxá (que con diez y seis mil combatientes quiso intentar la ruyna de Escanderbeg), quedando prisionero y desvaratado (con gran mortandad) en una emboscada, importando su rescate quarenta mil talares, cuya cantidad, como lo que importó el botín, mandó repartir entre los soldados. Y no contento con este suceso se abançó al país turquesco, donde los pueblos huían los lances de resistirle atemorizados de su espíritu como de su fortuna. Y no hallando obstáculo que le atravesasse las operaciones, saqueó y abrássó gran parte de aquellos territorios. Y porque no ay amistad segura donde presiden los intereses competidos, la confianza que avía entre la República y Escanderbeg se convirtió en declarada enemistad por la ciudad de Danio, situada en la ribera del río Drino, poseída de venecianos y pretendida como herencia de Escanderbeg, cuyo litigio se disputó con las armas en la campaña, en vista y revista, logrando la primera sentencia Escanderbeg y la segunda los venecianos, argumento claro de que no solo el valor, sino también la fortuna, hizieron espaldas al logro de sus antecedentes victorias que es circunstancia deseada la dicha en los que gobiernan las armas.

Hazía esta guerra favorable juego a los turcos conociendo que, precisamente, avían de salir perdiendo los dos guerreantes y que ellos podían pescar sin riesgo entre el agua turbia con algún interés. Pero se les desvaneció la presunción porque el prudente senado escuchó tratados de paz sirviéndose de medios términos unos y otros, pues con el cambio de payses quedaron calmadas las diferencias y, alargando las privadas passiones al interés público, se agregó Escanderbeg a la inscripción de los nobles venecianos tan desinteresado que, en el repartimiento de confines, cedió a la República la parte

que le avían señalado. Y ajustadas estas diferencias, bolvió el albanés a recorrer los payses othomanos con assombro de aquellos habitantes que, destroçados como temerosos, llevaron el horror consigo hasta Andrinópolis, donde abrasado Amurates con los ventajosos sucessos de los albaneses, reprehendiendo la cobardía de sus generales con cartas infamatorias, marchó la buelta del Epiro con sesenta mil cavallos y quarenta mil infantes (mientras no era capaz de mayor número el angosto país) y, acampándose a la vista de Esferigrad, la puso sitio (distante de Creta veinte leguas) y sujetó después de porfiada y larga defensa (por negociación secreta), aviendo penetrado el oro adonde no avían podido herir los filos del azero.

[1446] Llevó en su compañía Amurates a su hijo primogénito para instruirlo en las disposiciones militares, que dio muestras claras de más cruel que su padre pues hizo instancias para que degollassen la guarnición de la plaça. Pero Amurates no lo permitió diziendo que sería más conveniente practicar el rigor con la última ciudad que con la primera, mientras el exemplo con la desesperación animaría a los christianos a la mayor y más constante resistencia.

No passava el ejército de Escanderbeg de diez y ocho mil combatientes y, con ellos, atacava las partidas que salían a forragear y, desbaratándolas, passava a infestar a los turcos sobre las marchas que hazía para llegar a sitiar a Creta que, guarnecida de quatro mil soldados como abastecida de todo lo necesario, esperaba la llegada de Amurates, a cuyo gobierno assistía el conde de Vrana, hombre de gran valor y gobierno. Socorrieron los venecianos con dinero al albanés, permitiendo también que sus milicias marchassen a la deshilada en prosecución de sus vanderas.

Teniendo los turcos gran dificultad en transportar la artillería gruessa por la aspereza montuosa del sitio, conduxeron metales y artífices para fundirla en lugar más oportuno a su eficaz operación. Y aviendo Escanderbeg destruido el país (para dificultar la subsistencia del ejército othomano), hizo Amurates un segundo ejército de vivanderos. Ocupó Escanderbeg la cima de un monte para observar los disignios enemigos, como también para que no le precisassen a pelear sin su voluntad con tan desiguales fuerças. Y no aviendo podido contrastar los turcos con grandes ofrecimientos el ánimo incorruptible del conde de Vrana, gobernador de la plaça, para que se la entregasse, después de aver fundido diez piezas de artillería de incomparable grandeza y fabricado dos baterías, dieron principio a fulminar la ciudad por dos partes, cuyas impresiones lograron brechas capaces para intentar el assalto. Y porque Amurates se hallava ya en edad decrepita, mandó a su hijo Mehemed que, en su nombre, animasse a los genízaros para esta facción con esperanças de grandes recompensas. **[1448]** Y estando a la mira cuydadoso Escanderbeg, en quanto los sitiados resistían la hostilidad de los agressores, atacó con gran resolución los aloxamientos infieles, donde degolló más de ochocientos llevando consigo algunas insignias, cuyo successo les obligó a suspender el trabajo de los ataques por algún tiempo para que, más descansados, emprendiessen el assalto general

por todas las partes de la ciudad, como lo executaron. Y mientras, con el mayor ardor, intentaban por las brechas conseguir entrar en la plaça, embistió con la espada en la mano Escanderbeg un quartel, que desbarató con gran mortandad de infieles, siendo de los últimos a retirarse como el primero en acometer, con gran dolor de los suyos porque ansiosamente deseaban su preservación.

Ordenó Amurates a Mehemed, su hijo, que para refrenar los ardores del albanés assistiese en persona a la defensa de los aloxamientos. Avían hasta entonces muerto en el sitio más de veinte mil turcos que, al pie de la muralla, podían servir de escalas para facilitar la subida en los assaltos, de cuyo continuo trabajo intentaban descansar los infieles, quando (durmiendo de día para no estar ocioso de noche) Escanderbeg dispuso assaltar por dos partes los quarteles [1448] enemigos con una encamisada, a quien hacía espaldas la obscuridad de las sombras nocturnas. Y aviéndolo executado, consiguió muchos prisioneros, vanderas, armas y cavallos, como el dexar inundada la campaña con la sangre de infinitos muertos. Y después de aver derrotado diferentes comboyes, se apoderó de todos los víveres destinados para el sustento de la armada othomana. Y viéndose Amurates con este frangente sitiado antes que sitiador, hizo circunvalar el ejército de empalizadas y trincheras guarneciéndolas de artillería para ofensa de las tropas albanesas, ordenando que renovassen las minas y los hornillos, pero como el sitio era montuoso no hazían efecto considerable, ni las escalas alguna operación por el gran pendiente del monte.

Bolvió tercera vez a embestir Escanderbeg a los quarteles turquescos en el más alto silencio de la noche por tres partes, aviendo logrado en la confusión su mayor assombro, como el retirarse sin pérdida alguna a su puesto cargado de despojos y prisioneros.

Resolvieron finalmente los turcos dar un assalto general, que rechazaron los sitiados con tanto valor como ruyna de los enemigos, así en la mortandad como en la reputación, pues llegaron a perder las esperanças de conseguir sujetar la ciudad. Animava Escanderbeg desde la cima del monte, donde estava aquartelado, a los sitiados con aumadas y otras demonstraciones reparables para que atendiessen al desvelo con que manifestava sus operaciones, recibiendo también por este medio aviso del estado de la plaça. Y viendo Amurates en este conflicto las disposiciones, congregó en su tienda los más principales cabos del ejército, a quienes insinuó el sentimiento que le ocasionava la alentada resistencia de los sitiados, pues le competía la gloria adquirida en tantos años un príncipe de tan poca edad y fuerças, a que se agregava el descaecimiento de las armas othomanas, destruidas como desayradas en el sitio de una ciudad que no avía tenido más fama que la adquirida en tan desgraciada ocasión, aviéndose passado cinco meses después de aver entrado en la Albania sin aver logrado sus armas interés alguno. Y que le mortificava mucho (después de aver sujetado la Grecia y domado la Ungría) el mirarse abatido y despreciado en los últimos términos de su vida de un sobervio joven de Epiro. Acabando de expresar estos sentimientos con incendio rabioso, se inflamó de manera que le

sobrevino una calentura tan ardiente que le conquistó la vida, mas no el corazón pues, aunque agonizando, no dexó de aspirar a las conquistas. Murió de ochenta y cinco años, después de aver reynado treinta y uno. [1451] Y en la asistencia que le tuvo el hijo del muftí hasta la hora última de su tránsito, le aseguró que por la mucha edad que tenía y por las molestias que le circunvalaban en la vejez, estaba cansado de vivir, pero no de vencer, y que hallava más facilidad en desasirse del mundo que en apartarse de las victorias.

MEHEMED SEGUNDO

Si Amurates inundó la christiandad como río que ha salido de madre, Mehemed Segundo, su hijo, undécimo monarca othomano, fue un mar desatado de la prisión de las márgenes. Fue su madre la mencionada Miliça, hija del soberano de Servia, de quien Amurates estuvo altamente enamorado. Destiló esta princesa en el ánimo de su hijo, en la más tierna edad, algunas claras como dulces memorias de la católica religión, pero aviendo llegado a la edad madura, poco aplicado a la turca, ni creció en la una ni se adelantó en la otra. Fueron sus ídolos el interés y la ambición, reputando por justo qualquiera sacrilegio como fuesse en ampliación del imperio.

En edad de treinta y un años empuñó el cetro y, bien disciplinado en las armas y en la escuela del padre, no solo presumió superar al maestro, sino que avía de conseguir todas las empressas que no pudieron lograr sus antecessores. Quexávase como Alexandro de que el mundo tuviesse tan estrecho recinto que no llenasse la anchurosa capacidad de sus disignios. La primera sangre que derramó fue la de sus tiernos inocentes hermanos, uno de año y medio y otro de seis meses, ahogados en su presencia con la cuerda del arco, porque los príncipes de la sangre othomana (que pueden aspirar al imperio) siendo discordes siempre con la cuerda los conciertan.

Animoso Mehemed en los exércitos y ensangrentado con los sucessos, meditó y conduxo a buen fin las más arduas empressas y más importantes conquistas. Y assí colocó sobre lo más elevado de la gloria y del poder a la monarquía othomana. Apartado de mayores empresas que necessitavan de su presencia (como diremos más adelante, por no interrumpir la narración de los sucessos de Albania), no perdiendo de vista la opresión de aquella provincia, intentó su dessolación con diferentes inteligencias. Y assí, mandó que con doze mil cavallos infestasse aquella provincia Amesabec, a quien atacó fuertemente Escanderbeg con la luz de la luna, y no solo le desbarató, sino que le mató mucha gente haziéndole prisionero, cuya libertad le costó veinte mil escudos que repartió entre los soldados. También Dibran baxá que, con catorze mil turcos intentó una improvisa experiencia, quedó (en los primeros trances del choque) desbaratado de forma que logró ponerse en salvo con la fuga.

Después de estos sucessos bolvió Escanderbeg a Creta y, aviendo participado sus felizes victorias a los príncipes christianos de su aliança, recibió

diferentes embaxadores con cariñosa estimación. Socorrióle el rey Alfonso de Nápoles, su confidente, con grande cantidad de granos para abastecer las plaças, como el país (que por la continuada y larga asistencia de los turcos) se hallava exhausto de este género de alimento.

La República veneciana también le subministró dineros para reparar las murallas de Creta y ponerlas en la mayor resistencia. Fabricó Escanderbeg una fortaleza sobre la cima de un monte para assegurar la principal avenida por donde podía entrar la creciente de las armas enemigas a dessolar la provincia. Y considerando Mehemed que no le salían a su gusto las abiertas ingressiones, solicitó con la negociación conseguir lo que no pudo lograr con las armas. Y aviendo ganado con las promessas a Moysés, uno de los primeros generales del albanés, assegurándole que en premio le daría el Epiro, ambicioso de esta soberanía pisó las líneas de la razón y la fee, borrando el reconocimiento de la ley natural que debía contribuir a su príncipe, dexando solamente armada la esperança con la traición. Y aviendo conseguido del sultán veinte y cinco mil turcos, con el título de su general y algunas instrucciones de la Porta (que es el gran Consejo), se entró en la Albania. Pero aviéndose Escanderbeg afrontado con él, no lexos de la nueva fortaleza, a pocas horas de combate le derrotó y degolló mucha gente, logrando Moysés la fortuna de salvarse con la fuga.

Participó este suceso también Escanderbeg al rey Alfonso y a la República con ministros extraordinarios, añadiendo al aviso algunas insignias de las que perdieron los othomanos en la batalla. Y aviendo dado en vacío el primer golpe, los turcos hizieron experiencia del segundo. Casado ya Escanderbeg con la sucession de un hijo, fue causa de que Amasia, su sobrino (no menos bravo que el tío) viéndose excluido de la esperança que tenía a la herencia del principado, dio también grata atención a las instancias que los turcos le hizieron, prometiéndole generosamente adelantamientos soberanos porque incurriese en la baxeza de una traición en desprecio de su tío. Y aviéndose passado a Constantinopla (que ya era de los turcos, como diremos en su lugar), dexó en rehenes a su muger y a sus hijos y, aviendo recibido del sultán el título de sangiaco, le entregó el gobierno de cinco mil cavallos.

Encargó Mehemed el fomento de esta rebelión a Isac baxá (amarga para Escanderbeg por el gran valor y práctica que tenía su sobrino de aquel país) y, escusándose de llegar a las manos (en abierta batalla) con los othomanos por la desproporción del número de las milicias, después de aver recogido todos los víveres como los forrages y entrándolos en las plaças inmediatas, destruyó la campaña. Y puesto en marcha dos horas antes de amanecer (con catorze mil combatientes), al empeçar la aurora a iluminar la campaña con los rosados colores de su hermoso resplendor, a las pulsadas del parche como a la voz del clarín, desató la arrogancia de las tropas de Escanderbeg de las nubes de sus iras una tempestad de rayos sobre las miesses turquescas, destroçando en cada espiga en aristas muchas almas y muchos hombres en granos. Segavan las zimitarras albanesas, ambiciosas, infieles hazas de esquadras sin que al corte de

sus filos algún aliento lograse entera respiración para la defensa, sino para el descrédito. El valor y la fortuna, campeones de sus tropas, a fuego y sangre talaron la población de enemigos que, arrogantemente fieros, creyeron que experimentasse en ruinas Escanderbeg lo que logró en trofeos (siendo el de más agrado para él) que, después de aver ganado la victoria con tanto destroço del enemigo, quedasse en su poder prisionero Amasia, su sobrino. Derrotó después también a Sinán baxá que, con veinte mil cavallos, intentó damnificar sus confines y, sucessivamente, al baxá Assán que se avía internado en el Epiro con treinta mil cavallos, quedando prisionero. Y huviera experimentado las mismas desgracias Caransabeg (general de grande experiencia que, con otro ejército, avía penetrado hasta Dibra) si un diluvio de agua (que arrojaron las nubes) no huviesse estorvado que otro diluvio de sangre anegasse la campaña.

Divertido Mehemed (con el asedio de Constantinopla) y excitado Escanderbeg del pontífice Pío Segundo como de Ferdinando, rey de Nápoles, con duplicadas instancias para que le socorriesse en la guerra que le hazía el duque de Calabria, despreciando sin temor las fuerças y la fortuna de los othomanos, abandonando sus confines, passó con escogidas tropas a juntarse con aquel rey (hijo de Alfonso, su confederado y amigo de quien avía recibido en algunas ocasiones prompts como considerables fomentos contra el común enemigo), aviendo sido su passage a la Pulla tan afortunado para este rey que logró la derrota del duque de Calabria, assistido de franceses, como también el restablecimiento del solio, quien con grata memoria (después de aver arrojado Mehemed Segundo del Epiro a los sobrinos de Escanderbeg) les señaló en sus dominios algunas tierras para vivir honrándoles con el título de marqueses, de cuya stirpe fue Fernando Castrioto, marqués de Santangelo, que murió peleando con gran valor en la batalla de Pavía. Bolvió después de esta victoria Escanderbeg a su patria, donde le recibieron los suyos con tierno y cariñoso reconocimiento.

Mehemed, aunque atento a otras empresas de mayor conseqüencia, sin olvidarse, hizo algunas diligencias para sujetarle. Pero la fortuna y valor de Escanderbeg le precisaron a bolver desayrados todos sus tentativos. Meditava también el sultán (plaga común de los agenos dominios) sujetar la Morea rompiendo consecutivamente la guerra a los venecianos y, con mañosa política, agenciar que el albanés se retirasse de aquella aliança para que, separadas estas fuerças, huviesse más facilidad en destruirlas y, en particular, la de Escanderbeg que le tenía más abrasado. Y assí, le ofreció la paz al objeto de que dexasse abierta la entrada para la invasión de los Estados venecianos y que embiasse a su hijo primogénito en rehenes, como prenda de seguridad. Y aunque procuró resistirse a los bárbaros intentos, viendo a sus vassallos ambiciosos de sossiego, violentado de las continuas instancias, consintió (aunque sin voluntad) en los ajustes de paz. Y aviendo llegado esta noticia a Venecia, disgustó sumamente al senado pareciéndole que el albanés (pisando las líneas del agradecimiento) ingratamente desacreditava las gloriosas prendas que le adornavan la

estimación. Y aviéndole insinuado, por medio del arçobispo de Duraço y Gabriel Trivigiano, que las pérdidas que hiziesse la República podían llamarse sus particulares intereses, pues (vencida ella, que siempre le avía fomentado y assistido) era argumento de considerarse arruynado. Aquestas razones evidentes le conmovieron para bolverse a unir con los venecianos, rompiendo el hilo de la negociación de los tratados de paz.

Rabioso como ofendido Mehemed con esta novedad, ofreció gruesa talla de dinero a quien le llevase la cabeça del arçobispo mediador. Y al mismo tiempo, movidas y bien dispuestas las tropas del albanés, sin detención alguna, se internaron en los dominios othomanos y consiguiendo grandes presas, que repartió entre los soldados, dio la buelta a sus Estados. Encargóse Balaván sangiaco (hombre fiero) de valerse de la maña y de la fuerça para conducir a la red de su perdición al invencible albanés, en ocasión que no tenía más de ocho mil cavallos y dos mil infantes, número desproporcionado a las grandes tropas turquescas, que atacaron improvisamente a las de Escanderbeg, en cuyo sangriento trance, portándose temerariamente en el estrago que hazía en los turcos, cayó del cavallo y, sin hazer caso del golpe, bolvió a montar passando a lo más vivo de la batalla donde hizo increíbles pruebas de valor hasta que, desordenados los enemigos, se pusieron en vergonçosa fuga, siguiendo estas mismas huellas Balaván, que le conduxeron a la ciudad de Ocrida.

Maltratóse de la caída Escanderbeg un braço, de modo que le obligó a repararse de este accidente algunos meses, por lo qual se retiró a la Corte cargado de despojos militares como de reputación. Y quedando Mehemed abrasado y deseoso de venganças en nuevas maquinaciones (imitando al rugiente león que meditando castigos mueve el açote de la cola aun durmiendo) solicitava su destroço, para cuyo efecto embió a dos renegados para que, domesticándose con él, le quitassen con mañosa traición la vida, ya que no se avía podido conseguir en las batallas. Pero aviendo rebentado esta mina contra los que deseavan perficionarla (por milagro del cielo, que quiso librar de este riesgo al inocente Escanderbeg), el estruendo descubrió la maldad poniendo en el suplicio a los autores de ella. Y quanto más se mostrava invencible la virtud del albanés, tanto más empeñava Mehemed los deseos con el odio para conseguir su ruyna. Y últimamente, resolvió con espíritu rabioso marchar en persona la buelta de Albania con dozientos mil combatientes. Y aviendo puesto sitio a Creta (defendida de Baltasar Perduchi), a quien solicitó con ofertas para expugnarla con la negociación, aviéndole salido mal el tentativo, multiplicando esfuerços, redoblando baterías y continuando a todas horas los assaltos sin conseguir fruto alguno, rechazado de los sitiados como embestido incessablemente del indefenso albanés (que no le permitía un instante de sossiego), avergonçado de aver proseguido tanto tiempo en la empresa sin adelantar la esperança para lograr más que un desayre a su vanidad soberbia, dio la buelta a Constantinopla dexando encargada la expugnación a Balaván y a ocho sangiacos.

Cansado como desecho de la constante persecución de los infieles, pasó Escanderbeg a Roma a solicitar algún fomento para alentar su descaecida fortuna. Y fue tan poco lo que consiguió, que no se puede dezir sin vergüenza christiana. Y aviendo dado la buelta tan mal assistido, pasó a Escutari, donde (con Josafad Barbaro, comandante de la República) se dispuso todo de manera que, abandonando el sitio, los turcos dexaron libre la plaça e, incorporando el albanés a sus tropas dozientos hombres de armas, mil cavallos y otros regimientos de infantería veneciana, siguió por diferente camino la marcha de los turcos con tal disposición que, ocupando la falda de una montaña, amedrentó de tal suerte al ejército othomano que (aviendo muerto Balaván por oponerse a unas partidas christianas), puesto en retirada con alguna pérdida, suspendió las armas hasta la venidera campaña.

Si este incomparable campeón hubiera tenido fuerças proporcionadas, era capaz de arruinar la gran potencia othomana pues poseía todas las calidades más deseadas en un gran capitán, de quien se podía fiar la mayor armada christiana, siendo capaz de la lengua y costumbres como de la forma que hazían la guerra. Era valiente, afortunado, cauto. No rehusó jamás la batalla y, sin despreciar la ventaja del enemigo, se aplicava a negociársela del sitio, del tiempo y de la ocasión. Mató con sus propias manos dos mil turcos y era su fuerça y habilidad tal, que con la zimitarra partía un buey por medio de una cuchillada. Mehemed se la embió a pedir y él se la remitió luego y, doliéndose de que en su poder no cortava tanto, le respondió Escanderbeg que para que lo hiziesse bien era menester embiarle también el braço.

Pío Segundo (zeloso del bien de la christiandad), que le conocía, avía dissenado hazer oposición al común enemigo con la cruzada, criándole capitán general de tierra para que diesse la mano a las operaciones que se huviessen de hazer por la mar con la armada veneciana. La generosa proposición mencionada se desbarató con la intempestiva muerte de uno y otro príncipe. Y trocándose con la mudança las máximas y las opiniones, no tuvo efecto tan santa determinación. En este tiempo escribió Mehemed una artificiosa carta a Su Santidad quexándose de que, no aviéndole ofendido, huviessen movido para su daño universal armamento, siendo dissonante a la religión católica que solo assienta que a los infieles se les ha de reduzir más con la razón que con la fuerça y con la doctrina más que con las armas. Respondió Su Santidad con otra carta sucinta procurando convencerle con fuertes razones, insinuándole que se convirtiesse a la verdadera ley, pero la pluma no suele embotar los filos de la espada.

Quando andava Escanderbeg en lo más elevado de sus victorias y reputación, discurriendo los más altos disignios para daño del común enemigo, le cortó el hilo de la vida la inexorable parca, de quien no están essentos los mortales, pereciendo (después de tantos peligros) a manos de una enfermedad o, como quieren algunos, a las de la inexperiencia del médico, en el año climatérico de su edad, temido en vida y reverenciado en muerte. Era

Escanderbeg el solo Moysés que pudiera librar del Egipto la esclavitud y de la opresión del faraón de Constantinopla al pueblo de Dios, pues instruido del zelo piadoso y de la puntualidad de la República (a imitación de Astore Manfredi, señor de Faença, que muriendo fío el gobierno de sus Estados, como también la criança de sus hijos, a la República) dexó también encomendado su primogénito al senado previniéndole con precepto inviolable que cultivasse y mantuviesse firmemente la protección, veneración y amistad veneciana.

Pero bolvamos a Mehemed. En el tiempo que acaecieron los mencionados sucessos en Albania (la serie de los quales conviene ponerla toda junta a la vista de los ojos del lector), reduxo (a buen fin) disignios de sumo relieve (resarciendo con la conquista de amplísimos Estados en Assia y Europa) la pérdida de sus exércitos en el Epiro. Y teniendo dominada casi la Grecia, consideró necessaria, como precisa, la empresa de Constantinopla como metrópoli de aquel imperio y corazón del oriente. Y llamando a su presencia los cabos y los más veteranos soldados y, aviéndoles preguntado las dificultades que se opusieron por lo passado a tan importante conquista (para facilitar el tránsito de las milicias asiáticas por el estrecho de Galípoli, donde las armadas de poniente ordinariamente se le estorvan y para quitarles también a los griegos la comodidad de la embarcación al mar Negro), **[1453]** deliberó fabricar un fuerte en el Bósforo tracio, donde es más breve el tránsito para passar a la Europa. Y aviendo prevenido lo necessario para esta fábrica y encargado el logro de esta resolución a los principales cabos del exército, le reduxo casi a perfecta defensa con la fábrica de tres eminentes torres en término de tres meses, poniéndole por nombre Lemocopia. Qualquiera obstáculo es de sumo embaraço para los príncipes de menores fuerças y, los grandes, con la prevención de eficaces medios para la resistencia, con facilidad se preservan del escrúpulo.

Al rumoroso estruendo de tan formidables aparatos, atendió la christiandad como incendio que intentava abrasar a todos los que professavan la católica religión, y el pontífice, el rey de Nápoles y la república de Venecia, como protectores del imperio griego, armaron treinta galeras a la subordinación de Jacome Loredano (hijo de un padre insigne por las victorias que consiguió), que se dispuso para el viage pero, como la unión de muchos ordinariamente suele caminar despacio, dio lugar a que Mehemed con promptas y severas órdenes hiziesse salir a Turacán a correr la Morea (después de dos años de disposiciones) para divertir las fuerças christianas. Como que Saratia, beiglerbeg de Europa, se abançasse a la vista de Constantinopla acampándose con los europeos a la parte siniestra, dexando el diestro costado a los asiáticos para que los genízaros ocupassen el centro, cubriendo con los voluntarios la batalla, en cuya vanguardia assistía Mehemed, y Zogano, cuñado suyo, ocupó a Gálata con setenta mil combatientes.

[1453] Llegava el número de las embarcaciones a dozientas y cinquenta entre galeras, fustas y saicas en que passaron dozientos y quarenta mil soldados,

teniendo solamente el emperador Constantino Paleólogo para su defensa seis mil griegos y tres mil venecianos y ginoveses y algunas galeras y navíos de estas dos naciones, agregadas a las suyas.

Llamóse antiguamente Bizañcio, a quien edificó Pausanias, rey de Esparta. Fortificóla Severo y, engrandeciéndola Constantino, la escogió para asiento del imperio oriental. Su delineación ocupa la extremidad de la Europa en quarenta y tres grados de latitud boreal y de longitud en quarenta y quatro y medio en el principio del séptimo clima, oprimiendo su población (como Roma) las espaldas de siete collados, siendo el sitio más acomodado y bien dispuesto para conservación de la vida humana, así por el dominio como por el comercio, a cuya causa la llaman algunos casi centro del mundo y, con razón, los griegos o fingén o verdaderamente aseguran que el oráculo aconsejó a su fundador que la fabricasse en aquel sitio. Antes Constantino, no tanto por razón humana quanto por inspiración celeste, eligió aquel parage movido del prodigio de un águila que transportó a Bizañcio las piedras de la parte donde él avía diseñado la planta de una nueva ciudad.

No puede ser más feliz la fertilidad del terreno, pues parece que el cielo, el mar y la tierra concurrieron igualmente en hazerle templado y rico, proveyéndola los mares Blanco y Negro de todo lo necessario para el concurso del tráfago por la oportunidad de la navegación. Quando si en un mar falta el viento para navegar, sobra en el otro, para no quedar en calma, pudiéndose dezir que el agua que la circunda es como nutriz, que con dos pechos corrientes no la dexa carecer del abundante y blanco alimento para su conservación.

Es Constantinopla la piedra imán del mundo porque atrae a sí de todas partes el oro. Es la puerta de la Europa y el puente para introducirse en Assia capaz y a propósito para las empresas marítimas, como para las terrestres. Habítanla pueblos aplicadamente diestros en los artes de la paz y de la guerra. Y lo que en otros payses suele causar destrucciones, es ventajoso alivio en este afortunado clima porque la peste y la guerra enflaquecen la multitud (que a veces es de sumo embaraço) y las crecientes de los ríos no quitan la cosecha y, antes, la aumentan sin deteriorar la abundancia, y parece que la formó la naturaleza como asiento de grandes conquistadores y reyna de la monarquía universal.

Tiene a la parte de levante el Elesponto y el mar Negro, a la de poniente la Bulgaria y parte de la Macedonia, al septentrión la Moldavia, al mediodía el mar Egeo. Divídela del Assia un canal, por donde se comunican los dos mares, tan sossegado y pacífico que parece puerto según la facilidad con que surgen en él las embarcaciones. La planta de la ciudad es triangular cuya circunvalación ocupa quatro leguas y media, en cuya población viven ochocientas mil personas no comprehendiéndose en esta cuenta Pera, Escutareto y otros pueblos inmediatos que podían formar otra Constantinopla.

Conquistóla la república de Venecia (coligada con franceses) dozientos y quarenta y nueve años antes y fue su primer justicia mayor Marino Zenno. Recintávanla antiguos muros por la parte que la baña el mar, quedando el

remanente (además de la muralla y contramuralla) defendido de anchos y profundos fosos.

[1453] Constantino Paleólogo (que reynava en aquel tiempo), anteviendo el desastre, despachó embaxadores a los potentados christianos y, aviendo comprehendido los emperadores antecessores suyos que los pontífices romanos lánguidamente se interessarían en la defensa de la Grecia (por estar separada de iglesia católica), bolvieron en otras ocasiones a intentar la unión, que no tuvo efecto, o porque los dogmas arraigados en el ánimo de los pueblos sean difíciles de arrancar o porque los religiosos griegos fomentassen la desunión por conservar la independenciam, desacreditando la autoridad pontificia por conservar la propia, que siempre ha sido el interés el arquitecto de los humanos disignios.

Hallávase en aquel tiempo Segismundo Ruterio, cardenal, en Constantinopla (que ayudava con las exortaciones a la constancia de la defensa), socorro leve para oponerse a las robustas fuerças de los turcos. No cuydaron los príncipes en general, o no previnieron, los riesgos que amenaçavan al christiano edificio, pues con la pérdida de tan importante plaça era preciso que se arruinasse el fundamento que la substenía y lograsse la desdicha en demolidas porciones lo que avía conseguido la aplicación en defensas, como los othomanos el fabricar sus empressas de las fracasadas piedras de nuestras infelidades sin el peligro del menor descaecimiento.

Avía hecho el emperador estender una gruessa cadena que cerrasse la boca del puerto, desde la torre de los Franceses hasta la puente de Pera, pero Mehemed fabricó un puente con maravilloso artificio que tenía más de dos mil passos, cuyo establecimiento fue para defender la parte exterior, aunque menos fuerte, porque las operaciones que avían de executar los turcos en los acometimientos venían a estar muy distantes. Habitavan en Constantinopla en esta ocasión muchos nobles venecianos que vivían de la negociación del comercio, los quales se ofrecieron al emperador para asistir a la defensa y, ocupados en diferentes puestos, cumplieron con su obligación.

Estavan surtas en el puerto tres naves venecianas merchantas, que avían transportado algunas milicias, y otras tres ginovesas con algunos gripos de Candia cargados de mantenimientos y, casi al mismo tiempo, llegó Juan Justiniano, ginovés (llamado el Largo), con dos navíos y quatrocientos infantes, a quien recibió el emperador al sueldo con ofertas de mayores recompensas, en caso de que la resistencia desvaneciesse el peligro, a quien encargaron la defensa de la puerta Romana.

Llegaron los turcos a la más abançada muralla con todo género de hostilidad, cuya ardiente demonstración rechazaron los griegos con tanta mayor confiança quanto estaban más seguros por la parte del puerto, por donde no esperavan assalto alguno. Y aviendo comprehendido Mehemed esta circunstancia, no pudiendo con las embarcaciones montar la cadena y oprimir los reparos del puerto para sujetar y combatir con duplicados ataques la

constancia de los sitiados, hizo a fuerça de manos sacar a tierra, por la parte de Gálata, setenta baxeles, los quales hechos pedaços, conduxidos de los soldados en quarteles, hizo arrojar en el puerto para cegarle; cuyo formidable, nunca oído ni practicado humano esfuerço, llenó de confusión pavorosa a los sitiados que, viéndose damnificados notablemente desde las columnas de Pera hasta el estrecho con las operaciones de la artillería enemiga, deliberaron atacar a la armada marítima a fin de destruirla con las armas o con el fuego. Y para que mejor se lograse el disignio, procuraron tener oculta esta resolución porque el acometimiento improviso y no esperado ocasionasse más próspero el logro del sucesso. Y aviendo passado al aborde, hallaron prevenidos a los turcos para disputar el trance porque los pérfidos christianos de Pera les anticiparon el aviso. Y, sin embargo, se combatió con más resolución que fortuna, prevaleciendo en tanta desigualdad de número la mayor fuerça, por lo qual una galera y una fusta, governada la primera de Juan Grilo y la segunda de Jacome Coco, se fueron a pique y la gente que no se ahogó en el agua lo hizo en la propia sangre, degollados cruelmente en la presencia del sultán.

Visitava Constantino los puestos a cavallo animando a los defensores, que le miravan con poca veneración como sucede ordinariamente en el descaecimiento de los imperios, perdiendo los príncipes con el desmayo de los Estados la reputación de las armas, como también la veneración de la soberanía entre la desestimación que le professan los súbditos. Y, por el contrario, vivamente acreditado Mehemed entre sus genízaros, acalorava las operaciones del sitio assistiendo en persona infatigablemente a las disposiciones y, alternando las amenazas con las ofertas, impelía los soldados al abance de las brechas acrecentándoles cada día la esperança de los premios como de la conquista, al passo que se enflaquecía la defensa de los sitiados por falta de socorros estrangeros.

Los griegos, más aplicados a las letras y a la mercancía que al manejo de las armas, no posseían el arte necessario para burlar los esfuerços enemigos, por quanto no frequentavan las salidas de la plaça para impedir el trabajo de los ataques (que son el fomento más adecuado para que se retarde la pérdida) y dar tiempo a la conservación, que en todas enfermedades es alivio y en los sitios el remedio mejor. Fulminavan los othomanos con el cañón la fortaleza y, caminando con las labores de la zapa sin pensar en otra cosa que en la ruyna de tan grande muralla, procuravan conseguir bastante brecha para lograr en los assaltos continuos el horror de los sitiados, como el ponerlos en más apretado desconsuelo.

Fabricaron los turcos algunas torres de madera cubiertas de pieles de bueyes, terraplenadas, barnizadas de ingredientes que hiziessen oposición al fuego, sin que las pudiesse consumir la llama, cuya altura correspondía sin excesso a la muralla, de donde recibían graves destrozos los sitiados.

[1453] Acaloravan los agressores con sumo cuydado las operaciones a daño de la ciudad, infestando con las máquinas de fuego todo el ámbito de la

circunvalación. Y oponiendo los de adentro esfuerzos (ambiciosos de gloria) a la hostilidad (con el granizo de los disparos de la mosquetería, fuegos artificiales, azufre, agua caliente y betún) se mantenían ayrosos. Y si bien no era el estrago de igual consecuencia porque los infieles resarcían la pérdida con el continuado aumento de los refuerzos de cada día, sin embargo, sentían la oposición y el destrozo que hacían los christianos en ellos. Pero la desesperación de no tener esperanças de socorros, entibiava la constancia con premeditados desconsuelos que enflaquecían el aliento más generoso en los más esforçados.

Deseoso Mehemed de penetrar el estado de la plaça y la confianza que mantenía a los christianos (como no salían algunas personas, no hallava quien le pudiesse noticiar de lo que passava adentro), embió a Ismael, hijo de Escander, governador de Sinope, con pretextos de manejos de paz a la plaça. Pero siendo las proposiciones iniquas, comprehendieron los defensores que el embiado era una curiosa espía y la negociación un declarado engaño. Cada hora se experimentava más dañosa a la ciudad la introducción de la armada enemiga en el puerto y el mencionado suceso, porque en la parte donde era más flaca la resistencia era más precisa la reparación, y esta no se podía conseguir sin sacar la gente de otros puestos para cubrir el más aventurado, dexando aquellos (por indefensos) expuestos a una fatalidad.

Animava el sultán a los suyos con la esperanza del saco (declarado por tres días), que es el más efectivo estímulo para animar a la milicia, y no es ponderable el efecto que hizo esta publicación en el ánimo de los soldados, pues a porfía logravan extraordinarias pruebas de valor combatiendo de noche a la luz de los fuegos artificiales y de día entre las tinieblas densas de la obscuridad del humo, adelantándose sin resguardarse cautelados, cantando en su presunción el triunfo primero que la victoria.

Solemnizóse, de orden del muftí, universal ayuno por término de un día y se observó con tanta puntualidad que no hubo persona alguna que le quebrantasse. Y después de esta abstinencia se dispusieron para el assalto general. Los christianos (con procesiones y súplicas) imploravan la divina asistencia, inflamando el emperador el espíritu de los suyos para que peleassen por la religión, por la libertad de la patria y por la vida. Fue terrible el empeño y, en medio de tantos desconsuelos, la constancia de los sitiados opuso a tan ardiente invasión todo género de defensas, pero los enemigos despreciando el riesgo se arrojaban sin temor a los trances más peligrosos. Y por confundir con más horrorosas demostraciones a los sitiados, a un mismo tiempo duplicavan los assaltos a Pera y Constantinopla y, robando a la noche el reposo, intentavan coger el fruto en la obscuridad, en la qual vibrando los sitiados golpes ciegos, era preciso que por la mayor parte fuesen los más sin logro, dando la execución en vacío. Y quanto más cedían las murallas al tormento de las heridas del cañón, tanto más se esforçava el empeño en lo estrecho del combate, adelantándose siempre unidos los genízaros (aunque maltratados) sin descomponerse en el abance. Y aviéndose esparcido recíprocamente mucha sangre, llegó a faltar el

terreno a los sitiados como el corage a los soldados, por cuya causa, visitando el emperador los puestos, los animava a la defensa. Y aviendo llegado a la puerta Romana halló que Justiniano, herido de un flechaço, abandonava aquel puesto y, aunque intentó persuadirle y alentarle a la perseverancia con ruegos y ofrecimientos, pudieron más con él el miedo y la infamia que los demás respetos. Y queriendo honestar la fuga con el pretexto de que iba a curarse, se aseguró de los turcos, pero no de la muerte, que le quitó la vida en el archipiélago.

Este frangente motivó en los soldados de Justiniano (que se hallavan sin cabo que los assistiese y sin ardor que los vivificasse) una desunión cobarde pues, dexando la muralla y las defensas, siguieron el exemplar más desayrado y el emperador, viendo desesperada la materia y sin defensa, rogava a los que encontrava que le quitassen la vida por no mirar el triunfo. Y no hallando quien quisiesse executar acción tan inhumana, deponiendo las insignias imperiales, con la espada en la mano se arrojó entre las esquadras enemigas que avían entrado por la brecha. Y peleando desesperadamente, assistido de Teófilo Paleólogo, muriendo, perdió (después de aver reynado tres años y tres días) en un punto el imperio y la vida. Si bien, algunos autores (burlados de engañosas relaciones) cuentan que pereció atropellado y oprimido de los fugitivos. Era ya llegada la hora fatal para Constantinopla porque, desfracasada en aquella parte la muralla a la violencia de los formidables bómitos del bronze, y sin defensa, assaltaron los infieles fácilmente la ciudad, donde executaron todos los actos de inhumanidad sin reservar lo sagrado. Y saqueando los alientos en las respiraciones de las vidas, como en la sangre de las haziendas el calor natural de aquellos griegos y, profanando la honra del sagrado de la reputación en las mugeres, passaron a manosear con desprecio sacrílego las preciosas soberanas reliquias de la columna, la lança, la esponja y de la inconsútil del Salvador crucificado.

El metal de las campanas sirvió después para la fábrica de la artillería, quedando reduzida la metrópoli del imperio de oriente a pública carnicería de christianos cuerpos, donde la infidelidad acreditó de zelo enfermo (en la cobarde defensa) a los griegos como también en aver resistido la contribución de dinero para sustentar la guerra. Por lo qual encontraron no solo la desaprobación de los christianos, sino también el desprecio de Mehemed, que dexó un memorable documento digno de registrarse en la memoria de la posteridad. Y fue aver mandado juntar los cabos más principales del ejército para que conduxessen a su presencia a los griegos de más suposición y le manifestassen los tesoros que avían ocultado. Y lo que negaron los amos, descubrieron los criados. Y aviendo recogido sumas cantidades de oro, hizo cortar las cabeças a los avarientos christianos. Y bolviendo la cara a sus baxaes, les advirtió que aprendiessen a subministrar las riquezas a su príncipe en la necesidad para defensa de la patria porque, perdido el príncipe y el dominio, se perdían también el oro, la libertad y la vida.

Mandó después que mudassen a otra parte un promontorio de cabeças que avía acumulado la fatalidad de los muertos o, por mejor dezir, la aplicación de los vivos en Santa Sofía, pues debaxo de ellas halló otro monte de riquezas ocultas en aquella parte por los christianos, que creyeron conservarlas con averlas sepultado. Llegó el número de los muertos a incomprehensible aritmética y los esclavos a setenta mil y, entre ellos, el cardenal legado de Su Santidad que, disfrazado en hábito común, le llevaron vendido a Gálata a un bosinés. Pero aviéndose escondido en una nave, desembarcó fugitivo en la Morea salvándose milagrosamente.

Los afligidos christianos con la infelicidad, buscando modo de salvarse del cautiverio, se arrojaron precipitadamente al puerto y, ocupando las embarcaciones que hallaron, con desorden las llenaron de tal suerte que no dava lugar el peso, como el embaraço, al uso de la navegación. Por lo qual, yéndose a pique muchos leños, se anegaron en las ondas los que no avían naufragado en la sangre.

Fulminó esta ruina (entre muertos y prisioneros) a quarenta y siete gentiles hombres venecianos, mandando el tyrano Mehemed que les quitassen las vidas a los veinte juntamente con Jacome Minoto, embaxador de la República, dexando a los demás en calidad de esclavos por intercessión de un favorecido del sultán. Y por insinuación de los que quedaron vivos, se supo que avía importado el saco de sus casas más de trecientos mil ducados que entraron en el tesoro del gran señor.

[1453] Salváronse solamente las galeras venecianas que obedecían a Luis Diedo, que resolvió (embistiendo con la cadena del puerto) o perderse o romperla. Y aviendo logrado felizmente el salir sin fracaso de alguna embarcación, navegó la buelta de su patria. Entró Mehemed altivamente vano como sobervio en la ciudad, siendo el primer sacrificio que inmoló en las aras de la severidad la muerte de Halil, gran visir, imputado de secreta inteligencia con los griegos, siendo su mayor gusto ver por recreo teñidas las calles de sangre de christianos como empedradas de cadáveres. Y aviéndole presentado un turco la cabeça del emperador griego, le fue colocando en los puestos más elevados. Parece que el fin de este imperio alude a su principio, pues si un Constantino, hijo de Santa Elena, fue su primer emperador; este infeliz Constantino fue el último que representó la funesta tragedia en el teatro del mundo, aviendo sido un sueño descuydado de la christiandad no estorvar que cayesse en mano tyránica el instrumento sangriento de la propia sujeción, por no aver despertado alientos que fomentassen una ciudad fabricada en sitio oportuno para dominar el universo. No ay frases que puedan expressar la propiedad de la alegría de los turcos, pues era universal el llanto que desperdiciava el placer risueño al abraçarse en las enorabuenas que se presentavan, passando precipitados a los pies del sultán para lisongearle con las más descompuestas demonstraciones (que en semejantes lances es respecto la locura). Era una discorde música el ruydo de los fuegos artificiales que acompañavan horribles alaridos, en cuyo

compuesto sobresalían las voces de la artillería, acordando con el desabrido estruendo la fatalidad a los christianos y la atención gustosa a los infieles.

Regaló Mehemed, liberalmente desvanecido, al soldán de Egipto con quarenta muchachos y veinte doncellas de poca edad y de garvoso aspecto en ostentación de la victoria. Entre los despojos más preciosos que presentaron al sultán los baxaes fue una hermosura sin imitación, un prodigio no competido, un ángel de carne humana en la apariencia y, en la común exageración, noble, discreta y de apacible condición, cuyo nombre era Irene. Y aviendo puesto Mehemed los ojos en ella, más con admiración y estudio que con desinteressada casualidad, a vista del reparo consiguió el deseo adornado de blandas demostraciones el fin particular de su fatiga, en cuyo laberinto se perdió ciegamente su alvedrío, logrando Irene el cautiverio del libre conquistador pues, amarrado a los dorados eslabones de la cadena de su voluntad, se negó a las funciones públicas, tan olvidado de sí que parecía se le avían apagado de todo punto los espíritus ardientes que entre sueños lisongeros le representavan las batallas y las victorias. Y mirando los soldados, rendido a su Marte en el regazo de esta hermosa Venus, y que las armas con que se alimentavan perdían miserablemente el crédito con la suspensión de las interpresas, passaron el desahogo a descubierta mormuración, a cuyo ruydo despertó de este letargo Mehemed porque el muftí era el eco que le advertía, con la repetición de los avisos, las voces que mencionavan los que sentían verle apartado de su obligación. Y para dar a entender a los soldados que sabía vencer las passiones como conquistar las plaças, arrebatado de un bárbaro furor, desnudando la zimitarra, cortó de un golpe la cabeça a la desarmada hermosura sacrificándola al genio militar, con cuya sangrienta sinrazón bolvió a recuperar el aplauso como también la aprobación del ejército y el nombre de amante bárbaro como de inhumano soldado. Y aviendo esparcido en Constantinopla no solo la inocente sangre christiana, sino también la de una muger a quien amava, passó (insaciablemente embriagado de fiereza) a derramar la de sus más fieles domésticos, cuyo exemplar se executó en la vida de Carites baxá, imputado de aver tenido correspondencia con el emperador griego, siendo testimonio que nació de la mala voluntad que le tenía Mehemed y deseava heredarle los grandes tesoros que posseía, de los cuales se apoderó absolutamente. Incurrieron también en esta desgracia Maamud y Liacup, sus favorecidos, a cuyos hijos prohibió (con decreto particular) que hiziesen demostraciones de sentimiento por el sucesso, con que se veían precisados a disfraçar (con dissimulada política) el semblante (vistiendo de gala el rencor en la apariencia) por no descubrir los afectos del pecho con riesgo del corazón.

Perdióse esta plaça por desmayada resistencia al cabo de quarenta y dos días de sitio, aviéndose mantenido mil ciento y veinte y un años después de su fundación, atribuyendo su descaecimiento a la malignidad de los habitantes de Pera (que no impidieron por tierra la entrada de la armada enemiga en el puerto), como también a los avisos que dieron a los turcos de que los griegos avían

deliberado ponerla fuego y destruirla (como diximos). Y crecieron estas sombras de sospechas tanto que parecieron evidencias, a vista de la duda que entibiava la seguridad en el temor, hasta que examinó el conocimiento la executada maldad después de aver embiado los de Pera por embaxadores a Bailano Palavichino y a Marcos de Franqui, con el intérprete Nicolás Palaçoni. Y aviéndolos oído Mehemed con benignidad, no solo les hizo buen tratamiento, sino que les concedió privilegios particulares.

La separación de la iglesia romana fue la ocasión más universal de la caída del imperio griego, además del ocio, la impiedad, como la heregía, que acobardaron el ánimo de los griegos haziéndole merecedor de tan grave castigo, naciendo también de estos motivos la desunión con los príncipes de poniente en la correspondencia política, aviéndose visto en muchas empresas frustrada la conclusión por los fraudes de los griegos, que se restituyeron tarde a concordarse para el remedio, y las divisiones que hizieron de aquel grande dominio en diversas provincias fue causa de minorarse las fuerças y la autoridad de los emperadores poco próvidos en discurrir los reparos para los accidentes venideros, como totalmente incapaces de los artes de la razón de Estado.

Facilitaron también a los othomanos la empresa, los fines y afectos, como los contrarios intereses de tantos soberanos de cortas fuerças y largas desconfianças que, aviéndose hecho dueños de la Casa Real, no conservava más que el nombre y la sombra de la antigua grandeza encomendada al presidio de seis mil soldados. Y si la resistencia hubiera sido más constante, como se creía o como sucedió quando Amurates, padre de Mehemed, la tuvo sitiada, se hubiera preservado de la fatal ruyna porque Jacome Loredano, que iba governando las treinta galeras de los confederados, como diximos, avía llegado a Negroponte con disposición de atravesar con qualquiera medio la pérdida. Pero los socorros que dependen de muchos, juntándose lentamente, y no defendiéndose con valor los sitiados, no pudo hazer más que recoger las miserables reliquias del naufragio en leños y en hombres fugitivos. Y aviéndose encontrado después con quatro galeras y treze fustas turquescas, las obligó a barar en la playa quedando los infieles reduzidos a sueño eterno, siguiendo por fuerça las embarcaciones el remolque de las galeras venecianas.

El eco de la voz de estos estragos, atemorizando (con el estruendo de la fama) las demás ciudades sujetas al precipitado imperio, ocasionó que recibiesen veinte y ocho ciudades la ley de los othomanos. Y no es fácil numerar por menor las empresas de Mehemed Segundo, pues para repetir las era necessario escribir una dilatada Historia y, assí, nos contentaremos con exprimir solamente el jugo y la sustancia de los sucessos más notables, por escusar lo prolixo.

[1453] Nicolao Quinto, pontífice romano, al infausto aviso de la pérdida de la gran Biçançio, deliberó contristado el armamento de cinco galeras a su costa (que entregó al gobierno de otros tantos nobles venecianos), ofreciendo también espirituales recompensas a los soldados que assentassen plaça contra

los infieles, amenazando con censuras a los que escusassen el hazerlo, siendo su profesión. La deliberación (aunque fuera de tiempo) pareció bien, porque para salir a la mar es necessario proveer la nave de jarcias, belamen y áncoras como de otros aprestos marítimos antes que se rompa o que se anegue.

Combidó Su Santidad a los príncipes christianos para que concurriessen con sus armas a la oposición del turco y, a su impulso, embió el senado embaxadores al emperador para encaminar la liga a seguro fin. Fue a Constantinopla (a rescatar los esclavos venecianos nobles) Bartolomé Marcelo quien, con destreza y dinero, consiguió no solamente su intento, sino también bolver a su patria acompañado de un embiado con orden de establecer la paz, cuyo tratado se dilató por entonces (sin determinarla) por atender el senado a las esperanças de la liga christiana, que suele ser como la melodía de las sirenas, que encanta con las voces para adormecer a quien las oye.

Bolvió otra vez el Marcelo a Constantinopla, por no romper totalmente el hilo a la negociación, quando no tuviessen efecto las disposiciones de la liga (como sucedió). Y aviendo concluido los tratados en buena forma, quedó como ministro ordinario en aquella Corte para continuar las dependencias de la República. Consintió gustoso al parecer en la paz el reservado Mehemed, bien que internamente tenía resuelto romperla en más favorable ocasión, esperando del tiempo este beneficio a su seguridad. Y como nuevo en la conquista del imperio, creyó que le convenía assegurar en la quietud marítima lisongeando a la República con breve tranquilidad, para preservarse del daño que le podían ocasionar los esfuerzos de la naval armada veneciana, correspondiendo sus fuerças a las terrestres. Murió el pontífice y exaltó en el solio el sacro colegio a Alfonso de Borja con nombre de Calixto Tercero, quien con igual fervor solicitó disposiciones que embaraçassen el curso a la carrera precipitada de los progressos turquescos. Y es cierto que sus ministros huvieran logrado la persuasión a no hallarse algunos príncipes embaraçados con diferentes deseos.

El cardenal de Santangelo passó a Venecia y de allí a Boemia y Polonia, y otro a España y a Francia. Y porque siempre es más eficaz el exemplo que la persuasión, armó Su Santidad diez y seis galeras que obedecían las órdenes de Luis, cardenal de Aquileia, las quales aviendo passado a levante, lograron algunas presas de navíos como de botines en tierras marítimas con poco daño de los turcos, en comparación de las grandes pérdidas de los christianos. Llegó a Venecia en esta ocasión (con título de embaxador de los príncipes de Italia el prior de San Miguel de Indias, de parte del Preste Juan) y también un regalo del soldán de Egipto que se componía de bálsamos, azúcares, aromas preciosos y tapetes ricos.

Tuvieron alguna oposición los grandes progressos de Mehemed en la valiente espada de Juan de Uniades, bravo general de Ungría, el qual (como más adelante diremos en las precedentes famosas victorias, assí en la Ungría como en Transilbania y Tracia) hizo ver claramente que la potencia othomana no era invencible [1453].

Domada Constantinopla (que se defendió de Amurates, su padre), creyó Mehemed deshazer qualquiera obstáculo que le embaraçasse para sujetar con igual fortuna también a Belgrado (vanamente intentado por su padre algunas vezes) y, assí, dispuso una gruessa armada bien pertrechada de lo necessario. Y tomando los puestos a vista de tan arrogante plaça, dio principio a los ataques, como a las baterías (que en continuada aplicación a la ofensa) lograva el ardor afanes, imprimiendo violencias en las murallas la artillería como también ensangrentados horrores en los sitiados, los bosteços del mosquete. [1456] Y porque era fácil socorrer la plaça por el Danubio, aprestó Mehemed dozientas embarcaciones bien armadas para disputar el passage a los leños christianos, en el caso que intentassen el socorro. Y aviendo tenido aviso Juan de Uniades de la invasión del othomano, aprestando ciento y sesenta leños con víveres y municiones, se embarcó con ánimo de entrar el socorro en la plaça a todo trance. Y atento a las disposiciones enemigas, llegaron al abordó unos con otros, en cuyo empeño tuvo más que hazer el azero que las bocas de fuego, pues no hubo golpe sin execución y fue tanta la sangre que desperdiciaron los combatientes que podía aumentar el caudal al Danubio. Y siendo más prontas y velozes las saicas úngaras, como más bien gobernadas de la experiencia y valor de Juan de Uniades, consiguieron apresar veinte y quatro turcas con toda la carga y soldados que las guarnecían.

Caragi baxá, comandante othomano puesto en fuga, se salvó con las demás, dexando sin oposición el tránsito temeroso de mayor daño. Y aviendo llegado a la presencia del sultán, mandó que pusiessen fuego a las embarcaciones porque no se apoderassen de ellas los úngaros. Y aviendo entrado en la plaça con este socorro Juan de Uniades, fue el universal alivio de todos porque, con su presencia, les llenó de valor los coraçones protestándoles que iba a sacrificarse en aquella defensa para correr la misma fortuna, que esperaba en Dios fuesse próspera como gloriosa en el caso que siguiessen sus disignios, pues eran de vivir o morir en ella. Y aviéndose aplicado con arrogancia a la resistencia, sin perder de vista los mayores riesgos ni las menores disposiciones, acalorava a los suyos más con las obras que con las palabras. Y no obstante el mal sucesso del río, trabajavan los turcos en los ataques con adelantada aplicación sin perder tiempo alguno en todas las operaciones que conduzían el no atrasar la conquista, aviendo logrado brechas capaces para poner en plática el assalto. Y para divertir igualmente a los sitiados, aplicaron también el tentativo por la parte que la muralla tenía menos descaecimiento, siendo tan obstinado como sangriento el choque. Y animando el sultán en persona las tropas para la execución, se obstentava ardientemente generoso en el combate, sin ceder en el arrojó Juan de Uniades, pues aplicado a todas partes, visitando los puestos, animava a los suyos, vibrando a un mismo tiempo el azero (con daño de los infieles) sin faltar al fomento de los descaecidos. Y, finalmente, cumplía con la obligación de bravo general y valiente soldado, mereciendo las acciones de tan invencible héroe más que esta corta memoria, un amplio panegyrico, pues mató

en un día con sus propias manos doze turcos. Estaban de más las escalas, pues para subir a las obras muertas les franqueaban el passo a los enemigos las rimas de sus propios cadáveres en la muchedumbre hazinada.

Engendró notable sentimiento en Mehemed la experiencia del estrago y se declaró asegurando que avía de vencer o morir en la empresa con todas sus tropas. Avía hecho desconsolada impresión en los genízaros la grande copia de sangre vertida de sus compañeros, a cuya causa se avía resfriado en ellos aquella ferocidad natural, destilando en descaecimientos lo que antes avían mantenido en ardores, aviendo puesto también los más principales cabos en la consideración del monarca el ser más fácil morir que conquistar una gente (que sabía defenderse con tanta resolución) gobernada del valor y experiencia de tal general. Si bien por lisongear el genio de Mehemed (disgustado con tanto fracaso), resolvieron el siguiente día, al romper el alva, esforçar las tropas para repetir otro assalto, en que se adelantaron los más atrevidos (ambiciosos de lograr la oferta del saco de la ciudad que avía resuelto el sultán para lisonja de las milicias, como también puestos de suma conseqüencia a los cabos en el caso que lograsen la rendida de la plaça).

Estrechóse tanto el combate que se disputó con las armas blancas y, mezclados unos con otros, apenas se distinguían los que assaltaban de los que se defendían. Y obedeciendo las órdenes del sultán, Cazán baxá (el más arriesgado general de los turcos), guiando la banguardia de sus tropas, se opuso a la mayor resistencia de los sitiados logrando en ellos terrible estrago hasta que (con gran sentimiento de Mehemed) perdió la vida entre los demás. [1456] Y aviendo resistido los christianos el esfuerzo enemigo (con la asistencia de su comandante, siendo el primero a embestir y el último a retirarse), perecieron treinta mil infieles, quedando herido el sultán (aunque ligeramente) conduziendo las tropas para ganar la estrada encubierta, en donde rechazadas de los christianos, atemorizados con el daño que recibían, sin atender a las exortaciones de los cabos ni a las amenazas, inobedientes a las órdenes como sordos a los avisos de la caja, teñidos de su propia infamia, desamparando el empeño, abandonando a su rey, bolviendo las espaldas a su propia obligación por no mirar el peligro cara a cara.

[Saidino, historiador turco] Murieron en este trance Cartag baxá, beglierbei de Grecia, el agá de los genízaros y otros muchos oficiales de diferentes grados, cuya circunstancia obligó a Mehemed a levantar el sitio el día seis de agosto. Y en memoria de tan insigne victoria, Calixto, sumo pontífice, consagró este día a la transfiguración de Christo, nuestro bien. Tienen las humanas prosperidades ordinariamente tan vezinos los azares que suelen equivocarse en las viviendas. Y donde persistió el placer, sabe aloxarse el pesar, pues lloraron los úngaros en el más alegre día la muerte de Juan de Uniades, cuyo instrumento fue una fatal herida que convirtió la triunfante palma en funesto ciprés, con cuya pérdida se exaló la última llama que acalorava vivificado

el valor úngaro, quedando sepultado entre las cenizas con el corage de tan valiente nación.

Fin del Libro Primero.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO SEGUNDO.

Destrozadas las tropas de Mehemed sobre Belgrado y despuntadas las armas en Ungría (sin descaecimiento de su indomable ferocidad), bolvió a sacarlas los filos para cortar las defensas a los príncipes confinantes y no dexar ángulo alguno de la tierra essento de la amenaza de sus ardientes disignios. **[1461]** Y, assí, ordenó al beglierbei de la Grecia que marchasse la buelta de Persia, a daño de aquel reyno. Y en medio de no aver sido favorables los sucessos, obligaron a Sara, madre de Usumcasano, con la interposición de un principal ministro mahometano a que solicitasse la paz, que se le concedió con calidad de no subministrar socorros al emperador de Trapisonda y del mar Mayor, su yerno, cuya dessolación meditava Mehemed porque no contento con solo un imperio, se disponía a conquistar el segundo. Y fiando de la tierra y del agua que apadrinassen su empeño, a la una como a la otra encomendó sus

armadas. Y costeando la marítima la Capadocia (mientras tomava los puestos la terrestre, para ponerse sobre la metrópoli de aquel imperio) dio fondo para intentar el desembarco que procuraron resistir los de Trapisonda, pero arrojándose a tierra los genizaros con resolución (venciendo el obstáculo), lograron su intento a costa de muchas vidas de los defensores. Y aviendo acampado cerca de las murallas, acalorava los ataques (con ambición alentada) Acmad baxá, con el refuerzo de Persia, de donde avía venido para esta función, manteniendo el puesto ocupado.

Era emperador David Comeno, cuyas desiguales fuerças hazían poca oposición al estruendo de tantas armas. Y aviendo Acmad baxá comprehendido la flaqueza de las suyas, embió persona de suposición a representarle el peligro en que se hallava por no aver mitigado la ira del sultán, con reconocimiento a su soberanía, como también el aver llegado la plaça al último extremo de los males, pues si no la cedía, era forçoso llegasse la hora del sacrificio de su vida quando en sus fuerças solo se alcançava a ver una desproporción conocida en la resistencia y la fortuna más declarada a favor del sultán, contra quien no podía hallar calor que le preservasse de un mortal contratiempo.

Resistió el emperador muchos días el ímpetu de las persuasiones como de los marciales empeños hasta que, al ruydoso estruendo de las baterías de mar y tierra como al abançado camino de los ataques, se reduxo a firmar las capitulaciones de la entrega de Trapisonda en cambio de otro Estado en el Assia. Fue causa de este ajuste, como de la ruyna del sobrino, Sara, madre de Usumcasano, que le exortó a someterse a la fe y palabra de tan inexorable enemigo.

Embarcóse el emperador con su muger y sus hijos, a instancias de Mehemed y, assegurado de su palabra, passó a Constantinopla. Pero aviendo fingido el pretexto de aver cogido unas cartas en que la mencionada Sara combidava a un hijo de David para tenerle consigo, como a pariente tan cercano, a fin de fomentarle para recuperar lo perdido, quando se llegó a poner en plática el cumplimiento de los pactos en lugar de darle el dominio ofrecido en Assia, se le dio en el otro mundo, quitándole la vida a toda la familia sin aver preservado de la muerte más que a una hija del emperador de singular hermosura, poseída de su incontinencia bruta. Y no fiándose enteramente de ella (por la crueldad executada en sus padres), la removiό del serrallo a otra parte, donde padeciό muchos trabajos apartada de su correspondencia.

Con las armas y con el engaño lo usurpava todo Mehemed, haziéndose formidable por falta de oposición en los christianos que, adormecidos y sordos a tantas conquistas, no tuvieron forma de despertar para la común defensa. La paz con la República duró pocos años por averse llegado el tiempo de seguir otras conquistas que le sucedieron bien, a cuya causa mandó marchar sus tropas a la Morea para sujetarla. Llámase esta provincia el Quersoneso (famosa entre los griegos) por muchas repúblicas que en ella florecieron. [1462] Tuvo por nombre la Morea por la figura y planta que retrata a una hoja de moral. Es

península y solo tiene la parte de tierra firme al septentrión, donde la Megárides termina el istmo, como también el seno de Corinto o golfo de Coranto o de Parras. Báñala el mar Adriático por el poniente y mediodía y por levante el mar de Candia. Su anchura coge desde el istmo de Modón y tiene cincuenta y seis leguas y es casi igual la latitud. El círculo que la rodea es de dozieutas leguas y comprehende los payses de Corinto, Laconia, Argia y Arcadia, cuyos nombres se celebraron en las Historias antiguas hasta que quedaron sepultadas en el dominio turquesco. El istmo que la avezina a la Grecia es un espacio de dos leguas y, aunque algunos príncipes intentaron desprenderla de tierra firme, no pudieron conseguirlo.

Los ríos que la riegan y el mar que la ciñe la hazen tan amena como fértil, de ayres felizes y saludables, cuyo sitio es importantísimo para la navegación de levante como para la comunicaci3n de la Grecia, a que se añaade el fácil passage a las islas del mar Egeo. Repartiéronla antiguamente los emperadores griegos entre diferentes soberanos, a los cuales desposseyó con facilidad la potencia othomana, aviendo quedado solamente la República en posesi3n de algunas plaças marítimas y, entre ellas, la de Argola. A quien atacaron de improviso o, por mejor dezir, la arrebataron los infieles consiguiendo apoderarse de ella, por avérsela ganado a Nicolás Dandolo, su gobernador. Y considerando la República la necesidad que tenía de defenderse (quando se mirava acometida sin pretexto ni raz3n, bolviendo al cielo los ojos para los primeros auspicios), estableció que en la bandera general (que se arbolasse para las batallas) se pusiesse la señaal de la cruz. [1463] Y recogiendo dinero y gente alistó diferentes embarcaciones y, con cinco mil infantes a la orden de Bartolomé Deste, salieron del puerto y desembarcaron en la Morea, donde entre los dos golfos de Saronico y Lepanto, en la parte que se une la Morea al continente, fabricaron una muralla de dos leguas con increíble presteza y trabajo de treinta y seis mil gastadores, cuya fábrica guarnecían treinta y seis torres para enfrenar las ardientes correrías de los turcos. Pero aviendo perdido la vida Bartolomé Deste (de una herida que recibió en Corinto), fue causa de muchos desconsuelos porque Betino Calcirato, heredero de aquel gobierno más que del valor de Barolomé, apenas entendi3 que el beglierbei se aproximava a la plaça con ochenta mil combatientes, quando no solo abandonó a Corinto (que aún no avía perdido el castillo), sino que dexó indefensa la mencionada muralla fabricada con innumerables gastos.

La cobarde retirada de los christianos animó la resoluci3n de los turcos para tomar los puestos y sitiar a Nápoles de Romania con seguras esperanças de ponerla en su obediencia, si bien los defensores (assí por la ventaja del sitio como por la obligaci3n de morir o defenderla) obraron tan bien que experimentaron los infieles el daño en la muerte de cinco mil turcos. Después de lo qual, passaron a la debastaci3n de la campaña de Mod3n y Cor3n, cuya extorsi3n lloraron también los pueblos de la Arcadia. Y para poner alg3n reparo a tanto desconcierto, nombró la República por capitán general a Segismundo

Malatesta, substituyendo en Orsato Justiniano la dirección de la armada marítima, y con treinta galeras dio fondo en la Morea. Y por no quedar solo haziendo frente a fuerças tan favorecidas de la fortuna, despachó por assistencias que le fomentassen al príncipe de Caramania Usumcasano, rey de Persia y a otros potentados christianos.

Mehemed, noticiado de la antecedente guerra que hubo entre la República y Francisco Esforça, duque de Milán, le despachó un embiado con grandes dones a solicitarle para que rompíesse con la República (que no surtió efecto alguno porque el duque resistió con fortaleza la tentación). Embistió el Justiniano con quarenta galeras a la ciudad de Metelino en el archipiélago y, teniendo esta plaça dos puertos, ocupó el que mira a mediodía desbaratando trecientos turcos que se le opusieron y passó a dar un assalto a la ciudad, cuyos defensores rechazaron a los christianos con alguna pérdida, siendo preciso retirarse por no exponerse al choque de dos mil cavallos que llegaron de socorro, no teniendo disposición de resistirlos. Y siendo hombre de espíritu generoso, no toleró el bolver desayrado sin morir, passando el gobierno de aquella armada a Jacome Loredano.

El pontífice Pío Segundo, que sucedió a Calixto Tercero, compassionando las pérdidas christianas, manejava con particular calor la cruzada y, aviendo embiado a Venecia al cardenal Nizeno [1464] a las disposiciones precisas para resistir al bárbaro othomano, se aloxó en San Jorge y quedó escrito en la nobleza veneciana e, introduzido en el mayor Consejo, le tocó la bala de oro, aviendo entrado en elección; y fray Miguel Murano, entre numeroso auditorio en la plaça de San Marcos, excitava al pueblo para que assentassen plaça debaxo de la insignia de la cruzada contra el común enemigo.

Filipo, duque de Borgoña, siguiendo las huellas de sus ilustres progenitores, grandes campeones en defensa de la fe católica, se declaró cabeça no solo de tanta disposición, sino que combidó al pontífice para que entrasse en persona a la parte; quien (aunque envejecido, robusto de zelo) no se escusó al combite, solicitando también al dux de Venecia para que se agregasse a tan devoto partido. Y Bernardo Justiniano, embaxador en Roma, remitió al senado el Breve de Su Santidad en que combidava a la República para empeño. Y aviendo aplaudido todos la exortación, después de aver leído en Consejo pleno el Breve de Su Santidad, el dux dixo que no sabía cómo emplear mejor los últimos días de su mayor edad en más gloriosa coyuntura y que dava gracias a la fortuna de que le huviesse ofrecido la ocasión de exhalar el último suspiro por la fe católica, como también por la patria.

[1464] Publicóse con universal aclamación la liga entre Su Santidad, Filipo, duque de Borgoña y el dux de Venecia por término de tres años y que por ningún accidente se dissolvería la aliança sin el común consentimiento, participando a los príncipes christianos tan piadosa resolución para animarlos a tomar parte en el mérito de tan gloriosa empresa.

Resolvióse en el senado que dos consejeros y un cabo de quarenta se passassen a vivir al palacio ducal y quatro senadores principales siguiessen al dux en calidad de consejeros. Y disponiendo la salida con pompa igual a la dignidad y grandeza de la República (a costa del común), puso las proas de la armada al puerto de Ancona (señalado para este efecto) y apenas hubo dado fondo en aquellas aguas quando despachó a Pedro Diedo y a Nicolás Pesaro a besar el pie a Su Santidad, como a noticiarle su arribo, a quien hallaron acosado de una calentura ardiente.

Estaban en el puerto diez galeras bien dispuestas y armadas a costa del pontífice y cardenales, gobernadas de principales venecianos menos la del cardenal de Roan que embió desde Pavía a complimentar al dux y a participarle la enfermedad del papa, a quien remitió su médico para que assistiese a su preservación, pero aviendo buuelto, remitió que para el mal de la muerte no avía remedio humano.

Entristeció este amargo suceso, como infausto, a todo el christiano mundo. Y avisado el dux de esta desgracia, passó a cumplir con un duelo de tanta obligación y, acompañado de dos cardenales y recibido de los demás, entró en la iglesia cathedral a rendir los últimos piadosos oficios de devoción al venerable cadáver. Y conducido después al consistorio (aviendo tomado asiento entre los cardenales), expressó el sumo dolor que le avía ocasionado tanta pérdida con razones elegantemente tiernas. Pero aviéndose roto con tanta infelicidad la trama de tan ilustre tela (que dependía del hilo de una sola vida, reducido a un laberinto de temores, el aliento con que se disponía la operación), considerando inútil la detención, dio la buelta a Venecia, que le recibió con pompa y aplauso del senado en el Bucentoto, destinado para funciones semejantes. Y porque las grandes deliberaciones ordinariamente suelen no dexar sucessión a la posteridad, por ser esta la más insigne de aquel siglo, fue un aborto de un mal parto que aseguró para siempre la esterilidad.

Con la muerte de Pío Segundo (de excelsa memoria), ocupó la silla Pedro Barbo, cardenal veneciano (hijo de hermana del papa Eugenio) que tomó el nombre de Paulo Segundo, en quien se reconoció muy debilitada la pasión en los alivios de la christiandad. Despachó el senado a darle la obediencia, por ser patricio, diez embaxadores, a quien, con toda humanidad y cortesía recibió honrando a tres de ellos con la púrpura.

Passó al puesto de general de la armada Víctor Capelo, por aver cumplido el tiempo de su cargo Jacome Loredano, siendo también infausta esta mutación, pues quando los sugetos son hábiles en el manejo que exercen, no debe aver tiempo limitado que les obligue a separarse del puesto porque con las alteraciones suele mudar también el semblante de la fortuna. El Capelo (con auspicio feliz) después de aver conquistado la isla del Imbro, con las dos ciudades de Aulida y de Setine (que antiguamente se llamó Atenas), instado con vivos oficios de los habitantes de Parras para que se aplicasse a la conquista de aquella ciudad, salió de Negroponte con treinta y seis galeras y algunos cavallos

ligeros. Y aviendo desembarcado las tropas a vista de aquella plaça (entrando a campear algunas con desorden), marcharon resueltas antes que a cumplir con su obligación a querer adelantar la conveniencia con el botín en algunos villages. Y como para hazer esto es menester separarse, atendieron al empeño desfilados sin formación alguna los soldados, cuyo exceso motivó a los turcos (vigilantes siempre en su provecho) a salir de la plaça con la cavallería (aunque en número inferior) y atacar a los descompuestos venecianos, en quienes lograron las crueldades muchos triunfos robando las vidas a los que atendían aplicados a ser ladrones de la hazienda de los otros, quedando en la campaña más de tres mil christianos y, entre ellos, prisionero y mal herido el Barbarigo, a quien (por hazer más eminente su barbaridad) empalaron sobre la torre de la plaça.

No perdido de ánimo el Capelo por este accidente, atribuyendo el desconcierto a la avaricia de los suyos, renovó con más ímpetu el assalto al castillo, donde otro desgraciado accidente le obligó inmediatamente a retirarse de aquella empresa.

Las guerras de Italia embaraçaron a la República las operaciones en levante y los antiguos cuerdos senadores venecianos (que comprehendieron bien que las operaciones de tierra podrían hazer desmayar los provechosos efectos marítimos, en cuya seguridad se afirmava la más cierta libertad) prohibieron con positivo decreto a los ciudadanos el adquirir bienes terrestres, porque el amor de estos no les hiziesse perder de vista los marítimos.

Passó el general veneciano con veinte y siete galeras desde el Imbro al Enno y, aviéndole atacado con furiosos assaltos, lo sujetó a la obediencia del senado, cuya conquista y botín importaron sumas considerables a que se agregó la libertad de dos mil infieles que quedaron en prisión, passando la licencia militar a tan desenfrenados excessos que tiemblan las carnes de considerarlos, pues incurrieron los christianos en quantos delitos caben en la imaginación, aviéndose portado los turcos antecedentemente con más respecto en sus insultos.

[1465] Esta irreverencia fue causa de los siguientes desgraciados sucessos con los infieles, porque sus prosperidades nacen ordinariamente de los delitos de los christianos y se vale el cielo de sus enemigos para la vengança de los pecadores. Y mientras sucedían los excessos referidos, introduxo David hebreo con Mehemed tratados de paz. Y deseando el pontífice divertirla, ofreció a la República trecientos mil escudos, a que respondió que no eran bastantes y que solo buscavan compañeros en el peligro, a cuya causa se resfriaron las negociaciones. Y pudiendo conseguir la tranquilidad con ventaja, fue preciso abraçarla con descrédito. Y es cierto que la ocasión no estimada, tarde o nunca se dexa encontrar, ofendida del desprecio, conservándose fugitiva de quien recibió el desayre. Y assí, todas las vezes que la República (por la vana esperança de las assistencias agenas) ha podido lograr la quietud, y ha huido de la paz, le ha sido preciso seguirla después con fatiga y daño conocido.

[1468] Fue tercera vez elegido para general de la armada veneciana Jacome Loredano y, en medio de tan funestos sucesos, se dexó ver la alegría con el casamiento de Catalina, hija de Marcos Cornaro, cavallero, con Jacome, rey de Chipre.

El rey Juan, su padre, dexó dos hijos que fueron Jacome, avido en María de Parras (fuera de matrimonio), una de las más hermosas damas del archipiélago, y a Carlota, procreada con Elena Paleóloga, su muger, hija de Teodoro, soberano de Servia; los cuales después de la muerte del padre aspiraron a la embestidura del reyno. Favorecían a Carlota los más principales varones (y con escasearle al hermano las demostraciones de afecto, a instancias del contrario partido de quien vivía rezeloso) le obligaron, temiendo mayor contratiempo, a salir improvisamente huyendo del reyno, aviendo antes recibido de Andrea Cornaro (que se hallava desterrado en aquella isla) un considerable empréstito de dinero que le sirvió para ponerse en la presencia del soldán de Egipto, a quien tocava el derecho de Chipre y a quien pagavan los reyes un reconocimiento todos los años. Los mamalucos en contradictorio juicio, después de aver oído a los embaxadores de Carlota, sentenciaron a favor de Jacome, el qual assistido de muchas tropas de soldados, con ochenta velas, tomó puerto en aquel reyno en donde, después de largas guerras, quedó dueño absoluto de la corona, aviendo conseguido que saliesse Carlota de aquel dominio y su marido el conde Luis de Saboya. Conquistó también a Famagusta con la expulsión de los ginoveses (que la posseyeron mucho tiempo) y, coronado rey absoluto de la isla, resolvió establecer en ella la posteridad.

Andrea Cornaro, tío de la dama, hizo la proposición de la boda al rey (que deseoso de seguro apoyo) admitió la demostración y, aviéndola declarado la República por hija, la dio cien mil ducados en dote assegurándola siempre la protección y assistencias al rey, a ella y al reyno como también a sus descendientes. Y quando estaban las galeras dispuestas para zarpar, fue el dux acompañado de muchos senadores en el Bucentoto a sacarla de su casa, en donde se dexó ver ayrosamente vestida de rica tela de oro, adornada de grande cantidad de diamantes, cuya magestad assegurava en la nobleza del aspecto los sobresalientes dones con que la enriqueció la fortuna. Diola el dux el brazo y la fue sirviendo hasta la embarcación, dexándola respetosamente assistida de Andrés Bragadino (nombrado del senado para esta función) y, aviendo entregado las velas a un favorable viento, navegaron felizmente hasta dar fondo en Chipre, donde la recibió el rey, su marido, con apariencias ruydosas de honor y estimación, celebrándose en el mismo tiempo otra mayor alegría en Venecia ocasionada de aver encontrado (por casualidad) en el tesoro de San Marcos, entre lo más precioso de sus riquezas, una porción de la cruz en que murió Christo, nuestro redemptor, y un clavo de los tres que hirieron su sagrado cuerpo, aviendo más de ciento y cinquenta años que estaban olvidadas aquellas sacrosantas reliquias en un tabernáculo, donde se hallaron las bulas auténticas de los pontífices Gregorio Nono y Dézimo, que confirmavan la verdad de

aquellas joyas celestiales de inestimable valor. Pero bolvamos a tomar el hilo de los sucessos de la guerra en la provincia de Ducajini, próxima a la Albania, de quien eran dueños absolutos Nicolás y Alejo, hermanos. Y aviendo nacido entre ellos oposición enfadosa sobre los intereses ciegame, acometido de una desesperación Alejo, puso su vengança en manos de los turcos que fácilmente se encargaron de su protección (por mal contento) para enflaquecer las fuerças de entrambos con la oposición y sujetarlos después a la obediencia othomana con más facilidad.

[1469] Nicolás imploró el calor de Josafad Barbaro, que governava a Escutari por la República, y con el socorro que le embió de mil y docientos cavallos logró romper en una batalla a su hermano Alejo, con pérdida de ochocientos turcos, por cuya causa quedó por entonces establecido en sus Estados. Salió en aquel tiempo la armada othomana de Constantinopla, que se componía de trecientas velas, copiosa de chusma como abastecida de todos pertrechos y armada de escogida milicia, cuyo disignio se encaminava a la conquista de la importante isla de Negroponte por ser la mayor de quantas el archipiélago baña. Apellidávase por lo passado Eubea, aviendo estado unida a la Boecia, pero las dividió el violento continuado curso de las aguas. Haze frente a la playa que se derrama de cabo Suno, llamado de las Colunas, hasta la Tesalia. Y mira también a la Ática y a la Beocia, a quienes separa un estrecho, o euripo, célebre por el fluxu y refluxu de siete veces al día y a la noche. Alárgase su longitud a cinquenta leguas y la latitud a catorze, y por la parte más estrecha a siete. Boja su circunvalación ciento y veinte y cinco y se comunica con tierra firme por un puente fabricado en la parte más estrecha del canal. La ciudad más principal de la isla se llamó Calcide en tiempo de los atenienses y en ella vivió y murió retirado, como perseguido, Aristóteles. Estuvo sujeta al dominio de la República en tiempo que Rabaan de la Cárcel, señor de ella y, desconfiado de poder mantenerla, se la cedió. Y Mehemed viendo que la más segura retirada de sus enemigos era esta isla (después de la presa de Modón), observó con atención el sitio y reconociéndole tan importante y acomodado para la Grecia, como para las otras islas del archipiélago, deliberó su conquista. Tenía la plaça fortificaciones subsistentes, según el uso de las defensas de aquel tiempo. Y estava tan poblada de habitantes, que se contavan los que eran hábiles para el manejo de las armas (comprehendiendo el presidio) veinte y quatro mil personas. **[1469]** Eran gobernadores de ella Juan Bondumiero y Ludovico Calvo. Y si bien Pablo Erizo avía cumplido el tiempo de baylo, difirió su partida, por no ofender el propio corage alexándose en tan urgente coyuntura de señalarse como noble christiano.

Acampóse Mehemed sobre la isla, con ciento y quarenta mil turcos, en persona. Y aviendo empeçado a trabajar en los ataques con toda prisa, no se descuidaron los sitiados, pues en diferentes salidas lograron atrasarles las operaciones resistiendo con gran valor a quatro assaltos generales, donde perdieron los infieles tanta sangre que se vio inundada la campaña y sin el color

natural de su hermosura. Pero los frescos y continuados socorros reparavan fácilmente las pérdidas, porque ordinariamente en estos lances prevalece la multitud y al passo que está (abastecida de lo necessario) no echava menos el sustento, carecían los sitiados de lo preciso, reconociéndose cada día más la necesidad con el consumo de los bastimentos y de las municiones. Y como la línea de la circunvalación tenía cerrados los passos para los socorros, no avía otra puerta abierta que la del hambre.

Combatidos pues por mar y por tierra a un mismo tiempo (después de un mes de trabajos), se hallaron en los últimos trances de la necesidad los sitiados. Tomás Esclavo, que antes del sitio avía entrado en la plaça (entre unas tropas), maquinava traydoramente cómo disponer los avisos para noticiar a Mehemed (con quien se entendía) el estado de la ciudad para que no abandonasse su conquista. Pero como las trayciones algunas vezes no se logran, permitió Dios que una carta, que venía encaminada a la ciudad en el hierro de una flecha, llegasse a las manos de una muchacha que la puso en poder del magistrado. Y descubierto el traydor, murió a manos de Luis Delfino, de una herida que le dio en la plaça pública. Siempre combaten a favor de los turcos la perfidia o la discordia de los propios christianos para facilitarles las empresas, pues rara vez han faltado embaraços que atrassen los sucessos. Para recompensar la pérdida de las milicias, ordenó Mehemed que de cada casa saliesse un hombre a servir al ejército y, precisándolos a la execución, se aumentavan cada día las tropas con los socorros continuados.

Los sitiados hizieron saber al general Canales el sumo aprieto en que se hallavan y, aviendo passado a toda priessa con la armada (después del primer socorro) a Candia, con el refuerço de algunas galeras bolvió a Negroponte. **[1469]** Y aviéndose apartado del grueso de la armada con catorze baxeles y dos galeaças, se abançó a la frente de la turquesca acalorando con esta demonstración a los sitiados, cuyo espíritu descaeció notablemente quando le vieron hazer alto sin intentar alguna operación para el alivio del mal, pues podía ser remedio eficaz para su preservación embestir a remo y bela (teniendo favorable el viento) con el puente y romperle, como dezían algunos de los más animosos de la armada, para dexar separado el ejército enemigo del continente quedando aislado como la plaça, donde el hambre en breve tiempo podría destruir a los victoriosos.

Ofreciéronse (dos capitanes de dos navíos, hermanos de apellido Piçamani) a intentar la experiencia de romper el puente a costa de sus vidas, pero el Canales no lo permitió con el pretexto de querer unirse a la esquadra que avía quedado atrás. **[1469]** Los errores cometidos en la guerra admiten más fácilmente el arrepentimiento para el dolor que el remedio para el alivio. El sultán, con el arribo de la armada christiana, dissenava abandonar la empresa temiendo que, si rompían el puente, quedava separado de tierra firme y más sitiado que sitiador. Pero aconsejado con espíritu animoso del baxá de Assia, se mantuvo en la empresa animándole a la renovación de los assaltos y caminar

con los ataques, como a ofrecer el saco de la ciudad a los soldados para moverles con deseo de la expugnación y con el interés al empeño. Y aviendo publicado esta resolución, renovaron ambiciosos de fortuna como de comodidades los genízaros los assaltos y, opuestos a la invasión los sitiados, fue igual el destroço como la obstinación. Pero el desvelo y cansancio de los christianos, como la flaqueza, entibiaron el ardor al ruydo del desconsuelo de mirarse heridos los más de las lluvias de flechas que caían sobre todos. Y como no es fácil encubrir la sangre de las heridas, desmayava aquella roxa representación mucho más lo pálido del semblante de los que miravan como de los que padecían el desconsuelo. Y obedeciendo al assombro más que a su propia obligación, desampararon vilmente la puerta Burquiana y la mayor parte de la muralla, quedando en su defensa pocos descaecidos sin aliento para defenderla.

Animava Pablo Eriço con las palabras y con las obras a todos, sin que la exortación hiziesse efecto alguno en su acobardado descaecimiento por el desmayo en que los mantenían las fatalidades de las heridas, como del hambre, que es un mal que no se cura con palabras, por lo qual desconocían la obediencia en las persuasiones. Y aviendo observado los enemigos estos accidentes, valiéndose de tan buena ocasión, assaltaron la muralla penetrando hasta el coraçón de la ciudad, donde los gobernadores, cumpliendo con su obligación, murieron con las espadas en las manos. Si bien, Pablo Eriço se hizo fuerte en una de las ruynas manteniéndose algún tiempo, pero la falta de víveres y municiones le obligaron a rendirse con la condición de librar la cabeça, pero los turcos (cruels siempre) le hizieron segar por medio y, pretendieron aver cumplido la capitulación de perdonar la cabeça, pero no el cuerpo. Y por esta razón es más decente arriesgar generosamente todo entero el individuo, sin fiarse de los pactos, que perder lo dividido al riesgo de una palabra quebrantada.

Acrescentó al Eriço el dolor (aún más que perder la vida) la consideración de que dexava a Ana, su hija (muchacha de singular belleza), expuesta a la infame contingencia de un atrevido dictamen entre tan obscenos bárbaros, cuyo sentimiento expressó entre las troncadas palabras de la agonía de la muerte, pidiendo a los genízaros la quitassen también la vida. A que respondieron que no la harían injuria alguna, por quanto la reservavan con respecto para lisonja del sultán, el qual (mirándola con la cara alegre en su presencia, pareciendo más vencedora que cautiva) la recibió con agrado y cortesía ofreciéndola el propio aloxamiento en quanto la colocava en el serrallo, donde tendría a sus pies las coronas y los cetros de la monarquía. A que respondió que era doncella christiana y que anteponía el morir mil vezes primero que sujetarse al infame modo de vivir indigno de sus obligaciones, y que apreciava más su castidad que las más elevadas grandezas del mundo. Y aviéndola sacado para su adorno ricos vestidos y joyas de sumo valor, desestimando la liberalidad dixo que ella poseía una de mayor estimación que quantas adornavan sus tesoros, pues ninguna igualava los quilates de su pureza.

Animava sus esperanças Mehemed enamorado, acompañando con lisongeras demonstraciones la solicitud para mejorarse en su gracia, pero quanto más pretendía adelantar la fineza el merecimiento, tanto más se atrasava la empressa y, despreciando sus atenciones, le hizo conocer que era más difícil expugnar sus defensas que conquistar el mundo. Y reconociendo Mehemed quán agena estava de complacerle y que era inflexible su resolución, trocando el amor en odioso aborrecimiento y la inclinación en antipatía, cebó con la materia de la ira el fuego ardiente de su barbaridad. Y levantando la llama a la herida del violento golpe del corvo azerado eslabón de su cuchilla el cándido pedernal del inocente cuello, derramando luzes en sangrientas estrellas, publicaron el sacrilegio passando a ser divinos astros a la esfera de una gloriosa eternidad. **[1469]** No es fácil escribir el exemplo y la crueldad executada de este inexorable bárbaro en la ciudad oprimida pues, sin preservar edad ni sexo, llenó la isla de muertes y robos mezclándose a un mismo tiempo la ira con la sangre y la avaricia con los despojos.

Llegó el aviso a Venecia de tan infeliz desastre y, sintiendo amargamente el successo, ensangrentando el ceño en el Canales (como assunto de tanto destrozo, desaprobando su irresolución por no aver acometido el puente, dexando perder la plaça por no socorrerla) ordenó el senado su prisión (assegurado de fuertes cadenas) en castigo de no aver preservado de la esclavitud a tantos christianos y, después, murió desterrado fuera de su patria. Constó por la sumaria del processo que, llevando en su galera a Pedro, su hijo único, y temiendo que peligrasse en el trance del socorro, siendo de poca edad, se dexó vencer del afecto de padre, abandonando su obligación por no abandonar su sangre, de que nació decretar el senado (que se observa inviolablemente) que ningún general embarque sus hijos en ningún tiempo en las galeras. Imploró la República en tan grande aflicción los socorros celestiales, procurando aplacar la ira de Dios con actos de resignación, processiones y ayunos continuados en universal, ordenando también Su Santidad en Roma demonstraciones penitentes, exponiendo en público la cabeça de San Pedro apóstol, aplicándose (después de tan soberana función) a la defensa de la christiandad, disponiendo que se levantassen dos mil infantes en el reyno de Nápoles y mil en el Estado de Milán (con la permission del duque Galeazo) como también otros diez mil en los propios payses y otros circunvezinos dominios.

[1470] Después de tan cruel victoria, entraron los turcos sin oposición alguna en la Morea con treinta mil combatientes y, apoderándose de la campaña, ocuparon diversas tierras. La armada veneciana, ya bien reforçada enteramente, dominava las aguas de la mar, donde mandava Pedro Mocenigo en lugar del Canales cien galeras y Jacome Veniero treinta navíos. Y bien que Mehemed, ensobervecido con la felicidad de los successos, afectava seguras confianças en sus conquistas, no dexó de temer que tan ardientes desgracias podrían algún día acalorar el ánimo descaecido y resfriado (o por mejor dezir elado) de los

príncipes christianos y que, conduzidos de recíprocos intereses, se ligassen finalmente en poderosa unión. Y así abrió el camino a las negociaciones de la paz, a fin de suspender las disposiciones de guerra. Y con el medio de la vieja sultana, hija del difunto soberano de Servia, hizo penetrar a la República por boca de un hebreo (que ordinariamente son estos los intérpretes del oráculo de Constantinopla) que no sería mal recibido el embaxador veneciano de la Porta, de cuya noticia se deribó que el senado (no recibiendo de la liga para preservarse del riesgo bastantes assistencias y conociéndose desproporcionado en fuerças para resistir a tanto enemigo) despachó dos embaxadores y orden al general Mocenigo para que suspendiese las operaciones marítimas que le avían encargado por no atravesar las negociaciones, que fueron iniquas (como siempre) y descortes las proposiciones de los turcos, de cuya circunstancia demanó el prevenirse de assistencias la República, [1479] concluyendo la liga con Su Santidad, rey de Aragón y Ferdinando de Nápoles, como también con el duque de Milán y la república florentina, aviendo también comparecido en Venecia al mismo tiempo Ludovico Esforça, aquel que transportado de la ambición fue autor no solo de su propia ruyna, sino de la destrucción de toda la Italia.

Murió el pontífice Paulo y pasó a ocupar la silla de San Pedro Sixto Quarto, en cuyo tiempo, aviendo tripulado a su satisfacción la armada el general Mocenigo (para dar aliento a sus combatientes con algún tentativo), recorrió las riberas del Assia saqueando, como rindiendo a su devoción, algunas tierras del othomano dominio. Y dexándose llevar del corriente de su fortuna pasó a la Natolia, donde imprimió tan estruendosos daños que resonaron los ecos en Constantinopla. Y aviéndose incorporado diez y siete galeras de Nápoles y, poco después, las de la iglesia y Rodas, se encaminaron a Caria deliberando la conquista de la ciudad de Atalia, famosa por el rey Atalo, que la poseyó, y después se llamó Setelia. Y aviendo dado orden al proveedor Soranço que rompiese la cadena del puerto, lo consiguió con toda felicidad. [1474] Defendían la plaça dos recintos y, aviendo expugnado el primero, saquearon las aduanas. Y estando muy adelantada la estación, a que se juntó la muerte del general de las galeras de San Juan y de muchos soldados, se vieron precisadas las armadas a retirarse a los quarteles de invierno.

Sixto Quarto, no inferior en zelo a sus antecessores, armó quinze galeras encargando la dirección de ellas al senado, que nombró por sus capitanes a otros tantos nobles. Y aviendo concluido los tratados de la liga con el duque de Borgoña, señor de la inferior Germania, y con el medio de Caterino Zenno, también otra conveniencia con el rey de Persia, cuya confirmación se aseguró con aver despachado embaxador extraordinario para la certeza de lo capitulado. Y aviendo llegado a Rodas, le hizieron ver en ordenança la armada de los coligados diziéndole que con ella se lograrían con prosperidad los progressos de su rey. Y aviendo pasado a Venecia con una esquadra de galeras, pidió al senado cien artífices y maestros para la fundición de la artillería. Y aviéndole

concedido lo que pretendía, pasó a otras Cortes de príncipes christianos, donde le recibieron con gran cortesía y curiosidad por la novedad de la embaxada.

Mehemed, deseoso de vengarse por los insultos que avía executado en el Assia la armada christiana, resolvió introducir el incendio de la satisfacción en las entrañas de los Estados venecianos ordenando que se abançassen las tropas othomanas a los territorios del Friuli, donde hizieron notables daños apresando grande cantidad de esclavos.

Aviáanse apartado las galeras napolitanas del cuerpo de la liga para rehazerse, y pertrecharse, y bolver a incorporarse con la armada a tiempo oportuno en la campaña inmediata. Y el general pontificio, como el veneciano, deseosos de acabar la campaña con alguna facción considerable, resolvieron atacar la ciudad de Esmirna (cuya planta delineada en agradable terreno es gala ayrosa de las poblaciones del Assia, a quien guarnece un costado la verde cima de un monte, atalaya que domina un ameno sitio llano, donde a los apacibles soplos de los embates del mar, las asquas de los pebetes de las más perfectas flores, purifican el incendio de olor con la suavidad). Y aviendo desembarcado las tropas, tomaron los puestos y, reconociendo algunas ruynas en el recinto de la muralla (que imprimió el tiempo, como cicatrizes de su voracidad), deseosos los soldados de reducir la plaça a su obediencia, la dieron un fiero assalto, a cuya resolución, atemorizados los habitantes, pidieron socorro a Balaván subasí, quien con el mayor número que pudo juntar de tropas turquescas pasó a la defensa de la ciudad. Pero los christianos que antevieron su resolución, prevenidos para recibirle, no solo le resistieron sino que le derrotaron, de calidad que le fue preciso retirarse con pérdida considerable, cuyo desgraciado sucesso hizo desmayar totalmente la esperança de los sitiados, al passo que en los sitiadores acrecentó el deseo de la possession el corage, pues con la segunda experiencia lograron la sujeción de la plaça, donde el pillage fue numerosamente rico y tanto, que no ay palabras con que expressarle. Retiróse después la armada a Modón, donde un mancebo siciliano llamado Antonelo se ofreció al general veneciano para quemar todos los aprestos de la armada othomana dentro de Galípoli, por aver observado el tiempo que estuvo esclavo en aquella ciudad las casas que servían de almacacenes. Y considerado la facilidad de la execución, y acalorándole el general con promessas y compañeros, dispuesta una barca cargada de mançanas, fingiéndose comerciante se arrojó a navegar el estrecho, dexándole los turcos (como ignorantes de esta trama) libre la entrada en Galípoli, donde executó con facilidad lo prometido poniendo fuego a las casas que, llenas de materia combustible, en un momento quedaron sepultadas entre la ceniza. Y después de conseguido el intento y buelto con los compañeros a bordo, estando ya para salir del estrecho (la fortuna que de la seguridad haze algunas vezes nacer el peligro), ocasionó encenderse fuego en la barca accidentalmente, con que se vieron precisados (por huir del fuego) arrojarse al agua a fin de salir a tierra, donde juntos se escondieron en una caberna y, disgustados los turcos por el daño recibido, aviendo hecho reflexión y reparado

en la abrasada barca, como también en las manzanas esparcidas sobre las ondas, assombrados con la novedad, se aplicaron al examen del accidente. Y aviendo encontrado con el rastro de los pies de los fugitivos, siguiendo por la arena las huellas, los encontraron. Y viéndose descubiertos, el uno que se llamava Rado Dalmantino considerando que avía de morir, por no quedar sin vengança, desnudando el azero se mezcló con los turcos y desesperadamente mató a dos y hirió a otros, antes que le quitassen la vida. Y aviendo llevado a la presencia de Mehemed a Antonelo y a los demás, preguntándoles el motivo que avían tenido para executar tan resuelta como dañosa empresa, respondieron con grande constancia que el odio que le tenían como a tan gran perseguidor de la fe católica les avía animado y conduzido para conseguir la execución. Y que estarían mucho más contentos si huviessen executado el ardid en su persona misma y, assí, de orden de Mehemed los segaron vivos por medio, tolerando el martyrio con tan exemplar constancia que no tuvo allí el dolor lugar para el lamento, siendo cierto que quien tiene corazón contra los tyranos también posee gran firmeza en sufrirles los tormentos. Por lo qual, no pudiendo el senado premiar a los cadáveres, no se olvidó de los vivos, pues remitió a Mecina tres mil ducados para que se gastassen en beneficio de sus herederos. Y a una hermana de Antonelo, que passó a vivir a Venecia, le señaló la República una casa y una pensión cada año para mantenerse.

[1472] El general Mocenigo, viendo ya más apacible la estación y teniendo dispuesta la armada, salió del puerto la buelta de Rodas y Chipre y fue haziendo su navegación, en cuyo viage se le agregaron quatro galeras de Nápoles y dos de la religión de San Juan, con que baxó a las marinas de la Caramania a fomentar a Piramed y a Casrembec, hermanos príncipes de aquella provincia, desposeídos de los othomanos. El primero, refugiado en Persia, solicitando assistencias de aquel rey y, el segundo, acampado sobre Seleucia, la tenía estrechamente sitiada. Y aviendo embiado éste embaxadores a la armada, representaron la gran fiança que tenían aquellos príncipes en la protección de la República y que tres ciudades ocupadas de Mehemed: Sigino, Seleucia y Curco eran las que le contrastavan la recuperación del Estado. Y por essa razón imploravan los fomentos de las armas venecianas, acostumbradas a socorrer a los afligidos. La respuesta del Mocenigo fue cortés de obra y de palabra, pues embió al proveedor Vitor Soranço en compañía de los embaxadores a cumplimentar al caramano, como también a que tomasse seguras noticias del Estado, de las fuerças y de las premeditadas defensas de aquel príncipe. Y juntamente supiesse en qué vigor se hallavan las de los turcos, para concertar con fundamento seguro alguna importante empresa. El caramano fue de parecer que se atacasse la de Sigino. Y aviéndola reconocido, se halló estar distante de la mar dos millas, fabricada sobre una montaña, cuyas murallas eran poco fuertes por ser antiguos casamuros y porque tenían sitiado a Curco los caramanos. Y para estorvar que socorriessen la plaça los othomanos, embió el Mocenigo a Ludovico Lombardo con diez galeras, navegando él con el restante

de la armada la buelta de Sigino. Y aviendo echado la gente en tierra, y caminado con los ataques hasta la muralla, intentó assaltarla, pero rechazado de los sitiados con pérdida considerable, mandó retirar la gente con gran sentimiento. Y resuelto a no abandonar la empresa, reconoció en las murallas un ángulo menos fuerte que los demás, donde asestó una batería de seis piezas que hizieron tan grande ruyna que, atemorizado Mustafá, resolvió entregar la plaça. Y aviéndola presidiado en toda buena forma el Mocenigo, çarpó poniendo las proas a Curco, en cuyo viage se le agregaron las galeras napolitanas del rey don Fernando y siguieron la deliberación mencionada. Y aviendo entrado en el puerto, hizo protestar el Mocenigo a Ismael Turco (que governava) la última ruyna quando escusasse entregarle la plaça, de cuya insinuación hizo poco caso el othomano persuadido a que las amenazas terminarían en palabras solamente, pero quando experimentó lo contrario y vio por tierra los muros fulminados de las violencias de la artillería, descaecido de ánimo para la oposición, considerándose sin las defensas necessarias para su preservación, capitulando la seguridad de la libertad y la vida, entregó la plaça al Mocenigo.

Faltava de conseguir la conquista de Seleucia, la qual en las reliquias de los precipitados edificios hazía comprehender a un mismo tiempo la magnificencia de quien la edificó y la barbaridad othomana que la demolió. Ocupava la ciudad una eminencia fortificada de un recinto considerable, a quien defendían anchos y profundos fosos, como también el griego a Sambeco con dozientos genízaros, el qual mostró gran constancia en la oposición antes que hiziesse efecto considerable la artillería. Pero apenas empezaron los estruendos del cañón a llevarle los avisos de su peligro (por no experimentar la última ruyna), quando entregó la plaça. Y temiendo la vengança del sultán, tomó con los genízaros el partido del caramano que, aviendo recuperado su dominio con la protección de la República y el valor de su general, reconociendo el beneficio con la atención, expressó su agradecimiento con la memoria assegurando conservaría siempre con igual respecto esta obligación. Y passando no solo a refrescar los soldados, sino también a dar las gracias al Mocenigo, le regaló con un león doméstico, algunos cavallos y otras cosas de gusto.

Aprestávase el general para abançarse a Licia con ánimo de navegar aquellas costas, pero el aviso de la grave enfermedad del rey de Chipre le obligó a poner las proas en prosecución de aquella isla. Y aviendo desembarcado, passó a visitar al rey que, conociendo el peligro del mal, encomendó a la República el reyno y la reyna, como lo que diesse a luz en su preñado y, dexándole consolado, sin perder tiempo, çarpó a las riberas de la Licia, donde puso en fuga la armada othomana, conquistando después la ciudad de Miera. Y haziendo junta de pilotos, les consultó el disignio de entrar en el estrecho de Galípoli para enfrenar (ocupando aquel puesto) las infestaciones de la armada enemiga. Y estando para poner en execución este motivo, llegó el aviso de la muerte del rey de Chipre (en edad de treinta años, aviendo reynado doze y no faltan sospechas que fuesse

de veneno por ser universal achaque de príncipes quando el mal es breve y llega la muerte en la edad más verde).

Este frangente obligó al Mocenigo a dar la vuelta a Chipre. Y aviendo cumplido con la reyna de parte de la República, expressando ser la muerte un arte que se estudia cada día para saberla executar sola una vez y que, por la razón de ser inevitable, convenía tolerarla ajustándose con la resignación a la obediencia de la divina voluntad, y que la República estava dispuesta con las fuerças, y con los tesoros, a conservarla en la dignidad y el reyno. Y aviendo concluido con esta función, recibió cartas de Caterino Zenno, embaxador en Persia, en que le participava cómo los persianos y los turcos se hallavan afrontados para darse una campal batalla, por cuya razón le pedía que se acercasse a la Cilicia para abocarse con el rey Usumcasano. Avía Mehemed intentado extraordinarias diligencias para separar este rey de la liga christiana escribiendo de más a más amenazas, de que si inmediatamente que recibiesse sus cartas no se apartava de los coligados, marcharía en persona a encontrarle para unirse a él con el azero en la mano (ya que hazía tanto caso de los príncipes christianos) y darle a entender la fuerça de los othomanos. Pero viendo infructuosa la altiva expresión, se encaminó a la Persia con dozientos mil combatientes en compañía de sus hijos Baiaceto y Mustafá a fin de que aprendiessen el arte militar con la experiencia, que es el más seguro maestro, y para que también cooperassen en la dessolación de aquel rey.

[1473. Saidino, historiador turco] Tenía Maamud, primer visir, la tenencia general del ejército; Daut beglierbei mandava las tropas del Assia y Murad baxá las de Europa. Salió el rey de Persia con apresuradas marchas ambicioso de encontrarle con no menos formidable ejército y, acampadas las dos armadas en las márgenes del Éufrates, quiso intentar Murad el esguaço contra la opinión de los demás cabos. Pero los persianos, que ocupavan la opuesta margen y gozavan en ventajoso puesto alguna superioridad, resistieron el passage oponiéndose a la inundación enemiga, en cuya escaramuça pereció Murad y gran parte de las tropas griegas.

Con este próspero principio se ensoberveció Usumcasano, sin asustarse Mehemed, pues en el grande número de sus tropas no se conoció la pérdida. Y bolviendo a intentar el esguaço sin fruto, levantándose de la margen del río (con la marcha de seis días), se internó en el país para acamparse en una explayada porción de terreno capaz de tan formidables esquadras. Y aviendo doblado las tropas, puesto en batalla, encargó el querno derecho a Mustafá, su primogénito, con la asistencia del beglierbei de Natolia. Y el izquierdo a Baiaceto, su hermano, a quien dirigía Acmed baxá. Y mientras en país enemigo estavan las materias dispuestas para rezelar algún accidente, improvisamente se dexaron ver unas tropas sobre la frente de una eminencia. Y aviéndolas reconocido los batidores, dieron noticias que era el rey persiano que, en bien dispuesta ordenança, estava formado con regular aritmética para oponerse al enemigo. Y aviendo encomendado la superintendencia de todo el grueso a Isac, su primer

visir, y el querno derecho a Orsenil, su primogénito, como el izquierdo a Urgulu, su hijo segundo, reservando a su disposición el plan elevado de la colina, empearon los dos exércitos (avisados de los ruydosos ecos de las pulsadas del parche, como de los ardientes dulces gemidos de las voces del clarín) a moverse para atacar la batalla. Y siendo los primeros los othomanos que intentaron ensangrentarse en los persas (aunque menores en fuerças), correspondieron con gallarda resistencia **[Saidino, historiador turco]**.

Cargó Mustafá, hijo del sultán, con gran valor a Piramed, príncipe caramano, uno de los coligados que assistía en el querno izquierdo, cerca de Urgulu, donde se peleó con igual constancia. Pero assistido Mustafá de la más escogida milicia como socorrido de su padre, obligó a que el caramano recibiese la carga descompuesto y, atacando inmediatamente Orsenil, no solo lo desbarató, sino que, alcançándole, le hirió mortalmente y, precipitado de la silla, cayó muerto a tiempo que Maamud baxá, cortándole la cabeça, se la presentó a Mustafá, que galardónó el presente.

Descompuesto pues el querno derecho y emulando Baiaceto la bizarría de su hermano, embistió con inflamado ardor el querno izquierdo que, no haziendo mayor resistencia que el otro, prorumpió en fuga precipitada. **[1473]** Y viendo Usumcasano desesperada la recuperación de las tropas, sin poder rehazerse, se vio precisado también a retirarse aceleradamente dejando en poder de los enemigos todo el bagage.

Ocasionó el mal successo la falta de artillería en el exército persiano, cuyo uso aún no estaba introduzido entre ellos, y el ruydoso estruendo de los cañonaços enemigos assombró totalmente a los cavallos (como no acostumbrados a semejante rumor) que, espantados, se pusieron en fuga sin que fuese posible reduzirlos a la ordenança. Ganaron los turcos la batalla y los alojamientos reales, en que hallaron muchos vasos de plata y oro, como también sobervios arneses, cavallos y camellos. Y encontrando muchos cadáveres ricamente vestidos, tuvieron más fatiga en desnudarlos que dificultad en vencerlos. Llevaron la cabeça de Orsenil en una lança, presentada a Mehemed, después de la victoria que lograron (como dizen) sin sacar espada.

No parecía Mustafá, y el zeloso padre (con ansiosa solicitud descompuesto) mostrava el dolor que le motivava su pérdida hasta que poco después llegó salpicado de sangre persiana, aviendo seguido el alcance de los fugitivos porfiadamente. Y recibéndole con suma alegría el padre, le regaló con una gran taça de oro llena de sorbete.

Esta última sinrazón de la fortuna atrasó las operaciones de la liga y dio el último empellón a los coligados. Perecieron en los dos últimos trances de la batalla los más bizarros soldados de una y otra nación. Y aunque los turcos ganaron la victoria, no fue sin conocida y grande pérdida, retirándose Mehemed a Constantinopla y, a Tauris, Usumcasano. Quería el sultán seguir a los derrotados para coger mayor fruto en su desunión y le disuadió del intento Maamud visir, temiendo que, gastada la campaña de las tropas persianas, se

ponían los vencedores a la contingencia de quedar vencidos del hambre por falta de mantenimientos.

Este consejo, más prudente y cauto que arriesgado y atrevido, asombró con rezelos al sospechoso monarca porque desestimava otros pareceres que aquellos que se encaminavan al logro de las victorias como a la opresión de los enemigos, por cuya causa apenas llegó a la Corte quando le desposeyó del visirato. [1473] Y tuvo mucha fortuna en que no le quitasse también la vida.

Llevava consigo Mehemed tres mil prisioneros y, siéndole de embaraço en las dilatadas marchas para los aloxamientos, hizo degollar quinientos por este respecto, como por atemorizar con tan horroroso espectáculo los habitantes de aquellos payses. Desvaneciósse el concierto de abocarse Usumcasano con el general veneciano por el antecedente desastre, por cuya razón bolvió a Chipre el Mocenigo a dar la enorabuena a la reyna de aver dado a luz el último príncipe de aquella casa, que se llamó Jacome, como su padre, a quien sacó de pila el Mocenigo. Y acabada la función, salió de aquel reyno poniendo las proas a Modón, donde apenas avía entrado en el puerto quando nuevos accidentes de Chipre le ocasionaron a bolver a aquella isla.

Las armas catalanas, que a favor del rey Jacome combatieron el partido de Carlota, lograron muchas comodidades y honores en la liberalidad del difunto rey. Y olvidando estos beneficios los cabos interesados, apenas le vieron muerto quando empezaron a maquinare novedades acalorados del arçobispo de Chipre (que en la menor edad del pupilo rey, aspirava a la mayoría en aquel reyno), aunque su asistencia entonces era en calidad de embaxador cerca de Fernando, rey de Nápoles, con quien avía introduzido tratados de matrimonio entre una hija del rey Jacome (no legítima) y un hijo del rey Fernando que (con tal ajuste) esperaba poder lograr el dominio de aquel reyno. Y como autor de este disignio, llegó el arçobispo a Chipre en dos galeras napolitanas y, aviendo penetrado el Mocenigo este zeloso passage, despachó a Víctor Soranço con ocho galeras para que la reyna se preservasse de las maquinaciones de este prelado, que encaminava sus máximas (por medio de sus allegados) con ánimo de deshazerse de Andrea Cornaro (hermano de la reyna, director principal del Consejo), como sugeto que podía contradézir los conciertos, de que resultó entrar de noche con armas en el palacio real, donde quitaron la vida los sublevados al médico y a otro vassallo confidente de la reyna. Y passando a buscar la persona de Andrea Cornaro, (anteviendo el peligro) se avía escapado con ánimo de refugiarse en el castillo (en quanto buscava donde ocultarse), pero el castellano, resistiéndole la entrada, le desamparó con que le cogieron los sublevados y quitaron la vida en compañía de Marco Bembo, su sobrino. Y passando después de tan sacrílega acción a la cámara de la reyna, se apoderaron de la hija del rey participando después el aviso a Fernando de Nápoles con galera expressa. Y para dar mejor color en algún modo al delito y adormecer la resolución de la República, despacharon embaxadores al senado y al general Mocenigo, echando la culpa de lo sucedido

a la ambición de Andrea Cornaro, llevando para mayor dissimulación una carta que hizieron escribir por fuerça a la reyna. Y apoderándose de todas las rentas reales, dividieron entre sí las más principales fortalezas. Y aviendo llegado el embaxador de los rebeldes a la presencia del Mocenigo (que estava sobre el ferro en el puerto de Modón), le recibió con semblante ayrado y, comprehendiendo que en la brevedad de la resolución consistía el remedio de los malos sucessos, embió a Candia quatro galeazas mercantiles (destinadas para el comercio de Alexandría) para que bolviessen bien guarnecidas de feudatarios. Y mandó, con severas órdenes, que todas las naves venecianas que navegavan a los puertos de levante pusiessen las proas a la isla de Chipre, adonde con toda la armada se transferiría inmediatamente. Y ordenó también que tres galeazas que passavan a Soria, navegassen a Nápoles de Morea a cargar de cavallería y de infantería para conduzirla a Chipre.

Siempre ha sido la fama de tan vigorosas execuciones la mejor arma para vencer sin llegar a la batalla, a cuyo estruendo, pisando los términos del desmayo los rebeldes por no tener fuerças proporcionadas para mantener la trayción, oponiéndose a tanto empeño, abandonaron el reyno. Y después de aver passado el Mocenigo a Famagusta con fuerças poderosas, asseguró a la reyna con su asistencia la pública protección. Y con la mudança de los presidios, como con la deposición de los oficios en los sospechosos, estableció con seguros fundamentos la Real autoridad. Y dexando diez galeras en aquel reyno a la orden del proveedor Soranço, [1474] bolvió inmediatamente a tomar el puerto de Modón, donde supo que los turcos tenían sitiada estrechamente la plaça de Escutari y, bolviendo a salir a la mar, passó con ánimo de socorrer aquella parte ofendida.

Es la ciudad de Escutari el coraçón de la Albania y la puerta del mar Jonio y del Adriático. Ocupa su delineación la parte superior de una áspera montaña, cuya planta se assienta sobre piedra viva, haziéndola más fuerte esta circunstancia por naturaleza que por arte. A la parte de poniente se ensancha una laguna de donde nace el río Bojiana, que parte un inmediato y explayado terreno casi a la vista de la ciudad, y dio principio a la expugnación Solimán, eunuco bosinés, favorecido de Mehemed, con ochenta mil combatientes y, entre ellos, ocho mil genizaros. Defendíala como su gobernador por la República Antonio Loredano, a quien se unió Juan Cernobiquio (que dominava el circunvezino país, agregado a la nobleza veneciana y estrechamente coligado con la República). Y aviendo entrado en ella para ayudar a defenderla, abandonó todos los demás intereses por lograr esta fineza.

Tenían, los turcos, ocupadas las avenidas de tal suerte que impossibilitavan los socorros de afuera y solo se esperaba la defensa de tan importante plaça de la vigilancia del Loredano que, assistiendo con exemplar aplicación a las fatigas y disposiciones, obró de modo que los paysanos y las milicias unidamente, émulos (sin odio) en adelantarse a encontrar el peligro como en assistir a las militares tareas, ninguno se confessava inferior al otro.

Abiertas pues las brechas en las murallas ponían enteramente la confianza los turcos en la frecuencia de los assaltos, esperando con los continuos socorros de gente fresca cansar por último la constancia de los que, con tan garvoso tesón, se defendían pues con las armas y con las piedras, como también con los pechos, haciendo christiano parapeto contra el esfuerzo othomano. Y hallándose faltos de agua, resolvieron salir a tomarla del río trocándola a otra tanta sangre. Y dispuesta una considerable salida, a pesar de las oposiciones enemigas, la consiguieron con muerte de mil y quinientos turcos.

Facilitavan las brechas las operaciones de los assaltos proporcionando sin gran dificultad el tránsito a los agressores, que estavan imprisionados de que el Loredano (antes de experimentar los rigores de las fuerças othomanas) entregaría la plaça. Pero viendo desayradas las confianças, passaron a las ofertas y a las amenazas, de las quales no consiguieron más fruto que un desengaño, cuyo motivo los empeñó a bolver a repetir los assaltos con grande ardor. Y si el ímpetu del abance fue grande, no fue menor la resistencia porque, arrojando de las murallas grandes lapides, conseguían los turcos a un mismo tiempo la muerte y la sepultura.

No cedían los albaneses en el manejo del azero a los turcos, de quienes corrían arroyos de sangre. Y viéndose cansados de tolerar tanto estrago, resolvieron cortar el curso a las infelidades retirándose del assalto con pérdida de quatro mil soldados. Animados, sin embargo, los genízaros con la esperanza del premio y con el temor del castigo, rezelosos (aunque con grande daño suyo) intentaron con el valor y la fuerça bolver al primer empeño, pero el Loredano, siempre en la banguardia de los inferiores, mostrava con el espíritu y la resolución cómo se debía pelear por la patria, por la libertad y por la vida, no dexando riesgo que no solicitasse en los trances, donde experimentaron los infieles tan nunca visto estrago que dexaron llenos los fossos de cadáveres y heridos. Y protestando a Solimán baxá las milicias la impossibilidad de conseguir la empresa, resolvió avergonçado abandonar el sitio dexando sacrificados al corage del Loredano y de los suyos veinte mil infieles de las más escogidas tropas.

Era inextinguible la sed de los sitiados por falta de agua y, apenas se retiró el enemigo, quando los pobres afligidos corrieron precipitados a satisfacer la sed en el río, donde fue tanto lo que bebieron algunos que, sofocado el calor natural, repentinamente murieron por aver bebido la muerte. Recibióse en Venecia con universal alegría el aviso de la retirada del enemigo y el general Mocenigo, que también contribuyó a la defensa de la plaça, bolvió con aplauso como también con la gloria de aver recuperado el Estado a los príncipes de Caramania y de aver asegurado a la reyna de Chipre aquel dominio y sustentado, con las armas y con la reputación, la razón de la República, la qual no dexó en este tiempo de aplicarse a las negociaciones de la guerra y de la paz. **[1475]** Y coligándose por medio de Tomás Soderini, embaxador en Florencia,

con aquella república y con el duque de Milán, que assistieron con socorros al senado veneciano contra el común enemigo.

Obligóse la República a desembolsar cada año al valeroso Matías Corvino, por vía de pensión, sesenta mil escudos porque atacasse con vigor por aquella parte los dominios othomanos. [1475] Fue Matías hijo del valiente Juan de Uniades y, desde los horrores de la cárcel, pasó a gozar los dorados esplendores del solio, aviendo entrado en ella conde y salido después rey, deseado y promulgado (antes que elegido) por universal aclamación en edad de treinta y quatro años.

Manejó las armas felizmente contra los boemios y con los othomanos, aviendo expugnado a Jaiya con veinte y quatro castillos y triunfado muchas vezes, a imitación de su padre, de los infieles y afortunadas armas de Mehemed, pues el tiempo que vivió no consiguieron hazer la menor impresión en su reyno, quedando essenta la Ungría por respetos de su valor de las debastaciones turquescas.

Nombró el senado por general de la armada a Antonio Loredano (que en la defensa de Escutari obró tan señaladamente) y a Gerónimo Zorzi por embaxador al sultán para tratar la paz. Y halló en Constantinopla tan elevadas las pretensiones y tan fuera de razón las circunstancias que, aborreciendo la República la tirana superchería, le ordenó que se bolviesse a Venecia sin concluir la negociación. Y lo que no pudieron conseguir los infieles con la disposición, procuraron disputar con las armas, poniendo sitio a la ciudad de Lepanto con treinta mil combatientes. Y al cabo de ocho meses continuados de tormento incessable, la huvieran conquistado si el general Loredano no la huviesse socorrido a toda diligencia. Y aviendo assaltado también la isla de Lemno, obstinadamente con la defensa, dio lugar a que la socorriesse el general preservándola de la opressión que la amenazava. La conservación de esta isla se debió a una doncella amaçona llamada Marcela, pues hallándose los genízaros en disposición de sugetar la plaça a viva fuerça, después de aver perdido la vida su padre (que generosamente la defendía como gobernador), vistiéndose las armas del difunto, se empeñó con tal valor en lo más sangriento del trance que, animando con el exemplo a los más cobardes, acalorava a los más valientes para la defensa, aviendo perdido casi la esperança de mantenerse. Y recobrados (con las exortaciones generosas), rechazaron a los infieles haziéndoles abandonar la muralla donde estaban aquartelados.

[1474] Muerto el dux Mocenigo, sucedió en el principado Andrea Vendramino, a quien honró el pontífice antecedentemente con la *Rosa* en atención a lo que avía obrado en la atroz guerra con los infieles (regalo de suma estimación y que merecía ir acompañado con el fruto). Conservava Mehemed en el corazón el deseo de sugetar la Albania y los obstáculos que hasta entonces se lo avían embaraçado le avivavan más el apetito. Y acampando sus tropas a la vista de Creta, tomó los puestos para la circunvalación. Yaze, esta plaça, sobre la cima de un elevado monte, cuya expugnación fuera muy difícil a estar

pertrechada de bastantes víveres y municiones, pero sin estas dos circunstancias se considera indefensa la mayor fortaleza.

[1476] Governava en Creta Antoni Vitori, que aplicado a su conservación no omitía la aplicación de la menor diligencia para mantenerla, en cuyo tiempo mandava aquella provincia Francisco Contarini. Y estando acampado con ocho mil hombres cerca de Creta (en una espaciosa campaña), le acometieron los turcos improvisamente, en cuyo trance bolvieron las espaldas abandonando los alojamientos. Y mientras en tan desayrada acción avían perdido el crédito los infieles, haziendo una salida de la plaça, se apoderaron los sitiados de dos fuertes en sus líneas. Pero la humana ambición (pecado original de la christiana milicia) cebándose en el pillage, abandonando la razón de las órdenes militares, sin atender al peligro por aver puesto los ojos y las manos en el botín, ocasionó tener lugar los fugitivos de repararse y bolver (en buena ordenança formados) a embestir a las desmandadas huestes, en quienes hizieron notable estrago los enemigos. Y mientras procurava con toda eficacia el Contarini unir los suyos a la sombra de las vanderas para la oposición, acometido de los turcos, quedó hecho pedazos en la campaña.

Si gimió la Albania los estragos de la victoriosa cuchilla, también suspiró la Italia en el Friuli ensangrentadas ruynas, de cuyas desolaciones fue el principal motivo aver retardado los socorros (assí el emperador como los venecianos) al rey Matías a causa de sus particulares distracciones. Avía este gran campeón en algunos reenqüentros vencido a los infieles, pero resfriadas las assistencias ofrecidas de los christianos se entibió el ardor de sus armas al passo que en ardientes solicitudes se inflamaron las othomanas. Las fortificaciones del Friuli no enfrenaron el ímpetu enemigo, ni las milicias que governava Gerónimo Nobelo impidieron que penetrassen los incendios de las othomanas armas en la provincia, con desolación de los pueblos, en la vida, en la hacienda y en la libertad.

[1476] Bien pudieron los directores de las tropas christianas pelear ventajosamente dentro de los fuertes de las trincheras que avían fabricado en las riberas del río Lisonço (que se extendían quatro leguas), pues la fortaleza del sitio igualava la desproporción del número. Pero los espíritus generosos de algunos, opuestos al sentir de los más cautos, pusieron en plática (sin consentimiento del cabo principal) el salir de los puestos y atacar a los othomanos que, con ardid malicioso afectando descuydadas operaciones, passeavan la campaña divididos por ver si esta circunstancia les obligava a salir del recinto, persuadidos de una engañosa esperança en el logro de algún buen suceso.

Morbeg, director de las esquadras turquescas, no menos valiente que cuerdo, con aplicación militar (en el mayor silencio de la noche) marchó por senderos de sombras encaminándose a Gorica, donde aviendo sugetado el baluarte que dominava el puente y esguaçado el río, dispuso en una emboscada gruessos batallones de cavallería, como también otras esquadras, que

provocassen a los venecianos que (según lo concertado antecedentemente) salieron de las fortificaciones y atacaron a los enemigos, en cuyo trance empeçando a ceder los infieles, se pusieron en fuga. Y el Nobelo, como experimentado, rezeloso de alguna insidia, procurava embaraçar que siguiessen el alcance con tanto ardor por el inconveniente que podía resultar. Pero aviéndose empeñado su hijo y otros mancebos ardientes más de lo que convenía, se dexó arrastrar de aquel accidente para correr la misma fortuna, en que perecieron muchos turcos hasta llegar a la zelada, donde saliendo la cavallería, cortó las tropas venecianas. Y bolviendo las caras los que fingían la fuga, desordenaron de forma a los christianos que ni las exortaciones de los cabos ni las amenazas del castigo fueron capaces a recobrarlos para ponerlos en defensa, en cuyo desorden perecieron muchas libertades y no menos vidas con las de Jacome Baduaro, Anastasio Flaminio y otros capitanes de gran suposición. Aplicáronse los vencedores al botín talando el país sin oposición alguna, por quanto estaban confiados aquellos habitantes en la seguridad de la christiana vigilancia sin prevenir el desastre. Y fue tan grande el incendio de los abrasados pueblos, que desde las torres de las campanas de los templos venecianos se percibía el resplandor de la llama.

[1477] No tuvieron fin con esto las pérdidas porque Mehemed, atento a la destrucción (por el odio que le avían ocasionado las plaças que se le opusieron al voraz curso de sus altivas victorias), bolvió a poner sitio a Creta. Y finalmente la conquistó más con el hambre que con las armas. Y en un año que duró el sitio, se exercitó con igualdad el corage, aviendo gastado la República en socorrerla y amunicionarla antes de la blocación tesoros infinitos, y tolerado los sitiados treinta mil cañonazos y assaltos sin número conocido, en cuyos abances perdieron los enemigos cinquenta mil personas. Defendía la plaça como governador Antonio Leje que, emulando con la constancia la gloria del Loredano, tuvo en la defensa no desigual felicidad, pues aviendo perdido Mehemed la flor de sus milicias, desconfiado de poderla oprimir con la fuerza (dexándola bloqueada con diez mil soldados) a la orden de Morbeg, la abandonó con desesperación, en cuyo viage avassalló a Decrasto y Lissa (plaças considerables) logrando también la sujeción de dos fustas en que iban setecientos hombres que, a la vista de Escutari, bárbaramente mandó hazer pedazos.

[1478] Hallávase ya cansada la República, enflaquecido el erario como empeñadas las rentas y entorpecidas las assistencias christianas, a que acompañava la consideración melancólica de mirarse sola haziendo frente a tan poderosos contrarios. Por lo qual dio atención a los manejos de pazes, que se establecieron por mano de Juan Darío con acerbas, pero necessarias condiciones, pues se obligó el senado a sacrificar al ídolo othomano (por la quietud pública) en Albania a Escutari, en la Morea a Tenaro, con la isla de Lemno en el archipiélago, como también el desembolso de ocho mil ducados cada año por la navegación del mar Negro. La plaça de Escutari quedó vacía de

hombres y de armas porque de mil y seiscientos que entraron en ella de presidio, salieron solamente quatrocientos a vista de las esquadras turquescas, que se admiraron de ver la constancia y la bizarría, llevando cubiertas con la buena disposición de la marcha cien mugeres que hizieron en aquel sitio pruebas inmortales, siguiendo en otra formación también los habitantes a embarcarse en el río Bojana en leños de la República, a quienes dieron vezindad y repartimientos de habitación en las otras tierras sujetas al dominio veneciano. De esta suerte dexaron los príncipes christianos a este enfermo desauiciado, a cuya causa fue preciso cortar los miembros inficionados porque no se passasse a mayor daño el achaque, preservando con esta resolución lo restante del cuerpo (que al fin quedó vivo) pero debilitado y manco. No han acabado de comprehender los católicos el incendio turquesco, como llama que después de aver abrasado las vezinas casas podrá hazer lo mismo con las más distantes, atendiéndole solo como luz que se puede apagar en donde está aprendida haziendo este juicio (como poco prácticos de su grande actividad) y, si lo huviessen entendido, al contrario, debían estar prevenidos con mayor copia de agua para apagarle. Y no permita Dios que se emprenda alguna vez de modo que no aya forma de aterrar su ardiente llama. No dexó de nacer nuevo accidente que puso en contingencia de alterarse la paz veneciana porque los turcos, con la facilidad de las interpressas gallardamente insufribles, se persuadieron a que todo les pertenecía, pues aviendo arrebatado la isla de Santa Maura, como la de Cefalonia, a algunos príncipes de Grecia, se dispusieron a lograr también (con estos exemplares) la del Zante.

[1479] Pedro Bualio avía hecho salir a estos príncipes antecedentemente de estas islas por fuerça, temiendo que las cediessen a los turcos, a quien embió la República quinientos cavallos escogidos desde la Morea para que la mantuviesse. Antonio Loredano, general, hizo saber a la armada turquesca que la milicia veneciana no sufriría la opressión, ni que combatiessen aquella isla, sin que primero permitiesse la salida de la cavallería mencionada. Y se tomó el partido de que el baxá escribiesse a Mehemed, como también el Loredano a su embaxador sobre esta materia, cuya respuesta fue que consentía el sultán la salida de la cavallería y la de otro qualquiera habitante que quisiesse passarse a la otra parte. Y muchos vezinos, aborreciendo el mal trato de los infieles, salieron de aquel dominio y se embarcaron con los demás, no quedando Mehemed satisfecho de conquistas, aunque se hallava rico de victorias, pues en sus cavilaciones animó los disignios para sujetar la isla de Rodas.

[1480] Noticiado el gran mestre Abusón de los disignios del othomano, despachó las citaciones con estrechos preceptos para que los cavalleros se presentassen en la isla a la defensa de la Religión y que los enfermos o impedidos supliessen con un substituto, o con el dinero, su precisa obligación.

Salió la armada de Constantinopla favorecida del viento y cargada de esperanças, cuyo cuerpo se armava de ciento y setenta velas en que iban cien mil turcos. Y aviendo navegado con felicidad, dio fondo a la vista del monte de

San Esteban y, después de aver echado la gente en tierra, intentaron inmediatamente reconocer la ciudad, pero los cavalleros con oposición gallarda les baraxaron la suerte con daño conocido.

Misac Paleólogo baxá, que governava las armas terrestres, dispuso algunas baterías, en que colocó piezas de considerable grandeza, para que imprimiessen estragos en la torre de San Nicolás, en cuyas ruynas la brecha facilitava el assalto que intentaron los turcos con pérdida de dos mil y quinientos, aviéndoles obligado los christianos cavalleros a desamparar la expugnación por aquella parte. Y encaminando los ataques a la ciudad con mejores esperanças, un ingeniero tudesco llamado Gregorio, fingiéndose disgustado con los infieles (a quien servía), se passó a la plaça representando que deseava perder la vida en servicio de la christiana religión. Pero a poco cuydado que se tuvo en observar sus operaciones, se reconoció ser espía, cuyos indicios le pusieron en el tormento, donde confessó aver passado a Rodas de orden de los turcos para reconocer los defectos, como las flaquezas de las fortificaciones, para facilitar con aquel conocimiento el logro de la conquista, pero la curiosidad le costó la vida en público suplicio.

Dispararon los turcos en pocos días tres mil y setecientos cañonaços que hizieron notable daño a la ciudad por la parte de la Cortina, entre la muralla de los Hebreos y la torre de Italia, en cuyas ruynas, después de un porfiado assalto, se aloxaron los infieles. Pero el gran maestre con sus cavalleros no solo consiguió precipitarlos de aquella parte, sino que, saliendo por la misma brecha, recargándolos con grande esfuerço, los encerraron en sus aloxamientos, de donde truxo un cavallero el estandarte real que estava arbolado en la tienda del baxá. Salió el gran maestre con cinco heridas de este trance, que costaron al enemigo tres mil hombres, a cuyos cuerpos se les puso fuego por el riesgo que podía ocasionar a la plaça la corrupción.

Entraron en Rodas dos navíos del rey de Nápoles cargados de bastimentos y gente, como también de otros militares pertrechos. Y no obstante aver embestido y maltratado al uno veinte galeras, entró victorioso en el puerto este socorro. Y después de noventa y nueve días de sitio, se retiraron los turcos maltratados y corridos. Este feliz successo desconsoló a Mehemed, de suerte que ofendido (aun de sí mismo) se disgustava de todo passando las líneas de lo insoportable y de lo ardiente, entre cuyas movidas impacencias minoró la tempestad de iras (en la nube del ceño del sultán) el iris del buen successo de Acmad baxá, que aviendo llegado a la Pulla con una armada de cien leños, en que iban veinte mil combatientes para damnificar aquellos dominios, dando vista a la ciudad de Otranto, penetró en el presidio algún temor vacilante motivado de averse dispuesto aquella guarnición a estorvar el desembarco con tibieça, en cuya demonstración se asseguró el baxá de su desaliento, que le sirvió de estímulo para echar la gente en tierra con esperanças de conseguir la empresa. Y aviéndose acampado en buena disposición (intolerante la plaça) al tormento del cañón, dio indicios de su descaecimiento dexándose avassallar de

las armas, de una cobardía el esfuerzo christiano vilmente, entregándola a los infieles. **[1480]** Y aviéndose hecho fuertes en la cathedral Francisco Zurlo (que la governava) y el arçobispo con la gente más lúzida de la ciudad, no teniendo forma de mantenerse, hechos pedaços, poblaron las sepulturas. Y transportando las mugeres y los muchachos a Grecia, en público mercado los vendieron como esclavos.

Movióse el rey Fernando, a la noticia del no esperado sucesso, juntando diferentes embarcaciones que estavan en los puertos del reyno con ánimo de recuperar lo perdido. Y aviendo embiado a llamar al duque de Calabria, su hijo (que después de la ajustada paz con los florentines, en una dispuesta justa se entretenía en esta fingida guerra, no anteviendo la verdadera y cruel que se cebava en las entrañas de sus Estados), recogiendo sus tropas marchó a toda priessa en demanda de la Pulla, donde se fortificó a vista de la ferocidad othomana en la forma que mejor pudo, sin dexar de inquietar a los infieles con algunas escaramuças continuadas en que murieron el conde Julio Acquaviva, el capitán Luis de Capua y otros oficiales de consideración. Semejante conquista, posseída en el corazón de Italia por los infieles, conmovió a toda la christiandad. Y passando el rey en persona al ejército, acalorava la recuperación (con vivos expedientes) a los príncipes christianos para que le fomentassen. El rey de Ungría le socorrió con ochocientos hombres. Portugal con diferentes carabelas armadas. España, Aragón y Cataluña con mucha gente de sueldo, como voluntaria, contribuyendo también a esta obligación algunos príncipes italianos con diferentes subsidios. Todas estas prevenciones no entibiaron el ardor othomano (que, fortificado a satisfacción, sin temor alguno) frequentava las salidas, assaltando algunas vezes las trincheras de los christianos, no sin fruto de considerable daño. Y aviéndose passado el verano y el otoño sin operación considerable, obligó el invierno a las tropas christianas a retirarse a los quarteles.

Acmað deseando representar al sultán en viva voz las propias acciones, como también los medios de que se necesitava para hazer mayor impresión en aquel reyno, dexando en la plaça ocho mil soldados escogidos pertrechados con víveres y municiones de todas suertes para un año, puso las proas con toda la armada al puerto de la Belona y de allí passó a Constantinopla. Mas en quanto disponía Mehemed (para bolver a sitiar la isla de Rodas, conseguir en persona lo que no avían podido lograr los suyos, aviéndolos imputado de cobardes ministros) salir con trecientos mil hombres por tierra y dozientas galeras por mar para hazer temblar el mundo y, después de aver sujetado al soldán de El Cayro, passar también a dessolar la Italia, acometido de un dolor de tripas (quizá ocasionado de aver comido mucho de lo ageno) se rindió el invencible a las violencias del mal, aviendo sido fortuna de la christiandad que la muerte triunfasse de tan sangriento indomable bárbaro.

[1481] Noticiado el rey de Nápoles de este frangente, hizo passar la nueva a Otranto ofreciendo a los infieles tratamientos corteses, como seguro passage, en el caso que entregassen la plaça. Pero más constantes que nunca, cerraron

los oídos a las ofertas con la viva confianza de que Acmad no dexaría de bolver con proporcionado socorro a defenderlos. El duque de Calabria, acercándose a la ciudad, la hizo mucho daño con la artillería, en cuyas brechas continuando los assaltos, a costa de muchas vidas, se aloxó en la muralla. Y aviéndola dominado, halló inexpugnables reparos y cortaduras regulares guarnecidas de estacadas bolantes con tal maestría dispuestas que, faltándole mucho más que subir de lo que avían abañado, les convino a los christianos consentir en algunas treguas propuestas de los enemigos, permitiéndoles tiempo en que pudiesse ir persona a Grecia a tomar noticias del estado de la Turquía y si podrían tener esperanças de socorro. Y assegurados con la respuesta de la muerte de Mehemed, como también de las domésticas dissensiones de aquellos príncipes, consintieron (después de largas pláticas) en dexar la ciudad y bolverse a su patria salvando las personas y el bagage.

Espiró de cinquenta y tres años el que se apellidava invencible, aviendo reynado treinta y dos. Fue diligente y atrevido, pero bárbaro, incrédulo, sobervio, cruel e inexorable. Fue un Marte despreciador de las Venus. Sujetó dos imperios, conquistó doze reynos y dozientas ciudades. Fue causa de la muerte de trecientas mil personas y quedó reduzido al estrecho óvalo de un sepulcro para siempre, el que fabricó en desmandadas esperanças los mayores disignios, sellando tan poca tierra el espíritu de un hombre que apenas cabía en toda ella. La inscripción que pusieron en su entierro señaló la desmedida intención de sus pensamientos.

*Men erat, expugnare Rodum
Belare superbam Italiam.*

Dexó Mehemed tan amplios Estados, que tenían bien en qué satisfacer el deseo de dominar Baiaceto y Zizimo, sus hijos (por aver muerto Mustafá, primogénito, poco después de la mencionada victoria en Persia), haziendo la naturaleza que naciessen hermanos y la ambición enemigos. Pretendía de justicia, como mayor, el imperio Baiaceto y Zizimo le competía por merecimientos. Y no aviendo medios términos para el acuerdo, eligieron a Marte por juez absoluto de este litigio, comprometiendo la razón de su justicia al medio círculo de una zimitarra. Assistían a Baiaceto las milicias de Europa y el valeroso Acmad (que ganó a Otranto) y Mehemed, primer visir, a Zizimo, con las tropas assiáticas. Assistía este en Soria, haziendo oposición con las tropas (de orden de su padre) a las fuerças del soldán de Egypto (con quien tenía guerra), por cuya razón passó Baiaceto a Constantinopla assistido de los

genízaros, que le reconocieron y saludaron como a emperador. Y aviéndose ceñido las sienes con la diadema imperial

BAIACETO SEGUNDO

Escribió al rey Fernando de Nápoles que, si no le embiava la artillería y las municiones que avían quedado en Otranto y los turcos que avían puesto en las galeras, iría en persona con poderosa armada a desamarrarlos de las cadenas. A cuya amenaza, sin dilación alguna, dio orden el rey que entregassen en el puerto de la Belona todo lo que importava la demanda. Y aviendo conseguido Baiaceto con la liberalidad el amor de las milicias, marchó en busca de su hermano, a quien encontró en Bursia en una campaña amena (verde testigo de vista) de la infelicidad de Zizimo, pues en ella se declaró risueño el semblante de la fortuna que con un rayo de luz ilustró la confianza de Baiaceto, logrando con la victoria el destrozo de las armas de su hermano, quien aviendo buuelto a recoger las reliquias de las derrotadas tropas, asistido del caramano (que esperaba mejorar de fortuna entre estas civiles discordias), intentó a vista del monte Tauro jugar la segunda suerte, que le ganó el dichoso Acmad con ventajosa disposición, conduziendo los arrojos militares a favor de Baiaceto con tanto daño de Zizimo que no le quedaron fuerças para intentar la tercera experiencia, cuyo motivo le empeñó a embiar a su muger y a sus hijos a Egipto para preservarles a la sombra del soldán, passando voluntariamente a ponerse en las manos del gran maestre de Rodas, creyendo que el preservar su vida de las ardientes iras de su hermano era lo mismo que averse librado de los dientes y las uñas de un doméstico tigre. Y aviéndole acogido con cariñosa como cortés demostración, salió a encontrarle el maestre en persona con las galeras. Pero las atroces guerras, assí de Italia como de la otra parte de los montes, siendo un incendio en que se abrasava la christiandad, embaraçaron que el logro del fruto que se podía esperar del fomento de un príncipe mal contento, a quien solo le faltavan las fuerças para hazer mal quando tenía encancerado el ánimo y el deseo para destruir la Turquía, por arruynar a quien fomentava su destrucción.

El gran maestre, poco seguro de las blandas palabras del othomano, rezelando que la mayor detención de este príncipe en aquella isla podría servir de pretexto vengativo (en el dañado ánimo de Baiaceto) para intentar segunda vez que las corrientes bárbaras de los cristalinos azeros othomanos procurassen inundar con avenidas de sangre aquel dominio, le encaminó a Francia, donde estuvo hasta que el rey le remitió a Inocencio Octavo, quien le señaló en Roma habitación en palacio, a la parte superior. Y aviendo llegado a Constantinopla la

noticia de este accidente, con la seguridad de que estaba en aquella Corte Zizimo, pidió Baiaceto a Su Santidad que le tuviese en segura custodia, cuya gracia satisfaría con el cambio de no infestar la christiandad, dexándola gozar pacífica y alegre calma con real seguridad, acompañando esta correspondencia con treinta mil sultaminos cada año para el gasto de Zizimo, que continuó su residencia en aquella ciudad hasta que Carlos Octavo pasó a Nápoles y, entonces, suplicó a Su Santidad se le fiasse para servirse de él en sus disignios por pocos meses. Y aviendo muerto este príncipe, después de aver buuelto a poder de Su Santidad en Terrachina, no sin opiniones (de veneno a instancias de su hermano), asegurando con esta inteligencia el peligro en que le podía poner el fomento de los christianos algún día. Dolíase Zizimo en los últimos suspiros de su vida de aver cambiado país y no fortuna, quando avía hallado en los christianos la misma crueldad que avía experimentado en los turcos.

Expressó (con grande alegría Baiaceto a sus baxaes) que en Italia avía tenido más fuerça el oro para destruir a su enemigo que el azero en Turquía, pues con una oculta estratagema avía logrado la última victoria que no pudo conseguir en abierta batalla. Y no se puede negar que fue de considerable daño para la christiandad la extinción de una centella que podía (en qualquiera tiempo) encender el fuego de una doméstica discordia entre las dispuestas desconfianças de los zelos othomanos.

Establecido pues en el solio, Baiaceto, se aplicó siguiendo las máximas de la ambiciosa monarquía a su dilatación. Y debiendo su alta fortuna al cuerdo como mañoso valor de Acmad, albanés, quanto más sobresalía el espíritu en este gran capitán tanto más crecía la zelosa desconfiança del bárbaro Baiaceto, que le pagó todos estos beneficios con una famosa ingratitud, profundándole en un sepulcro en pago de averle colocado en el trono. Y no es dudable que para con los tyranos son siempre peligrosas las grandes prendas, porque viven arriesgadas a vista de quien no imita su virtud conociéndolas.

[1483] La primera interpressa externa (después de apagados los temores internos) fue destruir al caramano, que era el más ardiente enemigo de los othomanos, pues muchas vezes sin ageno fomento les hizo la guerra solo. Y después de abatido este príncipe, no le quedavan obstáculos que se opusiesen a sus armas, siendo el pretexto que tomó para su dessolación el apoyo que en él halló Zizimo. Y es cierto que ponía en campaña por sí solo el caramano quarenta mil cavallos, sin otro considerable cuerpo de infantería, y poseía la última provincia del Assia menor, llamada Cilicia campestre, parte de la Armenia menor y Capadocia.

Desembarcó Baiaceto en sus Estados con aparato formidable de armada marítima y terrestre e, internándose en la Caramania, executó los artes que pudo para obligar a la batalla al príncipe Abraham. Pero fortificándose en los passos estrechos y sirviéndose del beneficio de los más montuosos, hizo consumir al turco la mayor parte de la estación inútilmente. Y, por último, para obligarle a que saliese de aquellos puestos, resolvieron los turcos sitiar la plaça de Tarsia. Y aviéndola circunvalado, la fulminava de día y de noche con la artillería, a cuyas ruynas, amedrentados los defensores, se rindieron con el pacto de salvar las vidas y las haziendas. Y haziendo razón de Estado la apacibilidad y el buen trato, se les hizo buen passage a los rendidos procurando con suavidad induzirles a que ajustassen el cuello voluntariamente al yugo de sus preceptos.

El soldán de Egypto, hombre de conocida bizarría en aquel tiempo (que no acertava a mirar sin lágrimas las ruynas del príncipe, su confinante), le asistió con dinero y gente. Y conociendo que no era menor enemigo el tiempo que el turco porque armado se consumía, puesto en campaña dobló las tropas a vista del othomano, presentándole la batalla. Y atacando la cavallería caramana el trance, duró el combate algún tiempo sin reconocerse a la parte que con risueño semblante favorecía la fortuna con el auspicio y, reducido el empeño a las armas blancas, no se veía otra cosa que ensangrentados destroços.

Embistieron los genízaros de refresco formados en dos grandes esquadrones, cuyo ardor entibió el corage de los caramanos en parte, por cuya razón se arrojó el príncipe en persona a socorrer aquella parte con sus guardias, y puso en disputa el trance. Y reconociéndole los turcos, intentaron cortarle la retirada, pero él generosamente, en la frente de los suyos, mató peleando con sus propias manos muchos infieles hasta que, herido el cavallo, cayó en el suelo. Y estando a pie, experimentaron los enemigos su valor. Pero herido en diferentes partes, con el desmayo de la falta de sangre, cayó segunda vez a vista de los suyos que, considerando la pérdida, solicitaron lograr con la fuga la seguridad.

No se percibió en la campaña más que un teatro funesto, en que representó al mundo la desdicha el sucesso más infeliz en tanta tragedia. Sacrificó la infidelidad othomana a su marcial deidad más de veinte mil soldados de las tropas del infeliz caramano, pagando aquesta lisonja en apacibles tratamientos a los de aquel país porque sirviessen de eficaces medios aquellas demostraciones para conquistar con facilidad todos los feudos de aquel príncipe. Y aviéndosele humillado la Cilicia, la Armenia y la Capadocia hasta el monte Tauro, les impuso sus leyes (que obedecieron con toda resignación) no aviendo quien despertasse del infeliz letargo al abatido dominio para su

recuperación, gozando los othomanos con plena seguridad todas las provincias, aviendo triunfado de los caramanos, que más que otros príncipes christianos garvosamente le disputaron la campaña.

Bolvió Baiaceto a la Corte después de este suceso, donde hizo su entrada (con solemne aclamación) a cavallo, en forma de triunfo, arrastrando estandartes, despojos y esclavos para que le admirassen vencedor.

[1484] Después de la pérdida del caramano, eslabonando una interpressa con otra, passó el Danubio y, acampándose sobre Moncastro, plaça fuerte (fabricada en la ribera del río Néster, que desemboca en el mar Mayor, y atacada antecedentemente por el sultán Mehemed sin fruto alguno por ser en el invierno, cuyo rigor le obligó a desamparar la empresa reservando para mejor ocasión la conquista), la puso sitio por mar y por tierra. Y disponiendo las baterías, como también las líneas de circunvalación, y los ataques, empezaron las operaciones a fulminar la ciudad en que hallaron defensas los infieles pues, rechaçando los assaltos en las brechas, experimentaron muchas veces estragos considerables. Y eran tan continuos los empeños en las brechas, que no logravan los sitiados un instante de tiempo para descansar de las violentas fatigas. Y assí, abatidos con el desvelo como con el trabajo fatigados, reducidos a poco número, no eran bastantes para suplir la falta de gente en las defensas de los puestos acometidos, si bien avían logrado igual destroço en los othomanos, por cuya razón Baiaceto embió un oficial a la plaça a ofrecerles buenos tratamientos si le entregavan la plaça con capitulaciones honestas. Y, en el caso que se resistiessen, a intimarles una dessolación sangrienta irremediable a todos. Y viéndose destituidos de esperanças de socorro, le rindieron la plaça. Y aviendo entrado en ella, se aseguró por este medio de las riberas del mar Eusino y, mientras hazía reparar las murallas, embió al beglierbei de Grecia a la conquista de Licóstomo, en el mar Mayor, cuya interpressa logró después de corta oposición.

[1485] Satisfecho pues de presas y de conquistas, se reduxo a Andrinópolis para descansar en quanto passava la estación encanecida del invierno. Murió en Chipre, de dos años, el hijo póstumo del difunto Jacome y Carlota, renovando las pláticas para la recuperación del reyno, solicitava a los cavalleros de Rodas y a otros príncipes christianos para que la fomentassen, aviendo también recurrido al soldán de Egipto por medio de Nicolás Millas para renovación del feudo. Pero Andrés Solores, ministro de la reyna en aquella Corte, destruyó las negociaciones del competidor y, bolviendo a Egipto, no solo truxo la confirmación a la reyna Catalina, sino también al mismo Nicolás, asegurado en custodia como a delincente.

Hazía Baiaceto el amor al reyno con dissimulada fineza y, deseando atacar al soldán de Egipto, avía pedido a la reyna un puerto en aquella isla para abrigo de su armada, en tiempo que aún no estava extinta la semilla de la antecedente rebelión, aunque el general Mocenigo avía arrancado de raíz varios renuevos. Hallávase la reyna, después de la muerte del hijo, enlaçada en algunas insidias externas e internas, pero abrigada siempre de la sombra de la República, de cuyos emergentes notició a Jorge Cornaro, su hermano, que aviendo passado después a Chipre con orden del senado, puso en la consideración de su hermana algunos motivos justos y la persuadió a dexar en las manos de la República el reyno por eximirse de las cercanas violencias othomanas, como por assegurarse también de malignos influxos, de los quales hasta entonces pacíficamente libre avía gozado quietud soberana; y gozaría también el amor del senado que la trataría como a hija y la reverenciaría como a reyna. Pero aunque conocía verdaderamente reales estas expresiones, confitado lo amargo de los peligros y de los trabajos con el dulce del reynar, dio motivo a pensar (repugnante a la proposición del hermano) en conservarse en la autoridad, pero después se dexó vencer de las evidentes razones y, aviendo partido de Chipre con grande ostentación servida de los más graduados y nobles varones del reyno, dio fondo en la patria después de aver salido a recibirla a los puertos más cercanos el dux Barbarigo con el senado en el Bucentoro, reverenciándola con cariñoso aplauso, suma veneración y respecto, correspondiendo en todo a estas demonstraciones el hospedage prevenido en el palacio del duque de Ferrara.

Jorge Cornaro, su hermano, en atención al parentesco como a sus merecimientos, consiguió el grado de cavallero y, poco después, la púrpura que le dio Alexandro Sexto a Marcos, su hijo. A pocos días después de su arribo, presentó el senado a la reyna el castillo de Asolo, en el territorio tribigiano, por la amenidad y alegría del sitio para que gozasse en él gustoso divertimiento en algunas temporadas del año. Fue Francisco Barbarigo el primer lugarteniente (por la República) en Chipre, y después passó Pedro Diedo como embaxador a Egipto por si podía penetrar el ánimo del soldán en alguna reserva sospechosa tocante a las disposiciones executadas a favor de la República.

[1486] La armada othomana en este tiempo avía salido de los Dardanelos y se dexó ver improvisamente sobre las aguas de Corfú, no sin sospechas de alguna premeditada máxima que la acrecentaron las tropas othomanas que entraron en el Albania, si bien estos movimientos tuvieron solamente el fin de sujetar a los cimariotes que resistían pagar el tributo ordinario.

Estava para morir el invierno y para salir a luz la primavera (deidad coronada de las flores), de cuya dulce templança y favorable estación,

combidado el infiel común enemigo, meditó nuevas interpresas a daño del soldán de Egipto, rey de mamalucos, con el pretexto de aver dado socorros al caramano con violación de los pactos ajustados con sus antecesores. Y con poderosa armada, unido a la que governava Mustafá baxá (que en Caramania gozava los quarteles de invierno), empeço a disponer su ruyna. Y porque ha de ser preciso algunas vezes hazer mención de los mamalucos (nación armígera y poderosa atacada de Baiaceto y destruida de Selín, su hijo, como diremos más adelante), no será gran delito (tomando anteriormente la narración) expressar la primera noticia de su origen.

Dominaron en otros siglos los emperadores de Constantinopla el Egipto y, experimentando esta nación la altiva aspereza del dominio griego, deseando de sacudir del cuello el pesado yugo de los gravámenes tyranos de aquel gobierno, se entregaron voluntariamente a una esclavitud poniéndose en las manos de los sarracenos. Y después de aver arruynado a los enemigos, avassallaron también a sus parciales cambiando la obediencia, pero no la fortuna. Fue su primer rey Califo Mahometano, que tiñó con aquella secta el circunvezino país, dexándole reduzido a imitar en el color el traje y la profesión como los falsos dictámenes de Mahoma, de donde nació llamarse de allí adelante los demás reyes Califes, los quales molestados de Gofredo de Bullon (que fundó el reyno de Gerusalén) como de Americo (sucesor suyo), imploraron socorros al soldán de Soria que (con amaestradas tropas en la guerra) embió para acalorarlos a Saracón, experimentado capitán y de gran fama, que (a imitación de los sarracenos) reprimió a los christianos y oprimió a los Califes, permitiéndoles el dominio espiritual solamente por aver usurpado para sí el temporal, a quien sucedió Saladino (enemigo implacable de la católica religión), cuyas tropas desbarató en diversas batallas en Soria como en Palestina, sin que de aquella milicia se huviesse reservado en Gerusalén algunas reliquias, donde dominaron otros hasta el tiempo de Melec Salá (último rey libre), quien continuando la guerra con los christianos acabó de consumir casi la flor de sus armas. Y rezelándose de los egypcios (esclavos suyos), les prohibió el uso de las armas y cavallos, como otro qualquiera militar exercicio, para que más fácilmente se ajustassen a tolerar sus disposiciones, por lo qual le fue preciso armarse de estrangeras milicias, siendo el fundador de la mamaluca. Y aviendo en aquel tiempo, los tártaros, sujetado la Armenia y conquistado los pueblos comanos, confinantes a la Capadocia, por arrojarlos del país los vendieron a Melec Salá que, viéndose con tanta multitud de esclavos, los hizo enseñar el arte militar. Y continuando con esta gente la guerra, en daño de los christianos, logró poner sitio a S. Luis, rey de Francia, junto a Damiata, consiguiendo su prisión.

Y aviéndose acrecentado los mamalucos en número, como en disciplina militar, passaron a tocar las líneas de la sobervia con las antecedentes victorias y, de esclavos comprados, resolvieron hazerse dueños absolutos quitando la vida a Melec Salá, de que nació elegir por su rey a Turcumeno, su capitán, a quien sucedieron con el tiempo otros de poca fama, siendo los que más sobresalieron Caimbegio y Cansone, el primero circaso de nación y ambos esclavos de nacimiento, pero superiores en el valor a los de más pura y elevada sangre.

Dilatábase su dominio desde los confines de Cirenes, por la parte de África, hasta el golfo Ísico (que divide la Caramania de la Soria) y por de dentro termina hasta el Éufrates. Y desde la Arabia desierta a las más solitarias arenas y por los dos costados del golfo de Arabia hasta el estrecho del mar Roxo. Era la milicia mamaluca muy semejante a la genízara por ser hijos de christianos, a quienes amaestravan en los ejercicios marciales. Y de allí los sacavan para la guardia ordinaria del príncipe con sueldo competente y, conforme los merecimientos, conseguían las graduaciones. Huvo en aquel tiempo un marinero español que, con arte ingenioso, grangeó de modo la gracia del soldán que llegó a tener parte principal en sus deliberaciones, fiando de él la embaxada de Venecia como también después la de Constantinopla.

Permitíase en sus leyes que los hijos sucediessen en los bienes de los padres, pero no en los honores ni en los cargos militares. Y no podían agregarse a esta milicia si no es forasteros renegados amaestrados en el arte militar, excluyendo los nacionales como también los hebreos. Tampoco se les permitía a los hijos de los soldanes suceder en la dignidad del padre, los cuales después de su muerte vivían entre la común estimación de los primeros, siendo la dignidad de soldán hija de la elección, por ser el camino más seguro para conseguir la exaltación, el conocido valor y la experiencia militar. Antes que los turcos dilatassen sus dominios, assí por la riqueza como por la fuerza y la autoridad, era el soldán cabo de la mahometana religión, aviendo florecido este dominio treientos años, aplicado más a conservar lo posseído que a conquistar lo ageno.

[1487] Tomonbegio soldán, anteviendo que con la próspera opresión del caramano avía de intentar Baiaceto algunas operaciones dañosas en la Soria y en el Egypto, dispuesta y prevenida la cavallería mamaluca como también la infantería (que obedecían a Diadoro, capitán de crédito), aviéndose acampado en buena formación en sitio ventajoso, atendía los avisos de sus movimientos. Hizo marchar Baiaceto treinta mil cavallos para adquirir noticias del enemigo y, persuadido de su valor como de su resolución, mandó hazer alto para incorporarse con las demás tropas que le seguían, pero los mamalucos,

abandonando sus confines, se internaron en la Caramania en demanda de los othomanos, a quienes dieron vista junto al monte Amán (en cuya jurisdicción desbarató Alexandro a Darío) cansados de tan largo viage y ocupados en levantar las tiendas para lograr algún reposo y, sin darles tiempo para ponerse en batalla, los atacaron improvisamente.

Eran los mamalucos veinte y cinco mil cavallos escogidos bien montados y veteranos y, viéndose assaltados los turcos, hizieron el esfuerzo possible para resistir el acometimiento reduziendo la disputa a las armas blancas, en cuyo trance fue igual la constancia al estrago. Tocava ya el sol casi los umbrales de las puertas del occidente quando empezaron a moverse los ruydosos estruendos de las armas, impelidos de ardiente como sañuda disposición militar, de cuyas fogosas nubes de azero se empezaron a desprender los rayos de la batalla. Y temiendo Diadoro, general de los mamalucos, que la noche le robasse de las manos la victoria, acalorando el combate (con frescas esquadras), consiguió la ruyna de los othomanos precisándolos a recibir la carga desordenados con estrago memorable, dexando en la campaña diez y seis mil cadáveres y tres mil prisioneros y, entre ellos, Quersolli, general de la cavallería (herido en una mano), yerno de Baiaceto, que con los demás passó a postrarse delante del soldán como testigos de la victoria.

Carembegio, con las reliquias del destrozado ejército, se bolvió a incorporar con Baiaceto en los contornos de la Tarsia donde, cubierto de los genízaros y bien assistido de la cavallería, suspendió el ímpetu de los mamalucos que iban cargando la retaguardia de los assiáticos fugitivos que, a vista de Baiaceto, se recobraron para la resistencia en que restauraron parte de la batalla pero, engrossándose siempre los mamalucos con la gloria del antecedente sucesso, bolvieron a derrotar las esquadras othomanas, viéndose precisado Baiaceto a retirarse abandonando el puesto con pérdida de mucha más gente, bagage y artillería, bien que peleando siempre en buena disposición sin bolver las espaldas. Y no hubiera sucedido tan bien si las milicias (zelosas de la seguridad de su monarca), con unión bizarra, no se huviessen estrechado para salvarle, a que también contribuyó la noche para la seguridad de los othomanos que, sin duda alguna, huvieran experimentado la última desolación. No avían hasta entonces recibido mayor estrago los turcos (después de la rota que dio el gran Tamorlán en Persia al otro Baiaceto), cuya inflexible soberbia (precisada de la necesidad) permitió la cerviz indomable a los ajustes de una paz que se concluyó con la restitución de Tarsia y de Adena en manos del soldán, consintiendo en ella los mamalucos por ser príncipes de una misma religión, como por averse interpuesto también ministros de ambas partes que sentían

mal de los disturbios entre las dos más belicosas y afiladas cuchillas del mahometismo.

[1491] Es máxima siempre engañosa la que executan los othomanos en esta forma, porque nunca acostumbran a restituir o entregar el terreno en que han edificado alguna mezquita y no lo hazen como los demás, por elección, sino es quando la necesidad les obliga a passar por la mortificación de entregar lo conquistado para conseguir la paz. No impidió el passado sucesso que la armada othomana (reclutada de nuevas tropas) passasse a la Balaquia con disignio de estrechar aquel príncipe a que pagasse el tributo. Y mientras anticipando la marcha passava a cavallo Baiaceto cerca de Andrinópolis, assistido de pocos criados y algunas guardias, se llegó a él un derbís (que es religioso) de la secta de los Turlaquis y, con el pretexto de pedirle limosna (a tiempo que el sultán metía la mano en la faltriquera para dársela), le hirió ligeramente con un cuchillo. Y hubiera duplicado el golpe si Esquender baxá (que estava cerca) no le huviesse dado con una maça herrada en la cabeça, de modo que pagó con la vida el atrevimiento, **[1492]** de cuyo sucesso tuvo origen el decreto y prohibición para que, de allí adelante, no se permitiesse que algún forastero se acercasse al monarca sin que de personas destinadas para este efecto le conduzcan assegurados los braços y las manos, practicándose esta demostración en nuestros tiempos con los embaxadores quando van a la audiencia en medio de dos ministros y, después de hecha la oración, le acompañan en la misma forma hasta salir de las estancias reales.

[1493] Apenas avía sanado de la herida Baiaceto, quando executó otra mayor en el corazón de la Ungría y de la Croacia después de la muerte de Juan de Uniades y del rey Matías, su hijo, en cuyo tiempo no lograron en aquel reyno impresión alguna, aunque los turcos intentaron algunas operaciones que atravesaron los dos valientes campeones. Es verdad que, prevaleciendo las guerras antecedentes entre Casimiro y Matías, reyes de Polonia y Ungría, entraron en la Moldabia y sugetaron a Quili logrando provechosos sucessos entre las turbadas aguas de las christianas dissensiones.

Deseoso Baiaceto de internarse en aquel reyno hizo marchar a Cadum, baxá de Bosnia, con poderosas tropas la buelta de aquel país, a cuya deliberación se opusieron Bernardo Franjipani y Dranzilo, generales úngaros, con quarenta mil cavallos. Pero el baxá, fingiendo temor, dio a entender (con la marcha que hazía) que tenía intención de ocupar la cima de una montaña y los úngaros (a quienes se avía agregado el conde Juan Torquato con esquadras considerables de corbatos) resistían recargar al enemigo, rezelando alguna emboscada. Y opuesto a este sentir, el Franjipani deseava seguirles. Y mientras se ventilava la

resolución, advertidos los turcos de los encontrados dictámenes, como también de la desunión de la marcha, bolviendo las caras con valentía (infestando el ayre con estruendosos aullidos) les atacaron con tanta ferocidad que apenas hubo intervalo entre embestirlos y vencerlos, cuyo estrago comprobaron siete mil cadáveres christianos esparcidos por el ámbito de la campaña. Y por lisongear Cadum el gusto del bárbaro sultán, acompañó el aviso del sucesso con el horroroso espectáculo del presente de las narizes de todos, que passaron muestra despreciable en su presencia, cuya crueldad fue de suma alegría para el infiel Baiaceto que, satisfecho de terrestres conquistas, se dispuso en toda forma para lograr las marítimas. Pero la República, por cauto instituto de sus zelosas observaciones, se aprestava inmediatamente, que conocía estos movimientos en Constantinopla, por no quedar descubierta a los insultos de tan violenta nación. Y assí ordenó a Antonio Priuli, proveedor de la armada, que con quatro galeras navegasse la buelta de Metelino, en cuyo viage encontró un navío turquesco que, al descubrirle, en vez de calar las velas como se acostumbra por navegar en los mares de Venecia, procediendo con descortés obstilidad disparó con vala la artillería a las galeras, donde mató a un cómitre y hirió algunos forçados. Y ocasionado de esta sinrazón el Priuli, para castigar semejante desatención le puso las proas y, a cañonazos, le echó a fondo con toda la carga y dozientos y cinquenta turcos que le guarnecían. Y por descubrir cómo se avía entendido en Constantinopla este accidente, como por penetrar el oculto disignio de este armamento, embió el senado por embaxador a Andrea Zancani. Avía Ludovico Esforça, duque de Milán, (por zelos de Estado) solicitado a Baiaceto para que rompiesse la guerra a venecianos ofreciéndole atacarlos también por tierra al tiempo mismo que los embistiese por la mar, cuya malvada política, de valerse de las infieles armas contra los christianos, aborreció siempre el senado, aún en sus mayores angustias.

[1595] Llegó el Zancani a la corte othomana disimulando con mañoso exterior su negociado y, correspondiendo los turcos (con disfrazado semblante ocultaron con el buen trato los efectos de su mal ánimo), confirmando las capitulaciones de la paz. Hallávase en aquel tiempo en Constantinopla Andrea Griti, a fin de comerciar (hombre de grande comprehensión y experimentada advertencia como práctico en los falaces artes de los turcos), el qual, aviendo penetrado que las capitulaciones estaban en latín, previno al Zancani que los turcos no hazían aprecio de ellas pretendiendo no estar obligados a cumplir lo que no estava escrito en lengua othomana. Y aunque el Zancani se valió de grandes industrias para que se las entregassen en el idioma de aquel país, no lo pudo conseguir porque tenían ya hecho el ánimo a no observarlas. Y aviendo

buelto a Venecia (por no descubrir el descuydo como porque no reprehendiessen la insuficiencia) encubrió tan importante noticia a los senadores de la República, faltando a su obligación.

Esparcíase la fama continuadamente divulgando mayores aprestos, cuyo estruendoso aviso obligó al senado a nombrar por capitán general de su armada a Antonio Grimani, en cuyo tiempo vivían los ciudadanos con exemplar modestia y conocida moderación. Y si alguno excedía de la cordura universal, le corregían con privarle de las esperanças de los honores. Y por esso, los particulares de elevada fortuna (que no gastavan en superfluidades) abundavan de dinero contante y socorrían con generosos empréstitos al público quando apretavan las necessidades. Y viendo el Grimani exausta la República por los gastos de la guerra de Italia, prestó al senado ochenta libras de oro, llevando consigo otra tanta cantidad a Corfú para las ocurrencias de la armada.

Avía Su Santidad permitido al senado que se valiesse de la tercera parte de las rentas eclesiásticas, abriéndole también los tesoros del cielo con grandes indulgencias a los fieles que contribuyessen con los bienes temporales para defensa de la religión, cuya circunstancia alentó los ánimos de aquellos vassallos para la contribución, pues importó lo que dieron los ciudadanos de Venecia setecientas y nueve libras de oro (tan zelosa era entonces la florida piedad christiana). Suspendiéronse también los apuntamientos y salarios de los magistrados, menos los de la quarentía, imponiendo a los súbditos varios tributos a causa de prevenirse de dinero (para la defensa, que es el alma de la guerra).

Lo impenetrable del secreto en Constantinopla y la no descubierta causa del armamento (que inquietó a Venecia) puso también en desconfianza a la isla de Rodas, hasta ver adónde iría a descargar el nublado (de la nube othomana) los ocultos rigores que atesorava su horrorosa obscuridad para desolación del mundo. Seguían esta desconfianza los príncipes circunvezinos armados, si bien, temerosos de experimentar el rayo que asustava a todos con la amenaza. Las deliberaciones de los turcos con facilidad se ponen en execución por el silencio con que las sellan. Son semejantes a los árboles las interpressas, que quanto más tienen sepultadas las rayzes, tanto más se asegura la planta y crece la cima de ella.

[1497] Salió del puerto de Constantinopla la armada othomana, que se componía de dozientas y sesenta velas, y en ella Baiaceto que, antes de su partida, hizo encerrar en las cárceles a los mercaderes venecianos y, entre ellos, a Andrea Griti en la más obscura por averle cogido algunas cartas dirigidas al governador de Lepanto, participándole distintos avisos de las prevenciones. Y

estuvo muy a riesgo su vida, pero la ancianidad venerable de sus canas y la urbanidad de costumbres avían agradado y compadecido a los príncipes baxaes, de modo que le repararon a la execución el golpe interponiendo su autoridad en su defensa. Y en particular, Acmad Hersolli fue el instrumento de su preservación, que avía sido christiano albanés y el único que conservava la memoria de la primera religión (sin mostrarse jamás acérrimo enemigo de los christianos, como lo hazen los que reniegan), mandando que a los fieles esclavos los tratassen con discreción y los favorecía secretamente en todo aquello que le era permitido sin hazerse sospechoso.

La armada veneciana, que se componía de quarenta y seis galeras, cinqüenta navíos y otras quarenta navegaciones inferiores, se hallava en Modón bien prevenida de todo lo necessario y con ánimo bastante para hazer frente a la de los turcos. Y, aviendo salido del puerto, se engolfó con deliberación de atacarla. Unióse Andrea Loredano, governador de Corfú, al Grimani con quatro navíos guarnecidos de escogida milicia y fue muy bien recibido en la armada de todos con incomparable alegría por su conocido valor, menos del Grimani que, con aversión y disgusto, dissimuló la desazón que movía su desconfianza, temiendo que el espíritu generoso del Loredano (acreditado en el aplauso universal) le entibiasse la gloria de las armas. Y por esta razón, le señaló una gruessa nave para que atacasse la batalla, a fin de aventurarle en el peligro (como se divulgó entre todos) y, dando también la misma orden a Albano Almerico, aviendo dado vista los leños infieles a la armada veneciana (cerca de la isla de la Sapiencia), puestos en alta mar en regular observancia, se obstentaron impacientes con el deseo de llegar a la batalla. Y puestas las proas a la armada infiel, Almerico y el Loredano, con ánimo de dar el costado (según el orden que llevavan) a las embarcaciones enemigas que más sobresaliessen y aviéndoles echado el arpeo a las dos más principales, hizieron pruebas de gran valor. Pero viéndose en considerable aprieto los enemigos, valiéndose de fuegos artificiales, abrasaron en breve tiempo las dos naves venecianas en que perecieron muchos christianos entre las llamas y las ondas sumergidos. El Loredano y el Almerico abraçados a los estandartes de San Marcos (en sus navíos), murieron intrépidamente en su defensa. Vicencio Polani con su galera gruessa, penetrando entre las sutiles enemigas, hizo en ellas grande estrago. Y no obstante que se hallava su galezaza circunvalada de muchas, consiguió defenderse en el empeño. Luis Marcelo, después de aver abordado a una nave turquesca de gran porte, tuvo la fortuna de sugetarla en breve tiempo. Y si todos huviessen imitado a este capitán, lograrán el día los venecianos. Y no consintiendo el Grimani que se perseverasse en el reencuentro, ordenando la

retirada contra el sentir de todos, desamparó el empeño con el descrédito de cobarde, imputando a los capitanes de descaecido zelo y de inobedientes a sus disposiciones.

[1498] El rey de Francia (a quien el gran maestre avía pedido socorro) le remitió veinte y dos navíos para que assistiessen al christiano partido. Y aviendo cessado la necesidad, se incorporaron con la armada veneciana que, aviendo buuelto a encontrarse con la enemiga, quedaron en poder de los christianos tres galeras y una fusta con la gente que las guarnecía.

Todas las apariencias señalavan propicia la coyuntura para destrozár enteramente la armada infiel y, aunque excitado de todos el Grimani para dar la batalla, se escusó diziendo que tenía el viento contrario. Y viendo los franceses señales de poco vigor en los venecianos, despidiéndose, pusieron las proas a la Provença. El othomano general, no permitiendo que se entibiasse el ardor de las armas, assaltó a Lepanto por mar y por tierra y no siendo esta plaça de las assistidas de presidio militar, sino de las que fían la defensa a los habitantes, amedrentados de la fuerça y reputación de las armas enemigas, con facilidad la rindieron. Estos infaustos accidentes llenaron la República de vivo desconsuelo, por cuya causa decretó el senado la prisión del general, como de otros capitanes de galeras, para que justificassen sus acciones. Y aviendo llegado a Venecia el Grimani cargado de cadenas, el cardenal, su hijo, con edificante ternura tomó a su cargo aligerarle la opresión de los eslabones con sus ombros. Substituyeron en el cargo de la armada a Marcos Tribijiano y en las galeras gruesas a Tomás Zeno, hombre de gran coraçon y gobierno (no obstante que era deudor al público de repartimientos no pagados), por cuya causa resistía la ley el promoverle a cargo alguno. Pero el Consejo de Diez decretó que, en este caso, la pobreza no debía perjudicar a la virtud y, assí, le entregaron el gobierno de veinte galeras.

Nicolás Miguel, abogado del común, sabiendo que el Grimani tenía quien le apadrinava en el senado ocultamente y que el cardenal, su hijo, hazía grande ezfuerço para negociarle la libertad (porque en ningún tiempo quedasse la justicia desayrada con la protección) passó la causa de sus culpas al gran Consejo (donde la multitud es difícil de vencer con favores) y, assí, salió desterrado el Grimani a la isla de Qerso y, Osero, privado de la dignidad procuratoria de San Marcos, sustituyendo en ella al abogado Miguel como instrumento de la administración de puntual justicia deseada en las repúblicas, las cuales quedan arruynadas y sin estimación quando los ciudadanos toleran los delitos mereciendo irremisibles castigos los que no se sacrifican a sí mismos por la religión y por la patria, a la qual están obligados, por deuda como por naturaleza,

siendo necesario esto para contraponer a los delitos severas demostraciones con las cuales los othomanos castigan la cobardía. Y, assí entre ellos, al comandante que es ávaro de su vida le hazen que sea pródigo de su sangre y, si huye del enemigo, se encuentra sin remedio con el verdugo. Y es cierto que quien no pelea con los turcos en la mar, tampoco lo hará (aun con ventaja) en la tierra, porque no son tan diestros y experimentados en la disposición de la náutica como en la terrestre, exceptuando los cosarios habituados en la marinería por el continuado exercicio, si bien estos suelen atender más a la aplicación de la presa que a la de la batalla porque hazen la guerra más para el provecho que para el riesgo.

El más fuerte nervio de la milicia othomana es la cavallería (incapaz de asistir a las funciones marítimas) y donde toma su lugar el sultán quando sigue en persona las conquistas, cuya presencia ordinariamente destierra qualquiera obstáculo que se opone y, assí, jamás se embarca por la contingencia de exponerse a varios peligros y porque dizen que llevan atadas las manos porque no ponen seguros los pies, a que se junta la calidad de nuestras embarcaciones, ventajosas en lo manejable a las enemigas, cuya desigualdad combida al deseo para solicitar la batalla con esperanças de segura victoria.

Bolvió, de nuevo, la armada othomana a alargar las belas al viento con ánimo de intentar nuevas conquistas en los territorios christianos y, el senado, con agregación de más galeras y galeazas, reforzó la suya y tuvo aviso de que la turquesca se aproximava para sitiar a Nápoles de Romania, como también de que la cavallería de aquella isla les avía disputado el desembarco, de modo que, abandonando aquel tentativo, se dispuso con todas las fuerças para tomar los puestos sobre Modón. La armada veneciana salió del Zante con resolución de socorrer a los sitiados y, aviéndose afrontado con la enemiga, Jacome Veniero rindió una galera othomana que navegava a reconocer la christiana disposición. Y aviéndose atacado la batalla, los primeros cañonazos de los católicos echaron a fondo dos maonas turcas, barando en tierra precipitadamente algunas de menor porte salvando la gente. Y aviendo abandonado el viento las entenas christianas y, particularmente, las de los navíos gruesos (de los quales es el alma que les da el movimiento vivo para sus operaciones), no pudieron por este respecto mezclarse en lo ardiente del requentro con las naves enemigas, en cuyo trance se perdió una galeaza veneciana, acometida de muchas galeras enemigas, quedando sobre ella muertos peleando valerosamente todos los christianos que la guarneçían. Y separando la noche el combate y las armadas, tuvo tiempo la veneciana de embiar una faluca reforçada (que passó por medio de la enemiga) a dar aviso a los de Modón que estuviessen con buen ánimo y que

inmediatamente los socorrería a todo trance, para lo qual çarparon cinco galeras bien reforçadas acaloradas de toda la armada. Y aunque los turcos intentaron disputarlas el passage, las quatro favorecidas del viento como alentadas de la boga, sin embargo, de la oposición consiguieron tomar el puerto con crédito de sus capitanes que eran Juan Melipiero, Luis Miguel, Alexandro Goçio de Corfú y Nicolás Cucato de Otranto. La quinta, más tarda de movimiento, (aunque embaraçada de una esquadra enemiga) ya que no pudo seguir la derrota de las demás, se bolvió a incorporar con gran bizarría a la armada christiana. Los de Modón, deseosos del socorro conseguido, salieron al puerto para recogerle (pero entre la suma alegría, se experimentó una grande desventura) sin considerar que dexavan abandonada la muralla y que, vigilantes siempre los turcos, no perdían de vista sus intereses. Y conociendo sin gente el recinto, arrimando las escalas sin oposición, ganaron la plaça sin sangre vertiendo solamente la que acaloravan las venas de los incautos christianos que, infelizmente avassallados, fueron miserable y cruel despojo de los victoriosos. Murieron en el sacrificio, atormentados de las sedientas zimitarras, los más principales cabos, Luis Miguel y otros capitanes, como también la chusma de las galeras que avían introduzido el socorro. Murió también Antonio Contarino, governador de la ciudad, y Andrea Falco, su obispo, prelado de santa vida, quedando en un momento rendida, abrasada y sepultada entre sus propias ruynas, después de tan llorosa pérdida para los christianos y feliz empresa para los infieles. Embió Baiaceto la armada sobre Corón, haziendo saber a los de aquella plaça que, si no se rendían promptamente, los sacrificaría a todos al desdén de su azerada cuchilla. Los quales, atemorizados con el infausto sucesso de Modón (no aviendo en la ciudad presidio militar), perdiendo el respecto a los magistrados, el pueblo resolvió reconocer las leyes del vencedor con favorables condiciones. Llegaron a los oídos de los senadores los ecos de las voces lamentables de tan infeliz sucesso, que los oyeron con notable desconsuelo, pero no aviendo prompta disposición para el remedio, toleraron el accidente con animosa constancia disponiendo con providencia refuerços y armamentos frescos para defensa de mayores insultos. Y al mismo tiempo que arrojaba con una mano tesoros para reforçar la armada, contrapesava con la otra los merecimientos a trabucantes recompensas a los que desgraciadamente perecieron en Modón.

Avía mandado marchar Baiaceto a Siquen baxá con diez mil tártaros la buelta del Friuli, a instancias del duque de Milán, los quales aviendo passado el Tallamento y el Lisonzo, exercitaron los excessos de su acostumbrada crueldad y rapiña apressando muchos esclavos. Y aviendo encontrado a la buelta muy

crecidos los ríos, degollaron a los que no podían seguir la marcha por el cansancio o por la edad. No pueden los turcos internarse en la Italia si no es por angostos passos y ásperas sendas, en cuyos despeñaderos se funda la mayor defensa de aquellos payses, no aviéndose entonces fabricado la fortaleza de Carlistot, ni otras en sitios oportunos, poseídas de los emperadores austriacos. No aviendo podido el Tribijiano remediar los antecedentes sucessos infelizes, murió de apesarado, passando el generalato a Benedito de Pesaro que, con memorable celeridad, se dispuso en tres días y salió a exercer el puesto. Y aviéndose juntado en este tiempo la veneciana a la armada española (que governava Gonçalo Fernández de Córdova, llamado el Gran Capitán con justos motivos, pues a su gran talento y espíritu valeroso debieron las armas católicas la conquista del reyno de Nápoles), resolvieron desembarcar la gente y poner sitio a la Cefalonia, cuya plaça guarnecían seiscientos turcos. Y aviendo tomado los puestos y acampado las tropas en la mejor disposición, echando las cuerdas a los ataques, después de aver perficionado las baterías y conseguido las brechas, passaron los christianos al empeño generoso de los assaltos, en cuyos trances se emulavan en el valor los unos y los otros aliados haziéndose reconocer ventajosos en la bizarría a los sitiados, en quienes descaecida la constancia, no fueron capaces de estorvar que Marcos de Orio arbolasse sobre los muros un estandarte católico, que siguieron los españoles con esfuerço superior. Y aunque por algún tiempo se mantuvo obstinada la defensa, por último, cedieron los infieles a la inflamada resolución de los christianos consiguiendo la entrada en la ciudad a fuerça de armas. Y aunque confusamente intentaron preservarse en el castillo, no lo consiguieron, quedando por este camino enteramente avassallada toda la isla.

Alegre como gustoso el Pesaro (con este feliz successo), dio las gracias con público reconocimiento al Gran Capitán, celebrando el valor de los soldados españoles (que contribuyeron con no imitados alientos en el trance para el logro de la conquista). Y aviendo llegado la noticia de la victoria a la República, correspondió el senado con el reconocimiento debido al rey y a Gonçalo con las gracias, acompañadas de un cariñoso regalo como señas de su agradecimiento por mano de Manuel Morosini, destinado para el cumplimiento.

Dispúsose en esta isla la habitación de los súbditos que se salvaron de Modón y Corón, abandonando la patria por no dexar la ley de Dios. Llegó a Venecia un embajador polaco a fin de persuadir al senado la continuación de la guerra, assegurando que aquel rey oprimido de las armas infieles resolvería la rotura. Y aviéndole acogido con grande estimación y cortesía, bolvió a su patria con respuesta bien intencionada, pero sin positivo empeño. Animado el

comandante veneciano de los antecedentes favorecidos sucesos, como de la retirada de la armada turquesca a Constantinopla, atacó a Junco y recuperó aquella plaza con la prisión de Carlos Contarini (que infamemente la avía rendido a los turcos), a quien inmediatamente hizo cortar la cabeza. El ruydo de semejantes exemplos sirve para despertar el corage adormecido en los cobardes alientos (quando vive separado de su propia obligación en el honor de la patria), como también para estimular la puntualidad de los ciudadanos que manejan las armas por la República. Noticiado el Pesaro de que en el puerto de Prebesa se avían fabricado doze galeras othomanas y que estavan en toda forma sobre el Ferro, escogiendo otras tantas de las suyas bien reforçadas, entró en él improvisamente y, aviendo derrotado a los turcos que salieron del castillo a disputarle la entrada, dando cabo a las doze galeras, las sacó del puerto remolcadas después de aver quemado otros buques imperfectos y diversos aprestos de víveres, consiguiendo agregarse a la armada con la presa. [1499] Los turcos vigilantes en la Albania, aplicados a sus intereses, aviendo penetrado que el governador veneciano de Duraço (por estar enfermo) avía salido de la plaza a mudar ayre, arrimando de noche las escalas entraron en la plaza sin estruendo, donde passaron a cuchillo a los pocos despiertos que intentaron su defensa.

El pontífice Alexandro Sexto, con memorable generosidad armó a costa de la iglesia veinte galeras para refuerzo de la armada christiana, cuyo socorro fue de suma conseqüencia en la oportunidad. En este tiempo, llegó a los puertos venecianos de Francia la muger destinada para Vladislao, rey de Ungría. Y no obstante los grandes gastos del senado en la guerra, la hospedó con gran magnificencia, correspondiendo la demostración al esplendor de tan grande reyna. Y passando el dux Loredano con el Bucentoro a reverenciarla, la festejó con todo género de entretenidos aplausos como de representaciones y festines en la sala mayor del Consejo, donde la reyna dançó en un anfiteatro adornado con toda decencia assistida de las más principales damas de la ciudad, de donde partió a embarcarse (muy satisfecha y gustosa de las cariñosas demostraciones de aquellos naturales) sobre la esquadra veneciana, que la conduxo hasta Segña y de allí le puso en viage para la Ungría, donde la esperaba el rey.

En este tiempo Baiaceto (aunque divertido en la Armenia), passando a reconocer las labores del taraçanal y hallándolas atrasadas y no como creía, pidiendo un arco y una flecha se la disparó al superintendente, dexándole mal herido por no aver dispuesto con brevedad el adelantamiento de la fábrica que estava a su cuydado. Y aunque la acción fue cruel, no dexó de ser eficaz para el cumplimiento de las órdenes porque el estruendo de la demostración despierta vivamente la solicitud en la obediencia. El Pesaro, aumentado de espíritu quanto

crecían en reputación sus armas, navegando los parages de Salónica apresó onze fustas y doze navíos mercantiles (que intentaron salvarse en aquel puerto) y, aplicándose a la empresa de Santa Maura, çarpó la buelta de aquella plaça, en cuyo passage dio caça a doze galeras turquescas, (que huyendo el renqüentro) abandonando los leños los soldados tuvieron a bien el dexarlos en poder de los christianos por salvar las vidas en aquella isla que, con poca pérdida, se dexó avassallar de los christianos. Desde los primeros movimientos de esta guerra avía la República embiado a Constantinopla a Luis Mainenti, secretario del Consejo de Diez, a quexarse de que (establecida la paz con el Zancani) se huviesse sin pretexto alguno roto la guerra, a cuyas representaciones le bolvieron eladas respuestas. Las conquistas de Modón y Corón avían llenado de esperanças el orgullo othomano y cerrado la entrada a qualquiera negociación. Es la prosperidad la mejor leche para alimentar con mayor disposición el cuerpo de la soberbia (que solo se enflaquece) con el amargo desteto de los malos sucessos, pues aviendo llegado a Constantinopla la noticia de los passados accidentes, como la pérdida de la Cefalonia y Santa Maura, las sangrientas fieras (que amenaçavan estragos a daño de la christiana religión) domesticadas al golpe del melancólico aviso, menos sordas que a las proposiciones del Mainenti y más aplicados los políticos del Divano, o Consejo, se declararon con algunos nobles venecianos (que se avían rescatado) y, en particular, con Andrea Griti, Acmad visir, diziendo que si el senado se inclinava a la paz y a la restitución de Santa Maura, se renovarían las antiguas amistades, **[1499]** siendo él el instrumento que labrasse la seguridad de una firme correspondencia.

Estavan los erarios venecianos con gran descaecimiento porque siendo la guerra naval, como la mar (borrascosa en sepultar tesoros), era preciso que estuviessen cansados los súbditos, assí de las contribuciones como de la vertida sangre en servicio de la patria, a que se agregava la tibieça de los socorros christianos y las diversiones de Italia. **[1500]** Y assí, se dispuso que passasse un veneciano a Turquía y un othomano a Venecia y, en recíproca disposición, ajustaron los tratados que consistieron en retener la Cefalonia y restituir a Santa Maura, como el desarmamento de los confines y buena correspondencia en el comercio con que se cambió la guerra por la paz. Ni las empresas de mar ni las conquistas de tierra fueron suficientes para templar la ambición de las armas othomanas, porque solo en el mayor movimiento encuentran la mayor quietud, siendo como los ríos que, quanto más caminan, tanto más crecen. **[1509]** Y assí, passaron a Persia por enfrenar los principios de nuevas supersticiones disonantes a las mahometanas (como diremos).

Tuvieron los turcos diversos reenqüentros con los pueblos de aquel reyno y Alí baxá, eunuco (que governava aquellas tropas), aviendo destrozado a los enemigos, mientras iba cargando la retaguardia de los fugitivos, quedó muy mal herido y Arduele, rey de Persia (que supo sustentar su religión mucho más con las exortaciones y con la eloqüencia que con las armas), quedó desbaratado nuevamente de Jianusbeg. Y pareciéndole más conveniente mantener la defensa (internado en sus dominios), abandonó la campaña, como también los turcos la victoria por falta de bastimentos en la suma esterilidad de aquel país.

No era tratable que Baiaceto suspendiese la carrera de sus progressos si el insufrible freno de la gota no le huviesse detenido el impulso, porque (aunque vigoroso de ánimo) le faltavan las fuerças del cuerpo con las indisposiciones y, envejecido en las fatigas, no podía resistir los ásperos cuydados de la guerra, por cuya razón se aplicó a los intereses de la economía. Y aviendo restaurado las ruynas de los muros de Constantinopla (ocasionadas de un terremoto), aplicado a los usos de la medicina, solicitava la explicación de Averroes con desaprobación de las milicias (que le deseavan armígero en la inquietud de la guerra más que docto en el reposo de la Corte) y mientras descansava pacíficamente la lisongera sombra de las palmas de sus victorias, la fuerça robusta del destino le humilló a las rayzes funestas de la severa planta de un infausto ciprés. Fue superior en muchas externas guerras y pereció por la doméstica desunión, no en abierta campaña, sino en oculta insidia, siendo sus más allegados sus mayores enemigos. Pues Selín, su hijo tercero, fue el primero en desear la herencia del imperio y, aviéndose casado con hija del tártaro, salió del sangiacato de Trapisonda con algunas tropas de turcos y tártaros y se abançó al de Cafa. Y passando a la Balaquia, hizo grandes instancias al padre para que le cambiasse el gobierno (por no estar cerca de Acmad, su enemigo más que hermano) a otro confinante con los christianos para ensangrentarse con ellos. Y aviéndose aproximado a Andrinópolis, despachó a su padre un embiado suplicándole permitiesse que passasse a postrarse a sus pies (por aver mucho tiempo que no le avía visto) para besarle la mano. Pero Baiaceto, temiendo que quisiesse abraçarle para quitarle con la cercanía (la corona), premeditó con sagacidad y entero conocimiento que en la ambición del hijo qualquiera desconfianza era puesta en razón y, assí, le dio el sangiacato de Escamandria, próximo a la Ungría, regalándole con vestidos, cavallos y esclavos, respondiendole que no convenía que passasse a su presencia por no ocasionar con su llegada alguna novedad entre las milicias. A que replicó que a este cumplimiento le acompañava su obligación como justo, pues iba (como hijo obediente) a humillarse a un padre benemérito y que, como observador de la

ley mahometana (que obliga a los hijos a rendir el omenage a los padres, a lo menos una vez cada quatro años) pretendía cumplir con acto tan religioso. A que respondió Baiaceto que le dispensava en la ley y que, por convenientes respetos, no quería en aquella ocasión admitirle a su presencia.

Eran los otros dos hermanos: Acmad, sepultado en el ocio, y Corcut, entregado al estudio de las leyes. De manera que Selín (aunque menor) encontraba los aplausos militares (por estar adornado de ardientes espíritus altivos y feroces), que le instavan para que persistiese en solicitar la licencia que pretendía. Y temiendo Baiaceto que su hijo intentasse ocupar a Constantinopla, con toda celeridad se puso en viage para llegar primero, pero averido Selín de la novedad, deliberó salir a encontrarle en el camino a la villa de Chiorlu, situada en la mitad del viage. Y aviendo anticipado la marcha los tártaros (cuyo número se componía de quinze mil, a quienes seguían diez mil turcos), atacaron el real bagage con hostilidad. Y aviendo desvalijado los carros en que iba la mayor riqueza de Baiaceto (que estava impedido de la gota, recostado en un catre portátil), noticiado del atrevimiento, se levantó como pudo y, después de aver llamado a su presencia a los cabos de las milicias, **[1511]** los reprehendió ásperamente recordándoles la obligación del juramento de fidelidad y, culpando la maldad de su hijo que, impaciente y ambicioso de la corona, intentava arrebatarla con viva fuerza de la frente a su anciano padre. Y animados los genízaros para defender a Baiaceto (aunque las tropas de Selín eran desiguales porque eran más), empuñando las zimitarras con garvosa resolución, atacaron la batalla (que estuvo indecisa quatro horas) hasta que la fortuna se recargó a la parte de la razón, quedando desordenado y roto el ambicioso hijo, bien que algunos cavallos que le siguieron para assegurarle le dieron tiempo de salvarse. Y herido (aunque ligeramente en una mano), encargando su seguridad a un veloz cavallo, consiguió con la fuga su salvamento en la ribera del mar Negro, donde embarcado en una saica, que estava a la bela, tomó tierra en Cafa. Y llegó en esta forma a la presencia del rey tártaro, su suegro, llevando consigo el cavallo, con quien professó siempre cariñoso agradecimiento y estimación, a cuya memoria, después de su muerte, hizo fabricar un sepulcro en El Cayro a imitación de Alexandro.

Ofendido Baiaceto de tan violento insulto, con promessas y regalos obligó a los más principales baxaes declarassen por sucessor en el imperio al sultán Acmad. Y viendo que fixamente disponía la exaltación del primogénito, se empeñaron en ganar también a los principales cabos de los genízaros, conociendo en ellos movida la inclinación al partido de Selín. Y noticiado Acmad de estos motivos, recibiendo orden para acercarse a la Corte, estando

ya junto a Escutari, empezaron a murmurar los genízaros más afectos a Selín que viviendo Baiaceto no era conveniente declarar otro sucesor en la monarquía. Y que aviendo ellos con las armas atravesado la intención de Selín, no querían consentir que Acmad (mal dispuesto para la guerra y solo a propósito para guardar la casa y los jardines) consiguiese la exaltación. [1511] Y pasó a tal extremo la conmoción que desvalijaron la casa de Casam baxá (parcial de Acmad), mostrando cada hora más firme la resolución a disfavor del primogénito.

Estos movimientos obligaron a Baiaceto a mandar a su hijo que suspendiese por entonces su viage hasta más favorable coyuntura, cuyo aviso contristó el corazón de Acmad creyendo que el padre estava arrepentido de declararle heredero del imperio y que los apasionados de Selín huviessen aplicado malos oficios para resfriar la buena disposición que avía experimentado en la deliberación de su padre. Y armándose también por este respecto, dissenó (depuesta la dissimulación) remitir a la fuerza el desempeño de su esperanza y, procurando la sujeción de la Natolia para estar cercano (después de la muerte de Baiaceto) a empuñar el cetro, ocupó con este fin diferentes puestos oportunos, después de aver cortado las narizes y las orejas a un gentilhombre que le avía embiado su padre para que se quietasse.

Esta acción injuriosa desobligó a Baiaceto y sublevó las milicias, que resistieron marchar la buelta de aquella provincia para enfrenar los movimientos de aquel hijo si no iba a la testa de aquellas tropas otro sultán que los governasse (con intento de que nombrasse a Selín, que secretamente se manejava con ellos, para conciliarse los cabos de más autoridad) y, así, llamó Baiaceto a Mustafá y a Quersolli (sus confidentes) para entender su parecer (los quales también se correspondían en secreto con Selín) y, persuadiéndole que le perdonasse los errores cometidos como que también le encargasse las tropas que avían de ir contra Acmad, le representaron que combatiendo uno contra otro se perderían fácilmente entrambos y él se vería vengado de dos hijos inobedientes.

Abraçó el infiel Baiaceto el consejo y Selín consiguió humillarse a su padre a tiempo que Corcut (el otro hijo del sultán) avía llegado a Constantinopla, con esperanças de que la obediencia le abriría camino para conseguir el imperio. Pero Selín, pródigamente esparciendo dineros entre los soldados, los estableció en su partido. De modo que no solamente fue aclamado general de las armas contra Acmad, sino también emperador, pues Mustafá baxá, autor principal de esta plática, pasó a participar a Baiaceto que era imposible reparar la universal resolución de las milicias, empeñadas en la exaltación de Selín, cuyo aviso dexó a Baiaceto oprimido y sin aliento para más

que dezir que se hallava vendido entre sus más amados y domésticos criados. Y haziéndose llevar a un mirador, oyó el ruydo universal de los genízaros que, en altas voces, dezían viva Selín, con cuyo desengaño procuró acomodarse a las leyes de la necesidad que destrubuyen las órdenes con más dominio que los emperadores y, buscando al hijo, le pidió permissão para retirarse a Demotico, ciudad deliciosa en las riberas del mar Mayor.

Los motivos más ciertos que ocasionaron la sublevación de las milicias contra Baiaceto (en la exaltación de Selín) nacieron de hallarse por la indisposición de la gota, no solo aprisionada la persona, sino cansada también la fortuna de aver sustentado su vacilante autoridad tanto tiempo. Y por eso aborrecen los othomanos sumamente la ociosidad (como carcoma que roye insensiblemente lo más vivo del coraçon de la monarquía), prohibida enteramente de las leyes del fundador.

Los exércitos que no tienen ocasión de pelear con otros, combaten entre sí mismos. Y quando falta la guerra externa, facilitan las internas turbaciones, siendo las grandes monarquías como los grandes ríos, que se conservan con el movimiento y quien les detiene a las aguas el curso, las dexa estañadas y corruptibles y en lugar de producir grandes pezes, crían con fecundidad solamente ranas y otras sabandijas.

Los soldados desean siempre la guerra porque son interesados en ella y, quanto más se dilatan las conquistas, tanto más crece la conveniencia en ellos. Oprimido el ánimo de Baiaceto, participó al cuerpo sus passiones y, sobreviniendo una calentura, Amón hebreo, su médico, sobornado del hijo, le recetó un medicamento para que avivasse más la carrera y alcançasse la muerte, teniéndola tan cerca, pues andava pisando los setenta y quatro años, después de aver reynado treinta y uno. Pero con la misma medicina perecieron el doctor y el enfermo y, con sepultar al traydor, creyó Selín que sería lo mismo con la trayción, obligándole a tan detestable parricidio [1512] (el que siendo preciso bolver las armas contra Acmad y assistir con ellas) podría el padre en su ausencia bolver a recuperar el imperio.

Logró el parricida, con la muerte del genitor, grandes sumas de dinero y joyas que avía llevado consigo, como también la pública ingratitud en la execución de la muerte de su padre, que le avía dado el ser. Es la ambición una ciega tyrana que, quitando de la mano el cetro a la razón, golpea sin reserva alguna. Los enemigos más crueles e invencibles de Baiaceto fueron sus propios hijos y, después de aver triunfado de muchas estranjeras naciones, fue fatal triunfo de las domésticas tyranías, teniendo por rebeldes sus propias entrañas y se arrepintió muchas veces de aver sido más padre que verdugo con ellos,

dexándolos vivos para que fuessen instrumentos de su muerte, sin considerar que él era el tronco de tan torcidas ramas y que sus amargos frutos avían sacado el humor de la mala raíz.

Fin del libro Segundo.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO TERCERO.

SELÍN PRIMERO

[1512] Después de aver sido traydor a su padre, Selín Primero (dezimotercio emperador de los turcos), meditava la destrucción del hermano para conservarse en el solio, adonde le avía colocado una traydora sinrazón, coligada con la fortuna, aviendo hecho antes sangrientas escalas de las ruynas de su familia para subir a pisar con una alevosía el sagrado de la justicia y, constituido ya en la possession (con piadosa, afectada, como espléndida demonstración) ordenó que se fabricasse sumptuoso sepulcro a la memoria de su padre, sirviéndole en la muerte con los honores que le quitó en la vida, castigando al mismo tiempo algunos en quien se vieron las lágrimas arder en los ojos por muestras de compassivo funeral en las honras que le hazía el sentimiento de una buena ley, a la memoria de Baiaceto, como contraria

demonstración a su oculta risa, cuyo exemplar obligó a encubrir el sentimiento a los más cariñosos criados de su padre, negándole este tributo a la piedad amorosa por ajustarse el empeño de una horrorosa violencia.

Aumentó Selín la natural codicia con los heredados tesoros y, aunque repartió algunas cantidades entre las milicias porque le assistiessen con amorosa fidelidad en la pretendida ruyna de su hermano Acmad, no dexó de ser ambiciosa demostración; que es muy liberal la conveniencia propia en comprar a qualquiera precio los instrumentos necessarios para labrar su fortuna. Salió Corcut, su hermano, a recibirle con sumisiones rendidas para desvanecer la presunción zelosa de qualquiera sombra, assegurando su desinteresado obrar con retirarse inmediatamente a Focca.

Aplaudido pues de los soldados y saludado de todos, se dexó ver a cavallo Selín por la Corte, donde (después de su entrada) se aplicó a juntar tesoros. Y ciñéndose en los dispendios como también al acrecentamiento de las tropas, ambicioso en los aprestos militares, se dispuso ardientemente cuidadoso a emprender con las armas la ruyna de Acmad, que se avía refugiado en Angori, ciudad del Assia, de donde passó a recoger (aunque más escaso de medios) dineros y milicias para resistir las crecidas olas del mar de la fortuna de su hermano.

[1513] Después de aver muerto Selín a su padre, se ensangrentó cruel en las vidas de siete inocentes sobrinos haziendo cruento sacrificio de los tiernos renuevos, a su propia seguridad, extinguiendo de una vez casi toda su prosapia. Y en el mismo tiempo ordenó a Mustafá baxá que marchasse con numerosas tropas de cavallería en prosecución de Aladino y Amurates, hijos de Acmad, que armavan en defensa de su padre. Pero el baxá, piadosamente compadecido, les participó en secreto su comission, con que pudieron preservarse del peligro con la fuga, cuya demostración imprimió en el papel de la desconfianza de Selín caracteres de assombrados rezelos, concibiendo su aplicada malicia, que Mustafá huviesse revelado la orden que llevaba. Y aunque estava enterado de que Mustafá huviesse sido el autor de su exaltación, le mandó dar garrote en Bursia. Es la ingratitude una lición que se aprende con facilidad, sin maestro, y la escuela donde se professa públicamente es Constantinopla.

Alcanzó también la desdicha al sultán Corcut, su hermano, pues no pudo librarse de la persecución con averse escondido en una caberna, que también le sirvió de sepultura. Tener sangre de Selín era delito de muerte y dezía algunas vezes que para reynar con dilectación no convenía vivir con sospechas. Estas internas discordias (apartándole de las conquistas externas) le precisaron a embiar un embaxador a dar parte a la República de la sucession en la monarquía,

como también a ratificar la paz que se renovó con los úngaros con gusto de estos príncipes, que se contentaron con una breve calma sin rezelarse de las futuras tempestades, siendo más saludable consejo para la christiandad averse unido estas dos potencias con la ligadura del común interés y gozar tan buena coyuntura entre las desuniones civiles de los mahometanos para conseguir el logro de algunos progressos en la Natolia y la Soria, como también en el Egipto, assegurando con la guerra sus payses en la Europa, primero que él, o sus descendientes (después de aver vencido a los soldanes circunvezinos) afillasen los colmillos para deborar los Estados de los príncipes christianos. Sucede con la paz de los turcos lo mismo que con la enfermedad, que no se piensa en el achaque hasta que entra con malignidad la calentura (diligencia que no es siempre bastante para divertir la muerte).

En este tiempo Acmad (protegido y acalorado de los potentados orientales que, siempre rezelosos de las fuerças othomanas, celebravan la desunión en quanto se inflamavan con ensangrentadas disposiciones), juntó una considerable armada, particularmente de cavallería, que sus hijos avían recogido en varias partes. Y assistido Selín de grande número de tártaros que le avía embiado el gran can, su cuñado, a que se juntavan gruessas tropas de genízaros, acampó su ejército a la vista de Acmad que, impaciente por llegar a las armas con Selín, acometió con los persas la banguardía de los othomanos, donde con fortuna no declarada fue ensangrentado el combate hasta que Sinán baxá, beglierbeg de Natolia, guiando con maestría algunas tropas de refresco, acometió un costado de los enemigos con resolución y felicidad, pues aviéndolos desbaratado le fue fácil a Selín (que observava la confusión) arrojarle en persona a recargar aquella parte con un cuerpo considerable de milicias veteranas y acabar de destrozarlos. Y aunque Acmad hizo de su parte los esfuerzos posibles para reparar sus tropas, no pudiendo mantenerlas en ordenança (recargadas de superior número), cedieron finalmente al mayor poder, quedando herido Acmad (que cayó del cavallo) y, no pudiéndose disponer para bolver a montar (por ser muy pesado de cuerpo), quedó prisionero en poder de Selín, que inmediatamente mandó quitarle la vida.

Aladino y Amurates corrieron diferentes fortunas. El primero se recobró en la Corte del soldán y el segundo passó a Persia, donde el rey Ismael no solo le acogió con gran cortesía, sino que le dio por muger a una hija suya. Y aviendo passado el rigor del invierno, le puso en campaña diez mil cavallos para que esguazando el Éufrates entrasse en Amasia y tomasse lengua del enemigo, grangeando la inclinación del pueblo a su favor. Y aviendo passado por la Armenia inferior, saqueó mucho país othomano hasta que Esquender baxá,

puesto a la testa de muchas tropas, le obligó a retirarse a la Corte de Persia, donde aquel rey le mandó quitar la vida poco después a fin de apagar con su sangre el fuego de la ira de Selín, ambicioso de aquella vengança.

Desvanecidas las domésticas dissensiones, contrapesava en la balança de su dictamen varias empresas y, entre ellas, la de Ungría y Rodas. Y, por último, resolvió invadir al persiano como fomentador de la guerra civil con Acmad. Posseía aquel rey la Media, la Persia, la Mesopotamia, la Asiria y la Armenia ulterior. Y en medio de tantos dominios, no equivalían las tropas de este a las poderosas del othomano, que eran más ventajosas en todo. [1514] Juntava el primero cien mil cavallos amaestrados en la guerra y estava escaso de artillería, como también de personas diestras para el uso de ella, consistiendo su principal defensa en la grandeza anchurosa del país, donde en un océano de estéril arena naufragavan las armadas turquescas por falta de forrages, víveres y agua.

La enemistad othomana con la Persia tenía más de una raíz, pues dezían los turcos ser el mayor obstáculo aquel dominio, pues le impedía el dominar toda el Assia. Miravan al rey de Persia como renuevo ayroso nacido del tronco altivo del gran Tamorlán, famoso enemigo, como único açote de los othomanos, a que añadían la diferencia de la religión, con el cisma introducido en aquella nación, cuyo primer fomento de la secta empeçó en aquel reyno. Y assí, para saber el fundamento, convendrá tomar el cuento de más alto principio.

Arduele fue el primero que reprehendió los errores de la ley mahometana divulgando que, mal entendido el *Alcorán* de Homer, con diferente sentido de aquel que le avía dado Alí (verdadero intérprete de aquella religión), se huviesse alterado no solo la inteligencia, sino también la sustancia toda, de lo qual resultó (que acreditado con esta doctrina de hombre insigne) le diesse Usumcassano por muger a Marta, su sobrina, hija de una hija de Juan Christiano, emperador de Trapisonda y de todo el mar Mayor, cuya nueva doctrina (esparcida por todos aquellos circunvezinos payses) se aumentó de forma que le recibieron y declararon por señor de los armenios y de otros vezinos pueblos que, ambiciosos de verle, dexavan sus ocupaciones por oírle como a oráculo de aquellos tiempos y mantenía en sus dogmas que no se podían salvar los othomanos porque eran hereges de aquella religión.

Jiacup, rey de Persia, hijo de Usumcasano, le mandó quitar la vida insidiosamente (en medio de ser tan pariente suyo), pero no pudo obscurecerle la fama, pues con la muerte de Arduele se explayaron más sus opiniones. Fue su discípulo Tequele que, aviendo salido de la soledad de un monte (donde hazía penitencia), amplió sumamente aquella secta. Y para que se distinguessen de los turcos los persianos, dispuso que truxessen el turbante con un velo o tela

roxa, que llaman caselbas (cabeça colorada). Llamóse Tequele después Sofí y dio principio a la nominación de los sequazes, apellidados sofianos. Y aviendo entrado a dominar los payses y los pueblos, supo mejor predicar que combatir, pues llegando a las armas con Janusbeg, general de Baiaceto, quedó desecho en campal batalla (como diximos) y, aviéndose retirado más adentro de la Persia, terminó sus días sin aver intentado cosa notable.

Sucedióle Ismael sofí, que recuperó el Estado con la plaça de Tauris. Y aviendo sacado de Persia Selín los primeros auspicios de sus triunfos, aprestó sobervia armada y, por averse opuesto a esta resolución Esquender baxá, pagó con la vida el ser de contrario parecer, poniendo después en plática (por facilitar las victorias en aquel ancho reyno) ligarse con Aladulo, señor de Armenia. **[1514]** Pero odiando éste entrañablemente a los turcos, como a los persianos (por sus grandes fuerças), conocía depender su seguridad de la enemistad de aquellas dos naciones y así tenía gran placer de mirarlas ensangrentadas, de modo que se mantuviessen en equilibrio.

Marchó Selín con su ejército por las márgenes del Éufrates y, acampado después en buena ordenança (en lugar oportuno), embió batidores a tomar noticias del persiano, que truxeron aviso de estar desolado el país (estéril por naturaleza) y desierto por accidente. Y no solamente exausto de todas vituallas, sino árido y sin yerva, porque la avían abrasado los pueblos fugitivos a fin de quitarles el sustento a los cavallos.

Noticiado Ismael de la entrada de Selín en sus payses, tardó muy poco en doblar sus tropas a vista de las enemigas esquadras. Y observando los othomanos su marcha, contentos (aunque medio muertos de hambre) esperaban que los persas podrían quitarles el apetito y Aladulo, en vez de subministrar los víveres a los othomanos (conforme su intención), aumentava más la penuria con impedirlos.

Estuvieron dos días los exércitos divertidos en algunas leves escaramuças y en el tercero ordenó Selín sus tropas, dividiendo en dos puntas de medios orbes la cavallería europea y asiática, gobernadas de los baxaes Sinán y Casán, colocando en la banguardia los asapes, gente menos adestrada en las armas para que en combatirla se cansassen los persas.

Assistía Selín en la frente de sus genízaros bien esquadronados, cuyos costados guarnecían muchas piezas de artillería. Y noticiado Ismael del acampamento de los turcos (por algunos fugitivos), advirtió a los suyos que guardassen la cara a la artillería todo lo possible y, no siendo los persas más que quarenta mil cavallos, sin infantería ni artillería, suplían con el espíritu y el ardor la desigualdad. Y atendida la seña de la batalla, atacó la cavallería persiana con

tanto brío los batallones que governava Casán baxá (que murió de los primeros) y, desalentados y puestos en fuga, degollaron los christianos en el alcance quarenta y cinco mil asapes, aviendo penetrado hasta donde estaban doblados los genízaros en el cuerpo de la batalla.

El otro cuerpo de la cavallería persiana (que governava Ustagolo), con el gran daño que recibió de la artillería y con la muerte del comandante, se desanimó con exceso y, observando Selín el estrago de los suyos, moviéndose con sus guardias que aún no se avían mezclado en la batalla, acometió (con gran resolución) a los cansados esquadrones persianos con el calor de las tropas de Sinán baxá, a que aludió también el acierto de la artillería, pues consiguió arruinar a los enemigos con el fuego, cegarlos con el humo y desbaratarlos con el azero, aviendo sido el principal motivo de esta rota el estruendo de la artillería. Porque se amedrantaron con el ruido de tal suerte los cavallos persianos, que no hubo forma de reducirlos a sus batallones, perdiendo con la confusión el conocimiento para incorporarse unidamente para la defensa.

Recibió Ismael un mosquetazo, cuya herida le obligó a retirarse, declarando con esta demostración la victoria por los othomanos que, dueños de la campaña, apresaron las persianas tiendas llenas de ricos despojos, encontrando entre el número de los cadáveres algunas mugeres (que pudieran llamarse amazonas si no huvieran seguido la fortuna de los maridos y no se huviessen ajustado a pelear en hábito de hombres) y, atendiendo Selín a lo no imitada bizarría de estas mugeres, ordenó que las pusiessen en decentes sepulturas con honrosa demostración. Fue esta batalla en las campañas de Caldarán a Coy, en donde murieron diez y seis mil persas con cinquenta mil turcos, siete sangiacos y otros muchos oficiales de conseqüencia. Siempre ha sido la monarquía othomana una fiera que, acometida de un contrario solo, ha quedado casi siempre victoriosa y despedaçado el enemigo. Y así por desunidos los príncipes confinantes, son eternamente pasto fácil y gustoso de sus hambrientas resoluciones y mal se puede destrozar tan grande enemigo, desenlaçadas las correspondencias de eficaz unión entre los interessados en su ruyna.

Dexaron los fugitivos también desamparada la ciudad de Tauris, por cuya causa entró en ella Selín soberviamente triunfante, permitiendo el saco a las milicias, que apenas le consiguieron quando llegó noticia de que, unidos otra vez los persas, se movían para la recuperación. Pero Selín, despojando la plaça de los artífices más excelentes en la fábrica de las armas, como también de la nobleza persiana (que una parte fue víctima sangrienta del cuchillo y la otra de

la esclavitud), amarrada a los intolerables eslabones de una cadena, pasó a tolerar los rigores de su infelicidad a Constantinopla.

Es política othomana desmembrar los nuevos dominios conquistados porque, en lo futuro, les falten las fuerzas para sacudir el yugo de la resignación diciendo que el caballo flaco no tiene bastantes lomos para arrojar de la silla al que le oprime montándole contra su voluntad. Y deshaciendo la nobleza se persuaden de que destruyen las sublevaciones, porque solo reyna en los ánimos nobles la generosidad (enemiga implacable de la sangrienta tyranía).

Acosado el ejército othomano de la falta de lo necesario para sustentarse, fue preciso que abandonasse Selín la Persia, en cuya retirada recargándole Ismael por la retaguardia, le obligó a dexar desabrigados como indefensos a los heridos y achacosos con parte del bagage, perdiendo también en el tránsito del Éufrates muchos soldados y algunas piezas de campaña que recogieron los persas, contentos de ver que se alexava de su país enemigo tan poderoso.

[1514] Atribuía Selín los efectos de su penuria al rey Aladulo, como todos los demás accidentes padecidos. Y dissimulando la quexa (por estar ya en el invierno), se acuarteló en los confines de Trapisonda y de Capadocia con firme resolución de marchar en la primavera a tomar satisfacción de las antecedentes injurias con la vengança. **[1515]** Y aviendo passado muestra general al ejército, hallándole muy descaecido de gente como de animales para el tren de la artillería y bagages (no obstante, la pérdida) con la interpressa de Tauris, consiguió gran reputación porque ninguno de sus antecessores se avía reconcentrado tanto en la Persia.

Dominava Aladulo el monte Tauro con los demás que, encadenados en unida cordillera por dilatado espacio, caminavan desde los confines de Amasia hasta el monte Amán, como también hasta los últimos términos de la Caramania. Gente rústica y fiera, más aplicada al robo que a la batalla, cuyas poblaciones tienen su mansión en cabañas silvestres, alargándose su dominio hasta la ciudad de Orssa (donde nace una fuente saludable para la lepra), Caramidas de Marrás y otras entre el Tigris y el Éufrates. Y con el progreso del tiempo, con la unión del país y con el gran cuerpo de habitantes, passaron a elegir rey que dominasse las mencionadas montañas (abundantes de todo género de animales y, en particular, de cavallos fuertes para el trabajo) donde reynava Aladulo que, aviendo juntado quinze mil cavallos, los acampó con mucha infantería en un espacioso valle coronado de montañas, eligiendo lugar estrecho y ventajoso para resistir con pocos el mayor número de enemigos. Y bien noticiado de las freqüentes marchas de Selín, atendía a sus deliberaciones,

así para resistirle como para embaraçarle los progresos en la Persia conociendo que, a la ruyna de esta, inmediatamente se avía de seguir la suya.

Ordenó Selín a Sinán baxá, general de la cavallería de Europa, que abançasse al valle procurando obligar a los enemigos a la batalla, en quanto él seguía su marcha con los genízaros y con el más escogido trozo de la armada. Y apenas se aproximó Sinán al valle (teniendo las tropas de Aladulo ocupadas las más altas cimas de las montañas), quando granizaron sobre él de todas partes torbellinos en lluvias de flechas y piedras de suma grandeza, acompañando la cavallería la hostilidad con la oposición, a que acalorava la ventaja del angosto tránsito, sustentando Aladulo la propia defensa con valiente y ensangrentado contraste y, observando Selín que la resistencia de los enemigos era mayor de lo que avía imaginado, socorrió a Sinán con algunas esquadras de arcabuzeros genízaros que, con obscura tempestad de mosquetazos, embaraçaron las operaciones de las flechas. Y subiendo a la montaña por los más acomodados senderos, desordenaron de suerte la infantería que los que no se preservaron del riego con la fuga, no pudieron librarse de la muerte.

Duró el combate, o por mejor dezir la persecución de los aladulos, desde la mañana hasta casi puesto el sol. Y ocupando aquel rey (con la cavallería escogida como acostumbrada a los derrumbaderos de aquel país) lo eminente de la montaña, mandó poner fuego a la campaña assolando el propio territorio para impossibilitar a los turcos que siguiessen su alcance. Y cansado Selín de aquella marcha por lugares tan dificultosos, rezelando alguna emboscada, hizo alto el séptimo día. Y ocupando las más fértiles colinas, ordenó a Sinán que siguiesse al rey procurando su última ruyna. Y aviendo tomado noticias de unos paysanos, supo que Aladulo avía despojado los villages de toda suerte de víveres y se avía reconcentrado con ellos a lo más fuerte del país. Y como son muy pocos siempre los que asisten a la mala fortuna, quanto más se retirava el fugitivo por varios montes, emboscado en lo más espeso de ellos, tanto más le abandonavan los suyos, siendo algunos rebeldes prácticos de aquellas montañas quienes guiaron a Sinán (por oscuros tránsitos) para que encontrasse en lo más reconcentrado de una espelunca al infeliz Aladulo que, conduzido a la presencia de Selín, le mandó cortar la cabeça. Y después de aver passado muestra horrorosa por toda el Assia, la remitió a Venecia en señal de confiança participando al senado amigablemente la ostentación de sus triunfos. Y reduziendo aquel reyno a una provincia, la dividió en tres sangiacatos, retirándose a descansar con el cuerpo aquel invierno (mas no con el ánimo) a la ciudad de Andrinópolis, pues solo meditava incessablemente nuevas conquistas.

Al ruydoso estruendo de las victorias othomanas despertaron los príncipes christianos, asustados y unidos en dispuesta conferencia, Maximiliano emperador, Vladislao y Segismundo. Y resolvieron una liga en que se interessavan Alemania, Ungría y Polonia en la común defensa, estableciendo el mayor empeño para resistir a la othomana dilatación el passo con las armas. Y aviendo penetrado Selín, que por algunos motivos se avía desacordado la unión, libre de rezelo alguno en esta materia, dexando a Solimán, su heredero (joven de grandes esperanças) en Andrinópolis con muchas tropas que cubriessen la Grecia y la Bulgaria, passó a continuar la dessolación de la Ungría, dexando encargada la dirección de Constantinopla a Pirri baxá (de nación caramano, hombre de clara experiencia).

Resonavan las disposiciones de Ismael en Persia, aviendo unido a sus tropas las reliquias de los aladulos, con prevención de artillería que le avía embiado el soldán de Egipto con promessas de mayores assistencias. Los genízaros, que aborrecían aquella guerra (donde se combatía más con la necesidad que con el enemigo), se amotinaron protestando que depondrían a Selín del solio y exaltarían en él a Solimán, su hijo. Y atemorizado con la amenaza, passó con pocos de los más fieles a la Corte y, haziendo colocar sobre los muros del serrallo mucha artillería, guarneció aquella fuerça con gente de su confianza, expressando que no avía de ponerse jamás a la frente de sus banderas, conociendo que estava con mayor peligro entre los suyos que entre las armas de los enemigos.

Estas razones conmovieron a los soldados para assegurar a los autores de la sublevación y entregarlos para que pagassen en el suplicio el delito, como se executó, logrando después en pacífica calma la tempestad. Y ajustada la correspondencia entre la cabeça y las porciones del cuerpo de la monarquía, despachó un embajador a Camson, soldán de Egipto, cuyas comisiones consistían en quejarse por los socorros que avía subministrado al rey de Persia injustamente, por ser en daño de la militante religión, favorecida de Mahoma, debiendo considerar la sinrazón que executava en acalorar el reprobó herético partido.

Estavan refugiados en la Corte de Ismael, Aladino (hijo del difunto Acmad, su hermano) y Ormino (primogénito del vencido rey Aladulo), los quales insinuaron al soldán (que también correría la misma infeliz fortuna) si no conservava la aliança ajustada y que se acordasse de que Caimbejio, su antecesor) avía destrozado a Baiaceto. Y que aquellos eran los mismos turcos derrotados en otros lances, a cuyas representaciones tomó aliento el soldán (aunque era hombre de edad) considerando con buena esperança el logro de los

sucesos de la guerra, como que avía de corregir también la potencia othomana antes que se acrecentasse más su fortuna. Y aplicado el alivio del mal, antes que la enfermedad fuesse incapaz de remedio, respondió al embaxador turco que no faltaría jamás en socorrer al persiano como a príncipe de la propia religión, acosado de Selín, más fiero perseguidor de los sequazes de Mahoma que de los christianos. Y que era más puesto en razón dexar de robar la hazienda de los otros que impedir el que cada uno defienda lo que es suyo.

Despedido el embaxador con esta respuesta, participó a Selín en Cesarea la conferencia que avía tenido con el soldán, que passó a los confines de Alepo. Y aviendo oído la relación, no halló seguro el partido de encaminarse a otra parte, dexando por las espaldas al soldán, declarado en estrecha confederación con el persa. Y assí, dispuso artificiosamente que se divulgasse su movimiento contra aquel reyno. Y para dar mejor color a su dictamen, hizo encaminar el bagage a Sibas, de donde torciendo la marcha siguió en dilatadas jornadas el rastro de Camson, acampándose de improviso a vista de sus tropas en las campiñas de Alepo.

Era inferior el número de los mamalucos al de los turcos y el príncipe Gazele (que dominava el monte Amán y el inmediato país), aconsejó al soldán que escusasse la dicessiva batalla con tanta desproporción, retirándose sin descrédito y dexando el bagage por la retaguardia. Y como cosa de grande embaraço se asegurasse en Damasco, de donde podría noticiar al sofí la invasión othomana para que concurriese con sus tropas, según lo capitulado, cuyo razonable consejo persuadió a Camson, pero no a los orgullosos mamalucos que estaban resueltos a señalarse o perderse, diziendo que no convenía envilecer con la retirada el espíritu y llenar de vanidad al enemigo con semejante flaqueza, pues a las mayores fuerças se les iguala con la ventaja del corage. Es la sobervia compañera indivisible de la temeridad y parece que aquí tuvo más lugar lo altivo que lo razonable, debiendo ser el general que manda prompto en la resolución para que con valor le obedezcan pues, si le atienden titubeante, pierden el ánimo también los soldados.

Cayerbejo, principal mamaluco, governador de Alepo (oculto enemigo de Camson, por aver hecho morir con veneno a un hermano suyo), animava al soldán para esta guerra a fin de verle perecer vengativo. Y a un mismo tiempo embió a su secretario a Selín, animándole a seguir el generoso disignio con la esperanza de que triunfaría de Camson. Y aviendo dividido y dispuesto las tropas el soldán (que no passavan de diez y seis mil cavallos bien armados) en cinco trozos, tuvo la dirección del primero (por hazerse la guerra en la jurisdicción de Alepo) el infiel Cayerbejo y, del segundo, Sibego, governador

de Damasco. Y el príncipe Gazele mandava el tercero. El cuarto, Camson, y el quinto, Astruso. Seguía la infantería inmediatamente, compuesta la mayor parte de esclavos y árabes. Ordenó Selín, por el contrario, la cavallería assiática en el querno derecho y la europea en el siniestro, quedándose él a la testa de los genízaros, que cubrían el centro de la batalla.

Dada pues la seña para atacar el trance, embistió Sibego con su batallón de mamalucos la cavallería assiática, haziendo en ella tanto estrago que Mustafá beglierbeg, su comandante, se puso en abierta fuga. Y aviendo también el príncipe Gazele desbaratado un grueso esquadron de genízaros, que recargava con fortuna por aver reconocido en ellos algún descaecimiento, se opuso Sinán baxá con la cavallería de Europa de modo que, socorriendo a los descompuestos, los bolvió a poner en buena ordenança rechaçando la fortuna de los mamalucos. Aceleró el daño de aquesta nación la infidelidad de Cayerbejio (fomentador secreto de los othomanos para que consiguiesen la victoria) pues, afloxando con su trozo la defensa, desamparó pérfidamente el puesto más ventajoso como también lo más sangriento del trance en la escaramuça. Y sin embrago, los demás cerrados en buena ordenança, sin atender a la desproporción de los turcos, hizieron notables pruebas de valor resistiendo gallardamente a los europeos sin dexar de pelear con los genízaros. Y aunque el día era ardientemente caluroso, no por esso dexava Selín de la mano la distribución de las órdenes y la asistencia a todas partes, animando con las exortaciones y con el exemplo las movidas tropas suyas.

No sin razón hazen conocer al mundo los sultanes el espíritu de su bizarría en las más sangrientas ocasiones, quando en el *Alcorán* está decretado que deben los súbditos perder el respecto y negar la obediencia a los monarcas de aquella religión quando quedassen prisioneros en poder de los enemigos, siendo máxima advertida esta circunstancia para obligarles a defenderse con intrépida animosidad y portarse con corage, no solo por el bien público, sino también por el propio interés.

Los genízaros que amavan a Selín, empeñados en lo más vivo del combate como acalorados de la vista de su monarca, atacaron con tanto ardor a los mamalucos (cansados y disminuidos) que los precisaron a reconocer la fuerça como incontrastable, cediendo con la fuga en el empeño a la fortuna de los vencedores. Camson (que se avía movido con los batallones de socorro para acalorar a los suyos en el renqüentro) halló (por la maldad de Cayerbejio como también por el alentado combate de Selín) remolinados y descompuestos los esquadrones de los suyos. Y no pudiendo con las amenazas y las exortaciones reduzirlos a formación alguna para ponerse en defensa (atendiendo cada uno a

buscar la salud en el precipicio) y, no dexando el soldán de aplicar esfuerzos para rehazerlos, murió atropellado de los fugitivos.

Corrieron la misma fortuna Sibego, gobernador de Damasco, y el varón de Trípoli, después de aver sustentado con gran corazón el empeño contra los victoriosos. Y aviendo entendido el príncipe Gazele la muerte del soldán, se libró de la esclavitud con la violencia del cavallo, refugiándose en Damasco. Y desvanecido Selín con la victoria, permitió el saco de los aloxamientos enemigos despreciando con generosidad muchas preseas, armas y vestidos que le presentaron, porque tuviessen los soldados esse interés más. Logró después, con el acuerdo y el calor del traydor Cayerbejio, la ciudad de Alepo. Y para assegurar a los habitantes en la obediencia, les hizo merced de muchas essenciones y privilegios.

Quedó destrozada en la campaña la mayor parte de la infantería mamaluca y mil y quinientos cavallos, consiguiendo el sultán esta victoria en el mismo día que logró la del persiano en las campañas de Caldarán. Perecieron tres mil cavallos turcos y si la trayción de Cayerbejio no huviesse cooperado en favor de los infieles en la batalla, huviera tenido el sucesso diferente fin. Apoderado Selín de la importante plaça de Alepo, dio orden que passasse a Damasco Janus baxá con muchas tropas de espais y tártaros para que siguiesse el alcance de los fugitivos, intentando de camino ocupar la ciudad, amedrantada con el estruendo de tantas armas, en cuya confusión los habitantes, temiendo exponer su constancia a la violencia del vencedor poderoso como también por salvar las vidas y las haziendas, le ofrecieron en voluntario holocausto la patria, siguiendo este mismo exemplar Tripol, Baruti, Sidone y Antioquía, sujetándose a las leyes othomanas. Y por no interrumpir el comercio, ordenó la economía en los dominios conquistados poniendo en ellos gobernadores y presidios competentes, con orden de imponer por entonces a los pueblos tributos ligeros por mantener aplaudido el principio de su dominación.

Hizo cancelar algunas leyes demasiado severas que exercitavan los mamalucos en los súbditos, como sobre esclavos. Y aviendo permitido Selín breve descanso a las tropas (sabiendo que el valerse de la coyuntura es coger maduro el fruto de las victorias), deseoso de sujetar enteramente el Egipto, hizo que marchasse Sinán con quinze mil cavallos y escogidas tropas de infantería a fin de abrir el passo, con la maña y con la fuerça, para la conquista de la ciudad de Gaza, defendida de grueso número de árabes, situada sobre la mar en los confines de Egipto cerca de los desiertos de arena, por donde con penoso viage se penetra a El Cayro.

Las reliquias de los derrotados mamalucos, introducidos en la ciudad a orden del príncipe Gazele, no hallando en tan abatida fortuna quien concurriese justificadamente a la pretensión del reyno, eligieron de común acuerdo a Tomombejo Circaso (que ocupava el cargo de teniente general del soldán, que es el primer puesto del reyno), en quien pusieron los ojos con esperanza de que su valor y disposición resucitaría el casi muerto dominio de los mamalucos. Y acetando el gobierno en tan mala ocasión, recibió sobre sus ombros el pesado empeño de aquella obligación. Y disponiéndose para la defensa, con admirable celeridad juntó armas y soldados y muchos cavallos que sacó del África y de la Arabia y, despachando a Persia para que le socorriese aquel rey mientras se disponía con grande espíritu para la defensa, atacando Sinán baxá con felicidad algunas tropas de árabes que ocupavan algunos puestos superiores en la cercanía de Gaza, abriendo el passo con las armas llegó a la vista de la ciudad y halló que el resplendor de las victorias de su monarca tenía deslumbrada la constancia de aquel pueblo que (abriendo las puertas sin oposición alguna) recibió el presidio othomano. Y aviendo refrescado las tropas, se acampó a poca distancia de las murallas esperando nuevas órdenes de Selín para ponerlas en ejecución, en cuyo intermedio procuró penetrar el Estado y las resoluciones de Tomombejo, como también lo que meditavan los mamalucos en El Cayro.

Noticiado el soldán del arribo de Sinán con el ejército, deseoso de derrotarle antes que se le uniessen las tropas enteramente, ordenó a Gazele que con seis mil cavallos le atacasse de noche por eximirse del daño de la artillería. Pero vigilante como rezeloso Sinán (en país enemigo), saliendo anticipadamente de los quarteles, ocupó por más ventajoso el camino real de El Cayro. Y apenas avía levantado los pavellones, quando reconoció (por la niebla del polvo que levantava la pista de los cavallos) la cercanía de los enemigos. Este no esperado encuentro desconsoló a Gazele que, con los soldados cansados de las apresuradas jornadas, necessitava de algún reposo. Pero no permitiéndolo la precisión, resolvió executar de día con descubierto garvo lo que deseava lograr entre la obscuridad de las sombras.

Tenía Sinán guarnecidas las alas de su cavallería con mangas de mosqueteros, en cuyos claros fortalecían estos el vigor de aquellos, y recibiendo con grande constancia el choque de los mamalucos, en que Gazele hizo grandes pruebas de valor matando con su propia mano algunos turcos. Pero observando la destrucción de sus tropas y la muerte de los mejores oficiales, como perdidos los estandartes, desamparando el trance, se retiró herido en la cabeça con pocos de los suyos a El Cayro. Murieron en esta ocasión el governador de Alexandría,

Orcomono, teniente general, con dos mil mamalucos y muchos árabes. Pero no compró tan barata la victoria Sinán, que no le costasse dos mil y quatrocientos cavallos y algunos cabos de consideración.

Aloxáronse los turcos en los quarteles abandonados de los fugitivos, que por el cansancio no siguieron la derrota. Y el siguiente día, mandó Sinán despojar los cadáveres (que se distinguían de los othomanos en lo crecido de la barba) como también separar las cabeças de los cuerpos y hazerlas clavar en los árboles de las palmas que no pudieron lograr vivos. Tuvo Selín muy alegre día con el aviso de la victoria y, dando orden que marchasse la infantería a Gaza, se encaminó la buelta de Gerusalén con la curiosidad de ver tan famosa ciudad, pues aún entre sus ruynas se dexan admirar las ilustres reliquias de su antiguo poder. Y después de aver hecho varios sacrificios al falso Profeta y, distribuido cantidad de limosnas, (no excluyendo en esta piedad a los christianos, aunque religiosos, por conciliarse con esta demonstración el aplauso también con sus enemigos), sin detenerse más que una noche, passó a incorporarse con el ejército a Gaza, donde eran vivas como incessables las escaramuças con los árabes. Y aviendo salido Sinán a recibirle con las milicias vestidas a la moda mamaluca, con los despojos mencionados, celebró con estimación la bizarra inventiva y, por no dar tiempo a que rehiziesse sus tropas Tomombejio con otros partidos, dispuso gran prevención de odres, o pellejos, para transportar el agua necessaria para la armada y remediar con ella la que falta en aquellos desiertos.

Dominan en estos parages impetuosos y rezios vientos que, levantando la arena en corriente polvo (como en la mar las ondas), ciegan y oprimen a los passageros (que suelen encontrar el naufragio en la tierra algunas vezes) y fue tan dichoso Selín, que cayó en aquel tiempo una dilatada lluvia capaz de llenar el campo de agua con que facilitó la marcha, desterrando la sed (por algún tiempo), que era el mayor enemigo que se le oponía. Y aviendo interpretado los agoreros a feliz successo el buen tiempo que favoreció después el temido viage, siguió lleno de esperanças su derrota, aunque era continuada la molestia de los árabes, cuyos acometimientos resistían los arcabuzeros othomanos.

Corría Sinán la campaña para assegurar el camino al sultán y, al fin del octavo día, llegaron las primeras filas a Matarea (village famoso, en cuyo territorio se crían árboles fecundos de bálsamo precioso y saludable, dos leguas de El Cayro), en cuya vezindad estava el nuevo soldán acuartelado. Y para resistir mejor a los enemigos, avía fortificado el campo guarneciéndole de artillería que le avía dado el gran maestro de Rodas, como también oficiales para su manejo, y otros socorros a fin de hazer algún reparo al violento curso de las

dessoluciones othomanas, anteviendo que algún día procurarían inundar aquella isla con la sangre de sus vassallos.

Avía dexado el soldán cuydadosamente abierta la frente de su banguardia, guarnecida de artillería, atendiendo las operaciones enemigas con diez y seis mil veteranos mamalucos (siendo este el último esfuerzo de la abatida nación) más prevenidos de corazón que de número, para oponerse al impulso orgulloso de tanta fuerza. Y aviéndose pasado algunos albaneses renegados a las tropas de Sinán, le noticiaron de la disposición como del acampamento de Tomombejio y de la artillería que guarnecía solo la banguardia, por donde esperaba el acometimiento othomano, con esperanças de lograr su ruyna. Y bien informados los turcos de aquella máxima, embistieron a los mamalucos por la retaguardia desvaneciendo por este medio las prevenciones. Y mirando Tomombejio atrasadas las esperanças en su motivo (por estar público el secreto), ordenó que abocassen la artillería a la parte por donde amenazaban con el assalto los turcos. Y aviéndose executado (aunque con pérdida de tiempo y fatiga de los soldados, no obstante, el aver perdido dos batallas), dispuestos para la defensa, esperaron el sucesso sin turbación alguna en la tercera.

Empeçó el estruendoso rumor de la artillería mamaluca a fulminar las tropas enemigas, a que correspondieron los disparos turquescos, manejados (de Jacobo de Regio, christiano renegado, cabo de los artilleros) con más afortunada operación. Y creyendo nociva la detención Tomombejio para el más flaco, assaltó por tres partes a las esquadras turquescas que, dobladas en regular ordenança (aunque en forma de media luna), recibieron el choque con gran constancia, cuyos disparos innumerables, entre el humo y el polvo de las huellas de la cavallería como entre el fuego y los alaridos, confundían las operaciones de modo que no se percibían las insignias ni se comprehendían las órdenes de los capitanes, sobresaliendo solo el peligro entre tanta confusión, sin distinguirse los unos de los otros, en cuya tenebrosa mezcla Selín y Tomombejio equivocaron el oficio de príncipes con el de atrevidos soldados, sin preservarse al riesgo de una contingencia.

El príncipe Gazele, baraxándose con el batallón de Janus baxá, destrozando las más abançadas filas, le obligó a bolver las caras (con descrédito de sus estandartes) poniendo en desayrada fuga todo aquel cuerpo, que se componía de tracios, albaneses y macedonios. Y observando Sinán baxá el desorden, socorrió aquella parte con frescas y bien dispuestas esquadras, con cuyo calor convalació el empeçado descaecimiento. Y mientras ayrosamente combatía a la testa de los suyos, le quitó la vida Aydon, capitán mamaluco. Y aunque los genízaros intentaron retirar el cadáver, no pudieron conseguirlo

porque los más de los que lo solicitaron fueron víctimas que sacrificaron las espadas mamalucas al ídolo de su corage.

Atacava fuertemente Mustafá el querno izquierdo de los egypcios, en donde Diadoro, Jubal y Orcomano, valientes mamalucos, gallardamente se defendían, bien que maltratados los suyos de la artillería se vieron expuestos a mayor desorden. Estuvo indecisa la batalla, y tan dudoso el suceso, que la fortuna no resolvía a qué parte declarararía la suerte de la victoria, en cuya suspensión, engolfado Selín en un mar de sangre, batallava con las olas de las filas enemigas para vencer o morir casi anegado en aquel sangriento piélago. Y afrontándose con Tomombejo, (que con cerrados esquadrones) resistía las aventajadas guardias del sultán con poco fruto, conociendo que empeçavan a ceder los suyos, hizo tocar a retirar. Y apadrinado de la obscuridad de la noche, los preservó de la última conocida ruyna y, aunque se retiraron peleando, no dexaron de abandonar la campaña, el bagage y la artillería.

Duró el choque desde el amanecer hasta transmuntar el sol y fue, aunque sangriento, favorable a los turcos pues quedaron prisioneros Diadoro, Aydon y otros cabos heridos, a los quales el inexonerable Selín hizo cortar las cabeças asegurando que las sacrificava como víctimas al alma de Sinán baxá, cuya muerte le avía sido de gran sentimiento.

Impaciente, como deseoso de la destrucción de los mamalucos, huviera (sin duda alguna) seguido el curso de la propia fortuna si las enfermedades, el cansancio y los heridos, como la pérdida de hombres y bagages, no huviessen enflaquecido la armada de calidad, que necessitó hazer alto algún tiempo para ordenar la sepultura a los muertos y la curación a los heridos.

Perseguido, entre tanto, Tomombejo de la adversidad, pero no abatido, recogió de todas partes las reliquias de sus soldados y puso los quarteles entre la ciudad de El Cayro y el Nilo. Y para suplir la falta de gente, armó ocho mil esclavos moros, de los quales no se avía querido fiar antes. Y dio las armas a los hijos de los mamalucos, contra las órdenes fundamentales de aquella nación, como diximos. Estavan sus fuerças tan enflaquecidas como robusto y vigoroso su corage, por lo qual deliberó (en medio de tanta angustia) suplir con la resolución el descaecimiento y con esforçados consejos la escasez de los medios para la ejecución de su dictamen. Y assí deliberó atacar de noche los quarteles othomanos con dos fines. El uno, para preservarse del daño de la artillería. Y el otro, por no exponerse de día (a vista de la desigualdad y flaqueza de sus tropas) al desayre del mal suceso conocidamente. **[1517]** Y participando a los suyos el dictamen, passó inmediatamente la noticia a Selín por los arcanos de algunos traydores mamalucos. Y en conseqüencia de aqueste aviso, ordenó el sultán que

todas las noches se encendiessen grandes fuegos en el recinto de su acampamento para descubrir con la luz las insidias enemigas, con cuya prevención consiguió un día artificial muy claro entre las más oscuras sombras de la noche.

Acometió Tomombejo los quarteles enemigos reconociendo en la prevención que estaban noticiados de su disignio, por lo qual le recibieron con valor y rechaçaron con daño. Las secretas premeditaciones son como los topos, que pierden la vida luego que se exponen a la vista y a la luz. Y aviéndole salido inútil la experiencia, se retiró a El Cayro, en donde, por no olvidar qualquiera possible defensa, empeçó a fortificar las murallas y fortalecer como assegurar los passos más angostos, las calles y las plaças con algunos reparos, animando al pueblo a la ejecución de la obra. Y con rostro alegre y sin miedo, se hazía conocer superior en la mala fortuna.

Yaze la antigua Menfis (llamada El Cayro) a poca distancia del Nilo, a quien bañan dos lagunas, en cuya población obstentan muchos pyrámides los bestigios de su famosa antigüedad, comprobando el esplendor de los reyes que la señorearon grandes edificios de mármoles finos. Corona la frente de un collado la diadema de un castillo, más admirable por la grandeza y amenidad del sitio que por la resistente fortificación, en cuya plaça de armas sobresale un hermoso plan recintado de antiguo casamuro, adornado de diferentes torres, por cuya razón labró Tomombejo algunas cortaduras en él, como en las calles, añadiendo varios reparos de cadenas y árboles, sin omitir cosa que pudiesse alentar la defensa.

Informado Selín de todas las prevenciones de los mamalucos, empeñó sus soldados al esfuerzo de su desolación ofreciendo ser partícipe también en el trabajo de las fatigas, como en el peligro, demostrando que la essencia de las victorias consiste en desarraygar la mal nacida planta para que no pueda retoñar en ramas ofensivas en ningún tiempo. Janus baxá fue el primero que, con los genízaros, se abançó a la puerta Basuela, a quien seguía inmediatamente Selín asistiendo en persona a todas las funciones. Eran por esta parte más anchurosas las calles, por cuya razón se estrecharon las dos cavallerías en sangrientos lances. Y socorriendo la infantería othomana (con algunas pieças de campaña) a la suya, hizo notable daño en la enemiga. Y aviendo llegado a las cortaduras, hallaron ardiente oposición en ellas porque el odio y la emulación, inflamando los ánimos sobrenaturalmente, alentaron el contraste con tanta fiereza que no se ha visto, ni se verá en otro siglo, tan cruel defensa, pues hasta las mugeres y los muchachos (temiendo el saco de la ciudad) fulminavan sobre los enemigos pesadas piedras, agua caliente, como ardientes y líquidos betunes.

Y viendo los turcos que en cada casa hallaban esta oposición, rompiendo las puertas, procuraban satisfacer la vengança en sus moradores, costándoles cada habitación una batalla.

La noche, madre universal del reposo, era teatro fatal en que se representaban tragedias infelizes sin que se percibiessen los afectos, pues los ahullidos de los turcos entre los lamentos de los sitiados como los gemidos de los que agonizaban entre los suspiros de los que morían, y las demostraciones llorosas de las madres y los hijos, componían una discorde Babel desconsolada. Alternaban los genízaros la ambición con el odio, las muertes con el estrupo, la crueldad con la avaricia e, infatigables en la ofensa, se cebaban igualmente en la sangre y en la sustancia de los miserables afligidos. Passaban los victoriosos poniendo los pies sobre los cadáveres, que les servían de puentes, para no anegarse en los corrientes arroyos de sangre que inundaban las calles, cuyos manantiales aumentaban las lluvias de las flechas que obscurecían el ayre.

Disputaban con inflamado corage los mamalucos el terreno como inferiores, a costa de las propias vidas, cediendo con la retirada el puesto, experimentando cada hora alguna precisa pérdida (en el término de dos días y dos noches que duró el combate), siendo el tercero el último extremo de su ruyna, en que alentaron la batalla con tal esfuerço (a imitación de la llama, que quando más levanta el ardor es quando está más cerca de extinguirse) que rechaçaron por algún tiempo las tropas enemigas, con pérdida de algunas pequeñas piezas de artillería, [1517] viéndose precisado Janus baxá (por una herida que recibió en la cabeça) a retirarse del trance. Pero Selín, ofendido de la constante resistencia, ordenó que pusiessen fuego a los edificios, con exclamación de los naturales que esperaban con el llanto apagar el incendio si no tenía lugar el ruego en su preservación.

En medio de esta confusión, avisó al sultán Mustafá (que combatía la otra parte de la ciudad) que se avía apoderado de muchos cavallos que estaban prevenidos (en una parte) para salvarse los mamalucos en el último desconsuelo con la fuga, cuya pérdida desanimó tanto a Tomombejio que, encaminándose con toda celeridad al Nilo recogiendo en algunas barcas la gente que pudo, passó a la opuesta margen del río. Y aviéndose hecho después fuertes mil y quinientos cavalleros egypcios en un templo y no pudiendo mantenerse, acosados de la necessidad del hambre y de la sed más que de las armas othomanas, se rindieron precisados de indefensos al arbitrio del vencedor, de los quales murieron sacrificados en el primer furor la una parte, passando el restante en cadenas a las cárceles de Alexandría.

Assegurado Selín de la plaça, mandó apagar el incendio (que medio extinto con la sangre avía empeçado a perder la fuerça en las vorazes llamas) ofreciendo al mismo tiempo premios considerables a los que manifestassen los tesoros y los hombres escondidos, como salvas las vidas a los que en término de doze horas voluntariamente compareciessen rendidos en la presencia de Selín o de sus ministros, condenando a muerte irremissible también a los que, después de cumplido el término señalado, se encontrassen ocultos. Y saliendo muchos de su retiro a gozar la inmunidad del vando, tuvieron el alivio en las cadenas, acabando el día después (no obstante, el juramento) la vida a manos del verdugo en las mismas cárceles.

Tomombeijo (a exemplo de las culebras que, ensangrentadas y hechas pedaços, se animan y mueven para la vengança), de la otra parte del Nilo (congojado con los malos sucessos), se dispuso con tres mil mamalucos que le avían llegado de socorro de Alexandría y algunos moros africanos y árabes (en medio de verse en el último descaecimiento) para intentar nuevo combate a instancias de los egypcios (a quienes los turcos avían arruynado las casas y las haciendas) que ofrecieron asistirle quando se encaminasse a intentar la recuperación de El Cayro.

La flaqueza de los turcos, los muertos, heridos y enfermos, era la única esperança que animava a Tomombeijo (que es el alimento de los infelizes) y, aunque se hallava sin crédito y sin dinero para subsistir con los pocos que le seguían, assistido de quatro mil cavallos y ocho mil infantes de mala calidad, resolvió no diferir la última experiencia procurando ver si acaso estava cansada la fortuna de maltratarle. Y abançado cerca del Nilo, azia la parte por donde sabía que los turcos tenían dispuesto un puente con que intentar aquella mañana el passage para su destruyción, meditava dividirlos con la disposición para vencerlos (separados del grueso, pues unidos eran insuperables) y, atacando a los primeros (rompiendo el puente), degollarlos sin que pudiesen socorrerlos.

No pasó mucho tiempo sin que lograsse Tomombeijo su deseo pues, aviendo passado algunas esquadras assiáticas el puente, pudo con facilidad destroçarlas con ataque repentino. Y acudiendo Mustafá a la defensa, temiendo que los mamalucos fuessen muchos (pues la resolución improvisa lo assegurava), le fue preciso mantenerse en la mejor disposición. Y quando más desesperadamente acometían los egypcios (ganando tiempo los turcos para que los socorriessen), sustentavan unas vezes el puesto y otras, cediendo, peleavan sin descrédito. Y viendo el aprieto de Mustafá, Canogli, can de los tártatos, se arrojó al esguaço del río con un gran batallón de cavallos. Y aviendo passado, llegaron en su seguimiento algunos arcabuzeros genízaros que avía embiado

Selín en unas barcas, con cuyo calor quedó Mustafá socorrido como reforzado y con la esperanza de más fomento. Alentando el corazón, renovó la batalla más animada con la presencia del sultán que, despreciando las insinuaciones de los suyos, se arrojó a la cabeza del puente, donde era mayor el peligro y estaba más encendido el empeño.

Desechos y oprimidos por último los infelices mamalucos, se retiraron en descompuesta fuga. Pero cargándoles la retaguardia los cavallos ligeros, siguieron a Tomombejio el término de tres días, llevando Mustafá en su comitiva algunos paysanos prácticos del país como inteligentes de los más ocultos retiros, los cuales por último le encontraron en un pantano metido hasta la garganta.

Preso el soldán, llegó a la presencia de Selín que, sobervio con la infelicidad del enemigo, le hizo dar tormento para que contestase adónde estaban ocultos los tesoros del difunto soldán Camson. Pero constante en el trabajo y en su natural ardimiento (despreciando la tortura), toleró intrépido el dolor en el destrozo sin que se reconociesen en él las fatigas del sentimiento a pesar de la crueldad othomana. Y quanto más se mantenía opuesto a los ajamientos de su infelicidad el soldán, tanto más irritado Selín, mandó que sobre un jumento le conduxessen por la ciudad, en donde fuese mayor el concurso como a escarnio de la fortuna y de la humana vengança, cuya compassiva representación copió el dolor de la mutación de una escena en tan sangrienta tragedia. Y después de atormentado con toda suerte de martyirios, le pusieron suspendido en la puerta Basuela, donde hizieron pedaços a unos fieles criados suyos que no quisieron abandonarle en el último extremo de su infelicidad, con cuya ruyna quedó extinta y atropellada la soberbia mamaluca después de aver reynado o, por mejor dezir, tiranizado el Egipto el curso de trecientos años. Con la muerte de Tomombejio, la ciudad de Alexandría (no queriendo correr el mismo infelice fin) suspendió con la obediencia el golpe con que la amenazavan las armas othomanas. Y a esta imitación, lo restante del país sujetó su libertad a las leyes del vencedor.

Algunos reyes africanos tributarios del soldán (por medio de embaxadores) revalidaron el pleyto omenage, siguiendo también este exemplar los árabes, con aver más que otra nación assistido al soldán en las derrotas de las mencionadas guerras.

Llegó Selín hasta el margen del Nilo donde, con siete bocas, parece que es la idra de los ríos. Y alegremente gustoso se lisongeó con la consideración de que sus victorias tuviessen alguna semejança con él, pues avían inundado también aquellas regiones con el cristal de las armas. Y embarcado en una bien

adereçada fusta (governada del famoso cosario Curtogolo), passó a la ciudad de Alexandría. Y después de aver visitado la torre y el castillo de Faro, bolvió a El Cayro, donde hizo degollar a todos los mamalucos que se hallavan en las cárceles como víctimas sacrificadas a su crueldad. Después de lo qual, mandó passar a Constantinopla quinientas familias egypcias de las más nobles (porque no intentassen después de su partida alguna novedad). Ni aun los más finos y preciosos mármoles se conservaron essentos de su rigor, pues gimieron heridos al tormento del cincel como los egypcios al golpe de las cuchillas.

[1518] El movimiento del persa (zeloso de tan portentosos progressos) fue motivo para que Selín diesse la buelta a la Corte, dexando encomendado el gobierno de Egipto a Cayerbejio y el de Soria al príncipe Gazele que, rebeldes del soldán, tanto contribuyeron para su ruyna y para la sugestión de aquel grande dominio, como diximos.

Janus baxá (que, a costa de su sangre después de la muerte de Sinán, avía obrado con todas las circunstancias de valor y aplicación para la conclusión de la empresa), viendo antepuestos en la estimación como en el premio a los rebeldes mamalucos y desayrados a los más fieles othomanos en la confianza de Selín, altamente se ofendió con la injusticia. Y Selín (olvidando los merecimientos y servicios), le condenó al suplicio como a instrumento del motín de la guarnición de El Cayro que se movió contra Cayerbejio. Y no obstante que tenía grangeado el amor de los soldados y que gobernava la armada, no pudo eximirse de caer en el laço, como tampoco Selín en el odio de todos por aver abatido al exaltador de su grandeza.

En el discurso de quatro años desoló a los mamalucos, a la Soria como a la Palestina y también las ciudades marítimas del mar Roxo, una gran porción de la Arabia y todo el Egipto. Y soberviamente victorioso con los progressos de tantas conquistas, hizo restaurar la fábrica de los taraçanales ordenando que se labrassen ducientas galeras, con deliberación de passar a la conquista de Rodas. **[1520]** Y después de grandes dispendios para la disposición de la armada, passando a Andrinópoli, improvisamente assaltado de grave enfermedad acompañada de supresión de orina, con intensos dolores que le ocasionó una piedra, murió, aviendo sido un león indomable de la Turquía.

Hizo traducir en su idioma las hazañas de Alexandro y de César. Y tenía particular delectación en que se las leyessen para inflamar el ánimo con los exemplos. Avía mandado delinear sus combates en láminas, imprimiendo en los papeles las efigies de las empresas, remitiéndolas algunas vezes a Venecia en testimonio de confianza, gloriándose de los afortunados sucessos de sus armas.

Hazíase temer de sus baxaes, manteniéndolos en buena disciplina a todos y a cada uno en ocupación cuydada diziendo que no traía la barba larga como Baiaceto, su padre, porque los Grandes de su imperio no le cogiessen por ella y le llevassen adonde quisiessen. Fue de estatura tal, que parecía a cavallo más magestuoso que a pie. Cuerpo alto, piernas cortas, ojos vivos y ferozes, cara redonda y pálida. Fue codicioso, severo, liberal con los valientes e inexorable con los delinquentes. Era intrépido y valiente, solícito, moderado en la mesa como resistente a qualquiera fatiga. Jamás se atemorizó con los peligros, ni hubo quien más fácilmente que él se encomendasse a la fortuna asegurando que, como hembra, para gozar sus favores, convenía solicitarla con aprieto. Fue gran dicha para los príncipes christianos que el invencible bárbaro, tropezando en una piedra, cayesse en la sepultura, que fue piedra de confín y jurisdicción que puso término a su ilimitado espíritu. Murió en la villa de Chiorlu, donde antecedentemente avía combatido a su padre, recibiendo el castigo en la parte que avía executado el delito. Vivió quarenta y seis años, reynando ocho. **[1520]** Y si hubiera vivido más tiempo, se confessara estrecho círculo el mundo para ceñir sus victorias.

Los turcos hizieron escribir en diferentes idiomas (sobre la lápide del sepulcro) la siguiente inscripción: *Yo fui Selín (que hize temblar la tierra). Marte mismo temió mi braço fuerte. Batallas busco, aunque la misma muerte al cuerpo y corazón niegue la guerra.*

A Selín, valiente soldado, inhumano parricida, sucedió

SOLIMÁN SEGUNDO

Dezimoquarto monarca de los turcos que se ciñó la zimitarra (función en la Turquía semejante a la coronación de los reyes christianos) en el mismo año que Carlos Quinto, emperador, se coronó en Aquisgrán, exaltando Dios a tan grande y afortunado monarca christiano para que hiziesse oposición animosa a tan formidable bárbaro.

Entendida pues de León Dézimo, pontífice, la dessolación de los soldanes de Egipto oprimidos de Selín y que este successo abría el camino para el logro de nuevos progressos en Europa contra los christianos, procuró con penitencias y processiones universales (con los pies descalços) aplacar la ira divina (que con la felicidad de los turcos castiga severamente los pecados de los christianos), solicitando también (por medio de sus *Legados a Latere*) mover los príncipes católicos para que, despiertos de tan infeliz letargo, se dispusiesen a la común defensa. Y no obstante el estruendoso ruydo de las conquistas

othomanas, se mantenían sumergidos en él. Y si bien, al aviso de Su Santidad se desvelaron algo, fue a imitación de los que por aver dormido poco vuelven a coger el sueño con más tenacidad que nunca.

Los ayunos y las indulgencias son siempre de grande alivio, pero como es menester no olvidarse de la resignación al cielo, así conviene armarse del propio corage y frequentar las oraciones sin apartar la espada de la cinta. Y algunas vezes dexa Dios de asistirnos porque abandonamos los medios subministrados para defensa de la religión.

Las diligencias de Su Santidad (que no lograron con los príncipes el fruto de unirse para esta obligación), hizieron efectos nocivos en Turquía porque, al ruydo de esta negociación, dispusieron aprestos más formidables para daño de los católicos. El emperador Carlos Quinto, empeñado en la defensa de la guerra que le hazían los franceses, no pudo contribuir a tan justa causa con aquel fomento que merecía el empeño. Las primeras interpressas de Solimán se encaminaron a sujetar la Soria y el Egipto, que se avían revelado (creyendo con la muerte de Selín sepultada la arrogancia othomana) y, para conciliarse el afecto de las milicias, repartió el acostumbrado donativo entre los genízaros. El segundo día assistió a la sepultura del padre, llenando esta función con todos los números de pompa y magnificencia. El tercero, tomó possession del solio imperial y visitó las mezquitas con la formalidad que se platicava entonces en la assumption del imperio.

Es costumbre observada en tan festivas ocasiones lograr los genízaros algunas gracias que suelen pedir a los soberanos, y fue una la de impedir el andar a cavallo por Constantinopla a los christianos (aplaudida de todos por ser en su ajamiento). Solo con Solimán dexó de observarse la costumbre de criar a los príncipes herederos sin conocimiento del estado del imperio, porque no aspiren ambiciosos antes de tiempo a la monarquía. Y así, circunvalados de zelosas como seguras guardias, se crían en Magnesia o en otra provincia, como desterrados. Y siendo segundos o terceros, como prisioneros o esclavos. Y por conocer Selín en este príncipe honestas costumbres, moderada templança y genio grande, ordenó a Piri, su ayo, que le informasse de la razón de Estado para que, comprehendidos los intereses del imperio y las fuerças, supiesse manejar su obligación con advertida política en daño de los enemigos de la religión mahometana. Ya diximos cómo Selín, en reconocimiento de las trayciones de Cayerbejo y Gazele, les avía hecho merced de los gobiernos de aquellas importantes provincias. El príncipe Gazele, que avía nacido libre, llevaba mal sujetarse a la dependencia de otro y pareciéndole que con la muerte de Selín se hallava más independiente, como libre del juramento de fidelidad y

que mal regida de tierna mano la baqueta del imperio en el nuevo monarca, se avría desmayado también el vigor de las armas, resolvió negarle la obediencia y grangear la amistad de Cayerbejio en alianza segura, expressándole quán fácilmente se podrían mantener soberanos uniendo las fuerzas del Egipto con las de la Soria. Pero dudando este, o temiendo el fin, por conocer que la fortuna es un juego poco seguro para quien la maneja, no quiso arriesgar en un punto la conveniencia y la vida. Y quitando la cabeza al embiado que llevó la embaxada, notició a Solimán la trayción de Gazele. Y aviéndole faltado a este príncipe el fomento que buscava, uniéndose en ayrosa alianza con su propio valor, ocupó a Tripol y otras plaças, degollando en ellas la guarnición othomana. Y recogiendo las reliquias de los esparcidos mamalucos, asseguró con prosperidad los principios en sus disignios. Mandó Solimán a Ferut bax  que marchasse con poderoso ejército la buelta de aquel país, previniendo a los genízaros ser aquella sublevación una pequeña resulta de los abatidos egypcios, de los quales avían triunfado tantas vezes, por cuya razón presentó inmediatamente Ferut la batalla al príncipe Gazele. Eran las tropas rebeldes menores en número como en calidad, en cuyas ventajas fundan los othomanos sus victorias. Que en ellas consiste la bizarría y la fortuna pues, según las reglas de la naturaleza, los pocos han de ceder a los muchos y más quando la fortuna se lisongea con tremolar sus estandartes en gruesos batallones, más que entre cortos, flacos falanges. Duró el trance seis horas sin que Gazele descuydasse la menor demonstración en la prueba de su corage pues, mezclándose valerosamente con los turcos, mató muchos con sus propias manos, pero desbaratado, por último, cediendo el espíritu con la vida él y los suyos, quedó sepultada la rebelión.

Solimán, deseoso de la gloria a medida de los progressos, ambicioso de elevarla más que sus antecesores (bien que en su edad pueril mostrava natural plácido), descubrió el resplendor de las luzes de su garvoso espíritu, fortaleza en el aliento como madura autoridad en los accidentes, señales fixas de averse hecho comprehender superior a sus mayores. De aqueste príncipe (que epilog  en sí mismo todas las virtudes de sus antecesores) mencionaremos con particularidad los sucessos, siendo costumbre de los historiadores, tal vez, tocar brevemente el suceso, alargando otras vezes la narración sobre los sugetos, conforme lo piden las acciones de sus esfuerzos, a manera de los ríos que, tal vez, se precipitan por ásperas y desiguales montañas y, entreteniéndose otras por las más fértiles y fructíferas campañas, con plácido y sossegado curso se pasean lami ndole las plantas a las flores. No le faltó a Solimán más que la religión católica para ser uno de los mejores monarcas del mundo, pues hizo

publicar un decreto que mencionava que, en caso de que alguno antecedentemente se hallasse defraudado en la hazienda, quería suplir el agravio con lo más pronto de sus tesoros, añadiendo a estos respectos la grande observación de su Ley en que sobresalía su cuydado más que en todos los monarcas antecessores. Dio principio a la fábrica de la mezquita, atribuyendo los turcos esta demonstración a grande prosperidad, con la qual se fueron continuando sus disignios.

Castigó severamente a los usurpadores de las rentas de los hospitales y otros lugares píos. Y fulminando con rigores a la maldad, restituyó a los tribunales la justicia, desterrada y desvalida antecedentemente. No hazía morir a los baxaes (como sus mayores) por solo el delito de la riqueza, si no es en caso de que la huviessen adquirido con la sustancia de los pueblos. Hizo perecer diversos cadíes (intérpretes de la ley) como vendedores de la razón. Y poniendo en los gobiernos de las provincias sugetos que tenían la pobreza por principal virtud (no siendo menesterosos), vivía con la esperanza de que darían satisfacción a los súbditos en la buena administración de lo que le tocava.

Caminava ambicioso por las huellas de su padre, con ánimo de no quedarse atrás en la carrera de las victorias de sus mayores, haziendo que le representassen sus memorables hazañas y sabiendo que la ciudad de Belgrado, como la isla de Rodas (con la garvosa defensa se avían preservado de las iras de Amurates Primero y de Mehemed Segundo), deliberó assistir en persona a las dos conquistas. Y porque Selín con prodigiosos sucessos (como diximos) dilató los confines del Assia, siguiendo Solimán otro parecer, se aplicó a estender los de Europa. Y para conseguirlo, conoció ser necessario abrir el passo por la Ungría, gobernándose por los consejos de Pirri baxá, su ayo, persona cuerda, madura y experimentada.

La tierna edad de aquel rey, como la poca continuación del manejo de las armas en aquel dominio (después de la muerte del rey Matías) y las templadas acciones de Vladislao, como también la división de la Germania, teñida de la heregía de Lutero (que arrojó la mançana de la discordia entre la armígera nación alemana, de quien como confinante recibía la Ungría los fomentos para sus defensas), fueron estímulos agudos que ofrecían a la resolución de Solimán vivas como seguras esperanças para lograr con fortuna las premeditadas conquistas en aquel reyno que fue tan famoso y tan grande (quando florecía debaxo del gobierno de los antiguos reyes), que no tenía que embidiar a ningún monarca del mundo.

La ciudad de Buda fue su metrópoli y en Alba Real concurrían la corona y la sepultura de los reyes, y no estavan mal juntas para que atendiessen a la

poca distancia que ay del principio al fin de su gran soberanía. El Danubio, famoso río (que corta la Germania y atraviessa algunas selvas por los contornos de Ulmia), baña también la Ungría que (interlineada de su caudaloso curso) se divide en superior e inferior, dilatando sus confines desde el río Taissa hasta el río Mura, dominando las provincias de Balaquia, Moldabia, Transilbania, Bosnia, Rusia, Croacia y Esclavonia, estendiéndose en amenas fructíferas campañas capaces de alimentar qualquiera poderoso ejército, siendo abundante de toda suerte de animales como de frutos y, en particular, de fuertes cavallos, con los cuales sobresalían en otros tiempos las formidables úngaras armadas [1521], pues con la muralla de cien mil cavallos en bolantes torreones embaraçaron el passo a toda la Turquía para que no infestasse a la christiandad.

Duró en este florido y grande reyno una constante felicidad hasta que la poderosa ambición othomana (después de aver sujetado al Assia) inundó la Europa, dividiéndole en diferentes porciones. Si bien, quieren algunos que las muchas comodidades subministradas de la naturaleza a tan abundante país, como también las riquezas de los magnates (aumentadas con anteponer sus intereses particulares al público beneficio), fuessen quien alimentassen las delicias entre la floxedad del ocio, con descrédito del valor antiguo, allanando el camino para que el enemigo común llegasse sin estorvo adonde le esperavan las conquistas y las victorias.

El origen de esta nación dimana de los Umnos (pueblos guerreros), que debaxo del antiguo flagelo de Atila (sexto rey de Ungría) desolaron y destruyeron más de una vez la Italia. Y por la dirección del rey Matías se mantuvo con vigor el reyno hasta que, con la exaltación de Vladislao, enflaquecido (sucediendo después en él Luis Segundo), se fue conociendo adelantada la ruyna. De modo que debaxo del gobierno del rey Juan, Ferdinando y otros, se acabó de precipitar de calidad, que de tan robustas fuerças han quedado pocos fragmentos y, estos, despedaçados como corrompidos de los dientes azerados de los alfanjes turquescos.

Era Vladislao más inclinado a las quietudes pacíficas del ocio que a los ardientes, como alterados, empeños de la guerra. Y suplicava a Dios continuamente que le preservasse de las vexaciones sangrientas de los bárbaros, por cuya razón (inclinándose a la paz) avía renovado las treguas con Selín, padre de Solimán, quando disputó con Acmad la dignidad del imperio, siendo mal recibidos los ajustes de los más capaces varones del reyno que los comparavan a los intervalos de la calentura, que no impiden los parasismos hasta que no se arranca enteramente la raíz de la enfermedad. Y deseavan los más advertidos que no se perdiessse tan buena coyuntura en la civil discordia, para atravesar con

alguna considerable operación los depravados disignios de los comunes enemigos, ensangrentándose en ellos con la oportunidad ventajosa. Y aunque los úngaros le representaron que con la dilatada paz se descaecían los espíritus y se resfriava el valor con destemplança, el rey, aplicado a la devoción y a la quietud, prefirió la comodidad presente a los peligros futuros.

Entre esta variedad de opiniones llegó de Roma Tomás Cardenal, obispo de Estrigonia, inclinado al rompimiento con los turcos, para cuyo efecto concedió León Dézimo la *Cruzada* (con el perdón de todos los pecados a los que assentassen plaça debaxo de las banderas de la milicia, que se llamó sagrada), a cuyo indulto acudieron no los más zelosos de la religión, sino los peores christianos con deseo de exercer ambiciosos las conveniencias poco honestas, a causa de militar debaxo de las órdenes de Jorge Zequel (sículo de nación, valiente pero facineroso). Y aviéndose juntado en poco más de un mes quarenta mil hombres, la mayor parte rústicos que (por aver abandonado con sentimiento de los nobles la cultura de los campos, experimentaron en ellos severas demostraciones como malos tratamientos) recurrieron a Jorge con la quexa. Y deseando éste enfrenar el curso de las violencias de los varones en este particular, en poco tiempo la sacra milicia se trocó en profana guerra que atormentó el reyno con escandalosa discordia civil, pues oprimida la nobleza de la licencia popular, solicitó su alivio en la defensa de Estevan Zapullano (prefecto de Transilbania) que, recogiendo bastantes tropas, las hizo marchar en defensa de la nobleza obedeciendo las órdenes de Juan Zapullano, su hijo (que después fue rey de Ungría y hará el primer papel en esta tragedia). Y aviendo llegado a las armas con la turba popular, Jorge Zequel, su comandante, obedeciendo las órdenes del vino (de que estava lleno) sin atender a distribuir a sus soldados las más convenientes para la defensa, quedó en la batalla desbaratado y prisionero con muchos, que experimentaron de los vencedores crueles como horrorosos tormentos executados de los christianos con más fiereza que si fueran turcos. Pues a Jorge (amarrado a dos cadenas), le coronaron con una diadema de hierro ardiendo y después le abrieron las venas, de cuya sangre hizieron beber a su hermano Lucas (para cuyo efecto le tuvieron mucho tiempo encerrado sin comer ni beber), el qual, ambicioso de aliviar el tormento de la sed, sin reparo bebió considerable porción de ella. Y después de averle restañado las sangrías, le entregaron a veinte compañeros suyos, (a quienes también avían tenido encerrados algunos días sin comer para este efecto) como pasto que pudiesse aliviar su voracidad, los quales rabiosos con el hambre le despedaçaron con los dientes, valiéndose de aquellas porciones para alimento de su desconsuelo. Y sacándole después las entrañas a pedaços con lo restante

del cuerpo, las sirvieron por vianda a los demás prisioneros. Y continuando el castigo para la posteridad, deshauzieron a los villanos en la libertad de passar de un lugar a otro sin permiso de los patrones, prohibiéndoles también el uso de las armas y, particularmente, de las de fuego so pena de cortarles la mano derecha a los inobedientes, decretando también que ninguno que huviesse nacido de rústico linage pudiesse ser admitido por obispo y que, en caso que llegasse a conseguir esta dignidad, quedassen libres los feligreses del gravamen de pagar las décimas.

[1521] Acreditóse Juan Zapullano con la oprimida nobleza en la derrota de los villanos rebeldes, en cuyo agradecimiento no perdía de vista las ocasiones que pudieran ofrecerse y fuessen bastantes para colocarle en el solio en caso de que faltasse la sucession al rey que, por entonces, estava dudosa. Advertido Vladislao de estos secretos disignios, empeçó a mirarle con cuydoso enfado, de que nació una oculta e inmutable enemistad. Y aviendo intimado la dieta para Buda, mientras el rey estava al amanecer oyendo missa, entraron dos personas desconocidas en la cámara real y, suponiendo que estaría allí el rey, dispararon dos armas de fuego de grandes bocas llenas de balas (a cuyo estruendo se despedaçaron las vidrieras) imprimiendo en las paredes los plomos. Y aunque no se descubrieron con fundamento los autores de esta trayción, la fama, que suele pregonar aun los más ocultos delitos, puso el escrúpulo en el Zapullano como autor de tan sacrílego tentativo para anticipar con la muerte del rey (en la menor edad del hijo) sus ambiciosos disignios.

Alterado Vladislao con este accidente, como desvelados los émulos de Juan, persuadieron al rey (para romper el hilo a sus poco seguras máximas) que afiançasse los accidentes de una contingencia passando a contraer matrimonio con alguna princesa de la casa de Austria, para consolidar los manejos que se trataron en Polonia el año de 1491, donde se dispusieron entre Federico Tercero, emperador, y Maximiliano, (entonces) rey de Romanos, por una parte, y por la otra Vladislao, cuyo instrumento en substancia contiene: Que el reyno de Ungría successivamente se continuará en los hijos varones legítimos de Vladislao (con el olvido de qualquiera hostilidad sucedida entre estos príncipes en las antecedentes guerras) y con la restitución recíproca de las plaças. Y que si a dicho rey faltasse la línea masculina, sucederán en la corona el dicho rey de Romanos y sus legítimos successores. Y si Ludovico (no teniendo hijos varones) procreasse una hija o más, tenga obligación el rey de Romanos a señalarles el dote proporcionado a su nacimiento, conservando en lo demás a los varones y demás vasallos los acostumbrados privilegios. Y assí recibió Ludovico, hijo de Vladislao, por muger a la infanta María, hija de Felipe Tercero, rey de España.

Y para que más tenazmente se apretase el vínculo de amistad y parentesco, Ana, hija de Vladislao, recibió por marido a Ferdinando, hermano de María, sobrino también del emperador, cuyas bodas solemnizó en Viena Maximiliano con magnificencia solemne. Y quanto más se regozijaban (con estos sucessos) los émulos de Juan Zapullano, porque se oponían a las esperanças que iba criando para conseguir la diadema, tanto más disgustado se mostrava por la muerte de Bárbara, su hermana, muger del rey de Polonia, en cuya protección tenía la mayor confiança para la exaltación.

Murió en este tiempo Vladislao Segundo, treintessimoquinto rey de Ungría, y pareció que con la cayda de Matías Corbino, su antecesor, se avía arruynado la coluna que sustentava toda la máquina de aquel grande reyno, pues quanto más vigoroso fue el uno, tanto más desmayado fue el otro.

Tuvo Vladislao talento sossegado como apacible y, por esso, no solicitó (con la oposición) hazer frente a los othomanos y solía dezir que deseava más gozar una choza en paz que un reyno con turbaciones. Concurrieron a la pretensión del reyno, Maximiliano, Alberto y Juan Corbino y sucedió en él Ludovico Segundo, hijo de Vladislao, treintessimosexto rey de Ungría. Intentó Juan Zapullano conseguir el gobierno de la Ungría en la menor edad del rey, pero desvanecida la pretensión, a instancias de sus enemigos (que se empeñaron en que governasse el rey, aunque de tierna edad, hasta la primera dieta), en la qual quedó elegido palatino Estevan Batori y con la exclusión el Zapullano, cuya demonstración ocasionó en su pecho inflamada pesadumbre.

Exaltado pues Ludovico en la possession de Ungría y Boemia, se observaron en él algunas circunstancias notables como nacer de parto imperfecto, morir su madre al parirle, saludarle por rey en las fajas, subir al trono de diez años, apuntarle el boço a los catorze, casarse a los quinze y encanecer a los dieciocho, cuyos accidentes no maduros le pronosticaron temprana muerte.

[1521] Avía dispuesto Ludovico una armada de sesenta mil combatientes para oponerse a las inflamadas demonstraciones de Solimán (que con aver hecho tributaria a la Balaquia, hazía rezelar disignios más relevantes), cuyas tropas se deshizieron por mala dirección más que por siniestro successo. Combidado Solimán de la menor edad del rey, como del descaecimiento del reyno, inundó las campañas de la Ungría con terremotos de horrorosos temblores, entre cuyos movimientos, descaecida la constancia de los hombres como la defensa de las plaças, consiguió el castillo de Sabac poniendo después sitio a Belgrado, que yaze en un ángulo del río Saba, donde se incorpora con el Danubio a la raíz de la montaña que, defendida de los dos ríos, parece que compitieron la naturaleza con el arte sobre hazer más fuerte esta plaça.

Ocupa la ciudadela el plan de la eminencia del monte (que domina la ciudad), dexándola defendida por los costados de indomables fortificaciones y, particularmente, por la parte que no la bañan los ríos, en cuyo terreno fabricaron los turcos las baterías. Y caminando con los ataques, llegaron a los assaltos con la dirección de Pirri y de Acmad baxaes que guiavan las tropas, animándolas a que ocupassen las brechas. Governava la plaça Francisco Adebar con tanta vigilancia, que hazía de noche reparar las ruynas que experimentava de día, animando siempre a los sitiados a la natural defensa con las cortaduras y reparos que disponía. **[1521]** Y frequentando las salidas, resistía industriosamente los esfuerzos enemigos de modo que, cubierta la campaña y los fosos de infieles cadáveres, asseguravan más el estrago que avían experimentado que la esperanza de conseguir la plaça. Pero la perfidia christiana (que las más vezes ha cooperado en acalorar las interpressas de los othomanos), guio dos fugitivos que salieron por las brechas, con ánimo depravado como sacrílego, a prevenirles la forma de la conquista mudando las baterías a la parte del río, por ser más flacas las murallas y no tener fortificaciones equivalentes a la defensa por la confianza que tenían los de la plaça en el embaraço de la ribera. Y abraçando los infieles la pretensión, dispusieron por aquella parte las baterías, cuyas operaciones imprimían mayores estragos en aquel recinto con grave sentimiento de los úngaros, porque su artillería era inferior y no correspondía con recíproco daño en los efectos, haziéndoles falta la que perdieron antecedentemente en una batalla asistiendo al príncipe de Balaquia contra el othomano mismo que, aviendo reconocido la flaqueza como también que los sitios son un mercado público donde quien tiene tiempo de esperar, compra las plaças a buen precio, alentando los disparos consiguio arruynadas las cortinas en demolidos fragmentos en tiempo que, faltos de vituallas y mucho más de corazón, los defensores (aviendo puesto fuego a la ciudad por diferentes partes algunos que se entendían con los turcos), abandonando el recinto se retiraron al castillo. Y aviendo reconocido que la retirada era preludio de la cayda, ocupando la ciudad los turcos, dispusieron con instrumentos diferentes colocar en la torre de las campanas de la iglesia de San Francisco algunas piezas de mediano porte, con que hazían considerable daño a la ciudadela. Y en medio de esto (aunque maltratados) resistieron con valor doze assaltos, rechazando a los enemigos con pérdida de mucha sangre.

Después de sesenta días de trabajo inmenso en las labores del sitio, resolvieron los infieles dar algún reposo a la respiración fatigada para bolver con más vigorosa solicitud al empeño, en cuyo ocioso intervalo pudieron reparar, los sitiados, parte de las ruynas experimentadas. Y quando la aplicación

mejorava alguna confiança, dos pérfidos christianos renegados se ofrecieron a vencer la constancia de los católicos con la hostilidad de las minas. Y trabajando continuamente en las soterráneas labores, aviendo puesto en perfección la una y dádole fuego, reventó de improviso con derrocamiento grande de la muralla, a cuyo no prevenido accidente, assustados los christianos, cobardemente capitularon la rendida con las condiciones de salvar las vidas y el bagage, entrando a poseer en aquella plaça los infieles la llave de la Ungría y el propugnáculo de la christiandad, tres vezes intentado por los othomanos y no conseguido hasta esta ocasión, no siendo fácil expressar el sumo placer con que celebró Solimán este successo, viendo con el favor de la fortuna aumentada la vanidad de su imperio [1521] y conquistada (en los primeros albores de las luzes de su gobierno) una plaça donde sus antecessores, desengañados de poderla conquistar, perdieron inútilmente el tiempo, la gente y la reputación.

Entrado ya el invierno, ambicioso el sultán, deseando encadenar las conquistas terrestres con las marítimas para caminar igualmente al logro de la opresión de la Europa, resolvió la invasión de la isla de Rodas, a cuya disposición passó a Constantinopla, en cuyo ingreso (aviéndose puesto a cavallo al amanecer) vio que hazía fuerça para acercarse una muger descabellada arañándose el rostro, con acciones de locura, a quien embaraçavan las guardias el passo. Y reparándolo Solimán, ordenó que la dexassen passar y, sin turbación alguna, le dixo: Tus soldados codiciosos, como inhumanos, me desbalijaron la casa la antecedente noche. ¿Adónde he de encontrar aloxamiento? ¿Y la numerosa cantidad de mis hijos? ¿Y la cama y el alimento? A que respondió el sultán sonriéndose: Muger, si del successo de la antecedente noche no te has acordado hasta ahora, es señal de que has dormido bien. Es verdad (replicó la muger) que he dormido, pero con la confiança de que tú estuviesses despierto, mientras es de la obligación de los príncipes velar los accidentes para la seguridad de los vasallos, como para el castigo de los indignos soldados.

Agradóle tanto a Solimán la respuesta, por prompta y discreta, que mandó a Rusten baxá que la diesse veinte sultaminos de oro (que corresponde a un escudo con poca diferencia) y que la hiziesse restituir lo que la avían quitado, quedando essento por algunos años de todas las contribuciones el village de su habitación.

Después de aver llegado a la Corte, embió a Ludovico, rey de Ungría, dos embaxadores para renovar las treguas, como para adormecer aquellas armas con este motivo hasta conseguir la segunda meditada empresa. Recibieron mal y con desprecio a los embaxadores, en los quales se executó una odiosa injuria por consejo de los sátrapas de aquel reyno, que fue cortarles las narizes y las

orejas con ofensa de aquella razón de las gentes, en cuya inmunidad se han mantenido las embaxadas. Crueldad que pareció ejecución de Solimán más que de un rey de Ungría y más adecuada a la resolución de un bárbaro príncipe que de un monarca christiano.

Hizo el sultán introducir algunas espías en la isla de Rodas, que penetrassen con fundamento el estado de aquellas fortificaciones. Y aviendo aprestado en toda forma la armada marítima, que se componía de galeras, caramuçales, saicas y otras embarcaciones de cargaçón, esperavan solamente el embarco de las milicias y el viento favorable para salir del puerto.

[1522] Torneo, segundo rey de los Arjibos, edificó a Rodas, cuya nominación procedió de aver hallado en los fundamentos un hermoso rosal, que en lengua griega quiere dezir *rodos*. Y fue tan celebrada en el mundo por el desmesurado Coloso del Sol (una de las siete maravillas del universo que fabricó Caretes Lidio), cuya altura tenía setenta codos, a quien un terremoto, haziéndole pedaços las rodillas, precipitó en tierra sin que en ningún tiempo se bolviesse a reedificar.

Mabia, capitán de sarracenos que venció a Constante, hijo de Constantino, sobrino de Eraclio, emperador griego, aviendo conquistado la isla, mandó deshazer en porciones la estatua, cuyo metal vendió a un hebreo que, con novecientos camellos, transportó a la ciudad de Alexandría el año de nuestra salud de seiscientos y cinquenta y quatro, mil quatrocientos y setenta años después de su formación. El emperador de Constantinopla hizo donación de esta isla a la religión de San Juan Bautista, que se originó del hospital de Gerusalén con permisión de Su Santidad.

Levántase la isla en el mar Carpacio, en la provincia de Licia, mirando al Egipto por la parte de mediodía y por levante a Chipre, como por el poniente a la isla de Candia. Tiene de circunferencia quarenta leguas, poco más o menos, siendo ameno el sitio como apacibles y serenos los vientos que la purifican. Es la ciudad de forma esférica, a quien ciñen duplicadas murallas que hermocean y defienden treze elevadas torres el ámbito de su recinto, con quien se dan la mano cinco fortificaciones externas construidas con gran magisterio en los sitios más expuestos a la enemiga invasión. Tiene un puerto capaz, que mira casi a la parte del norte.

Era gran maestre de esta sagrada religión Filipino Vilerio Leisledan, bizarro cavallero francés de asegurado valor como de antigua experiencia en las militares armas. Y apenas avía desembarcado en Rodas para exercitar la soberanía de aquel dominio (por averse hallado fuera en el tiempo de la elección), quando le escribió Solimán una carta (en idioma griego) en que le

mencionava el suceso de Belgrado y el estrago de los úngaros, alegrándose de su exaltación con estilo tan orgulloso que parecía cumplimiento y era una declarada amenaza, a que respondió con expresiones que le hazían conocer sin temor alguno, como atento y cortés.

Era sumamente odiosa a los turcos la habitación de estos cavalleros en Rodas porque, infestando continuamente el comercio de Constantinopla, disminuían las rentas del erario real y aumentavan las quejas los interesados de modo que cansavan los oídos del sultán con el continuado recurso de sus lamentos, a que acompañava la exclamación del muftí (su pontífice) representando que la piratería christiana interrumpía las peregrinaciones de la Meca con gravamen de la conciencia de los monarcas que la permitían, cuyo motivo hizo grande impresión en el ánimo de Solimán, exaltador venerable de la propia secta.

La discordia entre los príncipes christianos, como el aver deliberado Selín, su padre, esta empresa y la próspera expugnación de Belgrado, acrecentó el mantenimiento a la ambición, como también las quejas de los cosarios y persuasiones de Ebraín, su favorecido, y en particular las de Curtogolo, que se ofreció al empeño, con que dieron el último impulso a la deliberación, que hasta entonces avía estado en igual balança. Y representándole Pirri baxá los inconvenientes y dificultades de esta empresa, no fueron bastantes a disuadirle de la resolución (estando en el conocimiento de lo mal que les avía ido en ella a sus antecessores, pues avían perdido el tiempo y los exércitos).

Habitava en Rodas un malvado hebreo, a quien avía embiado Selín como espía, y era tan mañoso que de todos los dictámenes más secretos tenía iluminada la Corte de Solimán (que siempre han sido estos verdaderos exploradores de los turcos, quanto más domésticos y confidentes de los christianos). Y para executar con más facilidad estas falaces máximas, se disfrazó con la máscara de la religión christiana con público, aunque dissimulado bautismo y, sirviéndose de un griego (que habitava en Escio) para corresponderse con Solimán, consiguió (con las vivas persuasiones de las cartas) el movimiento para poner en execución la empresa por ser de tanta importancia. No habitava solamente la perfidia en el corazón de los hebreos, pues tenía su domicilio también entre las más graduadas personas, viviendo de camarada con Andrés de Amaral, canciller de la Religión y Gran Cruz (cavallero portugués que, competidor de Leisledan, avía pretendido la dignidad de gran mestre) y, aviendo quedado con la exclusiva, se dexó dominar de la pasión. De modo que, no siendo dueño de sus acciones, encaminó el aborrecimiento contra el gran mestre, como también contra la Religión, faltando a la ley de

Dios y a la fidelidad de su príncipe por no abandonar su vengança, siendo el más principal instrumento que labró la indignidad para ruyna de aquella isla. [1522] Y tenía tan dañado el corazón, que arrojaba sin modestia el venenoso sentir en palabras sediciosas expressando que Lisleadan sería el último gran maestre de Rodas, pues se iba acercando el día de su perdición. Y como por su dignidad tenía intervención en los manejos de mayor sigilo, era preciso que los comprendiese todos participándolos a Solimán por medio de un esclavo que poseía la lengua turca.

Publicávase en la Corte del sultán que el armamento amenaçava a la isla de Chipre (tan mañosos y secretos son los dictámenes de los turcos que amenaçan a una parte para dar la herida en otra), a fin de que con la prevención no les baraxassen el tentativo. Y aviendo embiado el gran maestre a Constantinopla con dineros a un arragucés para que mañosamente penetrasse los disignios enemigos, bolvió con respuesta de que en aquella Corte no se tomava en la boca la isla de Rodas, cuyas falsas noticias hazían mayor juego a la infamia de Amaral para embaraçar las prevenciones, y los votos de los más cuerdos consejeros, exagerando que los turcos hazían tanto daño con la fama y con las sospechas como con la invasión y la fuerça, obligando con estas circunstancias a inútiles desperdicios. Y que después de averse gastado el dinero en varias prevenciones, descargaría el nublado de las armas los rayos en otra parte, haziendo después falta lo desperdiciado en lo preciso de alguna mayor necesidad.

Súpose después que los aprestos eran suficientes para tolerar los obstáculos de un gran sitio, por lo qual, sin dilación alguna, hizo el gran maestre profundar los fosos y restaurar las fortificaciones, como arruynar edificios y jardines para dexar descubierta la campaña y en mejor defensa la plaça. En la relación de las municiones que dieron al maestre hubo considerable engaño malicioso, pues no llegavan las cantidades de ellas con mucho a lo que mencionava la nómina. Y aviendo passado muestra a las milicias, se hallaron efectivamente en Rodas seiscientos cavalleros y cinco mil soldados de facción, sin otros muchos ciudadanos hábiles al manejo de las armas.

Reservó el maestre para su guardia cien soldados escogidos, en cuyo tiempo llegó la noticia de aver salido a la mar la armada othomana, que se componía de trecientas belas, ciento y cinquenta galeras, sesenta fustas, con doze navíos y el restante de diversas embarcaciones de menos porte, en que iban ducientos mil hombres de guerra y quarenta mil gastadores. Y aviendo, con este aviso, despachado el maestre en algunos cayques bien reforçados diferentes cavalleros a noticiar a los príncipes christianos el peligro en que estava la

Religión, y a pedir assistencias para la preservación de tan poderoso enemigo, passó a Roma Fr. Antonio Bossio y, a Carlos Quinto, Ludovico Anduco, como también al rey de Francia, Claudio Ducembilo. Y después de muchas exageraciones y súplicas, no lograron siquiera la esperanza de la oferta.

Llegó en este intermedio a Rodas un esclavo christiano que, aviéndose desprendido de la cadena de una galera othomana después de aver nadado dos leguas, se presentó al maestre previniéndole la llegada de la armada infiel, cuya intención se encaminava a la conquista de aquella plaça y que los generales eran Mustafá de la terrestre y Curtogolo de la marítima.

Concurrió el pueblo en las partes más eminentes de la ciudad a ver la máquina (que con próspero viento caminava a sorberse la isla), cuya obscura selva de abetos, assombrando las espumas, atemorizava el orbe con los decretos de Marte que, en caracteres de azero, expressavan los peligros irrevocables a toda la christiandad.

Llegó en aquella ocasión oportunamente a Rodas Gabriel Martinengo Bresciano, famoso ingeniero, para suplir las necessidades de la defensa. Y aviendo dado fondo el enemigo, no intentó en treze días operación alguna atendiendo a la llegada de las milicias que, en los puertos de Fisco y Macri (en la ribera de Licia), se avían embarcado para incorporarse a la armada.

Dexó el gran maestre su alojamiento y tomó la habitación de Santa María de la Victoria, puesto de menos fortaleza donde en el antecedente sitio hizieron, los turcos, mayor impresión.

Concurrieron a esta defensa cavalleros españoles, alemanes, franceses, italianos y bretones, gobernados de cabos de gran suposición y experiencia. Se alojaron en el recinto de la ciudad, según los quarteles de cada lengua.

Desembarcaron los turcos y, aviendo tomado los puestos, bien acampados, sin dilación alguna con las labores de la zapa, en breve término igualaron las colinas con el plan de la campaña. Una esclava turca con otros de esta secta, ambiciosos de su libertad como de que los othomanos lograsen la expugnación, tenían dispuesto poner fuego en diferentes partes de la ciudad para facilitar la empresa. Y aviéndose descubierto la sacrílega maldad, pagaron en el suplicio el horroroso delito. La primera batería que formaron ofendía a los baluartes de la Provença y de Inglaterra. Y dando principio a la defensa, hizieron los rodianos una salida que executaron con gran daño de los gastadores.

[1522] Componíase el considerable número de la artillería de cañones de extraordinaria grandeza, de culebrinas infinitas de menos porte y de ocho basiliscos que arrojavan algunas balas de madera a modo de bombas llenas de

pólvora, pedazos de hierro y otras mezclas que, rompiéndose con grande estruendo, hazían mucho daño en la ciudad.

Encaminavan los turcos las labores de los ataques con grande aplicación, pero los sitiados, con las salidas continuadas, les impedían el trabajo con mucha mortandad. Y conociendo Mustafá el gran daño que recibían los suyos, procuró repararle con algunas trincheras en que puso mucha artillería asestada a la puerta de la plaça para enfrenar la resolución con el daño. Y considerando el maestre que en las salidas avían perecido algunos oficiales de cuenta, prohibió la continuación de ellas porque no hiziesse la falta de la guarnición menos ardiente la defensa y porque, también, se enflaquecían las fuerças de los sitiados al passo que crecían los socorros en los sitiadores, pues cada día se aumentava el ejército con frescas tropas que marchavan de los circunvezinos payses.

Reforçava el maestre con aplicada prevención los puestos de Inglaterra, España, Italia y la Provença. Y deseoso de penetrar lo más cierto de las resoluciones turquescas, se valió de algunos mañosos rodianos que, en una barca (con el pretexto de vender mançanas), se pusieron adonde dos sedientos turcos, con ánimo de refrescarse con ellas, passaron abordo. Y aviendo entrado en ella, los llevaron a la presencia del maestre, a quien refirieron que caminavan con lentos passos las operaciones enemigas por quanto los genízaros, conociendo la dificultad de la empresa, exclamavan diziendo que los avían llevado a perder las vidas solamente y que se prevenían (inobedientes a los cabos) para una sedición.

Estas verdaderas noticias obligaron a Piri baxá a dar cuenta a Solimán de tales accidentes y a representarle que sería muy necessaria su presencia para sossegar las aguas de estos movimientos que, según alteravan las olas en el golfo de la inobediencia con el ayre de la sinrazón, se podría temer el daño de un temporal considerable, donde fuesse inevitable el naufragio de la reputación de las armas othomanas. Los demás baxaes, opuestos a este sentir, procuravan disuadirle el viage representándole los grandes riesgos de la mar, donde se disputava la vida con los accidentes irremediabes. Pero Solimán, zeloso de la propia gloria (aviéndole dexado su padre por documento que la presencia de los sultanes allanava montañas de dificultades en qualquiera lance), saliendo a toda priessa de la Corte, atravesó la Caria y la Licia y, embarcándose en puerto Fisco, llegó a Rodas, **[agosto, 24]** donde solemnizó el campo su llegada con el disparo de la artillería y mosquetería, como también con la estruendosa música de nácaras, añafes, tambores, timbales y trompetas en demonstración de aplauso universal. Y fue pronóstico infausto que anticipó desmayos fatales, previniendo el último parasismo a la deshauziada Rodas pues, con el empeño

declarado en este monarca, era preciso que llegase la función de ofrecer el pie a la cadena.

Desembarcado el sultán, pasó a su aloxamiento (poco menos de dos leguas distante de la ciudad), dispuesto en sitio eminente y delicioso, cuyo recreo era de uno de los más principales rodianos. Y como el calor natural, vivificado, triunfa de los malos humores del cuerpo humano, así el replendor de los rayos de la presencia de Solimán, deshizo los vapores oscuros que assombraban el espíritu de sus armas, dexando en estación serena de quietud los alterados ánimos del amotinado impulso. Corrió voz de que Solimán avía ido no solamente a enfrenar la insolencia y la cobardía, sino a dar castigo a la rebelión diezmando los amotinados para corregir exemplarmente los delitos que no se debían perdonar. Los mismos que avían desaprobado la empresa como temeraria e inconseguible, la celebraban como fácil y gloriosa, arrojándose a los mayores peligros para labar con alentadas pruebas de valor las manchas con que se avían injuriado cobardemente.

Pirri baxá disuadió a Solimán de la execución de severas demostraciones representándole que los delinquentes eran los mejores oficiales y que asegurava (con la enmienda del corage) cancelarían las culpas passadas y, más templada la ira del sultán, tocó las líneas de la dissimulación en este lance. Y así, con igual ardor y aplicadas demostraciones, estrecharon la ciudad con el disparo de dos mil morteros, pero la espía les advirtió que no gastassen las municiones mientras por aquel camino no hazían impresiones considerables.

[1522] Con incansable perseverancia llevaron los turcos tanta tierra a un puesto necessario, que erigieron una eminencia tan grande, que colocaron mucha artillería con que hizieron experimentar a la plaça más alta la tempestad de los cañonazos. Desembocaron el foso, aviendo conseguido esta demostración por torcidos ataques debaxo de tierra. Y dividiendo las operaciones como las fatigas, Mustafá se encaminó al baluarte de Inglaterra y Acmad al de España, con el aga de los genízaros, como también Piri a la posta de Italia y, trabajando indefensamente, crecía entre las milicias una honrosa emulación para recoger gran fruto de solicitud en las labores.

Estava el puesto de Alemania falto de terraplén, por cuya razón aplicava el gran maestro todos los reparos que podía para su defensa y, exponiendo su persona a la contingencia del mayor peligro, animava a los suyos ardientemente para la oposición. Y los turcos para hazer más resistentes sus trincheras, las avían texido y aforrado por la parte de afuera con tablonos gruesos y laços de mimbre, consiguiendo también preservar sus piezas para que no se las

desembocassen desde la plaça con unas portañuelas que cerravan las troneras, abriéndolas solamente al tiempo de los disparos.

El infame hebreo notició a los othomanos que, desde la torre de las campanas de la iglesia de San Juan, se descubrían las labores de su trabajo, con cuyo aviso dieron principio aquella mañana a maltratar aquella parte con la artillería, de forma que la desfracasaron sumamente. Estaba destinado para la torre de San Nicolás Fr. Gaspar Glior, cuya fábrica erigieron los duques de Borgoña sobre el muelle y estava fundada entre las aguas de la mar, como de antigua descripción se comprehende, alcançándose a leer algunos caracteres que lo testifican. Rechazaron los esfuerzos enemigos con tal valor veinte cavalleros y treientos soldados, que los obligaron a abandonar, como cosa desesperada, la expugnación que se encaminava a los baluartes de España, Inglaterra e Italia. La muralla nueva del puesto de Inglaterra cedió en ruynas la mayor parte del recinto a las violentas continuadas iras de la artillería, sin aver alcançado este daño a la fábrica antigua. La parte que defendían los españoles experimentó igual destrozo, dexando lo demolido más ocasionada la entrada. El baluarte de la Provença sufrió las heridas que le imprimían tres pieças gruesas desde el labio del foso, pero los defensores, burlando el arte con el arte, oponían cortaduras y trabeses a sus ardientes rigores supliendo también a vezes, con la trinchera del pecho, la falta del parapeto. Y manejando el mosquete, no dexaron sin vengança las ofensas enemigas.

Era tal la continuación de los disparos del campo infiel, que quanto reparavan en un día los sitiados en las ruynas de las brechas, tanto más destruían en una hora. Y porque el baluarte de Inglaterra estava más demolido, le reforçó el maestre con otros cinquenta cavalleros, quedándose con ellos para assistir a la defensa. En el puesto de España murió Juan de Barbarano, pero no sin vengança porque una culebrina de aquella posta le quitó las piernas a un renegado, cabo de la artillería turquesca, hombre de estimación entre ellos como de no común habilidad.

[1522] Diez y siete áspides de metal fulminavan con veneno ardiente el baluarte de Italia, en cuya muralla apenas se divisavan algunos rasgos del arte mal delineados (como borrador de una tyrana violencia) reduzidos al caos de una dessolación que executó su marcial ponçoña. Dispuso una salida el ingeniero Martinengo como precisa, encargando sus efectos a Bartolomé Siciliano, que con dozientos hombres atacó las más abançadas guardias enemigas y, aviendo degollado la mayor parte, puso en fuga a las demás. En esta ocasión casi se tocó un arma muy recia, a cuyo movimiento acudieron muchos mancebos rodianos para assistir a las murallas. Y aviendo encontrado en el

camino una tropa de esclavos turcos, con más ira que razón y con más pasión que fruto, passaron a cuchillo ciento y veinte disculpando la ejecución con el pretexto de que, siendo infieles, por odio como por vengança, podrían conspirar en algún lance para que se perdiessse la ciudad con el deseo de la libertad, como de que tuviesse fin el inmenso trabajo con que assistían a las fortificaciones. Y no ay duda en que fue pérdida considerable por la necessidad que avía de gastadores y eran necessarios, aunque enemigos, para este ministerio.

Caminavan las operaciones del sitio muy a favor de los infieles por aver guiado, a diferentes partes de la ciudad, cinqüenta y quatro minas (bien que muchas se desvanecieron encontradas de la buena disposición del Martinengo por medio de los dados que, en templados atambores al movimiento de los golpes subterráneos, mormuravan las violencias de la zapa).

Dispusieron de modo los turcos las labores que, profundando el terreno, transitavan por irregulares líneas de unas trincheras a otras, encaminando la aplicación con igual acuerdo a la dessolación de las murallas, pero los rodianos, vigilantes con estudiada demonstración, no se dormían en la defensa, pues en las contraminas hazían grande estrago en los infieles con las granadas y otros instrumentos de fuego. Bolaron los turcos una mina en el bastión de Inglaterra tan preñada de pólvora que, al abortar el incendio, arruynó gran porción de la muralla, cuyo deslizado terraplén en peynadura fácil permitió a los enemigos el passo para que arbolassen sobre la ruyna siete estandartes. Y a no aver prevenido el Martinengo la defensa con una cortadura en aquella parte antecedentemente, les huviera sido fácil el ingresso en la ciudad.

Estava en esta ocasión oyendo missa el maestre y, noticiado del estruendo como del aviso, socorrió la brecha tan a tiempo con el esquadron que le assistía que, con pérdida de dos mil turcos y las insignias mencionadas, desaloxaron el puesto retirándose maltratados, aviendo perecido entre los más graduados de la Religión Fr. Gabriel Pomelot, teniente general, sacando una herida en un ojo también Miguel de Agrilmont, general de las galeras, sin otros cavalleros que, por no tener puesto, no se haze mención de ellos en particular. Fray Miguel Pojio, governador de la más abançada fortaleza, dio aviso al maestre que algunos sugetos de la plaça se comunicavan con los turcos y confirmaron lo mismo dos esclavos infieles (prisioneros en una salida), confessando que personas de suposición revelavan al sultán las más secretas determinaciones. En este mismo tiempo dieron fuego a otras dos minas en la posta de Inglaterra, en cuya brecha Mustafá, con la zimitarra en la mano, hería a los que con promptitud no se ensangrentavan en los christianos. Y llegando el gran maestre con el refuerço, se encendió tan fiera escaramuça que duró tres horas, en la qual murieron tres

sangiacos y tres mil turcos, como también el comendador de la artillería con otros cavalleros.

Quexávanse los genízaros del estrago recibido y Solimán empezó a tomar odio a Mustafá, autor de tan ardua empresa. Y llamando a los cabos, los reprehendió con injuria la cobardía, expresándoles que primero avía de encanecer en aquel sitio que se apartasse de la conquista. Caminava Piri baxá con su ataque al baluarte de Italia con maravilloso progresso, assaltando de noche aquella parte, a fin de que la mosquetería no tuviesse punto fijo en los disparos para lograr en los agressedores aquel estrago que avían experimentado de día.

Murió el baxá de Negroponte herido de un mosquetazo a poca distancia de Solimán, que concibió algún horror, bien que lo dissimulasse. Fue obstinado el trance, en el qual los cavalleros italianos se portaron con valor quitando muchas vidas en el assalto. Descubrióse finalmente la trayción del hebreo, que murió en el suplicio desquartzado. Y Solimán, por avivar a los genízaros con el estímulo de la presa, publicó el saco de la ciudad en caso de que la rindiessen a fuerça de armas. **[1522]** El día veinte y quatro de septiembre dieron un assalto general a los quatro baluartes para separar, con este disignio, las internas fuerças de la plaça, en cuyo tiempo disparavan mucha artillería con arte para que el humo del fuego ocultasse la marcha para llegar encubiertos a la muralla.

Murió el teniente general de Mustafá guiando los genízaros a la brecha, en la qual pelearon con inexplicable corage (no solo los cavalleros y soldados, sino también los clérigos y religiosos de San Francisco, como los viejos, muchachos y mugeres con piedras, azufre y azeyte ardiendo y otros ingredientes), que rechazaron los esfuerços enemigos con grave daño. Y no solamente se contentaron las mugeres con refrescar (con viandas y bebidas) a los cansados, sino que, arrojándose al combate, murieron algunas para exemplo de la obligación christiana.

Una griega amiga de un capitán de su nación, a quien avían traído a su casa muerto desde la brecha, de quien tenía algunos hijos (ofendida de la muerte de su galán), abraçándolos tiernamente y haziéndoles la señal de la cruz sobre la frente, les dixo: Pedaços de mi corazón, mejor será perecer a mis manos que a las de los inexorables bárbaros enemigos de nuestra santa fe católica y, tomando un cuchillo, bárbaramente los degolló. Y poniéndose después los ensangrentados vestidos del cadáver, con un chuzo en la mano se arrojó entre los enemigos, donde hirió mortalmente a un genízaro, de cuya resulta (aviéndose defendido de los demás varonilmente) passó a la otra vida aviendo cumplido con su amor y con su barbaridad, como también con su religión.

Atormentava el mayor peligro al baluarte de España, por quanto el aga de los genízaros mudando successivamente a los fatigados con las esquadras más frescas, adelantavan con excesso la operación sirviéndose a vezes de los cadáveres azinados en el foso como de escalones fáciles para montar en la brecha. Y haziéndose conocer superior en los estragos, el aga, con intrépidas demostraciones, acalorava a los suyos con el exemplo y con las exortaciones. Y aviendo estado perdido el baluarte, atacó (a los que le avían assaltado) el gran maestre en persona con tanta resolución que, precipitándolos al foso a cuchilladas, les hizo conocer el escarmiento, recobrando el puesto perdido como también los estandartes que avían arbolado en él. Observava Solimán de una eminente colina el ensangrentado empeño y, reconociendo el estrago de los suyos, mandó tocar a retirar por dar a entender que a sus milicias no les hazía abandonar la muralla la fuerça de las armas, sino la obligación de la obediencia que professavan a los instrumentos marciales de sus tropas.

[1522] Pereció en la plaça el comendador de la Romania con algunos cavalleros y dozientos soldados, quedando heridos ciento y cinquenta. Siguieron el exemplo de estos cadáveres doze cabos turcos de gran suposición, como innumerable cantidad de la militar canalla. Y ardiendo el sultán en llamas de ferocidad (con la materia de la ira que le avía subministrado el fatal suceso de los suyos), levantando el incendio su voracidad, inflamado contra Mustafá (que le facilitó con vivas instancias la empresa para aventurarle en ella toda la reputación) mandó que, como a primer autor de esta deliberación, le asaetassen en medio de las tropas, cuya rigurosa demostración desvaneció Piri baxá poniéndose a los pies de Solimán. Y en recompensa de averle criado, le pidió el perdón representando que no la cobardía de los turcos, sino la constancia de los christianos avía hecho parecer hasta entonces tan difícil la empresa, a cuya interposición le perdonó la vida con calidad de que no se le pusiesse delante, alexándole con el pretexto de ocupación en remoto dominio. Vertieron tanta sangre los turcos en el assalto, que tuvieron casi anegado en ella el corazón de Solimán y, consintiendo en el abandono del sitio, empeçaron a desfilas algunas tropas para embarcarse a tiempo que Andrés de Amaral, rebelde como diximos, representando con cartas al sultán la necesidad de la plaça, despertó en los turcos la adormecida constancia que suspendió la deliberación. Y para hazer creer a los sitiados que no entibiava su ardor la firmeza de su aliento, con máxima artificiosa, mandó construir una ciudadela sobre monte Filerno dando a entender con esta demostración que continuaría en el sitio hasta ver en su poder la plaça.

Sirva de vergonçosa reprehensión al enfermo zelo de los christianos que, quanto más abundan las historias de sus trayciones, otro tanto más se ignoran executadas en los turcos, pues siendo infieles en la religión, sobresalen con seguridad en los empeños leales sin que ayan faltado a su obligación con desayre de su garvo en semejantes materias. Estava enteramente demolido el baluarte de España, en donde una desmandada flecha, cevándose en la niña de un ojo del ingeniero Martinengo, si no le extinguió la vida le apagó aquella luz por lo menos, dexando ciegos a los sitiados porque en las operaciones de las líneas caminaron a oscuras desde allí adelante, por ser el vivo esplendor que guiava con seguridad las execuciones.

Treinta y quatro días estuvo el gran maestre fomentando la muralla de España. Y por la escasez de gastadores se comprehendió la falta de los esclavos degollados, que con fructuosa experiencia avían ayudado a las labores antecedentes. Permitted Dios que se descubriese la trayción de Andrés de Amaral por medio de un criado suyo, llamado Blas Díez, que salía todos los días en punto de mediodía a la muralla con una ballesta. Y aviendo observado como novedad esta continuación algunos, se aplicó la sospecha zelosa de su operación a seguir sus ocultos disignios como indicios claros para su prisión, el qual a pocas instancias de seguridad confessó aver arrojado (de orden de su amo) algunas cartas al ejército enemigo con las flechas después del assalto general, en que noticiava a Solimán la necesidad que padecía la plaça, como también la falta de municiones, con cuya declaración se asseguraron los juezes de la persona de Amaral que, reconvenido con la deposición del criado, negó el delito por miedo de que le confessassen pero, convencido con evidentes indicios, le cortaron la cabeça a quatro de noviembre. Y hecho quartos, le pusieron a vista de los turcos en los quatro baluartes, maltratados de las furias othomanas, siguiendo el criado en la horca el exemplar del amo.

La superchería de diez y siete pieças gruesas de artillería avía demolido el baluarte de Italia, en donde fue preciso (para labrar una cortadura que ayudasse a la defensa de aquel puesto) derribar la iglesia de Santa María de la Victoria y el oratorio de San Pantaleón, si bien, por falta de gastadores, caminaban las operaciones a lento passo, siendo cierto que si los turcos huviessen perseverado en el obstinado esfuerzo con la violencia de las armas, sin duda alguna huvieran avassallado la ciudad aceleradamente. Pero después de la partida de Mustafá, encargándose Acmad baxá, ingeniero, de la expugnación, caminava el trabajo con passos cautos y militares con ánimo de comprar la victoria con poca sangre.

Hallándose Antonio Bonaldi, veneciano, el primer día de diziembre en la defensa del baluarte de España, rechaçó algunos turcos con gran valor quitando la vida con la pica a un genízaro y herido a otros, pero aviéndole cortado la asta con una zimitarra, quedó malherido en una pierna, cuya circunstancia no le embaraçó para continuar en el servicio de la Religión executando acciones honradas en todas las ocasiones del sitio. Y siendo este sugeto de ordinaria y baxa calidad (contra el estilo y las leyes de la Religión), le hizieron cavallero por sus méritos. Estaban las cosas reduzidas a tal extremo, que le faltava de vida a la plaça quanto se perdía en ella de terreno, pues los turcos cada día más abançados en las labores se internavan en lo más vivo de la ciudad.

La gran mortandad de los turcos no avía entibiado el ánimo ni el esfuerzo de los demás, pues con nuevas demonstraciones de arrojo continuavan los assaltos, a que se oponían los christianos con igual constancia, aunque con desigual fortuna. Embió Piri baxá un ginovés a los sitiados a persuadirles que diessen fin con la entrega de la plaça a la última ruyna, que les prometía mayores pérdidas y que se tendría atención a cumplirles honradas capitulaciones si se reduzían. Y en caso de no hazerlo, experimentarían una sangrienta dessolación en esclavitud miserable los que salvassen las vidas.

No quiso el gran maestre dar atención a semejante plática (de cuya tentación suelen nacer los pecados de las entregas de las plaças). Los del pueblo (con algún sentimiento) viendo que el maestre resistía la proposición, mormuravan (con atrevidos conceptos) expresándose que quando se tratava de la preservación universal en aquella isla (en que eran interesados todos por las mugeres y los hijos) si no se ajustava el maestre al bien público, resolverían hazer particulares capitulaciones por sí mismos y, con el medio del obispo y de algunos grandes cruces de más autoridad, intentaron conquistar la firmeza del gran maestre que, acosado de las vivas instancias continuadas, llamó al Consejo y comunicó el memorial del pueblo, introduziendo en él también a los cabos militares destinados para la defensa de los más principales puestos, a fin de que refiriessen la verdadera postura del estado de la plaça. Los quales representaron que las trincheras estavan abançadas en la ciudad más de cien pies a lo largo y setenta por través, y que se hallavan consumidos de gastadores como de gente por aver perecido los mejores soldados y que, sin un pronto y considerable socorro, era preciso que la plaça experimentasse el último desaliento. Todo el Consejo fue de contrario parecer al sentir del maestre, representando que sería bien salvar al inocente pueblo como también muchas reliquias y cuerpos de santos, con un pedaço de la santa cruz en que murió Christo, nuestro bien.

Dudava y temía el gran maestre que no cumpliría Solimán la palabra en las capitulaciones por el sentimiento de la no bien curada llaga de enemistad, deseosa de vengança, a causa de las presas hechas por las galeras de la Religión en la Turquía, como también por el dolor del estrago recibido en los trances de aquel sitio. Y en medio de los discursos que congoxavan el dictamen en perplexa deliberación, le dieron una carta del sultán en que le exortava (con expresiones sobervias y arrogantes) a rendir la plaça con honestas condiciones de pactos honrados. Y en caso de que resistiese la proposición, le asegurava también que con sangrientas crueldades castigaría la resistencia en caso que a fuerça de armas dominasse la ciudad.

El Consejo secreto, como el general, aprobaron la resolución de atender a las proposiciones del ajuste, para cuyo efecto destinaron a Antonio Pasin y a Roberto Piruzi, que passaron al campo enemigo introduziendo en la plaça en rehenes un sobrino de Acmad baxá y un acreditado intérprete de la lengua, en cuya tienda esperaron la audiencia de Solimán. Y aviendo llegado a su presencia, les dixo que sin dilación entregassen la plaça y que dexaría salir a los cavalleros con toda seguridad y también el bagage, y no de otra suerte porque estava resuelto a no abandonar empeño en que interessava la reputación, aunque se eternizasse en el sitio. [1522] Y aviéndose quedado el cavallero Pasin en el campo (en quanto el Piruzi noticiava a la ciudad la proposición y bolví con la respuesta), algunos ciudadanos amotinados se presentaron al maestre diziendo que, sin intervención y noticia suya, no se debía concluir acuerdo alguno, pues se tratava de la patria, de la libertad y de la hazienda y que era menor mal morir con la espada en la mano en defensa de la fe que perecer a manos de los turcos a sangre fría, rendidos a la confiança de la paz, como les sucedió a los de Belgrado.

Assegurado el maestre de que esta arrogancia no correspondía con las obras, les dixo con apacibles palabras que el no aver participado la negociación avía sido porque no se desvelassen y porque, si penetrava Solimán el estado miserable de la plaça, no se huviesse arrepentido del ajuste y que se alegrava mucho de verlos aora más animosos para la defensa de la patria que antecedentemente, por la qual vertería también la última gota de sangre. Y consiguientemente se nombraron otros dos embaxadores, que fueron Raymundo Marquet y don Lope de Paz, español natural de Salamanca, cavallero de sobresalientes prendas en lo militar y político. Y aviendo comparecido (por medio de Acmad) en la presencia de Solimán, le representaron que no eran bastantes tres días de treguas para minutear las capitulaciones y ponerlas en toda forma, por ser los intereses del pueblo de griegos y latinos, por cuya razón les

convenía ampliarlos para dar tiempo al concierto como a la conclusión. A cuya propuesta respondió Solimán, si bien con un movimiento exterior que manifestava la aversión que tenía a los tratados, de donde nació dar orden de que se rompiessen las treguas y renovassen las baterías. Y prosiguiendo en las labores, bolvió el uno de los embaxadores a la plaça, quedándose el otro en el campo por no cortar el hilo de la negociación totalmente. Y viendo el gran maestre renovados los ataques, llamó a los ciudadanos que antecedentemente avían disparado cargas cerradas de palabras, sin la munición de las obras, y les dixo que se portassen aora con más valor que en lo passado porque ya avía llegado el tiempo de mostrarlo. Y mandó echar un vando, que todos los hábiles para el manejo de las armas se confriessen a los puestos destinados sin abandonarlos de día ni de noche, pena de la vida, ordenando también poner su tienda de campaña en la posta de España a la frente del mayor peligro. Y aviendo obedecido por dos días el vando, un mancebo cansado de reposar al sereno se fue a dormir a su casa, tomando después el sueño en la horca para una eternidad. Y como no acostumbrados los ciudadanos a los riesgos de los hazarosos ejercicios de la guerra, y a las vigalias de las centinelas, abandonavan poco a poco las defensas, de modo que a no hazer frente ayrosa a los peligros de los assaltos el gran maestre, huvieran conseguido los turcos a fuerça de armas la ciudad. Y aviendo quedado algunos mal heridos en el requentro del baluarte, inficionaron con el temor la constancia de los demás que, solicitaron con el maestre, diesse permissión para que a los cavalleros embaxadores se agregassen otros dos populares para tratar la seguridad de las vidas y de las haziendas. Y conseguida la súplica, nombraron para este efecto a Pedro Singlitico y a Nicolás Vergonti que, assiendiendo al cavallero Pasin, bolvieron a encaminarse al aloxamiento de Acmad.

Avía el gran maestre consignado a su embaxador una capitulación, establecida con Baiaceto en los tiempos antecedentes, en que echava la maldición (después de jurada la paz) a sus descendientes si la quebrantassen, cuyo motivo fue máxima para reconocer si quería Solimán (que hazía religiosa observancia la propia superstición) condescender y contentarse con el mejor partido, satisfaciéndole los gastos del ejército en caso de que abandonasse el sitio. Y aviendo leído Acmad la mencionada capitulación, sin poder refrenar la ira que le ocasionó semejante instrumento, arrebatado de cólera le hizo pedaços, mandando con irritación que saliessen de su presencia los embaxadores. Y aviendo llegado en esta ocasión dos gastadores christianos que avían hecho prisioneros en las labores del bastión de Inglaterra, desfogando con ellos la rabia, les hizo cortar las narizes y las orejas y los dedos de las manos,

mandándolos bolver de aquella suerte a la ciudad con orden que refiriessen que haría lo mismo con todos los sitiados, si le davan lugar a rendir la plaça a fuerça de armas. [1522] Y viendo que el mal era incapaz de remedio para conseguir el alivio, mandó el maestre que bolviessen el cavallero Pasin, con los diputados del pueblo, con la cession de la plaça en manos de Acmad, con las condiciones siguientes: Que no se profanarían los templos y que no sacarían a los muchachos del dominio de los padres para hazerlos genízaros. Que no se haría violencia a la christiana religion. Que por tiempo de cinco años quedaría essento el pueblo de todo género de contribución. Que tuviessen libertad los que saliessen de la plaça y seguridad en la honra, como en las haziendas, los que se quedassen en ella y que, no siendo bastantes las embarcaciones para el transporte de los cavalleros y demás vassallos de la Religion, darían algunas los othomanos para que desembarcassen en Candia. Que pudiessen llevar consigo la artillería necessaria para el armamento de sus galeras. Que las demás fortalezas de la isla se entregarían a los othomanos y que el ejército se retiraría una milla de las trincheras para que, con más comodidad, se pusiesse en execución lo capitulado. Que el gran maestre embiaría en rehenes veinte y cinco cavalleros y, entre ellos, dos grandes cruces, como también veinte y cinco ciudadanos. Y que después de averse alargado las tropas la distancia mencionada, embiaría Solimán un cabo con algunos genízaros para custodia de la ciudad. Puede temerse que los pecados de aquellos pueblos fuessen grandes, pues impidieron que los rayos de la divina clemencia assiessen al amparo de su causa, pues dos navíos que avían salido de Francia con todo lo necesario para socorrer a Rodas (combatidos de alterada borrasca), el uno çoçobró en las aguas de Mónaco y el otro, en los parages de Cerdeña maltratado, suspendió el viage por estar incapaz de navegar.

Corrió este mismo infortunio Fray Tomás Neupot, inglés, con otros cavalleros de aquella nación (en un navío cargado de aprestos necesarios y dineros para alivio de la plaça), pues acometido de nebulosa tormenta baró en una playa desierta de aquel reyno donde se fue a pique hecho pedaços. Navegava también la buelta de Rodas Fray Antonio de Cataluña, prior de San Martín, en cuyo viage, acometido de unos cosarios, apenas pudo salvarse maltratado en Bonifacio.

Entró el aga de los genízaros en Rodas con quatrocientos soldados, llegando al mismo tiempo de Soria Ferut baxá con catorze mil combatientes para reforçar las tropas, creyendo que duraría más el sitio. Y después de su llegada, el quinto de los doze días señalados para la entrega de la plaça, se introduxeron los turcos por fuerça en ella (con desaprobación de Solimán, según se entendió después), donde executaron violencias, sacrilegios, estupro

y robos. Este fue el mal incurable de Rodas, ocasionado de las innumerables presas que los cavalleros avían executado en el corazón de la Turquía, a cuya vengança se movieron las armas de aquella gran potencia. Remover los humores quando no ay virtud en el cuerpo para superarlos ocasiona ordinariamente la muerte. Y esta se aceleró también de la inflamación que tenía en las entrañas más nobles, de donde nació su trágico fin o, por mejor dezir, su traydora pasión, quando no faltó un Judas que, si no a los hebreos, la vendió a los turcos. Habló en la brecha Acmad baxá con el gran maestre y le dixo que el sultán deseava verle y, poniendo en execución la visita, le admitió el día de San Estevan con toda cortesía insinuándole que podía partir assegurado de que no recibiría violencia alguna. Y aviéndole mandado suministrar lo necessario para el viage, como también el amplio passaporte de seguridad, salieron los christianos de la plaça al cabo de seis meses de obstinada opugnación, aviéndose rendido a Solimán y resistido antecedentemente a Mehemed, su antecessor.

[1522] Murieron en la conquista (por declaración de Acmad) quarenta mil turcos y salió la Religión (arrojada de su propio nido) con cinquenta embarcaciones, en que iban cinco mil personas, aviendo dominado aquella isla ducientos y diez y seis años y, aviendo zarpado, pusieron las proas a Sicilia. Y desembarcando en Candia (para repararse), los recibieron en aquellos pueblos con tiernas lágrimas por mirar retratada (con vivos colores en la presente tragedia) la imagen de la futura representación de sus desdichas.

Entró Solimán triunfante en Rodas y dio orden para la restauración de las murallas. Y viendo adormecidos a los christianos en profundo letargo de un sueño desayrado, meditó lograr nuevas conquistas antes que despertassen para el reparo de tantas pérdidas. Y dando la buelta a Constantinopla cargado de aplausos y despojos, se discurría en aquella Corte que, aviendo conseguido felizmente la empresa de Rodas (aún no bien cicatrizadas las antecedentes heridas de la Ungría), afilaría la zimitarra para executar nuevos estragos en aquel reyno, donde aquellos naturales, pereçosos en el ocio como también divertidos en opuestas facciones, no atendían a la común defensa.

También en los dominios como en los cuerpos humanos, la discordia de los humores ocasiona la corrupción y la muerte de la libertad. Avía quatro años que el rey cohabitava con su muger sin sucessión, a cuya causa la facción Zapullana no abandonava las esperanças de que, faltando la posteridad a Ludovico, pudiesse Juan fabricar seguras escalas para intentar la subida al solio. Y no teniendo el rey más que veinte y un años, al ruydo de los movimientos de Solimán (que se oían en toda la Ungría), se vio precisado a ponerse a cavallo anteviendo el peligro que le amenaçava para encontrarse con las

descomodidades inevitables de la guerra y, [1525] para no quedar solo haziendo oposición a la frente de tan grandes fuerças (siendo las suyas tan inferiores), imploró el auxilio de los príncipes christianos embiando embaxadores a Ferdinando y a otros potentados del imperio (que en aquel tiempo estavan congregados en Espira).

No omitía el rey diligencia alguna en excitar a los magnates del reyno a la disposición de las prevenciones necessarias, pero mal obedecido, (si no es en lo que tocava a los intereses de los varones) no gozava de rey más que el nombre, mientras la autoridad (entre los eclesiásticos muy poderosa en aquel reyno) estava dividida, por lo qual todo se encaminava con dañosa floxedad y más tarda execución. En Turquía era muy al contrario porque Solimán (monarca absoluto y severo) se hazía obedecer de todas maneras y tenía prevenida su formidable armada de todo lo necessario para entrar en la Ungría.

[1526] Salió finalmente el rey Ludovico de Buda acompañado de poca cavallería y, mientras los úngaros con tibia aplicación dilatavan unir las milicias, vigilante Solimán en sus propios intereses atacó a Esbaradino con tanta violencia que, assaltando las murallas, sugetó a viva fuerça la plaça. Contristó el infausto aviso el tierno corage del rey, criado con el alimento de la quietud de la Corte y, aunque no acostumbrado al estruendo de las armas ni a los infaustos sucessos de la guerra, avía resuelto atacar a los turcos en el passage del río Draba para tenerlos no solo distantes del centro del reyno, sino por coger aquellas ventajas que le ofrecía la fortuna en el esguaço con la oposición de una armada prompta para disputarle el tránsito. Pero las órdenes, distribuidas a los varones para que marchassen a aquella parte con las tropas, fueron comentadas y no obedecidas, reusando (con el pretexto de privilegios) el salir, diziendo que no era de su obligación militar no estando el rey presente, cuya desayrada circunstancia ocasionó gran detrimento a la causa pública.

Era universal el deseo de saber a quién se encargava la suprema dirección de las armas úngaras. Y aviendo tomado el rey los pareceres de los varones más principales, declaró por generalíssimo de sus tropas a fray Pablo Tomoreo, que avía sido religioso de la Menor Observancia y, entonces, era obispo colocense. Y aunque antes de entrar en la religión tuvo algún empleo militar, no fue igual al empeño en que le ponía la obligación de general, pues sin la experiencia adquirida en la campaña en muchos años, se camina a encontrar los sucessos sin luz para el acierto. Casóse en el siglo con una dama (de proporcionada calidad) que anticipadamente passó a la otra vida sin llegar a la consumación del matrimonio. Y queriendo después juntarse en segunda boda con una viuda, establecidas, pero no logradas, las llanezas del desposorio, imitando a la primera,

murió también. Y asombrado con estos accidentes, temió que alguna constelación repugnante al estado de casado le cortava las alas a la inclinación para que no bolasse a la esfera de aquella deliberación, con que no se supo si inspirado o desesperado tomasse el hábito claustral. Y si fue desesperación, no le cessó quando le eligió el rey para general de las armas pues reprobada de todos, la exaltación, dezían universalmente que avía gran diferencia en regir los religiosos o en gobernar los soldados, siendo más adecuado el sugeto para pedir a Dios perdón de las culpas con las oraciones que para rechazar los enemigos con las armas. Y assí, anticipando las inmensas desgracias con infaustos pronósticos, temían y asseguravan que la enfermedad del reyno era mortal, como incapaz de remedio, pues se conocía que estava para exalar la respiración del último aliento quando avían encargado su curación a quien ignorava los accidentes que padecía para la aplicación de los preservativos.

Conocía el rey, aunque de poca edad, la calidad del riesgo como la desproporción de las fuerças y deseava que su exército (acampado entre Bathan y Ostia, en un puesto cerca de una laguna causada de las inundaciones del Danubio) se retirasse hasta que se incorporassen con él los refuerços que marchavan en su socorro, por no experimentar la violencia de tanta desigualdad y verse precisado a pelear de esta suerte con los infieles. Y assí, puso esta deliberación en consulta en su presencia, votando en esta forma Fray Pablo:

Obligado (con la orden de V. Magestad) a dezir mi sentir sobre si conviene que se retire nuestra armada (inferior a la enemiga) por no aventurarla a un ventajoso trance de batalla, reverentemente propongo a V. Magestad que la retirada fue siempre un conocido indicio de temor, cuya execución pone en mayor orgullo a los enemigos como en temor conocido a los christianos. Y no es fácil combatir a los infieles con iguales fuerças, por ser siempre las suyas mayores, y a nosotros toca sobrepujarles en el coraçón. El más fuerte nervio de las esquadras genízaras se ha desmembrado en el constante sitio de Rodas y en la valerosa defensa de Belgrado y, aunque es verdad que Solimán con la fuerça violenta de sus armas ha conseguido ambas empresas, no las ha logrado sin grande estrago pues, en los mencionados trances, han perecido los más experimentados soldados, preservándose los de poca cultura en el manejo de las armas solamente para que V. Magestad (con el ardor de los suyos) los destroxe. Y aunque es verdad que es numerosa la armada de Solimán, también es verdad que en lo eccessivo cabe la confusión y no es fácil que dexede embaraçar la multitud con exceso a la más acertada execución y, más, quando ay muchos desarmados, componiéndose la mayor fuerça de tértaros, balaquios y modabos, gente más acostumbrada a la fuga que a la oposición. Y siendo christianos los últimos, combatiendo contra nosotros, pelearán contra sí mismos y lo ejecutarán solamente con ánimo de lisongear a los turcos y sin deseo de ofendernos. Y assí, es preciso que Dios assista a su propia causa quando nosotros no la olvidamos y, quien empieza a retirarse,

da principio a ceder pues, abandonando la campaña sin pelear, dexa el reyno sin resistencia. No demos a entender a los soldados que nos entibia el temor el espíritu quando nuestra retirada podrá combidarles con la fuga y assí, algunas vezes, debe suplir la virtud al número y la constancia a la ventaja.

Y opuesto a esta expresión, el obispo de Varadino dixo assí:

La opinión de monseñor Tomoreo es más atrevida que cauta y no se deben exponer los reynos sobre el tablero para jugarlos en una sola partida con tanta desigualdad de fuerças. Y tenemos una doctrina en el Deuteronomio que nos advierte que la temeridad siempre es desagradable al cielo, pues dize: “No tientes a Dios, nuestro señor”. Y tentar a Dios, no es otra cosa que emprender temerariamente un arrojio en que puede ser que no nos assista, porque los milagros no suelen seguir el camino de nuestros caprichos y de nuestras passiones, por lo qual debemos regularnos con los medios humanos para que, si nuestras interpressas no salieran a nuestro favor, disculpemos la divina providencia y no nuestras imprudentes determinaciones. Y es cierto que, perdiéndose la batalla (que es fácil con tanta desproporción de fuerças), experimentará el reyno desayradas sujeciones a la disposición del vencedor.

No niego que el retirarnos a la vista del enemigo es peligroso, pero haziéndolo anticipadamente, por atender a las fuerças que de todas partes marchan contra nosotros, es partido seguro como prudente y, más, quando la guerra no admite el segundo engaño por disculpa y se aventura con el error el suceso, aviendo mostrado la experiencia en muchos lances que los combates desproporcionados han conseguido pocas vezes privilegiados favores de la fortuna.

No niego que tiene el turco en su ejército mucha gente baxa, insuficiente y desarmada, pero tampoco dudo que forman sus esquadrones quarenta mil genízaros veteranos capaces en el manejo de las armas, como acostumbrados a muchas expugnaciones, y que saben tolerar conformes las descomodidades de la guerra. Y qué diremos de cien mil cavallos, los setenta mil espais, que en alas de batallones formidables apenas hallan terreno para su formación, oprimiendo con la pista la campaña, a vista de los quales apenas se perciben las nuestras, assombradas de tan ardiente arrogancia que, fomentada de la presencia del sultán, es otro tanto más insuperable, porque es soldado y es valiente y corresponde cada militar a su obligación como un Marte por respetos del premio y del castigo. Nosotros tenemos solamente treinta mil combatientes y más de otros tantos están sobre la marcha para llegar a socorrernos. Esperemos su llegada sin provocar con anticipada impaciencia nuestro destino, pues no es cobardía cejar dos passos atrás para incorporar más la fuerça a la resolución y dar un gran salto adelante, mejorándose en el empeño, con la espada en la mano. Además, que no es retirada cobarde la que se executa por cautela y no por escusar la batalla, sino por no pelear con desayre a vista de tanta desigualdad.

Razón es confiar en Dios, pero sin olvidar los humanos medios pues, casi siempre, suele ser más propicio a los más fuertes esquadrones y, assí V. Magestad, podrá servirse de

mandar retirar las tropas a sitio más ventajoso donde, aseguradas con trincheras, pueda esperar los socorros que vienen caminando. Y de otra suerte, protesto que si nos dexamos llevar de las opiniones demasidamente temerarias y ardientes, más que justas y niveladas, para llegar al trance de la batalla, en la qual se expondrán treinta a pelear con ducientos mil, será funesta y memorable, porque se agregarán al martyrologio (sacrificados a Dios) treinta mil mártires degollados a las manos de los othomanos victoriosos, no porque sean invencibles, sino porque son innumerables.

No tuvieron lugar en la estimación de los más las cuerdas consideraciones del buen obispo, porque quando los sucessos caminan a encontrarse con la perdición, las prevenciones maduras passan plaça de frenéticos delirios. Y conociendo el rey que convencían las razones y justificado zelo de este varón (bien que mal atendidas de la mayor parte de los cabos), embió el día subsequente al canciller a la armada para que persuadiesse al palatino y al arzobispo de Estrigonia a seguir el dictamen del obispo de Varadino, pues a su exemplo imitarían los demás su parecer en la retirada para dar tiempo a que llegassen los refuerços de Transilbania, Boemia y Morabia, como de la Silepsia y Croacia, y que les acordasse también la preservación de un reyno propugnáculo de la christiandad. Y aviendo representado el canciller con eficaces expressions quanto le avía mandado el rey, halló los ánimos de todos persuadidos y ocupados con la esperança de la victoria (que a falta de buenos y seguros fundamentos, es engaño pernicioso del deseo que anticipa, con la ceguedad de una confiança, la seguridad de un fatal successo), o ya fuesse que cada uno quisiesse hazer ostentación de su corage o que, quando han de perecer los reynos, se abraçan los peores consejos, deseando llegar a las armas sin contrapesar las fuerças y sin ponderar los accidentes, resolvieron pelear. Y noticiado el rey de esta deliberación, passó al amanecer al ejército y puso en la consideración de los cabos que, estando el enemigo tan cerca, era menester tomar resolución y atender a los socorros por no aventurar la batalla con la desigualdad. Y aviendo preguntado a Fray Pablo la gente que tenía su armada, respondió que treinta mil soldados. Y, bolviendo a preguntar el número de la othomana, dixo que ducientos y cinquenta mil infieles componían las esquadras de aquel cuerpo. Y encogiendo el rey los ombros, replicó el obispo que no avía que temer a los enemigos quando la mayor parte era de bisoños desarmados. **[1526]** Y no obstante tan monstruosa desigualdad, temerariamente resolvieron la batalla.

Acampóse por último la armada christiana en tres trozos, encargado el derecho al governador de la Croacia y el siniestro a Pedro Perenio, quedándose el rey en la batalla, que consistía la mayor parte en cavallería, a la qual estava

agregada la familia real y algunos varones del reyno. Descubriéndose los dos campos hermosamente, formados en el territorio de Moaco una legua del Danubio. Elevábase enfrente de los christianos un collado de bien dispuesta y allanada cima, con un village a la falda llamado Feulduar, en cuya cercanía estaban los enemigos en batalla animados de la presencia de Solimán, temido y estimado de los suyos con extremo. Expuso a los ojos de los úngaros, el palatino al rey, dispuesto a morir por la defensa de la religión, de la patria y del reyno. Y animando a los soldados con una breve oración, les dio a entender que las victorias consistían más en el valor que en la multitud. Y entre tanto los turcos, con varias escaramuças (en las quales tuvieron mejor partido los christianos), divirtieron la mayor parte del día y, quando el sol (después de mediodía) iba caminando al ocaso, ocupó una esquadra infiel (sin ruydo) la profundidad de un valle, a quien cubría el collado, de forma que apenas se divisavan las puntas de las lanças. Y vista la demonstración por el obispo general (temiendo que los enemigos intentavan circunvalar la armada christiana, se lo previno al rey), y mandó a los tres sugetos destinados para su guardia que fuessen a reconocer aquellas tropas, a lo qual no se opuso el rey por no mostrar temor alguno, aunque se mirava desabrigado de la asistencia de aquellos varones para su defensa. Y aviendo hecho la seña de embestir (después de aver quitado los úngaros al alférez real las espuelas para que no pudiesse retirarse con la insignia en ningún tiempo), acometiéndose unos a otros, se empeço la batalla el día veinte y nueve de agosto en que se celebra la degollación de San Juan, pereciendo a los primeros requentros más turcos que christianos, de los quales se entorpeció la constancia en breve tiempo por averle dicho al rey Andrea Batori que se moviesse para acalorar a los úngaros, que iban victoriosos siguiendo a los enemigos. Y poco después, reconociendo desbaratado el querno derecho de los christianos al temor del estruendo de la artillería (que hazía más ruydo que daño), puestos en fuga los cavallos, atropellaron al rey, procurando cada uno negociarse la seguridad por aquel medio.

Parecióle a Solimán imposible aver conseguido la palma de la victoria antes de pelear y vencido en tan breve espacio, por lo qual mandó hazer alto a las tropas (temiendo alguna celada) hasta la noche, que minoró el precio de la victoria a los turcos y fue la salud de los fugitivos. Quedó la artillería y el bagage en poder de los turcos, que se componía de ochenta pieças gruesas y sesenta de menor porte con cinco mil carros, aviendo muerto doze mil hombres con sus oficiales y, quedado prisioneros, mil y quinientos. Y entre ellos algunos de los primeros del reyno, con cuya sangre quiso apagar Solimán la sed de la crueldad, haziéndoles quitar las cabeças en su presencia. Murieron en lo más

caliente de la batalla también el arzobispo de Estrigonia, Jorge Zapullano, el obispo de Bosna, y otros cincuenta varones de suposición, y Fray Pablo Tomoreo, general de las tropas, que pereció a los principios peleando valerosamente. Y aviéndole separado del cuerpo los turcos la cabeza, la pusieron a la vista de todos en una lanza como triunfo. El cuerpo del rey pareció (vestido de todas armas) dos meses después de la batalla en el mencionado estaño, donde se sumergió con él también la prosperidad del infelice reyno.

[1526] Desamparado de todos, el rey, menos de un criado doméstico, se empeñó en querer passar las aguas y, no teniendo quien le socorriese, quedó anegado en el estaño. Y dexando el criado (que se llamava Cetricio) señalada la parte donde avía perecido, recobraron después el cuerpo y le pusieron en Alba Julia (en los entierros de sus antecessores), donde ocupó una urna más para una eternidad. Este fue el funesto fin lloroso de Luis Segundo, príncipe de grandes esperanças si la desgracia no huviesse anticipado el desconuelo en tan tierna edad. Fue ingenuo, liberal, constante y tenaz en la observancia del secreto, como de ingenio capaz, pero sin cultura (siendo muy propio de aquellos a quienes se les encarga la criança de semejantes tiernas plantas, dexarlos sin cultura, para que no produzcan el fruto por sí mismos, por tener en las deliberaciones del gobierno la mayor autoridad, como directores de la persona, queriendo su ambición estenderse y dominarlo todo por sus particulares intereses).

Llegó a la noticia de la reyna el fatal estrago de la armada christiana sin el aviso del funesto sucesso del rey, su marido, por lo qual desamparando a Buda, se recobró en Possonia assistida del nuncio de Su Santidad, encaminando por el Danubio algunas damas con su recámara, que no quedó essenta de la insolencia de los usaris, cavallería ligera nacional, más aplicados al robo que a la batalla, pues desbalijaron sin respecto el bagage real.

Recorrieron los turcos la Ungría antes bolando que campeando la noche y el día después de la victoria y, con crueldad tan atroz que no perdonaron el sexo, ni la edad, inundando la campaña con avenidas de sangre. Y queriendo las madres eximir de esta vexación a los hijos, muchas los cubrían de tierra porque no los manifestasse el aliento con que, faltándoles la respiración, hallavan la sepultura anticipada en lugar de la preservación. Marchó Solimán la buelta de Buda y, encontrándola sin defensa (por averse retirado al castillo la guarnición), después de averla saqueado, la puso fuego llevando consigo a la Corte tres columnas de metal labradas con insigne artificio: una de Apolo, otra de Diana y la tercera de Hércules, que mandó colocarlas en la plaça de Hipódromo en memoria del estrago de la infeliz christiandad. Y aviéndole presentado en esta bárbara función dos retratos del rey y de la reyna, observando con atención el

de Luis en la flor de su edad, se compadeció culpando el consejo de aquellos que le avían precipitado en tan alta desventura.

No podrán los úngaros hallar disculpa en dos gravísimos errores executados, el uno como de escaso zelo con su rey quando le dexaron sin custodia en poder de la fortuna, expuesto al arbitrio de tantos accidentes, no sucediéndole assí a los turcos mientras el esquadron donde assistía Solimán se componía de las más escogidas esquadras genízaras. Y huvieran perecido mil veces todas antes que abandonar a su monarca y, con razón, porque la seguridad del rey trae consigo la preservación de la salud de los reynos y, por el contrario, se lleva la ruyna arrastrando tras sí los más floridos imperios. Y esto no lo ignoran los úngaros, pues no pudieron bolver a levantarse después del trágico fin del rey, aviéndolo experimentado antecedentemente también los turcos en la derrota y prisión de Baiaceto en la famosa batalla del gran Tamorlán, en cuyo conflicto estuvo para arruynarse desde los cimientos aquella monarquía.

El segundo error fue aver tenido más impaciencia para anticipar el choque que corazón para mantenerle, precipitando con despecho en una resolución muchos socorros que marchavan a incorporarse con ellos. Y apenas acabó de suceder la fatalidad quando tuvieron aviso de que Juan Zapullano, prefecto de Transilvania, avía llegado a Baradino con treinta mil combatientes y el Franchipani con quinze mil croatos y no menor número de boemios y morabios a Alba Real, obedeciendo las órdenes del marqués de Brandemburg, cuyos refuerços unidos al principal cuerpo componían un ejército de cien mil combatientes. Y huviera sido muy possible que, trocada la escena, se representara la tragedia en el teatro othomano y no en la Ungría, con tantas lágrimas del christianismo, aviéndose cumplido tan funesta dessolación en la profecía mencionada del obispo de Baradino **[1526]**.

Era tan grande el espanto y el abandono en que se hallavan las plaças (por el terror universal), que ninguna se huviera sabido resistir dos días si los enemigos (aplicados a la debastación de la campaña) huviessen intentado su conquista, naciendo esta inadvertencia de algunas rebeliones que se movieron en la Natolia, cuyo motivo precisó a Solimán a que abandonasse a Buda y otros lugares murados, sacando los presidios, que importavan veinte y cinco mil soldados para acudir al remedio.

Importó la pérdida en el reyno de Ungría, con los que perecieron después de la batalla en las correrías (incluyendo los esclavos) cien mil almas. Una copia de este funesto original se vio en Portugal el año de mil quinientos y setenta y siete (que, por la correspondencia como por la igualdad del desastre, merece que se haga memoria de ella en breve narración).

Jerife, rey de Marruecos (por última disposición, antes de morir), substituyó el dominio de sus Estados en sus propios hijos, sucediendo el uno al otro anteponiéndolos a los de Abdalá, su primogénito (nietos suyos) y, aviendo subido al solio (por hazerse conocer padre afectuoso y fratricida cruel), se sirvió (para deshazer el testamento paterno) de la guadaña de la muerte, precipitando en el sepulcro a los hermanos por exaltar a los hijos.

[1526] Muley, Moluc y Arenchec (por salvar las vidas) passaron a Constantinopla. Y aviendo muerto Abdalá, empuñó el cetro Mahometo, su hijo, con la exclusión de los fugitivos. Y Moluc (a quien, por razón, tocava el reyno), guardadas las espaldas de los turcos, rompió en tres batallas las tropas de Mahometo que (desamparado de protección) imploró los socorros del rey don Sebastián de Portugal, el cual creyendo esta ocasión oportuna para el logro de sus razones de Estado recibió en su patrocinio a Mahometo.

El ambicioso mira siempre por el rebés de los antojos de larga vista que, disminuyendo las oposiciones, hazen más pequeñas las dificultades. Y recogiendo poderoso ejército (pero no igual al de los moros), se embarcó tomando puerto en África, donde acampadas unas y otras tropas no lexos de la ciudad de Alcaçar, una espaciosa llanada les ofreció capaz y acomodado sitio para la campal batalla. Estava Moluc assistido de mayores fuerças al doble que el portugués monarca y, atacando con igual valor el trance (aunque con desigual fortuna), declaró esta deidad de los sucessos el litigio a favor del más poderoso. Y ganando la batalla los moros, quedaron los christianos hechos pedaços, aviendo perecido en el requentro tres reyes, el lusitano y la mayor parte de la nobleza. Mahometo, su confederado, al esguaçar un río y Moluc, victorioso, en su propio aloxamiento oprimido de un accidente de apoplegía al empeçar el combate.

[1526] Arenchec, su hermano, consiguió el fruto de la victoria y entró triunfante en la ciudad de Fessa con la piel de Mahometo llena de paja, como cruel trofeo de su victoria. El cadáver del rey don Sebastián no se halló, aunque le buscaron algunos, bien que los portugueses no le confessavan muerto cien años después del successo. Y muy pocos después de su pérdida, se dexó ver en Venecia un hombre que publicava ser el rey don Sebastián que, aviéndose salvado de la batalla y escondido, como dezía, en los desiertos de África, passó después a Italia. Y se hizo reconocer de algunos mercaderes portugueses y el embaxador Mendoça dio las queexas al Colegio declarándolo por embustero, aunque los enemigos de la casa de Austria lo divulgaron por el verdadero rey.

En aquel tiempo, amaneció sobre la puerta del palacio de Lisboa un cartel que dezía: Viva el rey don Sebastián, habitante en Venecia. Y Christóval de

Portugal, hijo bastardo de don Antonio, prior de Ocrato, pasó desde Olanda a Venecia para reconocerle. Y dizen también que, aviéndole cogido en Florencia (después de aver salido de Venecia), le llevaron a Nápoles y se le entregaron al conde de Lemos, su virrey, con quien jugó la pieza de mandarle cubrir con magestad sossegada. Y que aviendo sido el conde (antecedentemente a su perdición) embajador en Portugal, le avía hecho mención de algunas negociaciones que avían pasado entre los dos. Y, en suma, el color, la estatura, la voz y una mancha, o señal, que tenía semejante a otra del verdadero rey y las particularidades mencionadas, hizieron creer a muchos que era el mismo don Sebastián. Y si fue falaz (como se cree) su representación, supo imitar con verosimilitud lo cierto y lo menos verdadero, pues le dieron possession del reyno en la mar y el cetro en un remo.

No avrá sucedido paralelo más trágico y más uniforme que el de estos dos reyes: Luis de Ungría y Sebastián de Portugal. Entrambos jóvenes y con fuerças inferiores a los enemigos, como últimos en sus reales líneas y dominantes en dos reynos antemurales de los mahometanos en las dos extremidades de la Europa, muertos en batalla con la flor de la nobleza a los filos vengativos de las zimitarras turquescas y gobernados los exércitos por la mayor parte de la autoridad de prelados, sepultándose con sus cadáveres las glorias de tan famosos reynos. Assí la Ungría como Portugal cayeron en la casa de Austria, aquel en poder de Ferdinando y este en Felipe Segundo, por herencia de hembras entrambos, por Ana el úngaro como el portugués por Isabel.

Nacieron en el uno, como en el otro, guerras civiles. Fomentadas en el primero de Juan Zapullano y en el segundo de don Antonio, prior de Ocrato, hijo bastardo del príncipe Luis, aclamados y aplaudidos de los nacionales por aversión natural a los forasteros, paralelo igual en los sucessos como en las desgracias a favor de los infieles y en desayre de los christianos, siendo solo diferentes los lugares donde se representaron estas tragedias.

Fin del Libro Tercero.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO CUARTO.

Dexóse ver finalmente Juan Zapullano, prefecto de Transilbania (después de averle llamado con algunos correos en socorro del rey y de la patria), con las más vigorosas fuerças de aquella provincia, porción principal de la Ungría, que se componía de treinta mil combatientes. Pero llegó después de averse hecho desear por la dilatación de las marchas, consumiendo más tiempo del que necesitava para su viage, con cuya demostración calificó maliciosa la tardança, pues llegó a tiempo de recoger los fragmentos del fracasado baxel (que se hizo pedaços en los azerados escollos othomanos), faltando a su obligación en lo primero por no dexar de asistir en lo segundo al deseo de fabricar su fortuna sobre las ruynas del abatido reyno, aviéndole mormurado algunos que se correspondía por medios ocultos con Solimán. Y si fue cierto no es mucho que, embriagado de una conocida ambición, passasse a premeditar elevarse sobre todos.

Los que (como dependientes suyos) eran interesados en sus aumentos vertían las voces de que, armado y guerrero, era capaz de suceder a Luis como de hazer frente a las othomanas violencias, siendo más seguro partido (aviendo fenecido la línea real) elegir un rey úngaro (interesado en la defensa del reyno como en la conservación de los nacionales) que no poner los ojos en un príncipe austríaco que, poderoso, podría suprimir los antiguos privilegios y passarse a gobernar con dispótico arbitrio y, más, quando era tan antigua la emulación entre alemanes y úngaros por natural antipatía, cuya circunstancia repugnava su dominio, y añadiendo a estas expresiones el Zapullano otras de más eficacia, que fueron conciliarse el aplauso general con palabras doradas que atienden los oídos y recogen las manos.

Era entre los varones del reyno el de más elevada fortuna y, además del gobierno de la Transilbania, poseía en la Ungría veinte y cinco o más castillos y algunas ciudades libres (en empeño, y eran de algunos varones) desde quando salió de Transilbania a socorrer la nobleza oprimida del movimiento de los villanos de la Croacia, por lo qual vivía en algunos la memoria del beneficio para el agradecimiento. Y después de aver asistido al funeral del difunto rey (en Alba Julia), con demostraciones de cariñoso respeto y aplauso general de todos los magnates, recibió la corona y la obediencia.

Sintió mal de esta elección Estevan Batori, palatino del reyno (unido a la reyna viuda y a otros varones de suposición), por no llegar a humillarse a un

émulo suyo y reconocer por superior al de su propia edad, con quien tenía notable aversión por antiguas competencias y, así, esparcía las expresiones siguientes:

Que destruido de los turcos el reyno, con facilidad le dominarían a no elegir un rey que tuviese fuerças adecuadas para resistir al othomano poder y que solo el archiduque Ferdinando podía justamente sustituir al rey Luis, en atención a las mayores conveniencias del reyno y, más, siendo inválida la elección del Zapullano, executada con desorden y sin la observación de las leyes por no aver intimado la dieta antecedentemente y ser más plausible poner en el trono al archiduque que (acalorado del emperador Carlos Quinto) sabría con el azero en la mano ganar lo que el rey Juan huviesse usurpado con el dinero, siendo imposible mantenerse este afligido reyno (sin conocida dessolación) opuesto a un mismo tiempo a las invasiones de Solimán y a las conquistas de Ferdinando y, más, siendo incapaces por sí solos los úngaros (estando abatidos y abandonados) de hazer frente a los enemigos sin el apoyo de los alemanes.

¿Adónde piensa el Zapullano hallar dinero para mantener la guerra, siendo un profundo gasto que apenas pueden suplirle las minas del Pirú y el poder de Carlos Quinto?

A estas eficaces expresiones, agregó el palatino los efectos vigorosos de su aplicación a favor de la casa de Austria. Y aviendo intimado la dieta en Possania, hizo elegir por rey de Ungría a Ferdinando, cuya noticia llegó a los oídos del Zapullano y, aunque aturcido del contratiempo, comprehendió que aviendo descartado los úngaros un rey por otro, se podía temer perdido el juego. Y así, con aquellos de su facción, sobre tan grave accidente puso en consulta la deliberación que se avía de executar. Y atendiendo los demás, votó el Franchipani en esta forma:

Señor, nosotros hemos colocado a Vuestra Magestad en el solio, (a quien toca, validándose de nuestras armas) establecerse en él con valor y no debe persuadirse a que ha de ganar el reyno en pacífica quietud quando diversamente amenazan las políticas constelaciones, porque una corona no puede ceñir dos cabeças: Ferdinando, que la pretende como hereditaria y aspirará a arrebatarla por fuerça no pudiéndola obtener del libre arbitrio, pues las esperanças del negociado no permiten adormecida la solicitud (conductora de las prósperas interpresas).

Vuestra Magestad tiene a sus pies treinta mil combatientes que le han venido asistiendo de Transilbania, passe con ellos promptamente al Austria y, así que prevenido los lances, primero que Ferdinando se arme para la defensa, pues es más seguro encender el fuego de la casa agena que extinguirlo en la propia, cuya atrevida acción executada es preciso que desanime a los que siguen el contrario partido y aumente el crédito y reputación de las armas de Vuestra Magestad que, ocupando el país enemigo, pensará solo en recuperarlo más que en conquistar el ageno dominio. Y entre tanto, con más ventajas se podrán manejar

tratados suficientes en las deliberaciones y, perdida la oportunidad, se desvanecerán los intereses de Vuestra Magestad aventurando que se cambie con el tiempo la fortuna.

Estos consejos que universalmente se creyeron saludables para el rey Juan (desacreditados por demasiado acervo de sus pocos consultores), no tuvieron tiempo para madurarse. Lisongeaban su confianza, creyendo que los que seguían la facción austríaca, por no ver destruido el reyno, abandonarían a Ferdinando para incorporarse a Juan y que, con ajustes de buena composición, se podría allanar tan arduo empeño. Pero sucedió muy al contrario porque los que avían gastado el dinero recibido de la liberalidad del Zapullano, se aplicaron a la adoración de Ferdinando como nuevo sol en el oriente de Ungría, aborreciendo al otro en el ocaso, abandonado casi de todos, como del arçobispoo de Estrigonia (que le coronó) y, aviendo gozado Ferdinando la coyuntura del presente aplauso como del descrédito de su enemigo, recogiendo considerables tropas alemanas, como úngaras, se abançó a Buda para echarle de ella. Y mirándose Juan, ceñido antes de asedio que de la corona y falto de fuerças para defenderse, se retiró con sus tropas recargadas de las austríacas (con pérdida del bagage y la artillería) hasta Tocay. Y mirándole desbaratado los suyos, le desampararon, conociendo que le abandonava su fortuna (que es achaque de la naturaleza humana seguir la próspera y apartarse de la adversa, imitando a la sombra que no acompaña al hombre si no es quando resplandece el sol, durando solo el cortejo hasta que pisa los umbrales del occidente porque le faltó la luz).

Acosado Juan de su destino, cediendo al desastre como a la infelicidad, con poca comitiva, assistido de alguna engañada esperanza, se recobró en Polonia a la sombra del rey, su cuñado, que por no desobligar a la casa de Austria (en el poderoso imperio de Carlos Quinto) se escusó de interessarse en sus dependencias anteponiendo la razón de Estado al parentesco, a que también se juntó la formalidad de la república polaca que no dexa al rey libre el arbitrio de empeñarse sin que lo permita la dieta.

Constituido pues en tal desconuelo, deliberó (con sus más confidentes amigos y con algún polaco de los más allegados al rey) discurrir lo que se podía hazer para enderezar sus torcidos intereses y, disponiendo una Junta privadamente, en que assistieron el vicescanciller y Jacome Lasqui, hombre sagaz de espíritu intrépido práctico en la Corte othomana, donde poco antes avía renovado la paz como embaxador entre la Polonia y la Porta y, estimulado a dezir su parecer, dixo assí:

Para hallar remedio al mal (si se puede dezir) desesperado de Vuestra Magestad, es necesario primero conocerle y después curarle. Nosotros tenemos un rey sin reyno, abandonado

de los úngaros que le pusieron en el solio, teniendo por enemigo a Ferdinando, assistido de Carlos Quinto, el más temido monarca del siglo presente. A nosotros nos faltan las fuerças propias como los socorros estrangeros, el dinero y las tropas y todos los medios que pudieran fomentar una esperança para el establecimiento en el reyno, por donde caminaremos para hallar nuestro remedio no pudiendo conseguirlo de los príncipes christianos (por el respeto que professan a la casa de Austria), quando no se han de empeñar por nosotros. Y ya que estamos destituydos de este fomento para nuestro alivio, será bien buscarle entre los infieles recurriendo al gran Solimán que nos ampare. Yo tengo mucha práctica de aquella Corte, como de su generosidad, y creo que no se escusará (por ser deseoso de gloria) de recibir en su protección a un rey, abandonado de la fortuna y de los suyos y, más, quando para resistir a Carlos Quinto no ay otro potentado como Solimán, pues para oponerse a una robusta monarquía es menester otra igualmente formidable.

El mal grande y peligroso necessita también de grandes remedios y, assí, recurramos a un rey tyrano que nos ampare para una acción, que es la de restituir el reyno a un soberano injustamente despojado. Solicitemos un tribunal violento para que nos defienda la razón y justicia que no hallamos entre los príncipes justos. Y pues el sol nos niega sus rayos para nuestra vivificación, acalorémonos a los de la luna quando tenemos tan poca obligación a la patria (que nos corresponde con desprecio injusto y con ingratitud inhumana) como a los úngaros que, después de avernos ensalçado, nos han despeñado inmediatamente del trono.

Bien sé que ha de sonar mal esta proposición, porque se aparta de los visos de la reputación, y que han de mormurarla los súbditos teniendo por acción desacreditada el recurso a los othomanos. Pero estas leves objeciones (mirando al infeliz estado en que nos vemos y estamos constituidos) no deben persuadir tanto como la necesidad. Y assí, pregunto si sería acción acreditada de juiçio caer un hombre en la rápida corriente de un río y dexarse ahogar voluntariamente por no asirse de un leño espinoso y suzio, por temor de maltratarse las manos. La reputación consiste en ser rey y en recuperar el reyno y, si llegásemos a bolver a empuñar el cetro, cessarían las mormuraciones desapareciéndose como el humo quando ha crecido la llama.

El vicescanciller dixo su parecer en la forma siguiente:

Nuestro mal es tanto más grave quanto se mira escaso de esperanças para el alivio y, assí, me conformo en esta parte con el parecer del señor Lasqui, pues no es fácil contrastar (abatidos y desarmados) un enemigo tan poderoso fomentado de los úngaros como acalorado y sostenido de los alemanes. Y en quanto al remedio propuesto, no puedo dexar de advertir que juzgo y temo que sea peor que la enfermedad. Es cierto que nos hallamos abandonados de la fortuna, pero encaminarnos a Constantinopla es lo mismo que buscarla en el precipicio, no siendo este el seguro tránsito para llegar al solio, sino una senda por donde logremos más aprisa el precipicio en el abismo.

Los príncipes generosos en medio de las borrascas deben gobernarse de calidad, que no se dexen transportar de la tempestad de las passiones quando son las desventuras la piedra de toque de la prudencia y de la constancia. Y no porque los úngaros nos ayan abandonado debemos buscar el amparo en los infieles, ni tampoco porque un rey christiano nos haga la guerra hemos de ponernos en las manos de un bárbaro. Incorporémonos más presto con los enemigos de la casa de Austria que con los opuestos a la fe católica.

[1528] *Vuestra Magestad con esta acción se desacredita, de modo que fácilmente se encontrará con el odio de los pueblos viendo que los quiere hazer esclavos por hazerse rey y dirán, con razón, que la ira vengativa es una vívora que en el parto ha hecho rebentar a su madre, que es la patria. Yo quisiera que gozásemos el beneficio del tiempo, que es el que solo se atiende en las más peligrosas enfermedades, puesto que los úngaros que fueron instables con Vuestra Magestad tienen executado el exemplar para no ser constantes con Ferdinando y, si nos llegamos a valer de Solimán, terminará el socorro en opresión y tenemos el exemplo en los príncipes de la Natolia y de la Croacia, que llamaron a los turcos para su fomento y, viendo enflaquecidos a los dos con la continuación de la guerra, triunfaron del uno y del otro.*

No procuremos hazer domésticas estas fieras indomables que son como los tigres y leones que, quando se llegan mansuetos para acariciar, no ponen la mano sobre las espaldas del patrón sin descostillar y hazer pedaços los huessos y, assí, me parece que el antecedente consejo tiene más de vengativo que de piadoso y más de violento que de justo.

Estuvo el rey Juan dudoso algunos días en la determinación (aunque alterado el ánimo a las instancias de la ambición) sobre si debía en conciencia, por su propio interés, ser causa de la opresión de su patria sujetándose a la obediencia de los turcos. Y después de aver contrapesado la materia, recargó su apasionada codicia en la balança para que pesasse más en sus deseos que la honesta razón de christiano. Y ajustándose al sentir de Lasqui, le embió por embaxador a Solimán, prevenido de grandes regalos para los ministros de más suposición como para las sultanas más favorecidas, prometiendo las más generosas recompensas al respeto de su fortuna.

[1528] Llegó a presentarse a la Porta el Lasqui assistido de Ludovico Gritti, veneciano (hijo de gran padre, pero tan bastardo en el nacimiento quanto ilegítimo en sus procedimientos), a tiempo que Solimán (por eximirse de la pesada carga de su obligación en el gobierno y aliviar con el descanso algunas de sus mayores fatigas), recargó los cuydados sobre los ombros de Ebraín, gran visir, tan favorecido suyo que obrava a su voluntad en todos los intereses de aquella monarquía, disponiendo también a su modo el genio del soberano, no aviendo memoria de que, en ningún tiempo, otro alguno huviesse tenido tanta autoridad como él. Y assí era dominador absoluto del dominante mayor,

teniendo su habitación en el cuarto mismo de Solimán, que no resolvía cosa alguna sin el gusto y dirección de Ebraín.

Emiracurt, cavallerizo mayor, llegó a conseguir tanta autoridad en la gracia del sultán que lograba largas conversaciones con él. Y aviendo observado el visir esta confiada cercanía (con pretexto de favorecerle, por apartarle de los ojos de Solimán), le señaló un sangiacato en Assia, el más apartado de la Corte. Y gozando Emiracurt de la ocasión que le ofrecían las conversaciones, y de que se hallava Ebraín en Alepo a determinar algunas dificultades con el embajador úngaro sobre los confines, representó a Solimán le hiziesse gracia de cambiarle el puesto por otro más cercano. Y quando creyó lograrlo, le respondió que aguardasse a la buelta de Ebraín a la Corte, que él le pediría consintiesse en el trueque del gobierno. Y con aver buelto, no pudo conseguir su deseo, siéndole preciso obedecer contra su voluntad y marchar a la parte que le avían señalado.

Era el Griti intrínseco amigo del gran visir y avía crecido su crédito en Constantinopla por razón de aver conseguido su padre la dignidad de príncipe de Venecia y, como hombre de espíritu, consiguió gran lugar en la gracia de Ebraín, quien sin desconfianza alguna le incluía en los negocios más arduos y más importantes manejos de aquella Corte. Por lo qual, consiguió abrir la puerta por donde pudiesse entrar el Lasqui a tratar la negociación con Ebraín y representarle la miserable fortuna del rey Juan (precipitado de los propios úngaros que le avían colocado en la silla), oprimido de los favorecidos de la casa de Austria, queriendo juntar el reyno de Ungría a tantos como posseían para aumentar los dominios y oposición a la poderosa casa othomana, a quien no podía estar bien consentir que se engrandeciessen tanto las fuerças de un enemigo su confinante, siendo acción adecuada a la generosidad de Solimán ser protector del rey Juan para bolverle a restituir en el reyno con su favor, donde reconocería el beneficio con el agradecimiento, siendo seguro y liberal tributario de la gran Porta.

No desagradó la proposición al visir porque recibía bien las insinuaciones que podían aumentar la gloria del soberano, sabiendo que la división y parcialidades de los christianos avían sido los más seguros medios para la exaltación de la Turquía. Y aviendo representado a Solimán estos motivos, admitió gustoso la proposición, porque tenía el ánimo siempre dispuesto para acalorar este género de movimientos por las conquistas que podría después lograr (entre el agua turbia de las civiles discordias christianas) en el reyno de Ungría.

[1528] En este tiempo llegó un embajador de Ferdinando a Constantinopla llamado Juan Oberdasco, acompañado de otro ministro de ropa

larga, con la pretensión de que le restituyessen las plaças que avían quitado al rey Luis, su antecesor, ofreciendo amistad segura y dineros de contado en recompensa, pero la proposición no encontró fruto alguno en los othomanos porque professan y mantienen saber por dónde se camina con más seguridad para lograr la rapiña que para la restitución.

Aviendo admitido el sultán la humillación del rey Zapullano a la sombra de su amparo y, despedido a los ministros de Ferdinando, les dixo con arrogancia que la generosidad de Solimán no podía dexar sin protección a un rey fugitivo, injustamente despojado del propio reyno, y sin castigo a Ferdinando, ambicioso usurpador de lo ageno y que, muy aprisa, con los filos de su zimitarra, desharía todas las controversias que enlaçavan y oprimían a su ahijado. Y aviendo llamado después el visir a su presencia al embaxador Lasqui, le notició cómo el sultán, inclinado al alivio del oprimido rey, passaría en persona con poderoso ejército a la Ungría para recobrar el cetro y que podría bolverse luego a llevar el aviso a su príncipe para que, de su parte, cooperasse también para el buen logro de la empresa.

Ferdinando, entre tanto, partió de Buda y se restituyó a Viena, dexando encargada aquella plaça al cuydado de Estevan Batori, palatino, como también los intereses de la Ungría. Bolvió Lasqui de Constantinopla y puso en la noticia del rey Juan las circunstancias de su comission y la palabra ofrecida de Solimán en concurrir a su alivio con el mayor esfuerço de sus armas. Y en albricias de su agradecimiento, le dio el castillo de Dubanocia y la ciudad de Cesmarca, situada en la margen del río Poprado, en la provincia de Zapolia. Y passando después a participar a los de su séquito el rey Juan estos acaecimientos, le subministraron dineros, según la posibilidad de cada uno, levantando también algunas tropas de cavallería como de infantería en Polonia para asistirle, que marcharon a orden de Simón Leterano la buelta de Casobia, a las quales se agregó Gotardo Cuño y otras esquadras úngaras de su facción, las quales con el estruendo de las armas despertaron y pusieron en cuydado a Estevan Ribayo y a Tomás de Lezcano, que tenían en aquella parte la dirección de algunas tropas de Ferdinando, quienes con pronta resolución se opusieron a las de Leterano, presentándoles la batalla cerca de Casobia, en cuyo trance quedó desbaratado el Ribayo que, con la fuga, se salvó en las más próximas ciudades con aquellas tropas. Parecióle al rey Juan (noticiado del buen sucesso) que se avía reconciliado con él ya la fortuna y, aviendo salido de Polonia, bolvió armado a la parte de donde avía salido fugitivo y, abançándose a Lippa, le siguieron algunos de su abatida facción para respirar animosos con el deseo de su exaltación.

[1529] Después de aver esguaçado el río Saba, Solimán explayava su marcha ocupando el territorio hasta Sirmio, inundando los contornos con las corrientes de tantas esquadras (que, en movidas filas de ardientes ondas, parecían las roxas espigas de los turbantes, fruto de aquella campaña), cuyas miesses componían (en dozientos y cinquenta mil combatientes) la fábrica militar de un diluvio animado (en regular aritmética de esquadrones formidables) en que hallava fácil gobierno la buena disposición.

Esperava el rey Juan la llegada de Solimán con ricos presentes para rendirle la obediencia como vassallo y, assombrados los habitantes de Buda con la notica de tan poderosas tropas, acordándose de la antecedente dessolación, abandonando la patria se retiraron muchos a Polonia y otros a Viena, aviendo quedado solamente en Buda el presidio alemán con alguna gente de otras naciones.

Humillóse el rey Juan a Solimán, que le recibió en forma decorosa y, aviéndole besado la mano con sumisión, en breves y graves palabras le dixo que venía para hazerle experimentar los efectos de su alta protección. Y aviendo dado fin a la audiencia, le señalaron (para su aloxamiento) pavellones entre los quarteles turcos, dispuestos con toda ostentación, como también guarda de genízaros. Y encaminándose a la Corte de Buda, pusieron las baterías en forma y abiertas las brechas y dispuestas las materias para dar el asedio, atemorizados los soldados al horror que ocasionava tan poderoso ejército, resistieron ponerse en defensa. Y aviendo maniatado al governador (que vituperava su cobardía), no obstante, su resistencia, entregaron vilmente la plaça a Solimán, el qual haziendo siempre grande estimación del valor y desestimación de los cobardes, alabando el espíritu del Nádsty, le mandó bolver a su patria y que degollassen la guarnición del presidio inmediatamente.

Puso el sultán la ciudad y el castillo en poder del rey Juan, restituyéndole en el solio, juzgando que convenía por entonces assegurar a los christianos con plausible puntualidad hasta sujetarlos después con abierta y declarada usurpación. Después de lo qual, marchó con la armada por las riberas del Danubio y acometió a Novigrad y a Comora, que se le rindieron sin pelear. Y successivamente sujetó por assalto a Altemburg y, no hallando resistencia en parte alguna, puso sitio a Viena (después de aver salido Ferdinando), dexándola abastecida de todo género de aprestos para su defensa y presidada de veinte mil hombres veteranos escogidos, encomendada su dirección a Filipo, palatino del Rin, y al conde de Solma, cuyos esfuerços fueron tanto más necesarios quanto eran las murallas de la ciudad de antiguos casamuros irregulares y mal proporcionados a la resistencia del ímpetu ardiente de tantas armas. Pero el

valor de tan bizarros soldados fortificó con los pechos lo que el arte no afiançava con el estudio, dexando defendida aquella parte con tan impenetrable reparo.

[Septiembre, 13. 1529] Acampóse Solimán a la vista de Viena en estación muy adelantada, cuya circunstancia agregada a la de las grandes lluvias fue la más segura preservación de la plaça porque las crecientes de los ríos y, en particular, la del Danubio (que aviendo salido de madre) inundó la campaña de manera que, para el transporte de la artillería, fue preciso conduzirla por los más altos parages, cuyo rodeo retardó también las municiones y adelantó el cansancio por las dilatadas jornadas a los hombres, como a los animales del tren, atrasando las operaciones del sitio. Y, sin duda, fue providencia de Dios (no subministrada de los medios humanos) para preservar la Germania de tan voraz incendio.

Dispuso Solimán sus tropas en cinco puestos, los más principales que ciñen las avenidas para los socorros, poblando con los aloxamientos el término de aquellas anchurosas campañas y, con la aritmética formación de las esquadras cubriendo un recinto de dos leguas, assombró a los sitiados con el marcial aspecto de tantas armas.

Acampóse Ebraín en unas bien dispuestas colinas y Berambey seguía con sus labores el camino de la puerta Purgatoria, junto a San Ulderico, tocando a Micaligh la iglesia de San Vito y a los asapes, incorporados con algunas compañías de genízaros, la oposición a la puerta Escocesa. Plantó Solimán el real pavellón entre unos jardines cerca de San Marcos, donde se arboló el Guion. Ubofango Ader, aviendo salido de Possonia con algunas tropas de cavallería ligera y un cuerpo de infantería, dispuso unas baterías sobre la ribera del Danubio para embaraçar el passo a las embarcaciones turquescas que transportavan municiones y víveres al ejército, logrando echar a pique algunas con grave daño de los infieles.

Corrían los tártaros la campaña y, rompiendo los puentes de los ríos, dexaron separada la plaça de toda comunicación, pretendiendo destrozarse en el campo los socorros que fuessen llegando. No era capaz Viena a resistir tanto esfuerzo sin fortificaciones modernas, faltándole también terreno para las retiradas y, más, quando los ciudadanos (escasos de aplicación en las prevenciones por aver gozado larga paz) no llegaron a creer que, dexando los enemigos tantas plaças por la retaguardia, se abançarían al centro y corazón del Austria, además que la llegada de los enemigos (en estación más oportuna a levantar el sitio que a empear el asedio) avía sido circunstancia para no atender a los más esenciales reparos.

Faltos los turcos de artillería gruesa para conseguir passo capaz en las murallas, tenían la principal confianza en las violencias de las minas pero los alemanes (siempre con el oído en tierra y con librillos de agua, además de los dados en los templados tambores), aplicados a reconocer los movimientos de la tierra, como atentos a la defensa para encontrarse con las labores enemigas, (compartiendo la fatiga) daban a la noche el desvelo robando a las tinieblas el descanso para oponerse despiertos al rigor de los infieles, que hizieron bolar dos minas en la puerta Carintia y en Santa Clara. Y cayendo las ruynas a la parte de afuera, hizieron alguna abertura, pero no de calidad que no se pudiesse defender con la ardiente bizarría de los sitiados, que obligaron a los turcos a retirarse de la muralla (después de tres días de obstinado empeño), dexando en ella mucha sangre infiel y tantos cadáveres, que cubrían los fosos.

Atormentó el bárbaro Solimán la plaça treinta días con setenta piezas de artillería de mediana munición, aviendo multiplicado los esfuerzos de la violencia con veinte obstinados assaltos, en que perdió más de veinte mil soldados. Ferut baxá, no obstante, esto, con la zimitarra en la mano guiava animando a los genízaros a persistir en la deliberada interpressa. Y aviendo hecho introducir en Viena algunos renegados para que pusiessen fuego en algunas partes de la villa, en el mismo tiempo que se reforçavan los assaltos, permitió Dios que, en una surtida, hiziessen prisionero al bárbaro de Ebraín, primer visir, que descubrió el disignio y (quedando castigados los delinqüentes) se remediaron también los daños (que pudieran hazer algunas minas con su declaración).

Alentáronse mucho los sitiados con la adquirida noticia de que, no consiguiendo en una experiencia (que disponía) la conclusión de la rendida de la plaça, levantaría el sitio por estar tan adelantada la estación, como por la escasez de bastimentos que avía empeçado a sentir Solimán, y también por la gran resistencia de los alemanes. Y aviendo llamado a los cabos (con la inflamación de los adversos trances) reprehendiéndoles la cobardía, les amenazó con severos castigos en caso de que no mejorassen con el valor las operaciones. Y ordenando un assalto general, acometieron a las brechas como leones africanos para ensangrentar las garras en los christianos que (rechaçando el bárbaro furor) imprimieron tanto estrago en ellos que, atemorizados con el daño, solo tuvieron por segura la muerte, de cuyo assombro nació negar la obediencia a los estímulos de los oficiales, que no pudieron conseguir rehazerlos (con las amenazas) para que bolviessen a embestir a las brechas. Y en medio de este porfiado empeño, aviendo tenido un soldado alemán un enfado con otro portugués y remitido a los azeros la satisfacción del disgusto, estrechando los

lances de la espada cada uno como quien deseava la fatalidad del otro, viendo que los genízaros intentavan arbolar sobre la brecha un estandarte, le dijo el tudesco que sería más gloriosa acción derramar la sangre en generoso duelo contra los enemigos de la religión católica que desperdiciarla sin plausible honor en una pendencia particular. Y quedando persuadido y corrido de no aver hecho primero este reparo el portugués, tomándose las manos como segura confianza de amistad, se arrojaron adonde estava más encendido el assalto y, aviendo muerto el tudesco algunos infieles, recibió una herida que le separó el escudo de la mano y la mano del brazo, a cuyo socorro acudió el portugués oponiendo la rodela en su defensa a tiempo que recibió un flechazo en el brazo derecho que le hizo perder la espada, en cuyo frangente iba a descargar sobre él la zimitarra un genízaro para quitarle la vida, a quien mató el alemán antes de executar el golpe. Y mientras quebradas las armas y los coraçones enteros, recíprocamente se defendían desmayados con la falta de sangre que arrojavan las heridas (sin desayre del espíritu generoso), exalaron juntos la última respiración sin perder de vista la ofensa de los infieles.

[Octubre, 14] Reconoció Solimán el estrago de sus tropas, por cuya causa, como también por lo riguroso del tiempo, levantó el sitio abandonando con gran mortificación la empresa quando creyó allanar las mayores dificultades para sugetar la plaça. Y fue gran dicha de la christiandad que el espíritu de este bárbaro quedasse desayrado a los pies de las murallas de Viena (situada en los confines de la Ungría, antemural de la Germania), rechaçado de las armas del emperador pues, si huviessse logrado el tentativo, fuera causa la pérdida de llorar (en perpetua esclavitud la Ungría, el Austria y el rey Juan) debaxo del yugo othomano y postrarse toda la christiandad a un golpe penetrante que hería las mismas entrañas.

Y no pudiendo Solimán desfogar la excesiva ira de su sentimiento contra los alemanes, se vengó en cortar los árboles fructíferos en toda la campaña. Antes de su partida, dio libertad a algunos prisioneros alemanes y, dándoles de vestir y orden para que dixessen en la plaça que su verdadero disignio no avía sido abançarse en el Austria para sitiar a Viena, sino para encontrarse con Ferdinando y decidir con él en campal desafío las pretensiones del reyno de Ungría y que, no aviéndole encontrado, avía querido tomar un poco de gusto en ver su constancia. Y que el dexar de proseguir en el sitio era con deliberación de passar más adelante a buscarle, con ánimo de lograr este deseado combate. Y, sin embargo, retrocedió Solimán con la armada encaminándose a Buda, donde hizo alto algunos días regalado y obedecido del rey Juan, a quien públicamente en acto solemne restituyó el cetro, ordenando a los úngaros que

le obedeciessen y, poniéndole la corona (venerada y respetada por ser la misma con que se coronó San Estevan, primero rey de Ungría), le dixo:

Tú has con prudencia implorado mi poderosa protección y, aunque somos de diferente religión, somos iguales en la ley de la naturaleza que nos ha confederado. Y así, pongo en tu mano el cetro, bolviendo a entregarte la corona que tiene por santa la estimación de tus pueblos, de lo qual podrás comprehender la sinceridad de mi ánimo y la fuerza de mi brazo. Restitúyote también la metrópoli y el reyno domado de mi invencible azero, cuyo relámpago solo te hará triunfante de tus enemigos, por lo qual debes reconocer tan gran beneficio como obra excelsa de las armas othomanas.

Y aviendo acabado con esta función, pasó a Constantinopla dexando en Buda a Ludovico Griti con tres mil turcos para que defensiesse la plaça de las operaciones de Ferdinando, quien (con la retirada de Solimán) sacó de Viena el presidio (que con tanto garvo la defendió) y, uniéndole a las tropas (que Carlos Quinto le avía embiado), juntó un florido ejército (pero no proporcionado a recuperar a Buda, debaxo de la disposición de Juan Rojiendorf) para procurar establecer el dominio en la Ungría, cuyo disignio, si se huviesse logrado, era bastante a terminar la guerra dexando preservada la casa de Austria por ser el antemural, no solo de la christiandad, sino el escudo y la fortaleza de los Estados patrimoniales, siendo capaces las fuerzas a enfrenar y limitar la arrogancia turquesca. Pero los socorros de Carlos Quinto no correspondieron a la esperanza ni a la necesidad por las oposiciones francesas, que en sangrientas guerras embaraçavan essotra obligación, cuyas invasiones eran grave obstáculo que le ligavan de forma que no podía obrar con aquella eficacia que pedía la materia, a que se añadían las circunstancias de tener aquel rey embaxador en Constantinopla que solicitava vivamente a Solimán para que divirtiesse las fuerzas del imperio divididas en diferentes dominios, por lo qual no podía asistir a la Ungría con el mayor nervio de sus armas. Y no es dudable que las controversias de estos príncipes hizieron buen juego a Solimán para que (por último) ganasse el partido.

Marchó Rojiendorf la buelta de Buda y, por no dexar por la retaguardia algunas plaças del enemigo, conquistó a Estrigonia y a Bicegrado poniendo sitio subseqüentemente a Vacia (lugar de no mucha conseqüencia) y que, después de rendida Buda, era conocida su entrega sin embaraço alguno, en cuyo sitio gastó lo mejor del tiempo dando lugar a que el rey Juan y el Griti (que hazía papel de ministro de los turcos con el rey) aprestassen la ciudad de lo necesario para hazer una gran defensa.

Tomados pues los puestos por los alemanes para atacar a Buda, formaron tres baterías que (atormentando la muralla) con brevedad consiguieron brechas,

por donde intentaron a fuerza de armas assaltar la ciudad, pero en la constancia de los sitiados hallaron el escarmiento antes que el buen suceso, siendo la pérdida considerable. Y suspendiendo la deliberación de conquistarla con las armas, resolvieron dominarla por hambre. Guarnecióla ocho mil combatientes, por cuya razón (siendo el consumo grande) conociendo el rey y el Griti que, a persistir en el sitio, avían de rendirse de hambre (porque ya empezaban a experimentar alguna falta de bastimentos), solicitaron con repetidas instancias a Acmed, bey de Belgrado, para que los socorriese sin dilación alguna por ser muy urgente la necesidad.

No se descuidava Juan Bansi, palatino de la facción zapullana, en juntar algún número de nobleza úngara, como gente de campo, para refuerzo de los sitiados. Y como se iba encruceciendo cada día más el invierno, padecía el ejército alemán las inundaciones de las lluvias continuadas, como también muchas enfermedades, ocasionando mucha mortandad. Y noticiados los alemanes del socorro con que marchava Mehemed beg (abandonando la circunvalación), se retiraron a las más cercanas plaças.

La expugnación de Buda hubiera sido de gran consecuencia para Ferdinando, pues conseguía apoderarse del rey y del reyno, cortando con un solo golpe las controversias con gloria de la christiandad, pero como las fuerzas de los que sitiavan no eran proporcionadas al número de los defensores, por averse disminuido en las antecedentes empressas, fue preciso que se arruynasse la operación y, más, aviendo consumido el tiempo (que es de más estimable valor en las cosas de la guerra) en lo que menos importava.

Llegó poco después Mehemed con el socorro, a quien regaló el rey Juan con ricos dones, recompensando después Mehemed el agassajo en su retirada, dexando (después de aver esguaçado los ríos Vago y Nitria) vivas señas de crueldad y de rapiña en aquellos contornos llevando diez mil esclavos, cuya maldad (aviendo llegado a la noticia del rey Juan) no pudo contener las lágrimas, llorando como el cocodrilo el mal que avía ocasionado. Embió Ferdinando dos embaxadores a Solimán, que fueron el conde Nogarolo Veronés y Josefo Lambergh, acompañados de ricos regalos que hizieron poco efecto en él porque, al principio, temía y estimava a la casa de Austria (que en el imperio de Carlos Quinto se hallava en la mayor altura de grandeza), pero quando reconoció que (en medio de tantas fuerzas y tantos dominios) procuravan incensar su soberanía multiplicando embaxadores y regalos para conseguir su amistad (valiéndose de blandas representaciones en lugar de las armas), empezó a despreciar la negociación. Y después de aver recibido los regalos, embió a

dezir a los embaxadores que siguiessen el exército que marchava la buelta de Ungría.

[1532] Disgustado el rey con el arçobispo de Estrigonia por avérsele revelado dos vezes, dio orden a Ludovico Griti que sujetasse aquella plaça. Y aviendo tomado los puestos con tres mil turcos, muchos balaquios y transilbanos, se aloxó casi cerca de las murallas. Levántase esta ciudad (en la margen del Danubio) en sitio montuoso diez leguas de Buda y tiene un castillo no de despreciable resistencia, cuya defensa corría por cuenta de Tomás de Lezcano, español, y tenía mil españoles de guarnición y otros úngaros de la devoción del arçobispo. Y aviendo passado de los ataques a las baterías, como también a los assaltos, correspondían los sitiados a su obligación con tanto corage que no dexavan lugar a la esperança para que persuadiesse con alguna confiança a los agressores el rendir la plaça. Desbarató el Griti un refuerço que venía de Viena para fomento de los sitiados y, aunque avía el Corporano (cabo de aquella flota) dissenado arrojar a entrar en Estrigonia con la ventaja de la corriente del agua para descargar el socorro, como avía dos reyes en Ungría, uno acalorado de la christiandad y otro assistido de la othomana facción, assí también los úngaros divididos, como arrastrados de los intereses o de la inclinación, tomavan ya un partido, y ya el otro, y más ordinariamente el que prevalecía con más fortuna, descubriendo los disgnios de entrambas partes según su ordinaria inestabilidad. Y assí advirtieron al Griti los úngaros la intención del Corporano y, para embaraçársela, dio orden a sus falucas que se abançassen a encontrar las alemanas. Y aviéndoles dado la carga, passaron inmediatamente al abordó en que ganaron los turcos treze embarcaciones y las demás, barando en tierra, consiguieron el salvamento los que las guarnecían con varia fortuna.

Murieron en el trance quinientos alemanes, quedando en poder de los infieles dozientos prisioneros. Y no les bastó este buen successo para conseguir la plaça, por estar los agressores disminuidos con los accidentes de los ataques. En este tiempo llegó Solimán con poderoso exército a la campaña moháchana (su favorecida), en la qual los años antecedentes avía vencido al rey Luis Segundo de Ungría y, de allí, passó al castillo de Guinz, defendido de Nicolás Turesic, dalmantino, con tanto valor que (aunque el recinto era de muralla antigua) no pudo señorearle. Y aviendo hecho llamar a los embaxadores de Ferdinando, les dixo que no avía venido a hazer una ociosa paz, sino a ilustrar (con alguna famosa victoria) las campañas del Austria y que podían partir a noticiar a su rey aquesta respuesta.

Representaron los embajadores a Ferdinando la expresión de Solimán asegurándole de que Ebraín, gran visir, disponía a su arbitrio enteramente de la voluntad del sultán y que los avía tratado con gran cortesía, y mucho mejor que a otros que avían ido antecedentemente a la Porta. Y que Ayaz baxá tenía el segundo lugar, después de Ebraín, en la gracia de Solimán. Que Mustafá governava los aventureros, componiéndose el aparato de la artillería de trecientos cañones, pero todos de campaña y moderado porte. Resistían los sitiados con grande constancia los esfuerzos de los enemigos, más de lo que merecía el puesto por ser de poca consideración, a que se añadía la presencia de Solimán que alentava la expugnación, asegurado de que no podría dexar de rendirse inmediatamente. Mandó mudar Ebraín una batería a la parte de mediodía, creyendo hallar por aquella parte menos resistencia, a cuyo calor fabricaron quatro fuertes para señorear el castillo, pero los sitiados (demoliendo las propias casas) se valían de los materiales para formar trebeses y cortaduras para las defensas. Y viendo Solimán que las fuerças para rendir la plaça le salían inútiles, procuró con blandura y ofertas ganar al governador, pero las diligencias no surtieron efecto alguno. Avíanse passado veinte y tres días y consumido en el sitio la flor de los oficiales, como también infinitas municiones por la continuación de los disparos de la artillería (que hizo más ruydo que daño), a que se siguió una salida de la plaça en que perecieron algunas esquadras turquescas, cuyas cabeças passaron presentadas a Viena y alegraron las tropas del César (que acabavan de llegar de Italia) [1532], aviendo corrido antes la voz de que eran formidables en número y en calidad.

Perdió Solimán en diferentes assaltos los mejores genízaros de sus tropas y, hallándose también sin quinze mil soldados (que avía embiado con Casam baxá a despoblar y saquear el país de Linz y considerando tan inmediato el invierno y que no se hallaba con bastantes fuerças para oponerse a la fortuna de Carlos Quinto), levantó el sitio. Entre tanto Rojiendorf, para aprestar en Viena los cuarteles al emperador (que embarcado en Ala de Isprue, se encaminava a la Germania), intentó sacar el presidio de españoles y alemanes para alojarlos en los arrabales. Y aviéndose amotinado los españoles con el pretexto de no pagarles, negaron la obediencia a los oficiales y passó tan adelante la conmoción que el marqués del Basto y el cardenal de Médicis passaron de Ratisbona a Viena para sossegar el movimiento, que no pudieron conseguir hasta que el suplicio de Gerónimo de Leyba (como cabeza de esta y otra sedición en el río Adije) serenó la tempestad, quedando reducidos a la obediencia.

Iban llegando a Linz las tropas cesáreas embarcadas en diferentes leños, fiando su transporte al corriente del agua, siendo tan grande la copia de infantería y de cavallería que, desde el tiempo de las romanas legiones hasta entonces, no se avía visto en aquel país mayor unión de armas. Yaze la plaça de Linz en sitio montuoso, áspero y fuerte, por cuya razón se refugiavan en ella los pueblos del Austria en ocasión que las armas othomanas destruían aquellas campañas con la hostilidad de las correrías. Llegó, pues, Carlos Quinto y, descansando poco tiempo, se abançó a Viena, en cuyo territorio mandó formar las tropas (en una anchurosa campaña) para la muestra general, donde se dexó mirar de todos, vestido a la úngara, para conciliarse el cariño de la nación.

[1532] Halláronse en el pie de lista noventa y seis mil infantes y treinta mil cavallos, sin incluir en este número los criados, pues con ellos llegava el exército a dozientas y sesenta mil almas, entre las quales se hallavan nueve mil infantes españoles que obedecían a don Alfonso de Ábalos y al señor Antonio de Leyba, que se avían señalado en diferentes requentros, haziéndose estimar de todos y temer de los enemigos. Federico, palatino del Rim, mandava quarenta mil infantes, ocho mil cavallos, diez y seis mil italianos y diez mil úngaros y, el resto, boemios, morabios y silepsios, guiados de Ardenio y Bernestenio, sin una escogida tropa de polacos que llegaron a la desfilada de orden del rey Segismundo, por no alterar la paz con los othomanos.

Toda la Alemania contribuyó para la pública salud lo escogido de sus milicias, compareciendo cada día muchos voluntarios de todas partes, luzidos y bien armados, con deseo de hallarse en las ocasiones que prometían tan formidables disposiciones. Sobresalían en lo bien montadas y armadas las coraças, cuya gallarda resolución miravan con alegría los úngaros, persuadidos a que con la escolta de tanta fortaleza avían recuperado la perdida libertad.

Era grande la copia de artillería que ocupava el amplio territorio, con la qual quedó el exército guarnecido y acampado cerca del río para mayor comodidad del transporte de las vituallas, aviéndose obligado a semejante provisión por tres meses Guillelmo, hermano del duque de Babiera, mediante el pacto de ciertas condiciones, pero las grandes esperanças que prometía tan poderoso exército se exalaron en viento y fueron como las salvas de la artillería, mucho humo, mucho estruendo y ningún daño.

Iba marchando Solimán a toda prisa en demanda de la Turquía y con passos tan acelerados que parecía fuga la retirada. Y es cierto que si le huvieran seguido, aunque fuesse solo con la cavallería (según el desorden con que iba haziendo el viage), se huviera logrado una considerable victoria para que respirasse la cansada christiandad y, para averse unido tantas fuerças con tan

lentos passos, con presteza se deshizieron, no llevando consigo más que el concepto de averlas temido los turcos antes de averlas experimentado.

[1532] Dezían los españoles que convenía allanar el camino para que huyesse más Solimán y hazerle el puente de plata para que passasse mejor, y que los enemigos eran como las frutas, más sanas quando van que quando vienen. No tiene duda que, en esta ocasión, los consejos de los españoles caminaron con passos flemáticos tanto quanto Solimán acelerava su marcha como fuga. Llevó treinta mil esclavos y los que, por enfermos o cansados, no podían seguir el viage, quedavan degollados por el camino. Y aunque llegó con felicidad a Constantinopla, fue con pérdida infinita, y si no se huviera tenido por conveniente perder de vista al enemigo que huía y se huviesse aproximado tanto ejército a la Ungría (con dolor universal de Buda y de otras plaças), huvieran recibido las leyes de los christianos, dexando los othomanos desamparado aquel florido reyno.

Dexóse ver entonces un cometa por espacio de quinze días, señal fatal con la qual, al parecer, desaprobava el cielo la desunión de armas que a tanta costa se avían ligado y desatado con precipicio. Passó Carlos Quinto a Italia dexando a Ferdinando, su hermano, todas las tropas italianas que, sin dilación, se amotinaron llenando el christiano país de insultos, con mayor crueldad que lo avían executado antes los bárbaros infieles. Y lamentándose de que no les pagavan, como de que el pan era malo, maldezían al emperador, a la Austria y a la Ungría.

Era fomentador de estos excessos Tito Marcone, cabo de los parmesanos, y cebava el fuego de la sublevación con la materia de una desesperada impaciencia, de modo que levantó tan grande llama en la relaxación de los soldados que no solo saquearon muchas tierras, sino que las reduxeron en cenizas, dexando escrito en las murallas la causa que les avía movido a executar tan estraños como bárbaros procedimientos. Pero los que se extrabiavan de la comitiva de tan sacrílegos delinqüentes, perecían a las manos de los alemanes con beneplácito de Ferdinando, que dio orden a todos los lugares de Estiria y Carintia que tomassen las armas para domar las inobedientes tropas, de modo que, entre muertes naturales (causadas de muchas enfermedades en clima diferente y las violentas padecidas en la vengança de los paysanos) perecieron más de la mitad de los soldados. Y desamparando los demás aquellos dominios, huyendo a la desfilada, cargados de trabajos, llegaron a sus patrias con alegría de los othomanos que, riyéndose a carcajadas, hazían burla de las confusiones de los incorregibles desórdenes de los christianos. Mas no perdamos de vista a Casam baxá que, con diez y seis mil turcos, avía passado

(como diximos) a destruir el país inmediato a Linz, cuya cruel función executó con todos los términos de la más bárbara severidad, consagrando a Vulcano todo aquello que no cupo en la posibilidad del botín, degollando también un comboy de españoles y italianos que avía salido de Naistot, en que murió don Fernando Cabrera, hijo del virrey de Cerdeña, y otros oficiales de consideración por no aver observado buena disposición en la batalla. Y aviendo sabido Casam de algunos prisioneros que todo el país estava puesto en armas para destrozarle, hallándose en sitio pantanoso como embaraçado con quatro mil esclavos christianos, los mandó degollar al amanecer dexando en la campaña un piélagos de sangre y, dividiendo las tropas en dos cuerpos para lograr con más facilidad la retirada, encargó el uno a Feris baxá, que tomó su derrota por estrechas, ásperas como inaccesibles sendas (que ocultavan entre ciegos riscos las sombras de las ramas de un espeso bosque) por donde, después de muchas dificultades, llegó a incorporarse con Solimán. Y aviendo intentado Casam hazer su retirada por el valle de Estarerberg, se encontró con el conde Palatino que (con doze mil soldados y setenta pieças de campaña y dos mil hombres de armas, puesto en batalla) intentava disputarle la marcha. Y aviéndose levantado de la inmediata laguna una obscura niebla, les embaraçó a entrambos reconocer el acampamento contrario, pero exalado el vapor y descubierta la campaña, empezaron los áspides alemanes de metal a escupir veneno ardiente en las tropas othomanas que, por redimir el daño de su eficaz ponçoña, doblaron la cavallería en la pantanosa laguna. Y no pudiendo moverse (por la tenacidad del cieno) los cavallos, echaron pie a tierra los montados y, no obstante, la ventaja de las tropas christianas unidamente en bien formado esquadrón, con las zimitarras en la mano, se aplicaron a la defensa.

Casam baxá en la retaguardia, acalorando aquel puesto para que se desempeñassen los suyos del estaño, ostentava con las demás tropas ayrosamente su obligación distinguiéndose de los demás en las operaciones, como porque traía en la frente del turbante un ala de buytre que le hazía más reparable (y después llegó a manos del emperador), [1532] en cuyo trance entregó la vida al desaliento de la fatalidad cumpliendo con la deuda natural de los mortales.

Muerto el general, como también la mayor parte de las esquadras de aquel cuerpo, abandonaron los demás el guion (que consiguió el conde Palatino) intentando con la fuga preservarse del peligro, pero encontrándolos el conde de Lodrone (que avía movido sus tropas, avisado del estruendo de la artillería, para socorrer a los christianos), les cortó el hilo a las esperanças de su salvamento, pues no quedó hombre que pudiesse llevar la noticia del sucesso a

Constantinopla. [1533] Y mientras en tierra se combatía, no estaban ociosas las armas marítimas porque la española (gobernada del príncipe de Oria), aviéndose encontrado con sesenta galeras venecianas (que obedecían al Capelo y al Canales) en los mares del Zante (después de corteses cumplimientos, escusando más abiertas demostraciones por no romper la paz con los turcos), puso las proas la buelta de Corón (distante quatro leguas de Modón, al lado izquierdo del promontorio), cuya fortificación triangular baña por una parte la mar y por la otra (llamada la Isla, no muy apartada de la playa, se observa circunvalada de casamuro antiguo, a quien hermocean seis torres de fábrica de aquellos tiempos), en la qual habitan los griegos y en el centro de la plaça los othomanos, en cuya marina se dexa ver un puerto capaz de pocas embarcaciones. Y aviendo reconocido el Doria aquel sitio con treinta y cinco navíos gruesos y quarenta y ocho galeras, resolvió sitiar la plaça por mar y por tierra. Y desembarcada la gente, tomaron los puestos (obedeciendo los españoles a don Gerónimo de Mendoça y los italianos a Gerónimo Tutabila y al conde de Sarno) y, con algunas piezas de artillería, dieron principio a maltratar la muralla de la isla. Y aunque las baterías terrestres se componían solo de catorze cañones, ofendían el recinto las marítimas con más de ciento y cinquenta.

Esforçáronse los christianos por la parte de tierra a poner las escalas para assaltar la muralla por las brechas y, defendiéndose los turcos, murieron trecientos italianos, sin más de quatrocientos heridos, aviendo logrado por la marina con más fortuna el sucesso pues, executado el assalto, desampararon los infieles la muralla entrando a fuerça de armas en la isla los españoles, cuyo empeño atemorizó de modo a los que guarmecían la ciudad que la entregaron con la condición de salir libres las vidas y el bagage. Y dexando bien bastecida y presidiada la plaça de todo lo necessario, salió del puerto poniendo las proas a Patrasso. Y aviendo desembarcado el conde de Sarno, con las bocas de fuego embistió a la ciudad oportunamente. Y no teniendo murallas resistentes, fue fácil sujetarla, rindiéndose poco después también el castillo a pactos, permitiendo a los infieles el passage a Lepanto con toda la gente, aunque con exclamación de las tropas christianas que se lamentaban del Doria porque pretendían el saco y la esclavitud de los turcos en recompensa de sus fatigas.

Atacó consecutivamente uno de los Dardanelos que (en aquel tiempo se llamava Río) y, no teniendo bastante guarnición ni recinto considerable, con facilidad lo entregaron los que le presidiavan. Y poniendo después las proas al otro (que se llamava Molicreo), encontraron mayor resistencia, pero abriendo la brecha con la artillería le sujetaron con las armas, degollando en él trecientos genízaros que murieron (con gran constancia) sin querer rendir hasta aver

derramado la última gota de sangre. Y aviendo saqueado lo que avía dentro, embarcaron la artillería y la entraron en Corón. Y dexándole bien presidiado, encomendó su defensa a Mendoça, empeñando su palabra el Doria (que en caso de que el rey no le socorriese) lo haría él a su costa, en ocasión de atacarle el enemigo.

Los turcos (que con gran sentimiento toleran sus pérdidas) no tardaron mucho en solicitar su recuperación, cuya facción encargaron al Moro (famoso cosario) con orden que se diese la mano con Solimán, albanés, y asistiessen a la empresa con ochenta galeras. Y aviendo tenido noticias el Doria de este movimiento, embió una galera reforçada a tomar noticia del estado de la plaça como de los disignios enemigos y, con ánimo de socorrerla, aprestó dos naves gruesas llamadas la Doria y la Siciliana y, puesto en execución el cumplir la palabra que avía dado a Mendoça, quedó socorrido Corón, pero no libre del sitio.

Gerónimo Canales, proveedor de la armada veneciana, hombre de conocido valor y consumado exercicio en la náutica, recibió orden del senado para que guardasse con vigilancia los mares frequentados de las armadas cesárea y othomana para assegurar la navegación a los navíos merchantes principalmente. Y aviendo salido de Corfú con doze galeras para escoltar algunas embarcaciones que navegavan a la costa de Alexandría, arrebatado de improvisa tempestad, entró en Candia. Y aviendo descubierto el día de Todos Santos, Gabriel Bragadino (que governava los navíos), al poner del sol una esquadra de galeras, creyendo fuesse de cosarios, se dispuso para qualquiera contingencia y, reconociendo que era el Canales que bolví de Candia, con deseo de enfrenar las insolencias del curso enemigo puso las proas a treze galeras que iba governando el Moro de Alexandría, el moço (uno de los principales cabos de la armada othomana que bolví del sitio de Corón y passava al África, después de aver botinado y recorrido las riberas de la Grecia). **[1533]** Y esforçada la boga (para alcançar a los enemigos), con cinco galeras de las doze por encubrir el poco número, favorecido de la noche, puso en cada leño dos fanales, uno a proa y otro a popa, y con estratagema, resolución y solicitud (porque los turcos con la fuga no escusassen el requentro) los embistió generosamente haziendo el cañón la primera sangrienta impresión en los enemigos leños. Y llegando inmediatamente al abordó acalorado el incendio de la ira del material artificio, emprendió en las velas y en los coraçones tan sobresaliente llama que, en unos, aumentó el aborrecimiento como, en las otras, la ruyna. Y esforçando todos, el golpe, para herir al enemigo, hubo pocos desayrados en la demonstración.

[1533] Hizo el Moro de su parte todos los esfuerzos para defenderse y, viendo desesperada la materia, con ocho heridas (desesperado de poderse salvar) se arrojó al agua con ánimo de anegarse antes que verse cautivo de los venecianos que, aviéndole reconocido, le sacaron y pusieron en presencia del general Canales que le consoló diciendo que, en los sucesos de las batallas, obedeciendo los acasos a las órdenes de la fortuna, no quedava perjudicado el valor de los infelices, aunque se viessen vencidos.

Murieron trecientos genízaros (que passavan a El Cayro), mil esclavos y la milicia que guarnecía la capitana y otras quatro galeras que apressaron los venecianos, aviendo anegado las dos y el restante (aunque destruçado) se salvó con la fuga. Los cabos de la armada (en Candia) con los gobernadores de aquel reyno (para apagar el fuego del desdén de los turcos, porque tal accidente no diese fomento a la guerra) remitieron las galeras apressadas al África, recibiendo en Venecia el aviso del suceso con variedad de opiniones por la diferencia de genios con que se discurre en semejantes acaecimientos, no faltando en algunos el aplauso del castigo de los cosarios, como puesto en razón y adecuado a sus excessos, siendo de contrario sentir otros, pues afeavan el arrojó como atrevido y suficiente para que Solimán (protector suyo) emprendiesse alguna resolución dañosa a la República. Y aviendo cuidado mucho de la salud del Moro, como de su regalo, después de convallecido le dieron libertad con que passó a su patria donde, mucho más desconsolado (por las heridas del ánimo que por las cicatrizes del cuerpo), acabó en breve tiempo sus días. Los turcos, después de este frangente, apresaron en los propios puertos dos naves venecianas que avían passado a cargar de trigo.

Despacharon los venecianos a Constantinopla al secretario Daniel Ludovico a dar satisfacción de lo sucedido, como también a procurar saber cómo se avía interpretado el accidente. Sospecharon al principio los othomanos que no avía sido casual el empeño, sino premeditado y malicioso por secreta inteligencia con españoles, pero assegurados con la relación de los que se hallaron en la batalla, quedaron desvanecidas las sombras que obscurecían la luz de la verdad. Y dissimulando Solimán mucho más de lo que le acordava el suceso (en quanto agregava, a este, otros pretextos para onestar la rotura), encubrió el intento con doblada reflexa. Después de aver socorrido a Corón el Doria (aunque con pérdida de uno de los dos navíos), passó a Mecina con toda la armada, dexando bien assistida la plaça, manteniéndose los turcos sin embargo en el bloqueo, a cuya causa bolvió el presidio a padecer las primeras contingencias. Y cansados de vivir reclusos los soldados, resolvieron morir peleando antes que esperar verse acosados de varias necessidades. **[1533]** Y

aviendo entrado a gobernar en lugar del Mendoça, Machacau Novares, procuró estorvar que saliessen a campaña y, no hallando forma de embaraçar el intento, se dexó (por último) llevar de la universal corriente. Y encaminándose con ellos a Asdrusia, con ánimo de atacar improvisamente a tres mil turcos que obedecían a Carán aga, y para lograrlo con más temor de los infieles, pusieron fuego a las caballerizas, pero al ruido que hazían los cavallos para romper las cadenas y librarse del incendio despertaron a los turcos. Y aviéndose incorporado para ponerse en defensa, reconociendo el corto número de los christianos, con facilidad los pusieron en retirada pereciendo en el principio del lance Machacau, como tamcién Acmad (que iba siguiendo el alcance), cuya muerte, y la buena ordenança de los christianos (peleando siempre sobre la marcha), fueron la preservación de aquellas esquadras que, con gran reputación, consiguieron entrar en Corón. Pero apenas avían llegado, quando se embarcaron abandonando la plaça por orden del emperador, deseoso de salir de un empeño que le podría dificultar la paz con los turcos en la Ungría, en cuyo reyno murió entonces Juan Bansi, palatino de la facción del rey Juan, circunstancia que movió al Lasqui para representarle; que su restablecimiento se avía originado de la confiança que Ludovico Griti tenía con Ebraín (gran visir) y que avía favorecido la negociación para el logro de la corona y que merecía una generosa recompensa para mantener bien inclinada la voluntad de un hombre tan acreditado con la Porta, y dispuso que le nombrasse no solo palatino, sino gobernador del reyno, con aversión de los úngaros que culpavan la elección diziendo que los gobernadores solo se elegían en la menor edad a los reyes pupilos y no a los reyes hombres, experimentados en todas fortunas. **[1533]** Pero no tuvieron lugar las oposiciones porque el rey dexó correr la elección, consiguiendo después los que la contradezían el odio del Griti, como también la muerte en el cadahalso, con pretexto de otros delitos.

Llegó Solimán a Constantinopla con la armada disminuida por el dilatado viage, como por los passados accidentes, y avía hecho aprehensión (con la llegada de Carlos Quinto a la Ungría con fuerças iguales a las suyas) que su aliento le avía inflamado el espíritu para defenderla. En aquel tiempo sucedieron accidentes en el Assia, y particularmente en Persia, que le apartaron de aquella guerra, con que fue preciso retirarse por entonces de la protección del rey Juan, a quien notificó el Griti, de parte del gran visir, que ajustasse pazes o treguas con Ferdinando porque necessitavan las tropas othomanas (que estaban en aquel reyno) passar a otra parte precisamente.

El estado infeliz como lloroso de la Ungría (oprimido con una guerra civil preñada de homicidios, desolaciones y hurtos), cada instante padecía más

descaecidos desconciertos. Y experimentando que la guerra haze ladrones y que la paz los ahorca, como que los socorros de los othomanos le avían salido poco seguros (aviéndolos solicitado a instancias de la necesidad para resistir a Ferdinando), admitió con promptitud la proposición del Griti, despachando al arçobispo Colocense por embaxador a Carlos Quinto, a impetrar su consentimiento como a suplicarle mediase en esta materia con su hermano, a quien persuadió el emperador para que admitiese la composición.

Poco después llegó un correo de Constantinopla, despachado a Ferdinando, con tratados concluyentes de paz entre Ebraín y el Griti, a quien recibió con agrado al entregarle una carta de Solimán que contenía la siguiente expresión: *Que tenía a Carlos y a Ferdinando por sus hermanos y que avía mandado a Ludovico Griti, dixesse al rey Juan, que dexasse a Ferdinando en la possessión de aquella parte de la Ungría; que gozava consintiendo en ajustes razonables de paz.* Y no siendo esta exposición disonante a la inclinación de Carlos Quinto, ni de los úngaros, ni de aquello que antecedentemente se avía discurrido, bolvió el chاوز o correo a Constantinopla, regalado de diferentes alhajas y con respuesta de aver admitido la interposición del sultán, siendo por este camino árbitro de la guerra y de la paz (con risa de algunos príncipes christianos) entre los dos reyes, con las siguientes condiciones.

Que cada uno de los dos conservaría el título de rey y, Juan, la porción del reyno que dominava durante su vida y, después de ella, passaría a la obediencia de Ferdinando o a sus legítimos herederos y sucessores. Y en caso de que Juan tuviesse varón, le cedería Ferdinando la Transilbania con todos los castillos patrimoniales que su padre posseía en la Ungría, con la qual, y con el abandono de Corón (por apartar este obstáculo de la paz), quedaron en calma (por algún tiempo) las tempestades de Ungría. Estas condiciones se recibieron (como bien común) entre los úngaros de uno y otro partido, pero con el pacto de que se tuviessen secretas porque no llegassen a la noticia de Solimán, y en particular la mencionada, en caso de que el rey Ferdinando muriesse sin hijos.

[1534] En el mismo tiempo que las armadas othomanas flaxelavan la tierra, también las de los cosarios dominavan los mares, haziendo en ellos presas considerables. Y sabiendo Rodrigo Portundo (general de las galeras españolas en los mares de Cataluña) que quinze galeotas turcas estaban abrigadas en la isla de la Formentera, escogiendo ocho suyas bien reforçadas y guarnecidas de gente (que le dio el governador de Ibiza), salió en su busca. Y al descubrirlas los turcos, conjeturando el christiano disignio, salieron a recibirles ambiciosos de encontrar la batalla. Y observando Juan, hijo del general, con un anteojo la superioridad del número de las infieles embarcaciones, puso en la consideración del padre la

ventaja que les tenían y el riesgo de aquella resolución, anteviendo la esperanza del mal suceso. Y su padre, encendido del ardor de su arrojó, le trató de cobarde diziendo que degenerava de quien era, pues mostrava alientos indignos siendo christiano cavallero.

Governava Aydino de Esmirna aquella esquadra y, observando el desorden de las galeras españolas Assán celebi y Solimán (capitanes de conocida experiencia), como también que la capitana del general se avía propassado con exceso de las demás que la seguían, escogiendo quatro de los más bien dispuestos leños, la embistieron con tanto ímpetu (por la proa y por la popa, y las medianías) que la sujetaron (antes que las demás la pudiesen socorrer), haziendo pedaços al general y a los que la guarnecían. Y aviendo ganado el estandarte real, acrecentados de confianza los infieles quanto abatidos de ardor los christianos, pusieron las proas a las demás consiguiendo apresar las dos de Juan Vizcayno y Mateo Sánchez. Y entre las que procuraron salvarse con la retirada, baró en un escollo la de Juan de Córdova (que se fue a pique después de aver salvado la gente) y no falta opinión que assegure que pudiendo salvarse este valiente capitán, quiso sacrificarse a una dura esclavitud primero que entregarse a una desayrada fuga. Pudiera resultar de la leyenda de esta narración algún problema sobre si han contribuido más en las victorias othomanas el corage de los infieles o la temeridad de los christianos (por no aver hecho jamás aprecio de la desigualdad), solicitando llegar a las armas con notable resolución.

Desvanecido Aydino con el victorioso suceso, entró en Argel con la pressa dando un buen día a Barbarroja, que embió a Solimán parte de la pressa y el estandarte del general español, que recompensó con el vassallage del mar.

Tomó el nombre de Ariadeno por diferenciarse de Orucio, su hermano, que se llamó Barbarroja, desestimando ser heredero del nombre, aunque lo huviesse sido de la fortuna. Fueron las pruebas de Orucio famosas en todos lances, pues desempeñó su obligación ayrosamente con felicidad en ellos (aunque sus principios traen el origen de nacimiento obscuro), logrando en África diversas empressas como el solio en Argel (como diremos en su lugar).

[1534] Es la sed del ambicioso semejante a la del oro, que quanto más se posee, tanto más se desea recoger. Intentó Solimán, a un mismo tiempo, dilatar en dos partes sus dominios haziendo guerra al persa Atamas, hijo del grande Ismael, como también al África por la mar, ocasionando esta deliberación las discordias del emperador Carlos Quinto con franceses, que le facilitaron los disignios, siendo el movedor de este empeño en el África Ariadeno, llamado Barbarroja por el sobrenombre de Orucio, su hermano, que poseía en la Numidia, próxima a la Mauritania, el reyno de Argel, conquistado con famosas

victorias, con las cuales se hizo temer de los confinantes y estimar en Constantinopla.

Fue el origen de estos dos hermanos muy desayrado. Y aviendo nacido en Metelino, empezaron a navegar con una fusta y, sujetando algunas embarcaciones debaxo de la disciplina de Camali (llamado el cosario), aumentaron con las presas el número de las embarcaciones, como la felicidad y la fuerça, encontrando en Argel la próspera ocasión de sus aumentos en la obstinada guerra civil de los dos príncipes africanos, hermanos, que disputavan con las armas el mejor derecho de la corona.

[1534] El rey (mayor de edad) recibió en su servicio a Orucio (que, con gruesas tropas de arcabuzeros, contribuyó para el logro de algunas victorias que ganó al hermano) que, conociendo sus fuerças, comprehendió también la flaqueza de los árabes y moros pues, guerreando desarmados y sin conocimiento de la disciplina militar, atendían solo a las enemistades y discordias entre ellos. Y abraçando la coyuntura como rompiendo la fee al rey, haziéndose de estipendiario enemigo declarado, le venció en batalla. Y manejando con el pueblo la fuerça y la destreza, como después la crueldad, conquistó para sí el reyno y le dilató, desposseyendo de aquel vezino país al señor de Cherchelo (lugar que en otro tiempo se llamó Colonia Cherchena, veinte leguas de Julia Cesárea azia poniente, donde aún viven antiguos vestigios de la magnificencia romana en un acueducto artificioso y en un amplio puerto) y, manejando las armas de concierto con el hermano que governava las marítimas, assaltó a Bugía, posseída de españoles. Y reducido a extrema necesidad el presidio, no se apartó del sitio hasta que de un golpe le cortaron la mano derecha, que mandó después hazer de hierro, y la manejó con prosperidad en diferentes batallas. Y aunque los de Argel llamaron a don Diego de Vera para que los socorriesse aviendo reforçado sus tropas, quedaron destroçadas y hechas pedaços. Y, no obstante, el aver desembarcado don Hugo de Moncada (con sus esquadras) en socorro de don Diego, atacando a las de Orucio, quedó desecho y maltratado (por la ventaja de los enemigos) con la precisión de bolverse a embarcar, cuyo desorden creció con el riesgo de una repentina borrasca que ocasionó dar algunas embarcaciones al trabés. Y procurando salvarse la gente del naufragio, encontravan la muerte en los azeros enemigos y, los más, bien librados, el remo en las galeras infieles.

Estas prosperidades llenaron de bárbaro corage el corazón de este infiel, ensoberveciendo con ellas la mayor esperança para otras empresas, pues no solo se contentó con echar del reyno de Tremecén al rey, sino que movió las tropas contra Orán y Puerto Magno (llamado ahora Mazalquivir), que estaban

guarnecidos de españoles. Pero en un momento alteró contra sí las armas de los christianos y las de los moros, como también la fortuna que, cansada ya de traerle sobre los ombros, le dexó caer en el precipicio vencido y fugitivo (en aquella ocasión) por los desiertos, solicitando salvarse. Pero aviéndole encontrado la cavallería con algunos que le seguían, miserablemente los degolló, cuya noticia despertó (en los pueblos christianos) algún alivio y, particularmente, en los que comerciaban por la mar pues creían que, aviendo perecido el rey de los asesinos, era forçoso que también se arruynasse el restante del infame partido, quedando los mares en tranquila seguridad.

Ariadeno, tan feroz como su hermano, por aclamación de los soldados fue heredero del reyno, de los robos y de la ambición de Orucio. Pero no satisfecho Ariadeno con las conquistas logradas, sediento de mayores progressos, empuñó las armas con los moros unas vezes y otras con los árabes, mezclando con la guerra, la paz y las treguas, quando era de su conveniencia. Y aviendo acrecentado las fuerças marítimas con algunos cosarios (que siempre ay abundancia de malos que substituyan a los peores), corrió las costas de España, Mallorca y Menorca logrando en los anchurosos disignios siempre particulares favores de la fortuna. Hizo quitar la vida a trayción a Mehemed, árabe, capitán de esparcida buena opinión, y Boncade (el más nombrado de aquella nación, combatido de él otras vezes) necessitó para salvarse internarse en los bosques. También en la mar le acaloró la mayor suerte, pues logró con prosperidad gran parte de las batallas que tuvo. Peleó a vista de Cerdeña con don Diego de Moncada, aviéndole embestido de noche con tanta ferocidad que, perdiendo algunas galeras, tuvo a gran fortuna salvarse herido con la fuga. Y continuando algunos progressos, apressó navíos (venecianos, sicilianos, napolitanos y ginoveses) en tanta copia que se obstentó formidable en los mares a los que conocieron sus humildes principios. Demolió el castillo que predominava la ciudad de Argel, cuyas ruynas precipitadas en la mar ampliaron el muelle, dexando más bien dispuesto y acomodado el puerto de aquella plaça. Solimán, que hazía estimación grande del valor y que tenía falta de hombres experimentados en la marinería, embió a mandarle que tomasse su servicio y Ebraín, gran visir, y los demás baxaes le escrivieron aconsejándole que no perdiessse tan buena ocasión para sus aumentos quando el sultán hazía elección de su persona, que era la mayor fortuna que le podía suceder. Y, en particular, Sinán baxá assegurava que no avía otro hombre en los dominios de Solimán que pudiesse competir la experiencia del Doria como Barbarroja y tomó a su cargo embarcarse y solicitar llevarle a los pies del sultán.

[1534] Recibió Barbarroja a Sinán con grande estimación y honor cariñoso y, resignado a la voluntad del gran señor, le dixo que después de la audiencia que esperaba tener con Solimán, le avía de dibujar planta segura (en demostración real) para conquistar toda la África por hallarse discordes los christianos, flacos de espíritu y sin gobierno los árabes y los moros. Y dexando encomendado su hijo Assán a la buena ley y gran confiança de Aji y de Ramatá Calebino, sus fieles amigos y vassallos, salió de Argel con quarenta y tres leños, entre galeras y fustas. Y aviendo encontrado por el viage algunos navíos ginoveses que passavan a Sicilia a cargar de grano, después de ensangrentada oposición, los rindió mandando ponerles fuego, aviendo expuesto en el trance al mayor riesgo a Dilesuf, su colega (atrevido cosario), con estudio particular de que pereciesse en la ocasión para hazerse dueño de su dinero (que tenía mucho) como de la galera y esclavos suyos. Y aviéndolo logrado todo con la muerte de Dilesuf, puso las proas a la isla de la Elba o Portolongón y, sujetando al castillo de Ríos, puso en cadena la guarnición. Y cargado de fama como de botín llegó a Constantinopla donde, a pocos lances, consiguió el afecto de Solimán con ricos presentes de muchos mancebos de poca edad y doncellas ricamente ataviadas, leones pardos y otras africanas fieras. Y estava tan acreditado con él que, quando hablava de Berbería o de los christianos, no se atrevía alguno a poner duda en lo que dezía. Pero la envidia (que es compañera indivisible de la virtud generosa), mirándole próximo a conseguir el almirantazgo del mar, concitó oposiciones a su exaltación vertiendo en voces vagas el veneno de la contradicción que expressavan que no merecía semejante dignidad el ajamiento de ponerla en manos de un famoso ladrón. Y que las conquistas de África eran obras de poco crédito quando solamente se logravan con trayciones, añadiendo a esto el dezir que avía sido persecuidor indiferente de christianos y mahometanos. Y que, siendo hijo de padres griegos, no se podía certificar la religión que professava; además que no faltavan en Turquía personas más honestas y beneméritas en quien depositar tan soberana dignidad.

Estava Ebraín en Alepo a las disposiciones de la guerra de Persia, cuya protección le hazía falta para desvanecer los nublados con que pretendían sus émulos perturbar sus esperanças, por lo qual resolvió buscarle considerando que sus disignios se aventuravan faltándole el apoyo del visir, con quien supo también expressar los motivos de su negociación y la facilidad de las conquistas de África que, con una carta que escribió a Solimán, dispuso agregarle al número de los baxaes por ser hombre de tanto valor y habilidad. Tenían tanta fuerça, con el sultán, las recomendaciones de Ebraín que eran leyes inviolables en su estimación para ejecutarlas, como obedecidas antes que concederlas como

súplicas, pues apenas leyó la carta, quando le hizo merced del quarto puesto de los baxaes con el almirantazgo de la mar, entregándole el mismo Solimán el estandarte real, la zimitarra y la beste, animándole a corresponder de modo con acciones valerosas y atrevidas que desempeñassen su obligación. Y despedido del monarca, passó al taraçanal acompañado del aga de los genízaros y de otros más graduados, donde le entregaron ochocientos mil sultaminos de oro (que son escudos con poca diferencia), con los cuales dispuso sin dilación la armada. Y assistido de ochocientos genízaros para su guardia, zarpó saliendo del estrecho de Galípoli con ochenta galeras y algunas fustas. Y poniendo las proas la buelta de Italia (dexando a Amurates con otras doze galeras para que se incorporasse con los navíos y transportassen de Europa al Assia a Solimán con el ejército, que se encaminava a Persia), le ordenó que passasse después a unirse con él al puerto de Modón.

Passó Barbarroja el Faro de Mecina ocasionando con su armada notable temor en aquel reyno y, abançándose a la Calabria, assaltó en aquella ribera a Santo Lucito. Y dando vista a la isla de Capri, puso en cuydado a Nápoles con las dessoluciones de aquellas playas. Y de allí se dexó ver en Terrachina, cuyos habitantes abandonaron el lugar huyéndose a la montaña, dexando en él los enfermos, a los cuales (porque no se viessen atormentados de sus males) mandó degollar en las propias camas, permitiendo también el saco de las iglesias.

Passó a Roma el estruendo de los estragos turquescos, cuyo escándalo abrió camino en la resolución de Su Santidad para reclutar las milicias puestas en arma en defensa de las marinas. Y aunque estos accidentes executados amenaçavan también en otras partes a las costas de Italia, eran mañosamente políticas disposiciones que avía estudiado el único disignio de su aplicación para engañar a Mulease, rey de Túnez (con tan dilatada navegación), para assaltarle después improvisamente.

Fue este rey hijo de Mehemed, que dominó treinta y dos años y tuvo veinte y dos hijos varones y un hermano primogénito (llamado Maymón), a quien en virtud de la ley de mayoría pertenecía la sucessión del reyno pero Lentijesia, madre de Mulease, sobornando a los ministros de Mehemed y acariciando al marido en las últimas aflicciones de la vida (en las cuales ordinariamente suele faltar el sentido), o fuesse molestándole con ruegos o engañándole con mañosas lisonjas, consiguió que dexasse por heredero del reyno a Mulease.

Hallávase Maymón (atrevido soldado), aprisionado entonces por sospechas que concibió su padre de que solicitava levantarse con el reyno. Y mientras (con su muerte) creía subir desde la cárcel al trono, passó de la prisión

a la sepultura por comisión de Mulease, que le mandó quitar la vida juntamente con algunos hermanos suyos, y la vista a otros, porque ni aun de lexos pudiessen mirar la altura del solio. Solo Roscetes (que habitava con la muger y los hijos fuera del castillo) tuvo tiempo de salvarse con la fuga sin que le comprehendiese la fatalidad de los hermanos. Y assistido de algunos príncipes árabes, se puso en campaña contra Mulease. Y aviendo llegado a las armas en campal batalla, quedó vencedor, aunque a precio de mucha sangre, cuyo successo le persuadió esperançado que avía de lograr ser rey de Túnez. Pero aviéndose retirado a la plaça el derrotado Mulease, assegurando con su presencia la ciudad, le desvaneció la confiança a Roscete que, ayrado con los ciudadanos como con el pueblo, abrasó (en vengança) todas las casas de campo del territorio de Túnez, cuya cruel acción ofendió a todos de modo que, unidamente, embieron a pedir a Barbarroja que los socorriesse y le darían en recompensa a Viserta.

Yaze esta plaça sobre la margen de una laguna, o estaño, en la qual entrando las aguas de la mar con el refluxo, mezclándose la salobre con la dulce, forma un puerto capaz para dar fondo navíos gruesos (apartado de Útica o Puerto Farina diez leguas). No tardó Ariadeno en passar con la armada y, trocando el socorro en opressión, se apoderó de Viserta. Y queriendo hazer lo mismo con La Goleta, respondió la guarnición que se rendiría al que dominasse a Túnez, de quien precisamente avía de depender. La llegada de la armada turquesca a la vista de Túnez y la conquista de Viserta, como también las amenazas de Roscete, en que expresó a los turcos que si no echavan de la ciudad al rey Mulease, con el apoyo que tenía de Solimán se haría dueño de sus vidas y de sus haziendas y ejecutaría en todos sangrientos y crueles castigos.

Estos motivos ocasionaron el movimiento de una sublevación y, no teniendo Mulease de quien fiarse para su seguridad, temiendo caer en las manos del irritado hermano, o en la de los turcos, salió de Túnez, en cuyo abandono se revelaron dos renegados españoles, Abece y Fetuche de Aragón, tomando el partido de Barbarroja, exercitando el primero el magistrado principal de la ciudad y el segundo tenía a su cargo el castillo. Y aviendo este dado libertad a un hijo de Roscete (aprisionado antes por Mulease), vestido en hábito real le puso en la silla, dexando libres también a otros cosarios turcos enemigos del fugitivo rey que los tenía presos. Abece embió un cavallo a Barbarroja para que passasse a Túnez, ofreciéndole que persuadiría a los pueblos para que le recibiesen sin obstáculo alguno como también que saldría a recibirle y a franquearle las puertas. Y viéndose Ariadeno tan favorecido de la fortuna, pues conseguía que voluntariamente se le ofreciessen los reynos, desembarcando la gente y puesto a cavallo marchó con cinco mil turcos a la puerta de Túnez, que

se da la mano con el estaño y con el taraçanal. Y aviéndole recibido con aplauso cariñoso en el passage que hizo por la ciudad para llegar al castillo, no se oían otras voces que las de viva Solimán y Ariadeno. Pero aviendo hecho reparo en que no venía en aquellas tropas Roscete, príncipe nacional, a cuya instancia avían negado la obediencia a su hermano Mulease, tanto más se acrecentó el rumor y la mormuración por aver corrido voz de que le avían dexado preso en Assia.

Mesuar, hombre de valor, de autoridad y eloqüencia (en la estimación de los moros), afeando que huviessen hecho semejante trayción a la patria en sujetarse a crueles cosarios, uniéndose a los más zelosos y apasionados de la nación, passó con ellos y con alguna gente a las partes más públicas de la ciudad (de donde despachó un propio a Mulease para que se acercasse a Túnez en quanto hazía el mayor esfuerço para disponer el pueblo a su favor) y, hablando públicamente a toda la multitud, declaró el engaño diziendo que, con el pretexto de recibir a Roscete en el dominio, trocándose la escena, no vivirían jamás sujetos a reyes naturales moriscos, sino como esclavos de los sultanes turcos. Y supo también exagerar la diferencia entre la libertad y esclavitud del príncipe natural al forastero, que la vehemencia de la representación les obligó a todos a gritar (con las zimitarras en la mano) diziendo: arma, arma y, acometiendo a los turcos, degollaron a los que se les pusieron delante haziendo vivas instancias para que bolviesse Mulease que, con Dorace, otro cabo de autoridad, estava en unos jardines (no lexos de Túnez) atendiendo las resultas del movimiento de la plebe, cuya desordenada y mal armada multitud, confusa y atropelladamente, se encaminó a la fortaleza con ánimo de assaltar el castillo de afuera, llamado Barbasbeco. **[1534]** Y aunque los turcos arbolaron el estandarte con ánimo de defenderse, considerando tan gran conmoción y la novedad del accidente no esperado de tan feliz principio y, conociendo que no se podían mantener ni resistir mucho tiempo contra las violencias de tan grande pueblo injuriado sin municiones y bastimentos, pusieron en consulta lo que se avía de resolver. Y un renegado español llamado Ramadá, aplaudiendo a los constantes y animando a los descaecidos, hizo plantar una pieça de artillería en lo más alto de la fortificación y dispararla a la parte donde estava lo más espeso de la gente, donde hizo mucho daño, cuyo estrago atemorizó con facilidad al pueblo y lo desbarató, siendo en él muy ordinario descomponerse con qualquiera peligro.

Ariadeno conocía, por una parte, el riesgo porque le faltava lo necessario para la defensa y, por otro lado, tenía gran confianza del valor de los suyos y esperaba que, por último, avían de vencer la impetuosa locura de un vulgo instable. En este tiempo, llegaron Mulease y Dorace con gruesas esquadras de

árabes que acalararon el movimiento, refrescando las operaciones con que se animaron los de Túnez. Estaba en el castillo otro español renegado, llamado Malaga (natural de Granada), valiente como experimentado en la guerra por aver servido mucho tiempo debaxo de la mano del conde Pedro Navarro y del marqués de Pescara y, encarándose con Barbarroja, le dixo:

Señor, qué hazemos negligentes, sin considerar lo que nos falta para nuestra conservación quando no deben temer la muerte aquellos a quienes le falta el modo de vivir. Los enemigos, con la continuación de los assaltos, han de dominar por último las murallas y quedaremos esclavos de los vencedores en caso de que nos dexen las vidas. [1534] Tomemos una buena resolución, que la fortuna siempre assiste a los atrevidos consejos como a los bizarros pechos en los peligros. Y si son muchos los enemigos, no están todos armados además que, ordinariamente, suele tener su imperio la confusión en la multitud.

Salgamos de este recinto a encontrarlos, que las acciones resueltas quanto menos esperadas, atemorizan mucho más. Y en vez de resistir los assaltos, acometámosles intrépidos, aunque nos juzguen abatidos, pues es más ayroso morir en libertad que vivir encerrados en esta débil fortificación. Además, que la desesperación tiene también sus milagros y sabe hazer leones fieros a los más tímidos conejos.

Salgamos generosamente haziendo ostentación de nuestro valor y ataquemos al monstruoso cuerpo de tanto vulgo desunido, pues solo es este el único medio de nuestra preservación.

Oyó Barbarroja con atención al renegado, assí por las vivas razones de su expresión como por ser de su genio los animosos consejos. Y alabando la proposición, animó a los suyos, poniendo en ordenança las tropas para atacar a los enemigos. Y en buena disposición salió por dos puertas y, embistiendo con los sublevados por tres partes, murió en los primeros lances Mesuar, cabeça de aquel movimiento, cuya pérdida los atemorizó de modo que, en un instante, se desvaneció el nublado que ocasionava la tempestad, continuando por las calles el estrago las tropas de Ariadeno hasta que el cansancio, el calor, la sed y la noche promediaron en el empeño.

El rey Mulease (viendo desesperado el successo) se salvó en Constantina (silla real de la Numidia) acalorado de la cavallería de Dorace, cuya retirada a vista de la muerte de Mesuar, dexó sin protección al pueblo, que abrió el camino para manejos de paz y admitió Barbarroja, teniendo por más acertado sujetarlos con la quietud que castigarlos armados. Y aviéndose empeçado (por una tregua), se concluyó después la paz, en la qual los inclinó a la obediencia de Solimán representándoles que era príncipe humano y piadoso, y no cruel como los reyes moros. Y usando en los principios actos de cortesía y clemencia, con facilidad los dispuso a la resignación de las leyes othomanas.

Explayada la noticia de la sujeción de Túnez, cabeça del reyno, obligó a las demás plaças (como dependientes suyas) a seguir su exemplar de modo que, sin sangre y solo con el estruendo de las armas de la reputación, se humillaron las terrestres y las marítimas a la fortuna del vencedor, poniendo en la torre de La Goleta en mejor disposición las fortificaciones. Y, ensanchando el muelle, restauró algunos edificios maltratados de la dissimulada enemistad del tiempo, poniendo todo cuydado en regir en la paz lo que avía conquistado en la guerra. Pero passemos al reyno de Persia, en cuyo dominio ensanchavan las hostilidades los turcos (que siempre se ceban y jamás se satisfacen de conquistas) por aver muerto Ismael sofi, gran rey (en edad de quarenta y quatro años), dexando quatro hijos y el imperio al mayor (llamado Atamas), tan heredero de la bizarría del padre como del odio contra los othomanos, pues le mostrava con las armas (en continuadas correrías que executava en el país de Diarbec, passando el Éufrates, para ocasionarlos a mayores sentimientos con la dessolación de aquellos contornos).

[1534] Tenía Ebraín visir persuadido a Solimán a que bolviesse al oriente con sus armas y, oprimiendo al persa (a quien tenían ganado los ministros del imperio), quitava el embaraço para las disposiciones de Ungría. Nació Ebraín en Butintro, en la Albania (aldea sujeta a la Parga, del veneciano) de padres sin nobleza, a quien entre otros muchachos del tributo conduxeron a Constantinopla, donde le hizieron renegar por fuerça, pero conservava la inclinación a la católica fe, bien que la política y los intereses le tenían arraygado en la turquesca. Hablaba y escribía algunas lenguas y manejava (con primorosa destreza) las consonancias de algunos instrumentos. Era de espíritu prompto y vivo. Y aviéndosele dado el sultán Baiaceto a Escander baxá, este le presentó a Solimán, en cuyo genio (siendo de una misma edad) se cultivó su fortuna, o fuesse confrontación de estrellas, o confiança que labró la comunicación, pues llegó a ser absoluto dueño de la monarquía y disponía a su arbitrio los mayores intereses de ella, pareciendo competidor más que ministro de su príncipe. Y aviendo passado por diferentes puestos inferiores, llegó a ocupar la suprema dignidad de visiriato. Sentía internamente las opresiones de la christiandad, por lo qual hazía instancias a Solimán diziéndole que era superfluo gastar las armas y fuerças de la monarquía con los infieles christianos quando estavan tan perseverantes en sus discordias y se consumían entre sí mismos. Y que, imitando a sus progenitores (que avían dessolado enteramente a los mamalucos), debía ponerse en el parage de conseguir la gloria de abatir a los persas (autores de la superstición destruydora de la ley de su profeta Mahoma) y, para animar las milicias al deseo de los daños de aquella nación, dispuso la

materia de modo que el muftí hiziese una declaración nueva, y no practicada antes en las guerras anteriores, siendo costumbre observada que en las victorias se tratassen más humanamente a los persas que a los christianos, pues ni les quitavan las haziendas ni les hazían prisioneros de guerra. Decretó el muftí con positiva tendencia que, como obstinados hereges, quedassen sujetos al desvalijamiento y al cautiverio.

No deseavan esta guerra la madre y la favorecida de Solimán. La una porque le amava como a hijo y la otra porque no le quería ausente de sus confianças estrechas. Y, assí, le insinuavan que eran las guerras orientales poco favorables a los othomanos por lo difícil del viage como por el mal temperamento del ayre, ocasionado a perder la salud. Y en medio de estas representaciones, prevalecieron los consejos de Ebraín que, destilándole pensamientos marciales de las jugosas esperanças de las propuestas conquistas (sediento de aquella gloria), bebió el néctar de la suave miel de la confiança apartándose del planeta más hermoso por el planeta más fuerte.

[1535] Instigado (a solicitud de Ebraín) Mulearbe de Damasco (famoso adivino), asseguró a Solimán grandes triunfos en aquella jornada. Y también Ulamano, persa (foragido de su patria y amparado de la Porta), facilitava (por negociación del visir) y ofrecía al sultán grandes victorias. Ordenados, pues, los sacrificios decastrados a Mahoma y aviendo cumplido con otras supersticiones (con las quales presuponen los othomanos aver purgado los pecados en la mezquita), passó con el ejército a Licaonia y Agogña por camino diferente y más breve del que hizo Selín, su padre. Y aviendo entrado en la provincia de Diarbec, ordenó a Ulamano (como práctico del país) que con los aventureros se adelantasse para asegurar la marcha encaminada a la Persia y, con poderosas tropas al cabo de cinquenta y quatro jornadas, se acampó Solimán a la vista de Tauris. Y aviendo hallado esta plaça mal guarnecida de presidio, como no resguardada de fortificaciones, la sujetó sin ultrajar a los habitantes por conciliarse el afecto de la nación. Y passando desde allí a Sultania (assiento antiguo de los reyes de Persia, población coronada de inaccesibles como ásperas montañas), hizo alto algunos días para reparar la gente, esperando que el rey Atamas llegasse con sus tropas para darle la batalla. Pero en aquel tiempo sobrevino un viento tan impetuoso, con una tempestad tan horrible, que despedaçó los pavellones y descompuso los bagages causando grande mortandad en ellos y, en particular, en los camellos, en cuyo tiempo murieron de susto la mayor parte de los enfermos, no aviendo estado libre del riesgo el mismo Solimán porque, cerca de su aloxamiento, se arruynaron muchas tiendas y le huviera sucedido a la suya lo mismo si, en lo más obscuro de la noche

(estando la tormenta en el mayor vigor), no huviessen acudido muchos genízaros a reparar con su asistencia la seguridad de su monarca.

Fue tan sin exemplar el impetuoso uracán, que se publicó en todo el ejército que semejante suceso avía nacido de los encantos de algunos hechizeros persianos. Aconsejó Ulamano a Solimán que se abançasse a Babilonia assegurándole que, con la insinuación de generosas promessas o con la fuerça de las armas, se la arrancaríá de las manos a Mehemed persiano, que la governava, cuyo suceso consiguió como se lo avía insinuado Ulamano porque, no creyendo Mehemed que los turcos pensassen en tanta empresa y tan distante, no avía premeditado el accidente para resistirse y hazer frente con la defensa al tentativo; circunstancia que le precisó a desamparar la ciudad puesto en fuga, en la qual entró Solimán triunfante. **[1535]** Y aviendo grangeado con liberalidad no solo a los magistrados, sino también a los del pueblo, se dexó coronar con las insignias reales a imitación de la antigua costumbre de los reyes persianos. Y aviéndose agrado mucho de aquel país, assí por lo fructífero y lo delicioso como por la hermosura del Éufrates que baña aquellas riberas y enriquece aquel país, por las transportaciones del comercio en el continuado tráfago de ciudad tan poblada de gente, que es imposible numerarla

Corrió la voz del feliz suceso en la rendida sin oposición en semejante plaça situada en el corazón de la Persia, a cuya noticia embiaron muchas ciudades de la Mesopotamia y de la Syria embaxadores a Solimán y admitieron guarniciones othomanas sin escusarse a su aloxamiento para la invernada. Y en el mismo tiempo que en Babilonia se executavan varios espectáculos para festejar a Solimán, se hazían en Nápoles alegres justas y torneos por la victoria conseguida de Carlos Quinto en el África, como referiremos más adelante.

Quanto más iba el invierno desmesurando el ceño de los rigores de la estación, tanto más deseo mostrava el sultán de llegar a las manos con Atamas, confiado en la multitud de sus tropas y en la valentía de sus soldados. Pero Atamas, conociendo la gran desigualdad, procurava dilatar lo possible (ganando el beneficio del tiempo) el trance de la batalla por si tenía alguna ocasión oportuna en su favor. Y aviendo buuelto a Tauris Solimán, despojó la ciudad de las cosas más notables, llevando no solo algunas labores de seda y lana texidas de oro, sino también los laborantes con sus familias y muchos esclavos de ambos sexos y de todas edades y, entre ellos, muchos de la primitiva nobleza, aviendo chupado sus milicias la más rica sustancia de aquella ciudad como sanguijuelas que solo se ceban en la sangre más pura. Y aviendo sabido que Atamas tenía bien reforçadas sus tropas de ircanos, medos y partos y que, a la testa de ellas, marchavan a encontrarle, contento con los passados sucessos

como satisfecho de los grandes despojos, decampando de la parte equinoccial se alargó de Tauris y, apenas avía pasado de Coy y de las campañas de Calderan (famosas por la batalla de Selín, su padre) quando se esparció un rumor considerable con la llegada de algunas tropas de cavallería persiana que, atacando la retaguardia, saquearon los bagages más retardados degollando, al mismo tiempo, los turcos que podían aver a las manos. Y para enfrenar el ardor de los persas, ordenó Solimán a los baxaes de Egipto y Soria que, sin suspender la marcha, cubriessen con sus tropas la retaguardia y los costados circunvalando el bagage con dos mil genízaros, continuando los disparos, para mantener a los persas apartados. Y prosiguiendo el viage con esta disposición, y con la operación de algunas piezas de campaña, pudieron rechaçar a los persianos con algún daño.

Marchava Solimán en la banguardia, que avía mandado dividir en tres trozos gruesos a fin de passar a Amida, o Caramida, abundante de habitaciones, para recoger en ella lo restante del ejército. Entretanto Atamas, que aún no se avía dexado ver, esperando que se minorasse la turbamulta de las armas othomanas por mirarse desigual para hazerle abierta oposición y, hallándose con los socorros más distantes de sus confederados y uniéndose con los más inmediatos, descendió de la montaña con presupuesto de que, hallando en Tauris a Solimán, le vencería fácilmente, juzgándole embaraçado con los despojos y entre las delicias y divertimientos de la ciudad. Y no encontrando más que las claras señas de los robos y los despojos del real palacio, como también los daños executados en la ciudad, ofendido, deliberó seguirle y atacarle en qualquiera parte que le hallasse, deseando fuesse en los parages de Coy.

La cavallería de Atamas protestava que, en tan dilatadas marchas, no podían llegar a medirse con el enemigo sin gran cansancio, por cuya razón se podía temer un mal successo. Deliman Caramano, uno de los principales cabos de su campo, llamado Deli (nombre con el qual se explican los más temerarios y despreciadores de las propias vidas), presentándose a la vista del rey, le ofreció (si le daba permissão) de escoger en el ejército las tropas de su satisfacción, seguir a Solimán y atacarle de improviso sobre la marcha, con esperanças de victoria segura entre el embaraço de los despojos y el impedimento del bagage. Y aviendo alabado Atamas la resolución, dándole el permissio que pedía como esperanças de grandes aumentos, llevando algunos hombres prácticos del país siguió con gran celeridad el ejército enemigo y alcanzó la retaguardia en Betalli, no lexos de las rayzes del monte Tauro.

Yaze esta plaça en los confines de la Persia, situada en un valle ameno, a quien riegan los desperdicios de un cristalino torrente que, precipitado de las

ásperas cimas del Anti-Tauro, con aljofares guarnece la tabla de una esmeralda, en cuya elevada frente la corona de un castillo es hermosa diadema de tan ceñudo y áspero dominio. Los dos baxaes de Egipto y de Soria (que iban cubriendo la marcha) viéndose al parecer sin riesgo, y considerando que avían salido ya de los rezelos en el cuydado que les avían motivado los persas antecedentemente, y más con la llegada de Solimán a Amidas con su gran batallón, deseosos de reparar el cansancio entregaron al sossiego todas las desconfianças sin memoria del peligro. Y aviendo tenido Deliman ciertos y seguros avisos del acampamento de los turcos (como de sus descuydadas disposiciones, a quienes solamente hazían espaldas algunas torpes confianças para el logro de la mayor quietud, pues no se rezelevan de accidentales contratiempos), atacó improvisamente al perezoso cuerpo de las tropas enemigas en el más obscuro silencio de la noche, que quiso apadrinar su resolución con el llanto de una continuada lluvia, cuyas lágrimas debió de verter la eclipsada luna como pronóstico triste de la fatalidad que avían de padecer las othomanas insignias. Y aviéndose dado la mano con el castellano, que atacó otro quartel, en breve tiempo destrozaron las descuydadas esquadras sin darles tiempo para repararse, quedando en la campaña infinidad de cadáveres infieles y, entre ellos, algunos sangiacos y mucha parte de los genízaros, salvándose con la fuga Ulamano y los baxaes de Egipto y de Soria. Y aviéndose rendido a discreción después un cuerpo de ochocientos soldados (que avían ocupado un puesto), se contentó Deliman con desarmarlos.

Ganaron los persas la artillería y la mayor porción de las tiendas y pavellones de campaña, dos mil cavallos y mil y ochocientos camellos vivos, sin grande cantidad que mataron aquellos seranos, vassallos de Aladino, ofendidos de las opressiones turquescas, satisfaciendo con esta vengança aquellas injurias. Bolvió Deliman victorioso como desvanecido a los ojos de su rey, a quien mostró la zimitarra y la maça ferrada llenas de sangre mencionando el estrago de los enemigos, que oyó muy gustoso, pagándole en demonstraciones honrosas y con grandes mercedes el successo.

Sintió Solimán sumamente la desgracia (porque no estaba acostumbrado a las pérdidas) haziendo memoria del pronóstico (prevenido antes por su madre y su favorecida, que le adivinaron el mal successo mejor que los astrólogos) y, tomando notable aborrecimiento a la Persia, dio la buelta a Constantinopla. Y además del sangriento estrago, se conoció en la reseña general considerable falta de cavallos y camellos que avían muerto las tropas para reparo del hambre, por cuya causa se vieron muchos espais desmontados y de la cavalleriza real, que se

componía de más de dozentos cavallos de respeto, solo llegaron a la Corte diez y siete.

[1535] Antes que sucediese este desastre, estava colocado un león de piedra en Constantinopla, fuera de la puerta en la marina, y con una garra tenía aferrado a un toro que mirava a levante y observaron después que estava buelto a poniente. Y aunque afirmado en dos columnas, se precipitó unidamente con el toro, que se rompió una pierna, y cayó con la cabeça en el río, en el qual parecía que estava bebiendo en cierto modo. A cuyo espectáculo concurrió casi toda Constantinopla, atribuyendo los pueblos a un portento semejante acaso, pues naturalmente no podía aver caydo por sí solo tan adelante, ni por el grande peso tampoco de fuerças humanas expelido, cuya circunstancia les motivava a discurrir que avía sido la acción sobrenatural y que indicava alguna mayor desventura.

Poco después de la llegada de Solimán a la Corte, arribó un embaxador de Persia creyendo que no podía darle la victoria antecedente mejor fruto que la paz. Y assí, puestas las condiciones (en consulta) ventiladas y establecidas, se concluyó en ellas que la ciudad de Curs quedasse deshabitada y el país cultivado de entrambas naciones. Presentó a Solimán el embaxador varios regalos y entre ellos un *Alcorán*, pomposo por la riqueza de su adorno como por la labor primorosa, que recibió Solimán con grande devoción besándole con reverencia. Y aviéndole abierto (después de partido el embaxador) halló en él un grano de trigo y, poniéndolo en la boca, bolviendo la cara al visir y a los baxaes, dixo: *Estoy obligado al ministro de Persia, que me haze conocer la diferencia que ay de comer su trigo en mi casa (entre la quietud de mi Corte) o de comerle en Persia, entre la carestía y los peligros que experimenté en ella*, haziendo alusión con el quento de que las guerras en Persia surtieron malos efectos a la othomana monarquía.

[1535] Entró Solimán en el serrallo por los jardines (cuyos tránsitos avía hecho Ebraín alfombrar con paños de oro) y, apenas pisó la estancia de las mugeres, quando la embidia (compañera indivisible de la felicidad) empeçó a romper impetuosamente en malos oficios contra el visir (a modo de mina) los impetuosos estruendos de una desaprobación en lo sucedido, a que acompañaron las vivas quejas de los más principales baxaes (que aborrecían la absoluta independendia del favorecido) y, unidos con las mugeres del serrallo (cuya autoridad estava inferior y desayrada en comparación de la del visir), influyeron en la madre de Solimán para que le acordasse el pronóstico antecedente, diziéndole: *No te dixes yo, hijo mío, que las guerras en Persia fueron siempre azarosas y acompañadas de malos sucessos, o por mala disposición del viage o por la falta de mantenimientos, que enflaquecieron siempre las armadas othomanas.*

Acalorava estos malos oficios también en las confianças nocturnas la Rosa, porque aborrecía a Ebraín como amigo de Mustafá, primogénito de Solimán, que era el único obstáculo que se oponía al deseo que tenía la Rosa de ver en el solio a Selín, su hijo (aunque menor que Mustafá, hijo de Circasa) y, alternando solloços y quejas lisongeras, le dixo que tenía particulares noticias de la poca seguridad del visir y que conspirava contra su vida quien le empeñava en tan grandes peligros y que parecía, en la grandeza y autoridad, competidor más que vassallo del sultán, pues por aventurarle le avía aconsejado la guerra de Persia para desviarle del daño que podía hazer a los christianos, con quienes se correspondía secretamente por el dinero que le davan. Y que se divulgava averle cogido algunas cartas que le convencían en la correspondencia que tenía con los ministros de Carlos Quinto, a que añadía que él avía hecho degollar y arrojar a la mar a Marcos de Nicolo (mercante veneciano) porque no se descubriessen las negociaciones ocultas que avían passado por su mano. Y que avía hecho destroz a Andrea Quirini, gentilhombre veneciano, que de orden suya avía subministrado guías y dineros a un embaxador de Carlos Quinto, que passava al rey Atamas, con negociaciones para moverle contra la Porta y a ofrecerle dineros y artillería para este efecto, cuyo homicidio mandó executar porque no pudiesse aclararse su maldad. Pero como aquello que es corruptible no es durable, se vio Ebraín a quinze de março en la Corte y a diez y seis no hubo de él noticia alguna pues, aviéndole roto el pescueço, echaron después el cuerpo en la mar para alimento de los pezes.

En el mayor colmo de las felicidades que gozava en la gracia de Solimán, le avía suplicado muchas vezes que dexasse de ser con él tan espléndido dispensador de sus gracias porque conocía que, a tan grande altura (según los varios movimientos de la fortuna), no podía dexar de encontrar fácilmente con el precipicio y arruynar con la cayda el mal fundado edificio de su vana elevación, a cuyas representaciones le respondió siempre Solimán assegurándole con juramento y palabra real que no caería de su gracia en quanto viviesse por ningún accidente que le sobreviniesse. Pero descubiertas las maquinaciones mencionadas, pretendió Solimán no aver faltado a su palabra haziéndolo ahogar durmiendo, por consejo del muftí, que le insinuó diciendo que, si el sueño no era muerte efectiva, era a lo menos el tiempo que durava una verdadera copia sacada de aquel original.

Esparcida en el pueblo la noticia de aquella novedad en forma de tumulto, corrió a la plaça donde (después de las victorias de Ungría, le avían erigido algunas estatuas en demonstración de memoria de honor) la multitud

las hizo pedaços. Muerto Ebraín, se levantó el sultán con sus tesoros sin dexar a la muger y a los hijos más que lo que bastasse a sustentarlos honradamente.

Los ministros othomanos que exercitan los cargos principales como visires, generales y financieros, no ay duda en que comen mucho, pero también es cierto que no se les convierte siempre en sustancia el manjar porque el sultán suele darles, de quando en quando, unas bebidas provocativas que les haze echar las entrañas, bolviendo lo que han comido. También experimentó la fortuna de Ludovico Griti (que dependía de Ebraín) la última ruyna y, establecida la mencionada paz de Ungría con patentes de Solimán, passó a Moldabia y a Balaquia y de allí se abançó a Transilbania, en donde acalorado del visir y con el apoyo de las fuerças turquescas, pensava establecer el dominio, y solo supo fabricar la sepultura.

Entró en esta provincia con mil genízaros, dos mil espais y diversos balaquios, moldabos y algunos úngaros, enemigos sediciosos de Emerico Cibaco, obispo de Varadino, que por el rey Juan exercitava aquel gobierno. No gustava el obispo de la hermandad de los úngaros con los turcos y deseava que las confianças del rey con Solimán tuviessen fin alguna vez. **[1535]** Y mirava también con odio al Griti (aunque era chistiano) por la tenaz unión con que se estrechava con los infieles, de quienes no solo gozava la protecció, sino también el afecto y la estimación del rey de Ungría, a quien estava sujeta aquella provincia. Y assí, deliberó dissimuladamente rendirle aquellas demonstraciones aparentes de honor y cortesía que se debían a la dignidad, para lo qual salió con ducientos cavallos a recibirle. Pero quando el cumplimiento llega tarde, nunca se agradece, por cuya razón (instado de los enemigos del obispo) introduziéndole en su lojamiento, le quitó la vida. Y aviéndose divulgado en la provincia la fama de tan atroz asesinato, se armaron los pueblos inmediatamente y, unidos con las milicias, cerraron con las armas los passos de las salidas de la provincia. Y viendo el Griti semejante demonstración, se retiró al castillo de Medies con esperança de preservarse hasta que llegasse el socorro que avía pedido al rey Juan, pero los úngaros que tenía consigo, faltando a su obligació, desquiciaron de noche una puerta para que entrassen los sitiadores, que degollaron a los turcos que se les opusieron. Y aviendo preso al Griti con dos hijos suyos, le condenaron (porque fuesse más sensible el castigo) a cortar los braços por la mañana, los pies al mediodía y a la noche la cabeça. Y aviéndole desnudado, le encontraron en los calçones una caxita de joyas (en cuyo conocimiento era peregrino) de valor de quatrocientos mil escudos. Los parientes del obispo assistiendo a su muerte, respirando venganças, tiñeron los penachos (que llevavan en los bonetes) en la sangre de su enemigo. Y es cierto

que la crueldad turquesca se derrama y pega en los circunvezinos pueblos como si fuese un mal comunicable o una peste contagiosa. Los dos hijos se entregaron a los moldabos, de quienes recibieron tratamiento no menos bárbaro.

Nació Ludovico Griti en Constantinopla en tiempo que su padre (con el pretexto de comerciar) se entretenía en aquella Corte, donde le hubo en una esclava turca y poseía además de la lengua turca, la italiana y la griega. Professava lindas, pero no buenas letras. Y en el estudio de Padua avía aprendido la mezcla de algunas ciencias, pero ninguna con sólido fundamento. No avía memoria en aquel tiempo, ni exemplar, de que algún christiano huviesse llegado a poseer tanta confianza con los ministros de la Corte othomana. Y la intrínseca comunicación que tenía con Ebraín, le avía acreditado con Solimán de modo que se dava por bien servido de él. Y no fiándose el visir de los turcos (por saber que eran sus enemigos declarados), ponía todas sus dependencias y confianças en las manos del Griti haziendo la mayor estimación de sus dictámenes, que mirava acreditados como seguros a sus intereses y contrapesados con juicio. Y assí, le ayudava con la representación y con las obras, aplicando el mayor cuydado en las fatigas, para que el visir tuviesse menos trabajo en tan pesada ocupación.

Hízose conocer en la defensa de Buda soldado de valor, como de opinión, en las disposiciones y vivía con esperanças de que, muerto el rey Juan, (reducido el reyno a provincia) quedaría encomendado a su disposición aquel gobierno. Avíanse incorporado en su dictamen con aplicación las máximas violentas de los othomanos y aquellas artes, que avía aprendido en la cruel escuela de Constantinopla, como más naturales y ajustadas al genio de su bastardo nacimiento, cuyas circunstancias fueron costumbres cultivadas de una mala constelación, que influye en semejantes abortos el ánimo para caminar siempre por las torcidas sendas de la desestimación. Pero, en este sugeto, lo extraviado de sus fortunas le abrió el passo para la sepultura, donde le estava esperando la eternidad.

Son los favorecidos de los monarcas, agricultores de sus Cortes que siempre cultivan y recogen quando alguna improvisa tempestad no les quita los frutos antes que lleguen a madurarse. Aviéndose divulgado en Constantinopla la prisión del Griti (aunque no su muerte), escribió Solimán una carta al rey Juan tratándole de ingrato, con amenaza de que entraría en sus dominios para arruynarlos a sangre y fuego si no le restituía la libertad, a la qual intentó el rey satisfacer asegurándole que estava inocente en el delito y que se avía originado de una casualidad irremediable. Pero con la muerte de Ebraín (que era el

fundamento que mantenía su fortuna), se arruynó el modo de conservar su exaltación, pues no quedaron en la memoria de los vivientes ni aun las menores señas de las ruynas de su autoridad.

[1536] En el mismo tiempo (que con afortunados auspicios avía dominado a Tauris y a Babilonia, Solimán, internándose en la Persia), se apoderó Barbarroja (como diximos) de Túnez, La Goleta, Bona y Viserta y sus dependencias, cuyo ruydoso estruendo se percibió en España con enfado del emperador Carlos Quinto, que deliberó extinguir aquel incendio antes que levantasse más la llama. Y aviendo recibido a un embaxador del desposeído Mulease, le ofreció con generosa resolución favorecerle y conquistarle el reyno de Túnez. Y aviendo comunicado con Su Santidad el intento deliberado, aprobó el pontífice el empeño concediéndole las décimas del clero para los gastos, mandando también armar doze galeras que governava Virginio Usino, a quien entregó el estandarte de la religión para que acompañasse al emperador Carlos Quinto, embiando también la espada al Doria para animarle a la empresa.

Juntóse en Cerdeña la armada, que se componía de ducientos navíos, noventa galeras y grande cantidad de embarcaciones menores, llegando el número de todas a más de trecientas belas. Y queriendo el emperador hallarse en persona a tan gloriosa empresa, partió de Madrid acompañado de la primera calidad de la Corte. Y embarcándose en Barcelona con mucha nobleza y, entre ella, el infante don Luis de Portugal, su cuñado, el príncipe de Sulmona, el de Macedonia, los duques de Alva y Medinaceli, el marqués del Basto y otros sugetos de gran consecuencia napolitanos, sicilianos, milaneses, tudescos y flamencos, zarparon del puerto siguiendo a Carlos Quinto diez y siete mil españoles, siete mil alemanes, seis mil italianos, dos mil cavallos ligeros y setecientos hombres de armas, cuyo número componía un cuerpo de más de treinta mil combatientes de satisfacción, a quienes mandava el César (que prohibió el embarco de las mugeres, como también el de los hombres que no fuesen experimentados en el manejo de las armas) a fin de que los pecados no entibiassen la divina protección en favorecer las armas christianas. Hizo también que los cabos persuadiessen a los soldados ordinarios a vivir ajustadamente a los preceptos de la ley de Dios, resignándose enteramente a su divina voluntad, que es la más segura prevención para lograr las victorias contra los infieles.

[1536] Embarcado pues el César, navegó con viento favorable hasta dar fondo en Puerto Fariña (donde antecedentemente tuvo el aviso Barbarroja de la salida de la armada, admirándose de que Carlos Quinto se aventurasse a los irremediables peligros de la mar) y aviendo dado orden que, desembarcada la

gente inmediatamente, embistiessen a la Torre del Agua cerca de La Goleta, tres leguas de Túnez, cuya fortificación consistía en una fábrica antigua bastionada a la moderna de fuertes defensas y resistentes reparos, en donde forma la mar un canal (no lexos de ella) en que se ensancha un estaño o laguna (que es el único camino para passar a Túnez), que se llama La Goleta porque forma una garganta que ciñe estrechamente la entrada, tan fortificada por los costados que la juzgan los moros incontrastable a la mayor expugnación.

Desembarcaron las tropas a fuerça de mosquetazos no sin alguna oposición de los moros, vencidos de los españoles y, tomando tierra, hizieron espaldas a los demás para el desembarco. Y acampado el ejército con regular aritmética, llamó el César a junta de guerra para obrar como mejor pareciesse, en la qual hubo consejeros que votaron que inmediatamente se atacasse a la Torre (antes que la pudiesen presidar los moros) por parecerles más fácil la expugnación. Otros tuvieron por más conveniente que se reconociesse primero el país para lograr con más fruto la interpressa. Y aviéndose apoderado algunas tropas christianas de un lugar la tierra adentro poco más de una legua y tomado noticias del enemigo de algunos prisioneros, se resolvió formar el campo sobre La Goleta para dar principio a las operaciones del trabajo, en que igualmente se comparte la fatiga y el peligro. Y en quanto los christianos avían gastado el tiempo en la assolación del país, vigilante Barbarroja, hizo salir de Túnez seis mil turcos escogidos a la obediencia de Sinán de Esmirna, llamado el Judío, y de Aydino caramano, ambos cosarios de gran satisfacción, los quales se introduxeron felizmente en la Torre del Agua. Y quedándose él en Túnez con seiscientos turcos, ordenó a Azanaga Eunuco que, con treinta mil moros, ocupasse la campaña junto Olivero (dos leguas distante del ejército christiano) procurando hazer todos los daños que la coyuntura les ofreciesse, pues se hallava La Goleta bien proveída de artillería y de lo que convenía para la defensa.

[1536] Hallávanse en esta plaça y en la de Túnez veinte y cinco mil esclavos christianos, muchos de Barbarroja, y los demás habitantes. Y pareciéndole que estava sitiado por dos partes, la una con el interno embaraço de estos y la otra con las armas del César, propuso a sus consejeros degollar los esclavos por el riesgo que podían ocasionar, como también para que la sangre vertida de ellos inundasse el campo de los sitiadores por si el horror que podían percibir de aquel estrago servía de alguna defensa. Y opuestos los demás a este dictamen con razones eficaces, dixeron que los esclavos podían servir en el trabajo de las fortificaciones, pero el estímulo que más les hizo contradezir la resolución fue el interés (que es el más eficaz retórico para la persuasión) por quanto a los dueños de ellos se les recrecía notable daño y, más, quando los

rescates importaban un tesoro, sin las presas que hazían de christianos, con los quales armavan de remeros las galeras para el corso, cuyo fruto llegava a ser grande conveniencia. Y todo esto se perdía con su muerte, por cuya causa embaraçaron la deliberación.

Nueve días gastó el César en acamparse con seguridad, aunque de La Goleta hazían grandes salidas para divertir el trabajo, como para que no tuviessen quietud aquellas tropas con el cansancio, pero vigilantes (en cumplir con su obligación) executavan milagros allanando impossibles con la aplicación. Y poco después, embistió Saleco al trabajo de los italianos y el conde de Sarno, su cabo, por assistir a la defensa con gran generosidad, perdió la vida. Y desamparando el puesto, tuvieron tiempo los infieles de separar (del cadáver) la cabeça y la mano derecha y retirarse a la plaça, de donde embiaron la cabeça y la mano del conde a Barbarroja en señal del afortunado sucesso.

Agradecido Ariadeno a la demostración, animó con ofertas a los del presidio para que se mantuviessen con honra y valor por ser aquel puesto de tan grande importancia pues, perdiéndose, quedava la puerta abierta para la entrada de Túnez sin remedio, donde se podían experimentar más sensibles consecuencias.

Giafer, capitán de genízaros, alentado con el passado sucesso, deliberó hazer una salida en lo más ardiente de la fiesta y, al atacar (con improviso assalto las christianas trincheras), perdió la vida y, el marqués del Basto, con la espada en la mano alentava a los soldados diziendo que no era la bizarría de los turcos la que les hazía parecer superiores en algunos lances, sino la descuydada floxedad de los christianos, a cuyas exortaciones parecía cada mosquetero una fiera y, recargando a los infieles después de aver muerto a muchos, los encerraron a mochaços en la torre.

Assistía Carlos Quinto en persona a esforçar las milicias (con rostro sereno) animándolas a tolerar los trabajos, pues en hazerlo consistía la gracia de Dios y la honra de la christiandad, asegurándoles también el saco de Túnez en premio de la victoria, a cuyas expresiones correspondían los soldados con demostraciones reverentes como agradecidas.

Llegó, en este tiempo, el señor Alarcón con escogidas tropas de Nápoles que despertaron entre los christianos la emulación más decente, como el ánimo y la confianza más ayrosa, deseando todos adelantarse. Y los españoles de los tercios veteranos, corridos de no aver logrado alguna facción heroyca, resolvieron assaltar (a cuerpo descubierto) a La Goleta. Y lo executaron con tal constancia, que pusieron sobre las murallas algunas banderas, aunque con pérdida de dozientos y, entre ellos, el alférez don Diego Dábila, cuyas muertes

no quedaron sin vengança, si bien la consideración de la gente que perdían bárbaramente les ocasionó a retirarse por entonces.

[1536] Mandó el César formar nuevas baterías de piezas gruesas que, a todas horas, fulminassen las murallas con balas de extraordinario peso. Y no solo las desfracasaron, sino que parecía que las avían demolido por los cimientos. Y mirando las espaciosas brechas, dispuestas en buena forma para assaltar el recinto, embistieron los españoles, siguiéndoles los alemanes y los italianos. Y aunque los turcos procuraron rechazarlos, después de un vivo y ensangrentado contraste, a fuerça de armas sujetaron la plaza los christianos, en la qual hallaron cien piezas de bronce y grande cantidad de municiones, pertrechos y víveres, apoderándose también de algunas galeras y de veinte galeotas que estaban surtas (con cinco fustas) en el canal. Murieron mil y quinientos turcos, sin grande cantidad de heridos, no siendo considerable la pérdida christiana. Y huviera sido menor a ponerse sobre la plaza a los principios de su arribo, pues huvieran embaraçado que los turcos la reforçassen. El desposeído rey Mulease, noticiado del buen sucesso de los christianos, esperando con su amparo mejorar su infeliz fortuna, asistido de algunos cavallos passó a la tienda del César a reconocer su obligación. Y después de averle besado la mano como vassallo, sentado en un tapete, por medio de un intérprete, dixo assí:

Que los preludios de la conquista de La Goleta eran clara conseqüencia de la expugnación de Túnez y que las armas de un César justo estaban destinadas para la ruyna de un tyrano cruel como Ariadeno, siendo Vuestra Magestad la deidad tutelar, con cuya protección recuperaré el cetro (tyranizado de un bárbaro corsista) para emplearle (como también mi persona y mis súbditos, con el debido reconocimiento de mi obligación en memoria de tan señalado beneficio) a los reales pies de Vuestra Magestad cesárea como rey, vassallo y príncipe agradecido, reconociéndolo con el tributo de una segura fee y dependiendo solamente del soberano arbitrio de Vuestra Magestad.

Respondió el emperador: *Que avía abandonado la quietud de su Corte y navegado el mar, exponiéndose a los peligros de la guerra, a fin de vengar las injurias que le avía hecho Barbarroja y restituir en el dominio a un rey expulso de la violencia, que nunca se cansa de pisar la razón, y que haría todo el esfuerço possible para abatir a su enemigo para alivio suyo.*

Despidióse el rey Mulease con más gravedad de aquella que permitía su abandonada fortuna y, puesto a cavallo, manejó la azagaya a vista del ejército haziéndose comprehender exercitado en la forma de pelear de su nación. Y passando después a su aloxamiento, disputó con algunos astrólogos sobre el movimiento de los cielos como de la constancia y variedad de las estrellas, según la doctrina de Aberroes. Y aviéndole visitado el duque de Alba y los demás

cabos del ejército, les insinuó que tenía deseo de ver la disposición del acampamento. Y aviéndole conuzido, observó su regular formación atendiendo con particular reparo al aparato de la artillería, mostrando deseo de mezclarse y medir la lanza con los rebeldes en lo más sangriento del choque, en caso de que se peleasse en campaña abierta. Y discurrió largamente sobre el sitio, el modo y la más fácil circunstancia para avasallar a Túnez.

Barbarroja, advertido del mal successo de La Goleta por un renegado judío (que tuvo forma de huirse de aquella plaça), sin desmayar el ardiente corazón salió de Túnez con cinco mil turcos y más de quarenta mil moros y, alentándolos para la batalla, les dixo assí: *Que de todas partes de la religión mahometana marchavan considerables tropas para socorrerlos unidamente con los árabes y los moros. Y que una ardiente constancia mantendría en segura libertad la patria, imitando la antigua bizarría de los africanos, sus progenitores, que garvosa y obstinadamente resistieron a todo el poder romano en tantas ocasiones.*

Y presentando la batalla al emperador, puso en buena disposición las bárbaras tropas y, recorriendo Carlos Quinto los esquadrones christianos a cavallo por entre las bien formadas filas, animava a los soldados (con blandas y discretas palabras, pronosticándoles la seguridad de la victoria) y, expressándoles su obligación en pelear por la fe de Dios, por la honra de las naciones, con unos bárbaros más feroces que experimentados en la militar tarea y que no hiziessen caso de los rumorosos aullidos de su costumbre, pues nunca mordían con riesgo los perros que ponían su conato en ladrar mucho. Y correspondiendo todos con aplauso y veneración a las persuasiones imperiales, manifestaron en las caras el valor, en las palabras la obediencia como la promptitud en las manos.

Combatían los infieles en ordenança espaciosa huyendo unas vezes y, bolviendo (en el furor de la carrera) las caras los cavallos, hazían frente a los christianos y, dando las cargas con particular destreza, se recobravan en las escaramuças quando parecía que, con la fuga, abandonavan la campaña. Y los españoles caminando unidos con passo lento en cerrados batallones, guarnecidos de mangas de mosquetería, resistían el bárbaro furor con destroço considerable. Y aviendo don Ferrante Gonçaga muerto con su propia mano a un capitán berberisco, descompuso una gran tropa de infieles, con muerte de muchos, apressando en este lance tres piezas de artillería, cuya pérdida les obligó a retirarse precipitadamente a la ciudad, en cuya fuga mataron el cavallo a Barbarroja que, aviendo montado en otro a toda prisa, se salvó en el castillo. **[1536]** Y pareciéndole que no se hallava seguro a la vista de los veinte y cinco mil esclavos mencionados (que amarrados a las cadenas suspiravan, deseando

recobrar la libertad perdida), bolvió (con nuevas instancias) a proponer su muerte poniendo fuego en los baños, donde estaban encerrados pero, disuadiéndole de esta resolución Sinán Cefut, judío renegado (con la representación de cuán mal recibida sería de Solimán tan cruel demostración, no siendo inclinado a tan bárbaras ejecuciones) y, más, quando aprisionados con el pesado yugo de los eslabones, no avían cooperado en ser instrumentos de su perdición y, no aviendo cometido el delito, era sinrazón darles un severo castigo. Y no teniendo efecto su deseo, salió del castillo y en la mezquita mayor de la ciudad (con una práctica ardiente) encargó al pueblo la defensa de la plaça, en quanto salía en persona a solicitar socorros y medios para bolver con promptas assistencias a defenderlos. Pero apenas avía salido del castillo, quando algunos criados suyos christianos renegados (y entre ellos Francisco de Medellín, español, y Vicencio de Cataro, llamado Iaferaga), compadecidos de los esclavos, desenceparon algunos de las prisiones y estos a los demás de las cadenas. Y ocupando el castillo se apoderaron de las armas como de la artillería y, arbolando una bandera blanca para que entendiese la armada imperial la sublevación, participaron por este medio la novedad, que assombró a los de Túnez y, amedrentados con esta circunstancia como entorpecidos con el contratiempo, no acertaron a encontrar las armas pero, animándolos Barbarroja, se recobraron para intentar (con blandura) sossegar a los esclavos christianos y después reduzirlos con la fuerça a la entrega del castillo. Pero ellos respondían a sus persuasiones con mosquetazos, injurias y piedras y, comprehendiendo desesperada la materia en aquellas operaciones, aviendo recogido sus tesoros Barbarroja, salió aceleradamente de la plaça encaminándose a la ciudad de Ipona, ilustre por aver sido su obispo San Agustín.

Encaminóse el marqués del Basto a la puerta del castillo con algunos oficiales, a quien recibieron los christianos esclavos con gran veneración, entregándole el castillo. Y siguiendo este exemplar mismo los magistrados de la ciudad, rindieron las llaves al emperador, quien los admitió con grande humanidad logrando tan grande empresa con tan poca sangre. Y aviendo suplicado al César la seguridad de las vidas y las haziendas, no pudo conceder la súplica por aver empeñado la palabra de permitir el saco a los soldados. Murieron en el desorden de los accidentes personas de todas edades y treze mil moros, que se avían retirado a las mezquitas, quedaron en cautiverio, persuadiéndose algunos historiadores a que después del saco de Roma, fuesse este el más copioso de riquezas. No hubo soldado ordinario, ni marinero, que no aumentasse su fortuna con el botín y con el dinero por ser Túnez el almacén

de las presas del corso. Y así, hubo conveniencias grandes para todo el ejército y hasta la chusma de las galeras llenó sus tanchos de quanto hallaron capaz de poder llevar abordo.

Sintió el rey Mulease con ternura el estrago executado en los suyos, aunque afectó lo contrario con externas demostraciones. Vendían los soldados los esclavos a muy poco precio y el rey Mulease, por dos ducados de oro, rescató de las manos de un marinero una dama a quien avía favorecido antes de aver salido fugitivo de Túnez. Dio el César gracias a Dios por el feliz suceso y, encaminándose al castillo, le recibieron los esclavos christianos processionalmente, precediendo en los puestos los más ancianos y prosiguiendo los demás según la edad de cada uno. Agassajólos el César y, mandando que los vistiessen, los remitió a sus patrias con toda benignidad. En medio de sus desgracias, Barbarroja (en Ipona) no quedó por esso abandonado de los suyos, pues con mayor fineza le assistieron con las haziendas. Y aviendo comprehendido que en la fuga consistía su libertad, y que no se contentarían los christianos sin solicitar averle a las manos para oprimirle y despojar a tan rico avariento, sacando con toda celeridad de las aguas catorze galeras y algunas fustas, no perdió tiempo en aprestarlas, como en mover el terreno en el círculo del estaño, que guarneció de artillería para tener tiempo (manteniendo el puesto) de embarcarse con las más escogidas tropas de sus armas. Y considerando los imperiales lo mucho que importava embaraçarle el disignio, intentaron impedirle la fuga para terminar la guerra, pero al quererlo poner en execución Adán Centurión, ginovés, ya avía zarpado Barbarroja, con que se preservó del peligro.

Llegó Andrea Doria con la armada (inmediatamente al arribo de Centurión con sus esquadras) para acalorarle, a cuya vista se rindió Ipona, que mandó saquear y, sacando el presidio turquesco, puso en su lugar guarnición imperial considerando lo mucho que importava aquel puesto porque no pudiesse volver a él Barbarroja. Consiguió, el emperador, esta empresa en veinte y seis días y, bolviendo a poner en el solio a Mulease (con obligación de reconocerle el alto dominio con toda fidelidad y de pagarle de anual tributo dosalcones y dos cavallos), entregó la custodia de La Goleta a don Bernardino de Mendoça y, poniendo las proas a Sicilia, desembarcó en aquella isla, passando después a Nápoles, en cuyos reynos le aclamaron con pompa solemne como triunfante. Y si como la empresa fue fácil, huviera sido durable, no ay duda en que tocara la línea de la mayor gloria el suceso, pero nuestras victorias nunca han sido firmemente estables porque sabemos mejor conquistarlas que

mantenerlas, siendo los enemigos más promptos en recuperarlas que los christianos en defenderlas.

Salió Barbarroja de Ipona y se recobró en Argel, donde hizo cortar la cabeça a Ramadán Baecio (renegado, castellano de Túnez) porque no tuvo en segura custodia los esclavos, después de lo qual reforçando su armada de todo lo necessario, dexando encargado aquel gobierno a su hijo (debaxo de la tutela de Saleco), largando las belas a un viento favorable zarpó de Argel. Y bañando los ferros en las aguas de Puerto Maón, puso estandartes christianos para engañar a los habitantes, en cuya confiança Gonçalo (capitán de un navío portugués que estava en aquel puerto dado fondo) reconociendo los estandartes y creyendo ser la armada imperial, hizo el saludo con bala (estilo ordinario con las personas reales) y solo conoció el engaño quando se vio abordado y, aunque tarde, procuró defenderse con gran valor pereciendo con todos los suyos, por último. Dio orden Barbarroja que disparassen la artillería a las murallas del castillo experimentando gran constancia en los paysanos, pero gran temor en el castellano que, a pocas insinuaciones, le rindió la fuerça salva la vida, pero no la cabeça, pues se la mandó cortar como a traydor Martín de Idurren, virrey de aquella isla.

Puso a los habitantes, Barbarroja, en cadena con orden que los llevassen al África, naciendo esta desgracia, como otras, de no averse podido assegurar de él en Ipona. Pero nuestras fortunas son las más vezes desgracias que labran nuestro descuydo y nuestra floxedad para mayor tormento. Imitó en esta ocasión Ariadeno a la bulpeja que, aviendo escapado del laço en que estuvo oprimida, olvidando el riesgo, bolvió a exercer su natural rapiña.

También la Arabia feliz padeció infelidades acosada de las armas othomanas, cuyo aparente pretexto fue que algunos arcabuzeros portugueses (maestros de artillería) huviessen servido al rey Atamas en las guerras antecedentes de la Persia, pero lo más verdadero fue que la empresa de Indias (meditada antes por Camson, soldán de El Cayro, con la fábrica de grande armada en el mar Roxo, sin tener efecto alguno) la tuvo Solimán por fácil (acostumbrado a vencer las mayores dificultades) persuadido de que no hallaría obstáculo que se opusiese a su disignio, teniendo esperanças de que los reyes indianos olvidarían los propios ídolos por abraçar las dogmas mahometanas y que no serían capaces de resistir aquellos pueblos el que sus armas se dilatassen en todas las provincias más remotas de aquellos dominios, assí por la gran fuerça que tenía, como por ser emperador de tanto crédito. Y assí ordenó a Solimán eunuco, baxá de Egipto, que emprendiesse tan importante conquista para cuyo efecto juntó siete navíos en Cambaya, tres en Malabare y setenta y dos saicas

grandes, en las cuales embarcó dos mil genízaros, y siete mil turcos de la turba inferior. Y porque los marineros christianos se quisieron escusar en obedecer la orden con algún pretexto, hizo degollar el baxá en su presencia dozientos, cuyo horroroso exemplar obligó a los demás a obedecer sin replicar al precepto tyrano.

Abançóse la armada a Camarán y, de allí, passó a Cebid. Y navegando el estrecho, dio fondo en Aden, después de lo qual embió a dezir a aquel rey que, por la buena correspondencia que tenía con la Porta, se complaciesse de no serle avaro de bastimentos quando él sería espléndido en la paga, haziendo también instancias que señalasse en aquella ciudad un quartel para la curación de algunos soldados enfermos de la armada othomana. Y assí, la piedad (por ser de una misma secta) como el respeto de la atención a un monarca temido, persuadieron al incauto rey a conceder la súplica. [1536] Quatro de los más fuertes llevaban en un colchón a un fingido enfermo, cuyo acha consistía solamente en la inextinguible sed de ampliar los dominios y, con esta traydora mañosa política, introduxeron en la plaça más de quinientos soldados escogidos en los colchones, donde llevaban las armas ocultas sin que el pueblo pudiesse hazer rezelo de aquella circunstancia disfraçada, cuyo ardid les franqueó el passo para lograr el intento como también para apoderarse de una puerta de la ciudad, por la qual introduxeron considerables tropas. Después de lo qual, embió el baxá a dezir al rey que passasse a la capitana para comunicarle una orden secreta de Solimán y, rezelándose el rey de algún contratiempo, procuró escusarse con pretextos dissimulados, pero, atacando los othomanos el palacio, le sacaron por fuerça de él y le conduxeron a la capitana, donde reprehendiéndole el baxá la inobediencia, le hizo ahorcar en una entena. Quando no les sirve bien a los turcos la piel del lobo en algunas ocasiones, saben valerse de la de la bulpeja con más astucia para el mejor logro de los sucessos.

Reduzida, pues, sin sangre a la obediencia del sultán la importante plaça de Aden (conquistada con las armas del engaño), aunque tenía el baxá orden de la Porta para expugnar a Goa, le pareció más conveniente emprender la fortaleza de Diu. Y poniendo las proas en aquellas playas, mandó desembarcar algunos genízaros que, introduzidos con unos rebeldes del país, tomaron noticias seguras del modo con que se avían de portar para avassallar el reyno de Cambaya (que los turcos no gastan el tiempo en conquistas de poca consideración, queriendo que las empressas satisfagan los gastos procedidos del armamento y que las ganancias se logren con sobresalientes usuras) y, atacando el castillo de Rumeu, a las primeras amenazas de la artillería (por la debilidad del recinto) se rindió cobardemente el castellano Pacheco con las condiciones de

salvar la persona y la hazienda. Pero el baxá, diziendo que en el pacto expressado no se avía hecho mención de la cabeça, la mandó separar del cuerpo, dando a entender que no avía faltado a lo ajustado. Y después de aver puesto guarnición en el castillo y lo necessario para su defensa, sitió por mar y por tierra al castillo de Diu, cuyo presidio, unido a los habitantes, con ardiente vigilancia cumplían con su obligación en la defensa reparando las ruynas (que hazían las baterías) con trabeses y cortaduras, assistiendo a estas operaciones las mugeres, en competencia de los más esforçados militares. Y descarnada la muralla como demolido el terraplén a las violencias del bronce, permitió a los turcos alguna disposición para assaltar la no dilatada brecha en que perdieron más de quinientos hombres. Y no pudiendo lograr más que muchas muertes, aplicaron el mayor conato en colocar en lo más descollado de un cerro alguna artillería, con la qual damnificaban a los sitiados. Y aviendo conseguido dilatar más la brecha, se esforçaron para el segundo empeño, intentando conseguir lo que no avían podido lograr en el primero y, duplicando el assalto con valentía, encontraron la misma resistencia que antes y no menor daño, por lo qual cansados y llenos de sangre, como faltos de vituallas y temerosos de que llegasse el socorro del rey don Juan de Portugal (que se componía de nueve navíos gruesos), se retiraron con tanta priessa que abandonaron quinientos heridos y parte de la artillería.

Consistía el socorro en siete mil portugueses y, deseando el rey engrossar con mayor número de gente las tropas, publicó un indulto en que perdonava a todos los que en el reyno estavan condenados al suplicio por delitos con calidad que fuessen a servir contra los infieles en aquella armada, para labar con la sangre las manchas del mal proceder en la muerte o para enmendar los errores cometidos, viviendo con mayor estimación. Embarcáronse todos los condenados en un navío y, apenas tocaron las movidas olas del golfo quando, impelido el mar a los violentos soplos del ayre en promontorios de espuma, parecía montaña de líquidos riscos por donde se despeñava la esperança perdida arrojada de las mismas ondas del peligro, en cuya confusión, siguiendo aquella fortuna (separado de los demás este navío), debió de tomar puerto en el abismo, pues nunca se tuvo noticia de él, motivando este successo a que se discurriese que aun Dios no permitió, para defensa de su causa, que assistiesse a ella gente teñida en la sangre christiana por los homicidios y maldades que avían executado, disponiendo con justos juizios no penetrados que fuesse el mar executor de su divina justicia.

Retirados los infieles sin concluir la començada empresa, se recobró la isla (que no pudieron conseguir los enemigos) y, contentos con la empresa de

Aden, cargados de botín y de esclavos, se volvieron a la Turquía. [1540] El ocio de la paz en la Ungría y, mucho más, la solicitud de aquellos varones (que seguían la facción del rey Juan), imprisionó en su ánimo deseos de tomar estado, cuya mañosa insinuación no era de conveniencia alguna para el reyno, por quanto estava muy arraigada la división entre los varones y damnificava esta turbación los intereses de la Ungría, porque atendían al fin particular aquellos que deseavan conservar su fortuna, la qual no podían mantener en caso que se mudassen las dependencias del rey, temiendo quedar odiados y desposeídos de Ferdinando por aver seguido la contraria facción en quien (faltando la posteridad a Juan) recaía la corona.

Ajustóse el tratado matrimonial con Isabela, hija de Segismundo, rey de Polonia y, concluidas las bodas, se celebraron con públicas demostraciones, terminando estas festivas alegrías en desabridas desconfianças por tener el rey sospechas de que bacilavan en la fidelidad Estevan Maylato y Emerico Balasio, a quienes avía encomendado el gobierno de la Transilbania, en donde prozelosamente movían los alterados ánimos para una tempestuosa sublevación contra su soberanía, aviendo embiado persona a Solimán ofreciéndole tributo por aquella provincia para lograr, con esta demostración, el consentimiento y desmembrarla de la Ungría (como en otros tiempos lo estuvo con el nombre de reyno de Dacia) y mantenerse incorporada a su monarquía, protexida de sus soberanos dictámenes. Pero como estavan mal vistos ambos sujetos de la Porta por aver cooperado en la muerte de Ludovico Griti, no hallaron sus representaciones abrigo en el genio de Solimán ni calor para alentar su trayción, pues remitió al rey Juan las cartas que mencionavan la maldad. Y viéndose descubiertos, temiendo no hallar clemencia en el rey, intentaron (por mano de Tomás Nadasti) passarse al partido de Ferdinando con la oferta de poner en su obediencia la Transilbania, reduziéndola a obedecer las leyes austriacas, valiéndose (para esta alteración) del odio que los pueblos tenían al rey por las gruesas imposiciones que les avía repartido para pagar a los turcos el tributo de cada año, sembrando también entre los mal contentos la cizaña de las voces que asseguravan que la mayor sustancia de la Ungría passava como raudal a estancarse en el canal de Constantinopla y que el rey, dependiente del othomano, no se aplicava a minorar la opresión de los vassallos con algún alivio por engrassar con estas sustancias a los infieles, sacándolas de la más viva sangre de las venas sin considerar el desmayo que postrava al descaecido aliento del reyno, por cuya razón intentavan con belicoso ardor negarle la obediencia y librarse de tan pesada cadena.

Estas circunstancias conmovieron con facilidad el vulgo (porque semejantes expresiones traen siempre en la frente las señas del peso de los agravios) y, con facilidad, dio principio a la sublevación. Noticiado de esta novedad el rey (dexando encargado el gobierno del reyno a la reyna Isabela y a los varones de su mayor confianza), marchó en persona (con las tropas que pudo juntar) la buelta de la Transilbania en donde, con su llegada, confundidos los sediciosos (por no tener fuerças para resistirse en campaña) buscaron con la fuga el retiro para su seguridad.

Encerróse el Maylato en la plaça de Forgatz con el dinero y las joyas de infinito valor que avía quitado al Griti y, el rey, por asegurarse de él, puso sitio a la plaça. Y quando con más valor procurava la expuganci3n, resolvió (por conquistar la voluntad de aquellos vassallos) aliviarlos de las más pesadas contribuciones. En este tiempo, llegó un correo con aviso de aver parido la reyna un hijo, cuya novedad se solemnizó con salvas generales de artillería y mosquetería, sin dexar de banquetearse espléndidamente en todo el ejército pero, como las alegrías viven en los confines inseparables de la melancolía y de la tristeza, aviendo nacido una controversia entre dos cavalleros transilbanos y, queriendo el rey (sentado en el tribunal) dicitirla o componerla, acometido de un accidente imprevisto (que le privó del sentido) le llevaron a su aloxamiento donde, en breve tiempo, espiró en edad de cinquenta y tres años. Fue príncipe (en la mayor fortuna) desgraciado, pues apenas ocupó el solio quando, competido de otro segundo rey, le disputó el dominio con dessolaci3n de la Ungría. Los varones le pusieron en la silla y le arrojaron de ella casi en un mismo tiempo desacreditando la naci3n, pues si no le pertenecía el reyno no deberían entregársele. Y elegido una vez, era sinraz3n desesperarle con el precipicio. Y así él, por buscar justicia, recurrió al tribunal de la mayor impiedad, no siendo mucho que errasse el camino quando le guiavan dos ciegos que eran el desdén y la ambici3n.

Ocultaron a los sitiados su muerte porque no se deshiziessen los tratados de la entrega empeçados a manejar que, finalmente, se concluyeron. Nombró el rey en su testamento por tutor del único hijo a Solimán, monarca de los turcos, dexando encomendado el tierno corderillo al lobo de oriente, arriesgándole al peligro de su voracidad.

Fin del Libro Quarto.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO QUINTO.

[1536] Las inflamadas y sangrientas guerras entre el emperador y el rey de Francia (grandes potentados en la christiandad) eran la mayor lisonja de los othomanos, porque logravan una victoria más (con qualquiera pérdida de los dos) sin sacar la espada. Y Solimán (con las hebras sutiles de sus fomentos), urdía la tela política de sus dictámenes para que la texiessen las continuadas ofertas de sus intereses, en la confianza del christianíssimo que alentava la resistencia contra Carlos Quinto cebando el fuego de la antipatía con la continuada materia de la negociación, para que no se apagasse la llama y poderse calentar al fuego sin el peligro de quemarse, arrojando el humo a los ojos de la christiandad para que no percibiesse el daño ni las ventajas que adquirirían los infieles con tan ensangrentadas discordias.

Venecia intentava con buenos officios extinguir el incendio, pero (dilatándose con exceso, por averse cebado en materia combustible) se emprendió también en sus paredes, sin poderlo apagar con el agua de las mayores aplicaciones. Y assí, para saber los motivos de la rotura, bolveremos los ojos a los tiempos passados, atendiendo a su primero manantial.

La famosa victoria de Pavía causó la opressión de la christiandad y la exaltación de la Turquía por aver quedado en ella prisionero Francisco, rey de

Francia quien, no pudiendo por sí solo resistir las fuerzas de Carlos Quinto, solicitó con los othomanos la diversión de los imperiales, aplicando tan desayrada defensa a sus premeditados riesgos. Fue la Ungría el más dispuesto blanco de sus harpones y donde la armada othomana cebó los deseos, dilatando en ella con exceso sus confines. Avía Solimán (después de aver ocupado el solio) embiado a Acmad Ferat, su embaxador, a Venecia a participar su exaltación y passar aquellos oficios y cumplimientos de buena correspondencia con la seguridad de que cultivaría la amistad que, con fixas rayzes, se mantenía desde la buena memoria de Selín, su padre, y la República encargó la correspondencia de esta ceremonia a Marcos Minio, como también la renovación de la paz, cuya función se executó en forma solemne. Y por apartarle de la aplicación marítima (mientras los othomanos se quexaban de las molestias que recibían de las galeras de Malta, representando los daños que sus embarcaciones recibían a la vista de sus plaças), ordenó el senado al proveedor de la armada que noticiasse a las galeras de la Religión que se abstuviessen de navegar en el golfo y de perturbar las navegaciones de levante y que, si no lo hazían, desarmasse quantas embarcaciones de piratas se le pusiessen delante, sin guardar respeto alguno.

En Constantinopla, Ayaze y Lustibegio baxaes representavan al sultán los muchos daños que avía experimentado el persiano, siendo de una misma religión, y que convendría que las tempestades de los daños de las armas othomanas tuviessen por único objeto la ruina de la christiandad (como opuesta enemiga de la secta mahometana), estendiendo las conquistas en varias provincias, no siendo razón que la Italia se viesse essenta de los rayos ardientes de la azerada cuchilla de Solimán quando, en otros tiempos, estuvo sujeta la tierra de Otranto al dominio de la gran Porta y se perdió con la muerte de Mehemed, su abuelo. Y que convenía, por aquella parte, empeñar la reputación de las armas para que resplandeciessen las gloriosas victorias executadas en aquellos parages por el valor turquesco. Seguía este dictamen también Troylo Piñateli, foragido de Nápoles, facilitando la conquista con vivas instancias y crueles exortaciones para ruina de su patria.

No era igual la disposición marítima de los infieles a la terrestre para oponerse a Carlos Quinto (con quien estava declarada la guerra por Ungría) y, assí, resolvieron embiar el estandarte a Barbarroja, haziendo saber a la República esta exaltación para que no le tratasse como a cosario sino como a ministro de la Porta. La práctica y conocimiento de la náutica le colocaron en los más conspicuos puestos y vassallage del mar (como diximos), cuya autoridad le sirvió para exercitar su pasión contra la República. El más principal disignio de

los turcos para tomar pie en Italia fue hazer impresión en la Pulla. Y aviendo desembarcado en aquella provincia la cavallería, corrió con universal terror el país haziendo considerables presas. Rezelando bien presidiadas las ciudades de Brindis y de Otranto, pusieron sitio al castillo de Castro que governava Mercurio de Gatinara, sugeto de corta experiencia como también desabrigado de lo necessario para resistir tan poderosa armada, por lo qual capituló con honestas condiciones de guerra la rendida del castillo que no observaron los infieles pues, como faltos de fee y de palabra, saquearon el lugar cautivando todos los habitantes con el governador. Avergonçado Lustibegio con la ruindad de no aver cumplido la palabra, echó la culpa de la maldad al exceso de los marineros, permitiendo la libertad al governador.

Los españoles y los franceses, navegando por distintos vientos en el golfo de la política, solicitavan lograr la mejor náutica por los rumbos de la negociación. Los unos deseavan apartada la República de la correspondencia de los austriacos y los otros, con ambición solícita, procuravan unirla a las armas de Carlos Quinto, interessándola abiertamente en la rotura con Solimán. Mas la República, que no ignorava cómo se avía de preservar de este escollo acostumbrado a producir naufragios, ponía todo el estudio en mantenerse apartada de los empeños. Y quanto más se defendía del peligro de las insinuaciones, tanto más empeñavan las dos coronas la solicitud para que se declarasse. Y entrando en el senado el embaxador español, preguntó que si en caso de que la armada de su rey llegasse a pelear con la othomana, si la veneciana se uniría a la de los turcos. Y maravillándose de la pregunta los senadores, bolvió a replicar, diziendo luego: conviene unirse a la armada christiana, no siendo practicable en este caso la neutralidad.

Navegó después el Doria las aguas del golfo, en cuyos parages apresó varias embarcaciones turquescas que transportavan vituallas a la Belona. Y valiéndose mañosamente de algunos medios políticos, procurava imprimir en la desconfianza de los turcos algunos rezelos que los inflamasse contra la República, creyendo que, en efecto, se entendían con los imperiales. Y valiéndose también (para dar mayor fomento a esta razón de Estado), escribió una artificiosa carta al general de la armada veneciana, en la qual le participava el viage de los turcos, como también ser ya tiempo de oprimirlos mientras navegavan divididos, remitiéndola en una pequeña barca a fin de que la cogiessen los turcos, como se logró. Y aviéndola remitido a manos de Solimán, y comprehendido la narración de su contenido, se aumentaron en su desconfianza las sombras de los rezelos por donde suele caminar encubierta la

enemistad disimulada hasta que, como madre de la discordia, da a luz el aborto con el rompimiento.

[1537] El visir, a sugestión de franceses, se expresó con el ministro veneciano diciendo que el sultán deseava que la República se declarase amiga de los amigos y enemiga de los enemigos de la Porta, con intención de apartarla de la confederación de Nápoles, en la qual se obligó el año de mil y quinientos y treinta y cinco a mantener seis mil infantes pagados en defensa del Estado de Milán, a favor de aquel duque que sucedió a Francisco Esforça. El senado, ageno de mezclar los intereses de la religión con los políticos, resistió fuertemente las tentaciones de los infieles. Pero como estos solo estudian en la escuela de la ambición, no teniendo por justo y honesto todo lo que no es útil, se aplicaron a los insultos haziendo represalia de una nave de Alexandro Contarini cargada de mercancías, imponiendo también en Soria un diez por ciento sobre los géneros que componen el comercio. Y con mal justificados pretextos usurparon en Constantinopla muchos capitales de mercantes venecianos, apoderándose con severa infidelidad de las galeras de mercadería que navegavan la buelta de Alexandría, cuya cargaçón importava grandes cantidades.

Estas abiertas señales de obstilidad fueron motivo para que la República armasse cien galeras; las quarenta que navegassen los mares de Corfú y sesenta los de levante, debaxo de las órdenes de Gerónimo Pesaro, para defender los propios Estados de los insultos del enemigo, que ya avía salido de la Belona con trecientas embarcaciones para assolar con avenidas de milicias infieles las campañas de la Pulla. Si bien, antes que se desprendiesse de Constantinopla tan formidable aparato, se declaró el visir con Tomás Mocenigo (que avía ido como embaxador a dar la enorabuena a Solimán de los progressos conseguidos en Persia) asegurándole que se confirmaría la paz y lo mismo aseguró a boca Solimán. Pero las promessas de los infieles no se miden si no es, con el compás de la ambición, en las ocasiones de sus intereses.

Encontróse Andrea de Oria con una esquadra de saicas cargada de aprestos militares y víveres para la armada, que se rindieron sin ponerse en defensa quedando los hombres en la cadena y lo demás para sustento de los christianos. Atacó también en el más alto silencio de la noche, a vista de Corfú, doze galeras turquescas, en cuyo sangriento trance fue igual el daño quedando herido, entre otros, Antonio de Oria. Dio quenta de este successo a Solimán, Barbarroja, culpando a los venecianos por aver permitido el ultrage en su misma casa, asegurándole de inteligencia concertada con los españoles. Discurriase entre los venecianos que los ministros imperiales declarados contra la

República, dissimuladamente avían cultivado el ánimo del Barbarroja para solicitar del sultán la permissão de damnificar sus dominios. Estos ocultos manejos rezelados de venecianos se manifestaron con los sucessos de casuales accidentes, pues fueron instancias para que Solimán resolviese la rotura con la República. Encontróse en aquel tiempo una galera veneciana con un navío turquesco que, por no aver reconocido la superioridad en aquellos mares, experimentó su peligro echándole a fondo. Alterado Solimán con estos accidentes, embió a Gianusbeg, intérprete, con dos galeras al Pesaro, que se hallava en Corfú a pedir satisfacción. Y como ordinariamente un desorden suele procrear otro, aviéndose encontrado las dos galeras con la guardia de la armada veneciana, dándolas caça Justo Grandemigo, sobrecómitre, vararon en la cimera haziendo prisioneros a los turcos los de aquel país.

El Pesaro por remediar el accidente, aviendo entendido que Gianusbeg era uno de los prisioneros, dispuso la materia de calidad que aquellos pueblos le diessen libertad, executándolo cortésmente. Mas no por esso se aplacó la ira del sultán, quien alterado con los apasionados avisos mandó dezir a Jacome Canales, embaxador, que si no castigavan los culpados y, en particular y precisamente, al capitán general, autor del daño, le rompería la guerra. Navegava Barbarroja las espumas de Corfú y el Pesaro, por evitar el encuentro, se hizo a la mar. Pero como la fortuna ha reservado para sí en las guerras el arbitrio mayor de la prudencia, quanto más deseava apartarse de la ocasión de rompimiento, los inopinados sucessos parecía que adelantavan los accidentes para el encuentro.

Alexandro Contarini, proveedor general, aviéndose encontrado con la galera imperial (obstentosamente adereçada, por si quería embarcarse en ella el sultán, como lo avía hecho en el sitio de Rodas, governada de Rustán rais), no permitiendo la obscuridad de la noche el reconocerla como tal y juzgándola navegación de corso, aviéndola abordado y muerto el capitán con trecientos turcos (que la guarnecían), quedó rendida en poder del Contarini, a quien culparon algunos diziendo que no avía sido casual el empeño, sino executado con voluntaria y rabiosa vengança por tomar satisfacción de la nave que le avían apresado los turcos. Obligó lo fuerte de un viento solano, que se movió a medianoche, al Pesaro a navegar la buelta de la Pulla, en cuyos parages encontró ducientas belas turquescas que navegavan a Otranto, no aviendo prevenido el encuentro ni tampoco resuelto el partido que debía escoger, ni qué salida aplicaría en esta ocasión para no quedar mal ni adelantar la rotura. Y, por último, saludó a la turquesca, quien no correspondió a la cortesía, cuya circunstancia le obligó a poner las proas a levante a fin de que más estraños accidentes no le

empeñassen por fuerza a llegar a las armas con los infieles, que le siguieron con demostraciones de abierta guerra. Y aviendo tomado la muestra de las galeras de Corfú, reconoció que quatro de las más tardas de movimiento avían quedado apresadas de los turcos y cortado las cabeças a los sobrecómitres, dexando vivo uno de Corfú que sagazmente les ofreció en término de diez días entregarles aquella isla, el qual la noche inmediata tuvo ocasión de lograr la libertad con la fuga.

El embaxador veneciano, en el origen de estos desconciertos, avía hecho instancias a los turcos para que le permitiessen embiar persona a tomar noticia de los sucessos, para cuyo efecto embió a Alexandro Ursino, a quien despachó la República a la Belona a protestar a los turcos que para assegurar a la Porta la casualidad de los accidentes sucedidos, embiaría embaxador extraordinario. Las noticias de estos accidentes en Venecia turbaron los ánimos de los más cuerdos, exagerando que la imprudencia de pocos ciudadanos no debía alterar la quietud de todos y que, con el castigo de quien avía motivado el desorden, convenía dar alguna aparente satisfacción en Constantinopla y, más, aviendo referido el Ursino que Ayaze baxá avía expressado que con la corrección de los culpados se templaría el desdén del sultán. Otros seguían diferente opinión, diciendo que no era bien privarse de los cabos más valerosos de la armada y que los accidentes no estaban en manos de la prudencia, sino en las de los acasos y de la fortuna. Y, sin embargo, se decretó en el senado que el proveedor Contarini y el sobrecómitre Beleno justificassen sus disculpas en la prisión de la Abogaria.

Persuadió Barbarroja al sultán para que atacasse a los venecianos y, aunque Ayaze fue de otro sentir, resolvió levantar el sitio de Otranto, bolviendo a la Belona, de donde unido con los cosarios salió con la armada y dio fondo sobre Corfú, donde echó la gente en tierra.

Yaze esta isla en el golfo de Venecia, entre el mar Jonio y el Adriático, a quien hazen hermosa prespectiva las riberas de la Albania, que miran al norte separadas una legua corta. Estiéndese casi en forma lunar, pero en el medio del escollo, donde haze punta y entra en la mar la fortaleza, demuestra casi dos semicírculos. Del cabo de la isla a la parte de levante, donde está el puerto de Casopo, no se dilata el canal más de una legua corta. Báñanla ayres apacibles y templados. Es muy fértil de cidras, naranjas, azeite y vinos generosos. La ciudad está plantada en medio de la isla, a quien circunvala la falda del monte. Tiene dos castillos eminentes sobre las más erguidas montañas que, descubriendo la mar y dominando los más profundos valles, pueden con la artillería tener desacomodadas las armadas y atormentados los exércitos que en aquellas partes se acamparen y dieren fondo. El más antiguo de los castillos está cercado de

casamuro y el otro, por la parte de afuera, sirve de reparo y de parapeto. Pueblan la isla muchos lugares habitados de gente y, a la parte de mediodía, se levanta sobre el monte el castillo de Sant Angelo, más favorecido del sitio que del arte. Tiene de circuito quarenta leguas, con poca diferencia. Es la puerta del golfo y el propugnáculo contra los bárbaros y el antemural de la Italia.

Opusieronse al desembarco los habitantes de la isla unidos a los cimariotes, con no pequeño estrago de los enemigos. Pero aviéndolo conseguido, robaron y quemaron el territorio, passando a fulminar amenazas con todo género de tratamientos crueles, en caso de que la guarnición perseverasse en la resistencia. Cuidavan de la defensa Simón de León y Albise de Riba con tres mil infantes de presidio y la chusma de quatro galeras, a que acompañavan considerables aprestos y el mantenimiento de lo necessario para tres años. Veinte y cinco mil turcos, con treinta piezas de artillería, tomaron los puestos acampados en buena disposición. Y aplicándose a las labores de los aproches, en breve tiempo las adelantaron, armando también quatro baterías bastionadas. Y aunque el disparo era continuado, no hazía efecto alguno en la muralla por la grande distancia que avía de una parte a otra y, por el contrario, la artillería de la principal fortaleza hazía considerable daño, assí en las embarcaciones como en los sitiadores de tierra, pues avía echado a fondo cinco galeras emplomadas y maltratado la de Barbarroja.

Despachó el senado un extraordinario a Roma para que su embaxador representasse a Su Santidad, y Su Santidad al emperador, de quán dañosa conseqüencia sería si se perdiessse la isla de Corfú para Nápoles, Sicilia y toda la Italia. Y como la República tenía en la mar cien galeras, diez galeazas y otras tantas naves, y tres galeones, y que suplicasse a Su Beatitud interpusiesse (con vivo empeño) sus santos oficios para que el emperador uniesse a las armas venecianas cinquenta galeras y cinquenta navíos, como otras vezes lo avía hecho concordemente, para hazer frente a la violencia turquesca y permitiesse que en sus dominios se hiziessen levas para la común defensa. Agradó al pontífice la representación y se mostró prompto a interessarse con todo el espíritu en la christiana oposición.

Comunicóse también al embaxador de Francia esta deliberación, persuadiéndole a que procurasse obrar de forma que su rey entrasse en esta liga, haziéndole conocer que las discordias entre los príncipes christianos eran las más eficaces y afiladas armas que manejavan los infieles para conseguir la ruyna de la christiandad. Dio orden la República al general que sacasse a viva fuerza del puerto de Aragusa todas las naves pertenecientes a aquel común, porque los turcos no se adelantassen para servirse de ellas contra ellos.

Encargósele también que desarmase una gran nave que avía partido de Venecia posteriormente la buelta de aquella escala, cuya cargaçón importava cien mil escudos. Y que aviéndolo inventariado todo, lo remitiesse a Venecia, donde después se hizo diligente pesquisa sobre los bienes de algunos ricos mercaderes turcos, poco antes introduzidos en los venecianos puertos para comerciar. Hizo grande estimación la República del ofrecimiento del duque de Urbino para emplear su ardor en tan justa coyuntura, admitiéndole con todo honor y buena voluntad. Y el príncipe Gritti, con grave y discreta expresión, ofreció su persona en generoso sacrificio por la pública libertad. Y porque si las guerras no se emprenden con la escolta del cielo, no tienen próspero fin; con públicas rogativas se imploró la divina protección.

Aclamóse en Roma la liga con la asistencia de Su Santidad, a quien acompañaron los cardenales y embaxadores de los príncipes christianos interesados en ella con numeroso concurso de los pueblos, atentos y devotos, al solemne sacrificio de una missa que celebró en esta función, en San Pedro, el cardenal Gaspar Contarini. Mas quando se quiso passar a la execución, requiriendo al Doria para que se dispusiesse (en quanto llegava la orden para juntarse la armada católica con la veneciana para socorrer a Corfú), con escusas frívolas y no justificados pretextos, se eximió de executar la orden del César. Y aviendo el cónsul Gaspar Basalu solicitado con vivas instancias sobre este particular al Doria, no pudo conseguir otra cosa que mañosas retiradas diziendo que necessitava passar a Génova a reforçar las galeras y tripular los navíos, y que daría aviso a España, de donde le avían de venir las órdenes más positivas.

El pontífice, considerando quán peligrosa era la dilación en tan precisa necesidad (por el aprieto de la plaça de Corfú), escribió de propia mano una carta al Doria, que llevó por la posta el embaxador imperial a Civita Vieja, de donde avía ya salido con estudio particular porque no le precisassen las interposiciones a executar contra su gusto la deliberación. **[1537]** Raras vezes se unen los christianos y, si acaso se congregan, jamás se concuerdan para la mejor execución. Los turcos resfriados con el desengaño, aviendo comprehendido la gran dificultad que se venía a los ojos en la expugnación de la plaça, assí por la ardiente defensa como por los daños que avían experimentado en la continuación de tantos días, movieron tratados de ajuste en que pedían resarcimiento de daños, ofreciendo levantar el sitio, y todo tuvo composición. Embarcóse Barbarroja cargado de esclavos y mandó navegar la buelta de la Provença, cortejado de Brancardo, governador de doze galeras francesas, que intentó (aunque en valde) imprimir en el ánimo del baxá (ganado

de los españoles) la resolución de damnificar con cien galeras la Pulla, la Sicilia y las marinas del reyno de Nápoles.

Aviendo quedado libre Corfú de la opresión del sitio, pasó con suma alegría el senado a dar gracias a Dios por el afortunado suceso. No dexó Solimán de infestar en otros parages los dominios venecianos, ordenando a Casim, sangiaco de la Morea, que pusiese sitio a Nápoles de Romania y a Malbasia (que únicamente poseía la República en aquella provincia), cuyas poblaciones fundadas en sitios fuertes las haze más inexpugnables la segura constancia en la fee pública de los habitantes.

Yaze Nápoles sobre la frente de un elevado promontorio que forma un seguro puerto, a quien salpica el mar por tres partes. La que mira a tierra, tiene a un costado el monte Palamide, que permite para conducirse a la ciudad (entre la cuesta de la montaña) y la marina una angosta senda, cuyos ásperos y erguidos derrumbaderos (por la parte separada del camino) essentan la ciudad de las impresiones de la artillería. Guarda la angosta boca del puerto un castillo que, señoreando el escollo, desmantela la entrada de forma que no puede navegar más que una embarcación por el tránsito. La delineación de Malbasia ocupa el mismo sitio (aunque más inmediata a cabo Manlio), sobre los ombros de otro escollo apartado ochocientos passos de una punta de terreno que penetra las primeras espumas de las aguas, dexando la ciudad fortificada con la circunvalación de las corvas olas, sin permitir más entrada que la que franquea un puente. Es fuerte por el sitio y tiene bastantes aguas dulces para su gasto. Corona la cima del monte una llana y hermosa diadema de terreno tratable capaz de alojar sesenta hombres, suficientes a defender aquel impenetrable sitio de qualquiera invasión enemiga.

Governava la plaça de Nápoles Vítor Garçoni, hombre de maduro y experimentado valor, cuya prudente dirección, unida con el ardor de los súbditos, burló la confiança turquesca rompiéndole en la esperanza el esfuerzo pues, desamparando (como imposible) la empresa, levantó el sitio con desesperación. Inmediatamente, Barbarroja (con sesenta galeras, algunas galeotas y fustas) ocupó algunas islas del archipiélago (del dominio veneciano) y, entre ellas, a Escio, grande y deshabitada; Patmo, lugar ignoble pero ilustre por aver escrito en él (estando desterrado San Juan evangelista) el *Apocalypsi*; y Egena, de corto recinto, aunque bien poblada de habitantes, de donde llevaron los infieles seis mil esclavos, cuyo gobierno estava a cargo de Francisco Suriano; sin otras islas de jurisdicciones particulares de algunos nobles venecianos. Nío, que se estiende treze leguas y no admite animales benéficos, era de la familia pisana Estampalida de Casaquirini. Pafo, la celebrada de poetas por la excelencia

del mármol y por las arruynadas memorias de grandes edificios de la familia Veniera y debía recaer por sucesión en Bernardo Sagredo que, por defenderla, pasó a ella animosamente y, no obstante, la desproporción de las fuerzas la mantuvo algunos días hasta que, por falta de pólvora, resolvió rendirse a discreción, quedando prisionero de los turcos. Pero aviéndole hecho espaldas para lograr la fuga un arragucés renegado, en memoria de algunos gustos que recibió de su mano en Venecia, les correspondió a ellos con este beneficio. Al próspero (o por mejor dezir) precipitado curso de las victorias, se rindió también la importante isla de Tine (defendida por arte y por naturaleza) siguiendo el exemplo de las demás, pero aviéndose arrepentido el pueblo y considerado la diferencia que ay del gobierno violento de los turcos al blando y justificado modo de proceder de la República con los súbditos, revelándose a los infieles, reconoció segunda vez el natural dominio con la obediencia.

El general Pesaro expugnó a Escardona, en la Dalmacia, y aunque deseava usar modestamente de la victoria, no pudiendo enfrenar (entre el ardor de las armas) a las milicias, hubo de dissimular el indiscreto rigor con que saquearon la plaça. Mostrava entre tanto, Carlos Quinto, deseos de continuar la guerra contra el turco y, por otra parte, sentía el riesgo que amenaçava al Estado de Milán con las invasiones francesas, cuyo motivo entorpecía con disculpa las deliberaciones, pero no el ánimo seguro del César en contrapesar los accidentes.

El gobernador de Milán se expresó con el residente Dolche que a no estar el emperador tan embaraçado con los franceses, huviera movido todo el esfuerzo de sus armas contra el común enemigo. Y que, deseando señalarse en tan conspiqua ocasión, sería el primero que puesto a la frente de sus tropas intentasse reprimir el orgullo de los othomanos. Y que si el Doria (governado de sus passiones) no avía socorrido a Corfú, el emperador, desaprobando la omisión, avía reprehendido ásperamente la repugnancia de aquel ministro y que le removería del puesto substituyendo en su lugar otra persona que fuesse del agrado de la República.

Desatendían a estas expresiones las desconfianças venecianas por dar más crédito a otros avisos contrarios, de donde avían exprimido noticias de que por medio de un español (dependiente del virrey de Sicilia, que estava en cautiverio en la armada turquesca) se continuavan las ya introduzidas pláticas con Barbarroja, que le avía hecho aliviar de la vejación de la cadena, sin dinero, para que fuesse el instrumento seguro que labrasse con perfección los emboçados manejos de aquel negociado, como también que de parte de Carlos Quinto le avían ofrecido el reyno de Túnez con calidad que dispusiesse que no recibiesen obstilidad alguna las costas del reyno de Nápoles. Estava Ariadeno

tan deseoso de lograr estas ofertas y de continuar los ocultos tratados que, passando con su armada por el Faro de Mecina, mandó que ni a las embarcaciones ni a los súbditos de España se les hiziese vejación alguna.

Para abrir camino a los tratados de paz entre los príncipes christianos se nombró el convento de Narbona, donde por medio de ministros se allanassen las dificultades. Y el pontífice señaló dos cardenales *legados a lettere* para que confiriessen solícitamente con las coronas las mediaciones iguales. En este tiempo eligió Su Santidad por general de las galeras de la iglesia al patriarca de Aquileya, Grimani. Movíanse en el senado las olas encontradas de los dictámenes con fluxo y refluxo diverso, por lo qual, aviendo buelto el Ursino de Constantinopla (adonde avía ido embiado al sultán antecedentemente), refirió que le avía hallado en Andrinópolis y conseguido la libertad del embaxador y que admitiría un extraordinario que justificasse la casualidad de los mencionados accidentes, y que estaban en Castelnovo correos y passaportes para recibirle y que, con moderado desembolso para reparo de los daños recibidos, se conseguiría la paz, a la qual se inclinavan los senadores de más maduro consejo y de más anciana prudencia. Si bien, otros más moços, a quienes hervía la sangre en las venas, acalorados con la llama ardiente de un generoso espíritu valeroso, uniéndose al partido de los armígeros, que deseavan el rompimiento, fueron de contrario parecer.

Las voces de la guerra alegran con lo sonoro del estruendo, pero engañan muchas vezes con la vanidad de los efectos. Desvaneciósse successivamente la Junta del convento de Narbona sin aver concluido alguna negociación, porque el rey de Francia persistía en pretender el Estado de Milán y el emperador en no consentirlo, cuya circunstancia fue el escollo en que se rompieron las esperanças de las pazes entre las dos Coronas.

El esclavo español (a quien avía dado libertad Barbarroja) bolviendo de España a toda prisa avía desembarcado en el Zante, donde adquirió noticias de la armada turquesca, en cuya prosecución passó a dar quenta a Barbarroja de las dependientes negociaciones de su encargo. Era puesto en razón creer que no se podía hazer considerable daño a los infieles en quanto no se concluía la paz entre los christianos y, más, quando el emperador no podía (por el empeño con franceses) libremente hazer oposición desembaraçada. Esta circunstancia cultivó algunos ánimos para que se inclinassen a la paz y, en el combate de las antecedentes causas, se propuso en el senado o la paz con los turcos o la liga con los christianos, permitiendo el tiempo de tres días para contrapesar la deliberación maduramente y cada uno pudiesse, antes de resolver la materia, digerir lo que avía de votar. Es prudente costumbre inviolable dar lugar

proporcionado para que se maduren las proposiciones, porque el deliberarlas improvisamente suele quitar la sazón al fruto, como fuera de tiempo, muchas veces. Empleóse casi toda una noche en batallar la materia en el senado, en que hablaron diez senadores por cada parte (tan vigorosas eran en aquellos tiempos las controversias necesarias siempre en las repúblicas, porque purifican las deliberaciones como el agua de los ríos, que llevan el caudal por entre riscos y, quantos más obstáculos encuentra, se conserva más clarificada y pura) y, por el contrario, la que camina con blando y hermoso curso, sossegada y sin oposición, con facilidad se obscurece turbia y eclipsada a los ojos de la observación. Los que deseaban la liga y, así mismo, la guerra, se expressaron en substancia.

La insinuación de los turcos a la quietud es como las dulces voces de las sirenas, que albagan y lisongean los oídos para adormecer con la suavidad del acento a los que las atienden gustosos, para quitarles después amargamente las vidas. Sus pazes tienen similitud con ciertos falsos remedios que se aplican a las quartanas, que las reprimen por algunos días y las reconcentran e impiden hasta que, superadas del mal las fuerças con el remedio, se engendran los parasismos más violentos y más ardiente la calentura. Es cierto que la paz no durará más que lo que permitiere su conveniencia, atendiendo mejor ocasión para lograr nuestra ruyna. Acordémonos del exemplar de Baiaceto, que hizo con nosotros la paz en latín y nos rompió la guerra en lengua vulgar. ¿Será por ventura la paz de Solimán de mejor temple? ¿Ni de oro de más fina liga que el de sus antecesores? Es la paz para nosotros un ardiente y mortal letargo que nos separa de la guerra y de la defensa, pues a los templados y pacíficos soplos del ocio, descansando el cuydado, se entorpece el valor perezoso en las quietudes descaecido en el vigor de las armas, que son nuestra preservación. La falta de manejo en la militar observación nos haze desiguales en la resistencia y no iguales en la constancia al violento bárbaro.

Es verdad que no se ha concluido la paz entre las coronas, pero Carlos Quinto tiene tantas fuerças, y tanto caudal, que puede en un mismo tiempo defenderse de Francia y de la Turquía, además que no podemos apartarnos de la liga quando, con nuestro consentimiento, se han formado todos los artículos de ella. Y podrán con razón dezir los príncipes que avemos ajustado con ellos un tratado doble y engañoso y que, por aventajarnos en la paz (con el común enemigo), avemos consentido (con política interessada y doble amistad en la liga) dándole a la irreverencia mejor lugar en nuestro trato que a la christiana atención en nuestro respeto. No adelantemos las desconfianças a quien ha de ser el más seguro escudo de nuestra preservación en la defensa contra la othomana voracidad. Y si nos dexamos llevar de la falsa apariencia de la quietud, ambiciosos de la amistad de los infieles, en nuestras mayores necesidades quedaremos separados de las assistencias christianas. No abandonemos este partido por no apartarnos de Dios, nuestro sumo bien, y más, quando la República ha tenido por vase fundamental de su exaltación la religión católica. Y si con esta errada máxima (de pensar en la paz) descarnamos los cimientos del propugnáculo de esta obligación, lograremos solamente

la ruyna del edificio de nuestra seguridad. Además, que la paz no es aborro quando no permite que cessen los dispendios, pues las sospechas de una continuada desconfiança nos han de precisar a estar siempre bien armados y con las armas en la mano. No dependeremos de nosotros mismos sin las del implacable enemigo y pregunto: si los passaportes (para que pueda conduzirse un extraordinario) ¿traen acaso la seguridad de la paz para abraçarla? Y si quando llegue el embaxador a Constantinopla a poner en disposición los tratados y las condiciones ¿se podrá assegurar que no sean iniquas y desayradas?, quando en ellos es natural costumbre este género de supercherías, cuya circunstancia será bastante pretexto para desatarse las ligaduras de la començada unión, dexándonos desabrigados de assistencias y con la guerra en casa. El turco, con ofrecernos su amistad en esta coyuntura, nos motiva a que le comparemos a un esgrimidor que, con un acometimiento falso y engañoso, procura descomponernos con nuestros aliados para herirnos después más fracamente en el cuerpo de nuestra preciosa libertad, que heredamos de nuestros antepassados (que aún viven en nuestra veneración) y que por conservarla estáis (señores) obligados a defenderla con el oro y con la sangre (que son los más ricos capitales destinados finalmente) para preservar la patria y la religión, tesoros preciosos que con más ambición se desean quando se pierden y, entonces se conocen, quando más se compadecen.

Aquellos que aborrecían la liga y deseaban la paz, respondieron:

Pues Dios nos ha hecho nacer libres, no solicitemos laços que nos apremien. La liga atará siempre al más débil, porque el poderoso Carlos Quinto no obedece otra ley que la del propio arbitrio y, quien puede lograr lo que quiere, no es fácil que haga lo que debe por fuerza. Y quando parece que aspira al dominio de toda la Italia, si llega a empeñarse contra el turco, es preciso que se consuman las fuerças que pudieran servirle en los progressos de sus altos disignios. Y si los consejos de los hombres se fortifican siempre con algún fin, qué esperanças tenéis (señores) en aquesta liga. ¿Es acaso la confiança en aquella dependencia bastante para resistir tan poderoso enemigo? Y cómo podéis conseguir assistencias del emperador, empeñado en atroces guerras con el francés. Y cómo os persuadís a que pueda abandonar sus propios intereses por vuestras conveniencias y que contribuya a vuestra utilidad con su propio daño. Y más, quando no son estas esperanças en que se puede fundar la seguridad más que unas lisonjas aéreas de un movido deseo. La guerra es una tormenta voraz (que tala con la ruyna los Estados sin remedio) familiarizada siempre con las desventuras, pues aún viven frescas en nuestro sentimiento las memorias de los passados naufragios. Logremos el puerto quando la fortuna nos lo permite y, pues a la primera y segunda llamada de los turcos no hemos atendido sus instancias para apaciguarse con nosotros, respondamos a la tercera con estimación, pues no tenemos en la christiandad escudo que nos defienda. No irriteemos más su inflamado espíritu y, pues la experiencia (maestra de todas las cosas) nos enseña que, quando hemos reusado la paz ofrecida de los othomanos, nos hemos visto precisados a solicitarla por conveniencia, consiguiéndola con el sacrificio de algunos Estados. Y perdido Negroponte, Mehemed nos

combidó con la paz que reusamos, precisándonos después la necesidad a desearla y admitirla a costa de Escutari y Braço de Mayna. Y si aora nos resistimos, nos darán con razón el título de soberbios. No huyamos de la paz quando nos busca, siquiera porque no tengamos ocasión de seguirla quando se retire de nosotros desdeñosa. La guerra con los turcos es una calentura ética que destruye el calor natural, porque cessan los comercios, huyen los assentistas y se despueblan las ciudades (que son la mejor preservación del cuerpo político de la natural razón de Estado) y, por el contrario, en la quietud de las treguas florecen los negocios. Y si en la guerra de Cambray nos huviesse faltado el comercio de la Turquía, con el qual remediamos nuestras penalidades, qué huviera sido de nosotros y qué útil se puede esperar de la liga, quando el papa puede hazer poco y el emperador divertido no es capaz de hazer mucho. La desunión del congresso de Narbona motiva bastantemente nuestra disculpa para hazer una retirada justa, razonable y necessaria, ya que no se puede hazer guerra a los infieles sin la conclusión de la paz entre los christianos y, mal puede conseguirse el fin, quando faltan los medios. Además, que la República sustentada, por último, de las esperanças de los coligados avrá de quedarse en ayunas de los socorros y, pues hemos perdido muchos Estados en el archipiélago, no acabemos de perder la prudencia engolfándonos desabrigados en el alto mar de la guerra, donde se experimentan continuadas borrascas. Y quando nos hallamos exhaustos de medios en los erarios, debemos temer que también se canse la fortuna de seguir a los hombres en los precipicios. Abracemos los consejos más cautos que animosos, más reposados que ardientes y, pues la liga es acerba, encontremos la paz, pues los estragos, los robos turquescos y tanta vertida sangre nos la ofrecen madura y sazónada.

Ajustávase a esta opinión el príncipe Griti, cuya consumada experiencia tenía entero conocimiento y noticia intrínseca de las máximas, fuerças y disignios de los othomanos por aver gastado la flor de su edad en Constantinopla. Pero ni su autoridad, ni las razones, pudieron impedir que se abraçasse la liga, cuyo fin fue un sacrificio voluntario trágico y funesto que se inmoló de los Estados. Y aviendo participado esta deliberación, se ajustaron las siguientes capitulaciones: Que se tuviesse entendido aver contraído y ajustado liga ofensiva y defensiva (contra el enemigo común de la christiandad) entre Su Santidad, el emperador y la República, dexando reservado principal y honrado lugar en ella al rey francés, en caso de que quisiesse concurrir a tan zelosa operación. Que el emperador pagaría tres sextas partes de los gastos, una el pontífice y dos la República. Que se pondrían en la mar dozientas galeras, cien navíos con cinquenta mil infantes, assistidos de todo género de aprestos para su conservación. Que las treinta y seis galeras las armaría Su Santidad, poniendo la República los leños. Ochenta y dos el emperador y otras tantas Venecia. Que las naves las alistaría el César, con refacción del dispendio, por la porción que tocava al senado y, que assí, al rey de Francia como a los príncipes de Italia que

entrassen en la unión, se les señalasse gasto proporcionado por mano de Su Santidad. Que Andrea de Oria sería capitán general en la mar y el duque de Urbino en la parte de tierra. Que el pontífice fuese juez definitivo en qualquiera accidente o enfado entre los coligados. Que, en las conquistas, una de las más principales, se entregasse a Su Santidad y las otras se restituyessen a quien antecedentemente las huviesse poseído.

Embió el francés un embaxador a Venecia para justificar las razones que avían baraxado el congreso de Narbona y, en el colegio, desaprobó el embaxador la liga expressando que, tocando ya las últimas líneas de su vida el pontífice por su mucha edad y el emperador ceñido de otros empeños, no podía tener seguridad en la duración la ajustada conferencia, a que se añadía que su rey, para defenderse de las violencias de Carlos Quinto, se acaloraría de todos aquellos medios posibles para su fomento, sin exceptuar alguno. Y que esta ligación, al parecer, ponía la mira en su rey (aunque oblicuamente se dissimulava la resolución), a cuya representación respondió el senado con ceñidos y sustanciosos conceptos: Que la liga tenía solo un objeto y era la opresión del sangriento y común enemigo de la christiandad. Y que si la República se hallasse con fuerças equivalentes, no mendigaría las otras. Y que aviendo reservado en ella a Su Magestad lugar proporcionado al zelo, con el qual esperavan inclinaria su piedad al fomento de la defensa en las comunes necessidades, anteponiendo una gloriosa paz a una guerra funesta y desayrada para la christiandad, alimentada no solo de la común política, sino de un odio interno, originado de mal curadas y antiguas llagas arraygadas tenazmente en el ánimo inflamado de entrambos potentados.

Con la prisión de los embaxadores Canales y Justiniano, llegavan escasas las noticias de lo que passava en Constantinopla, por lo qual resolvió el Consejo de Diez despachar persona que explorasse los accidentes secretamente. Y aviendo cumplido con la precisión de su encargo, truxo por respuesta que en el taraçanal se hallavan dispuestas para navegar dozientas y veinte galeras y que se estaban aprestando municiones y pertrechos de todos géneros para la guerra. Y que en las galeras gruesas venecianas de mercancía (que avían suprimido los turcos en Alexandría) avían hallado cinquenta y seil mil escudos en contante de algunos mercaderes, de los quales muchos perdieron las vidas a manos de los infieles y otros quedaron en áspera servidumbre. Y que estas prevenciones amenaçavan a la República, y que los othomanos avían desaprobado las treguas antecedentes entre el emperador y el francés. Y que en lo universal de los turcos (que comerciavan en la República), se deseava con ambición la quietud y no la guerra.

En este tiempo Barbarroja, aviendo entrado en el archipiélago, arruynó la isla de Esquiros y hizo prisionero a Francisco Cornaro, su gobernador, intentando también conseguir la de Esquiati. Pero Gerónimo Memo, que la governava alentadamente, la defendió hasta que herido de un flechaço se puso en la cama, donde los paysanos (por temor de los turcos) le quitaron la vida y, con cuerdas que echaron por las murallas, introduxeron a los infieles en la fortaleza voluntariamente. Alabó Barbarroja la trayción, pero no a los traydores, pues mandó matar a todos los cómplices en la conjuración.

Estos malos sucessos melancolizaron los ánimos de aquellos que (en el senado) avían deseado la guerra y, embarcados en leño mal seguro, deseavan salvarse en el puerto, pero un tardo arrepentimiento no recompensa un presto e irremediable daño. Navegó Barbarroja la buelta de Candia, donde al desembarcar en la suda le degollaron trecientos genízaros. Y poniendo en práctica la sorpresa de Retimo, le rechaçaron con daño. Y queriendo hazer otra experiencia en la Canea (saliéndole desayrada) passó a Escitia, que halló abandonada y, cargando con las municiones y la artillería, bolvió a poner las proas al archipiélago. El sangiaco de la Morea avía segunda vez puesto sitio a Nápoles de Romania, a quien prontamente socorrió con víveres y municiones Francisco Pasqualigo, proveedor de la armada, cuyo motivo obligó a los turcos a que abandonassen el empeño con alguna pérdida.

En Dalmacia, el sangiaco de Escutari se puso sobre Antibari que, socorrido del capitán general, le obligó a retirarse con alguna pérdida. Abandonada de los nuestros la ciudad de Nona por falta de fortificaciones, quedava en conocido peligro la plaça de Zara, adonde entraron quinze gentileshombres venecianos con socorro para asistir en aquella provincia, divididos en los lugares más expuestos al peligro para acalorar la resistencia. En este tiempo el Pesaro, con parecer del Bituri, capitán del golfo (que governava la armada de Dalmacia) se resolvió a intentar la empresa de Escardona, que defendía un turco (a quien por ser negro) llamavan el Moro. Pero a los estragos de la artillería no hubo resistencia que embaraçasse a los venecianos la entrada, que consiguieron por las brechas a fuerça de armas y, degollando la gente del presidio, después de averla saqueado, demolieron la plaça desde los fundamentos. Ordenó después el Bituri a Gabriel de Riba, veronés, que intentasse la expugación de Obruaço y que, en caso de que no consiguiesse la empresa prontamente, abandonasse el tentativo quemando los arrabales. Y tomando la marcha en buena disposición, se pusiesse en salvo pero, noticiado el Bituri de otras urgencias en Corfú, passó a aquellos parages dexando dos galeras que fomentassen desde las aguas el ataque de tierra, en que se combatió

con ventaja en el primer lance pero, no aviendo executado las órdenes, se perdió el tiempo a causa de batir la plaça con artillería de tan poco porte que no hazía impresión considerable en las murallas, cuya dilación fue causa de que llegasse Amurad a socorrerla con trecientos cavallos y alguna infantería de aquellos confines. Y acampándose con la formación, de mucha más frente que fondo, para dar a entender que era mayor el número de sus tropas, atacó a los christianos que, mal dispuestos en la defensa, padecieron derrotados el descrédito de averse puesto en vergonçosa fuga.

El general veneciano, informado de la cobarde disposición del Riba y de que avía sido el primero de los que bolvieron la espalda al enemigo y no el último en desobedecer las órdenes que le avía dado, por lo uno y por lo otro le mandó cortar la cabeça en la proa de la capitana. Semejantes exemplos, executados en ocasiones precisas, mantienen en disciplina y en ordenança los exércitos para los buenos sucessos y, porque los practican los turcos continuamente, tienen cuydadosos y aplicados los ánimos de los cabos para preservarse de tales contratiempos.

[1538] Poco después, con mejor disposición, se apoderó de la plaça Camilo Ursino obligando a los sitiados a entregársela, de donde passó a la debastación del circunvezino país. Hallávase en aquel tiempo Pedro Crosiquio, señor de Clissa (cuya planta hermosea elevada colina con regular fortificación), infestado con freqüentes correrías de los turcos y, viéndose sin fuerças para resistirlos, recurrió al pontífice y al rey Ferdinando para que le socorriessen, permitiéndole el primero levantar algunas tropas a costa de la iglesia y el segundo le embió dos mil alemanes, debaxo de la conduita de Nicolás de la Torre. Avían fabricado los infieles dos fuertes a la vista de la plaça y caminavan a toda prisa con el trabajo de la circunvalación y los ataques, a tiempo que los sitiados, ambiciosos de demoler las fortificaciones enemigas, salieron de la plaça en buena disposición, pero Amurad con setecientos infantes y trecientos cavallos se opuso a los christianos, de modo que los desbarató, en cuyo trance deseando salvarse en una barca el Crosiquio, se arrojaron de golpe en ella muchos soldados que le seguían. Y como el número de la gente era excesivo, baró en la arena y, sin poder desprenderse de la ribera, quedaron en poder de los enemigos y sin cabeça el Crosiquio por averla presentado a Amurad, que la mandó poner en un palo enfrente de Clissa para atemorizar la guarnición, cuyo horroroso espectáculo hizo tal impresión en el cobarde pecho de los sitiados que, abandonando las esperanças de mantenerse, desampararon la plaça huyéndose unos al monte y otros a las montañas más inmediatas, dexando en poder de los enemigos la patria, la hazienda y la honra. Los alemanes y los

italianos, no pudiendo defenderse para preservarse, perecieron a manos de los infieles. Continuávanse en Venecia los excesivos gastos de la guerra como inseparables y la falta de dinero se aumentava, con que era preciso que a las superfluas imposiciones se desmayassen los caudales enflaquecidos, por cuya razón resolvió el senado tomar el mejor partido disponiendo que solo se pagassen las antiguas contribuciones rebaxando las modernas.

Por la incessable voraz guerra entre las coronas christianas caminava, cobardemente cansada, la oposición contra las invasiones en el común enemigo, sin esperanças de mejorar en alientos alguna respiración que ensanchasse en el pecho de la confiança más reparado el espíritu, cuyo conocimiento imprimió en el ánimo de Su Santidad tomar el temperamento de que se avocassen en Niza de Provença el emperador y el christianíssimo, assistiendo como medianero a la conferencia para deliberar con presteza los obstáculos que podían resultar, assistiendo también a esta función los embaxadores venecianos.

Divulgaron los franceses que la concurrencia de Su Santidad con el emperador la motivava el interés particular más que el público beneficio, puesto que a Pedro Luis Farnese, hijo de Su Santidad, le avía dado el emperador la embestidura de Novara y Novares para ganarle la voluntad a favor de Lombardía y del reyno de Nápoles. Y que, si el emperador avía ido con fines interesados, también con los mismos zelos avía concurrido el francés con la reyna, su consorte, y con la de Navarra, su hermana, quienes besaron el pie a Su Santidad en Villafranca. Haziendo su viage Carlos Quinto, apresó quatro galeras francesas por no aver hecho la salva acostumbrada a la imperial, pero inmediatamente las dio libertad con oblación de satisfacer los capítulos de la tregua (que aún durava entre aquellas coronas).

Consumiase, entre tanto, la República haziendo frente a tan poderoso enemigo, siendo al parecer la liga una apariencia sin sustancia, un estruendo sin golpe, executado de quien no recibían daño los turcos, si no es con las voces de la fama (instrumentos que hirieron con la vanidad sin hazer sangre en la realidad), por lo qual hizo el senado al emperador una insinuación de que le convenía ponerse en seguridad, debaxo de cubierto, para su preservación. Y según dize este autor, parece que procuró consolarla con buenas palabras (que son monedas que, aunque se gasten grandes cantidades, no dexan descaecidos los erarios) assegurando que, en saliendo de la Provença, daría orden para que el Doria se incorporasse con la armada veneciana. Y porque esta conspicua y grande conferencia no se disolviesse sin algún fruto, puso Su Santidad todo el esfuerço en establecer una tregua general por diez años en la mar y en la tierra, como se consiguió. Después de la qual, la reyna de Francia passó a Villafranca,

donde estuvo dos días con el emperador, su hermano. Los dos reyes no se vieron, aunque por parte de Su Santidad se hizieron apretadas instancias para la concurrencia, por cuya causa se embarcó comboyado de doze galeras españolas y francesas que admitió, en demonstración de neutralidad, hasta Génova.

Este fue el fin de tan grande movimiento, que no correspondió con el estruendo ni sirvió de medio para el alivio de la República, pues sola tolerava el peso de las armas othomanas, resistiendo con los ombros el casi desplomado edificio de la tolerancia en quanto llegava su última ruyna. El embaxador del César en Venecia (persuadido a que se podía dormir al blando y lisongero ruido de unas esperanças), dezía que lo que no avía podido hazer el emperador en los tiempos passados, lo haría inmediatamente y que, poniendo las proas a los Dardanelos, desembarcaría sus tropas para ocupar alguno, de donde infestaría a Constantinopla. Y haziendo instancias para renovar las capitulaciones, respondió el senado aver cumplido con la parte que le avía tocado y que su armada se componía de ochenta y dos galeras y quinze mil infantes y que, en viendo efectos iguales de parte de Su Magestad, corresponderían con esfuerzos mayores.

Vivían rezelosos los venecianos de que, por conservar el Estado de Milán el César, se descuidava en los esfuerzos para la defensa de la christiandad, aunque no dexava de dar algún passo generoso con que dissimular su mañosa política. Pero la asistencia tibia en las operaciones de la Ungría, no permitía que el sutil velo ocultasse algunos reflexos de las luzes de sus disignios. Y como la República era la parte más interessada en las amenazas del turco, solo atendíala exalar la queixa más que a lo que podía ser disculpa del emperador (que aún no tenía acabado de apagar el fuego en su casa) y deseavan, ambiciosos en sus intereses, que le dexasse entre el calor de las cenizas (con riesgo de que se bolviesse a emprender en sus dominios) por asistir a sus rezelos.

En el viage que el emperador hazía la buelta de España (a persuasión de Su Santidad), se avocó el rey Francisco (en aguas muertas cerca de Marsella) con Carlos Quinto, aviendo passado con el cardenal de Lorena en un esquife a la galera imperial, a quien tomando el César por a mano le introduxo en ella. Y aviéndose abraçado descubiertos (estando retirados los primeros ministros), discurrieron largamente en la visita. Y despedido el rey, passó después el César a pagar el cumplimiento, saliéndole a recibir el rey y la Reyna, el delfín, el duque de Orleans y otros muchos cavalleros, donde se engañó el tiempo con fiestas y saraos en quanto fue hora de cenar. Sentóse el emperador entre el rey y la Reyna y, essotro día después de comer, tuvieron los dos monarcas una dilatada conferencia y, sacando del dedo el rey un diamante, se le presentó al César, quien

correspondió al agassajo con joya de mayor estimación. Fue esta visita el instrumento principal que labró la paz entre estas coronas, porque en ella se sepultaron los rencores de las antiguas enemistades, de donde (en destiladas confianças) se liquidó una clara, firme y cortés reconciliación.

Poco después del abandono del sitio de Corfú, bolvió Solimán a Constantinopla y, en injuria de la paz ajustada en Ungría entre los reyes Ferdinando y Juan (como diximos), mandó hazer en aquel reyno una improvisa entrada para atormentarle con las acostumbradas violencias y freqüentes desolaciones. Avíanse introduzido los turcos en la Posega (isla que circunvalan las corrientes de los ríos Draba y Saba), copiosa de poblaciones, confinante a la Esclabonia y la Croacia, muy expuesta a las correrías enemigas quando con ánimo de botinar baxan a la Ungría. Era sangiaco de Belgrado Mahometo, hombre atrevido y de gobierno, a quien Solimán avía encomendado la tutela del rey Juan y la defensa del reyno. Y el año siguiente, exercitó con tantas ventajas las fuerças de los presidios que le obedecían en daño de los christianos pues, mezclando con el valor la sagacidad, se apoderó de treinta castillos y poblaciones pertenecientes a la Ungría, agregándolos al sangiacato de Bosna y, entre otros, ocupó el de Esech, donde demolió una iglesia y un monasterio, de cuyos materiales se valió para fortificar el lugar para que, assegurándose en tan oportuno sitio, pudiesen las tropas tener esta retirada segura de buelta de las correrías executadas en el circunvezino país, pretendiendo que estas demonstraciones no eran capaces para romper la paz siendo un exercicio irremediable entre confinantes (naturalmente enemigos), aunque pacificados por accidente y que estas circunstancias eran permitidas en quanto no se salía a campaña con artillería.

Bien huviera Ferdinando dissimulado el exceso por escusar la rotura, pero los pueblos (con las quejas continuadas) representavan las pérdidas originadas de las invasiones y la mala consecuencia en los efectos que le experimentavan y, aunque no con nombre de guerra declarada, padecían las mismas extorsiones.

Caminava el otoño con tardos passos a encontrar el invierno, permitiendo la buena estación lugar para la recuperación de lo usurpado, concediéndoles a los infieles el que gastavan en esperar socorros de Constantinopla, prometiendo las divulgadas treguas mayores assistencias de Carlos Quinto a la Ungría, por lo qual recogió Ferdinando un considerable ejército que se componía de diez y seis mil infantes y ocho mil cavallos, cuyas fuerças gobernadas de cabo experimentado eran no solo bastantes para recuperar lo perdido, sino para disputar lo que poseían los turcos. Salió a

campana con esta gente el general Juan Cataner con disgusto de los más experimentados, porque le tenían por hombre de consejos mal medidos y de no igual práctica a la que era menester en la guerra contra los turcos quando, para competir con tan desiguales fuerças, era necessario en el general juicio más fino para saber lograr las ventajas de los sitios, los favores del tiempo y las ocasiones, igualando con esta maestría aquella desproporción.

Noticiado Mehemed de estas disposiciones, solicitó socorros de cavallería de Buda y de Bosna, que llegaron obedciendo las órdenes de Amurad, cuyas tropas se incorporaron con las guarniciones genízaras de Belgrado y de Samandria. Y aviéndose acampado en Esech, dispuso con particular industria gran provisión de víveres (en la qual consiste la subsistencia de las armadas). [1538] Cataner, con la seguridad de que los úngaros le asistirían con lo necesario para el sustento de sus tropas, se puso en marcha, pero en la distancia de pocas leguas se experimentó la falta de vituallas y puso en consulta si sería mejor esperar un socorro que avía salido para incorporarse con aquel ejército, o abançarse a encontrar al enemigo por no mostrar que le temían. Deliberaron los más ardientes (con disgusto de los más experimentados) que antes que pudiesen reforçarse con mayores tropas los enemigos, como por la cercanía del invierno, se les diese la batalla y publicando un vando que, pena de la vida, ninguno (en el trance de la batalla) por aplicarse a los despojos desamparasse su puesto olvidando su obligación. Y puesto a la testa de sus tropas Cataner, en buena ordenança (después de aver embiado batidores a tomar noticias del enemigo) aquarteló el ejército dos leguas de Esech.

Salieron del castillo algunas tropas turquescas a probar el ardor de los nuestros con galantes escaramuças, dando a entender en ellas la agilidad de los cavallos othomanos y la destreza de los arcabuzeros genízaros, de cuyos movimientos nació en los pechos generosos una nueva encendida llama que acalorava el deseo, armando los coraçones de todos para el empeño de mayor batalla. Y comprehendiendo el Cataner que los turcos intentavan ocupar un elevado cerro (como puesto más ventajoso) y que sería conveniente atravesarle el tentativo, mandó asestar la artillería en aquella parte, donde recibieron considerable daño. Y mejorándose en otra colina más cerca de Esech (cuya plaça está situada en un llano no lexos de la margen del río Drava), acampó sus esquadras en un plan superior a un profundo valle desde donde, con algunas baterías, dio principio a fulminar el castillo que guarnecían diez y seis mil turcos, abastecidos de todo lo necesario, al passo que los christianos estavan escasos de víveres.

Passávase ya la mitad de octubre en país frío y se empezaban a temer los rigores del invierno. Y aviendo cogido algunos prisioneros, refirieron que avía un bastión mal seguro, cuyo terraplén era de tierra fresca y cubría un costado del castillo, por donde abandonarían fácilmente la defensa en caso de que el tormento de la artillería imprimiese en aquella parte violentas operaciones, de cuyo aviso nació una gustosa esperança que atendía en la experiencia el sucesso.

Mehemed, que avía comprehendido el disignio de los christianos, emboscó en la floresta mil cavallos con una compañía de arcabuzeros genízaros para que atacassen la retaguardia christiana (que se componía de infantería italiana y boemia) y, aviéndose puesto en fuga la última, cedió infamemente al corage de los enemigos. Pero la primera, haziendo gallarda resistencia al choque y socorrida de algunos hombres de armas corintos, rechazó el ímpetu de los infieles obligándolos a bolver las caras retirándose por el monte, aunque sin grave descalabro. Después de lo qual les presentó Catanier la batalla para obligarles a salir de las trincheras, pero sin salir del recinto continuaron los disparos de la artillería, a que correspondieron del campo úngaro con más gruessos cañones que arruynaron parte de la débil muralla. Avía tenido antecedentemente una orden de Solimán, Mehemed, en que le mandava no desamparasse aquel sitio ni abandonasse las fortificaciones, pero estando enterado de que el hambre (en el ejército christiano) hazía más estrago que las armas othomanas, deliberó servirse del beneficio del tiempo que era la mayor defensa en aquel frangente, aunque faltasse a la obediencia del precepto del sultán.

Baltasar Bansio, cavallero úngaro, representó a los más principales cabos del ejército las angustias y desconsuelos que padecían las tropas por la falta de víveres, exortándolos con vivas instancias para moverse de aquella parte y solicitar la empresa del castillo de Herman, donde no podía dexar de aver bastimentos proporcionados al reparo de aquella necesidad por quanto tenían en él los turcos las mugeres, los hijos y lo más escogido de sus bagages. Estava el castillo fabricado inmediateamente a un village, a quien separava un foso poco capaz de la muralla, cuyo recinto quadro y sin trabeses manifestava la antigüedad de la fábrica, pues falto de modernas defensas prometía fácil expugnación.

Ordenó el general a este cavallero que pusiesse en execución lo que avía propuesto y, aviendo atacado el village y conseguido sujetarle, participó al ejército el feliz principio que, puesto sobre la marcha aquella noche (aunque en desmandadas tropas), amaneció haziendo frente al castillo. Y aviendo formado baterías en el village, fulminó el recinto casi sin daño por la resistencia de la muralla que (aunque antigua) toleró las operaciones del cañón, de forma que no

hizo aquella brecha que esperaban conseguir los agresores, pero sin aguardar otra experiencia, se rindieron teniendo solo de costa esta operación la pérdida de cincuenta christianos. Y no encontrando en el lugar las provisiones que deseaban, y solo algunas mugeres y niños en el castillo, creció el desmayo en los coraçones de todos sin consuelo, pues apenas pudieron mantenerse dos días con lo que hallaron. Y aviéndose aplicado a componer el puente arruynado para passar de la otra parte del río Bogdro, rompieron algunas piezas de artillería porque no quedassen en poder de los infieles. Y poniendo en consulta el romperlas todas (porque la tenacidad de los pantanos no permitía su transporte), resolvieron que se executasse. Y acomodando en los carros el metal en trozos, después de aver quemado los instrumentos militares que eran de embaraço, se puso el exército en marcha la buelta de Balpone para reparar las tropas, maltratadas más del rigor de la necessidad que de las armas enemigas. Suele la confusión, en accidentes como estos, produzir varios pareceres tan discordes como caprichosos. Y bolviendo a tomar la marcha (maltratados los caminos con las lluvias del otoño), llegó el exército, aunque con lento passo, a Juanch, castillo que abandonaron algunos turcos que le guarnecían, por lo qual franquearon los paysanos la entrada a los christianos (que aplicados al saco), hallando gran cantidad de vino lo derramaron de modo que bebió más el terreno que los hombres. Y sin detención considerable (siguiendo su derrota) tuvieron algunos renqüentros de poca conseqüencia con los enemigos (que, empeñados en el daño de los christianos, continuavan su deliberación), pero guarneciendo la marcha con círculos de carretería en buena disposición, y sin descrédito, continuaron a lento passo su camino.

[1538] Mehemed, aplicado y deseoso de lograr las ventajas que le ofrecía una armada (al parecer fugitiva y maltratada de la necessidad), dispuso que algunas mangas de genízaros, acaloradas de la cavallería y de artillería ligera, ocupassen algunos tránsitos oportunos para atacar a los christianos a la salida de aquellas florestas. Y aviendo desembocado en una espaciosa campaña los unos y los otros, encendió el fuego de la ira la materia de los coraçones tan dispuesta al aumento de la voracidad que, en breve tiempo, no se conoció si ardía la sangre en la esfera del fuego o si inundavan las llamas la campaña. Y entre el confuso término del estruendo, sobresalió el golpe que quitó la vida a Pablo Baquicio, mariscal de aquella nación, cuya pérdida desalentó el corage de los úngaros y acrecentó más confusión la noticia de que los infieles avían talado los bosques por donde avían destinado su retirada los christianos, con ánimo de conseguir más fácilmente su ruyna, no aviéndoles quedado más que dos caminos para seguir su derrota. El uno, por passos angostos y desacomodados

cerca del castillo de Zentuercebed, o de Santa Isabel, y para poderlo executar convenía abandonar el carruaje y el tren más embaraçoso. El otro, que parava en Balpone (en cuyo castillo estava el dinero para los pagamentos y las vítuallas) y, eligiendo este viage (aunque con pareceres encontrados), no ocultaron los semblantes de muchos la turbación del espíritu ni la flaqueza del ánimo. Y esperando con impaciencia los soldados la orden para moverse, algunos capitanes de más antiguos servicios siguieron el exemplar de los úngaros, que fueron los primeros inobedientes en abandonar el grueso, retirándose fugitivos y desacreditados por otro camino más áspero con los de Estiria. Y también el obispo de Zagravia, que avía salido a encontrarse con los otros por los montes con un gran farol para alentarlos a la constancia, viendo la materia irremediable, solo atendió a ponerse en seguridad.

Noticiado Catanier de este frangente, en lugar de aplicarse a remediar el desorden, abandonando cobardemente su obligación en lo más obscuro de la noche, se puso en desayrada fuga imitando el exemplo infame de los primeros. Y aviendo despertado al conde de Lodrone sus criados, y noticiádole la retirada del general, respondió que no podía ser verdad y que avría ido a reconocer algún puesto y, despreciando por fabulosa la representación, bolvió a recogerse para reparar el cansancio de las fatigas antecedentes. El estruendo de esta vil fuga llegó a los oídos de Mehemed y, creyendo fuesse estratagema, no quiso moverse hasta el día. Y bolviendo a despertar al conde de Lodrone, conociendo la cobarde retirada de la cavallería de Estiria, animando la infantería y la cavallería de Carintia, Saxonia y de Austria para que no abandonassen la honra y las vidas que avían de preservar más fácil peleando que huyendo, se le puso delante un atrevido soldadillo y le dixo: *Si todos estuviéramos tan bien montados como vos, señor conde, no pensáramos en la fuga que vos podéis lograr a vuestro arbitrio.* Y apenas oyó estas razones quando, echando pie a tierra, le cortó las piernas al cavallo y le dixo: *Ya estamos iguales para correr una misma fortuna.* Y repartiendo las cavalgaduras de su cavalleriza entre los enfermos, dio la orden para marchar, pero apenas avían salido de los quarteles las primeras filas quando los turcos, con estruendoso ruydo de alaridos, embistieron al conde que, sin cessar en la marcha, caminando en buena disposición, hizo todas las defensas que cabían en aquel lance. Pero como si aquella campaña fuese la Livia, ceñidos por todas partes de nocivos áspides othomanos (que con venenosas iras deseavan herir a los christianos con los corbos dientes de las azeradas zimitarras), inundaron con la sangre católica sus mismos esfuerços de calidad que se vieron precisados a esguaçar sus raudales para no anegarse en ellos. Murieron en esta batalla muchos nobles, quedando prisionero y malherido el conde de Lodrone, por lo qual,

desvanecido Mehemed con el sucesso, acuarteló parte de sus tropas en un valle ameno libre de cadáveres, en el qual después de aver comido con grande ostentación, hizo arbolar las banderas christianas para que se llegassen a ellas los prisioneros, en cuya presencia alabó a los capitanes othomanos regalándolos con mucho dinero y con los despojos de los vencidos, ordenando se alistassen con distinción de la calidad de la patria y del nombre de cada uno, y que le cortassen la cabeça al conde de Lodrone. Catanier, general de tan infelizes tropas, fue el objeto de las universales maldiciones y asunto de algunas cauciones que mencionavan en toda la Alemania la trayción y la cobardía. Este, pues, deseando justificar sus acciones, pidió salvoconducto al rey para presentarse y que le oyessen. Y aviendo insinuado el mérito de sus ascendientes, exageró averle sucedido el desastre más por fatal violencia de las estrellas que por voluntario defecto. Permitted Ferdinandó que fuesse a su presencia, a quien recibió con entero semblante. Y porque el juizio en la causa de sus acciones iba muy a la larga, le pusieron los juezes en segura custodia, pero fingiéndose enfermo una noche, arrancando con un cuchillo los ladrillos de la estancia, consiguió una rotura capaz para salirse de la torre con el medio de unas fuertes tiras de las sábanas que le sirvieron de cuerdas para la fuga y, montando en cavallos prevenidos que le tenían personas de su confianza con su escolta, se puso felizmente en salvo. Si bien, poco después, con desesperado consejo se pasó a los turcos y, abrigándole Mehemed con apacible risa, le ofreció el gobierno de la Croacia si passava con segura fee de ministro austriaco a serlo realmente al dominio othomano. Y por hazerse más lugar en la estimación de Solimán secretamente, se comunicava con el conde Nicolás Esdrino, cavallero principal de la Croacia (que dominava la isla que ciñe el río Mura), soldado insigne de aquella habilidad y esfuerço que dirán en su lugar los sucessos futuros.

Dexábase llevar el conde con dissimulada inteligencia de su correspondencia, no a fin de rendirse a sus persuasiones, sino de conducirle a la red donde deseava assegurarle por obviar el daño que podía ocasionar a la christiandad en caso de que renegasse, cuya circunstancia le empeñó en los fingidos manejos. Y haziéndole capaz de lo exterior, reservando el interno ánimo, consiguió que entrasse en su castillo, donde le hizo quitar la cabeça, que remitió a rey Ferdinandó en castigo de su trayción y en testimonio de su segura lealtad, que le remuneró la acción con las haziendas y castillos de los rebeldes.

[1539] No fueron menos trágicos los sucessos marítimos que los terrestres porque el patriarca Grimani, general de las galeras pontificias, cansado con el ocio y con el tiempo que se perdía, dañoso al manejo de las armas, por

la dilación del Doria, con zelo apasionado aunque infelice, se dispuso a la expugnación de la Prebesa (castillo considerable fabricado al desembocar del golfo de Larta, llamado antiguamente Nicópolis), cuyo seno o canal se dilata veinte leguas, escaso de agua y no de escollos, por cuya razón no permite la navegación de gruesas naves, sino de galeras sutiles una a una. Y aviendo formado algunas baterías, fatigava con los disparos el castillo con esperanças de conseguir su rendida pero, aviéndole entrado nuevo socorro, se mudó el sucesso porque los turcos con las tropas de Lepanto atacaron a los sitiadores que, desbaratados, bolvieron las caras para refugiarse en las galeras consiguiendo el embarco de la artillería, que se logró con el esfuerzo de Alexandro de Termi, capitán de infantería, que malherido, sin abandonar su obligación, hizo espaldas a la retirada. Aviendo penetrado Barbarroja la intención del patriarca, navegó a vela y remo en busca suya con esperanças de arruinarle, pero alcançándole lejos de aquella parte y reforçado del Doria, no pudo intentar sucesso sobresaliente. Componíase la armada christiana de ciento y sesenta y siete galeras y treinta navíos, en cuya disposición se encomendó la banguardia a las cinquenta galeras de Andrea Doria, las ochenta y una de la República se encargaron de la batalla y las treinta y seis del pontífice de la retaguardia. Y bolviendo de concierto a navegar el golfo de Larta, quedaron los turcos confusamente movidos al no esperado arribo de la christiana armada, creyendo fixamente que en todo el año no saldría a la mar por las mencionadas dilaciones. Y aviendo tenido hasta aora el mar a su disposición, saquearon las islas de la República sin estorvo alguno. Querían los más advertidos turcos que, sin exponerse al trance de los dudosos efectos de la fortuna, contentándose con las ventajas conseguidas, se retirasse la armada sin daño alguno al puerto de Galípoli pero Barbarroja, fiando siempre de la fortuna sus disposiciones (que debía de ir con él a la parte en los sucessos, según la parcialidad con que los lograva), conociendo que tenía muchos enemigos en Constantinopla, antevió que encerrarse en el puerto de la Prebesa era abrir una puerta más por donde pudiesse entrar la malignidad a robarle la reputación, achacando a cobardía lo que pudiera ser magisterio (circunstancia bastante para el descrédito, como para quitarle el puesto). Y assí, resolvió salir del golfo con ciento y cinquenta galeras, fustas y otros leños de más alto borde para reconocer la armada christiana, que navegava las riberas de Santa Maura. Y aviéndose descubierto la turquesca, la puso las proas, cambiándose por esta razón la formación antecedente, quedando el general Capelo de banguardia que, animando los suyos, se abançó generosamente a los enemigos, a quienes con el disparo de la artillería hizo retroceder y dar bastantes muestras de que intentavan recobrar la boca del golfo.

[1539] Y viendo que se retiraban en desmandada confusión, los siguió el Doria con su esquadra y quando toda la armada creía que era con ánimo de disputarles la boca del puerto para atravesarles la entrada y dexarlos circunvalados y oprimidos, apenas se vio cerca de los infieles quando, con impensada resolución, mandó tocar a retirar, embiando orden a los leños confederados para que le siguiessen, reduziéndose con escandalosa maravilla de todos a capo Ducato, en la isla de Santa Maura.

Este frangente motivó el descrédito del general, añadiendo materia al fuego de su desestimación en el universal sentir de todos, que le copiavan el torpe exceso en la lámina de la memoria para que se viessen retratados su ajamiento y su cobardía, siendo contra su punto también aver tenido el viento en su favor como ser sus embarcaciones más ligeras que las enemigas, por cuya razón se desvaneció una victoria que se tenía por segura en la opresión de la armada enemiga, o mucha parte de ella. Dezían algunos que como se sustentava con la guerra, no la quería terminada porque no le faltasse el alimento. Renováronse intempestivos consejos (después de aver dexado huir de las manos tan buena ocasión), que deliberaron en veinte y ocho de septiembre salir a buscar con más razón que antes la armada turquesca que avían abandonado antes. El viento, no menos inconstante que las opiniones, se mudó también dexando a las galeras la lenta obligación de los remolcos, con que tuvieron tiempo los enemigos de salir del golfo y formarse en alta mar acalorados del barlovento.

El Doria representó entonces quán arriesgada era la batalla, por no saber a qué parte permitiría sus favores la fortuna en el empeño, pues si se perdía, era preciso que los Estados quedassen expuestos al arbitrio de los othomanos. Pero oponiéndose a este sentir, el general pontificio y el veneciano (prometiéndose cierta la victoria de las ventajas con que obravan en el mar los christianos) representavan que el logro de los sucessos consistía en dar principio al empeño, porque los fines están siempre reservados a Dios, que sabía disponer las materias para honra y gloria de su santa fe, a que replicó el Doria (con frívolas palabras) si se tiene creído que sucederá en essa forma, acerquémonos con buena voluntad a poner las manos en la obra, y se comprehendía en el semblante que iba a la batalla como la tortuga al encanto.

Las dos armadas atendían con solicitud al logro de las ventajas exprimiendo en la náutica la mayor vigilancia para conseguir el barlovento (que es el árbitro que pone las leyes en los trances navales), en cuya prosecución viró la christiana a la parte de tierra para mejorarse, conociendo la aplicación enemiga que atendía a mantenerse superior. Y aviendo calmado el viento,

procurava el Doria que no cessasse la operación del remolco de las naves gruesas que se disponía con descomodidad y tardança, si bien los dos galeones venecianos de Alexandro Bondumiero y Nicolás Tribijano imprimieron en las galeras sutiles enemigas considerable destroço.

Barbarroja, empeñado con la observación de las ventajas que le avían sacado de su lugar con el favor del tiempo y con el ayre (que avía abandonado los navíos christianos), montó el cabo de Santa Maura a fin de escusar el choque con las navegaciones gruesas y atacar a las menos fuertes por un costado, en caso que diessen lugar para ello los leños christianos (que no se apartavan de las galeras en conformidad de la orden del Doria), moviéndose siempre con importuna tardança y con dañosa melencolía, de cuya lenta demostración nació el pronosticar algunos de los más prácticos que, deseando el general satisfacer solo con la apariencia, no se encendería la batalla y, en sustancia, quedarían todos en paz.

La armada infiel, dividida en tres esquadras en forma de medias lunas, fiava el extremo derecho a Trabac y el izquierdo a Salech (cosarios de buena opinión), navegando Barbarroja en el cuerpo de la batalla, manteniendo el barlovento, como dueño absoluto o de buscar el suceso en el trance con la ventaja o de escusar el empeño para su seguridad. El general veneciano recorría en una fragata sus embarcaciones alentando a la gente y, acercándose a la galera del Doria, le dixo: *Señor, no retardemos más la gloria a las armas christianas quando los infieles, prevenidos del temor de su ruyna, procuran divertirla con la fuga. Solo esperamos la señal para embestir, que es lo mismo que para vencer, quando se desea pelear con esfuerzo por la religión y por la patria y, más, quando con tanta impaciencia los soldados christianos, ambiciosos de adelantarse en el peligro, fomentan su confiança a vista del horror con que los turcos esperan el suceso. Yo seré el primero que con mi galera empeñe mi vida y mi reputación, despreciando generosamente el mayor peligro. No demos lugar al cosario enemigo para que nos robe la oportunidad segunda vez de oprimirle.*

Estos conceptos con que exprimió su parecer el veneciano en voces claras de los militares y de la chusma, fulminaron con los ecos los oídos del Doria, oyendo distintamente que todos igualmente dezían batalla y victoria. Pero a todas estas circunstancias, sordo, negó el ánimo, atendiendo solamente a desfilar las esquadras por apartarse de la frente del enemigo que, aplicado y atento a la demostración desayrada de la armada católica, deseava (en caso que alguna esquadra de galeras quedasse desabrigada) atacarla para oprimirla, cayendo en esta desgracia dos de las españolas por más tardas en la navegación que, después de aver peleado con el esfuerzo possible y cumplido enteramente

con su obligación, quedaron en esclavitud, logrando el averse salvado las demás con el beneficio del viento que en aquella ocasión sopló favorablemente.

La misma infelicidad corrieron también una pontificia y otra veneciana, gobernadas del abad Bibiena y de Francisco Capelo, quedando los buques llenos de cadáveres en poder de los infieles. Y si la obscuridad de la noche no hubiese guardado las espaldas con la defensa de las sombras a la irresolución christiana, hubiera sido más sangriento y más deplorable el daño. Por este camino, la apariencia de una segura victoria se cambió en una desordenada pérdida que abatió con desconsuelo el altivo corage de los soldados, envileciendo la reputación y las armas. Los turcos, viendo retirados a los christianos en Corfú, passaron a Paxo a desafiar a los cabos de la liga a nueva batalla, pero poco seguros los ánimos de la fe del Doria, teniendo por infeliz su disposición, desmayaron la constancia en los más generosos disignios. Y los turcos, viendo adelantados los rigores de la estación, se retiraron a los quarteles de invierno. Túvose por cierto que antes del afronto de las dos armadas, avían salido de la Prevesa dos galeotas othomanas y que la una dio fondo en el puerto de Palermo y la otra, después de averse acercado a la galera del Doria, bolvió a tomar su viage la buelta de la Prevesa. Hízosele cargo al Doria de que antecedentemente hubiese mandado teñir de negro las entenas y palamenta de sus galeras, creyendo fuesse contraseña para que los turcos no las maltratassen, siendo los españoles los que más sospechosos hablaban en su proceder. [1539] Y el marqués de Aguilar, embaxador en Roma, sintió mal de sus acciones en público. Pero el senado, con más cuerdo consejo (no queriendo desluzir el ánimo de un hombre tan acreditado con el emperador), le escribió una carta cortés assegurándole que, sin atender a las esparcidas noticias de la mala intención de algunos, creía que su cautela hubiese tenido por fin seguro el mayor bien del christianismo.

Conocióse en lo exterior del ánimo del Doria considerable pasión, bien que algunos la atribuyeron a verguença o a remordimiento de la conciencia, que le mantenía retirado sin dexarle comunicar. Los generales pontificio y veneciano le exortaron a no dexar passar la campaña sin alguna empresa por no dar más gustoso cebo (con la suspensión) al orgullo de los turcos que, por los antecedentes sucessos, se ostentavan soberviamente desvanecidos. Ajustóse después de algunos debates la expugnación de Castelnobo (fabricado sobre unas colinas a la marina, en la extremidad del golfo), a quien defendía un castillo bien presidado de infieles.

Dieron principio al empeño por mar y por tierra don Ferrante Gonçaga y el general Capelo, en cuyos assaltos (no cessando los estragos de la artillería)

precisados del daño los turcos, abandonando el lugar, se retiraron al castillo. No dexó Barbarroja de intentar el socorro y quando con mayor aliento navegava a la exexución, acometido de prozelosa tormenta, perdió treinta galeras y con las demás, desfracasadas con gran trabajo, logró salvarse en el puerto de la Belona. Son las tempestades armas de Dios, con las cuales suple los defectos de las christianas. Y aviéndose rendido el castillo, quedaron de guarnición los españoles con las banderas de las tres naciones. No dexava el Capelo de passar vigorosas instancias con el Doria (valiéndose del pretexto del fracaso de Barbarroja) y de la ocasión que les ofrecía el tiempo para atacarle en el puerto, mientras por el daño recibido con la pérdida, no estaría capaz para defenderse. Y escusándose de poner en ejecución lo propuesto, intentó don Ferrante Gonçaga con exortaciones repetidas (viéndole apartado de aquel tentativo) reduzirle a que, por lo menos, invernasse en Corfú para atacar improvisamente al enemigo quando pareciesse conveniente. Y no queriendo tampoco venir en este partido, se desunieron las fuerças de los confederados. Y quedando solo en el golfo el Capelo, apresó la tierra de Risano. Después de lo qual, agravado de peligrosa indisposición (assí por las fatigas del cuerpo como por los afanados pensamientos del ánimo), perturbado con los malos sucessos (por defecto de otro) pidió al senado le dispensasse para no continuar en aquella ocupación.

No se descubrían apariencias ventajosas en el christianismo para prosecución de la guerra, y solo sobresalía el desmayado modo de proceder que motivava las quejas de la República diziendo que le sucedía con los coligados lo mismo que a los combinados, que comían juntos y dixerían solos, por cuya razón se avía aplicado a los manejos de la paz. Después de la muerte del príncipe Griti (con el medio de Lorenço, su hijo natural), se pactó con los turcos una tregua de tres meses, después de la qual pasó el mismo Griti a Constantinopla a solicitar la libertad de los encarcelados embaxadores y las treguas generales con participación de Su Santidad, que no desaprobó la resolución.

Passó inmediatamente Pedro Zeno por embaxador extraordinario a la Porta y, por aver muerto en el viage, le sustituyó en la ocupación Tomás Contarini. Y para adelantar las negociaciones del Griti, se oponía la presa de Castelnovo, queriendo los turcos la restitución. Disculpávase el Griti diziendo que no estava en las manos de la República el poderlo hazer, por quanto estava presidiada la plaça de españoles. Y, sin embargo, prorrogaron las treguas hasta veinte de septiembre. Y aunque las aplicaciones del embaxador de Francia se oponían a estos tratados, tuvieron mayor libertad los presos. Hazía la República vivas y continuadas instancias para que el emperador alargasse la possession de Castelnovo para la restitución, pero no se ajustó a ello por justos motivos.

Corrió voz de que Barbarroja se movía con ciento y cinquenta galeras para su recuperación y, aviendo desembarcado en el canal de Cátaro ochenta piezas de artillería e incorporándose por tierra Ulamano sangiacó con muchas tropas de cavallería e infantería, dispusieron el sitio acampándose en tres quarteles.

Faltávanle a la plaça no solo fortificaciones externas, sino también fosos que la preservassen. Y los españoles, con freqüentes salidas, damnificavan con exceso a los enemigos no descuydándose en los demás reparos para la defensa. Y en medio de esta aplicación, ganaron los infieles un torreón en que se hizieron fuertes y para desaloxarlos profundaron los christianos en aquella parte una mina, que no surtió efecto alguno por averse humedecido la pólvora, si bien después rebentó fuera de tiempo con daño de los que le guarneçían. Avían muerto muchos españoles en las defensas y salidas y, aunque sin esperanças de socorro, se mantenían con grande constancia en la oposición. Encerróse el capitán Arco Maceno en el castillo con ochocientos hombres, exemplar que no quiso seguir el capitán Sarmiento, anteponiendo el morir generosamente (a una retirada cobarde para vivir con descrédito) y, con algunas compañías que le siguieron voluntariamente en ajustarse a su opinión, continuava ardientemente en la defensa de la ciudad hasta que, aviendo entrado en ella los infieles a fuerça de armas (no sin gran pérdida de gente), quedó (con los que le obedecían) sactificado de los rigores othomanos en el templo de su obligación. Este exemplar atemorizó de modo a los que se avían retirado al castillo que, con las condiciones de salvar las vidas y la libertad, infamemente le entregaron a los othomanos, pero Barbarroja los aprisionó a todos diziendo que los avía comprado a los genízaros, a quienes pertenecía su libertad, no queriéndolos recibir sino en calidad de esclavos.

Recuperado Castelново, passó la armada a Cátaro, donde intentó su expugnación, pero reconociendo difícil la empresa, cambió la intención del insulto a un cortés cumplimiento escribiendo a Mateo Bembo, su governador, que le avía traído por aquellos parages el esperar un correo que expressaría la voluntad del sultán tocante a las treguas practicadas, pero hasta aora no consentidas. Después de lo qual largando las belas, navegó la buelta de Constantinopla a la vista de Corfú, a quien el comandante regaló con algunos refrescos, a que correspondió con ofertas de interponerse con la Porta para la conclusión de las pazes. Llegó en este tiempo a Constantinopla Tomás Contarini y, aviendo passado a tratar la negociación con Jianus bey, se lamentó de que la República huviesse movido al persiano contra el sultán, como constava de unas cartas que paravan en la Porta, a cuya quexa satisfizo diziendo

que era natural la propia defensa en todos los hombres e irrevocable lo pasado, debiéndose considerar solo lo presente para remediar lo futuro.

Lufti, primer visir, y Mehemed baxá, antes de quererle admitir a la audiencia, atendían con ansia al suceso de Castelnovo. Y llegando favorable el aviso, como deseaban, expressaron que la dificultad que se avía interpuesto para la conclusión de las treguas avía nacido de aver hecho el Griti la proposición general, y que Solimán no quería incluir en ellas al emperador y, si al principio, se hubiera hecho mención solamente de la República, no escusara abraçarlas inmediatamente. Banquetearon en el dibano con ostentación al embajador que, provocado con las preguntas, dixo aver ido a renovar la antigua amistad y a pedir la restitución de las islas del archipiélago, a que respondieron que, si aquel punto era el objeto de su viage, avría gastado inútilmente el tiempo y la aplicación porque era tan grande la confusión de Constantinopla que quando en ella se perdía alguna cosa, no se hallava jamás. Conduxéronle a la audiencia del sultán, que estava recostado en un catre de siesta embutido de perlas y diamantes, con una cubierta de brocado de oro. No quiso dar la mano al embajador, como era costumbre, teniéndola arrimada al pecho, cuya acción dio motivo a los baxaes para que la interpretassen como señal de turbación de ánimo por las guerras antecedentes. Y aviendo hecho su representación, respondió con sucintas razones que lo vería de buena gana y que, por sus ministros, le haría saber la resolución. Y después de aver passado el regalo por las ventanas del sultán, para que lo viesse en el congreso de los baxaes que concurrieron, hizo el embajador memoria de la utilidad de los dominios de todos con los intereses del comercio en el aumento del tráfago, a que respondieron que las provincias del gran señor eran los jardines del mundo. A que replicó el embajador que el negocio era el rocío que los regava y que, sin este beneficio, se quedarían estériles y agostados; a cuya expresión el Lufti replicó que, siendo fecundos por naturaleza y ricos de fuentes manantiales con abundancia, no tenían necesidad para su cultura del fomento de las aguas forasteras. Y que, indignado el sultán por el ajuste de la liga con España, no se apaciguaría con las antiguas capitulaciones si, además de las catorze islas ocupadas en el archipiélago, no le cedían a Nápoles de Romania y a Malbasia; y que esto no lo hazía por avaricia, sino por tener a los christianos en obediencia. A que se opuso el embajador, diziendo que él avía ido a conferir el ajuste de la paz y no a ceder los Estados de la República. Y que primero se perpetuaría la guerra que tal proposición se admitiesse, para cuyo efecto avía mucho oro en los escritorios del tesoro de la República y mucha sangre en sus vassallos para derramar sin escasez. Concluyeron los turcos con dezir que, sin las condiciones

motivadas, no se podía establecer cosa conveniente y que sería mejor que bolviese a noticiar de todo al senado para que, con nuevos poderes, assistiese a las bodas de la hija del sultán y de la circuncisión del príncipe, gozando de las comunes alegrías. Y no queriendo insistir en la permanencia de la réplica porque no se ensanchasse su natural sobervia, despidiéndose de Solimán, bolvió a Venecia.

Vagavan por el senado varios pensamientos, como eran diversos los sugetos de que se componía, assí por las dudas de las disposiciones de los príncipes christianos como por lo espinoso de los manejos en Constantinopla. Llegó a Venecia en este tiempo César Cantelmi, ministro de Francia, que passava a la corte del sultán, de orden de su rey, a efecto (según dixo) de mediar para que se ajustasse la paz entre Solimán y la República, corriendo la voz de nuevo avocamiento entre el César y el francés, cuyas circunstancias parece que franqueavan el passo a nuevas meditaciones y a no seguros discursos. Don Diego Hurtado de Mendoça, embaxador del César, en audiencia pública se dilató en una expresión quexosa (que mencionava conceptos mesurados) sobre los ajustes movidos con el othomano separándose del emperador y que, desembaraçado de los franceses, renovaría la guerra con los turcos con más calor que por lo passado y que la República, en medio de dos potentados armados tan grandes, necessitaria de mantenerse también armada con grandes gastos para su seguridad. Duravan las treguas con Francia, por cuyo respeto no solo le permitió aquel rey al César el passage por sus dominios a Flandes a reparar los movimientos de Gante, sino que le acogió con cariñosas demostraciones y regalo con esplendidez.

Después de aver entrado en la Francia el emperador, se desvelaron varias sombras de rezelos (que hasta entonces reposavan en el blando lecho de una segura confiança) al ruidoso sentir de algunos ministros de aquel país, que pusieron en consulta seria conveniencia de aquel monarca assegurarse del huésped enemigo para acabar de una vez las oposiciones con la familia austriaca y que, aviendo sido el francés prisionero del castellano, también arrestarle con grande urbanidad en París. El joven duque de Orleans, governado de aquella alegre bizzarria opuesta por naturaleza a la mesurada atención de España, llegando por la grupa del cavallo en que estava el César, le dixo jugando: *Vuestra Magestad es mi prisionero*. No le agradó a Carlos la gracia, si bien le despertó para el cuydado, atendiendo reparado si de la demostración fingida se podía rezelar que el rey dibuxasse una copia verdadera de aquel original. Y lo que más movió la aprehensión del César fue que madama de Estamps, gran favorecida del rey, se dexó dezir que no debía su señor perder de vista tan buena coyuntura para

obligar al emperador a que moderase el áspero tratado establecido en Madrid, quando fue su prisionero. Y como noticiado de esta expresión, se aplicó a discurrir el modo seguro para ganar esta dama, sabiendo la grande autoridad que tenían sus consejos en la estimación del rey. Era esta señora quien sacava recado para lavarse las manos los dos monarcas y el César, como sin cuydado, dexó caer del dedo en la vacía un diamante de excesivo valor para templar con la liberalidad el ardor de sus consejos y merecerla algún buen oficio en sus deliberaciones. Y aviéndole recogido la dama, le dixo, queriendo bolvérselo al emperador, que se le avía caído a Su Magestad, y la respondió: *Madama, él ha caído en vuestras manos para bolverse a levantar con mayor estimación.* Y aviéndole recibido con veneración, desvaneció las movidas máximas de su dictamen y fue el más seguro instrumento que labró en el rey y la atención para no dexarse dominar de las sugestiones de aquellos que fomentavan (entre estos monarcas) enturbiar las aguas para reparar en ellas la sed de la ambición, imitando a los elefantes.

Llegaron en este tiempo a Venecia, por embaxadores extraordinarios del César y del christianíssimo, el marqués del Basto, governador de Milán, y el mariscal de Anibau, governador de la Provença, quienes introduzidos en el colegio expressaron (porque el senado quedasse noticiado por modo de comunicación) que los coloquios que passaron entre el castellano y el francés en el passage de Carlos para Flandes tuvieron por único objeto el servicio de la christiandad y las assistencias de la República. Y que la recíproca correspondencia de estos príncipes recargaría el mayor peso en la balança christiana y que, en su nombre, deseavan saber de la República a qué interpressas se inclinava el senado para disponer los aprestos a la igualdad de los disignios. Con casi unos mismos conceptos, el embaxador francés (por medio de un intérprete) asseguró que su rey, sin estorvo alguno, se aplicaría a los intereses de la causa común. El dux, con humano agasajo (según su costumbre), mostró la justa estimación a su presencia diziendo que el senado (aviendo considerado la proposición) respondería según lo que se deliberasse.

Nombráronse dos senadores para penetrar cuál fuese el lugar destinado para la conferencia de los tratados de paz entre las coronas y con qué artículos se avía de concluir, con qué fuerças y en cuánto tiempo se dispondrían los aparatos; a cuyas preguntas respondió el marqués del Basto que la voluntad de los dos reyes, y la segura amistad estrechada con el medio del avocamiento mencionado, apretava con tan estrecho laço la negociación que se tenía por concluida la paz. Y que acerca de las disposiciones de futura guerra con los othomanos, no tenía orden alguna positiva del César que, como otras vezes, se

avía ordenado se podría hazer la guerra ofensiva y defensiva. Y que, para la ofensiva, no estaban las cosas tan prontas. Mas para la defensiva, todo en vigilante disposición sin reusar el llegar a las armas con los enemigos con esperanças de segura victoria, por la próspera unión de los ánimos y por el ardiente vigor de las armas.

[1539] Alargóse también el francés en assegurar que la recíproca benevolencia de estos monarcas abriría seguro camino para lograr grandes sucessos a favor de la christiandad, y que no tenía otra cosa particular que dezir si no es saber la deliberación de la República a daño de los othomanos para que, con el aviso, tomase su rey las medidas a la disposición. La República (de tan obscuras expresiones y de procurar aclarar sus deliberaciones sin la proposición de adecuados socorros) malició que no avía en estos potentados más substancia que una obstentación de incierta paz, y un disignio uniforme de tenerla prompta en el empeño de la guerra con los turcos, inflamándola para la perseverancia animosamente, dándole coraçón para el empeño sin fuerças para la resistencia, avivándola con palabras no acompañadas de efectos.

Confrontavan estos rezelos con los avisos que se adquirían de las Cortes de estos dos príncipes (que se lisongeavan más de lo que se querían), embueltos en las antiguas dissimulaciones y desconfianças no asseguravan alguna buena correspondencia entre los dos que fuesse capaz de aliviar la afligida christiandad. Tomó el senado quinze días de término para responder, meditando con maduro juizio la deliberación antes de resolverla, en cuyo tiempo llegó de buelta de Constantinopla Tomás Contarini, que representó la respuesta y el ánimo de los infieles a la proposición de la paz persuadiendo a la expedición de otro ministro para concluir la. Lamentóse con vivas frases de la opressión de la Albania, de Corfú, del Zante y de la Cefalonia, como de la privación de tantos súbditos aprisionados en dura esclavitud de la pérdida de Nadino, de Vrana y de las catorze islas del archipiélago, representando también el peligro que amenaçava a Nápoles y Malbasia asegurando que, a las robustas fuerças othomanas, no podían hacer oposición las fatigadas resistencias de la República, acaloradas solamente con la dilación de la liga. Estas activas representaciones motivaron a responder a los embaxadores en el tenor siguiente. Que la República recibía con grande estimación y confiança sus negociaciones, assí por la calidad de los ministros como por la gran representación de los potentados, a los quales professava el senado distinta veneración y que no hallavan bastantes palabras con que alabar el alto zelo de Sus Magestades, inclinado a la paz (que era la única restauración que podía alentar el congoxado descaecimiento del enfermo cuerpo de la christiandad y repararle los parasismos causados de las freqüentes

invasiones othomanas para que, convalecido y recobrado enteramente, pueda conservar la salud perdida) que las promesas preñadas de esperanças avían ocasionado con el no llegado parto el desconsuelo común. Que el abandono en que se hallava la República acrecentava su descaecimiento al passo que crecía en los infieles más elevada la soberbia, fundando (sobre la escasa correspondencia de los príncipes christianos) la mayor gloria de sus victorias. A que respondieron los embaxadores, que no creían que la República avría entablado alguna negociación con los turcos sin averla participado a los dos monarcas y sin atender el éxito del avocamiento de París, de donde podían deribarse conseqüencias tan ventajosas al común interés. Replicó el senado aver la República sola sustentado el peso de la guerra por el curso de tantos años, y que las pérdidas que avía tenido la avían perturbado, pero no hecho abandonar el corage, y que los socorros efectivos podrían servir para confirmar esta verdad y hazerle crecer. **[1539]** Pero que, no aviéndole exhibido algún esfuerço proporcionado a la necesidad de la resistencia quando no podía divertir el curso de las armas othomanas con la fuerça, convenía hazerlo con la destreza, sin cerrar los oídos a los tratados, adormeciendo con el encanto tan nociva serpiente.

Creían los venecianos inciertos los fines y oscuros los procedimientos de estos monarcas, por cuya causa, según (su desconfiança) se valía la República de ambiguos conceptos para corresponder a las dudosas proposiciones, no mostrándose agenos de la guerra quando fuese viva, ni despreciando los efectos de la paz quando fuese honesta. Fluctuava el senado entre los opuestos impulsos de los movimientos de alteradas y varias opiniones, siendo el sentir de unos que passasse persona oculta a Constantinopla. Otros proponían un secretario sin emboço y, los más, un público ministro. Y después de averse batallado la materia sin concluirla, se hizo prevención que los negociados secretos se encontravan más aprisa con los inconvenientes y que era más acertado (jugando con cartas descubiertas) despachar público ministro (que fue Albise Badoaro), cuya resolución se comunicó a los embaxadores para que la noticiassen a sus príncipes, participándoles también que la República se hallava sin assistencias suficientes para mantenerse, por lo qual estava resuelta a suspender el ímpetu de las armas othomanas con el antemural de unas treguas generales, retardando por este camino las ruynas de una precisa desolación. Y no aviendo desaprobado Su Santidad y el emperador la deliberación, partió el Badoaro a poner en plática sus comissiones llevando cantidad considerable de dinero para lograr los ajustes. Despreció el sultán todo lo que no fue la cession de Nápoles y Malbasia, despojadas de lo que huviesse dentro, con permission

de abandonar el país los súbditos ofreciendo seguridad de religión y hazienda a los que permaneciesen en la patria.

Este fue el fin desdichado de la liga, de apariencia más que de sustancia, siendo el principal motivo para tan costoso como desayrado ajuste, pues fue preciso ceder estas dos plaças por no aventurarlo todo, sabiendo que la guerra con los turcos es como la peste y que se debe huir de ella para tenerla apartada con toda la humana industria. Y assí, se compró a muy caro precio por una trayción (que la perfidia de pocos malos suele desvanecer el puntual silencio de muchos buenos).

[1540] Nicolás Cabaça y Constantino, secretarios, este del Consejo de Diez y essotro de Pregadi, y Mateo de León, sabio de tierra firme (que tenían la entrada en los consejos secretos), estipendiados del rey de Francia cada año, le participavan lo más recóndito de los tratados, como los grados de la negociación, interviniendo en estos avisos también Agustín de Abondio y Francisco Valerio. Descubrió esta maldad Gerónimo Marteloso (que tenía demasiada llaneza con la muger de Abondio) y, aviéndose introducido en su estudio, encontró algunos papeles del Cabaça que contenían materias de Estado. Y aviéndolos recogido, los exhibió a los cabos del Consejo de Diez que descubrieron la máquina.

El Cabaça, el Abondio y Valerio se refugiaron en casa del embaxador de Francia y, queriendo assegurar de ellos unos ministros de justicia, hallaron resistencia en la casa y, comprehendiendo el senado la circunstancia, ordenó que llevassen artillería para arruynarla en caso de que no entregassen los presos, que alargó el embaxador viendo la demonstración tan adelantada y, desde allí, inmediatamente los llevaron a la horca.

Mafeo Leone y Constantino Cabaça se resguardaron de los rayos de la justicia, el uno a la sombra del laurel de Francia donde, no encontrando apoyo ni protección, abandonado de su patria, privado de la essencia de noble, se vio precisado a sustentar la desayrada vida con la ocupación de maestro de gramática. Llegóse a entender que el rey christianíssimo se avía disgustado por la violencia que se avía executado en la casa de su embaxador y no quiso admitir, en algunos meses, a la audiencia al ministro veneciano hasta que, olvidado el disgusto, en una ocasión preguntó al embaxador que qué sentimiento haría en caso de que se huviesse executado en su habitación semejante violencia. A que respondió con desembaraço (que no disgustó al rey): Señor, si llegassen a mis manos rebeldes de Vuestra Magestad, yo mismo los llevara a la indignación de sus castigos; con que más aplacado le restituyó a la primera confiança.

Los ministros de príncipes que descubren los secretos son ocultos rebeldes y peores que los públicos, porque es más dañosa la traición en aquellos de quienes se tiene entera confianza que en los otros de quienes se vive con zeloso cuidado en la descaecida seguridad. Y así, se debe considerar que el sigilo es el alma de los disignios de los príncipes y, como tal, no se ha de dexar percibir sino por los efectos de la resolución.

Fin del Libro Quinto.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO SEXTO.

[1541] Nunca hacen los turcos un bien sin las esperanças de dar principio a un mal. Y así, terminaron la guerra con los venecianos para encenderla en la Ungría, siendo máxima fundamental no dexar expuestas las milicias a los peligros del ocio, cuyo achaque aumenta en las monarquías, como en los cuerpos humanos, destemplança de humores indigestos que ocasionan las enfermedades. No suelen empeñarse (por documento de su instituto) en un mismo tiempo en más que una guerra quando no es con príncipes de pocas fuerças, que en tal caso glossan el texto a favor de las propias ventajas. Tampoco la hazen dilatada (si la constancia del enemigo no les precisa a ello), por no acrecentarle el corage con el exercicio y porque con el ocio se desmaye el valor, manteniéndose ellos siempre en el trabajo. No rompen con los más distantes enemigos en quanto no han ajustado las diferencias con los confinantes y, quando passan a la Persia, ajustan primero sus intereses en Europa por no dexar por alguna parte descubiertos sus dominios.

Abançóse Selín Primero en Egypto, como diximos, para destruir los soldanes, precediendo antes embiar embaxadores a Ungría y a Venecia para la seguridad de aquellos confines. Y si su guerra es capaz de temerse, su política no es para despreciarse. La pacífica postura de los negocios de Ungría descompuso la muerte del rey Juan Zapullano y, como era disgusto para Ferdinando empuñar un medio cetro con la mitad de un reyno, movido de los úngaros, intentó señorear la otra porción quando parece se lo permitía la falta de competidor, para cuyo efecto embió dos embaxadores. Uno a la Porta, que fue Gerónimo Lasqui (que aviendo abandonado el partido del rey Juan, seguía las banderas de Ferdinando), con cantidades considerables de dinero para negociar y saber la intención de los turcos y su disposición en lo que tocava a la viuda y el pupilo. El otro, que fue el conde de Solm, a dicha viuda para que la persuadiesse a poner en execución el contrato ajustado con el rey, su marido, estando prompto Ferdinando a cumplir con su hijo las concertadas promessas, a que respondió que avía comunicado esta materia con el rey de Polonia, su hermano, y que aguardava su consejo para tomar el temperamento más proporcionado en materia de tanta conseqüencia. [1541] Pero lo más verdadero es que atendía a la respuesta de Solimán, a quien avía participado la muerte del marido y la necessidad que tenía el pupilo de la protección de su tutor como heredero de las obligaciones del padre. Los ministros de Ferdinando descubrieron en la Corte othomana que los sátrapas del divano no avían aprobado la antecedente puntualidad de su monarca discurriendo que, con la sangre de sus vassallos, se avía regado el terreno de la Ungría, en quien aún no avía empeçado a nacer más que palmas verdes de esperanças, sin la possession de algún fruto. Y que, aviendo sudado tanto en cultivar aquel reyno a favor del difunto rey, no avían producido aquellas fatigas efectiva cosecha para la Turquía. Y que era conveniente socorrer, pero también ocupar, protexer, pero expugnar y poseer para no restituir según los fundamentales institutos de la monarquía. Por esta razón, como por aver buelto casaca el Lasqui, fue mal recibido y peor tratado y, porque le dexassen salir de la cárcel donde le tuvieron los turcos, reveló a la Porta los manejos secretos de los dos reyes úngaros en la última paz, saliendo de Constantinopla sin exprimir algún jugo en su pretensión, cargado de desayradas y amenaçantes respuestas. El nuevo visir se dexó dezir que, si el rey Juan avía capitulado con Ferdinando estrechos vínculos de amistad y correspondencia, sabría cortar con el azero los nudos de los ajustes en los contratos dissonantes a su arbitrio. La reyna, por el contrario, recibió el ministro de Ferdinando con grande humanidad, a quien respondió que, empeñado el sultán en la protección de aquella casa, sabría sustentar con la fuerça de los

interesses de su hijo y reestablecerle en el reyno. En la respuesta comprehendió Ferdinando que, solo en apariencia, atendía a los consejos del rey de Polonia y, en sustancia, al amparo de Solimán, cuya novedad puso en la noticia del emperador que le assistió con algunos socorros, pero no los bastantes para remediar la necesidad. Y, sin embargo, intentó con las armas hazerla desamparar la Ungría y, juntando las tropas y encargando su gobierno a Rojendorf, después de aver rendido a Vicegrado y a Vacía, puso sitio a Buda. Y Solimán dio orden a Mehemed que, adelantando las marchas, socorriese la plaça a todo trance, aviendo tenido modo de prevenir a los sitiados que atacassen las líneas de circunvalación al mismo tiempo que él intentasse romper las de los aproches. Puso Rojendorf su ejército en batalla para recibir al enemigo, dexando guarnecidas las líneas y, declarándose la fortuna por los infieles, perdió veinte mil hombres y, abandonando el sitio, murió poco después de una herida.

Passó luego Solimán a la Ungría con formidable armada y, acampándose a la frente de Buda, embió a cumplimentar a la reyna de su parte y de la de sus hijos Selín y Baiaceto, que le iban assistiendo, poniendo en su noticia que tenía deseo de ver el pupilo, que mandó llevar su madre a la tienda del sultán con grande ostentación, acompañado de los principales magnates del reyno. A quienes mandó banquetear sumptuosamente, remitiendo después a su madre el hijo acompañado de muchos oficiales del ejército (con el pretexto de cortejo honroso y de curiosidad de ver la ciudad) y, aviendo entrado a la desfilada, ocuparon la puerta y los más principales puestos apoderándose, por último, de la plaça. Este fue el fruto que percibió Solimán de la tutela, sin la çoçobra de que las tempestades del tiempo se le maltratasse antes de madurar. Consultávanle sus ministros que, embiando a la reyna a Polonia, truxesse el niño a Constantinopla para educarlo en la ley de Mahoma, como también el que reduxesse el reyno a provincia del imperio othomano, degollando la nobleza y perdonando a los rústicos para la cultura de los campos, poniendo en los confines gruesos presidios de cavallería para su defensa. Pero no atendió Solimán a la proposición, diziendo que a este cavallo úngaro se avía de domar poniéndole primero un bocado ligero hasta que, acostumbrado al cabeçón, se dexasse después totalmente sujetar.

Hizo rendir las armas, el aga de los genízaros a los christianos, dándoles orden que estuviessen retirados en sus casas hasta asegurarse enteramente de la ciudad, que guarneció de escogidas tropas. La reyna, oprimida con la fuerça de este contratiempo, procuró tolerar con paciencia el accidente, causado de aver tomado para sanar de los parasismos antecedentes un medicamento peor

y más violento que la enfermedad, haziéndola dezir el sultán que, con la demostración executada, quería preservar la ciudad de las invasiones de Ferdinando hasta que fuesse capaz el pupilo de mayor edad para entregársela después. Y assí, destinó a la reyna para el gobierno de la Transilbania y la mandó comboyar de seguras esquadras hasta Lippa, dándole por asistente en el gobierno a fray Jorge Martinusio, obispo de Varadino, tesorero del reyno, tutor también del pupilo por nombramiento del difunto rey, su marido.

Los úngaros banqueteados, conociendo en su arrestación alguna novedad peligrosa, temieron que sus cabeças representassen la última escena de aquella tragedia. Pero aviendo la reyna pedido su libertad, la consiguieron y, después de bien presidiada la plaça, dexando los confines asegurados con gruesas tropas de cavallería, dio la buelta Solimán a Constantinopla. [1541] La gran ciudad de Buda, metrópoli de la Ungría, perdió el lustre y la estimación a manos de la tyranía, quedando desamparada de la nobleza que huyó de su violenta dominación, saliendo desterrada la libertad para que triunfasse la servidumbre. Trocáronse los templos en mezquitas y, entre ellos, el de más sobresaliente construcción dedicado a San Gerardo Sagredo, llamado el apóstol de aquel reyno.

Nació este bienaventurado mártyr en la ciudad de Venecia el año de novecientos y ochenta y seis de estirpe noble patricia, cuyo padre se llamó como él y passó a la guerra de Tierra Santa, aviendo dexado al hijo el exemplo de combatir contra los enemigos de la verdadera fe. Fue monge de San Benito en el conspicuo monasterio de San Jorge de Venecia, donde tomó el hábito debaxo de la disciplina de Juan Moresini, exemplaríssimo abad. Y aviendo passado a la misma dignidad de treinta y quatro años, deseoso de merecer el parayso a precio de sudor y de sangre, dexando la ociosidad de los claustros, passó a la Ungría (que en aquel tiempo estava oprimida de los infieles) para reparar con algún fruto el desconsuelo de los christianos. Y, aviéndole admitido con cariñosa ternura San Estevan rey, que con ambición deseava desterrar las nieblas de la idolatría (en que estaban ciegos sus vassallos), por medio de los rayos de las fervorosas luzes de la eloqüencia de este piadoso varón, que desvaneció los obstáculos (para bolver al camino verdadero) combatiendo con las armas de los argumentos en vivas conclusiones, desbaratando y confundiendo muchas vezes a los autores de tan dañosas supersticiones con la persuasión y con los sermones en Varadino, y con la retirada que hizo en el Yermo, llamado Beel, en donde la penitencia le retiró del comercio humano para conseguir con la meditación la gloria. Diole el rey Estevan el obispado de Canadio, pero apartado de toda ambición procuró escusar la dignidad con humildes reconocimientos. Pero a las

instancias del rey, y a las representaciones del fruto que podía lograr en la conversión de aquellos pueblos, admitió resignado el pastoral empleo para conducir por el verdadero camino de la ley de Dios el desmandado rebaño. Y después de aver fabricado un sumptuoso templo (que dedicó a la Virgen santísima), negó la coronación al rey Abá, como tyrano, pronosticándole la muerte al cabo de tres años y también su propio martyrio. Predicó y profetizó la dessolación del reyno de Ungría, y fue tan grande el número de sus milagros en vida, y en muerte, que sería prolixo mencionarlos distintamente. Fabricó en vida el sepulcro, para no olvidarse de la muerte. Sanava los enfermos con darles a comer el propio pan y a oler algunas yervas y flores. Y resolviendo los idólatras poner en ejecución su muerte, le apedrearon, de cuyos golpes se preservó con la señal de la cruz. Y las piedras, menos duras que los coraçones de los delinqüentes, suspendían en el ayre la ejecución del rigor por no ensangrentarse en aquella inocencia.

Arrojaba el santo, en correspondencia de aquella maldad, oraciones al cielo implorando el perdón para sus enemigos, imitando a San Estevan. Era escala segura para subir al Impireo el monte de piedras que acumulavan y servía de enlosarle el camino para llegar más aprisa a la gloria. Y no contentos con tan crudas demostraciones, le precipitaron de un elevado risco al Danubio, atravesado el pecho con una lança, en cuya margen le deshizieron la cabeça con una piedra. Y tolerando el martyrio con no imitada constancia, alabando a Dios con hymnos y misereres, entregó el alma al señor. Quedó la sangre de este santo tan vivamente impressa en la piedra, que las rápidas aguas del río (con averla bañado por espacio de seis años) no tuvieron eficacia para borrarla y, sacándola de aquella parte, la colocaron en el altar de sus reliquias. Fue virgen, mártyr y doctor. Y queriendo los canónigos (por gozar de sus intercessiones) sepultarlo en su iglesia, oprimidos los que llevavan el cuerpo de superior impulso, no pudiendo regirle, se vieron precisados a depositarle en el templo de la Madre de Dios, donde el santo tenía su entierro, de donde salieron fragancias incomparables y, con solo tocar las vestiduras, se apartavan las enfermedades que padecían sus devotos y, de los ciegos, las tinieblas; de las serpientes, el veneno y, de las lenguas de los mudos, las ligaduras torpes de la imposibilidad, dexando libre la pronunciación. Llevaron después su santo cuerpo a Venecia y le colocaron en San Donato de Murano, y un braço en la iglesia de la Santísima Trinidad, aviéndole mandado agregar Clemente Octavo al número de los santos en el registro del catálogo de los mártýres. Y assí los que le martirizaron como todos sus descendientes, si entravan en el templo de Buda, al instante se veían assaltados de agudos y vehementes dolores de vientre acompañados de

excesivos lamentos y movimientos de cuerpo. Y algunas veces los reyes, por ver el milagroso efecto, con algún pretexto los mandaban llamar y, apenas ponían los pies fuera del templo, quando quedaban libres del doloroso tormento.

[1541] Establecidas las treguas entre el César y Francisco Primero (como diximos), bolvíá Antonio Rincón, ministro de Francia, de Constantinopla y, passando por Venecia, dio parte a la República de los grandes aparatos de Solimán para daño del emperador, expressando en audiencia pública de cuánto alivio sería al senado unirse con su rey para ponerse con seguridad debaxo de cubierto, defendido assí de los turcos como de la ambición de los príncipes christianos. Y passando inmediatamente a París, comunicó al Rey sus negociaciones y la disposición del sultán a favor de la Francia y, recibiendo nuevas comisiones pertenecientes a confirmar la correspondencia con la Porta, bolvíá otra vez a Venecia, en compañía de César Fregoso y otros cavalleros, para passar a la Albania con segura navegación.

[1542] Era el Rincón corpulento y pesado, por cuya razón deseava hazer con más descanso el viage embarcándose en el Po. Y el Fregoso y su comitiva, que le comboyaban de orden del rey, quiso disuadirle de ello con el pretexto de que, aunque duravan las treguas con el emperador, podrían los españoles, penetrando que su negociación se encaminava a mover las armas othomanas contra ellos, atravesar su disignio con alguna demostración y que sería más seguro passar las montañas de los Grisones, parages menos expuestos a los insultos de malhechores y que, assí, se escusavan los rezelos de alguna casualidad. Y negándose a la cautela del Fregoso, se expuso (según dize este autor apassionado de franceses) a que los españoles atacassen la barca en que iba (en la boca del Tessín) y, aviendo entrado en ella, degollaron a Rincón, a Fregoso y al capitán Boniforte, salvándose solamente el conde Camilo de Sessa.

La segunda barca en que iban los despachos (en quanto executaron el delito los agressedores) tuvo tiempo de asegurarse en la opuesta margen y, atravesando bosques, llegó la gente a Placencia, donde contaron el accidente. Echavan la culpa de este atentado a Alfonso de Basto, governador de Milán, vituperando la deliberación como motivo que perturbava las treguas violando la fee pública en persona constituida en dignidad, cuyo carácter debía preservarle de qualquiera accidente. Si bien no dexó Alfonso de hazer diligencias que desmintiessen la imputación, justificando enteramente su inocencia en tan mal nacidas sospechas. No se puede expresar bastantemente el sentimiento con que se quexava el christianíssimo, universalmente exagerando la ofensa que avía padecido su ministro debaxo del seguro de la paz,

y que no nacía la insidia de malignidad de ministros quando ninguno se atrevería (sin orden superior) a poner en execución tal crueldad. Por lo qual deliberó (en vengança de lo sucedido) estrechar más tenazmente la dissenada correspondencia con Solimán, para cuyo efecto despachó a Antonio Polino a la Porta, que passó también a Venecia, donde mencionó la indignación del rey y la causa de su sentimiento, ofreciendo sus buenos officios con la Porta a favor de la República, de quien consiguió una galera que le transportó a Dalmacia. Y passando a Buda, encontrando a Solimán de buelta de Ungría, se incorporó con su Corte hasta llegar a Constantinopla. Y aviendo comprehendido que los turcos son como las aves de cebo, que se atraen con el manjar, hizo grandes regalos al sultán, a las sultanas y a los principales ministros.

Lamentava con frases ardientes el Polino la fatalidad del Rincón, expressando que la crueldad avía roto con particular violencia los más fuertes tratados de las treguas y quebrantado los mayores vínculos de amistad y parentesco con el César, cuyas ardientes y vivas solicitudes officiosamente derramaron en el ánimo de Solimán odiosos deseos de armar contra Carlos Quinto, admitiendo la oferta de alianza en la unión de las armas y abrigo de puertos, siempre que Barbarroja llegasse con la armada a la Provença. Y porque Janus bey estava destinado para passar a Venecia a confirmar la paz, intentó el Polino persuadir a la Porta que la más essencial comission era que procurasse atraer a su partido con la negociación a la República.

[1542] Llegó Janus bey a Venecia y propuso al senado las órdenes que llevaba de su monarca, que consistían en combidarle a la unión con la Francia assegurando que, por este camino, la inteligencia con Solimán (poderosísimo príncipe) se conservaría inmutable. A que se respondió la grande estimación que hazía de la amistad del rey, que cultivaría la República con términos distintos de observancia y estimación, pero no tales que pudiesen conduzirla a declarada guerra con el emperador, con quien professava inseparable amistad.

Aviendo buuelto Polino a Francia con solícito viage, encontrando al rey en Fontanablo, le participó la unión de las armadas y que la othomana se disponía a toda prisa para salir con Barbarroja a navegar, con deseo de que las promessas de los turcos no dissonassen de los efectos. Y sin detenerse, bolvió a Constantinopla a proseguir las negociaciones en compañía de monseñor Pellicerio, ministro ordinario. Y aviendo hecho tránsito por Venecia y solicitado audiencia, entrando en el Colegio, reduxeron su representación a la expresión siguiente: *Que zeloso el christianíssimo del bien común de la religión católica, por ajustar la tregua y dar satisfacción al pontífice, avía suspendido la carrera en medio del curso de sus progressos, y que avía recibido al César en su reyno y permitido que le atravesasse en el passage*

que hacía a Flandes para sujetar a los ganteses. Que le avía cortejado con términos corteses y atentos de honor y amistad, aunque en semejante lance otro qualquiera menos dotado de moderación y generosidad que el rey Francisco (combidado de la ocasión) huviera dado a la razón de Estado lo que podía quitar a la galantería, siendo assí que no precisan las leyes de los hombres a que corran igualmente con ellas las de los monarcas y, más, siendo tan distintos los duelos. Que lo que en los primeros fuera delito de conseqüencia, en los segundos fuera virtud política de una sólida razón de Estado. Que, violando el sagrado del templo de la inmunidad de las treguas, avía perecido el ministro y sus compañeros a las manos de la amistad y de la confianza. Y que la ambición sin límite de este príncipe, le conduxo a satisfacer (en el corazón de la Francia) la militar avaricia, permitiendo a los soldados las plaças y las haciendas de sus vassallos, no aviendo quedado essenta la Toscana de sus armas y, alentando entre los de Sena las desuniones, los reduxo a la servidumbre. Que la república de Luca con anual tributo se avía negociado la libertad. Que los opulentos reynos de Nápoles y Sicilia estaban reduzidos a la extrema necesidad con política cuydadosa para que, enflaquecidos de fuerças, tolerassen con más paciencia el pesado yugo de su autoridad y que, con semejantes artes, avía empeñado a la República en la guerra turquesca por lo passado y en la liga artificiosamente aparente, en sus efectos inútil, con ánimo de enflaquecerla para oprimirla después. Que el rey Francisco deseava su mayor exaltación para tenerla por compañera en las glorias y que la ofrecía ampliación de Estados. Y que aviendo ya declarado la guerra a tan ambicioso enemigo, deseava que la República se inclinasse (como antigua confederada con la Francia) a ser partícipe de las victorias y tomasse la mejor porción de las conquistas. Que el rey se hallava con abundancia de internas armas y de externas correspondencias, con sobra de dinero y de veteranas milicias. Que las armas marítimas de Solimán (provocado de frescas injurias) estaban resueltas a unirse con las francesas lises y que las terrestres, en el mismo tiempo, atormentarían la Ungría con consonancia de expresiones que avía insinuado Janus bey de orden del sultán al senado. Que no era para despreciada tan buena ocasión y que, si no admitían la oferta amigable de Solimán, se ostentaría desobligado y que el rey le dava a la República disposiciones amplias para engrandecerse y, por el contrario, el emperador con las passadas aparentes sospechas e inconstantes assistencias, solicitava medios efectivos para enflaquecerla.

Respondió el senado: *Que la amistad constante de la República con la Francia (con antiguo cuydado cultivada) deseava conservarla y aumentarla, como también con el César (para bien de la christiandad) mantener buena correspondencia. Y que aviéndose fatigado tanto en las antecedentes borrascas, no se hallava en estado de salir del puerto, sino de reparar los daños de la nave, que necesitava de dilatado reparo primero que pudiesse entregarse al tormento de la mar y a la inestabilidad de las ondas y los vientos.*

Después de aver recibido la respuesta y, deteniéndose algunos días, pasó el Polino a Arragusa y de allí, con apresuradas jornadas, a Constantinopla, donde creyó hallar prompta la armada para salir a navegar contra el César. Pero los

baxaes le reprehendieron la dilación diziendo que, estando tan abançada la estación, no era tiempo de que la armada se aventurasse a perderse en los mares apartándose de la seguridad del abrigo del puerto. [1542] Lamentábase implacablemente el Polino viendo defraudadas las promessas quando su rey, teniendo seguridad de ellas, se avía empeñado en Flandes con poderoso exército contra el César, pero se manejó en esta materia tan vivamente que, con el medio del capi aga, mayordomo mayor del serrallo y cabo de eunucos blancos, logró audiencia particular de Solimán, de quien consiguió la seguridad de que saldría para la campaña venidera Barbarroja a invadir las marinas del César, dándose la mano recíprocamente con las armas francesas, pero con maravilla de aquellos baxaes viendo a los christianos tan irritados entre sí que solicitavan las armas de la opuesta religión para daño de la propia, haziendo irrisión de tan ciegas venganças.

Hazía vivas instancias el ministro francés para que saliesse la armada y navegasse los mares de Marsella, donde las esquadras cesáreas atendían a damnificar aquel país, a cuya solicitud se oponía Solimán eunuco diziendo que (sin consumir las armas othomanas en defensa de uno de los dos potentados christianos) era más saludable consejo dexar que entre ellos se despedaçassen, haziendo ese sacrificio más a la vengança othomana. [1543] No dexava de ocasionar algunos rezelos a los venecianos la salida de esta armada, por las dudas con que atormentava su desconfiança puesto que, favorecida de la ocasión (no obstante, la paz), podría inclinarse a damnificar sus dominios. Pero no tuvo efecto la oposición del eunuco para divertir la deliberación porque Polino, aviéndose valido de la autoridad de Rustén baxá, yerno de Solimán, acalorando la instancia de su encomendado, puso en la consideración del sultán quán provechoso era este fomento para la Turquía, pues dependían de él las ruynas del César, en cuyo incendio se alimentaría la llama de forma que algún día abrasasse toda la christiandad.

Mandó el sultán banquetear y regalar con ropas y cavallos al Polino, a quien entregaron la respuesta para su rey que, después de la arrogante y dilatada soberbia de sus dictados, contenía las razones siguientes: *A tu pedimento (con fraterna generosidad), he concedido mi poderosa armada a tu ministro Polino abastecida de todo lo necesario, y he ordenado a mi almirante de la mar Ariadeno que reciba tus consejos y execute las interpressas en daño de tus enemigos y obrarás de modo que, después de conseguidas felizmente, buelva la armada a Constantinopla antes que llegue el invierno. Y ten cuydado para que no te engañe tu enemigo, quien no hará la paz contigo si no es después de averte experimentado hábil para hazerle una constante guerra. Dios dé felicidad a los que estiman mi amistad y gozan el favor del alto poder de mi cortadora zimitarra.*

Embarcóse el ministro francés en la armada, que se componía de ciento y diez galeras y quarenta fustas. Y poniendo las proas a Negroponte, passaron de allí a Modón y, navegando el mar Jonio, surcaron el Faro de Mecina desembarcando alguna gente a vista de Rijoles (cuyos habitantes desampararon la ciudad, juzgándola incapaz de defensa). Era don Diego Gaetano, español, gobernador del castillo y, aviéndole embiado a dezir el Polino que deseava hablarle, le dio la respuesta con la boca de una pieza de artillería, cuyas palabras quitaron la vida a tres turcos. Ofensa que los motivó a entrar en la ciudad y poner fuego a las casas y, disponiendo una batería contra el castillo, apenas empezó a hazer alguna operación quando las lágrimas de la muger y los hijos le obligaron a rendir el castillo. Intercedió el Polino por su libertad y la de su familia y, aviendo entrado en él Barbarroja, mandó poner al remo setenta españoles que le guarnecían, como también permitió el saco a los genízaros. Y aviéndole llevado la atención una hija de don Diego (de sobresaliente hermosura), la mandó llevar a su galera y, haziéndola renegar, se casó con ella.

[1543] después de aver saqueado las marinas de la Pulla, passó a la isla de Ponce y, de allí, a Hostia con tanto temor de los habitantes que, abandonando las propias casas, se retiraron a lo más áspero de las montañas. Y aviendo passado el estruendoso ruydo a los oídos de Su Santidad, huviera hecho mayor impresión en su rezelo si las cartas de Polino (dirigidas al cardenal Carpi) no huviesen calmado el movimiento, assegurando que el aver tocado la armada othomana en aquellas costas no era para hazer hostilidad alguna en aquellos dominios, sino passar a incorporarse con la francesa y que asegurasse a todos de que no haría ofensa alguna a los que no fuessen enemigos de su rey, en cuya seguridad podían desechar qualquiera rezelo.

Supo el Polino persuadir de forma a los habitantes de Castel-Neptuno y Hostia que no escusaron abastecer a la armada de todo género de víveres con alto precio, que todo esto lo puede y lo executa la avaricia en los pechos humanos. En Roma no se desterrava el temor, aunque el cardenal legado avía empeñado la palabra y la fee para la seguridad común, pues las mugeres con los hijos se huían a la Sabina y a Tíboli, siguiendo este exemplar las religiosas en abandonar los conventos, y los varones se aplicavan a solicitar milicias con que oponerse al voraz incendio de los rayos de las armas othomanas. Después de aver hecho aguada en el Tíber la armada infiel, prosiguió su viage dando vista a las riberas de la Toscana y de Génova sin hazer extorsión alguna y, de allí, passó a Tolón y a Marsella, en donde Barbarroja halló cortejos de la mayor ostentación. Passó inmediatamente el Polino a noticiar al rey su viage y el arribo de la armada, como a tomar las órdenes para lo que se avía de executar, cuya

deliberación cayó sobre Niza de Provença, sitiándola por mar y por tierra, declarando que aquella plaça avía sido de franceses y que, aviéndola empeñado los reyes antecessores y puesto por obra el quererla rescatar pagando el débito, injustamente los duques de Saboya se avían negado a la restitución de ella faltando enteramente a la fee del contrato, por cuya razón quería ducidir la causa de su justicia con las leyes de la espada y recobrar lo que era suyo. Solimán avía escrito a Barbarroja que se ajustasse a los dictámenes del ministro francés en las empresas, expressando que estrañava que no huviesse llegado a Constantinopla la voz de alguna operación considerable.

Era general de la armada francesa el señor de Anguien, de la sangre real, que se componía de veinte y dos galeras y diez y ocho navíos gruesos, en que se embarcaron ocho mil infantes. Y aviendo salido de Marsella, se incorporó inmediatamente con Barbarroja en el puerto de Villafranca. Sossegó el Polino el ánimo de los ginoveses, rezelosos de aquel armamento, asegurándoles que aquella armada venía destinada a seguir las órdenes de su rey solamente a daño de los de Niza, en caso de que no se entregassen voluntariamente, a cuyos habitantes hizo saber la justificación de su monarca en aquella pretensión y que no esperassen a rendirse tan tarde que llegassen a experimentar la indignación de las armas. A que respondieron que no podían negarse a su obligación, ni faltar a mantener vivamente en sus coraçones el reconocimiento del dominio de Carlos duque de Saboya, su legítimo soberano, sin desluzir la cándida fee con que reverenciavan el alto respecto de su soberanía. Y viendo inútiles las instancias y firmes los ánimos de los de Niza en la defensa, desembaynaron la espada para poner en execución la conquista.

Yaze Niza sobre el costado de un alto monte que da principio a los Alpes en peña dura sylvestre y, deslizándose el rudo terreno, termina su jurisdicción en la ribera del mar. Domínala un castillo fabricado en lo más alto de la cima, comunicándose con la ciudad por un estrecho camino, y defiende igualmente el terreno como las aguas del puerto, debaxo de cuya montaña nace una fuente muy saludable. El antiguo casamuro de la ciudad era poco resistente para preservarse de las violencias enemigas, si bien, por algunas partes la defendían unos bastiones modernos.

Era gobernador del castillo Pablo Simeoni, del ámbito de San Juan, que avía sido esclavo de Barbarroja y, con aliento generoso, animava ardientemente a la resistencia despreciando las arrogantes amenazas de los enemigos y, para mejor defenderse, retiró al castillo el estorvo de toda la gente inútil, cubriendo con la más esforçada los puestos en que se executava gallarda la oposición. Atormentava Polino con la artillería la puerta que mira a Villafranca y la muralla

de parte del norte. El señor de Anguien avía dispuesto una batería cerca de un arroyo, en lo más elevado de una colina, que hazía alguna operación a tiempo que los turcos, con particular presteza, avían perficionado en los ataques sus líneas y conseguido una brecha, por la qual intentaron el assalto, pero rechazados con daño por las ruynas de las murallas, precipitados, abandonaron la resolución aviéndole quitado a un alférez othomano una vandera.

[1543] Barbarroja hizo reforçar aquella batería de cañones de gran munición para que hiziessen más capaz la brecha y, aviéndolo conseguido, arrojó las tropas más escogidas por aquella parte, a cuyo movimiento, amedrantedos los de Niza, empeçaron a conmoveerse alterados, expressando que capitularían con el señor de Anguien y se sujetarían a la obediencia del francés con las mismas condiciones que lo estaban al duque de Saboya. Rezeló el Polino que los turcos, ensangrentados con la ambición y estimulados del deseo del botín, assaltassen a viva fuerça la ciudad faltando a los ajustes de la capitulación, por cuya causa pidió a Barbarroja mandasse reducir a los soldados a la armada para preservarla de este accidente.

Retirados pues los genízaros, viendo burlada su deliberación, amenazaron al Polino. Faltava por conseguir el castillo, a quien pusieron una considerable batería que desmanteló las defensas y la parte de la muralla donde se hazía la centinela, obrando los franceses en todo con ardor valiente. Pero aviéndoles faltado la pólvora, la compraron a Barbarroja, quien sonriéndose les dixo que los turcos no eran tan negligentes como ellos, que se movían sin los aprestos necesarios de guerra, pues les faltavan en el furor de las operaciones, quexándose también de que la interpressa no rendía el fruto del gasto del aparato y que no correspondía a las expresiones que avía mencionado en Constantinopla.

Los batidores enemigos cogieron una carta que traía un propio para el Simeoni, del marqués del Basto, en que le animava a la resistencia hasta su llegada con fuerças considerables, no solo para socorrerle sino para derrotar a los infieles, en cuyas tropas se divulgó la marcha del marqués con desaliento general, al tiempo que sobrevino un tempestuoso torbellino de tan terrible lluvia que abandonaron las líneas de circunvalación y se embarcaron, dexando antes saqueada la ciudad y puesto fuego en muchas partes de ella.

Levantado pues el sitio, navegó Ariadeno la buelta de Marsella y el marqués del Basto sin oposición entró en Niza, honrando mucho a Simeoni, alabándole de honrado cavallero y de valiente soldado. Y aviendo observado la fábrica de las trincheras de los turcos, las consideró fabricadas y abiertas con mayor artificio que las de los christianos. Detúvose Barbarroja poco tiempo en

Marsella, por razón de estar inmediato el invierno y porque avía de bolver a salir a la primavera. Y assí, navegó a Constantinopla a ponerse a los pies de Solimán, dexando orden a Saleco que atormentasse las costas españolas, el qual apresó una galera en el puerto de Palamós y un navío grueso, con que passó la buelta de Argel para salir en la primavera otra vez a unirse con Barbarroja.

En el mismo tiempo Mulease, rey de Túnez, passó a Sicilia para avocarse con el emperador, que avía passado a Génova, a quien instó con súplicas que le socorriese con más fuerças para resistir el partido de Barbarroja, cuyas tropas fortificadas en Constantina, plaça fuerte en el corazón del reyno, se disponían para la conquista. Llevava para regalar al César cavallos, tapetes y otras cosas y, no aviéndole encontrado en Sicilia, passó a Nápoles, donde aquel virrey le hospedó y regaló con magnificencia. Y observando aquel pueblo la novedad del trage y la nación, admiraron las costumbres y lo excessivo del gasto en olores, pues en el adereço de un pavo y dos faysanes se consumieron cien escudos. Y en quanto este rey estava atendiendo con ambición la llegada del César, tuvo noticia de que Amidas, su hijo, se avía revelado y mandado degollar los gobernadores de su mayor confianza, apoderándose de Túnez. Y queriendo (aunque tarde) acudir al remedio de sus arruynados intereses (porque su hijo no solicitasse assistencias de los turcos para hazer oposición a los españoles), resolvió disponer su partida, aviéndole permitido don Pedro de Toledo, virrey de aquel reyno, levas de vandidos en todo el país, destinando para cabo de las tropas a Bautista Lofredo.

Fue causa de esta rebelión Mehemed, hijo de Voamaré, a quien avía hecho castrar Muleasse (en vengança de una competencia amorosa), de cuya crueldad murió. Y quedando dolorido de esta tyranía Mehemed, deseava vengar la muerte del padre. Y tomando por pretexto que Muleasse se avía hecho christiano, juntando los mal contentos, esparció que avía muerto en Nápoles y dispuso con persuasiones y esfuerços que Amidas ocupasse el solio de su padre antes que Mehemed, su hermano (que estava en La Goleta en rehenes en poder de los españoles), se previniesse primero y consiguiesse la silla. Entró Amidas en Túnez y el gobernador le amonestó diziendo que no aviéndose verificado la muerte de su padre, era sinrazón y grave delito despojarle del reyno antes de morir, cuya representación cortó el hilo por entonces al movimiento de su deliberación retirándose, pero con mañosa instancia solicitava con ocultas prácticas en la ciudad su exaltación, como que le admitiesse en el castillo un fulano Pérez que le governava. Y queriendo Amidas lograr la entrada, poniéndole el castellano la mano en la vrida para detenerle, le dio un turco una herida que le quitó la vida. Y entrando Amidas, se apoderó del castillo y poco

después de la ciudad y del reyno. Y violentando el serrallo, escogió las mugeres que más le agradaron, haziendo morir también a los que eran más fieles a su padre como a los que sintieron mal de tan violenta usurpación.

Passaron al África Mulease y Lofredo con las esquadras de los vandidos y, antes de llegar a Túnez, los más fieles allegados de su familia intentaron disuadirle de empeñarse más con tan cortas fuerças, aventurando su persona a los engaños de los árabes y a la incierta fee de los moros. Pero transportado del deseo de recobrar lo perdido, haziendo mayor estimación de lo que cabía en las cortas fuerças de sus tropas, se dexó violentar de infausto destino caminando con su intento. Y aviéndole salido a recibir algunos moros con los filos de las zimitarras puestos en las gargantas (demonstración entre ellos de fidelidad), le juraron militarmente obediencia segura y persuadieron a que se abançasse a Túnez con las vanderas desplegadas, assegurándole que el hijo a su repentina llegada abandonaría la ciudad temiendo el castigo.

Marchava el rey con una esquadra de sus familiares siguiendo el guion, sucediendo la infantería en compuesta ordenança, que obedecía las órdenes de Lofredo. Y aviendo hecho alto a las cisternas, una legua de Túnez (donde antecedentemente avían combatido las tropas del César con las de Barbarroja), le previnieron unos cavallos españoles que algunos árabes estaban, de orden de su hijo, emboscados en los olivares para cortarle, atacándole por la retaguardia. Pero el rey y Lofredo, teniendo por sospechoso qualquiera aviso, despreciaron la noticia abançándose a la puerta del Taraçanal, donde una gruessa tropa de cavallería morisca atacó la esquadra de los criados y, defendiéndose gallardamente Mulease y haziendo considerable daño en los enemigos, recibió una herida en la frente. Y creyendo los suyos que era mortal, infamemente se pusieron en desayrada fuga y, saliendo de los olivares la cavallería emboscada, cogieron en medio a Lofredo, que mandó disparar alguna artillería de campaña. Pero no tuvo lugar más que para la primera carga, porque los bárbaros le estrecharon acometiéndole por todas partes, precisando a los vandidos a dexar las armas para lograr la fuga con menos embaraço, salvándose algunos en pequeñas barcas y otros nadando por la inmediata laguna.

[1543] Lofredo, empeñado con el cavallo en esguaçarla, sin poder vencer la tenacidad del cieno ni recobrase en otra parte, quedó agoniçando con mortales heridas, y Mulease, que en lo más cubierto de la broça de la laguna se avía escondido, tuvo la desgracia de que por el olor le sacassen para asegurarle en la prisión. Murieron en este lance trecientos hombres y mandó Amidas que a su padre le vaciassen la vista, cambiándole a ingratas tinieblas la generosa luz que le avía dado con la animación. No deseava Amidas tener por enemigo al

césar y, así, puso en libertad a los españoles restituyéndoles las vanderas y las armas. Y poniendo en sus manos a Seites, su hijo, en rehenes, se obligó a vivir feudatario, reconociendo el alto dominio del emperador como lo avía hecho su padre Mulease.

Era gobernador de La Goleta Francisco de Tobar, que le admitió a la gracia, en nombre del César, con mañosa doblez porque no se valiese del partido turquesco, creyendo que mal guardaría fidelidad al amigo quien avía sido traydor a su padre. Y hallándose foragido entre los árabes Abdamelek, hermano de Mulease, le hizo conseguir el reyno con la escolta de los árabes. Y en ocasión que avía passado Amidas a Viserta, le introduxo en La Goleta, de donde salió con un batallón de cavallos árabes y passó a Túnez, cubierta la cara a la usança del país para la defensa del polvo con hábito semejante al de Amidas. Y aviendo llegado a la puerta Barbaresca, le recibieron las guardias creyendo ser el rey, burlando su vigilancia la verisimilitud engañosa del astuto disignio que acaloró la maña de algunos fieles amigos suyos, pero reconocido el engaño después de aver entrado en la ciudad, quisieron hazerle oposición y resistirle la obediencia, pero con la muerte de Nanferbalá, renegado siciliano que se oponía más que otros a su disignio, pudo lograr la fortaleza y, sujetando la ciudad, negociar su dominación como también el solio, haziendo el juramento solemne de obediencia al emperador en manos de Francisco de Tobar, pero en breve tiempo murió de una enfermedad, aviéndole pronosticado uno de aquellos agoreros, algunos años antes, que moriría rey.

Este accidente fue motivo para que el governador Tobar resolviesse (temeroso de que Amidas recobrasse el reyno) poner en la silla a Mehemed, su hijo de doze años y el burlado Amidas passó al África a pedir assistencias a Secco, señor de los Gelbes, y el aprisionado ciego Mulease, suplicando al nuevo rey la libertad, se la concedió y, passando a Roma, se humilló a los pies de Su Santidad, pisando poco después las últimas respiraciones de la vida humana la lapide del sepulcro en que le colocó la muerte. Dependía el gobierno de Túnez (por la menor edad del rey) de un triumvirato mal visto de todos, por algunos respetos que movieron en el pueblo la novedad de llamar otra vez a Amidas con tan mañoso silencio que su llegada apenas dio tiempo para que el niño rey se pudiesse salvar entre algunos árabes. Y viendo Francisco de Tobar el accidente, no pudiendo desvanecer el exceso, procuró dissimularlo y sufrirlo.

Pero bolvamos a la Ungría, donde dominada Buda de los othomanos, no pudiendo Ferdinando vencerlos con las armas, hizo nueva experiencia de obligarlos con intereses, para lo qual embió al conde de Solm y a Segismundo Dietresteim por embaxadores a la Porta con regalos sumptuosísimos de alhajas

de plata de sobervia hechura y relojes de diversas suertes y, entre ellos, uno en cuya labor avía apurado el arte la paciencia flemática de los artífices más estimados. Recibió Solimán los preciosos dones y regaló también a los embaxadores, pero con la circunstancia de que, en los que le presentaron, aprendió del reloj el sultán el hazer estimación del tiempo para emplearlo en daño de los christianos, y las primorosas labores de la sutileza de su formación le acrecentaron la ambición de dominar aquellos payses donde se executavan tan perfectas manufacturas. Y en quanto a la representación de su negociado, respondió que la Ungría le pertenecía a él y que, si Ferdinando se la cedía retirándose a los confines del Austria pagándole decente tributo, le concedería la paz y, no haziéndolo, desharía qualquiera ligación que lo embaraçasse.

Despedidos los embaxadores con tan escabrosa respuesta, entraron los turcos en el Austria, en la Morabia y en la Silepsia, donde executaron sangrientas extorsiones hasta que las nieves con bolantes copos de armiños inundaron el país y resfriaron las ardientes operaciones enemigas. Todos los úngaros que fomentaron las victorias turquescas tuvieron infausto fin (que es el justo y acostumbrado premio de las malvadas acciones), muriendo también el Lasqui (autor y ministro infame de la entrada de Solimán en el reyno a favor del rey Juan), no sin claras sospechas de veneno. Recurrió Ferdinando a la dieta de Espira, donde representó el peligro que amenaçava aquellos payses que necessitavan de assistencias para la común defensa, pero el socorro de los príncipes christianos no llegó a tiempo ni a medida de la necesidad, y solo obró lo que la poca agua en la fragua que, en lugar de apagar el fuego, anima más el incendio. Los más cercanos dexaron el peso de la guerra sobre los ombros de los que actualmente toleravan el peligro y, como con la desigualdad de las fuerças no podían mantener la carga, procuravan aliviarla en alguna forma. Y los más distantes (como a quienes no pertenecía precisamente el empeño) le despreciavan con el olvido y, por esta razón, serpenteando el mal, no puede quedar preservada parte alguna de este cuerpo (aunque con robusta salud) en tan comunicable y maligna infección. Y, sin embargo, exprimió Ferdinando alguna sustancia en dinero con que pudo recoger sus tropas, agregándose a ellas los úngaros con quinze mil cavallos que governavan Perenio y el conde Pedro de Esdrino, obedeciendo todo el cuerpo del ejército al marqués de Brandenburg que, tomando los puestos, sitió a Pest. Y hallándola bien defendida de considerable presidio turquesco, después de aver perdido alguna gente, retiró el ejército de aquella empresa.

[1545] El sultán, que entonces habitava en Andrinópolis, hazía grandes movimientos para destruir aquel afrigido reyno, cuyo nublado cayó sobre

Estrigonia, plaça que mandavan Lezcano y Salamanca, españoles, y la presidiavan entre otras dos compañías italianas de las tropas del César y algunas tudescas. Hallábase fuera de la ciudad Pablo, su arzobispo, por razón de averse passado al partido de Ferdinando, cuyo motivo le avía preservado de las acciones rigurosas de Solimán. Ocuparon los turcos la campaña y los puestos más inmediatos a la plaça, donde el acampamento de tan numerosa armada ocasionó en la guarnición algún desconsuelo.

Embió Solimán tres renegados de las tres naciones que presidiavan la plaça y, introduzidos en ella, ofrecieron premios a los que, sin esperar el rigor de la artillería y el ensangrentado empeño de los ataques, se rindiessen más a la clemencia que a las violencias de las armas othomanas, cuyas proposiciones fueron muy mal recibidas. Armaron los turcos diferentes baterías con que atormentavan por todas partes la ciudad que, mal fortificada por la flaqueza de los antiguos casamuros, en fáciles ruynas experimentó el destroço de sus defensas, en cuyos assaltos murieron muchos infieles y el sangiaco de Selimbria. Defendíanse los sitiados de modo que, con los pechos, suplían las arruynadas obras muertas del recinto manteniendo en igual balança su obligación, bien que las apariencias prometían el mejor suceso a las mayores fuerças, que facilitó Crotone, artillero calabrés, passándose a los turcos porque no le pagavan el sueldo que se le debía, cuya execrable maldad aconsejó a los infieles (para facilitar la empresa) que arruynassen con la artillería la torre del Agua, llamada assí porque, con un artificioso instrumento, subministrava al castillo y a otras partes principales de la plaça este elemento tan preciso para mantener el individuo. Encargóse de esta operación Ebraín eunuco, beglerbey de la Natolia y, no hallando disposición en la margen del río para las baterías, se sirvió de una isleta que se levanta en el Danubio enfrente de la torre, en donde también Ulamano acuarteló sus tropas. Y disponiendo lo necesario, empezaron las operaciones de la artillería a hazer considerable daño, como también a experimentar por la parte de tierra la misma obstilidad aquella plaça. Avía una cruz de bronce dorado sobre la cúpula de la torre de la iglesia mayor, cuya resplandeciente insignia servía a vezes de blanco al estudio de la artillería enemiga (en apuestas), sobre quién con más primor executava el golpe en ella. Y finalmente, tropezándola una bala, la precipitó de su asiento, a cuya demonstración levantó la voz Solimán diziendo que Estrigonia estava ya rendida y que la accidental ruyna de la christiana insignia se lo asegurava con agüero feliz. Y lo más verisímil es que a los sitiados les faltó el terreno, el socorro y el corage como a los gobernadores les sobró la gana de assegurar el dinero que avían adquirido en las freqüentes correrías, y las personas con él. Y assí, dieron

principio a las capitulaciones de la rendida, que no aplaudieron los soldados porque aún no estaban las materias reducidas a tal extremo que no se pudiesen mantener mucho más tiempo. Y, por último, salió por la brecha un alférez a dar principio al ajuste, que consistió en que saliessen con la libertad y las vidas solamente en premio de aver entregado la plaça. Y antes de ajustar enteramente la materia, aviéndose entendido en la ciudad la deliberación, abrieron los soldados de la plaça las puertas sin orden a los genízaros, que inmediatamente desarmaron a los españoles. Y mientras les obligavan a rendir las armas, aviéndose quedado una cuerda por inadvertencia sobre un mosquete, se emprendió fuego en otros, cuya casualidad alteró el ánimo de los turcos de modo que, a no embarçarlo Alí baxá, huvieran degollado todo el presidio. Lezcano, que avía puesto su dinero (que era mucho) en los borrenes de las sillas de los cavallos para sacarlo ocultamente, no pudo conseguirlo porque los turcos, aviendo descubierto el secreto, se lo quitaron. Y lamentándose del accidente, le dixo uno de los turcos que, si no quería que se fuesse su dinero, para qué le avía prevenido cavalgaduras para el viage. Y persuadiéndose a que en las demás sillas de los bagages avría más dinero, las reconocieron, aunque sin fruto, no librándose de esta demostración las milicias, a quienes dieron un despojo universal y, desnudas, passaron a Possonia, donde obligaron a los cabos a justificar sus acciones.

[1545] Después de aver entrado Solimán en Estrigonia, mandó sacrificar muchos castrados por las almas de sus abuelos. Y comprehendiendo la importancia de aquel sitio, mandó que se guardasse con gran cuydado la plaça, ya que con tan poco la avían mal defendido los christianos. Entre los turcos, los directores de las interpressas que no son afortunados se gradúan de miserables, y, el que no sabe abatir al enemigo, queda abatido del príncipe. Y por esto, la cobardía (que no tiene aloxamiento entre los othomanos) vive ordinariamente en los payses christianos, en los quales (por no poner en plática la severidad del castigo) no gozan el fruto de la puntualidad y de la obediencia, siendo más eficaz en el hombre el terror de la pena que la esperança del premio. Después de aver asegurado la plaça, rindió successivamente Solimán a Tatá y, de allí, passó a tomar los puestos sobre Alba (plaça ceñida de lagunas cenagosas), cuya planta es triangular, a quien llaman comúnmente el corazón del reyno.

Los cabos del presidio intentaron demoler los arrabales para defenderse mejor, a que se opusieron los ciudadanos gallardamente por tener en ellos sus recreos en las casas de placer y, assí, fabricaron trincheras para recintarlos, con cuya defensa resistieron el primer assalto pero, aviendo Solimán agriamente afeado a los cabos la cobardía, ordenó que degollassen a los que se retirassen de

las brechas sin aver logrado el asalto, cuyo temor les obligó a continuar vigorosamente en la expugnación de las trincheras. Y no correspondiendo la constancia de los sitiados a la ferocidad de los turcos, entraron por las brechas a viva fuerza a pesar de los defensores que, desordenados, muchos se anegaron en el foso de la ciudad y, no pocos, perecieron a los filos de las othomanas cuchillas, cuyo accidente ocasionó tan cobarde desmayo en los ciudadanos que no hubo quien se dispusiese a la defensa, assí por aver muerto los gobernadores como porque los subordinados atendieron más a la confusión y a la discordia que a la defensa de la patria, negociándose con esta oposición una miserable esclavitud. Esta fue la tercera plaça que, con poca pérdida y menos fatiga de los othomanos, cayó en miserable servidumbre para arrastrar la cadena infausta de una infelicidad. A estas conquistas se siguió la correría de los tártaros con desgraciada operación, porque el valor del conde Pedro de Esdrino los rechacó con pérdida de quatro mil, cuyo sucesso por entonces preservó aquella parte de semejantes insultos.

Bolvió Solimán a Constantinopla sediento de mayores victorias, llevando consigo quinientas piezas de artillería, que avía sacado de la Ungría, y muchos arcabuzes de Azolini, de grande estimación en Turquía por raros y no conocidos en aquel tiempo. Y antes que levantasse las tropas para executar la marcha, hizo esparcir por la campaña algunos prisioneros christianos que sirvieron de blanco lastimoso a las flechas de aquellos sangrientos bárbaros y, particularmente, a las de sus dos hijos Selín y Baiaceto para amaestrarlos en la crueldad, recompensando con premios los arpones que herían en las partes más nobles de las cabeças de aquellos miserables. La felicidad de las antecedentes conquistas se originó del empeño del emperador con el francés, de cuya dolencia no convalecerá la christiandad en quanto la aplicación del remedio no siguiere la común sentencia: *Que los contrarios con los contrarios se curan*. Y pues la desunión ha motivado el achaque, nazca la curación de la conformidad para recobrar la salud perdida, a que se junta (según lo apassionado de este autor) que Carlos Quinto no aplicó el genio con la eficacia que debía a la defensa de la Ungría (aunque estuviesse de por medio su hermano), anteponiendo a esta obligación otros respetos de menor conseqüencia, siendo assí que era más justa la defensa de tan grande reyno que no la conquista de Argel en que se perdió tanto y, más, quando se viene a los ojos ser más preciso defender lo propio que conquistar lo ageno, y era de más utilidad defender la Ungría que sujetar el África, cuyas memorias aún no han preservado los ojos de la christiandad de las lágrimas tiernas de aquel sucesso.

Resuelto pues el César a poner por obra esta conquista, pasó a Luca, donde Paulo Tercero, movido de su santo zelo, procuró interponer su autoridad entre el César y el rey francés para enjugar con la paz los continuados vivos manantiales de tantas inflamadas fuentes de sangre en que se anegaban las dos naciones, incapaces de otra curación que la de la amistad y la unión y, más, quando duplicava los accidentes el rezelo de alterar las treguas con el sentimiento disfrazado para que, de su dissimulación, naciesse una lisonja en el rompimiento a los infieles.

El pontífice, viendo al emperador firmemente empeñado en la invasión del África, pidió a Dios que le assistiese y, echándole la bendición, se volvió a Roma. Carlos Quinto tenía dispuesto lo necesario para su empeño, que en los navíos de más porte se embarcasse la infantería que iba obedeciendo las órdenes de Camilo Colona y Agustín Espínola y seis mil alemanes, que mandava el varón de Sisenech, hombre de gran sangre y gobierno. **[1545]** Embarcado Carlos Quinto, se entregó a las aguas con treinta y cinco galeras, ordenando a los navíos que no le perdiessen de vista pero, movido el mar a los impulsos violentos de un tempestuoso uracán, lo que avía sido apacible campaña en promontorios de movidos riscos, tocava con la cima a las estrellas y rugiente león de espuma el golfo en erizadas ondas sacudía la diadema cristalina, defendiendo aquel imperio de la opresión de los leños imperiales con las monstruosas tropas de Neptuno, sin persuadirse a que no era conquista de las aguas lo que solo era passage de los vientos. Pero después de dos días, serenó el ceño la oposición lamiendo las plantas del César, desengañado el coronado bruto de las ondas, rindiendo en apacibles auras suaves porciones lisongeras de vientos frescos que le condujeron al puerto de Bonifacio donde, incorporada la armada, salió poniendo las proas a Ipsitane, donde una labradora presentó al César una ternera con dos cabeças.

En estos parages se unió con el emperador don Ferrante de Gonçaga, que venía de Sicilia con las galeras de aquel reyno y ciento y cinquenta embarcaciones con bastimentos y municiones de todos géneros. Y siguiendo el viage, navegó la buelta de Argel y, a poca distancia, dio vista al Mendoça que, con la armada española bordeando en aquellos parages, esperaba su llegada. Conduzía otros cien leños (de poco porte) en que iba mucha nobleza y considerable cavallería española, don Fernando de Toledo, duque de Alba, cuya alabança solo puede tener aplauso en sus merecimientos, pues no es capaz la exageración humana de darle los colores vivos a la imagen sin desluzir en parte (con el bronco pincel de su rudeza) las líneas ayrosas de su original pureza. Y con dezir que para alabar las acciones de otros se dezía (es un duque de Alba),

parece que sobresale la veneración en superlativo grado en el común sentir. **[1545]** Deseoso pues este héroe de señalarse en esta función en servicio de Dios, de la religión y del rey, como también por vengarse de los infieles, durando en su sentimiento las heridas que dieron a don García, su padre, peleando con ellos, alentó de su parte las acciones para que sobresaliesen en la imitación de sí mismo sus altas obligaciones.

Navegaban estos leños con viento fresco, aunque con gruesas olas resultas de la pasada borrasca, por cuya causa no permitía la gran mareta comodidad al desembarco, que solo se podía conseguir con la descomodidad de mojarse los soldados hasta medio cuerpo, no permitiéndolo el César porque no padeciesen aquella vexación sus vassallos y, particularmente, los españoles, en quienes tenía la mayor confianza. Esta demora, aunque de solos dos días, interrumpió el progreso de la victoria y abrió la entrada a la mayor desventura (que la ocasión es como la rosa, que quien no sabe cogerla en sazón, la encuentra deshojada). Hizo saber el César al gobernador, que era Asanaga renegado, que le convenía entregar la plaza voluntariamente, acordándose que avía sido christiano y nacido en Cerdeña. Y que después de perdonarle el error, atendería a sus recompensas con generosa memoria, a que respondió que no estaba en estado de tomar consejo de sus enemigos y que tenía más dificultad la empresa de lo que creía Su Magestad. Corrió voz en Argel de que una vieja decrepita hechizera (que ya en otra ocasión avía pronosticado el naufragio y la rota de don Diego de Vera y don Hugo de Moncada) avía esparcido por la ciudad que el atrevimiento del emperador (dirigido a la destrucción de Argel) quedaría castigado de los mares y los vientos. Valiase Asanaga de este accidental pronóstico para animar a los suyos con la esperanza de ver executado el suceso, y el más adocenado astrólogo podía adivinar que en una plaza descubierta y sin puertos, y en tiempo dominado de las violencias del invierno, no sería fuera de razón sobrevenir alguna tempestad dañosa en la mar (como suele acaecer en la tierra en el verano, que se lleva tras sí los frutos de la cosecha). Guarnecían la plaza ochocientos soldados de paga, a que se agregaban cinco mil personas capaces de manejar las armas.

Fuera de las murallas, asistían los árabes a cavallo esparcidos por la campaña, alentados y mantenidos de Asanaga con la esperanza del premio y del botín de las esquadras christianas. Ordenó el César al Doria que reconociese la playa de poniente y, no hallando en ella seguridad, dio fondo en la de levante, donde desembarcaron la cargaçon de sesenta galeras para que después transportassen los esquifes lo que traían los navíos de mayor porte y, se executó con tanta presteza, que en pocas horas saltaron en tierra todas las tropas. **[1545]**

Y aviendo refrescado con algún descanso el ejército, se pasó a la muestra general, en cuyas listas se hallaron veinte mil infantes pagados que, divididos en tres trozos bien guarnecidas las frentes de artillería, atendían a descomponer con los disparos a los árabes que, en disciplina veloz y nueva malentendida de los christianos, atacaban y huían y bolvían a embestir para embaraçar la marcha.

Acampóse por último Carlos Quinto a la vista de Argel entre dos arroyos, en cuya distancia se elevava una alta y bien dispuesta colina que, coronada de gruesa artillería, batía las murallas de la plaça y los términos de la campaña. Fue antiguamente Argel la silla del rey Juba, llamada Julia Cesárea. Guarnécenla los costados espesos y ásperos montes y, por la parte que mira al norte, la bañan las aguas de la mar, en cuyas espumas se levanta una pequeña isleta, a quien cubre una fortificación que defiende un seno o puerto no seguro de los vientos cierços, ni capaz de muchas embarcaciones, bien que Barbarroja (como diximos) fabricasse, no con pequeña industria, el muelle. Alárganse las murallas subiendo por la peynadura que haze el terreno con tal diseño que, mirada de lexos, forma una figura de un triángulo recto, en cuya fábrica no ha podido imprimir su voracidad el tiempo para obscurecer la memoria de la grandeza romana. Poco lexos de la playa, se derrama una porción de terreno que se va elevando en proporción hasta igualarse con las adjacentes colinas.

Tenía el emperador esperanças de sujetar la ciudad, dándose la mano con la armada marítima. Aquarteláronse los españoles en lo más erguido de la montaña y los alemanes recintavan las colinas, dexando a los italianos el plan más inmediato a la marina, para que hiziessen frente a la puerta de la ciudad, en quanto desembarcava el residuo de la artillería. Los árabes y los moros, desde las más altas cimas de los riscos, flechavan con todas las suertes de armas arrojadizas a los españoles, que tenían sus quarteles más baxos, siendo un diluvio de dardos y saetas en perpetuo movimiento el que fulminava a la parte donde resplandecía más el fuego con daño considerable. Pero animados del maestre de campo don Álvaro de Sande, treparon los más inaccesibles promontorios y, desbaratando los infieles, se aloxaron y fortificaron en sus mismos quarteles.

Dexóse ver en la campaña la infantería árabe (casi desnuda) con largo cabello, mezclada entre la cavallería, cuya ligereza no desigualava su velocidad y, disparando grande cantidad de flechas, acompañava las operaciones de la cavallería sin atrasarse en la bizarría ni en la ligereza. Manejavan los soldados de a cavallo largas azagayas con tal destreza, que experimentaron considerable daño los nuestros. Y mientras los árabes discurrían la campaña por una y otra parte inquietando nuestros quarteles, o la fortuna o los demonios

desencadenaron del abismo una horrible tempestad que, en diluvios de agua fría inundando la campaña (después de las primeras horas de la noche), anegó toda la confianza del ejército, pues sin formación alguna bagava firmemente la inconstancia entre el horroroso estruendo de los vientos, esperando entre tanta confusión el último parasismo de la ruyna de los días.

Apenas amaneció a la mayor desdicha, quando empezaron a rayar las infelidades las líneas fatales del desconsuelo en el papel de los corazones christianos, para dibuxar en ellos la bárbara canalla los sangrientos excessos de su crueldad, logrando en la infantería italiana el mayor destroço sin pérdida, siguiendo el alcance de los que pretendían salvarse con la fuga hasta el aloxamiento de don Ferrante Gonçaga que, con algunas esquadras menos ofendidas del temporal, pudo resistir la violencia con daño considerable de los infieles. Renovóse (reparado en parte) el esfuerzo de los christianos y, saliendo Asanaga de la plaça con el mayor troço del presidio, acometió a los que cubrían un cuartel (que cedieron a la ferocidad enemiga), pero los cavalleros de Rodas mantuvieron firmemente el puesto rechaçando a los infieles. Eran los bárbaros africanos superiores no solo en número, sino en armas y en el conocimiento del país, por lo qual acometían improvisamente por donde no se esperaba, por ser los parages de condenado terreno no conocidos ni usados de los christianos, y se retiravan por donde parecía más dificultoso.

El César, sin conocer el miedo, con ayroso y grave semblante, assistía a todas partes haziendo el oficio de general y de soldado conmoviendo los ánimos de todos con el espíritu y la conformidad, sin rendirle al accidente el desayrado fruto del desconsuelo, en cuya alteración, desavenida la conformidad con la entereza, bacilava la constancia en los más. Y es cierto que a no fomentar los ánimos de todos el exemplo del César, se llevara arrastrando el desaliento el crédito de las christianas tropas para despeñarle en el abismo de la mayor desestimación. Era fuerte recinto la nobleza que cubría (con las murallas de la asistencia y el foso de la sangre) el magestuoso alcáçar de la persona del César, donde cada corazón christiano era una fortificación externa invencible que defendía, en la campaña de su obligación, todo lo que pertenecía a su respeto. Fatigava otra segunda guerra las náuticas esquadras en la undosa campaña con la encontrada batalla de las aguas y los vientos, en cuyas movidas olas de la sinrazón del tiempo, sensible el pino cruxía, débil la jarcia estallava, fácil el ferro perdía la seguridad del cable; torpes las faenas, solo executavan errores y, en el espantoso caos las destrozadas entenas en desprendidas astillas, batallavan anegadas. Y entre cadáveres troncos, los bejetables fragmentos corrían una fortuna en una misma desgracia. Desquartelados los leños, obedeciendo al

desastre, espesa selva de tablas oprimía las espumas abollando los cristales. Y los que de este peligro conseguían salvarse tocando la deseada tierra, morían anegados en su propia sangre a manos de los infieles. En pocas horas se perdieron en la prozelosa borrasca ciento y quarenta navíos. [1545] Juanetín de Oria encalló con su galera en la playa, y hubiera perecido a la vista de su tío si don Antonio de Aragón no le hubiera socorrido, de orden del César, con algunas compañías italianas, en cuyo accidente también, sin poderlas remediar, se perdieron algunas galeras, salvándose quatro de las que mandava Virgilio Ursino y otras tantas de la religión de San Juan, tres napolitanas y la de Andrea de Oria. No se ha visto espectáculo marítimo más horroroso en la memoria de la antigüedad, ni retratado con los pinceles de la experiencia en las modernas pinturas de las infelidades. Faltaron los víveres para que dominasse enteramente la necesidad y perecieron treientos oficiales de conocida estimación, saliendo herido de un flechaço el duque de Sulmona en un costado.

Retiróse el Doria con la armada a cabo Matafus, quedando precisado el emperador a marchar por tierra con el ejército a pie, mandando degollar primero los cavallos del tren de la artillería y, después, los de guerra para distribuirlos entre los soldados y mantenerse, ya que abundava la leña y el fuego y no avía otro mejor alimento. El día siguiente se dividieron las tropas en tres esquadrones, en cuyos centros se acomodaron los heridos y enfermos. Y marchando en batalla el César, mandó hazer alto dos leguas de Argel en la margen del arroyo Alcaraz, no perdiéndole jamás de vista la solicitud dañosa de las africanas tropas. Y bolviendo a tomar la marcha el ejército, dexando defendido un costado de la marina, guarneció el otro de las más veteranas escogidas esquadras y, sin alterar la disposición, fue prosiguiendo el viage. Suspendió Asanaga la deliberación de atacar a los christianos, temiendo la fortaleza de la formación que llevavan, contentándose con ensangrentar las iras en los cadáveres que ocupavan la campaña.

Llegó Carlos Quinto a la playa, donde esperavan las embarcaciones su arribo menos fatigadas de la agitación de las aguas y los vientos y, al disponer el embarco, se reconoció que no eran bastantes los basos para el transporte de las tropas y que apenas avía forma de salvar la gente, por cuya razón mandó echar a la mar todos los cavallos con grave sufrimiento de los dueños, por la lástima que ocasionava su naufragio. Aún no se avía embarcado la mitad de la gente quando un austral jaloque, conjurado con otros vientos contrarios, renovó otra borrasca no inferior a la primera, en cuyo arriesgado conflicto, desancorando las naves sin esperar las órdenes de los cabos, obedecieron solamente la voluntad de las olas y el precepto de los vientos. No hubo constancia en otra

cosa que en el firme generoso intrépido corazón del César, que se hizo conocer superior con exceso en las mayores adversidades. Murió en esta ocasión Marino Justiniano, embajador de Venecia, que iba asistiendo a Carlos Quinto.

Este desastrado e infeliz contratiempo fue motivo para que los ministros alemanes abriessen en Constantinopla algún camino para manejos de paz. Y después de varios debates con el primer visir (para concluir la materia), pasó Ebraín aga en compañía de un criado de Alberto de Vijs (ministro imperial en Constantinopla) a la presencia del César y tuvo audiencia de Su Magestad, a quien presentó después dos tapetes persianos y dos camellos, escasa recompensa para los grandes y ricos regalos que en esta y otras ocasiones avía recibido la Porta de la magnificencia del César. Notició el aga a Carlos Quinto de que el sultán avía consentido las treguas por término de cinco años. Y las capitulaciones, copiadas del original, fueron las siguientes:

Por la inmensa gracia del excelso Dios y por los milagros del gran profeta Mahoma, decoro de esta y de la otra vida, cuya bendición sea sobre nosotros. Yo que soy el potentísimo emperador de los más poderosos, dador de coronas a los príncipes, sombra de Dios, rayo del sol sobre los dos continentes de Meca y Medina, dominador de la noble Gerusalén, de Constantinopla, de los mares Blanco y Negro, de Romanía, Natolia, Capadocia, Caramania, Armenia mayor, Mesopotamia, Gordiana, Goristana, Atropatena, Alamia, Zuledania, Cayro, Damasco, Aleppo, Arabia, Bagalet, Basará Alem, Cemen, Llanuras de Quirac, de la Berbería y del Zer, Balaquia, Bogdania, silla de Buda, Transilbania y otros infinitos lugares conquistados con la fuerza de nuestras valientes armas. Emperador Solimán sach, hijo del sultán Selín sach, hijo de sultán Baiaceto can, a los que leyeren y escucharen estos nuestros felizes pactos, sea notorio cómo aviendo Ferdinando, rey de Romanos y de los demás lugares adjacentes, despachado a la mi Sublime Porta hombre suyo a pedir mi feliz gracia para conseguir composición, expresando también tener comisión de Carlos, rey de España, su hermano, para pedirme la paz con oferta de desembolsar y pagarme de anual tallón treinta mil estampas de ducados úngaros por conseguir mi clemencia y mi imperial piedad, y que yo les dexé el dominio de la gente christiana en Ungría con los lugares que poseen. Y atendiendo a esta súplica, les concedo mi noble paz por tiempo de cinco años con calidad que todo lo que he conquistado con mi victoriosa zimitarra, así ciudades como castillos hechos provincias, se han de gobernar por la dirección de mis exércitos con todos los términos y confines poseídos de la gente de mi religión. Y que también, en la Berbería, gozen mis súbditos todo aquello que poseen y que no se les haga agravio alguno y que, si acaso se hiziere, se deba castigar severamente el exceso. Que la paz durará (como diximos) en quanto de parte del rey, y de su hermano Carlos, no se executare cosa alguna repugnante a mis gloriosas capitulaciones, a lo qual corresponderán mis exércitos, sin hazer daño alguno a la parte contraria, dexándoles gozar en paz los lugares y territorios que poseen. Y se dará orden que los musulmanos no

naveguen los mares a daño de la parte contraria y, si lo hizieren, serán castigados con severidad resarciendo los daños. Tengan los mercaderes la libertad del comercio conforme a mis antiguos cánones. Y en caso de que alguno de mis vassallos, assí hombres como mugeres, se buyere a los payses christianos comprehendidos en estas treguas, sean inmediatamente restituidos a mi jurisdicción, como también nosotros haremos diligencia de castigar aquellos que, no obedeciendo nuestro mandato, entraren como malhechores en mis bien guardados reynos.

El rey de Francia, con los sinceros amigos dux de Venecia con los de su dominio, estando en amistad con mi Porta (distribuidora de felicidades), serán comprehendidos juntamente con aquellos que tienen amistad en estos mis nobles pactos. Y a Ferdinando se le remitirá su embaxador con su gente y su secretario Boslo, en compañía de Janus Marqués, despachados a mi abundante Porta (que es el apoyo del mundo) después de aver acetado mi feliz composición según mis nobles órdenes y lo que contienen las cosas mencionadas; a los quales pactos, para que tengan entero crédito, se les pondrá el gran sello imperial en la ciudad de Constantinopla, nuestra excelsa habitación, año de novecientos y cinquenta y quatro, a veinte y tres días de la luna de Escaban, que fue el año del honrado Christo de mil y quinientos y quarenta y siete, a siete de octubre.

Estas capitulaciones sirvieron para que se acrecentasse más hinchada la soberbia de los othomanos.

Quatro cosas sucedieron en aquel tiempo en Constantinopla. La primera fue que, aviendo querido los turcos convertir una iglesia en Bursia en mezquita y empeçando a trabajar en ella muchos infieles, sobrevino un temporal repentino de un impetuoso viento tan fuerte que levantava de la tierra los cuerpos humanos, cuyo no prevenido accidente assustó a los turbados turcos de manera que, abandonando la obra, tendidos en la tierra o atados a los árboles, pedían misericordia con actos de más compungida devoción llamando en su favor al falso profeta. El segundo, fue el arribo de un embaxador del rey de Assis de Indias, sultán Aladín Carez, que pedía assistencias para resistir al rey de Portugal, cuyo presente se componía de varios animales, de papagayos de colores extravagantes, de algunos bastones hermosos e inusitados, de bálsamos, gengibres y otras escogidas drogas, de diferentes eunucos y de un esclavo que se sustentava de carne humana. Tuvo audiencia pública y le trataron con gran cortesía, ofreciendo la protección que implorava.

Es la Corte othomana el asylo donde aquellos que piden seguridad hallan opresión. [1546] Fue la tercera un tesoro que se descubrió en Soria, en el distrito de Caramid, en el gobierno de Esquender baxá, con la casualidad de aver caído un buey en un profundo fosso y, aviendo baxado el dueño para intentar sacarle, se hundió en otra parte más profunda, en la qual se descubrió grande cantidad de sultaminos de oro y algunas zimitarras guarnecidas de

piedras preciosas. Quedó el villano confuso con la visión de tanto oro y, participándolo a un turco, y este al baxá con calidad de que le avía de dar su porción, pero el ambicioso Esquender intentó quedarse con todo y, obligando al villano a la fuga, solicitó quitar la vida al compañero. Y aviendo encargado la muerte a unos asesinos y disparándole dos arcabuzas, tuvo la fortuna de salvarse del peligro con la fuga y, pasando a Constantinopla, notició a la Porta de lo sucedido, que embió a dezir a Esquender que no hiziesse más caso del tesoro que de la cabeça y que lo resignasse a la voluntad del sultán antes que se lo quitassen todo, como con efecto lo restituyó. [1547] La quarta fue que, acusados dos turcos de aver abraçado la religión católica, pasando al examen, no lo negaron y, convencidos de la desposición voluntaria, los condenaron a la pena del fuego, que es el común suplicio con que castigan los turcos a los renegados de su falsa secta, como también les dan honores y premios útiles a los que dexan las otras religiones por abraçar la suya. De modo que, encontrando la entrada dulce y la salida amarga, no es maravilla que se ajusten fácilmente a ella los que no son de ella y que, con dificultad, la abandonen los que llegan a professarla.

[1550] La reyna Isabela, en tanto obedeciendo las órdenes del sultán, se hallava ya con fray Jorge (ministro destinado de Solimán) para la dirección del dominio de la Transilvania, cuya provincia fue antiguamente reyno de Dacia, a quien secundan y fertilizan quatro ríos que la hazen hermosamente florida, en cuyas amenas campañas sobresale la abundancia en las cosechas. Recíntanla solamente por los confines inaccesibles montañas, señas con que quiso la naturaleza dar a entender que deseava con esta defensa preservarla de las invasiones estrangeras. Puéblanla nueve ciudades principales. La más fuerte es Varadino y la más rica, por los minerales que tiene, Cibinio. Poblada de lugares y fortalezas y abundante de generosos e infatigables cavallos salvages que, domesticados y dotrinados después, tienen buena salida en el manejo. No le falta nada de todo lo que necessita la preservación de la vida humana. Divídese en tres naciones, que son saxones, sículos y úngaros. La primera es más rica y las otras dos más guerreras. Confina con la Polonia, Balaquia, Moldabia y Ungría, como porción de aquel reyno. Solimán la transformó en principado quando se la consignó a la reyna y al pupilo. En nuestros días, en las ordenanças del reyno (con el medio de las dietas) se elegía el príncipe (que se intitulava de Transilvania, de algunas porciones de la Ungría y conde de Siculi) del cuerpo de la nobleza transilvana, como más precisamente se verá en la serie de las futuras expresiones.

La autoridad de la reyna Isabela en Transilbania no era más que de apariencia, por quanto el arzobispo avía avocado a su autoridad el dominio en todos los interesses, en que procurava administrar justicia y desagrar de las imposiciones al pueblo por conciliarse el aplauso general, en cuya máxima debía de fabricar mayores disignios. Y como si el exercicio de tesorero consistiese en recoger los dineros solo para sí mismo, subministrava con tanta escaseza a la reyna lo que avía menester para el sustento de su persona y familia, que se vio precisada desta sinrazón a dar las queexas a Solimán, que hizo dezir a este prelado que, si no assistía y tratava a la reyna con aquel respeto y puntualidad que era razón, le quitaría el cargo, la provincia y la cabeça.

El primer motivo de la pérdida de Ungría fue un religioso, cuyo exemplar parece que deseava retratar estotro con las vivas colores de su malignidad en el quadro de la Transilbania para que, con artificiosa maestría, se viesse bien imitada la infelicidad. Son los religiosos, retirados en la sossegada reclusión de sus claustros, estrellas fixas resplandecientes del christiano firmamento, como fuera de ellos, vagabundos, se convierten con facilidad en fatales cometas infelizes que anuncian pavorosos e irremediabiles presagios, de cuya constelación no puede librarse la más sabia y bien aplicada prevención de los mortales.

[1550] Después de aver reforçado de gente, municiones y víveres todas las plaças, fray Jorge las encargó a personas de su mayor confiança, sin dexar de las manos esta aplicación y la general cariñosa cortesía con que conquistava los ánimos de toda la provincia (con ánimo de poner en execución, a su tiempo, las deliberaciones de sus discurridas máximas). Y para oponer a la protección que lograva la reyna en Solimán algún obstáculo, estrechó confianças con Ferdinando, avocándose con un ministro suyo, de cuya conferencia salió deliberado que fray Jorge interpondría eficaces oficios con la reyna para que le cediesse enteramente la provincia, pero que convendría que passasse su armada a Transilbania para que, en caso que voluntariamente no lo hiziesse, obrasse la fuerça lo que no avía conseguido la negociación, como también para llegar a esta execución antes que los socorros del sultán (destinados a la defensa de aquella provincia) llegassen a embaraçar el sucesso. Pero rezelosa la reyna, aviendo penetrado el resplandor de estas negociaciones, recurrió al baxá de Buda para assegurar la persona de fray Jorge muerta, o viva, quien sospechoso con el temor de su peligro, y alucinado con alguna noticia, se retiró a la ciudad de Sassabese con quatro mil sículos, poniendo en la noticia de Ferdinando este accidente para que le acalorasse con assistencias quando estava en ánimo de defenderse hasta el último trance.

Mandó la reyna juntar algunas tropas, con las quales se incorporaron siete mil hombres del baxá de Buda, y ocuparon inmediatamente el castillo Albinchio, cuyo presidio era de la devoción de fray Jorge y, de allí, se abançaron sin dilación a sitiar a Canadio. Y fray Jorge, recogiendo sus tropas, ordenó al governador de Varadino que socorriese la plaça. Y aviéndolo puesto en execución, consiguió el socorro desbaratando las tropas de la reyna, en que perecieron dos mil soldados, quedando la ciudad preservada de la opresión del sitio.

No tenía la reyna entera confiança de las assistencias de los turcos porque las avía experimentado insidiosas en los antecedentes empeños, por cuya razón se apaciguó con este religioso y bolvió a ponerle en la gracia de Solimán. Pero cada día más predominado de su ambición, prosiguió en los mismos dictámenes, gobernando sin dependencia, para establecerse en la possession de la Transilvania con tan firmes rayzes que llegó a temer Isabela que aspirava a la usurpación del dominio, por cuyos rezelos se movió a representar a los magnates de la provincia los ambiciosos procedimientos de fray Jorge, a quienes movió para que, reparados y curiosos, atendiesen con segura desconfiança que no eran fuera de razón las quejas y, assí, aquellos varones se ofrecieron a defenderla con las armas.

Prevenido Ferdinando de fray Jorge para que no difiriese más su marcha y se asegurasse de la provincia (porque la dilación podría entibiar el sucesso), ordenó al marqués de San Casano, napolitano, que passasse con las tropas a la Transilvania y se diesse la mano con fray Jorge en persuadir a la reyna que entregasse con renuncia la provincia, recibiendo por vía de recompensa veinte y cinco mil escudos de renta sobre un principado de la Silepsia para su hijo, y ciento y cinquenta mil por lo que pertenecía a su dote. Revalidáronse las promesas ofreciendo a Juana, hija de Ferdinando, a Juan Segismundo, su hijo. Y viéndose la reyna acosada de las mañosas artes de este religioso, y sitiada de las armas de Ferdinando, entregó la corona, el cetro y otras insignias reales a sus ministros, retirándose llorosa, abatida y desconsolada con su hijo a Casobia. **[1550]** Consiguió fray Jorge (en premio de aver engañado a su patrona y de aver sido traydor al pupilo, encomendado a su tutela igualmente con su madre por el rey difunto) el arçobispado de Estrigonia. Y con la interposición del César (después de aver mudado casaca), mudó también el color del sombrero con la púrpura, mas no por esso alteró las costumbres con la mutación del traje y la dignidad, pues vivía cada hora más atormentado de la ambición y no menos codicioso de mandar.

[1551] Ofendido Solimán de la violencia executada con la reyna en la deposición de la Transilbania (no obstante que se hallasse en Persia detenido), hizo poner en las Siete Torres preso a Juan María Malbeci, embaxador de Ferdinando, porque de parte de su rey (con las mencionadas novedades) se huviessen violado las condiciones de las treguas, ordenando a Mehemed baxá que marchasse con poderosas tropas la buelta de Transilbania para restituir, con el fomento de las armas, a la desposeída reyna en el dominio de la provincia. Y aviendo ocupado diversos castillos y la ciudad de Lippa (que rindieron sin defenderse infamemente los christianos que la presidiavan), passó a sitiar a Temisvar, pero estando muy adelantada la estación, y faltándole tiempo para conquistarla, tomó la marcha retirándose a los quarteles de invierno.

Reclutadas en toda forma las tropas de Ferdinando y unidas a las transilbanas (dirigidas del cardenal y el general Castaldo), dispusieron moverse para recuperar a Lippa, en cuya plaça governava Ulamano (que se dispuso a la defensa) rechaçando con grave daño a los agressedores pero, aviéndose disminuido el presidio en las salidas y defensas tanto que de seis mil turcos solo avían quedado trecientos y cinquenta (no comprehendidos en este número los enfermos y los heridos), se vio precisado a capitular la rendida, de cuyas condiciones resultaron encontrados pareceres entre el cardenal y los ministros de Ferdinando, los quales (aviendo penetrado que los sitiados eran pocos y que estaban acosados de la necesidad y que se mantenían de alimentos inmundos) pretendían que Ulamano y sus esquadras no eran capaces de capitulaciones (por aver causado mucho daño en los christianos con tan obstinada defensa) y que debían rendirse a discreción. Y el cardenal no solo defendió vigorosamente lo contrario, sino que subministró a Ulamano y a sus tropas bagages de los propios carros y esquadras que los comboyassen para assegurarles el viage. Imputavan, al cardenal, los austriacos de que avía tenido pláticas con Ulamano en el tiempo que duró el sitio y que, de noche, avía hablado con él algunas vezes con intención de que por su medio le bolviesse a admitir en la gracia Solimán y dispusiesse mantenerle en el principado. Y poniendo estos motivos en la noticia de Ferdinando, le representaron también que jamás gozaría el dominio de la Albania en quieta possession, si no se assegurava de la persona del cardenal, retirándole de aquellos payses.

[1551] Llegó poco después al campo Julio Sanazaro, cavallerizo de Ferdinando, con orden al Castaldo de obrar con el cardenal aquello que pareciesse más ajustado a mantener la possession de la provincia. Y pareciéndole al general que esta respuesta era sentencia definitiva contra los presupestos delitos de que avía dado aviso al rey y que, por ningún caso se

debía diferir la ejecución de su muerte, encargó el empeño a Antoni Ferrari, su secretario, natural de Alexandría, al marqués Palavichino, al cavallero Campegi y a Andrés López. Estaba el cardenal en la ciudad de Sebeso, inmediata al acampamento de las tropas austriacas y, aviendo Andrés López escogido algunos soldados de su compañía, tuvo forma de introducirlos en la ciudad sin reparo alguno, como también al marqués Palavichino con el Campegi y el capitán Escaramuça. Y siempre que el secretario del general entrava en el palacio del cardenal a conferir alguna orden de su amo, le abrían las puertas. Y aviendo llegado aquella mañana a su aposento, le halló arrimado a un bufete en que estava un reloj y un breviario y, previniéndole que el marqués Palavichino (que passava a Viena) quería besarle las manos antes de partir, al tiempo de recibirle le dio el secretario una herida, y el Palavichino otra en la cabeça, que le quitaron la vida.

De estas ejecuciones que se logran en atención a grandes delitos suelen, sin embargo, algunas vezes no gozar de la protección del cielo y, aunque en apariencia se creyó resultaría este suceso en favor de Ferdinando (por avérsele rendido a pactos todas las plaças que poseía el cardenal), se reconoció con el tiempo nociva la resulta, pues salieron expelidas sus armas de aquella provincia y todos los que tuvieron intervención en la muerte de este prelado tuvieron trágico fin, pues el Palavesín murió degollado en Constantinopla, el Ferrari acabó sus días en el suplicio en Alexandría y, al cavallero Campegi, le mató un javalí.

Nació fray Jorge Martinucio en la Croacia, a los confines de la Ungría y Esclavonia, cuyos principios fueron muy flacos en la común estimación y, aviendo conseguido el arrimo de la casa del rey Juan (quando era solamente varón del reyno), se entró después religioso en el convento de San Pablo de la orden de San Benito, cerca de Buda, en cuya recogida y áspera vida se cansaron su ambición y su paciencia, precisándole a que desayradamente abandonasse la clausura por seguir su altivo genio. Y bolviendo a introducirse, siguió la fortuna del rey Juan, acompañándole en la fuga de Polonia como en los demás accidentes y, ocupándole en diferentes manejos, llegó a conseguir el carácter de su consejero. Y aviendo muerto el Griti, a Almerico Cibaco (como diximos) le dio el obispado de Varadino y, manejando los tesoros del rey, buscó nuevos arbitrios para acrecentarlos, hallando modos activos para exprimirlos de la sustancia de los vassallos, haziéndose conocer en sus acciones grave, liberal y resuelto, cuyas circunstancias movieron al rey para nombrarle, unidamente con su muger, por tutor del único hijo, encargado al patrocinio de Solimán. Y dando alguna rienda a sus acciones de tutor, se passó a pisar las líneas de absoluto

borrando las de la modestia, entendiéndose unas veces con Ferdinando y otras veces con Solimán, engañando a la reyna con artificiosas disposiciones. Y aprovechándose de fingidos respetos para manejar su inquieta fortuna, consiguió mover las armas de Ferdinando para desterrar a Isabela de la Transilbania, y las de los turcos para expeler a Ferdinando. La noche antes de su muerte, se levantó un viento tan tempestuoso (que causando una horrible borrasca) arrancó una ventana en su habitación, cuyo estruendo le despertó asustado y, abandonando la cama con turbación, apenas hallava dónde asegurarse en su desconsuelo, siguiéndose a este accidente la circunstancia de (al dezirle missa aquella mañana el capellán) levantar el cáliz y no la hostia, o por falta de memoria o por descuydo, todo lo qual se observó entonces como mal agüero y pronóstico de su fatalidad. **[1551]** Murió en el mismo lugar que avía fabricado su habitación, sobre las ruynas de una abadía demolida por su orden, en donde estuvo algunos días el cuerpo por enterrar. Padeció su ánimo dos passiones que igualmente le tiranizaron el alvedrío en porfiada batalla y, quando en su vida se creyó que tenía mejor partido la ambición de gloria, desengañó este crédito la ostentación de tan grande expolio que declaró la victoria por la avaricia. Halláronse en su gabinete mil setecientos y quarenta y quatro marcos de oro y grande cantidad de úngaros en contante, joyas de infinito valor, plata sin número, alhajas magníficamente espléndidas y trecientos cavallos en las cavallerizas. Otro tesoro, descubrieron unos labradores a las rayzes de un árbol cerca de la plaça de Deba (y según la razón con que los curiosos lo especularon, pareció ser también de fray Jorge), que se componía de cantidad de medallas de oro que, en una parte, tenían algunas la imagen de Lisímaco, rey de Tracia y, en la otra, la efigie de la Victoria. Otras ostentavan la figura de Nino y en otro lado la de Semiramis. Todo se remitió a Ferdinando con una culebra de oro que se halló entre las medallas y, como tantas riquezas avenenan el ánimo en los ambiciosos, pareció puesto en razón que tuviessen por guarda una serpiente.

Julio Tercero, sumo pontífice, por el sacrilegio executado en persona consagrada, mostró aquel sentimiento que requería la calidad del delito descomulgando a Ferdinando, quien representó a Su Santidad no aver dado consentimiento ni tenido parte en el exceso, con cuya disculpa consiguió, aunque con alguna dificultad, la absolución. **[1552]** Fue la muerte de este prelado de más fruto a los turcos que a los christianos, y su mayor pecado fue la ambición que es semejante al pan, que no engendra astío, aunque se come todos los días. Persuádense algunos a que fray Jorge avía instado a la reyna para que cediese la provincia a Ferdinando, sin más intención que librarse de aquel

embaraço para poder después, por sí mismo, negociar el dominio del principado. Pero el golpe mortal no prevenido arruynó intempestivamente el edificio de todas sus altivas máximas, quedando la Transilbania reconociendo el soberano dominio de Ferdinando y obedeciendo a las armas del marqués Castaldo, su general. Los turcos, a quienes sirven las dificultades de espuelas para intentar superarlas, continuando en adelantar sus intereses, se movieron segunda vez con fuerças más robustas y pusieron sitio a Temisvar, nominación que tuvo principio del río Temes, cuyas aguas bañan (desde los confines de la Polonia hasta las extremidades de la Transilbania) las riberas espaciosas y amenas de aquellos contornos. [1552] Tiene esta plaça en su defensa dos castillos que abraçan la muralla circunvalada de profundos fosos de agua. Y no ignorando Mehemed, general de la cavallería de Europa, la dificultad de la empresa, con ochenta mil combatientes se acuarteló a la vista de la plaça en una descubierta y llana campaña (que mira a la parte de mediodía), empeçando las fatigas de la zapa a mover el terreno siguiendo las líneas de los ataques, como también los rigores de la artillería a imprimir en las murallas los rayos de la violencia.

Estava a cargo de Losonçio la defensa de la plaça (cuyo presidio se componía de más de dos mil y quinientos hombres), en quien competían con igualdad las prendas, pues cumplía con la obligación de solícito comandante y de valeroso soldado en las operaciones, pero quando no acompaña el valor de los soldados a la disposición del capitán, son ciertos los malos sucessos. Y assí, la continuación de los disparos destroçó de modo las murallas que en anchurosas brechas ofrecían el passo a los infieles para lograr los assaltos, a que se agregó la poca esperança de socorro, la disminución del presidio y el pavoroso desconsuelo de los soldados, que le obligaron por fuerça a tratar de la rendida a los treinta días de obstilidad, cuyas capitulaciones consistieron en que saliesse el presidio con armas y bagages. Pero los turcos, solo atentos a su infidelidad cruel, sin observar lo capitulado, degollaron a Losonço y a las esquadras que avían salido de la ciudad, cuyo exemplar debía persuadir a los soldados christianos a ser más intrépidos en las defensas y morir combatiendo como leones generosamente sobre las murallas antes que dexarse llevar como ovejas a la carnicería para ser cebo fácil en reparar el hambre de la crueldad othomana. Fue la fama de esta pérdida motivo de la destrucción de Lippa también, porque las tropas que la presidiavan, no hallándose con bastante disposición en las fortificaciones a resistir la gran violencia de los turcos y considerando avían de experimentar el mismo tratamiento que los de Temisvar, demolieron el castillo con algunas minas y, haziendo pedaços la artillería y

poniendo fuego a las municiones, se retiraron y pusieron en salvo. El general Castaldo, aviendo reforçado las tropas con algunas milicias úngaras, puso sitio a Trequel y el baxá de Buda passó a socorrer la plaça con quinze mil cavallos y, separando del grueso los quinientos, los arrojó a que empeñassen a los christianos y procurassen cebarlos con la fuga hasta meterlos en una emboscada, como en efecto se logró con daño de los christianos, quedando prisioneros el marqués de Palavichino y Erasmo Teúfilo, general de la cavallería, a quienes remitieron a Constantinopla donde les cortaron las cabeças.

No se acabaron aquí los malos sucessos de la christiandad porque Mehemed, después de aver desbaratado las tropas del sitio de Trequel, successivamente se acampó sobre Salonoc, plaça de no pequeña consideración bien presidada y abastecida de lo necessario para muchos años, cuya guarnición se componía de españoles, alemanes, boemios y otras naciones. Tomados pues los puestos, embió Mehemed a dezir a los de la plaça con un oficial que la restituyessen al sultán (pues era de su jurisdicción por estar en su territorio) antes que llegassen a experimentar los destroços de las armas, a cuyo recado respondió el governador con ayrosa resolución, por cuya causa se passó a las operaciones de la obstilidad sin que el cañón hiziesse operación que pudiesse poner en desconsuelo a los sitiados, motivo que pronosticava inútiles los esfuerzos de los turcos. Pero como de la misma seguridad suelen nacer los accidentes que la desvanezcan, se movieron los tudescos (acometidos de un temor sin causa y alterados de una cobarde destemplança sediciosa) haziendo dezir al governador, y a los españoles, que estaban con firme resolución de alargár las armas en caso de que no se tratasse de capitular la salida de la plaça. A cuya representación se opusieron ardientemente los demás del presidio, por cuyo respeto abandonaron el recinto de su puesto y, fugitivos, intentaron el embarco (en algunos pequeños esquifes que encontraron en el río) con tanta violencia que, siendo incapaces los vasos de su transporte por la gran cargaçón, se anegaron todos (premio proporcionado a su cobardía) y, reconociendo los turcos mal guarnecidas las murallas, ganaron la plaça sin sangre logrando la victoria sin pelear.

[1552] Intentaron después (aunque sin fruto) la expugnación de la ciudad de Agria, de donde se retiraron con grave pérdida, aunque sin abandonar el deseo los impulsos de nuevas conquistas, alentándoles el apetito la continuada desunión christiana. Embió Ferdinando algunos ministros extraordinarios a Solimán, en cuyos negociados no surtió el efecto que deseava, aunque recibió los regalos como los dioses de la gentilidad, los inciensos por deuda y no por cortesía. Tuvieron a estos ministros (durante la detención) maltratados con

desprecio en una casa condenadas las ventanas, permitiendo solamente una claraboya pequeña para que diese alguna luz a la estancia, en cuya habitación se mantenían más como esclavos que como embaxadores. Perecieron cinco plaças principales de la Ungría, más por abandonadas que por defendidas, pues en la desmayada resistencia se anegó enteramente la constancia de los christianos coraçones por no aver reforçado el zelo para oponer el pecho a las invasiones enemigas, sujetándose a doblar la espalda al peso de una desayrada servidumbre. El incendio de la guerra en la Transilbania (más oculto entre las cenizas de una intermisión que apagado en el olvido de los accidentes) dilató nuevas llamas en el inflamado pecho de la reyna Isabela, arrepentida de la renuncia de la provincia en Ferdinando, pareciéndole aver defraudado en la cessione los intereses de su hijo. [1553] Y no sabiendo ajustarse a vivir sin mandar (violentada de una continua inquietud), deseava recuperar la perdida autoridad con el parecer de Ernesto Escinski, su consejero (que constantemente en los accidentes passados avía seguido la vacilante fortuna de su marido), en que discurrió diziendo: *Señora, el edificio altivo de vuestra casa se huviera venido a tierra, fulminado de las violencias austriacas, a no averle apuntalado la seguridad de los respetos othomanos y Solimán, que restituyó el cetro perdido de la Ungría a vuestro marido, bolverá a poner en la possessión de la provincia a vuestro hijo. Y no aviendo podido conseguir aplacar el cielo con ruegos, no será esta la primera vez que avéis recurrido por auxilios a las furias del infierno para vuestra preservación. Y assí, volved a hazer nueva representación al othomano monarca para que los acalore. La cessione que avéis hecho a Ferdinando (por aver sido violenta) no puede ser durable, ni la renuncia válida mayormente quando vos no podéis, ni tenéis, autoridad para perjudicar la justicia y los intereses de vuestro hijo en la menor edad y, más, quando las leyes de la necesidad (aunque superen) no destruyen las de la razón. Y esta será siempre grande (aún oprimida) como el Coloso que no dexa de ser gigante, aunque le precipiten derribado. Y solamente avéis cedido a la fuerça y no a la conveniencia. Y si os rendisteis, fue porque os faltó el socorro, sitiada de los escandalosos e infames artes de fray Jorge y de las armas de Ferdinando.*

Persuadida de estas expresiones Isabela, despachó a Ernesto a Constantinopla a implorar auxilios de Solimán, que ordenó al moldabo la assistiese. Pero advertidos los generales de Ferdinando de esta resolución, le acometieron y desbarataron sobre la marcha. Era engañoso el zelo del sultán con que protegía las dependencias de Isabela y su casa y, si embiava las armadas a socorrerla con el pretexto de aliviarla y proteger la inocencia, mirava en su ánimo a otro lado la dañada intención y lo hazía para que se alimentasse la discordia entre ella y la casa de Austria, aprovechándose de la ocasión para su mayor seguridad en las conquistas. Engañanse los que piensan que en los

bárbaros falta la política apadrinada de buena razón de Estado y, si no hazen obstentación de ella como los christianos, no es porque la entiendan menos. Poco después despachó un correo a Transilbania, el sultán, a protestar a los varones que si no repudiavan a Ferdinando y colocavan en el dominio a Juan Segismundo, iría en persona a destruirlos y abrasar su patria. Estas amenazas, acompañadas de secretas negociaciones que tenía Isabela con los magnates de la provincia y la natural antipatía entre los alemanes y los úngaros, y el deseo de sujetarse a príncipe de su propia nación y la militar licencia que todo lo destruye, obraron de modo que, en nombre del reyno, embiaron embaxadores a Isabela pidiendo que, con el hijo, bolviesse a la provincia, que la juraría obediencia y fidelidad. Y por facilitar Solimán el intento y divertir las armas alemanas, ordenó a Alí baxá que con cien mil combatientes pusiesse sitio a Ziguet, como se puso en execución (sin fruto por entonces) porque la constancia de los defensores les hizo abandonar la empresa.

Entró la reyna en la provincia y los transilbanos no solo negaron a las tropas de Ferdinando los mantenimientos, sino que las precisaron con universal conmoción a que desamparassen aquel dominio, sin poder impedir los generales el corriente vivo de su resolución con los reparos de la negociación más aplicada. Festejaron a la reyna y a su hijo con la mayor demostración de aplauso y de cariño que se puede imaginar y, con la escolta de los othomanos, consiguió recuperar a Alba Julia, contenta de averla buelto a incorporar en aquel dominio al cabo de quatro años de separada. Pero en medio de los más gustosos consuelos, arrebatada del mundo, murió antes de cumplir quarenta años. Fue señora de capacidad y gran corazón, pues aviendo quedado viuda entre las más borrascosas máximas del reyno y agitada de alterados baybenes de políticas interessadas, siempre firme roca a los embates porfiados de la sinrazón, se mantuvo en la tormenta hasta que, calmadas las iras prozelosas de la oposición, tomando puerto seguro en su misma entereza, asseguró aquella provincia preservada de los passados accidentes.

[1556] Cansado ya Carlos Quinto de la ambiciosa gloria de las armas (después de aver conquistado la estimación y el respeto de todo el mundo), sacudió de su confiança el desvanecido peso de los intereses políticos desta vida y se dispuso contemplativo con las armas de una humilde resignación a fortificar el pecho para la lid más dificultosa, trocando los sangrientos excessos de la guerra por los sangrientos combates de la penitencia, ciñendo el gran corazón que no cabía en los círculos de la tierra al estrecho recinto de una angosta celda. Tenía Carlos comprehendido que el valor se estudia y aumenta en la guerra repassando el volumen de los peligros, familiarizándose con los

riesgos, a cuya causa para pelear con la muerte empeçó a ejercitarse en ella con pequeñas escaramuças, para vencerla después en el día del más arriesgado y mayor combate, cuya consideración le motivó a unirse en estrecha liga con el atahud amigablemente para oír en su compañía las tristes lamentaciones del último tránsito en la vida. Y cediendo el imperio a Ferdinando, su hermano, y los dominios españoles a Felipe Segundo, su hijo, aligerado de aquellas obligaciones, prosiguió desembaraçado el viage para el otro mundo, después de aver reynado felizmente treinta y nueve años y, mucho mejor, después de abandonados los reynos porque se dominó a sí mismo.

Congregados pues los electores en Francfort, adornaron a Ferdinando con la imperial diadema, quien reynó con aplauso de sus vassallos hasta que, agravado de los años y abatido de flaca complexión, declaró por sucesor en la corona a Maximiliano, embiándole a la dieta de Ungría a fin de que en ella recibiese la exaltación. **[1562]** Ordenó el palatino que se estendiessen dos puentes sobre las espaldas cristalinas del Danubio, como atlante transparente que sustentasse el globo de los orbes austriacos, en quanto descansava en el solio con la possession la esperança de tan grande día, que se avía de celebrar a veinte de julio, dedicado a la memoria de San Estevan, primero rey de Ungría. Pero ni Ferdinando ni Maximiliano pudieron concurrir en el día señalado, porque las milicias que governavan diferentes príncipes no estuvieron promptas para la función. Y porque también los úngaros (por la gran cantidad de carros de bagage con que marchan lentamente) tenían embaraçados los tránsitos. Y assí, el último día de agosto compareció Maximiliano assistido de tres mil cavallos y dos mil infantes, y de Ferdinando y Carlos, sus hermanos, y de otros muchos príncipes y varones.

Salieron a recibirle tres mil úngaros adornados soberviamente, obedeciendo las órdenes del conde de Esdrino, siguiéndose inmediately la coronación de Maximiliano y, otro día, la de la reyna María, su muger. **[1562]** En la antecedente coronación del rey Ludovico assistieron seis mil úngaros con notable luzimiento que, aunque tan quotidianamente experimentan las dessoluciones de los infieles, no falta el ánimo antiguo de la nación para celebrar con garvo estas funciones. Y si en esta no se executó con tanto concurso, fue estar rezelosos del movimiento de los turcos, por cuya razón se dio orden en los confines para que no se moviessen las tropas de los quarteles. No se diferencia el traje del de los turcos mas que en los viretones que traen en la cabeça, pues en el resto usan los mismos coturnos y las zimitarras. Marchan a cavallo generosamente, oprimiendo ayrosos brutos bien adereçados, de los quales abundan aquellas campañas. **[1562]** Caminan circunvalados de esquadras

de criados que siguen a pie los cavallos en la Corte y son de poco gasto, pues solo se les da para su alimento a cinco sueldos por persona. Abundan de pan y agua y, si comen mal, duermen mejor, porque sus ordinarias camas consisten en aposentos entarimados de tablas sobre las cuales se arroja gran cantidad de paja menuda, en que se meten desnudos y duermen como las ovejas en el redil.

Tuvo la dieta alguna turbación porque Ferdinando, atendiendo a los instrumentos instipulados con Ladislao, pretendía no ser necessario más que declarar a su hijo por rey y que la forma electiva (según lo acordado) no tenía lugar si no es en caso que faltasse su línea, pero los úngaros mantenían que los pactos ajustados entonces avían padecido alguna violencia por parte de Ladislao, a que avía ayudado la avaricia del palatino de aquel tiempo, a quien corrompieron con dádivas viciando la fee pública, por lo qual no era válido su consentimiento para obligar a esta sujeción lo universal del reyno (que tiene reservado en sí el libre arbitrio de elegir los reyes, para que la elección no quedasse damnificada de ninguna otra autoridad), por cuya razón se decretó el año de mil quatrocientos y noventa y ocho que en la dieta destinada para la creación de rey, no concurriesen embaxadores de príncipes. Y aunque consintieron en que Maximiliano fuesse su rey, quisieron que se eligiesse y no que puramente se declarasse, la qual elección se va continuando en nuestros tiempos, no obstante, los pactos y los instrumentos mencionados. Murió finalmente Ferdinando, emperador, en el año sesenta y uno de su edad. Príncipe de insignes prendas, de admirables y exemplares prerrogativas que adelantó el zelo en desear eximir sus dominios de la sujeción de las injurias othomanas, aunque no tuvo assistencias proporcionadas para la resistencia en tiempo que los turcos no avían profundado tanto las rayzes de su fortaleza en los territorios agenos.

Entre las desgracias christianas, puede mencionarse la antecedente infelicidad de la jornada de los Gelbes para que conozcamos los accidentes en que nos han puesto nuestras culpas, sordas (para la enmienda) a los recuerdos con que Dios nos avisa las fatalidades, como auxilios en prevención de nuestro castigo quando no atendemos a preservarnos del fatal y pavoroso riesgo en una eternidad. Congregáronse en Sicilia con la armada católica las galeras pontificias, españolas, de Florencia y de Malta, cuyo número llegava a cinqüenta y quatro, sin otras muchas embarcaciones menores, y veinte y ocho navíos gruesos, obedeciendo las armas marítimas a Andrea de Oria y las terrestres a Andrea Gonçaga, cuyas disposiciones se dirigían a la conquista de Tripol. Y aviendo fiado las alas al viento los páxaros marinos de las selvas, rompiendo las espumas con las proas, dieron vista a la isla de Malta, de donde se encaminaron a la de

los Gelbes a mediado febrero, en cuya jurisdicción (por muerte de Barbarroja) governava el famoso cosario Dragut que (con seiscientos turcos, tres mil árabes y mucha cavallería morisca) atendía a su defensa.

[1564] Yaze esta isla en el África al embocar del golfo de Tripol, o Caps, a dozientos passos de la Sirte menor, tan vezina a tierra firme que solo un puente las divide. Compónese su giro de siete leguas en quarenta y dos grados del primer meridiano y a treinta y dos de la equinoccial. Poblávanla antiguamente dos ciudades: Meninx y Guerra que, arruynadas de las violencias del tiempo, solo obstantavan promontorios confusos de borrados dibuxos en el papel del terreno donde, al abrigo de una fortaleza (que la corona), se mantienen algunas poblaciones de cortos villages. Es el terreno llano, arenoso e infecundo, aunque produce alguna cebada, dátiles, olivos, higos y ubas, y otro género de fruto llamado lotte, muy suave, nombrado en aquel país lotofane, de quien escriben los antiguos que el que se saciava de aquel fruto se olvidava totalmente de la patria. El comercio con los moros y otras naciones consiste en paños, lanas y passas. Procuravan assegurarla los turcos de las contingencias de los accidentes con la guarnición, pero no bastó para embaraçar que, en tiempo de Carlos Quinto, la pusiesse el virrey de Sicilia en contribución, pero después del successo desgraciado quedó sujeta constantemente al baxá de Tripol.

Reynava (en los coraçones de Dragut y los árabes) ensangrentada oposición que movía continuadas discordias, por lo qual estos solicitavan los socorros christianos y aquel zelava con particular cuydado la parte de la isla cerca del canal, donde estavan dos baxeles armados y dispuestos aún más que para la defensa, para la fuga, en caso de necessidad. Echaron pie a tierra algunos soldados a hazer aguada, pero hizieron sangre sin poder lograr un prisionero que les diesse noticias del estado y disposición de los infieles (necessaria y precisa diligencia para no entrar a ciegas en las deliberaciones y tan estudiada en aquella ocasión de los enemigos, que retiraron toda la gente de la marina porque no tuviessen los christianos ocasión de informarse de lo que deseavan).

En este tiempo, llegaron ocho galeras españolas que avían quedado en Malta a reforçarse de algunas cosas de que tenían necessidad. Y queriendo también tomar agua, perdieron algunos oficiales y soldados y, por último, se supo que se avía embarcado en dos falucas ligeras Uleichali y passado a Constantinopla a noticiar a Solimán los disignios de los christianos. Vientos contrarios tuvieron embargada la armada christiana algunos días en el Seco de Palo (diez y siete leguas de Tripol), donde por poca aplicación de los marineros se rompió la nave capitana imperial, donde también (por lo malsano de aquel temperamento) se introduxeron varias enfermedades en los soldados. Estos

infelizes accidentes obligaron a mudar parecer y, dexando la empresa de Tripol creyéndola espinosa y más difícil, bolvieron nuevamente a poner las proas a los Gelves. Avíase antecedentemente tratado esta empresa con los árabes (enemigos de los turcos, con quienes avía comunicación secreta) y puesto en plática que ocupassen el passage del Puente para impedir que los othomanos socorriessen a los moros, a los quales tenían por inconfidentes.

El maestro de campo don Alonso de Sandi guio el desembarco con algunas pieças de artillería y el príncipe Escheque, foragido y expelido de Tripol (que tenía inteligencia con los christianos), solicitava que abançassen por aquella parte las tropas para ponerle en possession del reyno. Acampóse la armada christiana en tres esquadrones, cuya vanguardia guiavan los cavalleros de Malta y, la batalla, Andrea Gonçaga, compuesta de tres mil italianos, quedando la retaguardia formada de dos mil hombres alemanes y franceses, a quienes cubrían quinientos españoles. Iba cada esquadron bien guarnecido de mangas sueltas de arcabuzeros para que, en ocasión de batalla, pudiesen successivamente socorrerse unas a otras. Abrasávanse los soldados de sed y, deseando reparar la necesidad en algunos poços, los hallaron demolidos y cegados de la prevenida malignidad de los infieles, con que fue preciso, a costa del grande trabajo de los gastadores, limpiarlos para remediar el ahogo. El príncipe Escheque solicitó avocarse con el Gonçaga, asistiendo solamente a la conferencia quatro cavallos por parte, pero no fiándose de la poca fee de los bárbaros, se dilató el avocamiento. Dio orden don Álvaro que no se separasse alguno de su puesto para que, logrando la marcha en buena ordenança, les saliesse infructuoso el disignio a los enemigos, que vivamente atendían la ocasión de verlos desfilados para atacarlos y destruirlos. Fortificáronse los christianos y el príncipe Escheque escribió al general para que recibiesse en su protección a los moros que iban a hazer, en sus manos, pleyto omenage de fidelidad al rey. Y con la consignación de los rehenes, abrieron las puertas del castillo donde, con algunas vanderas españolas, entró el maestro de campo Baraona y poco después el general con Escheque, cabeça de los árabes. Y aviendo tenido algunas conferencias, salió resuelto que convenía assegurar de aquella isla como nido en donde se recogían los cosarios y que, fortificándola y manteniéndose en ella las armas christianas, era de gran consequencia para la seguridad de Sicilia, Cerdeña y Malta, por lo qual Antonio Conté, ingeniero, dissenó las líneas de las fortificaciones, incluyendo en ellas el castillo donde fabricó quatro baluartes, cuyo trabajo se encargó a las quatro naciones para que la zelosa emulacion más brevemente lo estableciesse.

Resonaban los ecos de las estruendosas prevenciones de Solimán en Constantinopla de modo que, aviéndolas escuchado en Malta el gran maestre, despachó faluca a los Gelbes para que los navíos y parte de las galeras de la Religión bolviessen a la isla. En este tiempo, llegó al campo christiano el rey del Carbano a visitar al Gonçaga, entre quienes passaron particulares demostraciones de agassajo y cortesía. Y aviendo, el príncipe Escheque, jurado fidelidad al rey de España en acto público con los más principales árabes que le seguían, se executó la función en esta forma. Arbolaron con la siniestra mano un estandarte y, poniendo la diestra sobre el *Alcorán*, juraron y prometieron pagar cada año seis mil escudos de tributo, quatro avestruces, quatroalcones y un camello. Y el Gonçaga, por conciliarse el aplauso de aquel vulgo, esparció entre los moros diferentes monedas, que recibieron con particular gusto porque se hallavan exhaustos de medios y despojados de las haziendas por la avaricia tyránica de Dragut (que los dominava) y, acabadas estas demostraciones, se resolvió el embarco con gran lentitud e infinita negligencia.

El gran maestre dio aviso a los generales, assegurándoles que a toda diligencia navegavan ochenta y cinco galeras turquescas con orden de socorrer aquella isla a todo trance, de cuya noticia nació el culpar cada uno la pereza antecedente. Y aunque hubo variedad de pareceres en el Consejo, siempre estuvo firme la confusión entre todos y, aviendo passado el Gonçaga a la galera real a avocarse con el Doria, dexó comission a don Álvaro para que aprestasse con solicitud la gente y, conseguido el embarco, se alargassen los leños menores, siguiéndolos los navíos, quedándose una galera bien reforçada, que se llamava la Condesa, para que se incorporasse después con el grueso el duque, quien antes de la execución concurrió con el rey del Carbano para asegurarle en la fee y la palabra ofrecida. Y encomendando a los soldados la defensa del fuerte, se transfirió a la armada donde era mayor el peligro.

Avían, los vientos contrarios, embaraçado la salida de las Secas al Doria, por cuya causa, y por la llegada improvisa del enemigo, tuvo algún lugar en los christianos el temor, anticipando con el rezelo el pronóstico de un mal suceso. Dio orden, el general turco, a Mustafá que passasse a Metelino a tomar lengua de las disposiciones de los christianos y, hallándolos sobre las alas de la partida en confusión desordenada, deliberó atacarlos y, Escipión de Oria, que avía salido con una esquadra de galeras, experimentó en la promptitud del turco el riesgo y, faltándole el tiempo para incorporarse con el grueso y corazón para defenderse, abandonó toda su obligación menos la fuga que executó con tanto desorden que, desmembradas las galeras tomando diferentes rumbos, corrieron, si bien varia infelice fortuna, pues unas quedaron en poder de los turcos y otras

se dexaron llevar adonde el temor las conducía arrojándolos a una desesperación por solicitar la salud.

Juan Andrea de Oria, desconfiando de la real (por pesada y vieja) varó en tierra y, desembarcando en un esquife, se salvó en el fuerte dexando la galera en poder de los forçados que, aviéndola desencallado, se passaron con ella a los enemigos. No se ha representado en la escena de la mar a los ojos humanos espectáculo más trágico e infelice, pues una armada christiana que unida pudiera aver hecho frente a la mayor de los turcos, (por culpa de los cabos) dominada con apremio de un temor injusto y desayrado, se deshizo en un momento desunidamente cobarde y, por huir del peligro, buscavan con precipicio la seguridad en más prompto riesgo. Y persuadidos que consistía la salud en la agitación de la mayor velocidad, ciegamente barluavan unos con otros los leños sirviéndose de rémoras en el conflicto para que los alcançasse más fácilmente el daño.

Siete galeras intentaron salvarse en el canal de los Gelbes, cuya guarnición, sin esperar el arribo a la plaça, se arrojó precipitadamente al agua donde perecieron algunos soldados. Y atendiendo don Álvaro de Sandi a esta desgracia, salió del fuerte con la infantería a socorrer a los que nadando procuravan salvarse en tierra, por quanto los pérfidos alárabes, mudando la fee y la palabra como acostumbran, avían muerto por despojarlos a los christianos que avían caído en sus manos.

El rey del Carbano y el infante de Túnez embiaron orden al príncipe Escheque para que prohibiesse a los moros el hazer daño a los christianos, pero llegó el aviso quando ya estava dispuesto para la fuga de temor de los turcos. Y, sin embargo, prometió que recogería los árabes maamides para defender el partido christiano, advirtiéndole que no se fiassen de los moros porque tenían mal inflamado el ánimo contra ellos. [1564] El fin de tan funesto suceso fue averse perdido, quedando en poder de los enemigos, diez y nueve galeras con la capitana, aviendo navegado las demás adonde el temor las conduxo arrojadas de la fortuna. Y huvieran perecido todas si Antonio Maldonado, cavallero de Malta (que governava tres galeras de la Religión), no huviesse persuadido a las demás que le seguían el hazerse a la mar y abandonar la tierra.

Hizieron los cabos más principales una junta en tierra, en que se deliberó que Juan Andrea de Oria passasse a Sicilia, pues en quanto durava el desastre, no estava libre del peligro. Y assí, partió el día siguiente con siete fragatas, quedándose las demás en los Gelbes, en cuyo fuerte avía dos mil soldados de guarnición y otros tres mil, entre particulares y marineros, que salieron a tierra de las galeras. Fue gravíssimo el daño porque murieron muchos y quedaron en

esclavitud más considerable número de los christianos, siguiendo esta infelicidad Flaminio de Anguilara, general pontificio, Sancho de Leyva de las de Nápoles, Berlinguier de las de Sicilia y el obispo de Mallorca don Gastón, hijo del duque general, y otros, que sería cansada expresión mencionarlos.

No tuvo fin aquí la carrera de la infelicidad porque, cansados los turcos de dar caça a las galeras fugitivas, no satisfechos del considerable botín que avían logrado, apresaron veinte y cinco embarcaciones cargadas de soldados desarmados, por cuya razón le fue fácil a los turcos oprimirlos y poner en las cadenas tres mil esclavos christianos. Desvanecidos los infieles con tan señalada victoria (conseguida con las armas de la fortuna y sin pérdida de sangre), echaron la gente a tierra con ánimo de rendir el fuerte y, guiados de Piali, puso por obra estrecharle con los ataques. Y aviendo escrito a Dragut (que con cavallería e infantería se avía entrado en Tripol para defender aquella plaça en caso de que los christianos la atacassen) para que se acercasse a aquella parte con gente, municiones y víveres, lo executó desembarcando las tropas othomanas, acercándose a los poços donde (quando desembarcaron los christianos) formaron los alojamientos.

[1564] Don Álvaro de Sandi, que abundava de marineros y gente inútil y estava escaso de tropas veteranas, no se resolvió por entonces a embestir a los infieles aguardando mejor disposición. Y aunque no le faltavan bastimentos, estava escaso de agua y, se huviera experimentado mayor la falta, si el cielo no huviera con las lluvias socorrido parte de aquella necesidad. Era el ánimo del Sandi mantenerse sin gastarse porque se deshiziesse el enemigo en quanto le llegara socorro de Sicilia. Las escaramuças successivamente eran sobre conservar los christianos dos poços que estavan fuera del fuerte y defendía, con algunos soldados veteranos, Gerónimo, sobrino del Sandi, en que sacaron los turcos la peor parte. Llegaron al campo othomano las provisiones necesarias, después de las cuales se alentaron vivamente para la conquista del fuerte muy cubiertos de terreno, por quanto la artillería no les hazía mucho daño. Siguióse después otra escaramuça (sin asistencia del Sandi por estar malo) y se executó con tal desorden que salieron maltratados los christianos, en que murió el cavallero Montello, quedando herido don Juan Osorio, que defendían los poços. Y después de averlos conservado mucho tiempo, finalmente los abandonaron, cuya pérdida fue de considerable daño para los christianos. Tenían los infieles tantos gastadores que, con facilidad, perficionavan las labores y fabricavan las trincheras, tan dobles, que no avía artillería, por reforçada que fuesse, que las arruynasse.

Estaban los sitiados estrechamente ceñidos por todas partes y no era la mayor pérdida la del terreno, sino la del agua, cuya escaseza ocasionava que muchos pereciessen de sed y, aunque hazían nuevos esfuerzos cabando para hazer cisternas, encontravan agua salada y solo les avían quedado de conserva algunas vasijas que, cada día, era menor la cantidad. Por lo qual deliberó don Álvaro una salida para intentar tomar agua y remediar la necesidad, que se executó saliendo por dos puertas dos mil arcabuzeros españoles e italianos con duzientas picas alemanas, con orden de embestir al enemigo por dos partes y unirse después para clavar la artillería y, degollando los infieles que pudiessen, se abstuviessen del pillage, que era la principal circunstancia que podía desluzir la mejor ejecución, en la qual consistía el salvamento de todos. Y caminando al principio con felicidad el combate (en que perecieron muchos turcos, herido Dragut, clavadas tres piezas de artillería y apresadas algunas vanderas), penetraron las trincheras y, derrotando algunas esquadras que las guarnecían, echó a perder la avaricia todo lo que avía fabricado el valor y, cebándose los christianos con el pillage sin cautela y reconociendo los enemigos el desorden, bolvieron a rehazerse y, atacando a los desunidos christianos, los derrotaron cargándolos hasta los labios de la boca del foso, en cuyo fatal trance murieron muchos y, entre ellos, el conde Galbano, Anguisola y otros oficiales de quenta.

[1564] Era la falta del agua la mayor fatalidad porque el pan se empastava con la salobre y, consistiendo el alimento en cosas saladas, perecían los pobres soldados que no tenían forma de apagar la sed y comían poco por no aumentarla y se enflaquecían de calidad que no podían tolerar el trabajo, a que se agregava el temor concebido de los turcos, considerando que los que avían escapado del azero enemigo, y de los riesgos de la mar, se miravan precisados a morir de sed. Y así, con desesperación buscavan la libertad de la vida en la esclavitud del cuerpo, rindiéndose voluntariamente. Era tal la penuria del agua que se pagava a peso de oro y, aunque la aplicación de los alemanes solicitava endulçarla con los destilos, no contribuía el arte con la cantidad necesaria para remediar la necesidad. Avíase reducido todo el esfuerzo del sitio a dos baluartes y procurava don Álvaro, con las salidas, suspender los abançamientos del trabajo enemigo, y siempre con pérdida considerable por ser más los que se passavan al enemigo que los que morían en los reencuentros. Pusiéronse en manos de los infieles voluntariamente más de mil y quinientos soldados de experimentado valor y conocida nobleza. A tanto llegó la desesperación y la maldad. Tuvieron diseñado los sitiados poner fuego a las municiones con todo lo que avía en aquella parte, como también demoler el fuerte, si bien, después quedó suspendida la resolución.

El rey de Túnez (que antecederamente avía ofrecido al duque de Medina Celi expeler a los turcos de aquella parte), viendo mudada la fortuna y abatido el partido christiano, se declaró a favor de los infieles socorriéndolos con quatro galeras cargadas de bastimentos y municiones. Añadióse a la mala constitución del tiempo la muerte de governador Baraona, ocasionada de un mosquetazo, después de averse portado en la defensa del fuerte con la mayor constancia. Y aunque los othomanos multiplicavan los esfuerzos con los disparos continuados, y con los assaltos, los christianos no se descuidavan en reparar de noche las ruynas que de día imprimía en las murallas la artillería enemiga, y en resistir las obstilidades con no imitada fortaleza. Resolvieron los cabos prohibir las salidas, porque los soldados no se huyessen, menos en alguna precisa necesidad, como también porque el ayre se avía corrompido con los muchos cadáveres insepultos que cubrían la campaña, de donde nacían las enfermedades (que tenían muy disminuido el presidio) y cada día era menor el número de los defensores.

Llegaron en este tiempo quatro galeras turcas, gobernadas de Nasuf, cargadas de municiones y bastimentos y, aviendo echado voz de que traían orden de Solimán para retirarse de la empresa (en caso de que no la consiguiesen en todo el mes de agosto, porque los vientos de otoño no ocasionassen alguna dañosa tormenta), se valieron de la estratagemas de salir la noche antes treinta galeras, con el mayor silencio, a incorporarse con las quatro para atemorizar con este socorro fingido a los sitiados. Y aviendo dado fondo la mañana siguiente, con grandes salvas de artillería y mosquetería hizieron parecer verdadero lo disfrazado, correspondiendo los sitiadores con grande estruendo de disparos, nácaras y otros instrumentos militares.

[1564] El día siguiente, aviendo señoreado el baluarte Espínola, se apoderaron (con grave daño de los sitiados) de un poço que se avía fabricado en una gruta y toda la industria de don Álvaro, no pudiendo impedir las labores enemigas con las salidas (por la fuga de los soldados), se avía reducido a ganar el tiempo fabricando cortaduras por la parte de adentro que sirviessen de retiradas, a fin de mantenerse en quanto llegava el invierno, por si los turcos se retiravan con lo áspero de la estación. Crecían cada día más las angustias y, haziendo el cómputo de lo que avía en la plaça, se halló que solo avía leña para una semana, con que faltava el alimento para los alambiques, que ayudavan mucho, porque mezclando el agua mejor con la salobre, se iba manteniendo el presidio, aunque mal, y una sola cisterna que avía quedado estava ya tan exausta que apenas tenía agua para tres días. Y viendo don Álvaro tan adelantada la

necesidad de todos, convocando a los soldados en la plaza de armas, les habló de esta forma.

Quanto yo he obrado hasta aora de concierto con vuestro valor, ha sido por eximirnos de las vorazes garras de la sangrienta fiera othomana (como lo avéis experimentado) y, pues, no deseamos virtud para combatir con los enemigos quando ay tanta en el corazón de cada uno (de que soy seguro testigo), sino solamente una copiosa fuente cristalina para refrigerar los labios abrasados de tan continuada y ardiente sed, para que los desmayados miembros del cuerpo cobren la fortaleza de la salud con este deseado alimento, por falta de humedad para templar nuestro sudor en las fatigas hasta aora toleradas y padecidas, resistiendo a tan poderoso enemigo, viéndonos más sitiados de esta necesidad que de los othomanos. Qué partido elegiremos entre tantas angustias. ¿Imitar a los que infamemente, perdiendo de vista el honor de honrados cathólicos, se han entregado voluntariamente a los infieles comprando a tan costoso precio el agua? No, porque sedientos de gloria no hemos de obscurecer con abominable delito todas las demás ilustres acciones que han sobresalido en nuestros procedimientos. [1564] Salgamos de este recinto y, pues, no tenemos más que la sangre, procuremos derramarla generosamente por la religión, y por nosotros mismos, para que sus raudales nos abran camino de encontrar el agua y, quando no la hallemos, cebaremos nuestra sed en la sangre de nuestros enemigos, sacándosela de las infieles venas. Que es más ayroso morir como honrados soldados que tolerar infamemente el peso de los eslabones de la cadena de una miserable esclavitud. Y si en este mísero estado se llega a remediar la sed con la pérdida de la libertad, encontraremos más fácilmente también el hambre y el desconsuelo entre las sombras horrorosas de una mazmorra.

Animados los christianos con esta representación, deliberaron la mañana siguiente (dos horas antes que el sol) salir seis capitanes del presidio con trecientos soldados escogidos de todas naciones y con otro nervio de gente cubriendo la retaguardia, con orden de degollar a los que desamparassen sus filas, como de que la banguardia acometiesse el quartel de Dragut, que era la parte donde estava doblado el mejor cuerpo de la milicia y, aviéndolo executado con generosa disposición, forçaron tres recintos de su fortificación. Y rompiendo el cuerpo de guardia más abançado, don Álvaro los puso en fuga con grande mortandad, si bien, quando más se esforçava para passar adelante, le abandonaron los suyos, menos el capitán Ferrucho de Niza y el sargento Maroto (que quedó prisionero) y, abriéndole essotro camino a Sandi para salvarse, se guarecieron en una galera christiana de las que avían quedado en el canal. Y no hallando en ella provisión para mantenerse, escribió a los del fuerte que se hallava libre del peligro y bueno, y que se portassen con fidelidad y le embiassen remos y soldados para poder (por el canal) bolver a unirse con ellos, cuyo aviso alegró sumamente a los christianos por quanto le avían tenido por

muerto. Pero duró poco el placer por no aver, en el fuerte, agua más que para dos días. Murieron en este accidente la mayor parte de los oficiales y los capitanes Gerónimo Bravo y Pedro Álvarez, quedando heridos de peligro Mendoça y Pacheco. Y de los demás, unos se passaron a los infieles y otros se recobraron en el fuerte. Passó Alarcón a socorrer a don Álvaro con remos y otras provisiones que avía pedido. Pero maltratada la embarcación en que iba de la artillería enemiga, no pudo aquel día poner en execución su disignio y, entre tanto, aquellos que avían quedado en el fuerte abatidos de corazón y faltos de ánimo, arbolaron vanderá blanca (en señal de parlamentar), para lo qual salieron del fuerte tres capitanes. Pero como en las galeras no se vio la misma demonstración, se abançó Piali a combatiirlas por mar y por tierra y, oprimido el Sandi de tan poderoso aborde, procuró alentar al capitán Clemente y a los pocos soldados que le assistían para la defensa. [1564] Pero observando que en el fuerte no se atendían señales de obstilidad, le abandonaron los más, quedando solamente con algunos, don Álvaro, en la proa de la galera, a quien (Dromux arráez, renegado ginovés, que era el patrón de la capitana del baxá) dixo en idioma italiano: *Señor, faltándoos el modo de defenderos, tomad buen quartel. A que respondió: No quiero quartel, ni rendirme a ti, ni a otros, pero iré contigo si me prometes conducirme a la presencia del baxá.* Y assegurándole que lo haría, en un pequeño esquife passaron a la tienda del baxá que, proponiéndole con grandes ofertas se hiziesse turco (sin abraçar partido alguno indigno a las obligaciones de cavallero christiano, se resistió al tentativo) de que resultó remitirle en presente al gran señor. De los cobardes que entregaron el fuerte quebrantando la fee de las capitulaciones, degollaron la mayor parte despojando el bagage. Estuvo otros dos días descansando la armada turquesca y, después de aver embiado a Rodas, a Metelino y a otras partes, la muda de las guarniciones hizo su solemne entrada en Constantinopla el penúltimo día de septiembre, donde tuvo el acogimiento que merecía tanta fortuna. Iba navegando la capitana llena de flámulas pavesadas y gallardetes como triunfante con el baxá, a quien seguían las galeras de Fanó y, después remolcadas, veinte y quatro christianas y veinte y cinco navíos, en que iban quatro mil esclavos que perdieron la libertad en el antecedente successo. Cubrían la retaguardia, después, las demás galeras othomanas arrastrando por el agua los estandartes christianos. Y después de aver saludado al serrallo con duplicadas salvas, dieron fondo con grande aplauso y concurso del pueblo, que esperava con alegría la novedad. Passaron a las torres del mar Negro a don Álvaro y a otros oficiales de estimación y, aviendo observado Solimán las festivas demonstraciones del triunfo en el aparente número de los leños y esclavos, se alegró más internamente de lo que mostró

en la exterioridad y, proponiéndole el visir que sería bien noticiar a todo el imperio de este buen suceso para que los vassallos celebrassen tan gran victoria, respondió que no era menester ensobervercerse con la prosperidad, sino humillarse en la mezquita empleando el dinero en hacer votos y dar gracias a Dios, sin malbaratar el tiempo en vanas y humosas alegrías para festejar los hombres.

Este fue el fin lamentable del suceso de la jornada de los Gelbes, en el qual la mala fortuna, acompañada con el desorden, precipitaron la esperanza de las christianas fuerças en el abismo miserable de una tragedia no esperada. El embaxador de Francia hizo vivas instancias con el visir para la libertad de los españoles. Y aviendo noticiado a Solimán de esta pretensión, respondió riyéndose que no era demanda propia de embaxador francés y que no quería entregar los enemigos a sus propios émulos, aludiendo a la antipatía que ay entre estas naciones.

[1564] Después de aver entrado Maximiliano en el gobierno del reyno de Ungría, tuvo diversas conferencias con los varones sobre cultivar la paz o emprender generosamente la guerra con los infieles. Y aviendo precisado a Nicolás de Esdrino (cavallero de valor y de entendimiento singular) a que dixesse su parecer sobre el punto de renovar la guerra o de continuar las treguas, humillándose al emperador dixo lo siguiente:

Sacra Cesárea Magestad, la paz es peor que la guerra quando pone en contingencia la libertad, porque es un opio manejado de los turcos para adormecer el corage de los christianos en el ocio blando del mayor descuydo, en donde despierta pocas vezes nuestra torpe floxedad. Y assí, desfiendo con razones eficaces ser más fácil que nos perdamos en la blandura del sueño que en lo áspero de las batallas, porque la falta del exercicio de las armas haze a los hombres afeminados y destempla el valor de modo que, en llegando después a pelear con los othomanos (maestros perpetuos e implacables enemigos, siempre exercitados en la guerra), nos hazen conocer la diferencia que ay en la tolerancia de unos y en el descaecimiento de otros y, las ventajas que nos hazen en el exercicio, es pronóstico seguro de los malos sucessos en aquellos en quienes descuydadamente está olvidada la tarea militar. Y esta verdad se experimenta más claramente en los días de las batallas y, por esta causa, perdemos con enferma resistencia las plaças sin necesidad, que es lo mismo que arrojar la cargaçon en la mar antes de experimentar la borrasca. Las treguas en que, hasta aora, han consentido los othomanos son causadas de la guerra de Persia y, aviendo cessado esta diversión, bolverán a invadir nuestros dominios porque son pausas con que nos adormecen. Y en quanto duró el sitio de Rodas, nos dexaron en paz. Y si nos permiten alguna quietud, es en quanto destruyen a otro príncipe christiano. Y la opresión del compañero es un antecedente de nuestra futura esclavitud, siendo las pérdidas ajenas avisos que pronostican nuestros daños, mientras el argumento de los turcos concluye con

evidencia con nuestras ruynas. Y no sé cómo podemos tener paz con enemigo tan ambicioso, pues en el mismo tiempo que nos consigue súbditos, nos haze esclavos. [1564] Y por esso no es segura nuestra calma que depende de la tempestad de otro, con que por último haremos, los unos después de los otros, inevitable naufragio. Además, que siendo diferentes en religión, en genio y costumbres, cómo es posible que podamos ser amigos si los christianos no nos hazemos turcos o los turcos no se buelven christianos; cuyas oposiciones embaraçan lo concordante y, cómo es possible creer constante nuestra quietud con un vezino formidable con un monarca que tiene por máxima fundamental en sus institutos la guerra, con la qual ha dilatado sus confines a términos portentosos, pues domina tres imperios: de Constantinopla, de Trapisonda y Caldea; que avassalla quarenta y dos reynos e innumerables provincias, que es un violento río con cuyas avenidas ha inundado el Assia, la África y demolido las murallas de la Europa. Y no ay otro remedio para estas violencias que una paz universal entre el christianismo que, a modo del arco celeste iris, pueda desvanecer tanto diluvio.

Vuestra Magestad represente al pontífice el estado deplorable de este reyno, la pérdida de dos millones de almas que padecen la othomana opressión y tantas mitras que se han convertido en turbantes, a que se añaden treientos mil turcos armados que entretienen aquellos dominios y nosotros alimentamos no menor número de religiosos. Y la una parte podrá rogar a Dios con las oraciones para que cesse en fulminar justificadas iras contra nuestras culpas y, el resto, se podrá aplicar a las armas para rechaçar el orgulloso ardor othomano, porque no es bien que tanta gente ociosa se mantenga inútil quando se trata de la defensa de la fe de Dios. Considere Vuestra Magestad que la Ungría es el baluarte de sus Estados patrimoniales y que los ataques pueden hazer impresión en el Austria y que, a la vigilia de nuestro cautiverio, sucederá la fiesta de la esclavitud de otros y que, si los úngaros pierden la libertad, los alemanes (que quedan emprendidos) no se mantendrán libres. Y quien quisiere preservar a Viena (a quien hazen el amor los turcos, cuyas señales nos mostró Solimán no ha mucho tiempo), ha menester no aguardar sobre ella las tropas enemigas, sino defenderla en la Ungría y no esperar los ataques tan cerca porque, quien puede verter mucha sangre, puede sujetar qualquiera baluarte y destruir las más regulares fortificaciones y dexarse encerrar en un sitio es lo mismo que constituirse prisioneros. Cultive Vuestra Magestad solamente la paz de la christiandad con fin de emprender la guerra con los infieles. Unamos a nuestras fuerças las externas, pues con setenta u ochenta mil hombres experimentados, aunque los turcos no hazen en el número considerables ventajas, no las logran en la calidad, pues sus tropas se componen de tártaros (más amantes del robo que de la batalla), balaquios y moldabos christianos, después de las milicias genízaras y de la cavallería de los espais y, si llega a declararse por nosotros el trance de la batalla, los mismos moldabos se bolverán contra ellos. Y, después de vencidos, se nos multiplicarán las assistencias de sus mismos súbditos christianos con el deseo de romper los eslabones de las cadenas de la esclavitud para ponerse en libertad. Pero si sucediesse al contrario el declararse por nosotros, sería lograr la seguridad del martyrio.

Entremos, señor, en sus payses. Con intrépido corazón encendamos el fuego en su casa y troquemos el método de guerrear. Abancemos una vez sin retirarnos desayrados, pues sabemos que las pérdidas y las retiradas nacieron iguales. No es otra cosa el ceder que abandonar lo poseído y, si perdemos la Moldavia, es preciso retirarnos a la Balaquia y, abandonada esta, el recobrarlos en la Ungría, de quien con tanta ambición solicitan los turcos su conquista y, expugnado este reyno, solo queda el abrigo del Austria. Y si continuamos por este camino, saldremos del mundo obligados a buscar otro que nos ampare.

Los conceptos del conde de Esdrino no conmovieron los ánimos, reconociendo en ellos ser verdad clara lo que expressaron, pero no fueron eficaces a persuadir la guerra porque la memoria de los passados estragos, la inclinación de Maximiliano a la quietud, la pérdida miserable de tantas plaças, la debastación del reyno igualmente destruido de las amigas y enemigas armas y el valor de Solimán (que marchando la buelta de la Ungría se obstentava ardiente general siempre en la frente de sus altivas tropas, cuyo exemplo aumentava el corage y la bizarría de sus soldados), fueron las vivas consideraciones que persuadieron a los alemanes a gozar la quietud del puerto que ofrecían las treguas, huyendo la sangrienta borrasca de la guerra, sin considerar que en los muelles del descanso se han visto perecer muchas embarcaciones entre las aguas del descuydo y la confiança.

Juan Segismundo, príncipe de Transilbania (pupilo de Solimán), aviendo muerto Ferdinando, bolvió a ocupar el reyno y, siguiendo las huellas de su padre, aspirava a elevar más su fortuna, para cuyo efecto intentó con las armas apoderarse del condado de Zacmar. Y aviendolo conseguido, ocupó otros castillos intentando después el sitio de Casobia (aunque sin fruto), porque los rigores del invierno le obligaron a desamparar la campaña. Y Maximiliano, ofendido de la injuria, dispuso sus tropas para castigarle ordenando que marchassen a la Ungría superior, obedeciendo las órdenes del general Lázaro Suendi. Y después de aver conquistado algunos castillos, puso sitio a Tocay, plaça muy acomodada por arte y por naturaleza para abrir camino a la conquista de la Transilbania. **[1564]** Y aviendo perficionado las líneas de circunvalación, como también las baterías, maltrataron con los disparos las murallas de forma que les quitaron a los sitiados las primeras defensas. Pero aviendo intentado el sitio en lo más áspero del invierno, los vientos y las nieves retardavan las operaciones. Y tolerando la constancia de los agressores los embaraços rígidos del tiempo, consiguieron el castillo, por lo qual los sitiados se reduxeron a capitular la rendida (que consistió en que saliessen de la plaça solamente con las espadas trecientos y cinquenta soldados que la presidiavan, la mayor parte heridos y enfermos).

Puso este accidente en gran turbación a Juan Segismundo y, conociéndose inferior para sustentar solo la guerra al emperador, abandonando y poniendo fuego a las antecedentes conquistas, se retiró a Transilvania, de donde embió a Constantinopla a pedir socorros a Solimán que, embaraçado en el sitio de Malta, no pudo por entonces subministrarle promptas assistencias, por lo qual para cortar el hilo a los progressos de Maximiliano y embaraçar mañosamente lo que no podía suspender Juan con las armas, resolvió embiar por embaxador a Estevan Batori a entablar manejos de paz en apariencia, solamente para resfriar con este negociado el calor de las armas alemanas, y dar tiempo a que Solimán le remitiesse algún socorro.

Salió arrojada de Rodas (por la violenta fuerza de Solimán) la religión de San Juan Bautista, aviendo andado desterrada hasta que Carlos Quinto le dio el noble feudo de Malta para su abrigo, con obligación de recibir la embestidura de la sucessión de los nuevos reyes de Sicilia y de reconocer al alto dominio con el censo anual de un alcón. Era esta isla inculta y despoblada por la frecuencia de los cosarios y por el mal temperamento que la inficionava, pero con la habitación de los cavalleros, y con la continuación de los fuegos, la purificó la aplicación de calidad que, en breve tiempo, quedó sana, fortificada y poblada de numerosas familias. Levántase su terreno entre las aguas del mar Líbico, o Africano, distante de Sicilia veinte y quatro leguas y de Berbería sesenta y tres. Su mayor giro es de veinte, su longitud de siete y su latitud de quatro. Estuvo antiguamente sujeta a los cartagineses, reservando hasta oy los acentos de aquel idioma. **[1565]** Puéblanla quarenta casales, en cuyo dominio habitan más de veinte mil almas. Y Solimán, por la misma razón que avía expelido la Religión de Rodas, deseava también arrojlarla de Malta. Y assí, despachó un ingeniero disfrazado de pescador para que, aplicado al ministerio, reconociesse los fosos y las murallas, como también las demás fortificaciones. Y aviéndolo puesto en execución, bolvió a noticiar a Solimán de lo que avía logrado en su comission, quien inmediatamente mandó aprestar las armadas marítima y terrestre, debaxo del gobierno de Mustafá y de Piali, con orden de desembarcar en la isla, donde arrojaron seis mil genízaros y otros tantos espais y muchos aventureros guiados de la ambición del botín. Componíase el ejército de treinta mil combatientes, que se embarcaron en ciento y treinta y una galeras, siete galeotas y muchos caramuçales, sin incluirse en este número los berberiscos leños que después se incorporaron con esta armada. La artillería para la campaña se componía de cinquenta cañones de excessiva munición, a que se agregavan grande cantidad de zapas y palas y otros instrumentos para la chusma, que avía de assistir a la labor en lugar de gastadores. Amedrentóse el pueblo al desembarco de tan

ruydoso movimiento de armas, pero el gran maestro Valeta, con más de seiscientos cavalleros y diez mil súbditos hábiles para el manejo de las armas, atendía con ardiente constancia a los movimientos de los infieles. Y después de aver avenenado las fuentes de afuera y distribuido los puestos de adentro, se hallaban todos prevenidos a la defensa, assí con el arte de los terrenos reparos como con las armas en la opugnación enemiga. Dieron principio al ataque del fuerte de San Telmo apartándose de sus antiguas máximas, que consisten en aplicar todos los daños que pueden a las metrópolis para que, conseguida la principal defensa, sean más fáciles de convencer los demás dependientes reparos, como lo lograron en Buda, en Chipre y en Nicosia, pero Dios, que quería preservar esta isla de los infieles, les vendó los ojos para que no llegassen a ver sus ventajas.

Caminavan con excesso en la fábrica de los ataques perficionando la delineación, pero aviendo encontrado con algunos escollos internos, retardaron en parte las operaciones, si bien con la aplicación continuada y con la humedad de tanto sudor demolieron el obstáculo más endurecido y consiguieron llegar a la contraescarpe (después de varias salidas que lograron los de la plaça, con alguna pérdida de los enemigos), donde se aloxaron ocupando el borde del foso con mucha artillería que, recíprocamente, fulminava el castillo de San Telmo. Y don Francisco de Guevara, bien que atrevidamente defendía la estrada encubierta malherido en un brazo de un mosquetazo, no pudo impedir que los turcos se apoderassen del revellín, con cuya opressión, más atrevidos se abançaron a un fuerte que cubría un costado de la plaça (que no tenía traveses) y, con muchas escalas (que salieron cortas), le dieron un furioso assalto que rechaçaron con gran valentía los defensores, aviendo muerto en el tentativo más de dos mil bárbaros, como también veinte cavalleros y algunos soldados inferiores.

Experimentavan los othomanos grande dificultad en impedir los socorros con que el gran maestro vivificava el corage de los que le defendían y, aunque con el segundo assalto creyeron vencer los obstáculos, no tuvieron mejor fortuna que en el primero, pues se retiraron con grave pérdida, aplicándose después con grande ardor a seguir los ataques para conseguir por este medio el fruto deseado. Y después de aver descansado dos días escogiendo los más atrevidos en todas las tropas, resolvieron bolver a probar la mano con otro assalto que, puesto en execución, parecía que se inundava la región del ayre con densa lluvia de fuegos artificiales y mosquetazos que surcavan también la tierra con la continuada corriente del plomo y de la llama, en cuyo porfiado trance socorrían (unos y otros) con frescas esquadras a los que, cansados de pelear,

faltava el aliento, pero no el valor, correspondiendo su constancia con su misma obligación. Pero los defensores apagaron el voraz incendio, que intentava abrasarlos con los cristales de las armas blancas, dexando vazía de efecto la intención enemiga y muy lleno de cadáveres el foso, cuyo número llegó a quatro mil. Murieron en el fuerte algunos cavalleros y ciento y cinquenta soldados y otros tantos heridos. Y retirándose con esta pérdida, les aumentó el daño una salida que hizo el mariscal Chapier ensangrentándose generosamente en los enemigos, que disparó diez y ocho mil cañonaços al fuerte de San Telmo y parece impossible que tolerasse tanta ruyna en tan ayrosa resistencia. Hizo la artillería de Santangelo en ellos gran destroço y, mucho más, las salidas de la plaça y los socorros freqüentes con que acaloravan a los del fuerte, sin que las oposiciones de los infieles lo pudiesen embaraçar en mucho tiempo.

Mustafá y Dragut, baxá de Tripol, y otros cabos con ingenieros, passaron a reconocer un puesto por donde tenía la comunicación la plaça con el fuerte, en cuyo tránsito recibió Dragut en la cabeça un mosquetazo y, sin embargo, caminaron cubiertos del terreno hasta la marina, que era la parte por donde introducían el fomento los christianos. Y cortados con el ataque enemigo, quedaron aquella vez sacrificados en el ara de los rigores y separada la comunicación con el fuerte, cuyo accidente les ocasionó la falta del alimento quotidiano, con el qual se avía mantenido y sustentado el puesto.

Arrojáronse los turcos la quarta vez para assaltar el parapeto y, aviéndolo conseguido, entraron a fuerça de armas en el fuerte, donde no hallaron más que heridos y moribundos a quienes la artillería avía despedaçado los braços y las piernas, y deseavan que la muerte les quitasse las vidas antes que vivir de aquella suerte. Y, sin embargo, los crueles áspides enemigos cebaron las sangrientas iras en aquellos miserables semivivos y, haziendo lo mismo en las reliquias del presidio pisando con desprecio el estandarte de la Religión, arbolaron el de la media luna, quedando cautivos nueve cavalleros. Y algunos de los heridos perecieron dessollados vivos a fin de abatir, con tan horroroso espectáculo, el corazón de los de la ciudad, aviendo sido la dilatada y valerosa defensa del fuerte la total preservación de la isla.

Embió Mustafá un mensagero al gran maestre a persuadirle con ventajosos partidos para que le entregasse la plaça. Y aviendo llegado a su presencia (cubiertos los ojos porque no reconociesse los defectos de las fortificaciones o el estado de la plaça), bolvió con amarga respuesta para sus sobervias altivezes que expressava el morir con todos los suyos mil vezes primero que hiziesse la infamia de rendirse. Continuaron en estrechar la plaça con las fortificaciones hasta que don Juan de Córdoba llegó con un pequeño

socorro, desembarcando con felicidad quinientos y veinte y un soldados. Defendíase valerosamente el puesto de San Miguel, favorecido también de los accidentes porque, aviéndose rebentado uno de los cañones que le fulminaban, se encendió la munición, cuya violencia hizo bolar por el ayre a muchos infieles. Dilatadas y espaciosas las brechas a las impresiones de la artillería, ocasionaron que diessen los turcos por la parte de la marina un vigoroso assalto, pero la artillería de Santangelo con los disparos echó a pique muchos caramuçales, en que se anegaron considerables esquadras enemigas.

Murió peleando en la brecha con exemplar valor don Francisco de Sanoguera, de donde se retiraron los bárbaros maltratados con exceso y, no obstante, tanto destroço, reforçaron las baterías de modo que, con sesenta pieças, maltratavan el recinto de la ciudad, acompañando esta obstilidad con profundar muchas minas por diferentes partes para expugnar con el fuego lo que no avían podido sujetar con las armas. Contraminavan los sitiados las operaciones enemigas y, con trabeses y cortaduras internas y externas y con fuegos artificiales, suspendían sus adelantamientos esperando la victoria con el tiempo que facilitava el socorro prometido del católico monarca, cuya cercanía alentó sumamente a los christianos y desconsoló a los turcos, de suerte que conocieron ser poco favorable el progreso de tan sangrienta interpresa.

Llegó, pues, el socorro governado de don García de Toledo, de don Álvaro de Sandi (que avía conseguido la libertad) y Ascanio de la Cornia, cuyo desembarco obligó a los othomanos a levantar el sitio. Y aviendo llegado a Constantinopla el aviso de la inútil experiencia en la no lograda sujeción de la isla (numerada en el ambicioso sentir de Solimán como término incorporado a sus dominios, por averla creído conquistada de sus armas), cuya desagradable noticia descompuso tanto su soberanía que, después de aver leído el suceso, dexó caer en el suelo la carta con tanto disgusto que no se atrevieron los baxaes, que le assistían, a ponérsele delante porque no desfogasse en ellos la ira de su apasionado enojo, que se le descubría en el mirar de los ojos. Y desabrido hasta con la vianda, exageró que no hallava en los cabos ni en los soldados seguro zelo para el aumento de su gloria, y que precipitavan las empresas quando él no las acalorava con su presencia. Y aviéndose divulgado por la ciudad su desazonado afecto, se abstuvieron los habitantes christianos de salir de casa temiendo cayesse sobre su inocencia la vengança.

Libre, pues, la isla de la bárbara inundación, embarcando consigo su confuso desconsuelo, bolvieron a Constantinopla y entraron en el puerto de noche (de orden del sultán) ciento y cinquenta galeras, juzgando indigno de luz un suceso tan desgraciado. **[1566]** Y porque el pueblo (que toma la residencia

a las acciones de los príncipes), mirando las embarcaciones tan maltratadas y sin gente no desaprobasse lo deliberado, aviéndole salido mal el antecedente empeño para resarcir la reputación de las armas, deseava romper la guerra a Maximiliano (diferida hasta allí por atender al fin del sitio de Malta) con el pretexto de aver socorrido al transilbano, a la qual combidió a Selín, su hijo, para que le acompañasse, mas como no tenía inclinación a la guerra y gustava más de las batallas de Baco que de las fiestas de Marte, tuvo forma de escusarse apadrinado de los baxaes de más autoridad y de las favorecidas y conseguir no apartarse de su gobierno.

Esta mañosa resistencia en el hijo puso en desconfianza rezelosa a su padre, sospechando que alguna negociación alterasse movimientos para apoderarse del imperio en su ausencia por el aplauso que movía esta separación en las milicias y el pueblo. El muftí hizo publicar, en esta ocasión, un decreto en que perdonava cualesquiera pecados a los que en esta ocasión siguiessen a su monarca, en cuya consonancia ordenó a los baxaes de Buda y de Temisvar (a quienes remitió seis mil genízaros) que atacassen algunos castillos en la cercanía de Alba Julia. Divulgados los disignios y aparatos de los turcos contra dicha plaça y la de Ziguet, dispuso Maximiliano la dieta en Augusta para exprimir algunos socorros (de los más principales varones) capaces de enfrenar el precipitado curso de los progresos othomanos. Pero como el sultán no depende de otra deliberación, que de la suya, executa con presteza las resoluciones y, por el contrario, necessitando el emperador de recoger los votos y los socorros de muchos, es preciso que caminen los consejos y las execuciones con lentos passos y se retarden las prevenciones perezosas en las precisas defensas.

[1566] Salió Solimán de Andrinópolis a cavallo y dispuso los tránsitos para la armada en dilatadas jornadas, avivando la marcha por llegar más aprisa a la parte destinada para las operaciones de las armas. Y aunque los visires intentaron embaraçarle la salida, considerándole cansado con el peso de los años, y que era más conveniente gozar el descanso que fatigarse para buscar los trabajos, respondió que se hallava con vigor y disposición para sufrir qualquiera marcial descomodidad, y que no se podía lograr el camino por donde se llegava a la gloria sin algún cansancio. Y, sin embargo, se le conocía el descaecimiento en la palidez del rostro y en lo abatido de su ordinaria melancolía. Fue soberviamente luzida la primera marcha por la gran cantidad de oficiales que le assistían, galanes y armados espléndidamente, por lisongear el altivo genio del sultán (que salió de Belgrado a la testa de cien mil combatientes), siguiéndole

también otra multitud no desigual en el número de pueblo, aunque incapaz del manejo de las armas.

El príncipe de Transilvania, aviendo incitado a los úngaros para que se revelassen al emperador y se uniessen con él, salió a encontrar a Solimán para regalarle y cortejarle con obsequiosa obediencia y, con humanidad altiva, le aseguró que avía executado aquella jornada solamente por acalorarle. Pero lo cierto fue, que la hizo sin otro respeto que el de ampliar su dominio con alguna sobresaliente conquista que añadir a los eslabones de la cadena que andava fabricando para sujetar la libertad enteramente de la Ungría. [1566] Y porque Ziguet es una de las más fuertes y considerables plaças del reyno, por cuya razón no pudo sujetarla antecedentemente Allí baxá. Ofendido Solimán de la resistencia (que los obstáculos en su feroz ardimiento eran estímulos que avivavan su genio para predominar las mayores dificultades), ordenó la marcha haziendo que precediesse la artillería (que se componía de cien cañones) cubierta de grandes tropas de cavallería e infantería, siguiendo después todo el resto del ejército.

Yaze Ziguet entre dos ríos que la circuyen como en isla, a quien guarnecen unas lagunas que la fortalecen, y se compone de la ciudad vieja y nueva, cuyas porciones comunicables recintadas de considerables muros y algunos castillos con duplicados fosos y bastiones modernos la hazen muy tratable, a cuya defensa assistía el conde Nicolás de Esdrino (abuelo de los condes Nicolás y Pedro, no menos bizarros que su progenitor, pues por experiencia, corage y valor, avía en aquel tiempo pocos que los igualassen y ninguno que pareciesse superior).

La armada de Maximiliano, que se componía de treinta mil cavallos y sesenta mil infantes, gastava ociosamente los días y consumía inútilmente el tiempo sin tomar resolución equivalente para estorvar el sitio peleando con los infieles, o embaraçándoles los víveres o atravesando sus disignios. Y aviéndose acercado las tropas de Solimán a la plaça, juntando el conde la guarnición, les hizo la plática siguiente:

Esta es una ocasión que embía Dios a los soldados que professan honor para eternizar su nombre. Y assí, hijos míos, tened entendido que he de ser vuestro cabo en los empeños, compañero en las fatigas y el primero en exponerme al riesgo, como el último en preservarme del peligro. Y pues, se atraviesa la mayor gloria de Dios quando los christianos la defienden peleando por la patria, por la vida y por la libertad, es más ayroso morir por la misma obligación que vivir desayradamente entre cobardes horrores de una vil esclavitud. Hagamos conocer a los turcos que no somos inferiores en el corazón, ni en la disciplina militar, y que no estamos tan amantes de nuestras vidas que deseemos preservarlas con peligro de nuestra

reputación. Y si el sitio será ensangrentado y riguroso, aumentará la gloria en nuestra vanidad, pues quanto más cruel, hará más ayrosa nuestra constancia. Y para llegar a conseguir la gloria de la inmortalidad, es preciso caminar por sendas espinosas y ensangrentadas.

Terminó aquí la plática rogándoles que, en caso de que él muriese, obedeciesen a un sobrino suyo que se hallava con él, y fue recibiendo de cada uno el juramento de fidelidad. Después de lo qual, mandó poner una horca en la plaça para castigo de los cobardes y, el mismo día, se hizo justicia en ella de un soldado que perdió el respeto a un oficial. Y hecha la reseña del presidio, se hallaron para su defensa en él tres mil valerosos combatientes.

Tomando, pues, los puestos los enemigos, formaron tres baterías en partes ventajosas que desmantelavan con notable daño el flaco y antiguo casamuro de la ciudad vieja, executando al mismo tiempo los sitiados freqüentes salidas para divertir las operaciones enemigas. Y viendo el conde que en las defensas de la ciudad vieja avía perdido mucha gente, como también el terreno, pues le faltava para las cortaduras, emprendió ponerla fuego y reconcentrarse en la nueva, en donde los fosos no eran espaciosos, profundos y llenos de agua. Levantaron los turcos montañas de tierra movediza, de donde dominavan la plaça, en cuyas plataformas la artillería aterrava la mayor parte de la ciudad con las ruynas que ocasionavan los disparos.

[1566] El conde Nicolás era el primero que se exponía al riesgo, defendiendo con grande entereza el desembocar del foso, desbaratándoles las labores que bolvían de noche a reparar los turcos, tanto más infatigables quanto más numerosos. Comprehendía el conde el aparato formidable de los esfuerzos, como también lo desproporcionado de su presidio, a que acompañava la presencia de Solimán, que hazía más peligrosa la materia, por cuya razón quería también poner fuego a la ciudad nueva y retirarse con tiempo al castillo (antes de enflaquecer más las fuerças con la pérdida de la gente), pues era el corazón de la defensa. Pero los soldados, más abundantes de valor que de número, se ofrecieron a sustentarla a riesgo de sus vidas y el conde se dexó vencer de la bizarría más que de la razón.

Alí baxá, aga de los genízaros, con treinta mil asapes assistía a la parte más principal de la conquista, en quien imprimía notables daños con la artillería, aplicándose también a sangrar el foso para poder más fácilmente penetrar hasta las rayzes de la muralla y conseguir el assalto. Pero los de adentro arrojaron fuera quatrocientos soldados escogidos que obligaron a los genízaros a desamparar el puesto y, dexando clavadas tres piezas de artillería, se retiraron a la plaça en compuesta marcha cargados de aquella gloria que consiguen los que obran bien, aunque no sin daño, porque en los sitiados qualquiera pequeña

pérdida era excesiva por lo disminuido que estava el presidio. Y, por el contrario, insensible la mayor en los enemigos por la inmensidad de la gente que circunvalava la plaça. Murieron en este trance entre los turcos más principales Bulbi baxá y Tisuf, anciano y valiente militar.

Alí, aga de los genízaros, adelantando con exceso el trabajo de las trincheras, ensanchava más cada hora la capacidad de las brechas arruynando las murallas con la continuación de las minas. Y aviendo igualado el foso con sacos de tierra y faginas, como también con los cadáveres infieles, exortando sus tropas con la reprehensión y el exemplo duplicava los assaltos de día, como de noche, sin dexar a los sitiados un instante de reposo para su alivio. Y llegó a tal extremo el empeño que, mezclados unos y otros, con las armas blancas se ofendían sin defenderse, siendo la cantidad de los heridos y de los cadáveres tan grande que tenían cubierto el terreno y apenas podían poner firmes los pies los vivos sin riesgo de caer sobre los muertos. Pero superando el número mayor con atroz superchería a la constancia de los defensores, entraron por la brecha y, con muerte de muchos christianos, se apoderaron de la ciudad nueva a costa de muchas vidas y, entre ellas, la del aga de los genízaros y la del baxá de Egipto, sin otras de mucha suposición. Premió Solimán con grande cantidad de sultaminos a los primeros que lograron la entrada para conseguir la victoria.

Retiróse el conde al castillo con seiscientos soldados que le avían quedado solamente, en donde renovaron las obstilidades los infieles con incessable aplicación, saliendo llenos de sangre en los continuados assaltos, cuya resistencia ofendía lo más vivo de la soberbia y de la reputación de Solimán, persuadiéndose a que la defensa era temeraria y desayrada para la innumerable copia de agressores, siendo tan poca la gente que desvanecía su arrogancia. No se vio en todo el sitio choque más sangriento que este, donde los sitiados, por abançarse al peligro, se embaraçavan unos a otros deseando todos fulminar primero a los enemigos a costa de sus vidas, siendo tan considerable el estrago que abandonaron la interpressa retirándose infamemente amedrentados y descompuestos.

Hizo Solimán arrojar con una flecha un papel en el castillo en que exortava al conde a que se rindiesse, ofreciéndole el principado de la Croacia y otras más altas recompensas. Y, después de averle leído en público, dixo que serviría aquella carta para atacar las balas del arcabuz. Y viendo el sultán que no avían hecho efecto alguno sus ofertas, llamó a los cabos de los genízaros a su alojamiento, donde ásperamente les afeó la cobardía diziéndoles que, si no conquistavan sin dilación el castillo, llenaría los fosos de él con sus propias cabeças, expressando estas razones con tanta ira que, alterada la complexión

con el ardor y agravada con la mucha edad, cayó en el suelo acometido de un accidente de apoplejía que le quitó aquella noche la vida. [1566] Y porque no se divulgase su muerte, Mehemed baxá, gran visir, hizo ahogar al médico y a otros domésticos de su cámara para que no llegase este suceso a la noticia de los soldados que, cansados y atemorizados con los daños recibidos, era fácil que abandonasen la conquista (cuya política fue cruel, pero eficazmente provechosa, pues en virtud del secreto pudo continuar el visir la expugnación con la misma constancia que hasta allí).

Ya estaban demolidas las murallas del castillo y tan ciego el foso con las fatigas que se igualava con los terraplenes de los baluartes. Y dispuestos los enemigos para otro assalto, se encendió fuego en el castillo con tanta voracidad que se convirtió en una llama irremediable abrasando los víveres y las municiones, cuyo irreparable desastre reduxo a los sitiados a la extrema angustia, no aprovechando el valor adonde postra tanto la necesidad. Y viendo, el conde, tan desesperada esta materia, convocó los pocos soldados que le avían quedado en el presidio (pues de tres mil se avían reducido a ducientos y diez y siete) y, conociendo que estaría Solimán ofendido con tan obstinada resistencia y que no perdonaría a ninguno de todos, la vida, les habló de esta manera:

Amigos y honrados soldados, no ensuciemus las armas (ilustradas con tan arrogante defensa) arrojándolas a los pies del vencedor. No desayremos infamemente el esplendor de nuestro principio, oscureciendo por último las honradas acciones con un cobarde rendimiento, ajando voluntariamente nuestras vidas con presentarlas a los enemigos con descrédito, quando no debemos creer que nos guardará la palabra en las capitulaciones quien no mantiene la fe. Y, assí, es mejor morir peleando como leones que como ovejas degolladas por víctimas en sacrificio a la ardiente crueldad de los bárbaros. Y, por último, cada uno de nosotros pereciendo con la espada en la mano se avrá portado, si vive, como un Marte y, si muriere, como un mártir.

Animados los soldados con tal persuasión, respondieron que, aviendo perecido en aquel sitio los demás compañeros debaxo de las órdenes de tan valiente y gran cavallero, no querían (aviendo quedado tan pocos) ser inferiores a los otros ni en la generosidad ni en la gloria, y que los imitarían en el exemplo sacrificando las últimas respiraciones a la honra y a la religión católica. El conde de Esdrino, abraçando a todos y dándoles las gracias, se vistió aquel día con ábito pomposamente galán poniendo en una faltriquera cien úngaros y (preguntándole para qué era aquella prevención) respondió: *Quiero que estas monedas sean el premio de aquellos que, compadecidos de mí, me dieren sepultura.* Y encaminándose con la poca gente que le avía quedado a la puerta del castillo, haziéndola abrir, dobló enfrente sus pocas filas y, con la espada en la mano,

generosamente esperó el acometimiento de los enemigos, que hizieron alto algún tiempo temiendo fuesse política de algún engaño aquella determinación. Pero assegurados del rezelo, abançaron finalmente con grande ímpetu adonde estava el conde con los suyos, que hizieron notable estrago en los infieles. Y, aunque herido el conde de un mosquetazo que le atravesó los costados, no dexó de alentar ardientemente a los suyos. Y, no pudiendo mantenerse en pie por otra herida que le dieron, peleava de rodillas hasta que otro mosquetazo le quitó la vida, passando a vivir más premiado en una eternidad. Esta fue la celebrada defensa de Ziguet en donde se coronaron por la fe tantos católicos, pues de tres mil solo salvaron las vidas quatro en el último trance.

Embiaron los turcos la cabeça del conde a la armada de Maximiliano para avergonçar los cabos que dexaron perecer miserablemente, por no socorrer una plaça de tanta consecuencia y un cavallero tan valiente y benemérito. Murieron en este sitio veinte mil genízaros y diez mil espais, como también Solimán, en edad de setenta años, embejecido en la guerra y consumado en las conquistas, sin aver sobrevivido para complacerse con la expugnación que se logró tres días después de su muerte. Y el ver que se alargava tanto la conquista (con notable estrago de los suyos), le llenó el corazón de desconsoladas ansias de modo que entre la última respiración se le sofocó el aliento. Fue príncipe bárbaro, pero guerrero ambicioso de la mayor gloria. Reynó quarenta y seis años. Dilató por todas partes prodigiosamente los confines de su imperio. Fue de color cetrino, de semblante venerable y magestuoso, de natural melancólico, de estatura mediana, frente ancha, ojos gruesos y negros, nariz aguileña. Fue templado y abstigente del vino, justo y mantenedor de su palabra, y más inclinado a la clemencia que a la severidad. No fue cruel sino con sus propias entrañas y con su sangre en las executadas demonstraciones con los hijos. Fue gran remunerador de la valentía y perseguidor de los cobardes. Sujetó sus dictámenes enteramente a los de sus favorecidos, como su obediencia a las mugeres del serrallo, que conducían al triunfante como cautivo de sus opiniones. Superó con su presencia las más difíciles empresas. Fue temido y venerado de las milicias y las mantuvo dentro de los límites de la más severa y ajustada disciplina. Fue el terror y el estrago de la Ungría y abandonó a la Venus por Marte. Antepuso las asperezas de la guerra a las delicias de la Corte y, aunque de setenta años y mal dispuesto, no se cansó de solicitar conquistas hasta que el alma abandonó su cuerpo. Igual zelo no le han tenido los príncipes christianos para ampliar la fe católica, ni se lee en los exemplos que otro monarca (abandonando las comodidades de la Corte) aya sacrificado (en edad tan grande) los últimos alientos a los desconciertos de las armas, muriendo antes sitiado de embejecidas

indisposiciones por no abandonar el sitio, como lo hizo Amurates en Creta y el gran Solimán en Ziguet, cuya resistencia fue la más generosa acción que han hecho christianos en toda la guerra de Ungría. Conseguido de los infieles el castillo y no viendo las milicias comparecer a Solimán, sabiendo cuánto se deleytava con las victorias, sospecharon su muerte y se divulgó inmediatamente por todo el ejército.

El último fin del conde Nicolás de Esdrino fue el mencionado, tan infeliz como glorioso, aviendo sido el azote de los turcos, el escudo de los christianos, a quien consagró la común estimación a la gloria de la inmortalidad. Centelleavan ociosas las armas de Maximiliano entre Giabarino y Comora, en cuyas tropas se alistavan ochenta mil infantes y veinte y cinco mil cavallos, aviendo solo servido de una pomposa ostentación. Son las guerras como el juego, en que pierde más el que menos arriesga. Después de aver reparado las brechas de Ziguet los othomanos, abasteciendo la plaça de lo necessario y con gruesas tropas guarnecida, passaron a Belgrado y de allí a Constantinopla cargados de despojos y de esclavos, como de desvanecimiento y de soberbia.

Fin del Libro Sexto.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO SÉPTIMO.

SELÍN SEGUNDO

No se ajustarán bien las coronas othomanas a la frente de Selín Segundo (monarca dezimoquinto) si con la crueldad (anticipando los años) no huviesse usurpado la mayoría; ni tampoco le pertenecían por méritos o por valentía, mientras para subir al trono le cortejó solamente una inmensa tropa de vicios. Tuvo Solimán, su padre, dos mugeres: la Circasa y la Rosolana, a quien llamaron Rosa. La primera, era altivamente soberbia, áspera y severa y, la segunda, advertida artificiosamente, blanda y política. La Circasa era madre de Mustafá, Giangor, Mehemed y Baiaceto. La Rosa, de Selín (todos hijos de Solimán). Y aviendo conocido la Circasa que la otra era su enemiga y que, con artes estudiados, olores, perfumes y lisonjas, solicitava atraerse la voluntad del sultán a su confianza, animada de su zeloso enfado, imprimió en ella las señas ensangrentadas de su vengança con ajamiento de su hermosura, dexándola llena de sangre y desfigurada. Y aviendo embiado por ella aquella noche el sultán para divertirse, respondió que estava tan maltratada y tan indecente, que no era digna de su vista ni de sus afectos, cuya escusa ocasionó en Solimán mayor deseo de verla. Y mirándola de aquella suerte, la preguntó que quién la avía tratado tan mal, a que respondió: Señor, la Circasa, que es una fiera tyrana, que aborrece a las que estiman y reverencian los altos merecimientos de Vuestra Magestad. Y me admira que el más humano y más clemente príncipe de la casa othomana guste de recostarse sobre el regazo de la más engañosa y fiera esfinge (que excede a la mayor crueldad en la naturaleza). Y mal puede corresponder con blandas estimaciones de respeto quien, aun a sí misma, se maltrata con las sangrientas demostraciones de su ardiente proceder.

Agradóle el modo de quejarse a Solimán y no se disgustó de la viva representación de su ofensa, por cuya causa en otro lance reprehendió a la Circasa, que (intolerable a la prevención) le respondió desabridamente inmodesta diziendo que, teniendo hijos de Su Magestad, todas las demás debían ser sus vassallas y que, si no se mantenía la Rosa en los términos que debía a su respeto, experimentaría mayores demostraciones en su castigo. El atrevido modo de explicarse disgustó de modo, al monarca, que con aversión la aborreció de allí adelante, quedando la Rosa poseyendo tan enteramente la voluntad que no tuvo más comercio con otra muger. Y no solo la amó viviendo, sino que la fabricó (en su gran mezquita) un sepulcro de notable constuctura para eternizar su memoria en muriendo, con cuya demostración dio a su enemiga la última desconfiança quedando dueña absoluta de la campaña. Murió Mehemed, uno de los hijos de la Circasa, de veinte años y dispuso la Rosa que Baiaceto passasse a Caramania a efecto de retirarlo de los ojos del padre, porque no sufría que estuviesse otro que Selín, su hijo, cortejando a Solimán (que,

aunque menor, con industrias le hizo conseguir el solio a pesar de las oposiciones que le hazían la edad y la fortuna).

[1566] Era Mustafá, primogénito, en quien concurrían las mayores esperanças y en la Corte othomana no se avía conocido jamás príncipe de tan altas prendas, pues el nacimiento no le quitó nada a la cortesía, ni la sobervia le dio algo a la grandeza. Era soldado atento, valeroso y discreto y el ídolo de los genízaros, como también el objeto de los aplausos, cuyas circunstancias le hazían más embidiado. Mostrávase la más interessada en desear su ruyna la Rosa, solicitando motivos que le quitassen la vida para que pudiesse su hijo Selín conseguir el imperio, para cuyo efecto se unió con Rustén baxá, su yerno, y maquinaron su destrucción. La Circasa, su madre, (que avía penetrado la unida maldad) embió persona de su satisfacción a prevenirle de todo, como que estuviesse advertido y procurasse preservarse con rezelo y, particularmente, del veneno.

No se hazía gran caso de Giangor (que era corcobadillo y gracioso), aunque Solimán le traía consigo, más por divertimento que por amor. No tenía jamás gustosas comunicaciones Solimán con la Rosa, que no imprimiesse en su ánimo zelosas cabilaciones contra Mustafá. Y fueron tantas, que lograron en el ánimo del sultán que llegasse a ser odio irremediable la desconfianza. Poníale en la consideración que los artes, en Mustafá, eran insidias que regalava a las milicias más por ambición que por generosidad y que se hazía amar con ánimo de hazerse obedecer. Y que andava sembrando la cizaña de que, estando su padre tan viejo, no tenía fuerças para sustentar el cetro y que el peso de la monarquía era tan grande que si él no pusiesse la espalda para tolerarlo, corría peligro de caer en tierra; que Mustafá era el ídolo de Constantinopla y que muy aprisa le vería adorado. Estas artificiosas y malignas insinuaciones assombraron al zeloso viejo de modo que, con el pretexto de hazer la guerra al persa, se transfirió en Amassia, de donde mandó llamar al hijo y dio orden a quatro mudos que lo ahogassen en su presencia con la cuerda del arco (que este género de muerte entre los othomanos es el más honrado y el que se practica con los príncipes de la casa real, porque el passarlos por el arco es especie de morir triunfando). Y dizen que, siendo la ambición un hambre, se le quita el apetito de reynar con castigar la garganta. Hizo Solimán que manifestassen el cadáver a todo el ejército y que, en altas voces, dixesse el ministro de la justicia que no avía más que un Dios en el cielo y un monarca en la tierra, imputándolo de conspiración contra su padre. No ay frases con que expresar el universal disgusto (por tan bárbaro y no merecido castigo) de que nació blasfemarle todas las lenguas y desacreditarle todas las plumas. Es costumbre en los ejércitos

othomanos quando el sol descende al ocaso, gritar, expressando el nombre de Dios en forma de salva. Y después de la muerte de Mustafá, se negaron los genízaros a esta execución. Avía en este tiempo un artífice tan parecido en el rostro y en el cuerpo a Mustafá, que se divulgó averse escapado de su padre y, embobado el pueblo al verle, le seguía, amava y reverenciava subministrándole dineros. Y el parecido (que hazía mercancia de la similitud) gustava que tratassen la copia como parecida al original y, creyendo que imprimía carácter real en su persona, la monstruosidad ofrecía recompensas de ciento por uno a los que le davan dinero para quando se hallasse en el solio. Y aviendo juntado quarenta mil hombres, condenó a muchos a muerte porque (conociendo príncipe más fabuloso que histórico) le negaron la obediencia. Instituyó primer visir y, creciendo la novedad con la fama, atraía a los ociosos y a los mal aplicados a su partido, con que aumentava el número de los sequazes y, no quedando inferior la reputación, se fue acercando a Constantinopla.

Solimán, por extinguir en los fogosos manantiales la llama de la inundación, mandó marchar a Portau baxá con sesenta mil combatientes a cortar el passo al peligro que le amenaçava. Y aviéndose dado vista los dos exércitos se presentaron la batalla, en cuyo trance quedó derrotado y preso el mentido Mustafá, que conduzido a la presencia de Solimán le preguntó los motivos que avía tenido para semejante movimiento, a que respondió que avía nacido en Sinope y tenido tienda de fruta en Constantinopla y que, aviendo observado el sentimiento universal por la muerte de Mustafá, su hijo, (siendo tan parecidos) se avía valido de esta ficción deseoso de sacar con ella dinero, reputación y séquito y que lo avía conseguido todo. Después de lo qual, mandó Solimán que le diessen tormento para que declarasse si avía sido induzido de algunos cómplices en la execución de semejante tentativo y ordenó que le cortassen las narizes y las orejas, llevándole atado a la cola de un cavallo por toda la Corte, y suspendiessen después de un gancho para hazer con la dilatación de la muerte más durable y horrorosa la pena. Hizo morir también Solimán al hijo único de Mustafá en las fajas. Y hallándose Giangor con el padre en tal espectáculo (observando con amarga ternura la sinrazón executada con el hermano y con el sobrino), le preguntó la causa que ocasionava el reynar en los moços el amor y la crueldad en los viejos que se olvidavan de ser padres y hazían semejante demonstración en la propia sangre, como de la de los enemigos, cuya aguda interrogación estimuló el remordimiento de la conciencia del abrasado padre (que no solo le reprehendió agriamente y mandó que se retirasse de su presencia) sino que le trató de villano. Y pocos días después salió de este mundo con sospechas de veneno, en cuya muerte se discurrió con

variedad, pues hubo muchos pareceres de que se le dieron y, otros, de que voluntariamente le hubiese bebido por encontrar sola una vez la muerte y no estar agonizando todas las horas, esperándola cada momento.

Avía quedado de los hijos de la Circasa solamente Baiaceto, pero Selín (de concierto con la madre), aborreciendo el último lugar que le avía señalado la naturaleza en el nacimiento y odiando la fortuna de los mayores, puso cuidadoso estudio en grangear la afición de Solimán para desconfiarle de las acciones de Baiaceto (que solo se avía preservado de la paterna crueldad) y era el único obstáculo que le podía entibiar el conseguir la exaltación. Por lo qual afeava (opuesto siempre) sus acciones, (porque la desesperación le empeñase en los lances que podías ser más odiosos a su padre) y grangear él la gracia que podía perder el otro en los malos oficios que le hazían él y su madre.

No dexava de mostrar Solimán, en lo exterior, el disgusto interno que le motivavan las domésticas dissensiones y, aplicando con solicitud algunos medios para que hubiese amistad y amor entre los hermanos, salieron infructuosos todos porque nació la oposición de ambiciosas máximas (que no distinguen los hermanos de los más sangrientos enemigos), a que se añadían los implacables deseos de ver la Rosa sentado a su hijo en el solio, cuya ardiente sed aumentava con los malos oficios la representación para que, en el ánimo de Solimán, tuviese crédito de inobediente y sedicioso Baiaceto y de que, impaciente, esperaba del tiempo la soberanía (reservada para él de la fortuna), intentando anticiparla con el arte y con la violencia. Y valiéndose también de cartas supuestas para acrecentar las sombras de la desconfianza en los rezelos del anciano padre, fomentavan su ruyna con tan alevés máximas.

Era Selín el continuo despertador del sultán porque, con alteradas demostraciones, le noticiava de lo que obrava y de lo que no obrava Baiaceto para descomponerle y mejorarse en la gracia. Esforçavan esta razón de Estado la madre y Rustén, su cuñado, con la qual aspiravan a la dessolación de Baiaceto, en cuya ruyna consistía la exaltación de Selín. Y eran tan mañosas las instancias con que movían las aguas que, sin alterar las olas con las blandas respiraciones de la solicitud, descubrieron algunos rayos de luz en la inclinación del sultán que, con distinción, acaloravan las esperanças de Selín. Era esta afectada dilectación tan violenta que cada día se deponían los baxaes (en quienes se reconocía poca inclinación a la Rosa y a su hijo) y passaron a tanto los insidiosos manejos que Baiaceto, viéndose sitiado de tantos artificios, sospechando que su detención en la Corte (por las secretas tramas que se urdían en su daño) podría atraerle alguna fatalidad, resolvió abandonarla y ponerse en campaña con algunas tropas, pero publicando siempre que su disignio no era hazer ultrage al

padre, sino ponerse en defensa para preservarse de los riesgos que fomentava su hermano contra su vida.

Llegó Selín (con la fuerte escolta de las armas paternas) a medir (en abierta campaña con él la fortuna), pero Baiaceto manifestando su gran corazón en medio de la desigualdad de sus tropas (y no encubriendo Selín su corto espíritu en la frente de todas las fuerzas othomanas). Mientras el primero combatía desesperadamente, el segundo procurava salvarse del peligro con la fuga, a tiempo que Mustafá baxá, asiéndole por la brida, le dixo que desacreditava su honra con tan vil exceso y que no degenerasse de la bizarría de su padre advirtiéndole que, con la fuga, se le escaparía el cetro de la mano y, entretenido (como dizen por fuerza, con la persuasión), ganó la batalla por aver abandonado los suyos a Baiaceto (que se vio precisado a poner en salvo). Y después del desgraciado suceso, embió a representar a su padre que no avía desembaynado la zimitarra contra él, sino por necesidad de defenderse contra la crueldad de Selín, que solicitava su precipicio aborreciéndole por el único delito de aver nacido primero, y que estava pronto a echarse a sus pies en caso de que se lo permitiese.

Avía hecho el muftí una pública declaración de que los que huviessen seguido la parcialidad de Baiaceto (como inobediente de su padre) avían incurrido en la maldición y en la condenación, pero después del conflicto el muftí de Amasia se transfirió a la metrópoli. Y siendo uno de los quatro intérpretes de la ley de aquel tiempo, declaró con públicas palabras que al hijo penitente se le debía perdonar tratándose de conservar la sangre othomana, y que ofendían la ley aquellos que, en el estado de penitencia (en que se hallava), le huviessen perseguido. Túvose creído que Solimán no quedasse contento con esta última declaración, ni que mirasse bien al autor de ella.

En este tiempo passó un embajador de Maximiliano a la Porta y los turcos creyeron que iba solamente a penetrar (en su profundo silencio) el motivo de estos familiares excessos e internamente no gustaron de su negociación, tratándole en lo exterior como acostumbran. Entre los regalos que llevó fue un elefante de plata, en cuya torre estava fabricado un relox de exquisita manufactura. No hallaron en el padre acogida las súplicas del hijo, a quien ordenó le remitiesse un capigi bassi, creyendo fuesse quien le fomentava y, obedeciendo Baiaceto, hizo que passasse a la presencia de su padre y, después de averle hecho varias preguntas, le dieron tormento y quitaron la vida.

Continuóse el armamento y la declaración de querer nuevamente o abatir con las armas a Baiaceto, o mirarlo humillado en la Corte, para recibir la ley y el castigo del irritado padre. Y viéndose mal assistido, como falto de medios para

resistir al hermano (acalorado de la autoridad enteramente del empeño de su padre), se recobró en Persia y, passando por Esdrum, el baxá le previno que no se detuviese en el viage desperdiciando el tiempo de modo que consiguiesen alcanzarle las tropas de Solimán que, con ambición de averle a las manos, le iban siguiendo en dilatadas marchas. Y aviendo penetrado su padre la fuga, dio orden en Amasia que se asegurassen de la muger con los pequeños hijos que tenía. El rey de Persia lo acogió con demostraciones de honor y cortesía regalándole con espléndida galantería en Tauris, donde entró acompañado de quatro mil persas, ofreciéndole aquel rey su protección, como también que embiaría un embaxador para implorar la clemencia de Solimán.

Cortejóle también con gran atención Eschiet, hijo tercero del rey, a quien tenía destinado para la sucessión en la corona, manifestándole afecto particular y solicitándole con instancias para que dexasse la ley mahometana por el persiano rito. No se ajustó a la proposición, valiéndose para no admitirla del grave disgusto que recibiría su padre con tal novedad en la mudança de religión. Bien creía Baiaceto que avía encontrado asylo seguro en sus infelicidades viéndose pacificado con la mala fortuna, pero tan alegre principio tuvo funesto fin.

Llegó el embaxador persiano a Constantinopla con dos elefantes, algunos camellos y otros regalos y, solicitando aplacar la ira de Solimán con la obediente resignación del hijo, le suplicó el perdón, pues deseava llegar penitente a sus pies para que le absolviesse. A cuya representación, poco atento, mirando no solo con aversión a este ministro, sino con injuria, dio orden que arrestassen a su secretario y quitassen con violencia los papeles de la negociación para penetrar las comisiones de que se componía su instancia, aviéndole oprimido después con tormentos para que declarasse los disignios de Baiaceto en Persia y lo que aquel rey avía deliberado en su protección.

La sultana, su madre, añadió ruegos y lágrimas a los oficios del embaxador (que no dexaron de entibiar en parte el paterno desdén), pero esta serenidad la perturbó un correo de Selín que noticiava inteligencias y maquinaciones de su hermano con el persa, passándose a ser tormenta deshecha la calma que, en quietud templada, avía empeçado a lisongear con alguna esperanza la margen de los deseos para asegurar la confianza del fugitivo Baiaceto. Representava también Selín que convendría declarar la guerra a dicho rey para dejar desvanecidas aquellas máximas, asegurando que el temor de la rotura sería causa de abandonar la protección del refugiado. Y como el sultán (por el amor que tenía a la madre) disponía a su arbitrio las deliberaciones, por el genio que tenía arraigado en Selín, confiava y creía todo aquello que le

representaban los dos y, así, publicó la guerra contra el persiano en caso de que no retirase la protección de su hijo.

El embajador protestava (por templar el furor othomano) no aver su rey acogido a Baiaceto para fomentarlo, sino para ser instrumento de paz entre príncipes de sangre tan propia. Entró en este tiempo el tributo que venía de El Cayro, que se componía de gran cantidad de cargas de oro, cuya riqueza dexó admirado al embajador (que escribió a su rey, representándole que escusasse el rompimiento y no procurasse por introducir la paz en el imperio ageno, ser causa de la destrucción del propio). Hizo dezir Solimán al embajador que para escusar la guerra no avía otro medio que el de embiarle la cabeça de Baiaceto y degollar a todos los que le acompañavan. Estava el sultán con ánimo tan inflamado (por las vivas instancias de su muger), que resolvió despachar a Persia por embajador extraordinario a Portau baxá para que negociasse con aquel rey (que vivo o muerto) le entregasse a Baiaceto, y regalasse con un reloj de oro y diferentes alhajas de plata, llevando también en dinero contante seiscientos mil escudos para ofrecerle la paz y dinero en caso de que concediesse la petición, como también la guerra en caso de que no le diesse esta satisfacción.

Publicóse en este tiempo en Constantinopla un severo decreto que prohibía con mortales penas el uso del vino (aunque se perdían con la falta del consumo grandes cantidades de la hazienda del sultán) y, aviendo representado el visir la considerable baxa de la renta de Solimán, respondió que por el provecho de muchos millares de marcos de oro no se debía vender un solo grano de la conciencia, cuya resolución se executó con tanta obediencia que no hallavan los christianos por dinero alguno tanto que bastasse a reparar una sed. Hizo también que saliessen de la Corte todas las mugeres de mala vida y que se embarcassen para Argel, diziendo que tal mercancía infecta se debía embiar a los agenos payses para preservar los propios. Solicitó en este tiempo un turco su protección (injustamente) contra un christiano, a quien respondió que la justicia era como el sol, de cuyos rayos debían participar igualmente los buenos y los malos, los fieles y los infieles.

Llegó el embajador othomano a Persia acompañado de tres mil hombres para hazer la función con mayor vanidad, a quien detuvieron en Tauris con el pretexto de que el rey tomava el agua de la China para evacuarse, por cuya razón no podía promptamente admitirlo a la audiencia. Y se creyó que el verdadero fin de la detención fue solo por si se podía penetrar la calidad de la negociación. Y aviendo sabido el rey el empeño de Solimán en la restitución del hijo, intentó que le diesse (en recompensa) parte del país que le tenía ocupado. Pero no teniendo orden el embajador de entrar en tan escabrosa materia (después de

aver hecho sus protestas de recibir la paz con útil o la guerra con dañosa ruyna), participó a Solimán el estado se su negociación.

Llegó inmediatamente otro correo a Persia con orden que el embaxador, con nuevas amenazas, bolviesse a duplicar las instancias en caso de que aquel rey se resistiesse a lo representado, porque se hallava Solimán tan movido de la ira que prorumpiría en qualquiera exceso, despreciando la mayor efusión de sangre y de oro por conseguir la muerte de su hijo. Puesta pues en consulta esta materia entre los sátrapas persianos, salió resuelto (no obstante la fee pública de la palabra del rey) anteponer los intereses de Estado a otro qualquiera respeto, como que se assegurasse en buena custodia la persona de Baiaceto (como se executó), permitiendo que le visitasse el embaxador para que pudiesse noticiar a la Porta la prompta novedad, siguiéndose a esta circunstancia la demostración de la muerte de los que le avían acompañado, como también perder Baiaceto los últimos alientos de la respiración a las violencias de un laço. **[1562]** Y para dissimilar que esta sinrazón se avía executado por dinero y la crueldad por temor, publicaron que el infeliz Baiaceto huviesse conspirado con otros sequazes contra la vida del rey.

Llevó este aviso un correo extraordinario a la Porta, cuya noticia serenó el semblante de Solimán con alegría particular, haziendo merced al chاوز del primer sangiacato que vacasse. Y por seguridad de aver sido real y verdadera la execución, remitieron los persianos a Constantinopla los despojos, armas y cavallos como trofeos de la tragedia, no distinguiéndose en este frangente (por mayor) el exceso infame de los persas o el de los othomanos. Quedaron Selín y su madre alegres con la muerte del enemigo y asegurados con el mejor derecho para el imperio y, no contento Solimán con tal vengança, hizo que experimentassen los efectos de su crueldad los inocentes hijos del infelize padre, vertiendo aquella inculpable sangre para apagar en ella el hidrópico furor de su vengança, llevándose estos tiernos infantes muy poca edad unos a otros, no aviendo cumplido el uno doze meses quando en los braços de la nutriz le ahogaron con las fajas, mezclando las primeras desazones de los gemidos de la cuna con las últimas agonías de la tumba. Nacen los príncipes de esta casa destinados (como los becerros) al cuchillo, para víctimas sacrificadas en las aras del ídolo de la ambición.

Sucedieron estos acasos en Assia antes de la muerte de Solimán (como diximos), de la qual notició Mehemed visir a Selín, que partió a toda prisa de Castel Negro y, al cabo de tres días, con dos falucas desembarcó en el serrallo. Rezelaron la muerte de Solimán los hebreos, que penetran más que otra nación alguna, por cuya razón cerraron todas las tiendas y pusieron los caudales en

cobro, temiendo algún contratiempo de la militar licencia (motivo que obligó también a Mehemed a ocultarle, por los excessos que podían resultar quando en el casná avía dexado Solimán efectivos treinta millones de oro y en los genízaros otra tanta más ambición).

Suelen los monarcas, quando llegan a tomar possession del imperio, a desembarcar en el coraçón de la ciudad, donde los genízaros puestos en ala con la zimitarra en la mano le aclaman emperador con voces de júblio. Y piden en estas ocasiones algunas gracias que consiguen. Y por escusar estas demandas (qua algunas vezes son molestas), tuvo por mejor partido Selín sentarse en el solio sin aguardar el retorno del exército. Mandó sacrificar mil castrados, cuyas carnes se repartieron entre los pobres, passando después (acompañado de trecientos cavallos) a la gran mezquita (vestido de terciopelo morado, en señal de tristeza por la muerte de su padre) y, aviendo executado las acostumbradas súplicas, visitó otras cinco dexando en cada una quinientos zequíes de limosna.

Buelto al serrallo sediento, publicaron algunos criados suyos, que avía bebido dos grandes taças de vino, con cuya noticia se alegraron los bebedores y los taberneros de la Corte, esperando que llegaría la ocasión de olvidar el practicado rigor antecedente en la observación del decreto de Solimán, quien sabiendo lo amante que era del vino Selín, pocos días antes de morir le embió a exortar (con persona de su satisfacción) para que se templasse en aquel vicio. Y enfadado de la amonestación, herido en el ánimo, desfogó la rabia en el inocente embiado, mandándole quitar la vida secretamente en su retorno. Cumplidas las solemnidades de la coronación, se encaminó a Belgrado, assí porque le saludasse el exército como a emperador, como también por encontrar el cadáver y honrarle con su asistencia, mandando entregarle a Acmad baxá que assistiesse a la función de la sepultura, que se executó en la forma acostumbrada.

Salió de Constantinopla el muftí con muchos dervís y otros de la ley a encontrar el cadáver, que colocaron sobre un carro cubierto de tela de oro. Y, precediendo con devota sumisión, imploravan con cánticos la divina misericordia expresando en ellos no aver más que un Dios y, después de Dios, su profeta Mahoma. Marchava el muster aga delante llevando sobre una lança el turbante del monarca, de la qual pendía la cola del cavallo, explicando con aquella demonstración que avía muerto en la guerra. Proseguían en ordenança los oficiales del serrallo y grandes esquadras de genízaros y espais, llevando arrastrando el estandarte imperial y otras insignias aquellos a quienes tocava conduzirlos. Los cavallos de su persona caminavan cubiertos de gualdrapas de terciopelo negro, haziendo fuerça los palafreneros para que se les cayessen las

lágrimas de los ojos, y lo conseguían en las narizes unos polvos que hazían este efecto y parecía que lloravan naturalmente. Los baxaes assistieron vestidos de tristeza y fue el concurso grande, como la función lúgubre, pero magníficamente sobervia. Colocaron sobre el sepulcro el turbante y la zimitarra, cubriendo cada viernes la tumba con nuevo paño de riquísima tela de oro sembrada de flores, sobre la qual los ministros, mudándose a menudo, recitavan el Alcorán con gran devoción.

En el retorno de Selín a Constantinopla, los genízaros y espais, cansados y consumidos de la dilatada guerra de Ungría y del sitio de Ziguet (donde pereció infinita cantidad de cavallos y camellos) y porque faltavan bastantes genízaros para hazer con solemnidad la entrada, mandaron desembarcar de las galeras los asapes para que suplieran la falta, de que se comprehendió que no se continuaría la guerra con el emperador y que antes se darían oídos a las negociaciones de la paz. Empeçaron a tumultuar las milicias, diziendo que el sultán se avía puesto en el solio antes de su llegada por defraudarles el donativo acostumbrado y, ocupando la calle cercana del serrallo, intentaron impedirle el passo en quanto no lo desembolsava, durando la sublevación desde la mañana hasta essotro día, dos horas después de aver salido el sol, de cuyo movimiento nació retirarse Mehemed, primer visir, como también que, atemorizado el sultán, diesse orden les pagassen, aunque no se avía cumplido el mes, con cuyo socorro calmó la sedición el movimiento de tan alteradas olas.

Siguiéronse después nuevas mudanças de ministros y, aviendo dexado Solimán en su testamento encomendada la persona del hijo de Ferad aga, despreciando Selín la memoria de su padre (en la intercesión), le depuso del puesto que ocupava ingratemente, olvidando que le avía llevado, como dizen en peso (con la fuerça de las sinrazones executadas con los hermanos), al dominio del imperio.

Segismundo, príncipe de Transilbania, aprovechándose de las divisiones turquescas, logró la ocasión de ponerse sobre Tocay, plaça imperial, y la huviera conseguido a no atravesarse nuevos tratados de ajuste con Maximiliano, como porque también deseava deshazerse de los tártaros que le avía dexado Solimán para su defensa, quienes dessolando la provincia convertían el antídoto de la amistad en más nocivo veneno.

El emperador, también noticiado de algunos avisos secretos del ánimo de Selín en no despreciar las proposiciones de paz, despachó a Constantinopla al obispo de Agria, con otros dos embaxadores, al cumplimiento de la exaltación y a ofrecerle amistad, acompañando la demonstración con sumptuosos regalos y cartas de propia mano, expressando en ellas ánimo de apaciguarse con la

Porta, a lo qual respondió Selín con elevados conceptos que indicavan no ser suya la fábrica de ellos. Tenía esta negociación Alberto de Vijs antes del arribo de los embaxadores, en que avía empeçado a dar algunos passos con el visir, sin conclusión, por aver muerto poco después de opresión de ánimo nacida de averle injuriado los turcos, porque yendo a cavallo por la Corte encontró al muftí y, no aviéndose desmontado (ignorante de aquella ceremonia), los genízaros lo arrojaron en el suelo violentamente con el ajamiento de muchos puntapiés y bofetadas. Y no aviendo podido conseguir del visir alguna satisfacción, murió de pesadumbre.

Rara política es la de los príncipes christianos, pues en recibiendo entre ellos algún sinsabor, por pequeño que sea, ofendidos, indignados, implacablemente se arman y se disponen promptamente para la vengança, queriendo con avenidas de sangre enemiga satisfacer el enfado. Y, por el contrario, sufren con infinita tolerancia qualquiera bárbara superchería de los turcos, dissimulando el desayre a costa de la reputación. El rey de Polonia (que avía comprehendido las blandas insidiosas pláticas de los othomanos con el príncipe de Transilbania para tenerle ligado a su partido, solo a fin de sus particulares intereses) le persuadió a que abandonasse las engañosas lisonjas de Selín y se ajustasse con Maximiliano, como se logró con las siguientes capitulaciones: Que se olvidassen recíprocamente las antecedentes injurias. Que, deponiendo el título de rey por ser hijo de rey, se continuaría con el de serenísimo príncipe. Que gozaría Segismundo la Transilbania interior por hereditario título y la ulterior durante su vida solamente, después de la qual passaría al dominio del César. Que, si por los turcos quedasse desposeído de la Transilbania, se recobraría en la Silepsia en el castillo de Oppolia. Que, si sus armas atacassen la provincia, asistiría a la defensa Maximiliano con sus tropas y que, si muriesse sin sucession Segismundo, se eligiesse de los Estados de la Transilbania otro príncipe inseparablemente unido al partido de la casa de Austria.

Estas capitulaciones ratificó también el transilbano, pero con la circunstancia de reservarlas a la noticia de los othomanos y mantener dissimuladamente con Selín aparente correspondencia para apartarle de los disignios militares, manteniendo en quietud ociosa (miserable condición de príncipes christianos que, atemorizados de las fuerças turquescas, procuran adormecerlas para preservarse de ellas, como si por despiertas que estén les faltasse proporcionadas resistencias para sujetar sus bárbaras resoluciones), y para apretar más eficazmente el vínculo de esta confederación, daría el emperador una de sus sobrinas al transilbano por muger. Y no ajustándose la

archiduquesa doña Bárbara a la boda por ser arriano, ni siendo tan hermosa la archiduquesa Julia, se mostró dudoso en la conclusión del ajuste. Y, entre tanto, acometido de ancianas indisposiciones se desposó en breves días con la sepultura, terminando la vida sin sucesión. Fue príncipe de costumbres desiguales a su nacimiento, criado (sin educación) del cardenal, su tutor, para que siendo incapaz por sí mismo de manejar el peso del gobierno, se viesse precisado a dejarlo caer sobre sus ombros. Dexó ricos tesoros porque Estevan Zapullano, su abuelo (tesorero de Matías, rey de Ungría), convirtió una gran parte en provecho propio, por lo qual sembró la mormuración (no sin sospecha) las voces de que avía sido tal su ambición en aquel tiempo que avía contribuido diligencias artificiosas para la muerte del rey. Distribuyéronse sus tesoros entre el rey de Polonia y tres hermanas suyas, señalando también al othomano una porción considerable para mantener su protección. Con la muerte de este príncipe tuvo fin la estirpe Zapullana, con satisfacción de los más zelosos christianos, que miraron alegremente troncada una línea que tenía su centro en Constantinopla.

Consiguieron sin dificultad las treguas los embaxadores imperiales porque (maquinando Selín la rotura con Venecia y la invasión del reyno de Chipre) no se aplicava a las conquistas terrestres. Celebravan en la Corte imperial este ajuste como bastante para que gozasse alguna serenidad el reyno de Ungría después de las passadas tormentas, cuyas bonanças suelen ser de corta vida y de aquellas breves alegrías que gozan los ganados embestidos de los lobos en el reparo del redil que, con fortuna, se defienden de su voracidad, y el que oy se preserva del riesgo no dexa de estar mañana aventurado al peligro. Concluyéronse las treguas por ocho años, incluyéndose también en ellas el transilbano como príncipe amigo, y mencionándose en las capitulaciones Francia, Polonia y Venecia. Intentaron los turcos que el César se obligasse no solo a la pensión de cada año (como se acordó en tiempo de sus antecessores), sino de que escusaría dar acogida a los usquoques. Y queriendo los ministros eximirse de esta circunstancia, dixeron que esta nación estava extinguida y que, con este nombre, solo vivían algunos sicarios de mala vida, vandidos del Estado veneciano, pero porfiaron los turcos en esta especificación, como que en ningún tiempo los fomentasse ni assistiesse el emperador.

A los cumplimientos de la muerte de Solimán y exaltación de Selín, despachó la República a Marino Cabali por embaxador extraordinario, como también para (con esta atención) assegurar la buena correspondencia. Y el sultán, con recíproca benevolencia, embió a Ebraín bey a complimentar al senado. Y aviendo llegado a Dalmacia, le transportó a Venecia la galera

Valaresa, donde le alojaron y festejaron con espléndida demostración. Y acompañándolo a la audiencia numeroso concurso de senadores, se presentó en el Colegio, donde entregó las cartas credenciales de Selín que mencionaban la muerte de su padre y su exaltación al imperio, asegurando que avía heredado la paz que le dexava su padre con la República y que la mantendría y continuaría puntualmente. Después de concluida esta función, pidió audiencia secreta, en que exageró (con grave sentimiento, en nombre de su monarca) los hurtos de los usquoques, las escandalosas presas de navíos mercantiles executadas en vassallos del sultán, en quienes ensangrentadamente avían cometido terribles dessoluciones y asesinatos con muertes crueles, inficionando la seguridad del comercio, y que estos excessos necessitavan prompts y resueltos remedios. Y que el natural ardor de los venecianos (en refrenar tan intolerables insolencias) no solamente se avía resfriado, sino apagado enteramente, y que los othomanos no podían ya sufrir tan mortales injurias de sus súbditos. Y que arrojarían considerable armada en el Adriático para reprimir con la fuerza las violencias de enemigos tan crueles, destruyendo con las armas othomanas a Seña, Bucari y otros nidos de gente tan malvada y facinerosa. A cuyas declaraciones respondió el senado que no dexava la República por executar todo lo que perteneciese a la custodia y defensa del golfo y que, sin atender a los gastos, se entretenían numerosas esquadras de galeras navegando aquellas aguas para preservarlas de ladrones y que combatían a quantos hallavan, haziéndoles terminar las vidas en el suplicio. Y que, en quanto a esta bárbara feroz nación internada en las selvas y los escollos, no era maravilla que saliessen alguna vez improvisamente a robar y, más, quando no era fácil averlos a las manos para castigarlos, pues no cursavan los mares continuadamente en navegar las aguas capaces de mayores leños, siendo los suyos tan inferiores que era más fácil ponerlos en fuga que rendirlos. Y que asegurasse a su monarca que tenía tanto dolor el senado de estos excessos como podía tener el sultán. [1567] Y que, para que el tráfago no quedasse damnificado, daría nuevas y apretadas comisiones a los directores de las armadas para que atendiessen a oprimir castigando con severidad los que, de esta nación y de otras, intentassen aquellos mares con el corso. Después de lo qual (regalado como es costumbre), bolvió el embajador a Constantinopla y porque algunas vezes se hará mención de los usquoques, infestadores de los turcos como de los christianos, no será inútil expressar sus robos, haziendo mención de su origen encadenando sus principios.

La Dalmacia, con los inmediatos payses a la marina, contienen algunos desastados sitios, puertos abandonados y ásperos escollos inaccesibles capaces

de ejecutar insultos, en cuyos horrorosos abrigos se anidaban los malhechores. Los habitantes de estas costas marítimas, desfavorecidos de la fecundidad del terreno y poco amantes de la más decente industria, se aplicaron a vivir de los robos por no tener hacienda propia, arrebatando con violencia los caudales ajenos en el ministerio de la piratería. Y casi desde sus principios, la República (menos amplia entonces) ensangrentó su coraje en atrozes guerras con semejantes pueblos para desanidarlos y asegurar el golfo Adriático de sus insultos, como lo hizo a costa de algunas batallas degollando en muchas ocasiones triestinos, narentinos, cimariotes, clisanos y otros, aviendo con gran desperdicio de oro y de sangre asegurado enteramente el tránsito de la mar a todas las naciones (abandonado antecedentemente de todos los comerciantes por el temor de los cosarios que le infestaban).

En la parte que la Istria señala el último confín de Italia se deja ver el golfo Fanático (llamado modernamente Quarner o Carner), quizá porque reynando allí el Boreas más impetuoso, abre en las aguas remolinos violentos que suelen llenarse de cadáveres por los frecuentes naufragios que ocasionan los torbellinos (que se desencadenan o desatan de las islas, despeñaderos y escollos), en cuyos senos se anidaban los usquoques con muchas barcas para el uso de la piratería, haciendo gran vanidad de que su origen dimanava de algunos pueblos guerreros (que por sacudir del cuello el bárbaro yugo, subieron a poblar sobre los ombros de mal aliñados y ásperos montes), los cuales no siendo capaces de sustentarlos, descendieron a más amena habitación protexidos del emperador Ferdinando que les señaló a Segna y otros lugares circunvezinos (fragmentos del arruynado reyno de Ungría) para que hiziessen frontera a los othomanos. No es grande esta plaça, pero su fábrica (en sitio resistente de áspero clima en corba demonstración) semeja la figura de un arco entre la Istria y la Dalmacia, uniéndose con el medio de ella estas dos provincias, a cuya vista se levantan algunas islas de la República como Veglla, Arbe y Pago (que fueron las primeras que experimentaron las vexaciones de esta nación), no siendo a los principios considerable su número. Pero después, agregándoseles muchos vandidos de varios payses, soldados y galeotes fugitivos de la armada veneciana, y algunos súbditos de mala vida, se acrecentó la comitiva de forma que, engrossada la multitud con el pretexto de hazer guerra a los turcos, despojavan también a los christianos turbando la quietud de los mares y la tierra. Y desembarcando en Dalmacia, violavan los dominios de la República con universal exclamación de aquellos pueblos y, haziéndose insoportables a los católicos, provocavan a un mismo tiempo a los turcos.

[1568] El año siguiente, se engrossaron las sombras de los rezelos de la República por no aver podido penetrar a qué parte amenazava derechamente el incendio de los rayos de la armada othomana, no assegurándoles de la amenaza las freqüentes queexas de Selín (que motivavan rezelos, según los pretextos que buscava en su deseo para alguna novedad), pues despachó otro embaxador al Colegio que, en forma jactanciosa, expresó el poder militar, hechos de Solimán, expugnación de Ziguet, como la desolación de la Ungría y las fuerças othomanas (destinadas a destruir a sus enemigos), bolviendo a duplicar las queexas porque Alfonso, duque de Ferrara, avía assistido al emperador Maximiliano (acérrimo enemigo de la Porta), expresando también que no dexaría el sultán sin vengança la injuria. Y que esperaba que la República no protexería a este príncipe confinante suyo y permitiría que le castigasse con las armas, bolviendo también a exagerar los ladrocinios de los usquoques y la piratería de los cosarios christianos. A que respondió el senado no aver, hasta aora, en alguna cosa la República ofendido la correspondencia que mantenía con la Porta y que, por su parte, avía observado inviolablemente los pactos de la paz. Que los improvisos insultos de los salteadores no eran causas bastantes para alterar la quietud de las treguas. Que se avían dado, a los generales, órdenes resueltas para su desolación. Que Alfonso, duque de Ferrara, era príncipe libre y que la aliança que tenía con Maximiliano le avía obligado a socorrerle y que, en semejantes accidentes, como la República no tenía parte, no se le podía hazer cargo de la culpa.

Disseñaron entre tanto los othomanos la empresa de Abstracán en Moscobia y, apoyándola los tártaros, assistieron con sus tropas. Pero siendo el país cenagoso (mientras intentavan formar un puente para passar un estaño o laguna), atacaron los moscobitas a los tártaros quedando estos muy damnificados. Y aunque en Constantinopla se hizieron públicas oraciones por el sucesso de esta empresa, no las oyó su profeta, porque las debieron de dezir submissa voce y no quieren acabar de creer que es muy sordo. En fin, recibieron una rota terrible en que perecieron innumerables turcos y tártaros, de que se puede comprehender que si Polonia y Moscobia caminassen unidas, no solo se asegurarían de las incessantes correrías y de los golpes incansables de los infieles, sino que con sus poderosas fuerças (librándose una vez del peligro) oprimirían fácilmente al opresor.

Las cartas que escribía al senado Jacome Soranço avisavan que no se discurría en Constantinopla en otra cosa que en la guerra de Chipre y que, antes que feneciesse Solimán, hallándose Selín en Amassia, avía publicado (entre sus familiares) el disignio de conquistar aquella isla. Y, sin embargo, en el mismo

tiempo admitieron al embajador Cabali y, entre tanto, no solo con los honores acostumbrados, sino con extraordinarias demostraciones le introduxeron a la audiencia, donde Selín le aseguró continuaría la buena disposición y mantendría la paz.

[1568] Tuvieron los embajadores venecianos (por las quejas de los mercaderes hebreos) algún embaraço con los turcos en Constantinopla, quedando el Cabali indiciado de no averse reglado en este lance con la mira del público interés. Ratificaron los avisos que se continuavan las voces de la futura invasión a Chipre, siendo cierto que desde que reynava Baiaceto empezaron a hazerle el amor y, porque no quedasse dessolado en poder de los infieles, lo cedió la reyna Cornaro a la República (que, con el comercio, con feudos y concurrencia de muchos nobles) lo enriqueció y pobló con abundancia. Y los turcos, para tener algún pretexto aparente que disculpasse el insulto, publicaron que era feudo de la Meca (antigua porción del Egipto), pero la verdadera causa fue que después de la conquista del imperio de Oriente (aviéndose los sultanes asegurado en el occidente) para conseguirlo, les fue preciso abançarse en la Europa con duplicadas líneas de conquistas marítimas y terrestres, como Solimán avía ensanchado la de tierra en Ungría. Y assí, tocava a Selín seguir las marítimas atacando una vez a la República y otra a la Ungría, que son los antemurales de la christiandad. Culparon justamente a los dos potentados (de corta prevención) porque, aviendo descubierto estos disignios, debían (con inseparable unión) concurrir a la propia defensa haziendo de concierto la guerra o la paz con el othomano (con aquel estrecho ligamen a que les obligava la común conservación), pero se apartaron con deliberaciones totalmente contrarias, gozando cada uno el momentáneo beneficio de la quietud y de la mal segura convalecencia (que les prometía brevemente la recayda), de modo que los othomanos, apaciguándose con el uno para tener tiempo de assaltar al otro, conseguían enflaquecerlos para desnervarlos.

Era muy acomodada para los enemigos esta invasión porque, circunvalado el reyno de Chipre de los Estados de Selín, podían con la breve navegación de las riberas de Caramania desembarcar con facilidad en la isla, pues solo estava distante veinte leguas. Selín, sin embargo, con política dissimulación avía firmado las capitulaciones de la paz, en cuyas aparentes demostraciones de cortesía encubría el interno veneno de su deliberación.

En Venecia se lisongeavan algunos con la ratificación de la paz, persuadidos a que por algún tiempo asegurarían la quietud, sin temer las amenazas infieles, quando la Porta era tan interessada en la utilidad del comercio y en la amistad de la República. Pero con facilidad se desvanecieron estas mal

fundadas confianças, aviendo heredado Selín de sus antecessores pensamientos y máximas ambiciosas para no perder de vista las interpressas en daño de los christianos. Y porque fuese más secreta (renovando la antigua costumbre de hazer el dibano a cavallo), se reduxeron a la campaña con el pretexto de una caça (en donde resolvieron la conquista de Chipre).

[1568] Con el secreto medio del Consejo de Diez, se penetró también que en Nicosia se avía abierto una mina con disposición de una gente perniciosa y rebelde y que, en dexándose ver la armada othomana, la pondrían fuego para facilitar la empresa, cuyos rezelos (que passaron a evidencias) obligaron a prevenirse de lo necesario para la defensa y, assí, eligieron en Venecia treinta capitanes para treinta galeras que se avían de aumentar en la armada, debaxo de la disposición de Gerónimo Zane, nombrando por general de las tres islas a Sebastián Veniero y se puso por obra una considerable leva de milicias, reforçando también los presidios marítimos.

No dexava Su Santidad de vivir rezeloso, puesto que armó de gente y pertrechos la plaça de Ancona guarneciendo las marinas de la Romania con duplicadas tropas, en la duda de que la armada othomana transportada en el Adriático (deseosa de mayores presas) desembarcasse con ánimo de despojar la santa casa de Loreto. Era principal ministro de la Porta Mehemed, gran visir, de nación esclavona, y era de contrario parecer a la deliberación de la guerra sin atender al concierto de la paz (poco antes ajustada con la República) y se expresó en esta forma para disuadir al sultán de ella:

Que los monarcas othomanos avían sujetado los reynos y degollado a sus príncipes con abierta virtud y no con enmascarada dissimulación. Y que la isla de Chipre no era capaz de ganarse al primer ímpetu, como creían los demás baxaes, porque estava muy poblada y fuerte, assí por arte como por naturaleza. Y que, sin tiempo competente y gran profusión de oro y sangre, no llegaría a sujetar. Que Solimán, pocos años antes, avía atacado a Malta (ni por grandeza ni calidad, igualdad a la de Chipre) y después de aver sudado mucho y perdido más (con inútil progresso), y con desayre de su gloria (acostumbrado a no dexarse vencer de los obstáculos), se vio precisado a abandonar el sitio de ella siendo tan desigual a la otra. [1569] Que la República, teniendo llenos los taraçanales de galeras y mucha gente adiestrada en los exércitos marítimos, tendría en los enqüentros considerables ventajas por la buena disposición de su náutica. Que se interesarían también por ella los demás príncipes christianos, por lo qual era menester prepararse para combatir con todos.

Hallávase en este tiempo un embiado de los mahometanos de España que, sublevados en el reyno de Granada, imploravan socorros de Selín y, para saber la ocasión, convendrá bolver los ojos a los siglos passados.

La mayor porción de los reynos españoles experimentó el infiel yugo mahometano por inteligencias del conde don Julián, rebelde del rey don Rodrigo. Y después de varias guerras, establecieron los infieles en estos grandes payses sus dominios, donde se conservaron dozientos y cinquenta años con tanta prosperidad y fuerça que podían poner en campaña treinta mil cavallos y ciento y cinquenta mil infantes. Pero con el progresso del tiempo, hubo entre ellos varias sediciones que pusieron el dominio en turbadas inquietudes, por cuya razón empeçaron los christianos a oprimirlos y recobraron lo perdido en los confines del reyno de Navarra y de León, debaxo la conduta de don Sancho y de don Jayme el Conquistador, reyes de Aragón y Navarra. Y en pocos años recuperaron a Cataluña, Portugal, Aragón y Córdoba, encerrando a los infieles entre los confines del reyno de Granada, en donde quedaron vencidos por don Fernando, rey de Castilla, haziendo prisionero a Mahometo Boadulino, último rey suyo, quien con las antecedentes victorias logró el aplauso universal como también el título de *Católico* de Su Santidad. Y aviendo quedado en aquellos renqüentros degollados los más principales mahometanos y, las restantes reliquias de aquellas milicias, perdonadas y destruidas en los villages de aquella religión, se procuró dividir las para enflaquecerlas, permitiéndoles sus averes y el uso de sus dogmas.

[1569] La pérdida del rey de Granada y la ruyna de aquella monarquía, puso en la misma infelicidad los residuos del pueblo que avían quedado (sucedíendoles lo que a los árboles que se caen, que se les secan las hojas) y, despreciados y odiosos a la christiandad, se vieron obligados de Carlos Quinto a recibir el bautismo o abandonar la patria, en la forma practicada antecedentemente con los hebreos de los mismos reynos.

No tuvo este consejo aquella salida que presumieron los theólogos del emperador, porque sobre cien mil familias que mudaron de religión, lo hizieron más por no perder las haziendas que por resignación de zelo trocando el hábito, pero no la conciencia, pues abusavan del sacramento expressando en las confesiones quentos y fábulas en lugar de los pecados; aunque en lo público professavan la ley de Dios y, secretamente en sus casas, continuavan más que nunca constantes en el mahometanismo circuncidando a los hijos después de bautizados, poniéndoles duplicados los nombres, uno en lengua española y otro en arábica, burlando (con artificios secretos) las diligencias de los santos tribunales de la inquisición, para cuyo efecto se instituyeron entonces. Y con el progresso del tiempo, olvidaron también aquella apariencia que los hacía parecer christianos despreciando no solo la fe católica, sino la natural en la obediencia del rey, revelándose. Y porque los gobernadores españoles les

quitaron las armas, tuvieron forma en algunos lugares de proveerse secretamente de muchas y, passando a saquear algunos pueblos, degollaron a muchos christianos que hallaron desprevenidos. Y eligiendo el sitio de las Alpujarras por ventajoso, se fortificaron en él con ánimo de mantener la sublevación, despachando a Constantinopla el embiado (que se manejó con toda la industria possible para empeñar en su defensa al othomano, con la representación siguiente):

Que los oprimidos mahometanos de España no tenían más saludable recurso que la cabeça de la religión reynante en Constantinopla. Y que si se dexava correr el exemplar de que los españoles destruyessen la ley de Mahoma, las demás naciones christianas intentarían executar la misma impresión violenta en los reynos mahometanos sujetos a la gran Porta. Y que aviendo en otros tiempos, los christianos, ajustado ligas diferentes para librarse de la opresión de los turcos, debían estos, por la misma razón, socorrer la parte ofendida para que no quedasse descaecida y aniquilada. Y que se debía tratar de librar a los mahometanos de la española tyranía que los avía desposeído de las haziendas, violentando las conciencias y reducido a los últimos extremos de la mayor angustia y desesperación. Y que, asistiéndoles el sultán con fuerças considerables, contribuirían todos a disponer que doblasse el cuello la España, sujetándose al yugo othomano. Y que no podía intentar Selín empresa más gloriosa que la de romper las cadenas, en que estaban aprisionados los esclavos de su religión, dilatando con la fuerça el dominio de la monarquía, con la disposición misma de generosidad para imitar a sus mayores.

Y no solamente en público, sino en secreto, suplicava y exagerava y, particularmente con el muftí, passava ardientes representaciones para que animasse la deliberación del soberano a favor de tan justa causa, y le estimulava para que midiesse esta materia como punto que tocava a la conciencia.

Mehemed visir se hallava enteramente persuadido y convencido de estas razones, por lo qual dezía que era puesto en razón atacar a los españoles (perpetuos enemigos de la casa othomana), dexándose vencer de las humildes súplicas de los moros de Granada y de las lágrimas de tantos infelizes que suspiravan por el aumento de la propia religión, pues socorridos se podrían mantener en la sublevación, abriendo camino a la ampliación de la secta othomana en el occidente.

Mustafá baxá (hombre ardiente y de fiero consejo), amado de Selín porque en la batalla que tuvo con su hermano, teniendo deliberada la fuga y buelta la cara para executarla (como referimos), le obligó a mantenerse sin retirarse, siendo enemigo declarado de Mehemed. Fue de contrario parecer en la pretensión del morisco y, expresando las dificultades de tan largo viage, los gastos excessivos y los peligros ciertos, dixo que no convenía desperdiciar

tesoros para mantener una gente que (aviendo mudado de religión) no se sabía cuál de las dos professava. Y que no era hazer la guerra solo a Felipe Segundo, sino a toda la christiandad (que se interesaría en su defensa) y, por desacreditar el sentir de su enemigo, se hizo autor de la guerra de Chipre proponiendo ser más fácil, por más inmediata, y un potentado menos fuerte y no tan acalorado de muchas assistencias. Y, uniéndose con Piali en estrecha confianza, de concierto persuadieron al monarca que rompiese con los venecianos.

Era Piali comúnmente llamado hijo de la Fortuna y, aviendo nacido en la Ungría de padres christianos (si bien fuera de matrimonio), después de la rota y muerte de Ludovico Segundo, corriendo Solimán con los excessos de su ambición, le hallaron en un foso (donde la madre lo avía escondido para preservarle del riesgo de las victoriosas cuchillas) y, viendo el gran señor el tierno niño de aspecto gracioso, compadecido de él, mandó que le criassen y, al calor de su protección, llegó de grado en grado a conseguir el vassallage del mar porque, en la Turquía, qualquiera moderada habilidad tiene su protección en la fortuna que le conduze a la más alta elevación.

Mustafá pretendía el gobierno de la terrestre armada y, Piali, bolver a mandar las navales (de que le avía despojado), a instancias del visir, el sultán (aunque eran cuñados) por emulación y odios que suelen reynar más ensangrentadamente (entre los parientes que entre los estraños) y, siendo la guerra el alimento más substancioso de los soldados, animaron al sultán a la empresa con los discursos siguientes:

Que la potencia de las armas othomanas se avía apoderado de una gran parte del mundo, no con el dictamen de la prudencia y de la cautela (estilada del visir), sino con el valor y ferocidad bizarra de sus antecessores, siguiendo los antiguos fundamentales institutos (con los quales se avían ampliado los confines del imperio y dilatado la gloria de las propias armas). Que se acordasse de Selín, su abuelo, que sujetó el Egipto y la Soria, y de Solimán, su padre, que expugnó a Rodas y una parte del Peloponeso y de la Ungría, que vivió militando y espiró combatiendo en el sitio de Ziguét. Que, si Malta avía resistido una vez sus armas, no lo conseguiría la segunda. Que la isla de Chipre estava en la garganta de los Estados othomanos, apartada de los socorros, y que no eran iguales los dineros de los venecianos con los tesoros de la Turquía, y que las fuerças othomanas se los harían desperdiciar fácilmente, y que no avía que hazer caso de las assistencias de los príncipes christianos (enemigos y discordes entre sí, con implacables odios inflamados) y, más, estando en amistad con la Porta el emperador Maximiliano (por las treguas ajustadas nuevamente), teniendo también por antiguo confederado al rey de Francia y solo por enemigos al pontífice, desarmado en la mar, y Felipe Segundo (gastado con las guerras de Flandes), necesitado más a pedir socorros que a suministrar assistencias a otros. [1569] Que en la guerra con los venecianos (en tiempo de

su padre), la retardada unión de las armadas christianas confederadas avía facilitado más la conclusión de las interpresas que estorvado las victorias y que, quanto más poblada la isla, tanto mayores serían los despojos y más ricas las conquistas. Que a la nueva mezquita fabricada de Selín convenía, según los institutos de la ley, señalar rentas a su dotación, para cuyo efecto servirían las de aquel reyno. Y que muchas empresas que se tenían por dificultosas a los principios, se logravan con atrevidas execuciones y prósperos fines en los sucessos.

Ajustóse a este sentir Selín por no quedarse atrasado en la carrera de los progressos de sus mayores.

Sucedieron en Venecia dos accidentes poco favorables en esta coyuntura, que fue una gran carestía (que angustiava la ciudad con la falta de mantenimientos para las milicias), a que se añadió un incendio que abrasó el tاراچanal, emprendido por inadvertencia o por malicia (que desplomó desde los fundamentos algunas torres que custodiavan las municiones), demoliendo también los arcos en que fabricavan las embarcaciones, tocándole esta fatalidad a muchas galeras.

[1570] Marco Antonio Barbaro (sugeto advertido), embaxador de la República en Constantinopla, dio aviso al senado de que, con certeza, caerían los rayos de la movida tempestad sobre Chipre. Pero los hombres adormecidos perezosamente entre el blando sueño de la paz obedecieron a los esperezos confiados, dexándose dominar de la torpeza de una floxedad, sin despertar voluntariamente al ruydo estruendoso de los aparatos militares para disponerse a una defensa proporcionada a semejante invasión.

Llegaron inmediatamente segundos avisos que asseguravan declarada la guerra, por lo qual, aunque tarde, se movieron los venecianos a disponer dineros, milicias y oficiales, passando al gobierno de la armada Gerónimo Zane, haziendo participar la noticia de este movimiento a los príncipes christianos y, en particular, a Pío Quinto (zeloso y exemplar sumo pontífice), quien no solo consintió en una imposición sobre el clero, sino que propuso liga concluida con el rey católico, ofreciendo animarle con el medio de sus persuasiones por mano de sus ministros.

Deseava la República el concurso de otros príncipes, mientras el mal de la christiandad (atormentando todos los miembros de aquel cuerpo) buscava universal medicina para preservarse, por cuya razón procuró interessar en este empeño al emperador, que estava sentido de Su Santidad por aver dado el título de Gran Duque al de Florencia, no obstante la repugnancia del César, por lo qual mandó a sus embaxadores en Roma que protestassen la invalidación de este acto, al qual faltava el imperial beneplácito.

Aprobó el rey católico la unión de sesenta y cinco galeras para refuerzo de la armada christiana e interessarse después más oportunamente en la consideración. Era, Felipe Segundo, príncipe (en quien competían insignes virtudes) amante zeloso de la religión christiana no de inferior aversión a la turquesca tyranía, y supo gobernar sus reynos con la pluma y con valor no desigual a aquel con que su padre los amplió con la espada.

Passó Su Santidad fervorosos oficios con Carlos Octavo, rey de Francia, para que concurriese a esta unión, a que respondió no estar en igual estado que España, mientras no tenía gran dificultad persuadir al enemigo de los turcos a romper la guerra y que, teniendo él jurada la paz con la Porta, el romperla sin ocasión merecía considerarla con particular reflexión. Avía el senado antecedentemente (con el exemplo de los mayores) discurrido que, para romper las fuerzas turquescas, era menester estrechar correspondencia con los reyes persianos (interessados igualmente como confinantes en la zelosa exaltación de los infieles) y, así, embiaron por embaxador al dicho rey a Vicencio Alexandri (hombre que poseía muchas lenguas y, en particular, la othomana) y llevaba orden de acelerar el viage para representar a Atamas la insaciable ambición de los othomanos, y a excitarle para que no perdiese tan favorable coyuntura en librarse de aquella opresión y estender sus confines, en cuyo viage atravesó la Germania y la Ungría y, embarcándose en el mar Eusino, llegó a Sinope y a Tauris. Y no aviendo hallado al rey, passó a Casbino, donde estava la Corte y representó a Caydar, hijo tercero de Atamas, los motivos de su negociación, los pretextos injustos de Selín para romper la guerra, como también la unión de los príncipes christianos en daño de sus armas, y que no perdiese de vista tan favorable ocasión pudiendo serle de grandes intereses y, más, quando era preciso que los turcos dexassen con pocas milicias el Assia por valerse de ellas para embarcarlas, por cuya razón no hallaría por aquella parte obstáculo que pudiese oponerse a sus invasiones.

Oyó Caydar con gusto estas expresiones y, aviéndolas puesto en la noticia de su padre y discurridolas, respondió por medio del gran canciller: Que en negocio de tan grande importancia era menester madura consideración, y que atendería a los movimientos y a los progressos de los príncipes christianos, de cuyas operaciones tomaría las medidas en sus más constantes resoluciones. **[1570]** Hallávase aquel rey embaraçado en calmar algunas alteradas turbaciones en su dominio y, siendo de mayor edad, atendía más a defenderse de varias indisposiciones que le congojavan que a ofender al común enemigo. A solicitud de Selín, se aprestava a toda prisa la armada en Constantinopla y se hazían considerables levas de esclavos tártaros para reforçarla. Y no pudiendo el

embaxador veneciano participar con seguridad estas noticias porque le avían antecedentemente cogido otros despachos, ni encaminarlas sin riesgo de que parassen en las manos de los turcos, hallando comodidad de hablar con claridad sucinta, representó a Mehemed, primer visir, cara a cara, que con la República (la qual avía cultivado la paz con la Porta) convenía anteponer la negociación a las armas y los tratados a las violencias. Y le induxo a que despachasse a Venecia a Cubat chاوز, con el qual passó también el secretario y Luis, su hijo, con cuya expedición quedaron suspendidas las obstilidades hasta que bolviesse la respuesta.

Llegó a Venecia Cubat y no solo fue mal visto por las violentas proposiciones, sino también porque motivava algunos rezelos a los españoles la negociación (con los quales se andava disponiendo la liga), nacidos de que la República (titubeando casi en la constancia) daba atención a los tratados enemigos. [1570] Y porque no solo se aprestavan los turcos con las armas a romper la paz, sino con la expedición de persona expressa procuravan interrumpir los aparatos de la guerra y los socorros de los príncipes christianos. Y assí, la República, por obviar algunos embaraços, ordenó a algunas personas particulares tratassen con el turco esta materia antes de llegar a la audiencia para tenerla premeditada. Y aviendo desembarcado al amanecer, le conduxeron al Colegio, donde sentado junto al dux (como se acostumbra con los ministros de grandes príncipes, si bien, al recibirle no se levantaron en pie los senadores, ni le saludaron, ni hizieron con él aquellos honores que se suelen practicar en los recibimientos amigables) se expresó en esta forma:

Aver venido embiado de la Porta para notificar, a la República, hallarse el sultán irritado de los insultos executados en sus vassallos por los cosarios christianos acogidos y acalorados en la isla de Chipre y que, para aplacar su enojo, era el medio más eficaz la cession de aquel reyno que le pertenecía como rey de Egypto. Y que si no se allanava el senado en consentir en esta pretension, abriría camino a la guerra para mayores obstilidades y que no tendría tan fácil la salida como la entrada (Green, los príncipes violentos, que todo les pertenece y pretenden que la razón llegue hasta donde puede adelantarse el agudo filo del acicalado azero). Y aviendo concluido la representación, exhibió las cartas que contenían los conceptos siguientes:

Que persistiendo la República en la posesión de Chipre se tuviesse por violada la paz y por declarada la guerra. Y que arrojaría sobre la isla sus formidables tropas y conquistaría con la fuerça lo que no avía podido conseguir del arbitrio del senado. Y que era más seguro consejo, ya que no podían salvar aquel reyno, excusar la obstilidad que avía de ser causa de muchos gastos y de mayor efusion de sangre.

Las cartas del visir contenían no diferentes conceptos, como que él avía sido siempre favorable a la República y a sus ministros, y que la aconsejaba antepusiese la conservación de la paz a los inciertos y peligrosos sucessos de la guerra, a que respondió el senado:

Que conocía la República no poseer los príncipes atributo más plausible que el de la fe en mantener la palabra en las promesas, por lo qual avía con tanta constancia conservado la paz con los reyes othomanos, aviendo despreciado algunas proposiciones que le podían aver sido de sumas conveniencias en las diversiones de las armas. [1570] Que las incursiones de los cosarios, y las correrías de los confines, se avían con amigable dolor tolerado y compuesto para evitar la rotura y que, como no avía dado ocasión a la guerra (con otra tanta resolución, emprendería la defensa), que Dios amparava la justicia y no abandonaría la asistencia para mantenerla.

Preguntó Cubat si se le permitía replicar y, respondiéndole que sí, dixo que tenía orden de Mehemed visir de noticiarles las grandes disposiciones del taraçanal y el diluvio de armas (del qual quedaría inundada la isla), a fin de divertir con su medio las ruynas y las dessolaciones que amenaçavan a la República, porque la amava. Y no aviéndole respondido, besando la punta de la ropa del dux, se despidió, haziendo instancias para que le conduxessen por la puerta secreta (por quanto el concurso del pueblo que le avía mirado mal y cercado con mal semblante, le avía puesto en cuydado).

Respondió el senado a la carta de Selín con templança, assí en los dictados como en la substancia y, sobre galera de la República, passó Cubat a Dalmacia. Y fue prosiguiendo su viage, de cuya negociación, como de las justas instancias y contenido de las cartas, notició el Colegio a Su Santidad y a Felipe Segundo.

[1570] Puso en cuydado la buelta del turco al ministro veneciano en Constantinopla, porque deseava su detención, assí porque huviesse tiempo para defenderse como por adormecer (con la esperança de más plácida respuesta) las grandes prevenciones enemigas. Pero en Venecia tuvieron por conveniente la presta expedición por no dar algunos zelosos pretextos a los príncipes christianos, y para que atendiessen a la constancia y resolución encaminadas a disuadir a los turcos el injusto tentativo, como también el peligro, que con la larga detención podía ocasionar el conocimiento de las disposiciones y noticiar de ellas a la Porta.

Quiso Selín oír de la viva voz de su embiado la respuesta del senado y, no siendo como la deseava su altiva sobervia, con excessivo enfado ordenó que más vivamente se dispusiesen los aprestos de la guerra, como también assegurar en su casa al embaxador veneciano como preso, si bien, con términos discretos diziéndole que no se ofendiesse de tenerle recluso en su habitación

(disponiéndolo con esta cautela) en tiempos de declarada obstilidad, pues otras veces se llevaban a las Siete Torres a los ministros de su grado y que, no aviendo él errado, no querían que padeciese la mortificación de la pena que no merecía. Y que, si se aplicaban a buscar (con los ruegos) la clemencia, se les atendería a la representación reverente, aunque no ignoraban que la República por sí sola no tenía aquellas fuerças necessarias para resistir tanto poder y que les estaría mejor alargar la isla sin contradición alguna.

La conclusión de la liga caminava con alguna pereza y, siendo la solicitud el alma de la guerra (por la diferida unión de las galeras españolas), marchaban las disposiciones de la armada veneciana por las templadas líneas del ocio sin fatigarse para adelantar los impulsos del cuidado, a que se añadió la novedad impensada del Doria expressando que no correspondían las órdenes que tenía de su rey con las que avía recibido la República, por manos de sus ministros, tocantes a la incorporación de la armada española con la veneciana, cuya no esperada suspensión conmovió el senado, considerando adelantada la estación, y que le faltavan las assistencias en lo más fervoroso de la necesidad. Y deseando Su Santidad remediar estos accidentes, escribió al Doria estimulándolo con el ruego y excitándolo con las persuasiones para que no abandonasse a los coligados en tan peligrosa coyuntura, quien con varias excusas se defendía diziendo que esperaba saber con más clara especificación la voluntad de su rey.

Sebastián Veniero, proveedor general de la isla de Corfú (a quien la mucha edad no avía podido envejecer el valor), atacó el castillo de Sopotó (fabricado sobre un áspero monte) con doze galeras bien dispuestas. Y aviendo desembarcado la gente, obedeciendo las órdenes de Manuel Mormori, y erigido las baterías, conseguido las brechas y duplicado los assaltos, a pocos lances se apoderó de él, cuya facción dio aliento y reputación a las armas christianas, de que resultó sujetarse algunos pueblos de la Cimera al dominio veneciano.

Avía tenido el Zane, general de la República, comisión (en caso de que no llegassen las esquadras christianas) de obrar por sí solo todo aquello que le pareciesse más conveniente, por lo qual con setenta galeras (siguiéndole las galezas y los navíos) llegó a las aguas de Corfú, donde se le agregaron las de Candia, con cuyas milicias acometió la fortaleza de Braço de Mayna, oportuna por el ventajoso sitio para sus disignios. Y aviéndola circunvalado estrechamente Marco Quirini, capitán del golfo, capituló la rendida salvando las personas y el bagage.

Passó la armada veneciana al puerto de Candia, por estar más inmediata al reyno de Chipre, a fin de agosto (tiempo en que con brevedad suelen terminar

las campañas), a cuyo abrigo llegaron también los generales Marco Antonio Colona y Juan Andrea de Oria con los leños auxiliares, que fueron bien recibidos y regalados con honrosa estimación.

Los turcos, que solo dependían del arbitrio del sultán, salieron de Constantinopla obedeciendo a Mustafá y a Piali (a este las armas marítimas) y a essotro las terrestres como director supremo. Y aviendo despalmado en Negroponte a la vista de Rodas, navegaron a Tine, isla fuerte del archipiélago situada entre Micone y Andro.

Estava encargada la defensa de ella a Gerónimo Paruta, noble veneciano, quien con alentada resolución esperaba al enemigo, recinta el castillo, áspero e inaccesible risco, a quien cubre por una parte (defendiéndole más por obra de naturaleza que de arte) y, por otro lado, teniendo solamente una avenida para poder caminar el ataque (si bien bastantemente defendido por la eminencia del sitio). Desembarcó el enemigo al amanecer y, sin dilación alguna, dieron un assalto general, con más ardor que fortuna, porque los isleños los rechaçaron con particular estrago, logrando en la multitud la artillería notable destroço, quedando castigado y reprimido el orgullo infiel y con el desengaño, también, de no aver podido imprimir (por su fortaleza) algunas ruynas en el castillo, levantando el sitio y, desayradamente embarcados, navegaron la buelta de Rodas, donde estavan esperando las tropas que avían de desembarcar en ciento y cinquenta galeras sutiles, cinquenta fustas y grande número de caramuçales y, largando las velas al viento, pussieron las proas a la isla de Chipre.

Fue un funesto terremoto quien previno la inmediata ruyna de aquel reyno, haziéndole también el infausto pronóstico un cometa que, con caracteres de fuego (en obscura cifra, aunque luminosa), fue presagio de la fatal catástrofe. Levántase esta grande isla en el golfo de Ayazo, mirando por el oriente a la Soria, por el occidente a la Sarmacia, por el septentrión a la Caramania y por el mediodía a Egypto. Tiene de circunferencia dozientas y quarenta leguas con poca diferencia y de longitud setenta. Es fértil de azúcar, algodón, açafrán y abundante de granos como de vinos generosos, animales de todos géneros, de blanca sal en tanta copia que se podría cargar de ella cada año cien navíos. El país es ameno y florido, de clima templado, de ayres saludables y apacibles, mareas tibias y suaves, llamada de los poetas nido de Venus y recreo habitable de los amores, en cuyo terreno se descubrían (si bien, demolidas del tiempo) arruynadas señas de treinta ciudades, siendo las más principales Nicosia, Famagusta, Bafo, Cerines y Limiso. Las dos primeras, fuertes y que prometían resistente defensa, cuyos habitantes en la empresa de Tierra Santa se hizieron conocer militares y animosos. Estuvo antecedentemente sujeta al rey de Egypto

y de Persia y, sucesivamente, al imperio romano, en cuya declinación la ocuparon los sarracenos. Y aseguraban los turcos que el quinto capitán de su secta (según lo escriben los historiadores) la conquistó, y que los sepulcros de sus antiguos héroes lo aseguraban como testigos de aquella posesión, de donde heredaban el título de la razón que tenían para la pretensión de aquel reyno, honestando con estas circunstancias la violencia de sus alfanjes, como mencionando que se la avían quitado a los sarracenos injustamente las armas que recuperaron la Tierra Santa, agregándola al reyno de Gerusalén, si bien, en diferentes guerras se vio separada y sujeta a señores nacionales con el título de duques, debaxo de la protección de los emperadores de Constantinopla. Después la vendió Ricardo, rey de Inglaterra, a los cavalleros templarios y estos a Guido Lusignano (que, arrojado del reyno de Gerusalén) por las armas del Saladino, se recobró en Chipre y fue el primer latino que la dominó y, su hijo, el primer rey de aquella isla. Con autoridad pontificia y con no interrumpida sucesión se mantuvo hasta doze reyes. Y aviendo los ginoveses conquistado a Famagusta y ocupádola (muerto el rey Guido Lusignano), contendieron sobre el reyno Carlota de Saboya y Jacome, hijo no legítimo del rey, a quien dieron la embestidura los mamalucos (floridos y valientes militares en aquellos tiempos, que tenían el alto dominio de aquella isla) y, acalorado de sus armas, siendo hombre de gran valor, obligó a que saliesse por fuerza Carlota de aquel dominio, como también a los ginoveses, recuperando a Famagusta quedando enteramente absoluto dueño de toda la isla. **[1570]** Y deseoso de eficaz abrigo para resistir a los bárbaros (que le inquietavan), se concilió la amistad y la protección de la república veneciana casándose con Catalina Cornaro, en quien tuvo un hijo póstumo, por cuya muerte passó el gobierno en propiedad a la reyna que, libremente, cedió el reyno a su patria (como más dilatadamente diximos).

Aligeróse la armada turquesca de la pesada máquina que la oprimía desembarcando cerca de Bafo, sin embaraço alguno, sesenta mil infantes, seis mil gastadores, dos mil y quinientos cavallos y cinquenta piezas de artillería. La cavallería christiana no passava de quinientos extradiotes pagados de la República y, los feudatarios de a cavallo, debían ser por obligación setecientos, pero la dilatada paz (consumidora del valor y de la militar disciplina) los minoró a ciento, que se reduxeron al abrigo de Nicosia y de Famagusta y a otras partes de más ceñido recinto.

No avía en aquella parte cabo de más opinión que Astore Ballón y, aviendo muerto por el viage el Martinengo, no avía magistrado alguno de autoridad que assistiesse después de aver también espirado Lorenço Bembo,

con que se creyó poco subsistente la esperanza que se tenía de la gente de campaña, por ser los griegos agenos de experiencia militar para la resistencia en la oposición. Y así, se repartieron entre los chipriotas nobles los cargos de la guerra, pero la continuada paz avía afeminado el corage en todos. Encargóse la tenencia del Ballón al conde de Rocas y a Jacome de Nores, conde de Trípoli, la artillería. Y a Juan Singlitico, la cavallería, como a Cipión Carrafa la gente del país, que ocupó los sitios más fuertes de las montañas.

Leonardo Ronconi mandava a los italianos, en quienes se tenía puesta la confianza para la mayor defensa, pero maltratados de varias enfermedades (de que avían muerto muchos) se reduxo a corto número y desigual aquella nación y la demás gente del presidio, para oponerse con fruto al diluvio de tantas tropas infieles. El Ballón, deseoso de gloria, se entró en Famagusta creyendo sería aquella plaça la primera que atacasse el enemigo, como también el conde de Rocas en Nicosia. Avíase discurrido hazer frente al desembarco con la cavallería en las costas de las salinas (muy acomodadas para oponerse a los primeros esfuercos enemigos), pero como diximos, desembarcando en otra parte, burlaron toda la prevención. Y noticiados de los mismos paysanos, supieron que los capitanes de más valor y experiencia, y la mejor gente, se avían entrado en Famagusta, por cuya razón pusieron sitio a Nicosia, adonde se avían reduzido las personas más calificadas con las haziendas de mayor valor de toda la isla.

El casal de Lecfara fue el primero que se reveló contra su príncipe natural, pero conociendo la gravedad del mal, quedó curado con el yerro y con un buen corte, atajada la enfermedad (para que no se explayasse por el cuerpo de aquel dominio) con el sacrificio de quatrocientos habitantes en el ara de la justicia por vengança del exceso.

Governava la ciudad Nicolás Dandolo, que no correspondió al concepto que se tenía de él pues, no cuydando de las fortificaciones para las defensas ni de regular las vituallas y, queriendo con atropellada disposición reparar por momentos lo que necessitava de tiempo, lo executava con precipitada priessa (siempre progenitora de los desórdenes y de las confusiones). Yaze la ciudad en medio de la campaña de la isla, en cuyo terreno formaron (en regular disposición) las tropas enemigas la aritmética profunda de tiendas y de esquadrones, cerrando las avenidas con particular maestría para oponerse a los socorros.

Era el propugnáculo de esta plaça una ciudadela de fábrica rotunda, a quien circunvalavan onze baluartes con terraplenes dilatados, estrada encubierta y contraescarpe, pero no tenía defensores proporcionados para mantenerse,

faltándole a tan gran cuerpo el alma necesaria para vivificarle. Y aunque guarnecían la plaça diez mil infantes, solo se tenía alguna esperanza en mil y quinientos italianos porque la demás turba era de paysanos y gente no experimentada en las armas. También avía dentro mil nobles amantes de la patria, pero incultos y sin experiencia. Y aunque no faltaban gastadores, no eran estas fuerças comparables con las othomanas que governava Mustafá con exemplar y severa disciplina.

Agregábase a la infelicidad de los sitiados no aver quién (con resuelto consejo o con experimentada superintendencia) hiziesse frente a la cabeça de trincheras de los ataques enemigos, como también el no aver podido recoger las cosechas para su mantenimiento.

Después de aver perficionado las baterías y las labores y estrechado la plaça sin mucho embaraço porque, aunque hazían algunas salidas los sitiados para embaraçar el trabajo, no imprimían daño considerable por el corto número de la gente que las executava, siendo tanta la multitud de los infieles (que lo infinito ponía solo la ley en los sucessos). Despachó el Dandolo una faluca a Candia representando el peligroso estado de la ciudad, excitando la armada para que promptamente socorriesse a Chipre, porque qualquiera tardança era peligrosa y cada momento de tiempo que se desperdiciava era una herida mortal que desauciava, con la dilación, el ánimo de los abatidos defensores. Pero el general Zane, atendiendo a los confederados, se alimentava con las esperanças dexando a los sitiados en ayunas de assistencias. Mejoráronse los othomanos y, aviendo desembocado el foso con las galerías, passaron a picar la muralla y, después de aver bolado un baluarte, dieron un furioso assalto a la brecha que rechaçaron los christianos con daño de los enemigos.

Reynava la discordia en la plaça entre los cabos y, no aviendo supremo comandante, no era el Dandolo estimado ni obedecido y todos querían mandar y ninguno obedecer, como sucede en las enfermedades peligrosas donde la cantidad de médicos empeora el achaque del doliente. Y, por el contrario, los turcos, obedeciendo ciegamente a los cabos con solicitud atenta, sufrían infatigablemente las descomodidades resistiendo los ardores de la estación con fresca tolerancia, robándole a la noche el descanso sin omitir diligencia alguna en la fatiga de adelantar las labores.

[1570] Resolvieron los sitiados (ofendidos del abançado progresso de las operaciones infieles) hazer una salida, con infantería y cavallería, obedeciendo a César Piobene Vicentino en tiempo de medio día y, aviendo encontrado a los turcos descuydados sobre el descanso y adormecidos de la fatiga, executaron en ellos considerable destrozo, como también la expugnación de dos fuertes, pero

excitados los infieles de sus cabos para la recuperación, la pusieron en plática. El Piobene y Juan Bautista de Fanno sustentaron el puesto que avían ocupado con gran constancia, manteniéndole con la esperanza de que los socorrerían los de la plaça, pero los turcos, con grande empeño de frescas y duplicadas tropas, continuavan los acometimientos sin cesar un instante. Y, por último, sin dar tiempo al socorro que empezava a salir de la plaça, aviéndoles entrado a fuerça de armas, los degollaron peleando hasta derramar la última gota de sangre por no quedar vivos en las manos de los infieles.

Murió el conde de Trípoli, uno de los más graduados varones del reyno, en el baluarte Constança, siendo de los primeros que resistían la invasión. Y, poniendo fuego inmediatamente a una mina que tenían perficionada, passaron al assalto general, cuyo impetuoso avance rechaçaron los christianos más con la esperanza de que llegaría la armada christiana a socorrerlos que con el número de las flacas y abatidas fuerças.

Mustafá reprehendía ardientemente a los suyos ofreciendo grandes recompensas a quien primero abançasse sobre las ruynas de la brecha y, repitiendo nuevos esfuerzos antes de amanecer, esperavan con las ventajas de las sombras conseguir el fin deseado como, en efecto, lo lograron entre el descaecimiento de los christianos ocasionado, no tanto de los enemigos como de las fatigas y desveladas tareas de los continuados assaltos que se multiplicavan por todas partes y, penetrando la ciudad, se apoderaron de ella.

Murió el obispo y Nicolás Dandolo, con el resto de la nobleza, en cuyo horroroso estrago se mezclaron los alientos risueños de los vencedores con los tristes gemidos de los abatidos, oyéndose en discordes lamentos por todas partes el estruendo de las armas entre los suspiros de los que, sin esperanza de vida, imploravan misericordia pidiendo a Dios perdón de sus delitos. No se puede expressar sin lágrimas tan horrorosa representación, pues en el teatro de la crueldad se vieron sacrificadas a la ira y a la rabia veinte y cinco mil personas, logrando las quinze mil la vida en las cadenas de las galeras para morir viviendo en tan miserable esclavitud.

Después que se adornaron los bárbaros con los despojos, profanaron los templos, forçaron las vírgenes humanas y perdieron el respeto con irrisión a las matronas ancianas. Y fue el saco tan grande que faltó la materia para llenar el deseo de los ambiciosos, triunfando igualmente con la crueldad la avaricia. Los que consiguieron salvar las vidas, lo debieron al cansancio de executar rigores porque ya les faltava aliento y la fuerça para hazer mal, siendo esta la razón de preservarse y no otro respeto alguno.

Despachó el baxá una nave con la nueva de la victoria, cuya cargaçon se componía de lo más rico de botín, como también de doncellas nobles y hermosas, las más sobresalientes en aquella ciudad, entre cuyos despojos iba Arnalda de Roca (más digna de una corona que de la esclavitud y más generosa de ánimo que desmayada en la mísera servidumbre), la qual viéndose condenada (entre las otras) a ser divertimento desayrado de la incontinente licencia del othomano (inflamada de generoso y honrado sentimiento), puso fuego a las municiones (aviendo dexado por descuydo abierto el pañol de la pólvora), en cuyas vorazes llamas quedaron la nave y la cargaçon hechas cenizas, y Fénix (no fabulosa), sino real de las abrasadas reliquias de su patria, renació con aplauso inmortal para la gloria, siendo este el último fuego de las exequias de tan florida ciudad.

[1570] Mustafá, aún no satisfecho de verter tanta christiana sangre, dexando en Nicosia quatro mil hombres de guarnición, assombró con la ruina el remanente de la mal presidiada isla, cuyo estrago movió los cobardes pechos del Garrafa y del Singlitico (que estaban fortificados en la montaña) para baxar a humillarse infamemente al vencedor faltando a las obligaciones de christianos cavalleros. Y poniéndose sobre la marcha el ejército othomano, llegó a tomar los puestos a Famagusta, ciudad situada al fin de la isla que mira a levante, a la margen de una playa junto a los cabos de San Andrés, donde tiene un puerto cubierto y abrigado de altivos escollos que, resistiendo las fuertes olas de la mar, le aseguran de las borrascas sin que peligren las embarcaciones, menos las de alto borde que no las admite por la poca profundidad de las aguas.

Tiene la boca del puerto quarenta passos y se cierra con una cadena desde un pequeño castillo de casamuro antiguo que predomina y defiende la entrada. Es la planta de la ciudad quadrangular e imperfecta por la desigualdad de las cortinas, cuyos ángulos son obliquos, mirando el uno a la marina y los demás a la parte de la campaña. Defiéndela también un baluarte fabricado a la moderna regularmente con fuertes traveses, circuido de gruesas murallas, anchos y profundos fosos, cuyo recinto es muy capaz y defiende la parte de tierra que, siendo muy llana, la dexa essenta de padrastrós que la superen, en cuyo territorio, una milla de la ciudad, se levantan en unos collados unos villages.

Estaban acampados los infieles en la espaciosa playa que, desde la plaça, se ensancha hasta la marina, fecunda de cidras, limones, naranjas, aguas puras y cristalinas capaces de sustentar el abrasado y sediento ejército en los más vivos ardores de la estación. Hizo Mustafá que la cavallería se acercasse hasta donde pudiesen los de la plaça observar las cabeças de los nicosianos que llevaban en las puntas de los azeros, para abatirlos el espíritu con tan horrorosa

demonstración, retratando el suceso en aquella pintura y remitiendo al Bragadino la del Dandolo, para que le sirviese de exemplo si no se reducía a rendirse antes de llegar al último extremo. A que respondió que semejante desgracia le podía suceder más fácilmente, porque estaba resuelto a defenderse a todo trance y exponer la vida a qualquiera peligro hasta perder el último aliento en los brazos de la más constante defensa.

Dispusieron los enemigos tres baterías con gran dificultad y, porque el terreno se resistía a las labores (por ser escollos cubiertos), transportavan de otras partes el terreno con gran descomodidad y aplicación. Los de adentro, con algunas salidas, obligaron por dos vezes a que los turcos desamparassen las labores de las trincheras con alguna mortandad, desmantelando también con la artillería de la plaça los tres puestos enemigos (torre del Oca, San Jorge y Prechipole), en cuyos disparos gastaron cinquenta millares de pólvora, cuyo desperdicio ocasionó después considerable falta.

No dexava el invierno (aunque en clima templado) de hazerse sentir de los agressores, por cuya causa procurava Mustafá adelantar la conquista, como también porque andava esparcida la voz de que la armada christiana se disponía para socorrer la plaça y, assí, se valía de todo género de medios para lograrla con la misma prosperidad que avía conseguido a Nicosia. Y tomando por instrumento a Juan Sozomeno, esclavo que avía cautivado en Nicosia, le embió a la plaça con pretexto de buscar dineros para su rescate y mañosamente introduxesse negociación con los cabos para que le entregassen la ciudad. Pero con inflexible constancia burlaron el tentativo, despreciando generosamente las más ardientes solicitudes. Y viendo Mustafá desayrada la máxima de sus proposiciones, procuró ayudarse con los motivos más insidiosos de la pluma para experimentar si, donde no llegava la fuerça a lograr el fruto deseado, podía conseguirle el arte del engaño. Y assí, fingió unas cartas que parecían escritas del Bragadino encaminadas al embaxador veneciano a Constantinopla, en que exagerava las angustias que se padecían y el peligroso estado de la plaça, haziéndole instancias para establecer la rendida con el sultán.

Resolvieron los de Famagusta embiar a Gerónimo Ragazoni (obispo de aquella ciudad) a representar al senado los aprietos de la plaça, y la constancia de los defensores, para que la aplicación negociasse algún remedio eficaz a tan graves males, que postravan la complexión del cuerpo enfermo de aquella defensa con los parasismos de tan fuerte padecer (bien que se hallava con bastante espíritu en el coraçón para no descaecer el aliento, por atemorizado, en lo que pertenecía a su obligación), pero que era menester fomentarle para la preservación.

Después de cansadas demoras y tardas perplexidades se juntó la armada christiana y, passando del puerto de Suda al de Escitia, huvo en ella diferentes opiniones sobre lo que se avía de executar. La una, seguía el dictamen de que se navegasse golfo lançado la buelta de Chipre para reparar con presto socorro la ruyna de las antecedentes pérdidas. La otra, se aplicava al ataque de alguna plaça turquesca para divertir y contrapesar con nueva conquista los antecedentes daños. Y entre los que seguían este último dictamen era el Doria y dezía que, teniendo ya ocupado el reyno, no era fácil sacar de él al enemigo y, más, con las tenaces rayzes que mantenía en él, como no aver bastante gente y equivalente para el desembarco, a vista de la oposición de tanto número de turcos y, más, teniendo su armada abocada a la playa y bien dispuesta en el puerto, sin descuydo alguno para hallar camino por donde embestirla de improviso. Y que era más acertado endereçar el golpe a alguna parte descubierta, donde el enemigo no se hallasse tan bien defendido.

Los primeros dezían que el desembarco y la buena disposición abrirían camino para lograr el sucesso, como para atacar también a la armada marítima, por estar la mayor parte de la gente esparcida por la isla, motivo que assegurava su pedición y nuestra victoria. Y que alargarse a otras empressas era especie de fuga y no aver razón para perder lo propio por conquistar lo ageno, poniendo en duda la conseqüencia y no teniéndolo asegurado. Y assí, prevaleció esta opinión. Componíase la armada christiana de ciento y ochenta y una galeras sutiles: doze pontificias, quarenta y cinco españolas, ciento y veinte y quatro venecianas, sin doze galeras gruesas y catorze navíos también de la República, y otras muchas embarcaciones menores en que iban bastimentos, municiones y otros pertrechos (fuerças superiores a las othomanas y bastantes para destruir a los infieles a no averse manejado la materia con desmayada reserva y dañosa resolución), por cuya razón son siempre inútiles los medios quando se usa mal de ellos y fueran los braços superfluos en los valientes si no tuviessen el movimiento que les repartió la naturaleza. Armavan las navegaciones quinze mil soldados pagados, sin número considerable de aventureros que avían concurrido de todas partes para hallarse en una ocasión de tanta conseqüencia, de que se prometían grandes operaciones, assí por ser las fuerças robustas como por ser la coyuntura tan gloriosa contra el enemigo común.

[1571] Navegó toda la armada con solo el trinquete para hazer igualmente unido el viage y, aviendo caminado en tres días más de cien leguas, llegó a Castel Rozo en la Caramania, veinte de Chipre, donde tuvieron el infausto aviso de la pérdida de Nicosia, con el qual quedó algo desmayado el corage del Doria, que se inclinó y puso en consulta la retirada sin que fuessen eficaces las más claras

razones para moverle a executar alguna operación por más que el Colona y el Zane, generales pontificio y veneciano, le persuadieron y animaron para que no se perdiese tan buena ocasión de abatir a los enemigos, descuydados y divididos, sin esperar la llegada de tan fuerte ataque en una armada fresca, no consumida ni deteriorada de algún accidente, sino descansada y deseosa de señalarse con los infieles fatigados y disminuidos de los estragos del sitio y que, si no quería pelear, se intentase sin desunirse alguna interpressa que disfraçasse el descrédito. Pero ninguna consideración le desvió de su acobardado dictamen, porque no inclinava la deliberación a pelear con el enemigo y se defendía de qualquiera oportunidad, aunque fuese ventajosa, por no llegar a las manos con los turcos.

No faltan opiniones de que las marítimas turbaciones le hazían necessario al rey de España para el entretenimiento de muchas galeras, a costa de aquella corona, en donde tenía particulares y crecidos intereses, y que este conocimiento le tenía persuadido a calentarse al fuego más que a extinguirle. Y assí, desuniéndose del cuerpo de la armada, passó a Sicilia, y la veneciana y pontificia a Candia.

Quedó el othomano sobervio y desvanecido de que las fuerças de los christianos le huviessen dexado libres los mares y, sin competencia, la campaña para arbitrar en todo a su voluntad sin embaraço y, aviendo atravesado el archipiélago, passó felizmente a Constantinopla. Y para saber con certeza el general veneciano los disignios del baxá, y si invernaría dentro o fuera de los Dardanelos, embió dos bien despalmadas galeras para que tomassen noticias. Y aviéndose encontrado con cinco turquescas, viéndose Vicencio Prioli con la suya precisado a pelear, se defendió con tanta constancia que no pudieron los turcos ganarla, sin aver muerto primero a todos los que la guarneçían, logrando la otra la dicha de preservarse con la fuga.

En el mismo día, navegando la buelta de Candia cinco galeras de la religión de San Juan, gobernadas de fray Pedro Justiniano, prior de Mecina (que en el mencionado sitio de Malta se señaló con distinción, y en este tiempo era general de las galeras de la Religión), encontrándose con una gruesa esquadra turquesca, quedaron las dos en poder de los enemigos y las otras tres, aunque maltratadas, acaloradas del Justiniano, haziéndose lugar milagrosamente por en medio de los enemigos, ganaron la seguridad en el puerto de la Suda. La armada veneciana, aviendo hecho tan excessivos gastos, quedó corrompida de consejos poco resueltos, no aviendo servido más que de apariencia en la obstentación.

El zeloso pontífice instava a los embaxadores venecianos para que consintiesen en la liga, pues la República no era capaz de resistir por sí sola a

tan desiguales fuerças, a las quales toda la christiandad unida apenas podía hazer oposición, consiguiendo que concurriessen a ella, aunque descubrió la evidencia que los príncipes distantes del peligro procuravan gozar el beneficio del tiempo para tomar las medidas a sus intereses, antes de exponerse a los inciertos sucessos de la Fortuna, [1571] siendo no menos diferentes los dictámenes de los ministros que tenían en Roma autoridad en los tratados de la liga, contradiziendo la más óptima disposición del rey católico con proposiciones quiméricas, no siendo los materiales proporcionados a la ejecución de la fábrica.

El cardenal Grambela descubrió su ánimo (bien ageno de la República) expressando que los venecianos, acostumbrados hasta aora a mirar las tragedias de los otros sin aventurarse, debían atender a las propias. Y entre los puntos en que insistían el pontífice y los españoles era que quedasse fulminado de la descomunión el que de los coligados se pacificasse con los infieles sin el consentimiento de los demás, a cuya proposición no se ajustó la República (siempre más vigilante a sus intereses que a los agenos, pues en no venir en materia tan justa los debió de hallar su razón de Estado) ordenando que Juan Soranço se agregasse en Roma a Miguel Soriano, su embaxador, para que unidamente diessen más calor a los expedientes de los negocios, en los quales deseava Su Santidad interessar al emperador, hallándose nuevos obstáculos en los infaustos sucessos antecedentes que retardavan las deliberaciones para el empeño. Resolvieron los comandantes venecianos que, en tres navíos, escoltados de doze galeras, se embarcassen mil y seiscientos infantes para socorrer a Famagusta, de cuya función se escusó con pretextos frívolos (que desacreditaron al marqués Rangone Palavesino), admitiendo Luis Martinengo la comission. Por indisposición de enfermedad del general Zane, ocupava el puesto Sebastián Veniero y, en ausencia de este, Agustín Barbarigo y, aviendo reforçado la armada de los pertrechos necesarios, se ofreció a dar calor a la guerra. Y los más prudentes senadores, comprehendiendo la desigualdad de la enemiga y las retardadas esperanças de prompta unión, como también los considerables gastos y los inciertos fines de los sucessos, alabaron la viva aplicación del embaxador Barbaro, que no cessava de insinuar pensamientos de paz a Mehemd, primer visir, en la qual se considerava el más absoluto de todos los más autorizados ministros y, assí, resolvieron que passasse a Constantinopla Jacome Ragazoni con apariencia de comerciante y de rescatar esclavos y, en substancia, a entablar tratados de ajustamientos.

[1571] Comunicóse a los príncipes esta expedición, que obligó a Su Santidad a mover con particular aplicación a los españoles para que no se

perdiere tiempo en la conclusión de la liga, como a despachar a Venecia a Marco Antonio Colona que, aviendo entrado en el Colegio, exhibió las cartas credenciales que mencionavan diessen entera fee a sus proposiciones como si las expressasse Su Santidad en persona. Y aviéndose sentado (como se acostumbra) en lugar inmediato al dux, dijo assí:

Que la función a que Su Beatitud le embiava (aunque desigual a su talento) era proporcionada a su genio, y a su deseo, por el interno y particular consuelo que tenía de ver alguna vez oprimido el orgullo othomano y enfrenada su bárbara altivez. Que abraçando la proposición sería memorable en todos los siglos y aplaudida de los christianos con aclamación universal. Que la liga no estava sujeta a la incertidumbre, sino dependiente solo del arbitrio del senado, excitado a conformarse con los votos universales de todo el christiano mundo. Y que no solo se trataba de enfrenar las dessolaciones enemigas, sino de vengarse felizmente penetrando en lo más interno de sus dominios para recuperar lo perdido, asegurar la libertad y liberar de la pesada esclavitud tantos christianos como gemían oprimidos de los pesados eslabones de las cadenas turquescas. Que vigilante el sumo pastor, deseava la seguridad del redil y del rebaño, sin olvidar los medios más proporcionados a su preservación, oponiéndose al encarnizado lobo de oriente, a quien, si de una vez, no se le arrancavan los dientes, no se hartaría jamás de deborar las christianas ovejas. Que el mismo zeloso deseo reynava también en Felipe Segundo, el qual tenía promptos medios, armada, milicias y pertrechos de todas suertes y que solo faltava el consentimiento de la República, de cuyos intereses principalmente se trataba. Y que también los demás príncipes (imitando su exemplo) participarían de la gloria en tan santa confederación y que Su Santidad tenía cartas del rey católico en que le assegurava que también el César entraría en el concierto. Y que con estas circunstancias era menester no tratar de defenderse, sino de destruir por mar y por tierra los dominios othomanos. Que si no abraçavan esta coyuntura, considerassen cuál sería la soberbia de los infieles y con cuánta razón (viendo nuestra cobardía) empeñarían en nuestro daño su altivo desvanecimiento. Y que haciendo oposición a sus ardientes iras (con este medio), podría la República resarcirse de tan injustas guerras y de tantas pazas infieles y que no les divirtiesen el bien los males passados, quando se recobraría con bien digeridas interpressas el fruto perdido de las victorias en otras ocasiones. Que lo que huviesse errado antecedentemente el Doria, lo perficionaría Felipe Segundo y que las solicitudes de este gran monarca repararían los daños ocasionados de las antecedentes negligencias de su ministro, quien no tendría en lo por venir más autoridad que la que le permitiesse Su Santidad. Que no se determinarían los consejos con más que dos votos y que el pontificio no se apartaría jamás del veneciano y que de la piedad del pontífice, como de la sinceridad del católico, y del zeloso deseo de entrambos (para esta christiana correspondencia) eran los argumentos tan claros que no admitían ambigüedad y que, no pudiendo tener duda en ser efectivas las grandes fuerças del católico, convenía temer las

de los othomanos y, mucho más, sus aparentes pazes e insidiosas guerras siempre constantes e inevitables.

La respuesta del senado se ciñó a esta breve expresión:

Que la República, siempre permanente en la resistencia, avía algunas vezes reusado las insinuaciones de tratados de paz ofrecidas por los turcos y que solo la unión de los príncipes era la que podía afilar las espadas christianas y embotar el corte de los alfanjes othomanos (que fabricavan sus victorias más sobre las ruynas de nuestras discordias que sobre sus propios azeros) y que todo consistía en que las fuerças y las contribuciones fuessen grandes, y en tiempo oportuno, para lograr el provecho que se pretendía. Y que las assistencias convenientes, y dispuestas en ocasión, eran el propugnáculo de los christianos, como fuera de tiempo no podían servir ni de espada ni de escudo.

Fluctuaron, en el piélagos del temor, los ánimos de algunos senadores desconfiados por los exemplos antecedentes en la inconstante deliberación de los coligados y de la frialdad de los consejos, como de la tardança de las execuciones y, por otra parte, deseavan los negociados de Constantinopla (en caso que la infidelidad de los turcos y sus eladas pretensiones no desauciassen la materia) y, después de varios discursos y opiniones encontradas, la persuasión de Su Santidad y los bien movidos oficios del Colona, dispusieron la conclusión de la liga, que se juró en Roma (en público consistorio) por los embaxadores, con las calidades apretadas de que se unirían dozientas galeras, cien navíos y cinquenta mil infantes, quatro mil y quinientos cavallos, con todo lo necessario para su conservación, dirigiendo este cuerpo de armada a daño del común enemigo en las empresas de Argel, Túnez y Tripol, pudiéndose alterar las deliberaciones a medida de los sucessos y de las coyunturas. Señalóse la ciudad de Otranto para la unión de la armada y navegar de allí a los mares de levante.

El rey católico avía de contribuir la justa mitad de los gastos, dividiendo lo demás en tres porciones; las dos avían de pertenecer a Venecia y la otra al pontífice, a quien se le avían de subministrar doze cuerpos de galeras aprestadas para que Su Santidad las armasse, y que cada príncipe dispusiese lo necesario de lo preciso para el apresto (en sus dominios) avisando el gasto para el repartimiento del cómputo. Que los tres generales tendrían el voto deliberativo, pero la execución don Juan de Austria (como general de la liga) y, en su ausencia, Marco Antonio Colona. Que se le reservasse lugar a qualquiera príncipe christiano que quisiesse entrar a la parte en el mérito de tan devota confederación y que, la parte de gasto que le tocasse, sería en aumento de las comunes fuerças. Y en quanto a la división de lo conquistado, se sujetarían al modelo y forma de la antecedente liga del año de mil quinientos y treinta y siete. Y que, en todo lo demás, fuesse árbitro de qualquiera diferencia entre los

coligados Su Santidad. Y en consonancia de estas disposiciones se ajustó en Venecia el indulto a los vandidos, poniendo dos mil galeotes en tierra firme y aparato proporcionado con algunos medios de contado.

El mencionado socorro que salió para Famagusta entró con felicidad (con otros ochocientos hombres más en dos naves, que avían salido de los puertos de la República) y, aunque salieron a embaraçarle siete galeras turquescas, solo lograron quedar en poder de los christianos las tres, aunque sin gente, por aver embestido en la playa para salvarse.

[1571] Manejábanse en Dalmacia las armas con varia fortuna porque el general Jacome Malatesta, aviendo passado a butinar en algunos villages de Risano, bolviendo cargado de despojos, le atacaron los turcos (que le seguían) en un profundo valle, aviéndose apoderado de lo más alto de la montaña, de donde le hazían notable daño imposibilitándole la retirada y, más, con el accidente de averle maltratado una pierna un golpe de una piedra de las que arrojavan de lo alto los enemigos, con que fue preciso quedar prisionero, si bien resarcido este frangente con la presa de Escardona y con diferentes favorables dessoluciones executadas por los christianos en el país confinante.

Intentaron los turcos la interpressa de Cataro, maquinada por secreta inteligencia con Troyano Siciliano (capitán de infantería del presidio), pero descubierta la traición con el suplicio del reo, espiraron las esperanças turquescas. Celebróse en Constantinopla la conquista de Nicosia con excessiva demonstración y a un hijo de Mustafá, que dio a Selín el aviso de tan agradable successo, le prometió recompensas y medios para que su padre concluyesse la empresa.

Desobligado el sultán de Piali (porque aviendo entrado en el golfo con la armada marítima, no avía hecho llegar a sus oídos el eco de alguna particular y sobresaliente hazaña), le mandó desposseer del puesto como a hombre inútil, substituyendo en su lugar a Portán con la misma autoridad (quien aviendo recogido prestamente assí las galeras beyleras como las corsistas, cuyo número se componía de dozientas y cinqüenta), navegó la buelta de Candia y, desembarcando en la Suda (después de aver assolado el país), se arrojó sobre la Canea, donde los christianos desayraron la intención con grave daño de los que le obedecían.

Salió también después a la mar Uluchali con cinqüenta galeras y, aviendo embestido improvisamente a Retimo (que no tenía fuerças para resistirse, ni fortificaciones para defenderse), se vieron precisados los habitantes a desamparar la ciudad, en la qual executaron los othomanos su acostumbrada crueldad, no librándose los muertos de sus fieros procedimientos, pues los

desenterravan con el pretexto de buscar dineros en los sepulcros, pero asaltados de improvisos vientos, aterraron algunas galeras que se perdieron en la costa. Y muchos turcos deseosos de pillage, aviendo abandonado las embarcaciones por este respeto y reconcentrándose en la isla, no tuvieron forma de salvarse por averse hecho a la mar las galeras de temor de la tormenta. Y reconociendo los paysanos el abandono de los infieles, baxaron de las montañas y degollaron más de dos mil. La llegada del Ragazoni a Constantinopla avía hecho más arduo el tratado, pues se persuadía la Porta que llevaba enteramente la cession del reyno de Chipre. Mas el Barbaro (que, en seis años de asistencia en aquella Corte, tenía comprehendido el natural de los turcos y que levantan el punto a las pretensiones tanto quanto los christianos le baxan, quando las solicitan) no tuvo gusto con su llegada.

El dragomano, intérprete mayor, avía entablado con Ebraín (favorecido del visir, y con Rabi Salomón, médico, su confidente) algún manejo, pero con esta fresca expedición se suspendió porque los turcos, con aplicada curiosidad, solicitaron penetrar los motivos que le avían llevado a la Corte. Y aviendo comprehendido el Barbaro lo desayrado de la materia, dispuso que se bolviesse a la patria porque, con su detención, no acrecentassen las esperanças los infieles.

Mehemed visir, que se avía opuesto a la empresa de Chipre, no deseava el buen successo de ella por quanto llenava de reputación y vanidad a los directores, sus enemigos. Y temiendo no deteriorasse el concepto de su estimación la conclusión de la conquista, por medio de Rabi Salomón hizo buscar al Barbaro y le preguntó que qué avía de la armada christiana, de la qual no se llegava a oír más ruydo que el de la fama (parlera ociosa de tantas ruynas) y le bolvió a preguntar (mofándose) si se guiava por la brúxula, y si avía perdido el norte y errado el viage y, en lugar de navegar a Chipre, avía pasado a las islas occidentales.

La tardança del Doria, en llegar a Otranto, dio más valor a las interpresas turcas y fue un veneno mortal para la causa común y para los intereses de la República por aver dexado la mar a disposición de los enemigos, que dessolvavan sus más propinquos dominios. Y aviendo padecido esta vejación las islas del Zante y la Cefalonia, entró la armada en el golfo y Uluchali, después de aver saqueado a Liesina y a Curçola, cargado de despojos, passó a incorporarse con ella. La República, con turbados pensamientos, puso en la consideración del pontífice y del rey católico las dañosas conseqüencias que ocasionava la pereçosa tardança con que el Doria movía sus disposiciones y los senadores, que fervorosamente avían votado la conclusión de la liga, comprehendieron aver abraçado consejos más generosos que útiles, y se inclinaron a proponer

que, quando no se podía maltratar a los turcos (por las malas disposiciones), era mejor no amenazarlos y más saludable la sangrienta paz con ellos que la desmayada guerra. Y es cierto que se perdió en esta ocasión no solo la coyuntura de seguros progressos, sino la reputación (que es el numen más venerado en las batallas después de Marte).

Estaban sobre los ferros en Mecina las galeras pontificias, venecianas, de Florencia y de Malta esperando con impaciencia la llegada de don Juan de Austria que, con veinte y siete galeras y cinco mil españoles, avía salido de las costas catalanas. Y aviendo tocado en Génova y Nápoles, le cortejaron con reverente sumisión y, después de aver arbolado el estandarte de la liga (que le remitió Su Santidad), inmediatamente puso las proas a Mecina. Era Su Alteza de generoso espíritu, por cuya razón se aplicó al manejo de las armas en la flor de su edad y, no aviendo pasado de veinte y dos años, tenía particular ambición de hazerse estimar valiente con entendimiento, para conseguir la gloria de la aplicación. Acompañavan al decoro, la gravedad y la cortesía. Era afable, vigilante, prudente y resuelto. El cargo en que le avían constituido era de grande dignidad, aunque contrapesado de consejeros tan graves como el comendador mayor de Castilla, el marqués de Santa Cruz y otros que le assistían, a cuyos pareceres convenía ajustarse y, aunque era dueño, era dependiente libre, pero ligado.

Suspendidos los ataques de Famagusta por los rigores del invierno, al empezar la campaña se renovaron con mayores fuerças, pues concurrieron diluvios de infieles que, en desmandadas avenidas, deseavan anegar la christiandad entre ardientes olas de los corrientes cristales de sus corvas cuchillas, componiéndose la armada enemiga de ochenta mil combatientes y, entre ellos, catorze mil genízaros, sin quarenta mil aventureros que governava Mustafá bey, su general, no comprehendiéndose la turba inferior innumerable en esta quenta. Era absoluto governador de estas tropas Mustafá, a quien obedecían el beglerbey de Grecia, el de los genízaros, el baxá de Alepo, de Natolia y de Caramania, el sangiaco de Tripol y otros. Y aviéndose acampado a mediado abril a vista de la plaça, a cuya defensa atendía Marco Antonio Bragadino, su governador (uno de los senadores de más apasionado zelo por la gloria de la religión y por la reputación de la patria), quien con eficaces exortaciones animó a los soldados para que atendiessen al gran crédito que lograría en el mundo con la defensa y al sobresaliente mérito que harían con Dios en sustentar la fe católica con ardiente constancia en aquel sitio, en cuyos sangrientos trances los que perdiessen la vida ganavan la diadema del martyrio para una gloriosa eternidad.

Los capitanes y demás oficiales, aplaudiendo la generosidad de los conceptos, hazían resonar con festivas aclamaciones la alegría del corazón en la promptitud de la mano y, Héctor Ballón, obrando infatigablemente, animava a todos con las palabras y con el exemplo en las operaciones. Luis Martinengo cuydava de la artillería haziendo fundir de nuevo las piezas inútiles, renovándolas, supliendo con maravilloso artificio tan essencial requisito y, porque la constancia de los sitiados no descaeciese (por falta de bastimentos) con el hambre (que es más violento enemigo que las armas), hizieron salir de la plaça ocho mil personas inútiles (que sin ultrage de los infieles tuvieron tiempo de dividirse en los circunvezinos villages).

Lorenço Tiépolo, superintendente de los víveres, cuydava de que, con gran puntualidad, se llevassen a los puestos los mantenimientos para que no tuviessen pretexto alguno los soldados que los separasse de las murallas. Cuydava de la defensa del torreón del Taraçanal el capitán Francisco Bogoni y Pedro Conti del torreón del Campo Santo, y el conde Martinengo de la cortina del Asdruci, junto al torreón de Santa Nappa, atendiendo a los demás puestos Oracio de Beletri y Roberto Malvezi. Governávanse con tan gustosa igualdad y concordia que no avía más que desear, pues se emulavan corteses en la promptitud de las operaciones, y en el corage todos, sin dar lugar a la ventaja en la competencia. En bien distribuidas funciones seguían su obligación los habitantes, jugando los lances con valentía, contrapesando con la defensa las incursiones de los assaltos infieles.

[1571] Assistía una gruessa guardia, de la gente más escogida, en la estrada encubierta donde, para sustentarla en las salidas con más vigor, avían fabricado algunos traveses y retiradas sobre los terraplenes con troneras que desmantelavan los fosos y la campaña, imprimiendo los mosqueteros en los enemigos considerables destroços, quienes con incessable sudor trabajavan en las labores del terreno, no perdonando el más duro escollo que les servía de embaraço, deshaziéndolo a fuerça de braços con picos y marraços. Y se obrava en todo con notable aplicación y constancia, sin distinguirse los gastadores de los militares, pues con la çapa en la mano parecían de una profesión en cabar los fosos, profundándolos de modo que no se alcançavan a percibir las lanças de los ginetes. Y cubiertos todo lo que permitía el arte, fabricavan contra la fuerça de la artillería de la plaça trincheras tales que, entre los fosos y las murallas (valiéndose del terreno, movido como parapeto), se aloxavan con seguridad. Tan espaciosas y elevadas eran las labores y los reparos, que apenas se descubrían de la plaça las cimas de los pavellones y parecía que el ejército estava sepultado en una profundidad.

Fabricaron los turcos en el plan de la campaña diez fuertes a proporcionada distancia, cuyas frentes ocupaban cinquenta pies geométricos, assegurados con trabaçones de maderage texidas con tal artificio que, rellenos los espacios de adentro de tierra y sacos de algodón, hazían gran resistencia a las ofensas. Y si maltratava de día la artillería alguna parte, la reparavan de noche con fácil diligencia, porque era tan grande el número de los gastadores que llegavan a quarenta mil y, con el cuydado de alternarse, se hallavan menos fatigados y más promptos para las necesidades.

Venían de Caramania las galeras, como no interrumpida processión, con víveres y municiones y gente, aviendo desembarcado quinze pieças de artillería de las que guarneçían a Nicosia. Y aviendo entrado en el puerto con próspero viento Alí baxá, dexando en él las treinta, bolvió con las demás a navegar sin oposición alguna como dueño de aquellos mares. Y mientras las armadas christianas ociosamente se passeavan de puerto en puerto, se entretenía él en conducir al sitio sacos de lana, leñamen y materiales de todas suertes. Y no solo se hazía cada día esta función con las galeras, sino con caramuçales cargados de refresco para el ejército. Y aviendo obstentado la muestra de las fortificaciones, con averlas adornado de banderas y estandartes para hazer campear el aparato militar (con más vanidad que temor y confusión de los sitiados) con salvas generales de artillería y mosquetería, pensaron negociarse la conquista, pero los famagustanos, contraponiendo baterías con felizes aciertos, desembocaron las mejores pieças enemigas.

Cada instante desafiavan los turcos a singular batalla a los christianos y, acetándolas algunos albaneses, consiguieron siempre la victoria. Hazían los de la plaça, de día y de noche, freqüentes salidas para estorbar las labores con tan buenos sucessos y estragos de los infieles que bolvían a la ciudad cargados de armas, turbantes, cabeças e insignias militares. Y porque lograsse la artillería mejores efectos en ellos (defendidos de sus trincheras), colocaron algunas pieças sobre los más altos terrados, de donde les hazían notable daño, y según las treguas que se permitían a los sitiadores para sepultar los muertos, y las relaciones de algunos prisioneros, llegavan los cadáveres a veinte mil hasta aquella hora.

Duró mucho tiempo la porfía de las bocas de fuego en los continuados disparos y se perdieron los más bizarros christianos en las salidas, donde se consumían sin reserva las municiones (cuyo desperdicio engendró alguna penuria), por lo qual se tratava de abstenerse de las surtidas, como también porque no faltassen defensores en las fortificaciones y, assí, se puso económico cuydado en dar orden que se disparassen solamente treinta pieças al día, treinta

veces cada una y no más, cuya novedad hizo creer a los infieles que debía de faltar la munición en la plaça, supuesto que se abstenían de aquella forma en los disparos (motivo que les previno el pronóstico de conseguir la plaça).

[30 de mayo] Aportó a Famagusta de noche una fragata con el aviso del próximo socorro, pero no viendo señas de su llegada se desapareció la alegría como si fuese una exalación. En este tiempo embistieron los turcos a la contraescarpa, que ganaron a costa de mucha sangre, con daño también considerable de los defensores, que cada día eran menos porque perecían con gran constancia en las defensas, señalándose con sobresaliente ardor, pero la muerte (rayo infalible de la fatalidad) suele imprimir sus iras en los más fuertes y elevados coraçones. Alojáronse también los enemigos en los labios de la boca del foso, poniendo mampostería de arcabuzeros que disparaban a las murallas sin que pudiesen los de adentro defenderse sin peligro.

El ingeniero Juan Mormori dispuso cierta forma de tablonos portátiles que, juntos, aseguraban la gente que assistía a las obras muertas de las violencias del mosquete, pero el artificio no aseguró al que lo dispuso, pues fue de los primeros que murieron con grave daño y sentimiento de los de la ciudad.

Caminava el trabajo de las galerías con grande aplicación, aunque con pérdida considerable porque, así los hombres como las mugeres, vigilantes en la defensa, no perdían un instante de tiempo en damnificar a los agressores (que llegaron a picar la muralla para minar los torreones de Santa Nappa, Asdruzi y el Taraçanal). Los sitiados intentaron contraminar para desvanecer las operaciones, pero sin fruto alguno. Y passando de noche a los fosos con alternadas salidas, retiravan algunos sacos de lana de las galerías a la ciudad, que pagaba el Bragadino con un taler. **[22 de junio]** Y no aviendo llegado a comprehenderse una gran mina, profundada de Jian Vilet bey (en el baluarte del Taraçanal), hasta que la operación dio el aviso con el daño y con el estruendo, no avía hecho tanta impresión el temor en los coraçones de los christianos que los sufocasse con el desconsuelo, pero la considerable mina demolió gran parte de la muralla, con una porción del parapeto de la cortadura, que avían fabricado para oposición del assalto, pereciendo en ella enteramente una compañía de infantería que la guarneció. Y sin perder tiempo los enemigos, embistieron inmediatamente a la brecha, cuyo assalto duró cinco horas, muriendo en él ciento y sesenta christianos y muchos oficiales, quedando malheridos los capitanes Bernardo de Agubio, Pedro Conti, Hércules Malatesta y algunas mugeres que, como valientes amazonas, se ensangrentaron en los infieles. Y en particular una que, viendo herido a su marido, empuñando una partesana mató al genízaro homicida y, passando a ofender el segundo, recibió una herida. Y

queriendo las demás obligarla a que se retirasse a curar, las respondió: No estoy tan enamorada de vivir que intente olvidar la memoria de mi vengança y la satisfacción de la vertida sangre de mi marido muerto a las traydoras manos de los infieles. Y, assí, vosotras cobardes, os podéis ir a cuydar de vuestras familias que yo tengo elegida esta muralla para mi sepulcro. Y acabando de espressar estas razones, se arrojó a lo más sangriento del assalto, donde perdió la vida sacrificada a su propio corage.

[1571] Concurrían a la defensa de la patria, viéndola en peligro de perderse, no solo los convalecientes, sino los enfermos, heridos y estropeados y, algunos a quienes faltaban las piernas, se conducían arrastrando al empeño arrojando piedras para tener parte en la defensa de la libertad.

Marcos Cribelatore, veneciano, capitán de infantería, con desvelo y ardiente aplicación procurava atajar la grande abertura de la brecha (con botamen lleno de tierra, colchones mojados y costales de lana, y polvo y otros reparos de que fabricava parapetos en defensa de la mosquetería que, descubierta por las ruynas, estava expuesta al peligro), y los griegos a porfía, si faltava tela para hazer sacos, exhibían las sábanas y los tapetes para hazerlos, como también los más preciosos muebles para fabricar reparos, sin reservar las colgaduras de seda y lana.

Todo lo que arruynavan de día los turcos, procuravan reparar de noche los christianos, gastando con vigilancia en estas labores las horas destinadas para el reposo. Y quanto eran menos en el número, se obstentavan más desvelados en las defensas, oponiendo ardientes resoluciones al multiplicado insulto de la othomana invasión.

[29 de junio] Dieron fuego a nueva mina (que preñada de horrores y ruynas) abortó en incendios el monstruoso parto de una terrible dessolación y, demoliendo el revellín, penetró en la piedra viva dexando abierta la entrada al mayor peligro, permitiendo comodidad a nuevos assaltos que, con la presencia de Mustafá, se intentaron assistiendo con la zimitarra en la mano a castigar los cobardes que faltaban a su obligación, como a ofrecer recompensas a los más valientes, en cuyos repetidos esfuerzos sobresalía lo atroz y lo sangriento. Y en los demolidos reparos, mezclándose (unos y otros) con igual valor, cayó el mayor estrago sobre los más flacos. Y si en el Taraçanal murieron muchos christianos, pereció mayor número de turcos, mirándose tan amontonados los cadáveres que servían de escala a los compañeros para montar a la brecha, renovando en todos quatro puestos la obstinación de los acometimientos para enflaquecer la resistencia de los sitiados, que duró siete horas sin que huviesse golpe sin operación, ni herida sin división de miembros humanos, de cuyos

excessos nacía el consuelo de la vengança en las abrasadas iras de todos. Y descansando la agitación en la violencia del daño, bolví a recobrar nuevos alientos para fulminar mayores estragos. Y, por último, rechazaron los christianos las violencias othomanas, pero faltando el terreno, apenas podían manejar las picas según lo estrechos que estaban.

Ganaron, sin embargo, los enemigos el revellín y, no aviendo executado la retirada los christianos con la forma que avía dado el Bagllone, sino con turbada descompostura, mezclados los unos con los otros, padecieron igualmente el destrozo de una mina, a que dieron fuego los christianos, antes que se pusiessen en salvo los suyos por aver excedido en la orden, teniéndola prevenida para daño de los othomanos (fatalidad que oprimió ducientos católicos y, entre ellos, al maestre de campo David Noze, quedando herido el conde Martinengo y otros capitanes y oficiales de experimentado valor), hallando en ella también la sepultura mil turcos, assistidos casi de sus propias victorias.

En la puerta de Limiso (que siempre estuvo abierta) fue el mayor combate, sobresaliendo la entereza en el Bagllone que, con palabras y con las obras, alentava a los suyos y, aviéndose mezclado con los infieles, mató a un alférez y le quitó la vandra. El conde Martinengo (convaleciente) aliviava a los fatigados con la muda de frescas esquadras y, manteniendo el puesto, mandó poner fuego a una mina inmediata, en cuyo terreno quedaron sepultados quatrocientos mahometanos. Dieron fuego también los enemigos a un hornillo que no surtió el efecto que deseavan, por cuya razón suspendieron los assaltos por entonces, sin dexar de profundar los cabamentos cerca de la contraescarpe (donde se avían alojado antes y plantado siete cañones), [1571] aviéndose reducido las defensas a las manuales retiradas, que se componían de botas y sacos llenos de tierra mojada cubiertos de pellejos de búfalos, pero la falta de gente aumentava en los agressores la esperança, al passo que imprimía en los coraçones de los sitiados el desconsuelo.

En cada calle se veía una compañía de mugeres conducida de un cabo, que ayudavan infatigablemente a la defensa proveyendo de agua los puestos para apagar los fuegos artificiales que arrojavan los turcos y, juntando piedras, las arrojavan generosamente de las murallas. Y aviéndoles salido vana la experiencia de intentar ganar la puerta con la fuerça, passaron a los artes de la industria recogiendo grande cantidad de retamas y teas fáciles de encender (que abrasan con la llama y apestan con el humo) y motivaron tan grande incendio que, no pudiendo apagarle los de la ciudad ni tolerar el mal olor, resolvieron, cerrando las puertas, desamparar aquella parte.

Estaban las materias reducidas a término desesperado porque cada día se aumentaban las fuerzas de los sitiadores (con nuevos socorros), como también la fatalidad en los christianos, así en las muertes como en el descaecimiento, porque faltava todo. Y lo que más se llorava era el deseado socorro que no acabava de llegar, teniendo agonizando la esperanza, manteniéndose de carnes de cavallos y de otros inmundos animales, a que se agregava la falta del vino, que es el reparador de los abatidos miembros de los hombres. Y avían llegado a tal estado, que cada soldado era un esqueleto que no tenía de viviente más que el corazón.

No dexava el Bragadino de confortarlos, para curar el mal de la penuria con la dieta, repartiendo con pequeña medida los bastimentos, con que faltava el ánimo con el alimento, porque los hombres, por último, no se mantienen con argumentos ni con las consideraciones quando se disminuyen los víveres y se aumentan las desesperaciones.

Las cercanías de los alojamientos permitían freqüentes coloquios con los enemigos, los quales no omitían demostración alguna para reducir a los christianos a la negociación de capitular, proponiéndoles como único medio la preservación, entregándose antes de experimentar la última dessolación, en cuyo tiempo no dexavan de sentir movimientos subterráneos, seguros indicios que hazían temer las labores para nuevas minas. Y, por el contrario, la batería que fulminava la cortina avía levantado en el foso un promontorio de tierra que igualava la muralla. Y enfrente del torreón del Taraçanal, avían erigido un baluarte, armado por la parte de afuera de gruesas gúmenas, tan elevado que se igualava con el de adentro.

Avíase reducido el número de los italianos a seiscientos, pero descaecidos y flacos de las continuadas fatigas. Los albaneses, y los más armígeros griegos, avían perecido casi todos peleando. Y así, por estas insuperables angustias, Mateo Golfi, chipriota, representó a los comandantes de la República que el pueblo de Famagusta, aviendo destemplado la fee en la propia sangre, disminuido y hambriento, no tenía más que ofrecer en sacrificio si no es la última ruyna de sí mismo y de la ciudad y que, si tuviessen más vigor en los cuerpos, no dexarían de exponerlos con prodigalidad al mayor peligro, como lo avían executado hasta entonces con ambición generosa y que, no hallando otro remedio para el mal, se librase la patria fiel de tan eminente dessolación con reservar el residuo miserable de ciudadanos, mugeres e hijos de tan irremediable y próxima esclavitud.

Las representaciones del pueblo consideradas, como también la infidelidad de los enemigos, no tuvieron lugar en el ánimo del Bragadino y de

los cabos para más que resolver morir con las armas en las manos y sacrificar al valor hasta la última gota de sangre.

[29 de julio] Avían, entre tanto, terminado las minas los othomanos, cuyas operaciones hazían cada hora más inevitable el daño y, particularmente, la del baluarte arrojó por tierra la mayor porción, en que murió el governador Rondachi. La otra del Taraçanal, oprimió enteramente una compañía de italianos que sustentaron, aunque flacamente, los dos costados y con intento de ocuparle, renovaron los enemigos un fiero assalto que duró seis horas. El día siguiente duplicaron los acometimientos a todos los puestos, pero resistiendo las invasiones con intrépido corazón, aunque con pocas fuerças y menos sustento, se hizieron experimentar temerarios. Ya no tenían reserva alguna en los almacacenes para engañar la desesperación y solo se hallavan con siete barriles de pólvora, y andavan recogiendo en la plaça las balas que tirava el enemigo para bolvérselas con la artillería. Y por la falta que avía de todo, se aumentaron los solloços y las lágrimas en Famagusta haziendo memoria de los exemplos de Rodas y de otras plaças en la Ungría, a quienes los enemigos guardaron la palabra en las capitulaciones, movieron la piedad de los cabos a que consintiesen en la rendida. **[1 de agosto]** Y después de varias pláticas, un alférez italiano debastó los tratados y se pusieron recíprocamente banderas blancas. Y aviendo passado la fiesta del inmediato día, se ajustó la tregua, aviendo llegado a la plaça un embiado de Mustafá con quien se concluyó, passando de una parte a otra los rehenes, que fueron por parte de los othomanos dos tenientes, el uno del baxá y el otro del aga de los genízaros, quienes con luzidas galas y armas, y con seis genízaros de a pie, se presentaron al Bagllone, que los recibió en la puerta de la ciudad con dozientos infantes y algunos cavallos, en cuyo cambio passaron a los quarteles enemigos el Martinengo y Mateo Conti, famagustano, con seis soldados, a quienes recibió y cortejó con agrado un hijo de Mustafá asistido de grandes tropas de cavallería e infantería. Y aviéndolos conduzido a la presencia de su padre, los admitió con lisongera cortesía, pero traydora. Y después de averlos regalado con sobrebestes de brocado de oro, les señalaron para su aloxamiento los pavellones del aga de los genízaros. Y concluidos los tratados, se estableció el transporte de los sitiados con armas y bagage, cinco piezas y navíos, para que desembarcassen en Candia, dexando libertad a las familias de los habitantes de irse o quedarse, con reserva de la religión, de la vida, de la hazienda y de la honra.

Concluyó y firmó Mustafá las capitulaciones, en cuya consonancia mandó llegar al puerto algunos navíos, en que empezaron a embarcarse los enfermos. Era grande la maravilla de los agressores observando el poco número

de los christianos y tan gran defensa, y no menos la admiración de estos viendo esquadronadas las inmensas tropas enemigas que inundavan la campaña. Muchos griegos, y algunas tropas de soldados, se avían embarcado en los navíos dexando la ciudad en poder de los enemigos y, apenas entraron en ella, quando empezaron a executar con los ciudadanos las acostumbradas violencias.

El Bragadino notició, con Héctor Martinengo, a Mustafá los excessos de sus tropas, doliéndose y pidiéndole enfrenasse la militar licencia, como también otros navíos para que se embarcasse la gente que faltava, según lo capitulado. Después de lo qual, él mismo le entregaría las llaves de la ciudad. Pero el bárbaro, disfraçando con la humanidad la trayción, consintió en los navíos y encargó a los soldados la puntualidad, respondiendole que como el valor avía hecho famoso al Bragadino, deseava conocerle y agassajarle, con cuya noticia passó a visitar a Mustafá, acompañado del Bagllone, Martinengo y Quirini y algunos capitanes y gentiles hombres griegos a cavallo, siguiéndoles quarenta arcabuzeros. Y aviendo llegado a su aloxamiento, les intimaron que depusiesen las armas buscando pretextos para desfogar su rabia, pidiendo también seguridad de los navíos prestados, a que respondió el Bragadino no ser condición expressada en las capitulaciones, a que replicó Mustafá moviendo la mano, como haziendo señas, que quería por rehenes al Quirini, noble veneciano de estimable presencia. Y negando el Bragadino la pretensión, encendido de cólera el baxá, prorrumpió en palabras injuriosas y dio orden que a todos los hiziesen pedaços fuera de su aloxamiento. Después de lo qual, mandó con horrorosa crueldad que quitassen la vida al Bagllone y al Quirini con toda la comitiva, haziendo que el Bragadino fuesse testigo de la tragedia y, por alargarle el martyrio, le hizo prevenir algunas vezes el cuello al azero, si bien por entonces solo le cortaron las orejas.

Blasfemó el bárbaro el nombre de Christo, excitando al paciente, para que le invocasse y socorriesse, pues tenía tan cercano el peligro. El conde Martinengo, destinado al propio martyrio, tuvo la fortuna de que un eunuco del baxá le escondiesse hasta que se le mitigasse el impetuoso incendio de la ira, cuya diligencia le salvó la vida, quedando en esclavitud. Entró el tyrano en la plaça sediento de verter más sangre, por cuya causa condenó al Tiépolo (que avía quedado gobernando) a ignominiosa muerte, suspendiéndole de la entena de una galera. Y los que anticipadamente se avían embarcado, quedaron despojados de sus bienes y puestos al remo. Y después de infinitos estropaços, quiso solemnizar el viernes (día festivo en su secta) con un acto famoso de crueldad haziendo conduzir al Bragadino a las brechas, para que llevasse a cada una dos espuestas de arena para restaurar la ruyna. Y assistiendo el baxá, le

obligava a que, todas las vezes que passava por delante, se humillasse y besasse la tierra, llevándolo después arrastrando a la marina y, puesto sobre una silla fixa, lo elevaron de aquella manera sobre la entena de una galera y lo expusieron vivo a la vista de los soldados y de toda la armada y, por último, aviéndolo llevado a la plaça y puesto en el hierro de la picota, le desollaron vivo, diziendo el cruel baxá que no convenía que, quien avía vertido tanta sangre de musulmanos, se fuesse con toda la suya en las venas. Sufrió con gran constancia el martyrio, no solo sin quejarse, sino recitando el *Miserere* y, al pronunciar el verso *Cormundum crea in me Deus*, con sobrenatural intrepidez entregó el espíritu al señor. Y mandando hazer el cuerpo menudas pieças, se adornó Mustafá con todos los requisitos que le acreditaron de diestro verdugo, reservando para sí la piel (alhaja que toca a los que desuellan por su trabajo) que, llena de paja, la hizo llevar por todo el campo y, atada a la entena de una galera (que avía salido del puerto), costeó las riberas de la Soria a la vista del pueblo. Y después, transportada a Constantinopla, la hizo poner en el baño del tاراچانال como monstruoso trofeo de la barbaridad othomana, circunstancia que debe ser advertencia para que los generosos militares aprendan a morir peleando, pues en la seguridad de los pactos no se preservan las vidas.

Después de aver dessollado los vivos, mandó desenterrar los muertos y esparcirlos por la campaña, como arrojar los huesos en la mar, siendo tan feroz en hazer la guerra a los vivos como en perturbar la paz a los muertos en el silencio de los sepulcros. Fue profanador de los altares, pisando las reliquias y deshonorando los templos. Y aviendo puesto en toda resistencia la plaça (que toleró setenta y cinco días de sitio y ciento y cinquenta mil cañonaços) y, dexando en la isla veinte mil infantes y dos mil cavallos, victorioso, sobervio y triunfante, bolvió a Constantinopla, donde le recibieron con aplauso universal y, computando el coste que tuvo la conquista (confessado por algunos turcos), importó la pérdida de más de sesenta mil infieles y, entre ellos, el baxá de Natolia Mustafá bey, general de los aventureros, el sangiaco de Tripol y otros doze cabos de consideración.

Al número de los hombres que se pierden, suple el tiempo con la producción de otros y, particularmente, en payses donde la generación no está definida con ciertas leyes como en otros dominios. Los Estados que una vez ocupa el poder ohtomano jamás los recupera el que los perdió y tal fue, por último, la funesta pérdida del amplio y rico reyno de Chipre, cuya joya desengazaron los bárbaros con la fuerza del adorno rico de la diadema veneciana.

[1571] Uniéronse por último, después de tantas dilaciones, los generales christianos a los últimos de agosto y, a los primeros de septiembre, salieron del puerto de Mecina con dozientas y veinte galeras sutiles, seis galeazas, veinte y cinco navíos y otros baxeles de menor porte, cuyas fuerças igualavan el poder de las infieles y, navegando las aguas marinas en buena ordenança, rompía las olas en la banguardia don Juan de Córdova, general de Sicilia, con ocho galeras, a quien inmediatamente seguía Juan Andrea de Oria, ocupando el segundo puesto con cinqüenta galeras. Y después los tres generales con el esfuerço mayor, a quienes sucedía poco más atrás el proveedor Barbarigo con otras cinqüenta galeras y, cerrando con buena ordenança la navegación con otras treinta, don Álvaro de Baçán, marqués de Santa Cruz, iban siguiendo la derrota del viage, aviendo determinado antes que las de la banguardia (en ocasión de batalla) se uniessen a los dos cuerpos señalados en lugares particulares de forma que, tomando la buelta en la mar la primera esquadra, viniessen a ocupar la punta del medio orbe derecho, del qual sería la primera galera la capitana de Oria y, la última inmediata al cuerpo de la batalla, la capitana de Sicilia. Y la tercera esquadra, que guiava el Barbarigo, ocuparía el querno izquierdo, en el qual avían de asistir los proveedores Canales y Quirini, formando el centro la segunda esquadra donde estavan los generales don Juan, el Colona y el Veniero, cerca de los quales navegavan la patrona real, la capitana de Génova y la de Saboya.

Acaloravan la esquadra de la punta derecha los cavalleros de Malta y el Lomelín la del izquierdo, quedándose menos abançada sin ordenança para los socorros, la quarta esquadra. Hazían el viage las galeazas de la República casi un quarto de legua abançadas del cuerpo de la armada sutil, compartiendo la distancia de forma que la capitana del Duodó ocupasse la batalla con la de Jacome Guoro, y la punta derecha la Pesara con la Pisana, y la siniestra las dos de Antonio y Ambrosio Bragadini.

Los navíos avían ya salido de Corfú obedeciendo las órdenes de César de Ábalos y de Nicolás Donato. Permitió el generalíssimo algunas salvas de mosquetería para que se exercitassen los soldados visoños y, disparando con inadvertencia, ocasionaron algunas heridas y muertes en las galeras inmediatas.

Alargáronse dos galeras sutiles a tomar noticias del enemigo y Caterino Malipiero, capitán de la una, bolvió con la noticia de que la armada turquesca avía passado a la vista del Zante y entrado en el golfo de Lepanto. Y haziendo consulta en Casopó (donde la armada christiana estava dando fondo), en que hubo varios pareceres, proponiendo los unos la expugnación de Navarino y otros, diversos dictámenes en el golfo. Mas el Veniero y el Barbarigo, opuestos a estas proposiciones, representavan que fuerças tan grandes no se debían

malograr en la expugnación de una plaza que no suplía la parte principal de que se trataba, y que tan grandes gastos buscaban el fruto correspondiente a la cultura, pues tantos aparatos debían solicitar empresas más relevantes y que, la más proporcionada, era destroçar la armada enemiga y romper alguna vez el erguido cuello a la indomable serpiente othomana. Y más, siendo la ocasión un fruto que, no sabiéndole coger maduro, se gozava después podrido. **[27 de septiembre]** Y prevaleciendo esta opinión, salió la armada del puerto y, aviendo atravesado el canal con viento fresco, dio fondo en Lago Minice, amplio y capaz puerto, en donde se movieron unos disgustos entre unos soldados italianos de la compañía del capitán Mucio de Tortona, que guarnecía la galera de Andrea Calerqui, candioto. Y aviendo llegado a las manos, hubo algunas muertes y el general Veniero embió a su almirante a quietar el rumor, pero el capitán (aviendo armado la compañía) no solo no obedeció, sino que trató mal a algunos oficiales, quedando herido el almirante. Y considerando el Veniero que este exceso executado a su vista (porque se hallava cerca) ofendía la autoridad del cargo, mandó ahorcar de las entenas de la galera al capitán, alférez y sargento, teniendo más fuerça en las armadas un exemplo que cien embarcaciones.

Sintió mal de esta resolución don Juan de Austria pretendiendo que solo a él le tocava hazer justicia en la armada y, el general Colona y otros, deseando ver apagada la llama de la oposición (entre los cabos principales), disculparon la necessaria corrección del delito porque con el pronto castigo se apagasse el movimiento. Y, sin embargo, no quedó la materia sossegada porque Su Alteza no quería concurrir en las conferencias con el Veniero, pero el Barbarigo (con destreza prudente) se interpuso de modo en este caso que, endulçando lo amargo de la materia, procuró remediarla poniendo en la consideración de Su Alteza quán desayrado era que, por fines particulares, le faltasse al bien público.

A cinco de octubre desancoró la armada y, largando las velas al viento, puso las proas al golfo de Lepanto. Y porque no observaron las órdenes antecedentes en las galeras, passaron algunos cómitres por el castigo de la cuerda, con que pagaron la inobediencia o el descuydo. Señalóse para cada veinte galeras un cabo que las tuviesse bien dispuestas y en firme disciplina y, dando vista al amanecer a los escollos Curzolaros, intentaron algunos (que no deseavan probar la fortuna en la batalla) introducir la plática de que se procurasse lograr la empresa de Santa Maura, sucediendo también entre los turcos las oposiciones sobre si se avía de escusar o no la batalla, siendo Portau de parecer de no pelear, como también Siloc, sangiaco de Alexandría, marinero experimentado, representando que no convenía aventurar en una suerte la

felicidad de tantas victorias conseguidas en Chipre, cuyo reyno se avía conquistado con propicia fortuna, y que intentarla nuevamente (siendo varia por naturaleza) era poner en contingencia la ganancia, a cuyo sentir se opuso Alí, cabo superior, diciendo que los christianos, acobardados con tantos malos sucessos (con la vista de tan poderosa armada triunfante), apenas tendrían aliento para ponerse en desayrada fuga y que, siempre victoriosos los othomanos y vencidos los católicos, no se debía con una resolución cobarde estorvar el curso de la victoria, ni corromper con desmayados consejos los favores de la fortuna y, reforçando las galeras con seis mil espais (que avía sacado de los sangiacatos más vezinos), salió de Lepanto con dozientas galeras, a las quales se unieron en Fanó quarenta y el remanente de galeotas, fustas y otros leños inferiores.

Dispuso Alí la formación de la armada en medio círculo, semejando a su menguante luna, señalando la punta derecha a Siloc y la izquierda a Uluchali (ocupando él y Portau la batalla, que se componía de cien galeras) y, navegando de esta forma, llegó el siguiente día a Gálata, encaminándose después a la Cefalonia. Y siendo la batalla (que se andava disponiendo) una labor de la providencia divina (aunque navegavan varias embarcaciones de una y otra parte para reconocer las operaciones enemigas), no se dieron vista ni las unas ni las otras con que, sin noticia alguna, se afrontaron improvisamente las dos enemigas selvas, oprimiendo las espaldas de esse gigante elemento, sin poder escusar la batalla si no es con infame fuga.

Navegava la enemiga, moviéndose al ayre de los trinquetes, estrechamente unida en la forma mencionada y la christiana, al passar por el canal de los escollos Curzolaros (para conseguirlo sin riesgo), avía desmembrado la ordenança. Era día de Santa Justa, alegre, apacible y sereno, y estava la mar en calma (sitio donde otra vez la victoria de Octaviano Augusto decidió el dominio del imperio del mundo), gimiendo atormentado del peso de tantas armas. Algunos consejeros de Su Alteza, que engendravan consejos cautos y flemáticos (mal avenidos con el riesgo), no dexavan (aun en lance tan preciso) de solicitarle para que escusasse la batalla, representando la incertidumbre de los sucessos. Pero generosamente les respondió que no era tiempo de gastar palabras, sino ardientes obras y más operaciones que consejos y, arbolando sobre su galera el estandarte de la liga, mandó disparar una pieça, con que previno a las esquadras que se mantuviessen en buena ordenança y dando, por último, la señal de embestir, le aplaudieron las milicias la resolución con voces festivas, anunciándole la victoria. Y passando los generales en diferentes fragatillas a visitar toda la armada, representaron a los soldados la

honra, la gloria, la patria, la libertad y la religión y, aviendo dexado la christiana los escollos a la siniestra mano, se puso en alta mar mezclando las galeras españolas con las venecianas que, ensanchadas por línea derecha, ocupaban casi una legua.

Las galeazas, abançadas casi un quarto de legua, como diximos, hazían frente a la othomana y Alí, no descubriendo el querno izquierdo de los christianos y que tardava en abançarse de los escollos, tuvo por inferior el armamento y, reconociendo que el Doria doblava azia la mar, o por dar lugar a las galeras que le seguían (como él dezía) o por no empeñarse en la batalla (como otros pensavan), interpretando esta separación del grueso a disposición de ponerse en fuga, mas quando vio puesta en ordenança la armada christiana en aparato tan formidable, se le ensanchó el coraçon mandando con resolución amaynar las velas, en cuyo tiempo era ya inútil la tibieça porque era inescusable el choque.

Embistieron los infieles a las galeazas, cuya robusta fábrica generosa con la mucha artillería de los costados, popas y proas predominava (con los continuados disparos) bomitando ardientes rayos de azero sobre los enemigos leños, sin que se observasse quartel alguno que no fuesse un volcán, pues en lluvias de plomo y fuego inundava a los infieles con el continuado granizo de las balas y la apresurada corriente de artificiales incendios, siendo tanto el daño y la mortandad de la chusma, y de los soldados, que no se observava otra cosa que cadáveres destrozados, en cuya tempestad, despedaçadas las galeras enemigas como de inferior porte a las galeaças (por escusar el último riesgo en tan desastroso empeño), desfilaron desunidas en confusa retirada.

Apadrinava el combate el viento, abandonando los leños enemigos porque no se salvassen con la fuga y, dándole con el humo en los ojos para que no viessen su destroço, soplava a favor de los christianos, obligando (a los que no deseavan la batalla) a que chocassen con los infieles. Abançóse Uluchali con su esquadra para atacar al Doria, quien continuando en hazerse a la mar retardó por este medio el choque, obrando con más prompta resolución Siloc con el proveedor Barbarigo. Y hallándose Alí en medio de la frente de las galeras sutiles, acometido por las espaldas de las galeaças, hizo reforçar los remos para retirarse del daño de los cañonaços, mas Su Alteza y el Veniero, reconociendo en la insignia la galera real othomana, la embistieron de concierto, haziendo lo mismo Colona con la de Potau baxá, donde se encendió atrozmente el contraste porque las capitanas estaban guarnecidas de las más escogidas tropas, asistiéndolas con gente fresca las galeras destinadas para los socorros. Las demás peleavan con diferente orden y con accidental fortuna, pues tal vez una

sola resistía a muchas y otras, no hallando oposición, se arrojaban adonde era mayor la necesidad.

Encendida pues la batalla con igual ardor y no desigual destroço, cierto el estrago en la dudosa salida, irritados los soldados de una y otra nación con el odio natural, se exponían animosos a qualquiera sobresaliente riesgo. [1571] El rumor de la artillería, los silvos de los mosquetaços, los aullidos de los turcos heridos, los lamentos de los oprimidos, los gemidos balbucientes de los que se anegaban, componían una música infernal destemplada entre el humo, el fuego y los lamentos. El más fiero y más disputado choque era entre los generales, de quienes dependía la victoria, pues como cabeças alentaban los demás troços de aquellos cuerpos navales. Y aunque la galera de Alí estuvo perdida hasta el árbol mayor, sin embargo (por los successivos refuerços de Caracoza, capitán de la Belona, y de Mamut Sayder bey, baxá de Metelino) se mantenían los lances en igual balança, pero el marqués de Santa Cruz, que se hallava en la retaguardia observando el indeciso empeño de los generales, se arrojó a socorrer al suyo y Bautista Contarini, chocando con una galera turquesca que iba a embestir a la del general Veniero, la echó a fondo.

Juan Loredano y Caterino Malipiero, gobernadores de dos galeras, oponiéndose resueltamente a otra esquadra que iba a socorrer la de Alí, perdiendo las vidas, contribuyeron con (la oposición del socorro) no poca parte para la sujeción de la capitana imperial othomana, que rindió Su Alteza, dando muestras notables de su gran valor, como también el duque de Parma, que estava a su lado, mostrando igualmente quán cerca se veían de madurar aquellas victorias que ya se assomavan en el botón de la flor de su edad en medio de sus verdores.

Trocóse en fin el estandarte de la media luna por el de la santa cruz, arbolando a un mismo tiempo en una pica la cabeça de Alí para que, mirada de todos, añadiesse valor a los vencedores y assombro horroroso a los vencidos. Hame parecido poner aquí la particularidad que trae el padre maestro fray Pedro de Medina, de la orden de Nuestra Señora de la Merced, en el libro que escribió de las *Excelencias de la Cruz*, en el libro tercero, capítulo 19, folio 118, en que dize que en la batalla naval, estando abordadas las dos capitanas reales con igual resistencia de unos y otros, llegó una flecha a clavarse en el crucifixo del estandarte de la liga e, inmediatamente, una monilla de Su Alteza que, a los estruendos de las armas (temerosa por naturaleza), se avía retirado a lo más oculto de la galera, salió de la parte donde estava gritando con particular sentimiento, como si fuera humana criatura católica, y con gran velocidad subiendo por el asta del estandarte, y sacando la flecha que hería el lienço del

crucifixo, la hizo pedaços con las manos y con los dientes. Y baxando después con las mismas demostraciones, como si animasse la gente para lograr la batalla, se arrojó a la capitana enemiga abriendo el passo con tal demostración para que la imitassen los christianos, como en efecto se logró.

Quedaron rendidas las galeras de Portau y de Caracoza, si bien el primero, arrojándose a la mar, se salvó en un cayque; acabando la vida peleando el segundo y, destrozado el cuerpo de la batalla enemiga, aviendo quedado solamente incorporadas treinta galeras estrechamente unidas, solicitaron barar en tierra para salvarse, pero el Quirini, cortándolas el passo, les obligó a echarse al agua la gente desamparando los leños.

Continuávase en uno y otro cuerno pertinaz y sangriento el empeño, siendo más dudoso en la parte donde se ensanchava la mar y más obstinado en lo cercano a la tierra, en donde (conocida la ventaja) dio licencia la Fortuna para que apellidassen victoria los christianos, cuyas voces fueron pronóstico de la derrota. Resistíase con exemplar valor el Barbarigo atacado de seis galeras enemigas y, aunque herido en el ojo siniestro de un flechaço, no quiso retirarse a curar por no abandonar el trance hasta que conoció ventajoso el suceso a favor de las christianas armas, aviendo muerto tres días después de conseguida la victoria sin lograr (sobreviviendo) el fruto de tan alegre suceso, contribuyendo admirablemente su obligación con las obras y con el consejo.

Marino Contarini murió por socorrer a su tío el Barbarigo, pero su galera, assistida de Federico Nani y del conde Silvio de Porcia, no solo se defendió de los enemigos (que pretendían sujetarla), sino que apresaron una turquesca que governava Caurali, quedando prisionero. El proveedor Canales, llenando la obligación de capitán, de soldado y de marinero, trabajó con aplicación en el destroço de la punta derecha enemiga, aviendo echado a fondo la capitana de Siloc que, con más corage que otro qualquiera enemigo, cumplía con el empeño de capitán y soldado y, forcejando con los braços para mantenerse sobre las aguas, le hizo prisionero Juan Contarini, pero hallándolo cubierto de heridas y sin poder acrecentar la gloria con su vida, le hizo cortar la cabeça.

Continuávase, sin embargo, en esta parte el acalorado empeño, en el qual quinze galeras españolas y venecianas, circunvaladas de Uluchali y de otra esquadra muy gruessa turquesca, estuvieron casi reducidas al último extremo del peligro, y entre ellas la capitana de Malta, que tuvieron ganada los enemigos, pero la gran generosidad de los cavalleros, acompañada del mayor valor, empeñaron de modo los ardientes coraçones en el lance que la bolvieron a recuperar con grave daño de los othomanos.

La galera de Benito Soranço, después de ensangrentada defensa, quedó en poder de los enemigos, pero el cómitre, deseando más morir libre que vivir esclavo, puso fuego a la pólvora para hazer el viage al cielo por luminoso camino. Moviósse el Doria con una gruesa esquadra para socorrer aquella parte más damnificada, pero con tan lenta boga que fue motivo para que Uluchali (a quien assistían las galeras de Argel y otras bien reforçadas), hallando abierto el passo, lograsse (atravesando la armada) salir con treinta galeras a los Curzolaros y negociarse el salvamento.

Las demás, queriendo seguirle, por no ser tan ligeras quedaron en poder de los christianos, aviendo durado la batalla cinco horas, siendo la obstinación y la vengança de las naciones tan sobresaliente que, hasta en las aguas trabados los christianos con los moros en las últimas agonías, se ofendían con ensangrentado corage semivivos pisándose unos a otros, porque la superficie de las espumas estava tan ocupada de porciones divididas de los cuerpos destrozados que hazían plan casi inmutable para tales demostraciones.

Estava oprimido el mar y assombrado con el peso de los quarteles de tanto destrozado leño y, entre el betún de la brea, sumergidas las porciones de las jarcias y las velas, de las antenas y remos y, en oscuros movimientos, se equivocavan los troncos racionales con los vegetales troncos sin distinguir los objetos más que una confusa representación en el caos de la fatalidad.

Murieron en la batalla cinco mil christianos y otros tantos salieron heridos, pereciendo de los enemigos treinta mil combatientes, con su general Alí baxá, quedando dos hijos suyos cautivos con infinitos cabos de suposición y cinco mil turcos que se pusieron al remo. Murió el baylio de Alemania, de la orden de San Juan, Oracio y Virginio Orsini, Bernardino de Cárdenas, español, y el conde de Briatico, napolitano, como también Agustín Bragadino, proveedor general, Benito Soranço, Mario y Gerónimo Contarini, Marco Antonio Lando, Francisco Buono, Jacome de Mezo, Catarino Malipero, Juan Loredano, Vicencio Quirini, Andrea y Jorge Barbarigo y otros, hasta quinze entre comandantes y nobles, todos venecianos, sin muchos cavalleros de elevada autoridad, vassallos de la República.

[1571] El mayor daño que recibió la armada fue en el querno derecho por averse separado del grueso el Doria desde el principio del combate (como diximos), quien quiso disculparse con dezir que, en buena razón de guerra, lo avía executado por no dexarse coger en medio de los enemigos. Si bien, hubo opiniones que aseguravan que su intento fue no empeñarse por no aventurar sus galeras, mantenidas a su costa y agregadas al sueldo del rey de España, atendiendo solamente a ver a qué parte favorecía la Fortuna para tomar sus

medidas según el suceso y que, si no se huviesse retirado de la disposición que antes se avía mandado observar, huviera sido mucho mayor el daño de los infieles y no llegara a conseguir Uluchali llevar el fatal aviso a Constantinopla; y que antes de remitir el Colona la noticia al pontífice, dixo Su Santidad en alta voz que Dios perdonasse al Doria si lo mereciesse.

Apresaron los católicos ciento y sesenta y una galeras, doze galeotas, sin treinta galeras que, encalladas en la arena, se hizieron pedazos; como también ciento y diez y siete piezas de artillería gruesa, ducientas y cinquenta y seis de menor porte, con diez y ocho pedreros, y se consumieron quinze días en repartir la presa, en cuya ocasión representó el Doria a Su Alteza que, como general de la liga, debía percibir considerable porción, como lo consiguió. No se abstuvo el Colona en escribir al pontífice que no avía sido el menor milagro que, después de la batalla con los turcos, no huviesse sucedido otra tan sangrienta entre los christianos sobre el repartimiento de los despojos. Tres mil quatrocientos y ochenta y seis esclavos christianos, después de largas y dilatadas tinieblas, vieron con alegres ojos el resplandor de los rayos de la libertad deseada. Contribuyó (además del valor de los combatientes) a tan señalada victoria el antecedente estrago que hizieron las galeazas (que es la mejor calidad de los leños christianos), assí por lo manejable y lo pronto en medio de la cantidad de artillería que las guarnece como porque la armaçón es muy ligera con ser los buques tan grandes, por cuya razón peleavan con mayor confianza y menor peligro.

Los españoles y los italianos se portaron con sobresaliente esfuerço, como también los griegos más prácticos ayudaron con no pequeña constancia al buen logro de la victoria, que fue famosa y no esperada por la desunión de los príncipes christianos y por averse empeñado las armadas por sí mismas en el combate, conducidas del cielo más que de los hombres para el suceso.

Fue celebrada la victoria con alegría universal en toda la christiandad, como suspirada con desconsuelo entre los turcos, por aver sido el mayor destrozo que han recibido después de la rota que dio el Tamorlán a Baiaceto, motivando el aviso en Constantinopla un amargo llanto general que entorpecía las palabras con los solloços para que no pudiessen pronunciar el sentimiento las lenguas, remitiendo al silencio la ponderación del desastre. No acertava a sossegar el muftí con la aflicción y, movido el pueblo en inquieta turbación, alterado, caminava sin saber adónde, llorando unos el pariente, al passo que otros solicitavan noticias del amigo, sin tener modo de saberlo. Y en medio de tan turbadas demostraciones, juzgándose los infieles oprimidos de los christianos, fabricaron en veinte y cinco días un fuerte para defenderse junto a

los Dardanelos, en que trabajaban tres mil personas, para oponerse a la armada en caso de que intentasse llegar más adelante.

Mehemed visir, con severas execuciones, corregía a los que manifestaban con exteriores demostraciones el sentimiento de la pérdida, procurando con las más vivas diligencias sepultar el disgusto porque no conociesen los christianos en el semblante las menores señas de la universal tristeza. Habitava Selín entonces en Andrinópolis, la más conspicua plaza de la Turquía después de la metrópoli, a quien los entretenimientos de la Corte han ampliado de habitantes su distrito, de calidad que ocupa su población casi tres leguas de recinto. Tomó la nominación de Adriano emperador, que la fabricó.

[1571] Quatro jornadas de allí se dexa ver el famoso puente que mandó erigir por voto Mustafá, para comodidad de los passageros y peregrinos, sobre veinte y dos arcos de piedra viva que tiene de largo setecientos y quarenta pies geométricos y veinte de ancho, por donde passa el río Marita. Noticiado Selín del fatal successo, y de la pérdida excessiva de las más floridas milicias y embarcaciones, quedó mortalmente suspendido, mezclando entre la melancolía un furor desdeñoso que le representava insoportable a sus domésticos, ofendiéndose de todo, sin reservar las viandas, a las quales mostrava astío con aborrecimiento y, restituyéndose a toda prisa a Constantinopla, hazía que se consumiessen las noches enteras en juntas consultivas, de donde salió resuelto que se escriviessen cartas a los gobernadores de las provincias para que estuviessen vigilantes en particular custodia, no dexando Uluchali (que se avía salvado con pocas embarcaciones) de consolar al sultán con minorar en la relación el daño, persuadiéndole a remediar el infortunio no con inútiles quejas, sino con prontos resarcimientos de los leños maltratados y con la viva fábrica de los nuevos.

Declaróle Selín capitán baxá prometiéndole recompensas si, con próvida diligencia, reparava el grave daño para bolver a salir la campaña inmediata a tomar satisfacción con la vengança de la injuria antecedente. Creían todos que el estruendo de tan famosa victoria despertaría a los dormidos príncipes christianos para no perder tan buena coyuntura en ampliar los propios confines, con restringir los del común enemigo. Pero ni la autoridad pontificia, ni las exortaciones del senado, bastaron a conmover los quietos ánimos de algunos. El francés recibió gustosamente el aviso de la victoria acogiendo con grande demostración de honor al embaxador veneciano, mandando hazer en todas las iglesias públicas y devotas demostraciones en hazimiento de gracias, pero respondió que, desembaraçado de las civiles discordias, seguiría el exemplo del emperador.

El portugués, a quien fue por embiado Antonio Tiépoli, mostró grande gusto del próspero sucesso de las armas christianas y dixo que, no obstante, algunas diversiones con que se hallava en el Brasil, imitaría en la concurrencia a los mayores príncipes christianos. Y el embaxador le motivó que, sin buscar empressas apartadas (en la postura que se hallavan las armas othomanas), ofrecía la fortuna satisfacer la ambición de los príncipes christianos con acometer a los enemigos con seguro logro de vencerlos, combidándole también a no perder de vista tan oportuna ocasión. No desagradó al rey lusitano la proposición y, despachando a Persia un ministro para excitar aquel rey a que de concierto se moviessen a daño del común enemigo, no dio lugar a la persuasión como tampoco los polacos, aunque las armas turquescas avían debastado la Prusia, la Podolia y la Rusia escusándose con la muerte de Segismundo. Y lo más verdadero fue que esperavan, en aquella Corte, un embiado de la Porta para la reconciliación de la paz alterada por las assistencias que avían dado al inobediente príncipe de Balaquia, con que no hubo quien antepusiesse a los propios respetos el bien común de la república christiana, ni quien se diesse por entendido al auxilio de Dios, cerrando de acuerdo los ojos como ciegos voluntarios para no ver la luz de la divina providencia.

Llevó tan agradable nueva en onze días a Venecia Onfredo Justiniano en su galera, guarnecida de insignias turquescas y vestida la chusma con sobrebestes y turbantes, donde con exceso se celebró la victoria, hirviendo en el corazón de todos, la alegría al suave fuego de la complacencia, passando después con rendidas sumisiones a dar gracias a Dios (en las iglesias), acompañando esta devoción el estruendoso ruido de fuegos artificiales y salvas de artillería. Poco después llegaron quatro gentileshombres despachados de Su Alteza. Uno a Su Santidad, otro al emperador, el tercero al rey católico y el quarto a la República, con la participación de tan insigne victoria.

Parecía que los generales, fervorizados con el resplandor de los rayos de la fortuna, querían seguir el risueño semblante de su hermoso agrado colocando a mayor altura la imagen de la prosperidad y, assí, deliberaron reforçar las mejores galeras hasta el número de ciento y cinquenta (quedando treinta a la custodia de los leños enemigos) para que passassen a correr la Morea a destilar espíritus generosos en los pueblos de aquella comarca, para excitarlos a la rebelión en tal abatimiento de fuerças y de corage turquesco. Avían también dispuesto desembarcar en las riberas de la Romania y, con la conquista de algún lugar, hazer en aquella parte impresión bastante a encender las esperanças para mayores y más relevantes progressos. Pero este calor con facilidad se entibió porque los consejeros de Su Alteza, interponiendo diferentes obstáculos, le

hizieron (con las representaciones) mudar de propósito y con toda la armada se lanzó en el puerto de Calogero, donde se trató de la expugnación de Santa Maura y de otras empresas. Pero entre tantas viandas se perdió el apetito y corrompió la irresolución el fruto que avía de dar la segunda victoria, a la qual el ocio en su más alto buelo le cortó las alas de modo que, dexando abandonada la armada veneciana en los puertos de Corfú, pasó el señor don Juan a Mecina y el Colona a Nápoles.

Si la Fortuna se huviesse inclinado a los othomanos, no es dudable que las conseqüencias huvieran sido mortales para la christiandad y que, con feliz suceso, huvieran logrado aumentar con más conquistas de reynos y provincias sus dominios, pero los christianos se tienen por afortunados quando no están amarrados a la cadena de la esclavitud.

Avía llegado al golfo, a juntarse con el general Veniero, Felipe Bragadino, proveedor, con seis galeazas y doze galeras sutiles que no se avían hallado en la batalla y resolvieron la empresa de Margariti. Y desembarcando seis mil infantes, guiados de Paulo Ursino, consiguieron su deseo sin que los turcos (amedrentados con la passada victoria) se pusiessen en defensa, entregando poco después también la fortaleza que demolieron los venecianos y, passando a Santa Maura inmediatamente, no tuvo efecto el tentativo.

El general Colona entró en Roma en forma pomposa y solemne, aviendo adornado los arcos de Vespasiano y Constantino con varias insignias turquescas y militares despojos. Iban delante ducientos esclavos turcos, acompañados de cinco mil infantes ricamente adornados. Y por Campidolio entró en palacio y, en la sala de Constantino, le recibió Su Santidad assistido de todos los cardenales. Y aviéndole besado el pie, le presentó los dos hijos de Alí baxá como señas de la victoria, con cuya función se alegró Roma viendo representada la memoria antigua de los passados triunfos en la fresca copia de este feliz suceso, cessando enteramente las conquistas de los christianos, terminadas (como es costumbre de las humanas pompas) en humo fácil que lleva el ayre, no dexando en el ámbito de la memoria la menor seña del incendio que le fomentó.

El embajador veneciano, deseoso de comprehender cómo avían recibido intrínsecamente los turcos el contratiempo (con el pretexto de cambiar algunos esclavos), se presentó delante de Mehemed, gran visir, el qual con despreciante dissimulación le dixo: Vos avéis venido solamente a especular cómo tenemos el corage con el accidente sucedido y, assí, avéis de saber que de vuestras desventuras a las nuestras ay notable diferencia porque nosotros, con quitaros un reyno, os cortamos el braço derecho y este no puede bolver a crecer. Y vosotros, con aver destruido nuestra armada, nos avéis raído la barba y esta se

dexa ver crecida en pocos días. Y mientras no faltaren enteramente los bosques, es cierto que tendremos leños para echar a la mar y, si no se acaba el género humano precisamente, nos han de sobrar hombres para las armas, con lo qual es preciso que llegue la ocasión de resarcir nuestra pérdida con castigo vuestro en la más ayrosa vengança. Y no obstante las jactanciosas expresiones, cada uno acalorado de la esperança conocía que el imperio othomano, abandonado de la parcialidad de la Fortuna, estava capaz de recibir otro más grave golpe en caso de que los christianos con aplicación levantassen el armado braço para su ruyna. Pero adormecidos estos con los vapores del ocio, lisongearon su quietud con el descanso mientras, con viva aplicación, los infieles solicitavan prevenirse para restaurar lo perdido.

No faltaron algunos mirones en España que desaprobaron la gloriosa acción de Su Alteza por muy arriesgada, diciendo que los intereses del rey no eran tan urgentes para empeñarse con los turcos como los de los venecianos, y que las armas que auxiliavan se debían manejar con más reserva, apuntalando a las que se protexían, para que no se les cayessen de las manos a los más interesados sin acalorarlas con tan nervosas fuerças que las engrandeciesse el vigor coligado, y que los socorros debían ser más de apariencia que de sustancia, haziendo particular cuydado de mantener en pie el edificio porque no se arruynasse, como de no acabarlo de fabricar con tantas piedras que, edificado y perficionado, pudiesse hacer sombra con la mucha altura, por lo qual destinaron al duque de Sessa como director prudente de Su Alteza para que, con reparados consejos, templasse su mucho ardor.

Por este camino bolvieron a entrar los ánimos de los príncipes en los acostumbrados sospechosos pensamientos, y cada uno arrebatado de máximas particulares y de zelosa política, abandonaron el público y universal interés. Y el senado, con la elección de Jacome Foscarini al generalato de las armas, atendió a desposeer del cargo a Veniero por no ser este sugeto del agrado de Su Alteza, como por embaraçar que se acrecentasse la semilla de las discordias que se empezó a sembrar antecedentemente.

Aquel corazón varonil en cuerpo embejecido (que lo canonizó en la famosa batalla, superior a otro qualquiera juvenil ardor) se hizo comprehender tan moderado después de averle desposeído, que dudaron todos si avía mostrado más virtud en el mandar o en el obedecer resignado en la modesta tolerancia.

[1572] Quanto más solicitava la República su armamento, tanto más entibiavan otros el suyo, enflaqueciendo con no concluyentes pretextos qualquiera disignio en las futuras deliberaciones, a que se añadió la llorada

muerte de Pío Quinto, que dio el último desconsuelo a las casi arruynadas esperanças christianas que se mantenían pendientes solamente del hilo de su santo zelo.

Sucedióle en la silla Gregorio Dezimotercio, a quien colocó en el solio la autoridad de los españoles, el qual, aunque confirmó la liga, no la fomentó con calor igual a su antecessor. Y aviendo intentado la armada veneciana la conquista de Castelnovo, varios obstáculos le contrastaron el logro de ella. Por lo qual, y porque aviéndose perdido el fruto deseado en la intentada cosecha y estar muy adelantada la estación, le fue preciso al proveedor Soranço passar a Mecina con veinte y cinco galeras para solicitar el movimiento de Su Alteza, cuyas instancias le obligaron a expressarse con más abiertas declaraciones que, atendiendo a las órdenes de la Corte (que confirmavan sospechas de movimiento en la armada de Francia), no podía alargarse de los dominios de su rey. Y aviendo intentado conseguir algún socorro, después de varias dificultades, logró que Su Alteza le diera veinte y dos galeras y cinco mil infantes, encargando esta esquadra con título de general del rey a Gil de Andrade, cavallero de Malta.

Marco Antonio Colona, substituyendo a Su Alteza, arboló en su capitana el estandarte de la liga y passó con estas fuerças a incorporarse con la armada veneciana. [1572] Verificóse el concepto del visir de que la victoria christiana avía sido una rasura de barba pues tan aprissa avía crecido a sus disposiciones, pues declarado Uluchali capitán baxá del mar, salió de Constantinopla en forma pomposa con más de cien galeras a unirse con otras cinquenta, que governava Carazali. Y aviendo llegado a Corfú los generales de la liga a unirse con los venecianos, inmediatamente pusieron en consulta los movimientos que avía de executar la armada christiana, siendo los venecianos de parecer passar sin dilación a Levante para suplir con esta resolución las antecedentes tardanças y solicitar el logro de nueva fortuna con los turcos. A tan generosas representaciones acompañava con el mismo sentir el Colona, si bien el general español seguía distintas líneas, en que hallava consideraciones de otro dictamen.

A las vivas instancias del pontífice y de la República, mandó el rey católico que su hermano saliesse a unirse con la armada de la liga, pero como necessitava de tiempo para executar la orden y estava ya para espirar el verano, no pudo poner en execución el viage por entonces y, entre tanto, salió la galera de Juan Mozenigo, poniendo la proa a Candia, para tomar noticias de las disposiciones de la armada enemiga. Y dio aviso de que Uluchali, con ducientas belas, estava cerca de Malbasia con disignio de regular su viage a medida de las noticias que adquiriesse de la armada christiana. Y sabiendo que navegava en su

busca, sin alterar el sossegado semblante, animó a los suyos con eficaces persuasiones para que obrasen de modo que llegasen a resarcir los passados desconsuelos (atribuidos más al desdeñoso semblante de la fortuna que a la constancia de los christianos) y, largando las alas de los marinos othomanos neblíes al viento, se dexó llevar la buelta de cabo Malio. Y descubriendo la católica armada (que estava a vista de Cerigo), la hinchada vanidad del velamen turquesco, con las voces de los sonoros clarines, dio la seña para que se pusiessen todos en regular ordenança.

Eran las galeras enemigas inferiores en porte y calidad a las nuestras, assi por el verde leñamen de que estavan fabricadas como de la chusma visoña que la manejava, a que se añadía también ser inferior la artillería. Y assi, Uluchali (o por estas razones o porque tuviesse órdenes secretas de escusar con algún pretexto las contingencias de nueva batalla sin conocidas ventajas), escusó el reencuentro retirándose a Cerigo, hasta donde le fueron dando caça los coligados, cuya armada se componía de ciento y treinta y cinco galeras: treze pontificias, veinte y dos españolas y ciento venecianas; seis galeazas, veinte y cinco navíos: los quatro de Su Santidad y del rey católico y los demás del senado, llegando el número de la enemiga a ciento y setenta galeras, sin otros cinquenta vasos inferiores.

Disparáronse en guerra galana (que duró desde la aurora hasta mediodía) de una y otra parte mil cañonaços, siendo el ánimo de Uluchali no afrontarse con las galeazas ni con los navíos, procurando ver si tenía ocasión de coger separada alguna esquadra para assaltarla sin riesgo. Pero aviendo descubierto la intención el proveedor Canales, se la baraxó con maestría, y como los infieles no tenían embaraço de los bageles, ni la obligación de los remolcos, se mantenían manejables y dispuestos, siendo árbitros de escusar o buscar la batalla. Y assi, haziéndose a la mar aquella noche, se contentaron con perder de vista la oposición.

El día diez de agosto (en que se celebra fiesta a San Lorenço), sobre cabo Matapán a las primeras luces del día, se dexó ver nuevamente la armada enemiga, aviéndola dispuesto Uluchali prolongada en dilatado medio círculo, y el general Foscarini se aplicó esforçadamente a querer atacar la batalla, pero no se pudo lograr la coyuntura porque cada uno solicitava la ventaja del barlovento, en cuyo tiempo Uluchali tuvo la fortuna de escusar el renqüentro, aviendo previsto que sería no menos fatal que el antecedente. Y sin embargo echaron a pique, los nuestros, cinco galeras enemigas, naufragando también otras siete oprimidas de gruessas y continuadas maretas.

Retirada, pues, la armada de la liga a Cerigo, llegó una fragata con aviso de que Su Alteza avía salido de Sicilia para unirse con ella, expressando el gran deseo que tenía de que le encontrassen en Corfú, donde esperaba con cinquenta galeras y treinta y tres navíos, cuyas embarcaciones guarnecían quinze mil infantes. Este acrecentamiento de fuerças hazía un excessivo cuerpo, compuesto de ocho galezas (dos de Florencia), dozientas galeras sutiles y quarenta y cinco navíos (treinta españoles y quinze venecianos) y, siendo tan ventajoso este armamento al del enemigo, era universal el concepto de que tan grande aparato serviría solo de pomposa vanidad. Y, sin embargo, navegaron con intención de llegar improvisamente a la Sapiencia y cerrar el passo para que no se pudiesen juntar los infieles, que tenían dividida la armada en Modón y en Navarino. Por lo qual convenía llegar antes que saliesse el sol, pero fue tan lenta la navegación que el troço que estava en Navarino passó a vista de nuestra armada a incorporarse con el remanente que estava en Modón, cuyo descuydo, o poca aplicación, fue causa de que no se lograse sin sangre el apresar la mitad de la armada enemiga. Y desvanecido el tentativo, dio fondo la christiana en el puerto de Navarino, ocupando aquellas aguas desde donde tenía como sitiada a la enemiga, que estava en Modón. Y aviendo desembarcado alguna gente con Pablo Jordán Ursino y derrotado algunos cavallos enemigos, se hizo dueño del país, donde la habitación era más acomodada y segura.

Después de conseguido a Navarino, se discurrió sobre el ataque de Modón y, deliberada esta empresa, se encargó la operación al príncipe de Parma, pero con aver entrado los turcos socorro en el castillo, quedó desvanecida la experiencia. Y porque en la armada christiana se creyó que faltarían los bastimentos con la mucha dilación, fue precisa la retirada a las propias habitaciones, circunstancia que ocasionó también la libertad de los enemigos, pues oprimidos en Modón del bloqueo de la christiana armada sobresalía en ellos el desconsuelo, de modo que procuravan los genízaros la fuga, cuya circunstancia empeñava al baxá a discurrir en partidos desesperados.

Estando para zarpar y entregar las belas al viento, corrió voz de que una nave española (que avía salido de Corfú con bastimentos) al llegar a la Sapiencia la avían embestido algunas galeras turquescas, por cuya razón salió la armada a toda prisa para socorrerla y, estando ya casi oprimida de la bárbara violencia, salió Uluchali del canal de Modón con sesenta galeras a dar fomento a las veinte y cinco, que la tenían ceñida por todas partes. Y llegando a este tiempo nuestras esquadras, ordenó Su Alteza al proveedor Soranço que, con la suya, atacasse la de Uluchali y al marqués de Santa Cruz y proveedor Canales que, al mismo tiempo, embistiessen a las veinte y cinco, las cuales aviendo descubierto a las

christianas se pusieron en fuga. Y escusando también Uluchali la batalla (alentando la chusma a remo batido), se retiró al abrigo del castillo de Modón con pérdida de una galera, que motivó la industria de los esclavos christianos (aunque estimulados de los crueles castigos de los turcos para apresurar la retirada) y, afloxando (con arte la boga), negociaron la libertad, dexándose alcanzar del marqués de Santa Cruz. Después de lo qual, aviendo salido sin lesión el general othomano de tantos riesgos, bolvió a dar fondo en Constantinopla, passando también Su Alteza a Mecina y los venecianos a Corfú.

Este fue el fruto de la famosa victoria, que se consumió entre la yerva de alguna dissimulada razón de Estado, terminando en pasarse como en vanas y ruydosas apariencias. Los pueblos de la Morea y Braço de Mayna (revelados a los turcos a instancia de su propio temor nacido de los antecedentes sucessos), viendo los progressos de la armada christiana reducidos a un poco de humo que le desvanece qualquiera viento, se vieron precisados (considerándose sin esperanças de socorro y sitiados de los othomanos en aquellas montañas en que se avían fortificado) a doblar nuevamente el cuello para tolerar el áspero yugo de la othomana crueldad.

Passó la República sus quejas con Su Santidad (por la retirada de la armada christiana de Navarino), quien con aplicadas demonstraciones hizo vivas instancias para que no se disolviesse la liga, pero pidiéndole dineros proporcionados a tan excessivos gastos, como también la facultad para enagenar los bienes eclesiásticos en la forma permitida de sus antecessores, interpuso varias dificultades por no contribuir con estos sufragios a las necessidades del christianismo (con la enagenación de poco país), dexando las provincias enteras abandonadas al arbitrio de los turcos sin atender a que es mejor sacrificar una pequeña porción para conservación del todo, y más saludable olvidar una parte de las rentas del obispo porque no perezca el obispado.

La famosa batalla naval no tuvo fuerça sobresaliente para persuadir a los christianos que lograsen las prometidas ventajas, que les avían empeçado a presentar los sucessos como regalo de una seguridad bastante, para obligar a la bárbara soberbia othomana a doblar la dura cerviz y sujetarse a qualesquiera tratados de paz. Y aunque el embaxador veneciano en Constantinopla se detuvo treinta meses sin recibir despacho alguno de su República, se portava con tanto arte y negociava con tanta reputación que (con averse perdido el fruto de la victoria) estaban los turcos tan abatidos de coraçón que, en lugar de dexarse solicitar con alguna disposición, le estimulavan para que se interpusiesse con la República y estableciesse la quietud de todos. Y aviendo noticiado estos

motivos al senado, se movía la nave de la deliberación en el golfo de los discursos, combatida de las olas de varios dictámenes, pretendiendo asegurarla en el puerto de la quietud unos y otros, si bien con diferentes aplicaciones. Y tomando el príncipe Mozenigo la mano y, después de aver atendido a los pareceres de todos, dixo assí:

Estamos (señores) tan reconcentrados en este laberinto de confusas ideas y tan faltos del hilo dorado de la Fortuna, para salir de él, que es imposible (si Dios no haze un milagro con nosotros) que dexemos de perecer a las sangrientas manos del monstruo de Constantinopla. Y assí, es preciso que tomemos algún partido que nos asegure del riesgo, porque la irresolución en los extremos prevenidos siempre ha sido un mortal veneno que logra (en el corazón de la ambigüedad) el daño irremediable. Y si, por una parte, nos haze mal la guerra, por otra parte, no nos haze bien la paz porque o seremos presa irremediable de los turcos, o nos veremos precisados a ponernos en las manos de los españoles. Avemos perdido un reyno y, para recuperarle, faltan los medios. Y tengo por mejor preservar los demás miembros sanos, que aplicarse a curar los desauciados.

Esta es la segunda vez que padecemos por la liga y ciegamente se queixa del mar quien encuentra el segundo naufragio. No permitamos la destrucción del restante dominio marítimo con las incursiones enemigas, ni la dessolación del terrestre con pesadas imposiciones, consumiendo los hombres en el tormento de las galeras o en las ruynas de una desproporcionada guerra. Hemos vertido copiosamente raudales de oro en los gastos y arroyos de sangre en las defensas. El gasto de cada mes llega a trescientos mil ducados, aviéndose consumido más de doze millones. La porción que nos toca (en la unión) es de sesenta y cinco galeras y avemos mantenido siempre más de ciento, sin las galeazas y navíos. Estos gastos, que no usufructúan, y estas fuerças, que no se emplean, oprimen más que no alivian. Y es imposible que quien tiene necesidad de otros para su defensa, resista a quien funda su preservación en solo sus propias poderosas fuerças. Quien necessita de apoyo, y no subsiste por sí solo en estar en pie a qualquiera pequeño movimiento, ha de vacilar o caer en tierra, además que no tienen los christianos el mismo interés por nosotros como lo tienen los turcos por ellos mismos. [1572] Y en tres años de liga no se han incorporado con nosotros los confederados más que quatro meses y, si lo han hecho, ha sido casi acabada la campaña, haziendo perder el tiempo (que quanto más ligero en el buelo, es más precioso en el sentimiento) y dexando huir la ocasión sin abraçarla, quando se pone a la vista, bueve quexosa las espaldas para siempre en satisfacción del desayre. Ella suele andar ordinariamente acompañada de la Fortuna y quien dexa la una, se aparta también de la otra. Hanse dexado ver los confederados como los relámpagos, que apenas llegan, quando se buelven. Y aviéndose incorporado con nosotros el primer año a fin de agosto, lo hizieron el segundo al espirar de septiembre y el tercero en el mismo mes. Nuestras lentas operaciones son los cimientos sobre que fabrica el enemigo sus progressos y, siempre desvelado, haze granjería de nuestro sueño. Con la prevención nos supera y consume y una

lenta guerra ocasionará siempre no tardos daños y, en las dudosas recuperaciones de lo perdido, solo se pueden asegurar los malos sucessos. Y pues los amigos no nos assisten, intentemos que los enemigos no nos opriman y, quando la guerra no nos defiende, aseguremos la paz, siendo mejor deponer las armas que vernos oprimidos debaxo del peso de ellas. Y, por último, si continuamos la guerra en compañía, seremos nosotros solos los perdidos.

Semejantes conceptos, enriquecidos con su natural eloqüencia, hizieron grande impressión en el senado, que mandó dar orden al embaxador que no dexasse mañosamente los tratados de la mano, pero antes que se siguiesse esto llegó a Constantinopla el embaxador de Francia y se divulgó que tenía comission de interponerse para componer estas materias. Y aviendo recurrido a él, hizo saber a los turcos que los poderes para la negociación estavan en poder del ministro veneciano, que dispuso la paz con las capitulaciones siguientes:

Que el castillo de Sopotó, expugnado antecedentemente por los venecianos, se restituyesse a los othomanos. Que los confines se ajustassen a los términos primeros, como que desembolsassen también trecientos mil ducados en tres años. Y concluidas y establecidas en esta forma, embió Mehemed visir a Arembec, intérprete, y a rabí Salomón a la casa del embaxador para que las firmasse. Pero hallándolas diferentes de lo concertado, no solo rehusó el consentir en lo alterado, sino que exageró con vivo sentimiento la infidelidad y el malicioso procedimiento. Y descubierto el engaño, echaron la culpa a Fioredan aga, gran canciller, como que avía viciado las mencionadas capitulaciones sin participación del visir, que embió a llamar al embaxador y, con artificiosa industria, procuró reducirle a que firmasse la alteración de lo establecido o, por lo menos, alguna parte. Pero resistiéndose con alentado espíritu a sus instancias, quedaron finalmente firmadas en la forma que se avían ajustado antes, si bien no dexaron de intentar algunas ambrollas en la disposición de los confines quando se llegó a la distribución de los términos.

Nacieron y dañaron estos desconciertos de aver desarmado anticipadamente la República, mientras con los turcos (atentos siempre a sus intereses) no se debe perder de vista la mayor cautela. Y en el mismo tiempo que se maneja la pluma, conviene no dexar caer la espada de la mano para resistir a quien tiene por único fin la opressión de los christianos (assí en la paz como en la guerra), en cuya máxima firmemente haze particular fuerça porque no los quiere libres y, assí, procura tenerlos siempre ceñidos de las armas o enlaçados con engañosos ajustes de maliciosas pazes.

No ignorava Mehemed el agravio que hazía en la alteración fementida, pero como estava atendido de tantos émulos se governó con este cuydado y resolvió intentar corromper los tratados con insubsistentes cabilaciones. Partió

Albise Grimani para Dalmacia y halló que las plaças de Zara, Sevenico y Espalato estaban despojadas de sus territorios porque los turcos, que las avían ocupado en la guerra, dificultavan abandonarlas con la paz. Y aunque se solicitaron medios términos, assí en la Corte con el visir como en Dalmacia con el baxá, no tuvo logro la diligencia, ocasionando esta circunstancia al senado justo sentimiento.

Encargóse finalmente a Jacome Soranço, embaxador, que passasse en compañía de Ferat baxá de Bosna a Dalmacia para terminar las diferencias de los confines. Y aunque hizo grandes diligencias para que se restituyessen los lugares de la jurisdicción de Zara, pertenecientes al dominio veneciano, no lo pudo conseguir. Y aunque se litigó largamente también sobre Zemonich, porque los turcos representavan las razones de la guerra y, aunque estas quedavan destruidas con las capitulaciones de la paz, prevaleció su violencia porque le pareció a la República ser mejor partido el quedar lisiada en el repartimiento que volver a encender nuevamente la guerra.

Consiguieronse, sin embargo, cinquenta villages con el territorio de Zara, aviéndose hallado otras tantas dificultades en lo que tocava a Sevenico, pero con otras tantas poblaciones quedaron desvanecidas, y también recuperado el condado de Possidaria. Y con la buelta del embaxador veneciano a Constantinopla, concluidas las dependencias, se publicó la paz inmediatamente, sin la aprobación de Su Santidad, a quien embió a dar satisfacción la República por medio de Nicolás de Aponte, embaxador extraordinario, representando su disculpa y, **[1573]** a un mismo tiempo, que la necesidad precisa (de cuyo estímulo no se avía podido escusar para su conservación) era el motivo de pacificarse con los othomanos, como también la situación del reyno de Chipre en los confines de la Turquía, distante solamente de Venecia setecientas leguas, a que se agregava la codiciosa solicitud de los turcos y la pereçosa tardança de los christianos (motivos que hazían profetizar el grave peligro en la enfermedad al doliente) y sin esperanças de convalecer con tan retardados medicamentos, de que no podía dexar de resultar la seguridad de un parasismo que le quitasse la vida por el abandono en que le avían dexado aquellos que estaban encomendados de su curación.

Obligado el pontífice a los españoles como instrumento de su exaltación, era claro eco de sus palabras siguiendo el concepto de sus expresiones y puede creerse no aver sido muy del agrado del emperador y del rey católico esta reconciliación porque, si la guerra con los turcos es desgracia, no era muy dificultoso que la heredassen sus Estados. Hablavan en estas pazes, los súbditos, siguiendo en los conceptos los dictámenes de los soberanos, pero las

detracciones de los menores no son bastantes a entibiar la prosperidad de las armas turquescas, ni la luna othomana suspende el curso continuado en sus viages por el canto de las ranas. Y no conviene hazer juicio de las acciones de los príncipes, a los que no las manejan, quando por la superficie no se alcanza a comprehender lo intrínseco de la razón de Estado de cada uno, porque son como los relojes, que todos pueden murmurar el defecto del sonido, pero para conocer la causa es menester la experiencia de quien le ha dado el movimiento y fabricado el modelo, porque como una sola rueda que no camina le disgusta, assí también entre los coligados, quando uno solo se retarda u olvida de concurrir a la correspondencia, descompone qualquiera progreso.

Ratificada la paz, fue la primera aplicación del senado inclinarse a la satisfacción de los débitos, cuya cantidad importava doze millones, por los cuales pagava, el erario, considerables intereses. Desempeñado pues, el senado, de tan considerables débitos, resolvió ir reservando los dineros que sobrassen de los gastos para que sirviesse de muralla a las primeras invasiones de los turcos. Y porque el ocio no destruyesse el uso de las galeras (con la falta de continuación), mandó señalar algunas para que (aviendo sido el mar la primera leche con la qual se fabricó la República) la juventud se exercitasse en la náutica (aunque como juego de burlas), como también en las armas, para que quando fuesse menester manejarlas de veras, no aborreciesse el uso de ellas, tan necessario a la marítima defensa. Y assí, familiarizándose con ellas, contendían sobre manejarlas con más velocidad los días festivos bien armadas de remeros y, en justas medidas, navegavan sobre apuesta para llegar cada una, primero, a la parte señalada y ganar aquella estimación pública que le negociava su aplicación acompañando a la primera y, a la segunda, premios que dava el senado como se haze en Roma con los cavallos bárbaros.

Este inventado exercicio para adestrar a los hombres en tiempo de paz, los mantenía en buena disciplina, sin olvidar la navegación para quando llegasse lo preciso de la guerra. Y de esta forma, como también acumulando dinero, exercitava la República los súbditos en la mar imitando al advertido marinero que, consiguiendo el abrigo del puerto, mantiene defendida la nave para que sufra más resistente la futura tempestad. Y, en pocos años de quietud aplicados los ciudadanos a la fertilidad de los terrenos, cultivaron de modo aquel dominio que le lograron abundante de granos, con que cessó la penuria de mendigarlo en otra parte y, particularmente, en los Estados del enemigo común. Y, por momentos, se vieron llenos de oro los erarios, vigoroso el taraçanal, restaurado el tráfigo y restituida la ciudad a su primera grandeza floreciente.

Fin del Libro Séèptimo.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO OCTAVO.

[1574] Es el consejo hijo del frío y la ejecución del calor. El primero requiere flema advertida y, el segundo, prontitud viva porque con la lentitud se suele perder la coyuntura, que consiste algunas vezes en un punto, porque no siempre está fixa para recibir el golpe como el blanco. Y assí, conviene con particular acuerdo ponerle la mira en el ayre y herirla al buelo. Y por esta razón, los tardos movimientos de la armada christiana hizieron perder el fruto que avían de lograr las armas católicas, del destroço mencionado de la armada enemiga en los Curzolaros, emplomando la solicitud para que no llegassen a tiempo las operaciones de conseguirle mayor en el segundo trance, precisando también a la República para que se ajustasse a la paz porque se consumía en la guerra, aún en medio de las victorias.

Estaba la armada de Felipe Segundo en los puertos de Nápoles y Sicilia y los othomanos disgustados de ver dominado de los christianos el reyno de Túnez. Con el medio de Uluchali avían expelido al rey Amidas, por cuya razón ordenó el rey Felipe Segundo a Su Alteza passasse con la armada a aquella parte para bolver a recuperar el alto dominio y restituir en el solio al desterrado feudatario, para cuyo efecto salieron de los puertos las embarcaciones católicas en número de ciento y seis galeras, treinta y quatro navíos y otras embarcaciones menores. Y aviendo passado de Palermo a Trapaná, después de ocho días de navegación feliz, dieron fondo en la Goleta.

La inestabilidad de los moros (que tomavan el partido más fuerte) y el terror que avían percibido los turcos con el no esperado arribo de la armada católica, facilitaron la interpressa porque, assí Túnez como Viserta, quedaron abandonadas de gente por averse retirado fugitivos a los montes con lo más precioso de sus haziendas, con que fue preciso que entrambas plaças se le humillassen a Su Alteza. Y aunque parecía razón bolver a la silla al expelido Amidas, (por estar muy odiado del pueblo) le pareció conveniente entronizar a su sobrino Mehemed y, passando después Amidas y su hijo a Nápoles, recibieron el santo bautismo. Y para assegurar de Túnez, creyéndolo infortificable, hizo fabricar entre esta plaça y la Goleta un fuerte de seis baluartes para que (dándose la mano una con otra) se asegurassen entrambas.

Encargó Su Alteza el gobierno general al conde Gabriel Zerbellón, debaxo de cuyas órdenes quedaron tres mil españoles obedeciendo a Andrés de Salazar, y otros tantos italianos y bastante número de gastadores con una compañía de cavallos. En el gobierno particular de la Goleta quedó don Pedro Portocarrero, más atendido por su sangre que por la plática militar. Y dispuestas las materias como hemos dicho, dexando el África, navegó Su Alteza la buelta de Mecina y de allí a Nápoles, donde le recibieron con grandes demonstraciones de amorosa alegría en calidad de triunfante. Y no faltaron opiniones de que deseava para sí aquellos dominios, naciendo este pronóstico de no aver querido restituir en ellos a Amidas, trayéndolo consigo, y colocando a Mehemed, joven sin experiencia, para que más fácilmente le manejasen los directores christianos (sus dependientes) con la fuerte asistencia de sus tropas, a fin de que dependiessen de su arbitrio aquellos importantes payses, desaprobando (según dixeron) Felipe Segundo esta honrada ambición o, como otros quieren, sus mayores émulos (que destilaron en el ánimo del rey pensamientos demasadamente zelosos), y es cierto que huviera sido de suma utilidad para los christianos que aquellos reynos huviessen quedado en las manos de un soldado christiano generoso y valiente, antes que pudiessen bolver a la obediencia de los

othomanos, de cuyo poder poseídos no ay forma de su recuperación, porque prenden tan firmes las rayzes con la aplicada cultura que no es capaz la fuerça christiana de arrancarlas y, por zelos de que no se engrandeciesse el compañero, se permitió que el infiel creciesse a estatura de gigante. Efectos que producen la emulación y la desconfianza con la discordia, males incurables en el cuerpo de la christiandad, pues qualquiera pequeña conquista que logra el católico con el católico, se mira con el antojo de larga vista, que la haze mayor, y la que consigue el infiel con el christiano se observa con el cristal que la disminuye, haziéndose más aprecio de un castillo que ocupa el francés del rey de España, o este de aquel, que diez reynos conquistados de la othomana ambición.

Despachó el sultán a rabí Salomón a Venecia e, introduzido en el Colegio, pidiendo audiencia secreta, se expressó en la forma siguiente:

[1574] Averle embiado Selín a ofrecer con solicitud a la República su fuerte braço, deseoso de su mayor exaltación, y a participarla cómo tenía dispuesta su grande armada marítima para emplearla en daño de Felipe Segundo (su implacable enemigo), y que los socorros que avía dado antecedentemente a la República avían sido subministrados fuera de tiempo, por lo qual le avían servido más de peso que de alivio, y que su disignio era oprimir, uno a uno, a los príncipes christianos para sujetarlos a todos. Y que, si el senado quería resarcir las antiguas y frescas injurias, él le daría todas sus poderosas fuerças para que lo consiguiesse.

Respondiéronle no tener la República ocasión alguna de sentimiento que la pudiesse motivar rompimiento con algún príncipe christiano, su confederado, y que dicesse las gracias a Selín por la confianza. Y que, de su parte, correspondería con toda puntualidad en mantener el reciente acuerdo de conservar puntualmente con el sultán la paz.

No le agradaron al hebreo tan cautas y prudentes expresiones y replicó que no sería de agrado de la Porta el despreciar tan buena ocasión, añadiendo nuevas razones para mover la constancia del senado. Pero aviéndole salido vano el segundo tentativo, se bolvió a Constantinopla. Descubrióse después que esta expedición no avía sido sin artificio y que, previniéndose con semejante demostración, tuvo Selín intento de recuperar el África e invadir a la Goleta y empeñar a la República, si no a entenderse con él, a lo menos a embaraçar el que se uniessen sus armas con las del católico, manteniéndose en neutralidad, cuyas advertencias de Estado bien medidas no ceden un punto a las políticas máximas que professan los príncipes christianos en sus más deseados intereses. Y assí, era de sumo desagrado para Selín el considerar a Túnez y a la Goleta en poder de los católicos y, aviendo llegado a Constantinopla la noticia de la inundación del África por el diluvio de las armas de Felipe Segundo (governadas

de su hermano, como también por aver dexado para su defensa cabos y fuerças proporcionadas), se hizieron en el dibano diferentes consultas diziendo que era más sensible esta pérdida (por sí misma) y más considerable (por las malas conseqüencias) que la conquista de Chipre, y que convenía vivamente con toda aplicación solicitar recuperarla con el mayor esfuerço. Y más que otro alguno, Sinán baxá exagerava que la resplandeciente gloria del sultán, motivada de la conquista del mencionado reyno, quedava obscurecida con los vapores que avía exalado la pérdida del segundo. Y assí, se resolvió encargar las armas terrestres para su conquista a Sinán baxá y, las marítimas, a Uluchali en esta función.

Era Sinán, albanés, soldado más feroz que razonable (muy parecido en el rostro al cardenal Granvela) y algunas personas que los conocieron afirmavan que solo los distinguía el traje y la religión, pues de otra manera fuera fácil la equivocación por las líneas dibuxadas de la naturaleza en lo semejante. Hízose temerario después que tuvo la fortuna de abatir a los rebeldes de Arabia (como diximos) y, presumiendo con exceso más de sí de lo que podía caber en el ayroso círculo de la modestia, assegurava arrogante que en quinze días obligaría a los christianos a recibir las órdenes de la victoriosa zimitarra.

Uluchali era calabrés, a quien cautivó Dragut rais y, hallándose en el exercicio del remo, recibió de otro esclavo christiano una bofetada y, pidiendo al patrón que castigasse al ofensor y no aviendo hallado justicia, renegó para librarse con este medio de la cadena y de la sujeción de Dragut. Y siendo práctico de la mar, tuvo el gobierno de una galera y, passando de grado en grado, llegó al supremo de capitán baxá del mar.

[1574] Salió, pues, de Constantinopla la armada, que se componía de ciento y sesenta galeras, treinta navíos y otro gran número de embarcaciones menores y, por averse encendido aquel año la peste en la Corte, se avía retardado algo más la salida, con que no fue possible juntar enteramente la cantidad de milicias que los turcos avían deliberado, llegando solamente (con los agregados en el África) a quarenta mil hombres. Y aviendo tenido feliz viage, desembarcaron sin estorbo alguno, cuydando los gobernadores de disponerse para la defensa con todos los reparos posibles y, en particular, el Cerbellón, que no tuvo forma de acabar el fuerte por falta de materiales y de las necessarias assistencias.

Sinán se encaminó con el ataque a Túnez, oponiéndose el Cerbellón a sus esfuerços, pero atormentada la plaça de los incessantes disparos de la artillería, assí por ser las murallas incapaces de resistencia (por el débil casamuro de su fábrica) como porque las fortificaciones nuevas no avían tenido tiempo de asegurarse en la firmeza de la construcción, aunque sustentava con intrépido

corazón los assaltos, por último, cedieron los christianos al ímpetu de los othomanos. Y aviendo ocupado a Túnez, se aviaron con el mismo ardor a la expugación de la Goleta, en cuyo principio executaron los de la plaça generosa defensa, pero aviendo dado fuego a las minas hizieron grande operación en las murallas desmantelando un bastión, demolió el terraplén, dexando fácil el tránsito para subir a las brechas y, no dando lugar los turcos al reparo de las ruynas, executaron el assalto con gran promptitud, siendo obstinado el empeño de ambas partes, si bien, por último, descaecido el christiano ardor (por faltar en la Goleta director igual a oponerse a tan continuadas violencias), animando a los suyos, se reconoció tímida la oposición como flaca la resistencia, en cuyo tiempo Sinán con la zimitarra en la mano excitava, reprehendía y animava a los genízaros para que obrassen como él y no defraudassen las esperanças al sultán (que esperaba con impaciencia ambiciosa los avisos de su constante bizarría), assegurando que avía premios para los atrevidos como castigos para los cobardes. Y reiterando los impulsos como los assaltos animosamente, sin dexar tomar aliento a los defensores, entraron los genízaros por la brecha y degollaron sin distinción a todos, menos trecientos infantes. Quedava solamente por conquistar una torre, adonde se avía retirado el Cerbellón, pero demolida a los estragos de la artillería, no pudo hazer más defensa de aquella que cabía en un puesto de tan poca consideración, siendo preciso el ceder a impulso tan superior. Y tomándole un genízaro por la barba, se le presentó al baxá. A Paganino de Oria cortaron la cabeça y, en término de dos meses, acabaron de conquistar los infieles el África, pero no sin pérdida, pues llegó a veinte mil turcos el estrago.

Demolieron las fortificaciones diciendo que para defender el país es suficiente el pecho de las milicias y llaman a las fortificaciones asylos de rebeldes y nidos de desesperados cobardes.

Tomó a su cuenta Uluchali la dirección de Túnez y, disponiendo grandes y seguras tropas para la defensa, como también el formulario de governarse y lo demás tocante a la economía, en compañía de Sinán zarpó la buelta de Constantinopla, haziendo en su entrada resonar la artillería con duplicación de voces confusas en los claros ecos del aplauso general que celebrava festivamente la victoria. Iban como trofeos del bárbaro furor desconsolados prisioneros y, entre ellos, el conde Cerbellón y Portocarrero, a quienes assistió el embaxador veneciano con gran cortesía en aquel miserable estado en que los avía puesto la fortuna de las armas. Admitió Selín a los dos generales a la audiencia, en la qual hizieron ostentosa muestra de los despojos y de los esclavos, aviéndose dado por servido el sultán del arrogante procedimiento de Sinán, a quien adelantó en

sus intereses, regalando también a Uluchali con una zimitarra guarnecida de piedras preciosas de valor de dos mil sultaminos.

La prosperidad del suceso sirvió para ensobervecer y hazer más hinchada la vanidad natural de Selín que, para el año venidero, empezó a disponer nuevos y más formidables aparatos para otros tentativos en la Europa, por estar en la inteligencia de que las armas de Felipe Segundo (divertidas en Flandes) no podían, con fuerças iguales, hazer oposición a sus sobresalientes tropas y que la República, cansada de las antecedentes agitaciones, solo atendía a su reposo, a cuya consideración agregava la confiança de que los demás príncipes estaban faltos de fuerças marítimas para oponerse a sus deliberaciones, [1574] circunstancia que motivava discursos en Constantinopla sobre la conquista de Malta, assí por el odio natural que tienen a la Religión como también por apartar de la memoria de los vivientes el desayre que sacó Solimán en el vano tentativo de su interpresa. Y si la amenaza caminava contra los malteses, no era razón que viviessen sin rezelos de experimentar alguna desolación los confinantes por la incerteza de las resoluciones. Pero entre el aparato de tantas disposiciones, le assaltó una enfermedad improvisa que le arrojó a la sepultura, quedando vencido de la muerte el que avía blasonado de vencedor tantas vezes (por la virtud de sus generales) y no por la propia.

Fueron los progressos de Selín dependientes de las disposiciones paternas, pues en su escuela se perficionaron los generales que le servían y, aunque muerto, durava aquella virtud sustanciosa como se experimenta en una rueda que, impelida de sobresalientes fuerças y aviada en el propio movimiento, aunque falte el impulso que la guio, va continuando por sí misma algún tiempo su camino.

[1575] Empezó el imperio a descender algún grado de la elevación en que le avían colocado las antecedentes formidables conquistas en el gobierno de Selín Primero. Y después de aver ocasionado en los príncipes confinantes freqüentemente successivos parasismos con sus invasiones, murió de una calentura de edad de quarenta y ocho años, aviendo reynado ocho. No salió jamás de la Corte, aprisionado de los amores del serrallo, ni se aplicó a otro exercicio que al de la blanda solicitud de obedecer los preceptos de sus favorecidas.

Su maestro fue Baco, de quien más de algunas vezes sobresalió la cercanía de obedecerle en el reparo de los que le conocieron tan buen discípulo. Y quando más sediento a la yesca de la boca aplicava el refrigerio que apetecía, se emprehendía de modo el incendio vaporoso que se abrasava la cabeça del imperio sin consumirse. Y ordinariamente lograva este divertimento en una

lonjeta del serrallo que está sobre la mar, atendiendo alegremente a los naufragios que otros padecían en el agua sin conocer el suyo, aunque se anegava en las tazas solemnizando cada gustoso trago con el disparo de una pieza de artillería, cuya demostración hazía más ruidosa la galantería y, con muchas saludes, perdió la suya. Y desposeído del solio, cayó la corona imperial sobre las sienes de

AMURATES TERCERO

Emperador sextodécimo de los turcos, su primogénito, acérrimo enemigo de la christiana religión, cuya persona era de mediana estatura, ojos gruesos, nariz aguileña, labios bueltos, rostro pálido, de complexión flemática, de aspecto clemente pero iracundo, fácil a encolerizarse, cuyas señales le pronosticavan corta vida. Tenía particular veneración a su madre y amava tiernamente a la muger, que era veneciana de Caxa Basso, a quien en tierna edad cautivaron las armas infieles en un navío que passava con su padre al gobierno de Corfú. Y aviéndola conducido al serrallo logró el confrontar con el capricho de Amurates, en quien tuvo sucession. Fue constante en sus deliberaciones y los que caían de su gracia no encontravan jamás el camino de poder bolver a ella. Y aviendo descaecido en su genio (en el principio de su reynado) algunos baxaes y su propia muger, por quantos artificios pusieron en plática para bolver a la gracia, no pudieron mejorarse en su estimación.

[1575] Era esta sultana de rara hermosura y gozó muchos años amplia autoridad en el cariño de su marido, consiguiendo mantenerse entre los límites de su amor sin competirla el lugar otra muger alguna, pues solo se domesticó con ella sin darla ocasión para la menor desconfianza, pero la madre, por desviarle de la tenacidad de aquella afición (que la hazía demasidamente autorizada), procuró divertirle con otras hermosuras, entre las quales logró alguna inclinación una esclava úngara (más vivamente discreta que hermosa), a quien adornavan las gracias de dançar admirablemente y de acompañar al artificio del pie la armonía de la voz en la lisonja del canto, mostrando a los principios que le enagenava más la ayrosa habilidad de su gracia que no el torpe empeño del vicio. Pero su zelosa muger, considerando que la nueva afición podía desayrar la suya (embegeciendo su correspondencia), se valió de todos los medios posibles para embaraçar aquella comunicación y, con la habilidad de algunas hebreas, solicitó con hechizos impedir al sultán el comercio con la nueva favorecida. Y aviendo penetrado la madre las insidiosas diligencias, las

participó a su hijo, quien se ofendió tan altamente que la aborreció (con repudio para siempre en su comunicación) y fueron tan sin fruto los hechizos (enderezados a dexarle capaz solo con su muger) que se domesticó con muchas después, no aviéndolo hecho antes con otra alguna. Y empezó a complacerse de tal suerte con la variedad que, en una noche, solía desfogar la destemplança con dos, tres o quatro mugeres diferentes. Y porque en su falsa ley es prohibido el comercio de una a otra sin interponer el vaño, entrava en él por esta causa las vezes que se ofrecía, con daño de la salud, acrecentándose la flaqueza del cuerpo, en que se reconoció algún principio de mal caduco.

Mehemed visir, siguiendo el estilo practicado en la muerte de Solimán, tuvo oculta la de Selín por escusar algún movimiento en la insolencia militar, embiando a toda diligencia el aviso a Amurates, que estava en Amasia, para que a toda prisa se pusiesse en viage passando a ocupar el imperial solio.

[1575] Assán, baxá de Argel, veneciano apresado de los turcos siendo muchacho, aviendo subido de grado en grado al supremo de aquel reyno, le transportó en algunas galeras a Bursia, de donde por no perder tiempo se embarcó en una que conducía a Floridor, primer canceller de los despachos, aviendo atravesado una gran mareta en que podía peligrar, despreciando el riesgo, por llegar a tomar possession del imperio. Y aviendo desembarcado en un jardín fuera de las murallas enfrente del serrallo, y no pareciendo el bustangí, cabo de jardineros, a quien tocava abrir la puerta, se assentó debaxo de un árbol y, por memoria de tal circunstancia, mandó fabricar una fuente en aquel sitio.

El chاوز y el capigi, que le avían conducido para que pudiesse entrar (no obstante, la hora insólita), llamaron a una puerta que solo se abría de noche quando llegavan algunos correos con despachos de suma importancia y, advertido el visir de la novedad, passó en un esquife a postrarse al sultán, que le recibió en pie y, con una profunda sumission, le besó la mano. Y passando después a la habitación de la madre (entrando primero el visir que le conduxo a su presencia), la preguntó si era aquel, Amurates, su hijo. Y respondiendo que sí, poniéndose de rodillas, alçó las manos al cielo y pidió a Dios por la felicidad del emperador y del imperio. Y successivamente se le postraron o (por mejor dezir) le adoraron todos los ministros inferiores del serrallo y, el mismo día de su exaltación, sacrificó cinco inocentes hermanos suyos como víctimas ofrecidas a su seguridad.

Estos infelizes príncipes se pueden llamar con propiedad de la sangre porque, con la propia, satisfacen el apetito de dominar en los soberanos. Nacer en Constantinopla el primero, es una prosperidad y, el segundo, un delito. Salen los primeros destinados para la vida y para el cetro y los demás para la muerte

y para el laço. Y disculpan los othomanos estas horrorosas execuciones con dezir que por este medio se extinguen las guerras civiles, siendo para ellos (aunque inhumana) agradable y fructuosa política. No passava el mayor de los cinco hermanos inocentes de ocho años y porque se mostrava Amurates observador de la ley y, pidiendo al muftí su parecer antes de aniquilar su prosapia, le respondió ser no solo lícito, pero necessario para la quietud de la monarquía y sossiego del Estado. Y aviendo mandado poner a la vista de todos, el cuerpo de Selín, su padre, hizo Amurates la oración acostumbrada y, cumpliendo con las formalidades, tomándole sobre los ombros los baxaes le llevaron a enterrar a Santa Sofía y, bolviendo al serrallo, llevaron también los cinco hijos inocentes y colocaron a los pies del difunto Selín, su padre. Y después de aver cumplido con estas ceremonias, sacaron del tesoro de adentro el acostumbrado donativo para las milicias (llamado comúnmente la buena entrada de los emperadores).

Hízose conocer muy aprisa el sultán poco hábil en los exercicios del cuerpo y no inclinado a la caça, ni a la conversación de los mudos y bufones, siendo de mayor agrado suyo la obscenidad del serrallo, si bien, no se desagradó de la justicia, pues dio orden que le participassen las quejas de los vassallos para saber lo que passava en la ciudad. Y mandó también que no solo se les franqueasse la entrada a sus relatores, sino que tenía secretas correspondencias en los Estados de los príncipes christianos por medio de los hebreos, uno de los quales se llamava fulano López, portugués, habitante en Roma, quien reveló los secretos de Sixto Quinto y manejos de todos los príncipes de Italia.

Expressóse en una ocasión publicando que no quería depender de los ministros (que son los antojos de los soberanos), siendo inútiles a quien podía servirse de los propios ojos. Pero el visir y los demás baxaes (que no desean exercitada la soberanía de los monarcas por ostentarse instrumentos y braços del cuerpo obedientes a la cabeça) trastornaron estos generosos disignios, divirtiéndole las salidas freqüentes como también embaraçando las entradas en el serrallo a las personas que no fuesen dependientes de su confianza. Eran seis los baxaes que formavan el dibano, o consejo, actualmente criados de Selín, su padre: Mehemed primer visir, Piali, Acmad, Maamud, Mustafá y Sinán. Era la fortuna de Mehemed embidiada porque (inestable con todos los grandes) se avía hecho conocer solo con este hombre constante, como también inmutable en el puesto, mantenido con felicidad en el gobierno de Solimán y de Selín y, al presente, de Amurates. Estimado de la Porta por sus grandes merecimientos y amado de los sultanes (por una cierta venerada antigüedad) que encontravan en sus respetables canas. De Mehemed, de Mustafá y de Piali, autores de la

empresa de Chipre, hablamos difusamente en la narración antecedente, como también de Sinán, expugnador de la Goleta. Acmad tenía alguna estimación por yerno de la sultana, sustentado de su autoridad soberana. Maamud, cuñado del reynante, no tenía más veneración que el grado y el calor que con el parentesco recibía del soberano y, no siendo hombre de aptitud, tampoco lo era de crédito.

[1576] Embió Amurates a Mustafá chاوز a la República a participarla la muerte de su padre, como también su exaltación al imperio, con protestación que continuaría la paz, a cuyo cumplimiento correspondió el senado embiando por embaxador extraordinario a Jacome Soranço, cavallero. Y apenas se puso la corona en la cabeça, quando se aplicó a discurrir la forma que tendría para arrojar de las sienas la suya a alguno de los reyes confinantes con nueva guerra. Y como los cuerpos humanos (por preservación) suelen tomar algunos medicamentos para divertir las enfermedades y evacuar los humores que suelen ocasionarlas, assí haze la guerra en Constantinopla el efecto de medicina purgativa, siendo capaces estos grandes monarcas no solo de cumplir de día lo que sueñan de noche, sino aquello que sueñan los otros también.

Frequentava el serrallo un tal llamado Eschiac, predicador, que desacreditava la heregía persiana y comunicó a Amurates que avía soñado la noche antecedente que triunfava en Persia y que, sobre la puerta del dibano, avía unas letras que dezían Feta Agén, que es lo mismo que sujetador de la Persia. Y fue bastante esta aparente fantasía para dar cuerpo a la guerra contra aquel rey que, resuelta y publicada sin consejo, ordenó arbolar la cola de cavallo, demonstración practicada siempre en semejantes ocasiones de rompimiento. Y passando al apresto de las milicias y lo necessario para tan desacomodada jornada por falta de víveres, se trató de poner en execución lo resuelto.

Los intereses de aquel reyno, después de la guerra de Solimán, se hallavan en la siguiente postura.

El rey Atamas, reusando llegar a las manos con las armas de Solimán, assí por las ventajas como por no tener plaças que pudiessen resistir el poder de tanto enemigo, se reconcentró en la Persia talando su propio país (como defensa necessaria y única) para estorvar los progressos de la armada othomana con la falta de forrages y demás vituallas, cuyo motivo le obligó a bolverse a Constantinopla. Y noticiado Atamas de esta resolución, salió de la parte donde se avía abrigado y recobró la ciudad de Tauris (saqueada de los othomanos, como diximos) y, aviendo ocupado el país, rompió una parte de las tropas turquescas. Por experiencia se ha visto terminar con pérdida y ganancia los expedientes de entrambas partes, pues conquistan los othomanos el país, pero sacrifican en él las esquadras. Ocupan la campaña, pero pierden los hombres

consumidos igualmente de la guerra y de la necesidad. Y por esso, con la destrucción de Chars, que (por acuerdo) no se avía de fortificar por los persianos (dexándola al uso común), quedaron entonces aquellas diferencias más suspendidas que terminadas. Bien es verdad que Atamas, prevenido del antecedente peligro, comprehendiendo la gran ventaja de los enemigos, se mostró no solo ageno de emprender la guerra, sino que con toda aplicación la divirtió, conociendo que no le convenía romperla sin evidente necesidad. Y la misma opinión dexó destilada a sus sucessores, persuadiéndoles a mantenerse con toda industria apartados de los empeños de la guerra con los othomanos. Pero Ismael, su primogénito, siguió diferente opinión y sin el permiso de su padre reprimió las correrías de los turcos y, entrando en su propio país el año de mil y quinientos y setenta y seis con doze mil cavallos, expugnó la tierra de Veta y degolló una esquadra de turcos considerable, de lo qual se ofendió tan altamente el rey que le tuvo preso muchos años en un castillo por dar satisfacción a los othomanos. Y porque el espíritu ardiente de Ismael (que estava como fuego oprimido, deseando la primera abertura para dilatar más la llama con la abrasada respiración y prorrumpir en un incendio irremediable) no alterasse la calma pacífica del sossiego de aquel reyno después de su muerte, dexó la corona a Caydar, hijo tercero (sobornado del embaxador othomano), a quien puso en el solio antes de morir Atamas (porque después de sus días no alterasse sus máximas), pero con su muerte se desbarataron los motivos de aquellas determinaciones porque Ismael, soldado generoso y aplaudido del genio de la nación como también de considerable partido que le fomentava, huyéndose del castillo, passó a la Corte armado, donde Caydar, assistido de los suyos, se puso en defensa. [1577] Pero llegando a las manos, dividida la ciudad en parcialidades, perecieron en el trance de la batalla más de quatro mil personas con Caydar, recuperando Ismael el reyno en edad de quarenta y dos años, siendo naturalmente enemigo acérrimo de los turcos, a cuya antipatía añadió más sangriento odio la prisió en el deseo de ensangrentarse con ellos, procurando con vivas solicitudes excitar a los príncipes christianos a que se uniessen y despertassen (sacudiendo del yugo othomano las postradas cervices, poniéndose en libertad) y, aviéndoles pedido artillería, artilleros y armas (de las quales estava falto), no atendieron a sus representaciones.

El año de mil quatrocientos y setenta y uno, en socorro de Usumcasano, passaron como embaxadores Catarino Zeno y Josafat Barbaro a Persia subministrándole artífices para el manejo de la artillería, como para la fábrica y renovación de ella con treinta cañones, que transportaron tres galeras por la Soria y por el Egipto hasta su metrópoli, si bien esta demonstración de la

República se executó en tiempo que aquellas provinias estaban sujetas a los mamalucos (que temerosos de la potencia de las othomanas armas la consintieron), no siéndole possible bolverla a executar con Ismael (que también hizo la proposición), por no hallar disposición de abançarse a aquella parte por estar los tránsitos señoreados del enemigo común.

Fue grave error el de los príncipes christianos el no asistirle quando lo podían lograr con el medio de las flotas de Portugal, por el camino de las Indias Orientales, como también por la parte de la Moscobia y, más, quando se hallavan implorados de tan oportunas demandas. Además, que con la resistencia de los persas a las othomanas invasiones no huviera permitido su dilatación tanto como successivamente se experimentó.

No quiso Ismael dar parte de su exaltación a la Porta como sus antecessores pretendiendo que, primero, debían cumplimentarle los turcos por la muerte de su padre y ordenó a los sultanes de su dominio (que con este nombre se expressan los mayores señores persianos) que, prevenidos con armas y cavallos, prontamente resistiessen qualquiera insulto enemigo, oponiéndose a las correrías y entrando sin reparo alguno en los payses enemigos.

Estos procedimientos de Ismael ofendieron la soberanía de Amurates y fomentaron su inclinación dispuesta a domar (a imitación de sus antecessores) nación tan opuesta y enemiga en el crédito de la religión. Y como Ismael professava la secta de Omer, a imitación de los turcos (o como quieren algunos) la fingía a fin de recuperar los Estados que le tenían usurpados, por hazer más aplaudidas sus armas para con el pueblo de aquella superstición y, siendo odiosa esta secta a los varones persianos, congregándose ocultamente deliberaron la muerte del rey Ismael con el medio de un veneno que avía de subministrarle su hermana Alsuana (opuesta al rito turquesco) [1578] y, executada su muerte, fue de inexplicable contento para los othomanos. Y passando después a poner en el trono a Codabonda (significa esclavo de Dios), encontraron muy aprisa con el arrepentimiento por averle experimentado de costumbres diferentes a la generosidad de Ismael y tenía la piel de los párpados tan dilatada que, cayéndole sobre los ojos, necessitava de alçarla con la mano para mirar, por cuya razón le llamavan el ciego.

Llegó la noticia de esta mudança a Constantinopla y alentó más la guerra en el ánimo de Amurates, dispuesto a fabricar los fundamentos de sus mayores esperanças con la fuerça sobre las flaquezas de aquel rey. Dos solos sugetos avía adecuados en la Corte para encargarles la dirección de las armas contra la Persia, que eran Mustafá baxá y Sinán (bien conocidos por las conquistas de Chipre y de Argel).

[1578] Intentava Amurates dividir entre estos dos cabos la dirección de sus exércitos, pero Sinán (si bien más moço) era superior en la sobervia y no quería obedecer a Mustafá, intentando con los más eficaces medios eximirle de tal empleo. Y assí, quedó el primero destinado al mando de cien mil cavallos, catorze mil genízaros y quarenta mil tártaros (fuerças que al passo que levantavan las esperanças de la Turquía, avassallavan las de la Persia). Y para atormentarla con los internos deseos, llevó consigo un hermano de aquel rey (mal contento) llamado Abbas Mirse, que le dio mucho disgusto porque, no siendo el rey hábil para gobernar y conduzir los exércitos por el defecto mencionado, avía encargado el mando de las armas a Amsa, su favorecido, con exclusión de los de la sangre real.

El ruydoso estruendo de la marcha de tan formidable armada, encaminada a daño de la Persia, obligó a uno de los príncipes giorgianos a embiar un embaxador para que inciensasse al sultán de su parte con setenta bestes de oro y seda, nueve vasos de plata y diez y ocho aforros de bulpejas negras. Internóse Mustafá con estas fuerças en aquel reyno y, aviéndose encontrado con algunas persianas tropas que batían la campaña (para tomar noticias de su marcha), le atacaron la banguardia, que cedió al choque improviso con algùn desorden (que muy brevemente reparó Mustafá con su presencia) porque, acalorando el renqüentro con los voluntarios (que le seguían), reprimió el ardor de los enemigos degollando a muchos y haziendo cortar las cabeças a los cadáveres en horroroso argumento de su mayor ventaja para más terror de los vencidos.

Este próspero successo le facilitó la expugnación de Tislis, tierra en los confines de los giorgianos (del rito griego) que, despoblada de habitantes fugitivos de las victoriosas zimitarras, sin oposición alguna, se resignó a la obediencia othomana. Y no contento con esto Mustafá, intentó passar más adelante, pero se le opusieron las milicias temiendo la penuria de los víveres y estuvo muy a peligro de perecer a manos de la sublevación, pero aviendo ganado los cabos más principales, y estos quietado los soldados, prosiguió el viage hasta Chars (plaça que se dexó en la antecedente guerra por ser en los confines para el uso de la una y de la otra nación) y, aviéndola fortificado con perfección para conservar y cubrir el país conquistado, dio noticia al sultán de aquella operación. Y después de aver invernado en Arcerun, al empeçar la campaña bolvió a tomar las armas, que fomentó el tártaro con la agregación de sus tropas, a quien obligó Mustafá a reconcentrarse en las entrañas del país con Osmán baxá y tres mil genízaros y, encontrándose cerca de Servan con Mehemed beglerbey, persiano (que mandava doze mil soldados), le derrotaron más con la multitud que con el

valor, quedando el preceptor de la ley prisionero con otros personajes de consecuencia, a quienes mandó el tártaro hazer pedaços, cuya desgracia puso en desvelado desconsuelo al rey persiano que, saliendo de Casbin, su metrópoli, se abançó a Tauris (tres jornadas de Van) y, aviendo echado un vando riguroso para que mugeres y muchachos no siguiessen el exército porque sin semejantes embaraços marchasse más ligero, dispuso que un fuerte nervio de cavallería cubriessse con vigilancia el país sin empeñarse en formal combate.

Murió en este tiempo en Constantinopla Mehemed, gran visir, de muerte violenta, (quien por hazer servicio al sultán) deliberó cancelar las plaças de algunos soldados (que, por la paz que se mantenía con los christianos, creyó inútiles en las fronteras), entre los quales uno desesperado (por averle quitado un timaro o repartimiento) resolvió quitarle la vida, aviéndole entibiado la execución varios accidentes, y el intentarla en el serrallo era peligroso, como el hazerlo en su casa muy arduo, por quanto los porteros impedían la entrada a los de aquella graduación. Y quanto era mayor el obstáculo que se oponía a su dictamen, tanto mayor era el odio para la vengança y, aviendo discurrido en hazerse religioso (que tienen permissão de entrar a pedir limosna en las grandes casas sin embaraço alguno) para executarla, logró la entrada en la primera puerta, pero en la estancia del visir (que estava llena de personas de calidad) le quisieron negar la entrada y, mostrando con algunas palabras sentimiento, oyéndolas el visir, ordenó que le diessen lugar. Y aviendo llegado a darle un memorial, mientras le abrió para leerle, le dio una puñalada en el vientre y cayó muerto inmediatamente en edad, aunque anciana, vigorosa y que prometía más larga vida si el accidente cruel no le huviesse cortado el estambre del aliento.

Sintiósse gravemente la pérdida porque avía servido bien a los sultanes y muerto en sus braços Solimán Segundo, sobre Ziguet (como diximos). Sucedióle en la dignidad Acmad baxá, en cuyo tiempo, herido del hambre y de la peste el exército de Mustafá, enfermavan disminuidas las tropas sin poderlo remediar porque tales accidentes son naturales e inseparables en aquel país, pero la mormuración de sus enemigos interpretando a mala disposición de gobierno la penuria, imprimieron en el corazón de Amurates tan mala voluntad que le quitó el puesto, nombrando en su lugar a Sinán baxá.

No se reputó esta mutación por acertada, por ser más práctico Mustafá en el país, como en el modo de mantener la armada y en la aplicación de oponerse a las defensas del persiano advertidamente diestro. Desposeído pues de aquel gobierno (quando la experiencia le avía calificado más capaz en aquella ocupación y de más provecho a los intereses de su príncipe), bolvió a Contantinopla y, apenas hubo llegado, quando arrestaron en las Siete Torres al

secretario y tesorero, cuya demostración fue de grave sentimiento para él, y prorrumpió diciendo que aquellos hombres avían executado sus órdenes y que, si avía resultado algún delito, emanava de su principio. Y, no obstante esto, le cumplimentaron y recibieron todos los más principales de la Corte y, al postrarse en la presencia de sultán, le dixo que no se avía conocido culpa alguna en su persona, sino en sus ministros.

Representó Mustafá asegurando que si la Porta deseava la paz, el persiano, por conseguirla, se conformaría con la pérdida de Tifis y Chars y de un pedaço del reyno de Servan. Y en este tiempo llegó un embajador de Persia, cuyas proposiciones no conformavan con las expresiones de Mustafá, pues en su representación propuso que si los turcos bolviessen las cosas a su primer estado, abandonando lo injustamente posseído, firmaría su rey las pazes. Y quando no lo consiguiesse, avría satisfecho los escrúpulos de su conciencia con intentar que no se vertiesse más sangre entre las dos coronas. Y después, en la continuación de la guerra, tomaría su aplicación las medidas a su natural defensa. A que le respondieron, de parte del sultán, que estava tan lexos de restituir quanto estava cerca de pretender que el persa le cediesse todo el país que avía pisado su cavallería, por lo qual, mal recibido y peor tratado, se bolvió a su patria.

Muerto Acmad visir, exercitava el puesto Mustafá, pero sin aver conseguido el sello imperial, al qual aspirava Sinán baxá, director de las armas de Persia, por cuya razón tuvo el sultán pendiente el nombramiento hasta que, por último, lo consiguió Sinán, quedando Mustafá tan herido del desayre (por la emulación que tenían) que murió de repente aquella noche, aviéndose divulgado que voluntariamente huviesse tomado veneno. Si bien, sus domésticos atribuyeron el desastre a una apoplegía (por aver cenado con exceso). Y aviendo dado tormento a su canceller, confessó que posseía dos millones de contado, declarando la parte en que los tenía sepultados como también el que los avía adquirido en la conquista de Chipre, siendo su improvisa muerte equivalente castigo por aver hecho morir a tantos (con premeditada crueldad) mandándoles desollar vivos y cortar las cabeças a los cadáveres (si bien, muchas vezes se disculpó diciendo que no avía executado semejantes crueldades de motu proprio, sino con órdenes secretas de Selín). Y mientras el sultán estava en una ventana observando el tesoro de Mustafá, que passava a encerrarse en el casná, oprimido de un accidente de mal caduco cayó en el suelo, quedando ofendido del golpe en la cara (que las coronas no defienden las cabeças de los baguidos).

Hazíase sentir en aquel tiempo vigorosa la guerra entre los polacos y los moscobitas que, descarnándose en sangrientas batallas, daban motivo a los turcos que se lisongeasen con su destrucción. Y no será muy fuera de tiempo dezir brevemente alguna cosa de la Moscobia, por confinante con los turcos y, más, siendo uno de los dominios más expuestos a sus invasiones. Y assí, la incorporaremos con el restante del christianismo (aunque cismática) por no dexarla separada en los movimientos de los sucessos.

Son los moscobitas de aquellos pueblos que antiguamente llamaron rusianos o rosolanos, descendientes de los escitas asiáticos, cuyas costumbres se conservan hasta oy en mucha parte y, el gran duque (por la dilatación de su Estado como por el despótico dominio), es uno de los mayores potentados de la tierra y posee parte de la Sarmacia (más allá del río Tanais) dominando la tierra incógnita, donde están situadas las provincias de Penia y Jungaria, que habitan los tártaros zagatais, siendo también la Rusia Blanca porción de su imperio (una de las más dilatadas de la Europa, que ocupa treinta grados de longitud y diez y seis de latitud). Confina al septentrión con el mar Glachiale, a la parte de levante con los ríos Oby y Bolja, al poniente con la Lituania, Polonia y Suecia, extendiéndose la longitud mil leguas, sin ser la latitud mucho menor. Divídense estos dominios en muchos ducados y principados y abraça en la Tartaria asiática, Laorde, Zabolani de Cazan, de Nagai, de Sohíbanski y de Abstracán hasta el mar Caspio, collados Siberios, Samtiedi y Tingoesi. Los montes más principales son los Rifeos o Iperbóreos, cerca del río Perzora, nombrados Ftolp o Colunas del Mundo. Los ríos más celebrados son el Eschat, Tanais, Dom, Lobat, Bolja, Duna y, en la Libonia, Baza, Mosqui, Neglina, Narba y Oby, río muy caudaloso, e Inesca, cuyas inundaciones se estienden a sesenta leguas y, como el Nilo, fertilizan las campañas.

Los puertos principales son Abstracán, San Nicolás y Arcángelo, donde concurren los armenios y los persianos, siendo los dos últimos más frequentados de ingleses, daneses y olandeses. Es abundante el país de todo género de granos y, en particular, de trigo y de grandes pastos. Tiene hermosas selvas en donde se crían varios animales de caça, pero le faltan las vides y las frutas de los más templados climas. No están faltos de ganados, de carnes exquisitas, ni de pescados de lagunas y ríos, siendo la parte que mira al septentrión notablemente fría. Y en la estremidad tiene un día de tres meses (sin alguna noche que corresponde a mayo, junio y julio), como también una noche que dura noviembre, diziembre y enero. Y después, en febrero, los breves días van poco a poco creciendo y alargándose las noches en agosto, passando después a ser menores, si bien, próvida la naturaleza en la parte donde abunda

más el yelo y donde el frío es más intolerable, ha criado grande cantidad de animales pelosos no solamente acomodados para la defensa, sino por la raridad de ellos tan preciosos y tan quantiosos en la multiplicidad que sirven a la comodidad y al tráfago, a la necesidad y al útil y, entre ellos, los eschuris o dosos, llamados de otros topos selváticos, martas, nutrias, golones listados de blanco y negro, de quienes aseguran que tienen la virtud de excitar a quien se viste de ellos; lobos cerveros, armiños, liebres blancas (usadas de los tártaros), castores, gatos silvestres o zebellinas y vulpejas negras, siendo estas las más estimadas y más costosas. Y no obstante el gran frío, son tan ardientes los calores en el verano que en seis semanas maduran las cevadas. La estatura de los moscobitas es mediana, robusta y corpulenta y los haze sufridos en las fatigas. Usan la barba larga, que adorna al semblante severo, tocando su naturaleza en cruel, sin amor a los forasteros y su mayor dilectación es la guerra. Son astutos, obstinados y sobervios y con quien más ordinariamente usan las armas (en el rompimiento de la guerra) es con tártaros, polacos y suecos. Y aunque les falta la cosecha de los vinos, los transportan de estrangeros payses. Sóbrales el aguardiente y el tabaco, teniendo en aquel dominio gran jurisdicción la embriaguez. El trage son unas ropas que cubren hasta los pies y adornan con joyas y ayrones de piedras los bonetes, y con algunas perlas. Hablan la lengua esclavona y professan leer y escribir sin deleytarse en las ciencias mayores. Es incapaz el terreno de minerales, pero las inteligencias del tráfago (venas ricas de las minas de los comercios del mundo) le subministran el oro más puro y la plata más acendrada. Tienen tanta cavallería que suelen ordinariamente contarse en sus tropas más de cien mil montados, cuya obligación es salir a campaña cada ciento con un soberano y rara vez pelean con el enemigo sin conocidas ventajas. Sus armas son arcabuzes, flechas, pistolas y zimitarras, aviéndose hecho conocer en las defensas de las plaças constantes y sufridos igualmente con otra qualquiera nación.

Gobierna un solo monarca adornado de multiplicados títulos, sin cuya recitación no acostumbran nombrarle jamás. Es árbitro supremo de la vida y de la hazienda, reverenciado y obedecido como deidad terrestre, viviendo asegurados de que las acciones de sus príncipes caminan de concierto con la divina voluntad, como también de que la fidelidad en ellos les franquea la entrada para conseguir la salvación en el otro mundo, cuyas máximas en esto no se diferencian de los othomanos. Professan la religión christiana, pero cismática griega. Reverencian a la virgen y honran a los santos, teniendo grande veneración a sus patriarcas y son muy zelosos de la observación de sus ritos.

Compónese el Consejo de príncipes y duques de antiguo y escogido linage, en que asisten el gran canciller, el gran tesorero y otros ministros de guerra y de justicia. Si es acusado alguno de aver cometido delito, es permitido desafiar en campal duelo al acusador. Y no estando hábiles los principales pueden, en su lugar, nombrar substitutos para decidir el empeño. Y de la salida de la batalla se argumenta la inocencia o la culpa. No es permitida a los vassallos la salida del país sin licencia del monarca. Reciben a los embaxadores de príncipes estrangeros con pompa y respeto, usando grandes formalidades en conduzirlos a la audiencia. No gastan en alhajas de casa cosa considerable y, si en alguna cosa lo hazen, es en cavallos, armas y vestidos, a imitación de los úngaros y de los polacos. Pagavan antiguamente tributo a los tártaros, del qual los libró Juan Tercero, gran duque (apellidado el Belicoso), y también huvo otros príncipes successivos que exercitaron con aplicación las armas combatiendo con las naciones confinantes, y con los turcos, quando pretendieron dar un corte para introducir el río Bolja en el Tanais con pretexto de abreviar el camino al tráfico y comercio de la Persia. Y lo más virídico era, para abrir la navegación desde el mar Negro al mar Caspio y apoderarse, después, de las marinas de Moscobia, Tartaria y Persia y, de allí, facilitar por la mar las empressas en que se encuentra más dificultad por tierra y son más arduas de conseguir. Y aunque los turcos no lograron su intento y quedaron maltratados de los moscobitas, dissimulando el enqüentro, no se olvidaron de la vengança.

[1580] Los tártaros europeos ordinariamente maltratan a los moscobitas reconcentrándose en sus jurisdicciones a caça de hombres que conducen al cautiverio, pero si se aunassen con los polacos (con quienes ordinariamente tienen guerra), es cierto que resistirían con mayor fortuna los insultos de los bárbaros que, con estudio particular, se unen, o con los unos o con los otros, interesándose en sus particulares disignios a fin de tenerlos siempre divididos. Si bien, en la guerra presente se unieron con los moscobitas porque, acometidos de Estevan Batori (hombre de insigne valor), no querían ventajoso aquel reyno temiendo el descaecimiento de la Moscobia. Y assí, deseavan enflaquecerlos a entrambos con este fomento para sujetarlos algún día con las armas othomanas.

Conquistó el polaco en esta guerra el palatinado de Polosco con los payses Socol, Susa, Torolia, Nicerda y otros, pero con pérdida de mucha milicia. Y no sucediendo estas dissensiones sin recíproco daño, son siempre los othomanos alegres mirones de semejantes fatalidades. Antes de salir Sinán de Constantinopla con arrogantes ofertas, aseguró grandes progressos, pero aviendo hallado bien fortalecidos a los persianos y el país más difícil de

conquistar de lo que avía presumido, tuvo por bien de retirarse a Esdrún. Y conociendo las dificultades de la guerra y que la Persia podría ponerle en la contingencia de perder el puesto y la cabeça, como también el absoluto dominio que (en la debilidad del rey) como primer visir, podía gozar con la paz, se movió a entablar con aquel rey nuevos tratados de composición (en que halló alguna abertura con el manejo), aunque con diferente disignio.

Avía el persa perdido mucho país y conocía que, no recuperándolo con las armas, mucho menos lo conseguiría con la negociación, por lo qual intentó hazer a los turcos una guerra de negocio y contribuirles con insinuaciones (más por adormecerlos que por concluir las representaciones), para lo qual hizo passar voz a la Porta que, criando pensamientos de paz, embiaría ministro para facilitar el intento. Y assí, esta proposición facilitó la buelta de Sinán a Constantinopla, dexando encomendada la dirección de las armas a Osmán. Y aviendo llegado a la Corte le visitaron los embaxadores, a quienes trató con las acostumbradas formas de su soberbia y, en despreciables expressions, se alabó de que no avía logrado ver al rey de Persia en campaña, como tampoco a don Juan de Austria quando conquistó la Goleta. Y excediendo en la vanidad, dixo al embaxador imperial que siendo deudor su amo de diversas anatas, procedidas de lo que se avía obligado a corresponder a la Porta por la pensión de la Ungría, le escribiesse que no dilatasse la satisfacción si no quería verle un día con poderoso ejército a la vista de Viena. Al embaxador de Francia trató con términos cortos, diziendo al de Venecia que de la fuerça othomana (guiada de su brazo) no estaría algún día segura la República. Y semejantes modos, nada menos odiosos, practicó con las sultanas y con los turcos, por lo qual le pronosticaron el descaecimiento de su fortuna, cultivada con tan ásperos y sobervios modos.

La Porta othomana, en los recursos de los príncipes, es árbitro de todas las dificultades. Los flacos y los caydos la llaman en su auxilio. Los fuertes, en correspondencia y en liga. Y assí, no es maravilla que cada día se eleve más con este conocimiento. Llegaron a Constantinopla, casi en un mismo tiempo, quatro embaxadores. El polaco, cargado de zebellinas, para assegurar a los turcos del frío aquel invierno, sin más comission que intentar el rescate de un señor de su nación en cambio de un hermano del rey tártaro, prisionero en Polonia, pero no consiguió la pretensión. El segundo, embiado de don Antonio de Portugal, prior de Ocrato, que intentava conseguir la sucession del reyno lusitano, cuya expresion es la siguiente:

[1586] Que, perteneciéndole aquella corona heredada de su padre, se la avía embaraçado Felipe Segundo y que, no contento este gran monarca con la possessión de tantos

reynos, quería quitarle (con la fuerça) aquello que pertenecía a su sangre y a su razón. Y que siendo el rey católico enemigo implacable de la Porta, no le convenía ver tan engrandecido un émulo irreconciliable. Que la coyuntura era proporcionada para invadirle con las poderosas armas othomanas, desposseyéndole de lo propio quando se hallava dispuesto a usurpar lo ageno y que, a las generosas empresas del sultán, daría el reyno de Portugal fomento (unidamente con franceses, ingleses y olandeses), naciones enemigas de la española que, precisamente, avía de perecer en la oposición de tantas armas, sin poderse resistir en su fatalidad.

Regaló con exceso el portugués al visir y a las sultanas, intentando conseguir con este medio favores para hazer eficaces sus persuasiones, sobre las cuales se hizieron varias consultas, pero las diversiones de Persia y el estado de la monarquía, enflaquecida por no ser el sultán aplicado a la guerra, negaron atención a las representaciones y respondieron al portugués: Que procurasse don Antonio resistirse y ganar el tiempo por aquel año, mientras para el venidero no dexarían sin algún calor sus intereses. Y para saber con fundamento el origen de este recurso, como el de otro subseguente que contaremos, conviene no perder de vista los tiempos passados.

Avrá más de quatrocientos años que Portugal (si bien, entonces, no se adornava con título real) fue desmembrado por Alfonso Sexto de la corona de Castilla, estimable por la riqueza y por la fuerça. Y en los siglos passados, supo adornar su estimación con oprimir (con sus armas) las infieles en algunas ocasiones, assí en la mar como en la tierra. Y aborreciendo los nacionales sujetarse a otra obediencia que a la de un rey portugués, miraron de mala gana el aumento de Felipe Segundo y en la incorporación de otra corona tan calificada. Y anteviendo el rey los obstáculos que le podían embaraçar, intentó deshazerlos y facilitarse la entrada para la conclusión del pretendido derecho, mostrándose pronto a reforçar no solo la razón que tenía para hazerla bastante, sino mantenerla con otros medios más eficaces también. Y conociendo el rey que la nobleza se inclinava a la exaltación de la duquesa de Bergança (apoyada del rey cardenal) y que deseava el pueblo la exaltación del prior de Ocrato (que avía poco antes buelto a Portugal de la prisión de los moros), ordenó que marchassen sus tropas a los confines de Portugal y que la armada marítima se entretuviesse, bien dispuesta, en aquellos mares para arrojarse a los puertos donde se pudiesse lograr mejor la coyuntura.

En este tiempo aclamó el pueblo a don Antonio de Santarén y obedeció en Lisboa. Y reconociendo el rey Filipo que aquella demostración desarmada hazía favorable el sucesso a don Antonio y que sus disignios se atrasavan sin las operaciones de las armas, ordenó al duque de Alva, su general, que entrasse en el reyno conquistando las plaças que pudiesse, haziendo al mismo tiempo

navegar una esquadra de navíos a la India Oriental para asegurar que la flota no cayese en manos de sus enemigos, como también para que ocupase algunas plaças de aquel dominio.

Consistía esta armada en veinte mil infantes y mil quinientos cavallos y, al passo que iba internándose en Portugal, acobardada la facción de don Antonio, abandonava las ciudades. Dexóse ver el marqués de Santa Cruz con cinquenta galeras y otros tantos baxeles para acalorar al ejército de tierra. Y atemorizó de manera las armas opuestas, assí con la rendida de Villaviciosa, Estremoz y el fuerte de Belén como con la buena disposición que, de quarenta mil infantes que avía juntado don Antonio, se avían reducido a diez y seis mil, mucha parte fugitivos y enfermos y muertos de la peste, que avía hecho mucho destroço en aquel reyno. Y aviendo comprehendido los castellanos el descaecimiento de las tropas enemigas, como también el corage, no dilataron atacarlas antes que llegassen los refuerços que esperavan de otras partes. Y a los primeros lances de la batalla, quedó herido de una lançada en el cuello don Antonio que, puesto en fuga con sesenta cavallos moros, se retiró a la ciudad de Oporto y, poniendo el ejército portugués vanderas blancas, se rindió a las armas castellanas. Y bolviendo nuevamente don Antonio a recoger algunas reliquias de sus sequazes, intentó segunda experiencia, pero desvaratado (con grave daño) de don Sancho Dávila, como falto de assistencias para resucitar las muertas esperanças de su pretensión, se passó huyendo a Francia y, vencidos los obstáculos, entraron las armas de Felipe Segundo triunfando en Lisboa, donde concedió indulto general a todos, añadiendo (a poca costa) esta rica joya a las otras que hazen resplandeciente su diadema.

Fue el tercer embajador, que se apareció en la audiencia del sultán, del rey de Fez, con regalos cuyo valor se apreciava en sesenta mil escudos. Recibiéronle con grande cortesía y consistía su negociación en las siguientes proposiciones.

Que aviendo caído el reyno de Portugal en manos de Felipe Segundo, se avía hecho tan poderoso que sería preciso que su rey le pagasse aquel tributo, con el qual reconocía el alto dominio del sultán othomano como cabeça de la mahometana religión, vasa fundamental del común crédito, y que no convenía tolerar que se aumentasse de fuerças la enemiga potencia española, ensobrevecida en sumo grado, y de calidad que podía assombrar a la gran Porta de Constantinopla.

Sobre cuyas representaciones se discurrió con aplicación en el divano y resultó despachar un embajador a Francia.

[1581] El de Persia regaló al sultán con cinco alcoranes guarnecidos de oro y de piedras preciosas, ricos tapetes y armas de sobresaliente temple, con

una lágrima de ciervo del tamaño de un huevo guarnecida de oro, y diamantes y varias sillas de cavallos bordadas de piedras preciosas. Acompañávanle ducientos hombres de a pie y de a cavallo vestidos de seda. Y después de averle banqueteadado con obstentación, passando a la audiencia, presentó la carta credencial (en la presencia del sultán, al baxá, a quien toca recibirla) en la punta de una caña de Indias dorada, mencionando que en aquella misiva se declaravan los motivos de su rey, como también que la guerra entre los de una religión (aunque adulterada con algunas circunstancias) era tan escandalosa, y no del servicio de su profeta, que su rey escrupuloso en la conciencia por este respecto, como también por preservar la sangre de tantos vassallos, le avía embiado a fin de facilitar de su parte la composición y que, aunque avía padecido tan injusta guerra, consentiría en cederle el país conquistado como no pensasse en el reyno de Servan (herencia de sus antecessores, con la obligación de mantenerle y de emplear en su defensa hasta la última gota de su sangre).

Estas proposiciones (que debían obligar a dar orden que se retirassen las armas de essotra parte de lo posseído) no fueron del agrado de Amurates y, para mostrar que no avían sonado bien en la Porta, resolvieron dar nuevamente principio a las prevenciones de nueva guerra y, aunque en algunas era efectiva la disposición, en otras fue estudiado el movimiento a fin de confundir, con el estruendo de la apariencia, al ministro persiano para que noticiasse a su rey este accidente por si el temor le reducía a tolerar capitulaciones desayradas en reputación de la Porta.

Deseando Amurates solemnizar la circuncisión de su primogénito Mehemed (con públicas demostraciones del mayor lucimiento), mandó sacar del tesoro de adentro un millón y medio de sultaminos. Esta ceremonia es una de las más apreciadas funciones de su religión, adquirida de los hebreos y correspondiente al bautismo de los christianos, sin la qual (como hemos dicho) creen que no tienen las almas lugar en el cielo. Y aviendo participado la deliberación a los baxaes, tuvieron por conveniente (para hazerla más conspicua y lucida en la satisfacción del sultán) participarla a los príncipes christianos a fin de que (con extraordinarias embaxadas) concurriessen a la solemnidad, a cuyo cumplimiento embiaron ministros de gran suposición el emperador, el rey de Francia, el de Polonia y Venecia.

La solemnidad de la circuncisión empezó a dos de junio y terminó a veinte y uno, siendo el teatro de esta función la espaciosa plaça de Hipódromo, en cuyo plan se eleva una aguja, o pirámide, fixada sobre quatro globos de mármol, que tiene de altura cinquenta braças, y otras diversas que, sobre pedestales grandes, representan desiguales cuerpos, como también una coluna

de bronce en forma de tres culebras con sus cabeças, en cuyas vasas se leen varios motes y geroglíficos (trofeos todos de victorias conseguidas con los christianos) como señas de sus infelicitades.

Guarnecían la plaça grandes tablados y, en uno de ellos mucho mayor, resonava la música de sordinas, nácaras, añafiles, tambores, grandes y pequeños, cuyo concierto era más gallardo que armónico. En una pequeña parte arrimada al serrallo (cubierta de celosías), assistía el sultán con el hijo que esperaba el triunfo, cerca de la qual salía otro tablado muy espacioso para los baxaes, con otro inmediato a este que ocupavan los embaxadores, dexándose conocer dos ventanas dispuestas de modo que, sin ser vistas, pudiessen en ellas las sultanas participar de la común alegría.

El embaxador francés no quiso concurrir y se creyó que, el dexar de hazerlo, avía sido cuydadosamente porque el ministro alemán (aunque atendía a los negocios del emperador, solo se hallava con el carácter de embaxador del rey de Ungría) y, en atención a esto, dispusieron los baxaes señalarle otro puesto al principio de la plaça (sobre el de Polonia) y no fue bastante esta demonstración para que quisiesse asistir a la festividad.

Consistieron las fiestas en ejercicios de cavallería y en manejar azagayas, disparar flechas y arrojar dardos con agilidad sin imitación, exercitar fuerças de cuerpo y de manos estupendas, y luchas, y correr cavallos en pie sobre las sillas con admirable maestría. Y a los que executavan habilidades sobresalientes, arrojava dinero el sultán, como también los baxaes, en cuyos intermedios sobresalían bayletes a la morisca, bolatines, combates de castillos y otros muchos divertimientos. Siguiéronse después los gremios, bien adornado cada uno con un carro guarnecido de diversas invenciones que representava su particular ministerio, y presentava al soberano un regalo precioso.

Concurrieron en la plaça muchos comedores que, hambrientos, devoravan con ambiciosa aplicación tragando con exceso quantas viandas excessivas les subministravan, representando en el teatro de la gula los mayores excessos, dexándose ver, al oscurecer, la cena para los embaxadores conducida de mucha gente y servida con magnificencia en su tablado, empeçando a una hora de noche a encender grandes cantidades de fuegos artificiales en varias formas generosamente agradables.

De los tablados de los sultanes arrojavan al pueblo taças de plata, como también del de los baxaes varias monedas. El día doze salió el sultán Mehemed assistido de grande acompañamiento, a quien Mehemed baxá, gran barbero, hizo la retajación en edad de diez y siete años. Y si bien el padre le tenía en buena disciplina gobernado, no por esso dominava las propias passiones sin que

se dexassen conocer ardientemente desenfrenadas, pues enamorado de una esclava de su madre quiso una noche, con violencia, entrar en la habitación de las mugeres y, oponiéndosele un eunuco, le quitó la vida con un puñal. Y la madre, para apagar el fuego de la voluntad, le hizo entrar en un baño de agua, como también arrojar a la esclava (estando preñada) a la mar, cuyo sentimiento dio a entender bien su dolor, pues con la pasión se dexó dezir que mataría a la propia madre, por lo qual Amurates lo mortificó agriamente.

Después de la circuncisión, regalaron el sultán y los embaxadores al príncipe con ricos dones, y el embaxador de Fez le dio dos gruesas perlas para las orejas y otras redondas de extraordinaria grandeza, un gran zafiro, treze coronas de perlas y algunos maços de ellas que, descaeciendo en la calidad, abundavan en la cantidad, como también un brocado de brida a lo árabe de plata con industriosa labor, cadenas, cavallos, tapetes de oro, escritorios entallados de concha de tortuga y plata, muchas telas y quarenta mil talares de tributo. Y aviendo hecho este presente, como los demás embaxadores, passó a su patria.

Bolvió el Soranço de la embaxada (en cuyo ministerio gastó su mayor tiempo en todas las Cortes de Europa) con ambición de ser eclesiástico. Y aviéndole imputado que participava a los ministros de los príncipes los más recónditos secretos de las máximas del senado, el Consejo de Diez le privó de la dignidad procuratoria, desterrándole a cabo de Istria, donde estuvo muchos años y, finalmente, consiguió la libertad para terminar en su patria la vida. Los rayos resplandecientes de la ambición en un punto ofuscan la vista de aquellos que professan tenerla más fina que otros.

[1583] Otro embaxador llegó a Constantinopla de Inglaterra, que fue el primero (que se avía visto en aquella Corte), cuya novedad excitó los discursos en los curiosos.

La reyna Isabela, hija de Enrique Octavo (que en la dirección de aquel reyno superó la mayor política de los hombres, como también la condición de aquel sexo), introduxo las naves en el oriente. Y porque, removidos los venecianos de las guerras de los othomanos, intermitieron la frecuencia de algunos viages, se introduxeron los ingleses en el Mediterráneo penetrando a las regiones orientales a cargar de passas en el Zante y a la Cefalonia. Y aviendo comprehendido el útil de este comercio (aunque tan apartada Constantinopla), no dexó la reyna de intentar la comunicación, solicitándola con esta embaxada, que fue molesta a los ministros de Francia y de Venecia. Y el primero, oponiéndose vivamente a la admisión del inglés, representó al visir con resolución cuánto ofendía aquel expediente los intereses de su rey y los

privilegios que gozava en la antigua amistad professada con los othomanos. A que respondió el visir que la Porta, era tal, que estava abierta siempre para todos los que llamassen a ella y que no convenía cerrarla a los ingleses, ni echarles de ella, sin justa ocasión. Y que por ley debían los turcos professar amistad, o enemistad, con quien deseava la una o la otra. Y que como se debían perseguir los enemigos, también era razón asentar a los amigos. **[1583]** Y no aviendo podido conseguir el francés suspender la admisión del britano, intentó que los bageles ingleses entrassen en aquel puerto con las insignias de Francia, a que se opuso el embaxador diziendo que su reyna era tan poderosa que no quería dependencia con otra nación y que, antes que consentir en tal punto (ni aun con la imaginación, en perjuicio de su dignidad), abandonaría qualquiera correspondencia con la Porta, queriendo solamente que sus bageles navegassen el mar libremente con las propias banderas, sin alguna obligación. Y supo vestir su negociación con tales apariencias de utilidad (a cuyo resplandor se deslumbraron los ojos de los ambiciosos turcos), que se les desaparecieron como invisibles los intereses de los otros. Son los turcos como los canes franceses, que huelen de lexos el rastro de las monedas y, transportados con los regalos y con la utilidad prometida de esta nación en lo venidero, antepusieron la fresca amistad a la antigua correspondencia. Y produziendo cada día este comercio más fruto en las dependencias, creció también la mañosa aplicación de la reyna hasta que, sagazmente, usurpó esta sustancia a las ciudades assiáticas (que solamente comerciavan en el septentrion) y, estableciendo compañía de negocio con essenciones y privilegios, impidió la extracción de las lanas e instituyó la fábrica de los paños, con los cuales atrasó el despacho a los venecianos. Y aplicando también la negociación en el África, permitió la compañía para la Guinea y las Canarias, sin apartarse de las Indias. Y por aver faltado en las escalas de levante los cónsules venecianos (por el embaraço de la guerra), se introduxeron los ingleses y, particularmente, en las de Constantinopla, Esmirna, Alepo y Alexandreta, por donde introduxeron plomo, estaño, azero y herramientas en concurrencia de olandeses, a fin de interessarse en el provecho, quedando los othomanos abastecidos de materiales para fabricar todo género de armas y municiones para daño de la christiandad. Por lo qual, además del naufragio veneciano en los mares de la borrascosa guerra othomana, se podrá también mencionar el del tráfigo, en el qual quedó damnificado y desecho todo el fruto de la aplicación del senado.

[1583] Molesto enqüentro obscureció después la quietud de la República por aver salido una galera turquesca, governada de Mehemed bey, sangiaco de los Gelbes, en que iban treinta mugeres del serrallo de su padre que avía

terminado el gobierno de aquella isla, como también los tributos recogidos en calidad de quinientos mil zequíes, y joyas de no menor valor de aquellas mugeres, según lo exageravan los turcos. Y passando a vista de la Cefalonia, hallándose en la guardia de aquellas aguas (como gobernador de los condenados) Gabriel Emo (que representó el suceso diferentemente que los turcos), dixo que aviendo descubierto la galera (creyéndola de cosarios), con tres de las suyas navegó a reconocerla y, disparándola una pieça sin bala en señal de paz, respondió con bala y, como argumento de que era enemiga, la atacó y echó la gente dentro, degollando hasta las mugeres y con el buque y los esclavos se recogió al puerto, negando aver hallado en ella los zequíes y las joyas mencionadas de los othomanos, que passaron amargas quejas con el embaxador en la Corte, expressando que no avía sido accidental el suceso, sino meditado a fin de romper con la Porta a instancias de los españoles (sus mayores enemigos), con quienes de concierto avían dispuesto la rotura. Y que se conocía en que era muy desviado de la verdad del accidente lo que avía publicado el Emo, y que la galera estava a vista de la Cefalonia surta sobre el ferro, debaxo de la seguridad de plaça de príncipe amigo, y que al descubrir las tres, pudiera averse puesto en fuga y, no creyendo que se executasse tan cruel violencia, atendiendo a la cercanía, hizo gritar al capitán y dezir en altas voces que era leño othomano amigo, y que el comandante veneciano la avía reconocido por tal y, no obstante, con proceder severo y cruel, atacándola por tres partes, avía degollado a los que la guarnecían, sin reservar las mugeres, cuyas lágrimas no bastaron a suspender el insulto de tan terrible y execrable maldad y, arrojando a la mar la cargaçon humana, transportó la lucrosa como de interés considerable, así en el tributo del sultán como también en dozientos esclavos del patrón de la galera.

Atento el senado a la primera relación del Emo, dio orden que los esclavos christianos gozassen la libertad, pero más bien informado de que el comandante avía procedido con violencia y excedido en la ejecución de las órdenes públicas (mientras avía mandado a sus generales que solo affligiessen los leños cosarios y respetassen a los othomanos, por escusar pretextos de desazones entre las coronas), resolvió que aprisionado llevassen al Emo a Venecia (como se puso en ejecución) para satisfacer la queja de los othomanos y con ánimo de castigarle severamente, hallándolo culpado.

Hiziéronse en el dibano sobre esta materia diversas consultas, de que resultó embiar a Corfú un renegado incógnito a observar si se armava la República. Y rezelosos de que el accidente no huviesse sido puramente casual, resolvieron que por no acrecentar por entonces el número de los enemigos se

pretendiese (por satisfacción) un castigo severo en el comandante y la resitución enteramente de la presa y que, [1583] en caso de que no se consiguiese tan justa satisfacción, se tomase después con las armas. Y así, despacharon a la República un correo con una carta que contenía con exageración el suceso, pidiendo resarcimiento de todo con las amenazas acostumbradas, según el estilo de su ardiente arrogancia. Y aviendo ajustado la causa con la información del proceso, condenaron a cortar la cabeza al Emo, participando al ministro othomano la sentencia y que se reintegrase la galera con lo demás que en ella se hallase perteneciente con razón, sin comprehenderse los esclavos christianos (a quienes se avía dado libertad) por no ser possible juntarlos a causa de averse ausentado, con lo qual, y con los oficios que avía passado con la Porta el embaxador veneciano, quedó sossegada la materia.

En Persia (aviendo quedado a cargo de Osmán la dirección de las armas), el hijo de aquel rey se abançó a Somaqui poniendo en retirada las tropas othomanas con pérdida muy considerable, después de conquistado el castillo de Cabalá con muerte de toda la guarnición y tres sangiacos, quedando otros dos en prisión. Hizo esta noticia en el pueblo de Constantinopla tal impresión que, conmovido al impulso de la novedad, desbarató el tablado del embaxador persiano y estuvo muy a riesgo de perder la vida, pero se templó el ardor de la ira con la llegada inmediata de un embiado del señor de Curs, príncipe de los partos (confinante a Caramit) que, apartado de la obediencia de aquel rey, ofreció tributo y servicio al sultán, como también tres mil soldados.

Avían nacido entre aquel rey y su hijo algunas dissensiones, que calmaron el orgullo con averle mandado su padre salir a campaña con la dirección de la armada, cuya novedad atormentó mucho a los turcos que esperavan, con la empeçada oposición, lograr más sazoados frutos en aquella campaña.

No duró mucho tiempo la violenta ferocidad de Sinán en la Corte, por quanto ordenó el sultán que se renovasse la guerra de Persia y bolviesse a disponerla y, como no deseava apartarse del lado de Amurates, procuró con varias excusas (interponiendo dificultades) eximirse del viage y, con la representación de ardiente expressiva, hazer memoria de los antecedentes exemplos experimentados a disfavor de las armas othomanas, pues no avían conseguido progressos de consideración en quanto los sultanes no fomentavan la frente de sus tropas, y que convenía salir del serrallo porque las victorias no se encontravan en la casa propia quando habitavan en la campaña y que, a imitación de sus mayores, era menester olvidarse de las mugeres para hazerse más glorioso. Esta frase atrevida y no usada con los soberanos (que solo gustan de reverentes lisonjas), como también otras sospechas (practicadas de las

favorecidas), insinuaron al sultán que, conformándose con el genio de los pueblos y de las milicias, quería Sinán servirse de su ausencia para hazer rey a su hijo Mehemed, cuyos malos oficios le obligaron a desposeerle del visiriato, por jubilación y, a no averse manejado su muger con fortuna entre las favorecidas, le quitara también la cabeça.

Premeditava el sultán remitir el imperial sello a Osmán (director de las armas en Persia), pero tuvo en su disfavor oposiciones tan grandes que le baraxaron la suerte con el pretexto de que no era baxá por merced de rey, sino por nombramiento de Mustafá (que tuvo autoridad quando governava las armas de premiar a los más bizarros capitanes con aquella dignidad) y que estava desnudo de merecimientos que le hiziessen capaz de ascender a tan suprema dignidad y, convencido de tantas objeciones, nombró en este puesto a Eschaus baxá, que menos que otro lo merecía y esperaba.

A qualquiera mal successo cambiava Amurates los generales, lisogeándose con la mutación, persuadido a que mudava también fortuna, pero le sucedió al contrario porque, faltándoles la plática a los menos experimentados, cada día acrecentavan más los errores. Avía Osmán ocupado en el país persiano muchos castillos, pero apenas se alexavan las tropas quando, por la penuria de los víveres, se veían precisadas a abandonar lo adquirido, bolviendo los persas a recuperarlo sin oposición alguna. Y para impossibilitar la detención (en los enemigos) salían (con particular estudio) a talar sus propias campañas y, conseguido el intento, bolvían a reconcentrarse en la Persia más defendidos de los assolados desiertos que assegurados de la más resistente fortificación.

La dificultad de la buena conduta de la guerra (para el logro de los sucessos entre tantos obstáculos) obligó a Osmán a pedir successor, passando a substituirle Ferad baxá, esclavón, cuyos principios fueron muy baxos, pues la primera ocupación que tuvo fue de cozinero. Y aplicándose después a las armas, caminando igualmente el valor con la fortuna, consiguió llegar a las primeras graduaciones. Era áspero y sin cultura, tan obscuro en su modo que parecía estar aún tolerando el humo de la cocina.

En este tiempo murió el rey polaco, sobre cuya elección estavan divisos los senadores. Y aviéndose divulgado que los unos se inclinavan a poner en el solio a Maximiliano, archiduque de Austria, los turcos ofendidos con esta voz despacharon a los polacos diferentes expresiones en que amonestavan con amenazas declarando que, si no elegían un rey a satisfacción de la Porta, inundarían aquel reyno con las armas. Por lo qual dieron la exclusiva al austriaco, fomentados (los de la facción contraria) de las othomanas instancias, resultando de aquesta deliberación que passasse a Constantinopla Christóval

Potosqui (sugeto de experiencia y práctico en aquella Corte), que manejó con suma destreza la negociación dexando la dieta en su antigua libertad, sin llegar a romper con los othomanos (endulçando con expresiones corteses sus amargos sentimientos), conociéndose claramente que por faltar entre los príncipes christianos la buena disposición y segura correspondencia, toleravan el común estrapazo abriendo el passo a sus pretensiones injustas la desunión en que permanecían los opuestos dictámenes. Y por esso sentían tanto los turcos que pudiesse caer la elección de Polonia en potentado de Estados considerables, pues engrandecido con el apoyo de tanto reyno, se ostentaría formidable a la Porta.

En todas las antecedentes ocasiones que se juntaron las dietas para semejante elección, se inclinaron a elegir príncipe austriaco o francés, o gran duque de Moscobia, apartándose siempre de no echar mano de cavallero polaco (por escusar entre ellos las parcialidades y divertir los inconvenientes que podían resultar) y, en estas disposiciones, se alteraron y conmovieron en Constantinopla intentando desvanecer tales elecciones por los respetos mencionados. Y es fatalidad christiana que lo que place a los turcos no disgusta ordinariamente a los católicos. [1583] Y porque convenía que cayesse la elección en gran potentado para freno del enemigo común, raras vezes sucede, no bastando para la resistencia una sola potencia, quitándole a la razón de Estado, aquellas circunstancias que son de más saludable preservación en las duplicadas fuerças, por cuya causa no hallan, los infieles, dificultades en romper los ajustes de pazes quando se les antoja, deshaziendo con fácil aplicación el laço de las más apretadas ligaciones.

Murió la reyna, madre de Amurates, con universal sentimiento porque era muger cuerda, capaz y sabia en moderar las passiones del hijo, a cuyo respeto y dirección atendía reverente sin desmandarse en lo injusto, siendo la amorosa prevención de la madre una muralla que le preservava sin que intentasse salir fuera de camino en sus deliberaciones, más con el dócil advertimiento que con la severidad desmandada. Y prevenido el sultán del grande aprieto en que la tenía la enfermedad, reconociéndola incansable respeto, passó a su habitación a rendirla los últimos oficios de su veneración, recibiendo de su maternal amor diversas advertencias y particulares consejos divulgados y aplaudidos en toda la Corte.

Dexó dos millones de zequíes, los dos tercios al sultán y lo restante a las mezkuitas. Acompañó Amurates el cuerpo a pie hasta la última puerta del serrallo, por obligar a los cadíes a no ponerse a cavallo, llevando el cadáver a la

mezquita de Baiaceto, de donde le condujeron a Santa Sofía y pusieron en el entierro de su marido.

[1584] Dio fondo en el puerto de Constantinopla, de buelta del mar Blanco, el capitán baxá (que avía salido en prosecución de las galeras de Malta y Florencia) y refirió al sultán sus diligencias, mencionando que los cosarios leños christianos eran tan ligeros y navegaban tan reforçados de chusma que se perdían de vista por momentos. Y le persuadió a poner en execución la conquista de Malta, pero la guerra de Persia enflaquecía con los excesivos gastos el erario, como también el cuerpo de las milicias, con que era dificultoso poner en execución el empeño.

En este tiempo dio aviso Osmán a la Porta de los dobles procedimientos de Elipijara, rey de los tártaros, en el manejo de las armas contra la Persia, mencionando que avía obrado con tibieça y, en medio de averle solicitado para que se internasse en aquellos payses, valiéndose de tibios pretextos, no avía querido obedecer. Y teniendo libre permissão de la Porta para colocar otro soberano en la Tartaria, y hallándose de buelta en Cafá, intentó poner en execución la orden favoreciendo a Islan, hermano del rey (que deseava la dignidad con particular ambición). Mas no fue suficiente la protección othomana para conseguir el solio porque, abatido de su hermano, se vio precisado a salvarse en dicha ciudad y a passar a Constantinopla a pedir al sultán socorros. Y aviéndole recibido y hospedado el chاوز basi (cabo de los chاوزes) con toda magnificencia (después de averle visitado toda la Corte), passó a la audiencia de Amurates y, después de aver hablado, juró fidelidad y obediencia sobre el *Alcorán* y regalándole (acabada la función) el sultán, con una beste de brocado de oro y una zimitarra de pedrería, le trató como a gran can dándole también cien mil escudos para reforçarse.

El rey de los tártaros, victorioso y contumaz, se manejó bien con la Porta (representando no ser justo quitarle lo que le pertenecía por afinidad como herencia de su padre, benemérito de la Corte othomana) que, con la presencia y las tropas, avía más de una vez facilitado las victorias de la monarquía. Y sobre estas insinuaciones se tuvieron en el dibano varias juntas y, aviendo encontrado la materia espinosa, querían los baxaes que el sultán no se empeñasse en sustentar al abatido, sino que perdonasse al suplicante y admitiesse la satisfacción, tolerándolo como penitente y como más estimado y aplaudido del pueblo. Pero tenaz el sultán en mantener su opinión, respondió que era menester atender a su decoro y ser conveniente asistir al amparo del más flaco, obligando a los tártaros con la fuerça a obedecer resignados las órdenes imperiales. Y sabiendo Amurates que Osmán se hallava cerca de la Corte,

deseava su llegada para encargarle la satisfacción de la ofensa poniendo al tártaro (refugiado en su dominio) en el solio, con precipicio del contumaz Elipijara. Y aviéndole honrado con extraordinarias demostraciones, le regaló con dos sobrebestes de brocado de oro y un maço de ayrones guarnecido de diamantes en recompensa de algunas persianas banderas, zimitarras de pedrería, sillas bordadas, tapetes y valones de seda, cuyo presente acompañaban diez y siete llaves de otros tantos castillos conquistados que avía reduzido a su obediencia y de tan agradables servicios. Dándose el sultán por bien servido, tuvo con él secretas conferencias, expressándose en una de ellas en esta forma.

Que Su Magestad se permitiese benigno a las humildes representaciones de un esclavo suyo que, aviendo arriesgado la vida en tantos rençuentros militares en la Persia, no hablava con fin de conservar lo que mil vezes arriesgaría en servicio de su corona, sino por atender con puro zelo a su reverente obligación, noticiándole quán dañosa era la Persia a las esquadras othomanas, pues (sin exageración) se podía llamar la sepultura de la Turquía. Y que si Su Magestad se aplicasse a hazer el cómputo de las milicias perdidas en aquella guerra, ballaría que eran de más valor y conseqüencia que la conquista enteramente de todo el reyno, pues con ellas se podía aver avassallado medio mundo, no mereciendo aquel país el consumo de tantos tesoros ni la desolación de tantos exércitos. Y que, si lo que se avía desperdiciado en él, le huviesse aplicado a daño de los christianos, no solamente huviera conquistado la Ungría, sino la Germania toda. Y que el passo que era fácil vencer al persa, era más dificultoso defenderse de las necessidades invencibles, pues con las armas del hambre sitiavan y oprimían irremediabilmente los exércitos othomanos triunfando de los vencedores.

Respondió Amurates a esta relación suspirando: *Que el deseo de gloria y no quedar atrasado en las conquistas a sus predecesores, le avían persuadido a la prosecución de aquella guerra y que no dexava de conocer el grande desperdicio, pero que deseava, con el valor de sus ministros y particularmente con el suyo, salir de ella por último sin detrimento de la reputación. Y que le hazía su visir como, efectivamente, le dio el sello imperial, quitándosele a Eschaus y que, como su teniente general, se sirviesse de toda la autoridad.*

Y dio orden al gran canciller que le obedeciese en lo que ordenasse con amplia potestad, assí en quitar los timaris o repartimientos a los espais inobedientes como de suprimir o acrecentar cargos, honores y privilegios, disponiendo a su beneplácito assí del premio como del castigo ordenándole que, con la exaltación de su refugiado, restaurasse en Tartaria su autoridad ofendida. Y después de averse humillado a la suprema voluntad del monarca, empeçó a disponer lo necesario para la empresa, dando orden que passassen tres mil genízaros a solicitar las labores del taraçanal para que la armada llevasse refuerços a Cafá.

Mandó Amurates consultar a sus astrólogos esta jornada con las estrellas para hazerla con más felicidad. Y después de estar todo prevenido, le respondieron que el jueves primero, a las cinco de la tarde, sería la hora más afortunada para moverse el general de las armas, por lo qual ordenó que en este mismo punto se embarcasse el visir, como lo hizo en ocho galeras, con las quales passó inmediatamente a Escutari, pero no hallando juntas las milicias en aquel puerto, como se avía dispuesto, dio las quejas al sultán que, con severas órdenes, mandó que se apresurasse el movimiento de ellas.

[1584] Llegó Ferad a Persia, donde varios obstáculos le hizieron frente severa a sus disposiciones, siendo el primero que el hijo de aquel rey, rompiéndole unas tropas othomanas, le degolló mucha gente y, entre ella, tres beglierbeyes, preservándose otros quatro de esta fatalidad con la fuga. Hallávase Ferad en Cars y, queriendo intentar socorrer a los suyos, se amotinaron los genízaros, con que se vio más necessitado de socorro el general (porque estuvo a peligro de perder la vida) que, de fomentar a otros, dexándose ver poco después el rey persiano a cavallo. Y para marchar más a la ligera, prohibió a los que le seguían el bagage, llevando cada soldado a la grupa un saquillo de harina para su alimento. Y aviendo llegado al reyno de Reban, no hizo más operación que talar y destruir el país con los inmediatos contornos hasta Tifis. Y sin perder un cavallo, se bolvió a retirar al centro de la Persia fiando de la falta de forrages la defensa de aquellos territorios, que son las armas de la necesidad las más sangrientas.

Ferad acalorava con su presencia la frente de sus batallones, tolerando con particular esfuérço las descomodidades penosas y hazía lo possible para conservar el país conquistado. Y valiéndose de toda la mayor aplicación para conseguirlo, hizo fabricar un fuerte en los confines de los giorgianos, pero mal asistido de bastimentos perecían de hambre los soldados. Y no hallándose por dinero alguno lo preciso para vivir, se amotinaron algunos pidiendo que los llevassen a pelear con el enemigo, antes que la necesidad los acabasse de derrotar con el último desaliento. Y levantando la voz un de los alterados, dixo que Ferad acumulava las vituallas en su aloxamiento para revenderlas a excesivo precio a las hambrientas milicias. Y apenas pronunció las palabras, quando se arrojaron a su habitación las movidas tropas para aprovecharse de lo que hallassen, pero los de su familia, como también las guardias y muchos cabos principales del ejército, los rechaçaron con muerte de algunos, pero los sediciosos, por último, en el segundo choque (como más superiores), no solo desbalijaron los pavellones de Ferad, sino que apressaron el dinero destinado para los pagamentos de las tropas.

[1585] Estuvo a peligro de perder la vida Ferad y, a no averle hecho espaldas los oficiales para salvarse con la retirada en Esdrum, no huviera podido preservarse de la fatalidad. Siguió el ejército al general a la desfilada con desorden y, noticiados del exceso los giorgianos y los persas, atacaron la retaguardia enemiga ganando el bagage y la artillería, que se componía de quarenta piezas. Y aviendo participado a la Porta el frangente, desaprobó Amurates la mala disposición y, por averse desecho las tropas ordinarias, fue precisa la recluta de las extraordinarias con obligación de ir a servir en aquella guerra, con seguridad de que se les continuarían las pagas, aunque fuese tiempo de paz, como también de que no se les cancelarían las listas de las compañías. Y señalando a cada soldado de a cavallo quinze ásperos, y al infante ocho, se dispusieron a la marcha. Y quanto más continuavan los infaustos avisos de Persia, tanto más se aborrecía aquel empleo, pues por la fuga de los soldados quedavan desamparadas las banderas.

Llegó entre tanto Osmán a Cafa, donde hizo espaldas a Islan, acalorándose facción con las tropas othomanas contra su hermano y sobrinos, en cuya discorde oposición se trocó la suerte de modo que, con la muerte del rey y de uno de los sobrinos en una batalla (quedando el otro prisionero), terminaron aquellos incendios a favor de Islan y, por aver tenido Ferat orden de passar a la Corte, bolvió Osmán segunda vez al gobierno de aquellas armas.

Llegó Ferat a Constantinopla y asseguró la vacilante gracia de Amurates con el lastre de siete hermosas persianas, algunas armas y cavallos, y un lienço en que iban delineadas las fortalezas que avía fabricado en el país enemigo, como también la campaña ocupada en el reyno de Reban.

Salió Osmán de Cafa, encaminándose al destinado gobierno de las armas othomanas en Persia, y el muftí obligó por tres días al pueblo a que, con el ayuno y oraciones, devotamente impetrasse la divina clemencia para la prosperidad de guerra tan sangrienta y dilatada y, más, quando se hallava aquel rey en Tauris con setenta mil cavallos, y con otros cinco mil su hijo, abançado hazia la Turquía.

Dava motivos zelosos al rey católico la estrecha correspondencia del rey francés con el othomano. Y acrecentava esta desconfianza la detención de su ministro en Constantinopla, y atribuían los austriacos (a sugeriones de aquel embaxador) las freqüentes navegaciones de las armadas infieles en el mar Blanco, como también los desembarcos en las playas marítimas del católico y otras incursiones, con las quales solicitava divertir su poder acrecentándole mayores daños. Por lo qual intentaron los españoles mover alguna negociación con la Porta para divertir los manejos mencionados del francés, a cuyo efecto

(debaxo de otro pretexto) passaron a la Corte Estevan Ferrari y Juan Marilani, y allanaron con el oro (que en Constantinopla es más fuerte que el hierro) el camino para sus intereses, que supieron representar a los baxaes como introducir (con el medio de los regalos) segura correspondencia en el serrallo. Y continuando con sus comisiones, hallaron gran dificultad en reducir las a firme conclusión por la contradición de los embaxadores de Francia y de Inglaterra (que se opusieron gallardamente con útil y risa de los turcos), porque de todas partes se arrojaba mucho dinero. Los unos, por adelantar la pretensión y, los otros, por desvanecerla. Y, por último, los zelos y todas las líneas de las christianas desconfianças hizieron punto, o centro, en el provecho de los othomanos (que llenaron de regalos y dinero contante el círculo entero de su mayor ambición).

Llegó el aviso al rey de Persia de la cercanía de Osmán (con cinquenta mil combatientes para agregarse a la armada othomana) y salió de Tauris con su hijo marchando la buelta de Alvades, atormentado más del hambre que del esfuerzo de las armas enemigas, porque la falta de víveres y la aversión de las milicias a semejante guerra disminuía cada día los exércitos. El visir Osmán, resistiendo constante los obstáculos, deseava abançarse a Tauris y, aviendo tenido un renqüentro con unas tropas persianas (que atendían a observar su marcha), las desvarató. Y acercándose a la plaça (desmayados los que la guarnecían), no hizieron resistencia proporcionada, pues con cobarde descaecimiento dieron lugar a los othomanos para avassallarla, cuyo afortunado principio celebró el visir como seguro pronóstico de sus glorias en las futuras conquistas. Y disponiendo sin dilación fabricar una ciudadela, procurava conservar con la industria lo que avía conquistado con la fortuna.

Noticiado el rey, y desconsolado con la pérdida de Tauris, no pudo remediar que sus vassallos le mormurasen que, solo al estruendo de la marcha infiel, se huviesse retirado abandonando una plaça como aquella sin aver disputado con la espada la pérdida. Si bien, hostigado de la pungente censura, deseava recuperar alguna parte de la reputación y, persuadido del hijo (joven de espíritu gallardo), se movió con fuerças poderosas a poner en execución el despique, para cuyo efecto combidó a los giorgianos, que se le agregaron con veinte mil cavallos.

Noticiado Osmán de su movimiento como desvanecido de su altivo espíritu, mostrando que no le dava cuydado su marcha (dexando a Giafer baxá con diez mil hombres en el fuerte, ya reduzido a buena defensa), salió a encontrarle dentro de país, donde el rey se dispuso a la batalla procurando valerse de los puestos más ventajosos para acamparse. Y porque la experiencia

de las batallas anteriormente perdidas de sus predecesores le hizo conocer que los disparos de la artillería, assombrando los cavallos persianos (como no acostumbrados a semejante estruendo), contribuyeron para la ruyna, resolvió atacar a la armada enemiga tres horas antes de amanecer con quarenta mil cavallos, unidos a otros veinte mil que governava su hijo. Y reconociendo Osmán la cercanía del persa (esquadronando sus tropas), dispuso el campo guarneciendo el querno derecho con la cavallería de Europa, encargando el siniestro a la assiática. Y ocupando los claros (que hazían las alas entre los batallones) de mangas de mosquetería para fortalecerla, se puso a la testa de los genízaros en el cuerpo de la batalla y, embistiendo los persas con grande ardor (entre la obscuridad de la noche) a las infieles tropas más abañçadas, cedieron estas al impulso de las otras, siendo la cavallería assiática la primera que padeció el estrago y, precipitada con la fuga, descompuso la infantería antes que el choque enemigo lo pudiesse executar. Y no omitiendo Osmán la mayor aplicación para recobrarla, en ordenança con las reprehensiones como con los castigos (pues con la maza ferrada dexó muertos a los pies del cavallo algunos fugitivos), officiosamente arriesgado reprehendía el descrédito de la cobardía, acalorando con la memoria de las antecedentes batallas la honra de los othomanos en vivas representaciones sin fruto. Y teniendo más fuerça el desorden en los atemorizados que su representación en el remedio (mientras atendía aplicado al empeño de mejorar la fortuna, inflamado de su obligación y su corage, recibió una herida que le quitó la vida, cuya desgracia acabó de avivar el último precipicio a la batalla, siendo tal el estrago que no cabe en la exageración, pues murieron quarenta mil infieles y quatro baxaes y diez y ocho sangiaques, saliendo heridos el hijo del Cicala y Assán baxá, veneciano, y otros muchos cabos de conseqüencia) como en esclavitud muchos oficiales con Murat baxá, en cuya derrota sobresalió el valor y la buena disposición de quatro mil genízaros (que retirándose unidos sin bolver las caras) asseguraron las vidas y la reputación en la plaça de Van.

Los persas, ensangrentados de matar enemigos, cargados de presas como de esclavos, suspendieron el alcance acampándose a la vista de Tauris, pero el fruto de tan famosa victoria apenas avía madurado para la estimación quando se pudrió entre las discordias de la casa real de Persia. Y después de aver sido el autor de tan gran victoria Amsa, segundogénito de Codabonda (joven de grande espíritu), perdió la vida a manos de algunos conjurados, por cuya fatalidad el anciano padre (ya defectuoso en la vista), renunció el reyno en Abbas Mirsen, tercero y último hijo, governador del reyno de Corazán, sin aplicación a las armas y sin gobierno igual al desgraciado hermano, en cuya mudança (con

alegría de los othomanos) se rompió (en medio de la carrera) el hilo de las victorias, dexando desunido (en pausas descaecidas) el aliento que fomentó vigorosamente el pecho del valor con las respiraciones de tanto corage persiano. Y no hallándose con artillería para lograr la recuperación de Tauris y, maltratados de los disparos de la plaça, se vieron precisados a retirarse sin aquel fruto que merecía tan fatigada aplicación, pero dexando la plaça bloqueada y expuesta al peligro de los assaltos.

La infausta nueva de la perdida batalla llegó a Constantinopla y hirió de modo el corazón del sultán que no hallava alivio en tan desesperada violencia, entregándose todo a una desconsolada inquietud aprehensiva (que le perturbava el sossiego), de donde resultó que en continuados pasquines le vituperasse el pueblo de cobarde, refugiado siempre entre las murallas del serrallo, aunque aprisionado desayradamente en la cárcel de la obscenidad. Y para reparar tan peligrosa inquietud, le aconsejaron que engañasse al pueblo (divulgando la victoria a su favor) con los disparos de la artillería y fuegos artificiales, haziendo abrir las casas de juego como también las tabernas, para que la gente ahogasse la tristeza en las tazas y en el divertimiento. Pero como el ruydoso estruendo de los sentimientos (en las avenidas de tanta vertida sangre), traía los cuerpos de los cadáveres representados en la memoria, para que los pinceles de las lágrimas los manifestassen con el dolor, se acrecentó el escándalo más vivo (por aver querido ocultar los efectos padecidos), incorporándose a él los lamentos de aquellos que (en servidumbre llorosa) suspiravan en Persia la libertad obscurecida, como el dolor de los que avían perdido los hijos, los hermanos y los amigos, de que resultó juntarse en el dibano de día y de noche muchas vezes para deliberar lo que más conviniesse, y resolvieron juntar las tropas para socorrer a Giafert baxá (que defendía la fortaleza de Tauris), porque de la subsistencia de esta dependía la conservación de aquella plaça. Pero la fuerza del oro no era bastante para hazer que los soldados empuñassen el azero contra la Persia, cuya guerra estava tan acreditada de horrorosa como de infelice, de donde nacía ser más poderoso el temor que la avaricia entre el vulgo militar y no hallava Amurates persona a quien elegir en lugar de Osmán para la suprema dignidad del generalato, porque todos procuravan apartarse de aventurar la reputación y la cabeza, y no avía otro más plático que Ferad baxá en aquel país, pero además de estar mal visto de las milicias, se hallava processado por varias extorsiones. Y teniéndole el sultán en mal crédito, no se inclinava a echar mano de un hombre en quien sobresalían más los defectos que la habilidad, pero como en tiempo de hambre es bueno el peor pan, fue preciso esforçarse a dissimularle los vicios y valerse de su experiencia más por necesidad que por elección. Y

así, le embió el bastón de general (que también los soberanos en algunos lances son vassallos de la precisión de una oportunidad).

Las pérdidas mencionadas ocasionaron también que el desposeído Sinán bolviesse a ocupar el puesto de primer visir, continuando (con más ardor cada día) el ser molesto a los príncipes christianos. Y, en este tiempo, llegó la noticia a la Porta de que los persianos estrechavan cada hora más la circunvalación del fuerte y que le atormentavan con freqüentes assaltos. Y en tiempo de tan melancólicos sucessos, llegó a la Corte (para alegrar la turquesca melancolía) el señor de Socmok, favorecido del archiduque de Gratz, en calidad de embiado por parte del emperador Rodulfo, con honrada comitiva de nobleza como de lucida familia, con la pensión de la Ungría (que importava quarenta y cinco mil talares), acompañada de cantidad de plata labrada dorada y blanca de insignes labores, en las quales se observó el artificio y la paciencia de los laborantes, siendo una de las piezas más primorosas en forma de un castillo (a similitud de pequeño serrallo), dentro del qual caminava un relox que a cada hora precedía un toque para aviso y, después, se abría la puerta por donde salía la efigie del sultán a cavallo acompañado de los baxaes. Y aviendo hecho un pequeño giro, bolvían a entrar por otra puerta a fuerça de ruedas con el mismo movimiento del tiempo. Y tocava las horas con tal magisterio, que se maravillaron los christianos, quedando encantados y absortos los turcos.

Obedeció postrado Ferad la voluntad del sultán y, disponiéndose a toda prisa, salió a poner en execución el viage con marcha lenta llevando consigo muchas tropas, tanto más tardas en moverse quanto lo hazían de mala gana, además que la gruessa artillería no permitía más dilatadas jornadas. Avía antecedentemente Amurates ordenado al baxá de Diarberquir que passasse a introducir socorro en el fuerte. Y llegando de noche, con prevención de los sitiados y con la disposición de falsos fuegos, pudo (burlando a los agressores) penetrar por un quartel y llegar al fuerte a tiempo que padecía el último extremo de necesidad, como también la falta de milicias, por aver perecido en setenta y dos assaltos tolerados hasta aquella hora y estaban ya tan cansados y afligidos que apenas podían tenerse en pie para esforçar la defensa.

Murió Uluchali, general de la armada othomana, y sucedió en el puesto Ebraín baxá (cuñado de Amurates), más por el favor de su muger que por alguna experiencia que huviesse adquirido en la náutica, quien se mostró mal afecto a los venecianos y pretendió libre entrada en sus puertos, pero le duró poco la ocupación por avérsela quitado el sultán, conociendo que era más capaz para confundir que para govarnar.

[1587] Avían buuelto a resucitar los ministros católicos los manejos de las treguas y ajustado la suspensión de armas por dos años, pero los embaxadores de Francia y de Inglaterra se opusieron de forma a la negociación que consiguieron el desvaratarla, como también que restituyessen al Ferrari las escrituras que contenían el desembolso de lo acordado, con que no tuvo esta materia otro efecto que el de ensobervecer más a los infieles con la presunción de que el más poderoso rey de la christiandad deseava comprar su amistad.

Nació cierto embaraço entre los embaxadores de Alemania y Francia sobre la precedencia en una fiesta a que avían de concurrir en la iglesia de San Francisco y, por ocupar el lugar el francés primero, llegó tres horas antes de amanecer a la puerta de la iglesia, pero los religiosos advertidamente la cerraron por evitar el escándalo que podía ocasionar el empeño. Si bien, el francés se mantuvo en el sitio, a cuya novedad concurrieron muchos turcos por ver las resultas del lance. Y, por último, aviendo noticiado al sultán este suceso, el justicia mayor de Pera, se puso en consulta el convertir dicha iglesia en mezquita, quitándola la renta, siendo sumamente pesado el trabajo de los christianos para estorvar el dañoso desconcierto a la católica religión.

[1588] Entró el conde de Esdrino con gruesas tropas en la Ungría, donde apresó el castillo de Coppan, la muger y los hijos del baxá comandante y mil y quinientos esclavos. Y aviendo llegado a Constantinopla el estruendo de la hostilidad (contraria a las treguas), aunque el disgusto fue grande en la Porta, se contentaron con dar la quexa al embaxador cesáreo (por el embaraço de la Persia), que respondió no tener parte el emperador en el suceso por quanto el conde de Esdrino era rebelde y foragido y que, semejantes accidentes, no bastavan para alterar la quietud. Y que el emperador no olvidaría el castigarle en caso de que le fuesse possible y que, si huviessen hecho lo mismo los turcos, no se haría mención en agravar la materia.

Continuava la guerra el baxá de Diarberquir en Persia con estragos recíprocos y, aviendo intentado introducir segundo socorro en el fuerte de Tauris, quedó derrotado de los persas con pérdida de quatro mil hombres. Y aviendo dado el sultán autoridad a Ferad baxá de entablar tratados de paz entre el mayor calor de las armas y, salido a este efecto de la Corte de Persia un embaxador, llegó a Esdrum y trató la materia con Ferad (que despachó un correo al sultán con la sustancia de los tratados), pero como crecieron las dificultades no pudieron, por entonces, concluirse las negociaciones. Y mirando el persiano desvanecida esta materia, para bolverla a animar se valió del rey tártaro (que tomó la mano en esta mediación escribiendo a la Porta sobre este ajuste), pero como las dificultades eran las mismas y pretendía Amurates que le

alargasse todo el país que avía pisado su cavallería, quedó nuevamente helada la negociación. Pero no apartado el persiano de hazer instancias, a lo menos por algunas treguas, a causa de que Vibec, rey de tártaros assiáticos, señor de Escarmacanda (descendiente de Tamorlán y confinante de Persia), avía atacado aquel reyno y el de Coraçan por la parte del septentrión, en el mismo tiempo que se hallava por la parte de mediodía acosado de los turcos, por lo qual deseava aquel príncipe (conociéndose desigual para resistir a dos enemigos) lograr alguna suspensión de hostilidades con el primero y combatir después al segundo.

[1589] Llegó aviso a la Porta de Cicala, baxá de Babilonia, como también de Ferat, que el rey persiano avía despachado a Catagar, su sobrino, hijo del valiente Amsa (a quien mataron los rebeldes, como diximos), assistido de quatro principales persas, a fin de assegurar a la Porta su fee, con el medio de tan considerables rehenes y conseguir la deseada suspensión de armas. Y noticiado Amurates de este viage, embió tres mil cavallos a recibir a este príncipe, como también gastadores, que allanassen el camino para facilitarle la jornada.

Era Catagar de edad de seis años y, además de los quatro graduados persas, le venían sirviendo seiscientas personas, concurriendo también el general Ferad para assistir a las treguas, que entró en Constantinopla con ocho mil infantes y cinco mil cavallos.

Salieron a recibirle los primeros de la Corte y passaron a Escutareto más de cien galeras para assistir al príncipe niño, y fue muy solemnizada su entrada con salvas de artillería de la ciudad y del serrallo. Recibióle al desembarcar el aga de los genízaros y toda la Corte, en número de cinco mil personas de a cavallo y de a pie, ordenando también a tres mil espais que assistiessen a la función, pero aviendo penetrado que meditava sublevación pretendiendo una paga, y de más a más cerrar el passo a quatro embxadores y al dicho príncipe, se suspendió la orden de armarlos.

Era la emulación tal entre Sinán visir y Ferat que prorrumpió en declarada enemistad y, assí, pretendió el último que este príncipe no debía tomar audiencia del visir, sino del sultán solamente (en atención a ser de la sangre real de Persia). Los regalos fueron de poca consideración, pues ocuparon solamente treze personas en su transporte y consistían en tapetes, alcoranes guarnecidos de pedrería, arcos, cavallos y algunas joyas de menos valor que vista y en un pavellón muy grande de raso bordado de oro. Cuyas proposiciones contenían la mejor disposición de aquel rey para con la Porta, mencionando que la guerra se avía deribado de los enemigos de una y otra potencia que la fomentavan.

A los quatro persianos trataron como a los embaxadores y el príncipe tomó lugar entre el primero y segundo baxá y, banqueteados después esplendidamente del visir, se acordó la suspensión de armas deseada con impaciencia del rey persiano.

Con el ajuste de las treguas amenazó Sinán a todos los príncipes christianos, de modo que puso en cuydado a muchos y, mostrando particularmente notable aversión a la República, recargava la amenaza más en aquella que en otra parte. Y aviendo entrado los cavalleros de Malta en el estrecho de los Dardanelos, apresaron una galera othomana y, pocos días después, un navío que venía de la Meca y traía una cubierta de la sepultura de Mahoma y otras supersticiones que embiava aquel muftí al sultán y, gozando Sinán tan buena coyuntura en el enfado de Amurates (por esta pérdida), le representó con vivas consideraciones que la isla de Candia era la piedra del escándalo y que acalorava estos sucessos fomentando a los cosarios para semejantes extorsiones. Y presentándole diseñada la planta de aquella isla, como demostrándole también la facilidad de su conquista, le impuso en que era necessario y conveniente el sugetarla y poner en ella buenas esquadras de galeras para que los leños cosarios no se alargassen tanto en descrédito y daño de la Porta. Y sobre este particular se alargó gallardamente el capitán baxá del mar, apoyando el sentir del visir, por el interés que se le seguía al puesto, pero no se inclinó el sultán a esta expugnación, ni tampoco el Coça (principal director de los Consejos). Y viendo desvanecido el disignio, propuso el visir la guerra contra los polacos, en cuyo reyno tenía orden el tártaro de hazer algunas obstilidades, como con efecto las logró, por lo qual le regaló Amurates con una zimitarra guarnecida de diamantes. Penetraron los polacos estos disignios y encaminaron inmediatamente un embaxador a la Porta, que llegó a tiempo que estaban para poner en execución lo resuelto y, aviéndosele bolcado el coche, se rompió una pierna. Y preguntándole los turcos lo que traía de regalo, respondió que diez bacías grandes de plata, nueve maços de zebellinas, unos pájaros para la bolatería y algunos perros, a que le respondieron que guardasse los perros y matasse losalcones y se los comiesse, porque no querían otro regalo que dineros y esto en tributo cada año. Pero negando el embaxador la proposición, aplicado a ganar el tiempo con buena disposición, assaltado de grave dolencia, murió al cabo de diez días y, no ajustándose tampoco a esta rotura Amurates por inconvenientes que halló, bolvió a proponer Sinán nueva guerra contra el rey de Fez y después con el rey católico. Pero el Ferrari, con un regalo de gruesas perlas (que dio a la sultana), le baraxó la intención y, por último, bolvió a recaer la guerra sobre la Ungría como más vezina, o como más acomodada a los

Estados othomanos por las incessables presas que executavan los usquoques (que también maltratavan el país veneciano con pretexto de assaltar a los turcos), atormentando a unos y a otros, siendo los sentimientos mayores contra la República porque avía dexado sin custodia el golfo, a la libre disposición de los cosarios. Si bien, el senado representava que, de su parte, no se descuidava en la solicitud de perseguirlos, pero que la velocidad de sus embarcaciones y la abundancia de retiradas (incapaces de mayores leños) burlavan qualquiera diligencia, y que convenía recurrir a los austriacos como fomentadores de los excessos de gente tan cruel que, al mismo tiempo que robavan las haziendas, no perdonando las vidas de los infelizes bosineses christianos, despedaçándolos con el pretexto de que eran súbditos de los othomanos. Y assí, hizo la República nuevas quexosas instancias a los imperiales para que enfrenassen el desorden de semejantes extorsiones, pero ellos (no dándose por entendidos) toleravan los accidentes con esperanças de que, irritados los turcos, atacassen a los venecianos para divertir con este medio la guerra en la Ungría, cuyo ministro en Constantinopla con viva solicitud procurava suspenderla.

Hizo instancias también el senado con Clemente Octavo para que interpusiese su autoridad y embaraçasse estos excessos, a fin de que no llegasse a verse precisada la República (para defenderse de los ladrones) a romper con los christianos, ensangrentándose con los imperiales.

Avían resuelto los usquoques (con el pretexto de su inclinación) abatir a los infieles por lisongear el zelo de Su Santidad (que comprehendió ser el objeto muy apartado de lo piadoso y que solo se encaminava a enriquecer con los despojos, combatiendo con la hazienda de los más ricos mercaderes en la mar, sin distinguir religión), pero aviéndose descubierto que los artes y los efectos eran distintos de la apariencia, desaprobó la materia y con buenos officios (aunque sin fruto) procuró embaraçar los excessos.

Sirvieron también de pretexto para la rotura algunas correrías nuevamente executadas de los turcos, en las quales quedaron presos tres sangiacos, y sucedió esta guerra a la de Persia (como diremos en su lugar).

Llegaron de aqueste reyno (por tributo de la provincia de Servan, ocupada en la antecedente guerra) quarenta cargas de seda y muchos vasos llenos de azeyte, de piedra, que todo paró en el serrallo, en cuyo tiempo mandó desposeer el sultán al gran canceller (y le huviera cortado la cabeça a no averla rescatado con cinquenta mil zequíes), imputado de falsificación en los libros de los timaris con sus oficiales, a veinte de los quales cortaron la mano derecha.

[1589] En este tiempo, tuvo Amurates una calentura ocasionada de incontinencia y le contavan diez y ocho mugeres y treinta hijos (en diferentes

esclavas), sin los que tenía en las sultanas, mormurando los súbditos que era incapaz de qualquiera guerra menos de la nocturna, y que sabía mejor hazer los hombres que defender los Estados, protestando las milicias que, cessadas las treguas, no bolverían jamás a ver la Persia si no marchava en persona con las tropas a la testa del ejército.

Micol, príncipe de Balaquia, hombre adinerado, sospechando que sus riquezas le podrían comprar la muerte por mano de los othomanos, para assegurar de este temor abandonó la fe christiana, haziéndose turco, por milagro de su avaricia. Bien que, para ocultarla a los turcos, fingió nocturnas visiones de Mahoma, cuyo pretexto le sirvió para abraçar aquella secta, quedando los othomanos contentos y desvanecidos con esta novedad (que publicaron como favorable a su falsa religión), y el sultán se despojó de su propio vestido para adornar al renegado, como también de su misma cinta guarnecida de diamantes (como se acostumbra en la conversión de sujetos de calidad). Por hazer más conspicua la abjuración y sacar mayor gloria de tan público espectáculo, nombró Amurates a Micol por baxá de Alepo, a fin de acrecentar con la galantería de la recompensa el número de los imitadores de tan depravada resolución.

Mientras duravan las treguas, marchó el persa contra Usbec, rey de tártaros assiáticos y, aviéndole vencido en batalla, recuperó el reyno de Coraçan y mandó quemar vivo a Ebraín, persiano (que avía sido embaxador en Constantinopla) por averse alargado en las comissionses más de lo que mencionava la instrucción (quando passó a tratar la paz).

[1589] Sinán, visir (que con sobervio proceder solicitava enagenar el ánimo de los baxaes cada día, por assegurar de del monarca, que andava vacilando), le hizo presente de un mirador, o lonjeta que caía sobre la mar, cuyo gasto llegó a ciento y cinquenta mil escudos (aviendo consumido dos años en su fábrica), cuyo adorno se componía de tapicerías bordadas de escudos de armas guarnecidos de piedras preciosas, a que se agregava un servicio de platos de oro, con los quales banqueteeó al sultán quatro días, y otros tantos después a las favorecidas, siguiéndose una caça de diferentes ferozes animales como toros, ossos y leones, cuyo festejo importó más de dozientos mil zequíes. Y todos estos gastos fueron inútiles en la aplicación de Sinán porque, aviéndose sublevado los genízaros, creyó el sultán que fuesse la causa de aquel movimiento y le desposseyó segunda vez de la dignidad, poniendo en ella a Ferad baxá, su enemigo, de cuya deposición tuvo la mayor parte la favorecida a quien avía desobligado, por aver perseguido con excesso a su hermano Ebraín, y se

lamentava diciendo que avía caído del puesto arrojado de empellón violento de autorizada meretriz.

En este tiempo, acogieron en Constantinopla a un ministro de señor de Guilar, príncipe de una parte de la Media, confinante al mar Caspio, que pedía protección contra el persiano. Y llegó tan mal ataviado, que los turcos (por autorizar la embaxada y calificarle con el pueblo) le vistieron de brocado de oro porque no saliessen a luz sus desaseos (con grande risa del embaxador persiano, que le pintava sujeto ridículo), diciendo que su rey le avía tenido preso algunas vezes y que no sería de su agrado el tratamiento que hazían a persona de tan poca autoridad. Y porque esta inútil apariencia no entibiasse la conclusión de las pazes con el rey persa (quien, con el vencimiento de Usbec tártaro, se avía hecho más considerable a los turcos), le despidieron con buenas palabras (porque también se hallavan cansados y descaecidos con los gastos y las pérdidas de las milicias) comprehendiéndose no solo que deseavan la paz, sino que necesitavan de ella. Y en doze años que avía durado la guerra, le tuvo de gasto a la Turquía ciento y cinquenta mil soldados y muchos millones de zequies, siendo las condiciones de la capitulación que el rey dexasse (como prenda de su segura fee por rehenes, en poder de la Porta, al sobrino), a quien tuvieron los turcos en segura y rigurosa custodia, prohibiendo a los persianos que le visitassen (por aver penetrado que el ministro de aquel rey tenía orden de darle veneno por rezelos de que alguna vez pudiesen servirse de este príncipe los othomanos para sembrar en aquel reyno alguna guerra civil).

Quedó en poder de los turcos la plaça de Tauris con el país conquistado, siendo gravísima la pérdida de los persas porque, además de Cars, Tifis, Lon (tierras confinantes a los giorgianos), avían perdido en la Armenia inferior cien leguas de país (azia Tauris) y muchas ciudades en Servan y Reban. No son estos reyes tan absolutos y libres como los othomanos, sino semejantes al emperador y al rey de Polonia, que dependen sus fuerças en el fomento de las dietas, sin las quales no pueden por sí mismos juntar exércitos considerables para oponerse a los turcos.

Eran entonces quatro los príncipes libres giorgianos: Simón, Levent, Canolli y Dadian. Y al dexarse ver la armada othomana, temiendo ser conquistados, ofrecieron tributo los dos, cuyo exemplo siguieron Guilar y otro príncipe cismático (señor de poco más de treinta leguas de país), pero arrepentidos brevemente comprehendieron que el reforçar al más poderoso era sujetar voluntariamente la propia libertad y fabricarse la cadena para la esclavitud y, assí, se bolvieron a unir con los persas.

[1589] Son estos príncipes de gran consecuencia para la parte adonde se arrian, porque tienen treinta mil cavallos efectivos. El persa tiene tres géneros de milicias (que siguen sus banderas): la entretenida de la corona, la nobleza feudataria y las auxiliares. Estas últimas consisten en los feudos confederados (obligados por capitulaciones a los socorros). Los feudatarios concurren en el lugar determinado con el número de soldados que le pertenece (a su costa) y consisten, la una y la otra, en cavallería montada enteramente y no tan armados los militares como los cavallos. Y con tan buena disciplina, que se ha visto por experiencia de igual a igual hazer gran ventaja a los turcos y, si tuvieran tren de artillería y número de infantería experimentada y assistida, vivieran sin temor de los othomanos. Y si una vez llegassen a triunfar de su poder, es cierto que en la mayor parte del Assia (siendo del rito persiano) aplaudirían los pueblos la religión y assegundarían las victorias (cultivando con aplicación las palmas de los vencedores).

Entre los confederados de más consecuencia se numeran los giorgianos (que habitan las montañas entre el mar Mayor y el mar Caspio). Siguen el rito griego. Llamados assí porque tienen gran veneración a San Jorge y se gobiernan en común como los esguízaros (professando inclinarse adonde es mayor la fuerza, quando prevalece), pero la razón de Estado les obliga a estar unidos con los persas, como más flacos, para mantener en equilibrio las dos potencias y conservarse en la libertad. Y quando llega el lance de verse acosados de algún enemigo, saben abrirse el passo para su seguridad por los más inaccesibles senderos de las montañas, porque no llevan bagage. Y assí, pelean más desembaraçados, si bien, a estas ventajas se oponen e igualan otros muchos perjuizios y, principalmente, la falta de infantería, en la qual los othomanos prevalecen porque todas sus victorias ordinariamente suelen nacer del valor de los genízaros, a que se añade la abundancia de artillería y la falta que de ella tienen los persianos. Y aunque es verdad que su país es fértil de seda, lana fina y tapetes, falta el dinero y solo tiene el rey dos millones de ducados cada año de renta y, los turcos, para enflaquecerle y que no entre moneda en sus dominios, impiden a los súbditos el comercio de contado, menos que la compra sea a muy baxo precio o en cambio de recíprocas mercaderías. Y por esto Vequil, primer visir de Persia, persuadió al rey a que admitiesse la paz (aunque con desiguales capítulos), porque le falta aquel arbitrio absoluto sobre sus feudatarios que tiene el othomano sobre sus esclavos.

Los sultanes se concilian la veneración con dexarse ver raras vezes, pero los reyes persas concurren en público ordinariamente para conseguir assistencias con la cortesía. Y si los primeros adquieren la obediencia con la

severidad, los segundos la solicitan con afables demostraciones. Sirven los soldados en la Turquía al monarca, o por dinero, o por bienes que les ha repartido en feudo (con especial obligación de la guerra), pero los persianos poseen feudos nobles y son todos príncipes particulares que viven a la obediencia del rey con sus vassallos, y pretenden que los combide y no los precise. Los turcos destruyen la nobleza y los persas la cultivan y favorecen. Los primeros tienen por principal ejercicio la guerra y los segundos la mercancía y los artes liberales. Los payses conquistados de los othomanos confinan con los mingrelis (pueblos que viven del robo y hazen mercancía de carne humana, vendiendo los hombres en calidad de esclavos) y también los circasos (que poseen más de ciento y sesenta leguas de país) hazen lo mismo. Y para enfrenarlos fabricó el sultán la fortaleza de Fas y, esta, como las demás que hizieron Osmán y Ferad en la antecedente guerra, son fortificaciones de poco artificio, porque no tienen murallas de piedra ni terraplenes considerables, correspondiendo solamente a unos reductos que servían solo de cubrir el país y eran bastantes para este efecto, por quanto en aquel tiempo no exercitavan los persas la artillería.

Entre las conquistas que logró Osmán en Persia se mencionan las de los dos puertos en el mar Caspio: Baccú y Termicapi, o Puerta Férrea, que quitó a uno de los príncipes giorgianos no con las armas, sino con el engaño, debaxo del pretexto de recibirlas en dote con una hija suya (única heredera de aquel Estado) y, aviéndose hecho el cómputo (en el fin de aquella guerra) de los soldados que murieron, se halló ser mucho mayor la cantidad de los que perecieron de hambre, de descomodidad y de frío, que los que perdieron las vidas a las violencias de las armas, siendo notable la constancia con que toleraron la continuada fatiga de los trabajos las othomanas milicias, pues combatieron casi siempre con el hambre, con la sed y con la esterilidad de aquellos desiertos, sufriendo los obstáculos de tantas descomodidades con más paciencia que pudiera executarlos otra qualquiera nación.

Entre los motivos que tuvo Amurates para arrojar sus armas sobre la Persia, en donde pretendió conseguir mayores progressos (aunque contra su voluntad), fueron las incursiones y piraterías de los malteses (que llegavan a las puertas de Constantinopla), como también las de los cosacos en el mar Negro y úngaros en la parte de aquel reyno posseída de los othomanos, sin considerar que, incitando al lobo a la aplicación de la presa, le disponían a que afilasse los dientes para deborarlos. En este tiempo, se esparcieron por Constantinopla más de cien mil zequíes de liga muy baxa, introduzidos en aquella Corte por un hebreo, de que hizo gran sentimiento el embaxador veneciano viendo falsificada

la moneda que tenía la impresión de la República, y solicitó con vivas instancias que se castigasse severamente al hebreo, quien (para asegurarse de los vivos oficios que contra él hazía) se retiró a la sombra de la protección del visir, que pasó con el veneciano grandes sentimientos por los daños de los usquques executados en el desbalijamiento del baxá de Licea en Dalmacia, como de otros mercaderes othomanos, expressándose que si la República no incorporava sus armas con las othomanas para destruir unidamente a Segña (refugio de esta nación), embiaría el sultán considerable armada que navegasse el golfo para defender a sus vassallos, pero el embaxador le divirtió al passar adelante con asegurarle que la República reprimiría su ardimiento (apartándose de otro empeño con esta respuesta).

[1589] Dos defectos, entre otros muchos, avassallaron el ánimo de Amurates, que fueron lo insaciable y lo avariento, de donde nació inventar nuevas imposiciones (con gravamen de los vassallos) que se recogían en oro efectivo, valuando el sultamino al uso antiguo (y teniendo más precio en el tiempo presente), multiplicándose tanto la renta de la imposición que llegava casi a la mitad, agregándose a este lucro también la venta de muchas dignidades, en que avía poca seguridad por las mudanças y, los que las conseguían (viendo la inestabilidad en la poca duración), se aplicavan a usufructuar en pocos meses aquello que avían de adquirir en muchos años con pesadas extorsiones y exclamación de los pueblos.

Imputaron a Ferad baxá (con querella secreta) de que avía robado en Persia (durante aquella guerra) tres millones de zequíes y era universal la opinión de ser cierta la quexa, substancial y justificada la acusación, pero (con una gran suma de zequíes que presentó al sultán, igual a la que le podían pedir en la querella) consiguió quedar en Constantinopla en calidad de baxá de la orden inferior.

Ocupó el visiriato después Eschaut no muy seguro de la duración, porque Sinán, aspirando tercera vez a la dignidad, ofreció trecientos mil escudos de oro por desposseerle. Y Eschaut, por mantenerse en la gracia del sultán, hazía de qualquiera cosa dinero (corrompiendo la justicia) por aumentarle los intereses.

Las correrías en la Croacia crecían siempre más ardientes en la obstilidad y los turcos, deseosos de presas, las continuavan persuadidos (por las pocas fuerças de los christianos) de que el emperador (por no llegar a declarado rompimiento) dissimularía qualquiera pérdida en aquella provincia, cuya confiança alentava a los baxaes confinantes para executar estas operaciones.

Llegó a Constantinopla un embiado de Moscobia, mal recibido porque iba de Persia, temiendo que dexasse con aquel rey ajustada alguna correspondencia, y no fue muy aérea la desconfianza por quanto avía entablado amistad secreta con él, y con los giorgianos, con calidad de que el gran duque les assistiese con una cantidad de arcabuzeros, y ellos le correspondiesen con otras tantas cargas de seda (embiando también las quarenta con que reconocían al turco) y que, para resistirle, se darían la mano siempre.

Regaló al sultán con muchas zebellinas, dosalcones blancos y dos dientes de pescado de mucha estimación, consistiendo su negociación en pagar a la Porta cierta cantidad de dinero (que cada año recibían del tártaro, con el título de regalo honorario, para que esta nación lo empleasse en zimitarras, con las quales después suelen hacer pedaços a los bienhechores), con calidad que dicho reconocimiento (hecho a la Porta) mantuviesse essenta de las invasiones a la Moscobia. Y no tuvo efecto la materia por quanto los othomanos no se embaraçaron de que quedasse desobligado el feudatario, porque era mayor la utilidad en tiempo de guerra (que es el más principal instrumento con que la ira othomana perficiona su dilatada ambición en la oficina de sus razones de Estado).

Sucedió en el serrallo una gran sublevación porque los azemollanos (que son novicios y passan después a ser genízaros), cerrando la puerta a los espais, los maltrataron con palos para que se retirassen, y estos se ensangrentaron con ellos de modo que degollaron más de ciento con espanto de Amurates, a quien pidieron la cabeça del gran tesorero (que concedió asustado), a cuya deliberación se opuso el visir representando de quán mala conseqüencia era tal exemplar pues, concedida esta, pedirían también la suya y otras. Y, por último, con una cantidad de dinero se calmó la tempestad del tumulto. Oíanse, sin embargo, las voces de las milicias que expressavan ser del agrado de los soldados que bolviesse Sinán baxá a ocupar el puesto de visir. Y lleno de çoçobra y de susto el sultán, por no disgustarlos, como por el riesgo que podía motivar la conmoción (quitando el sello a Eschaut), se le embió a Sinán, con que las dignidades más sublimes dependían entonces de la violencia y del arbitrio de las milicias, a quienes obedecía el superior, hallándose la monarquía en medio de las victorias débilmente descaecida por los internos malos humores (que no admitían evacuación alguna) y superavan al calor natural y eran mayores que el vigor y la habilidad de Amurates, no parando aquí las insolencias, pues passavan en medio del día a despojar las tiendas de los artífices robándoles lo que tenían.

El visir Sinán, altamente representava que convenía dar alimento a este gran cuerpo militar y conduzirle adonde apagassee el hambre de verter humana

sangre en los payses christianos porque no deborasse la Turquía y, en secreta conferencia, intentó persuadir al sultán a la guerra marítima, poniéndole en la consideración los exemplos de sus progenitores, representándole que avía hecho suficientes conquistas en Persia con las armas terrestres y que convenía casar estas con las marítimas. Y después de la proposición, hizo Amurates llamar a Cicala, capitán del mar, para oír su sentir. Quien fue del parecer del visir, pero quando se quiso llegar a la execución de dar los medios para disponer una armada considerable, se assombró el avariento Amurates y dixo que las empressas marítimas eran de mucho gasto y que se aplicassen a las de tierra.

No se puede expressar el sentimiento del visir viendo el poco ánimo del sultán tan aplicado a su condición, pues le ocasionó a dezir, saliendo de la estancia real: *Bendita sea el alma de Selín, su padre, que fervorizado en las conquistas marítimas avía juntado al dominio othomano el hermoso reyno de Chipre y que su hijo no seguiría pisadas tan gloriosas.* Y prorrumpiendo en las acostumbradas arrogancias, dixo que atribuía a su mala fortuna no aver nacido en tiempo de sultanes guerreros para que, como avía domado la Persia, sujetado a Túnez y la Goleta, passasse también a Roma a deponer del solio al pontífice.

Llegaron del país conquistado de Persia cien cargas de seda y obligó, por fuerça, el sultán a que la comprassen los hebreos pagando el tercio más de la ordinaria costa, por la mayor parte. Y por el resto, hizo que lo supliessen los pobres christianos de Pera (por voluntad del reynante, como por averlo ordenado assí la obscenidad de las sultanas) y, pues, hemos salido del laberinto de los desiertos de arena, bolvamos a tomar el hilo de los sucessos de Ungría y Transilbania.

[1590] A Juan Segismundo, príncipe de esta provincia, avía sucedido Estevan Batori (hombre insigne por nacimiento por calidad y valor), quien embió embaxadores al emperador y al sultán, quedando confirmada de uno y otro la elección. Esta costumbre de aprobar los reyes de Ungría a los príncipes de Transilbania no fue durable, sino hasta el tiempo de Segismundo Batori (que heredó a Christóval, su padre), y los que sucedieron después solo tomaron de los turcos la embestidura, bien que la provincia sea miembro de la Ungría, de la qual poseen la corona los austriacos. Avía muerto entonces Carlos Nono, rey de Francia, y Enrique, su hermano (rey de Polonia en aquel tiempo), dexando el electivo se reduxo al reyno hereditario, por lo qual los varones polacos adornaron la frente de Estevan Batori (príncipe de Transilbania) con la diadema de aquel reyno, el qual substituyó en el principado de aquella provincia a Christóval, su hermano, en cuyo tiempo avía también pagado el preciso tributo a la naturaleza el emperador Maximiliano, hombre justo, si bien, sus vassallos

(confinantes con el turco) le huvieran deseado más armígero que devoto. Y aunque es verdad que la piedad y la devoción adornan (como joyas de supremo valor) los resplandecientes rayos de las coronas de grandes reyes, es menester que a la reberveración de los relámpagos del azero se iluminen las más veces estas virtudes, porque guarnecen la púrpura con mayor respeto y la atienden los enemigos más soberana. Y solo es reverente, y más propio en los religiosos, defender la christiana religión con las oraciones (quando desabrigados de otros medios guarnecen con estas armas los reductos de sus clausuras), pero los monarcas a quien Dios ha subministrado fuerças vigorosas tienen obligación de mantener con las armas el respeto, que siempre ha sido (sin máximas vengativas) ayrosa virtud la defensa. Y apartándose de esta línea, se alargan de su obligación y se avezinan a dar cuenta a Dios de tantas almas oprimidas de una esclavitud, por abandonadas de una compassión, a que se unen tantos payses agregados (por no defendidos) al infiel othomano imperio. Y assí, se comprehende de la serie de las cosas mencionadas la floxedad con que avemos cedido las plaças a los enemigos, y con cuánta firmeza de ánimo y de corazón las han defendido y sustentado, resistiendo ordinariamente las armas de las operaciones christianas.

Sucedió a Maximiliano en el imperio Rodulfo (aviéndose coronado anticipadamente rey de Ungría y de Boemia), que fue menos tolerante en las injurias turquescas, sin que le faltase generosidad a su corazón para hazer frente a la othomana ambición, siendo agradables al cielo sus buenos deseos, siguiendo muchas victorias su buena intención. Y aviendo penetrado que los turcos ofendidos de las incursiones mencionadas destinaron romperle la guerra, embió orden a los embaxadores (que estavan cerca de Comora y llevaban las pensiones de la Ungría y otros regalos considerables) que bolviessen a su presencia, sirviendo los gastos que avían de manifestar el reconocimiento para la defensa y disposiciones de la Ungría, de cuya resolución se ofendió Sinán (que, aunque quería romper la paz, no deseava perder el desembolso del feudo) y, quando llegó a entender que avía buuelto a Praga la pensión y los regalos (de orden del emperador), llamó al embaxador y le dixo que le avía engañado y, enseñándole las cartas, le replicó que las avría falsificado y que no convenía que, con el gran señor (monarca tan poderoso), entorpecer las promessas quando le avía tratado como amigo. Y, por último, mandó prender a su intérprete y poner guardas a la casa del embaxador, prohibiendo la entrada el aga de los genízaros a todo género de personas. Y, para aumento de sus desgracias, se hizo turco su mayordomo y descubrió los secretos de la familia, como también los papeles, de los quales se asseguraron los turcos.

[1590] Después de la muerte de Maximiliano, continuaron las treguas sin que llegase a romperse la paz por las incursiones de Assán baxá, que (aviendo recibido orden secreta de la Porta para entrar en la Croacia y ocupar la mayor parte que pudiesse, sin que pareciesse precepto superior, sino arbitrio propio) se dispuso a la invasión con veinte mil soldados escogidos de la gente de los presidios de Europa. Y, puesto sobre la marcha con diez piezas de batir, se encaminó (precediendo dos mil gastadores para ensanchar los passos estrechos y formar puentes en el passage de los ríos) a tomar los puestos sobre el castillo de Sisech, situado en las riberas del río Saba, cuya guarnición se componía de cien soldados alemanes veteranos, siendo el resto de la gente del país y la más hábil para el manejo de las armas. Los germanos, al aviso de los aparatos de Assán, juntaron alguna gente de los más próximos presidios y pusieron en arma el territorio con ocho mil hombres, deliberando embaraçar el sitio. Y advertido Assán de la disposición de los christianos, les salió al enqüentro con los más escogidos combatientes de sus tropas, en cuyo trance pelearon, sin declararse la fortuna, hasta que empezaron a ceder los christianos. Pero recobrados a instancia de las exortaciones de los cabos, recuperando el crédito, derrotaron a los infieles (más con la constancia que con el número de las tropas) y, puestos en fuga y desordenados (sin atender a las amenazas ni a las insinuaciones de Assán), viendo desesperada la materia, se resolvió a imitar en el exemplo a los más. Y siguiendo el alcance los alemanes hasta el río, y no siendo capaz el puente para que passassen todos, se embaraçaron unos con otros de modo que muchos se arrojaron al agua para salvarse, quedando anegados Assán y Mehemed, baxá de Hercegovina, joven de poca edad, hijo de una hermana de Amurates, pereciendo también al rigor de las armas diez mil turcos, diez beyes y treinta capitanes de espais, con cuyos despojos enriquecieron los victoriosos. Y por deslumbrar en Constantinopla la especulación del pueblo en la pérdida, llevaron una cabeça de un soldado ordinario christiano divulgando ser del general del emperador, a fin de desvanecer con esta política las voces que se pudieran difundir en el mal successo y dar buen color a la mentira con esta aplicación.

Contentáronse los alemanes con este successo sin razón, pues ya derrotado el enemigo no avía plaça en aquellos confines que no temiesse la fortuna del vencedor, y huvieran conseguido qualquiera empresa si la huviessen intentado, pero también es verdad que solo tenían los cabos comission de oponerse a las correrías y no de atacar las plaças muradas por no romper la guerra, cuyas reservas no practicadas entre los infieles se encaminan solamente a sus intereses y, por conservar la paz con demasiado estudio, los alemanes han atrasado los progressos de la guerra.

Con el aviso de este suceso, Sinán visir puso en la consideración del sultán (con ensangrentadas representaciones) de cuán mala consecuencia sería disimular esta obstilidad y que convenía tomar una gran satisfacción con una venganza sobresaliente, a que ayudaron también las instancias de los príncipes enemigos de la casa de Austria (por emulación con el César), avivando con la infame política christiana (agudo estímulo de inexorable maldad) los dictámenes de los infieles para la resolución, acompañando a esta solicitud apasionada la madre de Mehemed que, rabiosa con el dolor y el sentimiento, pasó a la presencia de su hermano, a quien afeó la omisión de la venganza proponiéndole el honor de sus antecesores desayrado y la gloria de las armas othomanas obscurecida, sin omitir el menor instante de tiempo en provocarle para la venganza hasta que le reduxo a romper la guerra, que se publicó inmediatamente en Constantinopla y en Buda. Y combidando para este efecto a los tártaros, se aplicó a la disposición de la armada, en cuya dirección deseava el sultán poner a Ferad. Pero mostró Sinán gran sentimiento de que no se servía de él y, por no desobligarle, le hizo merced del generalato, después de lo qual atormentó notablemente la casa del embajador imperial y, poniendo a los criados en las Siete Torres, los condenó a galeras.

[1591] El coza del rey hizo un sermón a las milicias persuadiéndolas a la obediencia de los cabos, como a proceder con valor en la guerra, representando la gloria de la nación y la recompensa en las buenas operaciones, como el que si se portaban imitando a sus passados conseguirían todo lo que intentassen, sin eximirse de su ardimiento la Corte de Viena, que era el único medio para la sujeción de toda la Alemania, como también para avassallar el universal dominio del mundo, y habló con tal eficacia y eloqüencia que mereció el aplauso de todo el auditorio.

[1592] Partió Sinán de Andrinópolis para Buda con quarenta mil soldados y, entre ellos, quinze mil genízaros, llevándose también al embajador imperial, bien que lo repugnassen los demás visires, y se discurrió que el llevarle avía sido a fin de disponer las circunstancias de la paz o de la guerra. Y dexándole en Buda (no aviéndose buuelto a hazer mención de él), se creyó que le avía hecho morir. Unióse con su padre (con las tropas de los confines) el hijo de Sinán, llegando unas y otras a cien mil combatientes, a que se agregaron muchos voluntarios por ganar los timaris, o heredamientos, por medio del servicio. Y aviéndose puesto sobre Sisech (no conquistado antes de Assán baxá por su alentada defensa), olvidando el antiguo corage los defensores y acordándose solamente de lo muy apartada que se hallava la armada christiana para socorrerlos, faltos de ánimo como de honra, se rindieron vilmente,

consiguiendo también avassallar a Vesprino, la Palota y Papa y, tomando después la marcha, se bolvió a unir victorioso con su padre.

[1593] En este tiempo la República (con el exemplo de la gran ciudad de Aquileya, que en los antecedentes siglos sirvió de muralla a la bárbara inundación de los godos y los vándalos), de la qual se dexan ver pocas reliquias, consumidas de la voracidad del tiempo en demolidos fragmentos, como también en caducas porciones y señas de las crueldades de Atila, açote sangriento de los christianos, y con la rebervearación de la fresca memoria de las correrías othomanas que llegaron hasta el Friuli, talando con el fuego y con el azero las entrañas de aquel país, sin tener aquellos pueblos modo de defenderse, ni donde recobrase (poniendo a los naturales en mísera servidumbre), resolvió fabricar la famosa fortaleza de Palma como fuerte propugnáculo contra los bárbaros infieles, la qual era tanto más necessaria porque en los años passados poseyeron los venecianos a Follianico y Gradisca (en las riberas del río Lisonço), que se perdieron y tenían defendido aquel territorio de las invasiones enemigas.

Huvo sobre su construcción varios pareceres en el senado. Y los que la contradezían exageraron: *Los inmensos gastos, la dificultad de la obra, la salida dudosa y los sucessos no siempre correspondientes a las esperanças, sustentando que la mayor defensa que se podía executar en las correrías de los enemigos consistía en oponérseles en sitios ventajosos y contrastarles los passos de los ríos y que las plaças defienden. Pero expugnadas del enemigo, establecen en ellas la habitación y que, primero, se debe pensar en el modo de sustentarla que de erigirla y que, siendo de corto recinto, sería más fácil de conquistar de milicias tan numerosas, como difícil de mantener, en caso de que el ámbito de ella ocupasse círculo considerable, pues necessitava de muchos soldados para su preservación, acrecentándose tanto más el gasto en su custodia.*

Los que deseavan la fortificación y, entre los demás, Leonardo Donato, dixo su sentir en esta forma: *Ser la provincia del Friuli capaz de toda estrangera impresión por falta de fortalezas bastantes para excitar el corage de los soldados, y para hazer oposición a las incursiones enemigas y que, llegando las armas infieles a la Ungría y a la Croacia, no se podía saber adónde terminarían sus conquistas. Por lo qual convenía poner en defensa un Estado expuesto a la ilimitada ambición, no siendo fácil que los turcos resuelvan poner sitio a la fortaleza quando antes de conseguirlo se encuentran con tantos passos estrechos, ríos y arroyos que, como fáciles al esguaço de la infantería y cavallería, son también muy difíciles y casi impossibles los tránsitos para conducir la artillería, sin la qual no se conquistan las plaças fuertes (si no es por hambre) y esta objección la puede remediar la prudencia, además que, para la defensa, ningún súbdito dexará de resistir con la oposición, con la sangre y con la hazienda a empeño tan preciso, atravesándose en este caso las vidas como la honra. Y no solo*

los habitantes del país, sino los más distantes (porque no se les acerque el peligro) se adelantarán a extinguir la llama antes de experimentar el incendio. ¿No fue Viena a quien atacó Solimán y la que hizo aflojar el ardor de sus armas, impidiéndolas la entrada en la Germania las fortificaciones de la pequeña isla de Malta? ¿No fueron las que libraron su territorio de la voracidad turquesca?, pues sin ellas, ¿es cierto que la hubiera sujetado el enemigo y la memoria de nuestros abuelos? En Asolo, castillo del territorio de Brescia, ¿no se defendió de otras armas tan poderosas? Y no faltando la resolución, sobran los medios; además que no es la primera fortaleza que con gran generosidad (sin dexarse acobardar de los dispendios) ha fabricado la República (así en la mar como en la tierra).

Todas las cosas tienen por naturaleza alguna oposición y el más peligroso mal es abandonarse sin defenderse, pues de esta forma (en la seguridad) se encuentra más sangriento el peligro, porque las armas de la confianza solo rinden a quien las maneja y no al enemigo, que debe resistirlas y temerlas. Si fabricásemos una gran plaza, sería de gran riesgo para el enemigo el internarse en nuestros dominios dexándola por la retaguardia, porque quedava aventurado a que le cortasen el passo sin que le fuese fácil exercitar la retirada. Luego si, por este respeto, no passasse más adelante, quedará asegurado lo restante del país sin temer las devastaciones.

Sirven las fortalezas de embaraçar y romper el ímpetu de los enemigos y, con reparar la corriente, se divierte muchas vezes la inundación, sucediendo también en los cuerpos humanos (quando son las enfermedades violentas), que aquellos medicamentos que detienen la flucción, impidiendo el aumento a la calentura, son seguros argumentos y principios de la salud del enfermo.

Quedaron las opiniones en tal suspensión que no determinó el senado cosa alguna sobre este punto. Pero ventilado después, quedó resuelto que quatro senadores reconociesen el sitio más a propósito para la fortificación en compañía de Jacome Malatesta, Mario Saborñaro, Juan Bautista Monti y otros cabos militares inteligentes en el arte de la fortificación. Y reconocido el terreno, eligieron concordemente el sitio en lo más llano de Palma (donde estava el templo de San Lorenço de Ronqui), cuya delineación formava nueve baluartes, distante poco más de tres leguas de Udine, y dos y media de Marano (castillo en la marina), de cuyos lugares pueden subministrarse socorros por mar y por tierra.

Llamáronla Palma, no solo por el village vezino nombrado Palmata, sino por el feliz agüero de la palma, que denota victoria y duración por ser árbol que se conserva enteros siglos. Abriéronse los fundamentos a siete de octubre, día de Santa Justina, famoso por la victoria de los Curzolaros, donde se echaron (según la antigua costumbre) algunas medallas o monedas, que en la una parte tenían esculpida la imagen de un alado león, empresa de la República, con unas

letras que dezían: *Pasqual Zicoña Dux de Venecia*. Y, en la otra parte, la señal de la cruz con este mote: *Por esta señal segura*. Y debaxo el mismo diseño de la fortaleza, estaban estas palabras: *Propugnáculo para defensa del Friuli y de la fe de Christo*.

Marco Antonio Barbaro tuvo la comission de asistir a la fábrica con autoridad de hazer concurrir a los súbditos y a los operarios con puntualidad a las labores, en que se gastaron tesoros, siendo cada baluarte tan elevado que parecía una montaña dispuesta a toda resistencia en el ancho recinto de su sobervia planta.

Pero bolvamos a los alemanes que, debaxo de las órdenes de Deufenbac, Esdrino, Hardec y Palfi juntaron considerable armada y marcharon la buelta de Alva Real creyéndola desprevenida, por cuya razón esperaban señorearla, pero con la experiencia de una gallarda resistencia, discurriendo en levantar el sitio, se hallaron acometidos del baxá de Buda. Y recibiendo en buena disposición el choque enemigo (después de dos horas de confuso combate, cedieron los genízaros al valor de los católicos) y, perturbada la cavallería turquesca (en descompuestas operaciones), desvarató la fábrica de las alas y, amontonándose en mal formadas tropas los desechos batallones, cuya confusión solo hallava la seguridad del peligro y, arruynando con la fuga las ya descompuestas filas de los esquadrones de la infantería, acabaron de atropellar su formación, quedando la campaña por los christianos, añadiéndose a esta victoria el bagage y la artillería, como también la muerte de ocho mil infieles, siendo milagroso este suceso por razón de aver embaraçado una obscura niebla que los christianos percibiessen el poderoso número de los mahometanos, siendo muy possible (en tanta desproporción) que no se huviesse intentado ni proseguido con tanto ardor la batalla. Al empeçar el trance sobrevino un viento por la retaguardia de los christianos (que deshizo los vapores de la niebla), arrojando el humo de los disparos a los infieles de modo que, perturbándoles la vista, les borrava las operaciones, cuya ventajosa circunstancia motivó el descaecimiento de las armas infieles en tanto destroço.

Animado con este suceso Deufenbac, atacó a Filec (antemural de los minerales de la Ungría superior), señoreándola en seis días con destroço de algunas esquadras turquescas que intentaron el socorro. Y aumentadas (con estos sucessos favorables) las esperanças del emperador, declaró por general de la Ungría al archiduque Matías, como también por su teniente general al conde Palfi. Y transfiriéndole Su Alteza a Giabarino para disponer la armada, atacó consecutivamente a Novigrad, consiguiendo su rendida (por acuerdo), mientras el conde de Esdrino en la Croacia (ocupando varios castillos) se hazía temer de

los enemigos. Acrecentadas pues las tropas del archiduque (que llegaban a cincuenta mil combatientes), deliberó aplicarse a conquistas de más consecuencia y, así, se puso sobre Estrigonia.

Governava esta plaça Caralibego, soldado de experiencia (que advertido de la fama de los antecedentes progressos), se avía dispuesto a la defensa con gruesas tropas de genízaros experimentados y bien assistidos. Y aviendo tomado los puestos y formado las baterías, conseguidas las brechas, se repitieron los assaltos, en uno de los quales assistiendo Caralibego a la defensa, como a exortar los suyos para la resistencia, cayó muerto de un mosquetazo, cuya pérdida tuvo algún resarcimiento con el socorro de quinientos genízaros que entraron en la ciudad por el Danubio, sin que las barcas alemanas se lo embaraçassen. Y sabiendo el archiduque la marcha de Sinán con poderoso ejército a socorrer la plaça, se vio precisado (con no pequeño daño) a levantar el sitio, acampándose en la cercanía de Comora. [1594] Y alentado Sinán con esta retirada, atacó a Tatá y la sujetó en tres días, passando después a tomar los puestos sobre Giabarino con esperanças de conseguir su expugnación. Y noticiado el archiduque de esta resolución, transfirió su campo de Comora a la isla del Esquit para assistir a los sitiados de más cerca, quienes con salidas y defensas y no desigual fortuna pelearon algunos días con los infieles con particular valor. Y comprehendiendo el baxá que la armada christiana (con la cercanía) dava notable fomento al coraçon de los sitiados, hizo fabricar un puente sobre el Danubio con intento de atacarla en las propias trincheras, pero aviendo antecedentemente deliberado levantar el campo y puesto a fuego a los alojamientos, la misma llama previno la marcha (executada con desorden a vista de los enemigos) en desayre de los documentos más experimentados de las órdenes militares, que enseñan quán peligrosos son semejantes movimientos a la vista de las tropas enemigas, por quanto abren la puerta a las industrias para lograr el conseguir un buen sucesso. Y para que pareciesse fuga la marcha de los christianos, no faltó más que alargar un poco más el passo, puesto que se dexaron en poder de los enemigos el bagage y la secretaría, como también quatro mil soldados que no tuvieron tiempo de salvarse, pereciendo a los filos de las sangrientas zimitarras. El archiduque passó a Altenburg y, de allí, a Procut (en la Croacia) a recoger las esparcidas reliquias de sus tropas.

El conde Ardec, governador de la plaça, aunque no le faltava de comer y tenía a su obediencia un presidio de ocho mil soldados, capituló con Sinán la rendida de Giabarino, concediéndole muy gustoso las más honrosas capitulaciones. Y aviendo entrado en la plaça, la halló guarnecida con cien piezas de artillería y grande cantidad de municiones y bastimentos de todos géneros.

Y aviendo el conde pasado a justificar sus acciones con el archiduque, le negó la audiencia y después, en Viena (por sospechas de inteligencias con los enemigos), le cortaron la cabeza en público suplicio. [1594] Y si hubiera avido antecedentemente otros exemplares semejantes, y tuviessen entendido que avían de perder las cabeças los que no cumpliesen con su obligación, es cierto que, con más dificultad, conquistaran los infieles las plaças de los christianos y, más, siendo este un pecado que no merece absolución quando le comete maliciosamente la voluntad.

El comandante que, sin constante y valerosa defensa y sin opresión de inexpugnable necesidad capitula lo que gobierna en la rendida, borra con la tinta de la infamia lo que antecedentemente pudiera aver dibujado con los pinceles de la reputación. Y lo que más le conviene es que la espada sea la pluma y que esta se bañe en la sangre enemiga. La facilidad de las conquistas es como el buen sabor de las viandas, que abre el apetito con gran viveza a los turcos. Y engolosinados con el plato (que les sirvió la cobardía en Giabarino), intentaron después experimentar si era tan sazonado el de Comara, pero la aspereza de la estación solo les permitió tiempo para retirarse a los quarteles de invierno las armadas.

Encendida ya la guerra, el emperador Rodulfo se movía cuydadoso en las disposiciones para oponerse a los othomanos disignios, por cuyos respetos embió embaxadores al rey de Polonia pidiéndole socorros, que no consiguió por los acostumbrados respetos, o de no ocasionar rezelos, o de no alterar la paz con Amurates, cuyas atenciones son las ligaduras más fuertes que conservan a la Turquía en mayor elevación, con descaecimiento y pérdida de la christiandad. Y no aviendo contribuido efecto alguno esta negociación, despachó inmediatamente otro embiado a Segismundo Batori, príncipe de Transilvania (que sucedió a Christóval, su padre, y estava en crédito de gran católico), joven de altas esperanças e insignes prendas que emulava el valor de los más atrevidos y poseía zelosa veneración a las cosas sagradas, como ardiente odio contra la turquesca tyranía. Soldado de gran coraçón y de conduta liberalmente generoso y magnánimo. Pero todas estas virtudes, como si fuesen de azogue, fueron bolantes exalaciones que se vaporizaron por averles faltado el metal de la constancia. Y no pudiendo detenerlas, se desvanecieron muy aprisa, sin percibirlo la vista. Conocía Segismundo que, desunida la Transilvania de la Ungría, caerían la una y la otra más fácilmente en las insidias que le podía armar la othomana potencia, conforme la máxima: que la virtud unida es más invencible, como desunida más fácil de superar, cuya consideración le obligó a

dar oídos prontos a la unión con el César, la qual se añudó con las condiciones siguientes por mano de Estevan Boscai, embaxador transilbano.

Que Batori gozaría la Transilbania con la parte de Ungría adjunta al principado y las provincias de Balaquia y Moldabia, las quales (aviendo sacudido el yugo turquesco) quedaron sujetas a Segismundo con calidad que, siguiéndose su muerte sin posteridad masculina, se avían de bolver dichas provincias a incorporar al reyno de Ungría, del qual las separaron poco antes las armas othomanas.

Que las plaças conquistadas de las tropas del César, se avían de unir al reyno de Ungría, como también las que las armas transilbanas consiguiesen a la provincia.

Que si, por desgracia, quedasse oprimido de los turcos Segismundo y expulso de sus Estados, el César le daría otro dominio para poderse mantener en dignidad proporcionada a su nacimiento y se le declararía príncipe del imperio, y que el rey católico le embiaría el tusón.

[1594] Que el emperador, por qualquiera accidente, no abandonaría al príncipe y que le asistiría con sus tropas, dándole por muger a María Cristina, hija de Carlos, archiduque de Austria, hermana de Ana, entonces reyna de Polonia. Bien que, antecedentemente, estuviesse destinada para el rey de España, de cuya unión mostró tanto placer Segismundo quanto pesar obstentaron Baltasar Batori (su tío), el cardenal y Estevan, por quedar excluidos en la herencia de la provincia (en virtud de las capitulaciones), por cuya razón, uniéndose con otros varones de la provincia, deliberaron desposseer a Segismundo del dominio substituyendo en él a Baltasar, su tío.

Ya avían, los conjurados, comunicado esta materia con la Porta a fin de conseguir su protección, y fingieron una carta que parecía escrita de la propia letra de Juan Zamosqui, gran canciller de Polonia, en que le combidava su cuñado para un avocamiento en los confines del Estado, donde tenían prevenida una emboscada de tártaros para hazerle prisionero. Pero noticiado el príncipe de la tramada maldad, procuró preservarse del peligro con estudiado pretexto y, sirviéndose de una profunda dissimulación algunos meses, convocó una dieta en Claudiópolis, en la qual concurrieron algunos de los conjurados, y Baltasar, su tío, asegurado de que el príncipe no estaría prevenido enteramente del passado movimiento y que, a tener algún rezelo, no sería bastante a dar crédito a la materia, pero Estevan y el cardenal, menos confiados y más escrupulosos, temiendo las resultas de la sospechosa assamblea passaron fugitivos a Polonia.

Unida pues la dieta, dispuso Segismundo que llegase un disimulado correo con cartas que mencionaban una famosa victoria, conseguida del emperador con los turcos, en atención a la qual hubo salvas de artillería y otras demostraciones de alegría, como el combidar Segismundo a un sumptuoso banquete a todos los varones, en el qual se desperdició el vino como también la sangre. Y aviéndose asegurado de catorze de los conjurados, como también de su tío Baltasar (no obstante, el parentesco, le mandó degollar por mano del verdugo en la prisión), siguiendo este exemplar los demás. Y publicada después la liga, tuvo el aplauso universal del pueblo, siendo el concurso de los que assentaban plaça tan grande que, en breve tiempo, juntó una armada de más de quarenta mil combatientes, con la qual destrozó a los tártaros (que se avían acampado sobre Salonoc).

Marchava la buelta de Constantinopla cargado de despojos Sinán baxá (después del suceso de Giabarino) y, Segismundo en su prosecución (unido con balaquios y moldavos) pretendía, con atacarle, lograr algún lance en su desayre. Y aviéndole derrotado con pérdida del botín, como del bagage, le hizo padecer esta mortificación a pesar de su arrogancia.

Representó al sultán menos amargo el trance, en medio de aver perdido diez y seis mil hombres en los renqüentros, añadiendo que, si los christianos le avían maltratado, sabría vengarse con réditos y, opuesto al sentir de Ferad (que se inclinava a la paz), dixo que no se debía pensar en ella sin satisfacer primero las pérdidas othomanas con ventajosos excessos. Y passando con el sultán algunas sentidas representaciones, aseguró que el emperador estava muy assistido de los príncipes christianos y, en particular, de la república veneciana. Y aviendo hecho prisionero en la batalla a un veneciano, le prometió libertad con calidad que declarasse a la Porta diversas mentiras y asegurasse ser uno de los muchos que avían desembarcado en Istria en socorro del emperador para unirse con el conde Esdrino, cuyo motivo tenía por fin hazer odiosa al sultán la República.

Consultó la Porta al gran señor que passasse la armada othomana, bien reforçada, a navegar las aguas del golfo para evitar estos fomentos y que, para abatir a los christianos, sería bien que Su Magestad (a imitación de sus mayores) saliesse a campaña o, a lo menos, embiasse al príncipe Mehemed, su hijo. Pero Amurates, resistiendo la primera insinuación como contraria al gustoso ocio en que se mantenía, repugnando también la segunda la razón de Estado de su desconfianza, temiendo que, acreditado con las milicias, Mehemed pudiesse quitarle de las sienas la diadema. Y era tal el rezelo que tenía de su propio hijo, que no le permitía el divertimento de la caça por tener algún parentesco los

combates de las fieras con los empeños marciales, a efecto de que la costumbre de lidiarlas no le amestrara en los estragos de la sangre.

Hizo insinuar el emperador a la República la mala consecuencia de aquella guerra, como también que quanto más conquistaban los turcos en la Croacia, tanto más se aproximaban al Friuli, internándose en sus Estados. Y que la ambición era un contagio que hacía su viage de un país a otro, y que convendría reparar las prevenidas pérdidas quando eran de tan mala consecuencia, pues con el progreso del tiempo llegarían, sin duda alguna, a infestar a Venecia.

Ventilóse en el senado esta materia y Leonardo Donato, con su grande eloqüencia, disuadió el empeño exagerando: *Las vexaciones de los usquoques fomentadas de los austriacos, a fin de que la República se aventurase en los trances de la guerra, siendo su intención no de recibir sus assistencias, sino de eximirse del peligro, dexando empeñados en él a los que los huviesen fomentado, acordando también las passadas ligaciones, como el doble procedimiento en la tardança de la unión y el fruto que se avía perdido de las victorias abandonadas, a fin de que la República no se engrandeciese, quedando perjudicada la causa pública por zelos y passiones particulares,* circunstancias tan verdaderas como dañosas a los christianos, que fabrican de las sombras de los rezelos (mucho mayor de lo que es) el cuerpo de la monarquía othomana.

Fueron muy curiosas las solemnidades practicadas aquel año en el casamiento de la hija de Amurates con Alí baxá y, con semejantes bodas, quedan obligados y estrechamente enlazados los súbditos, porque conociendo la desigualdad (atendiendo al gran favor que reciben), viven siempre sugetos a sus mugeres por aver ilustrado con la sangre real la de un marido esclavo.

Passó la reyna madre con su hija, soberviamente adornada de joyas, al serrallo viejo, donde estaban combidadas todas las mugeres de relevada calidad, y también las de mediana estimación, llevando todas, según su posibilidad, regalo a la nobia, en cuya ceremonia se gastó aquel día, ocupando el segundo en hazer el chibincón (o contradote), que llegó a trecientos mil zequíes. El tercer día se manifestaron las labores de los bordados y el regalo que hacía el novio a la esposa, que conducía Mehemed baxá con magnífica pompa, como padrino. El quarto día, marchó el dote en buena ordenança sobre muchos cavallos ricamente ataviados y, aunque no se vio lo precioso, según la cantidad de cuévanos o cestones a la moda de aquel país, se conocía la gran riqueza, a cuya función assistió el sultán en un reducto de la muralla del serrallo, enfrente de la casa del novio.

Dexóse ver la novia gravemente hermosa, con apacible semblante, acompañada de Ebraín, su cuñado, yerno también de Amurates y, con varias

ceremonias, caminaban delante los gremios con particulares regalos, más o menos ricos, según la calidad y las fuerças de los artífices, cerrando después la tropa dos entenas que llevaban los del taraçanal, cargadas de varias cintas y otros adornos. Precediendo uno que tocava un chiufulo (instrumento a su usança), iba la hermana de la novia en un hermoso cavallo cubierto de tela de oro, assistida de los baxaes e inmediatamente debaxo de un dosel de brocado, cuyo cortinage llegava al suelo. Seguía la sultana novia a cavallo, assistida de cinquenta esclavas hermosas y ricamente vestidas, también a cavallo, emulándose unas a otras en la bizarría y, al llegar a la parte donde estava su padre, arrojaron de las ventanas muchas monedas de oro, con aclamación del pueblo, que las recogía. Y con la entrada en la casa del marido, terminaron aquellas alegrías, porque caminaron igualmente con las tristezas poco después por la muerte de Amurates, su padre, a quien los excessos arrojaron a la sepultura.

Dexó en el tesoro de adentro (inmediato a la pieça en que dormía), cantidad de oro en algunos vasos de cobre y cestos de piedra viva, sellados del capi aga (que es eunuco blanco, mayordomo mayor del serrallo y cabo de los eunucos blancos).

Tuvo origen dicho casná, o erario, de Solimán Segundo, que lo instituyó y continuando Selín, su hijo, en depositar dinero, lo enriqueció. Y Amurates, no obstante, los grandes gastos de la guerra de Persia, aunque por algún accidente sacó dineros de él (como por vía de empréstito), después los restituyó, añadiendo otras cantidades que avía recogido de extraordinarios tributos, por aver aumentado los derechos de las mercancías y levantado el valor de los zequíes otro tanto más, con que crecieron más las rentas, con las cuales pudo sustentar la guerra sin enflaquecer el erario.

Son tantos los medios que tienen los monarcas othomanos para proveerse de oro que, si no llega a suceder algún extraordinario accidente, no pueden conocer la falta de dinero, porque disponen de lo que tienen los súbditos y, quando llega la necesidad, hazen lo mismo de las grandes rentas de las mezquitas, si bien, esta economía no la prosiguieron algunos de los sucesores en el imperio por la ambición de las milicias, que percibieron la mayor parte, como diremos en su lugar.

Fue Amurates incontinente, en la juventud dissoluto y obsceno después, y se aniquiló a sí mismo por hazer a otros. Tuvo cinquenta hijos y una de sus favorecidas dixo que, con gran daño, se fatigava mientras no hazía los hombres para habitar el mundo, sino para poblar los sepulcros. Vivió cinquenta y siete años, reynó veinte, murió de apoplegía, fue infecto a los persianos, infausto a los úngaros, amó la guerra sin verla, degeneró de la valentía de sus antepassados.

Fue instable, tímido, desconfiado y no resuelto, pero obstinado en lo que deseaba conseguir y tan observante en la religión que se abstuvo siempre del vino. Y fue tan interesado, que hacía vender las flores de los propios jardines para sacar fruto de ellas, haciendo poco caso de otras letras que de las de cambio. Fue cruel y avariento (pecados originales de los príncipes de esta casa) y remuneró los beneficios con ingratitudes, siendo tantos sus vicios que no dexaron lugar adonde cupiese la virtud.

Fin del Libro octavo.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO NONO.

MEHEMED TERCERO

[1595] Suceden a las ruynas los edificios, como a las caydas las exaltaciones. Precipitóse Amurates desde la altura del solio a la profundidad del centro de un sepulcro y, subiendo Mehemed, su hijo, del serrallo al imperio (de edad de veinte y siete años), bolvió la Bafa, su madre, al primer grado de autoridad en las deliberaciones, pues no se movía el sultán en las dependencias del dominio sin consultarla hasta los menores intereses. Y como falto de

experiencias, se acalorava con los maternos dictámenes, encontrándose fácilmente con la ruyna los ministros, que no conseguían su agrado.

Entre los despojos de Chipre llegó esta dama a Constantinopla y, entrando esclava en el serrallo, cautivó la libertad del sultán aprisionándole el alvedrío de modo que solo le tenía para obedecer sus preceptos, contentándose con reynar en el cariño de Amurates, sin mezclarse en los manejos del gobierno. Apenas se vio entronizado Mehemed, quando se ensangrentó en la casa real haziendo arrojar a la mar diez concubinas del padre (que no bastava menos agua para extinguir tan libidinosa llama), participando también la púrpura real algunos desperdicios de la inocente sangre de diez y nueve hermanos, que hizo verter en su presencia para asegurarse en el imperio con tan horroroso espectáculo.

Embió a dar parte de su exaltación a los príncipes christianos correspondientes de la Porta, encargando la función de Venecia a Usaíno, hombre experimentado en la Corte del gran Solimán. Y aviendo entregado las cartas credenciales, mencionó la muerte del padre y la sucessión del hijo, y la buena disposición de contenerse en la antigua amistad. Y aviendo hecho el cumplimiento (después de regalado), bolvió a la Corte de su monarca.

Passó después al recíproco cumplimiento (de parte del senado, como embaxador extraordinario) Leonardo Donato, cavallero y procurador, a quien recibieron con honor y apariencias distintas de estimación, si bien, encontraron sus negociaciones obstáculos muy difíciles de superar porque Sinán baxá (que tenía en todas las pretensiones la suma autoridad del soberano), antes que se confirmassen las capitulaciones, intentó que en Candia, como en las islas del Zante y Cefalonia, se demoliessen todas las fortalezas que impedían hazer aguada a la armada othomana quando baxava al mar Blanco, diciendo: *Que si la República era amiga de la Porta, no debía tratar con rigor a las embarcaciones amigas quando arribavan a sus dominios y, con notables exageraciones, insistió en que diesse satisfacción la República de todas las presas de los usquoques.*

Respondió el Donato: *Que no pensava el senado en su casa depender de más arbitrio que el suyo y que siempre tratava a los amigos con cortesía, honrándolos con refrescos, como cada día lo avían practicado con los othomanos. Que en quanto a enfrenar los usquoques, tocava al rey de quien eran súbditos. Que, por eximir sus Estados de las vexaciones, no omitía la República los gastos, ni los armamentos, ni las diligencias, pero que, navegando con veloces barcas prontas a la ofensa y listas a la retirada, era más fácil ponerlas en fuga que alcanzarlas y seguirlas que apresarlas.*

Apenas dio fin a esta expresión, quando mandó Sinán que entrassen a su presencia algunos bosineses a quienes avían los usquoques apresado en alta

mar cinco navíos y, postrados en tierra con gritos y solloços y demostraciones desesperadas, manifestaban el dolor de sus pérdidas. Y, entonces, replicó el baxá que no podía el sultán tolerar tan grandes injurias que destruían las haciendas de los vassallos y herían en lo vivo de su dignidad y que, si la República no recompensava estas extorsiones con los poderosos exércitos de la Ungría, se resarcirían en las debastaciones de tierra las del mar. Y que los tártaros, en aquel dominio, corresponderían a los insultos que cada día hazían los usquoques en la Bosna.

Ya mencionamos el origen de esta nación y falta retocar los progressos de sus violencias, más fáciles de exagerar que de reprehender, y con gran dificultad se encontravan en mar alta y, si tal vez sucedía apresar sus barcas, no dexavan de pagar en el suplicio la piratería. Pero el castigo de pocos servía de inflamar a muchos para la vengança, de modo que eran más los enemigos que se acrecentavan que los que perecían y, quanta más resistencia hallavan en los súbditos (como si la natural defensa fuesse ultrage), tanto más se animavan en su daño. Y aviendo desembarcado mil de estos en la isla de Veglla, y encontrado en el puerto cinco barcas albanesas y dos galeras, los apresaron con muerte de dozientos soldados que las guarnecían. Y aviendo desencadenado diversos forçados, poniéndolos en libertad, los agregaron voluntariamente a las tropas, haziéndolos compañeros en sus ladronicios. Saquearon después entre Sevenico y Trau (en la Dalmacia) la villa de Possidaria y, passando al país de los turcos, lo dessolaron apresando grande cantidad de ganado, en cuya recompensa, vengativos los infieles, internándose en el país veneciano botinaron hasta las iglesias, llevándose las sagradas alhajas de su adorno, experimentando aquellos infelizes pueblos las extorsiones de los usquoques, como también los assaltos de mahometanos. Y passando los primeros por el país veneciano, intentaron fabricar una fortaleza a vista de Novigrad, con la qual era fácil sujetar a la Dalmacia.

Llegaron a la Corte del emperador y del archiduque las noticias de estos excessos y, aunque se ponían en plática medios términos para su reparación, no se llegó jamás a la conclusión del remedio porque los mismos prelados de aquella nación fomentavan las violencias, interesados en los despojos (y particularmente Antonio de Dominis, obispo de Segña, natural de Arbe, que después fue obispo de Espalato y, de allí, passó a ser famoso apóstata de la religión católica) y, con el pretexto de destruir a los turcos, experimentavan mayores extorsiones los christianos, con interpretación más interessada que theologica. Y no hallando la República reparo a tales insultos, dio orden al Bembo, cabo de la armada, que en las costas infestasse los lugares austriacos,

sin perdonar a quantos navíos corriessen aquellas aguas, admitiendo milicias albanesas, como más diestras en perseguir a los usquoques, entre los despeñaderos de las montañas.

Antonio Justiniano, después de aver apresado una barca de esta nación, mandó cortar las cabeças a ciento que la guarneçían y las remitió a Venecia, cuyo espectáculo fue lisonja para el pueblo irritado, mas no olvidando la vengança los usquoques, sujetaron en el puerto de Robiño un bagel cargado de mercancía. Y passando a la Istria, intentaron la interpresa de Albona y, no pudiendo assaltar las murallas dessolando la campaña, passaron a Fianona, lugar poblado y rico y, maniatando al governador porque no quería dezir: *Vivan los austriacos*, le sacaron la lengua y el coraçón.

Corría la armada veneciana los payses imperiales damnificándolos como asylos de esta nación, por cuya causa el embaxador de España en el Colegio se declaró en esta expresión: *Que, si las obstilidades venecianas no cessavan, (en nombre de su rey) les declararíá la guerra y que no se oponía al castigo de los usquoques en la mar, pero que no permitiría que, por ellos, se violassen los respetos que se debían mantener a los Estados del emperador.*

Respondió el senado: *Que a los enemigos se les perseguía en qualquiera parte que se encontravan y que, a quien no quería abrir mayores fundamentos para fabricar más altos desórdenes y empeños, convenía quitar la piedra del escándalo y no proteger delinqüentes que excedían en fiereza a los más ensangrentados caribes.*

Era, en ellos, el menor delito hazer pedaços a los christianos y a los capitanes de la República que avían apresado en los renqüentros, arrancándoles el coraçón y, cortándoles la cabeça, se la comían cozida.

Cayó en sus manos un bagel veneciano con treinta marineros y, maniatados debaxo de cubierta, ligados de pies y manos, clavadas las portañuelas y escotillones, sin belamen ni timón, le entregaron al arbitrio de los ayres para que muriessen de hambre o anegados entre las ondas, pero más piadoso el viento que los inhumanos bárbaros, calmó las aguas hasta que otro navío de mercaderes turcos (que navegava aquellos parages) reparasse en semejante espectáculo, echándole la gente dentro y, desclavadas las bocas puertas, hallaron algunos de aquellos pobres christianos muertos, otros espirando y, los más, semivivos y, compadecidos de tal infelicidad, fomentaron a los que estavan más capaces con alimentos, llevándolos a Zara.

La negociación del Donato en Constantinopla tuvo algún efecto, si bien, entre espinosos enqüentros lastimada, porque pocas vezes dexa de experimentar algún sentimiento el que trata las materias de los intereses con los que se acaloran de una superchería, passando con él Ebraín visir algunos

sentimientos, en que expressava que en la armada imperial servían súbditos de la República contra el sultán, y le hizo instancias para que prohibiessen el tomar este partido en desatención de la buena amistad. Y escusándose el embaxador, respondió: *Que no lo hazían con beneplácito del senado, sino por conveniencia suya para aprender el arte militar y hazerse capaces en las armas para sus ascensos y que, siendo libre el alvedrío, no se les podía estorvar aquella profesión que elegía el genio de cada uno.* Y después de confirmadas las capitulaciones de la paz en amplia forma, se bolvió a la patria.

Llegaron en este tiempo a Constantinopla tres moriscos españoles de Aragón y Valencia, acompañados de Temir, moro, con cartas de Antonio Pérez, secretario que avía sido de Felipe Segundo, refugiado entonces en Francia, mencionando no sé que alteración en Aragón, más fomentada (a mi parecer) de sus inquietas ideas que, de otro respeto, porque los aragoneses han sido la firme columna de la fidelidad en la obediencia de sus monarcas. Y porque este autor, no bien informado de los sucessos de Antonio Pérez, los trata con alguna mutación como por ser tan notorios en España, me ha parecido omitirlos y, así, diré que los dos (que se fingían hombres de más suposición de los que eran) murieron después en el suplicio por aver incitado a los turcos que embiassen su armada a daño de su patria.

Informado Mehemed de los antecedentes tratados del transilbano con el emperador, embió diferentes correos a recordarle los beneficios que avían recibido sus antecessores de la Porta y la essención del tributo, como también a ofrecerle la corona de la Ungría porque se apartasse de la unión ajustada con el César. Pero viendo su perseverancia en la firmeza de la christiana liga, propuso para el gobierno de su armada a Ferad baxá en lugar de Sinán, que se abançó a Nicópolis con poderoso ejército para destrozarse con la fuerza a Segismundo. Y aviendo echado un puente sobre el Danubio, entró en la Balaquia, saliendo a encontrarle el transilbano con la nobleza de la provincia, reforçado del conde Nadasti. Y aviéndose formado en el mejor terreno de aquella campaña, dividió en proporcionados esquadrones la infantería, mezclando en los claros de las alas de los batallones de cavallería escogidas mangas de mosqueteros, para hazer más fuerte el acampamento. Y aviendo dado la primera carga, embistió a los infieles con ayrosas pruebas de valor arrojándose a lo más sangriento del empeño y, aunque oponían al choque Ferad y Assán sus bien ordenadas huestes, animándolas con particular ardor, no fue durable la resistencia y, cediendo a los continuados disparos de la mosquetería, puestos en desmandada fuga, perdieron artillería, tiendas y bagage y diez y ocho mil infieles, quedando la mayor porción de aquellas tropas en miserable esclavitud, menos Ferad, que fio

su seguridad a la ligereza de un generoso cavallo, siendo tal el assombro de los turcos que, los pocos que avían quedado (essentos del peligro), aborreciendo las banderas en tropas desarmadas, se retiraron a sus payses. Mucho vale el exemplo para enseñar a los príncipes christianos a conocer que, caminando unidos, no se apartarán de su valor las victorias, pues nunca se retiraron de Segismundo hasta que se apartó del emperador.

Siempre que la armada othomana recibía alguna derrota, se cambiava el general. Y por falta de sugetos, depuesto Ferad, entrava en su lugar Sinán y, desposeído este, bolví a entrar el otro con instable y desaprobada sucession. Murió en aquel tiempo el príncipe persiano que, (como diximos) quedó en rehenes, no sin sospecha de veneno, ministrado de la razón de Estado de aquella nación por eximirse de semejante empeño. Y, no obstante, el rezelo, embieron persona los turcos a Persia a passar con aquel rey los oficios de pesar en el cumplimiento.

Nombró el emperador general de su ejército al conde de Mansfelt (cabo de acreditada conduta), cuyas tropas llenavan el número de cinquenta mil combatientes, sin las esquadras úngaras que obedecían al Palfi, que estavan prontas para moverse al primer aviso. Movido de su santo zelo Clemente Octavo, conociendo las necessidades de la Ungría, deliberó sacrificar en su defensa los sobrinos y los tesoros, cuyo exemplar es digno de la memoria de los historiadores, como de la imitación en los que ocuparen después la sagrada tiara.

Tienen los pontífices sobrados medios (quando no son escasos de zelo) para oponerse, con los príncipes christianos, a las invasiones othomanas, como lo executaron Clemente Séptimo socorriendo al emperador con diez mil soldados y Paulo Tercero con gruesas tropas y esquadras de galeras a favor de la christiandad. Como también Pío Quarto en el primer sitio de Malta y Pío Quinto, en la unión contra Selín, reforzó con su esquadra la armada católica, imitando este zelo Clemente Nono, tan apasionado por la defensa de Candia como diremos a su tiempo. Y assí, por interesses divinos y humanos deben los pontífices mantenerse con las armas en las manos, no solo para el enemigo común, sino para los implacables e irreductibles particulares. Y, si bien, el dominio electivo (que no passa a los herederos) parece que no debe obligar a más que a tener los pensamientos ocupados en lo presente, sin atender a lo futuro, sin embargo debe el amante pastor que ha recibido del patrón (que es Dios) el rebaño para tenerle en custodia, sustentarlo y defenderlo para el aumento de su conservación, porque le halle assí el que después se encargare de su dirección, imitando al buen agricultor, cuya obligación es no abandonar la viña, aunque alguna vez le falte el fruto, añadiéndose que las haziendas

particulares no pueden subsistir quando se pierden las públicas, porque imitan a las plantas que, en reconociéndose áridas, se les secan las ramas porque les falta el humor a las rayzes.

No conquistan los turcos los payses sin que sean interessados en las pérdidas el pontífice y los prelados con la falta de aquella jurisdicción, y solo les queda el título sin la renta porque no dominan las mitras adonde mandan los turbantes y, apenas ocupan las provincias los infieles, quando las abandonan los christianos (que a las comunes pérdidas sacrifican las particulares haziendas) y, debaxo del dominio othomano, el que tiene más comodidades es más miserable porque el ser rico es lo mismo que ser delinqüente, y las grandes fortunas caminan inseparables de las mayores infelicitades, siendo el oro la piedra imán que atrae a sí con gran facilidad la muerte.

Dexóse ver (en virtud de las órdenes pontificias mencionadas) Francisco Aldobrandino, sobrino de Su Santidad, con ocho mil infantes y dos mil cavallos para refuerzo de la armada christiana, a quien seguía Vicencio, primer duque de Mantua (que, con resolución no menos generosa, se unió a tan glorioso socorro con quinientos cavallos y otros tantos infantes) y, con igual exemplo Ferdinando, gran duque de Toscana, agregó otros dos mil combatientes, que governava Juan, su hermano natural.

Con estas fuerças Masfelt, noticiado de las marchas enemigas, hizo formar un puente sobre el Danubio cerca de Comora y se acampó a la vista de Estrigonia (que abundava de vituallas, por aver sido buena la cosecha). Mas con la improvisa llegada de los christianos (que artificiosamente avían amenazado a otra parte con la disposición, para engañar más fácilmente al enemigo), no estava guarnecida de tropas proporcionadas para defenderse de las tropas christianas. Aquarteláronse las milicias pontificias a la parte oriental y Escafemberg ocupó algunos valles (entre sierras) cercanos a la iglesia de San Jorge. A la parte de mediodía se acamparon los úngaros y en medio del ejército, no lexos de la ribera, Masfelt con escogidas tropas. Y aviendo empeçado a mover el terreno para los ataques, y perficionado las baterías, empeçó a imprimir en las murallas ardientes estragos la artillería.

Procuravan los turcos, con gruesas esquadras, tocar continuadas armas a los quarteles alemanes para tenerlos desvelados, solicitando con este movimiento ver si podían hallar modo para socorrer la plaça y, no consiguiendo el fruto de este tentativo seis días después de aver cerrado la circunvalación, solicitaron con diversas embarcaciones socorrer la plaça por el Danubio. Pero advertido el Masfelt de esta circunstancia, ocupó los passos de la ribera con escogidas tropas y mucha artillería para estorvarles el passage a los enemigos.

[1595] Y destinados para esta facción algunos úngaros y hecho moderada oposición, no correspondió a la esperanza la resistencia, pues desvaratados, y con muerte de quatrocientos, se abrieron el passo los turcos con el azero en la mano y, por en medio de la artillería, introduxeron el socorro en la plaça que (aunque no suficiente para assegurarla), le recibieron con grande alegría porque le esperavan con impaciencia.

La continuación de los disparos de la artillería atormentava incessantemente las murallas, a cuya violencia cedieron en ruynas los más bien fortificados bastiones y, abiertas las brechas, se arrojaron las christianas tropas al assalto, que se executó con desorden y pérdida. Y passando el inmediato día, al segundo se dispuso mejor, perdiendo los enemigos más de quinientos hombres. Y el día subsequente, con las más descansadas esquadras, executaron los christianos la tercera experiencia montando las brechas, en donde se ensangrentó de tal suerte el choque que no solo se defendían los sitiados con las armas de fuego, sino también con las blancas, con betunes mezclados con plomo ardiendo, atormentando de modo a los christianos que, entre los heridos, muertos y medio quemados, quedaron en los fosos más de treientos.

[1595] Algunas espías que llegaron de Buda noticiaron al general de que Assán baxá, con veinte mil turcos, marchava con ánimo de forçar la línea para introducir en la ciudad algún refuerzo, cuyo aviso avivó el trabajo de modo que remediaron las flaquezas de las trincheras perficionando todo lo que necessitava de remedio. Y mientras con particular aplicación se ocupavan en estas operaciones, llegaron dos mil cavallos alemanes al ejército que alentaron mucho el campo christiano.

Seis días después se dexaron ver las tropas enemigas, pero sobreviniendo improvisamente una horrorosa nube preñada de una tempestad de rayos, suspendieron el avance, contentándose con tocar una arma falsa que puso en cuydado a los christianos (assí por la obscuridad de la noche, como por la cercanía del enemigo, a que se agregava la incertidumbre del número de las milicias) que, alterados con la confusión, se dexavan mover de un rezeloso descaecimiento que desvaneció el conde de Masfelt con las exortaciones, animándolos generosamente al empeño. Y apenas empezaron a dibujar los albores de la mañana las imágenes del alva y de la aurora, en el verde papel de la campaña, quando los infieles, atacando las líneas por diferentes partes, intentaron romperlas con obstinada resolución, concurriendo el general christiano con la defensa a socorrer el quartel más atormentado. Y después de cinco horas de trance, rechaçaron los christianos la violencia enemiga con daño considerable.

Intentaron el siguiente día dos mil genízaros el último esfuerzo con esperanzas de forzar la línea, pero, por último, desvaratados y llenos de heridas, abandonaron con descrédito el tentativo. Y saliendo de las trincheras los alemanes, italianos y valones en su alcance, acalorados de Masfelt, pelearon con ellos en el camino de Buda, donde encendido y porfiado el trance de unos y de otros con igual valor, se confundió el conocimiento de la ventaja hasta que el ardor christiano unidamente ayroso, esforçando el aliento en el empeño que acalorava su obligación poniendo a los enemigos en fuga, les obligó a desamparar las banderas cobardemente, dexando abandonada la artillería y el bagage como también el crédito de la nación entre los despojos, que fueron diez y siete cañones, treinta y siete banderas, mil y quinientas tiendas de campaña, sin muchos camellos y otros animales de carga, siendo la mortandad (según los cadáveres que ocupavan el terreno) de excesivo número. En cuyo sucesso obró el Masfelt arrogantemente cuydadoso, como experimentado, y valientemente prompto, como advertido, sin dexar qué hazer a la Fortuna porque supo negociarse el sucesso permitiendo solamente a la confianza el empeño, siguiendo su aplicación los lances sin perder de vista las contingencias, pues en su prompta disposición rebentó tres cavallos aquel día y, venciendo a los enemigos, consiguió el aplauso universal, como también su fatalidad cebándose en algunas frutas acerbadas para reparar la sed ocasionada de la fatiga del inmenso trabajo, quedando vencido de la inexorable parca después de aver sido vencedor, cuya pérdida ocasionó el mayor sentimiento en los más zelosos que esperavan, con la dirección de tan gran general, mejor fortuna en los sucessos de la christiandad.

Llegó al campo el archiduque Matías con algunas tropas de consideración, con las cuales se iban repitiendo los assaltos, aviendo logrado el fortificarse en las brechas como también la muerte de Alí bey, governador de la plaça (cuya pérdida fue de gran desconsuelo a los sitiados) y que por este sucesso, como también por el daño que les hazía la artillería, desamparando la ciudad, se retiraron al castillo donde, atormentados de los continuos estragos de los disparos, se rindieron finalmente con los pactos de salir la guarnición armada y de que se les diesse embarcaciones para passar por el Danubio a Vicegrado. Consiguióse la recuperación de tan importante ciudad cinquenta años después de averla conquistado Solimán. Las noticias de este sucesso alegraron no solamente al emperador y a la Ungría, sino también a la Italia y a Su Santidad, que pasó a pie desde el Vaticano a la Minerva a dar gracias a Dios por la conseguida victoria. Y aviendo dexado en buena disposición las cosas de Estrigonia, y refrescado con algún descanso el ejército, atacó el castillo de

Vicegrado (tres leguas distante y a la orilla también del Danubio) que, apretado con varias obstilidades (reducido a los últimos extremos), se rindió a las armas imperiales, passando después el archiduque a Viena. El conde de Esdrino ocupó a Bobachia, donde restauró (poniéndola en defensa) las fortificaciones demolidas. En este tiempo se solemnizaron las bodas de Segismundo, en Alva Julia, con Christina de Austria con pompa real en consecuencia de las capitulaciones mencionadas.

Privó el sultán del puesto de general (por la perdida batalla) a Ferad baxá, y le hubiera quitado también la vida si la intercessión de la reyna madre no le hubiese preservado, entrando en su lugar Sinán, muy conocido soldado por las operaciones en Assia, como por la expugnación de Giabarino. [1595] Y aviendo partido de Constantinopla, y reforçado por el viage las tropas con la agregación de los baxaes confinantes, se encaminó a la Balaquia con ochenta mil combatientes y, para engrossar más el ejército, hizo que assentassen plaça los christianos súbditos del sultán, lo qual no fue aprobado de la Porta por la poca seguridad de su fee, siendo de religión contraria. Apresó a Bucarest y, hallando a Tergobist (metrópoli de aquella provincia) abandonada de los habitantes, como de presidio, con facilidad la ocupó. Y no teniendo fuerças equivalentes Miguel, bayboda, para oponerse a los turcos, avía embiado a su muger y a sus hijos a la Transilvania antecedentemente, guareciéndose entre los Alpes en los más estrechos passos de los terrenos condenados, de donde logró algunas vezes maltratar a los infieles consiguiendo, con el ventajoso sitio de una laguna, desvaratar las huestes enemigas con pérdida de algunas insignias y quatro piezas de artillería. Y mientras, en esta ocasión, solicitava Sinán recobrar los suyos para el desempeño de la vengança, se le atascó el cavallo en la tenacidad del cieno de calidad que, a no socorrerle los suyos con fineza, hubiera perecido.

Embió, en este tiempo, el bayboda a representar su peligro a Segismundo para que le socorriese, embaraçando que las avenidas de las armas enemigas inundassen el país con las crecientes olas de las christalinas zimitarras que, cada hora, anegavan más la campaña con torbellinos de insultos repetidos. A cuya representación el transilbano, con la generosa bizzarria acostumbrada anteponiendo los ásperos motivos de la guerra a las suaves dulces experiencias de las bodas, salió a campaña con treinta y dos mil infantes y veinte y dos mil cavallos (incluyéndose los socorros del emperador) y cinquenta y quatro piezas de artillería, a cuyas fuerças se agregaron ocho mil combatientes del bayboda. Y conociendo que podía hazer arrogante oposición a los turcos con esperanças de victoria (que le pronosticó un águila precipitada con rápido buelo de los más

altos riscos de la montaña, a la entrada de su alojamiento pacíficamente se dexó coger de sus familiares), circunstancia que alentó las tropas con el buen agüero.

La siguiente mañana, marchando en batalla, tomó los puestos a Tergobist, abastecida de lo necesario como bien presidada de la disposición de Sinán, que passó a Bucarest, donde estava acampado con el grueso de sus tropas.

Embistieron los sículos (pueblos transilbanos armígeros) valerosamente a la plaça, duplicando continuamente los assaltos sin intermisión alguna hasta que, a viva fuerça, se apoderaron de ella. Este resuelto y afortunado suceso postró el corage de Sinán de modo que, abandonando a Bucarest, se retiró tan deprisa la buelta del castillo de Giorgien que, aviéndose quebrantado las ruedas de algunos carretones de la artillería, los dexó abandonados en la campaña. Comprehendida la fuga de Sinán, Segismundo siguió su marcha y, aviendo tomado lengua de algunos fugitivos, supo aver passado el río con la mayor parte del ejército, dexando el bagage y los esclavos de estotra vanda cubiertos de la guardia de quinze mil turcos y, dando orden que se moviesse la cavallería más ligera para estorvarles el passage, marchó en su prosecución. Y llegando improvisamente (quando passavan el puente), atemorizados los infieles atendieron a preservarse del peligro en ciega confusión y, embaraçándose unos a otros, solo consiguieron su ruyna haziendo en ellos los transilbanos el mayor estrago, anegándose también los que se arrojaron al agua. Perecieron en este lance diez y seis mil turcos, quedando en poder de los christianos seis mil carros de bagage y toda la artillería, como restituidos a la libertad cinco mil esclavos christianos. Y con el mismo afortunado progresso, dio un assalto general al castillo de Giorgien a vista del enemigo y, sujetado a fuerça de armas, mandó degollar a mil y quatrocientos turcos que le presidiavan.

Sinán, en medio de sus experiencias, conociéndose abandonado de los favores de la Fortuna en su mayor edad, le faltó el aliento para oponerse a Segismundo, contentándose de participar a la Porta el desastre, culpando al transilbano y al balaquio que, unidos con las armas imperiales, avían fomentado la derrota padecida, si bien, en la expresión del suceso supo pintarle con tan alegres colores que no pareciesse tan horroroso al sultán como le podía dibuxar otro. Y anteviendo la culpa que en la Corte avía de afear la mala disposición, primero que su infeliz fortuna, por aver aconsejado aquella guerra, representó tambien que los christianos no avían combatido con los othomanos, sino con el bagage porque el nervio de las milicias avía ya marchado con él, y que la poca gente sin experiencia que guarneçía la retaguardia avía cedido al ímpetu de los enemigos y ocasionado la rota. Y que si lo horroroso del invierno no dava

tiempo para la vengança, sabría conseguirla en la primavera, en la qual o moriría o resarciría (con la vida del transilbano y del balaquío) la pérdida ocasionada, más del accidente de su ausencia que del valor de los christianos.

No quedó Mehemed satisfecho por entonces con las disculpas, pues comunicó al muftí el contratiempo sucedido y respondió que la derrota avía sido gravísima y que, haziendo cómputo de todo lo perdido, llegava a un millón, no debiendo Sinán exponer tan rico capital al caprichoso insulto del enemigo. Y que, aunque se precisava de soldado viejo, no se avía hecho conocer en este lance experimentado, pues la militar cautela enseñava también (quando las relaciones en los avisos asseguravan estar lexos el enemigo) a marchar como si estuviesse muy cerca y que, justamente, se le podía condenar al resarcimiento de los daños con los propios bienes, porque en los males acontecidos se deben corregir aquellos que tienen parte en ellos.

Ebraín visir, imputado de no aver socorrido a la armada en tiempo con dineros y vituallas, quedó desposeído del visiriato, como también Sinán del gobierno de las armas. Y aviendo entrado Lalá, sexto baxá, en el visiriato, apenas hubo tomado la possession de la dignidad quando, arrebatado de improvisa enfermedad, salió de este mundo siguiendo el viage que tiene destinado la naturaleza a los mortales quando, en el relox de la vida, las últimas arenas del aliento abandonan el vidrio humano en las finales respiraciones, dexándole empañado para una eternidad.

Hallávase en este tiempo la Corte othomana escasa de sugetos para el gobierno político, como también para el militar. Y como en el monarca faltava esta última profesión, no obstentavan los soldados aquella natural vanidad que adorna el espíritu marcial y, entregados más al lucro de la mercancía que al empeño de aquella obligación, olvidavan la más ayrosa profesión por la más desaliñada ganancia.

Los espais atendían solo a la cultura de los timaris, o repartimientos, y en ocasión de guerra embiavan en su lugar a los criados. Y si en este tiempo los príncipes christianos huviessen imitado al transilbano, no pudiera la potencia othomana resistirse al último empellón de las católicas armas, pero como se hallava Felipe Segundo con el embaraço de la porfiada guerra de Olanda, venía a ser la última en su cuydado la de Ungría, por impossibilidad, aunque también en esta se tratava de conservar en su casa un grande reyno antemural de la christiandad, siendo la guerra de Olanda algunas vezes un juego de axedrez, porque los exércitos saltavan de una parte a otra cogiendo cada vez el uno al otro alguna plaça que no era, para entrambos, de gran conseqüencia, terminando la campaña con innumerables gastos. Y si los soldados (que se

consumieron en ella en el curso de tantos años) se huviessen empleado contra los turcos, hubiera gemido aquella monarquía, oprimida del peso de sus infelidades, pero vive la christiandad tan lexos de despertar del pesado sueño de su desunión que, ni a las voces que Dios la da con los sucessos, se desvela para el común alivio.

Ya los polacos avían empeçado a tener zelos de las fuerças y fortuna del transilbano Segismundo (su confinante), entre cuyas fatales sospechas (que exalan la Turquía y oprimen a la christiandad) nacen las domésticas dissensiones para ruyna común de la fe católica, siendo los mismos christianos autores de sus propias desdichas.

Estuvo el puesto de visir sin proveerse más de dos meses, con grave daño de las dependencias tocantes a este ministerio, pues en él consisten las mayores negociaciones. Y no caminando la rueda principal del relox del gobierno, es preciso que le falte el movimiento a toda la máquina de la política armonía. **[1595]** No se discurría en persona que pudiesse ser a propósito (porque no avía en qué escoger) y la guerra necessitava un soldado, tanto más valeroso y experimentado quanto el ardiente espíritu del transilbano (assistido de las armas imperiales) se obstentava cada día más ayrosamente formidable.

La reyna madre aconsejó a su hijo (por la falta de sugetos que avía) que atribuyesse a la Fortuna, más que a la falta de valor o de dirección, el golpe que avía recibido Sinán, y le aseguró que no avía en la Corte (por tan atrevidas acciones) personage más experimentado en la militar ocupación, ni más antiguo en las armas, cuya expresión fue motivo para bolverse a restituir la dignidad de gran visir. Y aunque su edad llegava a ochenta años, era tan ardiente, que no le pudo entibiar el espíritu el frío continuado de la ancianidad.

Salieron a encontrarle en su llegada todos los más principales baxaes y, aviéndose puesto a los pies del sultán, le recibió con agrado y estimación. Y en la visita que le hizo el embaxador veneciano, se portó con él aquella formalidad sobervia y jactanciosa de natural furioso, diziéndole que los venecianos assistían disfrazadamente a los imperiales y que, en la armada christiana, militavan súbditos suyos; y que el sultán tenía bien dispuestos sus taraçanales, como también dos minerales inextinguibles de oro y de soldados y que, entrambos, los emplearía contra quien no huviesse observado las condiciones de la paz.

Al baxá de Buda quitaron la vida porque en la relación de los sucessos imperiales se avía diferenciado (con sinceridad) de las expresiones de Sinán. Y aviendo rezelado en Constantinopla alguna sublevación de los christianos a favor del emperador, mandaron salir de ella a los griegos, armenios y albaneses dentro de seis días, quedando los demás christianos viviendo con peligro por la

curiosa observación con que fiscalizaban sus acciones, proponiendo también en este lance el cruel Sinán que, para eximirse de cuidados rezelosos, se renovassen en ellos otras vísperas sicilianas, haziéndolos pedaços en una noche.

El aga de los genízaros, para reparar (con la superstición el dolor de las pérdidas antecedentes), llevó con gran veneración al campo el estandarte de su falso profeta, siguiendo a esta demostración la penitencia de todos con ayunos y oraciones para aplacar la ira de Dios, trabajando sus predicantes a todas horas en los pueblos persuadiéndolos a la mayor constancia, como a resarcir (con más ardiente corage) los infelices antecedentes sucessos de las armas, de que resultó aver echado a la mar algunas mugeres por quebrantar el ayuno, bolviendo a renovar con grandes penas la prohibición del vino para que el temor los conservasse resignados y devotos.

Bolvió Sinán a representar al sultán que en el passado enqüentro con los christianos no le avía assistido el tártaro, como tampoco salido de Crim con el prometido refuerço (aconsejado de Ferad con maligno disignio por la emulación que tenía con él, porque las cosas de su dirección no tuviessen mejor fortuna que las antecedentes) y, aviéndose ofendido Mehemed con esta insinuación, mandó quitar la vida a Ferad, cuyos bienes (según es costumbre) pararon en el serrallo.

No tuvo larga complacencia Sinán de la muerte de su competidor, porque mientras andava ordenando los medios para salir a campaña con nuevas fuerças, la muerte arrojó sus disignios en la sepultura para que siguiesse el alcance de su enemigo, si bien, antes de morir dexó escritos algunos avisos para el monarca, siendo el uno que saliesse personalmente a campaña con sus tropas para exercitar el valor y la disciplina militar, y que la dignidad de primer visir no la diesse sino a persona inteligente en el ministerio de las armas. Y le propuso a Cicala baxá, pero Mehemed, despreciando el consejo, nombró a Ebraín favorecido de la reyna madre.

Dejó Sinán llena su casa de riquezas, donde tuvo el sultán bien en qué apagar la sed de la ambición, passando al serrallo treinta y seis caxones cerrados llenos de diferentes riquezas, a los quales siguieron ochenta mil zequíes. Sintieron los turcos la pérdida de este sugeto como de un zeloso mahometano experimentado en las armas, acreditado y práctico, implacable enemigo de los christianos.

Olvidáronse los infieles del mayordomo renegado del embaxador cesáreo, después de averle desfrutado las noticias tocantes a la negociación de su amo, por lo qual, arrepentido de aver abandonado la fe católica, hizo

instancias con el embaxador veneciano para que le permitiese el passage a Venecia.

Por no perder Segismundo el fruto de la victoria se aplicó al sitio de Temisvar, pero aviendo encontrado fuerte resistencia, noticiado de que Hamán, sultán de los tártaros, unidamente con los othomanos, se encaminava a socorrer la plaça, deliberó salirle a recibir a la campaña que se explaya entre Belgrado y Temisvar y, aviéndole presentado la batalla, le derrotó con muerte de tres mil enemigos, poniendo a los demás en desayrada fuga.

Alegraron la Corte alemana estas victorias y a Rodulfo, en particular, que cada día estava más satisfecho del pariente a cuyo valor y disposición se debían los sucessos. Solicitava el transilbano (en ocasión tan favorable y oportuna) mayores fomentos para oprimir más al enemigo, ya que se hallava abatido, pero no faltaron émulos embidiosos de su fortuna, como de su gloria, que embaraçassen por caminos extraviados el servicio de emperador, oponiéndose al justo fomento de las victoriosas armas.

Las infestaciones de los usquoques cada día eran más dañosas y molestas a los que seguían el tráfago de los comercios, y más odiosas a los turcos, por lo qual passavan amargas queexas en los sentimientos que expressavan al embaxador de la República de parte de la Porta, como a quien tocava el remedio, y se acrecentaron después muchas más por la improvisa interpresa de Clisa.

Huyóse de la cárcel en Roma fray Gabriel de Luca, apóstata, y passó a Praga, donde fue agente de esta nación y tuvo introducción con algunos de los ministros principales del emperador, a quienes descubrió el sitio eminente y dominante de la plaça y pidió permissão para que los usquoques (atendiendo alguna ocasión en que los turcos se descuydassen en la custodia) la suprimiessen. Y assí, Juan Alberto de Espalato y Bertucho de Liesina con quinientos usquoques de los más resueltos, informados de que el domingo de ramos, dos leguas distantes de la plaça, en un prado ameno se hazía una gran feria donde concurría gran cantidad de comerciantes y, porque el mercado contribuía a la guarnición de Clisa con una porción de dinero considerable, a fin de que algunas esquadras del presidio cubriessen y assegurassen la campaña de los insultos de los usquoques, deliberaron valerse de esta ocasión para lograr el insulto. Y por asegurar la feria, Ebraín aga, governador de la plaça, con las tropas dexó casi indefensa la villa y, desembarcados de improviso abançando al primer recinto, encontraron algunos turcos avassallados del vino, dexándolos sumergidos en el sueño para siempre. Y observado un portillo en la muralla, montaron sin dificultad al segundo, en donde degollaron otros treinta indefensos con el susto de la novedad. Y faltando la última y más eminente porción que superar (por

ser muy áspero el terreno), consiguieron, sin embargo, por difíciles senderos atacar a los pocos turcos que cubrían la guardia, los cuales atormentados del impensado accidente se retiraron a una torre en la más alta cima de la montaña. Pero no teniendo víveres con que mantenerse, se rindieron pactando la libertad y las vidas, como también la retirada al más cercano castillo othomano.

Ocupada pues la plaça por los usquoques (celebrando el suceso), dispararon algunas piezas de artillería, acompañando el estruendo con algunas salvas de mosquetería que sirvieron de señas a diez y seis barcas armadas (que navegaban aquellas aguas) atendiendo el suceso, para que desembarcassen en su fomento, como lo hizieron con otros quatrocientos usquoques, en cuyas murallas arbolaron banderas imperiales. Y avisado de la novedad del estruendo Ebraín, acudió a querer aplicar algún remedio al mal, pero maltratado de las armas de los usquoques, conociendo ser muy desigual el contraste, tuvo por bien de retirarse. Y no pareciéndoles a los vencedores que el primer recinto era adecuado para la defensa, lo demolieron y aplicaron aquellos materiales a la parte más elevada que fortificaron, dexándola inexpugnable. Y despachando aviso a los compañeros de Segña que les remitiesen socorros para mantener el puesto, previendo que los turcos no dissimularían la pérdida, nombraron por governador de la plaça a Alberto de Espalato, confirmado por el archiduque y honrado también del emperador con el título de conde.

Disgustó este suceso a la República, tanto quanto los turcos expressavan su enfado por los frecuentes insultos de esta nación, por temer que, al penetrar la Porta, que era súbdito el governador, creería también que con beneplácito suyo avía acetado el puesto, pretexto suficiente para emprender la rotura quien la desea. Y assí, previnieron de todas las circunstancias a su embaxador para que, advertido, no perdiesse ocasión de mostrar con cierta ciencia (quando le hablassen en esta materia) que, por ningún lado, avía tenido parte la República, ni noticia en el suceso. Divulgado el accidente en Constantinopla, no siendo los turcos tan pacientes en las pérdidas como los christianos, sino más ardientes en sentir qualquiera ligero golpe, después de aver dado varias quejas al embaxador veneciano, le dieron a entender que, si el senado no avía tenido parte en el insulto, no dexaría de tenerla en la permissão, pues no se avían aprestado para la vengança y la recuperación. Y después de sesenta días, embió orden la Porta al baxá de Bosna para que juntasse las tropas circunvezinas y procurasse con pronta brevedad la recuperación. Y aviendo recogido diez mil soldados, tomó los puestos atacándola por tres partes y, viendo que la artillería no hazía efecto considerable en la muralla por lo elevado del sitio, no obstante, la atormentavan con los disparos de elevación. Los sitiados, entre otras angustias,

padecían la falta agua por averles ganado una vezina fuente. Y assí, con fuegos y ahumadas, imploravan socorros a los de Segña. Lenco Viquio, governador de la provincia, en conformidad de las órdenes que tenía del archiduque procurava unir las tropas para intentar el socorro y, porque estaban ocupados los passos de los turcos, se aplicó a disponerse por la mar, para cuyo efecto se valió de diversas barcas, pero con la acostumbrada tardança christiana que lentamente se mueve y jamás llega a tiempo.

[1596] Incorporáronse con las tropas de socorro muchos dalmantinos, súbditos de la República, por la natural aversión que tienen a los othomanos, y desembarcaron hasta treinta mil personas, gobernadas de Lenco Viquio, en un village del arçobispo de Espalato cercano a la marina.

Ebraín, antecedente governador de Clisa, batiendo la entrada con tropas de cavallería, advirtió a los suyos la marcha del socorro christiano y el comandante imperial, animando a los que le seguían, les pronosticó la victoria si, imitando su exemplo, embestían las líneas atacando al enemigo con igual valor. Estaban prevenidos los sitiados de su próximo arribo para que fomentassen con gruessa salida el choque y, puesto en execución, assaltaron a los turcos con prosperidad al principio del trance, pues clavaron alguna artillería ganando tres insignias infieles, poniendo también en fuga las primeras esquadras enemigas que se afrontaron a las tropas christianas, las quales faltando a su obligación se cevaron en el pillage, dando lugar a los enemigos para que se incorporassen en su daño, pues experimentaron en pocas horas su desdicha perdiendo las vidas y lo que avían apresado, terminando el socorro en una infelicidad en que perecieron Próspero Marquione, napolitano, Francisco Barbo y otras muchas personas de calidad.

Lenco Viquio, con los que le siguieron, se apoderó de la montaña introduziéndose en el recinto, logrando el socorro, pero no la subsistencia porque, hambrientos los sitiados, necessitavan más de vituallas que de bocas, y les dixeron que los recibían de muy buena gana como a compañeros para pelear en las murallas, pero no para comer en la mesa. Y comprehendida la angustia, para que no pereciessen todos, persuadió Lenco Viquio a los suyos, que eran seiscientos, a que le siguiessen para intentar a prima noche la salida y conducirse a la playa. Y en caso de que fuesse possible, bolverse a retirar a Segña. **[1596]** Pero los turcos, advertidos de los de Dalmacia (que tenían la parte del vencedor), ocupando el passo, atacaron a los christianos al resplendor de la luna, los quales, abatidos de coraçón por el antecedente infelice successo, no hallaron en el segundo mejor fortuna, porque, si bien al principio, hizieron alguna resistencia (como inferiores en el número), quedaron desvaratados y muertos el

obispo de Segña y otros de los más principales, y en prisión Jorge Paradisio, Balicardo Auspergo y otros.

Lenco Viquio (aunque herido), acompañado de dos morlacos prácticos de los más escondidos senderos de aquellas montañas, por incógnitas veredas llegó a la playa y, de allí, a Segña milagrosamente. No lograron sin sangre la victoria los infieles, pues perdieron más de quinientos hombres, en cuyas sepulturas gastaron todo un día. El baxá de Bosna, valiéndose del Paradisio, su prisionero, le obligó a remitir a la plaça diversos papeles que aplaudían el crédito de su valor en tal resistencia, pero que aviendo derrotado el primer socorro y estando sin esperanças del segundo, sería bien (cediendo a la adversa) reservarse para otra mejor fortuna. Y temiendo los usquoques (por la mal segura fee de los turcos, como por los estragos que avían hecho en sus vassallos en aquellos confines) que se sirviessen de esta ocasión para la vengança (en medio de que el Paradisio sobre su fee y palabra les assegurava la de los othomanos), no huvieran tenido fuerça sus persuasiones a capitular si el hambre (que es un abogado que convenze siempre a su juez) no les huviesse por último reduzido a la entrega, saliendo solamente con el bagage que pudiesse llevar cada soldado para su especial servicio. Y es cierto que, las continuadas correrías de esta nación despertaron a los turcos del profundo sueño en que los avía sumergido la ociosidad, para que su aplicación avivasse con excesso las labores del taraçanal que tenían olvidadas enteramente. Y aviendo conseguido echar a la mar con brevedad algunas esquadras de galeras, dio motivos zelosos a la República para temer alguna novedad declarando los turcos que, con las propias fuerças, querían reprimir el atrevimiento de aquellos que no militavan al sueldo de las armas venecianas, aunque estavan con el accidente passado bien mortificados.

El importante tráfago de Espalato se conocía descaecido (siendo escala de las mercaderías de levante) por el temor que avían todos concebido de las extorsiones de los usquoques, cuyo daño los mantenía atormentados sin atreverse a navegar. En los passados tiempos se reduzían las mercaderías turquescas a Narenta, tierra del dominio othomano adonde venían a comerciar de Tracia, de Servia, Bosna, Macedonia y otras provincias y, por el riesgo de los usquoques, tomando otro viage, passavan a Ancona y Arragusa.

En el año de mil quinientos y setenta y siete, un hebreo llamado Miguel Rodrigo tuvo disposición para ajustar que la plaça de Espalato fuesse escala franca para el comercio, la qual (por el puerto y por el sitio a propósito para el tráfago) se podía assegurar con galeras armadas de modo que floreciesse con grande utilidad la negociación. Este interés, bien que a los principios tuvo alguna oposición, sin embargo, después, aplaudido de los mismos turcos, caminó con

tanta felicidad que se fabricaron grandes edificios para recibir los géneros, como para expurgar las mercancías, mandando los turcos allanar los caminos, a su costa, para facilitar los passos a las cavalgaduras de carga. Y fue de modo creciendo el concurso y, con tanta felicidad, que era mayor el tráfico por la tierra quanto (por las piraterías) venía a ser más azaroso por la mar. Y por este camino venían a Espalato los negociantes de Persia y de las Indias. Y no es dudable que se huviera aumentado mucho más si las molestias de los usquoques no huviesen descompuesto la navegación.

En este tiempo, subieron a Istria veinte y tres barcas armadas con cinquenta hombres cada una de esta nación y, entrando en el puerto de Rovigno, se apoderaron de algunos navíos de cargaçón degollando la gente que los guarnecía y, entrando en el lugar, cometieron todos los pecados de ira, avaricia, luxuria y gula. Y passando de allí a Fasana y a Beglla (dexando en cada lugar señas atroces de su infame proceder), cargados de despojos, bolvieron a navegar la buelta de Segña (nido cruel de estas humanas aves de rapiña) y, aunque el governador les negó la entrada de día, después con la obscuridad de la noche, procuró no ver el desembarco de los despojos, que llenaron la ciudad de robos, de los quales (dize este autor) que passaron algunas porciones a la Corte alemana para regalo de algunos ministros que protegían esta nación, porque estuviessen sordos a las queexas de los venecianos que, sobre esta materia, representavan varios sentimientos. Y assí, para oponerse a tantas vexaciones, eligió el senado general de las armas a Domingo Tiépolo con poco gusto de los usquoques, porque dos años antes les avía destruido desde los fundamentos algunas de sus guaridas, obligándolos a retirar a los montes albaneses. Y después de aver degollado y ahorcado de las entenas a muchos, y puesto a otros en cadena, los reduxo a muy estrechos términos y, queriendo también los turcos entrar a la parte en esta persecución, teniendo los venecianos por sospechosa esta compañía, por varias conseqüencias abandonaron por entonces el continuar en su dessolación.

Las noticias de la elección del Tiépolo, y las prevenciones para bolver a su persecución, les obligó a fortificar los lugares de la marina, como también a reforçar a Segña, cuya plaça yaze sobre la cima de una montaña, a quien defiende un altivo castillo (sin cuya expugnación es difícil qualquiera experiencia en su conquista) y, aunque no es grande su recinto, está defendido de las operaciones de las minas por quanto la fábrica oprime los ombros de escollos vivos. Y, sin embargo, los venecianos pusieron sitio a la plaça y dieron principio a estrecharla. Y llegando el aviso a Viena, el emperador a boca le dixo al embaxador veneciano que desaprobava los excessos de tan depravada gente, cuyas operaciones eran

muy contrarias a sus órdenes y, era tal la maña que, quando se armava la República para la operación, descomponían las negociaciones los progressos que podían lograr las armas. Y lo mismo se hizo en esta ocasión embiando comissarios a Segña, dando a entender quán repugnante era (para el logro de los negociados) sitiar a los que avían ido para manejarlos, con que después de varias disputas en el senado (haziéndose esta guerra más por necesidad que por elección), se resolvió un medio término (que en tales casos es el peor y muy semejante a agua tibia, que ni calienta ni enfría) dando orden al Bembo (que por muerte de Tiépolo sucedió en el generalato) que se retirasse sin hazer extorsión alguna en los lugares terrestres, persiguiendo solamente en la mar a los usquoques.

El estruendo de los comissarios, que avían ido con fin de castigar severamente a los delinqüentes, cayó sobre quatro desgraciados porque la liberal y mañosa disposición de los cabos políticos y militares supo lograr que se suspendiese el rigor de más ensangrentado exceso. Y aquellos que no miravan más que la superficie de este negocio, se admiravan de que los austriacos (con la guerra de los turcos), protegiendo tan mala gente, estimulassen también las armas de la República, pero los que penetravan el corazón de la política comprehendían claramente que, el fomentar este nublado (con disfraçadas demonstraciones), tenía por vivo objeto obligar por fuerça a la República que infestasse a la Bosna y a los bosineses, con el medio de los usquoques, y llegasse (con abierta rotura) a ser compañera en los intereses de la guerra de Ungría. Y esta era la torcida vista con que mirava a un lado al parecer, para executar la operación en el otro, y no solo atendían a este ruydoso estallido los imperiales, sino también la Corte católica, como tan unos los intereses y los fines.

Don Pedro de Toledo y don Pedro de Leyva, generales de las galeras de Nápoles y Sicilia, navegando las espumosas aguas del Zante y la Cefalonia, saludaron el castillo en demonstración de cortés amistad. Y el Toledo, ordenó al cónsul de su nación que residía en la isla que refiriese al magistrado no aver llegado a aquellos parages en daño de sus intereses, sino para atender los disignios de la armada othomana y pelear con ella, y corresponder con la demonstración a los daños que imprimían sus armas en la Ungría vengando, a un mismo tiempo, las injurias que hazían a Rodulfo con las fuerças terrestres. Y aviendo tenido aviso de que dicha armada estava surta en los puertos de la Morea (porque lo riguroso del tiempo le impedía la salida), don Pedro de Toledo rayando con los remos la margen de la ribera, navegando de cala en cala, cubierto con las alas de la propia palamenta (como neblí, que atendía la presa para arrojarse sobre las aves othomanas que passassen por aquella parte), estava

prevenido con las garras abiertas para ensangrentarlas en el empeño de la caça, con seguridad de la victoria, rezelándose también los venecianos de que, además de lograr alguna facción, era el primer motivo el de ejecutarlo a la vista de aquella isla para que comprehendiessen los turcos la buena correspondencia que tenían con el senado, a fin de hazerle más odioso con el sultán.

Contentos en Constantinopla con la recuperación de Clisa, aunque sentidos de las pérdidas en la Ungría, alentaban la mormuración desacreditando al sultán. Y los pueblos, con el pretexto de verle sumergido en las asquerosas aguas turbias del serrallo y, casi anegada la vida de su obligación en el afeminado exceso, sin atender a los remedios de tan desastrados accidentes como los que afligían aquel imperio. Avía la madre dado orden al baxá de encubrir los malos sucessos al hijo, noticiándole solamente los prósperos y agradables porque el disgusto del ánimo no imprimiese en el cuerpo alguna enfermedad, o porque los accidentes no le precisassen a salir a campaña (que era el más peligroso enqüentro el de la ausencia y podía descomponer la absoluta autoridad con que le governava). Y como eran tan ruydosas las comunes mormuraciones en los sentimientos de los súbtitos y las exclamaciones de los ministros, se resolvió finalmente el sultán a salir a campaña y, no pudiéndole la madre apartar de esta deliberación, se opuso con vivas instancias al viage, tomando por instrumento (además de su autoridad) las tiernas caricias de una discreta y hermosa dama del serrallo que, con las lisonjas de los empeños de la voluntad, procuró domesticar adormeciendo el corage del sultán en la suave pluma de su regazo. Pero desvelado al ruydo de su propia obligación, conociendo que las mañosas demonstraciones se endereçavan a desviarle de lo que era tan de su punto, prorrumpiendo en el exceso de una ira implacable, quitó la vida con sus propias manos a la incauta hermosura como obstáculo que se oponía a seguir las glorias de sus mayores, imitándoles en las operaciones de las conquistas. Y puesto a la frente de sus tropas, passó a la Ungría con poderoso ejército animando con su presencia el corazón de las milicias y el impulso de los genízaros que, alentados con el ayre de la esperança, se prometían sobresalientes progressos, como que bolverían a resucitar las difuntas victorias.

Siguiéronle los embaxadores de Inglaterra y Francia a instancia suya, interponiéndose el primero más de una vez con deseo de la mediación (con ventajas del emperador), pero no encontró el cabo para desenredar lo enmarañado del hilo. Declaróse un decreto que mencionava la cancelación de las plaças de los timaros, como también el deservicio del sultán a los que faltassen de sus banderas el día de la marcha. Y hallándose assistido de veinte y cinco mil cavallos bien adornados, observaron los prácticos que la milicia estava

más adornada en los vestidos que amaestrada en las armas, y más delicada que fuerte para la duración de las fatigas en la campaña. Con estas tropas, y con el restante del ejército, se encaminó a Belgrado, donde corrió voz que sus designios eran ponerse sobre Agria, ciudad principal de la Ungría. El archiduque Maximiliano ordenó a Guillermo Terscone (que se ofreció a la defensa) que entrase en la plaza, porque importava mucho su conservación, con que fue preciso recoger de todas partes las assistencias y, precisamente, las tropas de Transilvania para embaraçar al enemigo la conquista y, si fuesse menester, disputársela en abierta batalla. Los batidores, que salieron a tomar noticia del enemigo, dixeron que estava acampado sobre la plaza con grande aparato de artillería y que, después de la muerte de Solimán, no se avía visto en aquel reyno tan formidable ejército, pues según el mucho terreno que ocupava, passaría de ducientos mil combatientes, los ochenta de tropas experimentadas y lo restante de gente de poca conseqüencia, desarmada e inútil. Y después de aver fabricado quatro baterías, empezaron a fulminar el presidio (compuesto de cinco mil hombres de diversas naciones) y, aunque al principio se obstentaron animosos (dexando las puertas abiertas) como ardientes en las salidas (con daño de los infieles), desconfiados de la esperanza de socorro (imitando al fuego que, sin materia para alimentarse, pierde fácilmente el ardor), passaron a entibiar la constancia, asustados con los estragos que la artillería imprimía en los recintos de la plaza y del castillo, recobrándose en lo más fuerte de una retirada y argumentando (de la falta de los disparos en aquella muralla su abandono). Se aloxaron en ella los turcos y, fulminando incessablemente con la artillería aquella parte, arruinó de modo el terraplano que, abriendo capaces brechas, facilitó el assalto que (con grande ardor) intentaron los genízaros, pero rechazados perdieron mil hombres. Y para no derramar tanta sangre, se aplicaron a las labores subterráneas y, haziendo bolar algunas minas, desvaratavan con el fuego lo que resistían las violencias del azero.

Maximiliano, entre tanto, solicitava refuerços para mover la armada en su socorro, pero caminando con pernicioso lentitud y experimentando penuria de vituallas, quanto más terreno ganava el turco en la plaza, tanto más perdían de constancia y de valor los sitiados. Por lo qual deliberaron en el Corte cesárea que saliesse el conde Julio César Extrafoldo con ocho mil soldados alemanes y úngaros a intentar introducir en la plaza algún socorro, pero dos leguas antes de llegar, tuvo la noticia de averse perdido.

Llegó la infausta nueva a los oídos de Maximiliano, sin perderse de ánimo por el sucesso. Y aviéndose incorporado a sus tropas Segismundo, príncipe de Transilvania, con la flor de sus milicias, passaron la muestra general, en que se

hallaron treinta y dos mil cavallos y veinte y ocho mil infantes y, puesto sobre la marcha, se encaminó la vuelta de Agria. Y aviendo llegado a un sitio en donde se estaña una considerable laguna, halló la oposición de algunas tropas turquescas que, fingiendo retirarse, intentaban empeñar a los christianos en su alcance para introducirlos en una emboscada (bien guarnecida de artillería), pero reconocida la intención se abançó Esfacemberg con gruessas tropas alemanas, ocasionando este refuerço la pérdida de mil y quinientos infieles y quarenta y tres pieças de campaña, cuyo principio pronosticava entera victoria acrecentando el deseo universal en los católicos llegar a decisiva batalla con los mahometanos.

El transilbano, al descubrirse las primeras luzes de la aurora (sin noticia de Maximiliano), acampado de la otra margen del estaño, solo esperaba que le siguiessen las demás tropas para atacar el trance, pero el archiduque le hizo suspender la resolución por dar alguna respiración a los hombres, como descanso a los cavallos (acosados de tan dilatadas marchas), y también para penetrar con más aplicación los disignios enemigos. Y porque en aquel puesto se reconocía la falta de agua y forrajes, moviéndose en batalla, se aquarteló más cerca de Crisceso.

Llegaron los batidores que avían salido a tomar noticias de los turcos essotro día por la mañana y refirieron que Mehemed se movía con todo el gruesso en prosecución de los christianos. Y poco después intentó el Cicala con los tártaros y turcos que le obedecían el esguaço de la laguna, pero rechaçado de los imperiales, abandonó tres culebrinas. Hizo frente Mehemed con su ejército formado en regular disposición al de Maximiliano, que esquadronó la infantería en tres troços guarnecidos de cavallería y, apenas avía encomendado la guardia de la laguna a Esfacemberg y a Teufembac, quando los turcos con horribles alaridos hizieron fuerça para lograr el passaje. Pero los alemanes le disputaron con tanta fuerça (a vista de su campo) que, dexando en el terreno tres mil cadáveres y tres pieças de campaña, bolvieron las caras recargados de los nuestros con tanta violencia que desvarataron, con la fuerça de la fuga, un gran esquadron de los suyos que estava formado en un sitio ventajoso, obligándoles a desamparar una iglesia vieja que avían elegido para su reparo.

Murió el beglerbei del Assia y, de la parte de los christianos, ducientos soldados con algún cabo de consideración. Y comprehendiendo inescusable la batalla, los cabos de uno y otro ejército, con ardientes exortaciones animaron sus esquadras.

Mencionavan los turcos ser aquella misma campaña donde Solimán (con gloria de la nación) avía riunfado tantas vezes, y que el terreno bañado con la vertida sangre de los

christianos a los filos de las azeradas zimitarras, avía hecho brotar los renuevos de las palmas de las victorias turquescas. También ser aquellos los mismos alemanes y úngaros que avían cedido tantas vezes al corage othomano y que, el combatirlos, sería lo mismo que vencerlos.

Maximiliano, arrogantemente modesto a sus generales y a sus soldados, habló de esta manera.

Ser aquellos turcos los mismos a quien Segismundo avía poco antes vencido y desvaratado y, en particular aquel día, poniéndolos en desayrada fuga. Y que en la armada enemiga era la mayor multitud la que sobresalía para la apariencia, mas no para la substancia, en donde la confusión mal dispuesta era su mayor peligro, pues en rompiendo los primeros esquadrones, su cuchillo avía de ser su desorden. Y que, a tan valientes soldados, que debían a su garvo tanta estimación, sobra van las insinuaciones quando estavan tan acostumbrados a cumplir con sus obligaciones por su Dios, por la patria y por la libertad.

Entre tanto, los othomanos iban esguaçando la laguna para acercarse más a los christianos, por lo qual ordenó el archiduque (después de aver dado la señal de la batalla) a las primeras esquadras, que obedecían a Suarzemberg y a Palfi, que atacassen al enemigo. Y que, en caso de que retrocediese bolviendo a passar el estaño, solo le cargassen hasta la margen de él. Y encomendada la retaguardia a Teufembac y a otros varones úngaros, ocupando el archiduque con el transilbano el cuerpo de la batalla, destroçaron los primeros esquadrones (con poca fatiga) las tropas enemigas poniéndolas en fuga, cuya retirada violenta desordenó a los que estavan doblados a la margen de la laguna para su fomento y, entre el caos de tan assombrado movimiento, perturbada la ossadía de todos en ciegas demonstraciones de torpeza, se confundían unos con otros, sin encontrar para salvarse más medio que el de anegarse en las olas de su mismo assombro. Perecieron en este trance diferentes cabos othomanos de consideración, quedando en poder de los christianos quarenta culebrinas y algunos carros de zapas y palas y, en el terreno, anegados en su propia sangre, trecientos genízaros que cubrían la artillería. Y logrado tan favorable sucesso, prohibió Maximiliano (en conformidad de la antecedente deliberación) que passassen lo suyos el estaño, por quanto el sol tocava ya las líneas del occidente para sepultarse en las obscuras sombras de la noche, pero el transilbano, el Palfi y otros cabos hizieron repetidas instancias al archiduque para que siguiesse el alcance y no abandonase tan a fortuna dos auspicios, pudiendo lograr enteramente la dessolación de los othomanos, ya perturbados y embilecidos con el desastre, siendo puesto en razón embaraçarles el rehacerse, de que podría resultar algún azaroso contratiempo, a cuyas insinuaciones el archiduque permitió la deliberación arrebatado más de los votos universales que de su propio motivo. Y al executar el esguazo de la laguna, se puso en fuga el sultán

con tanta priessa que, después de aver marchado toda la noche, llegó a mediodía a Salonoc.

Las tropas christianas, con el desorden del enemigo como con deseo de arruinarlo, confundieron en el passage toda la buena ordenança mezclándose (por adelantarse en su daño) las filas de la retaguardia con la banguardia de modo que, sin formación y sin obediencia los soldados, negándose a las insinuaciones de los cabos, abandonaron la victoria por no perder de vista los despojos. Y llegando en esta forma a los aloxamientos de los turcos, encendió la ambición el deseo del botín de forma que unos a otros se arrebatavan de las manos lo que avían robado. Y creciendo la inflamación creció también el peligro, pues se confundió la defensa en el tumulto sin acertar a mandar y sin conseguir obedecer. Y mientras los esparcidos christianos intentavan llegar al pavellón del sultán (que estava bien guarnecido de artillería, cargada de valas de mosquete, cadenas y palanquetas), dándoles fuego los genízaros que estavan de guardia y, acompañando la demostración con la mosquetería, hizieron notable daño en los incautos ambiciosos, cuyo accidente les multiplicó la confusión. Y comprehendiendo los turcos assí el daño como la alteración ofuscada en su misma turbación, siguieron el alcance a tiempo que Cicala baxá no aviendo tenido ocasión de pelear, moviéndose con sus tropas cortó el passo a los christianos con que acabó de arruynarlos, pereciendo casi toda la infantería y la mayor parte de los italianos y, entre ellos, el conde Pedro Colalto y el conde Julio César Extrasoldo, como también quarenta cabos principales y los dos duques de Olstein, perdiéndose también la artillería y el bagage, teniendo apenas tiempo de salvarse el archiduque en Casobia y el transilbano en Tocay, trocándose en un momento el valor de los christianos en cobarde ceguedad, la disciplina militar en inobediencia infiel y la antecedente victoria en pérdida tan afrentosa como desayrada, cuya trágica mutación representaron vencidos los que avían sido vencedores en el teatro de la mayor infelicidad, siendo muy distintos los hurtos de los christianos en este caso a los de los turcos, pues estos robaron de las manos a essotros la victoria que avían conseguido. Y si huviessen acosado a los infieles sin dexarse vencer de la ambición, huvieran logrado enteramente el alibio de aquel afligido reyno, mientras la pérdida sirvió solamente de aumentar la opresión.

No causó entero contento en los turcos el próspero y no esperado successo, porque a la muerte de veinte mil se agregó el aver corrido voz en Constantinopla de averse perdido el sultán, y el muftí postrado con humiliaciones y lágrimas, arrancándose los cabellos, implorava el auxilio del falso profeta para que le assistiese en tan deplorable trance.

Admirado Mehemed de la accidental victoria de sus armas, hizo demostraciones de públicas alegrías confessando su obligación al Cicala por aver recuperado la perdida batalla y, quitando del propio turbante un ayrón de diamantes, se le dio con afabilidad. Y desposeyendo del visiriato a Ebraín (con ser hechura de su madre), nombró en él a Cicala en atención al mérito de la batalla.

Era hijo de ginovés que, aplicado unas vezes al comercio y otras a la piratería, freqüentava las playas truquescas y, apressando una esclava turca de hermosura agradable, aviéndola bautizado en Sicilia se casó con ella, en quien tuvo diferentes hijos y, entre ellos, este baxá que, siguiendo el curso con el padre, quedaron cautivos de los turcos en una ocasión, consiguiendo el padre con el rescate la libertad. Y a él, por ser de tierna edad y espirituoso, le precisó el sultán a que se hiziesse turco y, amaestrándole en el serrallo, fue consiguiendo los puestos de grado en grado con estimación y punto. Jactávase de pariente de Andrea de Oria y poseía la lengua italiana sin olvidarse de los preceptos de la religión católica, en cuyo regazo avía nacido, sirviéndose de incentivos que avivavan la ira para la persecución de los christianos, en cuyas rebeldes basas colocan la mayor exaltación de la secta othomana los renegados.

Fue de gran disgusto para la reyna madre el descaecimiento de Ebraín y, ofendida por el absoluto dominio que exercitava sobre el espíritu de Mehemed, quiso que su hijo pareciesse ingrato, antes que ella desautorizada. Y valiéndose de artificiosas demostraciones, le obligó a que restituyese el puesto a Ebraín, consintiendo con galantería el Cicala en la mutación por no quedar en desgracia de la reina madre.

El rigor de invierno obligó a las armadas a retirarse a los cuarteles. Y Rodolfo (por el desgraciado sucesso), solicitó con vivas instancias a los príncipes christianos para que le socorriessen, nombrando por director de sus armas al archiduque Matías, que tomó por interpressa a Tata, aviendo hallado en los estómagos de los infieles que murieron en aquella ocasión muchas monedas de oro que avían tragado a fin de ocultarlas del saco, cometiendo un pecado de gula porque los christianos no executassen otro de avaricia.

Llegó de Persia un embaxador extraordinario con tanta pompa que excedió en lucimiento a quantos antecedentemente avían concurrido en aquella Corte, pues le seguían quatro mil cavallos, pero el comandante de Tauris le negó el passage (zeloso de tantas tropas), permitiéndole que escogiesse ducientos que le acompañassen. Iba en su comitiva, y en igual estimación, un anciano venerable, de cuyo consejo dependía el embaxador por no tener más de treinta y tres años, que era el príncipe de Arceuile, camarero mayor de aquel rey, a cuyo

cargo estava el sello real y de quien dependían los intereses de aquella monarquía. Y aviéndose embarcado en Escutari, salió Assán baxá a recibirle con muchas galeras. Y para que la entrada fuese formidable, por falta de milicias (que se hallavan en campaña), armaron dos mil azamollanos y muchos de los gremios como a los del taraçanal. Acompañavan al embaxador cinquenta soldados de guardia con arcabuzes largos y muchos caçadores con diversos páxaros de cetrería.

Iban marchando delante quatro capigis con baquetas cortas en las manos, siguiéndose otro con una pieça de tela finíssima bordada de perlas al uso persiano. El capigi basi del embaxador llevaba en la mano un bastón dorado, precediéndole doze cavallos con adereços bordados de pedrería de inmenso valor. Dexóse ver el embaxador bien montado en un ayroso cavallo con beste y sobrebeste bordadas a la moda de su país y turbante lleno de diamantes, correspondiendo el adorno del cavallo a los más preciosos que traen los sultanes. Tratáronle con grande estimación, pero no correspondió la urbanidad con la negociación porque aviendo pedido la restitución de la plaça de Tauris, encontró tal dureza que no pudo romper el escollo de la negativa con los instrumentos de su embaxada, cuyo motivo le obligó a irse disponiendo para bolver a su país. Y aviendo observado la grande autoridad de la madre, y que con el medio de sus hechuras governava la monarquía, dixo que el dominio que dependía de la dirección de las mugeres, assí como era propicio para su rey, sería dañoso para los othomanos. Y, con proverbio persiano con fisgona doblez, dixo que era mal agüero quando la gallina cantava en casa como gallo.

[1596] Hizieron los turcos en Balaquia executar un horroroso espectáculo y fue que, aviendo sucedido en el dominio de esta provincia Alexandro, bayboda, después de la muerte del príncipe Micoli, adornado con manto de oro y el más sumptuoso de aquellos que acostumbra vestír en las mayores festividades (achacándole el delito de rebelión), le suspendieron de una horca, a cuyos exemplares severos llaman los othomanos el freno de la Turquía. En el mismo año Selín, hijo del sultán, murió en edad de catorze años con grande sentimiento de su padre que, amándole tiernamente, esperaba en él aquella salida que prometían los exercicios de cavallero, en los cuales estava muy adelantado.

Llegó en este mismo tiempo a Constantinopla un embaxador de Usbec, rey de tártaron assiáticos, a quien acogieron con estimación, concurriendo el pueblo a la novedad como función no vista antecedentemente en aquella Corte y se dexó ver sin pompa vestido de bocací, publicando sus cortesanos que, en su religión, solo se permitía a los reyes vestirse de paños de seda y de oro y no

a los vassallos. Fue su principal comission ofrecer la diversion de armas a daño del persa, corriendo en amistad con la Porta, y pidió permission para ir libremente a la Meca a rendir (como los othomanos) la veneración al culto de Mahoma, ofreciendo adornar el sepulcro con ricas cubiertas y con espléndidos regalos. Obstantó con arrogantes exageraciones las fuerças de su rey, diziendo que tenía a su obediencia otros treinta reynos que le reconocían el alto dominio y que juntava en sus exércitos dozientos mil cavallos y cien mil infantes.

Estas eladas expresiones fueron odiosas a los turcos, que no creen pueda aver potencia igual a la suya. Y sacando alguna zelosa desconfiança de la permission que pedía para passar a la Meca, sin concluir lo uno ni lo otro, le despidieron.

[1597] Después de la mencionada rota, atacaron los christianos a Giabarino, pero defendida la plaça de Alí baxá, no tuvo efecto el empeño, intentando también el transilbano la expugnación de Temisvar, en cuya defensa assistía Solimán baxá. Pero después de quarenta días de sitio, aviendo la continuación de las lluvias desvaratado las labores, se vio precisado a levantar el sitio, passando Segismundo a Praga (a la entrada del invierno) a recibir el Tusón que le avía embiado Felipe Segundo y, con resolución repentina, propuso ceder a Rodulfo el dominio de la Transilbania y retirarse a vivir pacíficamente a otro principado de menor embaraço. No dexó el emperador de divertir el intento previniendo las consequencias, pero insistiendo en la resolución de restituir la provinvia al reyno de Ungría (al qual estuvo en otros tiempos incorporada), porque no cayesse en poder de los infieles, resolvió acetarla con las siguientes condiciones: Que el César cedería a Segismundo el principado de Oppelen y Ratibor, en Silepsia (otras vezes renunciado a la reyna Isabela), contribuyéndole cinquenta mil úngaros para su luzimiento cada año. Que consentiría en el divorcio de su muger o nulidad del matrimonio y, queriendo aplicarse al Estado eclesiástico, le procuraría negociar el capelo. Que bolviendo a Transilbania, convocaría la dieta para que aprobassen los Estados la eleccion con la asistencia de los embaxadores del César y que passaría el archiduque Maximiliano al gobierno de la provincia.

Varios discursos levantaron de punto las consideraciones en la repentina resolución de Segismundo, maravillándose todos de que un príncipe victorioso, y soldado, huviesse (sin necesidad) elegido tan cuerda retirada, si bien no ignoravan que, desde cierto tiempo, se hallava predominado de extravagantes afectos, cansado no solo del principado, sino también de sí mismo y, entregado a la soledad, aborrecía la compañía aun de sus propios familiares (en la precisa asistencia de la doméstica confiança) y, durmiendo turbadamente sin sossiego,

despertava con ímpetu furioso, oprimido de fantásticas ilusiones. Y no aviendo consumado el matrimonio con María Cistina de Austria, su muger, la aborrecía sin causa, y era opinión de sus domésticos que la madre de Estevan Boscaj (queriéndole juntar con su hija), le avía maleficiado de modo que todo lo que se le ponía delante lo abominava con exceso.

En este mismo año con garvosa estratagema ganaron los alemanes la plaça de Giabarino, descuydadamente custodiada de los turcos que (por la passada derrota de los christianos) estaban sin rezelo alguno de sus operaciones y, quando la conquistaron, hizieron baxar de la torre de la iglesia un gallo de hierro que servía de veleta y, por irrisión, le colocaron sobre a puerta del Danubio con el mote siguiente: *Quando este gallo cantarà, la plaça por los christianos se conquistará.*

Informado pues el conde Adolfo de Esfacemberg de que los infieles en Buda preparavan un comboy para introducir en Giabarino víveres y municiones, y otros pertrechos, sabiendo también que el governador de la plaça assistía a la disposición, aviendo juntado un cuerpo de seis mil soldados alemanes, franceses y balones, salió de Comora midiendo la marcha de modo que pudiesse llegar a medianoche a vista de la plaça. Y aviendo caminado diez leguas, comunicó a los suyos el disignio y, aprestados los petardos y las demás cosas para llegar a la experiencia, prosiguiendo el viage se halló enfrente de la plaça a la hora destinada. Y aviendo embiado tres soldados de a cavallo úngaros, con hábito y lenguaje turquesco, advirtieron a la primera centinela que ya avía llegado el socorro de Buda, encaminado de noche (de orden del baxá) porque los christianos no intentassen embaraçarlo y, hecho abançaer al petardero francés, llamado Robecurt con un carro, sobre el qual iban cubiertos los petardos, la centinela creyendo ser de municiones no le embaraçó la entrada y, hallando calado el puente, aplicando uno a la puerta, hizo maravilloso efecto y como la noche encubría la estratagema con las sombras, y los othomanos vivían sumergidos en profunda quietud, no embaraçaron la entrada a los christianos que, assegurándose de la puerta, ganaron las entradas de la ciudad, donde degollaron algunos turcos dormidos (que despertaron en el otro mundo) y como iba creciendo el rumor, iban despertando los assaltados que, con las zimitarras desnudas, aceleradamente (en camisa) passavan adonde las tinieblas de la noche hazían más ciego el combate y más confusa la mezcla. Y no sabiendo con fundamento de quién se debían rezelar, se assombravan de todo lo que no veían, como también de todo lo que escuchavan.

Advertidos finalmente de la interpresa, el terror (que no suele admitir consejo) no fue bastante a desalentar su corage y, opuestos con resolución al

empeño, batallavan ardientemente en las calles con los agresores, pero llegando poco después la cavallería christiana dio el último empujón a las vacilantes esperanças de los infieles, que cedieron, pero combatiendo palmo a palmo el terreno, no sin alguna vengança, aunque era mayor el número de los christianos, que murieron dozientos en la calle que sale a la plaça, y Alí baxá, que governava en ínterin la ciudad, haziéndose fuerte en un bastión con los suyos y dos zimitarras en las manos, después de aver muerto algunos christianos, no queriendo sobrevivir, ni rendirse, hizo dar fuego a la pólvora (que estava inmediata, o en el mismo bastión) con que volaron por el ayre unos y otros.

Exemplos semejantes de bizarría desesperada rara vez se hallan en las christianas defensas. Perecieron mil y quatrocientos infieles, quedando prisioneros trecientos, pero no se logró el suceso sin sangre, pues costó quinientos christianos, si bien lograron los soldados grandes despojos y al petardero Robecurt, que tuvo fortuna en el logro de la interpresa, mandó el emperador dar quatro mil úngaros y cien mil a Esfacemberg, como director de la conseguida victoria.

Llegó a Constantinopla la nueva de la pérdida de tan considerable plaça, cuyo suceso renovó en las milicias, como en el pueblo, sentidas mormuraciones que se adelantavan a hazer pronósticos más infelizes de la monarquía por estar governada de las mugeres del serrallo. Interpuso el tártaro su autoridad para mediar en la paz y, pretendiendo los alemanes la restitución de Agria, no tuvo efecto la negociación.

Estava el gobierno reduzido a una suma confusión porque faltava la obediencia y sobrava la ambición, porque todo lo dominava el interés, sin que de este vassallage huviesse persona essenta en qualquiera grado, de cuyo embrión nació la monstruosidad de una sublevada alteración que puso en cuydado la Corte expressando que, si no sacudía el imperio de los ombros, la opressión del gobierno femenino que le desacreditava, llamarían para entregarle la corona othomana al tártaro.

[1597] Hizo morir el sultán a Mehemed Satergi, general en Ungría, imputado de traición y de avaricia, logrando en sus bienes un tesoro, en cuyo tiempo también se movieron algunas sediciones en el Assia y en la Caramania en que publicavan los rebeldes que a la frente de sus tropas se hallava un príncipe de la sangre llamado Selín, hijo del difunto Amurates y hermano del reynante Mehemed, cuyo motivo acrecentó la unión de los mal contentos para fomentar la novedad, hallando en la turbación más substancioso alimento su insolencia. Aplicava el sultán los medios más posibles para extinguir una centella capaz de poder avivar un incendio irremediable, pero la mañosa

actividad consiguió que los rebeldes vendiesen la persona de Selín por dinero con el medio del baxá de Alepo, que fue el truxamán de aquesta compra. Y conuzido a la presencia del sultán confessó ser su hermano declarando que, consignado secretamente a Mehemed visir (por eximirle de la muerte), le avía trocado con otro muchacho no muy desemejante en la lineación del rostro. Y puesta esta materia en consulta de baxaes, se hallaron las relaciones no dissonantes del verisímil, por lo qual ordenó el sultán que, con el esparcimiento de sangre, terminasse la tragedia haziéndole cortar la cabeça en su presencia.

Salió Cicala baxá, capitán del mar, con cinqüenta galeras de Constantinopla para hazer oposición a la armada del rey católico y, antes de partir, se observó que tuvo algunas sesiones con ministros de príncipes christianos (no sin alguna familiaridad), en las quales procuró informarse de sus dissensiones para mejor conduta de sus disignios. Y aviendo navegado hasta el último promontorio del reyno de Nápoles (a la vista de Sicilia), noticiado de que no estaban en el puerto de Mecina más de treinta galeras que obedecían al general don Pedro de Leyba, reforçó quarenta de las suyas (con cuya prevención parecía disponerse para embestir al puerto), pero aviendo llegado a la vista de la ciudad arboló una bandera blanca y, con esta señal de amistad y persona que passó a tierra, hizo instancias para que permitiesse el virrey a su madre que passasse a su galera para verla y reverenciarla. **[1599]** Y aviéndose puesto en execución, después de averse abraçado tiernamente la madre hecha un mar de lágrimas, le rogó con amorosas súplicas que bolviesse a incorporarse a la ley católica, pues avía nacido en ella y correspondiendo él, con las mismas instancias vivamente, procuró que se fuesse con él a la Turquía y bolviesse también a seguir aquella secta. Y no hallando modo de convencerse con las instancias, contemplándose nuevamente con una cariñosa atención y abraçándose con mayor ternura al despedirse, regaló a su madre con dos mil zequíes y otras cosas, aviendo concurrido en la conferencia Carlos Cicala, su hermano, quien le pidió que, con la gran autoridad que tenía con la Porta, le procurasse alguna conveniencia sin llegar a formal mudança de religión y discurrieron sobre el gobierno de las islas del archipiélago con el desembolso de los ordinarios tributos de cada año (con el título de duque de Nixia), como lo avía tenido antes Juan Miques, hebreo.

Agradóle a Carlos la proposición y, después de la partida del hermano, se fue disponiendo para efectuar la materia. Y passando a Arragusa y, después, a Escio con algunas mansiones, a fin de que fuesse agradable a la Porta el no llegar improvisamente por no dar ocasión a los émulos (con la novedad) a que passassen a discurrir más dilatadamente sobre este punto y, aviendo allanado la

gracia del sultán Carlos Cicala con las individuales noticias que dio del estado de la christiandad y tratados del rey católico con la reyna de Inglaterra, y las esperanças acerca de la duración de la paz entre las coronas, añadía (para facilitar el ascenso y hazerse más bien visto en Constantinopla) que lograba correspondencias con Raymundo de la Torre, embaxador cesáreo en Roma, y con el duque de Sessa, ministro católico en la misma Corte, pretendiendo por medio de ellas tener entrada para introducir manejos de paz entre los dos emperadores.

Con estas máquinas llegó a la Porta, donde halló algunos obstáculos porque, para conseguir el ducado de Nixia, querían que se hiziesse turco, si bien después con el medio término de que renegasse el secretario, de cuyo nombre se podía servir, se consiguió la dignidad con obligación de pagar cada año catorze mil ducados, no sin mormuración de los émulos que publicavan que él y su hermano se interessavan en las complacencias de España, pero el mérito que adquirió con el sultán en la batalla de Agria desmentía las más ensangrentadas acusaciones de sus enemigos, sin que llegassen a ser atendidas ni acreditadas.

Llegó a la Porta Gabriel Buenaventura, portugués hebreo, para encaminar tratados de treguas entre los españoles y los turcos, llegando a divulgarse que, por su medio, se introduxeron algunas cartas de ministros católicos para el muftí y el visir, a cuyas negociaciones se opusieron los ministros de Francia y de Inglaterra exagerando que, intentar los españoles pacificarse con los othomanos, tenía por fin (asegurados del peligro de las armas turquescas) la opresión de otro algún potentado amigo de la Porta siguiendo el exemplar de Felipe Segundo que, aviendo conseguido las mismas treguas el año de mil quinientos y setenta y ocho, se sirvió más libremente de la ocasión para sujetar el reyno de Portugal. Y por este camino (mendigando la amistad de la Porta por el temor de sus armas), son los mismos christianos aquellos que, con las desconfianças, acrecientan cada día lustre, esplendor y autoridad.

Después de las sangrientas guerras de Enrico Quarto, y de aver domado la idra de las discordias internas de su reyno (que, si bien hecha pedaços, bolvió a renacer con varias cabeças que fue preciso cortar después para la seguridad del solio), se estableció la paz entre las dos coronas de España y Francia.

Celebró el gusto entre los christianos el successo con aplauso universal y actos de devoción en processiones, como en excessos de demonstración política, en fuegos artificiales, de cuyo ruydoso estruendo se oyeron los ecos en Constantinopla. Y al passo que fue risueño el ajuste para la christiandad, fue amargamente desabrido para los infieles, temiendo que de esta nueva unión

resultasse la circunstancia de arbolar las insignias christianas contra las menguantes lunas, por lo qual se hizieron varias conferencias en el dibano por qué Enrique Quarto se avía declarado con algunos y, en particular, con el embaxador veneciano (al passar los oficios de gratulación en la enorabuena de sus victorias) diziéndole que muy brevemente esperaba corresponder al cumplimiento en viva voz con el senado (a imitación de sus mayores), transfiriéndose a Venecia y passar de allí a la dessolación de los infieles. Pero estas ardientes expressions se fueron elando con la dilación del tiempo de modo que, mitigado el calor, no tuvo fuerça para avivar la memoria las operaciones de la voluntad.

No faltava mucho para que se dilatassen más continuadas las sombras que movían las desconfianças de los othomanos en su horroroso desconsuelo, en cuya confusión nada sobresalía más que su disgusto, ocasionado de que Clemente Octavo (en aquel año) entró en forma triunfante en Ferrara por aver agregado con facilidad y fortuna al patrimonio de la iglesia aquel importante Estado, asistiendo a Su Santidad en esta ocasión veinte y seis cardenales, el archiduque Ferdinando, el duque de Mantua y muchos embaxadores.

Temieron los turcos que de tal assamblea resultaría alguna universal cruzada para daño de aquel imperio, cuya circunstancia puso en tanto temor a la Porta que encaminó con secreta disposición a un hebreo portugués (que poseía las lenguas) para que passasse a penetrar la verdad de aquel manejo y bolviesse con relación fidedigna. Y, a la verdad, no iban los turcos muy descaminados en el rezelo porque en tiempo de guerras externas, qualquiera interna dissensión sería de sumo daño y, más, quando estava tan cebado el desorden en el mal gobierno y la inobediencia de las milicias en el desahogo, dexándose conocer en el semblante de la monarquía los indicios de una próxima vacilante mutación.

Cusaín y el Escrivano, rebeldes coligados, predominavan el Assia y, con las correrías, llegavan hasta las puertas de Alepo con assombro de los habitantes y, particularmente, de los mercaderes que ya empeçavan a despoblar aquella tierra buscando otra para la quietud, en cuya paz suele sin riesgo asegurarse la hazienda.

[1600] Mehemed baxá, nombrado del sultán para reprimirlos, no se hallava con fuerças equivalentes para executarlos y pedía assistencias a Constantinopla y a Damasco. Y aviéndole socorrido, por último, juntó hasta quarenta mil soldados y, en el mismo tiempo que obtava con las fuerças, no dexó de aplicarse con el ingenio procurando servirse de todas las artes insidiosas para separar a los rebeldes, sembrando entre ellos una zelosa desconfiança, que

suele ser madre natural de las discordias. Y para este efecto se valió de Sefer aga, uno de los principales cabos de las tropas de Cusaín, embiéndole dentro de una maça errada una carta, en la qual le insinuava que no perdiesse su propio interés, ni despreciasse el aumento de su fortuna teniéndole en la mano y, más, quando no siempre se dexan ver las prosperidades, no siendo razón despreciarlas quando se permiten risueñas con apacibilidad a su favor y que, si muerto o vivo le pusiesse en las manos a Cusaín, o dispusiesse que los rebeldes se hiziessen trayción uno a otro, estaría a su disposición el vassallage de Damasco o el de Alepo. Y que no era faltar a la fee ser traydor a un rebelde, pues en serlo servía a Dios y al profeta Mahoma, que sería testigo de su fidelidad con el sultán y que, obedeciendo a Su Magestad, conseguiría seguro premio, como también si assistía a los rebeldes la recompensa en un cordel.

Vencido pues con estas expresiones Sefer, intentó que se lograse el intento, pero aviéndose descubierto la trama le fue preciso, para salvar la cabeça, huirse al abrigo de Mehemed y no fue inútil su passage a la armada othomana porque, participando los secretos de los rebeldes, fue notoria su flaqueza y no ocultos los disignios de retirarse a la provincia de Mesopotamia. Y siguiéndolos Mehemed, les obligó a la retirada embaraçándoles los víveres con ocupar algunos passos estrechos, con cuya diligencia los tuvo como sitiados y, no obstante, Cusaín, saliendo de los reparos de su abrigo freqüentemente, hizo grande estrago en los turcos.

Vivían los rebeldes desconfiados, uno y otro, temiendo cada qual no comprasse la cabeça propia la del compañero y, vencido de las persuasiones de Servan aga, el Escrivano maquinó vender a Cusaín y pidió por premio que se alargasse la armada othomana, abandonando la circunvalación que les hacía sentir el hambre. Y ajustándose Mehemed a la proposición, mientras Cusaín estaba en el aloxamiento del Escrivano para conferir los medios de continuar la defensa, le ataron de pies y manos y, consignándolo a Mehemed, lo remitió a Constantinopla. Y en la presencia del sultán imploró con lágrimas la clemencia y, después de aver confessado a fuerça de tormento la trayción y las particulares circunstancias de la rebelión, le hizo romper el braço derecho y la pierna izquierda y, conduziéndolo después por la ciudad (atenaceado del verdugo), le apagavan en las heridas achas encendidas para mayor dolor, poniéndole después en un gancho, donde acabó su vida.

Esperava el Escrivano que Mehemed cumpliesse la palabra ofrecida en atención a la entrega del compañero, pero este declaró no tener obligación de cumplir la oferta a un rebelde, procurando cada día estrecharle más, bien que valerosamente se defendía y, por falta de munición para la artillería, hacía los

disparos con piedras, obligándole la falta de pan a mantenerse de frutas y de yervas. Cayó entonces grande cantidad de nieve, que fue el maná para los rebeldes, por quanto se vio precisado Mehemed (con el grande frío) a mandar que las guardias de la parte de la montaña abandonassen aquel frío, por donde recibieron aquellos afligidos algunos socorros de los giorgianos, a contemplación del persa (que a la fresca sombra de la discordia civil othomana) gozava el aura suave de la mayor quietud, mirando sin peligro el daño ageno.

Navegavan las galeras florentinas el archipiélago no menos armadas y ligeras que las de Malta, por aver instituido el gran duque de la orden de cavallería de San Estevan, a imitación de la del gran precursor San Juan Bautista, con obligación de perseguir a los mahometanos y tener libres los mares, assegurando el tránsito a los christianos, pero tuvo después algunos azarosos inconvenientes porque el buen zelo de algunos terminó en maldades de otros, y lo que debía ser tormento de los infieles se equivocó, siendo daño de los christianos, algunas vezes.

[1600] Tres galeras bien armadas y dos galeotas a la disposición de Virginio Ursino (después de aver hecho en la mar algunas presas), arribaron a la isla de Escio (famosa por las almacigas, que se deslizan en lágrimas olorosas de los párpados de las cortezas de los árboles, como por la generosidad de los vinos), conquistada de Solimán en el mismo naufragio que se perdieron las otras islas del archipiélago setenta años antes. Y aviendo desembarcado los florentines en el más alto silencio de la noche, conducidos de un paysano (después de aver degollado a las centinelas que estaban durmiendo y clavado algunas piezas de artillería), se introduxeron en la ciudad y, recobrándose los turcos al castillo y no siendo fácil su expugnación, resolvieron los christianos (que serían quatrocientos) saquear la plaça. Pero siendo desiguales las fuerças, pareció aventurado el tentativo como precipitado y, por último, gobernados de una ciega ambición antes que de una perspicaz disciplina militar, transportados con furiosa aplicación al pillage más que al combate, desvalijaron algunos villages en que lograron las haziendas de algunos católicos, porque los turcos las tenían en los lugares fuertes. Y aviendo aplicado un petardo a la puerta de una torre, despertando los othomanos, y los christianos irritados de las presas que les avían hecho, juntándose hasta diez mil cercaron a los florentines, de quienes los más tímidos se pusieron en fuga, haziéndose fuertes los más atrevidos en algunas casas de aventajado sitio. **[1600]** Y aviendo llegado los primeros con acelerado passo a puerto Delfín para recogerse en la armada, hallaron hechas a la mar las embarcaciones por el daño que recibían de la artillería del castillo, como también por temor de que siendo las fuerças

terrestres de los turcos mayores (porque cada hora se aumentaban más), no procurassen buscar modo de oprimir las galeras. Y viéndose sin este abrigo, perecieron a manos de los que los perseguían. Los otros se defendieron muchas horas y, aviéndose ofrecido un chاوز a salvarles las vidas por dinero, llegó en este tiempo el grueso de los turcos y, no aprobando el tratado, pusieron fuego a las casas donde perecieron todos, afligiendo con extremo a los pobres christianos del país, el implacable turco que governava, tomando por pretexto que tenían correspondencia con las galeras cosarias. Y viéndose precisados de la extorsión inhumana, nombraron dos que passaron a la Corte a implorar alguna clemencia del sultán, que los remitió al baxá Cicala, capitán del mar, quien aviendo dado fondo en la isla vertió gran copia de sangre de aquellos infelizes, sin dar oídos a las justificaciones ni a las lágrimas de los afligidos miserables, publicando que lo avía hecho a fin de que para lo futuro se opusiesen los christianos a los christianos quando intentassen desembarcar en aquellos payses para hazer impressión en ellos, viviendo en la inteligencia de que con qualquiera novedad de este género se executarían en ellos mayores demostraciones de severidad.

Los insultos piráticos en la estimación del sultán incitan, pero no hieren; pican, pero no traspasan, imitando a los medicamentos ligeros que mueven los humores y, no teniendo fuerza para vencerlos, aumentan la calentura.

Cansado el Cicala, mas no satisfecho de afligir a los christianos de Escio, passó al golfo de Venecia y dio fondo en Santa Maura (nido de cosarios a poca distancia de Corfú), donde se encrudeció con algunos ricos leventes midiendo el peso de los delitos con el contrapeso de oro, después de aver sepultado en las ondas a Piali y a Assán bey (famosos cosarios turcos) por echar a pique sus quejas y profundar entre las aguas la memoria de los tesoros que les avía quitado, apresó una fragata con infantería que passava a Candia, pero la perdonó en atención de aver cargado en Sicilia y ser la gente de aquella isla con que hizo público el afecto para con los españoles, cuya circunstancia acrecentó en sus enemigos más razones para perseguirle y capitularle por lo sucedido con los mal contentos en Calabria, donde era cabo de los amotinados fray Tomás Campanela, religioso dominico, con su coligado Dionisio Pocio de Nicastro, siendo el pretexto de esta sublevación por tributos que no podían tolerar y por la grande ambición de los ministros que los oprimían con gran rigor en la ciudad de Catançaro.

Sedicioso pues el pueblo, embió un clérigo a Constantinopla a ofrecer aquella provincia a los turcos, y la Porta dio esta comission a Cicala para que acalorasse aquel movimiento y se diese la mano con los tumultuantes, para que

resultasse el partido en provecho del servicio del sultán. Pero no deseando ofender aquel reyno (donde avía nacido católico), a quien tenía afición encubierta, llegando a la vista de aquella provincia con el pretexto de aver hallado bien guarnecidas las marinas, negó el fomento a los rebeldes y passó, sin hazer otra demostración, a Arragusa abandonándolos enteramente para que los españoles executassen en ellos el castigo correspondiente al delito, como le padecieron en la Manaya en la horca y otros patíbulo Mauricio Reynaldi, cómplice principal, y otros nobles napolitanos y, entre ellos, el obispo de Mileto.

Acrecentáronse algunos sentimientos de buelta de viage contra Cicala y el ministro veneciano consiguió la restitución de los prisioneros (que avía hecho por el viage) a instancias de las quexas que avía representado al visir, siguiéndose después el tener con el embaxador de Francia un lance en que lo declaró parcial de los españoles y enemigo apasionado de su rey, y estuvo a riesgo de perder la cabeça a no tener el apoyo de la reyna madre y la inclinación del sultán a su favor, que desvanecían todas las acusaciones. Y aviendo hecho grandes instancias el francés para que le castigassen por aver despojado un bagel de su nación, ensangrentando las representaciones dixo al visir que, ajustadas las pazes entre el rey de España y su amo, le quedaría muy abierto el campo para la satisfacción, a que respondió que estaban muy bien informados los othomanos de los más menudos intereses de la christiandad, y que avía muchas dificultades que allanar sobre el marquesado de Saluzo; y que la paz entre los dos potentados tenía muy tierna las rayzes para asegurarse con tenacidad y que no hallava el sultán culpa que castigar en su ministro, siendo mérito afligir a los christianos y deuda precisa de su obligación en las dogmas de su *Alcorán*.

Pero bolvamos a los rebeldes del Assia y al Escrivano que, después de averse preservado del peligro, bolvió a salir a campaña (aunque con inferiores fuerças) con ánimo de pelear y darle la batalla a Mehemed. Y tenía tanto coraçón como industria, pues acampado en puestos ventajosos, señoreando los sitios más fuertes, burlava con la bizarría y la ferocidad el duplicado número de los que le perseguían. Y aviéndose reconcentrado en lo más espeso de un bosque y doblado las tropas bien formadas en su floresta, bolviendo las caras atacó a Mehemed que le iba cargando la retaguardia, en cuyo trance murieron dos mil turcos y, entre ellos, muchos de consideración, quedando también herido Mehemed en ocasión de esforçar la ordenança (que estava casi vacilando) contra los rebeldes.

De resultas de este suceso, más animoso el Escrivano, passó a la Natolia (país más fértil), donde imponiendo tributos a los pueblos y repartimientos a las ciudades, hizo provisión de dinero con que aumentó las tropas, reclutándolas

de soldados y, ocupando los tránsitos, disponía de las mercaderías a su beneplácito. [1600] Los habitantes interesados, acudiendo a la Porta con los sentimientos y con las exclamaciones, alteraban los oídos del sultán, dexándose ver algunos en la Corte desfigurados sin orejas y narizes porque se oponían a los rebeldes en algún dictamen, cuyo espectáculo conturbó a la Porta, así por el exceso como porque el tributo de El Cayro (que importava seiscientos mil zequíes) estava a riesgo de que le apressassen por el camino. Y porque a los pueblos se les coge por las orejas como a las liebres, traía el rebelde consigo predicadores que publicassen que solo era su intención conseguir la reforma del afeminado gobierno de las sultanas como descrédito del imperio othomano (arruinado y descaecido de la tiranía del ocio, que tenía en opresión al sultán), cuyo frontispicio político mostrava al parecer plausibles circunstancias de hermosura en lineaciones perfectas, pero en lo interno de la fábrica se percibía en los ingredientes de sus mezcladas argamasas, falsedad dañosa en el intento y, manejando el artificio con la fuerza y con el engaño, quando le faltava aquella, se ajustava de modo a essotro, que se levantava con las provincias (absoluto árbitro independiente de la Natolia) y del Assia.

Cansado Mehemed de acosarle sin fruto en sus deseos, temiendo caer en sus manos de la resulta de algún infelize contratiempo, se dexó corromper de su dinero suspendiendo la persecución por quince mil zequíes, que le facilitaron (por medio de la reyna madre) el retorno a la Corte, como también las treguas con el Escrivano, dexando encomendadas aquellas tropas a Mahamut. En otro tiempo el abandono de las armas y el acuerdo establecido con rebeldes, sin permiso de la Porta, sería delito capital. Pero como era yerno de la reyna (de cuyo arbitrio dependía el gobierno) y estava abandonada de los ministros la política, cada uno se regulava por su capricho, siendo tales las mormuraciones de los súbditos (oprimidos de los rebeldes) que assombravan con el sentimiento. Y viendo el pueblo al sultán inmóvil a las conmociones, como sordo a las universales quejas, se le pusieron delante (al passar a cavallo a la mezquita) algunos santones que, hiriéndose el pecho y arrancándose los cabellos, le dixeran a voces que estava perdida la monarquía porque permitía que la dominassen rebeldes y que, si no era capaz de defender los pueblos, los pusiesse en libertad para que ellos mismos consultassen su propia salud. Y que no se dexasse guiar tan ampliamente de las mugeres, ni de la avaricia de sus corrompidos ministros, y escogiesse de los muchos baxaes que avía los quatro mejores (como se usava antiguamente), pues el número se hazía tanto más pesado a los pueblos, quanto era mayor el sustento de que se necessitava para quitar el hambre a muchos que para satisfacer a pocos.

Emir Efendi, predicante en la mezquita, no dexó de expresar con atrevido estilo que avía dos emperadores, Mehemed y el Escrivano, el uno natural y el otro violento, pero que este era más fuerte que el primero, con que no sabían los pueblos a quién rendir el omenage. Alteróse el sultán conmovido a tan desahogada injuria y, después de aver buelto al serrallo ensangrentadamente desabrido, abrasándose en exteriores y desdeñosos afectos, ordenó que fuesen a su presencia todos los baxaes que (ajustados con la prevención, temiendo algún sobresaliente castigo antes de comparecer), se dispusieron como si fuesen a morir, labándose las manos y las caras por reconciliación de sus culpas, temiendo no salir con vida del serrallo. Pero la reyna madre, con agassajos lisongeros y la maña de su grande autoridad, supo desvanecer el obscuro ceño del nublado que forjava los rayos de la ira en la oficina de su turbado aspecto para fulminar a todos, calmando el rigor de lo que tenía apariencias de vengança para que terminasse en discursos de prevenciones de medios, con que saliesse la armada a reprimir la audacia de los rebeldes, pero no fueron tales que llegassen a mitigar el ardor de aquella llama. Y por ser menores de lo necessario para extinguirla, creció mucho más el incendio.

Hazíase el Escrivano estimar y reconocer como absoluto rey, aviendo distribuido los puestos más principales como el de primer visir y generalíssimo de las armas, y otros más inferiores, permitiendo a sus secuaces cualesquiera excessos para que se hiziessen incapazes de perdón en la Porta y, tanto más, se confirmassen enemigos de ella, uniéndose con él en disoluble empeño. **[1600]** Entre los demás desórdenes de la monarquía se hizo sentir el de la moneda que, levantada a mayor valor, dava ocasión a los espais (quexándose) de que los pagavan con solo la opinión percibiendo menos oro, pues acrecentando el valor, no aumentavan el peso.

Este accidente fue el que más alentó el movimiento de una sublevación y, aviéndose congregado los tumultuantes en Santa Sofía, pidieron quatro cabeças de los más principales ministros del serrallo con la de capi aga, en primer lugar, como confidente de la reyna madre y autor de toda la mala dirección, por aver ajustado en almoneda pública todos los puestos. Y porque con el sobresaliente precio, viéndose pobres los compradores, hazían estorsiones insoportables en los pueblos para sacar la costa de su desperdicio, con que quedavan arruinadas las provincias.

Atemoriçado Mehemed con este exceso, preguntó al Cicala, como acreditado y antiguo ministro, lo que avía de hazer encargándole que se aplicasse a calmar aquella tempestad. Y consolando al sultán, desaprobó el rezelo que le tenía avassallado diziéndole que los grandes monarcas debían vencer qualquiera

temor, mandando como a sus propios súbditos a los accidentes y a las desgracias. Y llevando consigo al muftí y al emir (primer predicante), se condujo a la mezquita donde estaban los sediciosos y, dando principio al sermón, exortó a que mantuviessen la obediencia al sultán con cariñoso respeto porque era la vasa sobre la qual estava assegurada la monarquía, que avía conquistado tantas provincias y tantos reynos, pero el rumor de la multitud, no dexando proseguir la plática, interrumpía con gritos y con aullidos la expresión diziendo que estaban sobornados del capi aga y que, si no les entregavan su cabeça, elegirían otro rey más aplicado a las armas y combidarían para ponerle en el imperio de Constantinopla al jefite de la Meca, o al gran can de Tartaria. Y viendo el Cicala que las persuasiones no eran eficaces para enfrenar la carrera del violento proceder del tumulto y, no teniendo en él parte alguna los genízaros, pues solo le avían fomentado los espais, hizo insinuar a los primeros por medio de sus cabos más resignados a la obediencia del sultán que, siendo la milicia genízara, el brazo derecho del imperio no permitiese que, sin su beneplácito, se siguiese una novedad de tanto escándalo, ni que tolerassen que la autoridad de los espais creciesse tanto que pusiessen la ley en este lance. Y quedando convencidos de estas representaciones, passaron a la mezquita armadas muchas tropas de ellos. Y huvieran atacado una sangrienta batalla a no averse interpuesto los cabos en esta ocasión, divirtiéndolos con expresarles que estando viva la guerra en la Ungría, y más ardiente que nunca la rebelión de Escrivano, era mal pensado añadir a estas circunstancias una guerra cibil y la desunión entre las milicias, cuyo motivo sería la última ruyna de la monarquía othomana. Y, en fin, con remediar el desorden de los timaros (que siendo su primera formación para premio de los militares solamente, el abuso los avía distribuido entre los baxaes y las sultanas), se aquietó el movimiento de tanta turbación.

Murió Ebraín (primer visir) en Persia con sentimiento universal de las milicias y entró al gobierno de aquellas armas Assán Gemisqui, que después de la campaña permitió el passage a la Corte a algunos oficiales y soldados, que llegaron hambrientos y desnudos en lo más riguroso del invierno, exagerando la carestía del país como también la falta de las pagas y la generosidad de Ebraín, en cuya muerte no halló el abariento Assán dinero alguno porque seguía los mejores dictámenes en mantenerse desinteresado y, no como él, que dexava perecer las milicias por acumularlo todo.

Caminavan de acuerdo los genízaros con los espais pretendiendo (en recompensa de averles despojado de sus timaris en el Assia el rebelde Escrivano) que se les permitiese el saco de los hebreos en Constantinopla, pero

ellos (manejándose favorablemente) atravesaron la pretensión de los militares quedando essentos de la vexación, cuyo motivo ocasionó la repetición del tumulto que, impelida del común sentimiento en olas de interesados desafueros, inundaron las haziendas de los mercaderes transportando (en sediciosas corrientes) quanto era capaz de su ambición. Y atormentando a los habitantes el conocido peligro, guardavan reclusión en sus casas faltando por este respecto a la freqüentación de las mezquitas, considerándose también poco seguros en el dibano los baxaes (con estar a los ojos del sultán) del militar desafuero, por quanto pedían los amotinados qüenta de los pagamentos defraudados y satisfacción de las provincias y ciudades posseídas del Escrivano, como también razón del dinero que avía salido del erario público (divertido entre los particulares).

Acompañavan a estos motivos la representación de que era más preciso y puesto en razón domar a los rebeldes que arruinar la Ungría, y que saliesse el sultán a la testa de sus tropas para dar vigor a la descaecida monarquía y que, no siendo hábil para ello, se eligiesse otro rey más a propósito. Pidieron también la degradación del muftí (como incapaz de sustentar la ley) y, conseguida, hizieron instancias sobre la deposición del cadilesquier de Natolia, que alcançaron. Y porfiando con las demandas, logravan la violencia y la fuerça lo que emprehendían, no aviendo cosa que hiziesse resistencia, si no es el oro esparcido del capi aga y de la reyna madre entre los amotinados para suspender en ellos el militar furor, como más inflamado, contra sus disposiciones.

Publicaron querer hablar cara a cara con el sultán (circunstancia no practicada) por no atreverse los súbditos a fixar los ojos en el soberano, que no solo le reverencian con las postraciones del cuerpo, sino también con las humiliaciones de la vista. Y aviendo hecho grandes esfuerços los más principales baxaes para desvanecer esta resolución, protestaron con alteradas amenazas que querían avocarse con el sultán en el dibano para demostrarle desnudamente las llagas de la monarquía, a fin de que se aplicasse a su curación y no llegasse el lance de acabar de arruinarse el vacilante imperio, cuyas insinuaciones llegaron a los oídos del sultán estrañando que le llamassen a juyzio los que Dios le avía dado por esclavos. Y pudiendo más la fuerça que la razón, baxó al dibano (vestido pomposamente y acompañado de los más graduados baxaes) para destilar más reverente respecto en los sublevados. Y ocupadas las puertas, no dexaron entrada más que para los baxaes del alto turbante.

Postrados pues algunos, se expresó por todos el que llevaba la voz en esta forma: que la segura fee de su obligación les motivava a representar a Su Magestad claramente el deplorable estado de la monarquía, ocultándole los lisongeros daños que padecía, haziéndole

saber los sucessos prósperos, callando los más infelizes, siendo especie de trayción la cortesanía que no llega a los pies del soberano apadrinada de la verdad, siendo infelicidad del solio conseguirla disfrazada para no conocerla: que en Assia dominavan los rebeldes y en la Europa los úngaros; que el erario estava descaecido por los grandes dispendios del serrallo; afeminado el gobierno por la autoridad de las mugeres; enfermo el dominio por la abaricia del capi aga, que convertía en propio interés la mayor parte de los tesoros del imperio y que ya avían olvidado el triunfar de sus enemigos las armas othomanas, pues solo se dexavan vencer de la necesidad, de la escasz y de la angustia. Y que era necessario para atajar los passos a tantos desórdenes, quitar las cabeças a la reyna madre y al capi aga, su favorecido.

Alterósele el color natural al sultán al oír semejante proposición y respondió con entereza que perdería primero el cetro que la madre que le avía dado el ser. Y que, aviendo servido muchos años a la monarquía, el favorecido no quería sacrificar su inocencia al desmesurado desdén de aquella representación. Y viéndole tan conmovido, rezelando algún ensangrentado contratiempo, se contentarían con que la reyna saliesse del serrallo. Y no pudiendo conseguirlo, persistieron en pedir la cabeça del favorecido (suspendiéndose con la intermisión de la noche, en parte, el furor de los alterados), pero con las primeras luzes del día, más irritados que nunca (en frenéticas demostraciones) prosiguieron el comenzado empeño. Y creyendo el sultán que, llevándole a su lado, le preservaría del fatal contratiempo la autoridad real, acompañada de mucho dinero que iba arrojando, repitiendo que le querían muerto, se arrojó el infeliz a los pies del soberano, de donde le apartó un genízaro para que en él se cebasse la sangrienta milicia, en cuyas manos pereció miserablemente. Era afable, discreto y cortés, cuyas prendas avían conseguido la gracia de tres emperadores, como también la voluntad del rey y de la reyna, pero la embidia (que es la peste de las Cortes y se pega, ordinariamente, a los más grandes como a los más beneméritos y afortunados) le quitó la vida.

Descubrió el rey tan notable sentimiento en esta ocasión que no lo pudieron negar los ojos, siguiéndose a esta demostración no dexarse ver en público en muchos días. Pero las inmensas riquezas del infelize, transportadas al serrallo, fueron eficaz remedio para convalecer de su aflicción, siendo argumento de su convalecencia averle visto en el turbante algunas preciosas joyas del favorecido.

[1600] La misma muerte estuvo para padecer Assán Tertequi, tercero baxá, y al sacar un genízaro la zimitarra para cortarle la cabeça, rogó a los soldados se acordassen de que avía sido su aga y, compadecidos de aquella memoria, le perdonaron la vida.

Apaciguóse el militar nublado con aquella lluvia de sangre, serenando la tempestad como en los días más fogosos, que fácilmente se desenojan las nubes trocando a mejor semblante el ceño de la amenaza. Estas turbaciones ocasionaron que el Escrivano señorease con más seguridad el Assia, hasta los confines de la Persia, pero en la mayor altura de sus felicidades el empellón fatal de una enfermedad le arrojó precipitado al abismo de una sepultura, en que se vieron todas sus esperanças reduzidas al estrecho cóncabo que le permitió la tierra para una eternidad.

Llegó esta noticia a Constantinopla, que celebró la Porta con grande alboroto, si bien duró poco tiempo el consuelo de tan agradable successo porque las tropas rebeldes substituyeron en lugar del Escrivano, para que las governasse, a Assán beg, su hermano, que inmediatamente pasó la muestra a veinte mil combatientes de buena calidad, con los cuales salió en demanda del ejército othomano (descaecido y deshecho por algunas circunstancias), por cuya razón le desvarató con facilidad quedando dueño de la campaña y en ella muchos cadáveres de suposición y, entre ellos, Ostref baxá, cabo principal. Y sin perder tiempo, se acampó a vista de la ciudad de Angori y por cien mil zequíes la preservó del saco y del incendio y, abançándose a Bursia, puso el país en contribución aumentando cada día más sus tropas, porque los malos siempre se agregan a los excessos.

Procurava el sultán en la Corte, con demonstraciones devotas a su modo y con la frecuencia de las mezquitas, ser exemplo a los demás para que, unidamente, procurassen aplacar la ira de Dios con ayunos y penitencias por las aflicciones que padecía el imperio, pues le faltavan las fuerças para reprimir los sediciosos. Y al mismo tiempo protestavan los genízaros, que no querían sujetarse a distintas guerras en un mismo tiempo, ni marchar, si no es debaxo de la conducta del sultán para pelear con los rebeldes, que llegaron hasta los contornos de Constantinopla. Y aviendo entrado en las cavallerizas reales, despedaçaron a los que quisieron embaraçar que llevassen los más escogidos cavallos, con los cuales remediaron la falta que tenían de ellos.

Avía Solimán, bey de Nápoles, apresado un bagel veneciano y convertido en uso propio la cargaçón con esperanças de que, con sobresalientes regalos, cultivaría la devoción de los más principales baxaes de la Porta para quedar el delito sin castigo. Pero el Capelo, embaxador de la República, haziendo resonar los sentimientos en el serrallo apadrinando la razón con los regalos, hizo (con provechoso exemplo) morir en el suplicio al bey y a su mayordomo. Dominan los turcos en Constantinopla, pero a ellos los avassalla el oro, de cuyo

resplandor nace ordinariamente su ceguedad y, por esto (entre tantas tinieblas), logra con facilidad el advertido ministro sin embaraço sus negociados.

Bolvamos a la Transilbania, donde Segismundo avía convocado una dieta, en que expuso los motivos que le avían persuadido a renunciar en el César el principado, y obligó a los Estados a que jurassen fidelidad a los embaxadores imperiales, quienes también le cedieron los derechos de los condados de Opolia y Ratisbor, prometiendo que Maximiliano passaría en persona a disponer las materias del gobierno de la provincia. Y Miguel bayboda, príncipe de Balaquia, asseguró también a los embaxadores de su inmutable devoción y, en nombre del emperador, se obligaron a pagarle cada año diez mil úngaros, assegurándole en herencia la Balaquia. Y en quanto Maximiliano estava disponiendo executar su viage con la decencia correspondiente a su dignidad, llegaron cartas (del passage de Segismundo a Vratislavia y Opolia, su principado) que mencionavan que, conociendo la diferencia que avía en el cambio de los Estados, se huviesse arrepentido de la negociación transportado de la inconstancia que le predominava en sus acciones, corrompiéndole todas las demás virtudes, como también el valor y la fortuna en las armas, mientras en las subseqüentes batallas (por recuperar la Transilbania) quedó siempre vencido (viéndose en esta precisado a vestirse de religioso con dos compañeros para salir de Silepsia y recobrarse en Polonia con dozientos mil ducados que tenía de joyas) y, passando de allí a su patria, le introduxo el Boscay en Claudiópolis, aviendo dispuesto con los Estados el aplauso de su recibimiento.

En este tiempo atacaron los alemanes a Buda y los turcos a Giabarino, pero desatándose las nubes en abundantes lluvias, sin dilación alguna, abandonaron los sitios. Apenas bolvió Segismundo a la possessión del principado quando (continuando en la inconstancia), destinó nuevos embaxadores que passassen a renovar con el César otra vez la confederación. Y en el mismo tiempo que en Praga se tratavan las condiciones entre unos y otros ministros, alterando la deliberación, llamó al cardenal Batori (que estava en Polonia) y le cedió la provincia ordenando que conduxessen a su muger a la casa de su madre, la qual (en hábito de viuda) passó a Gratz y, de allí, a Ispruc, donde fabricando un convento de religiosas terminó santamente su vida. Y aviendo entrado el cardenal al dominio de la Transilbania (oprimido de angustias y accidentes no tan fáciles de vencer con la enemistad del César y la desconfianza de los turcos, por las antecedentes ligas de Segismundo con el emperador), despachó embaxadores al César para aplacarle, y a los turcos para ablandarlos, con ánimo de que no consiguiendo moderar el enfado del primero, pudiesse conciliarse la protección del segundo. El emperador, no dando

atención a sus proposiciones, ordenó a Jorge Basta, su general, que moviese las tropas contra la Transilbania.

Era Jorge hijo de Demetrio, gentilhombre albanés nacido en el Monferrato en tiempo que su padre servía en aquel Estado con una compañía de cavallos ligeros de su nación. Y aviendo mostrado desde la primera edad viveza con valentía y genio militar con aplicación, passando a Flandes en tiempo del gran duque de Alva, fue abançando de puesto en puesto hasta que su grande opinión le hizo conseguir el generalato de las austriacas armas con grande estimación.

El cardenal Batori, no hallándose con fuerças bastantes para resistir las imperiales, llamó a los turcos en su defensa y, antes de estrechar la aliança, embió a Gaspar de Cornis al Basta a que penetrasse la verdadera intención del César, como también que le asegurasse que la unión con los othomanos no avía tenido otro fin que el de preservarse de la ira del emperador y que, quando estuviesse mitigada y quisiesse admitirle a su protección (no aviendo olvidado la obligación de christiano) como cardenal, se hallava ageno de apretar confederación con los enemigos de la santa fe y que, para asegurar mayormente su buena intención deponiendo la púrpura, se casaría con una princesa de la casa de Austria. El Basta dixo no poder formalmente responder a sus proposiciones, pero que las representaría al emperador.

Miguel bayboda, príncipe de Balaquia de la facción christiana, aviendo entendido el ensangrentado odio que le tenían los turcos y que disponían el conquistarle, recogiendo a la sombra del laurel imperial, ofreció al César expeler al cardenal de la provincia con las propias armas y con su fomento. Y viendo desesperada la composición con los austriacos, se unió finalmente con los othomanos, sujetándose a esta deliberación (más política que christiana) con la memoria de que era príncipe, sin acordarse de lo cardenal.

Declarado el balaquio general del emperador, juntó considerables tropas, cuyo número llegava a treinta mil soldados y, unidos a su partido los sículos (con promessas de mantener y ampliar sus privilegios), se puso a la vista de Emerstat, donde llegó el nuncio apostólico con los embaxadores del cardenal Batori para divertirle de la invasión de la provincia, asegurándole ser la voluntad del César que no se hiziesse extorsión alguna en aquella parte, ofreciéndose también el nuncio a que persuadiría al cardenal a separarse de los turcos. Pero aviendo faltado a la verdad en todas estas expresiones y conociéndose engañado del nuncio el balaquio, hizo saber al cardenal que si ponía en las manos del emperador la Transilbania, lo restituiría a la gracia de Su Magestad Cesárea, (pero del solio de los dominios suelen los ambiciosos dexarse

antes precipitar de la violencia de otro que desampararle voluntariamente) y, no aviendo querido el cardenal sujetarse a la proposición, le precisó el bayboda (que se abanzó con sus tropas a vista de las enemigas) a la batalla, en cuyo trance se prosiguió lo sangriento con valor algún tiempo, pero con desigual fortuna porque la constancia transilbana, aviendo aflojado el ardor en el empeño, perdió quatro mil hombres en el choque, quedando la campaña y la victoria por el balaquio, como también el bagage y quarenta y cinco piezas de artillería. Y puesto en fuga el cardenal, logró con el medio de la velocidad de un cavallo ganar la montaña, donde (con siete de los suyos) se escondió en lo más profundo de una caberna, pero apresado de unos balaquios (que le iban siguiendo) le quitaron la cabeça. No es maravilla que el príncipe que ha puesto mal las piedras fundamentales de su gobierno, quede sepultado entre las ruynas de su no bien construida fábrica.

Llevaron la cabeça del cardenal al bayboda, que ordenó (assí a ella como al cuerpo) se les diesse honrada sepultura. Los turcos, por este suceso (que mantenía desunido el partido christiano), ostentaron particular alegría y el bayboda, aplicado a la utilidad de la victoria, se apoderó de Alva Real y poco después de Claudiópolis, donde exercitando violencias hizo morir algunos principales varones y se concitó el odio de la nación. Y passando successivamente a Ust (donde estaban los tesoros del cardenal), la conquistó, con que satisfizo alguna sed en su avaricia.

Istvan Batori, sobrino del passado príncipe de Transilvania, intentó juntar algunas tropas en el confín de Polonia para bolver a resucitar la difunta esperanza de las fortunas de su casa, pero la defensa de aquel rey (ageno de disgustar al César) estorvó sus disignios de calidad que, intentando retirarse a Sombrio, quedó prisionero del general Basta y restituido después a la gracia del César con calidad que entregasse la plaza de Vivar en manos de los austriacos, como se executó.

Avisado Rodolfo de estos sucesos, embió dos plenipotenciarios para que recibiesen la Transilvania debaxo de su dominio y, el Basta, dispuso también que siguiessen este exemplar Ust, Lippa y otras plazas.

Estas mañosas negociaciones dieron algunos zelos amargos al balaquio, que aspirava al dominio de la provincia como fruto de su valor en la passada victoria. Los turcos, siempre vigilantes en buscar el interés entre las desconfianças christianas, informados de los antecedentes rezelos le despacharon un embiado para reduzirle a su partido, pero él asseguró a los ministros del César que se avía resistido a las tentaciones turquescas no dexando demostrar, al mismo tiempo, sus méritos con la casa de Austria y que deseava

proporcionadas recompensas y, entre ellas, la embestidura de aquella provincia, de la qual su arrojada disposición avía despojado al cardenal.

En tanto Segismundo, el instable príncipe de Transilvania, con el fomento de los turcos y moldavos se dispuso a recuperarla del balaquio, que la poseía en nombre del emperador, quien para resistirle (con buenas y luzidas tropas) pasó los Alpes y se reduxo a la Moldavia con pérdida de muchos soldados por falta de víveres y, sin perder tiempo, presentar la batalla a Segismundo, a quien venció al primer enqüentro y, puesto en fuga (sin ocho mil hombres que perdió), logró salvarse en los confines de la Polonia.

Es de admirar que, en quanto estuvo este príncipe perseverante en el partido christiano, consiguió parciales las victorias, pero quando separado se unió a los turcos, se le mudó la fortuna de modo que siempre quedó vencido y derrotado (que los christianos azeros pierden ordinariamente los filos quando los manejan la sinrazón y la injusticia).

Sujetó el balaquio la Moldavia y obligó a los pueblos a que jurassen fidelidad al emperador, que la dio en gobierno a su primogénito. Y después pasó él a la Transilvania, donde halló al doctor Penz, comissario imperial, que le intimó consignasse la provincia al general Basta, de orden de Rodulfo. Pero con varios pretextos dilatava poner en execución la orden cesárea y ganar con la dilación algún tiempo para tomar sus medidas. Por lo qual el Basta (valiéndose de la oportunidad), deliberó desposeerle con la fuerça y, aviendole encontrado junto a Claudiópolis, sin darle lugar a que se pusiesse en ordenança, le atacó de improviso con tanto furor que le degolló cinco mil hombres (más en el acto de fuga que en el de la oposición), dexando en su poder el bagage y doze piezas de artillería. Y quando iba a recobrase en la Balaquia con las maltratadas reliquias de sus tropas, acometido de Segismundo, quedó en segundo trance enteramente derrotado. Y no pudiendo resistir a tan duplicados infortunios, solicitó con el Basta que abriessse camino para bolver a la gracia del emperador, ofreciendo en rehenes de seguridad a su muger y a sus hijos. Y admitido otra vez a la unión, pasó a Viena a avocarse con el archiduque y, de allí, a Praga a humillarse al César.

Deseosa la Porta de lograr alguna empresa de consideración, deliberó el sitio de Canisa, plaça importante en la Croacia y asiento de los archiduques, a cuya conquista assistió Ebraín, visir. Yaze esta plaça situada entre lagunas y estaños, casi sumergida en el cieno, cuyos respetos la obstantavan inexpugnable, sirviéndola también de mayor defensa algunos canales que la circuían, parte de ellos corrientes y parte estañados. Es su formación quadrangular, prolongada con fosos capaces y profundos, ceñida de diversos collados que permiten por

las extremidades baxas de su desunión el tránsito al plácido curso de un río. Guarnecíanla mil y quatrocientos úngaros, acompañados de mil y trecientos alemanes, quatrocientos cavallos y cien carabinas de la misma nación, cuya defensa acalorava como governador Jorge Paradisio, de genio ambicioso y no acostumbrado a los banquetes de aquella nación (circunstancia que le hazía poco estimado de los militares, como mal visto de los paysanos). La primera operación de los turcos fue talar la campaña, desmontándola de árboles y broça, al objeto de llenar los vacíos del terreno condenado con aquella materia y arena para hazer más acomodado el acampamento. **[1600]** Veinte mil soldados que obedecían a Mehemed trabajavan en las trincheras de la parte meridional y, aviendo formado las baterías, dieron principio (con los disparos) al tormento de las murallas. Ebraín, a la parte aquilonar, aquartelado sobre un erguido collado, aviendo tenido consejo (después) con Nasuf y Assán (comandantes en Ziguet, prácticos del sitio), passó a unirse con Mehemed, dexando quatro mil cavallos en los puestos más oportunos para que especulassen los movimientos de los christianos, como también para que estorvassen los socorros, atendiendo los tártaros a la destrucción del país según su natural costumbre. Pero enfrenadas sus bárbaras violencias del conde de Esdrino, se reduxeron con pérdida al acampamento.

Mostró el Paradisio (en el principio del sitio) ardiente viveza y aplicación en la defensa de la plaça y, no aviendo logrado (en el curso de diez días) operación alguna las baterías enemigas, con lentos disparos iban prosiguiendo el sitio por conservar las municiones. Las vezinas florestas abastecían de fagina y leñamen el campo, con que los gastadores cegavan los estaños y allanavan con facilidad el passo para acercarse al foso, pero los sitiados, arrojando continuados fuegos artificiales, procuravan consumir aquella materia combustible, pero aviéndose emprendido en las propias municiones, se perdió con este accidente una considerable porción de ellas. Y haziendo continuadas instancias al conde de Esdrino para que los socorriesse, les asseguró (con avisos) que muy brevemente, unido con las tropas del duque de Mercurio (a quien estava esperando para la función), emprendería el empeño con todas veras. Y quanto más resonavan las voces del peligro de Canisa, tanto más conmovía la necesidad a que el duque apresurasse su marcha para el remedio (a cuyo valor y disposición estava encargado el empeño).

Hallávase a la testa de veinte mil soldados veteranos y, puesto en disputa si convendría, o no, dividir una porción del grueso que intentasse romper alguna línea flaca de la circunvalación enemiga, se resolvió que unidamente se intentasse el socorro. Por lo qual puesto el Mercurio a la frente de sus tropas,

marchó con tal disposición que desvarató algunas esquadras (que intentaron disputarle el passage) y, prosiguiendo el empeño con esperanças de conseguir la victoria, hizo alto no lexos de la plaça, precisado de las lagunas y cenagosos tránsitos que le impidieron el progreso de la marcha, y en continuadas escaramuças, así con los espais como con los genízaros y tártaros, se iban consumiendo los días; siendo una de ellas tan caliente que duró tres horas, pereciendo dos mil espais y mil genízaros, como también quatrocientos católicos, cuyas ventajas no fueron capaces de hazer levantar el sitio porque la invasión de los tártaros (que corrían la campaña de noche y de día), derrotando el comboy christiano apresaron los víveres, dexando inútilmente combatido el socorro de los infieles acosados del hambre, bien que perseverando el duque en la continuación de seguir su intento, como de sufrir la necessidad, dava a los demás admirable exemplo de constancia. Y, por último, fue preciso doblarse al común sentir de los cabos más experimentados y retirarse, abandonando el empeño a las márgenes del río Mura, en el más cauto silencio de la noche, porque los turcos no penetrassen su dictamen. Pero los tártaros (que duermen a cavallo), conociendo la marcha, avisaron a los othomanos que, sin perder tiempo, les atacaron por la retaguardia durando la disputa algún tiempo, con daño de los christianos, experimentando los turcos más destroço en los efectos del mosquete.

El duque de Mercurio, sin dexar de pelear sobre la marcha, con gran disposición mostró la destreza en el arte militar y la ciencia en la disposición con la retirada. No se puede dexar de culpar la escasa economía christiana quando, por falta de víveres, se pierden las empresas que se intentan (desgracia que nunca sucede a los infieles, siendo sus armadas de más numerosas tropas y que necessitan de mayor provisión) y, aunque se atribuye la causa a su templança (porque con poca agua mitigan la sed y con poco arroz y menos carne seca se satisfacen, porque no son glotonos ni habituados al vino como los christianos), se debe añadir a esto que son más puntuales en la administración del dinero y más severos en castigar los fraudes, pues el que quita de la parte para donde está destinado, paga con la cabeça la deuda. Y los hombres, con la certeza de la pena, piensan más en los otros que en sí mismos para que no les falte nada, olvidando el propio interés por la agena conveniencia, pues el conservar la vida importa más que los logros.

Desvanecido el socorro, prosiguieron los turcos con gran vigor el assedio y, aviéndose passado al campo enemigo dos úngaros, revelaron la flaca disposición de los sitiados animando a los infieles a la persistencia y el comandante, sin atender a los últimos esfuerzos, vil y afrentosamente rindió la

plaza a diez y nueve de octubre, permitiéndole los turcos (porque tenían comprendida la importancia de la conquista) todas las más honestas condiciones en la capitulación. Y aviendo salido el presidio con bagage y armas, le comboyaron hasta el río Mura.

[1600] Convencido en Viena el gobernador del delito de cobardía, perdió la cabeza en el suplicio un año después, en el propio mes. Más cabeças de comandantes christianos, en esta guerra, han quitado los verdugos en los suplicios que los othomanos en la campaña y más plazas se han entregado por trayción que expugnado con la fuerça.

Los transilbanos, siempre opuestos al dominio alemán, convocaron una dieta en Claudiópolis en que deliberaron los más negar la obediencia al emperador (nombrando tercera vez a Segismundo por su príncipe, que estava en Moldavia retirado y fugitivo) y, oponiéndose el Basta a su resolución, embiaron embaxadores al César para honestar aquel movimiento, pero no quiso admitirlos por la frecuencia de tantos actos de infidelidad executados.

Entretanto, supo el balaquio manejar también los intereses propios, como acreditar su zelo en la consideración del César, que bolvió a la gracia (aunque los malos officios del Basta procuravan desluzir sus operaciones) y consiguió un principado en Silepsia y el entretenimiento de su hijo primogénito en la Corte en calidad de príncipe. Y dexando a su muger en rehenes, le subministraron milicias y dineros para que, unidamente con los imperiales, desposeyese a Segismundo de la Transilvania, que avía buuelto al gobierno de aquella provincia (aclamado de aquellos pueblos, como diximos) y, assistido de los varones como de toda la nación, entró en Claudiópolis donde, aplicado a ponerse en defensa, previno algunas fuerças que le assegurassen en la soberanía.

El balaquio y el Basta se acamparon con el ejército a la vista de Moitir para enfrenar sus movimientos, pero faltándole el vigor proporcionado, el dinero, el crédito y las milicias a Segismundo para oponerse a las fuerças imperiales, se bolvió a retirar a la montaña.

Los turcos, que siempre se aplican a poner la yesca en el fuego, con ánimo de que se emprenda en ella (unidamente con los tártaros y moldabios, se movieron para socorrerle), con que en breve tiempo se halló con treinta mil combatientes, superior en el número (pero no en el valor) a las milicias christianas, las cuales resolvieron darle la batalla antes que con alguna conquista adquiriese más opinión. Avía dispuesto el Basta unas baterías sobre una colina, de donde hazía considerable daño al enemigo y, Segismundo, por evitar el estrago, hizo mover sus tropas para acamparlas en más oportuno sitio. Y aviendo reconocido el Basta alguna ventaja, le acometió sobre la marcha y los

tártaros y moldabos (gente más aplicada al robo que a las batallas) con facilidad cedieron al primer lance, no haziendo los turcos mayor resistencia con que, desvaratado y puesto en fuga el ejército, abandonó la campaña dexando en ella ocho mil cadáveres, cuyo desorden obligó a Segismundo a procurar su salvamento en la montaña por ásperos senderos con pérdida del bagage y de la artillería.

El daño de los alemanes no pasó de quatrocientos, pero entre el balaquio y el Basta se movieron oposiciones y desconfianças tales que prorrumpieron en abierta enemistad (quedando el primero imputado de secretas correspondencias con los othomanos, como en rezelos de rebelde) y el Basta, con el pretexto de llamarle a consejo, quería assegurar su persona. Pero no aviendo concurrido a la conferencia, mandó que algunas esquadras de alemanes y balones le circunvalassen el aloxamiento con orden de prenderle vivo o muerto. Y reconociendo el ánimo de ellos, desnudando la zimitarra, hirió a un oficial a tiempo que otro, con una pamesana, le quitó la vida e inmediatamente la cabeça.

La muerte de este príncipe dio motivo a varios discursos y mormuraciones, porque siempre procuró señalarse en el servicio del emperador (en los renqüentros) y, con la muerte del cardenal Batori, le restituyó la Transilbania. Y derrotando al moldabo, obligó a que bolviessen aquellos súbditos a la primera fidelidad, sin otras muchas ocasiones y batallas que tuvo con los enemigos del imperio, en las cuales se manejó con valor y acertada disposición. Algunos dezían que los grandes merecimientos (que no se podían remunerar con grandes beneficios) se compensavan a vezes con otras tantas ingratitudes.

El Basta publicó aver cogido cartas que le convencían de inteligencia con el baxá de Temisvar, pero en la Corte del emperador no tuvo aplauso el asesinato, en cuyo lugar entró a ser príncipe de Balaquia uno llamado Rodul. Con la ventajosa dirección de las armas, y con la fama de las antecedentes victorias, si avía domado el Basta la Transilbania, no posseía más que lo exterior de ella, porque lo interno y el corazón de los varones aplaudían a Segismundo. El que está abandonado del afecto de los súbditos, difícilmente puede mantener el país, aunque le tenga bien guarnecido de fortificaciones, pues ellas por sí mismas no pueden defenderse.

Fomentado Segismundo de los turcos y los tártaros, con veinte y cinco mil combatientes que conduzía Zequel Moysés, dispuso el sitio de Claudiópolis, pero faltándole la artillería y rechaçándole las operaciones el presidio, como temiendo el próximo socorro del Basta (que poco antes le avía desvaratado un

comboy de mil turcos), abandonó el sitio y se retiró a Fort, donde hazía vida de foragido más que de príncipe. Y quando poseía la Transilbania tuvo la moderación para despojarse de ella voluntariamente y, después de averla cedido, mendigava socorros para recobrarla (efecto de la humana inestabilidad, que no estima lo que goza, sino después que se ha ido de la mano).

Fin del Libro Nono.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO DÉZIMO.

[1601] Es la guerra un duelo en que eligen las armas los combatientes y en que tiene la mayor autoridad la Fortuna, apadrinando el sucesso tan absolutamente en la campaña que, sin visos de superchería, reserva a su arbitrio lo más favorable y lo más ayroso en los lances de la batalla, tratando estos

accidentes como si fuese un juego en que se gana y en que se pierde, teniendo más ventaja quien tiene más dinero porque lleva la suerte con mayor confianza. Esto mismo sucede en los combates, porque los más poderosos (como los turcos) lograrán más veces el ser vencedores.

Deseava el archiduque con ambición aplicada la recuperación de Canisa como asiento de su Corte. Y como es ordinario en los que han perdido meditar el desquite, encontró con lo que es más ordinario en los tahúres, que más fácilmente vuelven a perder que a recuperar lo perdido. El zeloso pontífice le igualava en los deseos y, con la calma de la paz entre las coronas, deseava que la tempestad de las armas christianas en granizos de plomo y lluvias de fuego talassen las humanas espigas de las othomanas mieses, mostrándose pronto a gastar tesoros en tan piadoso armamento, sin dexar de combidar para este efecto a los príncipes christianos.

En tiempo de estas meditaciones, salieron de Persia dos embaxadores a solicitar de parte de aquel rey el christianismo contra los turcos. Llamávase el uno Assán Moluc, persa, y el otro Antonio Cherler, inglés naturalizado en aquel reyno. El primero traía toda la autoridad; el segundo servía de intérprete y se usurpava la mayor circunstancia, porque no corrían con igual concordancia. Encamináronse primero al emperador, ocupando en el viage diez y siete meses por obliquos caminos, a fin de no caer en las manos de los turcos.

Salióles a recibir, de parte del César, el señor de Lietrestain con algunas carroças fuera de Praga, concurriendo por aquellos caminos un sin número de pueblo por ver la novedad de la embaxada (que jamás se avía visto en aquella Corte) y, aviendo llegado a la audiencia de Su Magestad Cesárea, representaron:

Que San Abas, su rey, avía domado a Usbec tártaro, en muchas batallas, como recuperado el reyno de Servan, hallándose en ánimo de hazer lo mismo con otras provincias usurpadas de los ambiciosos sultanes y que, acalorándole los príncipes christianos (en concertada unión), se podrían desvaratar las othomanas fuerças, y que nunca terminava en Persia la guerra (el común enemigo) sin tener dispuestas las armas contra los christianos para entrar en la Europa, por lo qual era mejor antes de experimentar la recíproca opresión, repararla con unida y anticipada invasión, pues la experiencia avía enseñado que a un mastín solo, aunque fuese grande, le despedaçava un lobo, porque era más fuerte. Pero que, si muchos concordemente le embestían, le quitavan fácilmente la vida.

Y remataron la audiencia pidiendo artilleros y maestros de fuegos artificiales, expressando también que tenían orden de su rey de passar a hazer esta representación al pontífice, al rey christianíssimo y a la república veneciana; y que su rey estava disponiendo amistad con el moscovita y los príncipes giorgianos, a efectos de engrossar su partido.

Respondió el emperador que, estando en guerra con el othomano, no tenía necesidad de estímulos, sino de efectivas assistencias. Con esta respuesta se encaminaron a Roma y, al passar por Florencia, don Juan de Médicis, hermano natural de aquel gran duque, les salió a recibir con quarenta carrozas algunas leguas fuera de la ciudad. Y no teniendo allí negociación, prosiguieron su viage a Roma. Y pareciéndole a Su Santidad que la negociación se acomodava con sus disignios, los hizo recibir con pompa y, conducidos de Silvestre Aldobrandino, nepote de Su Santidad, los hospedó en el palacio de la Robere. Y porque entre los dos siempre avía algún litigio sobre la precedencia, los admitió a la audiencia separados, cuya expresión terminó en dezir: *Que, siendo su rey afecto a la christiandad, deseava estrecha correspondencia con su cabeça y que, en su reyno, permitía a los christianos que cultivassen su religión, como también que fabricassen templos.*

La respuesta fue: *Que Su Santidad deseava guerra irreconciliable con los othomanos, por cuya causa imbiava sus exércitos en socorro del emperador, alabando el deseo de la unión de las armas christianas con las persianas.*

Y aviendo regalado a los embaxadores con dos mil ducados a cada uno, bolvieron en demanda de su país, haziendo el viage por España para aclarar las disposiciones de aquella corona en este negociado. Y deseando el pontífice penetrar más de adentro esta materia, despachó a Persia a Diego Manrique y a Antonio Costa, jesuitas portugueses, para corresponder a la embaxada como a fin de conservar y aumentar con aquel rey buena disposición de amistad en la mejor forma de la urbanidad. No llegaron los embaxadores a Venecia, pero remitieron al senado una carta de su rey, cuyo contenido era:

Que siendo confinante y, por conseqüencia, estando más próximo al peligro, sería bien que, con el exemplo estimulando al enemigo, animasse a los demás para el logro de tan noble tentativo. Respondió el senado: *Que quando de estos movimientos se huviesseen visto los efectos, mostraría su zelo, no inferior al de otro qualquiera interesado en prevenirse contra los grandes disignios del othomano.*

En el mismo tiempo llegó a Roma el cardenal Dietrestain, imbiado del emperador a representar a Su Santidad los pesados empeños y las necesidades de la Germania, poniéndola en mayores aprietos las continuas invasiones de las armas infieles y que las dietas del imperio caminavan con lentos passos, sin igualar el veloz viage que hazían los othomanos en los progressos de la guerra. Y que faltándole (como era notorio) el dinero (que es la razón universal de todos los aprestos), no estava capaz (por esta razón) de corresponder (como era justo) a la oposición de tantos aprietos en tan eminentes riesgos.

La una de las principales comisiones del cardenal era disuadir a Su Santidad de la recuperación de Canisa, poniéndole en clara demostración lo difícil de la empresa por el terreno cenagoso en que estava la plaça (incapaz para el logro de las labores de la zapa), y que sería más fácil de conseguir la expugnación de Buda, por la dilatada campaña como por la comodidad del Danubio, por cuya corriente se podían conducir los víveres y municiones para mantener el más formidable ejército. Y que era menester imitar a los turcos, que no consumían las fuerzas en empresas de poca consideración y, así, en qualquiera país embisten de primer lance a la metrópoli, porque conocen ser más provechoso, cortando las rayzes, abatir todas las ramas de la planta.

Estos discursos, aunque verdaderos y puestos en razón de experiencia, no imprimieron en el pontífice efecto alguno para mudar deliberación, inclinado, o empeñado, en la conquista. Y así, respondió que Canisa era el domicilio y la habitación de los archiduques y la puerta por donde podían penetrar los infieles hasta las entrañas de la Italia. Y que, no quitándosela de las manos, sería preciso que creciesen los daños, tanto mayores quanto más próximos a sus confines. Y que de esta plaça podían encaminarse a Gratz, por cuya razón deseavan los príncipes italianos su recuperación y que, al socorro que prometían, diseñava agregar el propio para aumentarlo. Y que, después de executado este dictamen, se podría discurrir en otra cosa, pues no embaraçava esta empresa a las que avía meditado el emperador, pues las facilitava con la diversión y, no aviendo podido reducir a Su Santidad el cardenal, tomando postas, bolvió a Praga a noticiar los efectos de su comisión al emperador.

Animado el pontífice de su buen zelo, encargó a cinco coroneles la leva de diez mil infantes debaxo de la dirección del nepote, para cuyo mantenimiento agravó el Estado eclesiástico duzientos mil ducados, intentando también ampliarlos con otro gravamen sobre el clero en Italia, pero oponiéndose varios obstáculos, no fue posible superarlos. Después de lo qual, intentó la unión de los príncipes christianos para que, en concorde liga, concurriessen a la dessolación del común enemigo. Y aviendo recurrido al emperador, respondió que no necessitava de estímulos quien se hallava en la carrera y que, teniendo declarada guerra con los othomanos, necessitava de prontas assistencias más que de manejos de uniones inciertas, dilatadas y no fáciles de concluir y que, hallándose con las armas en la mano, efectivamente instasse Su Santidad a los otros potentados christianos (ociosos mirones del ensangrentado juego de las desgracias y de los comunes desastres).

Representó también estos motivos al rey de Francia, y respondió que acalorasse al rey católico, el qual (no obstante que se hallava tan vivamente

interesado de afinidad con el César y se mostrava tan adverso a los turcos) no avía hasta aora dado al pariente, ni a la causa pública, algún fomento. Y que por mantener la guerra civil los españoles (en Francia), avían derramado tesoros y huviera sido mejor averlos gastado en la opresión de los turcos. Y que, si bien, llevaban en el frontispicio la defensa de los católicos y la extinción de aquel dilatado incendio aviendo hecho reconocer los instrumentos, en los cuales davan a entender que llevaban agua para apagarle, se hallaron llenos de pez y de azufre y otros vetunes para alimentar con excesso la llama en que pudo abrasarse todo el reyno. Y que para reparar tan graves daños (por lo presente), se hallava rodeado de su obligación porque las llagas abiertas imploravan el remedio y no le permitían agregar a otra parte su aplicación y que, en viéndolas enjutas y cicatrizadas, no mostraría menos zelo por la religión católica que sus antecessores, quienes por ella avían expuesto con igual generosidad la vida y los tesoros a los mayores riesgos. Y que si de su reyno (por el medio de las levas) quisiesse recoger soldados, lo consentiría. Y que no resolvería otra cosa sin que primero huviesse penetrado la intención de los españoles y los considerasse empeñados con algunas ventajas en esta materia, pues se tratava de sus intereses.

[1601] La República (a las proposiciones de Su Santidad) respondió que ningún príncipe christiano se avía ensangrentado más largamente con los othomanos que ella, puesto que se mantenían en su dolor las heridas que avía recibido en el cuerpo de su dominio. Y que, siendo frontera de tan poderoso enemigo, no debía ser la primera en exponerse al peligro, como tampoco sería la última en disponerse para anticiparse al empeño. Y que, muchas vezes solamente embarcada en su nave, se avía engolfado en el borrascoso piélago de la guerra othomana con riesgo de naufragar destituida de todo humano socorro, por lo qual se vio precisada a echar a la mar la mayor parte del rico capital de la cargazón para salvarse. Que el exemplo de los más poderosos les avía dado reglas y medidas para sus deliberaciones, pero sin perder de vista el bien de la christiandad y las ventajas de la religión, por la qual avía dado claras muestras antecedentemente de su fervoroso zelo.

El duque de Saboya (solicitado también para este efecto) mostró más deseo de la empresa de Ginebra que de essotra, para cuyo efecto embió al marqués Deste con intento de imprimir en el ánimo de Su Santidad no ser menos piadosa esta conquista que la de Canisa, como nido y asylo público de la heregía, pero temiendo el pontífice remover algunos humores en Italia (siendo zelosa esta empresa a los príncipes christianos confinantes), persistió en el primer propósito tanto más quanto los discursos de un padre de la compañía

de Jesús (llamado Segala, recién llegado de Constantinopla) le alentaban para el movimiento, mencionando por cuánto el gobierno del imperio othomano estaba en las manos de las mugeres y que, no siendo aplicado a las armas el sultán, era buena ocasión para conseguir la recuperación de Canisa, pues estos motivos alentaban las esperanças para que fuese feliz el sucesso.

Sustentava Rodulfo con generosos dispendios tres exércitos en daño de los turcos. El uno governado del duque de Mercurio en el corazón de la Ungría, otro del Basta en la Transilbania y el tercero sobre Canisa, componiéndose este de veinte y dos mil infantes y siete mil cavallos.

Las assistencias de Italia, assí las de Aldobrandino como las de los duques de Toscana y Mantua, componían el más considerable nervio, quedando las de Estiria y Carintia (que estaban mal aquarteladas por los daños de la plaça) destinadas para oposición de las salidas. Aquartelado el exército en forma circular, tomó los puestos a la plaça Herbstain (que dirigía el peso del sitio) y, en el fervor de las fatigas de su aplicación, enfermó Aldobrandino, comandante pontificio, que passó a Varadino a tratar de su curación. Y en poco tiempo puso en las manos de Dios la última respiración con universal sentimiento de todo el exército, dexando por heredera de las glorias y de la virtud propia a la casa pontificia (que solemnizó el funeral en la iglesia de Minerva, en Roma, con sobresaliente pompa).

Quedaron encomendadas aquellas tropas a la buena disposición de Flaminio Delfino y, mientras los christianos acaloravan el trabajo en los ataques (venciendo las dificultades de los estaños y canales), Assán baxá (llamado el pequeño, governador de la plaça) con diez mil turcos freqüentava las salidas, disponiendo traveses y contrabaterías, sin olvidar la parte de valiente soldado como de vigilante governador.

El duque de Mantua, robando a la noche el reposo, se le entregava al desvelo y a las fatigas por acelerar las labores. La mayor parte de los cavallos del tren de la artillería perecieron por falta de forrage, y fue considerable daño porque servían también en el transporte de las faginas, leñamen y broça de las vezinas florestas para cegar los estaños y canales, dexando tratable el passo para llegar a los fosos a encaminar la execución de las minas, debiéndose esta solicitud al ingeniero Orfeo Galone. Pero mientras assistía al cuydado de esta obligación, le quitó la vida un cañonazo, dexando esta desgracia retardadas las operaciones de la labor. Y passando a substituirle César Porta (aunque desigual en la maestría de su antecessor), con la solicitud satisfizo lo que le tocó.

Los sitiados (que a los freqüentes rayos de la artillería christiana) miravan arruynada grande parte de la muralla y, en particular, por donde mirava al

septentrión (con estar favorecidos de la sombra del laurel othomano) no dexavan de asustarse a los assaltos, bien que en sus defensas aplicavan el mayor ardor sin descuydarse en las salidas, pues las freqüentavan con actividad y con daño de los agressores. Y aviendo salido una noche con pequeñas barquillas, pusieron fuego a las faginas y leñamen, sobre el qual fabricavan en la laguna los christianos una fortificación. Y mientras con ensangrentados passos caminava la expugnación (impedida de algunos accidentes, como de la dificultad de enjugar los cenagosos estaños para acercarse a la contraescarpe), el duque de Mercurio, deseoso de señalarse con alguna operación en la Ungría, plantó sus pavellones a vista de Alva Real. Y tomando los puestos, se aquarteló en los más ventajosos sitios para dar principio a la obstilidad y, el mariscal Rosburmio abriendo passo por entre algunas lagunas después de obstinada resistencia, se apoderó del burgo, en donde aviendo formado las baterías con grave daño de las murallas, dispuso el duque el assalto encargando la función a Estaremborg y al príncipe de Arnalt, los quales con sus tropas se arrojaron a las brechas y, opuestos los turcos a esta resolución, se mantuvieron en ayrosa resistencia. Y cessada la lluvia de los mosquetazos y la tempestad de los fuegos artificiales (engolfados en el piélagos de las armas blancas), se estrecharon tanto que fue recíproco el estrago por algún tiempo hasta que, superando los christianos con no imitada constancia la oposición, tolerando los raudales de la sangre que se despeñavan por la brecha esguazando sus roxas corrientes, consiguieron degollar el presidio y sujetar la ciudad. El baxá, con algunos de los suyos, intentó defenderse en unas casas hasta los últimos lances, pero acometido de los más, faltándole las municiones, se rindió, aunque de mala gana. Tenían los othomanos minadas algunas partes de la ciudad y dieron fuego tan a tiempo a las minas que perecieron muchos christianos entre las ruynas, como también en la plaça mil y dozientos infieles. Avían juntado los turcos para socorrer la plaça treinta mil soldados, pero entendida la pérdida sobre la marcha, se dispusieron a la batalla con el campo imperial.

El archiduque Matías (llegó poco antes al ejército) y viendo que no avía otro medio de asegurar la plaça que arriesgar todas las fuerças con grande animosidad, se dispuso al renqüentros, y el duque de Mercurio, inferior de número, pero no de corazón ni de experiencia, dispuestas las tropas en proporcionada ordenança (oponiéndose con bien unidos esquadrones a la más ensanchada y espaciosa formación de las milicias enemigas), alentando a los suyos mucho más con las operaciones de la mano que con la insinuación de las palabras, embistió a los othomanos, manteniéndose dudoso algún tiempo el suceso en que murieron de una y otra parte los más animosos.

Opusieron con sossegada quietud dobladas y unidas las católicas esquadras al estruendoso movimiento de las armas enemigas que, en ardientes aullidos, infestaban el ayre sin que imprimiesen execución (que alterasse la constancia christiana) las alteradas voces, pues a las ofensas del azero perecieron tres mil infieles, Mehemed baxá y el de Buda con otros siete beglerbeyes, de cuyo sucesso se puede comprehender la seguridad de las victorias en las ocasiones que los christianos no abandonaren la memoria del exercicio de las armas con la obediencia de los cabos de conocida experiencia, pues con las ventajas del arte podrán superar la desproporción del número. Salváronse con la fuga los derrotados othomanos en las inmediatas plaças de aquel contorno y, el archiduque con el duque de Mercurio, dexando bien presidiada a Alva Real, passaron a Viena. Pero bolvamos a Canisa, donde (continuándose los ataques) tenía de costa muchas vidas cada palmo de terreno que se ganava, por las freqüentes salidas que hazían los de la plaça llegando a los aloxamientos christianos, acrecentando (con la sangre de ambas partes) el caudal al agua de los canales. El duque de Mercurio, después de la conquista de Alva Real, embió en refuerço de las tropas christianas a Canisa seis mil infantes y dos mil cavallos, a orden de Rosburmio, cuyo socorro no fue de alivio al enfermo campo, que se hallava sin fuerças para recobrar la mejoría porque el rigor del invierno motivó la muerte de más de mil y quinientos soldados de frío.

Los sitiados (más animosos cada día) mostravan en las incessables salidas la continuación del valor, por lo qual levantaron los christianos el sitio con el acostumbrado desorden, abandonando el bagage como también la artillería por aver muerto los cavallos del tren, a que se agregava el estar sepultada en el cieno con tal tenacidad que era impossible moverla. Quedaron en poder de la crueldad othomana los enfermos por la falta de animales que tirassen de los carros y, aviendo salido de la plaça, se ensangrentaron los infieles en aquellos afligidos miserables quitándoles las vidas, motivando que se celebrasse el desorden de los christianos con los disparos de las salvas entre la desconcertada música de los bárbaros aullidos, nácaras, timbales y trompetas. Quien quisiere discernir la tenacidad que obstentan en defender lo conquistado los turcos, tome las medidas de este empeño y considere el garvo con que preservaron la plaça y la facilidad con que la avassallaron. Y solicitando los christianos (en vida de Rodolfo y en los siglos passados del emperador Leopoldo Primero) recuperarla, perdieron en dos ocasiones la flor de las milicias, muchos tesoros, el tiempo y la reputación, decampando siempre en el abandono de los sitios con desorden desgraciada como en este lance.

Por el infausto suceso de las armas christianas sobre Canisa, se hizieron festivas demostraciones en Constantinopla y, para mayor exceso de alegría, entró a cavallo el sultán por una puerta de aquella ciudad con grande y luzida comitiva y, por otra, la reyna madre con mayor cortejo por la dominante autoridad, a quien seguían veinte coches cubiertos de escarlata (con las sultanas) tan cerrados que no pudo alcançarlas a ver persona alguna, permitiéndose solamente ella a los ojos del pueblo arrojando monedas de ásperos que llevaba en un cuévano, o cesto, cubierto de tela de oro, comprando con aquella liberalidad la aclamación y el aplauso.

Para executar alguna marítima diversión (en alivio de la guerra de Ungría a favor del emperador) se unieron las esquadras de Italia y del rey católico, la de Nápoles governada de don Pedro de Toledo, en que se embarcó parte de aquel batallón, bien que pretendiessen los de aquella leva no estar obligados a pelear sino en tierra, para cuya guerra se formaron las tropas de aquel cuerpo de milicias. **[1601]** Pero el virrey, para persuadirlos, representó que las murallas de los Reynos marítimos eran los leños armados que peleavan en la mar para assegurar la tierra.

La de Sicilia obedecía a don Pedro de Leyba y la de Saboya a don Manuel de Vega. Las de Florencia, Malta y Génova seguían las disposiciones de Juan Andrea de Oria, concurriendo en esta ocasión grande número de aventureros de conseqüencia y grave autoridad como el duque de Parma, el marqués Gonçaga, don Virginio Ursino (que mandava la esquadra pontificia), don Pedro de Moncada, virrey de Sicilia, sin otra que, costeando el África con milicias de Aragón y Cataluña, se avía de incorporar a tan famoso armamento.

No se avía deliberado declaradamente interpressa señalada, aunque el esruendo de tantas armas amenaçava a los othomanos que, aviendo despertado a las voces de la fama (descubridora de los más recónditos disignios), dispusieron zelar las marinas de la Albania (poniendo centinelas en los sitios eminentes), como también que la cavallería se encargasse de las costas para resistir la invasión en caso de que los christianos intentassen el desembarco.

Hecha, pues, la reseña general, se hallaron catorze mil hombres de desembarco sin los aragoneses y catalanes. Y a los primeros de agosto çarpó la armada de Mecina en el más obscuro silencio de la noche, sin esruendo alguno, para lograr la salida más improvisamente. Y aviendo navegado treinta leguas, divulgó el Doria el disignio de la interpressa de Argel, en consonancia de las negociaciones introduzidas con muchos esclavos que suspiravan por la libertad perdida, cuyo principio nació de averse descubierto a Nicolás Estampa, marqués de Sonchito que, adquiridas las noticias como las señas que se avían

de observar, manejó la materia con reconocimiento del puesto que avían de ocupar los christianos para dar principio a la interpresa. Llevaban muchas bocas de fuego las galeras para armar los pueblos que avían de sublevarse, como los esclavos que avían de moverse. Y dispuesta la prevención para el desembarco a los primeros de septiembre, a vista de la plaça, y hecho algunas demostraciones y señas (en virtud de lo pactado), no correspondieron a ellas, por cuya razón, desvanecidas las esperanças de conseguir el tentativo, mandando el Doria encender fanal improvisamente, se hizo a la mar, dexando la empresa. Y con inexplicable maravilla de todos, cada esquadra puso las proas a la parte de donde avía salido. No tuvo este golpe otra cosa de notable que un estruendoso movimiento que puso en aprehensión la Albania, la Bosna y el África, sirviendo la demostración de aviso para poner en vigilancia a los infieles, sin alivio del emperador, ni de la Ungría, y solo de gasto considerable en inútil desperdicio al rey católico.

Llegó a Venecia en este tiempo el obispo Zapatense de pequeña ciudad en el Albania, próxima al mar y a los Estados de la República. Y unido con Pablo Ducagini, hombre de algún crédito militar, en nombre de la nación albanesa dixo assí: *Que los principales ancianos de aquella nación, congregados en la iglesia de San Alexandro, aviendo (con tiernas demonstraciones dolorosas) representado las aflicciones que executavan los othomanos con ensangrentadas violencias en aquel país, la dura servidumbre que padecían, como también los nuevos modos que inventavan para desposeerlos de sus hazíendas por la freqüente mutación de los sangiacos que, hambrientos siempre, solicitavan satisfacer su inclinación ambiciosa a costa de aquel dominio, sin reservar la honra de las mugeres ni la sangre de los hombres, pues en anual tributo les robavan los hijos, obligando a los despojados viejos (por no morir de hambre) a declararse mahometanos, y ser ya tiempo de que el zelo inflamado de los resplendores de la luz de la libertad, siguiendo una generosa resolución, se ponga en el parage de perecer combatiendo con los tyranos, a de romper una vez la pesada cadena de la opresión. Y que, si el dominio othomano era dilatado, también se hallava enflaquecido de fuerças, exausto de milicias y despobladas las plaças de soldados, cuyo motivo facilitava a los descendientes el invicto Escanderbeg renovar las antiguas famosas victorias con el fomento de los príncipes christianos y, particularmente, con el de la República, cuya poderosa sombra buscavan humildemente postrados para su protección. Y que en número y en valor no avían degenerado de los antiguos albaneses, y que avían deliberado passar a los pies de Su Santidad, recurriendo también al rey de España, pero conociendo estos socorros dilatados, no hallavan otros más propinquos y esforçados que los del senado, tanto más porque tenían en la memoria los antiguos conciertos (entre su príncipe Escanderbeg y Jacome Loredano, general de la República) de atacar concordemente por mar y por tierra los payses othomanos, aviendo atrasado tan gloriosos disignios la muerte de estos dos grandes soldados.*

Que teniendo en el coraçon arraigada la religi3n y la fe cat3lica, como tambi3n la inclinaci3n al dominio veneciano, voluntariamente le ofrecian el vassallage. Que quarenta mil hombres cat3licos, h3biles al manejo de las armas, se hallavan alistados y que otros sesenta mil de las circunvezinas provincias seguirian tambi3n esta generosa proposici3n. Que, al arbolar el estandarte de San Marcos con presteza, concurririan a reseñarse para sacrificar las vidas y la sangre en rescate de la libertad. Y mencionavan cartas de correspondencia en Creta, Escutari, Alesio y otras plaças, en que prometian concertada sublevaci3n en tal coyuntura que no tuviesen tiempo de preservarse las guarniciones de un fatal destroço. Y añadieron tambi3n: Ser su país fecundo de minerales de oro y plata, como tambi3n de lo necessario para la conservaci3n de la vida humana. Que, empleados los infieles en las guerras de Ungría y de Transilbania, avían dexado aquellas fronteras abandonadas de toda defensa, cuyo motivo hazía más fácil la conclusi3n del empeño en negocio de tanta consideraci3n, y más, quando los pueblos animados del zelo de la honra de Dios, como ofendidos del severo tratamiento del enemigo común, precipitados en una desesperaci3n, avían consignado sus coraçones en las manos del obispo y capitán Pablo para ofrecerlos en holocausto a las aras del templo de la grandeza veneciana, resueltos a vivir en libertad o morir por conseguirla.

Acogi3los el dux cariñosamente animándolos en su aflicci3n, pero en esta coyuntura (después de larga y meditada consulta sobre el antecedente punto) pareció importuna por aver llegado avisos de Alemania y de Constantinopla que se manejavan entre el emperador y la Porta tratados de paz. Por lo qual, todo el peso de la guerra avía de recaer precisamente sobre los ombros de la República, y no se rezelava menos de que el empeçado movimiento de tanto pueblo pudiesse lograr seguros fundamentos en su arrojjo quando, aquella naci3n (en otros siglos belicosa), se hallava al presente enflaquecida, sin experiencia en la guerra, afeminada con la dilatada paz y mucho más insuficiente (por la opresi3n othomana) para mantener la resoluci3n determinada. Por lo qual, atendiendo la materia como efectos de una desesperaci3n más que fomento de la prudencia, respondió el senado:

Tener la República fixa la mira en atender a su alivio y que conservassen vivo, pero encubierto, su corage para emplearle con execuci3n en más acomodada coyuntura, pues el moverse sin mejor fundamento irritaría más al enemigo para atormentarlos con más viva expresi3n y que no perdería de vista la oportunidad, si Dios era servido que se ofreciese. Y aviendo regalado al obispo con quatrocientos ducados y al Ducagini con trecientos, y otros seiscientos que se repartieron entre su familia, bolvieron a su patria consolados, menos el obispo que passó a Roma donde, trocando el zelo público por el fin particular, se aplicó mucho más a conseguir pensiones para sí que assistencias para los otros.

[1602] Segismundo Batori, no hallando medios para que el emperador tolerase su soberanía en Transilvania, juntando algunos polacos como también refuerços turquescos, tomó dos ciudades de saxones, en quanto el general Basta solicitava la expugnación de Bistrichia, plaça que se mantenía en su partido y que hizo no pequeña resistencia, pero últimamente se entregó de acuerdo (viéndose apretada) por treinta mil talares que se repartieron en la guarnición, poniéndose después en marcha los alemanes en busca de Segismundo, a quien encontraron en Cronstat descarnado de fuerças, de assistencias y de crédito por los passados trances. Y comprehendiendo Segismundo el crédito de las cesáreas armas en los ventajosos sucessos que avían logrado, como también los desfavores de la Fortuna continuados tan ensangrentadamente en su persecución, deliberó (por mano del general Basta) implorar la clemencia del César e, inmediatamente, pasó Istvan Quiacqui para concluir los ajustes. Y mientras se tratava esta materia, Zequel Moysés con otros nobles de la nación opuestos a la quietud, se acampó con quatro mil hombres a vista de Alva Julia, de donde propuso al Basta que negociasse con ellos por estar desunidos de Segismundo, pero como mal seguros semejantes tratados, no dio atención a ellos, deliberando darles la batalla antes que pudiesse engrossar más sus tropas. Y aviéndolo executado, desordenó a Zequel con pérdida de tres mil de los suyos, logrando salvarse en Temisvar para impetrar socorro a los turcos, que siempre están prompts a subministrar fomentos a quien los solicita para tener más viva, con aquella materia, la llama de la discordia.

Protexió Segismundo al Basta que no avía tenido parte en el sucedido accidente y quedó capitulado entre los dos que, después de aver hecho una fiel cession al emperador de la Transilvania con la entrega de Lippa y Geona en manos de sus ministros, podría passar a Praga a reconciliarse con Su Magestad Cesárea. Bolvió a reverdecer la guerra este año en la Balaquia, en cuyo principado propusieron los varones a Rodul, fomentando para este mismo efecto los turcos y los tártaros a un tal Simeone, a causa de introducirse en la provincia y expeler el partido christiano. Pero advertido el Basta, con prompta deliberación le presentó la batalla consiguiendo desvaratarle y hazerle prisionero, estableciendo a Rodul en el dominio con imperial autoridad. Y aviendo después atacado a Solonoc, asiento de los mencionados rebeldes, la dominó a fuerça de armas, conduziéndose después a Alva Julia para assegurar (con profundas rayzes) el dominio en la provincia.

Desabridos los turcos con estos progressos, uniéndose en cuerpo considerable tomaron los puestos sobre Alva Julia, cuyo cobarde presidio (con el pretexto de aver quedado arruynadas las murallas en los antecedentes

ataques), sin consentimiento de los cabos, entabló la rendida y en quanto los más viles formavan las capitulaciones, entraron los genízaros en la plaça y degollaron la guarnición, acompañando a esta obstilidad el saco de todos.

[1602] Manejábanse en varias partes con opuesta fortuna las armas y el duque de Mercurio, general cesáreo, murió en Norimberg estando para bolver a Francia cargado de gloriosa estimación, cuya pérdida fue de gran sentimiento para los christianos. El archiduque Matías con el mariscal Rosburmio, aviendo recogido las tropas alemanas, suprenió a Pest y puso sitio a Buda, pero socorriéndola con brevedad Assán, baxá de Bosna, le fueron favorables hasta los tiempos adversos, pues a espaldas de terribles lluvias (que anegavan la campaña) embistió a la línea, que halló mal guarnecida y casi desamparada, por cuya causa pudo introducir en la plaça dos mil genízaros y, falto de gente el archiduque como sin esperanças de mayor progresso, se retiró levantando el sitio.

Imputado el mariscal Rosburmio de cooperación en la muerte del conde Belgó, y mucho más de que maliciosamente (por dinero) avía dexado descubiertas y sin defensa las líneas de la circunvalación por la parte que introduxeron los turcos el socorro, como a reo de trayción le cortaron la cabeça en Praga. Por esta infamia o por esta cobardía, o por la perfidia de los christianos, se le facilitan a los turcos las conquistas quando debía servir de afrenta a su escaso zelo el que se viessen tales exemplos executados, quando en todas las historias no se hallará memoria de que los turcos ayan sido traydores a su patria ni vendido a los christianos alguna plaça.

Zequel Moysés, con el fomento de los turcos y con el apoyo de los varones transilbanos, ocupó a Alva Julia intitulándose príncipe de la provincia y el Basta, mal proveído de fuerças y con la aversión de los pueblos (opuestos al dominio alemán), se vio precisado a retirarse a Zacmar, por lo qual animado el rebelde (con la distancia) consiguió sujetar a Claudiópolis, embistiendo consecutivamente a Cronstat.

Rodul, príncipe de Balaquia, del partido del emperador, aviendo juntado un ejército razonable (sin estruendo alguno), atacó de noche las tropas de Moysés y, con apresurada invasión, rompió el cuartel de los tártaros que (puestos en fuga) atropellaron a los turcos de modo que no tuvieron tiempo para resistirse y, mezclados unos y otros en desordenada confusión, dando la rienda a la violencia del susto, se precipitaron asombrados del no esperado accidente.

Moysés, opuesto (con los transilbanos y los sículos) al alcance que seguía Rodul, hizo gran resistencia, pero no la bastante para preservarse porque,

separado de la constancia del vencedor, quedó muerto en la campaña con cuatro mil de los suyos, acompañando esta pérdida el bagage y ciento y cinquenta banderas que certificaron en Praga la victoria.

El Basta, animado con este suceso, marchando a la testa de sus tropas bolvió a la Transilvania. Y después de aver desvaratado algunas esquadras de tártaros y turcos (residuo del destrozado ejército rebelde), recobró todas las plaças enagenadas y reduxo nuevamente la provincia a la obediencia del emperador. **[1603]** Quanto más crecían las opresiones de los usquoques a daño de los infieles (a quienes no solo quitavan la hazienda, sino también el honor, poniendo a sus mugeres a ganar con excessos de la más nefanda liviandad), otro tanto más resonavan las dolorosas quejas en Constantinopla, expressando con gran sentimiento los excessos al ministro veneciano, atribuyendo estas operaciones a malicioso descuydo con título de secretas inteligencias y dissimulada tolerancia, sobre lo qual se entablaron varias pláticas de manejos, sin alguna conclusión.

El emperador ofrecía apartarlos de Segña, mas, para pagar presidio de alemanes que avía de entrar en su lugar, mostrava falta de medios y, el pontífice, viendo inevitable la rotura entre el emperador y la República (por esta causa), despachó a Flaminio Delfino para que insinuasse algún temperamento suave en el ajuste, pero no tuvo efecto esta negociación porque el hazer salir a todos los usquoques de Segña era dexar totalmente aquella plaça, deseosa de habitantes, abandonada y expuesta al arbitrio de los othomanos, siendo en la frontera de tanta consideración aquel propugnáculo.

Proponíase dar licencia a los aventureros, dexando en ella los nacionales y, hallando también en esto algunos inconvenientes, desvanecida la esperanza de la composición, distribuyó la República nuevas patentes de croatos y venecianos para hazer levas, mandando también que passase la cavallería de Istria al condado de Pisino, en el Carso, a imprimir obstilidades en aquel país, de cuya facción bolvió con presas que sirvieron de resarcimiento a lo damnificado.

[1603] Ebraín, primer visir, despachó un embiado a Venecia que, después de varias lamentaciones sobre los excessos de los usquoques, comparó a Segña a un tumor preñado de putrefacción que causava universal dolor, y dixo: *Que convenía superarlo de acuerdo sin que se difriese la execución, porque tratándose de paz con el emperador, después de concluida, sería la obstilidad o fuera de tiempo o inútil.*

El senado, aunque justamente sentido, divirtió con diestra política la proposición y respondió: *Que tenía irreconciliable enemistad con ladrones y no con los austriacos, con quienes se correspondía amigablemente, como con la Porta. Y que estaban en*

ánimo de perseguir a los cosarios y maltratarlos como merecían sus malvados procedimientos hasta fenecer en ellos.

El embajador cesáreo entró en el Colegio (motivado, o de las invasiones antecedentes o porque la llegada del turco le hubiese despertado algunas desconfianças) y, en conceptos apacibles, mostró deseos de que se hallase algún medio para la composición. Y lo mismo hizo el Rossi, agente del archiduque Ferdinando, presentando cartas y haziendo instancias para la permissão del passage de los alemanes destinados a la muda de los usquoques en Segña que, en esta ocasión, correspondieron a las buenas palabras los efectos.

El general Lencoviquio restituyó parte de las presas, a cuyo efecto fue por comissario Joseph Rabata, consejero del archiduque, a quien pareció que protexer gente de tan abominables costumbres ofendía lo soberano y la integridad de los amos, por lo qual admitió con gusto la comission para desanidarlos de la marina y manejó esta materia con zelo correspondiente a su nacimiento en la operación. Hizo instancias al Pasqualigo, general marítimo de la República, para que le embiasse persona que comprehendiesse y atestiguasse su ingenuidad en el manejo de su empleo porque, en ningún tiempo, se creyesse que podían averle divertido la execución respetos desayrados que suelen imprimir contrarios efectos en semejantes causas.

Condenó al suplicio a Martín, conde de Possidaria (súbdito de la República), pero aviendo degenerado de sus mayores, se hallaron en su poder los pellejos de los venecianos militares que avían dessollado, teniendo por compañero a Marcos Margenil, igual suyo en los crueles delitos, cuyos exemplares representaron otros en la horca y en el cadahalso. Y algunos que se reconciliaron para nueva vida (con el arrepentimiento), quedaron reclusos en Otosac. Publicó también un vando que mencionava inválida la inmunidad de aquel país a los vandidos súbditos de la República, por lo qual queriendo preservarse algunos en la mar, se encontraron con las barcas albanesas que les quitaron las vidas. Quisieron bolver a Segña algunos de los que avían salido (no agrados de otro exercicio que del antecedente), pero expelidos de los alemanes se reconcentraron en el vezino bosque, adonde sus mugeres les llevaban como a hurto lo necessario para el sustento.

Destruyó el Rabata por este medio no solo a los cosarios buytres, sino también los nidos en que nacían tan sangrientas y rapantes aves inhumanas, pues de quatrocientas casas abatió trecientas y dessoló las ciento. Desterró de la ciudad algunos religiosos que honestavan, con siniestras interpretaciones, los desafueros por ser interesados en lo que botinavan, assegurándoles en sus comunicaciones que, siendo el fin bueno, bastava, aunque los medios tuviessen

alguna discordancia y que, para llegar a hazer mal a los turcos, era lícito despojar a los christianos.

En correspondencia de lo executado, ajustó el comissario entre unos y otros la buena disposición en el tráfico y la amistad para el comercio como antes. Y porque no bastava aver cortado las ramas, si no se arrancavan las rayzes por el riesgo de que naciessen algunos renuevos, el comissario apartó muy lexos de Segña al Barbo, su governador, que fomentava los desórdenes con la dirección y el consejo. El senado, reconociendo el zelo del juez en su modo de proceder, le regaló con una cadena de cinco mil escudos, que no quiso recibir sin la permissão de su príncipe. Y aviendo entrado en el Colegio el Rossi (ministro del archiduque), manifestó las operaciones del Rabata dando a entender que lo executado avía hallado confrontación en las órdenes de los amos, como también que los que se avían preservado con la fuga del suplicio, no dexarían de encontrarse con los rigores del vando. [1603] Y que Su Magestad Cesárea avía fiado del Rabata aquel gobierno para establecer mejor las deliberaciones, dirigidas a la dessolación de la memoria de los passados escándalos, a fin de assegurar la confiança con assombrar los disgustos y, consecutivamente, se olvidaron las injurias dando libertad a los prisioneros como a los bageles secuestrados, pero quando sobre tan sólidos fundamentos se creía fabricado el edificio constante de la mayor quietud, se arruynó improvisamente toda la máquina. Y aviendo sido preciso (en atención a la guerra de Ungría) retirar las tropas alemanas de Segña, dispuso el Rabata (para preservarse del residuo facineroso) formar una compañía de los peores, encargando el gobierno a Gianiza (nada bueno) para que passassen al ejército. Y aviendo marchado (contra su voluntad), executaron el viage, en cuyo tránsito encontraron a Daniel Barbo que, lleno de pasión, les habló de esta forma:

Adónde vais, amigos, mientras que Rabata os arroja a la armada para perderos. Pues apenas avréis llegado a la Ungría, quando os entregarán a las manos del verdugo en castigo de los passados accidentes. Y si no sucediere esto, no podréis preservaros de las atroces armas de los turcos en la campaña. Y si os transporta el deseo de combatir con el implacable enemigo, bolved a la patria a dessolar al Rabata (que es el más fiero) y a sus sequazes, que assí conseguiréis la ruyna del más acérrimo. Y puedo asseguraros, porque vengo de la Corte, que nuestros protectores se manejan (en nuestro amparo) con fidelidad, desacreditando sus rigores, porque les ha quitado con nuestro descaecimiento tan generosas contribuciones y le mormuran de que obra más como veneciano que como austriaco, representando continuadamente el deservicio en aver desunido y maltratado nación tan belicosa, porque era el tormento de los venecianos y el sangriento açote de los turcos. De qué provecho puede ser andar bagabundos quando podemos nuevamente constituirnos en nuestras habitaciones y bolver al agradable

exercicio de reparar la miseria que padecemos con las riquezas que logra nuestra aplicación, siendo más seguro pelear con mercaderes desarmados que con turcos militares. Y prosiguiendo en nuestra pequeña guerra (donde se pelea más por adquirir que por vencer, siendo la mayor sangre que se derrama la de las bolsas) lograremos que, atacado el enemigo, nos dexé el bagage siempre y, si acaso se hiziesse fuerte, nuestra maña (abriendo bastante brecha en el mal terraplenado muro de sus haciendas) logrará el assalto más delicioso que sangriento. Añadiéndose también que, siguiendo al enemigo que huye, se encuentra en el alcance más seguro el premio y no dudoso el vencimiento, lo que no sucederá con los turcos, cuyo tráfago consiste en miembros despedaçados, en cuerpos divididos y en cadáveres espirando, siendo aquella mercancía un género que se compone de penetrantes azeros, cuyas granjerías son heridas en que se comercia con la dificultad de las opugnaciones, con el interés de la muerte y con las necesidades, como también con el hambre, que es el mayor y más invencible enemigo.

Persuadidos de esta representación bolvieron a Segña, donde sin rezelo alguno y con depravada intención se puso el capitán en presencia de Rabata, quien (con alterada reprehensión) afeó la retirada, tocando en inobediencia como en cobardía el exceso, pero Gianiza (para empeñarle en mayor demostración que fuesse motivo de la vengança) le respondió con descompuesto orgullo. Y al querer poner mano a la espada para castigar el atrevimiento, sacando la suya Gianiza acompañado de los que le seguían, le quitó la vida, cuyo homicidio no desagradó a la ciudad porque los habitantes, teniendo provecho en las presas, miravan mal a quien con la persecución les quitava la conveniencia.

Llevaron el cadáver a la iglesia sin pompa alguna, donde estuvo expuesto más a las venganças que a las exequias, pues las mugeres de los usquoques le bebían la sangre despedaçándole el cuerpo con los dientes. No se movió la Corte de Ispruc a vista de tan estraño como escandaloso suceso y se discurrió que, sin el calor de más alto numen, no caería el rayo sobre ministro de tanta consideración, por lo qual abatidos todos los manejos de la quietud, se bolvieron a exercer las armas passando los odios a las obstilidades en la infestación del comercio de la República, no solo por los usquoques, sino también por los ingleses.

Bolvía de Egipto Juan de Mosto, cónsul, sobre la nave llamada La Veneciana, opulenta de cargaçón y, aviendo encontrado a cabo Manlio con el bertón en conserva de Guillelmo Pers, cosario inglés, la apressó haziendo passar a su propio navío al cónsul con su familia. Y porque Escaramela, secretario entonces de la República en Londres, no passasse con el rey algunas quejas sobre esta materia, tuvieron resuelto echar la gente a la mar sepultando entre las ondas la memoria del exceso, pero el cónsul, con las persuaciones y las ofertas,

apartó al cosario de tan cruel resolución y dispuso la materia de forma que, passándose a la nave veneciana (por más nueva) con lo más precioso de la cargaçón, dexó al cónsul en la inglesa, con la qual (no sin peligro de naufragar) dio fondo en el Zante. Y después de aver llegado a Londres el cosario (a instancias del secretario), le cargaron de prisiones, pero en la restitución se consiguió muy poco por aver vendido lo más precioso y recompensado con el dinero a los protectores que en sus robos los apadrinaban para librarse del castigo y, no aviendo podido resarcir el daño, murió en la cárcel.

Muchos de la misma nación aplicados a la piratería (permitida de la reyna Isabela), temiendo la justificación del rey Jacobo (por tan injusta profesión desabrído), se retiraron a Túnez y Argel, donde se hizieron turcos aumentando con daño de la christiandad el número de los cosarios infieles. Decretó el rey Jacobo también (con pena de severos castigos) que no se hiziesse ultrage a las embarcaciones venecianas, mandando a los almirantes hiziessen restituir qualquiera presa como que prohibiessen la salida de los puertos a los baxeles no registrados para el uso del comercio. Y reprimiendo con el castigo la audacia de los piratas, como también la de los fomentadores y participantes, favoreció el tráfago llenándole con todos los términos de equidad, justificación y cortesía, embiando después a Venecia al cavallero Antonio Estuder a participar estas operaciones, como también su exaltación, a que respondió el senado con grandes excessos de estimación honrando y regalando al embaxador hasta que se despidió para bolverse a Londres.

Estava reducida la monarquía othomana a la mayor angustia (por la escasa disposición de quien la dirigía), pues corría el persa con sus tropas hasta donde quería su ambición y, el hermano del Escrivano, aumentava su autoridad con las ruynas que imprimía en aquellos parages defraudando los erarios públicos, en cuyos excessos le imitavan los más principales baxaes (que aumentavan sus caudales con el descaecimiento de las rentas del sultán). No sabía el primer visir cómo sustentar la guerra de Ungría en la falta de los medios, mientras las cosas estavan en este confuso laberinto de necesidad sin hallar luz que le guiasse para salir de tanto caos de tropelías. **[1604]** Y en medio de estas turbaciones, se dexó ver en el cielo un horroroso cometa que (en amenazas futuras) ensangrentava las mayores confianças con el infausto anuncio de su constelación, cuya horrorosa impresión ocasionó en los pronósticos de los cortesanos el juyzio melancólico de la mayor fatalidad en el descaecimiento de aquel monarca, pues sin aver precedido achaque alguno pasó a peor vida con repentina muerte en una de aquellas noches, creyendo algunos médicos que huviesse sido el accidente de aplopexía por ser corpulento y desordenado, si

bien otros fueron de parecer (según las señales exteriores) que avía muerto de contagiosa infección. Y aviéndose salvado de la guerra, le mató la peste. Único carbón que extinguió al que avía encendido en la Ungría tanta llama.

No estuvo essento del rigor del hambre (tercero flagelo de Dios) mientras sus soldados se mantenían de fruta seca (en lugar de pan) por toda el Assia. Murió el octavo año de su reynado, siendo su pérdida dañosa a la christiandad porque governava con gran flaqueza y, teniéndole predominado las mugeres, le precisavan a que obedeciese las órdenes a su arbitrio sin acordarse de los empeños de la campaña, donde no huyó de la guerra, pero peleando, huyó de la batalla.

Fue lascivo y cruel sobre manera (vicios que nacen de un parto en la Turquía). Es el contagio muy familiar en Constantinopla, por cuya razón no es tan horroroso como en otras partes, sin que sirva este mal de embaraço para las visitas de los enfermos, como se acostumbra en Europa, con los que tienen achaques de poca consideración, ni tampoco hazen escrúpulo de ponerse los vestidos que dexan los que mueren de este accidente. Y no es maravilla que tenga simpatía con esta secta, siendo ella también segunda infección que cada día se difunde más en todo el universo.

Avía Mehemed antecedentemente hecho morir (por zelos de razón de Estado) al sultán Mahamud, su primogénito, porque fomentava de concierto con la madre los malos humores de la monarquía para que, la aversión que tenían los genízaros a su padre, le arrebatasse la corona de las sienes y se la anticipasse al hijo la negociación. Y aviendo quedado aprobada su muerte, del muftí y del primer visir, como apagada centella que no fuesse capaz de encender el fuego civil de la discordia, pues ajuntarse a la guerra exterior tan interna inflamación sería reducir la monarquía (aunque tan grande) a las más enfermas contingencias y, assí, con repentino juego de fortuna al segundogénito

ACMAD

[1604] que nació destinado a padecer los crueles efectos de las violencias de un laço, ocupó el solio que esperaba conseguir su hermano (por antelación de nacimiento) trocando el círculo de la diadema (que avía de adornar sus sienes) el aplauso y el dominio, reduciendo tanta soberanía a la obediencia de un dogal y, empuñada la baqueta del imperio, fue el primero de este nombre. Dézimo octavo monarca de los turcos, en edad de treze años, bien que la disposición y el arte le publicaron de diez y ocho mañosamente para dar más vigor con esta razón de Estado al descaecido gobierno.

Estuvo oculta la muerte de Mehemed, sin fiar el secreto de otra persona que del muftí, por juntar el día inmediato dibano solemne con el pretexto de dar audiencia a un embiado de Persia, en cuya función se dexó ver repentinamente en el solio Acmad con turbante pequeño, vestido de morado (insignia de doloroso sentimiento) acompañado del cadáver de su padre que en una urna ocupava parte del trono a sus pies, cuya novedad alteró a los habitantes (que temerosos de la violencia militar) cerraron las puertas de las tiendas. Pero los genízaros (con orden superior) las hizieron abrir prometiendo universal seguridad a las personas y a las haciendas. Llevaron sobre sus ombros los baxaes el cuerpo del sultán a Santa Sofía, donde le colocaron en el sepulcro. Mandó el nuevo monarca entregar el donativo acostumbrado a las milicias y, en la visita de las mezquitas, un santón de común crédito (que havitava en un arrabal de Constantinopla), viéndole de plausible índole, celebrosu buen aspecto que, aunque flaco y macilento, era blanco, pero de complexión delicada y no durable.

Huvo en su exaltación tres circunstancias propicias. La primera, que su padre no huviesse muerto algunos años antes porque, viviendo el primogénito, no le pertenecía el imperio. La segunda, porque no tuvo ocasión de verter su más cercana sangre (como es costumbre en semejantes lances) porque no tenía más que un hermano de quatro años, cuya vida se preservó (no por voluntad propia), sino por razón de Estado, permitiéndolo los accidentes (que diremos), como también por no aventurar la sucesión que aún no se dexava comprehender en Acmad por no averse domesticado con alguna muger. La tercera, no averse hallado fuera de la Corte, sino en el serrallo, con que pudo sin dilación alguna ocupar la silla al instante que la dexó su padre. El primer decreto, que se publicó a instancias del primer visir (antecedentemente baxá de El Cayro), fue que saliesse del serrallo la reyna madre de Mehemed, quien no pudo dexar de sentir la desatención executada contra su soberanía.

Salió pues la reyna con la ternura encubierta de su entero respeto, participando la virtud de la tolerancia en el valor del semblante a todos, haziéndose conocer superior propugnáculo contra las impresiones políticas de una ensangrentada maligna conspiración. Acompañáronla sus damas llorosas, en cuyos sangrientos sollozos hizo más reparo el pueblo para la curiosidad que para la compassión.

Deliberaron también que el pequeño sultán no se avocasse con la abuela, aunque ella hazía instancias para comunicarle. Y para que se abstuviesse de tal solicitud, la insinuó el visir (con poco respeto) que ella, como las que la acompañavan, tenían crédito de hechizeras y de que avían maleficado a

Mehemed porque su gobierno dependiese de su autoridad, que le avía reducido a la mayor miseria, poniendo en almoneda los puestos que se daban a quien los pagava mejor, con doloroso sentimiento de los beneméritos, a que acompañava retirar al hijo de la aplicación de la guerra por no apartarle del serrallo con provecho de la christiandad y daño del mahometismo.

Entró en el serrallo en su lugar la madre de Acmad, nacida en Bosna, que fue esclava de garbosa belleza con la habilidad de cantar y dançar gallardamente. Y aviéndola presentado al sultán su padre, el baxá Mehemed Gira, vivía tan atenta a su bienhechor que reconocía el beneficio con los regalos de dineros, joyas y bestes que continuamente le embiava como autor de su presente felicidad. Salía el nuevo sultán cada día en público y, para acreditarle, los baxaes esparcían voces que passaría a la guerra de Ungría a dar calor a las armas que (en tibias operaciones) avían dexado resfriar los filos de los azeros. Y el muftí declaró por hereges a los que no lo creyessen, bien que la mayor parte incurrió en el vando por ser de contrario sentir y, aviéndole circuncidado en el serrallo, siendo padrino el visir, dio diez mil zequíes al barbero que le retaxó.

Aprestáronse varias hermosuras esclavas, cada una con pretensión de ser la elegida (después de aver sanado) para el primer empeño de la confiança en los estrechos lances de la llaneza común. Y aviendo passado después a la celebración de tan sumptuoso acto entre las demostraciones de la solemnidad, se fingió la expugnación de una ciudad, que llamaron Viena, dexándose ver los tártaros en demostración real talando la campaña. Y después de las operaciones de la zapa, como de los efectos de la artillería, acometieron las fingidas brechas, en cuyos assaltos figuraron al sultán triunfante que, con la zimitarra en la mano, entrava por las ruynas de la muralla. Passando inmediatamente a la fundición de algunas piezas, como también a esquadronar los genízaros, marchando en batalla y desfilando, como bolviendo a doblar y otras demostraciones militares, bien que los más, internamente, deseavan la paz con los imperiales porque, aunque avían conseguido algunas conquistas, tuvieron de costa tanta sangre como dinero y no correspondieron a las esperanças que avían concebido.

La gente de Ungría no manejava de los othomanos con vigor las domésticas civiles discordias, la fama de los progressos de los sublevados, como también el descaecimiento de los consejos (acalorados de la reyna madre con tibieza) fueron circunstancias que facilitaron la rotura del persiano que, unido con los giorgianos (después de aver domado a Usbec, tártaro assiático), salió a campaña con grande ejército y, acampándose a la vista de Tauris, recobró parte del país perdido. No será fácil explicar la demostración dolorosa que el amargo

aviso imprimió en el sentimiento de la Porta, añadiendo a las internas turbaciones (este infausto suceso) copiosas lágrimas en los ojos de los ancianos como pronóstico de la ruyna del imperio, no lastimándose tanto de las externas invasiones quanto de las intrínsecas penurias que padecía el común, nacidas de la insuficiencia del difunto Mehemed, a que se juntava la menor edad del reynante Acmad, en cuya atención se dio orden al baxá Zicala (hijo del renegado siciliano del propio nombre) que passasse a Persia a gobernar aquellas armas, el qual hizo grandes esfuerzos para escusarse de la comisión por lo espinoso de la materia. Pero el primer visir le obligó a sufrir el peso de lo resuelto, cuyo viage executó (con notable aversión) y, aviendo llegado a Diarberquir, halló aquellas disposiciones en deplorable estado, como al persiano acampado sobre Reban y a los giorgianos que avían tomado los puestos de Tifis, después de la pérdida de Tauris. Y en medio de estos descaecimientos, alentava con aplicación sus tropas (aunque atemorizadas con los avisos de las conquistas) para que penetrassen el país con deseos de afrontarse con los enemigos y darles la batalla. Y hallándolos acuartelados cerca de Van, sin darle lugar a que se formasse, le atacaron con tanta promptitud que le derrotaron a los primeros lances, obligándole con la fuga a dexar en poder de los persas el bagage y la artillería, recobrándose con las destroçadas milicias en la plaça inmediata, si bien, por no exponerse a que le sitiassen, abandonó aquella parte en el mayor silencio de la noche, cuyo accidente participó al sultán excitándole a que passasse a Alepo y a Damasco para dar aliento con su presencia a las desmayadas tropas y mejor disposición a los derrotados intereses. Pero atendiendo más a inmundos placeres del serrallo que a los empeños decentes de su obligación, deslumbrado con los primeros rayos de la luz de una amorosa ceguedad (no atendiendo a las representaciones del Cicala), caminava torpemente siguiendo los passos desayrados de su padre a encontrarse con el ocioso delito de la floxedad cobarde.

En la Natolia oprimían los rebeldes aquellos contornos ensanchando con exceso autorizadas violencias, cuyas extorsiones llegavan (en vivas voces de los congoxados súbditos) a Constantinopla, donde Nasuf baxá (con representaciones políticas) dispuso que el sultán passasse a Bursia publicando que su salida era endereçada a la dessolación de los sublevados, cuya divulgación no fue bastante para que, con su llegada, se desnervasse el cuerpo de las rebeldes esquadras. Y no logrando esta apariencia el efecto premeditado, bolvió a la Corte consiguiendo solamente la rota que padeció el erario, con irrisión de los enemigos y sentimiento de los vassallos. Aconsejó el muftí al sultán que convocasse a los procuradores de las mezquitas y se hiziesse prestar el dinero contante que avía en las arcas destinado para obras pías, siendo permitido

valerse de las partes quando faltava lo necessario para el todo y que, como en las ruynas de una ciudad entera se comprehenden los demás edificios, es preciso que no puedan subsistir las mezquitas, ni la ley, en llegando a perecer la monarquía. Y no fue dificultoso poner por decreto este parecer para hazer pública la declaración.

Por no dexar abandonada la guerra de Ungría, passó Assán baxá a fomentarla y sin contradición violentó algunos castillos y, poniendo sitio a Estrigonia, dio principio a la circunvalación. El César ordenó al Basta que passasse de la Transilbania a la Ungría, dexando encargadas aquellas armas al conde de Belgioyosa, governador de Casobia, y no teniendo fuerças adecuadas para hazer declarada oposición al enemigo, le infestava (rompiéndole algunos comboyes con freqüentes partidas) reduziéndole a gran penuria, por cuya razón se vio precisado Assán a levantar el sitio.

Retirados los turcos, dessolavan las tropas alemanas con extorsiones la Ungría, con que se acrecentava la mala voluntad acompañada de la oposición entre las dos naciones, cuyos odios combidavan a los infieles para intentar las conquistas, a que se agregava que la severidad del Belgioyosa en la Transilbania pretendía govarnar los pueblos con leyes de religiosos dentro de las más ajustadas reglas, circunstancias que enagenaron los ánimos de aquellos súbditos en la tolerancia porque, la planta que no está reforçada con buenas rayzes, al menor impulso se desune de la tierra. Y no estando muy asseguradas las dependencias desta provincia, pudiera escusar novedades en la reformación de las acciones, como el desposseer de la iglesia de Casobia a los protestantes para que la ocupassen los canónigos expulsos de los turcos, motivos que inflamaron los ánimos para qualquiera novedad disfrazando, con la tolerancia, la resolución que meditavan en la primera coyuntura proporcionada en sus deseos.

Apoderóse también del castillo de Giob, perteneciente al Boscay, uno de los principales varones de aquella provincia, el qual aplicado a la recuperación con tres mil ayduques, derrotó al comandante imperial que se le opuso con seis mil tudescos, cuyo infausto sucesso aumentó las esperanças de los mal contentos que, sin dilación alguna, despacharon pidiendo auxilio a la Porta, que siempre se lo concede a los incautos christianos que buscan su protección. **[1604]** Siguiéndose a este accidente la rebelión de Casobia, aplaudiendo al Boscay como cabeça de la alteración, quien (por honestar su armamento) publicó que su ánimo no era oponerse al emperador, sino defender solamente su religión oprimida a sugestión de los jesuitas, pero lo más cierto es que no se sirvió del pretexto de ella para más que verter (con hábito aparente y honesto) su ambición, porque deseava el dominio de la Transilbania. Y assí, introduxo el

manejo con los turcos exhibiéndoles tributo y ellos le fomentaron con refuerços, con los quales juntando considerables tropas de transilbanos, turcos y tártaros dio principio a la guerra. Belgioyosa salió a oponerse al Boscay y, aviendo atacado la batalla, los úngaros de la facción imperial que le seguían pelearon en apariencia, solo contemporizando con rebeldes de su nación (ventajosos en número a los alemanes), por cuya razón quedaron destroçados, aviéndose puesto en salvo con grande riesgo el Belgioyosa. El coronel Lippa tomó el partido de los rebeldes y le nombró el Boscay por su teniente general. Siguió también la Ungría superior el partido de los rebeldes, quienes posseendo diversos castillos en la Transilbania convocaron una dieta en que aclamaron al Boscay por príncipe, hallándose en esta deliberación un chاوز turco que le presentó, de parte del sultán, una zimitarra, una maça herrada y un estandarte, prometiéndole assistencias y protección que no fueron aéreas porque, sacando del tesoro cien mil sultaminos, los remitieron al general de la Ungría para que los aplicasse al fomento de aquellas turbaciones. Gran ceguedad es la de los christianos, pues no conocen que entre la miel de los turcos está oculto siempre el tosigo y que, disfraçando las insidias con el trage de assistencias, hazen en ellos un perpetuo carnebal.

Noticiado Rodulfo del movimiento, ordenó que marchasse el Basta a la Transilbania a enfrenar el atrevimiento de los sediciosos y, aviendo sitiado a Casobia, hallándola bien presidida como acalorada con esperanças de un grande socorro y empeçando a sentir la falta de vituallas, abandonando la empresa cargado siempre de las tropas enemigas, se retiró a la Austria superior.

Considerándose el Boscay absoluto dueño de la campaña, embió ocho mil turcos a la Morabia, que la trataron a medida de su crueldad y, arrastrando en las cadenas la libertad de cinco mil paysanos, talaron el territorio en compañía de los úngaros de su facción que soplavan la misma llama, aunque podía (con la cercanía después) abrasar la propia patria. El othomano (porque el fuego no se extinguiesse), sabiendo que de parte del emperador se proponían al Boscay partidos de reconciliación, por interrumpir el concepto de la negociación, embió a Mehemed baxá con fuerças bastantes para su fomento y, para que se le acrecentasse el apetito con la vianda sabrosa de la ambición, le ofreció en calidad de reyno la Transilbania incorporada con la Ungría superior. Y passando a poner en execución el ofrecimiento, le puso el visir (en la campaña de Rocas) una corona que fue antecedentemente de los príncipes de la Servia y de Bosna y, a vista del ejército christiano, le ciñeron una zimitarra guarnecida de grandes diamantes, aclamándole rey, con las ceremonias de mayor festividad. Y el visir, dándole la enorabuena de la dignidad, le intituló de allí adelante en las cartas rey

de Ungría y de Transilvania; todo a fin de tenerle ligado con seguridad a su partido porque en el teatro de aquel reyno (donde se recitaban estas tragedias), no se mudasse la escena en otra representación. El Boscay, que de todas maneras conocía quán engañosas eran las bárbaras lisonjas y que un día le quitarían los turcos la corona y la cabeça, mostró en lo exterior aborrecimiento a la exaltación de rey y se huviera contentado con la dignidad de príncipe.

Mientras sobresalían en aquella provincia semejantes circunstancias, y con dudosos sucessos se manejaba la guerra, llegaron de Persia avisos más infelices que gustosos, mencionando la derrota que el persa avía dado al Cicala tres leguas de Tauris, en cuyo trance murieron nueve beglerbeyes, treinta sangiacos y treinta mil turcos y, entre ellos, el baxá de Damasco, quedando prisionero Mustafá baxá, en cuya infeliz batalla se perdió la antigua perseverante prosperidad othomana.

Puso en noticia de la Porta el Cicala el infeliz desastre, representando su desgracia como también hallarse incapaz de exercitar aquel puesto, assí por averse acrecentado otro tanto más el corage de los persianos (con el favor de la Fortuna) como descaecido el poco residuo de sus tropas y la experiencia que tenía de su desgracia, pues quando deseava acreditar su obligación a los pies del sultán, su infelicidad avía hecho irremediable su convalecencia. No avía sugeto a quien poder encargar aquellas armas por el descrédito de aquella guerra y porque todos temían perder en ella la reputación y la vida, continuándose de día y de noche, sobre este punto, las juntas en el dibano como en la posada del visir, cuya avocación (como inusitada) dava mayores motivos para que la curiosidad cortesana de los ministros de príncipes christianos aplicasse mayor observación al examen de este punto. Y después de varios debates y consultas, salió deliberado que convenía ajustar la paz con el emperador para remedio eficaz de los graves males que affligían aquella monarquía, sin la qual no se podía esperar sino estrechas dessoluciones en aquel imperio. Púsose en la noticia de Murad baxá esta resolución para que, con destreza y sin descubrir la urgente necesidad, insinuasse al Boscay algunos pensamientos de quietud y le persuadiesse a ser instrumento para labrarla, pues las presentes necesidades, las internas rebeliones y las externas derrotas no permitían asistirle para continuar la guerra. Pero que entablasse esta materia, de modo que el deseirla pareciesse más necesidad suya que aprieto forçoso del descaecimiento othomano, en cuya negociación se portó el Boscay con tal puntualidad en la obligación de confederado que no omitió el más leve punto en las instancias de la conclusión. Y aplicando la fineza con ambiciosa eficacia para el ajuste, logró su fervor ser principal medianero en la paz. En Persia, no consiguió aquel rey proporcionado

interés a la famosa victoria por averse aplicado a la destrucción de los pueblos chiurdios, que se unieron al Cicala y le desampararon en la batalla.

[1605] Mehemed baxá, que antecedentemente rindió a los christianos la plaça de Estrigonia, deseoso de recuperar la ciudad y la reputación, juntó en Belgrado las tropas y, puesto sobre la marcha, se acampó a vista de ella. Y tomados los puestos, empezaron las labores a disponer la circunvalación, cuyo presidio se componía de alemanes, úngaros y balones. Los primeros obedecían a Gabriel Estrainio de Austria. Los segundos, a Francisco Thurio y los terceros, a monsiur de la Mota, francés. Era gobernador de la plaça el conde Vilelmo Ostiense (que no fiándose de los úngaros) se sirvió del pretexto de que estaban obligados a militar sobre las saicas en el Danubio para sacarlos de la plaça, los cuales tomaron después el partido del Boscay ofendidos de la desconfianza del conde, con particular gusto de los othomanos, por interessarse siempre en las irremediables desuniones de los christianos.

Concluidos los ataques, embistieron el día seis de septiembre al fuerte superior (donde estaban las municiones), cuya defensa tocava a los alemanes, que valiosamente rechaçaron a los infieles con pérdida de mil y quinientos hombres. Y el octavo día, reprehendidos del baxá, intentaron bolver a la expugnación protestando que no avía de abandonar el sitio sin concluir la interpresa, aunque padeciese la descomodidad de todo el invierno y aventurasse su vida y la de todos. Este día, los alemanes, pelearon con más ardiente corage que cauta disposición por no aver observado la ordenança que debían, cuyo motivo hizo comprehender a los genízaros el desorden de la defensa. Y aplicando el mayor esfuerço en los assaltos de la brecha, entraron a fuerça de armas en el fuerte consiguiendo la muerte de novecientos christianos (que le guarneçían), con pérdida de otros tantos infieles. Y aviendo ocupado el puesto, se sirvieron de aquellas municiones para fulminar con mayor violencia de los disparos de treinta cañones al castillo principal, pero aviendo perdido infinita gente en las defensas, embió el baxá a pedir al Boscay quatro mil infantes representando que los genízaros destinados para aquella empresa marchavan, con orden del sultán, a las urgentes necessidades de la Persia.

Escusóse el Boscay con la disculpa de que tenía precisa necesidad de estar armado para su seguridad y, no obstante esto, después de observar más capaz que nunca la brecha conseguida a fuerça de cañonaços, intentaron con mayor orgullo el assalto, en donde fue obstinado el combate, pero oponiéndose monsiur de la Mota con sus balones al ardiente tentativo, rechaçó a los enemigos con pérdida considerable, los cuales sin hazer caso del riesgo

procuraron cansar con la continuación de los assaltos el esfuerzo de los sitiados (sin dar intermisión al trabajo), reforçando con tropas descansadas el empeño.

Murieron en un assalto mil alemanes y el conde governador, cuya desgracia desalentó a los demás y, aviendo dado fuego el día inmediato a dos minas los infieles, hizieron la operación muy en daño de los sitiados, pues murieron muchos abrasados y no menos bolaron por el ayre, cuyo horroroso suceso atemorizó de modo el presidio que, sublevados los soldados, se negaron inobedientes a la continuación de la defensa fomentando la entrega de la plaça. Y el comandante Dampiero (que entró a gobernar en lugar del conde Vilelmo), se opuso fuertemente a la deliberación diziendo que no estaban las materias reduzidas a tal extremo que no se pudiesse alentar la resistencia, a que asistiría ambicioso, considerando la obligación en que le avía puesto el juramento de fidelidad al emperador. Pero los soldados, abandonando las murallas, se apartavan de las guardias como de las funciones y, por el contrario, los turcos, solicitando vivamente las operaciones de las minas, ganavan cada día más terreno en la conquista. Y poniendo los sublevados en plática una capitulación, hizieron instancias para que la firmasse el governador, que la hizo pedaços, tratándolos de infieles y de cobardes, pero ellos perdiéndole el respeto, le maniataron introduziendo después en la plaça a Alí, baxá de Buda, y ajustaron la rendida. El qual, ambicioso de la recuperación, no solo les ofreció honradas condiciones, sino también pagarles entretenimiento considerable a los que quisiessen continuar el servicio othomano, que abraçaron dozientos (o por temor del castigo o por esperar el premio turquesco), siguiendo con los propios oficiales y con las mismas insignias el partido infiel (exemplar no practicado en ningún tiempo).

Otros mil, que salieron de la plaça con banderas arboladas y bala en boca (comboyados de los turcos), transportaron en saicas los enfermos heridos y el bagage hasta recobrarse en Comora. Por este camino consiguieron los othomanos (diez años años después de averla recuperado los christianos) bolver a dominar una de las plaças de mayor importancia de aquel reyno, concurriendo a su entrega el descuydo, la inobediencia y el defecto militar, más que la necesidad.

[1606] Esta prosperidad tuvo por recompensa nuevos y successivos desastres en otra parte, pues Nasuf baxá quedó desvaratado de los rebeldes en Assia. Y consecutivamente Cusaín, baxá de Alepo, le imitó en la desgracia prisionero de los sublevados. Debilitado el ejército othomano en Persia con la continuación de la guerra, disminuido con el estrago de la peste, sitiado de la carestía y falta de bastimentos, se avía reduzido a la mayor miseria, por lo qual

aquel rey predominava a su arbitrio aquellas grandes campañas. Y aviendo sitiado a la ciudad Giangue, dio principio a estrecharla con la expugnación, cuya plaça por el desorden turquesco estava desauiciada de socorro y, al mismo tiempo, los cosacos saquearon y pusieron fuego a las tierras de Vender y Moncastro, en las riberas del Danubio, con cuyos accidentes, congoxado el sultán, destinó para el gobierno de las armas en lugar de Cicala a Ferad baxá, pero con pocas ventajas de aquellos intereses mientras faltava dinero para vivificarlos.

Dervis visir se valió de todo tipo de violencias para que no faltassen las assistencias y, particularmente, de una gran renta que quitó a tres hebreos ricos, porque avían damnificado el erario regio con el fraude de algunos óleos, desposseyéndoles de grandes cantidades. Este género de gente goza grandes opulencias porque manejan las rentas reales, interessándose también en la fábrica de la moneda, sin las riquezas que por medio del tráfago aumentan cada día. Y porque Dervis estava bien informado, intentava diezmarles los tesoros, pero comprehendiendo ellos el disignio, dieron principio a insidiarlo secretamente desacreditando su gobierno, a que atribuían los malos sucessos de la monarquía en la guerra, como también las prosperidades de los rebeldes y todos los malos éxitos sucedidos en el imperio. Y como era su fin el destruirle (para salvarse a sí mismos), la Fortuna (que siempre está expuesta al riesgo de las contingencias), contribuyeron con una porción de dinero para assegurarlo todo y lo emplearon en esta forma por tener ocasión de noticiar al monarca de que estava el visir muy abundante de tesoros. Y aviéndolo llamado a su presencia, le mandó quitar la cabeça y, después, ochocientos mil zequíes que tenía en contante, quedando los hebreos muy gustosos con este acaecimiento, triunfantes de quien los avía perseguido.

Llegavan cada día a Constantinopla infaustos avisos y, entre ellos, la noticia de que Juan Polach, otro rebelde, avía ocupado con independiente dominio toda la Soria y que el baxá de Babilonia secretamente se correspondía con él para unirse y dividir el tributo entre los dos. No es fácil poder escribir los desórdenes en que estava sumergida en este tiempo la monarquía, pues internamente la despedaçavan los turcos rebeldes y externamente la maltratavan los persas y los alemanes.

En este tiempo un baxá principal, confidente del embaxador veneciano, representando la postura infeliz de los intereses de aquel imperio, exageró con lágrimas en los ojos que si el emperador no hazía la paz con el sultán, se precipitaría la monarquía en el abismo de la última ruyna. Y bolviendo a hazer instancias, duplicaron las comisiones al Boscay, como a instrumento de su

quietud, manifestándole la imposibilidad de asistirle estando divertidos con las domésticas necesidades, pero él, ocultando con destreza las angustias othomanas, hizo penetrar en la Corte del César su disposición para la paz.

Los christianos que se adormecían con facilidad a este encanto, aunque la coyuntura pedía que cerrassen los oídos a las proposiciones, los ministros del gabinete del emperador los abrieron de todas maneras destinando la plaça de Comora para la conferencia de los plenipotenciarios y, después de varios contrastes, se resolvieron las siguientes capitulaciones.

Que quedassen reduzidas las cosas al estado primero, sin violentar la conciencia ni alterar la religión. Que el archiduque gobernaría la Ungría por el César sin alterar las antiguas leyes del reyno. Que el Boscay quedaría príncipe de Transilbania, conde de Siculi y palatino de la Ungría superior, al qual sucederían sus hijos y, faltando la posteridad, quedaría electivo el palatinado en la forma acostumbrada. Que se publicaría un indulto general e indistinto. Que el archiduque embiaría sus ministros a la Porta para contracambiar las capitulaciones y que, quando los othomanos interpusiessen alguna dificultad o faltassen a la puntualidad de los tratados, la Ungría y la Transilbania harían unida resistencia a sus disignios.

[1606] Aviendo visto el Boscay las capitulaciones, halló dos cosas de poco gusto en ellas, que fueron la palabra rebelión y el pedir gracia al emperador, las quales expressadas con otro medio término endulçaron el sonido, pero no la substancia, quedando ratificadas las condiciones. No arrostrava Rodulfo los ajustes porque sentía que le forçassen los propios súbditos y los enemigos a establecer una paz a su modo, precisándole a que cediesse la Transilbania a un rebelde a instancias de las opiniones de la mayor parte de sus ministros, si bien primero de consentir en el ajuste, tomó diversos pareceres y, en particular, el del Basta, su general, cuya gloria intentaron desluzir sus enemigos en la Corte diziendo que sus victorias las avía logrado con balaquios, moldabos y tártaros, que eran la escoria de la milicia othomana, gente más acostumbrada a la fuga que experimentada en las armas como los genízaros y los espais, siendo assí que muchas vezes venció también a los turcos y que mantuvo en Transilbania vigorosa la autoridad del emperador. Y aunque acosado siempre de las rebeliones y de la adversión de los pueblos, opuesta al imperio alemán, cumplió enteramente llenando la obligación de prudente capitán como de generoso soldado, pero como el veneno no obra sino donde ay mucho calor, assí también la embidia no haze efecto si no es donde ay méritos sobresalientes en el valor. Y si los ministros imperiales (que le emulavan y deseavan interrumpir sus progressos) le huviessen assistido con fuerças proporcionadas (superando los

obstáculos), es cierto que hubiera apagado enteramente los ardores de la Turquía, como también los excessos de los rebeldes, porque tenía bien comprehendida la disposición con que peleavan los turcos y, contraponiendo unidas y estrechas filas en bien cerrados esquadrones a sus dilatadas y espaciosas fábricas, no llegó a pelear con ellos vez alguna que no los derrotasse con aumento de la propia fama, como también con reputación de las armas alemanas. Y assí, excitado a dezir su parecer, lo expresó en esta forma:

Sacra Cesárea Magestad, la christiandad y la Turquía son dos elementos contrarios que no pueden estar inmediatos sin combatir. Y el enemigo que (con observación cuerda, anteviendo su ruyna y conociendo en Vuestra Magestad vigorosas fuerças, no solamente para resistir sus conquistas, sino también para castigar sus insultos) propone la quietud de unas treguas (que son políticos esperezos para adormecer el desvelado valor de nuestras armas, estudiado de los alemanes con tenacidad en las ayrosas reglas de vencer a los othomanos sin que el olvido les pueda perturbar la confianza en la memoria de la execución) para que, divertidos en el ocioso entretenimiento de una paz, se suspendan entorpecidas las operaciones que podían experimentar en su daño, disfrazando con esta negociación los áspides othomanos el veneno político de su razón de Estado entre las flores hermosas de los deseados intereses, para mortal peligro de nuestros logros, en cuya máxima se reconoce el deseo de asegurarnos desarmados para assaltarnos después improvisamente indefensos.

Las victorias que he logrado con el glorioso y soberano calor de las armas de Vuestra Magestad, y tantos estandartes turcos que adornan las iglesias alemanas, son claros y verdaderos testigos de que para vencer a los infieles es menester combatirlos. Y si Vuestra Magestad me diese quarenta o cinquenta mil veteranos combatientes, no temeré la inmensa multitud de sus esquadras porque suplirá la disposición lo que faltare a la cantidad, y la ciencia militar a lo que mira la superchería y, superando el arte la ferocidad con la ventaja de los sitios, se dispensará en la desigualdad del número. No acostumbran los turcos servirse de la coraça y la pica, que son los nervios mayores de la ofensa, y estas son el motivo más cierto de sujetar sus barbaridades. Haga Vuestra Magestad una representación al pontífice poniendo en su consideración vivamente los aprietos de la christiandad, para que excite con legados a los príncipes christianos a concurrir ala vivificación de este cuerpo desmayado (por falta de fomento) y, si la interposición no consiguiesse el remedio, hagan las censuras lo que no haze la unión, que en semejantes casos son justas porque merece la ira de Dios quien no socorre la causa de Dios.

[1606] *Solicite también Vuestra Magestad los auxilios el imperio apaciguándose con el Boscay (pues lo desea) y, con esso, nos aseguramos de la enemistad de los úngaros. Y dispuesto Vuestra Magestad con aliento superior a la guerra con los turcos, lograremos una gloriosa libertad comprada con el peligro, en vez de una servidumbre lisongeadada con el ocio. No permitamos, señor, que a su arbitrio nos hagan hazer la paz y la guerra, siendo un*

principio de dependencia que terminará en desayre. La necesidad, y no la elección (en sus privadas angustias), les aprieta para la conclusión de los tratados y no nuestros intereses.

En las exhibiciones presentes para hazer la paz estamos obligados a los persas, pero no a los turcos y, aquellos que los destrozaron en los passados conflictos los han obligado a sujetarse a la reconciliación, pero en faltando las internas sublevaciones y las externas fatigas, crecerá en ellos la ambición sin medida (por falta de impedimentos) y, aviendo digerido los malos humores (que causan astío), se les acrecentará después el apetito aumentando la voracidad. Y si aora desean apartarse de la guerra, es por tomar aliento después las atropelladas fuerças con alguna respiración para fortalecer el descaecimiento con esta intermisión y volver a fabricar sus empresas de los materiales de nuestro ocioso descuydo. Y es cierto que lo que está bien a los enemigos es, por naturaleza, dañoso a nosotros. Y porque no pueden continuar la guerra, debemos constantemente proseguirla si no queremos obrar más a favor de sus intereses que de los nuestros. Y quien quisiere aspirar al propio bien, debe desear lo contrario de lo que el enemigo desea para sí. Y assí mismo, señor, mi sentir es poner en la consideración de Vuestra Magestad emprender la guerra porque no hallo seguridad en la paz y, si se gana el tiempo, no se cambia fortuna, prolóngase el mal, pero no se divierte la muerte.

Estos conceptos, que tenían por vasa una sólida verdad, quedaron viciados de los consultores del emperador en su depravado y malicioso sentir, porque los estómagos estragados convierten en crudezas nocivas aun las más preciosas sustancias, representando que los militares tienen inseparable simpatía con la guerra por ser un pasto tan sabroso para su paladar que, por más abundante que sea, no les engendra astío alguno (y que siendo el Basta soldado en las materias de la guerra, no sabría dezir basta) y, con varias interpretaciones desvaneciendo aquel zelo, passaron a representar con exageración lo exhausto de los erarios, la gran potencia de los turcos, el cansancio de los súbditos, la dessolación del país, la necesidad de la paz, precisaron a la voluntad del César, más violentada que persuadida, a que consintiese en ella embiando a Constantinopla un embajador de parte del archiduque Matías (como rey de Ungría), y de la suya, con los regalos acostumbrados que consistían en dos lanternones muy grandes de plata, un servicio de platos, relojes, fruteros de varias hechuras, un vaso de ágata guarnecido de diamantes, espejos, esmeraldas, escritorios de varias labores, perros de caça y veinte y cinco mil úngaros en doze bolsas. Pidió la restitución de Agria y de Canisa, que no tuvo efecto porque no hizo las vivas instancias que requería la coyuntura presente, mientras era tal la postura de los negocios y la necesidad de los turcos en desear la paz, que por opinión universal se juzgó, que a tenerse firme el César en negar los ajustes, avían deliberado en sus conferencias secretas consentir en dicha restitución.

Pero como los imperiales deseaban la quietud con particular ambición, y no inferior a la de los turcos, cedió el embajador en la pretensión retirándose de las primeras instancias.

Los turcos (que en la negociación no ceden a los christianos) quando vieron apartado al embajador de la proposición, pretendieron alterar lo establecido en los confines, pero él se mantuvo en no consentir mudança en lo dispuesto con Murad baxá, quedando después de varias alteraciones asseguradas las treguas.

Passó embajador turco a corresponder al regalo y al cumplimiento con tres cavallos ricamente adereçados y algunas tiendas de campaña persianas, por cuyo medio salieron los turcos del obscuro laberinto de sus aflicciones. Partió el embajador alemán de Constantinopla con aplauso de toda la Turquía, bendecido del pueblo como restaurador de la arruynada monarquía en la guerra civil de Assia, como en la menor edad del tierno Acmad, combatida de tantos accidentes y próxima a experimentar el último precipicio, cuyos ajustes acaloraban la esperanza de enfrenar a los rebeldes con dessolación de los persas como lo consiguieron, por último.

Reduxéronse las capitulaciones en sustancia a que cada uno gozasse lo conquistado, quedando la plaça de Vacia por el César y Estrigonia por el sultán, como la libertad a los prisioneros con las demás formalidades practicadas en las antecedentes treguas, dando con esta momentánea quietud pausa la Ungría a un paréntesis templado, pero no remedio dilatado a sus propios males.

Los turcos despojaron el conquistado país de nobleza, como también del pueblo armígero por temor de alguna novedad. Y con este medio pretenden assegurar lo adquirido, deshaziéndose de aquella generosa sangre que, de lo más puro, suele destilar espíritus de libertad, agenos de doblar el cuello al yugo de la esclavitud, mientras la turba popular (sepultada en la abundancia de lo comestible, procurada con estudio de los othomanos), olvidándose fácilmente de lo pasado, goza de lo presente sin turbarse a las incertidumbres de lo futuro.

No hazían en este tiempo los infieles grande estimación de las fortificaciones, diziendo que solo eran de alivio a los príncipes a quienes faltan las fuerças para resistir en campaña a sus enemigos. Y que no debe temer las invasiones quien tiene abundancia de tropas, pues solo se encierran en tales defensas los que no se juzgan seguros en la campaña. Y que, por último, quedan sujetas siempre las fortalezas a la fortuna de quien predomina el país y, sin embargo, con el progresso del tiempo han construido algunas y conservan las antecedentemente fabricadas y, con la práctica de los christianos (si antes eran

negligentes, incultos y bastos) han aprendido a ser capaces, instruidos y refinados.

Tuvo en los principios de este siglo la República acerbos disgustos con la Corte romana por conservar la jurisdicción y la dignidad del principado (que es la más rica joya de la diadema de aquel dominio), a cuyas desazones, atentos los turcos, no omitían diligencia alguna para saber con distinción las novedades que pudiesen resultar de estas intercadencias. Y aviendo llegado, en aquel tiempo, el embaxador de Arragusa con el tributo de doze mil zequíes a la Porta, y con otros regalos para las sultanas y los ministros, tomó a su quenta este ministro escribir cada mes al sultán (con la más distinta relación) los motivos que llegasse a penetrar de qualquiera emergente, cuya oferta cumplió con grande puntualidad. Vive esta nación christiana tan internada en las entrañas del país turquesco, que se ha dexado salpicar de los colores más finos de sus costumbres, participando con aplicación las noticias que comprehenden de las deliberaciones christianas, deseando la guerra (particularmente) con los venecianos, porque la interrupción del tráfigo de estos fomenta con interés el aumento del propio. Gozavan la paz establecida con el emperador en Constantinopla y, como se hallava enferma la monarquía, mostravan los othomanos grande complacencia de ver cicatrizada una llaga, aunque conocían que la desazonavan otras no tan fáciles de curar.

[1607] Algunos varones de la Ungría (quexosos del César) con secreta negociación ofrecieron vassallaje al sultán, pero atendiendo la Porta a lo más esencial despreció la insinuación como medio bastante a interrumpir su fin, que era no empeñar el ejército en más de una empresa. La crueldad en Constantinopla era medio severo para recoger tesoros, pues con la muerte del baxá de El Cayro adquirió grandes cantidades el erario regio y, en este tiempo, hizo publicar el sultán sacrificios en honor de una batalla conseguida contra los rebeldes de Assia, que se comprehendió artificiosa a pocas experiencias, pues fue máxima solamente la demonstración y las voces (que la mencionavan) para consolar el afligido pueblo, siendo así que avían saqueado y quemado a Bursia con gran fiereza los rebeldes, de donde nació el mormurar con exceso los súbditos al sultán, diziendo públicamente que el sueño, el ocio y el genio que tenía tan parcial a los placeres avían cambiado el imperio othomano a una Babilonia de confusiones, añadiendo mayores desconsuelos a estas circunstancias la llegada de un correo de Persia que truxo el aviso de la rota de Acmad baxá (general de las armas) con pérdida del bagage, aunque con preservación de la artillería, a que se añadió (para su mayor tormento) el decreto del rey católico ordenando la expulsión de los moriscos de España.

[1608] Calmado, pero no extinguido el movimiento de los moriscos en la Corte católica (viviendo Felipe Segundo), mirava mal Felipe Tercero gente que tolerava por fuerza el yugo y resolvió expelerlos de sus dominios, para cuyo efecto hizo juntar en su presencia escogidos teólogos a fin de que votassen en esta materia (con zelo christiano) lo que fuesse más conveniente para el servicio de Dios. Y aviendo hecho varias juntas sobre este punto, fueron algunos de este parecer.

Que el mover los humores (bien que pecaminosos) quando son copiosos (según reglas de medicina) es arriesgado, y que era lo mismo alejar de España la abundancia y la agricultura, pues no es fácil hazer el terreno fructífero faltando quien lo cultive. Y que los muchos súbditos son los que hazen grande al príncipe, no siendo de estimación en el mundo los que dominan las selvas y los desiertos, sino las poblaciones, añadiéndose a esto que con la salida es preciso que se lleven el dinero y las joyas, dexando en España solamente la esterilidad, la pobreza y la falta de gente. Además, que el mover tanto pueblo puede motivar alguna desesperada sublevación y, passando estos al África, se acrecientan los súbditos al othomano y los enemigos a la monarquía española.

Don Francisco de Sandoval y sus sequazes eran de contraria opinión, diziendo: *Que el criar en las entrañas los infieles, era alimentar la serpiente para que sembrasse con más ambición cada día el veneno nocivo de su naturaleza en daño de los vassallos. Además, que estos no eran súbditos, sino sangrientos enemigos disfrazados con el trage de vassallos y que, quanto más se aumentavan con la propagación, serían tanto más fuertes y numerosos para temer en ellos qualquiera inobediencia o sublevación. Y que, siendo infieles a la religión, no serían leales al príncipe y, más, quando aviéndose correspondido con la Porta podrían implorar socorros al sultán y ser ellos el instrumento de la sugestión de España a la Porta othomana. Y que si el expeler (con solo un golpe) tanta gente traía algunas oposiciones que lo repugnaban, era por no aver considerado la flaqueza del cuerpo quando era causada de aver vomitado humores contumaces. Por último, después con la regeneración de sangre más purgada, se remediava y resarcía con facilidad no ser dificultoso que, con depravadas costumbres y malos exemplos, puedan convertir a los otros a su falsa religión, solicitados de sus exortaciones en domésticas pláticas.*

Sintiéndose el rey agravado en la conciencia por mantener en sus dominios gente tan infiel, como deseoso de arrojar de lo interno de sus Estados la venenosa infección del mahometismo, resolvió la expulsión anteponiendo a los intereses de Estado el servicio de Dios y al útil de la monarquía la gloria de la religión. **[1608]** Y aviendo penetrado los moriscos la resolución, se unieron y armaron para ponerse en defensa, pero conociéndose insuficientes para tanto empeño, despacharon nuevamente a Constantinopla implorando assistencias del sultán, solicitándolas con dinero y otros donativos con que lisongearon a las

favorecidas y a los baxaes, representando con vivas y eficazes razones la postura de su infelicidad con esta expresión:

Que de absolutos patrones avían baxado a la ínfima desventura de esclavos, despojados de la patria y violentados en las conciencias, se hallavan precisados a caminar vagabundos si la generosidad de Acmad promptamente no los socorría para mantener juntamente la religión mahometana y que, si triunfava al presente en Constantinopla, estava inmediata a precipitarse en Valencia y otros reynos de España.

El muftí, inclinado a interessarse en esta materia como que mirava al aumento de la religión, solicitava con vivas instancias la conclusión de este negociado, pero opuesto Nasuf baxá a este dictamen, dixo: *Que hallándose la monarquía divertida en otras guerras, no estava en estado de romper con el más poderoso rey de la christiandad por favorecer a quatro villanos, por quienes no quisieron declararse los monarcas antecessores en otras solicitudes como esta y que, transportados en el África, sería mayor el útil que el daño porque despoblando los payses christianos, habitarían los mahometanos territorios fecundando la campaña desierta con la cultura, para lograr en granos de oro lo que podían aver perdido en la expulsión.*

Protexidos, sin embargo, de las mugeres más autorizadas del serrallo, bolvieron los embaxadores con la respuesta de que, para el año venidero, los socorrerían con la armada, subministrándoles milicias y otros pertrechos. Pero anteviendo los españoles con el rezelo estos motivos, embiaron a don Pedro de Toledo con diez y ocho galeones y setenta y dos galeras a que (después de aver presidiado los puertos y los lugares más fuertes, como también las montañas) publicasse el decreto del rey, en que se mencionavan con distinción las razones que avían movido el ánimo de Su Magestad a esta deliberación, expressando los excessos cometidos de esta gente, assí de rebeliones como de correspondencia con la Porta y con el rey de Marruecos solicitando assistencias para sujetar a España, siendo dos vezes infieles: a Dios y al rey. Publicóse el vando en esta forma: Que de cada cien casas de moriscos quedassen solamente seis personas de las más escogidas para la cultura del terreno y que, a los muchachos menores de quatro años, se les permitiesse la habitación en los lugares propios. Y a los de quatro a seis que huviessen nacido de padres christianos de mayor edad, y de madres moras, y que estas saliessen, quedándose los padres con los hijos porque se suponía que los viejos tendrían más arraygada la religión católica en el coraçón que los moços, pero siendo el padre morisco y la madre christiana, quedasse ella con los hijos y él obedeciesse el decreto. Que si los christianos huviessen ocultado algún moro, y con este engaño se escusasse de la salida, tenga por castigo seis años de galeras. Que en todos los embarcos se permitiesse a diez que avisassen a sus compañeros la llegada a Berbería. [1608]

Excluyéronse también del destierro los que (por certificación de los obispos y prelados) constasse ser realmente buenos y fieles christianos y que no professavan en apariencia la verdadera religión, sino en substancia, con permiso de que no queriendo passar al África, escogiesen otro país a su arbitrio para su habitación.

Hirió esta deliberación vivamente en el ánimo de los moros porque no esperavan verla executada, quando en otras ocasiones solo avía producido el amago la amenaza, embaraçando el golpe algunos obstáculos hasta este lance, que el efecto adelantó la resolución que les obligó (postrados a los pies del marqués de Caracena, virrey de Valencia) a suplicarle revocasse el edicto por el servicio de cantidades tan considerables de dinero que llegavan a millones, ofreciendo assimismo mantener quatro galeras para defensa de aquellas playas, como también el rescate de los que perdiessen la libertad apressados de cosarios africanos en aquellas costas, a fin de no salir de la patria, cuya amorosa obligación se la avía destilado la misma naturaleza en líquidos alimentos que se beben como leche y animan como sustancia. Y no solo atienden a este respeto los hombres, sino que le professan también los animales, procurando acabar la vida en donde empezaron a tenerla y, si por algún accidente se ven precisados a salir, en cessando el estorvo expontáneamente se buelven a la patria. Pero cerrados los oídos a las súplicas, a las ofertas y a las lágrimas, se dispuso su passaje. Algunos de ellos, más generosos en el espíritu que los demás, intentaron con las espadas en las manos experimentar la última suerte de la fortuna, aventurando la vida a un trance por negociarse la libertad en un empeño, pero siendo pocos los armados, y los españoles atentos al movimiento como prontos para sujetar qualquiera tentativo, se vieron precisados a obedecer por último las leyes insuperables de la necesidad. **[1609]** Los primeros que se embarcaron fueron los de Gandía, comboyados de la milicia española hasta Denia y Alicante. Y aviendo llegado algunos a Tremecén, les permitió el desembarco el rey de Fez, como también la vecindad en su dominio. Y otros, a quienes no agradó el país, esparcidos por el África perdieron las vidas y las haziendas a manos de los árabes. Muchos naufragaron por el viage y, algunos que se embarcaron en leños napolitanos y catalanes, en alta mar los arrojaron al agua. Y esparcidas estas voces entre los que aún no se avían embarcado, aprendiendo que no avía sido accidente particular el naufragio sino orden superior para acabar con ellos, se congregaron hasta veinte y cinco mil (obedeciendo las órdenes de un tal Barbarroja, natural de Guadaleste) en la montaña de Aguar, jurisdicción de Gandía, de donde salían a profanar los templos como a poner fuego a los lugares inmediatos y, despedaçando los ornamentos, hizieron de ellos algunas banderas.

Pero Sancho Dávila y Agustín Mesía, poniéndose en marcha con las tropas, rompieron algunos comboyes de los rebeldes que se encaminavan a unirse al grueso y recuperaron al primer lance la tierra de Murla (defendida de los moriscos sin militar disposición) y, aviendo fabricado algunos fuertes en el círculo de la montaña, oprimieron las salidas con que executavan los excessos.

Avían diseñado los rebeldes entretener el tiempo hasta la primavera, que pudiesen recibir los socorros mahometanos y, por el contrario, los españoles solicitavan su partida anticipándoles todo fomento para la ejecución ofreciéndoles razonables partidos, pero Barbarroja temiendo caer en las manos de los irritados españoles, desvarató qualquiera acuerdo y, llegando a las armas, quedó muerto Barbarroja y desbaratados los demás, que reconcentrados en lo más elevado de la montaña, se fortificaron eligiendo por caudillo a Mileni. Pero abatidos de tantas adversidades, acosados de la necesidad, implorando el perdón con la seguridad de las vidas y las haziendas, descendieron veinte y dos mil afligidos, macilentos y desconsolados que lograron el passo y el arribo a Berbería, siguiendo este exemplar otros sublevados oprimidos con las armas. Y computado el número de los expulsos, llegó a seiscientas mil personas, sin los cabos de las sublevaciones que murieron en el suplicio, por cuya razón quedó despoblada España.

Estava en este tiempo la monarquía othomana como un cuerpo de desmesurado gigante (que, predominado de malos humores como mal acomplejado), tenía debilitadas las fuerças de modo que necessitava de grandes fomentos para la convalecencia, porque se gastavan los tesoros sin razón sobresaliendo la avaricia en los ministros, como también la flaqueza en el sultán por la edad y por el genio, a que acompañava la enfermedad del Consejo, de que nacían imperfectas las execuciones, arrogantes las milicias y adulterada la moneda. Vendíanse los puestos porque estava la justicia en almoneda y solo atendía cada uno al fin particular, con abandono de los comunes intereses. Los príncipes christianos (con observar esta monarquía vacilante, sin atender a su ruyna) eran ociosos mirones de su descaecimiento, contentándose con ver el mal juego, sin valerse de la coyuntura para fomentar su perdición.

[1610] La reyna reynante dio a luz el tercer hijo y el sultán, aplicado a una fábrica de una mezquita, no remediava las ruynas de su imperio, atendiendo solamente a que la fábrica excediesse en magnificencia a las de sus antecessores. Y aviendo elegido un amplio sitio cerca de la plaça del Hipódromo, ocupó un grande número de artífices, en el qual consumió cinco millones de oro.

Alabavan los turcos la fábrica como obra expléndida, pero no devota, mientras se debía empear a disponer la dotación, señalándola (antes de

acabarla) parte de las rentas de un reyno christiano nuevamente conquistado para este efecto.

Altamente representava el muftí que las oraciones que en ella se hiziesen no serían válidas, no aviendo precedido la conquista mencionada, y quanto más crecía Mustafá, hermano del sultán, en la edad, tanto más assombrava (como la planta) las desconfianças de Acmad. Y assí, ordenó a dos mudos que le quitassen la vida (con la cuerda del arco) mientras lograva divertirse embarcado en los canales del serrallo, pero apenas puso los pies en la faluca quando sobrevino una repentina turbación tan obscura y horrorosa que parecía se acabava el mundo, cuyo accidente se interpretó como que desagradava al cielo el sacrificio del inocente hermano. **[1610]** Y assí, mandó suspender la comission en tiempo que estaban para executarla los crueles ministros, quedando algunos días atemorizado con la memoria del accidente, pero como los rezelos y las sospechas que toman habitación en el ánimo son difíciles de mudar hospedage, le obligaron nuevos fantasmas de inquietudes a encargar a otros ministros la muerte de su hermano. Y apenas hubo dado el decreto, quando se vio oprimido de un violento dolor de vientre, cuya novedad también fue motivo para la revocación de la orden, temiendo que con aquella demonstración estorbava la execución segunda vez alguna superior deidad. Y quedando Mustafá con la vida, debió quedar más agradecido al vientre de su hermano que al de la madre que le avía dado el ser, trocándose con accidentes la aversión en afecto y fue tan grande la ternura entre los dos que lo declaró por sucessor del imperio, anteponiéndole a sus hijos, circunstancia de que no se halla exemplar en el imperio othomano.

[1611] Murió el can de Tartaria y, en el dibano, hubo varias consultas sobre si esta dignidad se debía dar a la sangre más cercana a sus herederos o al valor más conocido de un pariente más distante (que, por último, lo consiguió), ofuscándose entre los bárbaros fácilmente la luz de la razón a los visos de los resplendores de la zimitarra.

[1612] El persiano, más abundante de dominio que de dinero (raíz fuerte de la guerra), deseava la paz y, Acmad baxá, general de aquellas tropas, hallando en aquel país los obstáculos de hambre y peste, como la enagenación de las milicias, representava con vivas instancias a la Porta que se tomasse algún temperamento en el ajuste. Y el muftí, en lugar de hazer pedir a Dios la prosperidad de aquella guerra, hazía cada día rogativas para que naciessen discordias entre los príncipes christianos.

Persuadió el baxá al persa a que embiasse un embaxador a la Porta para introducir manejos de paz y, por el viage, se expressó con Gienil chauz (que le

acompañava) que el sofí, no hallando camino para bolver a la concordia, desearía que el sultán (imitando a los antiguos reyes que, por no derramar la sangre de los súbditos, combatían muchas vezes cuerpo a cuerpo en indivisible desafío) terminasse por este medio las sangrientas universales batallas. Y aviendo llegado a la Corte con los acostumbrados inciensos, en muchas cargas de seda y otras cosas, consiguió la audiencia. Pero tenaz Acmad en dexar lo propio, le recibió con frialdad y aversión y, aunque sus armas no tuvieron prosperidad en la Persia, superó a la fortuna con la constancia y no quiso admitir medios términos perjudiciales a la monarquía.

Todos los potentados ofrecen votos al sultán (como lo hazían los antiguos con los demonios) no por esperar algún bien, sino porque no les hiziese mal. Insinuó el embaxador, por facilitar su negociado, que el país ocupado de los othomanos se dexasse en feudo al hijo del rey con obligación de pagar cada año cien cargas de seda, inclinándose a esta proposición el visir. Y la mayor parte de los baxaes no despreciavan la materia, pero el sultán, negándose al partido con enfado, los reprehendió de zelo enfermo, expressándose que por no consentir en desayrados pactos empeñaría sus vestidos y que, quando el embaxador no consintiese en dexar los confines como estavan en tiempo que reynava Solimán, le despidiesen, como sucedió, embiando antes de partir a su secretario a que se despidiese en su nombre de los embaxadores de los príncipes christianos, exagerando en la más amplia forma la ceguedad común y las tinieblas que circundavan la prudencia de los potentados confinantes con los othomanos. Los quales, mal correspondidos entre sí, miravan con ojos enjutos la destrucción del compañero sin considerar que el rayo que oy abraza una planta humana, essotro día destruirá un edificio sin que el laurel de la diadema le preserve de la fatalidad. Que su rey avía movido la guerra con el presupuesto de creer unidas las armas para la común preservación admitiendo el combite del César, pero que, entrado en el agua, si se pacificava el emperador, no hallava quien le diesse la mano para librarse del naufragio y que la misma tempestad anegaría también a los demás. Que las representaciones con que avía exagerado los peligros del Assia (que poseía), no avían conseguido más que palabras de buena intención con que le animavan a moverse sin asistirle. Que, por último, la Persia conformada con sus pérdidas, sacrificando una porción de sus Estados a la ambición turquesca, reconcentrándose en lo más deshabitado de sus arenas, miraría las ruynas de los otros sin poder asistir más que con la compassión a los peligros agenos.

Suplicaron algunos christianos a este rey les permitiese la fábrica de unas iglesias en su dominio y, negándola, dixo que era superfluo erigir templos

quando permitían que se arruynasse la fe de Christo, pero después, más aplacado, consintió en la súplica presentando a las fabricadas algunos tapetes en señal de honor, pidiendo a los christianos escriviessen a sus príncipes que no correspondiessen tan escasamente a las cortesías que hazía a su religión.

[1613] Remitieron al embaxador persiano a Acmad, a quien dieron orden que prosiguiesse la guerra contra el dictamen de los baxaes, que sentían mal de la resolución, pues parecía averla engendrado la obstinación más que la prudencia mientras estava la monarquía exhausta de milicias y dineros, aviendo elegido por más conveniente el medio término de una paz honrada que proseguir en una débil y desayrada guerra y, más, quando el Assia desfigurada (por las debastaciones y crueldades de los rebeldes como por la falta de mantenimientos y granos, en pálidas y descaecidas facciones) solo hazía obstentación de su miseria (que también tiene su vanidad el descaecimiento en la tolerancia quando es precisa), por cuya razón se avía despoblado el país y minorado las rentas, llegando a tal extremo la miseria que, por la falta de ganado de todas suertes como de hombres, se avía aumentado también la necesidad en las fieras, a quienes precisava el hambre a salir a los caminos y deborar los passageros que iban desarmados y sin gente que los assegurasse. **[1614]** No llegaron las comissiones del sultán a manos de Acmad baxá a tiempo de ponerlas en execución por averlo embaraçado la muerte, que es sola la indubitable circunstancia entre las incertezas humanas.

Sucedióle en el generalato Nasuf, albanés, rico y sobervio bárbaro, cuya altanera vanidad creció en sumo grado con aver ajustado casamiento con hija del sultán en edad de cinco años. Y es tal el honor y el fruto que reciben los baxaes con el parentesco del sultán que, temerosos (de que algún accidente les estorve el gozarlo), procuran antes de tiempo cogerle aun sin sazonarse.

Restituyóse el embaxador persiano a la presencia de su rey, a quien encontró indignado por estar aquella Corte imprisionada de aver tolerado que, lo que avía llevado como regalo, lo admitiessen los turcos como tributo, cuya interpretación fomentó una violencia othomana y no el consentimiento de quien entregó el presente. Y sin que valiessen las excusas ni las representaciones de los verdaderos informes, quería el rey que muriesse el embaxador, si bien, a instancias de los más graduados ministros, le permitió la vida, pero no los ojos, pues mandó sacárselos y, si no murió entonces, acabó sus días en perpetuas tinieblas.

Bolvió Nasuf de Persia con licencia del sultán, que le recibió con demonstraciones de honor, y empezó a exercitar violencias con los ministros de príncipes deteniendo sus despachos para penetrar lo que escribían. Y afeando

sus cifras, pretendió que se sirviessen de caracteres inteligibles y dispuso con arte que el sultán saliese improvisamente de la Corte, dando a entender con esta demostración que iba con ánimo de emprender nueva guerra, cuya circunstancia ocasionó a los embaxadores no poca alteración, de que nació concebir algún rezelo con que temían el rayo antes de desatarse el relámpago. Y aviendo visto solamente los principios del nublado, cada uno procurava valerse de sus más secretas inteligencias para eximirse del golpe y hazer que el estrago cayesse sobre el compañero. Los turcos (que sabían) que esta demostración era en apariencia política, y sin execución en sustancia, se reían de la flaqueza considerando que, si un tiro disparado al ayre solamente hazía tales efectos en los ministros christianos, cuánto más horroroso sería y de mayor assombro, fulminado en ocasión y a punto fíxo, y se podía llamar este medio cerval, puesto que jamás avía estado la monarquía tan descaecida. Y sin embargo, no dexavan los príncipes christianos de temer sus ataques, assegurándose de la inquietud a fuerça de oro con que sobornavan al visir, quien por naturaleza era corruptible, de modo que, con tributos que recibía de todas partes, estava su casa tan llena de riquezas que le faltava lugar para esconderlas de la perspicaz embidia, que desaprobava universalmente sus avarientas ansias y, particularmente, los baxaes, que le miravan mal porque, parando toda el agua de los tesoros en sus algibes, quedavan los de los otros en seco y, como no podían llenar el vientre a su deseo, desfogavan con la lengua públicas mormuraciones.

[1614] Las galeras florentinas apresaron dos turquescas de la guardia de Chipre, no siendo solo este daño el que recibieron de los cosarios christianos, pues con otras que rindieron los cavalleros de Malta llegó aquel año la pérdida a seis galeras en aquellos mares, cuya circunstancia los tenía ardiendo en ira rabiosa para alentar la vengança, que paró en publicar que Malta quedaría (como Rodas) sacrificada un día a la ira del sultán, y que passarían los tártaros a Italia solo a castigar al gran duque y porque los ministros de príncipes (que no tenían parte en la repressalia y estaban imputados de concierto) quisieron disculparse.

[1615] Rabioso el visir les dixo: *Vosotros los christianos, camináis siempre con mañosa unión en vuestros intereses y os llamáis con varios nombres, como los mares, que su caudal es agua salada.*

Hazían en aquel tiempo también los cosacos no pequeña guerra a los othomanos, tanto más sensible quanto más internada en el corazón de la Turquía, aviendo antecedentemente apresado una galera en el mar Negro y, con nueva y más eficaz incursión, saqueado muchos lugares con la sujeción de tres mil turcos, después de lo qual atacaron toda la guardia marítima y sujetaron dos

galeras, abrasando otras quatro, con assombro, verguença y daño de los othomanos.

Dependía la Moldabia de la Polonia y, Estéfano bayboda, con la protección de la Porta, se retiró de aquel reconocimiento. Y si bien los polacos embiaron embaxador que representasse quán infesto era Estéfano y a propósito para turbar (con su inquieta vecindad) la paz, no pudieron negociar más que aver penetrado que estaban en ánimo de protexerlo con toda constancia, como de fomentarlo con gallardas fuerças, por lo qual vino a depender aquella provincia enteramente de la Turquía porque el sufrimiento christiano haze siempre más orgullosa la insolencia othomana. Iban los mahometanos cada día en mayor descaecimiento porque al cuerpo de aquel imperio le faltava el vigor para acalorar los demás miembros y, cada uno (pensando en su particular quietud), abandonava la pública seguridad. Las partes no se oponen a la conservación del todo y por esso el todo está compuesto de partes, de las cuales los turcos, por último, se apoderarán algún día y serán dueños del todo.

Sitiaron los othomanos en Persia la plaça de Reban, a cuyo socorro salió el rey improvisamente con quarenta mil cavallos y, atacando inmediatamente a las turquescas esquadras, rompió la línea de la circunvalación y, corriéndola, desvarató con grande estrago veinte mil combatientes que intentaron oponérsele, quedando socorrida la plaça y destrozado el ejército infiel, de que era general Murat baxá, quien con grande trabajo pudo asegurar el bagage, arrastrado de los suyos por falta de animales que le conduxessen por aver muerto los cavallos y los camellos en la gran penuria de los forrages (siempre artificiosamente destruido de los persas), en cuya dessolación fundan su más especial defensa.

[1615] Quexávanse los soldados mahometanos de la mala orden con que marchavan diziendo que, si los persas huviessen seguido la victoria, no quedaría viva persona alguna de quantas obedecían las reliquias del derrotado ejército. El considerable gasto en que se consumió todo el tributo de El Cayro (que ordinariamente se reservava en el erario de adentro), como el aborrecimiento de las milicias a aquella guerra y el cansancio superaron, por último, la obstinación del sultán (que, domado de tantas adversidades), dio atención a los tratados de paz, con apacible semblante al embaxador que traía la comission y el regalo, que se componía de diez y siete bestes de relevada bordadura, una taça de oro y un *Alcorán* guarnecido de piedras preciosas, como también cinqüenta camellos, con la oferta de las cien cargas de seda de tributo en cada un año. Y si se toma el principio de tan obstinada guerra (que tuvo su origen en el reynado

de Mehemed Segundo), se hallará que duró ciento y cincuenta años y, si bien, hubo algunas suspensiones de armas, fueron de corta quietud.

La asistencia de dos tan poderosas armadas tenían consumido el oriente y, el no aver los christianos cultivado y fomentado al rey de Persia con algunas assistencias (en tan dilatada guerra), facilitó la paz, que se concluyó con Abas reynante (después de muerto Codabonda, que dio a los othomanos las mencionadas y sangrientas rotas y resarcio las pérdidas de sus antecesores), reduziéndose las capitulaciones a dominar cada uno lo que poseía. Encaminó después el persa sus armas a daño del tártaro asiático y el othomano, aviendo cessado aquella diversión, se dispuso a inundar los territorios christianos con las corrientes llamas de un incendio, que tenía su manantial en la sangrienta aversión de su voracidad, dexando en quietud la Persia hasta el reynado de Amurates Quarto, por la rebelión de Babilonia, que recuperó con felicidad como diremos en su lugar, con la qual sujetó a aquel rey de modo que, de allí adelante, no tuvo aliento para moverse.

Acmad sultán, por obstentar pomposo luzimiento a vista del embaxador, de buelta de Andrinópolis hizo la entrada en Constantinopla a cavallo con todos sus hijos, con nueva forma ostentosamente soberbia, no aviendo hasta entonces acostumbrado los othomanos hazer muestra conspiqua de su descendencia, cuyo arbitrio fue dictamen de Nasuf, primer visir, que dirigía la monarquía con orgullosa independenciam y con particular odio de los demás baxaes, que le acusaron y, en particular, el hijo del difunto Cicala baxá, porque no participava al sultán los sucessos del imperio realmente como eran, pues cuydadosamente le ocultava los infaustos avisos, lisongeándole solamente con los afortunados, a cuyas representaciones añadían la parte de avariento y temerario, como de aver convertido en uso propio cincuenta cargas de seda de las ciento que avía traído el embaxador para la Porta, a cuyas quexas imputaciones se movió el sultán con ánimo de impedir que la ambición de este ministro no apurasse las rentas reales, mandándole quitar la vida. Y si fue el que más avía usurpado, también fue el que murió más rico. Su casa era un mar de riquezas y, para llenarse, fue preciso que se agotassen de su caudal todos los humanos arroyos. Hallóse en su expolio más de un millón de zequíes y el número de mil y diez y ocho zimitarras guarnecidas de pedrería y, entre ellas, una de diamantes que estava apreciada en cincuenta mil escudos, grande cantidad de tapetes de oro y muchos de Persia de infinita manufactura.

Tenía en sus cavallerizas más de mil cavallos y muchos arneses guarnecidos de piedras preciosas y oro, y en sus villages seis mil camellos. Fue a su muerte casi inmediata la de Acmad sultán, maltratado igualmente de sus

ministros, de sus enemigos, como de sus indisposiciones. Fue de estatura mediana, de no robusta complexión, áspero en el rostro, fiero en el semblante como en las costumbres, de ingenio no cultivado en algunas ciencias y, por esso, incapaz y grande estimador de sí mismo y mirava atravesado. Fabricava una flecha mejor que qualquiera artífice, pero le mormuravan los suyos que no tenía ánimo para dispararla contra sus enemigos. Mantuvo a los vassallos (en la entrada de su exaltación) con grandes esperanças, meditando enfrenar los cosacos, encadenar los úngaros y reprimir al persiano, pero las rebeliones de Assia y las derrotas de Persia, con el consumo de ciento y sesenta mil soldados veteranos, ciento y cinquenta piezas de artillería, con la pérdida de diversas plaças y, entre ellas, Tauris, Giangie, Servan y Reban, pusieron término a su ambición y la muerte con improvisa pincelada fatal borró en el papel de la vida el dibuxo de sus mayores disignios. Cebávase en las crueldades gustoso y fue un áspid ayrado que mató a muchos con el tosigo desdeñoso de su ponçoña. Fue más gobernado que gobernador y, si meditava, no resolvía. Aconsejava, pero sin execución. Abandonava las cosas mayores por no desamparar las de menos conseqüencia y, como tenía solamente el juizio de cuentas de Ambares, no atraía a sí más que paja. Engendró sucessores, pero degeneró de sus antepassados. Tuvo corta vida y menos gloria y espiró en el vigor de los años y de los defectos.

Fin del Libro Dézimo.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO UNDÉZIMO.

[1617] Quanto más suspendieron los othomanos monarcas la antigua feroz costumbre de sus bárbaras operaciones en las armas, otro tanto más se apartaron del curso prodigioso de las victorias, troncando el hilo de las felices conquistas.

Mehemed Segundo (como diximos) sujetó dos imperios, doze reynos y dozientas ciudades en treinta y dos años que reynó. Selín Primero (en quatro) destroçó la formidable nación mamaluca, usurpándola la Soria y la Palestina, agregando a tan relevantes conquistas gran parte de la Arabia y todo el Egypto. Solimán Segundo avassalló la isla de Rodas, Belgrado y la mayor porción de Ungría y, apremiando al persa, conquistó a Babilonia con las islas del archipiélago, aviendo conseguido estos sultanes más que todos los que les sucedieron en el imperio, siendo assí que algunos (en los subseqüentes siglos) desperdiciaron más oro, más tiempo y más sangre en rendir una ciudad que los predecesores en la sujeción de un grande imperio.

Con la muerte de Solimán Segundo, empeçó a entibiarse aquel violento fuego de las armas, que convertía en aumento de su barbaridad quanto la imaginación pretendía para materia de su inextinguible actividad. Y aunque vencieron después algunas vezes, no consiguieron arruynar a los enemigos con tanto esfuerço como en el tiempo passado.

Esta floxedad (que tuvo origen de Mehemed Tercero) se atribuyó a las grandes riquezas, que engendraron en la monarquía la acostumbra prolixa posteridad de los vicios, como la insaciable avaricia y luzimiento sobervio de la glotonería excessiva, que desterró la antigua moderación en el uso de alimentarse, siendo cierto que con los propios medios que se conquistan los Estados, se conservan, pero se pierden también si la inadvertencia los mantiene en una necia seguridad descuydada, siendo las ocasiones de su ruyna externas e internas. Y si las domésticas aplicaciones no acaloran su preservación, no avrá seguridad bastante en la esperança de las forasteras, consistiendo siempre su fomento en la concordia unida de las fuerças christianas capaces de abatir la

potencia othomana, pero nace de nuestros pecados el desearlo, sin conseguirlo, quedándonos solamente la esperanza de que la corrupción propia oprima algún día este coloso infiel para que, sin más peso que el de su violencia, perezca demolido entre las domésticas ruynas, siendo notorios los exemplos de otros antecedentes formidables dominios que embejecieron sin resistirse al voraz marfil del tiempo, ministrando las ruynas de un imperio las piedras para fabricar otro más moderno. Y si bien haze el viage la nave de esta potencia con viento favorable en las hinchadas velas de su navegación, si el ayre es demasiadamente tormentoso, correrá por los páramos del riesgo expuesta a la fatalidad de las iras de un escollo.

Con la muerte de Acmad, salió de la prisión donde estava sepultado por zelos de Estado

MUSTAFÁ

Su hermano (Primero de este nombre), dezimonono emperador de los turcos, que se huviera contentado con ver los rayos del sol libre del arresto en que le tenía su desgracia. Y assombrado de mirarse, ceñidas las sienes de los resplandecientes rayos de la dorada diadema, apenas se asegurava en la confianza el crédito que no fuesse sueño aquel aplauso quando no avía olvidado que, en dos ocasiones, le destinó la muerte su hermano.

Divulgóse en aquella Corte averle antepuesto Acmad en el gobierno a su primogénito Osmán en atención a no tener más de doze años, considerando que con mano tan tierna no podría regir con actividad la baqueta del imperio, necessitando (por descaecido) del movimiento de más robusto impulso, prefiriendo (con demostración tan generosa, no practicada) los intereses de Estado a los de su propia sangre comprehendiéndose muy inmediateamente que, con la mudança de príncipe, no se avía mejorado de talento porque Mustafá se hazía conocer cada día más incapaz, más loco, más assombrado y más desabrido. Entró en el visiriato Alil baxá, de cuya autoridad dependía (por la insuficiencia del sultán) dispóticamente el gobierno, siendo el monarca una sombra de aquel cuerpo.

Cultivava la paz el senado veneciano con los mahometanos, a que se oponían algunos accidentes capaces de alterar la pacífica calma del sossiego. Después de rotos los empeçados manejos de ajuste con los usquoques (por el cruel asesinato executado en la persona del Rabata, governador de Segña), se bolvieron a continuar las crueldades por su parte y las obstilidades por la República, cuyas incessantes infestaciones causavan freqüentes queexas a la Porta ocasionando no pequeño disturbio a los embaxadores venecianos,

recurriendo (los maltratados en las haciendas) con súplicas de instancias al sultán por el resarcimiento de sus daños, a que acompañaban los lamentos de los visires con el embajador representando que, privar de sus caudales a los inocentes, era duplicado delito en que tenía la primera culpa quien le executava y, la segunda, quien le permitía, declarando con la natural soberbia de su barbaridad que, quando la República no se aplicasse a la recompensa, sabrían mantener una esquadra de galeras en la Dalmacia para reprimir el atrevimiento de los cosarios y que, provocadas sus armas, resarcirían con grande usura los daños recibidos de sus súbditos. Y si, bien, se defendían los ministros venecianos con gallardas razones, sobresalían de todas maneras otro tanto más freqüentes quanto inoportunos los recursos.

Violaron los usquoques el territorio de Sevenico y, passando al turquesco, saquearon a Escardona, cuya circunstancia ocasionó en los othomanos ruydoso estruendo de queexas. Y aviendo despachado un chاوز, pidieron recompensa de los daños al senado consiguiendo satisfacer la pretensión (a costa de grandes fatigas) con solo el contante de razones y disculpas, si bien no pararon aquí los insultos de los usquoques, pues embistieron a una galera de mercancía que navegava a Venecia, cuya cargaçón era de grande interés, y la apresaran a no averla defendido los leños que la comboyavan. Estos motivos ocasionaron sitiatar a Segña, Bucari y otros lugares austriacos de la marina, pero semejantes remedios davan más tiempo para que creciesse el mal que bastante medicina para curarle.

Después de la paz de la Ungría, se aumentaron los insultos en la cercanía de Venecia, quexándose Su Santidad también por la interrupción del tráfago de Ancona. Y aviendo encontrado los leños de la República a los usquoques a tiempo que bolvían cargados de despojos, quitándoles la presa, vengaron en sus vidas las ofensas recibidas en aquellos mares, muriendo unos en la defensa y los demás suspendidos de las entenas. Y para librar de la prisióon unos cabos, procuraron los usquoques asegurarse de algunos venecianos y, aviéndose salvado con la fuga los de Robiño, desfogaron la rabia contra la tierra, saqueándola. Y aviendo encontrado con Gerónimo Marcelo, governador de Veglla, lo conduxeron a unas grutas cerca de Segña, si bien después consiguió la libertad a instancia de las queexas que llegaron al archiduque (que no dexava de castigar algún particular delinqüente, aunque dissimulasse los excessos irremediabiles de la nación). Cerró los oídos la República a las negociaciones de qualquiera medio término, menos que se dispusiesse el desanidar la Segña a tan violentas aves de rapiña, para cuyo efecto (a instancias de Soranço, embajador de Venecia) el emperador Matías llamó a la Corte al archiduque Fernando,

donde se concertó la libertad de algunos prisioneros y la salida de los usquoques de Segña, poniendo en su lugar guarnición de alemanes. Pero mal assistidos, con facilidad abandonaron la plaça, por cuya razón tuvieron breve pausa los sucessos y los usquoques bolvieron de nuevo a infestar aquellas costas. Y aviendo atacado (a doze barcas suyas llenas de despojos a vista de Castel Novo) Felice Dobrovich, los derrotó apresando las tres, cuya gente pagó en el suplicio con la vida su delito. Exasperávase más con los correctivos la llaga, que deseava curar la aplicación. Entraron las restantes barcas en el puerto de la isla de Pago, donde con quietud descuydada estava surta la galera de Christóval Veniero, a quien echaron la gente dentro y degollaron igualmente a los dormidos como a los despiertos, cuyos cadáveres arrojaron a la mar, llevándose la galera a Segña, donde desembarcaron la artillería. No quedó reservada la vida del Veniero, sino es para mayores crueldades como prueba de su constancia en el martyrio, pues en un banquete (después de averle abierto las venas) le arrancaron el coraçón (que fue pasto de su voracidad) y, aviendo puesto la cabeça sobre la mesa, recogían con los vasos la sangre que destilava y con ella (por irrisión) le hazían brindis, precediendo probarla como si fuera el licor más generoso y después beberla. [1617] Assombró a los venecianos el aviso de semejante crueldad, cuyo motivo los inflamó para la vengança deseando satisfacer el desayre con las armas, sin respetar los Estados austriacos, con deliberación fixa de hazer pedazos a estas humanas fieras en las mismas espeluncas de su habitación. Pero los interesses enmarañados de Italia entretuvieron al senado en los límites de la moderación. Y así, resolvió que el general Felipe Pasqualigo acrecentasse las fuerças y apretasse a Segña por la mar.

Aumentó la mala impresión en Constantinopla el tentativo de Octavio de Aragón que, con ocho galeras de Sicilia entrándose en Escio, embistió a doze turquescas, de las quales apresó las siete, logrando en ellas considerables interesses y muchos esclavos, cuya circunstancia motivó a la Porta expresar muchas amenazas, asegurando que en la primavera ejecutaría sangrientas venganças en todos los christianos, haziendo navegar el mar Blanco numerosas esquadras de galeras othomanas para resarcir las pérdidas de los suyos. La República, más expuesta (por más próxima) a qualquiera resolución enemiga, dispuso algún armamento aumentando el de las galeras de Candia.

Jacobo, rey de Inglaterra, ofreció al senado sus fuerças contra las turquescas, reconociendo los venecianos esta obligación a la magnificencia del monarca británico. Carlos, duque de Nibers (con generosos pensamientos contra los infieles) y más fuerças de las que cabían en su posibilidad, empeñó en Francia a muchos sugetos de consideración para que le siguiessen. Y

passando a Roma, representó al pontífice su católica resolución suplicándole le diese la esquadra de sus galeras, como también que interpusiese sus autorizados oficios para conmovier a los príncipes christianos a que cada uno separadamente (sacando la espada) dilatasse los propios confines en daño del común enemigo. [1617] Y aviendo Paulo Quinto estimulado con apretadas instancias a la República para este efecto, se expresó que hallava grandes inconvenientes en despertar a tan poderoso enemigo sin los sólidos fundamentos de poderle domar con seguridad después de averle alterado el sueño, a cuya insinuación algunas Cortes ofrecieron y otras no cumplieron, por lo qual se perdieron (como intempestivos) antes de madurar los frutos de tal progreso. Llegó otro embiado de la Porta, despachado por Usaín visir, con más reciente cúmulo de queexas y, aviéndose presentado en el senado, le despidieron con respuestas significativas expressando que no eran menores los sufrimientos de la República (por las incessantes bexaciones de los usquoques) que la constante aplicación de sus deseos en solicitar con todas veras su destrucción. Y viéndose estrechados por la mar de los leños venecianos, no pudiendo salir de los puertos sin peligro, se aplicaron por la parte de tierra a los insultos, por lo qual se empeñavan cada día más las banderas de la República, desembarcando en la jurisdicción austriaca, anteviendo inevitable la guerra con particular gusto y universal conveniencia de los turcos. Si bien, para interrumpirla, destinó el emperador nuevos comissarios, pero la llaga (que necessitava de los cauterios para su curación) fomentada de lenitivos suaves, experimentava en ellos mayor daño cada día y, antes que con la mejoría, se encontrava con la corrupción y, assí, por esto, como por la tolerancia de los malhechores en sus dominios, se llegó finalmente a la rotura, no obstante las interposiciones de los buenos oficios de Su Santidad para divertirla, poniendo (después de varias obstilidades) las tropas venecianas sitio a Gradisca. El embaxador del César dava las queexas a la Porta de que los venecianos hiziessen levas de milicias christianas sujetas al dominio othomano, con las quales reforçavan sus tropas, passando también instancias a que fuessen órdenes a los baxaes de Bosna y de Albania para impedir las. El veneciano, por el contrario, representava quán insoportables y odiosas eran las piraterías de los usquoques, que indistintamente despojavan a los christianos y a los turcos, mezclando con los robos las crueldades. Y no es dezible cómo se governaron en esta controversia, pues al embaxador le respondían con buenas palabras en apariencia, alentando después al veneciano para destruir tan infame nación, todo a efecto de empeñar al uno contra el otro príncipe y de mirarlos a entrambos ensangrentados para triunfar, como acostumbran, de la christiana discordia.

El duque de Osuna, virrey de Nápoles, por divertir las armas de la República, perturbó el dominio de aquellos mares infestando el comercio con esquadras de leños armados, que apresaron algunas embarcaciones de mercancía, ofreciendo también a los usquoques puerto franco en aquel reyno, alentándoles con premios y con ofertas. Después de aver salido la armada turquesca de Constantinopla, navegava las aguas del mar Blanco con bárbara ostentación de dominante monstruo de aquellas espumas y, dando libertad el duque a un cuñado del baxá (que la governava), por tener grata negociación en su confianza, le despachó una faluca a fin de moverle a embestir los Estados venecianos, cuya instancia no tuvo efecto por mal admitida de los turcos, que resolvieron acercarse a Calabria. No le faltavan medios a la República para conseguir (en la Porta) burlar el arte con el arte, disponiendo la obstilidad infiel a daño del reyno de Nápoles, pero anteponiendo los intereses de la religión a los de Estado, borró de la imaginación tan indecente vengança reservándose con las fuerças propias de las insidias públicas y ocultas de aquel virrey en Constantinopla, como en Venecia, donde sin efecto alguno se exaló en humo la mina de la maquinada conjuración.

El sitio de Gradisca fue muy dilatado porque, en las proposiciones de ajustes, se entibiava el calor de la expugnación con notable risa de los infieles, que no perdían de vista los motivos de la más mínima negociación, pero finalmente reducida la plaça a los últimos descaecimientos, cerrados por todas partes los tránsitos de los socorros, y acometidos los cesáreos por las fronteras de la Croacia de las turquescas invasiones, consintieron en los ajustes de paz, que se ratificaron en Viena en la forma que se establecieron en París y facilitaron también en Madrid. Salieron desterrados de Segña ciento y treinta cabos de los usquoques con sus familias, aviéndoles quemado las embarcaciones y extinguido, por este camino, su nominación. Y passando la mayor parte de esta gente a Carlistot, y a otras fronteras (desamparando lo ocupado con libertad de los prisioneros y otras formalidades practicadas en semejantes reconciliaciones), quedó olvidada enteramente entre los alemanes y la República la controversia que avía tenido por muchos años en turbación al senado, infestado los mares, interrumpido el comercio con daño de todos y con provecho de pocos executores, que fomentavan las antecedentes detestables bexaciones.

Estraño accidente es el que se sigue, como testigo del desprecio que hazen los turcos de los mayores príncipes de la christiandad. Estava preso en una torre del mar Negro el Corresqui, cavallero polaco, hombre de valor sobresaliente (que en la Moldabia se perdió en una batalla, desvaratado del mayor número de los turcos, quedando prisionero de guerra), a quien tenían

zelosamente en buena custodia porque, siendo persona de conocida capacidad, le creían fomentador de los movimientos de los cosacos, considerándole también por uno de aquellos que más que otro sustentava la fuerza de la guerra contra los othomanos para mantener viva la libertad del reyno. Hallóse un día en la muralla una escala de cuerda, por donde avía conseguido salir de aquella torre, circunstancia que dio notable disgusto a los turcos, que passaron a culpar como instrumento de esta fuga al embaxador de Francia. Y si contribuyó con algún calor para el logro de este suceso (en que consiguió la libertad un hombre insigne), obró como christiano y como cavallero. Aplicó instancias el visir (por medio del intérprete francés) para que el embaxador entregasse o diesse noticias del fugitivo Corresqui, assegurándole que no le harían ultrage alguno por el exceso, pero negando tener parte en este accidente, assí el intérprete como otros de la familia quedaron reclusos en la cárcel. Y el día después, más irritado que nunca, ordenó el visir al chاوز basi del rey que, con el subasí (cabo de corchetes), passasse a la casa del embaxador y, quedándose en el patio la turba de los ministros, entrassen los dos en su habitación y le hiziessen instancias para que entregasse al polaco y que, si continuava en negar que no tenía parte en el suceso cercado de los ministros, le llevassen a su presencia. Y aviéndolo executado con alguna desestimación, se admiraron los christianos, pero los mismos turcos desaprobaron el exceso. Preguntóle el visir con ásperas y pungentes palabras por el Corresqui y, no aviendo podido exprimir algún jugo, le consignó en custodia al chاوز basi. Hallávase en aquella ocasión por embaxador de la República Ermolao Nani y, aviendo penetrado el accidente, passó a ver al visir, a quien representó el ultrage executado en un ministro de tan grande rey con violación de la inmunidad de los embaxadores y con ofensa de toda la christiandad. Pero inflamado de cólera, el bárbaro visir dixo: *No tenemos motivo alguno (christianos) para teneros miedo, pues cada hora (como otros tantos canes nos queréis morder) contentándoos después con ladrar a la luna.* El Nani, viendo al turco tan alterado, sabiendo que la ira en los hombres es semejante a la niebla (que exalada permite más claridad al día), dexó que el visir desfogasse la turbación en su enfado y, sin interrumpirle el afecto, le replicó: *Que en el presupuesto delito no avía prueba que convenciesse al embaxador, y que la injuria era tanto más grande quanto era más calificada la representación, y que en él se ofendía la inocencia de su rey.* Y no apartándose de insistir en esta materia, consiguió finalmente su libertad, pero quedando en la prisión el secretario y el cocinero indiciados en el delito con otros cinco. Si un príncipe christiano huviesse ultrajado tan altamente a un ministro público, huviera la quexa prorumpido en un incendio inapagable, pero con los turcos se dissimulan estos excessos como efectos de su barbaridad,

sufriéndoles estas licencias por el arraygado miedo que fomentan en el ánimo de los christianos, mientras, por otra parte, variando país el estrapazo no muda de naturaleza.

Viose en la Porta (con repentina variación) la mudança del monarca y Mustafá, después de aver reynado tres meses y tres días, por orden del muftí y del caymecan (si de la prisión ascendió al solio), bolvió otra vez a baxar precipitado desde el trono al obscuro centro de una reclusión. Imputávanle varias ligerezas y, entre ellas, fue la mayor averse dexado despojar de la monarquía, a que añadían que, por capricho, rompía las joyas más ricas y las arrojaba por la ventana y que, siguiendo con la zimitarra a los pobres azemogilanos del serrallo, mortalmente los acuchillava. Y asseguravan también que a un pobre que le pidió limosna, le dixo que quería darle un villete que llevase al emperador de los christianos (como en efecto se le dio), cuyo contenido mencionava combidarle que passasse a Constantinopla para renunciar en él el imperio othomano, por cuya causa pusieron la silla a

OSMÁN

Hijo mayor de Acmad Primero que, de edad de treze años, ascendió al solio con la practicada solemnidad. Pero no dexemos de vista la Transilbania, aviendo muerto después de la paz el Boscay, príncipe de aquella provincia (que, con las armas y los artes sediciosos de su ardiente genio, revelándose al emperador), se apoderó de aquel dominio. Los grandes delitos, bien que al principio se logren con prosperidad, raras vezes quedan sin castigo y, si fue traydor al César, su secretario lo fue con él, pues le quitó la vida con un veneno a sugestión de los turcos, quien convencido en el delito sirvió de espectáculo al escarmiento en el suplicio. Y ocupando (con la protección othomana) el dominio de aquella provincia Betlen Gabor, soldado advertido de espíritu vivo y ambicioso, governó absolutamente, se hizo respetar de todos.

Rodulfo emperador (que viviendo se distinguía de muchos), muriendo se igualó a todos, espirando en edad de cinquenta y nueve años. Sucedióle Matías y, a este príncipe, Ferdinando, a quien desazonaron internas rebeliones, a las quales se agregó Gabor, que aspirava (con el fomento othomano) al reyno de Ungría, pretendiendo por tan obliqua vereda hazer guerra al emperador, sin romper la paz, y coronar a Gabor, separando aquel reyno de la fuerte protección de la casa de Austria para lograr oprimirle con más facilidad, a que se agregava desear los úngaros con ambición tener un monarca natural a quien obedecer. Y aviéndose avanzado en el reyno, conquistó algunas plaças y, corriendo el Austria, puso sitio a Viena, pero aviendo derrotado las tropas imperiales en la

Transilbania las suyas, abandonó lo ageno por asistir a la defensa de lo propio. Moviéronse en Alemania nuevas sediciones a fin de oprimir al César y, los turcos, vigilantes en estos accidentes, embiaron a Mehemed, aga de los genízaros, a Praga a complementar a Federico, nuevo rey de aquellos rebeldes, que le recibieron y banquetearon con cariñosas demostraciones por mano del conde de la Torre, cabeza de la sublevación. Y acabada la función, bolvió regalado a su país, dexando entablada la confederación, aunque sin fruto por aver destrozado las tropas de Ferdinando (poco después) a las de Federico, en cuyas asquas imprimían los turcos los soplos de la aplicación para aumento de la llama, cebando con la materia política de su malignidad el incendio, pero desayrada la solicitud se apagó el orgullo en los principios de su inflamación con grave daño, alcançando también a Gabor no menor golpe, porque esperaba los socorros de aquel movimiento. Y viendo los úngaros reforçado (con los antecedentes sucessos) al emperador, temiendo la fortuna de sus armas vencedoras, entibiaron los fomentos que ministravan a Gabor que, comprehendidos sus intereses en seguro descaecimiento, se aplicó a la negociación de la paz con el César. Y abandonando el título de rey de Ungría, pacificado se retiró a Transilbania, pero aún no bien enjuta la tinta de las capitulaciones (estimulado de los turcos, como excitado de los enemigos de la casa de Austria, no pudiendo conservar en obediencia el espíritu belicoso), bolvió a tomar las armas con el refuerço de diez mil tártaros y othomanos que, agregados a su tropas, componían un ejército de cinquenta mil combatientes, con el qual marchó la buelta del Austria y, penetrando las campañas de la Moravia, debastó la mayor porción del país.

La armada cesárea inferior en fuerças, por no precisarse a pelear con desigualdad, acampándose en sitio oportuno, se fortificó lo mejor que pudo esperando el beneficio del tiempo, pero Gabor circunvalándola por todas partes, la puso en tanta necesidad que se mantenía de carne de cavallos por falta de víveres. Marchavan de todas partes refuerços para acalorar las armas imperiales, pero encrudeciéndose la estación con la entrada del invierno, no permitieron los turcos que se continuasse la campaña más tiempo del que acostumbraban, aunque las instancias de Gabor y promesas de despojos fueron grandes, por lo qual retirándose los othomanos a los quarteles de invierno, y viéndose desamparado de aquellas tropas, marchó también la buelta de Ungría, cuya economía (adornada de prudencia militar) mira a la conservación de los ejércitos reservados para las batallas con los enemigos, y no con los temporales, donde se pierde la gente sin utilidad alguna, motivo que ocasionó a los sultanes conceder a las milicias privilegio amplio para bolver sin licencia a sus casas (sin

incurrir en delito de inobediencia) en caso de que, cumplido el tiempo de la campaña, intentassen detenerlos con violencia los cabos, cuya disposición no observan los christianos, pues en muchas ocasiones salen a campaña y sitian las plaças inmediatamente al invierno, aventurando la gente y la reputación con el descaecimiento de las tropas maltratadas de los rigores del tiempo y, sin daño de los enemigos, perdiendo mucho sin conquistar algo.

Separados los turcos y los tártaros de las demás tropas para bolver a sus cuarteles, se encontraron con el general Estarassi, que los derrotó de forma que muy pocos lograron la fortuna de salvarse. Noticiado Gabor de la derrota, comprendiendo contraria la suerte y mortificada la ambición con los malos sucessos, se retiró con sus tropas a Casobia y, persuadido de los úngaros, despachó embaxadores al emperador a proponer tratados de paz. Y aunque se pusieron en plática, no se concluyeron por entonces.

[1619] Llegó en este tiempo un embiado del emperador a Constantinopla a quejarse a la Porta por los socorros que subministrava al transilbano su enemigo, con violación de lo acordado, pero con su acostumbrada maña negaron los turcos su delito, culpando a los tártaros. Y entretanto, para reprimir los freqüentes insultos de los cosacos, embiaron a Memin baxá con gruesa esquadra de galeras que infestasse las aguas del mar Negro. Pero aviéndose acampado los soldados de aquella belicosa nación en ventajoso sitio, (sin temor alguno) esperaron el choque, quedando maltratados los othomanos con pérdida de ocho embarcaciones y mal herido el baxá (que se libró del cautiverio con la fuga), cuyo accidente assombró a los turcos de modo que no se creían seguros en Constantinopla.

Esta pérdida, agregada a las antecedentes, imprimió en el corazón de Osmán excessivo número de pavorosos disgustos, quejándose sin consuelo de los cabos y de las milicias como inútiles a oprimir una comitiva de ladrones. Pretendía Osmán que los polacos impidiessen el passage a los cosacos para el mar Negro, siendo propia obligación de los príncipes hazerse obedecer de sus vassallos, y el ministro de Polonia asegurava que su rey no avía dado consentimiento a tales circunstancias, mayormente quando era difícil tener en disciplina ajustada a una gente feroz, atrevida como inobediente. Pero no creyendo Osmán que sin tácita permission se executassen semejantes insultos, concibió notable aborrecimiento contra aquel reyno y, congregando en su presencia el dibano, se consultó su dessolación proponiendo que, para destruir a los cosacos, era preciso enfrenar a la Polonia (que los fomentava en secreto) y, antes de resolver la parte adonde avían de herir las violencias de las armas othomanas, se ventiló con graves meditaciones la materia, mostrando el sultán

(aún en lo acervo de la edad) ardiente animoso deseo de recobrar el perdido crédito de la monarquía (descaecida por el poco espíritu de sus antecesores), dexándose reconocer en el genio opuesto a las engañosas lisonjas de las mugeres, como a las conversaciones de bufones y mudos, olvidando estos inútiles entretenimientos con aplicación inclinada a los deseos de una gloriosa fama, imprisionado de que los ocios del serrallo se la podrían obscurecer en la impaciente ambición de su animosa confianza, dispuesta para las mayores conquistas.

Acordaron, pues, todos los baxaes la grande necesidad de reparar la reputación maltratada (siguiendo las fundamentales máximas de no dexar corromper los corvos filos de los azeros con la dañosa superchería del ocio, en que imprimía el orín señas desayradas de tanto descaecimiento), realçando con alguna notable interpressa la fama del nuevo monarca y puesta la mira en la dessolación de uno de quatro monarcas para oprimirle (siendo los contenidos el emperador, el rey de España, el polaco y la República).

Calil, baxá del mar, dixo assí: *Ser más oportuno invadir al católico que a los venecianos, por tener estos bien armados los taraçanales, y muy llenos de oro los escritorios, y no menos assistidos de muchos cabos prácticos y experimentados, assí en la náutica como en las armas terrestres, cuyo conocimiento no dexa olvidar la fresca memoria de la derrota de los Curçolaros, siendo más fácil abatir a los españoles, pues se lograba dar un golpe considerable a las fuerças marítimas christianas y también a la República, pues para lo venidero (arruinada esta potencia) no podría conseguir assistencias para su fomento, como por lo passado de las católicas armas. Y que, con sola esta herida, quedaría incapaz de fuerças el christianismo para defenderse, alcançándole también al emperador gran parte del destroço porque le faltaría el calor de España en las guerras de la Ungría, cuya circunstancia con el progreso del tiempo imprimiría en los alemanes seguras señas de esclavitud. Que el rey de Fez, a quien era formidable la potencia católica, ofrecía assistencias. Que los reynos de España se hallavan despoblados por la expulsión de los moriscos y que muchos de estos, prácticos en el país y unidos a las othomanas tropas, contribuirían (oficiosos en la conquista) con las noticias, para cuyo efecto también no se descuydarían en echar materia al fuego de esta resolución los enemigos de la casa de Austria, por ver más dilatada la llama en su daño.*

Cusaín baxá y Alil, primer visir, que le seguían, fueron de este parecer: *Que estando tan acabadas las fábricas de los taraçanales, era necesario para su reparación gastar muchos tesoros. Que el rey católico era fuerte en la mar, con quien se juntaría la República, y que la invasión en sus dominios motivaría que los príncipes christianos ajustassen una liga universal precisa, cuya novedad se debía temer por los inconvenientes de su resulta, y que lo más seguro era continuar las conquistas de la Ungría, assí por estar más inmediata y ser aquellas campañas más acomodadas para el alimento y alivio de las innumerables tropas*

othomanas, siguiendo con esta deliberación el camino que antecederamente pisaron los monarcas victoriosos, sus abuelos, y más quando estaban tan opuestos los úngaros al dominio de los alemanes, pues con aver damnificado aquel reyno (antemural de la christiandad) ampliaron su gran potencia. [1619] Y que no se debía atender al emperador mas que por los dominios patrimoniales, quando no era absoluto el imperio en su casa (como el othomano), sino una joya de más resplendor que peso. Y que, teñidos muchos súbditos suyos de la heregía, se avían resistido a su obediencia, a que se añadía estar precisado el César a armarse para sujetarlos, por cuya razón se debía presuponer estar más débil quanto más removido de esta circunstancia que facilitava la coyuntura de superarlo.

A una y a otra opinión se opuso el Coza, que es preceptor de la ley, diziendo: *Que, en la antecedente guerra con los austriacos, aunque se consiguieron algunas conquistas, tuvieron la oposición de varios peligros, de grandes gastos, consumos de armadas y continuadas rebeliones, por los quales se vio a riesgo de arruynarse la máquina de la vacilante monarquía. Y que antes que el emperador se hallasse armado y empeñado en la guerra con los protextantes, no convenía perturbarle, sino dexar que se consumiessen combatiendo entre sí las armas alemanas. Que, maltratada la Germania, y dividida con los accidentes del movimiento en la guerra interna, quedaría tanto más fácilmente oprimida de la estrangera invasión y que, atacando al César en otra forma, los intereses comunes precisarían a los alemanes a suspender entre ellos las obstilidades por su misma obligación, como a unirse las fuerzas que combatían unas con otras para hazer oposición a las othomanas invasiones.*

[1619] Sabía este ministro que el genio de Osmán se inclinava a la guerra de Polonia por el odio que avían arraygado en su ánimo las incursiones de los cosacos, y por lisongearle prosiguió diziendo: *Que los polacos avían sido vivos fomentadores de las rebeliones de la Balaquia y de la Moldavia, y que hazerles la guerra era el único medio para enfrenar los desbocados excessos de la nación cosaca, que avía tenido atrevimiento para internarse en la Turquía y ponerse algunas vezes a la vista, enfrente de Constantinopla, a los ojos de los monarcas. Que los tártaros prácticos en la Polonia, deseosos de vengarse de los daños recibidos, abrirían el camino para la empresa y que los moscobitas, competidores antiguos suyos, la fomentarían. No tener aquel reyno fortalezas para entorpecer el curso de las armas por ser país abierto y fértil y muy a propósito para sustentar grandes armadas y, más, quando se mantenían siempre opuestos los dictámenes de aquellos varones, nacidos de una discordie destemplança irreconciliable, cuyo rey no posee en aquella nación la autoridad suprema y que, abatida una vez la Polonia, antemural de la christiandad, seguiría el mismo exemplar la Moscobia y se abriría el passo para penetrar hasta el corazón de la Germania.*

Oponíanse a esta representación todos los baxaes y, en particular, el primer visir, quien con vivas y apretadas razones intentó desvanecer aquel dictamen con estas expresiones:

Ser la nación polaca armígera y bien disciplinada y que, con la abundancia de cavallería, igualava a las ventajas que tenían los othomanos a los christianos en el fuerte nervio de las milicias, por lo qual era más dificultosa esta guerra que las propuestas en la junta, a que se añade que la cavallería se compone toda de nobleza, que pelea más ambiciosa de honor que de intereses, cuya circunstancia la hazía más estimable y más defendida.

Pero ofendido a esta representación como inflamado, Osmán, atendiendo como odioso al consejo y al consultor, le trató de cobarde, imputándole de corrompido zelo, a instancias del ministro polaco, por intereses particulares y, poniendo mano a un puñal, se arrojó a quererle quitar la vida, pero el visir con la fuga se preservó del peligro.

Llamáronse los polacos antiguamente lequiti, tomando la nominación de Leco, que fue el primero que ocupó aquel país, terminando su reyno por la parte del septentrión hasta el mar Báltico, por una línea tirada de Pernau (por la Lituania) hasta el nacimiento del río Duna; por el mediodía confina con los montes Carpíos y con la Ungría; y a levante con el Borístenes o Niéper y con los moscobitas; y por el poniente con la Silepsia, marquesado de Brandemburg, Suecia, Ungría, Balaquia (otras vezes su tributaria) cerca de la Podolia y por la desenvocadura del Borístenes en el mar Negro con los turcos. Y por la gran porción de un ancho país, haze vezindad al gran duque de Moscobia, como también a la Transilvania, sobre la qual exercitó en los passados siglos el alto dominio y también con los tártaros precopites.

Tiene este grande reyno de longitud dozientas y cinquenta leguas polacas, desde el marquesado de Brandemburg hasta los últimos confines de la Rusia, comprehendida la amplia provincia de Ucrania, o la región de los cosacos, igual a un grande reyno que en este tiempo obedecía al dominio polaco. Es el país llano por la mayor parte, en que campean muchas y hermosas selvas que adornan aquel dominio fecundo con los cristales de siete caudalosos ríos, que son: Vístula, Duna, Niéper o Borístenes, Narba, Notes y muchos lagos y estaños abundantes de pezes. Y es tan fértil de todo lo necesario para la vida humana que, con lo que le sobra, puede alimentar en mucha parte a los payses confinantes. Y quanto viene transportado de otras regiones, sirve más para la novedad que para lo preciso.

Divídese la Polonia en mayor y menor. De la primera es metrópoli Posnabia y de la menor, Cracobia (que es el asiento de los reyes, donde se coronan, se exaltan y sepultan). La mayor se extiende en amenas campañas que riegan hermosos y varios ríos, exceptuando alguna porción de la Kuiavia, que se descuella en elevadas colinas, y se compone de ocho palatinados, cuya representación hazen treinta y quatro senadores, entre los quales votan al

arçobispo de Gnesma y el obispo y palatino de Posnavia, que goza el generalato de la mayor Polonia.

Contiene la menor otros tres palatinados: Cracobia, Sandomira y Lublino. El sitio es montuoso y particularmente el que confina con la Ungría. Tiene siete senadores: obispo, palatino y castellano y otros quatro. Ay en ella mil y diez y ocho iglesias dedicadas al culto divino. No le faltan minerales, sal y mármoles de todos géneros. Posseen también los reyes otras siete provincias, el ducado de Lituania, la Rusia, Prusia, Masovia, Pomerania y la Libonia. La Lituania se distingue en tres palatinados: Vilna, Trobo y Brecia, que es la metrópoli. Este gran ducado se incorporó con el reyno quando Jagelone, su duque, passó al regio solio y goza los honores, los oficios y los títulos como la Polonia, los quales no pueden exercitar otras personas que las nacionales. [1619] Son opuestos por naturaleza a los polacos y, en las dietas, se contradizen con emulación, manejando las armas incessablemente en guerra continuada con los tártaros, por lo qual son animosos y experimentados en el exercicio militar. Y no solo no escusan las batallas, sino que con ambición desean encontrarlas, quejosos de que los polacos los dexan expuestos a las invasiones de los bárbaros sin ayudarles a sacudir alguna vez la opresión con abierta y generosa guerra.

En esta provincia nace la gran bestia, de quien la uña del pie izquierdo es remedio para el mal caduco, como para otras dolencias. La Rusia se divide en blanca, negra y roxa. La blanca es anexa a la Lituania, la roxa a la Polonia, la negra (que es la otra parte del Tanais) pertenece a la Moscobia, y es la propia Moscobia, si bien, la llamaron los antiguos Rusia negra. Toda esta gran provincia es abundante de cevada, frutos, fieras, bueyes, ovejas, pezes y de infinita miel.

La Rusia blanca es fecunda de quanto necessita la vida humana y se divide en seis palatinados. Tiene también diversos senadores, muchos obispos y, algunos de ellos, cismáticos. La Rusia roxa abraça siete amplios palatinados y tiene veinte y dos senadores. La ciudad metropolitana se llama Leópolis, célebre por la famosa feria de Sant Agnese, en cuyo comercio concurren las mercaderías de Persia, de Constantinopla, Venecia, Moscobia y Asterdan. Entre estos siete palatinados se distingue el de Podolia, en clima tan benigno que si los bárbaros no le assaltassen la quietud, no embidiaría a otro qualquiera Estado de la Europa, en cuyo territorio se crían los mejores cavallos del reyno. A los confines de la Moldabia, diez leguas distante, yaze la plaça de Caminietz, fuerte y considerable por el sitio y por el arte, que merece custodiarla zelosamente por las dañosas conseqüencias que podían resultar si el enemigo común la conquistasse. De la Rusia negra, que es la Moscobia, ya hizimos relación.

La Prusia, tercera provincia, se divide en la real y la ducal. Esta obedece al marqués de Brandemburg, en calidad de feudatario del rey. La real está sujeta inmediatamente a la corona en tres palatinados y ocho senadores. Turogña, que yaze a las riberas del río Vístula y es la metrópoli (sujeta al rey), no impide el gobernarse esta provincia con separadas leyes, consejos y juezes. La Pomerania se derrama por las riberas del mar Báltico y también se distingue en superior y ulterior. La primera posee el rey; la segunda el propio príncipe (pero vassallo), llámase la metrópoli Gedano, emporio del Báltico, donde concurren a porfía las mercaderías de oriente, occidente y septentrión, aviéndose observado dar fondo en un día en aquella playa quinientos bageles.

La Mosobia, que es ducado, se divide en quatro palatinados y, estos, en doce prefecturas. Tiene tres senadores y es país fértil y abundante, aunque assombrado de inmensas selvas en donde nacen los cavallos samogipcios (por la pequeñez y grande fuerça), muy estimados y apreciados en todo el reyno.

La Livonia, última de las siete, es provincia copiosa de cevada, de todo género de animales domésticos y selváticos como de grandes florestas, en que se cría mucha caça e infinidad de martas y castores, dividiéndola de la Moscobia el río Herbia. Suprendióla el rey de Suecia en los tiempos de las corrientes guerras turquescas. Su metrópoli se llama Riga, grande y fuerte, poblada de hereges, por cuya causa abrió las puertas fácilmente a aquel rey de su propia religión. Tiene siete senadores, que con todos los antecedentes componen el senado y, en las dietas, decretan la guerra, la paz y las ligaciones con otros príncipes, no teniendo el rey autoridad para hazerlo por sí solamente. Además de las mencionadas provincias, tiene también el reyno la superioridad de cinco grandes príncipes feudatarios, que son el duque de Prusia, de Kurlandia, de Pomerania y los príncipes de Balaquia y Moldabia. **[1619]** Pero de estas últimas provincias (sujetas al turco) no tiene más que el título, si bien, por convenio están obligados dichos príncipes a jurar fidelidad al polaco. El gobierno del reyno se compone del rey, del senado, de los nuncios terrestres y, todos tres cuerpos, califican la república. Es el rey electivo, a quien nombra toda la nobleza que se halla en la elección, y se elige de aquel cuerpo por medio de los votos y, ordinariamente, suele ser uno de los palatinos, a cuya exaltación concurren más de dozientos mil nobles y se haze en un lugar llamado Vicola, dos leguas de Barsabia, donde se acampan armadas más de cien mil personas conducidas de los obispos y de otros que tienen voto. Si duran las líneas reales, no se excluyen, como se executó en la familia Jagelona, que duró dozientos años. Distribuye el rey libremente y con independenciam los cargos espirituales y temporales del reyno, con obligación que ayan de recaer en nobles polacos, sin participárselos

a los parientes si no es con universal beneplácito, de modo que solo en su mano está el engrandecer, remunerar y enriquecer a sus propios vassallos. Es su residencia en Barsabia, acomodada para los súbditos por estar situada en el corazón del reyno, de donde subministra vigor y fomento a todas las partes. Su renta passa de un millón de talaes, consignados solamente para los gastos de su real persona (que en lo que pertenece a la necesidad del reyno, lo suple el erario público) y quando, tal vez (poniéndose la generosidad real en alguna obligación de exceder en los gastos) ha contraído empeño considerable, no faltan exemplos en que las dietas ayan suplido el pagamento con más de quatro millones de florines, por lo qual no estando sujeto a gasto alguno para las cosas públicas, y abundándole los medios para la disposición absoluta de todos los cargos, teniendo pocos reyes mejor oportunidad para enriquecer que el polaco, dilatándose su autoridad (aunque limitada) a medida del ingenio y actividad del soberano, por cuya razón solía dezir Estevan Batori que la espada, el dinero y la cabeça hazían parecer al polaco tan absoluto como otro qualquiera gran rey de la tierra. No puede, sin intervención del senado, manejar tratados con príncipes estrangeros, hazer pazes ni decretar guerras, establecer treguas ni unirse en concurso de ligación, como tampoco determinar tributos, prescrivir leyes, ni enagenar bienes.

[1619] Compónese el senado de ciento y quarenta y siete ministros, cuya particular obligación es la custodia de las leyes y se distinguen estos en quatro órdenes: obispos, palatinos, castellanos y oficiales mayores. La dignidad senatoria es vitalicia y no se admiten sin que ayan hecho juramento de acudir al bien de la república. Son los oficiales mayores gran mariscal del reyno, mariscal de la Corte, gran canciller, vicecanciller, gran tesorero, teniendo otros tantos el gran duque de Lituania. Los palatinos son duques de las milicias sujetas al palatinado y las mandan y dirigen en las expediciones de la guerra. Los castellanos son como legados y los oficiales toman el nombre de los puestos que exercitan.

La tercera orden del senado es la de los nuncios terrestres. La nobleza los elige en cada palatinado para que, en las dietas, le representen con finales dicessivas instrucciones de consentir en la guerra o en la paz, en alianças y contribuciones, siendo también su obligación aplicarse con diligencia a la conservación de la propia libertad. Y quando uno disiente en lo que acuerdan los demás, es capaz de alterar lo deliberado y la misma autoridad tiene qualquiera senador en romper la dieta quando es de opuesto sentir. Y si todos los mencionados con los nuncios conviniessen en un decreto y discrepasse el rey, vale tanto su voto como el de toda la dieta.

Distínguense los polacos en la orden eqüestre y la nobleza, en el estado eclesiástico, secular y plebeyo. La nobleza sigue la guerra, la plebe se aplica a la mercancía, a los artes liberales y a la agricultura. Los nobles o son por nacimiento o por méritos, declarados del rey por tales con el consentimiento de todas las órdenes, apreciándose más los primeros que los segundos. Los espureos, aunque sean de alto linage, no gozan los privilegios de la nobleza (que son muy amplios) y, entre ellos, uno en que el rey no puede castigar alguno de esta orden si no está convencido legalmente, ni puede condenarle sin el voto de los senadores, si bien, puede absolverle después de sentenciado, aviéndose observado con muchos nobles (que del estado mediano) ascendieron (elevados del rey) a lo sumo de los honores y de las riquezas, pero pocos se han visto castigados de él, ni aun por atrozes delitos.

Por dos causas puede un noble polaco perder el carácter y hazerse indigno de él: o por decreto del rey y de la república por algún grave delito, o por convencido (en juicio público) de aver exercitado el ministerio de la mercancía. Son iguales todos (aunque distintos en las riquezas y en las dignidades) en la autoridad de elección de rey, como en la diputación de los tributos y son essentos de toda contribución en los bienes que poseen. Tienen un monárquico dominio sobre los súbditos y disponen de las haziendas con arbitrio absoluto sin apelación o refugio alguno y, quando un noble adquiere una ciudad o castillo, se entiende que también compra los habitantes para disponer de ellos a su voluntad y es tal la sujeción con que reconocen al señor, que a veces suelen quejarse de que son menos libres que los esclavos en Constantinopla.

No habitan los nobles en las ciudades sin exercicio de alguna dignidad, sino en la campaña cuydando de sus haziendas y de sus súbditos y contribuyen con una porción de terreno, que llaman lanços, a los agricultores que viven en ellos con sus familias. Y no pueden cambiar patrón, sin beneplácito, comprando de él aquello que necessitan para el sustento de la vida humana a precio limitado a discreción. Y de esto mismo, se saca lo repartido para las contribuciones de la república. Y, en suma, viven en tanta miseria que corre el proverbio ser el reyno polaco el parayso de los nobles y el purgatorio de los rústicos. Gozan los primeros sumas riquezas y ay muchas casas de las más graduadas familias que tienen de renta a ciento y a dozientos mil talares. Ay muchos obispados riquísimos, que valen a treinta, setenta y ochenta mil talares cada año, sin muchas abadías y canonicatos; y los menores no baxan de dos mil talares de renta. Las grandes riquezas de esta nación se distribuyen en el esplendor del fausto y de la prodigalidad de banquetes, bodas, libreas y grande número de

criados. Asisten a las dietas los más principales, con cinquenta o más camaradas de los más nobles, y no tuvieron leyes escritas en el origen de su imperio hasta el tiempo de Casimiro Tercero el grande, pero se governavan según el dictamen de las antiguas costumbres. Este gran rey ordenó la observancia de algunos decretos a la nobleza y permitió a la plebe que se valiessen de las leyes de Saxonia. Son los polacos católicos y professan esta religión con grande exemplo de setecientos años a esta parte, y tan enemigos de las blasfemias que las castigan con excesso. Son también puntuales observadores de la ley y usaron varios preservativos para no quedar inficionados de las heregías que circunvalaron aquel reyno y, en particular, las de Calvino y Lutero (que apestaron gran parte de la Germania). Una de las mayores ventajas que tienen los turcos a esta nación es el estar assegurados de que jamás han emprendido guerra ofensiva y que, la defensiva, la hazen con gran lentitud.

Consisten las fuerças más principales de este reyno en la cavallería noble, copiosa y ligera, valiéndose en sus armadas de poca infantería, en que sobresale más, assí en valor como en resistir los trabajos, la cosaca. En decretándose la guerra con edicto general, se convoca la nobleza, la qual no está obligada a servir fuera del reyno más de cinco leguas y, excediendo en la distancia, tiene obligación el reyno de estipendarla. La convocación general de toda la nobleza no se haze más que en los casos de mayor necesidad, como sucedió en la corriente guerra. Y en estos casos, conducen los nobles a su costa grande número de milicias (que están a sus órdenes obedientes) y pueden juntar (en ocasión de tan extraordinario esfuerço) ciento y cinquenta mil soldados.

Dos defectos se observan en las esquadras polacas, que son tardança e inobediencia, pues aguardan al tercer edicto para unirse y, después, con facilidad se amotinan, siendo tan irremediable en ellos la sublevación que, para sossegarla, conviene ordinariamente valerse de las milicias forasteras y no ponerles contribuciones hasta el punto preciso de la necesidad, porque suelen desperdiciarse por varios arcanos antes de entrar en el estanque del erario público.

[1619] Las milicias othomanas, cansadas de la embaraçosa guerra de Persia, bien que no se inclinavan a la de Polonia, sin embargo, no la contradixeron por el aborrecimiento que tenían a la primera. Era Osmán abariento (defecto considerable en los grandes príncipes, principalmente othomanos). Solimán Segundo y Selín Primero, que más que todos gastaron, también consiguieron la dilatación de los confines con tanta opinión como se sabe. Alí visir, que sabía los inmensos desperdicios que acompañavan a la persona real quando salía a campaña y la grande aversión que tenía al

desembolso, agravado del peso de los años, no menos que de los trabajos, en este intermedio murió y como era el solo obstáculo que se oponía a la polaca guerra, se movieron con más calor los aprestos. Hizo antes de espirar instancias con el sultán para que le permitiese disponer de sus bienes en beneficio de sus hijos y, aviéndoselo concedido, hecho el testamento (glossando la permissão), estrechó la gracia a solo los bienes estables, tomando para sí el contante y, los más preciosos, cuyo valor llegó a muchas cantidades, entre los quales avía dos urnas llenas de oro y un cesto de joyas, como también muchos esclavos y otra partida de dinero escondido en Escio, manifestado en virtud de la confianza del decreto del sultán (que ordenava pudiesen gozarlo sus herederos) y es cierto que lo avía ocultado para que lo posseyesen en secreto por no poderlo lograr descubiertamente. Participaron los turcos la declarada guerra a Gabor, príncipe de Transilvania, su confederado, que la aplaudió por mandar con mayor independencia su provincia y, aviéndola publicado, se expuso, a la vista de todos, el guion de la cola de cavallo (insignia con que se publica la guerra en esta forma), desembolsando inmediatamente ciento y cinquenta mil escudos para comprar camellos y disponer tiendas de campaña, y otros treientos mil para las pagas de los genízaros.

[1620] Sacrificó Osmán en la nueva mezquita (con demostraciones devotas) diferentes víctimas, a cuya función combidó a los embaxadores que, haziendo respetosa estimación del combite, cada uno presentó a la mezquita un regalo considerable. No se atrevía alguno (aunque se atravesavan varios obstáculos en tan difícil empresa) a oponerse con alguna representación a lo resuelto por el sultán porque, empeñado y tenaz en su deliberación, prorrumpiría contra qualquiera no solo en ira, sino en vengativa demostración, porque con los soberanos quien no se dexa llevar del agua, siguiendo su lisongera corriente, sin remedio se anegará en su profundidad peligrosa. Passó Calil, baxá del mar, al puesto de primer visir y le convino regalar al codicioso monarca (como es costumbre) con cinquenta mil zequíes y, por este camino, se vestía el príncipe de los despojos de los súbditos para adornar el erario de cantidades considerables. Comunicó al sultán que avía recibido avisos de que los españoles disponían de armada marítima, y discurrió sobre la flaqueza de la turquesca, a fin de divertirle de la invasión de Polonia. Y respondió que quería hazer pedaços a los que le ponían fuego a la casa y que, si los christianos (valiéndose de la coyuntura) le hiziessen algún daño en la mar, sabría oportunamente resarcirlo. Escribió una carta al can de los tártaros insinuándole que ya avía llegado el tiempo de destruir un reyno, como de triunfar de un enemigo, que muchas vezes se avía teñido en la sangre de sus vassallos, y le

remitió una zimitarra, una veste y dineros para animarle y tenerle asegurado. Escribió también la Porta a Gabor transilbano que, saliendo el sultán a campaña, no dexasse de motivar a los alemanes algunas zelosas desconfianças para apartarlos de fomentar a la Polonia. Con grande constancia solicitavan socorros del pontífice, del emperador y del rey de España los polacos y, recogiendo fuerças internas y externas, participavan a los príncipes christianos el insaciable disignio del común enemigo intentando abatir el propugnáculo de la christiandad, para sujetarla a su bárbaro dominio y, sin omitir diligencia alguna, se aplicaron a la reparación de una constante defensa.

Sacó el sultán del tesoro de adentro cinco millones de zequíes (notable cantidad), pero no la bastante para el gasto de tan exorbitante número de milicias. Amotináronse los artilleros por no averlos pagado y, él, los satisfizo con su propia sangre, condenando a muchos al suplicio. Los antecedentes monarcas acostumbravan (primero que saliessen a qualquiera interpresa) hazer sacrificio de animales degollados para implorar la protección de su falso profeta, conforme el rito de su vana superstición, pero Osmán, para salir sin sospecha contra la Polonia, escogió una víctima humana sacrificando a la propia seguridad a Mehemed, su hermano (que fue el primero que estrenó la nueva mezquita), dando orden al visir y al muftí que le acompañassen al sepulcro, autorizando la crueldad con la presencia del intérprete de la ley. Fue el pretexto de su muerte el acostumbrado en las razones de Estado, que condena ordinariamente a la inocencia y destierra a la justicia por lisongear a la política, pues por una breve sombra de una fácil desconfiança no se repara en destruir los cuerpos y condenar las almas a la perpetua habitación de un caliginoso abismo.

La gente de la armada con artífices de todos géneros, vivanderos y milicias numeravan quatrocientas mil plaças, sin sesenta mil tártaros, cuyo acampamento cubría quatro leguas de país, en que armaron sesenta mil tiendas de campaña, aviendo consumido todo un año en recoger aprestos de todas suertes para tan formidable movimiento, que dexó la Turquía exhausta de hombres y a Constantinopla tan desproveída de guardias (que, por aprehensión de una correría de cosacos en el mar Negro), obligaron los turcos a los franceses a cubrir unidamente con ellos algunos puestos más peligrosos de la ciudad.

Salió Osmán a campaña assistido de una corte de personas escogidas, como visires, baxaes, agaes y otros cabos ricamente vestidos, con cavallos soberviamente adereçados, cuyo número llegava a ocho mil y, según el lucimiento, parecía más propiamente función de pública festividad que demonstración de salir a campaña. Dexóse ver el sultán (oprimiendo un

generoso bruto) vestido de raso carmesí, aforrado de vulpejas negras con grandes ayrones de diamantes de incomparable precio en el turbante, con atrevido rostro, amenazando venganzas, joven galán de verdes experiencias, soberviamente arrogante, a quien seguía un medio mundo con esperanzas seguras de beberse con facilidad las corrientes azeradas de los cristalinos alfanjes polacos, en cuya salida se echó de menos el aplauso del pueblo, pues faltó el concurso en semejante función, no aviendo sucedido jamás en salida de algún monarca, cuya demostración dio motivo a varios discursos. Hizo que combidassen de su parte para esta función a los embaxadores de los príncipes christianos, menos al del emperador, a quien mandó salir de la Corte con alguna violencia, impresionado de que el César avía destinado un considerable socorro para defensa de la Polonia, haziendo vanidad de que en sus propias ruynas encontrarían las dos coronas el fatal precipicio de su descaecimiento.

Llegó Osmán a Andrinópolis, lugar destinado para la unión de las fuerzas, donde le suplicó el baxá que no expusiese su persona a los azarosos trances de la guerra, como a los ciegos impulsos de las bocas de fuego. No gustan los visires ver la testa de los exércitos a los monarcas, porque con los primeros rayos de la soberanía obscurecen los de la segunda autoridad, quedando estos sin aquel esplendor que alumbra en la independencía. Respondió Osmán con aspereza que quería ser testigo de vista de la tragedia como vengador de las injurias recibidas de los cosacos, con desdoro de su dignidad y daño de sus vassallos. Al passar un puente se le acercaron, para pedirle limosna, quatro derbís o religiosos pobres de su secta y, aviéndose assombrado el cavallo con los contratiempos que executó, se le cayó el turbante de la cabeça, cuyo accidente le ocasionó alguna turbación en la desconfianza, motivando este acaso en los que le acompañavan a temer un pronóstico infeliz de aquel agüero. Y observando (en sus bárbaras supersticiones) los accidentes que nacen de los acasos, se expressavan que las estrellas no prometían la conquista de una corona a quien avía visto vacilante y, caída la suya de la propia cabeça, quedando los desventurados mendigos, de orden del sultán, hechos pedaços sin aver conseguido las vidas de limosna. Aviendo passado el Danubio, mandó entregar a las milicias el acostumbrado donativo, que no marchavan tan gustosas y arrogantes como en las passadas guerras, en donde las llevaba la esperanza de las presas (que es el alimento más substancioso de las tropas victoriosas). Seguían las vanderas othomanas treinta mil genízaros, si bien, descaecidos de la antigua bizarría con el exemplo de los monarcas que, después de Solimán Segundo, entre las blandas lisonjas del serrallo, perdieron de vista (con el ocio) el duro afán de las armas, en cuyos destemplados filos se cebó el orín cobarde

haziéndolas perder el valor y la estimación porque, quando se halla enferma la cabeça, pierden la robustez las demás porciones del cuerpo. Truxeron a la presencia de Osmán quatro prisioneros polacos para saber de ellos las disposiciones enemigas, permitiendo a dos la libertad a costa de las vidas de los otros, a fin de que dixessen en el campo christiano que venía en persona con formidable ejército.

El rey Segismundo de Polonia y el príncipe Vladislao se dispusieron a la defensa, aprestando las propias como las estrangeras fuerças, pero si no es del pontífice y del emperador, no consiguieron más que palabras. Excitaron con vivas instancias a todas las provincias para que, congregadas, asistiessen a socorrer la presenta necessidad con dinero y milicias, tratándose de la común libertad. Y puesta a cavallo la nobleza, componía un cuerpo de sesenta mil montados y doze mil cosacos y, midiendo los tránsitos, dava lugar a que se fuessen agregando las tropas que marchavan de diversas partes a incorporarse en la Podolia.

En la antecedente dieta de Varsabia fueron de parecer algunos experimentados senadores que se hiziessen las prevenciones necessarias para entrar en los países turquescos (antes que ellos lo executassen en los polacos dominios) en la Balaquia y la Moldabia sublevando los christianos, pues con anticipar el daño al enemigo se conseguía preservar el propio, siendo más acertado poner fuego a la casa agena que apagarle en la propia casa. Y aviéndose reputado este sentir universalmente por el más conveniente consejo, quedó desvanecido y trastornado por una pereçosa tardança (que siempre se descaecen en la guerra las mejores proposiciones), pues en quanto se tratava la materia para deliberarla y se preparava para moverla, los tártaros (que saben mejor conseguir que aconsejar), entraron en las provincias de Pocucha y de Podolia y dieron principio a las acostumbradas dessolaciones. Estava el rey en la iglesia de San Juan de Varsabia, atendiendo a los divinos officios, quando el Picharsqui, natural de Rusia, inflamado de ira (por causa ligera) tuvo tal atrevimiento que, con un bote de pica, hirió al rey en la mexilla derecha, cuyo accidente ocasionó más escandaloso rezelo que peligro, en cuyo milagroso trance se conoció la gran misericordia de Dios (que assiste con piedad siempre a los christianos monarcas que defienden su causa). Motivó aquella audacia en los circunstantes la conmoción que merecía semejante delito y, aunque Vladislao y los varones se arrojaron sobre el traidor con las espadas para asegurarse de él, no dexava de intentar la defensa con ardiente desesperación. Pero un religioso, abraçándole por las espaldas, lo echó en tierra, con que no pudo negociarse la fuga que solicitava y, al cabo de doze días, murió atenaceado. Y, para que durasse más el

tormento, le cortaron los dedos de las manos uno a uno y, por último, desquartizado y abrasado esparcieron las cenizas por el viento.

Eligieron los polacos por cabo supremo de su armada al general de Lituania Codkiviesqui, palatino de Vilna, hombre grande en el valor, en la experiencia y magisterio en la disciplina militar, destinando a Lubomisqui para la tenencia general. Fue disignio prudente del palatino elegir sitio ventajoso y fuerte para el acampamento de sus tropas (que se componían de ochenta mil escogidos combatientes), para que no pudiese el enemigo obligarle a la batalla con desigualdad, sino lograr la conveniencia de recibirle con la banguardia y pelear con toda industria que le pudiese subministrar la ventaja en lo aquartelado. Algunos polacos, de los más aprehensivos con el temor de las fuerças othomanas, querían aplacar la ira del sultán con dineros y con tributo, pero la dieta generosamente afeó tan cobardes proposiciones y se aprestó para la defensa. Aquartelado, pues, el ejército a vista de Cotimo (tierra situada de la otra parte del río Niéper), dexando algunas colinas bien guarnecidas por un costado y por el otro mezcladas (en unas espesas florestas) considerables esquadras, atendía bien fortificado a la disposición enemiga y, apenas avía concluido los alojamientos, quando se dexaron ver las othomanas tropas que, dilatándose por la campaña, circunvalaron el ejército polaco.

Congregáronse aquella noche en el alojamiento del sultán los principales directores de la armada y, entre ellos, algunos tártaros experimentados en aquel país y resolvieron el esguaço del río para internarse en el reyno, burlando con esta operación las polacas fortificaciones, pero se ofrecieron después varias dificultades y, en particular, la de hallar en el passage muy duros encuentros por razón de estar todo el país puesto en arma y porque todos concurrían (quando se tratava de la propia conservación) adonde era mayor el peligro y la necesidad con que, mudando de dictamen, resolvieron atacar a los polacos en sus propias fortificaciones, solicitando antes ver si (con la provocación) conseguían que dexassen las trincheras para darles la batalla con más ventajas, asegurando por este camino la esperança de oprimirlos. Cantemir, príncipe tártaro, de orden del sultán, con cinquenta mil de su nación, se arrojó a reconocer la disposición del campo christiano, pero aviéndole recibido con valor, cediendo con maña, le metieron en una emboscada. **[1621]** Y apenas recibieron la carga, quando acometidos de los cosacos, los pusieron en fuga, quedando muertos muchos en la campaña y prisionero el príncipe Cantemir. El día siguiente, Osmán (que, respeto de ser tan pocos los christianos en comparación de su gran multitud, tenía por cierta la victoria) ordenó que embistiessen los suyos al quartel de los cosacos, los cuales mantuvieron mucho tiempo el choque de los othomanos,

pero sobrepujados del numeroso concurso, empezaron con turbación a ceder a tiempo que, acalorados y animados del palatino (que en persona acudió a la exortación) con frescas tropas alemanas y regimientos de úngaros, salieron animosamente incorporados del bosque y chocaron con los enemigos, en cuyo trance quedó muy maltratada la cavallería turquesca y, no con menos daño, los genízaros de la mosquetería polaca.

En este primer enqüentro perecieron mil y dozientos christianos y más de cinco mil turcos y, entre ellos, Usaín baxá el tuerto, uno de los más valientes comandantes, con un favorecido de Osmán. Y fuera mayor el estrago si los cosacos no se huviessen apartado (por el pillage) de continuar el destroço. Querían los polacos saliendo de sus quarteles seguir al enemigo, que retrocedía, para que fuese mayor la victoria, pero el palatino lo embaraçó por no perder la ventaja del sitio y por esperar el refuerço de la más escogida flor de la nobleza, que llegó después obedeciendo las órdenes del príncipe Vladislao, a quien recibieron los christianos con universal alegría y con segura esperanza de reprimir más generosamente (con su soberana presencia) el más violento bárbaro esfuerço del enemigo.

Damnificados, pues, los othomanos del infeliz principio, no por eso descaecieron en el valor y, al tercero día, intentaron otra experiencia con ánimo de superar las defensas christianas y, atacándolas por diferentes partes, creyeron romperlas por lo más débil. Y haziendo el mayor esfuerço por el quartel de Lubomisqui (que tenía la artillería plantada en sitio oportuno), hizo notable daño en los enemigos que, acometidos al mismo tiempo de algunas tropas polacas, recibieron la carga, quedando sobre el terreno más de seis mil cadáveres othomanos y trescientos christianos.

[1621] Rabiava de ira el sultán, no pudiendo conseguir que saliessen los polacos a campaña abierta para atropellarlos con la violencia de la multitud, cuyo desdén inflamó de suerte las acciones que llegaron todos a temer la cercanía, pero el palatino comprehendiendo la intención (por no quedar expuesto a un desgraciado trance), ocupó también una colina que fortificó inmediatamente guarneciéndola de artillería, como también de algunos regimientos veteranos, pero los turcos, antes que se acabasse de perficionar, la atacaron con un furioso assalto quedando rechaçados con no pequeño daño. Y bolviendo a duplicar los esfuerços por el quartel de los cosacos, hallaron tal resistencia que, precisados del estrago, se retiraron con pérdida de algunas piezas de artillería y, porque se iba acercando la noche, no permitió el palatino que siguiessen el alcance de los fugitivos temiendo que el botín les divirtiesse la victoria, como en otras ocasiones sucedió en las armadas christianas.

Estos continuados destroços entibiaron mucha parte del ardor othomano y el sultán no podía tolerar la dilación de conseguir el fin de la empresa, en la qual estava empeñado con todas las fuerças del imperio. Y reprehendiendo con ardiente ajamiento a los cabos, executava crueldades en los inocentes, mostrándose intolerable como impaciente a los domésticos por la constancia de la resistencia de los polacos. Hizo morir algunos genízaros en el tormento de los más severos castigos, cuya rígida medicina irritó la inflamada llaga con más pertinacia, pues (en declarado tumulto) dentro de los pavellones reales desacreditavan la poca experiencia de Osmán, diziendo que le avían conduzido a tan espinoso tentativo la guía de un ciego capricho y no la clara razón de un verdadero conocimiento. Y que nacía el obstáculo de su grande ignorancia y no de las operaciones genízaras, destinadas siempre a combatir, no tanto contra los hombres quanto contra los reparos y las fortificaciones, y que el sultán no imitava, sino degenerava de sus abuelos Baiaceto, Selín y Solimán, que inflamavan las milicias para la batalla con la generosidad del dinero y no con la crueldad del castigo; y que se deleytava más en esparcir la sangre de sus domésticos que la christiana enemiga, y que no estavan obligados a sacrificarse en inútil carnicería sin esperanças de victoria. [1621] Intentaron los cabos, con ofertas de donativos, apaciguar el movimiento de las milicias y, aviéndose incorporado con las tropas turquescas Kirakas, baxá de Damasco, con grande refuerço, ordenó Osmán que bolviessen a embestir con resolución el quartel de Lubomisqui, donde fue tan vivamente ayrosa la resistencia, que experimentaron los othomanos su destrucción, siendo los primeros que bolvieron las caras al empeño los genízaros recargados de los cosacos, que hizieron este día maravillosas pruebas de valor.

Algunos úngaros rebeldes, entendiéndose con los infieles, manifestaron la parte más flaca de las trincheras y, alentando el mayor esfuerço, intentaron más vivo el assalto, que rechaçó el palatino peleando como valiente soldado, sin dexar de mandar como experimentado general, obligándoles a bandonar el empeño con grande pérdida, no siendo menor la del baxá de Buda. Y acometiendo inmediatamente ocho mil cosacos a los quarteles enemigos, poniendo en fuga las guardias, degollaron mucha parte de ellas, logrando la retirada a sus fortificaciones, sin azar alguno, con muchos cavallos y camellos. Mortificado Osmán con este y los demás accidentes, depuso del visirato a Usaín, substituyendo en él a Dilabert, baxá de Mesopotamia. Enfermó en este tiempo (con sentimiento de todo el ejército christiano) el palatino de Vilna (supremo comandante de las polacas armas y autor de tan famosa defensa), fatigado del continuado cansancio, cuyo accidente le depositó en la sepultura para una

eternidad (pérdida que lloró con ternura el dolor universal, porque era sugeto de tan rara virtud y madura prudencia, como de experiencia consumada, y supo con el arte burlar la fuerza, superando el mayor poder).

Ocupó Lubomiski el puesto de general y Osmán ordenó (contra la opinión de sus cabos) que el día de San Vladislao, rey de Boemia, se executase por todas partes un assalto general a las trincheras christianas, de cuya resolución, noticiado el príncipe Vladislao, con breve exortación habló a los polacos en esta forma: *No ser el primer rençuentro en que avían triunfado de los tártaros y castigado, reprimiendo el orgullo othomano en las presentes funciones, de cuya sangre estaban iluminadas las fortificaciones polacas y que, al assalto que meditavan los turcos, se dispusiesen (para resistir con la acostumbrada generosa constancia con que los avían rechaçado otras vezes) acordándose para no temer las zimitarras de las cadenas infieles, sin olvidar el combatir por la religión, por la patria, por la libertad, por la hazienda y por la honra de las mugeres y los hijos.*

Animados los polacos con esta expresión, se dispusieron ayrosamente constantes a resistir el ataque infiel de los othomanos que, (embriagados con los efectos del opio para no atender al peligro), embistieron furiosamente a las fortificaciones dando principio al empeño los asiáticos, prosiguiéndole los genízaros y sustentándole los beglerbeyes de Grecia y de la Romania, en cuyo pertinaz ensangrentado contraste sobresalió con exceso el horroroso estrago y la obstinación incansable, sucediendo las frescas esquadras a las más fatigadas en el calor del assalto, sin que el horror de los cadáveres ni el lamento de los heridos entibiasse lo ardiente de las operaciones de los agresores que, (esguaçando arroyos de sangre que inundavan la campaña) para forçar el recinto, pisando los muertos, aterravan los vivientes. Tres vezes embistieron al quartel del príncipe polaco, guarnecido de escogidos varones, que rechaçaron siempre con gran mortandad a los enemigos, siguiendo aqueste exemplar los demás puestos, en que perdió el enemigo más de veinte mil infieles. Observava con severo y grave semblante el sultán el destroço de los suyos, dissimulando el interno dolor que le ocasionava el suceso, en que los baxaes más principales hazían el mayor esfuerço para alentar el combate, ya afeando la cobardía con la reprehensión, ya con las exortaciones del exemplo acalorando el ataque, se empeñavan donde era mayor el peligro, pero sin atender a estos respetos, ni a su propia obligación, los genízaros llenos de sangre como destroçados con la retirada, blasfemavan contra los autores de tan infelize empresa, protextando exercitar las zimitarras contra los propios cabos en caso que intentassen conduzirlos nuevamente a tan desesperado empeño.

Agregábase a tan desconsolado descaecimiento la escasez de bastimentos (por las talas de aquel país, executadas de tártaros), siendo necesario transportarlos de Balaquia, en cuyos tránsitos los cosacos y usaros atacavan los comboyes enemigos, assegurándose de aquellos bastimentos y municiones con su derrota. Nació dos días después del assalto un áspero disgusto (por causa de algunas vituallas) entre alemanes y polacos (dícido con las armas, con escandaloso como ensangrentado exceso, no pudiendo ser mayor la inflamación executada con los infieles), cuyo desorden llegó a noticia de los othomanos y pudo ocasionar perniciosas consecuencias si, alimentados entre sus particulares discordias, no huviessen perdido de vista la de los christianos. Mortificado el sultán de ver insuperable la constancia christiana, dexándose arrebatado por fuerça de las expresiones del visir, como de la alteración de los genízaros y de la fama de un poderoso socorro que de todas partes se movía (conducido del rey Segidsmundo), como también de la necesidad (a la qual obedecen los mismos monarcas), dio atención a tratados de paz.

Agregóse a esto también el que Miguel, gran duque de Moscobia, aseguró a los turcos que, en aviéndose movido sus armas, marcharía con las suyas a fin de conquistar alguna porción de aquel reyno, pero (mejor aconsejado) entibió el ofrecimiento considerando que las ruynas de aquel dominio, por último, avían de ser exemplar para las suyas. Y el moldabo que por la cercanía tolerava en sus Estados varias descomodidades, assí en los víveres como en la debastación de sus payses, fue el instrumento de los manejos mencionados.

Recibió Osmán a los embaxadores polacos en el campo othomano y, después de varias conferencias, entablaron las siguientes capitulaciones: Que los polacos impedirían las incursiones de los cosacos en el Borístenes y que los turcos enfrenarían también las de los tártaros, a los quales continuaría la Polonia el pagamento de treinta mil reales de annual donativo con el acostumbrado pretexto de comprar (con dicha cantidad) zimitarras, con las quales suelen después hazer pedaços a los que les hazen el regalo. Que se embiarían comissarios a disponer los confines. Que la fortaleza de Coquín quedaría en poder del palatino de Moldabia, como también asegurados libremente los passages de los caminos reales, a favor del comercio. Que tendrían recíproca libertad los prisioneros y que passaría a Constantinopla especial embaxador para ratificar la paz.

Quieren algunos que el rey Segismundo sintiesse mal de tan importuno ajuste, expressando que los turcos avían robado intempestivamente las treguas por aver precipitado los polacos la paz. El día siguiente decampó la armada

othomana abatida con desorden, haziendo su viage en melancólica marcha tan confusa que se desconocían los puestos que debían cubrir las milicias, viéndose distintamente en todos debilitada la juventud, como abundante de enfermos, estropeados y heridos, el ejército. A que se agregava no aver cavallos para el transporte de la artillería, por cuya razón dexaron gran parte de ella abandonada en el castillo de Coquín. Y si los christianos en lugar de paz huvieran atacado aquella confusión, fuera todo uno embestirla y vencerla, con que se huviera acabado por muchos años con la Turquía, dexándose ver en el suceso antecedente que puede domarse la altiva cerviz de la othomana sobervia con mañosa bizarría en lo más vigoroso de su veloz carrera.

No saben los christianos aprovecharse con seguridad de los afortunados sucessos como los infieles, pues si estos huviessen derrotado el ejército polaco, lograra su aplicación todo el dominio del reyno, pero nosotros nos contentamos con poco, creyendo que hazemos mucho en defendernos imitando a la quintana de la sortija, que está prontamente constante a recibir los golpes de la lança. Y como todos los sultanes (siguiendo los documentos de su falso profeta), hazen voto de lograr una conquista para aplicarla a la construcción de nueva mezquita, como para adornar con el ayrón el turbante (señal de vencedor), parece que cada uno de los príncipes christianos ha hecho otro voto de perder un dominio cediéndoles las provincias, dexando tantas almas inocentes en el tormento de su bárbara potestad.

Marchava Osmán en medio de su desfracasado ejército abatido de ánimo, con melancólico rostro, sin poder encubrir el interno disgusto con la dissimulación, que suele ser un cristal el semblante que permite retratados (en la lámina de la superficie) los afectos que predominan el corazón y, en mudas palpitations, el pecho tiene en los ecos sin voz caracteres que descifran el interno afán de una congoxa. Conservava en el ánimo recogidos los rencores que le avían ocasionado las milicias en tan desastrado empeño, afeando su cobardía, su ignorancia y su licencioso modo, a que correspondían los genízaros mormurando su mala disposición, su avaricia, como su incredulidad y que no freqüentava las mezquitas como sus antecessores, añadiendo el caprichoso y obstinado proceder, como de aver intentado la guerra en oposición de las más cuerdas representaciones y de las más discretas advertencias de los más experimentados baxaes. Y aviendo llegado a la ciudad de Andrinópolis, quiso que saliesse a recibirle la reyna (que lo executó con dozientas carroças) llevando consigo al primogénito en las faxas, aunque el muftí le huviesse escrito que el moverle y exponerle al ayre podría aventurar su vida en tan tierna edad, como sucedió después. Caminava la buelta de Constantinopla, en esta forma,

acompañado de quince mil genízaros mal armados, cansados y desnudos, siguiéndole también quinientos espais montados y los demás a pie, por averse muerto los cavallos. Continuava el sultán las quejas contra las milicias y, estas, las suyas contra Osmán, exagerando que la fuente de los beneficios de los soberanos para ellos avía perdido los manantiales en Osmán. Y que no avían peleado con esperanças de victoria porque no lo merecía y que, quien no pensava más que en amontonar dineros para sepultarlos en el panteón del erario, no podía hazer buena cosecha de victorias y conquistas y, más, quando la gloria de las armas othomanas avía terminado en su caprichosa obstinación por aver degenerado de sus antecessores, a que correspondía Osmán publicando que no tenían valor, como que eran ociosos rebeldes los genízaros, más amantes del robo que de la batalla. Pero estos, por la tardança de las pagas, empeçaron a executar violencias en los habitadores, sacando para vestirse de las tiendas lo necessario por fuerça, cuyo motivo ocasionó la reforma de dos mil genízaros y otros tantos espais, por lo qual se removieron los humores antes que purgar el cuerpo. Oíanse más que otras vezes las quejas en las voces de los lamentos, esparciendo los reformados que se irían a unir con los rebeldes para reforçar el partido de los desesperados, materia tan dispuesta para el oculto fuego (que abrigavan entre la ceniza de sus rencores) que improvisamente levantó la llama.

Pidió el sultán la hija del muftí por muger, doncella virtuosa, muchacha y discreta, contentándose todos universalmente de semejante unión con la esperança de que su capacidad moderaría el invencible capricho de su marido, pero ella (no inclinándose a la boda) dixo a su padre que, para subir tan alto, era menester no perder de vista el abismo y, oponiéndose con modestia a su deliberación, la reduxo finalmente a que obedeciese el arbitrio del sultán. Publicóse poco después el viage de Osmán para la Meca, diziendo que iba a cumplir un voto como a impetrar la protección del profeta falso, que le avía preservado de los azarosos riesgos en la antecedente guerra. Pero los soldados lo interpretaron de otra suerte, temiendo que el quererlos separar era para vengarse de ellos cancelando la veterana milicia y bolviendo a criarla nuevamente con la renovación en Damasco, poniendo allí la silla del imperio, a que añadían en pláticas públicas que haría el viage rey, pero que bolvería particular.

La muger y el muftí, con los más principales baxaes, hizieron notable esfuerzo para desvanecer el viage, pero su tenacidad manteniendo su opinión hizo quedar desayrada la más autorizada persuasión. Es el obstinado semejante al perro del herrero, que durmiendo debaxo del yunque no le despiertan los más

ruydosos golpes del estruendo de la razón. Apenas avían embarcado las tiendas de campaña (en tres galeras), quando se esparció la voz de que Osmán encaxonava el tesoro de los casnaes para llevarle consigo entre las demás recámaras, a cuyo rumor se movieron los genízaros en repentina sublevación que, emprendida como en materia árida y combustible, no tardó en levantar la llama, diciendo que el viage no le motivava el voto supuesto, sino el mudar la habitación a otra parte para dexar a Constantinopla en poder de los christianos, y que llevaba todo el oro para proveerse de otra milicia. Y uniéndose a los militares el pueblo mal contento (por la carestía), saquearon la casa del Coza, como autor de la passada guerra, passando después a la del primer visir, que defendieron valientemente sus criados con bocas de fuego.

En tan alterada confusión cerraron los artífices y los mercaderes las tiendas, procurando ocultar lo más precioso de sus haziendas, buscando también los visires los más ocultos reparos en que esconderse para preservar las vidas. Y aviendo observado los soldados el universal pavor, declararon que no se haría agravio alguno a quien no lo mereciesse y que los inocentes tendrían seguras las vidas y las haziendas. Hirió notablemente el estruendo del tumulto los oídos del sultán y, aviendo entendido la indignada unión de las milicias, publicó aver revocado el viage, pero los que una vez llegan a sacar la espada contra el príncipe (conociendo que no merecen clemencia), jamás buelven a encontrar la bayna para poner en ella el azero.

Pidieron los amotinados las cabeças del Coza y del primer visir, como la del quislar aga (eunuco moro, guardián de las mugeres), y las de otros principales ministros del Consejo, pero el rey con gran constancia se resistió a la demanda (socorrido entonces de una terrible lluvia, que separó a los sublevados), pero no la alteración en la novedad de la pretensión. Introduxo Osmán mil azamogllanos en el serrallo para defenderse, haziendo poner en varios puestos algunas pieças de artillería guarnecidas de mosquetería, pero los sublevados essotro día publicaron unidamente que el sultán avía pisado la ley mahometana, por cuyo delito estava incapaz de posseer el imperio. Hizo poner en la noticia de Osmán, el aga de los genízaros, que avían llegado las cosas al último extremo de una infelicidad y que estaban muy inmediatas a prorrumpir en desórdenes más crueles si no se hallava forma de calmar la tempestad. Y obligado Osmán de la precisión del accidente, con liberalidad forçada (como las olivas, que no participan el olio, si no es violentadas de la prensa) ofreció trecientos mil zequíes a los genízaros porque se apartassen de los espais, pero el fuego era demasiado violento para quererlo apagar con pocos rocíos de agua, que solo sirvieron de hazerle levantar más la llama.

Ordenaron los sediciosos que se alargassen las galeras del serrallo voluntariamente si no querían hazerlo a fuerça de cañonaços. Y aviéndolo executado, echaron en tierra las puertas y, passando a la habitación de Osmán, degollaron al quislar aga con quinze eunucos porque no quisieron declarar la parte donde estava aprisionado el sultán Mustafá, su tío, para colocarle en el solio en quanto durasse la menor edad del tierno Amurates, hermano menor. Intentó el nuevo primer visir Dilaber sossegar el tumulto, pero le costó la vida.

Después de aver examinado todas las partes más retiradas del serrallo, encontraron a Mustafá en una caberna subterránea enjuta, donde Osmán le avía hecho sepultar vivo desde el primer movimiento de la sublevación para que muriesse de hambre, anteviendo que todo el furor pararía en aplaudir y solicitar su exaltación. Pero el afligido encarcelado, al sentir abrir la puerta, creyendo ser el verdugo (que a todas horas estava esperando), pues inmediatamente ofreció al dogal el cuello, persuadido que iban a quitarle la vida los que iban a ponerle la corona, pero él necesitava más de pan que del imperio y más de agua que de dominar y, aviéndole servido alguna vianda, reparó en parte la descaecida respiración y, viéndole inhábil para el movimiento, le llevaron en ombros al serrallo viejo, donde estava su madre (que con substancias suaves lo fue reparando poco a poco).

Estava Osmán escondido en el más íntimo y oculto rincón lamentándose en vano contra la Fortuna y, aviéndole encontrado los amotinados, le respetaron y, sin intentar ensangrentarse en su real persona, se le entregaron al bustanci bassi para que cuydasse de él aquella noche. Llevaron a Mustafá a sus quarteles, temiendo que el sobrino le hiziesse morir y, poniéndole en la silla, dieron principio a reconocerle como a monarca obedeciéndole absolutamente. Salió entretanto Osmán del serrallo y, conducido a la casa del aga de los genízaros, dispuso que por mano de Cusaín se ofreciessen cinquenta zequíes a cada soldado (pero el mal en el aumento de los humores demasiado crudos resiste qualquiera medicamento) y, apenas hizo la proposición, quando bárbaramente le hizieron pedaços y buscando después a Osmán (hallándole escondido en un pequeño desván), le conduxeron a la presencia de Mustafá para que hiziesse de él lo que quisiesse. Y Osmán le suplicó fuesse liberal con aquella vida, de la qual él no avía sido avariento, pues si se huviera portado cruelmente con él, no se hallaría por lo presente en el solio para recibir sus rendidas súplicas. Y no respondiendole el aturdido Mustafá cosa alguna (de apretarse las manos una con otra), interpretaron los genízaros que con aquella demonstración les mandava que le encerrassen y pusiesen en parte segura y, assí, lo llevaron a las Siete Torres vestido con una sotana blanca, más en hábito de mezquino que de

monarca, conociendo entonces que el precipicio era la medida de las más soberanas dignidades. Fue digno de gran compasión el catástrofe y funesto espectáculo en la mutación de la escena en que representava un gran monarca el papel de cautivo de sus esclavos (que hazían irrisión de su persona), dándole encontrones y mofando le dezían: *Aora va a la Meca a ordenar las milicias y a reformar el imperio. Cómo estarás aora en ayunas de tantos tesoros que no supieron quitarte el hambre.* Y estrapaçándole por el camino (no pudiéndose mover, cansado), encontrando acaso un rozín de albarda, le pusieron en él y, mezclando las lágrimas con el sudor, no tenía con qué enjugarlas porque le avían hecho caer en el lodo la toca de la cabeça. Y caminando descubierto un pobre turco, compadecido de su miseria, quitándose el bonete (aunque suzio y hecho pedaços), se le puso en la cabeça. Y llegando a la puerta de las Siete Torres, resistió la entrada, pareciéndole estraño al sobervio Lucifer aver caído del parayso ameno del serrallo a ocupar el horroroso abismo del obscuro infierno de los condenados.

El dos veces desaprisionado Mustafá, para subir al imperial solio, si cambió fortuna, no mudó costumbres, pues más soñoliento que antes y más torpemente loco, se dava a conocer en la demencia. [1622] Sossegada, pues, la tempestad sediciosa, declaró primer visir a Daut, su cuñado, que (por la insuficiencia del sultán) era el alma que movía la máquina del gobierno absolutamente. Y por gozar sin aprehensión más dispótica la dignidad, dispuso un decreto (en apariencia del sultán, siendo suyo en substancia) que ordenava la muerte de Osmán con algunos de los eunucos (autores del antecedente descaecimiento de Mustafá) y, encargando la execución de lo resuelto a diez hombres, (intimándole la sentencia) sin dexarse avassallar del horror, con soberana entereza les dixo: *Canallas, cómo con tanta temeridad os atrevéis a intentar poner las manos en vuestro rey.* Y con resolución increíble maltrató con las manos y con los dientes a los que le assaltaron, apartando algunas vezes la cuerda del cuello y, a no averle quitado el sentido con un golpe que le dieron en la cabeça, con dificultad lograran la execuxión.

Por este camino no pudo preservarse del rayo (para assegurar en el peligro) el Júpiter de la Turquía, pues destroçada la cuerda del reloj de la vida a los veinte y un giros del movimiento de la rueda del retorte humano, se paró el volante del aliento en eterno silencio sumergido, muriendo (si puede dezirse) cortado en flor el árbol por las rayzes antes que empeçasse a reconocerse el fruto. Fue generoso en los didignios, pero como el principio de las empresas depende de la resolución de los hombres y el fin de la divina voluntad, no ay certeza en cosa alguna que no es del agrado de Dios. Desfavorecióle la Fortuna en todo y, en este lance, miró con agrado a los christianos. Fue tenaz, no menos

en la opinión que en el dinero y, para sujetar la cristiandad, se avía empeñado en abatir ambicioso (el propugnáculo de ella), para lo qual tuvo el mayor ardimiento, pero no la suerte, pues le deshizo lo urdido y, si no le faltó la trama, no le permitió perficionar la tela. Fue constante, audaz, absoluto, resuelto, templado en la comida, positivo en el vestir, continente con las mugeres. Y queriendo reformar las milicias, quedó reformado de ellas, siendo esta la primera profanación (executada de los othomanos) en su propia deidad.

Temiendo Daut visir que la incapacidad de Mustafá fuesse assunto para alguna novedad desayrada contra la dignidad imperial, dispuso mañosamente que muriesse Amurates, hermano menor de Osmán, pero el tierno sultán hirió ligeramente en una mano con un cuchillo a quien se avía encargado de quitarle la vida, cuya novedad ocasionó a los otros hermanos a que en altas voces invocassen socorro para librarse del peligro, a cuyo ruydo acudieron los criados que impidieron el inocente sacrificio. Y aviendo ordenado el visir que fuesse la execución secreta (temiendo la indignación de Mustafá por este accidente), se cauteló con él, negando el averse intentado con orden suyo semejante excesso y ofreció públicamente ser zelosa custodia de sus vidas para la conservación de la casa real.

El muftí y los cadilesquiers (juezes castrenses) conduxeron a Mustafá al serrallo y, puesto en una silla (mudamente inmóvil), le veneraron como ídolo, pues representava efectivamente una estatua, valiéndose el mañoso visir (para ocultar la insuficiencia) de la prevención del velo de santidad fingida, amaestrándole en la costumbre de estar mirando al cielo y, fingiendo milagros adonde entrava, publicava el visir que apenas avía ocupado el solio quando avía cessado enteramente la carestía por averle embiado Dios la abundancia para remedio de la universal penuria, lo qual sucedió efectivamente, aunque por acaso.

Los executores de la muerte de Osmán presentaron (como señas de la cruenta víctima) una oreja a Mustafá, que ordenó se la tuviessen siempre a la vista para asegurarse con aquella memoria de los zelos del dominio, acciones todas executadas a sugestión del visir para dar a entender que la muerte de Osmán se avía originado de la voluntad del sultán y no de su deliberación. Esparcióse la voz del miserable fin del sultán y la generosa defensa que avía hecho antes de morir, cuyo successo movió los ánimos con casi universal (si bien, inútil compassión), que prorrumpió en mormuraciones alterando en las milicias el sentimiento para los discursos, exagerando que semejante demonstración no podía aver nacido del piadoso y religioso Mustafá, sino de la ambición violenta del gran visir. Diéronle sepultura cerca de la tumba de Acmad, su padre, con

pompa solemne y con llanto de aquellos mismos que tuvieron disposición en su muerte (tan instables son las opiniones del vulgo).

Preservóse el visir del odio universal (veneno peligroso) con la triaca del oro que dio a beber a las sedientas milicias, repartiendo a cada genízaro veinte zequíes, cuya magnificencia tuvo de costa millón y medio que sacó del tesoro de adentro, disponiendo de él a su voluntad, como también lo que importó el acrecentamiento de las pagas a razón de dos ásperos cada día, y cinco a los espais, llegando el número de estos gastos a seiscientos mil zequíes cada año.

Mormuravan con razón los más zelosos del bien común que, aviendo las milicias conseguido el donativo en la primera exaltación de Mustafá, era ambición poco honesta pretenderle nuevamente, pero el visir poniendo en una balança el oro y en otra su cabeça (que se hallava en evidente peligro), viendo que pesava más, sacrificó quanto tenía sin distinción para el equilibrio de su seguridad. [1622] Estava el erario reduzido a mucha escasez por aver dado en poco tiempo tres donativos, a causa de las exaltaciones de los tres monarcas y, sin embargo, no cessavan los desórdenes de las milicias, por lo qual les hizo el visir una oración mostrándoles claramente el daño que recibía el imperio con la continuación de las sublevaciones y el escándalo que motivavan a vista de tantos ministros de príncipes christianos (que precisamente avían de noticiar a sus amos semejantes desórdenes), pero quando era más inútil la cabeça para gobernar, tanto más se hazían insolentes los miembros en obedecer. Multiplicava cada día Mustafá las ligerezas y, caminando de noche por el serrallo, golpeava las puertas y llamava en altas voces a Osmán rogándole que bolviesse a empuñar el cetro, por estar ya cansado de sustentar tan pesada obligación. Esparcidas por la Corte estas locuras ocasionavan desprecio, manteniendo en ocio escandaloso a las milicias. Noticiados los príncipes christianos de tan confuso desorden (siendo tan oportuna coyuntura para conseguir su ruyna), divertidos en sus particulares destraymientos (con la ceguedad más torpe), perdieron de vista tan evidentes ventajas.

Hizieron los othomanos (sobre la experimentada enfermedad del gobierno) una dilatada junta y, aviéndole tomado el pulso, le hallaron tan débil que no tenía fuerças para resistir el empellón de qualquiera vigor estrangero, por estar combatido de humores complicados en las propias entrañas y concluyeron: Que no se cambiassen los vassallages distantes por no aumentar la rebelión. Que no se concediessen más cabeças de baxaes, aunque las pidiessen las milicias, por no hazerlas más atrevidas, y que se alexassen de Constantinopla para dividir las y enflaquecerlas por este medio. Y que se ajustassen con los príncipes christianos todas las oposiciones hasta que la enflaquecida monarquía

bolviessse a cobrar (en la convalecencia) la salud perdida. Daut visir, en este tiempo, sin desamparar su ambición en su propio útil, desvalijava de noche el tesoro de adentro sin participación del dormido sultán, cuyas turbaciones tenían la Corte en perpetuo susto y, en particular, a los mercaderes que, muchos viendo la mayor autoridad tiranizada de la violencia de las milicias, buscaron en otros payses más segura habitación. [1622] Levantóse improvisamente un susurro que engendró las voces de que el visir avía (para la seguridad del sultán y suya) deliberado la muerte del tierno príncipe Amurates, de donde resultó que los genízaros, amotinados (con tal novedad), embistieron con las zimitarras en la mano a su casa con resolución de hazerlo pedaços, si bien, el aga templó la alteración diziendo que era menester primero asegurarse de si tenía culpa en el hecho. Y aviendo llamado al muftí el visir y preguntado el castigo que merecía quien avía discurrido tan depravado disignio, respondió que, siendo orden del rey, merecía compassión sin pena capital. Y haziendo aprehensión del peligro el visir (tímido por naturaleza), y mirando su vida expuesta al prozeloso viento de la militar tormenta, depuso voluntariamente el gobierno renunciando el visiriato en Cusaín, que avía vuelto de El Cayro, con calidad de que aplacasse las milicias irritadas contra él para vivir en seguridad como particular, sin algún cuydado. Y aviendo entrado en el manejo, sospechando que el aga de los genízaros era el fomentador de la turbación, le desposseyó del puesto desterrándole a Escutari, disponiendo que personas de su parcialidad le siguiessen para quitarle la vida y, desembarcado en la primera isla, encontró algunos genízaros que le preservaron del peligro. Y divulgado este aviso en la Corte, atropelladamente corrieron los demás a la casa del nuevo visir, pero teniendo tiempo de ocultarse, se preservó de la fatalidad. Estava la militar insolencia tan desenfrenada que no se hallava persona que quisiesse poner el ombro al robusto peso del visiriato, porque dominavan las armas en compañía del furor de quien huía la justicia perseguida de la fuerça. Y se vio precisada la reyna madre a salir en público a sossegar con persuasiones el tumulto, reprehendiéndoles el escándalo en la demonstración dañosa para el imperio, de quien eran las milicias la basa fundamental que le mantenía en respeto y estimación con los estraños, representándoles con quánta alegría observarían los christianos semejantes excessos, a costa del doloroso desconsuelo con que se afligían los más zelosos turcos del bien de la monarquía. Y rogándoles que bolviessen a ponerse en obediencia, la trataron (con notable desprecio) de atrevida, en cuyo sexo se passan en quènta de vicios todas las acciones que se desprenden de los límites de la modestia, en país donde deben estar retiradas

las mugeres, añadiendo que se avía dado a conocer por más eloqüente que modesta.

Tienen, los turcos, siempre encerradas en casa a las mugeres con aprehensión de que el exponerlas a la vista tiene conexión con las pinturas que excitan la curiosidad del comprador, logrando casi siempre, las que freqüentan la ventana, romperse el pescueço sin caer de arriba abaxo. Atendiendo el muftí irremediable el desorden de la monarquía (exponiendo, a la vista de todos, el estandarte de la religión), publicó un decreto en que ordenava a los buenos mahometanos se uniessen con él, a fin de remediar la común miseria, divulgando que el *Alcorán* prohibía obedecer a un rey insensato y, para agregar al pueblo a su partido, declaró que eran inválidas las oraciones y los matrimonios quando se mantenía un incapaz en el imperio.

La reyna madre opuso al zelo del muftí el oro del casná, o erario, que es la universal medicina para remediar todos los males y, repartiendo entre las milicias veinte y quatro mil zequíes, les hizo memoria de la obligación que tenían a su hijo (que avía descarnado de medios los erarios por llenarles las bolsas de dinero).

El muftí (con los de la ley), estancado en la Ysola (abandonado del pueblo y de las milicias), suspendió el movimiento con esperanças de mejorar su partido con el tiempo. Encancerada, pues, la sedición (peste de los exércitos), se encendía más cada hora entre los soldados y, aviendo huido Cusaín visir de la ira de los genízaros (como diximos), imputaron a Daut, su antecesor, de que con el favor de la reyna madre avía saqueado el casná de adentro, por lo qual hizieron instancias los genízaros para que le tomassen residencia de todo el tiempo que avía governado. Fue propuesto para el visiriato Mehemed Giurgui, eunuco, porque Calil, baxá del mar, quería antes hazerse derbís que admitir una dignidad tan peligrosa que facilitava el despeño para el precipicio a quien la poseía. Y por desvanecer el concepto de la incapacidad del sultán, hizo la reyna madre que saliesse a cavallo en público caminando siempre con los ojos fixos en el cielo y, los cortesanos interessados que seguían su dictamen, interpretavan la demencia como devota resignación que ponía en las manos de Dios todos los sucessos. El muftí, por el contrario, oponiéndose a las lisonjas de los aduladores, dezía que qualquiera decreto de monarca incapaz era nulo, a cuyas expresiones lo universal del común mostrava inclinación a deponerlo de la silla y colocar en el solio al tierno Amurates, pero se oponía solamente el inseparable gasto que traían consigo semejantes mutaciones por lo exausto del erario, pues se cobravan las imposiciones adelantadas de tres años con introducción nueva jamás practicada en los antecedentes siglos. [1622] Cusaín baxá, aviendo salido

de su oculto retiro, olvidado ya del antecedente peligro (como los marineros de la tempestad que passó), bolvió nuevamente a empuñar el timón de la nave de la monarquía, fiando las belas de su satisfacción a la frágil mutación de los ayres populares en el prozeloso mar político de los accidentes, donde cada ola es un escollo y cada embate un açar, pues entre los blancos follages de la más risueña espuma suele encontrarse el naufragio fomentado de una lisonja en una gran confiança.

Biquir, baxá de Babilonia (levantándose con aquella ciudad), negó el reconocimiento a la soberanía y, para mantenerse en esta postura, solicitó fomentos del persa con ánimos de subsistir en su protección, sin reconocer su dominio, a cuya noticia se movieron las armas en Constantinopla para la recuperación. Y el hijo de Biquir, sintiendo que su padre no reconociese el alto dominio del rey de Persia, quando quedava expuesto a la vengança de la Porta, correspondiéndose secretamente con aquel monarca le franqueó de noche una puerta de la ciudad para la entrada, vendiendo a su padre a precio de sus recompensas. Y assegurado de la plaça, y la persona de Biquir en una torre, puso en la ciudad considerable presidio y la conservó hasta que la recuperó Amurates Quarto, como diremos más adelante.

Otra sublevación se hizo sentir por este tiempo en Assia, donde Gianoglli, cabo de espais, puesto a la testa de diez mil rebeldes, corrió el país con assombro universal alcançando este temor a la ciudad de Esmirna, donde muchos mercaderes movidos con el susto se dispusieron a embarcar los capitales para asegurarse en otros dominios. Y mientras con alterados passos caminavan en Constantinopla los sucessos, acordó el emperador una suspensión de armas (por quatro meses) con Betlen Gabor que, considerándose despojado de assistencias (por las internas turbaciones othomanas), allanó las dificultades que se avían opuesto a los antecedentes manejos y, deseando los úngaros la paz, se concluyó estableciendo a Betlen Gabor en la Transilbania, apartándose de la Ungría, exceptuando algunos lugares durante su vida, manteniéndose pacíficamente en los confines de la provincia.

Mal aplicados los demás príncipes a sus conveniencias (olvidando los intereses que podía adelantar la seguridad entre las turbaciones othomanas), solo atendían a pacificarse (por medio de sus embaxadores) con la Porta, contentándose con poca ventaja mal entendida de su aplicación, siendo el persiano el primero que llegó a la Corte con cien cargas de seda procedidas del tributo annual, dexándose ver después el moscobita, bien que esta embaxada fue correspondencia de otra antecedentemente despachada al gran duque para tenerle a su favor en la passada guerra con Polonia y, no solo ofreció no

empeñarse por los polacos, sino que fomentaría a los othomanos a fin de conseguir una porción de país que le ofrecieron con ánimo de engañarle.

Fue el tercero el polaco, acompañado de setecientas personas y, este, como el moscobita, regalaron al sultán con grande cantidad de zebellinas, presentando pieles a los que ordinariamente los desuellan vivos. Tuvieron las audiencias en distintos días con la prevención de que abreviassen en los cumplimientos por no molestar al sultán, siendo esta prevención político temor de que no executasse alguna locura en la función.

Removiöse nueva sublevación improvisamente ocasionada del vino (por la freqüentación de las tabernas), cuya llama se emprendió también al ayre de la avaricia, fomentada (como hemos dicho) de Cusaín que, (depuesto el visiriato), intentó (por medio del tumulto) bolver a recuperar la dignidad. El pretexto fue que los no culpados querían el castigo de aquellos que avían puesto las manos en la persona de Osmán y, para preservarse de qualquiera escrúpulo que podía desdorar su fidelidad, pedían la cabeça del visir Daut como movedor de la maldad. Y advertido de la demanda, se puso en fuga, en cuya habitación hizo poner el fiscal (con orden de la Porta) candados en todas las piezas para assegurar de sus bienes, que enriquecieron el erario, siguiéndose la publicación de un vando en que se ofrecía considerable talla a quien le entregasse muerto o vivo. Y gozando un criado suyo la ocasión de ser traydor a su amo (fuera de Constantinopla), le entregó a la justicia quedando interesado en mil zequíes y una encomienda de cien mil ásperos de renta. Y pidiendo las milicias que muriesse, y estando ya en el suplicio para la execución, preguntándole el motivo que avía tenido para ordenar la muerte del sultán, (exhibiendo un papel firmado del gran señor y del muftí) respondió que aquel instrumento. Y reconociendo la disculpa, suspendió el golpe el verdugo, en cuya confusión dezían algunos que, aviendo dimanado la orden del soberano y del muftí, era preciso executarla, no siendo razón castigarle por los pecados agenos. Otros replicavan que debía perder la vida, mientras semejantes decretos no se debían executar en la soberana persona del rey. Y mientras unos gritavan al verdugo que le diesse y otros que no le hiziesse mal, y los primeros ¡muera! y los segundos ¡viva!, consiguió la fuga, pero sin salvarse porque el visir, que deseava su muerte, mandó a aga de los genízaros que le asegurasse en las Siete Torres, donde en la propia estancia que murió Osmán le quitaron la vida, siguiendo también su mala fortuna tres genízaros y dos espais, executores de la mencionada tragedia, cuyo castigo se aplaudió como proporcionado a la culpa. Y aun no contenta la insolente milicia, (siguiendo la secreta negociación con Cusaín) pidió la deposición del primer visir por su mal gobierno y por la gran carestía, que solo

avía nacido de las sublevaciones más que de otro respeto. Y aviendo dado al sultán en el serrallo un memorial sobre esta materia, tuvo a bien el consentirlo, pero la reyna, que aborrecía a Cusaín, embió el sello a Calil, baxá del mar, que no le admitió, y lo mismo hizieron los demás visires del Consejo. Por lo qual, con no acostumbrado y ridículo repudio, bolvió remitido tres vezes el sello del dibano al serrallo, y del serrallo al dibano, donde estaban congregados los baxaes. Y, assí, por necesidad como por no irritar más a las milicias, bolvió el sello a las manos de Cusaín que, no hallándose en el dibano, al dexarse ver, prorrumpió el pueblo en voces altas diziendo: Abundancia y mejor gobierno. Y poniendo la mano en la cabeça, prometió remediarlo todo.

Concluyéronse las escrituras de la paz, ajustada con Polonia, quando fuera mejor valerse los christianos de tan urgente coyuntura para renovar la guerra a daño de enemigo común. El visir, no obstante, las turbaciones domésticas, manejó estos intereses con grande reputación, costándole al embaxador considerables sumas de dinero la conclusión de la materia.

Desvalijaron los cosarios turquescos quatro navíos de Candia y, aunque el ministro veneciano representó a la Porta las quexas pidiendo resarcimiento de la presa (aunque los baxaes manifestaron gran sentimiento por el exceso), el interés de la contribución de los piratas dexó ciega la justicia para no ver a castigar el insulto.

La dignidad del visiriato, dependiendo del arbitrio de los genízaros, necesitava Cusaín, con incessantes donativos, tenerlos bien dispuestos, aunque con embidia de los espais, que lo mormuravan. Calil, baxá del mar, aunque benemérito, quedó jubilado substituyendo su ocupación Relep baxá, que compró el puesto en cinquenta mil escudos que, en tiempo que se venden los magistrados, se pone la justicia en almoneda, recobrando a fuerza de extorsiones (de los inocentes pueblos) el dinero duplicado el comprador.

La política del visir se encaminava, por las sendas de su mañosa disposición, a negociarse la altura de su mayor seguridad para ser árbitro absoluto del imperio (por la flaqueza del sultán) y, assí, procurava deshazerse de los más principales baxaes (que era el más fuerte obstáculo para el logro de su intención). No entravan ya las rentas de los tributos (en el casná de adentro) porque se gastavan y consumían entre las manos de los ambiciosos ministros y, por falta de contante, se deshizieron grandes cantidades de plata y adereços antiguos de cavallos, vendiendo algunos almagacenes de cobre y de metal que se hallaron en depósito conservados por más de un siglo, desde el tiempo de la expugnación de Constantinopla y, fabricando moneda de baxa liga, obligavan con violencia a los mercaderes a recibirla y a despacharla. Avía buelto de

Venecia a la Corte (después de aver noticiado la segunda exaltación del sultán Mustafá chاوز y, apenas llegó, quando le quitó el puesto el visir con el pretexto de ser uno de los que tuvieron parte en la muerte de Osmán.

Hazíanze sentir en aquel tiempo las dos rebeliones de Babilonia y de Abasá (comandante del castillo de Arcerun), quien se avía declarado cabo de vengança para castigar los autores de la muerte de Osmán y, el visir, atento solo a defender su particular autoridad (perseguida de los émulos), atendía poco a mantener la pública, siendo su gobierno tyránico y dependiente únicamente de la milicia genízara, la qual por recompensa de asistirle con instancias oportunas, pidiéndole socorros, le dessollavan vivo. Depuso (con injusticia no practicada) al patriarca griego (con tumulto de la nación), que le avía antecedentemente aplacado con cinquenta mil escudos, pero aviéndole llevado un memorial de la reyna madre para revalidar la oferta, enojado ardientemente le desterró a la isla de Rodas (haziendo también dar de palos a un cadí, ministro de la ley, dexando ofendida toda la classe), diciendo que no eran sugetos capaces de más severa demonstración que la de desposeerlos, por lo qual unidos muchos al rebelde Abasá, se hazía cada hora más poderoso aquel partido. Ya diximos que en la antecedente elección de rey de los tártaros, escogieron los turcos (con el fundamento del arbitrio que pretenden) entre dos contendientes, no el más propinquo que aspirava al dominio, sino al más hábil, a cuya resolución se opusieron los tártaros y, nombrando al más cercano, se vio precisado el sultán a recoger a su ahijado (viéndole desamparado y excluido), a quien señaló dos lugares en el mar Negro para dominarlos, cuyo exemplar hería vivamente la autoridad turquesca sin poderlo dissimular, (aunque se toleró) hasta que recuperó el apretado pecho de la monarquía la respiración en el desmayado aliento oprimido de las domésticas turbaciones, como diremos en su lugar. Por injusta pretensión de un genízaro protexido del visir contra los embaxadores christianos, prendieron a los intérpretes, sobre cuya libertad hubo considerables alteraciones. La tyranía del visir, tanto más violenta quanto más absoluta, se hazía aborrecer universalmente y como los espais no disfrutavan lo que los genízaros, en su fomento sublevados, pidieron su cabeça. El visir, asustado con la pretensión, clamava por la protección de los genízaros, pero ellos dixeron que no querían ensangrentarse con sus hermanos por defenderle. Y como sentía perder la dignidad, intentó mantenerse en ella sin omitir valerse de los medios posibles, pero sin fruto. Es la dignidad semejante a la vejez que, (aunque molestandamente pesada en la opresión de muchos accidentes), cada uno desea conseguirla y se aparta de ella después de muy mala gana.

Resolvieron los espais (no queriendo voluntariamente deponer la autoridad) quitarle el sello (que siempre traen, los visires, pendiente del cuello de día y de noche) por asegurar la cabeça, pues peligraría en caso que se le perdiese o se le hurtassen (para obrar ilegítimamente con él alguna vez), mientras qualquiera orden señalada con él lleva consigo una puntual obediencia. Y quitándosele del cuello, le remitieron al sultán (que se hallava con Daut y dio por respuesta que, en bolviendo a la Corte, elegiría sugeto a propósito para aquella ocupación) y, aviendo interpretado las milicias este medio término como artificio de Cusaín, a fin de gozar con la dilación alguna ventaja (medicamento útil en los lances que no llegan a ofender), al entrar el monarca en la ciudad se dividieron los espais en tres batallones y, ocupando los principales puestos, insistieron en ir separados sin mezclarse en el acompañamiento, dando a entender que si prontamente no executavan la deposición del visir, assaltarían el serrallo con más escandalosos accidentes. La reyna madre, aconsejada del quislar aga, se dobló a la fuerça remitiendo el sello imperial al tercer baxá, Alí, quedando por entonces con el iris de esta demonstración calmada la tempestad de la sublevación. No obstante la protección de la reyna, salió este ministro desterrado a una isla del mar Negro, en cuyo tiempo empezaron a moverse algunas pláticas (sobre poner en la silla del imperio al tierno Amurates), exaladas como discurredas de la sultana Chosa, su madre, muger de espíritu vivo y comprehensión cuerda, aviéndolas mantenido siempre vivas entre las cenizas de la dissimulación y del secreto, difiriendo hasta entonces esta universal resolución por tres impedimentos: el primero, y más fuerte, por la firmeza de Cusaín visir (que, por govarnar absolutamente), resistía el deseo común, con cuyo descaecimiento quedó esta dificultad superada. El segundo, el rezelo del ánimo militar, porque aviendo con tanta resolución exaltado a Mustafá, se dudó si con igual constancia le querrían mantener. El tercero, el donativo que se acostumbra a dar a las milicias en la colocación de nuevos sultanes, (impracticable en la corriente penuria) por la escaseza de los medios. Dispusieron, sin embargo, esta mutación las noticias de que los maltratados cadíes se avían unido con Abasá de Arcerun y que, con quinze mil soldados acuartelados en la campaña de Quiraquisar, se intitulava vengador de Osmán y enemigo de los genízaros, autores de su desastrada muerte. Y no solo degollava a quantos le caían en las manos, sino también a sus mugeres e hijos, aunque de tierna edad.

Conmovidos con esta noticia los genízaros en la Corte recurrieron a su aga haziendo instancias para que, unidamente con los espais, se tratasse de reprimir persecución tan atroz antes que se engrandeciesse más. En este mismo

tiempo, llegaron cartas de Cicala baxá (que antecedentemente avía passado al Assia para extinguir dicha sublevación), en que notificava a la Porta el descaecimiento de sus tropas por el universal temor, no aviendo quedado en aquella parte más que quinientos genízaros y dozientos espais, número incapaz de poder lograr el fruto de alguna operación. Sirviéronse de estos motivos el muftí y el visir, como también el aga, para alentar el último esfuerzo deseado en la exaltación de Amurates. Respondióse a la insinuación de los genízaros que estaban prompts a todo, pero que la incapacidad del reynante se oponía no solo a los remedios presentes, sino que para lo venidero causaría daños mayores. Y aviéndose congregado las milicias en la mezquita de Solimán, hizieron la junta en pie, dando a entender el grande aprieto en que estava todo. Y consintieron y establecieron los de la ley que, por estar el erario sin medios, se desistiese por esta vez de la pretensión del acostumbrado donativo de las milicias, que consintieron por ser público beneficio. Y aviéndose puesto a cavallo el visir, se transfirió a Daut y notició al sultán del universal decreto, quien asustado con tal resolución no respondió palabra, y la reyna madre (falta de assistencias para resistir a tanto empeño) se ajustó a la apretada y forçosa ley de la necessidad. Y porque quería el visir que el sultán se confiriese al dibano, a efecto de executar el cambiamento, le advirtió la madre ser contra la reputación publicar incapaz al sultán en su presencia, contentándose que el cadilesquier lo hiziesse en representación a vista de las milicias, que hazían un cuerpo de diez mil genízaros y quatro mil espais.

Hizo el muftí una oración mencionando los graves daños que avía padecido el othomano imperio por la insuficiencia de Mustafá, cuyo defecto, hiriendo en la rueda más principal, avía desconcertado el relox de la monarquía de calidad que no podía caminar regularmente. Y consintiendo con aplauso universal su degradación, determinaron que la diadema ciñesse las tiernas sienas de

AMURATES CUARTO

Vigésimo primo monarca de los othomanos, bolviendo precipitado a sepultarse en el abismo de la prisión tercera vez el infelice e incapaz Mustafá, pudiendo dezirse que la violenta fuerça de la Fortuna que le elevó tan alto, le bolvió naturalmente a restituir a la baxeza de su esfera haziendo el efecto de la mina que, con exalado incendio, arroja por el ayre las piedras que, oprimidas después de su gravedad, buelven a caer al propio centro. Y imitando la incapacidad de Mustafá este exemplo con movimiento natural, se reduxo a la parte donde el esfuerzo de una felice coyuntura avía violentado su naturaleza.

Imperó dos años sin mandar. Fue dos veces elegido rey, levantado y caído, adorado como monarca y aprisionado como reo.

Salió Amurates en público y ocupó el solio del imperio en edad de doze años, siendo de hermoso aspecto, rostro abultado, cabello obscuro, ojos negros y vivos, de complexión sanguínea, de miembros proporcionados y de gentil semblante, a cuya hermosura exterior no correspondió el interior cruel y violento por ser de calidad de los cisnes, que tienen la pluma blanca y la carne negra. Reverenciávanle los turcos como luziente vapor que avía venido a desterrar las tinieblas de sus infelicidades, pero para los christianos fue melancólico, ardiente cometa que en malignas constelaciones anunció presagios fatales a la christiana religión.

[1623] Fue aclamado como restaurador que avía de preservar el imperio de las extorsiones christianas que, (ambiciosas de su descaecimiento), deseavan más vivos los accidentes en tan formidable cuerpo. Y si a los internos incendios huviesse cebado (la aplicación católica) la llama con la materia de las invasiones, lloraran los othomanos la última ruyna. Representava Calil baxá estos motivos como verdaderos y que podían ser dañosos a la Turquía en caso que los príncipes enemigos conociessen el descaecimiento, por cuya razón le jubiló Cusaín visir, quedando despojado de la dignidad como inútil, pero consiguió después que el nuevo sultán le bolviesse a restituir al número de los visires para el gobierno, a que procuró escusarse con pretextos desengañados, contento en la vida pacífica de su quietud, pero obligado del segundo precepto (aunque violentado) obedeció.

[1623] No deben los hombres de bien, experimentados, abandonar el gobierno de los Estados, teniendo lugar en él por no dexarle a los malvados, siendo cierto que también suelen crecer las hortigas adonde fructifican las más estimadas plantas. Fue Amurates el tercero de los hermanos de Osmán (que hizo morir al segundo por zelos de Estado, antes de emprender la guerra de Polonia, como diximos). Tenía dos hermanas, la una casada con Cafis baxá y la otra con el capitán del mar. Casar a las princesas de la sangre con los más graduados vassallos es un honor que obliga y empeña a interessarse en las glorias del monarca con más obligación.

Passó Amurates con grande acompañamiento a la gran mezquita, donde el muftí le ciñó la zimitarra con la acostumbrada pompa. Governava el serrallo su madre y lo de afuera Mehemed eunuco, primer visir, pero con su participación. Y observando el pueblo (curioso mirón de las acciones de los príncipes) que no llevaba (como sus antecessores) guarnecido de joyas el turbante, se descubrió que faltaron del casná en el mismo tiempo que le avían

despojado del dinero. Y poniendo en ejecución averiguar este delito, temiendo Cusaín alguna resulta en su daño, aconsejado del escrúpulo de la conciencia (que es invencible tormento), procuró salvarse con la fuga de la parte donde estava desterrado, de que resultó ofrecer por su cabeça cinco mil zequíes y un timaro o encomienda de cien mil ásperos de renta a quien le entregasse vivo o muerto.

[1624] Las rebeliones de Biquir, baxá de Babilonia, y de Abasá de Arcerun obligaron a que se dispusiesse la armada para passar al Assia, tan débil de número y calidad que no llegava a cinquenta mil soldados, la mayor parte visoños. Y conociendo el visir no ser capaz de oprimir a Abasá, porque no estava odiado de los turcos de más autoridad (y atendía con ambición a extinguir el incendio del orgullo militar insufrible), introduxo con él tratados de composición, ofreciéndole la continuación del gobierno con calidad que empeñasse las armas a daño del persiano. Y, no obstante, que los genízaros (enemigos suyos) se oponían a la negociación, ordenó el visir que no se le tratasse como a enemigo en quanto permaneciessen los tratados del ajuste.

El beglerbey de la Natolia (que, conducía la banguardia othomana), a instancias de Abasá abraçó aquel partido con quinze mil combatientes que le obedecían, haziéndole insuperable, protestando que avía de hazer pedaços a todos los genízaros, como también a los espais de paga, que no siguiessen su dictamen. Inflamados los genízaros con el odio de la oposición, instavan en que les diessen licencia para ir a pelear con el rebelde Abasá, pero el visir, aviéndose unido con los espais de timaros, les respondió que fuessen, ofreciéndoles solamente ser atento mirón del suceso, con que por este camino se resfrió aquel ardor.

Hallávanse los othomanos con otro empeño poco gustoso en la guerra civil de Tartaria por el depuesto rey, en ofensa de la autoridad del sultán (que le avía declarado) con repudio de la nación en desprecio de los turcos, en cuyo dominio estava retirado, como diximos. Oponíase Calil baxá al empeño de restituirle en el reyno con la fuerça, haziendo más caso de esta guerra que de todas las demás, exagerando que ensangrentarse la monarquía con los tártaros era arruynarse desde los fundamentos y, reduzirla a pelear entre sí misma, debilitarse y destruirse. Jiangiray tártaro (protexido de los turcos) era el más débil y Mehemed rey, admitido y deseado de los tártaros y Salil, su hermano (destituidos de la protección othomana), estavan acalorados del mayor y más fuerte nervio de aquella nación, gozando aura popular.

[1625] Ordenó, sin embargo, que marchasse la armada a Cafá con orden al baxá del mar que restituyesse a Jiangiray en la possessión del reyno haziendo aquella experiencia, en que assegurava que al verle los tártaros assistido de la

armada othomana, abandonando a su enemigo se passarían a su parcialidad. Llevó también orden el baxá de obrar en este negocio con la mayor aplicación y con la más fina industria, atendiendo a establecer el protexido príncipe (para conservar la othomana autoridad sobre los tártaros) con la destreça más que con las armas. Y aviendo desembarcado en Cafa, se expresó averle embiado el sultán no para excluir a ninguno de los pretendientes, sino para que aviendo cessado entre los dos la civil discordia, escogiessen el más agradable universalmente, para cuyo efecto hizo arbolarse dos estandartes a fin de que el pueblo se passasse al uno o al otro, pero todos siguieron el de Mehemed, su elegido, con ambiciosa demonstración, abandonando el partido de Jiangiray con gran disgusto de los othomanos que, esperando lo contrario (por la representación del interesado), quedaron conociendo de quán poca consideración avía sido el apoyo de la Porta. Por lo qual (con el pretexto de dar quenta al sultán) negó el baxá la confirmación de Mehemed, aunque universalmente aplaudida. Y aviéndole ganado con regalos y ofertas, le reduxo al desembarco asegurándole que la multitud, como más cobarde, cedería a la constante resolución de los turcos. Y assí, saltó a tierra con ocho mil hombres, incluyendo entre ellos algunos marineros, y al empear a disputar con las armas la razón de cada uno, fingieron los tártaros que huían y, siguiendo el baxá el alcance, se halló en una emboscada cortado de treinta mil cavallos que en un instante le desvarataron y, quedando herido en una mano, se vio precisado a retirarse a toda priessa a la armada. Y huviera sido mayor el estrago si Salil (hermano de Mehemed) no lo huviesse impedido, con disignio de que permitiesse la Porta la exaltación del hermano sin llegar a más declarado rompimiento y menos reconciliable.

Murieron Ebraín y Cusaín visires, el checaya y el capigi bassi del serrallo, cuyos cadáveres conduxeron en una galera. Perecieron también seiscientos genízaros, con otros tantos marineros, quedando prisioneros mil y quinientos turcos, que lograron la libertad a muy baxo precio por ser de una misma religión. Perdieron también treinta piezas de artillería y, huvieran quedado en poder de los tártaros treinta y seis galeras, si Mehemed no lo embaraçara diziendo que la guerra solo avía de ser en aquella ocasión defensiva, por cuya razón no quiso seguirla hasta el último extremo y se contentó con pedir las cabeças de su enemigo y del muftí, como fomentadores de la civil discordia, siendo muy en provecho de los turcos la moderación de los dos hermanos, porque si huviessem querido seguir la victoria a medida del favor de la Fortuna, consiguieran avasallar no solo la armada marítima, sino el llegar a Andrinópolis y hazer

bastante impresión para desvaratar y destruir, como rebolver los humores en la descaecida monarquía, poniéndola a riesgo de precipitarse.

Retiróse la armada turquesca maltratada a Barna, sesenta y seis leguas distante de Constantinopla, donde (por aver llegado esta infeliz nueva) se congregaron los visires a medianoche, exagerando Calil la importancia de escusar esta guerra y que sería de grande conveniencia el ajustarla (aunque fuese con algún descaecimiento de reputación), encontrándose con la satisfacción de los tártaros, aunque hagan repugnancia de concurrir con la deliberación othomana. Y assí, se resolvió que el sultán escribiesse una carta a Mehemed can llena de cortesías y lisonjas con persona de autoridad, acompañando esta demostración con una zimitarra y una veste.

Mencionava la carta que no avía sido su intención llegar a las armas y que, por siniestras relaciones, avía sucedido el accidente passado y que el único objeto de la Porta era que, cessando las desuniones entre nación tan benemérita y estimada, obedeciese a un rey de común satisfacción.

Mormuravan los pueblos la flaqueza del gobierno, diciendo que embiava un embajador a los tártaros a darles gracias de que (pudiendo) no se huviessen apoderado de toda la armada marítima. Los dos hermanos vencedores andavan publicando que eran de sangre más elevada y más antigua que los turcos, y que avían tenido reyes en su linage antes que la casa othomana viniese al mundo. Y que, en caso de sede vacante, les pertenecía a ellos aquel grande imperio, usurpado más con la fuerza que con la razón y que, faltándole al presente el vigor en el gobierno, y no faltándole lo descaecido en lo postrado, se iba llegando el tiempo en que a los tártaros pertenecería la restauración de la monarquía.

No tuvo el tártaro embaraço alguno en expresar estos mismos conceptos a Casán çelevi, cavallerizo del sultán, embiado para sossegar la movida alteración, y era tan poca la estimación que hazía en este tiempo el gran can de Constantinopla, que no se embaraçó por este respeto en hazer matar por el viage a dos embajadores que el moscobita embiava a la Porta. Y porque el chاوز que los conducía no manifestasse el exceso, dio orden también que le ahogassen y enterrassen sin ruido alguno. Este sucesso dio ocasión a que los turcos no previniessen a los tártaros para la guerra de Persia porque, assistidos de aquel rey en esta urgencia, desconfiavan y con razón de su sinceridad.

Semejante acontecimiento debía enseñar a la christiandad a conmoover (en las ocasiones que se ofreciessen con todo el esfuerzo possible) las desconfianças políticas entre los turcos y los tártaros, fomentando las dissensiones (que también las ay entre ellos), pues sería el más vivo golpe con

que se podía herir en lo sensible de la potencia othomana. El capitán baxá imputado de mala conducta en el gobierno quedó desposeído del puesto, y le costara la vida a no conseguir su muger la interposición de la reyna madre en su preservación.

[1625] El embajador de Gabor, príncipe de Transilbania, participó a la Porta las instancias con que solicitavan los enemigos de los austriacos ligarse con él a daño de los imperiales. Y abonando los turcos (que tienen siempre el eslabón y la yesca en la mano para encender el fuego en ofensa de la christiandad) la admisión del combite, vistieron a los treze de aquella comitiva como se acostumbra. Llegó a Constantinopla el Montalvo, de parte del virrey de Nápoles, a entablar treguas con el rey católico, a cuyo negociado se opuso el ministro francés, procurando cada uno atravesar los motivos del otro con grande desperdicio de dinero. Los turcos están siempre con la boca abierta y, los christianos, a porfía, con viandas de oro y plata los paladean, atragantan y satisfacen, unos por conseguir y otros por embaraçar.

Los cosacos, deseosos como hambrientos de saquear algunas presas en los territorios turquescos, degollaron a los cabos polacos que se lo impedían, en atención a evitar la rotura. **[1626]** Y passando a poner en ejecución su deseo con quinientas saicas, navegaron aquellas costas y, desembarcando las tropas, inundaron el país llevándose (con la corriente furiosa de la ambición) quanto encontravan en tierra, cuya presa fue tan sobresaliente como universal el terror que percibieron los turcos en Constantinopla, pues sacaron de un almacén de la ciudad la cadena con que cerró aquel puerto el emperador griego quando la perdió, no aviendo jamás usado de semejante prevención como indigna en la seguridad de su gran fuerça, acompañando a esta demonstración guarnecer el serrallo de milicias escogidas y de mucha artillería.

Atendían empeñados cinco visires a sossegar el movimiento de los tártaros y los cosacos, y fue tan considerable el daño de los turcos que discurrieron en abrasar en su casa al ministro polaco y, a no enfrenar los más autorizados baxaes la resolución del pueblo, lo huvieran executado; si bien, en ellos, no fue piedad ni buena intención, sino razón de Estado temerosa considerando que, poniendo en ejecución el atentado, podría nacer la unión de estas dos belicosas naciones para mayor ruyna de la monarquía.

[1626] Fabrican los cosacos unas barcas largas, ligeras y dispuestas de forma que llevan diez remos por vanda y bogavan los marineros, no siendo la popa diferente que la proa, con altura igual, para facilitar el acostarse a tierra. Llevan dos timones que rigen los dos extremos y desembarcan fácilmente por una y otra parte, manejándolos y moviéndolos sin apartarlos de su lugar. Lleva

cada barca cinquenta hombres escogidos, gente infatigable y feroz, templada como paciente, en cuya promptitud se experimentan primero las heridas de los golpes que el temor de la amenaza, pues con repentinos y prestos ataques (sin dar lugar a las prevenciones ni a las defensas) logran con velocidad los insultos. Executáronse este año varios espectáculos de justicia para atemorizar y, algunos mercantes armenios agraviados por la regulación de las monedas, las esparcieron entre los espais y genízaros consiguiendo una sublevación, pero el caimecán apagó el movimiento cortando cinco cabeças de los mercaderes mencionados y sossegó el temor lo que avía movido el arrojo.

Gianoglli, rebelde en la Natolia, padeció muerte violenta con toda su familia, cuyas cabeças en número de sesenta fueron guarnición que adornó el dibano, sin otras seiscientas de persianos, cuyos campales arneses asseguraron en la Corte el afortunado sucesso. Marchó el visir la buelta de aquella parte, en cuyo viage tuvo mucha disposición la reyna madre para acrecentar más su autoridad con esta ausencia y dar empleo también a las milicias, que son semejantes a la mar que, en movimiento y en el refluxo, vomita las inmundicias. El empeño de Babilonia (dominada del persa por la rebelión de Biquir, como diximos) era inevitable porque, quando se trata de pérdidas, con gran dificultad las digiere el estómago othomano, teniendo solo vigor para convertir en propia substancia las de los otros.

Dispuso, pues, el persiano para defensa de su reyno quatro exércitos. El primero en la Mesopotamia, a su disposición. El segundo en Palestina. El tercero, con orden de infestar las costas del mar Negro. Y el quarto para hazer la misma operación en las del mar Bermejo, aviéndose manejado la guerra hasta entonces en favor de los persas. Alí baxá, cuñado del sultán (que se opuso al rey en Mesopotamia), quedó muerto, como también destrozadas sus tropas, y en poder del persa aquella provincia. El segundo, en la Palestina, tuvo poca diferencia en el progreso por la revolución de la plaça de Damasco. El tercero, aviendo passado el Éufrates, damnificó las costas del mar Negro. Y el quarto, poniendo sitio a Balsará, se apoderó de la plaça por la poca resistencia de los que la presidiavan.

Abançóse el visir (para reparar estos infaustos sucessos) con poderosas tropas a Babilonia, pero los tumultos de las milicias entibiaron la operación, assí por la constancia del presidio (que, en continuas salidas), hazía considerable daño a las othomanas esquadras, como porque en la fuga de los soldados se comprehendía la poca esperanza de la conquista, cuyas circunstancias le obligaron a levantar el sitio. Y aviéndole culpado de mala conducta, quedó privado no solo del puesto, sino sacrificado a la rabia de los genízaros y, no

obstante, el aver dexado libre la plaça, quedó el persiano abatido de ánimo (por el ajuste de pazes entre Ferdinando Segundo con los othomanos) y, considerándose empeñado en hazer frente a tan poderoso enemigo, se contuvo en proseguir los afortunados sucessos. Y tratando de ponerse debaxo de cubierto, como los alemanes, despachó embaxador al sultán, que le admitió proponiendo en su negociación varios motivos endereçados a no restituir a Babilonia, con el fundamento del antecedente inútil esfuerço de las tropas othomanas. Y pareciéndole a Calil baxá (que entró en el visiriato) que dar oídos a las negociaciones, sin la restitución de la plaça, era desayre que ofendía la dignidad real, (despidiendo al embaxador) dispuso un ejército de cinquenta mil combatientes y, passando a Persia, conquistó a Tauris con poca fatiga por la débil fuerça de su defensa. Y abançándose después a Babilonia, la halló otro tanto más bien guarnecida de milicias, quanto él estava falto de soldados por averse disminuido aquel cuerpo con la fuga en tan dilatadas marchas y, después de varias escaramuças (con igual suerte), abandonó la conquista. El año siguiente, intentando tercera vez mejorarse en los sucessos, bolvió con nuevo refuerço a entrar en aquel reyno, donde desvarató a los turcomanos que intentaron disputarle el passage, como también a los giorgianos, que se entendían con el persa.

Terminaron sus progressos en las conquistas de algunas plaças de poca monta, que no correspondió (en el fruto) a los considerables gastos, cuya circunstancia suele ser motivo desconsolado a la ambición turquesca por lo que dexa de aprovecharse, a que se agregava el aborrecimiento de los soldados a tan dilatado viage por la desacomodada marcha, en que la esterilidad es copiosa cosecha en aquellas dilatadas campiñas, cuyos frutos son las rubias y abrasadas arenas. [1626] Percieron por falta de forrages muchos camellos y cavallos, con que el precio era muy excessivo para hazer la remonta. El sofí, a la testa de quarenta mil cavallos escogidos, infestava el ejército turquesco y, deshaziendo los comboyes, impedía el passage de los víveres perturbando la comodidad de las tropas.

Cansado el general Calil de los enqüentros, como angustiado de los obstáculos, viéndose sin alguna esperança de sujetar la plaça, consentía en las instancias del rey persiano, que proponía se le dexasse como feudo a su hijo primogénito a Babilonia, correspondiendo a su obligación en remitir a la Corte todas las rentas que acostumbrava pagar aquel vassallage. Y los demás baxaes interpretaron el medio término como falta de zelo y de coraçón, declarando el sultán que, sin descrédito de su reputación, no podía consentir en aquel partido. Bolvió nuevamente otro embaxador persiano, a quien recibió Amurates con

tibieça y despidió con pocas palabras, presuponiendo que no llevaba proposiciones agradables y que más avía ido a penetrar el estado de la Corte que a concluir algún razonable tratado. Y aviendo buuelto a su patria, refirió a su rey que Amurates cada día, con el acrecentamiento de los años, iba madurando el corage y que empeçava a gustar del gobierno como de apartarse de la obediencia de su madre, quien viéndole absoluto y caprichoso, se avía retirado mal contenta a un jardín y que se quexava de la mala execución de sus ministros y de la cobarde disposición de sus tropas en la Persia, tanto más obstinado en ver el fin de la empressa quanto resuelto en acalorarla personalmente. Pero la madre hasta entonces, con las más artificiosas lisonjas, le templó el ardor, dexando apagada en él la viva llama de la inclinación a las armas. Y, no obstante, que Calil era su cuñado, le desposseyó del generalato de Persia y, con su llegada a la Corte, participó la rota que avía dado el persiano a Pervis, baxá de El Cayro, en el passage del Éufrates. Y teniendo opinión de aver recogido grandes riquezas en Persia, le obligó el sultán a bomitar alguna parte con el desembolso de quinientos mil escudos. Permiten los monarcas que los sedientos ministros se llenen de oro como la esponja de agua para que, exprimiéndolos después con la fuerça, den el jugo que tienen.

Passeávase Amurates por los canales de Constantinopla en una faluca guarnecida de joyas, que le avía prevenido el capitán baxá por seguirle el genio, pero el muftí le reprehendió ásperamente porque, en vez de entretenerle entre las blanduras desayradas de la lisonja, debía instruirle en el robusto exercicio de vestir la coraça y en el devoto cuydado de freqüentar las mezquitas para aplacar la ira de Dios, a cuyo objeto, acompañado de muchos baxaes y de infinito número de pueblo (siendo tiempo de Ramadán), se reduxo (como es costumbre en las grandes necesidades) a hazer oraciones en una grande campaña.

Triunfavan los cosarios mahometanos con las piraterías y, a las quexas de los embaxadores, se oponían gallardamente los berberiscos esparciendo entre los corrompidos ministros que los protexían una considerable porción de los hurtos. Y publicavan que, por ley, están obligados los othomanos a mantener guerra perpetua con los católicos y que si los sultanes, con particular consentimiento o por conveniencia, pactavan algún ajuste, contravenían al *Alcorán* y, aunque lo hiziesen por política o por otras consideraciones, eran pecados y sinrazones lo que executavan.

El dibano de Túnez embió dos diputados a representar el grande útil que percibía la Porta con la participación de las presas y, aviendo sugetado dos galeras de Malta, entre los regalos que remitieron al sultán fueron algunos estrivos claveteados de oro y muchos esclavos y, entre ellos, dos cavalleros, uno

romano y otro francés, exagerando que en las presas de leños armados de corso prevalecía esta última nación y entre el número de los esclavos escogieron los más jóvenes para hazerlos renegar y los pusieron en el serrallo, passando los demás al ejercicio del remo. Murió Rodul aga, mercader (que negociava solamente con Venecia) y dexó un millón de sultaminos, de los quales, por no tener hijos, fue heredero el sultán.

[1627] Si caminava la guerra de Persia con lentas esperanças, la de Arcerun ganava el tiempo con desesperados passos. Y no hallando Abasá seguridad en el visir para la negociación de los mencionados ajustes (assí por la implacable enemistad con los genízaros, como por la desconfiança que tenía de la clemencia del sultán, rezelando que, aunque tarde, no dexaría de alcançarle el castigo), caminó de concierto con secreta inteligencia con el persa, de quien recibió considerables fomentos para dar más vigor a su defensa. Los genízaros, que le deseavan muerto (porque no se cansava de quitarles las vidas a quantos llegavan a sus manos), estimulando al primer visir a todas horas, le obligaron a poner estrecho sitio a la plaça. Y dispuestos los más ardientes y experimentados, dieron principio al assalto, oponiendo a este empeño Abasá los esfuerzos de la más escogida milicia. Y conociendo los suyos tener merecida muerte ignominiosa en las leyes de la rebelión, se aventuraron a todo trance a terminar con valentía y ardiente defensa las desesperadas vidas. Y por incitarles a una no imitada constancia, a quantos genízaros aprehendían los suyos en las continuadas salidas, los hazía suspender de las murallas con horroroso espectáculo a vista del ejército othomano, a cuyo cruel y ensangrentado rigor, atemorizados los sitiadores, se enagenavan retirados en los assaltos, tanto más quanto en los premeditados reparos y en las antecedentes contrabaterías prometían continuada y sangrienta oposición.

[1627] Consistía la principal esperança de domar a los rebeldes en el hambre (cuyas heridas son más violentas que el azero), pero Abasá con providente industria tenía pertrechada la plaça de todo lo necesario para mucho tiempo y, por último, abandonaron los othomanos la expugnación con tanto desorden que dexaron alguna artillería en los puestos y, siguiendo Abasá el alcance con algunas tropas, atacó la retaguardia, en cuyo trance degolló muchos genízaros y algunos con sus propias manos. Los turcos en Constantinopla se regulan por los fines de los sucessos, donde el que no haze es el que padece y, assí, quedó depuesto el visir por la infeliz experiencia del cargo, entrando en su lugar el silectar (que es el que lleva la zimitarra del sultán), hombre severo, sangriento y cruel.

No quiso hazer Amurates el acostumbrado donativo, diziendo que aquel que no recibía no era razón que diesse y, en este tiempo, desterró de la monarquía a los jesuitas por aver sacado a luz un libro en descrédito del *Alcorán*. Mandó clavar por las orejas en sus propias tiendas a los artífices que avían recibido las monedas a más alto precio de lo acostumbrado, como también ahorcar a un cadí porque en un sermón habló mal del gobierno.

Movióse nueva turbación en la Tartaria a causa de que Mehemed can (exaltado en aquel dominio contra la voluntad de la Porta, como mencionamos), obligado de los polacos y cosacos que le assistieron en los passados sucessos, impidió que sus tártaros hiziessen obstilidades en aquel reyno, por cuya causa dieron en aborrecer con tan implacable ira su gobierno que le quitaron el cetro de la mano, logrando en este successo los turcos (que le tenían notable odio) particular complacencia, assí por verle desposeído como por no averle podido oprimir con las armas, y por las esperanças que este contratiempo les prometía para la exaltación de su favorecido (que arrojado de aquellos payses estava en la isla de Rodas, como en depósito, esperando la medicina del tiempo para curar su mal) y, ambiciosos de hazerle ocupar el solio como de asegurar su autoridad en la Tartaria, embiaron una escogida esquadra de galeras para que le sacassen de Rodas y conduxessen a la Corte, donde el sultán le recibió con públicas demonstraciones de honor (aunque afectadas) para que llegasse el aviso de esta estimación a la Tartaria y se dispusiesen aquellos pueblos a obedecer la voluntad de Amurates. Después de lo qual, con las propias galeras passó a Cafa, donde Cantemir, cabeça del partido turquesco, lo recibió en la más decorosa manera que fue possible. Los tártaros, que antecedentemente le avían dado la exclusiva y que estavan desconfiados de él, aviendo congregado aquella facción, juramentados y unidos inseparablemente, resolvieron resistir su admisión disputando con las armas la materia, de que resultó la derrota de Cantemir, que se salvó en Cafa. [1627] Y perdiendo el respeto al puesto (aunque othomano), sitiaron la plaça y, después de averla sujetado por assalto, la saquearon, quitando la vida a un hijo de Cantemir, que quiso salvarse en hábito desconocido. Este segundo desprecio (como inobediente afrenta) se percibió en Constantinopla con grandíssimo sentimiento y, puesto el accidente en consulta, se encontró espinosa la materia y, los más ancianos consejeros de Amurates, fueron de parecer que se dissimulasse haziendo solo el empeño en la tolerancia valiéndose de la destreza más cuerda, pues siempre fue más prudente deliberación la de digerir el desayre con el calor de la observación y sufrir al rey que deseava aquella nación que avivar el rompimiento, pues a las fuerças belicosas de los tártaros (poderosos en cavallería) se podrían agregar los fomentos de los circunvezinos

príncipes christianos, como las armas del persiano (enemigo de la Porta), logrando también los rebeldes esta coyuntura para su mayor seguridad. De las cuerdas consideraciones nació la deliberación de que passasse un turco a Cafá para que, (encubriendo el interno disgusto del sultán), diesse a entender que estava la Porta maravillada de los passados empeños y solicitasse (sin amenazas), con diestras insinuaciones, la restitución de la plaça. A lo qual se ajustaron los tártaros con calidad de que no insistiesse la Porta en que admitiesse el reyno al can de su protección y tolerasse el assalto sucedido, por quanto la execución nació de verse precisados de las instancias universales de los pueblos.

[1628] Salieron los cosacos a la mar con ochenta saicas y, executaron diferentes insultos con tanto espanto, que muchos súbditos othomanos llegaron huyendo a Constantinopla, en donde deliberaron (para enfrenar semejantes excessos) la fábrica de dos fortalezas en la boca del mar Negro, para lo qual dispusieron artífices y materiales. El embaxador polaco protestó ser estas operaciones contra la paz, acalorando las expresiones con elegantes conceptos en las conferencias con aquellos ministros, pero sin conseguir fruto alguno, porque los turcos no hazen caso de las amenazas al ayre quando consisten solo en palabras. En este tiempo, se sublevaron los esclavos de dos galeras de Negroponte y las transportaron a Candía, de cuyo accidente dio el visir las quejas al ministro veneciano, a las quales contrapuso otros sentimientos diziendo que, aviendo encallado otras dos galeras venecianas en Colcos, hizieron esclavos a los que las guarnecían poniendo precio señalado a los cabos para conseguir la libertad y que el mismo rigor se avía practicado con el galeón palavisino que naufragó en Castelnovo, con que igualmente se ajustó la restitución de los hombres y la remisión de las galeras al archipiélago, pero sin los esclavos, por averse puesto en salvo con la fuga.

[1628] Ordenó el sultán que Mustafá, baxá de Assia, su cuñado, (imputado de grandes extorsiones) perdiesse la vida en el suplicio, no aviendo bastado la autoridad de la reyna madre, ni las lágrimas de la hermana, para templar el rigor de la sentencia, cuyo exemplar sirvió para que la mayor parte de los ministros extraviados de su obligación (en atender a sus fines particulares más que al bien común de los vassallos) siguiessen el camino de la razón, teniendo origen esta resolución del parecer de Jiosul visir, hombre severamente ajustado, a quien ordenó el rey que saliesse a campaña a sugetar los rebeldes. Y aviéndose dispuesto en toda forma, señaló a las milicias el día determinado para la marcha y, porque faltaron quatro espais a la reseña, los hizo ahorcar. Encaminóse el visir la buelta de Arcerun para oprimir a Abasá que, pronto y bien reforçado, le esperava sin temor alguno. Temía el visir experimentar el

naufragio en el escollo mismo en que se avía ido a pique su antecesor por la dificultad de la interpresa y, porque avían muerto muchos genízaros (en las continuadas salidas), como en las enfermedades del sitio, resolvió apretar la ciudad con ofertas y expugnarla con la negociación. Los genízaros, que miravan cubierta de sangre su vengança, consintieron en tener por amigo a Abasá con la experiencia de averles salido tan costosa la enemistad y él, con rendidas súplicas, aseguró al sultán que su contumacia avía nacido solamente de la declarada enemistad con las milicias, que se avían ensangrentado en la real persona de Osmán, su hermano, y que por esta demostración no merecía castigo, sino recompensa, siendo de opinión el visir que, resignándose a la obediencia del sultán, merecía no solo conseguir el perdón, sino también considerable premio y, para su seguridad, pidió un papel de mano del rey en que le asegurava la vida. Y aviéndole recibido y jurado fidelidad, entregó la plaça, rindiéndola al arbitrio real. Acreditó en sumo grado al visir la facilidad con que sossegó tan arduo embaraço, a quien ordenó Amurates continuasse la marcha contra Persia, a que replicó (por padecer el ejército diversas necessidades) conociendo que la precisión era efecto de la mañosa malignidad de sus émulos, por lo qual protexido y acompañado de las milicias bolvió a la Corte. Los baxaes, quanto más le atendieron resuelto, tanto menos contrastaron su deseo, tolerando la inobediencia porque, assistida de la fuerça, no admitía corrección alguna. Y assí, dissimulando el exceso, salieron a recibirle hasta Escutari por agasajarle, aunque le emulavan y aborrecían, que la embidia se cambia en veneración cessando (como el humo) quando ha crecido mucho la llama. Hizo su entrada solemne acompañado de Abasá, a que concurrió todo el pueblo y, el sultán, incógnito (movido de la curiosidad), acabada la función, entró el visir en la estancia del rey, que le recibió bien y regaló con una veste y zimitarra guarnecida de piedras preciosas. Admitió después a Abasá con distinta demostración y le regaló con tres vestes (honor excessivo y desusado), declarándole baxá de Bosna. Y siendo costumbre dar las gracias al rey en el dibano por semejantes mercedes, consiguió besar la mano privadamente por evitar en público la conmoción de las milicias, que miravan con aborrecimiento la exaltación de su implacable enemigo.

Impuso el visir un extraordinario tributo a los christianos y a los hebreos, cobrándose de los primeros con rigor y de los segundos, con arte sobrefino y con secretos manejos, cessó la contribución. Es la avaricia en Constantinopla una dama pública, de quien son estos los medianeros autorizados en Turquía, bien vistos en general, aborrecidos de cada uno, acogidos de todos y esclavos que, cada día, encuentran la servidumbre, bagabundos, porque qualquiera país

es su patria. No pueden comprar bienes, pero cada día aumentan más su fortuna. Multiplican, porque todos se casan. No perecen en la guerra. Son estrechos en economía y largos en el tráfigo y, cada día, se acrecienta su mudable opulencia. Son confidentes de los turcos, enemigos de los christianos y, si no matan con el azero, destruyen con las usuras.

Los mercaderes de la ciudad pidieron la publicación de las acostumbradas defensas para enfrenar la militar licencia y, la mañana siguiente, hizo cortar las cabeças a un espai y a un genízaro porque, no aviendo obedecido las prohibiciones, vivían a costa de los artífices.

Detestava el visir el uso de la blandura con las milicias contumaces, por aver sido la que las avía hecho más arrogantes y publicava que, no siendo de alivio los remedios suaves (a costa de su cabeça), aplicaría los más violentos. Y últimamente, en virtud del rigor de un hombre solo, mudó Constantinopla de semblante y no bastó su buen gobierno para hazerle bien visto en la Corte, porque la severidad era odiosa a los de mal vivir y estaban los baxaes acostumbrados a la libertad, a la avaricia y a los excessos, por lo qual aborrecían al reformador de las costumbres. Y temerosa la reyna madre de que su absoluto gobierno se encontrasse con su autoridad (en apariencia de honrarle, pero en substancia para apartarle del lado del sultán), le destinó para el gobierno de las armas en Persia (mal tolerado y aun aborrecido de él), por razón de que sus émulos lo deseavan.

Gabor, príncipe de Transilbania, solicitó permissão para unirse con el moscobita y embestir de concierto a la Polonia, pero los turcos se la negaron. El rey de Persia (después de averse apaciguado con el gran mogor y reforçado de todo lo necessario a Babilonia), salió a campaña bien dispuesto para la defensa. Movióse entonces entre el sultán y la reyna madre una desazón, siendo la causa el capitán baxá que apadrinava y él desfavorecía. Y antes de salir con las armadas, este para el mar Negro y el visir para Persia, recibieron visitas de cumplimiento y regalos de los embaxadores, porque en Turquía quien no da, no aplaca. Y dizen los othomanos que semejante uso vino de Persia y el caso es que, muchas vezes, ni por este camino se consigue lo que se desea porque son como los pezes que, en comiendo el cebo, se apartan del ançuelo.

Después que partió el visir, se dexó ver el sultán a cavallo en público con el hermano a su lado (exemplar jamás practicado por aver sido zelosamente odiosa siempre a los monarcas la compañía de tan cercanos parientes), executándose esta demonstración a instancias de la reyna madre, que descaecía en autoridad tanto quanto iba creciendo en edad Amurates.

Atacó el persa un comboy de diez mil turcos que conduzían la artillería contra Babilonia y, fue el choque tan ardiente, que estuvo a pique de perderse, pero los turcos le compraron a precio de mucha sangre. También en Polonia hizo gran mortandad de tártaros el Brunosqui, con un escogido nervio de cavallería polaca y de infantería cosaca, participando el gran can el suceso al sultán, pidiéndole assistencias para tomar sangrienta vengança. Nacióle un hijo a Amurates y, porque estava escaso de masculina posteridad, se solemnizó el universal contento con el disparo de toda la artillería de mar y tierra, pero duró poco la lisongera demonstración en los humanos consuelos, pues apenas cessó el estruendo de las salvas, quando espiró el recién nacido sultán.

Bolvamos los ojos a la Transilbania, cuya postura era tal que no sé si sabremos expressarla. Los alemanes y los turcos (como miembro más principal de la Ungría), solicitavan ambiciosos en viva competencia dominarla, no inclinándose los nacionales a otro príncipe que al nativo en la provincia. Y no pudiendo subsistir por sí solamente en la defensa de estas dos potencias, teniendo por un costado al emperador y por el otro al turco, tal vez se agregavan adonde eran mayores los intereses. Segismundo Batori unido a Rodulfo y a la christiandad (como diximos), rechaçó algunas vezes el orgulloso descompassado afán de los turcos con sobresaliente esfuerço, faltándole solamente para conservar y ampliar el dominio.

Gabor, por el contrario, realçó la propia fortuna con el apoyo othomano infestando a la christiandad, siendo favorable la falta de posteridad, pues la hubiera mantenido y alimentado con sobresalientes máximas perniciosas (en artificiosa aplicación), a fin de lograr el engaño con los turcos y la ruyna de los christianos, pues consiguió de los primeros (por unirse a su partido) que le perdonassen diez mil talaes en la contribución annual, assegurándole los segundos más ventajoso interés. Y apenas levantó la pluma (en la estipulación de la paz con los imperiales), quando bolvió a empuñar el azero ambiciosamente inquieto, aconsejado de dictámenes no penetrados, pero assaltado de irremediable dolencia, reduxo su instabilidad la muerte a la prisión estrecha de un sepulcro para siempre, muriendo hidrópico y, a la sed que ocasiona este achaque, se le agregó la de dominar con ampliación de sus confines.

Destinó para la suesión de la provincia, con beneplácito de los Estados (antes de su tránsito), a su muger Catalina de Brandemburg, de cuyos sucessos dio esta princesa distinta noticia a la Porta, implorando su acostumbrada proteccion, pasando Sulficar aga a cumplimentarla de parte del sultán, que la animó mucho para que viviesse dependiente de Constantinopla siguiendo las huellas de su marido.

Reynó Gabor diez y ocho años, príncipe (dixera yo) de gran talento, si no le hubiera siempre empleado en daño de los christianos. Fue soldado de gran corazón y gobierno, aviendo seguido la milicia de diez y siete años y hallándose en quarenta y dos batallas personalmente. Era Estéfano Betlen (primo carnal del difunto príncipe) gobernador de aquel dominio, el más conspicuo de los varones por sí mismo y por otros gobiernos principales, que avía poseído y distribuido entre sus hijos, y quien solicitava el descrédito en el dominio de la princesa, incluyendo en los mal contentos máximas y mormuraciones que andavan vertidas en los discursos de los súbditos, diziendo: *No ser las mugeres capaces de la dirección de aquel principado situado entre los dos mayores potentados del mundo y que, si fuesse possible, se avía de escoger para su gobierno mucho más que un hombre, que fuesse muy hombre, y más (en tiempos tan difíciles y en coyunturas tan espinosas) para la defensa de la insidiada patria, quando en el gobierno de una muger débil e imperfecta (por el sexo) no se podía experimentar otra cosa que acciones femeniles, pues las delicadas fuerças no son capaces de mantener sobre sí tan robusta y difícil obligación.*

[1630] Estas esparcidas voces obligaron a los Estados a congregarse en Claudiópolis para insinuar a la princesa la deposición del gobierno, como también su retirada a los dominios particulares de su jurisdicción, como se consiguió. Y aviendo logrado Estéfano su deseo, tuvo una secreta conferencia con sus más confidentes y domésticos interesados, en que asistieron su primogénito Estéfano y Solomé, su yerno, sobre si debía procurar la continuación del principado en su propia casa, emprendiéndolo en sí mismo, pero solo hallaron grandes obstáculos por ser muy ardua la materia, no siendo menor el odio que tenían a Gabor los más zelosos varones del bien común porque, aviendo estado siempre unido al partido turquesco (con el dilatado y violento gobierno), tenía desobligados a muchos de los más principales y temía no lograr los votos favorables que bastassen para conseguir la elección, como también que la casa de Austria, disgustada, continuasse la aversión en el sucesor de la misma familia, por lo qual (con madura resolución) deliberaron dar el dominio a otro, para inclinarle a su devoción como autores de su dignidad., opulento por mucho dinero como fuerte por diversos castillos que poseía en la Ungría. Y, para lograr la intención, fueron como embaxadores a ofrecerle el principado Estéfano y Solomé, hijo y yerno del gobernador Estéfano. Y aviéndole hallado en Ungría, le representaron aver antepuesto sus grandes méritos a los intereses de su familia y que esperavan lograr los efectos de su parcial disposición, siendo su gobierno sabroso manjar que sustentaría gustoso aquel dominio y, admitiendo la oferta, asseguró la memoria para el agradecimiento y, puestos en viage, llegaron a la Transilvania acompañados de

algunos cavallos ligeros nacionales. Y aviendo recibido al príncipe en Varadino (con salvas de artillería, y con todas las demonstraciones de gustoso aplauso, dispuestas con particular estudio de Estéfano Segundo, que tenía a su cargo el gobierno de aquella plaça, a fin de obligar y disponer al Ragozi a su amistad), llegó impensadamente un correo con aviso de que el resto de los Estados de la provincia avía elegido a Estéfano Primero (padre de Estefáno Segundo, que assistía al Ragozi), quien temiendo el desayre de los Estados, dexó la pretensión. Y después sin tratar de la materia, de común acuerdo le hizieron príncipe. Este no prevenido accidente assombró no solamente a Jorge Ragozi, sino también a los embaxadores que le estaban assistiendo, pero Estéfano, aunque se tratava de la exaltación de su padre y de su propia casa, no descaeció en continuar constantemente en el respeto al Ragozi. Y declarándose con él Solomé, su cuñado, se resolvió a defender que ni los interesses de su padre, ni la inestabilidad de los electores, ni la mudança del elegido, alterarían la antecedente deliberación para reconocer otro soberano que aquel a quien avía saludado en Varadino y conuzido a la Transilbania. Y aviendo tenido juntamente (con el aviso de la exaltación de Betlen) orden los embaxadores de los Estados para abandonar al Ragozi y hazerle retroceder a los propios castillos y bolver a la provincia sin atender a ponerla en execución, solo se aplicaron a servirle y honrarle más que nunca. Y por evitar mayores escándalos, se abraçó entre los transilbanos el medio término de convocar los Estados Generales (que se unieron inmediatamente en Sazburg, ciudad de saxones) para decidir cuál de las dos elecciones debía ser más legítima.

Congregados, pues, los Estados, el Ragozi abrió el camino con el dinero, que es más fuerte que la mejor razón a que se arrimava, el que sus parciales se expressavan en todas las ocasiones que no avía pretendido la dignidad; que el mismo Estéfano Betlen, con embiarle a su hijo, le apremió a que admitiesse el principado; y que si el padre deseava esta exaltación para sí, era superfluo dársela a otro y que era arrebatár al Ragozi aquello que no avía pretendido y voluntariamente le avían dado los transilbanos; y que hazer una cosa y deshazerla, sería injusta ofensa para un inocente que avía conseguido una dignidad sin desealarla.

Estas razones, aprobadas como protexidas de la princesa viuda (vengativa según la naturaleza del sexo), escribiendo su deposición contra el Betlen, dio motivo a que toda la assamblea le dicesse la exclusiva, como la confirmación a Ragozi, que estava en Varadino esperando el sucesso, donde con universal concurso fue aclamado y recibido, passando después a hazer el acostumbrado juramento a Alva Julia, donde con magnificencia espléndida

regaló a Estéfano y a Solomé, repartiendo también grande cantidad de dinero entre otros muchos, con cuya galantería se concilió la afición de todos, como de aquellos que antecederamente no le aplaudieron, que es la liberalidad en los príncipes la más preciosa piedra de la dorada diadema y haze resplandecer el regio solio con tan vivos rayos de luz, tan eficaz, que deslumbra la perspicacia de la embidia, aunque toda sea ojos.

Fin del Libro Undécimo.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO DUODÉZIMO.

[1630] Gozava Amurates las delicias de la amenidad de Bisias (recreo de los sultanes), ya en la diversión de la caça, ya en las licencias del campo, entretenido de juglares y mudos por aligerar el ánimo en el pesado empeño de la continuada fatiga del gobierno, quando improvisa tempestad de obscuras nubes, impelida en ardientes vómitos de exalaciones horribles, turbó el cristalino espejo del más sereno día con los disparos de repetidas centellas, hiriendo la una en un mirador en que assistía el sultán lisongeadado de las suaves auras frescas de una apacible campaña, cuyo no esperado accidente le assustó notablemente porque tenía creído no aver otro Júpiter más que él y, acrecentada la aprehensión, dio la buelta a la Corte. Y gozando el muftí tan adecuada oportunidad, le representó que los rayos del cielo eran más terribles que los que él podía arrojar del propio solio, y armas de Dios irritado, que amonestaban con el estruendo y destruían con la llama a los monarcas que no reconocían la

superioridad, cuya representación hizo tal efecto en él que desterró inmediatamente los bufones y, en particular, a un mudo que le divertía teniendo particular gusto en la explicación de los gestos, logrando también apartarle del uso desayrado del vino, en el qual aumentava la quotidiana dilectación.

El visir en Persia, más apretado siempre de las urgentes necesidades y no menos molestado de los insultos de la cavallería enemiga (que le atravesava las vituallas, embaraçándole los progressos), sentía su mala fortuna como también que la mayor parte de las milicias, no obstante los nuevos vandos del sultán (en que mandava que no desamparassen aquella frontera), se avía buuelto a Constantinopla con sentimiento de Amurates, que prorrumpió diziendo que se hallava mal servido de sus vassallos y que tomaría por instrumento el açote de la severidad para hazerlos caminar por la senda de su obligación. Es la rebelión una fértil semilla que produce y se dilata mucho, y la de Persia se derramó en la Natolia sublevándose Efes baxá, que hizo sentir (con exclamación de los súbditos) los primeros efectos de su insaciable aplicación a los robos y a las tyranías, de cuyos desórdenes nació la deposición del visir, cayendo (como es costumbre) sobre la cabeça la pena y el odio por los adversos sucessos de las armas othomanas.

Voló al puesto encumbrado de visir, más con las alas de la Fortuna que del merecimiento Cafis Acmad, cuñado del rey, a instancias de la madre. Y, aviéndole visitado los embaxadores, le regalaron con dones y, reusándolos en apariencia, los recibió en substancia. Infestava los mares entre los más fieros piratas, Malapano, cuya galeota con la de Fanó, fueron despojo de los venecianos, apresando por vengança el último un bagel de mercancía de la República después.

El embaxador Capelo passó a representar al capitán baxá el successo acompañado de regalos, que son indivisibles en todos los manejos. Y mientras el intérprete exagerava la insolencia del cosario como injuriosa a las capitulaciones, dañosa al comercio y que se debía reprimir, pareciéndole que hablava con más eficacia o vehemencia de aquello que deseava en materia en que se hallava prevenido y regalado del cosario, le dio con la mano un golpe sobre la cabeça, de cuya acción alterado el embaxador le dixo que no era modo aquel de tratar a los ministros de los potentados, y que avía ofendido en la persona del intérprete la voz del príncipe que representava. Y bolviéndole las espaldas, se retiró con demonstración de grave sentimiento y, queriendo enmendar el exceso, ordenó a su familia que acompañasse al embaxador, pero que no le permitiessen bolver a llevar el regalo (que los turcos por encendidos que estén de cólera, jamás se enojan con el propio interés).

Participó el Capelo este suceso a los demás embaxadores de príncipes (que aprobaron la razón de su sentimiento) y, passando a motivar las quejas al visir, llamó en público dibano al capitán del mar y le reprehendió agriamente (en presencia de los demás visires) el exceso, confesando él que se avía dexado llevar de la ira ocasionada del demasiado ardor de las expresiones del intérprete. Y se ordenó en el Consejo que embiasse a un renegado a cumplimentar al embaxador y a dar satisfacción (como lo hizo) del accidente, diziendo que los primeros ímpetus estavan en las manos de la cólera más que en el conocimiento de la razón y que, no por esso, se avía minorado la afición que le professava, ni quería que se entibiasse la buena correspondencia y, un día que assistía a las labores del taraçanal, le embió a dezir que deseava verle y le recibió con gran cortesía, y en viva voz, lisongeó la llaga que avía ocasionado el cáustico de aquel accidente, tratando también con apacibilidad al intérprete, prometiendo admitirle y verle de buena gana en qualquiera ocasión.

Llegado de Persia el depuesto visir, trató de aplacar la mala satisfacción del sultán (concebida por el tibio manejo de las armas en aquel reyno) con cien mil zequies y el regalo de algunos escogidos cavallos. Apenas dio principio el gran visir (cuñado del sultán) al exercicio de su obligación, quando se constituyó blanco firme, a quien amenaçava el disparo del odio de las milicias porque tenían aprehendido que, (por desconfianças zelosas), tuvo gran parte en la muerte de Caref baxá (cabo que avía sido de los espais), executada de Mortesún con orden del sultán que, a sugestión de la madre y solicitada del visir, dio el decreto por escrito, más arrebatado que concedido. Y aviendo remitido su cabeça al dibano, mirando tal espectáculo, se sublevaron los espais y los genízaros apedreando al visir en el patio del serrallo, acompañando esta demonstración con la de arrojarle del cavallo (atrevimiento que conmovió a los visires y ofendió al gran señor en el respeto).

Congregáronse después las milicias en la plaça del Hipódromo y remitieron un memorial al sultán pidiendo la cabeça del visir y de otros del serrallo, pero negada la demanda, protextaron que arrojarían del solio al sultán y colocarían en él a su hermano Ebraín, a cuya expresión, atemorizado, escribió un papel a su madre en que la dezía ser preciso consentir en la muerte de su cuñado por no aventurar a un trance de poco respeto la autoridad imperial. Y arrojándole del serrallo, le hizieron pedaços a sus ojos los amotinados, cuya demonstración temeraria assombró al sultán comprehendiendo la violencia militar, siendo principio este lance a deliberar oprimirla y aborrecerla. **[1631]** Y passando a la dignidad del visiriato Recep baxá, no pudo estorvar que continuasse el tumulto en pedir con vehemencia la cabeça del aga de los

genízaros, favorecido del sultán, como principal instrumento de la muerte de Caref, si bien, con el dinero que mañosamente esparció en las milicias, se preservó del peligro, circunstancia que motivó nueva discordia entre la cavallería y los infantes, pero ajustada la controversia, pidieron la deposición del visir y la cabeza del testardar, o tesorero. Y deseando el rey preservar a este, concedió la degradación del primero, ofreciendo también (por ganar el tiempo) la vida del segundo, en caso de que pareciesse después de la fuga. Y, sin embargo, sin minorarse el tumulto después de aver saqueado la casa del aga, quitaron la vida a un mancebo favorecido de Amurates y, bolviendo al serrallo, protestaron al visir y al muftí que les enseñassen al hermano del rey porque, en caso de que no governasse mejor, querían mudar monarca. Y noticiando al sultán la deliberación, se opuso a ella, si bien, después cedió como antes, precisado de las amenazas, consintiendo en la demanda de enseñarles al tierno príncipe, obligando a los dos ministros a que asegurassen con sus cabeças que Amurates no haría daño alguno a su hermano.

Al golpe de la amenaza tolerava el temor qualquiera exceso y la facilidad en conceder servía de alimento a la insolencia, pues nuevamente insistieron en que les entregassen las cabeças del aga y del tesorero, a que respondió el sultán que no estaban en el serrallo y que, en hallándolos, dentro de tres días se los entregaría. Semejantes excessos le salían muy amargos al sultán, por el peligro que ocasionava el guardarse de aquellos que eran sus guardas y estaban destinados para su defensa. Y aunque de buena gana huviera el sultán exercitado el rigor en ellos, no halló modo para la execución porque la multitud es potentado mayor que el rey más poderoso.

Observando los visires más impertinentes y enfurecidos a los sediciosos, temiendo mayores escándalos, fueron personalmente a buscar a los dos sugetos que deseavan las milicias para entregarlos a su rabiosa instancia. Y encontrado el aga, confessó aver aconsejado la muerte de Caref, que pagó con la vida dexándole suspendido de un árbol, recompensando al que le descubrió con mil zequíes y el puesto de zorbasi, que corresponde a coronel.

No menos trágico fin tuvo el tesorero, pues aviéndole quitado la vida le colgaron junto al aga. Apagaron la sed con esta sangre (por entonces) los genízaros, quedando en sossegada calma las alteradas olas de la insolencia. Eran las víctimas sacrificadas (en las aras del bárbaro furor a la sangrienta deidad cruel de la ira) opuestos y declarados enemigos del nuevo gran visir Recep, por lo qual el rey concibió la sospecha de que avía sido secreto fomentador de aquel estrago y, desde allí adelante, le miró mal, pero comprehendiendo la materia peligrosa, se unió estrechamente con las milicias. Mas las venganças de los

grandes, si no son rayos que matan repentinos, son una mina que lo haze a tiempo y, dissimulando el sultán artificiosamente algunos meses, un día en que se encendían (por entretenimiento en el serrallo) algunos fuegos artificiales, le hizo llamar para que se divirtiese y, apenas se iba internando por las estancias, quando los eunucos le iban cerrando las puertas hasta que, en la última pieça, perdió la vida en un laço. Esperava cada día el golpe irremediable el visir, después que conoció avía desobligado al sultán y, avisado de la conciencia, dispuso las cosas de su familia escondiendo los tesoros para útil de su posteridad. Concibió el rey el mismo odio contra las milicias y deliberó curar la llaga encancerada con el corte y con el cautiverio y, assí, destinó la cámara de los genízaros (como la más contumaz) para la execución de la crueldad del remedio.

Passó el intérprete veneciano a condolerse con el nuevo visir por testimonios impuestos a los familiares del embaxador en las turbaciones passadas, a que respondió: Que de las insolencias militares no se avía librado el monarca ni sus más principales ministros y que, siendo miserable la condición de los tiempos, no debían contarse los días aciagos en el kalendario y que procuraría para lo venidero remediar los inconvenientes. Sospechava el sultán que, conociendo las milicias ser merecedoras de considerable castigo por los excessos antecedentes, procurarían preservarse con poner en el solio al hermano y, previniendo esta resolución, se armó en el serrallo introduziendo de noche sin ruydo varias suertes de armas y personas escogidas (de quienes tenía seguridad) para su guardia. Y queriendo quitar la vida al hermano (como sospechoso fomento de las ameneças de los soldados), los empeños passados con las milicias lo embaraçaron. **[1632]** Era visir Mehemed baxá, recién llegado de El Cayro, en cuyo tiempo los rebeldes de Babilonia se aprovechavan de las turbaciones de la Corte para prevenirse a mayores defensas, como también Elis baxá, para conseguir toda la Magnesia.

Tuvieron los embaxadores christianos un embaraço con el muftí sobre intentar que compadeciessen en juicio, para responder personalmente a los pretendientes delante de los cadilesquiers (juezes castrenses), y se defendían con el fundamento de la dignidad y de las capitulaciones, a que respondió: Que era tal la costumbre antigua y las leyes de Dios superiores a las de los reyes, como inválidas las capitulaciones con qualquiera príncipe quando no estavan consideradas y consentidas de los hombres de la ley. Pero el visir, por entonces, cortó con destreza el hilo de la disputa. Passó el sultán a Andrinópolis y, en atención a los antecedentes sucessos, hizo morir a muchos espais de los más sediciosos, separando artificiosamente las milicias para que estuviessen menos

fuertes. A cuya disposición se siguió la muerte de un cabo principal de las seis esquadras de espais, dexando también debilitada en extremo la cámara de los genízaros, con quitarles las vidas de noche y con hazerles marchar a los últimos confines de la Persia. Veíanse por los canales de Constantinopla infinidad de cadáveres destrozados y, según las señas, parecían ser espais, pudiendo dezirse que la mucha sangre apagó el fuego de la sedición, quedando la autoridad del soberano más superior y más fuerte que la potencia militar.

Por consejo del muftí minoró el sultán los timaros, que son repartimientos o encomiendas destinadas para entretenimiento de la cavallería, suprimiendo también diversos cargos en aquella milicia, de donde resultó quejarse al visir, que los despidió con aspereza, amonestándoles que se quietassen, si bien, hizieron instancias por una copia del decreto, que se les negó. Y, por último, impelidos de un rabioso sentimiento, apedrearon las ventanas del canciller, retirándose por oculto camino el visir al serrallo, permitiendo el muftí con público decreto que se sublevase el pueblo contra los soldados, a quienes faltó en esta ocasión el atrevimiento y, con nocturno estrago de muchos y la manifestación de los cadáveres, se les reprimió la audacia quedando desvanecido el impulso. Apenas llegó un embiado persiano a Constantinopla, quando le despidieron inmediatamente porque no comprehendiese aquellos desórdenes que perturbavan con descrédito la quietud de la monarquía. Elis baxá, rebelde reducido a la obediencia, (con cierta satisfacción) bolvió a Constantinopla debaxo de la seguridad de la palabra real. Y no obstante el salvoconducto, le quitaron la vida y, fingiéndose el rey olvidado, dixo no acordarse de las promessas y que avían interpretado mal su respuesta los que le asseguraron con engaño en los ajustes.

Tuvo en aquel tiempo Amurates, en una esclava llamada Estrella Luziente, la séptima hija, con notable disgusto porque deseava un varón que asegurasse la línea masculina. Y aunque tienen poco aplauso las que paren hembras, amándola tiernamente quería declararla reyna, a que se opuso la madre representando que, para conseguir la dignidad, sería bien que pariesse primero un rey. Continuava el sultán las execuciones crueles para hazerse formidable y, mandando quitar las vidas a Ferdún efendi y a Saluc aga (el más autorizado cabo de los espais) con otros ocho principales genízaros, rezeloso que de esta severidad naciesse alguna conmoción, se retiró a Escutari.

Subleváronse en Moldabia aquellos pueblos contra su príncipe Alexandro y, aviéndole depuesto de la suprema autoridad, se retiró a Constantinopla. Y deseando poner en su lugar al Bernosqui, cavallero polaco, que passó a la Porta por la confirmación, creyendo Amurates que era secreto embestigador de

aquellos populares movimientos, en público dibano le hizo cortar la cabeça. Antes que passasse a Escutari el sultán, ordenó otra cruel execución, que fue empalar a Baltasar Armenio, primer intérprete de Francia, no obstante que monsiur de Marqueville, embaxador de aquella nación, quedasse asegurado de los ministros othomanos de que no se llegaría a la execución. **[1634]** Quiso el sultán verle muerto en el passo de su viage, y no fue possible admitir al infelice ni defensa ni disculpa, siendo todo esto por aversión que le tenía el baxá del mar, que imprimió en la desconfianza del rey ser este intérprete vivo fomentador de las pretensiones de los embaxadores christianos y demasiado ardiente en los intereses de Francia, cuyo espectáculo atemorizó de suerte a los demás que no ossavan abrir la boca porque, aunque poseían muchas lenguas, no tenían alguna que bastasse a desenojar al inexorable Amurates.

No se explican los príncipes christianos en Constantinopla con otros instrumentos que las expresiones de tales ministros y, assí, los buscan hábiles y de segura fidelidad, consiguiéndose el primer requisito con el estudio exercitado en los más tiernos años y, el segundo, escogiéndolos de sangre noble, siendo muy necessarias las buenas costumbres porque en ellas no se impriman fácilmente las desayradas vascosidades de la flaqueza humana. Necesitan saber tres lenguas: turca, griega y árabe y, el hablarlas perfectamente, no es solo don del estudio y de la naturaleza, sino de Dios. Como también deben tener mucho oído para percibir los avisos, penetrando los sucessos para referírseles a los patronos. Y sería muy conveniente que los embaxadores posseyessen la lengua turca, por no depender en la inteligencia de otro. Y no considerado el peligro de la infidelidad, ay también el del respeto con el sultán, que dispone de las vidas de los intérpretes como de las de sus propios súbditos.

[1634] Desempeñe esta razón el exemplo antecedente, que tenía tan abatido el espíritu de estos ministros que templavan con la explicación los conceptos de los embaxadores, assí en las ocasiones que convenía declararlos con vigor y con resolución (como en las expresiones) más en uno que otro modo, de que depende a vezes el bueno o mal successo en las negociaciones. Y por esto convendría tener en el número de los intérpretes alguno que no habitasse en la Corte (pero assistido de los embaxadores), y que dependiesse de ellos principalmente, sin estar habituado e introduzido con los othomanos.

Encendióse la guerra en Persia y mandó Amurates que passasse a ella el visir, permitiéndole solo para sus disposiciones treinta días, ordenando también que le acompañasse el aga de los genízaros, a fin de apartarle de la Corte. Y aviendo sacado para estos aprestos del tesoro un millón de talares, previno trecientas piezas de artillería, passando después a Esmirna a solicitar la salida de la

armada, donde regaló y honró mucho al general, y después dio la buelta a Escutari. Mandó degradar a quatro visires y relegarlos a Chipre, seqüestrándoles sus haziendas y, principalmente, las cavalleriças por aver negado al visir unos mulos y camellos para el viage. Quería Amurates que le profesassen mucha obediencia, diciendo que avía de ser ciega y muda. Ciega, porque no caminasse por sí misma y se dexasse guiar solo de su arbitrio. Y muda, porque no clamasse. Y con semejantes formas severas, bolvió a poner en disciplina ajustada las insolentes milicias, estableciendo en ellas la puntualidad. Puso un tributo en el cobre y, por desembaraçar algunos almagacenes (que estavan llenos de semejante materia muchos años avía, sin salida), obligó a los súbditos por fuerça a que le comprassen a precio riguroso y, aunque con grande exclamación de todos, utilizó cinco millones al erario, cuya circunstancia ocasionó un tumulto en los habitadores, de quienes hizo cortar cinqüenta cabeças, y passó a Bursia con seis galeras del capitán baxá (que avía venido poco antes del mar Blanco) y regalado con cinqüenta muchachos escogidos entre ciento y cinqüenta esclavos apresados en el viage.

[1634] Hizo ahorcar Amurates a un cadí con sentimiento de todos los de la ley (que pretenden no estar sugetos a los comunes rigores y, en particular, por excessos de poca consideración), pero (poco resignado) entibiava la veneración de su secta con desestimación de los administradores. Juntáronse después de este accidente en casa del muftí los de la ley, a fin de discurrir remedio a tanto estrago y, temiendo la reyna madre que de esta junta naciesse alguna turbación, previno a su hijo la novedad, que inmediatamente con otro pretexto llamó al muftí y a un hijo suyo cadí y, sin admitirles disculpa, los mandó quitar las vidas en Sioma y que los enterrassen sin autoridad alguna, precediendo hazer desvalijar la casa de un hebreo, su truxamán. Y porque temió que, en atención al respeto universal que tienen los turcos al supremo director de la ley othomana, pudiessen aver interpretado la orden, o no obedecerla, se reduxo en persona a la parte donde se avía executado y le refirieron que, no solo le avían muerto, sino enterrado también. Y para assegurarse hizo abrir la sepultura y separar la cabeça del cuerpo. Esta resolución atemorizó a toda la Turquía, siendo el primer exemplar no practicado en tiempo alguno, pues al ministro principal de la ley tuvieron siempre los monarcas particular veneración. Domadas, pues, las milicias y ajada con estropaço su falsa religión, elevó (con el terror universal) su autoridad a la más sublime altura, mandando demoler desde los fundamentos todas las tabernas, como fomento de la embriaguez y la inobediencia, castigando con severidad a los borrachos.

Lograron los tártaros en la Polonia una correría en que apresaron muchos esclavos y ganado, pero recargados de los polacos hasta dentro de los payses turquescos, se vieron precisados a abandonar la presa. Y ofendido Amurates, mandó que Abasá baxá (con gruesas tropas) se internasse en la Polonia, en cuyo territorio se apoderó de una plaça, pero unidos como reforçados los polacos le atacaron con obstinación bizarra, en cuyo trance (aviendo perecido más turcos que christianos), pretendió Abasá quedar dueño de la campaña participando al sultán la victoria (como suya), comprobando la lisonja con alguna insignia christiana, siendo la victoria imaginada solo en el nombre.

Los polacos (agenos siempre del voluntario rompimiento), deseavan que se remediase el exceso y los othomanos (con la guerra de Persia y política disfrazada) tampoco deseavan la segunda, aunque en apariencia afectavan lo contrario por conseguir la quietud con más ventajas y, divulgando que se trataban ajustes con la Persia, publicaron al mismo tiempo contra los polacos que, (aprehensivos con esta circunstancia), despacharon embaxador a tratar la negociación proponiendo medios términos.

Logran los turcos con los príncipes confinantes considerables ventajas, conociendo la grande aversión que tienen a la rotura y que cada uno procura escusar la guerra arrojándola sobre el vezino, porque no la emprenden si no es con grande precisión y, esta, en caso forçoso, la hazen defensiva en casa propia, discordes y desunidos, por cuya razón tratan los negocios con ellos con grande sobervia levantando las pretensiones de punto para conseguir lo que desean, como los que por huir de los pleitos consienten qualquiera ajuste. Y, últimamente, si algún día (con atenta concordia y estrecha unión) no abandonan los christianos las cautelas que professan para romper los eslabones de la circunspección y de la reserva (en que tienen aprisionada la generosidad), vivirán siempre oprimidos y desayrados con sobresaliente desestimación.

Nacióle al sultán el segundo hijo, si bien, de poca complexión como el primero, prometiendo corta vida, a cuyo natal se quemaron muchos fuegos artificiales en la Corte, acompañando a esta demostración luminarias en mar y tierra. Salió Amurates de Constantinopla solo por hazer una entrada solemne, a fin de assombrar con tan numerosa comitiva al embaxador polaco y, por la falta de milicias, mandó que tomassen las armas los gremios y supliessen con este disfraz desvanecer lo reparable. Avocóse el embaxador con Abasá (que solo deseava la guerra con aquel reyno) y, poniendo alto el registro de las pretensiones, pidió resarcimiento de daños, como la destrucción de algunas empaliçadas que servían de asylo a los cosacos, y también el tributo caydo de diez años no pagado, continuándole en lo venidero la guerra.

Resistió el embajador particularmente el tributo, diciendo que avía traydo consigo honrado regalo, que fue una carroça de terciopelo conducida de seis aventajados cavallos, y muchas alhajas de plata sobredorada, quatro reloxes, diez maços de martas zebellinas, seis carcages y algunos perros de caça. Conducido de Espalar aga y el chاوز bassi, passó a la audiencia, donde el sultán (sin observar la costumbre en semejantes funciones) le preguntó la causa de su venida y él respondió: A dar parte a Vuestra Magestad de la coronación de mi rey, como a establecer la paz, siendo del agrado de Vuestra Magestad. A que respondió Amurates que los príncipes christianos debían o recibir la ley othomana, o pagar el tributo, o experimentar la espada. [1634] Y tomando una zimitarra que tenía cerca, desnudándola un poco, dixo que con aquella sabría domar a sus enemigos y que, en medio de la continuación de la guerra de Persia, emprendería también la de Polonia. Y el embajador, aviendo respondido modestamente, se despidió. Llegó también en este tiempo el conde Buquen, ministro imperial, con un sumptuoso regalo de plata dorada para la Porta, que es la piedra imán del oro y de las riquezas y, ordenando Amurates que se armasse su pavellón, publicó nuevamente la guerra contra Polonia (solo a fin de precisar al embajador a los ajustes de su satisfacción). Salió de Constantinopla a cavallo con sobreveste a la úngara, aforrada en zebellinas, llevando a la diestra parte el carcax y las flechas y a la siniestra dos zimitarras, y sobre el turbante (que circunvalava un cintillo de diamantes) un grande maço de ayrones. Y en esta forma llegó a la ciudad de Andrinópolis.

Sucedieron en Persia (estando en campaña) diversos rumores entre los genízaros, de que resultó mandar el sultán que el aga se pusiesse en viage y fuesse a su presencia. Y aviéndole hecho cortar la cabeça, le confiscaron un millón y sesenta mil talaes, siguiendo también otro caporión genízaro al aga en la desgracia, en cuyo poder hallaron ciento y sesenta mil talaes. Y viendo Amurates que la sangre que derramava se le convertía en oro, mandó que el baxá de Damasco y otros más graduados y ricos de la armada, con su muerte y con su exemplo diessen abundante pasto a su avaricia, como a su crueldad, en la qual tenía particular complacencia. Y solo dava lugar en su gracia a los que, con manifestarle los delitos o las sospechas, le ponían en parage de executar sangrientos estragos. Y porque durassen más en los pacientes, los condenava a enganchar, que es un tormento tanto más severo quanto más durable, pues viven rabiando dos o tres días ordinariamente, ambiciosos de descansar con la muerte.

Congregáronse los demás genízaros, aunque pocos (respecto de que estaban muchos en la guerra de Persia), temiendo que el sultán continuasse con

ellos el desdeñoso rencor, pero les aseguró (por escrito), jurando sobre su cabeza y sobre las de sus antepasados, que los perdonava. Y aunque atemorizados de tantos exemplos, fiaron su quietud a la precisa necesidad.

Entre el conde de Chessi y monsiur de Marquevile (que le sucedió en la embaxada de Francia) se adelantavan amargos y enfadosos lances. Al primero (que se hallava muy adeudado) atacaron en su propia casa unos marineros y, defendiéndose con valor, salieron algunos heridos y, en particular, un turco (que casualmente passava por la calle) de que se ofendió el sultán, interpretando el accidente como máquina de Marquevile y, assí, dio orden que sin dilación alguna se embarcasse y diesse la buelta a su patria. Y aunque intentaron los embaxadores templar el rigor de la execución, respondió el baxá que el sultán (que se hazía obedecer en la casa de los otros) quería tanto más el respeto en la propia, y le precisó a la partida, obligando por fuerça al conde de Chessi que se bolviesse a encargar de la embaxada (aunque lo repugnó) hasta otra orden de Francia. Ofendido Amurates de Marquevile, porque cursava el divertimiento en las cacerías reservadas con perros, escribió al rey los motivos que avía tenido para embiar a su embaxador, no siendo hombre de aquella disposición que deseava su Corte, y que avían quedado encargados sus intereses al cuydado de su antecessor hasta que dispudiesse Su Magestad otra cosa.

Salió el capitán baxá a navegar las aguas del mar Negro con quarenta galeras para reprimir a los cosacos que, con ochenta saicas, avían desembarcado la gente en Varna y derrotado quinientos turcos, como también cortado las cabeças a otros ciento y ochenta, diziendo que practicavan lo mismo que ellos avían executado con ochenta compañeros suyos.

Llegaron avisos de Persia que aseguravan hallarse aquel rey a la frente de poderoso ejército en las campañas de Van, y el primer visir (director de aquellas armas) escribió al sultán que era necesaria su presencia para esforçar y dar calor a los desalentados genízaros y que Abasá, inclinándose a la guerra de Polonia, esparcía entre los cabos más principales semillas perniciosas que producían notables daños a la guerra de Persia. A cuya representación Amurates (que tenía el corazón de pedernal y, al golpe de qualquiera prevención, prorrumpía en porciones de ardiente fuego), se inflamó de ira contra Abasá y ordenó que le quitassen la vida. Y aunque considerava la dificultad de manejar las armas en duplicada guerra contra potentados tan grandes (no queriendo ceder en el predominante empeño que avía deliberado en su alta soberanía), dio orden a Mortassa baxá que, con ochenta mil soldados (quando no se allanassen los polacos a tratados de paz ventajosos), entrasse en aquel reyno a sangre y fuego sin perdonar a criatura alguna.

Advertidos los polacos de esta deliberación, bolvieron a embiar (para remediar la materia) nuevo embaxador, en cuyo tiempo despidieron con desprecio a uno de Moscobia (después de aver recibido un copioso regalo de zebellinas) que avía ido a soplar el fuego de la guerra para que se emprendiesse más voraz contra aquel reyno. Y concluidos los ajustes con Polonia, a fin de acalorar nuevamente la guerra de Persia (aplaudida de la reyna madre y las demás sultanas, en atención a los desgraciados sucessos antecedentes con Osmán en la Polonia), se dispuso la materia a satisfacción de las partes. Odiava Amurates los conventículos y conversaciones, por lo qual ordenó que en las barberías no pudiesse entrar más que uno cada vez y, encrudeciendo el odio también con las mugeres (que se juntavan a mormurar), mandó que después de hora y media de noche se apagassen las luzes y los fuegos, ocasionando universal descomodidad a los súbditos como también irremediable mormuración. Paseándose el sultán a cavallo por Andrinópolis, estaban treinta peregrinos indianos sentados en un valle y, al verle venir, se levantaron todos a un tiempo para pedirle limosna, cuyo movimiento assombró de modo el cavallo que, a continuados córcobos y contratiempos repetidos, obligó al sultán a saltar de la silla como a comprehender que también los monarcas están sujetos a las caídas y, desnudando la zimitarra, le cortó las piernas, condenando a los indianos a galeras como peregrinos en la mar.

Irritado más que nunca por los insultos de los cosacos, dio orden al capitán baxá que los buscasse y truxesse rendidos y, aviendo peleado con ellos, se retiró maltratado con exceso quedando malherido el mayordomo del tاراچانال, atribuyendo el mal successo al bey de las galeras, que hizieron desmayadamente la muestra de la operación, de que dio las quejas al sultán en ocasión que, arrojando la azagaya (por exercicio), hirió con ella mortalmente a un sobrino del primer visir. Hazía morir (como reos de lesa Magestad) a los que intentavan preservarse de sus ofensas y, mandó cerrar las puertas de Constantinopla dos días, a fin de buscar a uno que se avía apartado de un golpe que le quiso dar, de modo que aquellos que se libran de las heridas con la fuga, no por esso se apartavan de la muerte (fiero ministro de la crueldad del tyrano). Aviendo buelto de Escutari, se dispuso a la guerra de Persia y, haziendo arbolar el estandarte de la cola de cavallo, passó a visitar los sepulcros de sus mayores, donde hizo sacrificios y limosnas por la prosperidad del successo, compitiéndose los ministros en regalarle, unos con tiendas de campaña y otros con escogidas y ricas armas.

Sacó del tesoro grande cantidad de dinero para los aprestos militares, como también para las pagas de las milicias y, dexando encargado el gobierno

de Constantinopla y los intereses de Europa al caymecán y al bustangi, se puso a caballo (tan fiero en el rostro como en las costumbres) en la frente de poderoso ejército, sacrificando antes de moverse a su indignación quarenta víctimas humanas, pero en quanto consigue llegar a Persia demos la buelta a la Transilbania.

[1635] Ya mencionamos la competencia de Estéfano Betlen con el Ragozi sobre el principado de aquella provincia, y que fueron elegidos entrambos, consiguiendo el último la confirmación universal, naciendo de la exclusiva del primero, quanto más oculta, tanto más violenta la pasión, disfraçando el fuego de la vengança para que levantasse la llama al soplo de la primera coyuntura, facilitando este ambicioso deseo el pretexto del castigo, que mandó executar el príncipe Ragozi en un sobrino suyo por un homicidio, pues saliéndose de Transilbania dio a su mal un veneno a tiempo, aunque en apariencia de remedio, con expressar sus quejas al baxá de Buda, que le encaminó a Constantinopla, donde introduzido con el visir, representó la sinrazón que le avía hecho la nación, excluyendo los antiguos méritos de su casa en la exaltación, y dixo assí: **[1635]** *Que los Estados le avían repudiado en desprecio de la Porta, de quien el príncipe Gabor (de su misma estirpe) avía sido fiel devoto y que, por la memoria del respeto professado del primo a la potencia othomana, suplicava su patrocinio y que sería no solamente tributario, sino vassallo fiel del gran sultán. Y para conservarse como tal, no tenía que seguir otras huellas que las de su antecesor, que el Ragozi professava máximas diferentes y tenía los pensamientos turbiamente elados, y que siempre estaría unido (en atención a los Estados que tenía en la Ungría) a los intereses de los austriacos, enemigos capitales de la gran Porta othomana.*

Estas razones representadas con eficacia movieron a los turcos a interessarse en el descaecimiento del Ragozi, bien que el Betlen avía templado la sed de la avarienta nación (con el desembolso de algunas cantidades de dinero), a que se agregó la acostumbrada razón de Estado de fomentar las dissensiones christianas sembrando la semilla de la discordia, para que naciesse la cizaña (que produce siempre abundante cosecha de Estados y de provincias para el usufruto de la othomana rapiña). Ordenó Amurates que entrasse en la Transilbania el baxá de Buda con tropas proporcionadas a desposseer al Ragozi y colocar en el dominio de ella al Betlen, como también que passasse un chاوز al emperador a honestar el movimiento de las armas y participarle cómo su fin no era alterar las treguas con la casa de Austria, sino desposseer de aquel principado a un hombre infecto, colocando otro príncipe que cultivasse mejor la quietud para bien común de los Estados.

A la noticia del aviso de la declaración de la Porta (en daño suyo) quedó el Ragozi con particular turbación, conociendo la desigualdad de las fuerzas para la resistencia de tan poderoso enemigo, por lo qual, convocando los Estados, les participó el peligro en que se hallaban y, considerando que a la sombra del laurel austriaco se preservaría de los incendios del reyo othomano, encaminó vivas instancias al christiano emperador con humildes ruegos implorando su protección.

Acaloravan los úngaros los intereses del Ragozi, haziendo comprehender en la Corte cesárea el violento proceder de los turcos en la Ungría contra el servicio de César y, siendo de tanta consideración la materia, se ventiló en el Consejo Áulico, concluyendo la mayor parte con dezir que socorrer al Ragozi sería desobligar a los othomanos y darles motivo para romper las treguas y renovar la guerra desigual siempre a los emperadores, que con freqüentes instancias avían procurado escusar el rompimiento por abstenerse de las pérdidas, y que siendo el Ragozi de espíritu inquieto y no desemejante a Gabor, que salió tan infesto a los imperiales, pues corriendo algunas vezes la Ungría puso sus tropas a la vista de Viena, y que el acalararle con las armas y con socorros sería lo mismo que fomentar la vívora elada en el pecho para experimentar más peligrosa ingratitud. Y que rechaçado el ardor othomano con las armas imperiales, acrecentando el suyo propio, bolvería las victoriosas armas contra el César uniéndose con los émulos de la casa de Austria, siguiendo las máximas de los príncipes, sus antecessores, y más quando los turcos declaran que no pretenden romper la guerra a los alemanes, aunque desean con las armas arrojarle del principado, y concluyeron diziendo: *Mantengámonos, una vez apartados de los empeños, mirando con seguridad observada desde las márgenes floridas de la quietud de una calma, la agitación peligrosa de las impelidas naves de los confinantes en las inflamadas, inquietas y sangrientas olas de los voraces mares de las armas, cuya borrasca podremos observar sin riesgo desde el puerto de la pacífica y curiosa razón de Estado. Además, que la mudança de príncipe en la Transilvania nos puede salir propicia y la Fortuna elevar a otro de pensamientos más descubiertos y de consejos más templados, que (amando la quietud de los confines) se aplique a cultivar la paz.*

[1635] Quieren algunos que don Aníbal Gonçaga (práctico del país y de las conseqüencias de la pérdida de Transilvania), director de las armas imperiales, dixesse assí:

Sacra Cesárea Magestad, si el Ragozi fuesse hijo legítimo u heredero successivo de Gabor (que fue enojoso a Vuestra Magestad), sería verisímil la conseqüencia de que conservándose el hijo en el principado imitasse las máximas de su padre. Y tratándose aquí de otro hombre y de otro príncipe, como de una casa enemiga de la de Betlen, no sé cómo

pretendemos dar a entender (con siniestra interpretación) que puedan aver hecho en él impresión las mismas máximas, quando es conveniencia de Vuestra Magestad la inteligencia con los príncipes de Transilbania para resistir a los turcos y sustentar un edificio ligado a otro para que subsista con el recíproco apoyo. Y si el uno padece la ruyna desunido, quién podrá assegurar que el otro no se pierda separado. Afiancémosle con los puntales del fomento, porque o será siempre dependiente nuestro o quedará oprimido sin nosotros. Exagerar los daños recibidos (en estos dominios) del difunto Gabor no es argumento en forma, si no es que se pretenda (con la memoria de los delitos de un reo) castigar a un inocente y, por un temor dudoso, no encontremos un daño seguro, pues las mejores deliberaciones suelen peligrar a vezes por insubsistentes sospechas. [1635] Véase también, si conviene que la Transilbania sea del turco o del Ragozi. Y si es de más valor y conveniencia disponer que se rompan en un escollo o los zelos del transilbano o la gran potencia del turco y, más, quando los othomanos miran con turbación atravesada ordinariamente, pues poniendo los ojos en el príncipe atienden solamente a fulminar el principado, y el rencor a la persona se templa con la sujeción del país.

El objeto más verdadero del adversario común es sujetar al transilbano, al balaquio y moldabo para incorporar estas provincias a otras infinitas que posee. Assistámosle, pues, para ensangrentarle con los turcos, que assí le tendrán por implacable enemigo y se mantendrá enlazado a vuestro partido quando no por elección, por necesidad. Es público que los emperadores antecesores a Vuestra Magestad (en diferentes guerras) han perdido con los othomanos mucho país, y nuestro descaecimiento será mayor quanto más grandes las conquistas del enemigo, conviniéndole para hazer más formidables sus tropas en Europa valerse de la cavallería assiática y, marchando esta, a nuestros confines en número de más de cien mil montados (quando quiere romper con nosotros), viene acompañada de diez mil camellos de bagage y, estos, no pueden subsistir si la yerva no es muy alta para poder sustentar tan grandes cuerpos. Y para forragear la innumerable cavallería, no crían los prados la que baste para alimentarla mas que hasta julio y, para llegar, necessitan de gastar un mes en la marcha y no pueden arribar a Europa los assiáticos hasta los primeros de agosto y este consumo de tiempo retarda sus interpressas y no adelanta nuestras pérdidas. Y tantas menos plaças atacan, quanto menos dura la campaña, quedando nosotros obligados y reconocidos a tan dilatada marcha porque nos difiere los malos sucessos. Pero haziéndose dueños de la Transilbania, unida a la Balaquia y a la mayor porción de la Ungría, podrán (compartiendo la cavallería en las mencionadas campañas espaciosas) invernar en Europa para empeçar temprano la campaña y, en quanto nosotros hazemos una dieta, podrán satisfacer el hambre en nuestras provincias anticipando sus conquistas.

Demos socorro al Ragozi porque es mejor defender el Austria en Transilbania, teniendo más lexos del corazón el mal, y supongamos que el Ragozi sea el más sangriento hombre del mundo y que, después de acalorado de nuestras armas, buelva las suyas contra nosotros, no puede hazernos gran mal, siendo tan cortas; y es más seguro tenerle por vezino,

(aunque sea enemigo) que a los turcos, aunque sean nuestros amigos, porque el primero no puede dar más que zelos y, los segundos, destruirnos. El primero ocasionar una calentura que se curará con qualquiera pequeña evacuación y, los segundos, una peste que se dilata y abrasa sin remedio quanto más se difunde en el universo. Además, que no tiene riesgo por esta causa la rotura de los turcos, porque disponiendo mañosamente el socorro sin estruendo, se consigue la intención sin llegar a los extremos, quedando engañados aquellos que se dexan encantar de las blandas palabras de los ministros que emprenden una mañosa negociación disfrazada. Y avrá quien assegure que el sultán (que desea oprimir al Ragozi) pare el cavallo en medio de la carrera, siendo su fin adormecernos y destruir a nuestro vezino para hazer lo mismo con nosotros en otra ocasión, porque el más voraz glotón no puede comer de una vez tanta vianda y, assí, lo conseguirá en más porciones con el progreso de los días. Quando los turcos están más quietos son como las serpientes, que no muerden en el invierno, no porque les falte el veneno, sino porque le tienen más apagado con el frío.

[1635] *Este es mi reverente sentir, que sujeto a la corrección de la infinita sabiduría de Vuestra Cesárea Magestad.*

No obstante que estos motivos estaban gallardamente apadrinados de las passadas experiencias, prevaleció la opinión de los más (que fue la peor) porque si bien se sustentó por sí solo el Ragozi, la deliberación de no asistir al padre trae consigo la de abandonar successivamente al hijo (como en su lugar se dirá), por lo qual cayó en manos de los turcos la provincia. Y si el emperador se huviesse empeñado en la defensa del padre, hubiera por conseqüencia sustentado al hijo y el principado unidamente, pues con mañosa disposición se le podían aver subministrado los medios para resistirse sin enemistarse con los othomanos, pero la suerte (más favorable a los turcos que a los christianos consejos) lo dispuso assí.

El transilbano (aunque desamparado de los alemanes), viendo al enemigo tan poderoso (con tener gran corazón), le faltavan las fuerças correspondientes para hazerle frente y disputarle con las armas la campaña, a que se agregó el temor de los súbditos titubeantes que, comprehendiendo lo inhábil para sustentar el empeño, le persuadieron a que se conformasse con su desgracia y cediesse el principado a Betlen, favorecido enteramente de los othomanos. Mas él (por no enagenar el dominio como por ganar algún tiempo), introduxo tratados de composición con el émulo, en quanto sus amigos le assistían con algunas tropas que se estaban levantando en los confines de Polonia y, particularmente, los úngaros, que (sin participación del imperio) ocultamente le fomentaron conociendo que la conquista de la Transilbania sería acomodado escalón para que subiessem los turcos a ser dueños de lo restante de la Ungría. Y viéndose reforçado el Ragozi, declaró que, en las negociaciones con Betlen,

no encontraba partido de seguridad quando le avía negado una plaça fuerte para recobrase, por lo qual resolvía defenderse manteniendo su soberanía, cuya deliberación agradó a los más zelosos, que llegaron a comprehender que los turcos no aborrecían al Ragozi.

Marchavan veinte y cinco mil othomanos obedeciendo al baxá de Buda por los terrenos de la Transilbania, cuyo príncipe dio orden al general Cornis que se abançasse a ocupar un puesto ventajoso con siete mil combatientes y entretener al enemigo, absteniéndose de llegar a la batalla hasta que con todo el grueso de las tropas transilbanas se incorporasse con él, pero los turcos conociendo la ventaja atacaron al Cornis con doze mil cavallos y dos mil genízaros, gobernados del baxá y Betlen, antes que con nuevos socorros se engrossasse aquel pequeño cuerpo. Y viéndose precisado al trance, sin poderle escusar, hizo de la necesidad virtud y dispuso sus tropas lo mejor que pudo para la batalla, diziendo a los suyos: *Que la victoria consistía más en la calidad de los que (cumpliendo con su obligación se defendían), que en la cantidad de los que sin justa razón los assaltavan.*

Y exortándolos a seguir su exemplo, dividió un troço de infantería en dos esquadrones, en cuyos claros formó batallones de cavallería que, (guarnecidos de mangas de mosquetería), se acaloravan y defendían unos a otros. Las primeras cargas de los transilbanos (que, en densas nubes de plomo, granizaron sobre los turcos en cada porción un sangriento rayo), damnificaron tanto las tropas enemigas que, arrollados de los primeros batallones, los segundos unidamente confusos entre el caos de la ocasión emprendieron la fuga ciegamente atropellándose sin poderse reprimir, en cuyo choque perecieron tres mil turcos, quedando la artillería y diez banderas en poder de los transilbanos, herido el baxá de Agria y muerto el de Defendart, como prisionero Olac, bey de Temisvar, con otros de este grado. Y fuera mayor la derrota si los genízaros no se huviessen reparado en lo más espeso de un bosque, cuyo embaraço preservó a los fugitivos del último precipicio.

Retiráronse los turcos a Lippa y Estéfano Betlen a Temisvar. Saquearon las tropas del Ragozi en la Turquía más de dos mil aldeas, cuya resolución puso a los infieles en grande cuydado, de que nació dar entrada a la negociación acordando tolerar al Ragozi en la provincia (con calidad de restituir a Betlen los bienes que tenía en Transilbania), estableciéndose por este medio con la espada en la mano en el dominio a pesar de la othomana potencia. Y aviendo (con el valor y la constancia) acrecentado los quilates de la reputación, consiguió en Constantinopla (con algún regalo) la confirmación del hijo en el principado, siendo exemplo en que se aprende a persuadir a los turcos con la resolución y

el rigor, motivos que remedian el daño que ocasiona la cortesía (que desconocen) quando comprehenden la turbación agena.

Llegó el aviso de este suceso a la noticia del sobervio Amurates y, queriendo dexar el viage de Persia por passar al castigo de la Transilbania, le persuadieron los más cuerdos baxaes que dissimulasse la quexa adormeciendo la vengança para despertarla en mejor coyuntura, de cuyas resultas dimanó hazer cortar la cabeça al baxá de Temisvar por no aver socorrido al de Buda.

Llegó Amurates a la plaça de Arcerun, donde mandó quitar la cabeça al baxá por extorsiones que hazía a los súbditos y, siguiendo la marcha, tomó los puestos sobre Reban y formando las baterías como el acampamento, consiguió las brechas asistiendo en persona a premiar a los que cumplían con su obligación, como a castigar a los cobardes, cuyas demostraciones atemorizaron el presidio y al gobernador persiano, de modo que a pocas ofertas de remuneración entregó la plaça. Y dando algún lugar en la gracia al gobernador, conseguía, cada instante, más fina la voluntad del sultán (que tuvo origen de las instancias que le hazía para que bebiesse bien), logrando con el vino adormecerle la insufrible fiereza de su natural cambiada al blando ocioso sossiego de una templada modestia. Por este infeliz suceso, mandó que se hiziessen fiestas en Constantinopla, concurriendo a estas celebridades públicas los embaxadores. Siguióse a esta demostración la muerte de los dos hermanos mayores de Amurates, sacrificados (con orden suya) a la propia seguridad en desprecio del empeño (ya mencionado) de las milicias y de la palabra empeñada en su preservación, pero el interés de Estado no atiende a otro respeto que al de su conveniencia.

[1636] Prosiguió la guerra de Persia destruyendo el país y dio orden que entrassen las milicias en Tauris y atormentassen la ciudad con el saco, el azero y el fuego. Si bien, tan severas victorias no se lograron sin considerable pérdida, pues siempre ha sido aquel país continuado sepulcro de inmensas esquadras turquescas. Despachó el persa un embaxador a tratar de ajustes, pero ensobervecido Amurates, levantó de punto las pretensiones, con que no se puso en plática la negociación. Y dando la buelta a la Corte, hizo su entrada solemne con muchos esclavos persianos, restituyendo después al tesoro de adentro mayores sumas de dinero de aquellas con que se avía socorrido antecedentemente. Censurávanle los súbditos que no huviesse seguido las conquistas ofreciéndole tan buena coyuntura la flaqueza del enemigo, no debiendo pararse en la carrera para no lograr lo que dexava de correr. Los excessos del vino, rindiéndole la complexión, entibiaron los ardores de sus progressos al passo que los vassallos aumentavan la mormuración, porque

después de la retirada avía recuperado el persiano todo su país, o la mayor parte, passando a solicitar que Mortasa baxá le entregasse a Reban. Y no teniendo efecto la instancia, se dispuso a tomarla con la fuerça. Cada día estava Amurates más postrado de los efectos del vino y porque Zagut, médico hebreo, se lo quiso prohibir como dañoso a su complexión, desdeñosamente ayrado lo arrojó de su presencia, concibiendo de allí adelante tal rencor con aquella nación que ordenó les registrassen las casas y desposseyessen de las joyas que encontrassen, si bien, prevenidos del caymecán, tuvieron tiempo de ponerlas en salvo.

Más inflamado que nunca en las disposiciones de la guerra, entró Amurates en la fundición de la artillería a observar la labor de los cañones y, descubriendo que hazían repugnancia los genízaros en ir a socorrer a Reban, hizo atar por el pescueço a un árbol al canceller y cortar la cabeça a otro cabo principal de aquella milicia, de la qual sembrados muchos cadáveres por Constantinopla, ocasionaron infinito horror.

Murió Mortasa haziendo gallarda oposición a los persianos, cumpliendo con la obligación de valiente comandante, cuya pérdida resfrió el valor de los soldados en la defensa de la plaça al passo que creció la inobediencia, por cuya causa, abriendo las puertas de Reban al persa, la bolvió a recuperar. Y después de guarnecida de escogidas tropas, como de todo lo necessario para su conservación, recibió al sueldo dos mil genízaros de aquel presidio que, temiendo el castigo de Amurates, siguieron essotras banderas.

Después de aver conseguido el rey de Persia la plaça de Reban, intituyó (a usança de Constantinopla) nueva forma de milicias (en cámaras militares) con el desembolso de las mismas pagas, ofreciendo también doze ásperos cada día a los espais que tomassen servicio en sus tropas con la disculpa de ser una la propia secta y sin diferencia en la estimación, circunstancia que divulgava para acrecentar su partido. Noticiado Amurates de estas negociaciones, hizo morir al canceller y a otros cabos militares para enfrenar aquel movimiento, publicando su retorno a Persia como que, teniendo aquel rey poco dinero, cessarían brevemente sus liberalidades con los genízaros y, por divertirlos de mayor enagenación, desvaneció el rigor con el dinero.

Exclamavan todos contra el violento y tyránico proceder de sus deliberaciones, pero superior a qualquiera fuerça (aviendo sujetado las milicias y pisado con desprecio de su obligación a los ministros de la ley) cada uno procurava, humillado, sufrir y dissimular porque, en llegando a ser absoluto e incorregible un mal que no tiene remedio, passa a mayores excessos en los desórdenes cada día. Continuava el sultán (más distraído) en sus viciosas aplicaciones, de cuyas destemplanças esperavan aquellos vassallos que naciesse

su libertad, tolerando el martyrio de sus aflicciones persuadidos que sería de corta duración.

Madurávanse en Amurates los años y los defectos; la avaricia y la crueldad hinchavan, pero no satisfacían sus insaciables apetitos. Mandava quitar las vidas a los más ricos baxaes por apropiarse las haziendas, siendo mirón ambicioso no solo de las muertes de los reos, para acostumbrarse a los estragos, sino verdugo de los inocentes con barbaridades crueles e inexorables. No hazía jamás gracia alguna sin ponerla primero sobre la balança, contrapesando el mérito de la súplica con el desembolso, haziéndose todo ojos (como la esponja) para chupar el jugo solamente.

[1637] Negó al embaxador de Inglaterra unos esclavos de su nación que le avía pedido hasta que, con el rescate, pudo negociarles la libertad. No dexava passar algún día sin lograr algún fruto, imponiendo nuevas contribuciones sobre las bolsas de los más opulentos. Y passando un día por recreación a ver unos navíos que avían llegado de El Cayro, viéndolos sin cargaçón y no hallando en qué cebar su avaricia, mandó sacar de cada uno quatro piezas de artillería de bronce para el serrallo. Assistía a los suplicios públicos y hazía señas con la mano al caymecán (justicia mayor) para que emeçasse la ejecución del espectáculo y, como si fuese una gran fiesta, alegrava la vista con la horrorosa crueldad. Hazía blanco de los pechos de sus familiares y, arrojando la azagaya, estropeava a unos; y a otros quitava la vida según la calidad de las heridas, haziendo lo mismo de las ventanas del serrallo con las flechas en los que caminavan por las calles. Y si passava de un jardín a otro en faluca por el mar Negro y, (por verle), se assomavan a las ventanas, ponía los puntos del arcabuz en el que con más atención le mirava, dexando castigado con las heridas el inocente delito de una curiosidad.

Tenía dos favorecidos, el persiano que le entregó la plaça de Reban, y un bey veneciano de Casabianqui, que tenía en la gracia el primer lugar, a quien en tierna edad cautivaron unos cosarios. Y después en el serrallo, le favoreció la Fortuna de modo que le encontró en la mayor altura. Y aviendo caydo enfermo, embiava el sultán continuadamente a saber el estado de su mal, encargando a sus médicos el cuydado de su curación, dando orden también al muftí y a los visires para que personalmente le visitassen. Era el persiano gran bebedor y, a su exemplo, se avía engolfado Amurates en un piélagos de vino, de modo que corría su salud evidente peligro de çoçobrar porque, embriagado casi todos los días, se vio precisado a ordenar al caymecán que no obedeciesse sus comissions después de aver comido porque corresponderían a la destemplança del ánimo y del cuerpo. Y passando por casualidad un día de mercado por aquella parte,

observando que algunas mugeres (vendiendo, hablaban demasiado y con ruydo descarado), prohibió a los hombres que contratassen con ellas, como también que freqüentassen las plaças. Y reparando que algunas baylavan y saltavan en un prado con alegría descompuesta, mandó que las pusiesen en una barca barrenada en la mar para que se anegassen.

Estas inhumanas execuciones obligaron a los ministros a prevenir a los embaxadores de los príncipes que no dexassen salir de casa a sus mugeres, por evitar algún fatal contratiempo de una casualidad. Quando salía a cavallo por la ciudad, los genizaros con bastones y piedras hazían huir al pueblo por apartarle de la presencia del tyrano, conociendo su extravagante y cruel capricho. Andava muchas vezes por Constantinopla en las partes más freqüentadas de gente con dos fines: el primero, para que no le encubriessen todos los malos sucessos, ni se cebassen en las mormuraciones. El segundo, porque a horas inusitadas se aparecía en el taraçanal y en otros puestos de más tráfago, cuya circunstancia los mantenía cuydadosos en sus ministerios y, con el açote del temor, los conservava en disciplinada obediencia. No es fácil expressar la veneración que le tenían sus familiares ministros, pues le obedecían y entendían en el mirar.

Entreteniéndose un día en un balconcillo, se le cayó de la mano un memorial y baxaron todos los pajes precipitados por la escalera con ambición, cada uno, de recogerle para restituirle al sultán y uno de ellos se arrojó por una ventana por llegar más apriessa y, a costa de romperse una pierna, consiguió cobrar el papel. Y arrastrando como pudo, lo restituyó a su patrón que, agradeciendo la fineza, lo elevó a los cargos de más suprema estimación. Assistió después con todos los baxaes a la función de echar a la mar una gran mahona, o galeaza, que se executó con la celebridad de grandes salvas de artillería y mosquetería, recibiendo el sultán particular gusto en ver surcar las aguas navío de aquel género. Y si la muerte no le huiesse cortado el hilo de la respiración en sus disignios, se hazía comprehender aplicado a las marítimas conquistas.

Por los desgraciados sucessos de la guerra de Persia, despojó del visiriato a Mehemed, substituyendo en la dignidad a Bayran cameycán, que de mala gana entró a tolerar el peso de este cuydado por librar la cabeça de las bizarrías caprichosas de Amurates, que le regaló con tres vestes, señalándole cada año ciento y cinquenta mil escudos de sueldo como entretenimiento de aquella ocupación. Arboló el visir su estandarte en Escutari acompañado y cumplimentado de los demás baxaes, según la costumbre en semejantes casos, honrando el rey con toda su Corte también esta función, que le dio orden hiziesse alto en Alepo y recogiesse lo necesario para sustentar el ejército, como

para engrossar las milicias, y esperarle allí, porque estava resuelto (después de ajustada la paz con el transilbano) hallarse en persona en el sitio de Babilonia, siendo de poco gusto para los baxaes esta deliberación mientras consideravan muy difícil la salida de esta empresa, comprehendiendo vacilante su fortuna en el sucesso.

Sentían universalmente los súbditos ver al visir apartado del sultán, porque era la muralla que los defendía de los sangrientos assaltos de su impetuoso genio, apaciguando la ardiente resolución en muchos lances con blanda aplicación en sus alterados motivos. Maltrataron dos genízaros (estando borrachos) al conde de Chesi, hijo del embaxador de Francia y, aviendo dado la quexa al visir queriendo obstar justicia, aunque dependían del serrallo, hizo dar dozientos palos a uno en presencia de los intérpretes franceses, condenando al otro a galeras.

[1637] Encontró el sultán el bagage del depuesto visir que bolví de Persia y, haziéndole desvalijar en su presencia, tomó lo más precioso de él como dinero, plata labrada, joyas y los más escogidos cavallos y lo remitió al serrallo y, haziéndole una sangrienta amenaza quando llegó, bolvió a comprar la vida con la ropa. No tenía la salida del sultán (para el Assia) más impedimentos que los de la estación, como el dexar en calma la Europa, mientras las secretas correspondencias (entre los tártaros, cosacos y el Ragozi, príncipe de Transilvania) le tenían acosado y con algunos rezelos, porque la Fortuna (que estava declarada en favor de Amurates contra el persa) a las violencias de un accidente imprevisto desvaneció todas las sombras, dando el último empujón a la deliberación de guerrear en persona contra él.

Ya hizimos mención de las facciones de Tartaria y cómo la más poderosa era opuesta a Cantemir (favorecido de la Porta), subsistiendo aquel rey no obstante la desaprobación del sultán, sufriendole (por necesidad) y por no ensangrentarse con una nación que, (por algunas consecuencias), era más estimada de los turcos que otra alguna. Sucedió después fingirse disgustado artificiosamente (con el tío) un sobrino de Cantemir, que pasó a unirse al partido de los giangirais dominantes para engañarles, pues con alevosa disposición, asistido de sus parciales en una caça, les quitó las vidas. Y divulgado el sucesso en Constantinopla (con aplauso de Amurates), mandó buscar a Vecadir, pariente de los muertos hermanos (retirado en Giambol, ciudad de la Grecia, por zelos de los parientes), a cuya familia pertenecía el reyno de Tartaria, siendo la más venerada por la antigüedad de la casa.

Llegado Vecadir a la Corte, le honró el sultán dándole la embestidura como las insignias de gran can, conduciéndole a la audiencia el caymecán. Y

después del juramento de fidelidad (dexando en rehenes dos hermanos suyos), hizo instancias que retirasse el sultán de los confines de la Tartaria a Cantemir y, executada la súplica, desembarcó el nuevo can con toda la armada en Cafa.

Aviase movido entre los tártaros y los cosacos poco antes un disgusto sobre la división de una presa (que los animales que se sustentan de un mismo pasto, con dificultad se pacifican, aunque se compongan). Quedó descompuesta la unión y mesurada la correspondencia entre estas dos vigorosas naciones con ventaja de los infieles y con daño de los príncipes confinantes, por más expuestos a la ambición othomana. A los dos cadáveres de los hermanos tártaros (de orden del sultán) llevaron a Constantinopla y, puestos en su presencia (aunque corrompidos y hediondos), vengativo bárbaramente los dixo notables injurias mandando que, después de apedreados, los echassen a la mar.

[1637] En medio de tan favorables sucessos llegó el molesto aviso de que los cosacos y los moscobitas tenían puesto sitio a Asac, o la Tana, cuya plaça yaze (al desembocar del Tanais) fabricada sobre la declinación del costado de una colina, en delineación quadrada, cuyo recinto ocupa mil y ducientos passos geométricos, siendo antes que la dominasse el turco famosa escala de todas mercancías y donde concurrían turcos, tártaros y moscobitas con los más preciosos géneros para enriquezer el comercio. La fábrica de las murallas era de antiguo casamuro, guarnecido (a proporcionadas distancias) de hermosas y bien dispuestas torres, que se comunicavan con un castillo fabricado casi sobre las mismas aguas, que partían la ciudad casi por iguales partes. No tenían los turcos en ella de guarnición más de quatrocientos hombres, cuydando poco de zelar su defensa por estar apartada y muy distante de los confines enemigos, cuya circunstancia desvanecía el temor de perderla. Y porque nació de aquí el origen de las disensiones de polacos y cosacos en las guerras civiles que, con estrago recíproco de christianos, fueron tan celebradas de los turcos, como por la protección que los últimos solicitaron en Constantinopla (para daño de la christiandad), y precisamente de aquel reyno, es necessario explayar la narración para mayor inteligencia de los sucessos.

Ladislao Quarto, rey de Polonia, cansado de las quejas de los turcos por las correrías de los cosacos, aconsejado de los varones de aquel reyno (que eran amantes seguros de la quietud y que tenían aversión particular a estos belicosos súbditos, como instrumentos de romperla), los desarmó obligando a mucha parte de ellos a la cultura de la campaña, no aviendo más de un siglo que consiguieron los cosacos este nombre deribado de la voz *cosa*, y que en lengua vulgar significa cabra, o porque acostumbraavan vestir aquellas pieles o porque habitando en choças de ramas imitando los cubiertos donde se recogían de

noche aquellos animales. El primer país que habitaron fue una breve porción de quinze leguas en la margen del Borístenes, territorio que se difunde casi hasta el Eusino, inmediato adonde quieren algunos que estuviese desterrado Ovidio, cuyo village se nombra Obvido, que fue urna de tan famosas cenizas. Circunstancia que podrá acreditar como verdadera quien huviere visto aquel país, pues cotejado y comprehendido corresponde a la descripción que haze de él en la *Elegías tristes*, como también de la complexión y ferocidad de los habitantes, creyendo los más antiguos escritores que traen su origen estos pueblos de algunos foragidos que, por preservarse (como malhechores) de la justicia, se retirassen a tan deshabitados parajes, donde con la pesca y después con las correrías se mantenían, cuyo exercicio (proseguido de unos en otros) cultivó solamente la pequeña porción mencionada (cuyo nombre es Zaporosa), aviéndose dilatado el país y la nominación de modo que, a los que militan en Polonia con el arco y el arcabuz en la cavallería, llaman cosacos, terminando aquellos territorios (ajustadas las últimas sublevaciones) desde la estremidad del palatinado de Quiobia ciento y veinte leguas por una y otra parte del Borístenes, cuya longitud se difunde setenta leguas, ocupando de latitud catorze (término que podía formar un grande reyno). Es la parte separada de Zaporosa tan fértil que puede competir con el más cultivado país de Europa y satisfacer toda la ambición del más industrioso agricultor (llámase Ucrania y es tan grande y copiosa de granos, que nacen esparcidos, sin cultura de lo que se desperdicia en la siega u con el olvido, circunstancia que imprime en los labradores la negligencia mayor, mostrándose ingratos en la cultura del terreno).

Tienen fixa en el suelo una viga, o pértiga en pie, de la qual pende un bastón para advertir a los passageros que no salgan del camino con las cavalgaduras si no quieren encontrarse con el castigo de unos palos. **[1637]** Abundan también de carnes y pesca, así por la copia de los prados como de lagunas o estaños, no aviendo ríos de consecuencia sino el Borístenes, aunque no faltan arroyos. El uno baña la ciudad de Vilna y otro el contorno de Corsún, famosa ciudadela donde Kilminiesqui derrotó a los polacos aprisionando a sus generales. Beben ordinariamente aguardiente y cerbeça. Habitan cabañas o choças texidas de mimbres barniçadas de greda. No faltan algunas casas de leñamen, en que sobresale algún arte ingenioso (aunque tosco), porque en la conexión de las maderas no usan clavos para asegurar la obra ni otro género de hierro que la afiance. Son tan bárbaros que se juntan con las bestias, correspondiendo a la miserable fábrica las alhajas de su adorno, siendo solamente de hierro el cuchillo y la olla, y lo demás de madera. Duermen sobre paja o algunos andrajos de lana. Sus oficios (aunque pocos) son de carpintero,

herrero y sillero. Visten paños de lana y cáñamo, sirviendo las cortezas de los árboles, incorporadas con alguna corambre, de zapatos. No ay mercaderes sino en Quiobia y algunos revendedores. No tienen médicos ni boticas.

La lengua literal es la esclavona, en la qual se conservan las *Epístolas* de San Gerónimo., Y en esta se leen traducidas las doctrinas de los santos padres, diferenciándose de la otra como la italiana de la latina. No salen jamás de sus confines, si no es para exercitar la guerra, por lo qual son ásperos, rústicos y ferozes. Y aunque su política es inculta, no se aparta de lo justo y de lo cauto, teniendo desde el arado el ascenso al gobierno político, como al militar, componiendo un senado sin ostentación, en que resuelven lo más conveniente para su dirección. Son sufridos en las fatigas, tolerantes en el hambre, como en la sed y en las vigiliás. Susténtanse en las marítimas salidas de vizcocho negro, como de pan sin levadura. Y, a falta de este, de ajos y cebollas. Y marchando por tierra, se contentan con un poco de millo o mijo machacado (que llevan a la grupa del cavallo) y después, quando buelven a sus viviendas cargados de presas, se entregan enteramente a la poltronería. No acumulan riquezas porque, aunque suelen bolver con despojos considerables, no aprecian el valor porque no encuentran fácilmente compradores y, assí, se contentan con poco. Continúan en el exercicio de la caça como en el manejo de los cavallos y las armas, en los disparos de la flecha, arrojando el dardo con ajustada medida y admirable operación, aviéndose visto algunas vezes apagar la luz con una bala en el uso del arcabuz como si huviessen cortado el pavilo con las tixerás. En quanto a la religión, viven en la de sus padres, pero mantenidos en los errores del cisma, sabiendo mejor creerlos que discurrirlos. En los matrimonios consienten el repudio, trocando en la pluralidad de las mugeres las más ancianas por las más moças.

Bogdan Kilminiesqui (que significa hombre dado de la mano de Dios), su primer general (famoso por las passadas acciones), fue hijo de padre noble de Lituania y, fugitivo por delitos (aviéndole privado de la nobleza), se asseguró en Zaporosa. Era hombre de formidable estatura, de complexión robusta, de agudo y maduro ingenio, afable y bien visto. Y quien (solo por conocerle) fue a visitarle, refirió que mantenía la disciplina militar con rigurosa observancia y que su habitación era llana, sin pompa ni ornamento de sillas, bufetes y otras alhajas, sirviéndose solamente de toscos bancos cubiertos de cogines de cuero, y de una cortina de Damasco que cubría una camilla sin adorno, de donde pendían el arco y el alfange. La mesa era ordinaria y sin aparato alguno, pues en ella no se observavan más que algunas cucharas y basos de plata, porque el resto del servicio era de estaño. Assisten al gobierno de sus ciudadelas ciertos cónsules

que juzgan las causas civiles, castigando con leves penas corporales, dexando reservado al general el juicio de las más relevantes. En quanto a las rentas, no son muchas, ni públicas ni privadas. Y en lo que toca a las fuerças y a los soldados, son tales como han manifestado las passadas empressas. El alférez mayor de Polonia, Konielposqui, despojó de un castillo o village llamado Sabatosa, a Kilminiesqui que, aviéndose quejado al rey sobre este caso, no halló justicia en su demanda sino el agravio de aver dado el alférez mayor de palos a un hijo suyo, que murió del ajamiento, por cuya causa empeçó a conmovier la sedición. Y haziéndose cabo de la nación, incorporó a su partido muchos seqüazes maltarados del rigor de la polaca nobleza y, perseguido de aquesta, se retiró al Borístenes (entre la nación), donde emboscado todo un día en las más espesas selvas, por lo horroroso de la estación pudo preservarse del peligro. Después, en la primavera, con los cosacos que se le incorporaron, se engrossó de modo que derrotó a los polacos y, unido con los tártaros, corrió hasta Zamosca, veinte leguas de Barsabia, cuyo susto puso en fuga a los polacos, que se salvaron por el Vístula, sucediendo después otros accidentes que no están en esta historia, pero muestran evidentemente que el aver impedido a esta belicosa nación que emplease su ardor en la Turquía ha ocasionado la inundación de la Polonia. Y aquellos malos humores que, (bomitados en el país othomano), conservavan el reyno polaco detenidos en el estómago, han ocasionado los movimientos y las congojas notorias, por lo qual protexidos de los turcos después y apartados de la violencia (unidamente con la provincia de Ukrania), debilitaron las fuerças de aquel reyno y, lo que antes fue preservativo, se convirtió en enfermedad, de la qual sabe Dios cuándo se encontrará la mejoría.

Por la mencionada persecución de los cosacos, primero que Kilminiesqui fuesse su general, no queriendo algunos resignarse a la obediencia de los polacos, se huyeron buscando varios refugios para su seguridad, passando los unos a Moscobia, como también un cuerpo que se componía de seis mil deliberaron passar a Persia y tomar servicio contra los turcos y, mientras diseñavan (aviendo passado el Tanais) embarcarse en el Bolja (caudaloso río distante treinta leguas de Asac, que desemboca en el mar Caspio, por el qual se avían de encaminar a Persia), apenas avían llegado, quando algunos cosacos y moscobitas (que habitavan algunas islas producidas de las crecientes del río) les propusieron (como fácil) la interpresa de Asac, plaça de gran comercio y que, uniéndose con ellos, que eran quatro mil, lograrían ricos despojos. Y aviendo abraçado el partido, dispusieron el acampamento a vista de la plaça, aunque sin artillería a propósito, pues solo tenían algunos sacres incapaces de poder hazer brecha en las murallas. Los turcos despreciaron a la primera vista el tentativo,

pero viendo que sin miedo a las operaciones de la mosquetería obraban los cosacos con tanto valor, y que avían desembocado el foso llegando a picar la muralla, se atemorizaron tanto que la mayor parte del presidio desamparó los puestos y la menor se encerró en el castillo, rindiéndose después a la primera llamada. Conseguida pues la plaça, conocieron los cosacos lo importante del sitio y, poniéndola en disposición para abrigo de sus embarcaciones, fabricaron un tاراچanal y, divulgado este suceso en la Corte othomana, fue de notable desconsuelo el ver apoderada de ella a una nación capaz de encender el fuego de las incursiones en las puertas del serrallo.

Amurates, que muchas vezes avía experimentado el resuelto corage de estos y probado los efectos de sus correrías, meditó echarlos de la plaça a viva fuerça, pero las interpressas de Persia le divirtieron la execución y, mucho más, la esperanza de conseguir el mismo fin con la armada marítima (fomentada de los tártaros) sin empeño de mayor fuerça. Y aviendo dado orden al capitán baxá (antes de su partida) que, después de conducido a Cafa el nuevo can de Tartaria, passasse con todas las fuerças a socorrer la plaça, llegó fuera de tiempo porque estaba ya perdida. El rey persiano, deseando reparar el corriente de las disposiciones que se prevenían para inundar su reyno a sangre y fuego, embió embaxador con preciosos regalos al sultán, que tuvo resuelto (si no le entregava a Babilonia) que le cortassen las orejas y las narizes. Y baraxando el visir esta deliberación, dispuso la permissión del passage, sin conseguir estorvar que cortassen la cabeça a Cantemir (benemérito de la monarquía) por lisongear con esta demostración la complacencia de tártaros y polacos. Llegó el embaxador a Constantinopla y quiso el sultán que passasse cerca de un mirador para observar su entrada, que executó acompañado de mucha nobleza como de oficiales inferiores. Consistía el regalo en ocho azémilas cargadas, a las cuales seguían quarenta dromedarios con mantas de seda y oro, y ocho arcas soberviamente adereçadas, diez y ocho tapetes de seda y siete de oro, mucho ámbar y almizcle, ducientas y quarenta pieças de porcelana finíssima, ducientas y quarenta bestes de brocados y terciopelos, treinta maços de martas zebellinas, treinta tambores, nueve arcos y carcajes con flechas de industriosa labor, telas pintadas de varias suertes y otras cosas, como también confecciones de bebidas preciosas para lisongearse el vicio y, en una caja de singular valor, un *Alcorán* escrito en papel de seda a la moda persiana de grande estimación. Besó Amurates el *Alcorán* con grande reverencia, recibiendo la carta credencial (que traía en una bolsa de oro) con desprecio, arrojándola sin mirarla sobre un catre de reposo que estava inmediato.

La representación consistió en proponer lo siguiente: *Que su rey no poseía un palmo de tierra que pudiesse pertenecer al sultán. Que Babilonia fue herencia de su padre. Que la plaza de Reban (recuperada) era propia. Que ya era tiempo (después de tanta sangre vertida de una misma religión) que se curassen las heridas y cicatrizassen las venas. Que uno y otro rey estaban obligados a dar quenta a Dios de tantos estragos, que excitavan la divina vengança entre naciones que militavan debaxo del estandarte de Mahoma. Que en quanto a Babilonia, se hiziesse quenta que era un árbol y que el rey persiano se contentava de cultivarlo, participando el fruto al sultán,* aludiendo que las rentas las exhibiría a la Porta. No respondió Amurates a esta expresión y, haziéndole apartar con airado semblante, le remitió a sus ministros. Y conociendo el embaxador que no avían sido de algún agrado las proposiciones, quería bolverse a Persia y, apenas se acabava de descargar el regalo, quando se halló circunvalado de esquadras, como aprisionado en su casa con todo rigor, faltando a la palabra ofrecida. En Turquía (abandonada la fee pública) tiene más adoración el interés que Mahoma. Diéronle a entender que el sultán le bolvería a llevar consigo a Persia, en cuyo tiempo escribieron al baxá de Diarberquir (confinante con aquel reyno) que no aviendo sacado jugo alguno del embaxador, se solicitaría el movimiento del monarca, en cuya consideración, con persona expresa, excitasse al gran mogor a que se moviesse a daño de aquel reyno.

Por la conquista de Asac se obstentavan más atrevidos los cosacos y, según las freqüentes correrías que executavan en la Grecia y la Natolia, se mantenía poco segura la Corte othomana de estos insultos, por lo qual ordenó Amurates al gran can de Tartaria que, en resarcimiento de esta pérdida (fomentada del moscovita), talasse aquel dominio con sus tropas y, poniéndolo en execución, cautivaron quatro mil personas, de cuya presa tuvo su porción Amurates. Y queriendo apartarle los ministros de la guerra de Persia, le representaron la gran carestía de todo lo necessario para la buena disposición, a que respondió que su dinero facilitaría la abundancia, pues con industria lo avía recogido para este fin. Y ordenando a sus domésticos se dispusiesen a seguirle, como también que comprassen joyas que sirviessen de adorno a veinte doncellas que le avían de seguir para aumentar con algunos hijos varones su aniquilada posteridad, se fue moviendo a toda priessa.

Revocó el decreto antecedente en que prohibía el aumento de los genízaros y, para engrossar las tropas, dispuso la leba de seis mil, para cuyo efecto embió seis coroneles a recoger la décima de los muchachos christianos de Europa, con prevención de escoger los mejores (si no querían aventurar las cabeças), obrando con justificación porque sabía que los pobres christianos, por eximir a los hijos de esta vejación, se desapropiavan de la hacienda. Asistió

personalmente a reconocer el libro de los timaros para que cada soldado de a cavallo se hallasse pronto en campaña sin escusarse del peligro. Y porque el superintendente de la artillería puso dificultad en conduzir quatro piezas de excessiva grandeza, por la mala disposición de los caminos, le hizo cortar la cabeça, cuya demostración le preservó de que le representassen obstáculos a sus violentos arbitrios. Prohibió también que se llenassen los poços de nieve para enfriar el vino, diziendo que quería ser en Persia ministro de fuego y no de yelo, como también apartar a los soldados de las delicias, por atender sin alivio alguno a tan cansada guerra. Mandó llevar ochenta bestes de tela morada para su persona y obligar con este exemplo a que olvidassen el exceso de la vanidad en los dispendios los demás.

Remitió al primer visir (que estava en Assia para la disposición de su recibimiento) quatrocientos mil escudos, dexando encargado a los confinantes que, durante su ausencia, se manejasen bien con los christianos sin darles ocasión para la rotura, ordenando también al baxá de Silistria que compusiesse algunas diferencias que tenían el príncipe de Balaquia y el de Moldabia, porque no resultasse alguna novedad en los confines. Hizo arbolar la cola de cavallo delante del dibano, y enfrente de las casas de los más graduados, como señal de marcha militar. Regaló con zimitarra y beste al can de Tartaria para que, (después de aver recuperado de concierto la plaça de Asac), le siguiesse en la guerra de Persia con sus tropas.

[1637] Obligó al muftí que decretasse declarando que, a los prisioneros persianos, se les pusiesse en cadena como esclavos, aunque fuessen de la propia religión. Mandó también se hiziesse una junta universal de todas las tropas, como de lo que tocava a la milicia, para formar el cuerpo de su armada, y que los espais de paga y de timaro, como la cavallería feudataria (que llegavan a dozientos mil) assiessien de guardia a sus pavellones. De las ciento y sesenta cámaras de genízaros (que corresponden a tercios o regimientos) sacó treinta mil soldados, estando ya, esta formalidad, adulterada de la mañosa disposición del interés, porque en otros tiempos solo tenían plaça en estas listas los hijos de los christianos tributarios, pero en este siglo rescatándolos con el donativo, mezclan los turcos a sus hijos por adelantarlos en los puestos mayores contra las antiguas constituciones. El topagi bassi (cabo de los artilleros) escogió tres mil artilleros, entre doze mil, para esta función. Y todas las piezas que avían de servir tenían las armas de diversos príncipes christianos, haziendo con esta demostración vanidad de averlas ganado en las antecedentes batallas.

El príncipe sultán Casún (hermano de Amurates, joven de veinte y dos años y de altas esperanças), yendo el día del Bayrán a darle las pasquas, como se

acostumbra, con discreto cumplimiento alabó la generosidad de intentar la recuperación de Babilonia, exponiéndose a la descomodidad del viage por conseguir un poco más de gloria, como lo avían hecho sus antecesores, cuya atenta expresión movió en el pecho del tyrano Amurates obscuras sombras de ardientes desconfianças y, comprehendiendo que sabía mucho mientras lograba estar vivo, le condenó aquel día a las violencias de un laço con detestable severidad.

No dava passo el sultán sin que imprimiese las huellas en la inocente sangre, pisando la razón de las gentes con la tyrana de Estado. Y por ocultar el fratricidio, dio orden al cameycán que enterrase el cadáver sin ruydo, publicando que era una de sus hijas, pero la verdad (aunque disfrazada con la máscara de la mentira) siempre por último se conoce y se llegó a divulgar con universal desaprobación el injusto homicidio, no quedando en la real stirpe más que Ebraín, último hermano suyo, corcovado y contrahecho, que padecía mal caduco, circunstancias que le avían preservado de los sangrientos golpes de una fatalidad, como incapaz de ocasionarle algún rezelo con tantas imperfecciones.

Mandó a los astrólogos que consultassen el día más propicio, en que se declaró la jornada, como también que pusiessen su real pavellón en Escutari, a que se siguió la partida del topagi bassi, con grande número de gastadores, para que no tuviesse embaraço alguno en la marcha la artillería. Dexóse ver el sultán vestido de malla y, en lugar de turbante, se puso una borgoñota o zelada, tachoneada de diamantes y otras resplandecientes piedras preciosas, en cuyo remate sobresalía un penacho de ayrones. Su favorecido, el bey, le imitava en el adorno, siendo de una misma suerte el de la persona como el del cavallo. Precedía al cameycán, y ocasionó gran reparo al muftí, por la novedad de la forma dispuesta, según el extravagante capricho del sultán. Gozava este, entre las desgracias de otros, estimaciones privilegiadas de Amurates.

Embaraçado pues el sultán en la real, soberviamente adornada, le regaló el capitán baxá con treinta y dos bolsas de úngaros por el honor de dexarse servir en su galera y, dando fondo en Escutari, se dexaron ver en la campaña tres esquadrones de a quatro mil soldados con adornos sobresalientes, uno a costa del rey, otro del favorecido y el tercero del capitán baxá. Y unidos con los genízaros, le acompañaron hasta su aloxamiento. Señalaron al embajador persiano habitación apartada en este teatro para que fuesse testigo de la tragedia que se disponía contra su rey, sucediendo esta formalidad en un día de lluvia, más aspergente que bañante (que suele ser circunstancia entre los turcos de favorable agüero y la tienen por felicidad futura en la prosecución de alguna

interpressa). Hízosse este passage con solemnidad artificiosa, para que corriese la voz y saliessen con brevedad las milicias a congregarse en la parte señalada, pero no se pudo conseguir hasta veinte días después del desembarco de Amurates. Ordenóse el viage, por último, compartiendo el itinerario desde Escutari a Babilonia en ciento y veinte días de marcha, y sesenta de suspensión para descanso de las tropas, haziendo el viage hasta los confines de la plaça en cortas jornadas por dar tiempo a la incorporación de tan grande ejército.

Llegó en este tiempo un embiado de Moscobia con gran regalo de zebellinas, y se expressó de esta forma: *Que aquel gran duque no avía tenido en la interpressa de Asac parte alguna y que, si alguno de los expugnadores eran súbditos suyos (estando foragidos de sus dominios por delitos), no era capaz de castigarlos el atentado, de que no avía sido cómplice, y que deseava vivir y obrar como buen amigo de la Porta, rogándola que no permitiesse dessolassen más sus territorios los tártaros.*

Asseguró el gran can (con cartas) a Amurates ser cierta la expresión del moscobita, animándole a la recuperación de la plaça, pero los cosacos (que eran diez mil), bien defendidos de fortificaciones externas (que avían fabricado), burlaron más de una vez los tentativos del tártaro que, con treinta mil cavallos, avía bloqueado la plaça, retirándose a instancias de la artillería y mosquetería, que los saludaban con la cortesía de continuadas salvas.

Decampó finalmente de Escutari la poderosa armada othomana, estendiendo la marcha hasta Alepo, en que iban quinientas mil almas (sin los tártaros), las trecientas de armas y las demás de gastadores, vivanderos y sirvientes. En Esmirna fue la primera parte donde se hizo alto, y adonde llegaron acompañando al sultán la reyna madre y las favorecidas, sin las personas más graduadas y, dándole el buen viage, se despidieron. Mandó el rey hazer la reseña de las nuevas milicias de los chauzes y capigis, en cuya muestra (escogiendo los mejores) repudió los inhábiles, quitando la mitad del sueldo a los que, por enfermedad o por otro impedimento, no avían seguido el ejército, con que ahorró considerable suma de dinero en este arbitrio. Y aunque en Escutari tiene el sultán acomodado serrallo, no quiso alojar en él sino en la campaña, dando exemplo a los inferiores y, con la descomodidad, visitando también de noche los cuarteles, reprehendiendo los que por amor de las mugeres y los hijos avían dormido en sus casas. Era tan grande el temor que tenían los turcos de que (en su ausencia) podrían lograr los christianos algunas ventajosas conquistas en su daño que, a qualquiera movimiento, se assombraban aprehensivos.

El embaxador de Olanda (después de veinte y siete años de asistencia en Constantinopla), tomó licencia del sultán presentándole un libro de artes modernos para conquistar plaças sitiadas y, para que le entendiese mejor, lo

hizo traducir en lengua turca, ofreciéndole también que le proveería de ingenieros, bombistas y artilleros, que es lo mismo que afilar el cuchillo a los que uno espera que le degüellen. A los embajadores de Francia y de Inglaterra que pidieron permisión para acompañar a sus mugeres (que se iban a la patria) hasta los castillos, se la negaron; por lo qual, ofendido el de Francia del caymecán, le dixo que el ministerio de la embajada le avía empeñado en Constantinopla, pero no vendido. Nació la negativa de no gustar ver salir de la Corte a tres embajadores de príncipes christianos, en ocasión de averse alexado el sultán con todas sus fuerças. Antes de marchar de Escutari, encomendó el serrallo al bustangi bassi y al caymecán el gobierno de la Corte, como al capitán baxá la custodia de los mares Blanco y Negro. El bustangi bassi rondava por mar y por tierra, de día y de noche, el serrallo y castigava a los turcos que freqüentavan las tabernas, sin permitir que dos horas después de aver anochecido huviesse luzes encendidas en qualquiera casa particular.

Entre los polacos y los cosacos dio la semilla de la discordia el fruto tan abundante que, aviendo llegado a las armas, diez mil de los últimos perecieron a manos de los primeros, cuyo accidente fue de gran lisonja para los turcos, pues regalaron con exceso al que dio el aviso, esperando que los derrotados cosacos pidiessen socorro a la Porta para dársele, aprovechándose de la enemistad christiana para su ruyna. Marchavan las othomanas tropas con regular disciplina la buelta de Persia, a cuya resignada obediencia reduxo la severidad del monarca los espíritus más inquietos y, sin tomar más de lo que les querían dar en los villages los habitantes, se governavan pacíficamente pagándolo todo y, hasta el mismo sultán, antecedentemente inexorable a persuasión del favorecido, mudó la condición tan tratable que dava satisfacción a todos con la entrada franca en su habitación, a fin de oír las quejas de las milicias. El successo de un accidente marítimo pudo ocasionar nueva guerra con los venecianos, a no hallarse en aquella ocasión el sultán internado en la Persia, que fue de esta manera. Surcavan las aguas del Adriático diez y seis galeotas africanas bien armadas (que obedecían a Pichinin y a Susader, de quienes era cabo superior Alí) y, por estar la armada veneciana en Candia, avían deliberado (no hallando oposición) despojar la santa casa de Loreto, cuyo tentativo embaraçaron los venecianos y, de resulta, en la Pulla saquearon la tierra de Nicotra apresando muchos esclavos y algunas religiosas, en las cuales la inhumana fragilidad infame atropelló los términos de la estimación y el respeto con los de la insolencia irreverente, pasando después a la Dalmacia, donde a vista de Cataro apresaron un navío veneciano y, navegando la buelta de Constantinopla (llamados del caymecán y de Becadir, baxá del mar, para

assegurar aquella parte de las galeras maltesas y florentinas que infestaban el archipiélago), queriendo desembarcar en Lissa (sujeta a la República) para botinarla, dándoles caça el Capelo, general de la armada veneciana, los encerró en la Belona. Goza esta plaça un capaz y hermoso puerto, defendido de una fortaleza que oprime las espaldas de un monte y desmantela la campaña, señoreando con la artillería los obstáculos que pueden oponérsele y, abrigados del gobernador, dispuso la defensa de los refugiados infieles (que no obstante qualquiera capitulación o promessa en contrario, protexen los turcos a los cosarios, persuadidos a que no rompen la guerra aun con las mayores extorsiones, no estando declarada).

Saludó la armada veneciana al castillo disparando al ayre, para dar a entender a los turcos que, sin ofensa suya, procurava maltratar a los cosarios (sus declarados enemigos), a cuya salva respondió con bala, de que resultó desafiar a los cosarios a batalla, haziéndoles algún daño con la artillería, aunque poco por la mucha distancia. Y aviendo declaradamente la fortaleza asestado la artillería a la armada, se vio precisada a dar fondo más afuera para tenerlos bloqueados y poder pelear con ellos en caso de que saliessen del puerto. Pocos días después, saliendo al amanecer los cosarios, intentaron la fuga, pero advertido el Capelo, levando los ferros, çarpó animando a los suyos y, dividida la armada en dos esquadras, se abançó en batalla contra los enemigos, a cuya demostración correspondió el castillo con la artillería, rompiendo una bala el árbol mayor de la galeaza de Lorenço Marcelo, de cuyos astillazos el uno le quitó el brazo siniestro y, estropeado (murió peleando generosamente muchos años después) en calidad de supremo comandante en la guerra de Candia, como diremos en su lugar.

El gobierno de esta embarcación se encargó al valor activo de Albise Paruta, joven de espíritu generoso que casualmente se hallava en la armada. El sobre cómitre Quirini, sin temor del cañón, atacó dos galeotas después de los recíprocos disparos de mosquetería y artillería, a cuyo choque, emprendiendo la fuga, se guarecieron del abrigo de la fortaleza. Y continuando los venecianos desconfiados, embaraçar la salida del puerto, los cosarios de los christianos esclavos los echaron en tierra juntamente con la palamenta y timones, como también la más preciosa cargaçón del botín, aviendo conseguido la entrada a su arbitrio en el castillo, donde se asseguraron del peligro por entonces.

[1637] El duque de Medina de las Torres, virrey de Nápoles (acalorado de su gran zelo como de su soberana sangre, compitiéndose el uno con la otra en servicio de Dios y de la christiandad, se procuraron exceder en la fineza, sin conocer superioridad en la solicitud de su propia obligación), despachó persona

de confianza a ofrecer al general veneciano refrescos y municiones celebrando su gran valor y pidiéndole no abandonasse la empresa, que sería tan gloriosa para la República como de sobresaliente reputación para el comandante. Declaró un esclavo christiano (huído de las galeotas) que avían muerto en el passado renqüentro setenta turcos y veinte esclavos, y que cinco galeotas avían quedado maltratadas, a cuyo reparo assistían con aplicación los berberiscos para que pudiesen navegar. Y aviendo llegado al senado el aviso del successo con toda distinción, ordenó al Capelo que no excediessen las operaciones de lo puesto en razón, pues sabía los respetos que mantenía la República a la Porta por no desobligar al sultán y que, sin ultrajar la fortaleza, atendiendo a lo demás, procurasse oprimir a los cosarios en la mar quando se alargassen de la Belona, sin abandonar el empeçado disignio hasta lograr su destrucción enteramente. Esperavan los piratas el socorro y su preservación de alguna tormenta que obligasse a los venecianos hazerse al golfo, por no perderse en las costas de tierra, pero el mar en risueña calma mostrava el deseo de la vengança de tantas maldades executadas en su imperio por mano de tan infame canalla y, sin alterar las olas, mantuvo en quietud serena la jurisdicción de espumas para facilitar a los christianos el justo intento.

Esparciéronse unas voces artificiosamente que mencionavan que Biquir, baxá del mar, avía salido de Constantinopla con una esquadra a socorrer a los piratas y, el duque, virrey de Nápoles, bolvió a prevenir al Capelo que en caso de que la armada huviesse abandonado la empresa, se avían combidado las galeras de Malta y las de Florencia unidamente a concurrir a la destrucción de los cosarios, siendo las voces de unos y otros aéreas y sin fundamento, porque Biquir no tenía fuerças, ni forma de ponerse en semejante empeño, como tampoco estaban las esquadras christianas (por divididas) en estado de unirse. Escribió el governador de la Belona (unidamente con el cadí) una carta al Capelo para que se abstuviesse de ofender las embarcaciones que estaban refugiadas al abrigo de la protección de la Porta protestando que, si no desistía de violar este respeto, quedaría rota la paz y el sultán desobligado. **[1637]** Y no obstante esta amonestación, resolvió apoderarse de las embarcaciones berberiscas y, dividiendo en esquadras las suyas, ocupó la boca del puerto disponiendo que algunas galeotas y barcas bien armadas echassen la gente sobre los leños cosarios y los sacassen del puerto. Y, en fin, a costa de poca sangre apresaron diez y seis embarcaciones con gran disgusto de los piratas, que estaban observando el mal sin poder aplicarle algún remedio para su preservación. Y si bien, antecedentemente avían descargado lo más precioso, no obstante, estaban armadas de artillería de bronce y se halló en ellas un cuadro de la virgen

santísima, maltratado por averle arrancado de algún altar, y diferentes ornamentos de iglesias.

Quedó herido en esta ocasión Juan Minoto, y Marino Molino pasó con su galera a dar cuenta del suceso a la República, que ordenó echassen a pique los leños en el puerto de Corfú reservando solamente la capitana de Argel en el tاراچanal por memoria. Interpretóse variamente la deliberación de sacar las galeras de la Belona, abonando los amigos del Capelo el empeño como operación de la necesidad y del zelo, por escusar el desayre de retirarse sin mortificar a los cosarios y en la duda de que podían llegar las esquadras de poniente a coger el fruto que sus fatigas avían empeçado a cultivar. Pero los senadores de más anciana experiencia desaprobaron la resolución, diziendo que la operación avía sido contraria a las órdenes el senado, que le prevenían atendiesse a castigar a los piratas en la mar, apartados de las fortalezas, por evitar alguna desazón con la Porta y que, este accidente, era bastante materia para encender el fuego de la guerra, no siendo permitido a un ciudadano de la República adelantar los passos, de modo que pudiesen encontrarse con el empeño del rompimiento sin el común beneplácito, y que el deseo de la presa avía superado en el comandante los respetos de la política y abandonado los de la República con la Porta othomana, por atender a los propios. Y con el progreso del tiempo se acrecentaron tanto más las imputaciones de la culpa del Capelo porque, governando los galeones en el puerto de la Suda (después de la invasión turquesca de Candia), dexó de socorrer a la Canea (bien que rogado y excitado con importunidad del general Cornaro) aviéndosele atribuido principalmente la pérdida de tan importante plaça, como también las subseqüentes de aquella demarcación, por lo qual mandaron que (encarcelado) justificasse la imputación, como diremos a su tiempo.

[1638] Exclamavan los más zelosos diziendo que, en defender la patria, no avía mostrado tanto esfuerzo como en irritar a los turcos, dándoles ocasión para alterar la calma y descomponer la quietud de la República. Después del suceso, participó el Capelo al embajador veneciano todas las circunstancias del accidente porque las relaciones apasionadas de los turcos no pintassen el lance con rostro diferente del natural y verdadero. Era Luis Contarini ministro de la República, en aquella Corte senador experimentado (por aver pasado los años ocupado en las principales Cortes de Europa) y quien estuvo siete en Muster en los manejos de la paz de la christiandad unidamente con el nuncio (que después fue Alexandro Séptimo). Y aviéndole embiado a llamar el caymecán, le recibió con alteración: *Exagerando los procedimientos de hostilidad contra una armada, no de cosarios, sino formada del gran señor en virtud de sus órdenes, con las quales avía mandado*

que passassen a defender el mar Blanco y el archipiélago de los insultos de los piratas christianos y que, casualmente transportada de una borrasca, se avía salvado en el puerto de la Belona, donde no respetando los venecianos la fortaleza, la avían fulminado con más de quinientos cañonazos violando (con términos descorteses) la inmunidad de aquel sitio con declarada obstilidad y aparente rotura. Y que, si la avían fabricado sobre la ausencia de Amurates, la executavan con un príncipe tan hombre que, por tomar satisfacción del exceso y castigar el insulto, no temía los viages ni los azares, como tampoco las descomodidades. Y que si avía sido disignio de divertir las operaciones de la Persia, el caudaloso río de las armas othomanas inundaría (con avenidas de sangre) los Estados de la República, y que no estava el sultán tan distante que no pudiesse retroceder el curso de las fuerças poderosas que, también como a cosarios (si se quisiessen glossar las capitulaciones), convenía atacarlos en alta mar y pelear con ellos, y no en la Turquía, porque las fortalezas eran semejantes a las mugeres del sultán, que no se podían violar sin ofender la honra del marido.

Defendióse el embaxador diziendo: *Que aquellos piratas eran los que el año antecedente (desembarcando en Candia) avían saqueado aquel reyno y, no contentos con la demonstración, se abançaron al golfo en las entrañas de los dominios de la República con disignio de hazer extorsiones en la isla de Lissa. [1638] Y que las capitulaciones hablavan muy claro sobre que a los cosarios se les prohibiessen los puertos del rey, no aviendo dado antecedentemente seguridad de no molestar a los súbditos y a los Estados venecianos. Y que si huviera avido intención en sus generales de ofender la inmunidad de la fortaleza, no desperdiciaran treinta y siete días en el assedio de los piratas, todo al objeto de obligarles a salir del puerto sin dar disgusto a la Porta othomana. Y que la defensa propia era natural contra todos y, principalmente, contra los ladrones, que se mantenían de robar las haziendas ajenas. Que la artillería de Venecia saludó sin bala al castillo, que respondió con ella en muchos cañonazos y que, el averlos encerrado en aquel puerto, era para estorvar los daños en los dominios venecianos. Y que si los huviesen combatido, era menester considerarlos como enemigos universales perturbadores de la común quietud y del tráfigo, como piedras de escándalo, con las quales no se podía fabricar el edificio de la seguridad permanente de la amistad con el sultán.*

Replicó el baxá: *Que sobre las galeotas navegavan más de diez mil personas entre soldados y esclavos y que se avían salvado en la fortaleza por la misma razón de natural defensa, y que les huviera sido conveniente averlos dexado partir libres sin continuar la injuria, no queriendo ser blanco donde llegassen a ofender las flechas de las iras del desdén del sultán.*

No tenía entonces el baxá noticia de averse apoderado los venecianos de las galeotas, por lo qual después de divulgado el successo, le bolvió a llamar y continuando las quejas, dixo assí: *Que los venecianos avían violado el puerto por aver entrado en él con armas y sacado por fuerça los leños cosarios refugiados a la sombra de la othomana protección y que, no restituyéndolos prontamente, sería inevitable la guerra.*

Apretava tanto más el caymecán en la restitución, quanto se avía empeñado con el embaxador veneciano, para que bolviessen las galeotas a los cosarios, siendo el senado de diferente opinión y, assí, embió segunda orden para que anegassen los leños por no exponerse al desayre de que Amurates indecorosamente se los hiziesse restituir. Publicado en Argel el aviso de la pérdida y sumergión de las galeotas, fue incomparable el sentimiento universal y la aduana, que es lo mismo que el dibano o consejo de la ciudad, condenó a muerte a Alí Pichinin, cabo de aquella esquadra, como autor de tanto daño por averse reconcentrado con la armada en el golfo y, no hallando seguridad en el propio país, se reduxo a Constantinopla esperando con atosigadas relaciones irritar a los turcos para que rompiessen la guerra, explicándose en esta forma: *Que no tenía la Turquía enemigos más implacables que los venecianos y que las demás naciones quando aprisionan cosarios, los hazen esclavos, pero que estos, no dándoles quartel, o los degüellan o los anegan, sin guardar respeto a los asylos de las plaças del sultán. Y que si se tolerava semejante estrapaço, no tendrían los cosarios seguridad en parte alguna y que eran, por último, soldados de la Porta que peleavan por la nación y por la exaltación de la seta mahometana contra los perpetuos naturales e implacables enemigos christianos. Y que los venecianos avían acañoneado la Belona y desembocado algunas piezas de la fortaleza, como aterrado parte de la muralla, damnificando la mezquita del difunto sultán Solimán y, violando el puerto, avían sacado de su abrigo las embarcaciones y triunfado del mahometismo. Y que si se resolviesse la rotura, mantendrían sesenta embarcaciones armadas de todo lo necessario el tiempo que durasse la guerra, como lo hizieron el año de 1570 en la guerra de Chipre (derramando el día de aquella tan celebrada batalla, la sangre, sin reservar las vidas).*

Agregávase a estas representaciones el no gustar las sultanas de la ausencia del rey (porque le deseavan en Constantinopla), ni tampoco de la guerra marítima y, assí, escrivieron a Amurates exagerando el sucesso con apasionados y malos officios. [1638] Avían hecho los cosarios mencionados diversas presas oprimiendo algunas naciones y logrado en Calabria muchos cautivos y, numerando el cómputo de los prisioneros, se componía de mil franceses, de ochocientos españoles, de setecientos venecianos y setecientos y cinquenta ingleses, con setecientos olandeses y otros muchos de los payses septentrionales, como también algunos turcos que, aunque avían clamado a la Porta, era tal el poder de estos piratas con los ministros que no hubo modo de conseguir la libertad, pretendiendo ser combidados de la Porta y no súbditos, pues los baxaes que van a gobernar a Argel, Túnez y Tripol, no exercitan la absoluta autoridad como en los territorios othomanos, sino dependiente y limitada de los consejos, pareceres y arbitrios de los mismos cosarios.

El embajador veneciano representó a los demás ministros de príncipes christianos los conceptos siguientes: *Que la causa común y los intereses de los christianos eran unos mismos. Y que, si bien, los turcos mantenían la paz, hazían a su modo (con el medio de los cosarios) una guerra perpetua a la católica religión y que, si se interessaran los príncipes christianos en ella, como lo pedía la justa ocasión, y huvieran protestado a los turcos (con sentimiento igual) el daño común, es cierto que se abstuvieran de incurrir en los excessos que executavan.*

Conocieron los embajadores ser puestos en razón los conceptos de la expressiva, bien que algunos se escusaron con dezir que no estaban capaces de los motivos de sus amos para entrar en algunos empeños y, a la vista de esta excusa, los de Inglaterra, Francia y Olanda, resolvieron interessarse como medianeros para ajustar amigablemente la diferencia, presentando un memorial al caymecán, que agradeció los buenos oficios ofreciendo remitirle al sultán con seguridad de que, hasta tener respuesta, suspendería las órdenes que llegassen a sus manos (aunque fuessen muy severas) sobre este particular. [1638] En cuyo tiempo llegó aviso de que, noticiado Amurates del accidente (prorrumpiendo en la acostumbrada destemplança), quería que hiziessen pedaços al ministro veneciano con toda su nación y familia. Y para sossegar el apasionado furor del sultán, empeñaron todos los buenos oficios que pudieron el visir y el favorecido, a fin de suspender treze días la partida del correo con la respuesta hasta que, con gran fatiga, terminó la alteración en mandar prender al embajador, encargando a los ministros que le tuviessen en segura custodia y que amenaçassen con pena de la vida al correo para que callasse la resolución, a fin de que no llegasse la noticia al rey de Persia, porque (rezelando nueva guerra por este contratiempo con los venecianos) no estuviesse más tenaz en dar satisfacción, como también los de Babilonia (con la esperança de que desamparasse el empeño el sultán, precisado de la necesidad), más firmes en resistirle (que aunque bárbaros, no dexan de ser políticos, para conducir sus intereses con aplicada prudencia al fin que desean, mezclándola con la violencia, que suele obrar maravillosamente a favor de sus execuciones).

Passó el emín del taraçanal por el embajador para conducirle a la audiencia del caymecán, en tiempo que estava enfermo de gota, por cuyo respeto, queriéndose excusar, replicó el turco que era preciso que fuesse de qualquiera manera que se hallasse a recibir las órdenes del sultán. Y haziendo todo el esfuerço possible, cojeando, se puso en una silla y, conducido a la estancia del caymecán, le dixerón que aún estava en la cama, pero conociendo el artificio como también que esta detención era pretexto para executar lo essencial de las comissionses y dar a entender la entera autoridad que tenía en

aquel negocio, huvo de dissimular y tener paciencia. Y aviéndosele llegado quatro turcos principales con el pretexto de entretenerle en quanto el caymecán se vestía, movieron mañosamente esta plática: *Que en esta negociación no avía más medio que la paz o la guerra. Que para la segunda no era menester otro pretexto que sacar la espada y que, para la primera, se requerían medios términos y satisfaciones. Que la más necesaria era la de restituir los apresados leños, pues con avérselos quitado, quedava satisfecha la vengança y con restituirlos se asegurava el gusto del sultán, siendo assí que, ponerlos en sus manos, no era entregarlos a los cosarios, no pudiéndose dar menor passo a favor de la intercessión de un gran monarca. Y que quando se tratava de serenar la tempestad de un rompimiento, por evitar los daños de una turbada resolución (donde la guerra es el aborto de una sangrienta nube), se restituían muchas vezes las ciudades y las provincias, siendo de más consideración que unos leños.*

Respondió el embaxador: *Que para calmar las diferencias eran necesarios medios términos, pero no impossibles, y que no se podía restituir lo que no estava en ser, puesto que las galeotas maltratadas estavan sumergidas entre las aguas por averse ido a pique.*

A que replicaron que la República diesse de las propias. Respondió el veneciano: *Que no tenía tanta autoridad y que hallava no practicable el consentirlo, pues con destruir los instrumentos de la piratería y de los robos, se hazía una justicia puesta en razón y, con la restitución, un desayre, dexándola ajada y destruida.*

Y atendiéndole bien defendido a las instancias de sus proposiciones, uno de ellos passó a referir al caymecán la sustancia de la conferencia y el poco jugo que avían sacado de ella y, admitido a la audiencia, sacando del pecho una patente y besándola humildemente, dixo: este es el decreto del rey que, leído, contenía estas razones. *La presa de las galeras de Argel nació en gran parte de tu insuficiencia, por lo qual te mando que, al momento, pongas en prisión al embaxador veneciano.*

Y bolviendo a besarla, la puso en el pecho, a que respondió el embaxador: *Que no le asustava la prisión estando pronto con generosidad a sufrir el martyrio por su príncipe, y que a su República le sobrava constancia y resolución para qualquiera trance como lo avían experimentado los cosarios, y que se admirava que, estando interesados en esta mediación los ministros de los príncipes christianos (en injuria de las promessas antecedentes), variasse en los efectos del empeño.*

Replicó el turco: *Que en las promessas avía empeñado la lengua, pero que en esta execución se tratava de desempeñar la cabeça, quando era tan notoria la severidad del rey. Y que no podían faltar a su obediencia, si no es aquellos que estavan cansados de vivir, y que se entretuviesse en la posada de su mayordomo con los criados más necesarios para su asistencia.*

La mañana siguiente le dixerón que escogiessse una casa a su gusto en Gálata, donde le llevaron quatro chاوزes, quedando los dos de guardia a la

puerta, cuyo accidente participó a los ministros de los príncipes. Y esparcida la noticia de esta novedad en Constantinopla, dio motivo a varios discursos que pronosticaban que, si el sultán se retirava de Persia, sería cierta la guerra con venecianos o con malteses. Visitóle después un principal turco y le insinuó que representasse templadamente al senado el sucesso como capricho furioso del sultán, puesto que su prisión no era efectiva mientras se permitía a todos que le visitassen y que, representasse al senado, le remitiesse poderes adecuados para facilitar la composición, para la qual no ayudavan las piraterías de los malteses y florentinos en el archipiélgo, donde más que nunca se sentían entonces aumentando el dolor de los othomanos. Semejantes pellizcos de los christianos son dañosísimos, porque no sirven más que de despertar a los turcos que duermen sin pensar en la mar.

Llegó orden de Amurates al emín del tarazanal que aprestasse diez embarcaciones reales y se las entregasse a los berberiscos, argumento claro de que la Porta no los quería destruidos, sino aliviados y protexidos, si bien el darles los leños fue con calidad de que internassen en Constantinopla para salir incorporados con la armada real, cuya precisión no les agradó recelando que quería el rey apoderarse de sus esclavos (que por las fugas y enfermedades cada día se disminuían en Salonic, donde depositados esperavan el nuevo armamento) y, para suplir la falta de los leventes, iban de casa en casa ofreciendo diez reales y un mosquete a los que quisiessen emplearse con ellos en la piratería, si bien no pudieron juntar más que veinte y cinco soldados. Y aunque se hallavan en el país othomano, no olvidavan la perversa costumbre de desvalijar a los mismos turcos, por lo qual llegavan cada día las quejas acompañadas de clamores a Constantinopla. Y por quitar con violencia a una turca unos brazaletes, la cortaron las manos, robando también diversos muchachos a los griegos, despojando assimismo de noche las haziendas, de cuyos excessos se sirvió el embaxador para su negociado diziendo: *Que damnificavan sin distinción y que los renegados, por la mayor parte, como avían sido malos christianos, era preciso que fuesen pésimos turcos enemigos de una y otra religión. Y que no conocían más ídolo que el hurto, viviendo como los gavilanes de rapiña y que, si hazían a la Porta algún regalo, davan con una mano lo que arrebatavan con dos.*

Manejávase Alí Pichinin con razones y dinero y, aviendo vendido sesenta esclavos para tener medios prontos, obtuvo licencia de fabricar dos galeras en los taraçanales, pero debaxo de varios pretextos se las entregaron y, después de averle vendido la artillería, se la quitaron por fuerça, por lo qual exclamava diziendo que le hazían más daño los turcos que los venecianos y que, sirviendo a la Porta sin pagamentos, ya que no le davan dinero, no le debían escasear la

protección, y que el país que gozaban no le avían recibido del rey, sino ganado sus antepassados con las armas. [1638] Y porque la ausencia de la Corte desfavorecía los manejos de la negociación, le convenía al embaxador passar sus razones por los canales de los ministros, alterados siempre del ayre de las passiones y de la avaricia como del interés, con que no llegavan a los oídos del sultán sino turbadamente impuras, a que se agregava que a viva voz era más fácil rechaçar las oposiciones desatando las dificultades, si bien tienen su lengua las plumas para hablar, si no con la misma energía (porque no corresponden sino en tiempo), con fortuna de enflaquezer muchas vezes la fuerça con la razón.

Después de aver llegado a Venecia el aviso de la prisión de su ministro, pusieron en la noticia de los príncipes christianos el desayre de Amurates, las protestas y amenazas y quán necessaria era la unión y la correspondencia entre ellos para resistir las othomanas violencias, cuya participación hizo más cosecha de conmisericordias que de socorros, siendo solo Urbano Octavo quien asseguró con prompto zelo (en el preciso empeño) asistir con las suyas y estimular las assistencias de otros. Embió orden el senado a los generales a levante que previniessen defensas en caso de que el enemigo intentasse alguna novedad, por lo qual armaron diez y seis galeras en Candia y otras galeaças, que agregaron a la demás armada a orden de Antonio Pisani y Sebastián Veniero. Hiziéronse considerables levas de milicias, reforçando las plaças de los confines de gente como de los necessarios aprestos, sin perder de vista el calor de las disposiciones como las circunstancias de lisongear al sultán. Y para templarle, escribió la República seria y cuerda carta, representando: *La necesidad de corregir la insolencia de los cosarios que avía crecido hasta los términos de insufrible, pues despreciando tantas vezes las órdenes de Su Magestad sin atender a la obligación reverente de obedecerlas, y que no avía tenido el senado intención de alterar la amistad con la Porta, cultivada y mantenida con tanta veneración desde los tiempos que imperavan sus gloriosos ascendientes.*

Y no solo dio respuesta a la carta, sino que la remitió a Venecia con propio. Y, si bien, contenía conceptos arrogantes (según la costumbre de aquella sobervia nación), se traslucían algunas aberturas para los tratados comprendiéndose claramente que, haziendo juego el sultán de esta negociación, quería ganar la partida obligando a la República a descartar los oros más que las espadas. Y, porque rezeló que los ministros podrían aprovecharse en esta materia (con daño suyo), difirió la conclusión con varios pretextos hasta su retorno a la Corte, donde el año siguiente se dio la última mano a la negociación con dinero (como diremos en su lugar), con el qual se apaciguaron los más alterados motivos de rompimiento, pues lo contrario era sugetarse a la

inestabilidad de los sucesos, escusando con tan cuerdo modo de negociar los riesgos que podían sobrevenir de llegar a las armas con tan poderoso enemigo. **[1638]** Esta máxima de evitar la guerra y desvanecer los turbados ánimos de los ministros de la Porta con el contante (quando se puede), fue siempre practicada de la madura prudente sabiduría de los antiguos senadores venecianos, porque el oro nunca tiene más alto precio que quando, con él, se compra la quietud y generosamente se contribuye para el establecimiento de la paz, porque es la piedra imán que guía en Constantinopla qualquiera navío cargado de negociaciones, sin la qual o se yerra el camino o se navega sin hazer viage.

Marchava Amurates a la testa de su formidable ejército, vestido a la genízara para ganar los ánimos de esta milicia (puesta ya en disciplina y obediencia a fuerza de exemplares castigos) y, aunque era largo y desacomodado el viage por desiertos de arena, exponiéndose el primero al trabajo, cada uno se ajustava al peso de las fatigas, siendo argumento que más persuada a la multitud el exemplo tolerante del cabo superior. No faltó un codicioso que (deseando las albricias) le truxesse aviso al sultán (que estava falto de sucesión masculina) de que la reyna avía parido un príncipe sin averse asegurado de la verdad, pero Amurates mandó que le tuviessen a buen recado hasta recibir la confirmación que, poco después, aseguró ser hembra la recién nacida, por lo qual mandó empalar al autor del primer aviso, acreditando con este exemplo que los príncipes de esta casa son crueles, aun antes de nacer, pues ocasionan la muerte. Bayrán, primer visir, le salió a recibir a Cogña con moderado acompañamiento por dexar más capaz el alojamiento del rey, a quien regaló con cinquenta mil reales en unas bolsas, correspondiéndole el sultán con una beste y una zimitarra. Y aviéndole representado cómo toda el Assia concurría con tropas y bastimentos puntualmente al servicio de Su Magestad, exceptuando un santón llamado Mula (que habitava en los montes asistido de numeroso séquito de inobedientes), dio orden al sangiaco de Tripol que marchasse a castigarle con algunas tropas, en cuyo trance quedó desvaratado el sangiaco. Y noticiado Amurates del suceso, encargó la destrucción de esta gente al capitán baxá que, con escogidas esquadras y alguna artillería, pasó a pelear con los rebeldes que, maltratados de los cañones, cedieron desvaratados a la mayor fuerza, quedando en la campaña seis mil cadáveres y prisionero el santón, no comprando tan de valde la victoria que no le costasse más de dos mil escogidos soldados. Por lo qual hizo alto el rey en Cogña más tiempo del diseñado esperando el suceso y, aviendo atormentado al santón para que declarasse las correspondencias (desollado vivo), le pasearon en un jumento por todo el ejército. Y para que fuesse más horroroso el castigo, le enrodaron, cuyo patíbulo toleró con la más

admirable constancia que vieron los nacidos, sin hazer demostración de sentimiento alguno en el cruel castigo.

Salió a campaña el persiano con cien mil cavallos, después de aver hecho demoler los arrabales de Babilonia como también aumentado (con tropas de todas partes) sus armas, aviendo recogido ocho mil polacos y cosacos, que a la desfilada concurrieron a recibir su sueldo y, con buen número de ingenieros y bombistas como de artilleros (que le avían embiado los príncipes christianos), hazía el esfuerço possible para oponerse al impetuoso choque de las armas othomanas. Y aviéndole sucedido mal al tártaro la experiencia de Asac, se agregó con sus tropas a las turquescas.

Solemniçose la entrada del sultán en Alexandría con grande exceso, acompañando esta festividad los disparos de los navíos que estaban en aquel puerto de ingleses y olandeses. Passó después a Antioquía y después a Alepo, donde llegó el baxá de El Cayro (con rico tributo), a quien acompañavan quatro mil soldados muy lucidos y bien dispuestos, y también de Palestina refuerços considerables que hazían tanto más numeroso y formidable el ejército.

Despachó Amurates dos embiados. Uno al gran mogor y otro a Usbec, rey de tártaros assiáticos, excitándolos para que de concierto moviessen sus armas a daño del persiano. Y puesto en execución, fue de admirable provecho para las meditadas conquistas. Embió también el sultán a combidar al rey de Arabia desierta para que se incorporasse con él, regalándole con varios presentes assí el rey, como su favorecido. Domina, este príncipe, grandes si bien deshabitados payses, que se dilatan desde Alepo hasta Babilonia. Y siendo joven de espíritu arrogante, tuvo ambición de ganar la gracia de Amurates y, puesto a cavallo, bien adornado al uso de su nación, con quarenta mil soldados se agregó a las othomanas esquadras. Y haziendo ostentación Amurates de la fuerça de su brazo, passó con una azagaya unas armas que resistían las balas de mosquete, que se pusieron sobre una puerta de Alepo con una inscripción que mencionava el sucesso. Murió de repente Bayrán, primer visir, y se creyó que fue de pena de averle dado el rey en público una bofetada porque no castigava a los que tomavan tabaco. Las afrentas que, por necessidad, se toleran continuamente engendran en el estómago indigestiones mortales. Sintióse generalmente la pérdida de este ministro porque moderava los ardores del sultán, endulçando las extravagancias de sus caprichos con tal arte, que rompía las ondas de su inquietud sin anegarse en las borrascas de su alterado impulso.

Hizo merced del visiriato a Mustafá baxá, capitán del mar, que se escusó por las bizarrías del sultán proponiendo a Mehemed, baxá de Diarberquir, hombre de provecho y consumado en el exercicio de las armas y,

particularmente, con los árabes y persianos. Tuvo en el mar Negro, Piali, un renqüentro con los moscobitas que avían salido de la plaça de Asac, en que logró el día con pérdida de mil hombres, quedando prisioneros setecientos cosacos, mencionando (en la noticia que dio al sultán) mayor la victoria de lo que avía sido con motivo de lisongearle. Sufrió Amurates las descomodidades con notable tolerancia y, en el passage del Éufrates, por un puente incapaz del transporte de tantas tropas, artillería y bagage, experimentó (en la ruyna de las maderas) lo débil de la fábrica que, en desquartelados fragmentos, contribuyó para el destroço de tantas tropas infieles como perecieron sumergidas en las ondas (que, con las lluvias continuadas de aquellos días, avían salido de madre).

Tarpos, rey de los árabes, con su madre, muger y un tierno hijo, passó a humillarse al sultán, que mandó aloxarlos en el quartel del favorecido, no habitado de él, porque no se apartava jamás del lado del gran señor. Y después de averle banqueteadado con asistencia de los más principales baxaes, discurrió en diversas materias con gran prudencia y circunspección. Y passando inmediatamente a la audiencia del sultán, se le conoció gran mudança en el semblante, o temiendo el peligro o desconfiando en la seguridad, pero saliendo a encontrarle el favorecido con risueño agrado, se recobró, como argumento de admitirle bien el sultán, que le regaló con una beste de brocado de oro y una cantidad de zequíes, dándole las gracias por la asistencia y unión de averse incorporado a sus tropas. Correspondió al regalo el árabe con algunos cavallos de aquella nación y dos leones pardos, con grandes ofertas de seguridad, si bien, sigue esta gente la política de agregarse siempre al más poderoso vencedor y lo mismo hazen los giorgianos y mingrelis, pueblos neutrales entre estas dos potencias, recargándose a la balança que más pesa. Pagan los mingrelis de tributo al sultán cada tres años ochocientas mil braças de tela y consiste su mercancía en vender esclavos, comprándose los unos a los otros con tanto abuso que no se avergüença el padre de vender los propios hijos, ni el mayor al menor hermano. Professan el rito griego cismático y su patriarca no tiene otra renta que la de algunos esclavos que le tributan los pueblos para que los venda y saque de ellos el propio sustento. Los giorgianos se mantienen debaxo del dominio de diferentes soberanos (pequeños príncipes), que viven siempre desunidos como los medianos torrentes, que divididos en varios arroyos con facilidad se secan. Mantiénense en estos pueblos algunas reliquias de la fe católica que introduxeron los años passados los padres de la Compañía de Jesús, con algún provecho del descaecido rebaño. Murió el protomédico de Amurates, hombre versado en las letras persianas y árabes y, discurriendo en su presencia los efectos del opio, quiso que se curasse a sí mismo forçándole a que tomasse

tanta cantidad que en pocas horas consiguió el sueño de una eternidad, y le hubiera sido más favorable no aver manifestado parte de la virtud que ocasionó su destrucción, porque del riesgo de los tyranos vive más seguro el que menos sabe.

Hizo alto la armada en Moscel para unir todas las fuerças y, aviéndolas reconocido en persona con incansable aplicación, condenó a muerte a los que bebían tabaco de humo, con quienes tenía particular antipatía, diziendo que hazían agravio al vino (con quien tenía gran amistad), siendo las execuciones tan atroces que, después de averlos quebrantado los braços, dessollándolos vivos (con las entrañas abiertas), los esparcían por las calles para terror y exemplo de los demás. Tuvo el embaxador veneciano (por medio de un navío) noticia del feliz natal del defín de Francia (que oy reyna), saliendo a luz para consuelo de aquella monarquía (después de una dilatada, dudosa y suspirada esperanza) y, aviendo participado esta novedad al embaxador de aquella corona (que aún no la sabía), hizo cantar en su casa el *Te Deum Laudamus* con el ruydoso estruendo de algunos morteretes, a cuyo rumor embiaron a llamar las sultanas al bustangi y le reprehendieron de negligente porque permitía (en ausencia del rey) semejantes demostraciones, diziendo que las fiestas de los infieles christianos denotavan aver sucedido algún desastre a la Turquía, obligándole a que corrigiesse aquel abuso, como a penetrar el motivo de aquella alegría. Y passando a la casa del embaxador, encontrando a la puerta al conde de Chesi su primogénito, le maltrató con palabras ayradas y descompuestas preguntándole el motivo de tan estruendosas novedades, a que respondió: *Esto es solemnizar el nacimiento del primogénito de mi emperador*. A que replicó el turco con descompuesta forma orgullosa: *Qué primogénito ni qué emperador, quando no ay en el mundo otro emperador que el de Constantinopla*. Y aviendo entendido el embaxador que le llevaba preso (embaraçando que no se moviesse la familia), siguió al bustangi y, assiéndole de la beste, le dixo: *O entrégame a mi hijo o llévame con él a prisión y, si lo hazes, te declaro la guerra en nombre de mi rey*.

Esta atrevida demostración puso en cuydado al turco y, temiendo mayores inconvenientes, dexó al preso en libertad, aunque hizo dar de palos en su presencia a algunos de la familia que le siguieron, no obstante, la orden que les avía dado para que no se moviessen. Fue temeraria la acción contra un ministro real executada de un subordinado turco sin consentimiento de su soberano. Ordenó el muftí (a pedimento de las sultanas) públicas oraciones, que se executaron (con la asistencia de los más graves baxaes) en lo más elevado de una colina, con las ceremonias de sus falsos ritos impetrando afortunado successo en la interpressa que intentava el sultán. Pero bolvamos a la Persia,

donde avía salido a campaña aquel rey con ciento y veinte mil cavallos, que tenía acuartelados en el explayado término de un territorio abundante de forrages, y muy a propósito para sus operaciones como para fomentar a los sitiados, aunque distante algunas leguas de Babilonia.

Ya se avía internado Amurates en aquel reyno con sus tropas, donde las enfermedades y las fugas freqüentes de los soldados eran considerables por la falta y carestía de los bastimentos, ocasionada de la esterilidad del país como también de la multitud de la gente. Y para remediar el abandono de los militares, ordenó el sultán que se pusiesen guardias de los más seguros genízaros en los tránsitos y avenidas de las fugas, para que hiziessen pedaços a los que cogiessen sin licencia por escrito del visir y, después de muchas descomodidades, llegó el exército a tomar los puestos sobre Babilonia, a nueve de noviembre.

[1638] Fundó la antigua Babilonia en los passados siglos la gran Semiramis. Amplióla Nabucodonosor, quedando registrada en el volumen del tiempo por una de las siete maravillas del mundo. Dividióla el Éufrates (que la baña) de un milagro de admiración en dos, con las inundaciones y, corrompida o destrozada del voraz diente de las edades, dexó algunas arruynadas reliquias de sí misma para que conservassen aquella memoria.

En el año de Christo, nuestro bien, de setecientos y cinquenta y tres (a moderada distancia de la primera) fabricó a Bagadet, o nueva Babilonia, Abugiafar Armansor, en la margen oriental del Tigris. Y después de su muerte, la dilató Almolied, su hijo, por la parte occidental del mismo río (que passa por medio), fabricando otra ciudad de mayor magnificencia y más dilatada que la primera, si bien, son más ventajosas las fábricas y las casas de esta que las de la segunda. Recíntanla antiguos casamuros con algunas medias lunas externas, consistiendo su principal defensa en tres fosos que la ciñen.

Ensancháronse las numerosas esquadras, a vista de la plaça, en la espaciosa campaña assombrando con tantas humanas plantas las vegetables del país, temerosas de que para acuartelar hombres sería preciso desaloxar los troncos de su nativo terreno. Y después de aver tomado los puestos, convocó el Consejo, no solo de los comandantes, sino también de los más ancianos genízaros y espais que avían concurrido en el antecedente sitio. Y recogiendo los votos de todos, se resolvió el ataque en tres líneas o ramales, caminando el primero a la puerta Blanca, a orden del visir con una batería de doze cañones, y el segundo a la puerta Obscura, guiado de Mustafá capitán baxá, con otra batería de doze piezas; y el tercero a la puerta de Persia (governado de Cusaín baxá, beglerbey de Natolia) con otras ocho culebrinas. Y aviendo Amurates (con infatigable ardor) visitado los puestos, asegurando a todos sobresalientes

recompensas según el mérito de cada uno, despachó un propio al caymecán de Constantinopla para que dispusiese rogativas y le embiasse dinero, porque estaba en ánimo de vencer o morir. Y asistiendo a todas partes (vestido en hábito común para no ser observado), acalorava con aplicación las operaciones donde era mayor el peligro, protestando que no avía de mudar vestido hasta dentro de Babilonia, y hazía tener de guardia siempre en su aloxamiento un cavallo para montarle a qualquiera hora que fuesse menester. Y aviendo descansado tres días el ejército, empeçaron las labores de las trincheras, como también los disparos de la artillería, gustando el sultán de poner fuego (con su propia mano) al primero y más grueso cañón que se disparó. Correspondían los de la plaça a las impresiones de la artillería enemiga con abundantes rayos de estruendosos incendios. El más abançado trabajo era el del capitán baxá, en cuyas líneas construyó elevados bastiones, aviendo echado en ellos la primera espuerta de tierra el sultán. Guarnecían la plaça ochenta mil defensores, los quarenta presidiarios y los otros capaces de manejar las armas y, en los primeros días, hizieron una salida de tan copiosos esquadrones que parecía ejército formado y, atacados de los othomanos, bolvieron a la plaça descompuestos y maltratados. Salió el favorecido con gruesas tropas de escogida cavallería a impedir el socorro, sabiendo que el persiano le intentava con ciento y sesenta mil combatientes y los sitiados bolvieron a hazer otra salida con ánimo de demoler las trincheras enemigas y clavar la artillería. Y oponiéndose a esta resolución los othomanos, después de un sangriento trance, quedaron unos y otros separados con recíproco estrago y más cansados que satisfechos de ofender. Y aunque las defensas de los persianos eran ardientes y sustentaron algunos días una media luna externa con gran constancia, sin embargo las apariencias demonstravan la victoria (aunque muy costosa) a los agressores, a quienes enteramente faltavan personas experimentadas en el arte de conduzir las operaciones del sitio a efecto conseguible, no siendo mayor en la plaça el magisterio para la contraposición regular de la defensa, si bien los turcos tenían una ventaja, porque los defectos del arte suplían los esfuerzos de la gente y la multitud del número vencía qualquiera dificultad en el terreno. Y por esso se adelantavan tanto las labores, y las operaciones con más bizarría que destreza, aviéndolas guiado hasta la orla del foso un paduano y un candiote, ingenieros de moderada habilidad, si bien entre la universal impericia tenidos por suficientes. **[1638]** Y aunque las operaciones de las minas no hizieron buenos efectos, se iban resfriando las defensas de los sitiados por la poca esperanza que tenían de que su rey los socorriese. Percieron en algunos enqüentros de las tropas de Rumelia más de seis mil escogidos turcos, y se esparció más sangre

que industria, manejándose en este sitio más las zimitarras que las zapas y, más las armas, que las labores, porque no teniendo la plaça fortificaciones externas a la moderna, todo el tesón del sitio se reduxo a los assaltos. Obrava el sultán con tanto ardor en la expugnación, que huviera personalmente conduzido las tropas a las brechas si los cabos mayores no se lo embaraçaran con la evidencia del peligro y con la oferta de arrojarse ellos al precipicio, sin reserva alguna, por preservarle la vida con más expuesto sacrificio de las suyas. Consistía la resistencia de la plaça más en el concepto, y en el exemplo de las antecedentes vanas experiencias, que en otra qualquiera fortificación, aviendo nacido de la dificultad de subsistir en el país esterilizado, con estudio de los mismos persianos, juntando esta demostración a la infecundidad del terreno desierto y arenoso, a que se agregava también lo áspero de la estación, que en el coraçón del invierno dificultava la expugnación, en cuya circunstancia fundavan su salvamento, más que en otra fortificación, los sitiados. Reduzida la disputa a las armas blancas en las brechas, cuya cercanía despreciava los efectos de las bocas de fuego, como de la artillería, aviendo superado el primero y segundo foso, como sangrado el tercero a costa de muchas vidas, consiguieron los turcos aloxarse en él. Y después de aver puesto las galerías y picado la muralla, dieron fuego a unos hornillos, que abrieron cinquenta passos de brecha, por donde con ardiente aplicación reiteravan los assaltos. Y a las vivas defensas de los persianos, contraponía Amurates mortales castigos a los suyos quando no salían del combate ensangrentados, y estava la operación tan ardiente que, mezclados los unos con los otros, no se executava golpe sin herida, ni herida que no ocasionasse una muerte, siendo tal el número de los cadáveres que permitía la cantidad hazinada passo para montar en las murallas, donde mantenían los turcos lo conquistado, oponiéndose con notable fuerça los persianos para recuperar lo perdido.

Vertían lluvias de fuegos artificiales entre granizos de piedras, en ardiente mezcla de betunes, azufres y azeite hirviendo, sobre los othomanos, las intrépidas defensas de los persas, que ocasionavan en fatales estragos continuadas ruynas. Y mientras el primer visir, más arrojado que todos, assistía a fomentar a los suyos con el exemplo y con las palabras, herido de un mosquetaço, abandonando a los vivos, se incorporó con los muertos. Amurates (que observava los sucessos) mandava que sucediessen con presteza las vigorosas esquadras a las descaecidas tropas, sin interponer instante que no fuesse un fomento, y acompañava esta solicitud con las exortaciones, con las promessas y las ofertas, exponiéndose al peligro sin tener horror al golpe, que executava destroços en los que estavan más inmediatamente assistiéndole. Los

sitiados hazían otro tanto, pero como desiguales en el número eran más sensibles las pérdidas, no pudiendo suplir la falta de los heridos, cansados y muertos con frescas mudas y, más, aviendo continuado por espacio de quinze días el empeño, sin intermisión alguna, peleando desesperadamente y, estaban tan llenas de sangre las brechas que no avía donde poner los pies sin sumergirse en ella. Peleavan los sitiados por defender las vidas, que miravan casi sacrificadas a los azeros enemigos, como también los que sitiavan por evitar la muerte, pues si no la encontravan en las manos de los persas, la hallarían en el rigor del inhumano sultán.

Hizieron los turcos el día del santo nacimiento de Christo, nuestro bien, el último esfuerço conduzidos de Mustafá, capitán baxá (que más que otro, assí en las labores como en los arrojos de los assaltos, se avía señalado con aplauso universal) y, aviendo los suyos montado la brecha, con ardiente bizarría se opusieron los persianos, bolviendo a encenderse otra nueva y peligrosa batalla en la mezclada confusión, en cuya porfiada ruyna solo se pisavan miembros separados de los cadáveres, como de los vivos que agonizavan y, sobre los que acabavan de espirar, nadavan casi en la sangre los assaltadores, socorridos y reforçados siempre con nuevos refrescos, reconociéndose en todo superiores los turcos a los sitiados, cansados, disminuidos y llenos de sangre con abatimiento, cuyo motivo les enflaqueció el valor. Y sin embargo, aviendo mantenido el último assalto desde el nacer del sol hasta dos horas antes de morir, se vieron precisados a ceder, siendo el capitán baxá (con pérdida de la mayor parte de los que le seguían) el primero que penetró la brecha (con el residuo de sus tropas y otro refuerço que le avía embiado el sultán) y arboló en la ciudad el estandarte real de las othomanas lunas, después de quarenta días de sitio, más en forma de duelo (con las armas blancas) que con minas y labores de terreno, al uso de los ordinarios ataques.

[1638] Consiguieron el perdón veinte y quatro mil persas (que avían quedado del resto del presidio), aviendo depuesto las armas e impetrado misericordia. Desaprobando Mustafá enteramente la real clemencia, representándole que en la anterior expugnación de Reban (por aver perdonado a los vencidos), avían ocasionado (después de aver partido la armada) una sublevación que hizo pedaços a los vencedores y bolvió a poner la plaça en manos del persiano, por lo qual dio orden a los genízaros que los degollassen inmediatamente y, puesta en execución la bárbara crueldad en lo más obscuro de la noche, pudo ocasionar un contagio universal a no averlos dado sepultura a toda priessa.

Assombróse el embajador persiano (que seguía como preso el ejército) al horroroso espectáculo, pues de quantos habitaban la ciudad solo quedaron con vida veinte y siete de los más graduados y, entre ellos, Emir Feta, su gobernador, para conduzirlos como señas de la victoria en triunfo a Constantinopla. Perecieron en el sitio quarenta mil turcos, diez mil heridos y otros veinte mil, que murieron de enfermedad y de hambre. Fue dañosísima esta pérdida al christianismo, mientras la guerra de Persia era una llaga encancerada que enflaquecía el gran cuerpo de la monarquía othomana, porque se consumían en ella innumerables esquadras, como también en las descomodidades de tan dilatadas marchas, necessitando hazerlas por payses deshabitados donde, faltando los bastimentos, se multiplicavan los tormentos en el continuado padecer, de cuya diversión nacía el daño para la Persia y la quietud para la christiandad.

A la primera vista que dio a Babilonia la armada othomana (que se componía de seiscientas mil personas), se tuvo por perdida la plaça desalentando de modo el corage de aquel gran rey que quedó para siempre desmayado y, colocando el azero en la pared, le dexó enmohecer de la cobardía con el ocio.

Conseguida, pues, la interpresa de Babilonia, bolvieron las armas los turcos a daño del emperador y de la República, trayendo su origen las últimas guerras que sucedieron después de la paz de Persia, siendo las expugnaciones de Transilbania y Candia el alimento de esta voraz fiera sangrienta que, no hallando ya más cebo a su gusto en el Assia, passó a satisfacer su apetito a los fértiles y abundantes territorios de la florida Europa. Escribió de propio puño Amurates al caymecán de Constantinopla que, por espacio de veinte días, se hiziessen extraordinarias oraciones en hazimiento de gracias por tan señalada victoria, para cuya celebridad previno también que se pusiessen luminarias a costa de los vezinos so pena de la vida, acompañando a esta demostración las salvas militares, cuyo gasto fue sensible a los vassallos, porque tan dilatado festejo les disminuía las ganancias en sus ministerios, executándose también esta alegría con estruendoso ruydo en Assia y en Europa para amedrentar, con el reflexo de esta festividad en tan famosa recuperación, a los príncipes confinantes. Fue solo Amurates el autor de tan espinosa interpresa, conseguida felizmente contra el sentir de todos los ministros más capaces de sus dominios y, si las indisposiciones no huviessen desvanecido este nublado, no quedara ángulo alguno essento de su tempestad, puesto que no le permitieron internarse más en la Persia (como deseava), donde confuso y amedrentado aquel rey con

el no esperado desastre, solo era capaz de retirarse abandonando la defensa, con que le quedava libre el passo a la predominante fortuna del enemigo.

Contribuyeron también las cartas de su favorecida para apartarle de aquella deliberación, mencionando en ellas que le esperaba en Diarberquir (último confín de la Turquía y la Persia) para cambiar a los empeños de la guerra otros menos arriesgados empeños. Era esta sultana muger de espíritu, como de cuerdo trato, pues con observada generosidad regaló al portador de la feliz nueva con diez mil talaes. Templó esta hermosa Venus el ardor sangriento de la vanidad de su Marte (que ya se juzgava invencible) con el suave atractivo de las delicias de amor, en cuya agradable memoria encontró el olvido de hazer mal, cambiándole al gusto de hazer bien, pues con liberal demostración honrava con mercedes a muchos y, dispensando también en los delitos, permitió que gozassen el indulto los delinqüentes.

Al hijo del visir (que murió en el sitio de Babilonia), como imitador de la valentía del padre (aunque en edad juvenil), le hizo merced del gobierno de Diarberquir, como también a Mustafá capitán baxá (instrumento principal del terminado sitio) de la dignidad suprema del visiriato, después de lo qual despachó a su cavallerizo a participar sus victorias a la reyna, su madre (regalándola con un forro de ricas zebellinas), a cuyo respeto se humilló siempre con filial resignación (en medio de sus altiva severidad) y, correspondió la reyna al aviso, disponiendo con su hijo diesse al portador el vassallage de la Silistria.

Restituyóse por último Amurates a los ojos de su favorecida y, divertido entre las blancas lisonjas de la suave pluma del lecho de la estimación y de la confianza, dio a su desmayada complexión motivo para mayor descaecimiento. Dexó en Persia al nuevo visir con secretas instrucciones para que diesse atención a los tratados quando correspondiessen a las victorias. Avíase desecho aquel ejército con las grandes enfermedades y no pequeños desastres, de modo que llegava la pérdida a más de veinte y cinco mil soldados, sin los que antecedentemente avían perecido en el sitio. Pero lo que disminuyó el azero, aumentó después el oro en el erario, porque los sueldos de los más graduados y ancianos oficiales de genízaros y espais que murieron, se estancaron en él. Después de aver premiado los méritos, no olvidó hazer merced a la voluntad, pues dio el vassallage del mar a su favorecido con ardiente embidia de sus enemigos, que le miravan elevado (sin merecimiento, solamente por el genio constante del soberano) en un puesto de la primera estimación, si bien tuvo gran parte en el consejo de la lograda conquista como en la ardiente conducta del sultán (que se dexava guiar con gran confianza de sus dictámenes) y supo, con entendimiento, conformarse con el genio caprichoso de Amurates

(inexorable y cruel con los demás) y, solamente con él, discreto y puesto en razón.

El visir, después de aver dexado presidiada a Babilonia con treinta mil combatientes, se internó en la Persia algunas jornadas para adquirir noticias de aquel rey, quien (encubriendo el ánimo abatido por los passados accidentes) le hizo dezir que, en la recuperación de Babilonia, solo avía conseguido el sultán lo que avía sido suyo y que no intentasse passar adelante porque estava con resolución de disputarle con las armas otro qualquiera progresso. Después permitió Amurates al embaxador el retorno a Persia, acompañándole con la siguiente carta en respuesta de la credencial.

Yo, que soy el señor de los señores, dominante en las partes de Arabia, Persia y Grecia, rey que manda con eminente señorío en el mundo, exaltado con el auxilio divino al imperio del universo, invictísimo poseedor de los mares Blanco y Negro, de las ciudades y fortalezas de estos circuytos, señor de la casa divina y profética Meca y Medina, como también de Gerusalén, Alepo, Damasco y de todas aquellas santas y venerandas tierras del gran Cayro, de la saludable Babilonia y Vam, de la Etiopía de Balserá, como también del Assia menor y de los payses quiurdios, giorgianos y tártaros, de Moldabia, Balaquia y universalmente de todas las provincias y regiones de Grecia y Natolia. Y, en suma, señor supremo de siete climas, rey victorioso y triunfante en el servicio de Dios, sultán Amurates can. Al bravo Sofí, a quien Dios dé paz si la merece. Llegando por ventura a tus manos esta imperial carta digna de obediencia, te será notorio que el aver entretenido hasta aora a tu embaxador (despachado a mi feliz Porta con deseos de paz) fue por debelar a Bagadet, o Babilonia, cómo lo he conseguido. Si deseas la quietud, buélveme a restituir las provincias que fueron del dominio de mis invictos abuelos, consignándolas a mis beglerbeyes, que se abançarán a essa parte con mi victorioso e incontrastable ejército y, de otra suerte, podrás esperarme en la primavera conduziendo mis tropas (más numerosas que las arenas del mar) hasta lo más interno de tu dominio, donde te dexarás ver a cavallo saliendo de los ocultos retiros en que has estado escondido y acobardado hasta ahora, por no manejar las armas que indignamente ciñe quien las trae ociosas en la cinta. Salud a quien se gobierna con rectitud.

Por falta de víveres, como por un negado emprestido que pidieron las milicias (después de la recuperación) en Babilonia, se sublevaron con tanto desorden que apedrearon la habitación del visir y, temiendo Amurates que con su partida podrían los mal contentos intentar alguna novedad, mandó que passasse a la Porta Vesir aga, moro, ministro de sus atrocidades y, atemorizados aquellos ministros y en particular el caymecán y el baxá del mar, como el bustangi, temblaron con la llegada del doméstico verdugo creyendo que el rayo de la justicia avía de fulminar a muchos. Y, por último, descargó la ira sobre Mustafá, su tío, arrojado del imperio segunda vez a una prisión (como diximos)

y, no obstante, el ser incapaz y dementado, quedó sacrificado en las aras de la seguridad de Amurates en edad de cincuenta y quatro años por apartarle de los ojos de las milicias. Son los zelos de Estado como las niñas de los ojos, que qualquiera átomo las perturba. Iba continuando Amurates su viage, deseando sumamente las milicias el arribo a la Corte por el gran cansancio que las maltratava, siendo la pérdida de animales tal que no avía forma de conducir el bagage.

[1639] Apenas se alargaron las tropas othomanas de Persia, quando aquel rey bolvió a recuperar parte de la campaña porque (en desprecio de qualquiera acordado ajuste) suelen los persianos siempre atender a su conveniencia y, más en particular, quando los turcos no pueden assegurar la possession de aquellos payses (por la gran distancia y desierta soledad), si no es el tiempo que actualmente los mantienen con las armas. Acometido el sultán por el viage de un agudo dolor de cabeça, se juntaron los médicos para tratar de su curación y, aviéndole el día siguiente assaltado algunos temblores, se creyeron efectos de la calentura, pero con la continuación de los movimientos se conoció ser principios de perlesía con rezelos de apoplegía. Y era tal el temor que se avía apoderado de los domésticos, que ninguno tenía ánimo para declarar la enfermedad y, assí, la disfraçavan con dezir que eran resultas de las passadas descomodidades y, porque se divulgó que avía muerto, hizo entrada pública en Andrinópolis, pero con tanta priessa y descompostura que más pareció fuga que función, aviendo quedado (después del passado accidente) con algunos dolores y no poca hinchazón en las piernas, por cuya causa no podía mantenerse a cavallo. Nació el descaecimiento de su salud de los continuados excessos de incontinente (acompañados en buena aliança) con los del vino, en cuyo generoso golfo navega ciegamente casi sumergido el bagel de su reputación, socorrido solamente de sus desórdenes a vista de tan arriesgados excessos.

En la entrada de Constantinopla, se dexó ver el sultán en el último lugar vestido a la moda persiana con veinte y dos esclavos de los más principales de aquella nación. Y desembarcando el tesoro, que conduzían diez galeras, se verificó ser mayor la cantidad de dinero que traía que la que avía sacado del erario. Son de más fruto las guerras a los othomanos que las pazes, porque consiguen las substancias de los baxaes más ricos que pródigamente derraman en donativos por conservar la cabeça, a que se sigue el despojo de los payses agenos que desuellan con la preservación de los propios. Es muy difícil comprehender la verdadera suma de los tesoros othomanos, si no es aquellos que dentro del serrallo (de donde nunca salen) los manejan, passando las rentas anuales de quarenta millones por quentas ajustadas de la experiencia de los

más versados. Los gastos del mantenimiento de las milicias no requieren menos rentas y, estas, se aumentan a medida de las violencias de los monarcas con el medio de los repartimientos y con despojar de sus tesoros a los más ricos y a los más avarientos.

Remitió el sultán quarenta mil zequiés a la Meca para conmutar el voto que avía hecho en la antecedente interpressa y, poco después de su retorno, llegó de Persia un embiado de aquel rey, que admitió con gran placer y, no aviendo podido descubrir anticipadamente las comisiones, procuró el caymecán valerse de los banquetes y el vino para penetrarlas, por ser el más suave tormento para las confessions, pero sin fruto. [1639] Y esforçándose Amurates a darle audiencia (en medio de sus indisposiciones, porque fuesse más pomposa), señaló el día que se davan las pagas a las milicias para ostentar en muchos talegos de moneda grande aparato de oro.

Delante de la puerta del sultán estaban los esclavos persianos adornados con ricas sobrebestes y, aviendo entrado el embaxador (conducido, como se acostumbra en aquella corte), halló al sultán sentado sobre un tapete de terciopelo bordado de perlas, turbante muy lleno de diamantes y rica sobrebeste aforrada en pieles preciosísimas y, atendiéndole con ceño, recibió la carta (sin demostración de agradecimiento ni aprecio), en la qual se expressavan las negociaciones que traía (según dixo el embaxador) haziendo política de la descortesía por dar a entender que no apreciava al embaxador, ni a quien le embiava, a fin de obligarle a exhibirlas con más ambición de lograrlas, aunque fuesen de mayor costa. Y aviéndole despedido poco después de la función, pretendía el sultán la restitución de la plaça de Reban, o a lo menos su demolición, pero el ministro, sin negar ni conceder, se remitió a quanto representaría el grande embaxador que iba haziendo el viage y llegaría muy aprisa a la Corte, como en efecto sucedió y, regalándole con cinco mil zequiés, partió en compañía de otro turco que, despachado a su rey para aligerar los tratados que facilitavan las indisposiciones de Amurates, como también los manejos de la favorecida, que deseava apartarle del empeño de tan difíciles y dilatadas expediciones, oprimiéndole mucho más sus nocturnas y domésticas victorias que las que solicitava el sultán de día en abierto combate.

Estavan aún indecisas las negociaciones con la República sobre las galeotas cosarias de la Belona, en cuya dilación reforçaron la armada marítima los venecianos, y la tenían bien tripulada de todo lo necesario como dispuesta a resistir qualquiera violenta resolución de los othomanos, cuya prevención facilitó ablandar la dureça y baxar de punto las elevadas pretensiones en que se mantenía su ambición, acalorada con la arrogancia de los sucessos de la Persia,

sobre lo qual se hizo una dilatada consulta, pero como se hallavan mal prevenidos los taraçanales de Constantinopla y bien dispuesto el senado para su defensa, salió resuelto que se bolviesse a seguir la negociación. Y por aver jubilado Amurates a Musa baxá (que avía sido caymecán y corrido con esta materia), se le encomendó a Mehemed el continuarla, por lo qual llegaron a medir las armas de la razón (en discreto como diestro vuelo) sobre este punto el embaxador veneciano y el nuevo caymecán. Y si al primero (experimentado en varios manejos que avía exercitado) no le faltava la curia para la mayor destreza, al turco le assistía la capacidad acompañada de varias y continuadas ocupaciones en las materias políticas y militares en los confines de la christiandad. Y dando principio al empeño, dixo assí el veneciano: *La violencia injusta de los cosarios, como las presas executadas de veinte años a esta parte en los súbditos de la República, importan algunos millones, cuya pérdida toca también al imperio othomano porque, minorándose el comercio, es preciso que descaezcan al mismo passo las rentas reales, rindiendo la alcavala solamente de la mercancía veneciana cada año al erario cien mil talares, sin los empleos de tantos turcos que, acogidos en Venecia en amplios almacacenes, enriquecen con la propia negociación.*

Si quieres culpar a los cosarios turcos, dixo el caymecán, permítete que yo haga lo mismo de los christianos que en el archipiélago y en el corazón de la Turquía, a vista de la metrópoli como del sultán, con ofensa de la real reputación, roban, desuellan y saquean sus dominios. Y si nuestros cosarios son buytres vorazes de las haziendas, los vuestros son bastardas águilas sangrientas que deboran las vidas, como la libertad y los caudales. Y fuera muy puesto en razón desterrar del mundo esta injusta profesión, esta marítima superchería que inventaron la crueldad y la avaricia para tormento de los inocentes, en cuyo no castigado latrocinio se ha mantenido el delito continuado por muchos años. Nosotros no hemos dado lugar al sentimiento en la queixa por el maltrato que avéis hecho a los piratas, hazedlo en alta mar, pero respetad a mi rey quando no os ultraja. No ataquéis al amigo por defenderos de los enemigos. No hagáis violencia a las fortalezas, porque es poner la vengança en manos de quien tiene tan abundantes fuerças para desquitarse. Y, por esta razón, pretende el sultán o la restitución de las galeotas o el cambio de otros leños en lugar de los apresados y, assí, ha resuelto despachar a Venecia un embiado con cartas para conseguirlos, no aviendo vosotros sumergido un leño, sino una armada entera destinada y llamada para el servicio de la gran Porta.

Replicó el embaxador: *Que quando se debiesse tener guerra con los piratas (protexidos el rey) no se podía mantener paz con el mismo y que la República, primero que restituir, abraçaría el rompimiento aun sin ponerle en la balança. Y si el sultán no escusa el empeño de embiar persona expressa a essa proposición, bolverá sin duda alguna con la negativa. Y assí, por la tenacidad de vuestro monarca (en sus opiniones), veo inevitable la*

guerra, acerca de la qual sucederá lo que Dios quisiere, porque a mi República la fomentará todo el christianismo mientras se trata del interés universal de todas las naciones ofendidas y maltratadas en esta materia.

Me hazéis reír, respondió el turco, quando me habláis de la cristiandad, que no tiene de terrible más que la voz. Yo he sido baxá de Buda y sé que el emperador no tiene dinero y que, acometido del sueco y del francés, apenas es capaz de resistirse. Y es cierto que la Francia si no quiere olvidar su política, no será contra nosotros, y los españoles tienen tanto que hazer con los franceses en su propia casa, que no pueden pensar en otras ruynas que en las de su vezino. El papa, como los demás potentados de Italia, aunque quisieran mordernos, les faltan los dientes para ejecutarlo. Los ingleses y olandeses (si vosotros nos hazéis la guerra), se regozijarán con vuestro tráfago abandonando y agregando al suyo los útiles duplicados del comercio y se meterán en la faltriquera la negociación, aprovechándose de la cargaçon de vuestras mismas mercancías conduciéndolas a nuestros puertos. Y para hazeros conocer que soy hombre puesto en razón, dispondré que el sultán (si es possible) no embíe a pedir la restitución de las galeotas porque, si no consiguiesse el intento, su altivo intolerable ardor desembaynaría sin remedio inmediatamente el azero para castigar la negativa. Y contentaos, dexándoos persuadir a que, sin considerable cantidad de dinero, no ajustaréis esta dependencia. Y es menester tratar estas materias como príncipes en lo más y en lo menos y no como mercaderes. Y más, quando nosotros (sirviéndole con puntualidad), de quando en quando, nos vemos precisados a contentar su deseo con centenares de millares de sultaminos y, assí, las ofertas de poca consideración hazen en el gran señor el efecto que el corto alimento en el insaciable glotón, que le acrecienta el apetito. Y assí convendrá ensanchar el ánimo y ofrecer una gran porción para que se dexé aplacar, asegurándoos que solicito vuestro negocio en aconsejaros que hagáis lo que nosotros executamos freqüentemente, y no tenéis de qué queixaros quando os exorto a no perder el tiempo (que es la alhaja más preciosa en las negociaciones) porque, si Amurates haze primero la paz con el persa, lo que en esta ocasión podéis ajustar por cinco, después no lo acomodareís por diez. Abraçad la coyuntura, que suele desvanecerse como la nieve recién caída, y ofreded generosamente trecientos mil zequíes, que yo seré el instrumento de este bien, confiado en que después no quedará el medianero sin razonable premio.

Replicó el embaxador: Aver negociado tan bien con Musa baxá, que fue caymecán, sin aver tomado en la boca jamás suma tan considerable y que, quien deseava concluir, no debía aconsejarse con el rigor, puesto que la paz era una hermosa efigie que se labrava de un bronco y rudo peñasco con el medio del artífice y de los cinceles (que son los medianeros), no con añadir, sino con quitar y disminuir la materia para dexarla en perfecta forma.

Replicó el caymecán: Si nosotros quitamos tanto, dexaremos a la imagen sin natural semejança y, hablar de las cosas passadas es discurrir al ayre porque el tiempo que pasó ya quedó desvanecido. Y, assí, hablad del presente siglo si os queréis asegurar del futuro,

que yo no propondré al sultán menor oferta porque debo hazer más caso de mi cabeça que de vuestra rotura y, más, quando ay tanta distancia del discurso a la conclusión. Y si antecedentemente hablasteis en este particular con un muerto, aora estáis discurrendo con un vivo que os dizé que no tendréis paz a mejor precio y que otros desearán comprarla en vuestro lugar, porque es mercancía que los christianos suelen conseguir a precio muy caro, por lo qual será locura perder de vista el propio interés quando se vende con comodidad. También sabemos la urgente necesidad que tenéis de ella y que no solo porfiáis en encontrarla, sino que os la arrebatáis de las manos unos a otros con ambición.

Hallábase en este tiempo la christiandad en los inflamados ahogos de la guerra, teñida de sangre como desconfiada de los socorros de los príncipes, que no solo eran inciertos, pero sin esperanças de poderlo ser en algún tiempo. Y la sola confianza de la República se ceñía a sus propias fuerças y algunos la miravan con gusto embaraçada con los othomanos porque no se mezclasse en las guerras de Italia y, particularmente, en las civiles de Saboya, cuyos príncipes se hallavan protexidos de los españoles, por lo qual avía el senado permitido libre facultad al embaxador de gastar en esta negociación. Y tocando con las manos la materia, como que no podía hazer a su patria mayor regalo que la quietud (tratándose de desembolsar para conseguirlo aquello que se podía desperdiciar en solo un mes de guerra), ajustó la paz (después de varios debates) en ducientos y cinqüenta mil zequíes, portándose en este manejo con mucha prudencia considerando que la guerra marítima es un remolino que se sorbe los tesoros, diferenciándose la terrestre de ella en que, finalmente, halla modo de sustentarse en campaña encontrando los forrages como los víveres mientras no hazen la marcha por desiertos, pero el mar siempre estéril, fecundo solo de borrascas, lo quita todo y no da nada; traga, pero no buelve ni se halla en él más de aquello que lleva la aplicación. Quedó pues establecido el ajuste, aviendo ganado el embaxador el punto de la estipulación con el medio del ministro ordinario, cuyas capitulaciones contenían los puntos siguientes.

Que pondrían al embaxador restituido a su antiguo domicilio. Que se renovaría entre los comunes súbditos el comercio, poniendo perpetuo silencio en el suceso de la Belona, de modo que quedasse extinguida y sepultada para siempre qualquiera pretensión pública o particular en esta materia, conforme lo capitulado en la última paz, entendiéndose quedar corroborado, confirmado y vivificado que, quando entraren los berberiscos en las othomanas fortalezas, ayan de dar seguras fianças de no ultrajar ni damnificar a los venecianos. Y si antes de entrar en el real puerto huviessen hecho alguna presa, no puedan en este caso ser admitidos en las fortalezas turquescas, como tampoco defendidos ni protexidos de los castellanos de ellas, los quales estén obligados a poner en

libertad a los esclavos venecianos, como también a restituir las presas a sus patronos y arrestar a los cosarios para que reciban de la Porta el correspondiente castigo al insulto. A los agaes comandantes y otros ministros que escusaren obedecer la real voluntad, queden enteramente privados de sus dignidades y castigados exemplarmente. Y en caso que los castellanos faltasen a la orden, o a la ejecución de ella, puedan los venecianos acometer y castigar a los cosarios por sí mismos, sin desobligar a la Porta. Y si los encontraren en alta mar con galeras y baxeles, les quede el libre arbitrio de atacarlos y destruirlos sin que el sultán pueda pretender sobre esta materia aver recibido disgusto alguno. Todo lo qual quedó ratificado a la mitad de la luna de Rebiuleul (que es a quinze de setiembre), año de los turcos mil y quarenta y nueve. Remitióse orden en esta forma a los beglerbeyes, sangiacos y cadíes en los lugares mediterráneos y al baxá de Bosna, y sus dependientes, para la renovación del comercio como para la publicación de la antigua correspondencia y buena amistad.

Cumplimentaron los embaxadores christianos al veneciano alabando la madura disposición y dixeron que, ambrollada la christiandad en sus particulares disensiones, guerras y desconfianças, avía sido cuerdo consejo acomodándose a las coyunturas de averse aprovechado del oro quando no se podía manejar (con recíproca y necessaria unión) el azero, porque vivían los príncipes christianos en el mundo (para pública fatalidad) como los pezes en la mar comiéndose los unos a los otros. O permita Dios quitarles la venda de los ojos para que vean claramente los desórdenes a que está sujeta la christiandad por su mala inteligencia, pues les allana todas las victorias turquescas haziendo de ellas escalas para que suba su potencia a las cimas más altas de la estimación, con el estrago de despeñar a la christiana religión al abismo más profundo de la mayor fatalidad. El dinero en Constantinopla en todos tiempos, y particularmente en estos, era el artífice de todos los edificios, pues con él navegavan en popa y, sin él, encallavan los manejos en la arena de la mala Fortuna.

Llegó a la corte el barón Quinsqui, internuncio del emperador, pero aviendo ido sin regalo correspondiente, no le miraron bien porque los turcos hazen más estimación de los presentes que de los embaxadores y, aunque se inclinavan a darle la precedencia primero que al de Inglaterra, replicó este diziendo que le tocava el lugar siendo embaxador, a que respondió el tudesco que en Londres sacavan a los embaxadores de aquel reyno de la compañía mercantil y que, al que elegían, le dava aquel rey una carta y el título de cavallero para quedar caracterizado y que a él, como a quien representava el primer monarca de la christiandad, se le debía el puesto prehemminente. Pero el inglés halló una razón que en Turquía es la que más convence, que fue la de regalar

con quinze bolsas de dinero por medio del caymecán, con las quales hizo trabucar la balança a su favor, que la avaricia del sultán ponía todas las cosas en almoneda.

El bayboda de Moldabia recibió por muger a una principal señora circasa de privilegiada hermosura y, por ley fundamental, no pueden las mugeres othomanas ajustar casamiento con christianos y, sin embargo, con cinquenta mil reales que se repartieron entre el rey y el caymecán violaron la ley haziendo enmudecer la defensa. Y, por último, el mismo dinero que servía al dicho ministro de preservativo, se le convirtió después en veneno.

El Matei era príncipe de Balaquia, zeloso christiano de la religión, amado de los vassallos por su rectitud y Lúpulo, príncipe de Moldabia, mal hombre (que fue la causa de la pérdida de Asac, deplorable para la christiandad como diximos), viendo que el dinero mandava en Constantinopla al mismo emperador para unir en su casa los dos principados, ofreció al caymecán quinientos mil talaes y aumento del annual tributo porque (desposseyendo al Matei de la Balaquia) se le consignasse a su hijo. Y aviendo el caymecán tomado el beneplácito de Amurates para executar el golpe con secreto, entretuvo en su estancia al agente del balaquio porque no penetrasse lo intrínseco de estos manejos y, deliberada la degradación de este príncipe, despacharon a Polonia y a Transilbania para que, si el Matei intentasse hazer oposición a la voluntad del sultán, le negassen las assistencias; mandando también escribir al Matei que, siendo costumbre mudar cada trienio príncipe (aviendo más de siete que gozava aquella dignidad), se contentasse con la mudança por no ocasionar con la propia ruyna la vengança del gran señor. Empeçava el invierno a irritar la estación, cuya descomodidad no permitía que con las armas le depusiessen los turcos por fuerça, y el caymecán instava en dezir que en el verano (con reconcentrarse aquellos príncipes en los bosques) se preservavan de los azeros othomanos. Y persuadido el sultán de sus instancias, le dexó la total dirección de aqueste manejo agradable a este ministro por el interés de lo que se avía de aprovechar, y porque pensó más en el útil presente que en el peligro futuro.

Es ministerio de notable azar dar consejo en Constantinopla, porque se castiga (por la opinión) la cabeça que la produze, cortándola. Y quieren que los consejeros (como delinqüentes del mal sucesso en lo que votan) paguen con la vida lo adverso del empeño. Y porque en esto puede aver alguna culpa, también en el que manda cae la misma suerte, compartiendo el castigo en los que aconsejan como en los que executan. [1639] Resolvió el Matei no ceder y, por faltarle la posteridad, quiso (terminando en él el principado) o sustentarlo con las armas o deponerlo con la vida. Y por ablandar a la Porta, mostró con ella

grande humillación y grande sentimiento contra el moldabo como movedor de esta tempestad. Y publicándose ofendido, resolvió arriesgar toda su fortuna jugándola en una partida. Y asistido en secreto del transilbano, se armó para defenderse y remitió un memorial a la Porta ofreciendo desembolsar la misma cantidad que avía ofrecido Lúpulo, con declaración de que no se oponía al arbitrio del sultán, sino a ceder el principado a su antiguo enemigo.

El caymecán empeñado con el monarca, que esperaba la recompensa del cambio a dinero contado, no sabía cómo escusarse de este lance y, aviendo reforzado el sultán a Lúpulo con algunas tropas gobernadas del segundo cavallerizo, prosiguió el intento contra el balaquio, pero este, con alentado corage, atacó sobre la marcha las tropas mencionadas, quedando las de Lúpulo al primer choque desbaratadas, como también descompuestas las auxiliares, aviendo perecido la mayor parte de ellas a manos del vencedor Matei que, ofendido, anheleva la vengança. Perdieron el bagage y la artillería, y fue tan general la derrota que apenas tuvieron fortuna de salvarse con la fuga el cavallerizo y el moldabo. Hallóse el caymecán embaraçado con este aviso porque, si le ponía en la noticia del rey, era peligroso. Y no menos el callarle quando, en semejantes sucessos, es la fama la que primero los publica. Y, sin embargo, lo tuvo secreto algunos días, pero como en las cortes prevalece la emulación, notició de todo al sultán el capitán baxá, su enemigo, con intención de abatirlo y entrar en su lugar en el puesto para estar más cerca del patrón. Hazen los turcos grandes esfuerzos por asistir cerca de su Júpiter, por cuya razón viven expuestos a los sangrientos estragos de los rayos de las tempestades de su ira. A la noticia del successo se juntaron las consideraciones y las conseqüencias de la pérdida, como también el desayre, que recibieron las armas othomanas de la resistencia de un atrevido feudatario que tuvo aliento de oponerse al soberano sacando la espada, en cuya representación insinuó el baxá que convenía o dissimular o vengarse, o bolver la ira contra el caymecán, que dio el consejo, o contra el moldabo, que motivó el empeño con la oferta. Y que lo primero era fácil y lo segundo azaroso, porque la prosperidad de los sucessos suele hazer a los hombres más temerarios y, assí, dio orden Amurates prontamente que llevassen al caymecán a las Siete Torres y la noche siguiente le quitassen la vida. Halláronse en el despojo de su casa quinientos mil reales en oro y plata y, en joyas, dozientos mil con algunos arneses de cavallos, que todo hizo el viage derechamente hasta el serrallo.

[1640] Era Mehemed caymecán una de las mejores cabeças del gobierno y, con sus disposiciones, llenó de dinero los tesoros del sultán y concluyó la paz con los venecianos, y quien enseñó al sultán a cortar las más erguidas papaveres

militares para debelar aquel formidable monstruo de tantas cabeças, pero de tan resueltos consejos no llegó a preservarse quien los dio a luz. En el firmamento de los grandes monarcas, las injurias son estrellas fixas, como los beneficios astros errantes. Fue esta muerte alivio para los christianos porque no avía turco más informado de las divisiones, como de las flaquezas y defectos del christianismo. El Matei logró (con el medio de sus protectores en la Porta) que sus disculpas llegassen con favorable relación a los oídos de Amurates, representando que no avía desnudado el azero para más que mortificar al moldabo, su implacable enemigo y que, en todo, professava humildad postrada como segura fee, rendida con resignación indificiente a la soberanía de la gran Porta othomana. Estava empeñado el sultán con la fee y con la reputación en remover a un feudatario que se avía opuesto con las armas a sus órdenes, sin respetar las othomanas insignias, aviendo degollado indistintamente a los genízaros como a los moldabos, y también en dar el principado a Lúpulo en correspondencia de los quinientos mil talares pero, culpando en todo lo sucedido al caymecán, permitió que continuasse el Matei en el dominio de aquella provincia diziendo que aquel ministro se avía introducido en esta materia por su capricho solamente. Y aviendo grangeado entre los bienes de aquel y el donativo del moldabo un millón de contado, sacrificó la reputación y la palabra a los propios interesses, y a los de Estado, mientras no le convenía (acabado de llegar de Persia) empeçar otra guerra (en la Balaquia), zelosa sobremanera a los príncipes christianos, en estación tan impropia como en tan descaecida complexión. Si bien, el caymecán que le aconsejó tuvo creído que el balaquio no tendría aliento para oponerse a la potencia othomana, pero no es bastante la prudencia para deliberar, quando falta la Fortuna para conseguir.

[1640] Ofendióse de modo Amurates de que los polacos difiriesen embiar embaxador a darle la enhorabuena del sucesso de Babilonia, que permitió a los tártaros en vengança de su sentimiento damnificassen con exceso la Polonia, aviendo costado la pérdida de muchas vidas y la destrucción de un gran país un cumplimiento retardado. Acosada pues de las indisposiciones la fugitiva complexión del rey, fue la reyna a visitarle y rompió grande cantidad de vasos de cristal de roca y otras taças guarnecidas de diamantes y piedras preciosas, con las quales (oprimiendo el calor natural) bebía la muerte.

Prometió, en manos del muftí, con solemne juramento prohibir la entrada del vino en el serrallo y de abstenerse de él, pero apenas se halló con el estómago vacío quando cessó la memoria del voto y, queriendo persuadirle a que mudasse el ayre (que es el consuelo de los mortales), respondió que llevaba consigo el mal a qualquiera parte que fuesse y solo resolvió mudar de vino. Y

para pedir al cielo alivio en la salud perdida con obras pías, según su hipocresía, permitió libertad a los que estaban presos por deudas civiles, disponiendo también en el mismo tiempo un sacrificio de muchos castrados, cuya carne se repartió entre los pobres de la ciudad, acompañando esta demostración con muchas limosnas, repartiendo con una mano parte de lo que avía robado con las dos. Y por suplir con otro autorizado ministro el gobierno de la monarquía, escribió a Mustafá, gran visir, que (dexando la guerra de Persia) bolviesse a la Corte con toda brevedad, por ser hombre zeloso del real servicio, desinteresado y atrevido, y que supo con sus acertadas resoluciones contribuir para que se lograse la interpressa de Babilonia, adelantándose a todos en estrecharla con los ataques. Y aviendo en breves días puéstose en marcha para llegar a los pies del sultán, tuvo orden de hazer en público su entrada, cortejado del muftí y de todos los baxaes desde Escutari, como también de las milicias, dexándose ver a cavallo en hábito más de militar que de cortesano. Y después de la función, le regaló Amurates con una de las sobrebestes propias en argumento de estimación, representando tener bien dispuestas las materias con los persianos para la paz con pactos proporcionados a su grandeza y que no tardaría en llegar el grande embaxador a tratarla. Inclínábase Mustafá a este ajustamiento después de aver sabido su exaltación en la dignidad de gran visir, porque quanto más aumentada estava la flaqueza del rey, tanto más robusta hazía su autoridad, siendo su primer intento apartar de su lado al favorecido capitán, baxá del mar, con el pretexto de assegurar el mar Blanco, pero diestramente supo reparar el golpe, apoyándose siempre a la autoridad del soberano (que mantenía propicia), porque sabía assegurar la gracia con transformarse en los vicios de su amo, combidándole freqüentemente con bebidas delicadas y exquisitas, medianeros fixos que le asseguraron la protección, pero le quitaron el protector.

El día de Bayrán, unidamente con el otro favorecido persiano, se hizo un solemne sacrificio a la gula y al vino y, aviendo perdido la razón entre sus efectos, sin acordarse de la autoridad, empezaron primero con la dissolución, passando después a la alegría e, inmediatamente, a llenarse de modo con los brindis que fue preciso llevarlos a las camas. Cayó (con este desorden) enfermo el sultán de una calentura sin intermisión y, assistiéndole los médicos, tuvieron más temor de sí mismos que del achaque, porque hazían aprehensión de que, si no le sanavan con los remedios, les ocasionarían la propia muerte. Y, finalmente, instados de la madre y del favorecido para que resolviessen algún positivo reparo, acordaron sangrarle, que hizo contrario efecto a lo que se deseava, pues le aceleró la muerte aumentando con más continuación los

parasismos que, al cabo de quatro días, le quitaron la vida, a ocho de febrero, después de aver reynado quinze años, en el mayor vigor de la edad y de los desórdenes. Y fue gran fortuna de la christiandad que muriessen (si se puede dezir en la cuna) sus grandes y altivos disignios, pues tenía jurado que, concluida la paz con el persiano, avía de obligar a los príncipes, sus confinantes, a que admitiessen la ley mahometana.

Apenas avía llegado Amurates a la Corte, quando entró en ella un renegado que avía embiado a Malta para que truxesse disseñadas las fortificaciones con ánimo de atacar aquella isla, para cuyo efecto avía mandado hazer un gran corte de maderas a fin de fabricar galeras y navíos para lograr, por mar y por tierra, sujetarla. Fue el más absoluto monarca de sus predecesores y el primero que (haziendo morir al muftí, cabeça de aquella secta) se declaró vice-Dios. Hazía burla de los santones y no ayunava el ramadán, y declaró muchas vezes en público que deseava ver extinta la línea othomana con su muerte. **[1640]** Y, en efecto, para que sucediesse assí, no le faltó malicia ni fiereza, pues hizo morir a tres hermanos suyos con Mustafá, su tío, ordenando también tres vezes la muerte de Ebraín (el último de los siete varones del sultán Acmad), divertida siempre con arte de la reyna madre con el pretexto de ser inhábil para reynar, como para la procreación. Y procurando también él (para guardar la vida) mostrarse incapaz de mandar, se fingía irracional porque no le quitassen el uso de la razón, que es gran discreción saber fingirse tonto con los tyranos y dar ocasión a los ociosos a que, en las conversaciones, le tuviessen por insuficiente, passándose a discurrir universalmente sobre la questión dudosa de la sucessión considerando extinta la prosapia othomana y, en los discursos universales, dezían que eran siete las familias de aquella sangre real, quatro en Grecia, que eran Micali, Ersecli, Eurenés y Eguiaquiali. En Natolia, Queselumaqui y Durcadurli y, de esta última, descendían algunas familias de Persia, siendo también pretendientes los tártaros de apellido Gianguiray. Pero los más principales othomanos desaprobavan semejantes discursos y se inclinavan más a los hijos varones de las sultanas de la sangre real, pero reparavan que, aviendo infinitos esparcidos por el imperio, se podría abrir la puerta fácilmente para que entrassen por ella las más sangrientas guerras civiles y, los sátrapas, ponían en plática que se recogiesen todos en el serrallo para escoger el más digno y a propósito, y encomendar los demás a la tutela del verdugo a fin de extinguir la yesca que podía, con el tiempo, encender el fuego de alguna civil discordia. Consintió Amurates abierto de todo punto el serrallo a todos (contra el uso antiguo), para saber lo que passava, y preguntava lo que se discurría sobre su gobierno, a fin de reglarse en las noticias

como en lo que fuese más puesto en razón y tenía espías en toda la ciudad para que no le encubriessen lo que passava en ella. Madurava (sin participación de los demás ministros) las más altas resoluciones, dirigiéndolas con particular atención con el favorecido, que tenía en su casa dos renegados de gran pecho y capacidad, con quienes ventilava las consultas en las ocurrencias que se ofrecían, y después se las noticiava al sultán, que leía continuamente en el machabelo traducido en lengua turca de uno de estos dos renegados.

Dexó en el tesoro de adentro quinze millones de oro, aviendo entrado en su poder consumido y debilitado el erario por los grandes gastos y aver satisfecho con el dinero la sed implacable de la ambiciosa milicia, triunfante en las mencionadas discordias civiles, pero la muerte, con quitarle la respiración, dexó vacío un valón de sobervia. Fue gran dissimulador y primero quedavan los hombres abrasados del fuego de su ira que alcançassen a ver la llama. Fue prompto vengativo y ardiente y solía dezir que nunca envejecían las venganças, aunque encaneciessen. No fue llorado de los ricos, porque los destruía por enriquecer y, para con él, quien juntava más dineros, era el mayor delinqüente. Sintieron su muerte los plebeyos porque enfrenava la violencia de los grandes, no por virtud, sino por quedar solo en el exercicio de la tyranía. Era ateísta interno y no tenía otra ley que la propia. Mandava hazer oraciones, pero no rezava y solo fue su Dios el interés. Venció a los enemigos y convenció a las no disciplinadas milicias. No dexó de ser Marte en el regazo de las Venus. Reprimió a los christianos, robó a los persas, oprimiendo a todos. Fue grande esparcidor de sangre y de vino y, en este, quedaron anegadas las empressas de agua y de tierra. Con este venció y se aterró a sí mismo y en nada fue menos cruel (con aver muerto a tantos) que en extinguir un tyrano en sí mismo.

Fin del Libro Duodézimo.

MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTHOMANOS.

LIBRO DÉZIMOTERCIO

Son los príncipes violentos como los torrentes, que inundan y arruynan con facilidad lo que enqüentran en su desmandado curso y, quanto es más rápida su alterada corriente, tanto más breve es su duración. Murió Amurates Quarto en la mejor edad, entre el furor de los abatimientos y las conquistas, sin redimirse de la fatalidad de la muerte, pues sus viciosos achaques le conduxeron al sepulcro para una eternidad. [1640] Fue gran médico de la monarquía, pues aviéndola hallado (quando entró a reynar) enferma, penetrando el mal (que se originava de humores pecantes), la purgó con rigurosas y freqüentes correcciones y, con las sangrías, después la templó los ardores de la inflamación interna, dexándola reduzida a la necessaria igualdad, extinguiendo de esta suerte (con un diluvio de sangre) el fuego de la militar sublevación. Y aviendo domado la Persia con el violento estrago de Babilonia (entre las mismas ceniças), apagó el rayo de una guerra que avía empeçado a llenar de assombros el christianismo.

Avía crecido tanto esta altiva y áspera planta humana que estendía por todas partes las ramas, queriendo abraçar el mundo para oprimirle el aliento, sin essentar las estrellas del riesgo de la amenaza, procurando con la cima turbar su ardiente esplendor, pero rendida a su propio peso (en ruynas estériles) se desgajó infaustamente, de cuyas destroçadas rayzes brotó un sepultado renuevo que, transplantado en la cárcel, vivía sin la esperança de lograrse hasta que, engerto en el solio las verdes ramas del laurel, le hizieron parecer soberano; este fue Ebraín, en quien no se experimentaron los frutos menos acerbos que los anteriores, pues continuaron los efectos de enflaquecer la complexión en el estómago de la christiandad.

Después de aver espirado Amurates, los más graduados baxaes (a quienes el difunto rey avía, con el castigo, precisado a caminar por la senda de la razón), inmediatamente congregados en el dibano, resolvieron aclamarle emperador de los othomanos dominios, para cuyo efecto baxaron a la prisión a postrarse como esclavos a los pies de quien estava cargado de pesados eslabones y, con reverente humiliación, en voces altas le insinuaron que ya avía llegado el tiempo de cambiar las tristes tinieblas de aquella horrorosa habitación por los resplandecientes rayos del soberano solio y que iban a reconocer, aplaudiendo el alto numen othomano, para colocarle en el más prehemimente puesto de la tierra. Y apenas sintió Ebraín las voces y el tocar a la puerta quando, alterado el bolante del relox del corazón en irregulares latidos, temió que eran indicios fatales de su muerte para terminar el último acto de la tragedia que se avía empeçado a representar en el teatro de la severidad, aviendo hecho en ella los primeros papeles su tío y sus hermanos. Y assí, no es de admirar que se creyesse que iban más a apretarle la garganta con el laço que a ceñirle las sienas con la

diadema. Y temiendo fuese artificio de Amurates, a fin de especular la demostración que hacía el aviso de elevación tan sublime como al de la libertad (que es de mayor estimación que todos los dominios del universo), respondió que, estando separado del mundo, no quería comercio con los mortales y que no le interrumpiesen con sus palabras el agradable silencio de aquella pacífica soledad, pues no hacía caso de cetros ni de coronas y que no deseaba más súbditos que algunos canoros paxarillos que alimentaba en las jaulas, como compañeros suyos en la prisión. Y que si iban para anunciarle la muerte (hallándose avezindado en los horrores de aquella infelice habitación), estaba bastante domesticado con ella en la anticipada sepultura. [1640] Y aviendo comprendido el baxá su rezelo, hizo avisar a la madre, que concurrió después en persona, y le rogó que abriese la puerta para recibir la libertad y los abrazos maternos, las postraciones de los súbditos y el omenaje de sus reynos, a cuyas razones (conociendo a la madre) serenó la desconfianza, aunque no se aseguró enteramente hasta que le mostraron el cadáver de Amurates y, entonces, exalando un gran suspiro, dixo: *Ya es muerto un gran tyrano y desde oy he buuelto a renacer*. Era la reyna madre muger de gran sesso y capacidad, venerada de los turcos como muger del difunto Acmad y madre de tres emperadores consecutivos: Osmán, Mustafá y Ebraín. Y hallándose en edad de setenta años, era consistente, capaz y robusta.

Mustafá, primer visir, quedó confirmado en la dignidad porque, acostumbrado a regir la grande nave othomana, se tuvo por peligroso (por la flaqueza del rey) mudar de timonero. Y, así, artificiosamente publicó el visir que el sultán era de vivo espíritu para asegurar con esta máxima el crédito y la fuerza en el propio gobierno, pero bien apriessa se comprendió que, abatido de aliento como desmayado de complexión, servía solamente de vano simulacro a la autoridad como avía servido de largo espectáculo a la Fortuna. Era Ebraín menor que de estatura común, algo corcobado, manchado de viruelas, pelo castaño, rostro pálido y macilento, con passiones de hipocóndrico y expuesto al mal caduco.

Difirióse la función de ceñirle la zimitarra porque nunca se avía puesto a cavallo y se tuvo por conveniente adiestrarlo primero, siendo el que le alicionava el gran visir, por no dar lugar a que alguno (familiarizándose con el monarca) le compitiesse la privança, por cuya razón prohibió la entrada en el serrallo a todos los que no eran de su confianza, a fin de que el sultán no penetrase más de aquello que quería el visir que supiese. Quedó el favorecido de Amurates particularmente excluido en la entrada (con gran sentimiento suyo), como también del vassallage del mar, tomando por pretexto que la merced la avía

conseguido el favor y no los méritos ni el talento y, así, le mandaron que sirviese el de Buda, pero con el desembolso de quatrocientos mil talares. Admirávanse los cortesanos de ver a un favorecido acosado con tanta ambición de otro y con cuánto connato fomentava obscurecer en el antecesor aquellos rayos de la gracia real que al presente resplandecían en él, cuyos efectos son hijos de la Corte que despiertan en los hombres dos furiosos afectos: la emulación por escarmiento de la habilidad y la embidia por ruyna de la Fortuna.

Dominavan dispóticamente (por la flaqueza del sultán) la reyna madre en el serrallo y el visir fuera de él, pero no con segura correspondencia por la competencia del mandar. Y haziendo estudio el visir de enflaquecer la autoridad de la reyna, como también el decoro, expressava a los embaxadores que las mugeres (en Turquía) eran esclavas, aunque fuessen madres de reyes y que no tenían la autoridad ni la dignidad que las de la christiandad. Pero también ella, con discreción maliciosa y refinada en los manejos, comparava al visir a una ampolla grande de agua de javón que salía del aliento del monarca hinchada y resplandeciente y que, en cessando el impulso, se perdía de vista y la llevaba el viento. Era cosa admirable ver cómo este ministro sustentava con ligereza la pesada carga de la monarquía (siendo tan feroz en la guerra) y con cuánta economía (en la paz) autorizó la justicia en los tribunales (quando andava bagamunda antecedentemente sin estimación) y, desterrando los abusos, destruyó los desórdenes al passo que, enflaqueciendo ministros avaros, enriqueció los erarios governando mejor que otros, sin saber leer ni escribir, haziendo la naturaleza en este comprehender que no necessitava del arte y que, como pedaço de oro acabado de salir del mineral, era de más valor que el esmaltado. No se aplicó en vida de Amurates a grangear riquezas, observando que produzían en Turquía los efectos que haze el demasiado alimento en los cuerpos humanos, que los oprime y corrompe. Y siendo capitán del mar, minoró en los gastos del tarazanal cinco mil reales, importando quinze mil cada mes, troncando (con execución severa) la costumbre aplicada de los provechos. Y aunque cambió de fortuna, no mudó de naturaleza y, haziéndose comprehender sin ambición no solo desinteresado, sino generosamente espléndido, alargó la mano en su familiar entretenimiento, sustentando el puesto con magnificencia y decoro ajustado al carácter. Era albanés, hijo de genízaro de tributo y nieto de abuelos christianos. Componíase su familia de dos mil criados y seiscientos cavallos, teniendo él uno siempre ensillado para los repentinos accidentes. Y como no capaz de alguna ciencia, se abstuvo de engrandecer a los más hábiles por repararse a sí mismo del perjuicio de la competencia. Oprimíale continuamente la memoria la recuperación de Asac,

como pérdida indecorosa y ofensiva a la othomana reputación, y se aplicó a disponer medios para facilitar la conquista. Y ciñendo los gastos superfluos, resolvió el más insoportable, que fue minorar el acostumbrado donativo de las milicias en la exaltación de nuevo monarca, reduziendo el desembolso de los veinte y cinco zequíes a cada genízaro a veinte y cinco reales con el pretexto de que, quando se instituyó esta demostración, valía un real el zequí y que se avía acrecentado después el valor por abuso de opinión y no por substancia de precio, ahorrando con esta determinación dos millones y medio. En otros tiempos, sin duda alguna, huvieran tumultuado las milicias (por semejante reforma) despertando con el dolor alguna peligrosa sublevación, pero como el granizo de alguna obscura nube (abatiendo la cosecha) dexa maltratada la campaña (aunque cesse el rigor que le fulminó), no dexan de permanecer los efectos del estrago. Y assí (aunque muerto Amurates), continuava en los soldados el temor del severo castigo por aver destruido la tormenta de una resolución a los cabos de los amotinados y, puesto en obediencia el ardor militar, toleró resignado la novedad. Regalava el visir con magnificencia a todos aquellos que logravan la cercanía del sultán, como también a los cabos de los eunucos blancos y moros, que tenían alguna domesticança, por assegurarse de sus buenos oficios y tenerlos de su parte. Pero estando cerca del serrallo (del qual hasta ahora no hemos hecho mención alguna, por averlo contemplado por de fuera), será bien que entremos dentro para dezir las particularidades de él.

[1640] Es el serrallo la real habitación del monarca y de toda su familia. Fabricóle Solimán Segundo en el sitio más conspicuo y elevado de Constantinopla, en una lengua de terreno casi triangular que lame las aguas mirando la entrada del mar Mayor, cuya fábrica salpican las resacas del Egeo por uno y otro costado, a quien haze perspectiva vistosa como agradable el remanente de tan admirable ciudad, dexándola recintada de varias hermosas torres, en cuya circular planta la lineación más rigurosa desperdicia una legua de terreno. Permiten la entrada a tan magnífico palacio varias puertas por mar y por tierra, conservando solamente la una al uso común, guarnecida de día de una gran compañía de capigis (que es lo mismo que hortelanos), mudando a estos otros porteros, a quienes gobierna un baxá de los seis del Consejo, que ha de vivir en el serrallo.

Las demás no se abren sin orden del sultán, o de los principales ministros, a medida de la necesidad. Fuera de la gran puerta están de guardia de noche en barracas movibles algunos oficiales, a quienes se encarga la vigilancia exterior, como la grande atención al más mínimo susurro, para noticiarle a los de adentro. Duermen en las torres algunos azamogllanos, hijos de griegos renegados, a fin

de embaraçar que persona alguna se acerque al recinto, donde colocadas algunas piezas pequeñas defienden la parte de la mar por si alguna embarcación intentasse aproximarse a la muralla. Tiene el serrallo muchas habitaciones reales, que corresponden a los tiempos del año. Las unas, en lo más llano del terreno; oprimen las otras los ombros de unas colinas, que dominan las aguas, en cuyos miradores o lonjetas suelen los sultanes gozar los suaves apacibles ayres de la mar. Tiene una habitación capaz, donde se reducen los monarcas quando van o quando vienen, y sirve también a los baxaes quando se despiden y passan a sus gobiernos, dexándose ver en otras ocasiones con dificultad los sultanes, viviendo en la inteligencia de que (como deidades) son más venerados quanto menos se dexan mirar. En el plan de un anchuroso patio, se levanta descollado un regio solio, en cuyo adorno se obstentan riquísimos tapetes de oro y terciopelos de varios colores.

No usan componer las paredes de tapicerías o colgaduras, pero suplen semejante gala los varios follages de embutidos de diferentes piedras preciosas que hermosean las murallas, haciendo agradable lisonja a los ojos con tan rica prespectiva. Sin estas reales habitaciones, se observa la mansión de las mugeres en forma de claustro, con diferentes jardines y calles de cipreses que guarnecen muchas fuentes y otros deliciosos divertimientos de agradables baños. Ay también no lexos otras habitaciones dispuestas para ministros calificados, como también para la gente de más tribial servicio. Distínguense entre las fábricas, las dos, por más elevadas, siendo la una el casná o erario y la otra la guardarropa, cuyas puertas y bentanas son de hierro y están siempre cerradas, y las del tesoro de adentro selladas con las armas reales, y según las violencias que se executan con los vassallos crecen los medios y, los baxaes, que engordan con la sustancia de los súbditos, toleran que los sultanes engorden también con las suyas. Los arroyos enriquecen de cristales a los ríos y, estos, por último, sorbidos de los mares, pierden el nombre y el agua. El más rico tributo es el de El Cayro, que passa de un millón y quinientos mil zequíes. La tercera parte se consume en el mantenimiento de aquel vassallage, presidio y milicias. Y el otro millón se reparte entre la Meca y Medina y el erario del rey, por mitad. Los restantes tributos llegan a innumerables sumas, según la fertilidad de las provincias de donde dimanan. La guardarropa consiste en adornos preciosos de varios géneros y se puede dezir que Constantinopla es la piedra imán de los dones y, con estos, solamente se aplaca la ira en aquella Corte y se grangea la protección, haziéndose otro tanto más deseada la correspondencia con la Porta quando se tiene por más peligrosa la enemistad.

No se admiten los embaxadores si no llegan cargados de plata labrada, joyas, relojes, tapicerías y de aquello que es más rico y curioso en sus payses, de modo que todo viene a parar presentado a la formidable potencia, sin los tributos que cada año entran de todo el mundo. Ay en el serrallo grande abundancia de baños, cavalleriças y armerías, en donde están bien dispuestas las armas de todas suertes. Ay plaças capaces para los exercicios militares, como de tirar la flecha, manejar la pica y correr la lança. No faltan hospitales para la curación de los enfermos y pórticos cubiertos, que defienden las injurias del tiempo. La entrada se executa por la gran puerta, passando a un patio debaxo de la lonja, donde assiste armado un cuerpo de guardia de capigis, porteros reales, y de este a otro no menos capaz, pero más delicioso, por los varios rocíos de las fuentes circunvaladas de cipreses y por algunos pequeños amenos prados que visten el terreno de verdes tapicerías. Y por esta parte entran todos a pie menos el sultán, que le pisa a cavallo. Debaxo de los pórticos, sustentados de grandes columnas, (quando se junta el dibano o consejo grande) entran los embaxadores. A la mano derecha están las cocinas nuevas, apartadas con sus despensas del rey, de la reyna, de las sultanas y de otros ministros inferiores. Y a la siniestra la cavalleriça real, cuyo guadarnés está encima. A dos tercios del patio se levanta la estancia del público dibano, inmediato a la qual se observa el erario de afuera, cerrado y sellado con las armas del visir. Y a la siniestra también, en igual plan, se abre la puerta que introduce a las mugeres, llamada la Reyna, en que asisten de guardia los eunucos negros. Y al cabo de este patio se ve la real entrada, por donde se passa a lo más reservado del serrallo (abierto solamente a los esclavos, cocineros, médicos y a otros de más intrínseco servicio) y cerrado para los forasteros, cuya guardia está encomendada al capigi aga, que es mayordomo mayor, eunuco blanco, y a sus eunucos. Y muy raras vezes se entra si no es para ver el real aposento, observando gran veneración no solo a la persona, sino al alojamiento donde habita, como a todo aquello que maneja. Y aviendo passado esta tercera puerta (que también está condecorada de amplio portal), se entra en la estancia señalada para las públicas audiencias, a la qual haze frente otro noble patio lastreado de mármoles finos, labrado a lo mosayco con fuentes y fábricas sumptuosas, donde el rey tiene su habitación y exercita sus domésticas funciones. Levántase también aquí una orden de estancias para el verano, dispuesta sobre una pequeña colina, con sala y apartamentos que respiran magestuosa grandeza. La pieça del dibano secreto más antiguo yaze a levante, sobre columnas que terminan en un lago formado artificiosamente de treinta fuentes que le circundan, descendiendo el agua por pequeños canales a algunos jardines, coronados de una lonjeta, que domina y

haze más deliciosa aquella amena estancia. En el lago navega un pequeño vergantín, donde se embarca el sultán por divertimento con los mudos y bufones. La real cámara, en que duerme, tiene las murallas cubiertas de porcelana y flores coloradas. La cama consiste en una colgadura de tela de oro y el maderage de plata. Son los colchones de brocado y las sábanas bordadas de seda por las estremidades. En el invierno, para resistir el frío, se cubren las camas, tanto por de fuera como por adentro, de preciosas pieles de zebellinas, como también el suelo de tapetes persianos texidos de oro. Duerme el sultán con pequeño virrete en la cabeça y, quando yaze solo, tres de sus camareros le hazen la centinela: el uno a la puerta y los dos cerca de la cama, para estar prontos a qualquiera cosa como para taparle en caso de que se descubra. Y observando muy alto silencio, procuran tener muy llena de luzes la estancia, sin despavilar hasta que aya despertado. Síguese después otra pieça, donde el sultán se exercita en disparar la flecha y, allí, se haze ostentación de los golpes de su brazo con tanta veneración como practican los christianos con las reliquias de los hombres más santos. Congrégase el dibano público en una sala quadra, que tiene detrás dos estancias para lo necessario. Fuera de la puerta se levantan algunas barracas de tablas para los ministros inferiores, que executan lo que se resuelve en el Consejo. Y se le permite la entrada en los días determinados a qualquiera que pretende justicia o gracia. Hácese Consejo quatro vezes a la semana y en los tiempos passados era día de asueto el viernes, como el más solemne, pero ya no ay día con excepción, ni esento de las conferencias que se hazen en la estancia secreta del visir, donde se congregan los cadilesquiers (cabeças de todos) que representan las provincias de Grecia y de Natolia, precediendo el primero como voz de la más noble. Assisten también los desterdars, que son cadies professores de la ley y gobernadores de las tierras del dominio; y los resquitafs o camarlengos, como también los nesanguis, que sellan los despachos, y los secretarios. No se aparta de la puerta el chauz basi (cabo de los correos), que con un bastón de plata en la mano reparte las comissiones a los subordinados para que tengan puntual execución. Siéntanse los visires enfrente de la puerta, sobre un banco fixo en la pared, y tienen voz consultiva sin deliberación. El aga de los genízaros y el capitán baxá entran también quando están en la Corte porque lo requieren sus dependencias y, mayormente, quando se trata de participar al rey todo lo que toca al taraçanal y a la armada. **[1640]** Y si el último no tiene otro puesto que el de capitán baxá, se sienta en lugar inferior, pero si fuesse visir segundo o tercero, goza el assiento apropiado a su dignidad. El aga de los genízaros no tiene assiento en el dibano, pero quando es menester entra el primero y sale el último. Los secretarios se sientan

en el suelo con la pluma en la mano y en medio de la pieza están los suplicantes citados o requeridos. No hablan los visires si no se lo manda el primer visir, que se suele escusar de algunos menos relevantes negocios encargándolos a los demás, reservando para sí los más graves. En los litigios no se admiten abogados, porque creen que el arte del dezir guía la mente de los jueces (en muchas ocasiones) fuera de camino, y que en un mar de expresiones suele fácilmente naufragar la razón. Tienen también los sultanes escuchas a nuestro modo por donde, sin ser reparados, pueden oír lo que se trata en el Consejo en todas las materias pertenecientes a sus deliberaciones. Y aviendo terminado el Consejo, se apresta la comida, que en tiempos passados se componía de arroz, fruta, castrado y sorbete, cuya bebida servía solo para los visires, dando agua clara a los demás, si bien, después se ha introducido la vanidad y la gula, sirviéndose abundantes y delicadas viandas. Usan el café, bebida que se haze de cierta semilla tostada y se usa de él más hirviendo que caliente y es su calor templado. Fomenta el húmido radical, no ofende el hígado y corrobora el estómago. Después de comer, vuelven a los negocios y, quando los sultanes se aplican al gobierno, el domingo y el martes son días destinados para recibir las relaciones de quanto se ha deliberado en las consultas. Habla el primer visir en presencia del rey con humilde y reverente modo y lleva los memoriales o escrituras en una bolsa de seda y, en quanto dura esta función, están los demás con las manos juntas en acto de humiliación y, sin detenerse, vuelven a ponerse a cavallo y se retiran a sus habitaciones.

Quando los embaxadores de testa coronada piden audiencia (que ordinariamente es en domingo o martes), intima el visir el Consejo grande y en él se congregan los baxaes graduados de la Porta y en el segundo patio los mutiferagas (que son como reformados) y zeizi, espais o armeros, con los genízaros esquadronados de gala con penachos sobre unos turbantes a modo de mitras. El visir embía al chاوز basi con muchos de los suyos a recibir al embaxador y le conduce al Consejo y, sentado enfrente en silla de brocado sin arrimo (después de las expresiones de la negociación que se trata), viene el trinchante con la vianda, que se compone de delicados y copiosos géneros, desembolsando el rey para cada comida mil escudos de oro. Intervienen a la mesa los principales ministros y otros graduados, asistiendo el intérprete para mencionar lo que se habla. Come la familia del embaxador al mismo tiempo debaxo de unos portales en tierra, como es costumbre, y el rey avisa que está dispuesto para recibir al embaxador que, con toda su familia, se retira a un lugar apartado hasta que las órdenes del Consejo o dibano se disponen para asistir.

Advertido el ministro (del maestro de ceremonias) para que empiece a moverse, los capigi basis del rey (que son los hijos de las sultanas) se ponen en ordenança y el embaxador se adelanta para entrar en la estancia del gran señor, en cuyo ingreso, dos de los mencionados, le toman cada uno de su braço y le llevan a besar la mano al sultán. Y después de executada esta ceremonia, se retira a un lado de la pieça hasta que, en la misma forma, introducen a los gentiles hombres, secretarios y otros calificados sujetos que desean postrarse a los pies del sultán. Y después entra el intérprete para explicar lo que el embaxador motiva en el memorial y muy raras vezes responde el rey y, si lo haze, es en muy sucintas palabras. El gran visir responde al cumplimiento con reparadas y atentas frases y, despedido el embaxador, sale haziendo reverencias con la cabeça sin quitarse el solideo, a la usança de aquella Corte. Y assí a él como a cada uno de los más graduados de la familia, antes de entrar a la presencia del sultán, los visten a costa de la Corte con sobrebestes de varias suertes. La del embaxador es de brocado de oro y seda y las demás de labor inferior de Bursia. Y a los que con menor carácter asisten a los intereses de sus príncipes, les dan igual tratamiento y algunos no reciben banquete, y unos se sientan y otros no, y ninguno en la presencia del sultán. Y se executa esta ceremonia según la costumbre.

Tienen, los turcos, escritas estas formalidades con distinción para executarlas en semejantes funciones a medida de los caracteres de cada uno y, por quanto ay en el mundo, no alterarán cosa de los usos antiguos. A los embaxadores extraordinarios regalan con dinero para su gasto en quanto llega el día de la audiencia pública y también a los ordinarios con tapetes para su habitación. Y, por último, el serrallo es un seminario de sugetos destinados (según la habilidad de cada uno o la natural disposición) para el servicio del monarca, en calidad de miembros serviles y obedientes a la cabeça. La cultura de los mancebos es semejante a la de los terrenos y, para que felizmente produzcan, necessitan de buen fondo, de experimentado agricultor, de escogida semilla, de dócil ingenio, de buenos preceptos y de docto maestro, cuya circunstancia haze curioso como observable el modo que tienen los turcos en criarlos para que salgan modestos, resignados y capaces.

Los que asisten en la tercera puerta, que llaman Real en el más interno y secreto servicio del serrallo, son cerca de cinco mil y las mugeres tres mil, viejas que açotan, moças que crían, esclavas que sirven y las demás, de gentil garbo, reservadas para los placeres del sultán. No ay país de su dominio que no contribuya peregrinas hermosuras y si, entre los despojos de los conquistados términos, se encuentran algunas de sobresaliente habilidad, como de perfecta

hermosura, se aplican para el serrallo y, en pisando las líneas del ocaso de la hermosura, *passan* (sin la luz de los primeros albores) a vivir entre las sombras del desconuelo lo que les falta al serrallo viejo y, cediendo las maduras, suceden las más frescas, como en los jardines se practica con las flores, que las mustias de la noche dan lugar a las que fragrantas asquas de nácar encienden con la hermosura, hechizan con el color e inflaman con el asseo y suspenden con el aliento, siendo la admiración quien cultiva el deseo para aumentar el desassossiego.

Assí que entran en el serrallo, aunque sean de otra religión, se declaran turcas y para que las tengan por tales, basta que alçando un dedo digan: *Alalb, Alalb, Alalb, Mehemed, Resulá*, que es dezir: No ay más que un solo Dios y un profeta único, que es Mahoma. Assí que llegan al serrallo, una vieja que llaman *checaya cadun*, que es lo mismo que mayordoma mayor, las mira y reconoce muy despacio y las examina observando la edad como la disposición, y las introduce en la estancia agregándolas a las de una edad. Y en estas divisiones habitan las mugeres como si fueran monjas, y aun con más estrechez, porque son menos visibles. Comen en refectorios muy dilatados, con asistencia de las viejas que las gobiernan, y reposan en dormitorios llenos de luz, cerca de los quales ay baños en que se laban freqüentemente. No las faltan maestras que las enseñan la lengua del país, como diversas labores y otros industriosos entretenimientos. Tienen grande abundancia de jardines y fuentes, donde gozan los domésticos placeres. No se divierte el sultán con las mugeres sin que la mayordoma mayor se las ponga a la vista, en tiempo que exercitan sus habilidades, para escoger la que fuere de su agrado, o en lo sonoro de la voz, o en la gallardía de dançar y tocar instrumentos, como señales de viveza ayrosa. Y descubierta la inclinación del monarca, escoge las más garbosas, que haze poner en dos filas y, entrando en la estancia el sultán (passeándose algunas vezes entre todas) y después de averlas observado, (a la que mejor le parece) la arroja un lienço y se retira a su habitación. Y disponiéndose la elegida al combate, en que la desemboltura suele lograr la victoria, y por la incierta ganancia de la voluntad real, pierde la reputación y la honestidad (monedas de alto valor que, en el juego de la sensualidad, perdidas una vez, aunque se cambie la suerte, jamás se recuperan).

Prevenida pues de ilisongeros perfumes como de atentas demostraciones, haziendo empeño amoroso la solicitud rendida, se transfiere a la hora determinada a la estancia que llaman de las Mugeres. Y porque no es decente expresar las demás circunstancias de su infame política sin pisar los términos de la honestidad, passo a que dexándole el vestido y el dinero con que

se halla, se retira perdiendo el bagage. Y en caso de aver quedado gustoso, la regala después con mayores demostraciones de joyas y vestidos, correspondientes a la grandeza de quien los embía. De las estériles no se haze caso alguno y de las fecundas mucho aprecio, honrándolas con el nombre asequí sultana, que significa reyna. Y siendo el parto de varón, la aplauden, la exaltan e introducen para que viva en el quarto que llaman de la reyna, no siendo gran señora en Turquía la que no sabe hazer hombres y le conviene, para obstentarse más de lo que fue, engendrar lo que no es, porque en Turquía no estiman la gran sangre ni los antiguos nobles ascendientes, sino la posteridad. Las que paren hembras no llegan a tan alto grado ni tienen más título que de sultanas, aunque las señalen viviendas distintas y renta proporcionada a sustentar con decoro la dignidad, quedando sus hijas destinadas a casamientos de los más principales baxaes que, emparentados con el rey, mezclan la sangre servil con la real, logrando por este respeto los más calificados gobiernos. Y assí, viven estas princesas sumamente veneradas de los maridos, reconociéndose indignos de merecerlas, y no se acercan a ellas si no es con sumo respeto reverente y profunda sumisión. Y para diferenciarse de las otras (en señal de mayoría), llevan en la cinta el ganzar (que es un puñal guarnecido de diamantes) y observan con los maridos gran decoro y gravedad, haziendo ellos particular estudio en agradarlas para conseguir la gracia del rey (que es el más rico tesoro), de donde depende toda su fortuna.

Son estas princesas de grande honor a los maridos, pero de mayor peso quando las dotan por ser la demostración muy considerable en la cantidad, correspondiendo en los regalos con tanto exceso y en las galas que, por exceder, suelen quedar arruynados. De la muger de Rustén baxá (hija de Solimán Segundo), se dize que tenía una virreta o cofia de diamantes que estava apreciada en quinientos mil zequíes. Tienen oposición las sultanas, unas con otras, sobre grangear la voluntad del rey si bien, en lo exterior, muestran inseparable amistad por no dar qué dezir en el serrallo. Si muere el príncipe, no teniendo otro varón, queda la reyna solo con la estimación de sultana y la que después da a luz el primer varón, passa a la dignidad real, naciendo también su fortuna hermana del feliz parto.

No faltó alguno de los antiguos monarcas que (enamorado de la favorecida) la declarasse por esposa (por honrarla más que a otras) en presencia del muftí con instrumentos públicos para perpetua memoria, cuya costumbre no se observa (como de pocos exemplares) por escusar el dote, que importa medio millón de zequíes cada año, instituido por decreto de Selín Primero como decoroso entretenimiento a las sultanas, sus mugeres, a fin de fabricar

mezquitas, hospitales y otras obras de piedad. Y quando son fecundas de varones, estén o no desposadas, las reconocen como a reynas reverenciándolas y regalándolas todos con universal respeto.

Assiste a la puerta de la gran sultana, de guardia, el quislar agassi (cabo de los eunucos negros) con treinta compañeros para depender de sus órdenes y tienen creído los turcos que las mugeres son como las quintas essencias, que conservan más el olor quanto están más cerradas, comparándolas también a una mesa limpia muy llena de olorosas sazoadas viandas porque, aunque no se quiebra el ayuno al mirarla, no dexa de conmovier el apetito. Y por esta razón, no salen jamás las sultanas, si no es conduzidas del rey, a recreo, llevando cubiertas las caras. Y para que no puedan verlas, cierran los caminos con telas y, en ocasión de seguir la Corte, hazen el viage en coches echadas las compuertas. Prohíben a las mugeres la concurrencia con los hombres por el riesgo que tienen de dexarse encantar por el oído, como el áspid, y assí no hablan sino con los eunucos. Y como su obscenidad es digna del infierno, las ponen guardia de negros demonios, creyendo que el pecado es hijo de la ocasión, como de la voluntad. Y faltando estas circunstancias, pretenden apartar la piedra del escándalo en que puede la fragilidad del sexo tropezar para caer fácilmente. Y assí, por quitar todo humano comercio con las mugeres, hazen incapaces de todo rezelo a los que precisamente han de tener entrada en el serrallo, preservándose de este temor con una violenta seguridad.

Las tías, hermanas e hijas del rey, tienen sus viviendas también en él y las tratan y sirven con especial modo, correspondiente al grado. Los hebreos, que siempre hallan disposición para entrarse a los más reservados lugares, se manejaron de modo los años passados que introduxeron (con el medio de las sultanas) a sus mugeres en el serrallo, a fin de enseñarlas industriosas labores y vender algunos adornos curiosos. Y para conseguir la entrada, regalavan a los eunucos, haziéndose las hebreas tan domésticas con esta permissão que, tal vez, las dominaron fiando de ellas el deshazerse de algunas joyas ocultamente, en ocasiones de tener descaecimiento en la gracia del sultán, pero los visires remediaron esta comunicación quitándolas la entrada en los serrallos. Y es de admirar que tantos millares de mugeres bien sustentadas y reclusas, vivan en obediencia honesta, conservándolas en este estado la severa custodia de las viejas destinadas para este efecto que, con zelosa vista, siguen sus passos sin dexar de observar con prolixidad sus acciones. Y si las embían algún regalo, aunque sea comestible, lo examinan, solicitando saber de qué parte le traen, especulando si viene en él algún villete, para cortar por la raíz qualquiera principio de desorden.

El mismo rigor con que enfrenan sus formidables ejércitos, conserva también en obediencia la excesiva tropa de mugeres en el serrallo, por lo qual no se inclinan a la clemencia diziendo que es un deliquio desayrado de la desmayada justicia y, assí, sus órdenes caminan siempre atadas al rudo y fuerte tronco de la severidad, por cuya razón no pueden vacilar. Por hechiceras y por echar las habas, o por otros notables delitos, metidas en unos sacos, las echan al mar para alimento de los pezes. Y aviendo dicho lo bastante de las mugeres, será bien que hablemos de los hombres.

Alóxanse en el serrallo de setecientos a ochocientos azamogllanos (que son como novicios de genízaros) de doze hasta treinta años, christianos renegados recogidos de las décimas de los ordinarios tributos de las provincias obedientes al othomano imperio. Y en aviendo entrado, los visten de diferentes colores con bonetes de paño amarillo y se presentan a la vista del visir, que escoge los que le parece de aspecto agradable, bien dispuestos y vivos para servicio del sultán, entregando otros al bustangi bassi (cabo de hortelanos) para que los reparta entre las compañías que necessitan de gente, llegando a esta función circuncidados y hechos turcos. Tienen maestros que les enseñan la lengua y varios exercicios en que se adiestran, como en la lucha, en el salto y la carrera, como en disparar el arco y arrojar la azagaya, aplicando los menos hábiles a la cultura de los jardines y a otros más tribiales exercicios, distribuyendo también algunos a los patrones de los navíos para que aprendan la náutica, con obligación de restituirlos en estando amaestrados. A otros los ajustan con los artífices para que aprendan algún ministerio y lo exerciten en los ejércitos. Reciben también los baxaes algunos reseñados, con obligación de bolverlos a entregar en cierto tiempo. Repártense otros en los serrallos, encargando a los eunucos que los adiestren en los militares exercicios para ponerlos en las plaças de la infantería en lugar de los que huvieren muerto en la guerra.

Los azamogllanos, aunque reservados para el serrallo, son de más ordinario servicio, pues se ocupan en las fábricas, jardines y cocinas, como en las cacerías, y reman en los cayques. Tienen para su alimento cada día tres ásperos y dos vestidos enteros cada año. Y quando sirven con puntualidad, tienen ascenso a timoneros de las falucas reales y a otras ocupaciones proporcionadas, sin ser de obstáculo que el bustangi bassi, su jefe (según el modo de grangear la gracia del sultán), pueda conseguir la dignidad de capitán del mar y baxá de El Cayro, como la de primer visir. En las contingencias guarnecen el serrallo armados y, ordinariamente, son executores de las sentencias de muerte que ordena el sultán contra los baxaes. Duermen siempre

vestidos por estar prontos a qualquiera llamada. Solo ven al rey en las cacerías porque guían los perros, o en los jardines por ser guardias de las puertas, o en campaña por estar a su cuenta armar los pavellones, como también quando se embarca en los cayques.

La Corte de Constantinopla es un seminario de esclavos donde los christianos arrastran la cadena de hierro y los turcos de oro, pero estos, como fácilmente suben a los más altos puestos, también se precipitan según resplandece en ellos, más o menos, el favor del rey, siendo tal vez la grandeza una efímera o un nocturno vapor de exalación que solo se enciende para hazer más conspicua y resplandeciente su fatalidad. El serrallo es como una clausura y, los que entran en él, viven resignados y hazen el noviciado, siendo el primer voto la obediencia. Y en esta se crían los jóvenes de más estimación (hijos de christianos), educados en la ley mahometana y en el exercicio militar destinado para calificados manejos.

No hazen caso de la nobleza, por ser ordinariamente altiva y no tan fácil a sujetar el cuello al yugo porque, si bien, aumentarían el esplendor al monarca, creen que es contra la soberanía, que no admite más que esclavos idólatras rendidos de un Dios terrestre, patrón sin reserva, árbitro independiente, a quien se rinde el arbitrio de todos, y hazen que lo que falta de ella lo supla la buena índole, la hermosura y proporción de cuerpo, por cuya razón escogen los muchachos más bien dispuestos y galanes. Y como espumado el vaso, queda más puro el licor, assí descartando la hez en lo más bruto de estos, passan al serrallo admitidos en los servicios de más graduación y en el número de los agalaris, que quiere dezir jóvenes escogidos para el real servicio.

En siendo a propósito (quando llegan a edad sossegada) los ocupan en gobiernos donde, como independientes y sin alianças, procuran obrar con justificación (circunstancia que obliga a vivir los súbditos en pacífica quietud) y, según el talento, los levanta el sultán sin medida de merecimientos o los oprime sin compassión a su voluntad. Y son como el polvo, que buela en quanto permanece el ayre que le mantiene, conservándose en los puestos lo que dura la gracia de quien los sustenta. No pueden ser genízaros, azamogllanos y agalaris los que no son hijos de christianos renegados sacados del tributo, según la antigua constitución, si bien, de algún tiempo a esta parte, han logrado este ministerio algunos turcos naturales que, el dinero y el favor (alterando el estilo), han tenido fuerça para corromper las leyes.

Son maestros severos de esta tierna juventud los eunucos blancos, enseñándolos a obedecer como a tolerar los preceptos de la enseñanza. No tienen número fíxo y hazen elección de los que prometen esperanças de

habilidad (que entran en el primer seminario, de donde salen para el servicio personal del monarca y los tratan con agrado) y suele aver quatrocientos. Enséñanlos a callar y solo a responder quando les preguntan, siendo esta la primera virtud de los que están destinados a obedecer. Inclínanlos a la reverencia de la religión (que es el más fuerte freno para regir la juventud), procurando que los adornos exteriores del cuerpo correspondan a la resignación del ánimo. Predícanles la humildad, que es el tránsito para la obediencia, debiéndose enjertar en la misma rama porque obedece mal ordinariamente el que padece achaques de sobervio, doblándose con dificultad los árboles que tienen dureza. Y por esta razón los hazen tener siempre inclinada la cabeça con los ojos en tierra y las manos cruzadas, argumento de esclavitud como de profunda humiliación al rey. Imprimen en ellos el conocimiento de que no son más que un aliento de las reales órdenes y que depende su fortuna solamente del mirar del sultán, como su muerte de una simple seña. Házenles creer que no ay cosa más gloriosa que resignarse a sus preceptos, sacrificándose ciegamente a sus arbitrios y que, el morir por mano o por orden del monarca, beatifica el alma y honra el cuerpo y que semejante martyrio tenga por premio el parayso. Y es de modo este crédito entre ellos, que ay muchos exemplos en Turquía de hombres tan tenaces en esta vana seguridad que, estando constituidos en la dignidad de baxaes y de la mayor riqueza, se lamentaron diziendo que solo deseavan lo más estimable, que era el morir por mano o por oden del sultán, a fin de coronar los últimos alientos de la vida con la diadema de semejante martyrio.

El nombre y la patria de estos muchachos agalaris quedan registrados en las listas, y el estipendio que se les da es de dos hasta cinco áspers cada día. Y un eunuco blanco tiene la superintendencia y los enseña a leer, escribir y hablar turco. Y ordinariamente continúan en esta escuela seis años, quando la incapacidad no los detiene más. De esta escuela passan a otra, donde se aprende la lengua persiana, como la árabe y la de los tártaros, en cuya aplicación se habla y escribe con elegancia. Y aquí también aprenden otros exercicios como armar el arco, luchar, arrojar la azagaya, manejar la zimitarra, correr y saltar, en cuyas habilidades se entretienen continuadamente por espacio de cinco años. Y estando fortalecidos y robustos, passan a la tercera escuela donde, confirmándose con el uso continuado en los estudiados manejos, aprenden el arte de andar a cavallo con fortaleza executando varias demonstraciones para afirmarse mejor. Y también aprenden artes para exercer en el servicio del rey como quitar la barba, hazer turbantes, doblar vestidos, amaestrar perros para la caça, conocer y criar con magisterio losalcones, fabricar arcos y flechas y

acomodar los arcabuzes, servir de moços de cámara, trinchar. [1640] Y a estos se les da de vestir con más decencia que a los otros, como sugetos destinados a más honroso empleo de la Corte. Y si caen en algún acto deshonesto, los castigan con grandes golpes en las plantas de los pies y, es con tanta crueldad, que a veces quedan medio muertos. Válense los preceptores de bastones, como los jardineros, para que se endereçen y estén firmes las tiernas plantas. Y no es fácil expressar bastantemente el rigor que practican los eunucos en su educación y, no siendo hombres ni mugeres, odian a entrambos sexos aborreciendo el humano comercio de que están separados y, como enagenados de la propia, quisieran ver extinguida la universal generación. Los que han aprendido en esta escuela no practican más que unos con otros con toda modestia, y ninguno de afuera puede avocarse con ellos sin permisión de los preceptores, pero siempre con la asistencia de alguno de los eunucos, y procuran sus directores hazer algunas experiencias en ellos para penetrar si están constantes o si vacilan en los ritos de la secta y si tienen enteramente perdida la memoria de la católica fe. Y quando los hallan firmes y assegurados en la mahometana, los habilitan después para el passage a la última grande escuela, donde nuevamente se buelven a reseñar en aquellas listas. Y después, compartiéndolos y empleándolos variamente en el real servicio según el habilidad y suficiencia, se les aumenta la paga hasta quarenta ásperos al día, cambiando dos vezes al año los vestidos de paño a los de seda, consiguiendo los de sobresalientes méritos que sean de brocado. Traen la cabeça rayda y, por la parte de las sienes, usan unos tufillos que les cubren las orejas y en señal de estar destinados para el servicio corporal del monarca (llevan unas cofias) y le siguen en los viages y en los divertimientos. Procuran los baxaes su amistad, haziendo grande estimación de ellos. Y de este seminario salen a los puestos más conspicuos, según la gracia del sultán, quedando escritos en el asiento de los oficiales más graduados de la Corte, que son los siguientes:

El selectar aga.	El que lleva el estoque.
Riegtar aga.	Lacayo mayor.
Matarangi aga.	El copero.
Dulbert aga.	El que lleva el turbante.
Quiamaquert aga.	El que le quita los paños.
Cesmigir bassi.	Escalco o trinchante mayor.
Dogangi bassi.	Caçador mayor.
Bunanaegi bassi.	Contador mayor.
Ternagir bassi.	Callero mayor.
Berber bassi.	Barbero mayor.

Felah bassi. El que le laba en el baño.

Iesquirigi bassi. El secretario.

Exercen todos en las funciones de su ministerio aquella estudiada humilde reverencia, sin levantar los ojos del suelo en la presencia del rey, ni aun para mirarse unos a otros. Y si el sultán manda alguna cosa, corresponden con pronta y tácita obediencia sin dar ocasión a la segunda orden, para cuyo efecto quisieran tener alas por no retardar un instante la ejecución. Suele agradarse de su conversación como de las habilidades, haziendo exercitarlas en su presencia, logrando los más diestros que se enqüentran con su genio considerables regalos. Passan estos ordinariamente a beglerbeyes de Grecia y Natolia, gobernadores de provincias, aga de los genízaros, como a cabos de espais y baxaes, logrando algunos permisión de comunicar con el rey (circunstancia sumamente estimada y que suele ser de provecho a los sultanes), pues de las domésticas conferencias nace quedar noticiado de lo que passa fuera del serrallo, como también de las operaciones de los más graduados ministros para corregirlos, atendiendo con gran fidelidad a la representación más verdadera, porque de sus avisos puede resultar o su fortuna o su infelicidad. A los que no prometen buena salida para calificados empleos, ocupan en oficios inferiores o los mandan servir con moderados sueldos. Salen a negociaciones de Estado, en calidad de embiados, aquellos en quienes se reconoce alguna luz de aplicación que mire a los intereses de la monarquía. Passan algunos como chauzes a llevar confirmaciones de principados de Balaquia, Moldabia y Transilbania, cuyos soberanos les corresponden con donativos y honores proporcionados al favor que reciben de la gracia del sultán, si bien en nuestros tiempos, alterada esta disposición van a estas funciones los hijos de las sultanas.

A los agalaris que logran puestos decentes para salir del serrallo, embía el gran visir a su mayordomo que los conduzca a sus habitaciones, donde se entretienen algún día hasta disponer el luzimiento decente al puesto que han conseguido, y no salen a semejantes ocupaciones sino de maduro juicio y aviendo passado de treinta años. Y porque en el serrallo andan raydos a navaja, no salen en público hasta que les ha crecido la barba, como seguridad de madura quietud, en cuyo lugar entran otros de menos edad, como sucede en los frutos que se van cogiendo como van madurando. Esta certeza de aumentos y de empleos haze que vivan asegurados de conseguir adelantamientos, comprehendiendo que en la puntualidad del servicio consiste su fortuna y, assí, ponen el mayor y más vivo cuydado en merecer la gracia del monarca, que es la fuente de donde han de beber las mayores erperanças. Y como en los grandes mares se cogen grandes pescados, assí en las grandes Cortes se consiguen

grandes empleos. Y quanto más se realça el soberano, crecen tanto más calificados los vassallos y acomodados los militares, en cuya correlativa consonancia se logra que tengan por único objeto no solo la conservación, sino el aumento y la dilatación de la monarquía. Además de las personas mencionadas, habitan en el serrallo sirvientes de varias suertes como luchadores, baylarines, bufones, sonadores de instrumentos y mudos de ambos sexos que, con los gestos, se explican claramente, observando el más reverente respeto que se debe professar con el monarca y con las demostraciones del silencio le veneran como a un dios. Suceden los eunucos blancos, destinados para la guardia de la puerta del sultán, como los negros para la del interior serrallo de las mugeres, siendo el más estimado el capi aga, superior a todos los eunucos blancos. El segundo es el casnadar bassi, tesorero mayor. El tercero, quilergi bassi, despensero mayor. El quarto es el serrai aga, guarda mayor del serrallo. De estos quatro (que ordinariamente son ancianos ministros), el más autorizado es el primero, como sugeto que recibe las órdenes del sultán, passando por sus manos los memoriales y las escrituras exhibidas de los suplicantes de afuera, y haze la función de camarero mayor sin dexar de acompañar al rey hasta la puerta de las mugeres. Su ordinario estipendio consiste en diez sultaminos al día, no faltándole joyas y bestes y regalos y, como constituido en tal dignidad, los de adentro y los de afuera, passando todo por sus manos, se las llenan de oro.

El casnadar bassi (que es tesorero) tiene una llave del erario de adentro y otra el rey, además del sello, con que se asegura e imprime la puerta por la parte de afuera, en cuyas estancias se guardan los tesoros de los emperadores antiguos, como modernos, y lo que se saca del erario de adentro para urgentes necesidades se haze con obligación de bolverlo, teniendo el tesorero de todas las partidas claro registro, como también de las joyas que entran y salen y sirven para adorno de los sultanes.

[1640] El despensero mayor tiene a su cuydado las reales guardarropas, que se componen de paños de oro y seda, bestes, zebellinas, zimitarras de pedrería, ayrones de diamantes, ámbar, azmicle, bálsamos, tierra de sigilate, vasos grandes de ágata y de turquinas, como de jaspe, y otras piedras preciosas, siendo el cuydado grande en esta ocupación porque le conviene tener distinto inventario de todo lo que viene de regalo para el sultán, como de lo que da, y todo llega a grandes sumas, como diximos. El entretenimiento de este oficial importa mil ásperos, que son diez escudos al día, y tiene diversos ministros que le obedecen y muy rara vez puede salir del serrallo por el grande peso de su ocupación, no aviendo príncipe más bien servido que el monarca othomano,

porque la cabeça haze la fiança de la fidelidad de las manos de sus ministros y muchas veces paga la deuda. Ay otra pieça apartada que llaman el fisco, donde entran todos los muebles preciosos transportados de las casas de los baxaes difuntos, cuyo valor llega a increíbles sumas y, de lo que no sirve para el serrallo, se haze almoneda en el mercado público, en cuya venta suelen passar vestidos de personas que murieron de peste, no siendo obstáculo esta enfermedad para comprarlos, creyendo fixamente que el fin de cada uno es inevitable y que no puede morir en el fuego quien tiene el destino de perecer anegado. Y por esta razón, ciegamente arriesgados, pelean en los sitios como en las batallas. Es tan grande el respeto que professan a su falsa religión los sultanes (con ser tan ambiciosos), que ha sucedido en la muerte de algunos baxaes dexar la hazienda a mezquitas y, estando confiscada con orden del rey, han dexado correr el legado sin defraudar en nada la obra pía.

El serrai aga, quarto eunuco, tiene la guardia del serrallo (como diximos) y no sale de él estando el rey ausente. Visita cuydadosamente los puestos con frequencia, como también las viviendas, manteniendo en cuydada disciplina a los inferiores, permitiéndosele por la ancianidad que ande a cavallo. Y tiene para mantenerse ocho escudos al día de gages, sin otros lucros extraordinarios. Permíteseles a estos ministros llevar turbantes y los veneran y regalan todos por la cercanía del rey. Serán poco menos de ciento los eunucos, que llaman espadones, escogidos en edad tierna entre los renegados, contentándose de perder la virilidad por conseguir este grado. Sírvense los sultanes de los eunucos blancos para la asistencia de los demás serrallos, y llegan a conseguir algunas vezes puestos muy sublimes (apadrinados del favor o de la Fortuna) como el de baxá de El Cayro, gobernadores de provincias y visires, reputándolos por fieles en sumo grado, por cuya razón les encargan lo que es de más zelosa consecuencia, como el oro y las mugeres. Los eunucos moros, que sirven a las sultanas, vienen de El Cayro y tienen estipendio proporcionado sin faltarles comodidad para vivir honradamente. Pónenles nombres de flores o joyas: diamante, jacinto, perla, coral, rosa y otros nombres semejantes.

Los negros hablan algunas vezes al rey llevando recados de las favorecidas y no salen del serrallo sin licencia de la reyna. Los eunucos blancos no entran en los apartamientos de las mugeres y cada uno, en su nicho, haze la figura para lo que está destinada y, por el contrario, las muchachas moras atienden aplicadas al servicio de las sultanas sin entrar en sus apartamientos más de aquellos oficiales del necessario empleo. Y ni el protomédico puede introducirse en las viviendas de las sultanas, si no es con la permissão real. Y quando la enfermedad de alguna obliga a visitarla, se retiran las otras

anticipadamente, sin que pueda ver más que a los eunucos negros, que le introducen adonde está la enferma, que yaze en la cama como postrada en tierra, toda cubierta, dexando solamente libre en el brazo aquella parte necesaria para la pulsación. Y si es sultana o reyna, se le cubre la mano y el brazo con un velo finísimo, después de lo qual, aviendo ordenado el remedio, sale el médico sin dilación alguna de aquella parte.

Los hijos que tiene el rey de una madre se crían unidamente fuera del serrallo, procurando escoger las amas con todo cuydado y, quando son de favorecidas, en apartamientos distintos, cuydando cada madre de su prenda, adornando los hijos de ricos vestidos hasta que llegan a edad madura. Assisten con gran puntualidad a las hembras de la real estirpe, criándolas con gran diligencia, pero no igual a los varones destinados al solio por mayoría, naciendo todos los demás para el sacrificio de la seguridad del que consigue el imperio, como víctimas lastimosas de la crueldad heredada. Tienen maestro que los enseña los preceptos, desde los cinco años hasta los onze, y tiene horas destinadas para su entrada en el serrallo, conduciéndole dos eunucos negros a la estancia sin que pueda ver muger alguna y, acabada la lición de los niños, con asistencia de dos viejas moras (que no se apartan jamás) sale sin detenerse un instante.

[1640] En los tiempos passados se acostubraba (en aviendo crecido el príncipe sucesor) circuncidarle según la ley y hazerle salir del serrallo después de formada la real familia, nombrando por ayo a uno de los más principales eunucos, con el título de sala baxá, señalándole oficiales escogidos de adentro y fuera del serrallo para que no huviesse qué desear en el decoro del real entretenimiento, como en su regalo.

El sultán, las sultanas y los baxaes más principales, presentándole ricos dones, se encaminava a la Magnesia, ciudad de la Assia, permitiéndole el gobierno de aquella provincia, pero subordinado a las disposiciones del rey, su padre. Y si se excedía en algo faltando a los límites de la real obediencia, tenía especial orden el eunuco gobernador de dar quenta a la Corte del más mínimo movimiento, practicándose lo mismo con los demás príncipes de la sangre que dexavan vivos, señalándoles habitación en el Assia, encomendando su asistencia a sugetos de experimentada fidelidad a fin de que los mantuviessen entre los límites de la moderación, como apartados de turbadas inquietas deliberaciones y del comercio de espíritus altivos de poco seguros pensamientos, porque no despertassen en ellos ni la más tierna ambición que motivasse (como en los passados siglos) otras alteraciones civiles con agitación y riesgo del imperio. Y por esta razón los retiravan de la Europa, a fin de que

no assistiessen en los confines de los Estados de príncipes christianos por zelos de secretos fomentos, de que podía nacer improvisa prozelosa borrasca que alterasse la pacífica calma de la monarquía. Y olvidando las antiguas máximas, crían a los príncipes en el serrallo, en atención de que a vista de los padres puedan lograr más obedientemente rendida la educación y el respeto, assegurados de extrangeras impresiones. En la cocina real se disponen todos los días viandas con exceso, si bien con ajustada economía. Y levantándose temprano el monarca, si pide de almorçar, le sirven ampliamente con puntualidad la vianda a su satisfacción, comiendo quatro vezes al día en toda forma, y Selín Tercero (que fue muy dado a la gula) lo hazía más freqüentemente, cuya circunstancia tenía prontos a los oficiales por no saciar el apetito a la crueldad con sus cabeças.

Dispone el trinchante mayor la vianda en una mesilla baxa y, después de sentado el sultán en unas almoadas, le ponen sobre las rodillas (teniendo las piernas cruzadas) unos manteles bordados y en el braço una servilleta correspondiente y come sin que salven la vianda, siendo el primero que la gusta. Sirvenle pan de diversas suertes, cuyas pastas son tan delicadas que se deshazen al tocarlas. Pónenle cucharas de palo para las menestras y algunas frutas, que los turcos transubstancian en licor, exprimiendo el zumo, para extinguir la sed como para dar suavidad a las viandas que come con la propia mano. No ponen sal en la mesa, ni principios, y postres, siendo lo primero que se ministra carnes en diversas formas aderezadas y varias chucherías de yervas gustosamente dispuestas, concluyéndose la comida con algunas aves selváticas y tórtolas rellenas de varias carnes. Bebe ordinariamente una vez sola, en porcelana que trae el copero sobre una salvilla de lo mismo, cuyo licor es sorbete. Algunos, como Amurates y Selín (rompiendo la prohibición), bebían vino con exceso y dezía Amurates que el árbol de las vides era el árbol de la vida. Assisten a la comida mudos y bufones, que le divierten con ridículos gestos, pero sin violar el reverente silencio. Y suele, por honrar a los agalaris que le sirven algunas vezes, arrojar un pedaço de pan que (recogido con reverencia profunda) se reparte en pequeños bocados en los que están assistiendo como si fuera reliquia. Los platos en que le sirven la vianda son de oro, como también la palangana o vacía en que se lava las manos, guarnecida de diamantes y otras piedras preciosas de infinito valor. En tiempo de ramadán o quaresma come el sultán en porcelana amarilla de noche (por estar prohibido hazerlo de día) y la vianda es de carne y no acostumbra a comer de pescado, sino alguna vez por variación quando se halla en algún recreo con las favorecidas. El remanente de la comida, con otras viandas, sirve para sustentar a los agalaris que le cortejan. Y en

levantando la mesa, desarmando el severo arco de la gravedad y circunspección, se entretiene gracejando con los bufones y los mudos dándoles dinero para que lleven con paciencia los estrapaços. A la reyna también sirven regaladamente los eunucos moros y come en platos de porcelana blanca y, quando el rey ocupa enteramente el día con las favorecidas, se disponen grandes y abundantes banquetes de exquisitas y delicadas viandas. Y después de aver concluydo con las comidas reales, se siguen las de los ministros más graduados y, luego, las de la turba inferior, que se compone de mantenimientos más ordinarios, en donde comen muy apriesa porque solo se les permite el tiempo que baste para mantenerse y no para saciarse. Y aunque ay mucho yelo en el serrallo con que poder llenar los poços, por la practicada ceremonia lo hazen traer de la montaña, gastando la Porta cada año veinte mil zequíes en esto. Y son tan cuydadosos en proveer el serrallo de lo que necessita para el universal sustento, que anticipan en los propios tiempos las provisiones, cuya económica disposición haze que no falte cosa alguna, abundando todo en calidad y cantidad copiosa.

Consúmense muchos granos en pan, que se distribuye a los más principales como también a los más inferiores oficiales de la Corte, no siendo menor el gasto de azúcares para hazer el sorbete. Gastan pocas especias, porque se abstienen de ellas como excitadoras de la destemplança en el beber, y transportan del Egipto los dátiles, como también la miel de Balaquia, Moldabia y Transilbania, y la azeyte de Modón y de Corón, estimando mucho la de Candia como más pura y limpia. Del mar Negro transportan la manteca y las frutas de los jardines circunvezinos, como también la leña de los bosques más cercanos al mar Mayor. Y, en suma, todas las provisiones las recogen de payses vassallos, sin mendigar cosa alguna de los forasteros. Si mueren los eunucos mayores, hereda el rey las dos partes de la hazienda, tocando la otra a los herederos, según la ordenaçã de sus cánones, pero ordinariamente cargan con todo, los sultanes, porque no ay ley que repugne el dispótico arbitrio. Algunos quieren assegurar que el gran señor gasta cada año en los regalos que haze ducientos mil sultaminos, pero todo lo que da a los vivos roba con usura a los muertos. Quando el sultán entra en algún cayque de doze hasta quinze bancos, se sienta solo en la popa, quedándose en pie los agalaris, permitiéndosele al bustangi bassi, que es el timonero, que algunas vezes se sienta según lo requiere el ministerio, teniendo este ministro muchas ocasiones de hablar y descurrir con el sultán por la cercanía, cuya circunstancia es motivo para que muchos le cultiven con regalos por conservarle bien dispuesto a su favor. Quando sale a caça el sultán, o a la mezquita, es a cavallo por la gran puerta. Y esto lo haze en viernes, que es el día más festivo, y haze su viage cercado de lacayos y saluda al

pueblo con la cabeça, correspondiéndole con aclamaciones a medida de las empresas animosas que le hazen estimado, como bien visto, y también aumentan el aplauso las monedas de oro y plata que manda arrojar. Assístenle algunos oficiales del serrallo, a pie, destinados para recoger los memoriales por el camino. Los del pueblo más menudo, que no tienen entrada en la Corte porque no se atreven o porque les impiden el llegarse al soberano, encienden sobre las cabeças algunos manojos de paja, teniendo en la mano el memorial, con dos fines. El uno, para obligarle a bolver la cara y mirar adonde resplandece la llama y mande recoger las súplicas, para mostrarle con aquella circunstancia que si obrasse con floxedad en remediar los gravámenes de los miserables, arderá de aquella misma suerte su alma en el eterno fuego infernal. Y recogiendo los memoriales los destinados ministros, los llevan al serrallo, aviendo muchas vezes servido estas súplicas de estímulo para executar castigos exemplares en los más calificados ministros.

Amurates Quarto (açote sangriento vigilante de los malhechores) observava, siempre que salía por la ciudad, si avía este género de fuego que le encendiese la ira y la severidad para fulminar delinqüentes. Y quando alcançava a ver alguna llama, señalava con la mano a los oficiales para que recogiesen el memorial y, si contenía quejas contra los más graduados, el día inmediato amanecían horrorosos suplicios en la Corte porque se apacentava de cadáveres como los buytres. Esta facilidad de poder llegar las quejas de los vassallos derechamente al monarca, sin passar por otra mano, obligava a que los ministros caminassen derechamente por las calçadas reales de la justificación, en país donde no se tropeçava sin peligro de romperse el pescueço. Y más, quando sumariamente sin processo se corregían los delitos (que es un pedaço de fina política para tener a los ministros cuydadosos, como atentos a no hazer injusticias). Y por esta razón no desean las salidas del sultán en público, y estuvieran más contentos y seguros si guardara clausura en el serrallo. La cavalleriza real (no comprehendiéndose en ella las de los otros serrallos) consiste en mil cavallos escogidos que gobiernan dos cavallerizos: mayor y segundo, sirviendo estos brutos para las caças y recreos de campaña. Y tiene nobles raças en Bursia, Magnesia y Andrinópolis, sin muchos escogidos ginetes que le presentan de Persia, de El Cayro, de Arabia, de Ungría como de Transilbania, sin comprehenderse en estos los heredados de los baxaes muertos, natural o violentamente. Siguen también los mulos y camellos, destinados al transporte de lo preciso del serrallo, para conducir el vagage en las ocasiones de guerra, y en otros tiempos eran tres mil los primeros y quatro mil los segundos. Y se ocupavan en el ordinario servicio, alterándose a vezes el número según la

disposición de los visires y, mucho más, en tiempo de guerra para llevar tiendas, agua y otros aprestos. Dispónense para el uso del real servicio, quando marchan los soberanos con magnificencia, doze mil, sin omitir artífice alguno que pueda hazer falta en su ministerio.

Está obligado el rey (por particular constitución, a salir en público el día del Bayrán, su pasqua) y permitir que le bessen la mano los baxaes (que es una especie de omenage universal) y, assí, se dexa ver quando a los rayos del sol lucen más resplandecientes los diamantes, que obstenta en inmensa copia, llevando en el turbante algunas plumas de garça, ayrones, que publican las empresas que ha conseguido. Y saliendo fuera de la tercera puerta que guardan los eunucos, se sienta sobre tapetes persianos riquísimos y, en esta forma, se haze la ceremonia y, como van llegando a besarle la mano, los nombra el visir (que está a su lado) a fin de que los conozca, previniéndole con alguna seña para que corresponda con más distinto agradecimiento a los profesores de la ley, como a otros también de más relevante estimación. Y fenecido el cumplimiento, passa a la mezquita de Santa Sofía con gran cortejo y, después de aver buelto a su habitación, banquetea a los que le han acompañado y honra con regalos al primer visir y a las sultanas de bestes, joyas y zimitarras. Y en esta solemnidad practican los turcos la liberalidad que usan los christianos en los años nuevos y pasquas de reyes. Aquella noche ponen luminarias y gastan fuegos artificiales en gran copia fingiendo expugnaciones de plaças y otros exercicios de divertimento, assistiendo al festejo las sultanas como también las casadas que están fuera del serrallo. Y dura tres días esta ceremonia, en cuyo tiempo (a porfía) los de uno y otro sexo regalan con varios dones al sultán, procurando cada uno sobresalir más que otro en la demonstración, a fin de lograr en la gracia real más alta estimación, siendo (lo que dura este festejo un continuado bayle por las calles de la Corte) poco favorable algunas vezes a los christianos, que procuran abstenerse retirados por no exponerse a los insultos de los turcos, como a la licencia militar y a la destemplança de los embriagados, que buscan dineros con importunas demonstraciones, passándose a inmodestos como intolerables. Obsténtase reparable (recintado de algunas murallas) el serrallo viejo, edificio que hermocean muchos jardines, fuentes y baños, en cuya habitación tienen los sultanes una pieça reservada con adornos ostentosos, que sirve para las visitas que hazen a las reynas parientas que (por muerte de sus maridos) viven retiradas. Ocupa este serrallo de circunvalación la tercera parte de una legua. Fabricóle Mehemed Segundo (después de la conquista de Constantinopla) con solo una puerta, que guardan con vigilancia los eunucos. Y las que son inútiles en el primer serrallo, passan a esta habitación, como

también las repudiadas de los monarcas y las viejas negligentes, y aquellas a quienes por accidente alguno les ha faltado la gracia de los sultanes, viviendo todas en obediencia advertida a los preceptos de una matrona anciana. Las reynas o sultanas habitan separadas estancias sin mezclarse con las de menos estimación, si bien, a todas se les assiste con mucho cuydado para que no las falte de nada.

Las hermosuras, a quien abandonaron los candores del buen parecer en mustios desconsuelos, examinan descaecidas las vivas frescas luzes que fueron fomento de su estimación en la aurora de sus mejores días, siendo fatal, como infausto anuncio, que con melancólico desengaño las franquea el passo al serrallo viejo a llorar como destierro la distancia que separa los confines de la juventud de los de la ancianidad, cuya memoria horrorosa las mantiene sin consuelo, si bien, no desesperadas, pues gozan la libertad de poderse casar por mano de los eunucos, que suelen proveerlas de maridos, permitiéndolas que lleven como dote quanto adquirieron en la antecedente prosperidad, cuya aplicación no se descuyda en ponerlo en salvo, temiendo se lo quiten en la inevitable salida del serrallo nuevo a que las condena su fatalidad.

Consisten los desposorios de los othomanos en instrumento de concierto en la presencia del cadí (presidente de la ley), en que se registra la voluntad de los contrayentes, como también la dote, con asistencia de testigos de madura edad y buena opinión en la observancia de la secta mahometana, buscando para estas funciones los más estimados (por ser Constantinopla el mineral de los testigos falsos), que sean descendientes de su falso profeta (que andan vestidos de togas verdes para distinguirse de los demás) y viven siempre dispuestos para semejantes atestaciones por su estipendio, de las cuales suelen nacer suposiciones falsas que, sembradas, fructifican abundante cosecha de dinero y, a guisa de arpías, devoran la substancia cebándose en la sangre de los inocentes.

Permítesele a los turcos tener quatro mugeres y quantas esclavas quisieren, pudiendo alimentarlas, teniendo, los hijos de estas, igual acción a la herencia del padre y sin distinción de los legítimos. Y suelen los bastardos engrandecerse más fácilmente y mandar a los otros, aunque sean hijos de hermanas casadas de los sultanes (que la razón de Estado, por no elevarlos con la autoridad y la reputación del grado, de modo que puedan intentar alguna turbación, los dexa atrasados por este respeto), acalorando más a los bastardos como más distantes de aquel rezelo. Por varias causas registradas en el *Alcorán*, pueden los maridos repudiar a las mugeres y, en particular, quando (por la oposición de genios) reyna en ellos la discordia. Las separadas llevan consigo su dote y, bolviendo a casarse, si enquentran segundo repudio, pueden bolverse a

juntar con el primer marido (pero después de repudiadas del segundo), sin el qual no se permitiría semejante unión para la segunda cópula. Las esclavas que paren hijos no pueden venderse y quedan incorporadas a la familia, con obligación de alimentarlas toda la vida. Y a las que son estériles, pueden enagenarlas por dinero. Permítesele a los turcos servirse de esclavas de qualquiera religión y hazer de ellas lo que quisieren, menos el quitarlas las vidas, embaraçando a los christianos y hebreos la compra de las mahometanas, dexándoles la permissión de obtener las que fueren de su religión solamente, sin hazer caso de que se domestiquen todos universalmente con esclavas, pero, haziéndolo con las que son libres y particularmente turcas, padecen la pena de los más atrozes y severos castigos. Es muy usado el tráfago de las esclavas y tiene similitud al que hazen los christianos de los animales, porque las reconocen con prolixo examen la edad y la salud, midiendo en las facciones y disposición del cuerpo el precio de la persona. En las compras se apartan las madres de los hijos, según el gusto de los compradores, y están separadas las honestas de las deshonestas. Las doncellas tienen más alto precio, como mercancía más rara, y el que las compra recibe anticipada seguridad de serlo de quien las vende por medio y conocimiento de mugeres experimentadas en esta materia. Y descubriéndose fraude, está obligado el que vende a la restitución del dinero que constare (por el asiento de los libros de los registros) aver dado por ella. Varían en muchas cosas indiferentes en sus costumbres de las nuestras, siendo en ellos más honrosa la mano izquierda. Y si nosotros acompañamos a los difuntos con luzes, ellos lo hazen sin ellas. Y si los llevamos con los pies adelante, ellos con la cabeça. Y si los christianos convencen los reos con los tormentos, los turcos con los testigos. Adereçan los cavallos y no componen la mesa. Y si en la guerra se fortifican los christianos, ellos se acampan en sitios descubiertos, como espaciosos, sin mover el terreno. Si usamos la espada de marca, se ciñen ellos la corta y corba. No acostumbran la pica ni la coraça y, a la formación estrechamente unida de nuestros batallones, oponen la suya dilatada y abierta. Y en medio de tanta desproporción en la fábrica, o sea la ventaja del número, o que gozen más parcialidad con la Fortuna, vemos que las más vezes prevalecen triunfando, porque actualmente están (en exercicio) manejando las armas en daño de los príncipes, que destruyen uno a uno. Pero aviendo mencionado las circunstancias de los serrallos, bolvamos a tomar el hilo de la historia.

Llegaron a Constantinopla dos embaxadores venecianos, Luis Contarini y Pedro Foscarini, ambos cavalleros; el uno como extraordinario a cumplimentar a Ebraín y darle la enorabuena de la exaltación al imperio y, el

otro, a suceder como ministro ordinario a Gerónimo Tribijiano, embiando los turcos para su transporte quatro galeras a los Dardanelos, hasta donde los avían conduzido las galeazas de la República, siendo la primera función desembolsar quinientos mil talaes por la renovación de la paz, pretendiendo los turcos estar perturbada por el mencionado suceso de la Belona. Y no aviendo entregado esta cantidad al sultán Amurates, por aver muerto, se encargó de ella el primer visir, que la hizo percibir al quislar aga, a cuya qüenta están los tesoros, entregando a los embaxadores recibo de letra de Ebraín. Expressóse con ellos Mustafá, gran visir, diziendo que la República hazía gran fortuna en hazer digerir tan grande afrenta al sultán y que, a hallarse él en la Corte, no permitiría tan indecoroso ajuste, no debiendo los grandes monarcas curar los ultrajes recibidos en la reputación con el dinero (que es bálsamo de avarientos) y que sabía con certeza que el caymecán, que avía corrido con la negociación, se avía untado muy bien las manos. Y si bien mostrava con el semblante estar mal satisfecho en lo establecido, sin embargo, ofreció no alterar la materia en la observancia de la paz disponiéndola con las más seguras formalidades. Pero no suelen ser durables las promessas de los visires, porque suele alterarse la serenidad de su fortuna al fácil impulso de una quexa, como al más leve desdén del soberano. Entre los densos vapores rezelosos de una desconfianza se enqüentra la fatalidad con el precipicio en la obscura noche de la muerte, aviendo durado la alegría lo que vivió fomentada la permissão de los rayos de la gracia real y, con la cayda de este, el que le sucedió en el visiriato, ambicioso de gloria, la encontró en la infidelidad de las palabras y las obras, pues aviendo entregado los instrumentos de la paz, firmados de Ebraín, al embaxador (bolviendo este a su patria), la quebrantó después. Y creyéndose assegurada la República (con esta reconciliación), adormecida entre la lisongera quietud del ocio, se dispuso tarde para la defensa. Los muftíes dizen en sus representaciones que la perpetua natural, como implacable enemistad con los christianos, no debe dar más lugar a la paz que el que se interpone en quanto se enqüentra favorable la coyuntura para oprimirlos. Y llaman los othomanos, a estos ajustes con los príncipes christianos, soñolientos hurtos con que adormecen a uno, mientras destruyen a otro, siendo las capitulaciones como las sirenas, que tienen la apariencia hermosa y los extremos de monstruosa perfidia.

Por sentencia del general Giorgi (justicia mayor en Levante), salieron fugitivos de las islas de la República algunos vandidos, a quienes se agregaron otros foragidos y mal contentos sicilianos. Y passando a Constantinopla cargados de mal talento y peor intención, solicitaron al visir para que passase a desolar (con las armas) aquel país, cuyo apasionado y detestable desdén suele

convertir a los hombres en ardientes como ensangrentados Nerones, mientras logran la ruyna de la propia madre (que es la patria). Atendió fiero siempre el visir a la proposición fomentando sus iniquas máquinas con el alimento de una esperanza y, exercitando con sossiego la autoridad del puesto, dificultava las audiencias presumiéndose heredero de la severidad del difunto sultán Amurates. Y muy assegurado en la grande autoridad, despreciava a unos y a otros (que es vicio común de los hombres ensobervercese con exceso quando se consideran más elevados) y, haziendo dar de palos en público a un cabo de genízaros, castigó después severamente a un cadí, cuyas acciones (desobligando a los de la ley y a las milicias) le pusieron en el parage de aborrecido. Y aviéndose emprendido un incendio fuera de los muros de Gálata en que se abrasaron muchos edificios, y asistiendo en persona a su instinción, salió medio abrasado de las ruynas emprendidas por avérsele incorporado el fuego a los cabellos y las barbas dexándole tan maltratado que, en muchos días, no desamparó la cama, cuyo accidente fulminó de modo su desvanecida altivez que más tratable y humano después se dexava manejar de la razón, sucediéndole lo que a los leones y panteras, que se amansan con el horror de las llamas. Su mayor aplicación avía puesto la mira en la recuperación de la plaça de Asac, porque de su conservación dependía mucha parte de seguridad a los christianos, cuya guarnición se componía de doze mil cosacos y, deliberada en el dibano la execución de esta empresa, dio Ebraín orden al tártaro que con quarenta mil cavallos dessolasse la campaña, como lo executó. Y atacando después la plaça por mar y tierra, dieron los othomanos principio a los ensangrentados esfuerzos para la recuperación. Defendíanse los sitiados con sumo espíritu (aunque abandonados de todos) haziendo en muchas salidas considerable daño a los enemigos.

El ministro de Polonia assegurava a la Porta que su rey no socorrería a los de Asac y el moscobita (por medio de un embaxador) declarava que abandonaría a los sitiados, aunque súbditos suyos, sin considerar que (lisongeando en aquella forma a los othomanos) aceleravan su ruyna después de los otros y que, dexando perder a los cosacos, tocava a sus confinantes preparar nuevas víctimas que sacrificar al genio de la turquesca ambición.

Agradóse mucho el sultán de la expresión del moscobita y dio a entender que recibiría con gustosa estimación las proposiciones, en caso de que llegassen desnudas de suposiciones falsas. Y respondiendo a las cartas, mezcló el dulce agradecimiento con lo amargo de las amenazas. Manteníanse los cosacos, a vista de estas negociaciones, sin mostrar flaqueza alguna en su defensa, oponiéndose a los assaltos enemigos con la mayor bizarría, sucediendo en las fatigas los frescos socorros de los más descansados a los que en la continuación del trabajo

se hallaban con algún descaecimiento. Y burlando la pertinacia enemiga con repetidos disparos, se ostentaban abundantes de todo, aunque tenían alguna falta de pólvora.

Congregó el capitán baxá en su cuartel a los más principales cabos othomanos, en cuya assamblea representó la ignominia que padecía su desayrada estimación en el corage (ajado de unos desamparados defensores, a quienes si les sobraba el espíritu, también franqueaban las brechas la entrada para extinguirles el aliento) y, dispuestos a un assalto general, se estrecharon unos y otros con las armas blancas (sin el uso del mosquete, que embaraçó la cercanía) y, en la obstinada porfía, manifestava el rencor la ferocidad recíproca empeñada en la vengança. Y como las olas de la mar excitadas de impetuoso vendaval rompen el vidrio de los cristales en los escollos más fuertes, assí en abances ayrosos (las bien ordenadas huestes de los agressedores), impelidas de su ardor intentavan penetrar las brechas, pero rompiéndose en el duro peñasco de la robusta valentía cosaca las hondas del infiel orgulloso movimiento, se convirtieron en espumas de rabiosos sentimientos. Y suspendiendo la deliberación vergonçosamente, abandonaron la empresa con tan grande sentimiento del visir que quitó el puesto al capitán baxá, desaprobando el gobierno de los suyos, por no confessar el garbo de los cosacos. Y considerando el visir la grande importancia de la plaça, tenaz en la resolución de recuperarla, puso el año siguiente en orden las tropas para su conquista y, acampándose nuevamente a la vista (con el daño de la artillería y con la operación de las minas), demolieron de modo las murallas y las fortificaciones que se reduzía la defensa a los constantes pechos de los sitiados.

Continuava Mustafá visir en el severo, como independiente, dominio con deseos de que tuviese posteridad el sultán (por juzgarle de poca vida), circunstancia que le acrecentava la confianza para tener después la misma autoridad en la menor edad, no solo embidiada hasta entonces, sino insidiada de muchos enemigos, viviendo todos en aprehensión melancólica a vista de tan áspero gobierno, sin fiarse unos de otros, porque le temían. Y con la certeza de que, con dificultad, se mantendría sin caer a los violentos empellones de tanta emulación (no teniendo otro apoyo que la vacilante gracia del monarca) y porque, con mañosas artes, sembrava oposiciones entre el rey y su madre con ánimo de minorar en ella la autoridad. Pero advertidamente mañosa en las políticas de la Corte, dispuso dar fuego a la mina de las tramas para bolarle del puesto y, burlando el arte con el arte, franqueó la entrada en el serrallo a un dependiente suyo de habilidad y espíritu, a fin de que se apoderasse del genio de Ebraín (con su apoyo) en las familiares conversaciones y, lográndolo con

prosperidad, consiguió el puesto de selectar, haziéndole cada hora más bien visto la libertad cortesana en el dezir y el discurso, mencionando en ocasión oportuna que la demasiada autoridad de los baxaes assombrava la soberanía de los monarcas, pues partían con ellos el imperio sin decidir si se debían llamar competidores o árbitros de la real autoridad. Y se alargó tanto en este punto (fomentado de la reyna madre) que dio el último empujón a la fortuna del visir, que ya estava cansada de averle conduzido de grado en grado a lo más elevado para que, precipitado, descendiese de tanta autoridad. Y en medio de estos disturbios, combidió el visir a un solemne banquete al sultán (como lo hazía freqüentemente), pero no le correspondió con aquellas parciales distinciones que otras vezes, en cuya ocasión el nuevo favorecido (sirviéndose de la magnificencia del combite para injuriar su excessiva fortuna) dixo al rey que comiesse alegremente y se cebasse bien en lo que le avían comido antecedentemente.

Llegó en este tiempo el grande embaxador de Persia, a quien recibió el visir con grande alegría porque deseava la paz con aquella corona (por no separarse del lado de Ebraín, ni dexarle más lugar al favorecido, en que pudiesse lograr, la cercanía, mayores confianças en la gracia del sultán). Componíase el regalo de quarenta dromedarios cargados de ricas mercaderías (cuyas cubiertas eran de paños de oro) y de muchos tapetes finísimos para alfombrar el camino de la negociación. Y conseguida la audiencia del monarca, se mostró satisfecho en lo que contenía su comisión nombrando el sultán un ministro que passasse con el embaxador a Persia a dar la última disposición a los ajustes, después de aver conseguido que quitassen la vida en la propia estancia del visir a Emir Giona, persiano, favorecido del difunto Amurates, que entregó (como diximos) la plaça de Reban, cuya demostración afeó el pueblo diziendo que aquel exemplar sería causa para que ningún persiano entregasse a los turcos plaça alguna, pues les davan en recompensa el dogal.

Apenas avían empeçado a serenar la estación los frescos ayres de la primavera, quando zarparon de Constantinopla quarenta galeras y setenta saicas para fomentar el sitio de Asac y, acalorando con las frescas tropas las operaciones de los agressores, passaron a la continuación de los assaltos. Pero los cosacos (aunque descaecidos en número, no desmayados de ánimo) reparavan con los pechos y el azero (a cuerpo descubierto) las invasiones en las brechas, con pérdida de los infieles sin que huviesse palmo de tierra que no estuviesse reseñado de la sangre othomana.

Mormurávase en la Corte el desayrado empeño y que tan poca gente abandonada de todos hiziesse tan ayrosa oposición a tan innumerables

esquadras que, descaecidas de ánimo por el destroço experimentado, resolvieron infamemente abandonar la empresa con vergüenza de los cabos, pasión y sentimiento del visir. El disgusto que ocasionó este accidente quedó desvanecido con averle nacido al sultán un hijo (porque en la opinión del vulgo avía terminado la esperanza en el temor, de que se extinguía la línea othomana con dessolación de la monarquía). Dio pues a luz la circasa un príncipe, que se llamó Mehemed Quarto, en cuyo natal acompañaron a las estruendosas voces de la artillería, fuegos y luminarias, y ruydosas aclamaciones, publicando con excessiva demostración el sucesso. Al gusto del sultán (viendo asegurada la dudosa posteridad) lisongearon con aplausos sobresalientes los ministros de príncipes christianos, sin considerar que el nacimiento que celebravan podía ocasionar una llama con que abrasarlos en sus propias casas.

Penetraron los cosacos que en Constantinopla se disponían las armas para bolver a intentar la recuperación de Asac y, cansados con el continuado trabajo, despacharon persona al moscobita (su señor natural) para que los socorriese, pues sin su fomento era imposible mantenerse en tan dilatado contraste, representando al mismo tiempo quán dañosa sería la pérdida de una plaça situada en el centro de la Turquía pues, empeñada en la recuperación de lo propio, moderaría el ánimo en el deseo de conquistar lo ageno, y que hiziese reflexión de que su dominio quedaría descubierto al destino universal (a que están sujetos los príncipes confinantes) y a satisfacer alguna vez la codicia othomana, pues la cayda de Asac aceleraría por último la invasión de la Moscobia.

[1643] Estas verdaderas representaciones no hizieron efecto alguno en el ánimo de aquel príncipe, que solo se aplicó a ser curioso mirón (como otros) en el juego de las comunes fatalidades. Temeroso Lúpulo, príncipe de Moldabia, de ver las armas othomanas tan inmediatas a sus propios payses (o fuese por lisongear a la Porta y encontrarse con el gusto del visir o por aumento de sus intereses), emprendió (con la negociación) que consiguiesen los turcos lo que no avían podido lograr con las armas, para cuyo efecto despachó en calidad de embaxador a Miguel Todorviz a representar al gran duque que no convenía a sus intereses (por acalorar a pocos ladrones) oponerse con tanto riesgo a una nación tan poderosa, siendo puesto en razón no disgustar a quien no se podía abatir con facilidad y, manejando con la persuasión y con el dinero (remedio universal que cura todos los males) la materia, consiguió apartarle de fomentar a los cosacos.

Murió en este tiempo en Constantinopla Gerónimo Tribijiano, embaxador de la República, uno de los más eloqüentes senadores y de más

reputación en su patria, cuyo depósito se hizo en Gálata (con asistencia de los ministros de príncipes), sugeto que deseava la defensa de Asac porque tenía comprehendido que de su pérdida resultaría que las armas othomanas bolviessen los filos contra la República, como sucedió después. Adelantó la pérdida de esta plaça la mala correspondencia entre polacos y moscobitas (por zelos de razón de Estado), que suelen tener contiendas (como los pollos de un mismo gallinero) por quatro granos de trigo y, mientras contrastan y se pican, viene el milano, que es el turco, y los haze pedaços.

Temerosos los mencionados príncipes (por la constante defensa de Asac) de parecer opuestos a la Porta, representaron no aver tenido parte alguna en esta resistencia y, por el respeto de esta seguridad, se abstuvieron los moscobitas en fomentar a los cosacos dexando que se precipitassen. El moldabo, más fíxo siempre en facilitar a los turcos la interpresa (hasta allí insuperable), tuvo forma de ganar los cabos más principales de la plaça con mucho dinero y, con hazerles saber la resolución de su príncipe en abandonarlos, como también la palabra que le avía dado de cumplir lo ofrecido y que, por último, serían víctimas de la othomana vengança si persistían más tiempo en la oposición resistente pero, reparadas las brechas y restaurados los traveses, hazían resplandecer (en medio de las sombras de tantas angustias) el ardiente como indómito corage de sus coraçones, con ánimo de sacrificar hasta la última gota de sangre en la común defensa. Y en medio de tan valerosa resignación llegó correo de Moscobia, que confirmó el aviso de tan mal pesado consejo en que avían determinado faltar a su protección, cuya novedad impensada hizo tanta batería en las murallas de los pechos de los cabos de más suposición (ya fulminadas de la negociación del moldabo), cuya irremediable artillería con los disparos de balas de oro franqueó la entrada en la plaça, después de superados los soldados de un melancólico desconsuelo que les persuadió (demoliendo las fortificaciones) a marchar con treinta pieças de artillería, armas y municiones, maldiziendo a los que avían contribuido a tan infausto abandono.

Salieron de Asac nueve mil cosacos, con las mugeres y los hijos llorosos todos, deseando que algún día recibiesen la penitencia de tan grave pecado los príncipes que avían facilitado tan desconsolado accidente, siendo la plaça de Asac una arista que ofendía vivamente los ojos de la monarquía, molestando el coraçón de la Corte como calentura lenta interior que, en ardientes avisos, anunciava un mal sin remedio. Pero los christianos, a porfía, ministraron el medicamento eficaz a su preservación y, si bien, los cosacos no eran suficientes a mantener la guerra a los turcos, no obstante les hazían considerable daño navegando el mar Negro, cuyos leños llegaron a seiscientas saicas, algunas

veces, y las menos a trecientas y, desembarcando improvisamente en los payses amedrentados, logravan lo que las moscas con los animales indómitos, que no pudiendo penetrarles (para herirlos) el pellejo, se les entran en las narizes perturbándolos, sin permitirles reposo alguno.

[1643] Reconcentráronse los cosacos (que abandonaron la plaça) en la Tana, en una isla que avía dexado el río essenta de las inundaciones, habitada en otros tiempos de esta nación y se llamava Cuquesquerman donde, depuesto el cañón, asseguraron con una estacada aquella parte para su habitación, ofreciéndoles los moscobitas que no recibirían molestia alguna de los turcos. Llegó en este tiempo a la Porta un ministro de aquel gran duque, a quien los othomanos honraron como a instrumento del passado triunfo, pues el mérito de aquel príncipe facilitó la conseguida empresa, cuyo negociado tenía por objeto (después de los cumplimientos) pedir que Ebraín diese orden a los tártaros que no molestassen con las incursiones el país. Y admitiéndole con estimación cortesana, le regalaron con magnificencia en lo aparente, pero en sustancia no logró más que promessas desnudas de todo buen efecto. Al moldabo, primer autor de la representada tragedia de Asac, aseguró el visir que (sin removerle) gozaría durante su vida el principado.

Establecióse en el dibano que se conservasse y mantuviesse tan importante plaça con el mayor cuydado, para cuyo efecto encargaron su gobierno a Recep aga y un considerable presidio de milicias escogidas. Y reconocidos los reparos necesarios para su preservación, dispuso rogativas públicas y reedificar las mezquitas. **[1643]** Y aviendo perficionado las fortificaciones y puesta en orden la artillería, dio quenta de todo al sultán, que le regaló con una beste muy rica, aforrada de zebellinas, y quatro bolsas de dinero. Cayó el sultán de un cavallo en el serrallo subiendo una colina, cuyo accidente le previno que las soberanías eran también caducas, pues no estavan essentas de semejantes contratiempos. Y enojándose solamente con el terreno, mandó que le demoliessen luego con la operación de cinco mil gastadores.

Las armas othomanas, ociosas por entonces, tenían en aprehensión desconsolada a los ministros de príncipes christianos, en cuyo rezelo procurava cada uno ayudarse con aplicaciones ocultas para divertir el golpe (que amenaçava a todas partes), pues si algunas vezes suele repararse sin daño, las más hiere improvisamente donde menos se espera. Hasta el gran mogor embió ministro extraordinario a continuar la correspondencia solicitada del sultán Amurates, en cuya audiencia regaló a Ebraín con diversas joyas en argumento de segura amistad. Llegó en este tiempo embaxador de Persia a perficionar los ajustes de las capitulaciones, que se concluyeron (sin embaraço alguno porque

las acalorava el primer visir, a fin de no dexar la Corte en caso de que bolviesse a renovarse la guerra) con la condición de que se demoliesse un fuerte en el territorio de Ian, llamado Muchic, con que terminaron las diferencias y los confines. Dezía el visir que no entendía de amenidades quien dexava los jardines de Europa por los desiertos de Persia, siendo esta de las porciones del mundo la más pequeña, pero la más deliciosa y florida.

Salió Piali capitán baxá, de orden del sultán, a navegar las aguas del mar Blanco y, aviendo desembarcado en la Calabria, consiguió solamente doze esclavos que le tuvieron de costa algunos turcos, que dexó perecer en las playas de aquellas costas. Y desaprobando el visir la mala disposición, la representó al monarca, que le miró después con enfado inclinándose a quitarle el puesto. Los esclavos christianos de una galera beyliera meditando en su propia libertad, atendiendo la buena coyuntura de hallarse sobre ella pocos turcos, desamarrándose de las cadenas, los degollaron a todos, con que hechos árbitros de la embarcación se passaron a Candia, donde aviendo varado en tierra, perdieron el leño que se hizo pedaços, pero cobraron la libertad.

El visir pidió al embajador veneciano la restitución de la galera y forçados y, escusándose, respondió que la impossibilidad lo embaraçava, assí por aver çoçobrado en la costa como por averse huido los esclavos, a que replicó desabrido que no ignorava que avían passado en leños de la República a Venecia y que la isla de Candia era el punto fixo de las desazones de la Turquía, y que era menester tomar satisfacción alguna vez y castigar con las armas semejantes desatenciones, y que viesse si le estava mejor el rompimiento de la paz (que le intimava de orden del sultán) o la restitución que se le pedía, porque eran intolerables semejantes refugios.

Acalorava el visir este manejo escabroso y le huviera reduzido a peores términos (a instancias del bey, patrón de la galera, que clamava ardientemente a todas horas avivando las brasas de la irritación para que el fuego levantasse la llama de la más vigorosa resolución y terminasse en castigo lo que avía empeçado a ser petición justificada) si la fortuna, cansada ya de mantenerle en el colmo de las prosperidades, no le huviesse después precipitado al abismo de la miseria. El selectar favorecido, mejorándose en la gracia del sultán (acalorado de la reyna madre), consiguió la plaça de visir de la mesa del pagamento con silla en el dibano, cerca de los más principales ministros, cuya circunstancia molestó al visir porque la honra fue no esperada e improvisa.

Siguiéronse a esta deliberación algunos cambios de gobiernos que mandó executar el capricho del rey, sin su participación, cuya novedad adelantó los discursos para encontrarse con el pronóstico que indiciava su

descaecimiento. Y para suspender la ruyna que le amenaza, eligió un remedio crudo (uniéndose con Muladín aga, autorizado genízaro, a quien regaló con dos mil ducados, desembolsando también otros diez mil para la milicia, porque sublevadas pidiessen la cabeça del selectar para asegurarse por este medio de tan grande enemigo) que solo le sirvió de acabar de gastarle la digestión, porque Muladín (después de aver percibido el dinero, considerando que la autoridad del visir pisava ya el ocaso de las tinieblas de la noche de su desgracia y, por el contrario, la del selectar se dexava ver resplandeciente como el alva entre los albores del oriente de la gracia del sultán) resolvió participarle la trama que urdía el visir para quitarle la vida. Y temiendo el selectar (con esta noticia) inevitable su perdición, dispuso introducir a Muladín con el rey, a quien hizo amplia relación del suceso, de cuya representación nació llamar al visir y obligarle a restituir el sello imperial, que puso en manos del sultán con prompta obediencia diziendo que los grandes servicios que avía hecho a la monarquía no admitían que pudiesse substituirle otro más fiel ministro que él. Y, no obstante, le entregaron como reo al bustangi.

Pareciéndole al favorecido que no obstante la deposición del visir, no quedava asegurado sin hazerle morir, puso en la consideración del rey de cuánto riesgo sería dexar con la vida a un hombre de tanta autoridad disgustado, cargado de séquito y hazienda, a que se agregava una guardia escogida de quatrocientos albaneses de su nación, que le assistían con amorosa vigilancia. Y movido a la representación, mandó llamar al bustangi para encomendarle su muerte, en cuyo intermedio, valiéndose el visir de la velocidad de un cavallo a carrera abierta, se retiró a su casa, donde hizo cerrar las puertas y poner en orden las guardias, los amigos y criados, para defenderse. Pero en la desmayada fortuna faltan los más obligados desvaneciéndose como las sombras, compañeras indivisibles de los cuerpos, hasta que se pone el sol.

Asustados los domésticos con la novedad, atendían más a salvarse que a defender a su amo que, conociendo la poca seguridad que tenía en su casa (cambiándose el vestido), se arrojó por una ventana a fin de asegurarse en otra parte. Y entre tanto el bustangi, con dos mil hombres que le seguían, atacando el aloxamiento del visir, no solo aterró las puertas, sino también una porción de muralla y, echándole de menos, dispuso que le siguiessen y, descubierto de uno de los que deseavan hallarle, le quitó la vida con una herida que le dio en los pechos; siendo este el miserable fin de Mustafá, gran visir, favorecido de dos monarcas, aviendo governado cinco años más como soberano que como súbdito, en el fin de Amurates Quarto (atormentado de las indisposiciones que le separavan de su obligación) y en el principio del Reynado de Ebraín, débil y

descaecido (como diximos), aumentando los intereses del imperio en las recuperaciones de Babilonia y Asac, sin olvidar en el gobierno segundo anteponer las máximas del rigor a las de la clemencia con fruto de la monarquía, no siendo el mérito de tan continuados y grandes servicios bastante preservativo para mantenerle en tan resbaladizo puesto sin despeñarse precipitadamente.

Los grandes visires, en su azaroso ministerio, pueden dezir lo que de la medicina: arte ancho, breve vida y experiencia peligrosa. Imputáronle que por mantenerse en la gracia de los sultanes avía practicado hechizos, cuya circunstancia dio motivo a Ebraín para que mandasse echar a la mar quatro buzos que tenía en el serrallo. No se hallaron en su casa muchos dineros, pero se descubrió que, en Albania, en una fortísima torre, los tenía ocultos y se embió orden al baxá de Bosna para que los asegurasse y remitiesse a Constantinopla, como se executó. La plata labrada, quatrocientos cavallos escogidos y dozientas esclavas hermosas passaron de orden del sultán al serrallo. Equinan baxá, en consideración de los agradables servicios hechos a la monarquía, pidió permissão para que se pusiesse su cuerpo en una magnífica sepultura y lo consiguió como gracia.

Con la muerte del visir quedaron suspendidas las desavenencias de la República con la Porta, mediante la restitución de la artillería y alguna cargaçon que estava en depósito. Y, si bien, por este respeto se reparó la amenaza de los turcos, no se suspendió enteramente su natural ambición en procurar engrandecer sus motivos con la opressión meditada de los agenos intereses. Y por aver los malteses apresado en Levante diversos leños mercantiles de turcos (con grave sentimiento de la Porta), exclamava el superintendente de los tributos protextándose inhábil a la contribución del ordinario desembolso para el tesoro del rey, mencionando el grande descaecimiento del comercio por las infestaciones piráticas de aquellas costas, cuyas representaciones caminavan acaloradas de vivas instancias quexosas de los mercaderes sobre este punto. Por lo qual se resolvió en el dibano (como conveniente al crédito y autoridad del gran señor) que se reforçassen las esquadras navales, echando a la mar considerables leños para extinguir el ardor de los cosarios christianos, a cuya superintendencia assistió el sultán algunas vezes para avivar la conclusión de la fábrica.

Aspiravan al alto puesto del visiriato muchos sugetos y cayó la elección en Mehemed, baxá de Damasco (protegido de la reyna madre), passando a su gobierno a llevarle el sello real (capislar quisebassi), que recibió con suma veneración y con notable alegría, y regaló con quatro mil zequíes. Esta gran dignidad, con ser un veneno que se bebe a tiempo en taça de oro y finalmente

quita la vida, confitado de la ambición, raras veces se halla quien dexé de admitirle para saciarle.

Passaron de Constantinopla a Escutari cinco galeras para que, embarcado en ellas el nuevo visir, bolviése a humillarse a los pies del sultán, que le honró con duplicadas bestes, argumento de extraordinaria estimación, declarando que todos los honores que se hiziessen a su ministro los recibiría como propios. Por lo qual se alargaron a recibirle todos los visires una jornada, regalándole cada uno con escogidos cavallos adereçados soberviamente, y el sultán mandó que le llevassen al desembarcadero uno de los mejores de sus cavallerizas, con silla de pedrería y brocado de oro esmaltado para su entrada (honor hasta entonces no practicado con los grandes visires, sino en caso de aver conseguido alguna sobresaliente empresa).

Llegó pues a la presencia del rey y, postrado en señal de sumisión, besó tres veces la tierra, recibéndole el sultán con semblante agradable como demostración de afabilidad. Y acabada la función, pasó a dar gracias a Mahoma por la exaltación, donde hizo sacrificar algunos animales. Después de aver recibido a los embaxadores, se dedicó con aplicación increíble al ejercicio de tan grande obligación, en cuyo tiempo Piali baxá, capitán del mar, entró en el puerto y a la mala satisfacción que tenía Ebraín de este sugeto, se agregaron las quejas de un tal Mehemed (que tenía ocupación en el tarazanal) por averle maltratado con un bastón. Y teniendo ocasión de hablar al sultán, se quejó de Piali diziendo que hazía mercancía de los esclavos, y que se avía quedado con un regalo que los cosarios de Tripol le dieron para su Magestad, que importava diez mil zequíes y dos vacías de oro. Y alterado el rey con la noticia, le hizo venir a su presencia para que el querellante le convenciesse con el delito y, aunque procuró disculparse, le costó la vida, cuya muerte ocasionó universal sentimiento por ser el primero hombre en la inteligencia de la náutica. Y mandando despojar su casa, no se hallaron las vacías mencionadas ni dinero de consideración, cuya circunstancia sirvió después de sentimiento a Ebraín, considerándole inocente en el delito supuesto.

Es la cólera un delirio de la razón que convierte a los airados en centauros medio hombres y, tal vez, bestias enteras. De esta cruel demostración se hizo juicio en la Corte de que el sultán se empeçava a deleytar en verter sangre humana, puesto que el selectar, su favorecido, no pudo conseguir templarle el furor en la execución, por lo qual cada uno se puso en aprehensión cuydada en sus operaciones.

Biquir baxá pasó a la dignidad de capitán del mar en tiempo que el Ragozi, príncipe de Transilbania, ensobrevécido de la prosperidad de los

anteriores sucesos con los turcos (apartado del emperador por la mala acogida de sus embajadores en el socorro intentado contra los turcos, queriendo arrojarle de la provincia) se unió en estrecha liga con el Tortensone, general de Suecia, como también con franceses, de quienes recibió la oferta de protección todas las veces que por causa de tal confederación, él o sus herederos, recibiesen qualquiera daño en el principado, expressando en un manifiesto los motivos que avía tenido para su armamento. Con esta noticia mandó el emperador al general Puquen que, con algunos regimientos, marchasse a oponerse a sus deliberaciones.

El príncipe Ragozi antecedentemente atacando a Casobia, se le rindió por acuerdo, consiguiendo también ocupar otros castillos en la Ungría superior. Y aviendo ganado con dinero al baxá de Buda para que le hiziese espaldas con aquellas tropas, los ministros del emperador, noticiados de esta circunstancia, representaron a la Porta no ser de alivio alguno a los turcos el fomento del Ragozi, hombre de espíritu turbado como de genio inquieto, con que se troncó el hilo del progreso (en sus deliberaciones) resolviendo no asistirle ni fomentarle, ofreciendo también no mezclarse por entonces en las discordias christianas. Y porque tenían, los turcos, diseñado salir a la mar, les pareció no convenirles perturbar los terrestres confines.

[1644] El general Puquen en dos renqüentros desbarató las tropas del Ragozi, que avía embiado a su hijo en socorro de los confederados, a fin de apretar la plaça de Bruna en la Morabia, sitiada del rey de Suecia y valerosamente defendida del general Susa. Los malos sucesos de la Transilvania obligaron al príncipe a retirarse de los payses agenos por defender los propios dominios, mayormente aviéndole intimado de parte del sultán con palabras resultas, como amenazantes, que depusiese las armas y no alterasse los humores en la Ungría con sus movimientos, a que se agregava el mirarle mal (por verle tan ardiente) rezelando que algún día podría el que era feudatario sacudir de los ombros el yugo del reconocimiento. Y assí, le obligaron a que se ajustasse con el César por medio del palatino de Ungría, a fin de mortificarle como a contumaz con la Porta por averse mantenido generosamente con las armas en el principado abatiendo, con la zimitarra en la mano, al baxá de Buda, que intentó arrojarle de la provincia con las armas (como diximos) y no huvieran, hasta entonces, diferido sus venganças porque pensaron (viviendo Amurates) despojarle del principado. **[1644]** Pero la empresa de Babilonia, como la recuperación de Asac y la correspondencia que mantenía con los mal contentos de la Porta, suspendieron la deliberación del rayo que avía empeçado a fabricar para su ruyna el Júpiter othomano, sin olvidar la memoria de la passada injuria que cebó

la vengança por último en el hijo del Ragozi, valiéndose de mejor oportunidad para oprimirle, como diremos en su lugar en la segunda parte.

La dissimulación dispone con advertencia las satisfaciones vengativas de los príncipes porque, no estando en razón para conseguir las, las dexa madurar para lograrlas y, ocultándolas entre las cenizas de la memoria, con el tiempo las dispone a su satisfacción.

(†)

Fin de las Memorias Históricas de los Monarcas Othomanos.

Tabla de las cosas más notables de esta Historia.

A.

- * Amurates sitia a Creta y muere sin conseguir la empresa. Fol. 36.
- * Amurates nombra juez castrense. Fol. 13.
- * Amurates perficiona la milicia a imitación de los soldanes de Egypto. Fol. 26.
- * Amurates Primero, muerto a las manos de Milo, criado de Lázaro de Servia, viendo muerto a su amo. Fol. 14.
- * Amurates Segundo sitia sin fruto a Constantinopla. Fol. 25.
- * *Alcorán* reduzido a 211 capítulos. Fol. 3.

- * Alexandro Sexto arma seis galeras a costa de la iglesia. Fol. 87.
 - * Atacan a Buda los alemanes y levantan el sitio. Fol. 144.
 - * Atacan las tropas del rey Juan a Estrigonia sin fruto. Fol. 145.
 - * Apodérase Barbarroja de Túnez y Viserta. Fols. 157 y 159.
 - * Apodérase Solimán de Buda con engaño. Fol. 206.
 - * Apodérase Ferdinando de Transilbania por disposición de fray Jorge Martinusio. Fol. 227.
 - * Acción heroica de Arnalda de rocas. Fol. 277.
 - * Ajustan la paz venecianos con los turcos. Fol. 303.
 - * Ataca a Estrigonia el archiduque Matías y levanta el sitio. Fol. 347.
 - * Apresa Sinán a Bucarest. Fol. 360.
 - * Agregación del Estado de Ferrara a la iglesia. Fol. 377.
 - * Alba Real conquistada de las tropas de Mercurio. Fol. 397.
 - * Alba Julia rendida infamemente a los turcos. Fol. 402.
 - * Assán baxá sitia a Estrigonia y levanta el sitio. Fol. 409.
 - * Acmad haze entrada pública en Constantinopla con todos sus hijos a cavallo. Fol. 425.
 - * Acción heroica de una muger en Famagusta. Fol. 285.
 - * Afróntanse las armadas christiana y othomana sobre cabo Matapán, sin pelear. Fol. 3012.
 - * Amotínanse en Alemania los italianos a instancias de Tito Marccone. Fol. 148.
 - * Apodéranse los turcos del reyno de Chipre. Fol. 290.
 - * Ana, hija de Vladislao, casa con Ferdinando. Fol. 113.
 - * Amidas recobra el reyno de Túnez. Fol. 216.
 - * Abasá, comandante de Arcerun, declarado contra los que incurrieron en la muerte de Osmán. Fol. 457.
 - * Abasá se ajusta con el sultán y, entregada la plaça de Arcerun, le regala con tres bestes, declarado baxá de Bosna. Fol. 468.
- B.**
- * Belgrado sitiado de Mehemed, socorrido y defendido de Juan de Umiades. Fol. 49.
 - * Batalla entre Mehemed y el persiano. Fol. 56.
 - * Batalla entre Baiaceto Segundo y su hermano Zizimo. Fol. 75.
 - * Batalla entre Baiaceto y mamelucos. Fol. 80.
 - * Baiaceto hiere con una flecha al sobreestante del taraçanal. Fol. 89.
 - * Batalla de Ismael con Selín. Fol. 95.
 - * Batalla de Selín con Aladulo y, vencido, le hizo cortar la cabeça. Fol. 97.
 - * Batalla de Selín y mamelucos, en que muere Cansom. Fol. 100.

- * Buelve la reyna Isabela al dominio de Transilbania. Fol. 232.
- * Batalla ganada de alemanes sobre Sisec. Fol. 343.
- * Boda de Alí baxá con hija de Amurates. Fol. 350.
- * Bisita el baxá Cicala a su madre en el puerto de Mecina. Fol. 376.
- * Batalla en que el balaquio, general del emperador, derrota al cardenal Batori, que muere en el trance. Fol. 390.
- * Baiaceto sale en la armada, compuesta de 260 belas. Fol. 83.
- * Batalla naval de la liga christiana, governando don Juan de Austria. Fol. 292.
- * Batalla de Selín con Tomombegio. Fol. 102.
- * Baiaceto gana a Tarsis y destroça el exército del caramano. Fol. 76.
- * Batalla de las armadas veneciana y turquesca a vista de la isla de la Sapiença. Fol. 84.
- * Batalla entre Selín y su hermano Acmad, a quien prendió y mandó matar. Fol. 93.
- * Baiaceto Primero destroça el exército de la liga christiana. Fol. 16.
- * Bayrán, pasqua de los turcos. Fol. 5.
- * Biquir baxá se levanta con Babilonia. Fol. 455.
- * Baiaceto Segundo, desposseído de su hijo Selín, muere envenenado. Fol. 91.
- * Babocha avassallada del conde de Esdrino. Fol. 359.
- * Barbarroja sale con la armada a unirse con la de Francia y sitian a Niza de Proença sin fruto. Fol. 212.
- * Bogdan Kilminiesqui, primer general de los cosacos. Fol. 490.
- * Babilonia sitiada por Amurates Quarto y su delineación y principio. Fol. 507.
- * Biquir baxá, capitán del mar. Fol. 551.

C.

- * Colígase con Solimán Juan Paleologo, emperador de Constantinopla. Fol. 11.
- * Convoa el papa a los príncipes christianos contra los turcos. Fol. 94.
- * Conquista de Trapisonda por Mehemed Segundo. Fol. 52.
- * Creta sitiada de Mehemed segunda vez. Fol. 69.
- * Concede el papa a Venecia la tercera parte de las rentas eclesiásticas. Fol. 83.
- * Coronación del rey Juan de Ungría. Fol. 136.
- * Coronación de Ferdinando, rey de Ungría. Fol. 136.
- * Carlos Quinto gana a Túnez. Fol. 170.
- * Congresso de pazes en el convento de Narbona. Fol. 138.
- * Carlos Quinto derrotado sobre Argel. Fol. 220.
- * Conquista de Ziguet, en cuyo sitio muere Solimán Segundo. Fol. 248.
- * Ceremonias y fiestas en la circuncisión de Mehemed, hijo de Amurates. Fol. 322.

- * Canisa y su delineación sitiada de los turcos. Fol. 389.
- * Canisa sitiada de alemanes. Fol. 396.
- * Circuncisión de Acmad. Fol. 409.
- * Cicala baxá pierde treinta mil hombres en la batalla de Tauris. Fol. 411.
- * Coronación del Boscay como rey de Ungría y Transilbania. Fol. 411.
- * Constantinopla sitiada de Mehemed Segundo. Fol. 41.
- * Consulta delante del sultán, en que votaron algunos baxaes sobre hazer la guerra a uno de quatro potentados christianos. Fol. 435.
- * Carlos Quinto acampado a vista de Viena. Fol. 144.
- * Carlos Quinto renuncia en Ferdinando el imperio y en Felipe Segundo, su hijo, los reynos de España. Fol. 232.
- * Corón conquistada de christianos. Fol. 149.
- * Caraz, beglerbey de Europa, sujeta a Gianina y Casiope. Fol. 25.
- * Calidades de Escanderbeg. Fol. 40.
- * Constantino emperador muere peleando en Constantinopla. Fol. 45.
- * Ciñe el muftí la zimitarra en la mezquita a Amurates Quarto. Fol. 460.
- * Casán baxá muere peleando. Fol. 148.
- * Coronan los úngaros a Juan Zapullano en Alba Julia. Fol. 135.
- * Catacucene, tutor de Andrónico, usurpa el imperio griego. Fol. 11.
- * Ceremonia de hazerse turcas las mugeres que entran en el serrallo de otra religión. Fol. 592.

D.

- * Discursos entre el embaxador veneciano y el caymecán sobre el ajuste del sucesso de los cosarios en la Belona. Fol. 513.
- * Daut visir, preso y muerto. Fol. 456.
- * Delimán, persiano, derrota las tropas de Solimán en Betalli. Fol. 162.
- * Discurso del dux Mocénigo sobre hazer la paz con los turcos. Fol. 302.
- * Demarcación de Moscobia. Fol. 317.
- * Derrota el persa las tropas othomanas con gran pérdida. Fol. 332.
- * Discursos sobre la construcción de la fortaleza de Palma. Fol. 345.
- * Derrotan los alemanes sobre Alba Real al baxá de Buda y pierde bagage y artillería y ocho mil infieles. Fol. 347.
- * Derrotan los alemanes a Segismundo, que pierde el bagage y artillería y ocho mil hombres, salvándose con la fuga en la montaña. Fol. 391.
- * Demarcación de Polonia. Fol. 436.
- * Discurso de fray Pablo sobre dar la batalla al turco y réplica del obispo de Varadino. Fol. 129.
- * Duelo de un alemán y un portugués estando sitiada Viena. Fol. 143.

- * Deucefembac gana la plaça de Filec. Fol. 347.
- * Descaecimiento de la monarquía othomana. Fol. 420.
- * Dexóse ver en Venecia un hombre diziendo ser el rey don Sebastián de Portugal. Fol. 134.
- * Don Aníbal Gonçaga discurre ser conveniente socorrer al Ragozi contra los turcos. Fol. 483.
- * Desamparan los cosacos la plaça de Asac demoliendo las fortificaciones. Fol. 546.

E.

- * El rey de Arabia con quarenta mil soldados se agrega a las tropas de Amurates. Fol. 504.
- * Escanderbeg derrota a Mesabec y le haze prisionero. Fol. 37.
- * Escanderbeg pone en fuga derrotado a Balaban. Fol. 39.
- * Escanderbeg passa en socorro del rey de Nápoles y derrota al duque de Calabria. Fol. 38.
- * Escanderbeg muere de enfermedad no entendida. Fol. 41.
- * El conde de Esdrino se asegura de Catanier fugitivo a los turcos. Fol. 195.
- * El hijo de Biquir entrega una puerta de Babilonia al persa, que se apodera de la ciudad. Fol. 455.
- * El general Capelo toma la isla del Imbro y las ciudades de Aulide y Setine. Fol. 55.
- * Esmirna en poder de christianos. Fol. 62.
- * Esferigrad sitiada y conseguida de Amurates por negociación. Fol. 35.
- * Escanderbeg recobra con industria sus dominios. Fol. 33.
- * Estrecha confianças fray Jorge con el ministro de Ferdinando. Fol. 226.
- * El conde de Ardec entrega a los turcos a Giabarino y muere en el suplicio. Fol. 348.
- * Eligen soldán a Tomombegio los mamelucos. Fol. 101.
- * Expelen los moros de Túnez al rey Amidas, recuperada después de don Juan de Austria, que pone en la silla a Mehemed. Fol. 306.
- * Entra en Balaquia con las tropas othomanas Ferad baxá. Fol. 356.
- * El transilbano y el conde Nadasti derrotan las tropas de Ferad. Fol. 356.
- * El archiduque Matías sorprende a Tata. Fol. 372.
- * Entrada del embaxador persiano en Constantinopla. Fol. 373.
- * Entrega el escrivano a Cusaín, su compañero, a los turcos. Fol. 378.
- * Entrega el Paradisio a los turcos la plaça de Canisa y muere después ajusticiado. Fol. 390.
- * Estrigonia se entrega a los turcos infamemente. Fol. 413.

- * Entran en Rodas dos navíos del rey de Nápoles con víveres y aprestos militares. Fol. 73.
- * Eligen los úngaros por su rey a Ferdinando en oposición del Zapullano. Fol. 136.
- * Entregan los usquoques a Clisa a los turcos con pacto de sacar cada soldado lo que pudiere llevar su persona. Fol. 366.
- * El Ragozi declarado príncipe de Transilvania. Fol. 481.
- * Estéfano Betlen se acalora de los turcos para su vengança. Fol. 481.
- * El general Susa defiende a Bruna, sitiada del rey de Suecia. Fol. 551.

F.

- * Formalidad de los entierros de los sultanes. Fol. 259.
- * Federico sedicioso se intitula rey y le cumplimentan los turcos. Fol. 433.
- * Famagusta avassallada de los turcos. Fol. 283.
- * Famagusta conquistada del rey de Chipre. Fol. 57.
- * Ferad baxá derrota a Gazele, que muere en la batalla. Fol. 109.
- * Formación de la armada naval de la liga antes de pelear. Fol. 290.

G.

- * Ganan los turcos a Lepanto. Fol. 84.
- * Ganan los turcos a Temisvar. Fol. 229.
- * Ganan los venecianos a Margariti. Fol. 298.
- * Ganan los turcos a Sisec. Fol. 344.
- * Gana a Novigrad el archiduque Matías. Fol. 347.
- * Gabor, príncipe de Transilvania, pone sitio a Viena. Fol. 433.

H.

- * Hiere un derbís con un cuchillo a Baiaceto. Fol. 81.
- * Hereda Luis Segundo el reyno de Ungría. Fol. 133.
- * Haze morir Solimán a Mustafá, su primogénito, por complacer a la Rosa, su favorecida. Fol. 253.
- * Házense fuertes los moriscos en la montaña de Aguar. Fol. 420.

I.

- * Incorpórase el Gran capitán con la armada veneciana. Fol. 86.
- * Isla de Corfú y su demarcación sitiada de los turcos. Fol. 180.
- * Institución de la orden de San Estevan por el gran duque de Toscana. Fol. 379.
- * Intentan los turcos assaltar el castillo de Tine sin fruto. Fol. 272.
- * Intenta el duque de Mercurio socorrer a Canisa sin logro. Fol. 390.
- * Introduce amistad y comercio con la Porta la reyna Isabela de Inglaterra. Fol. 323.

J.

- * Juan Castrioto embía quatro hijos en rehenes al sultán Amurates. Fol. 31.
- * Juan Polac, rebelde, ocupa la Soria. Fol. 413.
- * Jorge Zequiel muere cruelmente a manos de polacos. Fol. 112.
- * Jianolli, rebelde, muere con toda su familia. Fol. 463.

L.

- * Levantan los turcos el sitio de Escutari con pérdida de veinte mil. Fol. 67.
- * Liga entre su Santidad, Felipe Segundo y Venecia. Fol. 280.
- * Los moscobitas derrotan a los othomanos con gran daño. Fol. 263.
- * Levantan los christianos con desorden el sitio de Canisa. Fol. 398.
- * Luis Segundo, rey de Ungría, muere en la batalla desamparado de los suyos. Fol. 132.
- * Linz y su planta. Fol. 146.
- * Lepanto, sitiada de turcos, socorrida del general Loredano. Fol. 69.
- * La isla de Lemno assaltada de turcos, socorrida de Loredano, defendida de Marcela, doncella amazona. Fol. 69.
- * Los generales pontificio y veneciano sujetan a castelnovo. Fol. 198.

M.

- * Muerte del legado pontificio, patriarca de Gerusalén, y otros en las campañas de Assia. Fol. 11.
- * Mula, santón rebelde, derrotado y enrodado. Fol. 504.
- * Muerte del sultán Casún, hermano de Amurates Quarto. Fol. 494.
- * Matías Corbino, hijo de Juan de Umiades, aclamado rey. Fol. 69.
- * Mehemed sujeta a Creta. Fol. 71.
- * Mehemed sobre Negroponte. Fol. 58.
- * Moncastro avassallado de Baiaceto Segundo, Fol. 77.
- * Muerte de Ebraín, gran visir. Fol. 164.
- * Muerte del Rincón, ministro francés. Fol. 209.
- * Mulease, rey de Túnez, pierde el reyno por rebelión de Amidas, su hijo, Fol. 215.
- * Muere en Roma Mulease. Fol. 216.
- * Muere el embaxador veneciano en África assistiendo a Carlos Quinto. Fol. 223.
- * Muerte del cardenal fray Jorge, executada por razón de Estado. Fol. 228.
- * Martyrio del Bragadino. Fol. 289.
- * Muerte violenta de Mehemed, gran visir. Fol. 315.
- * Masfer sitia a Estrigonia, la avassalla y luego el castillo de Vicegrado. Fols. 357 y 359.

- * Mehemed Tercero gana la ciudad de Agria. Fol. 369.
- * Muerte del príncipe de Balaquia, de orden del general Basta. Fol. 391.
- * Mocenigo fomenta a Piramed, príncipe de Caramania. Fol. 63.
- * Muere el rey Aladulo, derrotado de Selín primero. Fol. 96.
- * Muerte del rey Juan Zapullano. Fol. 175.
- * Muere Vladislao Segundo. Fol. 113.
- * Mustafá Tercero vuelve a ocupar el solio imperial. Fol. .450.
- * Maximiliano y el transilbano salen a campaña, pelean con los turcos a vista de Agria. Fol. 370.
- * Muerte del muftí, y un hijo suyo cadí, de orden de Amurates Quarto. Fol. 477.

N.

- * Nacimiento y martirio de San Gerardo Sagredo. Fol. 207.
- * Nicosia sitiada y conquistada de turcos. Fol. 273.
- * Nasuf y Cusaín baxaes, derrotados de los rebeldes. Fol. 413.
- * Nacimiento de un hijo de Escanderbeg que ocasionó a su sobrino Amasias passarse a los turcos. Fol. 58.
- * Nacimiento de Mehemed Quarto, que actualmente reyna. Fol. 545.

O.

- * Origen de los mamelucos. Fol. 79.
- * Origen de los usquoques. Fol. 262.
- * Ocupó la tiara Alfonso de Borja y se llamó Alexandro Sexto. Fol. 49.
- * Obligan las milicias sublevadas a que el sultán baxe al dibano a oír sus quexosas representaciones. Fol. 384.
- * Otranto avassallada de los turcos. Fol. 73.
- * Osmán sale a campaña contra Polonia. Fol. 442.
- * Origen de Barbarroja y su hermano Oruzio. Fol. 153.
- * Otranto recuperado del rey de Nápoles. Fol. 74.
- * Orcano sitia a Nicea, hiere al emperador Andrónico y gana la plaça. Fol. 10.
- * Orcano instituye la milicia genízara. Fol. 11.
- * Osmán, maltratado de polacos, da oídos a tratados de paz. Fol. 447.
- * Osmán casa con hija del muftí. Fol. 449.
- * Origen de los cosacos. Fol. 489.

P.

- * Publícase liga entre su Santidad, el duque de Borgoña y Venecia. Fol. 55.
- * Passa fugitivo a Rodas el sultán Zizimo. Fol. 75.
- * Prisión y muerte de Tomombegio soldán. Fol. 106.
- * Pérdida del rey don Sebastián en África. Fol. 133.

- * Passa Solimán a Ungría en socorro del rey Juan y le restituye en el dominio. Fol. 141.
- * Passage de Carlos Quinto a Flandes por Francia. Fol. 201.
- * Passage de la reyna Isabela de Transilbania, su delineación y máximas de fray Jorge Martinusio. Fol. 225.
- * Pest sorprendida de alemanes. Fol. 40.
- * Pazes entre el emperador y el turco. Fol. 414.
- * Pazes entre el turco y el persa. Fol. 425.
- * Privilegio de las milicias otomanas. Fol. 434.
- * Pablo Ducagini y el obispo Zapatense piden socorro a Venecia en nombre de Albania con ánimo de revelarse. Fol. 399.
- * Pazes entre los turcos y Venecia. Fol. 303.
- * Philipo, duque de Borgoña, en defensa de la fe. Fol. 54.
- * Prisión del general Grimani en Venecia. Fol. 84.
- * Passage de Catalina Cornaro a ser reyna de Chipre. Fol. 57.
- * Passan los turcos a Europa y avassallan a Galípoli. Fol. 12.
- * Prisión de Osmán y su muerte. Fols. 450 y 451.
- * Palota y Vesprino se rinden a los turcos. Fol. 345.
- * Puerto de la Belona en que apresan los venecianos diez y seis galeotas africanas. Fol. 496.
- * Prisión del embaxador veneciano. Fol. 501.
- * Palacial real o serrallo y sus particularidades. Fol. 525.

Q.

- * Quersoneso conquistado en parte por Solimán. Fol. 11.

R.

- * Retirada del rey Juan a Polonia y discursos sobre valerse de Solimán para su fomento. Fol. 137.
- * Retírase a toda prisa Solimán de temor de Carlos Quinto en Ungría. Fol. 147.
- * Recupera Ferdinando a Lippa. Fol. 227.
- * Representación del conde de Esdrino sobre no hazer pazes con los turcos. Fol. 241.
- * Renuncia Segismundo la Transilbania en Rodulfo. Fol. 374.
- * Representan unos santones al sultán el mal estado de la monarquía con amenazas. Fol. 382.
- * Rodul, príncipe de Balaquia, derrota a Moysés, que muere con 4000 de los suyos. Fol. 415.
- * Reban sitiada de turcos, socorrida del persa. Fol. 424.

- * Representación del general Basta sobre embarazar la paz con los turcos. Fol. 415.
- * Representación del Franchipani al rey Juan para que se mantenga contra Ferdinando. Fol. 336.
- * Representación de Osmán baxá a Amurates sobre la guerra de Persia. Fol. 329.
- * Representación de algunos senadores venecianos sobre hazer la paz o la guerra con los turcos. Fol. 184.
- * Ramadán, quaresma de los turcos. Fol. 5.
- * Recuperan los turcos a Castelnovo. Fol. 199.
- * Ragozi se liga con el Tertensone, general sueco. Fol. 551.
- * Ragozi desbaratado del general Puquen. Fol. 551.

S.

- * Sitian los turcos a Nápoles de Romania, su planta y delineación. Fol. 54.
- * Sitian los turcos a Escutari. Fol. 67.
- * Sitia Mehemed a Rodas sin fruto. Fol. 72.
- * Sitian los turcos a Belgrado, su rendida y delineación. Fol. 114.
- * Solimán sitia a Viena, levanta el sitio con pérdida de 20000 infieles. Fol. 141.
- * Solimán levanta el sitio del castillo de Grinz con pérdida. Fol. 145.
- * Sitia Ferdinando a Buda sin logro. Fol. 206.
- * Situación de Niza. Fol. 213.
- * Sitio y toma de Estrigonia por Solimán. Fol. 217.
- * Solimán avassalla a Alba. Fol. 218.
- * Sitian y ganan los turcos a Salonoc. Fol. 230.
- * Sucesso de los Gelbes. Fol. 234.
- * Sitio de Malta por los turcos abandonado con pérdida. Fol. 244.
- * Socorre el fuerte de Tauris el baxá de Diarberquir. Fol. 334.
- * Sinán sujeta a Tata. Fol. 347.
- * Sitio de Clisa por los turcos, intenta socorrerla Lencoviquio con mucha pérdida. Fol. 365.
- * Sorprenden los alemanes a Giabarino. Fol. 347.
- * Sedición en Assia movida de Selín, hijo del difunto Amurates, y su muerte. Fol. 375.
- * Sedición en Calabria. Fol. 380.
- * Suspenden de la horca con las insignias ducales al príncipe de Balaquia los turcos. Fol. 373.
- * Sale la reyna madre del serrallo por orden de su hijo Mehemed. Fol. 407.
- * Sale de Constantinopla la armada para Rodas. Fol. 37.

- * Selín haze traduzir en su idioma las hazañas de César y Alexandro para inflamar el ánimo leyéndolas. Fol. 107.
- * Socorro que el rey de Portugal embió al rey de Cambaya. Fol. 137.
- * Selín entra en Tauris. Fol.96.
- * Situación de Túnez. Fol. 157.
- * Situación de Famagusta. Fol. 276.
- * Sitia Mehemed a Creta con dozientos mil hombres. Fol. 40.
- * Solimán Primero conquista a Filípoli y Andrinópoli. Fol. 12.
- * Selín Segundo avassalla el Cayro. Fol. 104.
- * Sitian los turcos a Astracán sin fruto. Fol. 323.
- * Sitio y toma de Asac por los cosacos. Fol. 489.
- * Salida de Amurates Quarto para Persia, Fol. 494.
- * Sale el persa a campaña con cien mil cavallos. Fol. 504.

T.

- * Toman los turcos la ciudad de Aden con engaño. Fol. 172.
- * Treguas por cinco años entre el César y Solimán. Fol. 224.
- * Tesoro descubierto por casualidad en Turquía. Fol. 225.
- * Toman los venecianos el castillo de Sopoto y brazo de Mayna. Fol. 271.
- * Toman los turcos los puestos sobre Famagusta. Fol. 276.
- * Toman los turcos a Retimo. Fol. 281.
- * Tomombegio derrotado pasa el Nilo por rehazerse. Fol. 105.
- * Toman los christianos los Dardanelos. Fol. 149.
- * Tamorlán derrota y prende a Baiaceto Primero. Fol. 18.
- * Tomás, obispo de Estrigonia, llega a Roma y León Dézimo concede la cruzada. Fol. 111.
- * Túnez apresada de Abdamelec, hermano de Mulease, con engaño. Fol. 215.
- * Tauris destruida de Amurates. Fol. 485.

V.

- * Vladislao Segundo, rey de Ungría, muere. Fol.113.
- * Un turco fingiendo ser Mustafá (por ser parecido a él) junta ejército considerable contra Solimán y muere enganchado. Fol. 254.
- * Vladislao rezeloso del Zapullano. Fol. 112.
- * Vladislao casa a su hijo Luis con la infanta María, hija de Felipe Tercero, rey de España. Fol. 113.
- * Vecadir recibe de Amurates la embestidura de gran can de la Tartaria. Fol. 488.

Z.

- * Zancani llega a Constantinopla dissimulando su negociado. Fol. 83.

- * Zane, general veneciano, se apodera de brazo de Mayna. Fol. 271.
- * Zefalonia conquistada de las armas christianas. Fol. 87.

FIN

